



CASSANDRA CLARE

La Reina del Aire y la Oscuridad

CAZADORES DE SOMBRAS
RENACIMIENTO



Lectulandia

Se ha vertido sangre inocente en el Salón del Concilio, y la guerra civil parece inminente. Una parte de la familia Blackthorn vuela a Los Ángeles para descubrir el origen de la enfermedad que está destruyendo a los warlocks. Mientras tanto, Julian y Emma intentan desesperadamente deshacer el amor que les une y centrarse en una peligrosa misión por el *Libro Negro de los Muertos*.

Pero lo que descubren es un secreto tan terrible que puede destruir el mundo de las sombras por completo. Atrapados en una carrera contra reloj, Emma y Julian tendrán que salvar el mundo de los Cazadores de Sombras antes que la maldición de los parabatai destruya todo aquello cuanto aman.

Cassandra Clare

La Reina del Aire y la Oscuridad

Cazadores de Sombras. Renacimiento - 3

ePub r1.0

Titivillus 12-11-2019

Título original: *The Dark Artifices #3: Queen of Air and Darkness*
Cassandra Clare, 2018
Traducción: Patricia Nunes
Ilustración de cubierta: Cliff Nielsen

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Sara. Ella ya sabe lo que hizo.

*¡Mirad! La muerte se ha erigido un trono
en una extraña ciudad que se alza sola
en lo más profundo del sombrío oeste,
donde el bueno y el malo, el peor y el mejor
han hallado el descanso eterno.
Allí los santuarios, palacios y torres
(¡torres roídas por el tiempo, que no tiemblan!)
no se parecen a nada de lo nuestro.
Alrededor, olvidadas por los agitadores vientos,
bajo el cielo, resignadas,
yacen sus melancólicas aguas.*

*Ningún rayo del santo cielo cae
durante la larga noche de esa ciudad;
mas la luz que sale del escabroso mar
sube en silencio brillando por sus torres,
ilumina los pináculos de aquí y de allí:
las cúpulas, los campanarios, los majestuosos salones,
los templos, los babilónicos muros,
los oscuros cenadores largo tiempo olvidados
de hiedra esculpida y flores de piedra,
los muchos y muchos maravillosos santuarios
en cuyos frisos se entrelazan
la violeta, la viola y la viña.
Bajo el cielo, resignadas,
yacen sus melancólicas aguas.
Tanto se confunden las torres y las sombras allí
que todas parecen oscilar en el aire,
mientras desde una soberbia torre en la ciudad
la muerte mira, gigantesca, hacia abajo.*

*Allí los templos abiertos y las enormes tumbas
bostezan a la altura de las luminosas olas.
Pero ni las riquezas que ahí se hallan
en el diamantino ojo de cada ídolo,
ni los muertos, festivamente enjoyados,
incitan a las aguas a moverse de su lecho;
pues no se curva onda alguna ¡ay!
a lo largo del desierto de cristal.
Ninguna crecida habla de vientos soplando*

*sobre algún lejano mar más feliz,
ni burbujas sugieren que los vientos hayan estado
en mares menos horriblemente serenos.*

*Pero ¡mirad! ¡Un revuelo en el aire!
La ola, ¡hay movimiento allí!
Como si las torres hubiesen apartado,
con su leve hundimiento, la aburrida marea.
Como si sus crestas hubiesen débilmente creado
un vacío en la gasa del cielo.
Las olas tienen ahora un brillo más rojo,
las horas respiran tenues y graves.
Y cuando, entre gemidos no de esta tierra,
abajo, abajo, esa ciudad por siempre se asiente,
el infierno, alzándose desde mil tronos,
le mostrará reverencia.*

EDGAR ALLAN POE,
Ciudad en el mar

PRIMERA PARTE

No sienten pena

En la Tierra de las Hadas,
como los mortales no sienten pena,
tampoco pueden sentir alegría.

PROVERBIO FEÉRICO

1

La muerte mira hacia abajo

Había sangre sobre el estrado del Consejo, sangre sobre los escalones, sangre en las paredes, el suelo y los restos destrozados de la Espada Mortal. Más tarde, Emma lo recordaría como una especie de neblina roja. Unos versos le daban vueltas en la cabeza, algo sobre no ser capaz de imaginar que la gente tuviera tanta sangre.

Se decía que la impresión amortiguaba los grandes golpes, pero Emma no sentía ninguna amortiguación. Podía verlo y oírlo todo: el Salón del Consejo lleno de guardias, los gritos. Intentó abrirse paso hasta Julian. Los guardias se iban alzando ante ella como una ola. Oyó más gritos: «¡Emma Carstairs ha roto la Espada Mortal! ¡Ha destrozado un Instrumento Mortal! ¡Arrestadla!».

No le importaba lo que le hicieran; tenía que llegar hasta Julian. Este seguía en el suelo con Livvy en brazos, resistiéndose a todos los esfuerzos de los guardias por arrebatarse el cadáver de la pequeña.

—Dejadme pasar —insistía Emma—. Soy su *parabatai*, dejadme pasar.

—Dame la espada. —Era la voz de la Cónsul—. Dame a *Cortana*, Emma, y podrás ayudar a Julian.

Ella ahogó un grito y notó el sabor de la sangre en la boca. Alec se hallaba en el estrado, arrodillado ante el cadáver de su padre. El salón era una masa de gente que corría de un lado a otro; entre ellos, Emma vislumbró a Mark, que sacaba de la sala a un inconsciente Ty, empujando a los otros nefilim para abrirse paso. Parecía más serio de lo que Emma lo había visto nunca. Kit iba con él. ¿Dónde estaba Dru? Allí, sola en el suelo. No, Diana estaba con ella, abrazándola y llorando, y luego estaba Helen, que luchaba por llegar al estrado.

Emma dio un paso atrás y casi se cayó. El suelo de madera estaba resbaladizo por la sangre. La Cónsul Jia Penhallow seguía ante ella, con la delicada mano tendida hacia *Cortana*. *Cortana*. La espada era parte de la familia de Emma, había estado en su vida desde que tenía uso de razón. Aún recordaba a Julian poniéndosela entre los brazos después de la muerte de sus

padres, y de cómo la había aferrado contra sí como si fuera un niño, sin importarle el profundo corte que la hoja le dejaba en el brazo.

Jia le estaba pidiendo que le entregara una parte de sí misma.

Pero Julian estaba allí, solo, vencido por el dolor, empapado en sangre. Y él era aún más parte de ella que la propia *Cortana*. Emma rindió la espada; y al notar que se la sacaban de la mano se le tensó todo el cuerpo. Casi le pareció oír gritar a *Cortana* al ser separada de ella.

—Ve —dijo Jia. Emma oyó otras voces, incluida la de Horace Dearborn, que se alzaban exigiendo que la detuvieran, que la destrucción de la Espada Mortal y la desaparición de Annabel Blackthorn no debían quedar sin castigo. Jia lanzaba secas órdenes a los guardias, diciéndoles que sacaran a todo el mundo del salón: ese era un momento para el dolor, no para la venganza; encontrarían a Annabel... «Sal con dignidad, Horace, o haré que te echen. Ahora no es el momento». Aline ayudaba a Dru y a Diana a ponerse en pie, las ayudaba a salir de la estancia...

Emma se dejó caer de rodillas junto a Julian. El olor metálico de la sangre lo llenaba todo. Livvy era una forma desmadejada entre sus brazos; su piel tenía el color de la leche desnatada. Julian había dejado de llamarla y pedirle que regresara, y la estaba meciendo como si fuera un bebé, con la barbilla apoyada en la coronilla de la niña.

—Jules —susurró Emma, pero la palabra le supo amarga en la boca: ese era el nombre que le había dado de pequeños, y él ya era un adulto, sufriendo por un familiar. Livvy no solo había sido su hermana; durante años la había criado como a una hija—. Julian. —Le acarició la fría mejilla y luego la de Livvy, aún más fría—. Julian, amor, por favor, déjame ayudarte...

Lentamente, él alzó la cabeza. Parecía que alguien le hubiera tirado un cubo de sangre por encima. Le cubría el pecho y el cuello, y le salpicaba la barbilla y las mejillas.

—Emma. —Su voz no era más que un susurro—. Emma, he dibujado tantos *iratzes* ...

Pero Livvy ya había muerto antes de tocar el suelo de madera del estrado. Ninguna runa ni *iratze* hubiera podido ayudarla.

—¡Jules! —Por fin Helen se había colado entre los guardias; se dejó caer junto a Emma y Julian, sin pensar en la sangre. Emma observó anonadada a Helen arrancar el trozo roto de la Espada Mortal del cuerpo de Livvy y dejarlo en el suelo. Le manchó las manos de sangre. Con los labios blancos por el pesar, rodeó a Julian y a Livvy con los brazos, mientras susurraba palabras tranquilizadoras.

El salón se vaciaba a su alrededor. Magnus había entrado; estaba muy pálido y caminaba lentamente. Subió al estrado, y Alec, al verlo, se levantó y se tiró a sus brazos. Se abrazaron en silencio mientras cuatro Hermanos se arrodillaban y alzaban el cadáver de Robert Lightwood. Le habían colocado las manos sobre el pecho y cerrado los ojos. Suaves murmullos de «*ave atque vale*, Robert Lightwood» fueron resonando tras él mientras los Hermanos lo sacaban del salón.

La Cónsul se acercó a Julian, acompañada de varios guardias. Los Hermanos Silenciosos flotaron tras ellos, como fantasmas; formas apergaminadas.

—Tienes que dejarla ir, Jules —dijo Helen con voz muy tierna—. Tienen que llevarla a la Ciudad Silenciosa.

Julian miró a Emma. Sus ojos eran tan duros como un cielo de verano, pero Emma supo leerlos.

—Dejadle que lo haga él —pidió Emma—. Quiere ser la última persona que transporte a Livvy.

Helen acarició el pelo a su hermano y lo besó en la frente antes de alzarse.

—Jia, por favor —suplicó.

La Cónsul asintió. Julian se puso en pie lentamente con Livvy entre los brazos, y avanzó hacia la escalera que descendía del estrado; Helen iba a su lado y los seguían los Hermanos Silenciosos, pero cuando Emma también se levantó, Jia alzó la mano para detenerla.

—Solo la familia, Emma —le dijo.

«Soy de la familia. Déjame ir con ellos. Déjame ir con Livvy», gritó Emma en silencio, pero mantuvo la boca cerrada con fuerza: no podía añadir su propia pena al horror existente. Y las reglas de la Ciudad Silenciosa eran inamovibles. La Ley es dura, pero es la Ley.

La pequeña procesión iba hacia la puerta. La Cohorte se había marchado, pero aún quedaban algunos guardias y otros cazadores de sombras por la estancia: un suave coro de «*ave atque vale*, Livia Blackthorn» la fue siguiendo.

La Cónsul se volvió, con *Cortana* destellándole en la mano, bajó los escalones y se acercó a Aline, que había estado observando cómo se llevaban a Livvy. Emma comenzó a temblar, un temblor que le llegaba desde lo más profundo. Nunca se había sentido tan sola: Julian se alejaba de ella, y los otros Blackthorn parecían estar a millones de kilómetros de distancia, como estrellas lejanas. Deseó tener a sus padres junto a ella con una dolorosa intensidad que casi le resultaba humillante, y quería ver a Jem y quería volver

a tener a *Cortana* entre las manos y quería olvidar a Livvy sangrando y muriendo, desmadejada como una muñeca rota, mientras el ventanal del Salón del Consejo estallaba y la corona rota se llevaba a Annabel. ¿Lo habría visto alguien, aparte de ella?

—Emma. —Unos brazos la rodearon, familiares y cariñosos, alzándola del suelo. Era Cristina, que debía de haber estado esperándola en medio de todo el caos, que había permanecido obstinadamente en el salón mientras los guardias gritaban que salieran todos, que se había quedado para estar junto a Emma—. Emma, ven conmigo, no te quedes aquí. Yo me ocuparé de ti. Sé adónde podemos ir. Emma. *Corazoncita*. Ven conmigo.

Emma dejó que Cristina la levantase. Magnus y Alec iban hacia ellas. Este último tenía el rostro tenso y los ojos rojos. Emma, con su mano en la de Cristina, recorrió el salón con la mirada, y le pareció un lugar totalmente diferente de aquel al que habían llegado hacía unas horas. Quizá porque antes brillaba el sol, pensó Emma, mientras oía vagamente que Magnus y Alec hablaban con Cristina sobre llevarla a una casa que habían reservado para los Blackthorn. Tal vez fuera porque el salón se había oscurecido y las sombras en los rincones eran tan espesas como capas de pintura.

O podría ser porque todo había cambiado. Quizá porque nada volvería a ser como antes.

* * *

—¿Dru? —Helen golpeó suavemente la puerta cerrada de la habitación—. Dru, ¿puedo hablar contigo?

Estaba bastante segura de que era la habitación de Dru. La casa del canal, junto a la residencia de la Cónsul, en la calle Princewater, se había preparado para los Blackthorn antes de la reunión, ya que todos habían supuesto que pasarían varias noches en Idris. A Helen y Aline se la había enseñado Diana antes, y Helen se había fijado en que el toque de las cariñosas manos de ella se notaba por todas partes. Había flores en la cocina, y las habitaciones tenían los nombres pegados en la puerta: la de las dos camas pequeñas para los mellizos, y la de Tavvy, llena de libros y juguetes, que Diana había llevado allí desde su propia casa, encima de la tienda de armas.

Helen se había detenido en una pequeña habitación con las paredes forradas de papel de flores.

—Para Dru, ¿no? —preguntó—. Es bonita.

Diana no le había parecido muy convencida.

—Oh, Dru no es así —replicó—. Quizá si el papel tuviera murciélagos, o esqueletos...

Helen hizo una mueca.

Aline le cogió la mano.

—No te preocupes —le susurró—. No tardarás en volver a recuperar su cariño. Será coser y cantar.

Y tal vez lo hubiera sido, pensó Helen, mirando la puerta donde ponía DRUSILLA. Quizá, si todo hubiera ido bien. Una punzada de dolor le atravesó el pecho; se sentía como imaginaba que lo haría un pez atrapado en un anzuelo, retorciéndose y sacudiéndose para alejarse del intenso dolor que se le clavaba en la carne.

Recordó el dolor por la muerte de su padre, cuando solo la idea de que tendría que hacerse cargo de la familia, de que tenía que cuidar de los niños, consiguió que siguiera adelante. En ese momento estaba tratando de hacer lo mismo, pero era evidente que los niños (y lo cierto era que ya tampoco podía llamarlos niños; solo Tavvy seguía siendo un niño, y este se hallaba en la casa del Inquisidor, y por suerte se había perdido todo el horror del Salón del Consejo) se sentían incómodos con ella. Como si fuera una desconocida.

Esto solo acrecentaba el dolor que sentía en el pecho. Deseó que Aline se hallara con ella, pero se había ido para estar unas horas con sus padres.

—Dru —insistió Helen, mientras llamaba con más fuerza—. Por favor, déjame entrar.

La puerta se abrió de golpe y Helen tuvo que echar rápidamente la mano hacia atrás para no golpear a Dru en el hombro. Su hermana se hallaba frente a ella, mirándola enfadada con su atuendo para la reunión, negro y demasiado estrecho en las caderas y el pecho. Tenía los ojos tan rojos que parecía haberse pintado los párpados con carmín.

—Ya sé que quizá quieras estar sola —comenzó Helen—, pero tengo que saber si estás...

—¿Bien? —completó Dru, bastante seca. La insinuación era evidente: «¿Cómo voy a estar bien?».

—Sobreviviendo.

Por un momento, Dru miró hacia otro lado; los labios, muy apretados, le temblaban. Helen deseaba con todas sus fuerzas abrazar a su hermana, acurrucarla contra sí como había hecho años atrás cuando Dru era un bebé obstinado.

—Quiero saber cómo está Ty.

—Dormido —contestó Helen—. Los Hermanos Silenciosos le han dado una poción sedante, y Mark está con él. ¿Quieres ir con él tú también?

—Yo... —Dru vaciló, mientras que Helen deseaba que se le ocurriera algo tranquilizador que decirle de Ty. La aterrorizaba pensar en lo que pasaría cuando este despertara. Se había desmayado en el Salón del Consejo, y Mark lo había llevado a los Hermanos, que ya se hallaban en el Gard. Lo habían examinado en un silencio ominoso afirmando que psicológicamente estaba bien, pero que le iban a dar unas hierbas que lo mantendrían dormido. Que, a veces, la mente sabía cuándo necesitaba desconectar para prepararse para sanar. Aunque Helen no acababa de comprender cómo una noche de sueño, o incluso un año entero, iba a preparar a Ty para afrontar la muerte de su melliza.

—Quiero que venga Jules —dijo Dru finalmente—. ¿Está aquí?

—No —contestó Helen—. Sigue con Livvy. En la Ciudad Silenciosa. —Hubiera querido decirle que estaría de vuelta en cualquier momento, porque Aline le había dicho que la ceremonia de colocar a alguien en la Ciudad como preparación para la cremación era corta, pero no quería decirle nada a Dru que pudiera resultar falso.

—¿Y Emma? —Dru hablaba con cortesía, pero el mensaje era claro: «Quiero a la gente que conozco, no a ti».

—Iré a buscarla —repuso Helen.

Casi ni había dado la espalda a la puerta cuando esta se cerró tras ella con un clic muy contundente. Helen parpadeó para contener las lágrimas, y vio a Mark en el pasillo, a unos cuantos pasos de ella. Se le había acercado con tanto sigilo que no lo había oído. Llevaba un trozo de papel arrugado en la mano, que parecía ser un mensaje de fuego.

—Helen —dijo, y su voz era áspera. Después de los años pasados en la Cacería, ¿sufriría como sufrían las hadas? Parecía desmadejado, cansado: tenía unas arrugas muy humanas bajo los ojos y en la comisura de la boca—. Ty no está solo; Diana y Kit están con él, y además, sigue durmiendo. Tengo que hablar contigo.

—Tengo que ir a buscar a Emma —respondió Helen—. Dru quiere que vaya.

—Su habitación está justo aquí; podemos ir a buscarla antes de irnos —dijo Mark, mientras señalaba al otro extremo del pasillo. La casa tenía paneles de madera color miel en las paredes y había luces mágicas que la iluminaban con calidez; cualquier otro día habría sido un lugar bonito.

—¿Irnos? —preguntó Helen, confusa.

—He recibido un mensaje de Magnus y Alec desde la casa del Inquisidor. Debo ir a buscar a Tavvy y decirle que nuestra hermana ha muerto. —Mark le tendió la mano, con el rostro transido de dolor—. Por favor, Helen, ven conmigo.

* * *

Cuando Diana era joven, había visitado un museo en Londres en el que la principal atracción era una Bella Durmiente de cera. Tenía la piel como sebo blanco, y el pecho le subía y bajaba al «respirar» con la ayuda de un pequeño motor implantado en el cuerpo.

Algo en la inmovilidad y la palidez de Ty le recordaban a esa chica de cera. Ty yacía parcialmente cubierto por las mantas de la cama, su único movimiento era el de la respiración. Las manos le colgaban abiertas a los lados; Diana deseaba con todas sus fuerzas verle mover los dedos, jugueteando con una de las creaciones de Julian o con el cable de sus cascos.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Kit medio susurrando. La habitación estaba empapelada de un alegre amarillo, y ambas camas estaban cubiertas con edredones de *patchwork*. Kit podría haberse sentado en la cama vacía, preparada para Livvy, pero no lo había hecho. Estaba acurrucado en un rincón del cuarto, con la espalda apoyada en la pared y las piernas dobladas. Miraba a Ty.

Diana le puso a Ty la mano en la frente; la tenía fría.

—Está bien, Kit —le contestó. Arrojó mejor al muchacho; este se removió y murmuró algo mientras se volvía a destapar. Las ventanas estaban abiertas; habían pensado que el aire le iría bien a Ty, pero ahora Diana se apresuró a cerrarlas. A su madre siempre la había obsesionado la idea de pillar un resfriado, y al parecer uno nunca olvidaba lo que le decían los padres.

Al otro lado de la ventana podía ver la ciudad, recortada contra las primeras luces del alba y la luna creciente. Pensó en un jinete cabalgando por el vasto cielo. Se preguntó si Gwyn tendría conocimiento de lo ocurrido esa tarde, o si debería enviarle un mensaje. ¿Y qué haría o diría cuando lo recibiera? Ya una vez había acudido a su lado cuando Livvy, Ty y Kit se hallaban en peligro, pero entonces había sido Mark el que se lo había exigido. Diana aún no estaba segura de si lo había hecho porque les tenía cariño a los niños o si simplemente estaba pagando una deuda.

Por un momento se quedó pensando, con las manos en la cortina de la ventana. Lo cierto era que sabía muy poco de Gwyn. Como líder de la Cacería Salvaje, era casi más mítico que humano. Se preguntó cómo sentirían las emociones las gentes tan poderosas y antiguas que ya se habían convertido en parte de las historias y los mitos. Dada la amplitud de su experiencia, ¿podría realmente importarle la mísera vida de cualquier humano?

Y sin embargo, la había abrazado y la había consolado en su antiguo dormitorio, después de que ella le explicara lo que solo sabían Catarina y sus padres, y sus padres ya estaban muertos. Gwyn había sido muy amable, ¿no?

«Déjalo».

Se volvió hacia la habitación; no era el momento de pensar en Gwyn, incluso si, de algún modo, esperaba que apareciera y volviera a consolarla. Pero no mientras Ty pudiera despertar en cualquier instante a un mundo de dolor nuevo y terrible. No mientras Kit se acurrucara contra la pared como si hubiera arribado a alguna playa solitaria después de un desastre en el mar.

Estaba a punto de ponerle la mano a Kit en el hombro cuando él alzó la mirada hacia ella. No tenía rastros de lágrimas en el rostro. Recordó que tampoco lo había visto llorar después de la muerte de su padre, cuando había abierto la puerta del Instituto por primera vez y se había dado cuenta de que era un cazador de sombras.

—A Ty le gustan las cosas que le resultan familiares —dijo Kit—. Cuando se despierte, no va a saber dónde está. Tenemos que asegurarnos de que su bolsa esté aquí, y también cualquier cosa que haya traído de Londres.

—Está allí. —Diana señaló debajo de la cama que debería haber sido la de Livvy, donde habían metido la bolsa de Ty.

Sin mirarla, Kit se puso en pie y fue hacia allí. Abrió la cremallera de la bolsa y sacó un grueso libro con una encuadernación antigua. En silencio, lo colocó en la cama, al lado de la mano izquierda abierta de Ty. Diana captó de un vistazo el título grabado en pan de oro de la cubierta y se dio cuenta de que hasta su corazón adormecido podía saltar de dolor.

El regreso de Sherlock Holmes.

* * *

La luna había comenzado a alzarse, y las torres de los demonios de Alacante brillaban con su propia luz.

Habían pasado muchos años desde la última vez que Mark había estado en la ciudad. La Cacería Salvaje la había sobrevolado, y recordaba ver la tierra

de Idris extendiéndose bajo él mientras los otros miembros de la Cacería aullaban y gritaban, divertidos de pasar sobre la tierra de los nefilim. Pero el corazón de Mark siempre se aceleraba al ver el hogar de los cazadores de sombras; la brillante moneda de plata del lago Lyn, el verde bosque de Brocelind, las señoriales casas de piedra del campo y el fulgor de Alacante sobre la colina. Y Kieran, a su lado, pensativo, contemplando a Mark mientras contemplaba Idris.

«Mi lugar. Mi gente. Mi hogar», pensaba siempre. Pero desde el suelo, la ciudad resultaba más prosaica, cargada del olor del agua del canal durante el verano; las calles iluminadas por la dura luz mágica. La casa del Inquisidor no quedaba lejos, pero caminaban lentamente. Pasaron varios minutos antes de que Helen hablara.

—Viste a nuestra tía en la Tierra de las Hadas —comentó—. Nene. Solo a Nene, ¿verdad?

—Estaba en la corte seelie —afirmó Mark, contento de que el silencio se hubiera roto—. ¿Cuántas hermanas tenía nuestra madre?

—Seis o siete, me parece —contestó Helen—. Nene es la única amable.

—Creía que no sabías dónde se hallaba Nene.

—Nunca me habló de su localización, pero se ha comunicado conmigo en más de una ocasión desde que me enviaron a la isla de Wrangel —explicó Helen—. Creo que, en su corazón, se compadecía de mí.

—Nos ayudó a escondernos y curó a Kieran —dijo Mark—. Me habló de nuestros nombres feéricos. —Miró alrededor. Habían llegado a la casa del Inquisidor, la más grande en ese lado de calle, con balcones al canal—. Nunca pensé que volvería aquí. A Alacante, y menos como cazador de sombras.

Helen le apretó el hombro y juntos se acercaron a la puerta; ella llamó, y un preocupado Simon Lewis les abrió la puerta. Mark hacía años que no lo veía, y lo encontró mayor: tenía los hombros más anchos, el cabello castaño más largo, y una barba incipiente en el mentón.

Obsequió a Helen con una sonrisa de medio lado.

—La última vez que tú y yo estuvimos aquí, yo estaba borracho y gritaba bajo la ventana de Isabelle. —Se volvió hacia Mark—. Y la última vez que te vi a ti, estaba metido en una jaula en Feéra.

Mark lo recordó: Simon mirándolo a través de los barrotes de una jaula hecha por las hadas. Y él diciéndole: «No soy un hada. Soy Mark Blackthorn, del Instituto de Los Ángeles. No importa lo que digan o lo que me hagan. Sigo recordando quién soy».

—Sí —contestó Mark—. Me hablaste de mis hermanos y hermanas, del matrimonio de Helen. Me sentí agradecido. —Hizo una pequeña reverencia, por la costumbre, y se dio cuenta de que Helen lo miraba sorprendido.

—Ojalá hubiera podido contarte más —repuso Simon con voz más seria—. Lo siento muchísimo. Lo de Livvy. Aquí también la lloramos.

Simon abrió la puerta de par en par. Mark vio una lujosa entrada, con una gran lámpara de cristal colgando del techo; hacia la izquierda se hallaba la sala de la familia, donde Rafe, Max y Tavvy estaban sentados ante una chimenea vacía, jugando con un montoncito de muñecos. Isabelle y Alec ocupaban el sofá; ella le rodeaba el cuello con los brazos y sollozaba en silencio sobre su pecho. Gemidos graves y desesperados que despertaron en Mark un eco en lo más profundo del corazón, un acorde de pérdida.

—Por favor, díles a Isabelle y Alec que sentimos la muerte de su padre —dijo Helen—. No queremos molestar. Hemos venido aquí a buscar a Octavian.

En ese momento, Magnus apareció en el vestíbulo. Les hizo un gesto de asentimiento, fue hacia los chicos y cogió a Tavvy en brazos. Aunque Tavvy ya era mayor para cogerlo en brazos, pensó Mark, en muchos sentidos era muy niño para su edad, como si un pesar temprano lo hubiera hecho ser más infantil. Mientras Magnus se acercaba a ellos, Helen comenzó a levantar las manos, pero Tavvy tendió los brazos hacia Mark. Con cierta sorpresa, Mark recibió el peso de su hermano pequeño. Tavvy se removió, cansado pero alerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Todos están llorando.

Magnus se pasó la mano por el cabello. Se lo veía extremadamente cansado.

—No le hemos dicho nada —les dijo—. Hemos pensado que os correspondía hacerlo a vosotros.

Mark se alejó unos pasos de la puerta y Helen lo siguió. Se pararon en el cuadrado de la entrada iluminado por la luz de la calle. Mark dejó a Tavvy en el suelo. Así era como los seres mágicos daban las malas noticias: cara a cara.

—Livvy se ha ido —dijo.

Tavvy lo miró confuso.

—¿Ido adónde?

—Ha pasado a las Tierras de las Sombras —contestó Mark. Le faltaban las palabras; la muerte en Feéra era algo muy diferente que entre los humanos.

Los ojos verde azul Blackthorn de Tavvy se abrieron mucho.

—Entonces, podemos rescatarla —replicó—. Podemos ir a buscarla, ¿verdad? Como fuimos a buscarte a Feéra. Como fuiste a buscar a Kieran.

Helen hizo un ruidito.

—Oh, Octavian —exclamó.

—Está muerta —repuso Mark, sin saber qué más hacer, y vio que Tavvy arrugaba la cara, negándose a oír sus palabras—. Las vidas mortales son cortas y... y frágiles ante la eternidad.

Los ojos de Tavvy se llenaron de lágrimas.

—Mark —dijo Helen; se arrodilló en el suelo y le tendió los brazos a Tavvy—. Murió como una valiente —explicó—. Estaba defendiendo a Julian y a Emma. Nuestra hermana... tenía mucho coraje.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Tavvy.

—¿Dónde está Julian? —preguntó—. ¿Adónde ha ido?

Helen dejó caer las manos.

—Está con Livvy en la Ciudad Silenciosa; volverá pronto. Vamos a casa, junto al canal...

—¿Casa? —replicó Tavvy con desprecio—. Aquí nada es casa.

Mark notó que Simon se había agachado a su lado.

—Dios, pobre chico —exclamó—. Mira, Mark...

—Octavian. —Era la voz de Magnus. Se hallaba en la puerta, mirando al muchacho lloroso. Se le veía el agotamiento en los ojos, pero también una gran compasión: la clase de compasión que daba haber vivido tantos años.

Parecía ir a decir algo más, pero Rafe y Max se habían acercado a él. En silencio, bajaron la escalera hasta la calle y fueron hacia Tavvy. Rafe era casi tan alto como él, aunque solo tenía cinco años. Abrazó a Tavvy, y Max también lo hizo; y Mark se quedó sorprendido al ver que Tavvy parecía relajarse un poco. Permitía que lo abrazaran y asintió cuando Max le dijo algo en voz baja.

Helen se puso en pie, y Mark se preguntó si su propio rostro tendría la misma expresión que el de ella, de pena y vergüenza. Vergüenza por no poder hacer nada más para consolar a su hermano pequeño, que casi no los conocía.

—No pasa nada —dijo Simon—. Lo habéis intentado.

—Pero no lo hemos logrado —repuso Mark.

—No podéis arreglar el dolor —afirmó Simon—. Un rabino me dijo eso cuando murió mi padre. Lo único que arregla el dolor es el tiempo y el amor de la gente que te quiere, y Tavvy tiene todo eso. —Le dio un breve apretón a Mark en el hombro—. Cuídate —continuó—. *Shelo ted'u od tza'ar*, Mark Blackthorn.

—¿Qué significa? —preguntó Mark.

—Es una bendición —contestó Simon—. Algo que también me enseñó el rabino: «Ojalá no encuentres más pesares en el futuro».

Mark inclinó la cabeza agradecido; las hadas conocían el valor de una bendición otorgada de forma voluntaria. Pero siguió sintiendo un peso en el pecho. No podía imaginarse que las penas de su familia fueran a acabar pronto.

2

Melancólicas aguas

Cristina se hallaba desanimada en la cocina extremadamente pulcra de la casa de la calle Princewater y deseó que hubiera algo más que pudiera limpiar.

Había lavado platos que no necesitaban lavarse, fregado el suelo y preparado varias veces la mesa. Había puesto flores en un jarro y las había tirado, para luego recuperarlas de la basura y volverlas a arreglar.

Quería que la cocina estuviera ordenada, que la casa estuviera bonita, pero ¿a alguien le iba a importar si la cocina estaba ordenada o la casa bonita?

Sabía que a nadie. Pero tenía que hacer algo. Quería estar con Emma y consolarla, pero Emma estaba con Drusilla, que se había quedado dormida de tanto llorar, cogida de su mano. Quería estar con Mark y consolarlo, pero se había marchado con Helen, y ella no podía menos que alegrarse de que, por fin, pudiera pasar algún tiempo con la hermana a la que tanto había echado en falta.

La puerta principal se abrió ruidosamente, y al sobresaltarse, Cristina golpeó un plato de la mesa, que cayó al suelo y se rompió. Iba a recogerlo cuando vio entrar a Julian, que cerró la puerta tras de sí; en Idris, las runas de cierre eran más comunes que las llaves, pero Julian no sacó su estela, y se quedó con la mirada perdida hacia la escalera.

Cristina no se movió. Julian parecía un fantasma de alguna obra de Shakespeare. Era evidente que no se había cambiado de ropa desde lo ocurrido en el Salón del Consejo; tenía la camisa y la chaqueta tiasas de sangre seca.

De todos modos, Cristina no sabía qué decirle a Julian; por Emma, sabía más de él de lo que le resultaba cómodo. Sabía que estaba locamente enamorado de su amiga; resultaba evidente por el modo en que la miraba, en cómo le hablaba, en gestos tan insignificantes como el de pasarle un plato. No entendía cómo era posible que los demás no lo vieran también. Había conocido a otros *parabatai*, y no se miraban así.

En el mejor de los casos, conocer una información tan personal de alguien resultaba incómodo. Y ese no era el mejor de los casos. El rostro de Julian no mostraba ninguna expresión; entró en el salón, y al caminar, la sangre seca de su hermana le caía en copos de la chaqueta y planeaba hasta el suelo.

Cristina pensó que si se estaba muy quieta quizá él no la viera, y subiría por la escalera, evitándoles a los dos un momento incómodo. Pero incluso mientras lo pensaba, la tristeza de su rostro le llegó al corazón. Se halló en la entrada antes de darse cuenta de que se había movido.

—Julian —dijo a media voz.

Él no pareció sobresaltarse. Se volvió hacia ella con la lentitud de un autómata sin cuerda.

—¿Cómo están?

¿De qué modo se contestaba a eso?

—Están muy bien cuidados —respondió finalmente—. Helen ha estado aquí, y Diana y Mark.

—Ty...

—Sigue durmiendo. —Se tironeó nerviosamente de la falda. Se había cambiado de ropa al volver del Salón del Consejo, solo para sentirse limpia.

Por primera vez cruzaron las miradas. Los ojos de él estaban rojos, aunque Cristina no recordaba haberlo visto llorar. O quizá hubiera llorado mientras acunaba a Livvy... No quería recordar eso.

—Emma —preguntó él—. ¿Está bien? Tú debes de saberlo; a ti te lo diría.

—Está con Drusilla. Pero estoy segura de que le gustaría verte.

—Pero ¿está bien?

—No —contestó Cristina—. ¿Cómo podría estar bien?

Julian miró la escalera, como si no pudiera concebir el esfuerzo que sería subirla.

—Robert iba a ayudarnos —dijo—. A Emma y a mí. Ya sabes lo nuestro; sé que lo sabes, que estás al corriente de cómo nos sentimos.

Cristina vaciló un momento, asombrada. Nunca había imaginado que Julian le mencionaría nada de eso.

—Quizá el próximo Inquisidor...

—De vuelta hacia aquí, he pasado por el Gard —explicó Julian—. Ya están reunidos. La mayoría de la Cohorte y la mitad del Consejo. Hablan de quién será el próximo Inquisidor. Dudo que sea alguien que nos quiera ayudar. Sobre todo después de hoy. Y debería importarme —concluyó—, pero en este momento no me importa.

No miró a Cristina mientras subía la escalera, pero le hizo un rápido gesto de reconocimiento con la cabeza.

Cristina oyó apagarse los pasos. Miró de nuevo la cocina. Había un plato roto en el rincón. Lo barrería. Sería lo más práctico, y Cristina siempre se había considerado una persona práctica.

Un momento después, se había puesto la chaqueta del uniforme sobre la ropa. Se colocó varios cuchillos serafines en el cinturón de armas y salió silenciosamente por la puerta, hacia las calles de Alacante.

* * *

Emma oyó a Julian subiendo la escalera. El ritmo de sus pisadas era como una música que conociera desde siempre, tan familiar que casi había dejado de ser música.

Resistió el impulso de llamarlo; se hallaba en el dormitorio de Dru, y esta se acababa de dormir, agotada, aún con la ropa que llevaba en la reunión del Consejo. Emma captó los pasos de Julian en la entrada y luego el ruido de una puerta abriéndose y cerrándose.

Con cuidado de no despertar a Dru, salió del dormitorio. Sabía dónde estaría Julian sin tener que pensarlo: unas cuantas puertas más allá estaba el dormitorio de Ty.

En la habitación, la luz era tenue. Diana se hallaba sentada en un sillón junto a la cabecera del lecho de Ty, con el rostro tenso por la pena y el cansancio. Kit dormía, apoyado contra la pared y con las manos sobre el regazo.

Julian permanecía de pie junto a la cama de Ty, mirándolo, con las manos colgándole a los lados. El muchacho dormía sin inquietud gracias a lo que le habían dado los Hermanos Silenciosos, con el negro cabello sobre la almohada blanca. Sin embargo, aun dormido, se acurrucaba en el lado izquierdo de la cama, como si le dejara espacio a Livvy.

—... tiene las mejillas rojas —estaba diciendo Julian cuando entró Emma—. Como si tuviera fiebre.

—No tiene —repuso Diana con seguridad—. Lo necesita, Jules. Dormir sana.

Emma vio la duda en el rostro de Julian. Sabía lo que estaba pensando: «Dormir no me curó a mí cuando murió mi madre, o mi padre, y tampoco curará esto. Siempre quedará la herida».

Diana miró a Emma.

—¿Dru? —preguntó.

Julian alzó la mirada al oírla, y sus ojos encontraron los de Emma. Esta sintió el dolor en su mirada como un golpe en el pecho. De repente, le costaba respirar.

—Dormida —contestó, casi en un susurro—. Le ha costado un poco, pero al final, ha caído.

—He estado en la Ciudad Silenciosa —explicó Julian—. Llevamos allí a Livvy. Los ayudé con su cadáver.

Diana le puso la mano sobre el brazo.

—Jules —le dijo con calma—. Tienes que ir a asearte y descansar un poco.

—Debo quedarme aquí —replicó Jules, también en un susurro—. Si Ty se despierta y no estoy aquí...

—No se despertará —le aseguró Diana—. Los Hermanos Silenciosos son muy exactos con sus dosis.

—Si se despierta y estás ahí, cubierto con la sangre de Livvy, tampoco será de ninguna ayuda, Julian —dijo Emma. Diana la miró, claramente sorprendida de la dureza de sus palabras, pero él solo parpadeó, como si despertara de un sueño.

Emma le tendió la mano.

—Ven —le dijo.

* * *

El cielo era una mezcla de azul oscuro y negro, en el que las nubes se apiñaban sobre las montañas lejanas. Por suerte, el camino hacia el Gard estaba iluminado con antorchas de luz mágica. Cristina avanzó por él sigilosamente, sin salir de las sombras. El aire tenía el olor a ozono que indicaba lluvia, y le hizo pensar en el olor acre y metálico de la sangre.

Al llegar ante las puertas del Gard, estas se abrieron para dejar salir a un grupo de Hermanos Silenciosos. Sus hábitos de color marfil relucían levemente con lo que parecían gotas de lluvia.

Cristina se apretó contra la pared. No estaba haciendo nada malo; cualquier cazador de sombras podía ir al Gard cuando le apeteciera; sin embargo, instintivamente, no quería que la vieran. Cuando los Hermanos pasaron cerca de ella, vio que no eran gotas de lluvia lo que les brillaba en el hábito, sino una fina capa de polvo de vidrio.

Debían de haber estado en el Salón del Consejo. Recordó la ventana estallando hacia dentro al mismo tiempo que Annabel desaparecía. Había sido una confusión de ruido y luz cegadora: Cristina se mantuvo centrada en los Blackthorn. En Emma y la mirada de desolación de su rostro. En Mark, con el cuerpo encorvado como si estuviera absorbiendo la fuerza de un golpe físico.

En el interior del Gard todo estaba en silencio. Con la cabeza agachada, recorrió rápidamente los pasillos, siguiendo el sonido de voces del salón. Torció hacia un lado para subir la escalera en dirección a los asientos del primer piso, que se extendía sobre el resto de la sala como el palco de un teatro. Había un nutrido grupo de nefilim rondando por el estrado, abajo. Alguien (¿los Hermanos Silenciosos?) había limpiado los cristales rotos y la sangre. La ventana había vuelto a la normalidad.

«Limpiad las pruebas todo lo que queráis —pensó Cristina mientras se arrodillaba para mirar por debajo de la barandilla—. Seguirá habiendo ocurrido».

Vio a Horace Dearborn sentado en una silla alta. Era un hombre corpulento y huesudo, no musculoso, aunque en el brazo y el cuello se le marcaban los tendones como cuerdas. Su hija, Zara Dearborn, con el pelo recogido en una pulcra trenza alrededor de la cabeza y su uniforme immaculado, se hallaba detrás de él. No se parecía mucho a su padre, excepto, quizá, por la tensa rabia en la expresión y su pasión por la Cohorte, una parte de la Clave que creía en la superioridad de los cazadores de sombras sobre los subterráneos, incluso si eso conllevaba violar la Ley.

A su alrededor había otros cazadores de sombras, jóvenes y viejos. Cristina reconoció a bastantes centuriones: Manuel Casales Villalobos, Jessica Beausejourns y Samantha Larksphear, entre ellos; y también a muchos otros nefilim que llevaban símbolos de la Cohorte durante la reunión. Sin embargo, había bastantes que, por lo que sabía, no eran miembros de la Cohorte. Como Lazlo Balogh, el hosco director del Instituto de Budapest, que había sido uno de los principales artífices de la Paz Fría y de las medidas de castigo contra los subterráneos. A Josiane Pontmercy la conocía del Instituto de Marsella. Delaney Scarsbury daba clases en la Academia. A unos cuantos más los reconoció por ser amigos de su madre; Trini Castel, del Cónclave de Barcelona, y Luana Carvalho, que dirigía el Instituto de São Paulo, la conocían desde que era pequeña.

Todos eran miembros del Consejo. Cristina dio gracias de que su madre no estuviera allí, de que estuviera demasiado ocupada con un brote de

demonios Halphas en la Alameda Central para asistir, confiando en que Diego la representaría.

—No hay tiempo que perder —dijo Horace. Exudaba una sensación de intensidad carente de humor, igual que su hija—. Estamos sin Inquisidor, ahora, en este momento crítico, cuando estamos amenazados desde fuera y desde dentro de la Clave. —Paseó la mirada por la sala—. Esperamos que después de lo ocurrido hoy, los que dudabais de nuestra causa creáis ya en ella.

Cristina se quedó helada por dentro. No era una simple reunión de la Cohorte. Era un reclutamiento en toda regla. En el interior del Salón del Consejo, donde había muerto Livvy. Sintió náuseas.

—¿Y qué crees exactamente que has averiguado, Horace? —preguntó una mujer con acento australiano—. No te andes con rodeos con nosotros, para que todos entendamos lo mismo.

Horace esbozó una media sonrisita.

—Andrea Sedgewick —dijo—. Si no recuerdo mal, estuviste a favor de la Paz Fría.

Andrea pareció molesta.

—No tengo una gran opinión de los subterráneos, pero lo que ha pasado aquí hoy...

—Nos han atacado —la interrumpió Dearborn—. Traicionado, atacado, desde dentro y desde fuera. Estoy segura de que todos habéis visto lo que yo: el símbolo de la corte noseelie, ¿no?

Cristina lo recordaba. Mientras Annabel desaparecía a través de la destrozada ventana del salón, arrastrada por unas manos invisibles, una única imagen había destellado en el aire: una corona rota.

Todos los presentes murmuraron asintiendo. El miedo flotaba en el aire como una niebla ponzoñosa. Sin duda, Dearborn estaba disfrutando con eso; casi se relamía los labios mientras recorría de nuevo la estancia con la mirada.

—El rey noseelie ha atacado el corazón de nuestro hogar. Se burla de la Paz Fría. Sabe que somos débiles. Se ríe de nuestra incapacidad de aprobar leyes más estrictas, de hacer algo que realmente controle a los seres mágicos...

—Nadie puede controlar a las hadas —replicó Scarsbury.

—Esa es justo la actitud que ha ido debilitando a la Clave durante todos estos años —soltó Zara. Y su padre sonrió indulgente.

—Mi hija tiene razón —repuso—. Las hadas tienen sus debilidades, como todos los subterráneos. No los creó Dios o nuestro Ángel. Tienen fallos, y

nunca los hemos aprovechado; sin embargo, ellos se aprovechan de nuestra clemencia y se ríen de nosotros a nuestras espaldas.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Trini—. ¿Un muro alrededor de la Tierra de las Hadas?

Se oyeron unas cuantas risas burlonas. Feéra estaba en todas partes y en ninguna: era otro plano de existencia. Nadie podía encerrarlo dentro de un muro.

Horace entornó los ojos.

—Os reís —replicó—, pero unas puertas de hierro en todas las entradas y salidas de Feéra serían muy útiles para evitar sus incursiones en nuestro mundo.

—¿Es ese nuestro objetivo? —preguntó Manuel, indolente, como si no tuviera demasiado interés en la respuesta—. ¿Cerrar el país de las hadas?

—No hay un único objetivo, como bien sabes, muchacho —contestó Dearborn. Y sonrió de repente, como si se le acabara de ocurrir una idea—. Has visto la peste, Manuel. Quizá deberías compartir lo que sabes, ya que la Cónsul no lo hace. Quizá esta buena gente debería saber lo que pasa cuando las puertas en Feéra y el mundo se abren de par en par.

Cristina, agarrando su collar, notaba crecer la furia en su interior mientras Manuel describía los parches de tierra apestada en el bosque de Brocelind: el modo en que se resistían a la magia de los cazadores de sombras, y que la misma peste parecía existir en las tierras noseelie de Feéra. ¿Cómo sabía todo eso? Cristina sufría en silencio. Era lo que Kieran iba a explicar al Consejo, pero no había tenido la oportunidad de hacerlo. ¿Cómo lo sabía Manuel?

Daba gracias por que Diego hubiera aceptado llevarse a Kieran al Escolamántico cuando ella se lo pidió. Resultaba evidente que este no hubiera resultado un lugar seguro para un hada de pura sangre.

—El rey noseelie está comenzando a esparcir veneno por nuestro mundo; y ese veneno hará que los cazadores de sombras sean impotentes contra él. Debemos actuar inmediatamente para mostrar nuestro poder —exclamó Zara, interrumpiendo a Manuel.

—¿Del mismo modo que actuaste contra Malcolm? —preguntó Lazlo. Hubo unas risitas y Zara se sonrojó: se había pavoneado de haber matado a Malcolm Fade, un poderoso brujo, pero más tarde se descubrió que no era cierto. Cristina y los demás habían esperado que esa mentira desacreditara a Zara, pero después de lo que acababa de ocurrir con Annabel, la mentira de Zara se había quedado en poco más que un chiste.

Dearborn se puso en pie.

—Esa no es ahora la cuestión, Balogh. Los Blackthorn tienen sangre de hada en su familia. Han traído a Alacante una criatura, una cosa nigromántica medio muerta, que ha asesinado a nuestro Inquisidor y ha cubierto el salón de sangre y terror.

—Su hermana también ha muerto —indicó Luana—. Hemos visto su dolor. Ellos no habían preparado lo que ha sucedido.

Cristina podía ver los cálculos que Dearborn hacía en su cabeza: le hubiera gustado mucho poder culpar a los Blackthorn y verlos a todos encerrados en las prisiones de la Ciudad Silenciosa, pero el espectáculo de Julian sujetando el cuerpo muerto de Livvy había sido demasiado impactante y emocional para que ni siquiera la Cohorte pudiera pasarlo por alto.

—También ellos son víctimas del príncipe hada en el que confían — decidió decir Dearborn—, y seguramente de su propia familia hada. Quizá se los podría convencer para que sean razonables. Después de todo, son cazadores de sombras, y quieren lo mismo que la Cohorte: proteger a los cazadores de sombras. Proteger a los suyos. —Le puso una mano a Zara en el hombro—. Cuando la Espada Mortal regrese a su sitio, estoy seguro de que Zara se alegrará de poder despejar cualquier duda que tengáis sobre sus logros.

Zara se sonrojó y asintió con la cabeza. Cristina pensó que se la veía culpable de la cabeza a los pies, pero el resto de los que estaban allí habían reparado solo en la mención de la espada.

—¿La Espada Mortal? —preguntó Trini. Era una ferviente creyente en el Ángel y su poder, igual que lo era la familia de Cristina. Se había puesto nerviosa al oír eso, y se retorció las manos sobre el regazo—. Nuestro vínculo irremplazable con el ángel Raziel... ¿Crees que nos será devuelta?

—Volverá a su sitio —aseguró Dearborn con astucia—. Jia se verá mañana con las Hermanas de Hierro. Como la espada fue forjada, puede forjarse de nuevo.

—Pero se forjó en el Cielo —protestó Trini—. No en la Ciudadela Infrecta.

—Y el Cielo dejó que se rompiera —replicó Dearborn, y Cristina tuvo que ahogar un grito. ¿Cómo podía afirmar algo tan desvergonzado? Pero era evidente que los otros confiaban en él—. Nada puede romper la Espada Mortal excepto la voluntad de Raziel. Nos ha mirado y ha visto que éramos indignos. Ha visto que nos hemos alejado de su mensaje, de nuestro servicio a los ángeles, y que en vez de eso, estábamos sirviendo a los subterráneos. Ha roto la espada para advertirnos. —Sus ojos brillaron con la luz del fanatismo

—. Si volvemos a demostrar que somos dignos de ella, Raziel permitirá que la Espada se vuelva a forjar. No me cabe la menor duda.

«¿Cómo osa hablar en nombre de Raziel? ¿Cómo se atreve a hablar como si fuera Dios?».

Cristina temblaba de furia, pero los otros parecían mirarlo como si les estuviera ofreciendo luz en medio de la oscuridad. Como si fuera su única esperanza.

—¿Y cómo demostramos que somos dignos? —preguntó Balogh en un tono más sombrío.

—Debemos recordar que los cazadores de sombras fueron los escogidos —contestó Horace—. Debemos recordar que tenemos un mandato. Nos alzamos los primeros ante el mal, y por tanto somos más importantes. Que los subterráneos miren a los suyos. Si trabajamos juntos bajo un liderazgo fuerte...

—Pero no tenemos un liderazgo fuerte —lo interrumpió Jessica Beausejourns, una de las amigas centurión de Zara—. Tenemos a Jia Penhallow, y está mancillada por la asociación de su hija con hadas y mestizos.

Se oyeron gritos ahogados y risitas. Todos los ojos se volvieron hacia Horace, pero este negó con la cabeza.

—No diré una palabra en contra de nuestra Cónsul —dijo puntilloso.

Más murmullos. Era evidente que la falsa muestra de lealtad de Horace le había hecho ganar puntos. Cristina trató de que no le rechinaran los dientes.

—Su lealtad hacia su familia es comprensible, incluso si eso la ha cegado —continuó Horace—. Lo que ahora importa son las leyes que apruebe la Clave. Debemos implantar unas regulaciones más estrictas en relación con los subterráneos, y las más estrictas de todas sobre los seres mágicos.

—Eso no detendrá al rey noseelie —dijo Jessica, aunque Cristina tuvo la impresión de que no era que dudara de la propuesta de Horace, sino que quería incitarlo a ir aún más lejos.

—La cuestión es impedir que las hadas y otros subterráneos se unan a la causa del rey —indicó Horace—. Por eso debemos tenerlos vigilados, y si fuera necesario, encarcelarlos, antes de que tengan la oportunidad de traicionarnos.

—¿Encarcelarlos? —repitió Trini—. Pero ¿cómo...?

—Oh, hay varias maneras —contestó Horace—. La isla de Wrangel, por ejemplo, podría albergar a un montón de subterráneos. Lo importante es que empecemos con el control. Aplicación estricta de los Acuerdos. Un registro

de todos los subterráneos, con su nombre y su localización. Naturalmente, podríamos empezar con las hadas.

Se oyó un zumbido aprobador.

—Claro que necesitaríamos a un Inquisidor fuerte para aprobar y hacer cumplir esas leyes —concluyó Horace.

—¡Puedes serlo tú! —exclamó Trini—. Hemos perdido la Espada Mortal y a un Inquisidor esta noche; recuperemos algo, al menos. Hay *quorum*; somos suficientes aquí para proponer a Horace para el cargo de Inquisidor. Mañana por la mañana podríamos votar. ¿Quién está conmigo?

Un cántico de «¡Dearborn! ¡Dearborn!» llenó la sala. Cristina se aferró al pasamano del palco con un pitido en los oídos. Eso no podía estar pasando. Era imposible. Trini no era así. Los amigos de su madre no eran así. Ese no podía ser el auténtico rostro del Consejo.

Se puso en pie, incapaz de soportarlo un segundo más, y salió corriendo de la galería.

* * *

El dormitorio de Emma era pequeño y estaba pintado de un tono amarillo incongruentemente brillante. Una gran cama blanca con dosel dominaba el espacio. Emma arrastró a Julian hacia ella, lo hizo sentarse con dulzura y fue a cerrar con llave la puerta.

—¿Por qué la cierras con llave? —Julian alzó la cabeza. Era lo primero que decía desde que habían salido del dormitorio de Ty.

—Necesitas intimidad, Julian. —Se volvió hacia él; su aspecto le rompía el corazón. Estaba cubierto de gotas de sangre, que también le oscurecía la ropa y le manchaba las botas.

La sangre de Livvy. Emma deseó haber estado más cerca de Livvy en esos últimos instantes, haberle prestado más atención, en vez de preocuparse de la Cohorte, de Manuel, Zara y Jessica, de Robert Lightwood y del exilio, de su propio corazón roto y hecho un lío. Deseó haberla abrazado una vez más, maravillándose de lo alta y crecida que estaba, del cambio que había hecho desde el bebé regordete de los primeros recuerdos de Emma.

—No lo hagas —dijo Julian con aspereza.

Emma se acercó a él; no podía evitarlo. Tuvo que echar la cabeza atrás para mirarla a los ojos.

—¿Que no haga qué?

—Culparte —respondió él—. Noto que estás pensando en que deberías haber hecho algo de forma diferente. No puedo permitirme esa clase de ideas, o me quedaré hecho polvo.

Estaba sentado en el borde de la cama, como si no soportara la idea de tumbarse. Con suavidad, Emma le acarició el rostro con la palma de la mano. Él se estremeció y le agarró la muñeca con fuerza.

—Emma... —comenzó, y fue una de las pocas veces en su vida que no pudo leer en su voz: era grave y oscura, áspera sin llegar a parecer enfadada, deseando algo, pero Emma no sabía qué.

—¿Qué puedo hacer? —susurró ella—. ¿Qué puedo hacer? Eres mi *parabatai*, Julian, necesito ayudarte.

Él seguía agarrándole la muñeca; tenía las pupilas dilatadas como discos, y el profundo verde azulado de sus iris formaba halos a su alrededor.

—Hago los planes de uno en uno —contestó él—. Cuando todo parece estar a punto de superarme, me pregunto qué problema he de resolver primero. Cuando eso está solucionado, paso al siguiente. Pero ahora no sé ni por dónde empezar.

—Julian —repuso ella—. Soy tu compañera de armas. Escúchame. Este es el primer paso. Levántate.

Él cerró los ojos unos instantes, luego la obedeció y se puso en pie. Estaban muy cerca; Emma llegaba a notar la solidez y el calor de Julian. Le quitó la chaqueta de los hombros, y luego le agarró la camisa por delante. Tenía la textura de un hule, tesa de sangre. Tiró de ella, la rasgó y se la dejó colgando de los brazos.

Julian abrió mucho los ojos, pero no hizo nada para detenerla. Acabó de arrancarle la camisa y la tiró al suelo. Se agachó y le sacó las botas ensangrentadas. Cuando se irguió de nuevo, él la miraba con cara de sorpresa.

—¿De verdad que me vas a arrancar los pantalones? —preguntó.

—Están manchados con su sangre —contestó ella, casi atragantándose con las palabras. Le tocó el pecho y lo notó tragar aire. Se imaginó que podía sentir los bordes irregulares de su corazón bajo los músculos. También tenía sangre en la piel; se le habían secado las manchas del cuello y los hombros. Allí donde había abrazado a Livvy con fuerza contra sí—. Ve a ducharte —le dijo—. Te esperaré.

Él le acarició suavemente la mejilla con las yemas de los dedos.

—Emma —repuso—. Ambos tenemos que limpiarnos...

Se fue hacia el cuarto de baño y dejó la puerta abierta de par en par. Al cabo de un momento, ella lo siguió.

Tragó con fuerza, se desnudó hasta quedarse en bragas y camiseta, y fue tras él. Un agua abrasadora llenaba de vapor el pequeño espacio de piedra. Él se quedó inmóvil bajo el chorro y dejó que le marcara la piel de escarlata pálido.

Emma pasó la mano ante él y bajó la temperatura del agua. La observó en silencio mientras ella cogía una pastilla de jabón y se restregaba las manos. Cuando le puso las manos enjabonadas sobre la piel, Julian tragó aire de golpe, como si le hubiera dolido, pero no se movió lo más mínimo.

Le frotó la piel, casi clavándole los dedos para arrancar la sangre pegada. Un agua de color rosa desaparecía por el desagüe. El jabón tenía un fuerte olor a limón. El cuerpo de Julian era duro bajo las manos de Emma, musculoso y marcado de cicatrices; no era en absoluto el cuerpo de un niño. Ya no. ¿Cuándo había cambiado? Emma no podía recordar el día, la hora, el momento.

Julian inclinó la cabeza hacia atrás y ella le enjabonó el pelo, pasándole los dedos entre los rizos. Cuando acabó, también echó la cabeza hacia atrás y dejó que el agua cayera sobre ambos hasta que se volvió clara. Emma estaba empapada y la camiseta se le pegaba al cuerpo. Se inclinó ante Julian para cerrar el agua y notó que él le acercaba la cara al cuello y le rozaba la mejilla con los labios.

Se quedó inmóvil. El agua había dejado de caer, pero los rodeaba el vapor. El pecho de Julian subía y bajaba con rapidez, como si estuviera a punto de desplomarse después de una carrera. Emma se dio cuenta de que eran sollozos sin lágrimas. Julian no lloraba; no podía recordar la última vez que lo había visto llorar. Pensó que Julian necesitaba el alivio de las lágrimas, pero que, después de tantos años de contenerlo, se había olvidado del mecanismo del llanto.

Emma lo abrazó.

—No pasa nada —le dijo. El vapor los rodeaba, y notó el calor en la piel de él. Se tragó la sal de sus propias lágrimas—. Julian...

Este se apartó un poco mientras ella alzaba la cabeza y sus labios se rozaron... y fue instantáneo, desesperado, lo más parecido a caer desde el borde del precipicio. Sus bocas chocaron, dientes, lenguas y calor. Al tocarse, Emma notó espasmos por todo el cuerpo.

—Emma... —Parecía atontado mientras agarraba en un puño la tela mojada de la camiseta—. ¿Puedo...?

Ella asintió, y notó cómo a Julian se le tensaban los músculos del brazo mientras la alzaba en volandas. Cerró los ojos y se aferró a él, a sus hombros,

a su cabello, con las manos resbaladizas por el agua, mientras la llevaba al dormitorio y la dejaba encima de la cama. Un segundo después, se hallaba sobre ella, apoyado en los codos, devorándole la boca febrilmente. Todos los movimientos eran feroces, frenéticos, y Emma supo que esas eran las lágrimas que no podía llorar, las palabras de dolor que no podía pronunciar. Ese era el alivio que necesitaba y solo podía hallar así, en la aniquilación del deseo compartido.

Con gestos frenéticos se deshicieron de la ropa mojada. Se quedaron piel contra piel. Él deslizó la mano hacia abajo y le recorrió la cadera con los dedos.

—Permíteme...

Sabía lo que Julian quería decir: «Permíteme darte placer, permíteme que te haga sentir bien primero». Pero eso no era lo que ella quería en ese momento.

—Acércate más —le susurró—, más...

Le cubrió los hombros con las manos. Él le besó el cuello, la clavícula. Lo notó tensarse.

—¿Qué...? —le susurró.

Pero ya se había apartado de ella. Se sentó, cogió la ropa y comenzó a vestirse con manos temblorosas.

—No podemos —dijo con voz ahogada—. Emma, no podemos.

—De acuerdo... pero, Julian... —Se sentó y se cubrió con la manta—. No tienes por qué irte...

Julian se inclinó sobre el borde de la cama para coger su camisa, rota y ensangrentada. La miró con algo de salvajismo.

—Sí que tengo —replicó—. De verdad que tengo que hacerlo.

—Julian, no...

Pero él ya se había puesto en pie; cogió el resto de la ropa y se la puso con rabia, mientras ella lo miraba. Se fue sin calzarse las botas, casi dando un portazo al salir. Emma se quedó mirando la oscuridad, tan anonadada y desorientada como si acabara de caer desde una gran altura.

* * *

Ty se despertó de golpe, como alguien rompiendo la superficie del agua en busca de aire. El ruido despertó a Kit, que dormía inquieto, soñando con su padre caminando por el Mercado de Sombras con una enorme herida en el estómago de la que manaba sangre.

«Las cosas son así, Kit —le había estado diciendo—. Así es la vida con los nefilim».

Medio dormido, Kit se dio impulso con una mano para incorporarse. Ty estaba tan inmóvil como una sombra sobre la cama. Diana ya no seguía allí; seguramente estaba echando una cabezada en su propio dormitorio. Kit estaba solo con Ty.

Se le ocurrió pensar en su absoluta falta de preparación para toda esa situación. Para la muerte de Livvy, evidentemente, aunque había visto morir a su padre, y sabía que había aspectos de esa pérdida a los que aún no se había enfrentado. Si nunca había superado aquella pérdida, ¿cómo podría superar esta otra? Y como nunca había sabido cómo ayudar a nadie, ¿cómo ofrecer el consuelo necesario?, ¿cómo podría ayudar a Ty?

Quería gritar para llamar a Julian, pero algo le dijo que no lo hiciera, que el grito podría alarmar a Ty. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, pudo ver mejor al otro chico: Ty parecía... desconectado; sí, esa podría ser la mejor palabra para definirlo, como si no hubiera acabado de aterrizar. Tenía el oscuro pelo pegado a la frente, como lino negro, y se le veían bolsas bajo los ojos.

—¿Jules? —llamó con muy poca voz.

Kit se incorporó del todo, con el corazón latiéndole a trompicones.

—Soy yo —contestó—. Kit.

Se había preparado mentalmente para la decepción de Ty, pero este solo lo miró con sus grandes ojos grises.

—¿Mi bolsa? ¿Dónde está? ¿Está por aquí?

Kit se quedó demasiado anonadado para hablar. ¿Acaso Ty no recordaba lo que había pasado?

—Mi bolsa de viaje —insistió Ty. Sin duda había tensión en su voz—. Allí está... La necesito.

La bolsa estaba debajo de la otra cama. Cuando Kit fue a cogerla, miró hacia fuera por la ventana: las agujas de las torres de los demonios alzándose hacia el cielo, el agua brillando como hielo en los canales, las murallas de la ciudad y los campos de más allá. Nunca había estado en un lugar tan hermoso o que pareciera más irreal.

Le llevó la bolsa a Ty, que se había sentado con las piernas colgando por el lado de la cama. Este la cogió y comenzó a rebuscar en su interior.

—¿Quieres que vaya a buscar a Julian? —preguntó Kit.

—No en este momento —contestó Ty.

Kit no tenía ni idea de qué hacer. En realidad, nunca en toda su vida había tenido tan poca idea de qué hacer. Ni siquiera cuando, a los diez años, se había encontrado a un golem examinando el helado de su nevera a las cuatro de la mañana. Ni tampoco a sus doce años, cuando una sirena había acampado durante semanas en su sofá, comiendo galletitas de pescado.

Tampoco cuando había sido atacado por demonios Mantid. Entonces había actuado como por instinto; un instinto de cazador de sombras que se le había activado impulsando su cuerpo a la acción.

En ese momento, nada lo impulsaba. Sentía un apabullante deseo de dejarse caer de rodillas y cogerle las manos a Ty, de abrazarlo como lo había hecho en aquel tejado en Londres cuando Livvy había resultado herida. Al mismo tiempo, estaba igualmente apabullado por una voz en la cabeza que le decía que eso sería una idea terrible, que no tenía ni idea de lo que Ty necesitaba en ese momento.

Ty seguía rebuscando en la bolsa. No debía de recordar nada, pensó Kit con un pánico creciente. Debía de haber borrado lo ocurrido en el Salón del Consejo. Kit no estaba allí cuando Robert y Livvy murieron, pero Diana le había explicado lo suficiente para saber lo que Ty debía de haber visto. A veces, la gente olvidaba cosas horribles, lo sabía; su cerebro simplemente se negaba a procesar o a almacenar lo que habían visto.

—Iré a buscar a Helen —dijo finalmente Kit—. Ella podrá contarte... lo que ha pasado.

—Ya sé lo que ha pasado —replicó Ty. Había encontrado su móvil en el fondo de la bolsa. La tensión le había abandonado el cuerpo; su alivio era evidente. Kit estaba perplejo. No había cobertura en ningún lugar de Idris; el teléfono no serviría para nada—. Ahora volveré a dormirme —dijo Ty—. Aún me quedan drogas en el cuerpo. Las noto. —No parecía gustarle la sensación.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Kit.

Ty había dejado la bolsa de viaje en el suelo y se había recostado sobre las almohadas. Aferraba el móvil con la mano derecha, con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos; aparte de eso, no mostraba ninguna otra señal de angustia. Miró a Kit. El gris de sus ojos se veía plano como una moneda plata bajo la luz de la luna. Kit fue incapaz de imaginar en qué estaría pensando.

—Sí, preferiría que te quedaras —contestó—. Y duerme, si quieres. Yo estoy bien.

Cerró los ojos. Un largo momento después, Kit se sentó en la cama junto a la de Ty, la que tenía que haber sido de Livvy. Pensó en la última vez en que

había estado solo con ella; la había ayudado a ponerse el collar antes de la gran reunión del Consejo. Recordó el modo en que sonreía, el color y la vida en su rostro. Parecía absolutamente imposible que ya no estuviera. Quizá Ty no fuera el que estaba comportándose de un modo raro; quizá fuera el resto, al aceptar su muerte, el que no se enteraba de nada.

* * *

Parecía haber cientos de kilómetros entre la habitación de Emma y la suya, pensó Julian. Como mil. Recorría los pasillos de la casa del canal como en un sueño.

El hombro le ardía y le dolía.

Emma era la única persona a la que había deseado en toda su vida, y la fuerza de ese deseo lo abrumaba a veces. Y nunca más que esa noche. Se había perdido a sí mismo en ella durante un montón de tiempo; solo había sentido su cuerpo y la parte de su corazón que amaba, y estaba herida. Emma era todo lo que era bueno en él, pensó, todo lo que ardía resplandeciente.

Pero entonces había comenzado el dolor y la sensación de que algo estaba mal, y lo había sabido. Mientras se apresuraba hacia su habitación, el miedo fue llamando a la puerta de su conciencia, aullando para que le permitiera la entrada y lo admitiera, como las manos de un esqueleto arañando una ventana. Era el miedo a su propia desesperación. Sabía que, en ese momento, la impresión le servía de amortiguador, que solo había tocado la punta de iceberg del dolor y la terrible pérdida. Pronto llegarían la oscuridad y el horror: ya había pasado por eso antes, con la pérdida de su padre.

Y esto, Livvy, sería peor. No podía controlar la pena. No podía controlar sus sentimientos por Emma. Toda su vida se había fundado en un estricto control sobre sí mismo, sobre la máscara que mostraba al mundo, pero ahora se le había quebrado.

—¿Jules?

Había llegado a su dormitorio, pero no estaba solo. Mark lo esperaba, apoyado en la puerta. Parecía cansado hasta la médula, con el cabello revuelto y la ropa desarreglada. Aunque Julian no podía decirle nada, ya que su propia ropa estaba rota y ensangrentada, e iba descalzo.

Julian se detuvo al instante.

—¿Va todo bien?

Supuso que se lo estarían preguntando mutuamente durante algún tiempo. Y que nunca nada iría del todo bien, pero de todas formas se animarían el uno

al otro con las pequeñas cosas; la medida de las victorias mínimas: sí, Dru ha dormido un poco; sí, Ty ha comido un poco; sí, aún seguían respirando. Julian escuchó mecánicamente mientras Mark le explicaba que Helen y él habían ido a buscar a Tavvy, y que el niño ya sabía lo de Livvy, y que no había sido fácil, pero todo iba bien y Tavvy estaba durmiendo.

—No quería molestarte en mitad de la noche —dijo Mark—, pero Helen ha insistido. Ha dicho que si no, lo primero que pasaría en cuanto despertaras por la mañana sería que te pondrías de los nervios por Tavvy.

—Claro —repuso Julian, sorprendido de sonar tan coherente—. Gracias por decírmelo.

Mark lo miró por un momento.

—Eras muy pequeño cuando perdimos a Eleanor, tu madre —dijo—. Una vez me dijo que hay un reloj en el corazón de los progenitores. La mayor parte del tiempo está en silencio, pero se oye cuando tu hijo no está contigo y no sabes dónde está, o cuando está despierto por la noche, esperándote. Y el reloj seguirá sonando hasta que estés con él de nuevo.

—Tavvy no es mi hijo —replicó Julian—. No tengo hijos.

Mark le tocó la mejilla a su hermano. Casi era más una caricia de hada que de humano, aunque la mano de Mark era cálida, callosa y real. En realidad, ni siquiera parecía una caricia, pensó Julian. Era como una bendición.

—Sabes que sí —insistió Mark—. Debo pedirte perdón, Julian. Le he contado a Helen tu sacrificio.

—¿Mi... sacrificio?

—Todos los años en que has dirigido el Instituto en secreto —explicó Mark—. Cómo has cuidado a los niños. Cómo te miran y cómo los quieres. Sé que es un secreto, pero pensé que ella debía saberlo.

—Está bien —repuso Julian. No importaba. Nada importaba—. ¿Se ha enfadado?

Mark lo miró, sorprendido.

—Dijo que se sentía tan orgullosa de ti que se le partía el corazón.

Fue como un puntito de luz abriéndose paso en la oscuridad.

—¿Eso... dijo?

Mark estaba a punto de responder cuando un segundo ardiente pinchazo de dolor atravesó el hombro de Julian. Sabía exactamente la localización de ese pinchazo. El corazón se le disparó; le dijo algo a Mark sobre verlo después, o al menos creyó haberlo dicho, antes de entrar en su dormitorio y

cerrar la puerta con llave. En un segundo se plantó en el cuarto de baño; intensificó el brillo de la luz mágica y se miró en el espejo.

Apartó el cuello de la camisa para ver mejor.

Vio su runa de *parabatai*. Contrastaba con su piel, pero ya no era negra. En el interior de las gruesas líneas vio lo que parecían pecas rojas y relucientes, como si la runa hubiera comenzado a quemarse desde el interior.

Se agarró al lavabo cuando sintió un mareo. Se había estado obligando a no pensar en lo que significaba la muerte de Robert, en sus fallidos planes de exilio. En la maldición que caería sobre toda pareja de *parabatai* que se enamorara. Una maldición de poder y destrucción. Había estado pensando solo en lo desesperadamente que necesitaba a Emma, y no en las razones por las que no podía estar con ella, que permanecían inalterables.

Lo habían olvidado, buscándose el uno al otro en el abismo de su pesar, como siempre se habían buscado durante toda su vida. Pero no podía ser, se dijo Julian, mordiéndose el labio con tanta fuerza que notó el sabor de su propia sangre. No podía haber más destrucción.

Había comenzado a llover. Oía el suave tableteo sobre el tejado de la casa. Se inclinó hacia delante y rasgó una tira de tela de la camisa que había llevado en la reunión del Consejo. Estaba tiesa y oscura por la sangre de su propia hermana.

Se la ató a la muñeca derecha. La dejaría ahí hasta que se hubiera vengado. Hasta que se hiciera justicia con Livvy. Hasta que todo ese maldito lío se arreglara. Hasta que todos a los que amaba estuvieran a salvo.

Volvió al dormitorio y comenzó a buscar ropa limpia y zapatos. Sabía exactamente adónde tenía que ir.

* * *

Julian corrió por las vacías calles de Idris. Una cálida lluvia estival le pegaba el pelo a la frente y le empapaba la camisa y la chaqueta.

El corazón le latía desenfrenado: ya echaba de menos a Emma; ya se arrepentía de haberla dejado. Y sin embargo, no podía dejar de correr, como si pudiera así desprenderse del dolor por la muerte de Livvy. Era casi una sorpresa que pudiera sentir dolor por su hermana y amar a Emma al mismo tiempo, y sentir ambas cosas sin que una quitara nada de la otra: Livvy también había querido a Emma.

Se podía imaginar lo entusiasmada que hubiera estado Livvy de saber que Emma y él estaban juntos. Si les hubiese sido posible casarse, Livvy se habría

puesto loca de contenta al pensar en ayudar con los planes de boda. Esa idea fue como un golpe cortante en pleno estómago, como una hoja afilada retorciéndole las entrañas.

La lluvia salpicaba en los canales y convertía el mundo en niebla y agua. La casa del Inquisidor salió de la niebla como una sombra, y Julian subió corriendo los escalones a tal velocidad que casi se estrelló contra la puerta. Llamó y Magnus abrió, con el rostro chupado y desacostumbradamente pálido. Vestía una camiseta negra y unos vaqueros, con una bata de seda azul por encima. En las manos no llevaba sus acostumbrados anillos.

Cuando vio a Julian, se encogió un poco contra el marco de la puerta. No se movió ni habló, solo se lo quedó mirando, como si no estuviera viendo a Julian sino a algo o alguien diferente.

—Magnus —dijo Julian, un poco asustado. Recordó que Magnus no estaba bien. Casi lo había olvidado. Magnus siempre le había parecido el mismo: eterno, inmutable, invulnerable—. Estoy...

—«Estoy aquí por mi cuenta —lo interrumpió Magnus en voz baja y distante—. Necesito tu ayuda. No hay absolutamente nadie más a quien se la pueda pedir».

—Eso no es lo que... —Julian se apartó el empapado flequillo de los ojos, y dejó la frase colgando al darse cuenta—. Te has acordado de alguien.

Magnus pareció sacudirse un poco, como un perro saliendo del mar.

—Otra noche, un chico diferente de ojos azules. Llovía en Londres, pero ¿cuándo no?

Julian no insistió por ahí.

—Bueno, tienes razón. Necesito tu ayuda. Y no hay nadie más a quien se la pueda pedir.

Magnus suspiró.

—Entra, entonces. Pero no hagas ruido. Están todos durmiendo, y eso es un gran logro, considerando las circunstancias.

Claro, pensó Julian, mientras seguía a Magnus al salón principal. En esa casa también había luto.

El interior de la casa era grandioso, con techos altos y muebles caros y pesados. Robert parecía haberle añadido muy poco en cuestión de personalidad o decoración. No había fotos de familia, y los pocos cuadros en las paredes eran unos cuantos paisajes corrientes.

—Hacía mucho tiempo que no veía llorar a Alec —añadió Magnus, mientras se hundía en el sofá y miraba a lo lejos. Julian se quedó donde estaba, chorreando sobre la alfombra—. O a Isabelle. Entiendo lo que es tener

un padre cabrón: sigue siendo tu cabrón. Y los quería y trató de compensarlos. Que es mucho más de lo que se puede decir del mío. —Lanzó una mirada a Julian—. Espero que no te importe que no emplee algún hechizo para secarte. Estoy tratando de conservar la energía. Hay una toalla en esa silla.

Julian no hizo caso de la toalla ni de la silla.

—No debería estar aquí —dijo.

La mirada de Magnus se posó en la tira de tela ensangrentada que Julian llevaba en la muñeca. Su expresión se suavizó.

—No pasa nada —repuso—. Por primera vez en mucho tiempo me siento desesperado. Me pone de mal humor. Mi Alec ha perdido a su padre, y la Clave ha perdido a un Inquisidor decente. Pero tú, tú has perdido la esperanza de salvarte. No creas que no lo comprendo.

—Mi runa ha empezado a arder —explicó Julian—. Esta noche. Como si me la hubieran dibujado sobre la piel con fuego.

Magnus se inclinó hacia delante y se frotó el rostro cansadamente. Arrugas de dolor y fatiga se le marcaban en las comisuras de la boca. Tenía los ojos hundidos.

—Me gustaría saber más sobre eso —dijo—. Qué destrucción te acarrearía a ti, a Emma. Y a otros. —Se detuvo—. Debería ser más amable contigo. Has perdido a una hija.

—Pensé que eso borraría todo lo demás —repuso Julian con voz rasposa—. Pensé que en el corazón solo me cabría el dolor, pero hay espacio en él para tener miedo por Ty y pánico por Dru, y hay espacio para más odio del que nunca creí que pudiera sentir.

El dolor en su runa de *parabatai* se intensificó y le fallaron las piernas. Se tambaleó y cayó de rodillas frente a Magnus. A este no pareció sorprenderlo. Se limitó a mirar a Julian con una paciencia silenciosa y exclusiva, como un sacerdote oyendo una confesión.

—¿Qué te duele más —le preguntó Magnus—, el amor o el odio?

—No lo sé —respondió Julian. Clavó los húmedos dedos en la alfombra a ambos lados de las rodillas. Sentía que le costaba respirar—. Sigo amando a Emma más de lo que pensaba que fuera posible. La quiero más cada día que pasa, y más cada vez que intento dejar de amarla. La amo como si me estuvieran arrancando las vísceras. Y quiero cortarles el cuello a todos los de la Cohorte.

—Una declaración de amor muy poco convencional —reconoció Magnus mientras se inclinaba hacia él—. ¿Y qué hay de Annabel?

—También la odio —contestó Julian, sin emoción—. Tengo espacio suficiente para odiarlos a todos.

Los ojos de gato de Magnus brillaron.

—No creas que no sé cómo te sientes —repitió—. Hay algo que puedo hacer. Sería un parche, y muy duro. Y no lo haría a la ligera.

—Por favor. —Arrodillado en el suelo frente al brujo, Julian alzó la mirada. Nunca había rogado por nada en toda su vida, pero no le importaba si estaba comenzando a hacerlo—. Sé que estás enfermo, sé que ni siquiera debería pedirte, pero no puedo hacer nada más y no puedo ir a ningún otro sitio.

Magnus suspiró.

—Habrás consecuencias. ¿Alguna vez has oído la expresión «el sueño de la razón produce monstruos»?

—Sí —respondió Julian—, pero de todas formas voy a ser un monstruo.

Magnus se puso en pie. Por un momento pareció crecer ante Julian, una forma tan alta y oscura como la parca en la pesadilla de un niño.

—Por favor —insistió Julian—. No tengo nada que perder.

—Sí que tienes —replicó Magnus. Alzó la mano izquierda y se la miró pensativo. Chispas de color cobalto comenzaron a saltarle de la punta de cada dedo—. Pues claro que tienes.

La estancia se llenó de fuego azul y Julian cerró los ojos.

3

Descanso eterno

El funeral estaba programado para el mediodía, pero Emma había dado vueltas en la cama desde las tres o las cuatro de la madrugada. Notaba los ojos secos e irritados, y las manos le temblaban mientras se cepillaba el pelo y se lo recogía cuidadosamente en un moño bajo.

Después de que Julian se marchara, había corrido a la ventana, envuelta en una sábana, y se había quedado mirando afuera, entre anonadada e incrédula. Lo había visto salir de la casa y correr hacia la llovizna, sin ni siquiera bajar el ritmo para cerrarse la cremallera de la chaqueta.

Después de eso, no le había parecido que pudiera hacer mucho más. No era que Julian corriese ningún peligro en las calles de Alacante. Aun así, esperó hasta que oyó sus pasos en la escalera, de regreso, y luego cómo se abría y cerraba la puerta de su dormitorio.

Se había levantado para ver a Ty, que dormía con Kit a su lado. Se dio cuenta de que la bolsa de viaje de Livvy seguía en el dormitorio y se la llevó, temiendo que a Ty le haría daño verla cuando se despertara. De vuelta en su dormitorio, se sentó en la cama y la abrió. No había muchas cosas entre la pertenencias de Livvy: algunas camisas y faldas, un libro, un cepillo de dientes y jabón, empaquetados cuidadosamente. Una de las camisas estaba sucia, y Emma pensó que quizá debería lavar toda la ropa de Livvy, que eso podría ayudar, pero luego se dio cuenta de que no serviría de nada y que no importaba, y se acurrucó sobre la bolsa, sollozando como si el corazón se le fuera a partir por la mitad.

Al final había caído en un sueño inquieto, lleno de pesadillas de fuego y sangre. Se había despertado al oír a Cristina llamando a su puerta, con un tazón de té y la desagradable noticia de que esa mañana Horace había sido elegido el nuevo Inquisidor en una votación de emergencia. Ya se lo había contado al resto de la familia, que estaban levantados y preparándose para el funeral.

El té debía de tener como mil cucharadas de azúcar, lo que hacía que estuviera muy dulce, como Cristina, pero no diluyó la amargura de las noticias sobre el Inquisidor.

Emma estaba mirando por la ventana cuando Cristina regresó, en esta ocasión con un montón de ropa. Iba vestida toda de blanco, el color de los cazadores de sombras para el luto y los funerales. Una chaqueta blanca de combate, camisa blanca y flores blancas en su oscuro pelo suelto.

Cristina la miró con el ceño fruncido.

—Apártate de ahí.

—¿Por qué? —Emma echó una mirada por la ventana; la casa tenía una vista espectacular de la parte baja de la ciudad. Se veían las murallas y los verdes campos del otro lado.

Pudo ver una distante fila de gente vestida de blanco que desfilaba por las puertas de la ciudad. En el centro de los campos, dos enormes pilas de leña se alzaban como pirámides.

—Ya han montado las piras —comentó Emma, y una sensación de mareo la inundó. Notó la cálida mano de Cristina sobre la suya, y un momento después ambas estaban sentadas al borde de la cama y Cristina le decía que respirase.

—Lo siento —dijo Emma—. No quería desmoronarme.

Se le habían escapado unos cuantos mechones del moño. Cristina se los metió de nuevo con manos hábiles.

—Cuando murió mi tío —comenzó a decir—, lo enterraron aquí, en Idris, y no pude asistir a su funeral porque mi madre pensaba que este lugar seguía siendo peligroso. Cuando volvió a casa, fui a abrazarla y la ropa le olía a humo. Pensé: «Eso es todo lo que queda de mi tío, ese humo en la chaqueta de mi madre».

—Tengo que ser fuerte —repuso Emma—. Tengo que poder ayudar a los Blackthorn. Julian está... —«Destrozado, hecho pedazos. Ausente. No, no está ausente. Está sin mí».

—También tú puedes llorar por Livvy —dijo Cristina—. Era como una hermana para ti. La familia es algo más que la sangre.

—Pero...

—El dolor no nos hace débiles —la cortó Cristina con firmeza—. Nos hace humanos. ¿Cómo podrías consolar a Dru, o a Ty, o a Jules, si no supieras cómo la echan de menos? La compasión es corriente. Saber la forma exacta del agujero que la pérdida de alguien deja en el corazón es muy raro.

—No creo que ninguno de nosotros pueda entender la forma exacta de lo que Ty ha perdido —replicó Emma. Tenía mucho miedo por Ty; era como un constante sabor amargo en la garganta, que se mezclaba con su pena por Livvy hasta hacerla sentir que estaba a punto de ahogarse.

Cristina le dio a Emma una última palmada en la mano.

—Será mejor que te vistas —le dijo—. Estaré abajo en la cocina.

Emma se vistió medio aturdida. Cuando acabó, se miró en el espejo. El traje blanco estaba salpicado de las runas escarlata del luto por todas partes, en dibujos sobrepuestos que enseguida perdían su significado al mirarlos, como una palabra que pierde el sentido al repetirla muchas veces. Hacía que su piel y su cabello se vieran más pálidos, e incluso su mirada parecía fría. Era como un témpano, pensó, o la hoja de un cuchillo.

Si al menos tuviera a *Cortana*. Podría meterse en Brocelind y gritar y gritar y dar tajos al aire hasta caer exhausta al suelo, con el dolor de la pérdida manándole como sangre por cada uno de los poros.

Con la sensación de estar incompleta sin la espada, se dirigió hacia el piso de abajo.

* * *

Diana se hallaba en la cocina cuando Ty bajó. No había nadie con él, y Diana apretó con tanta fuerza el vaso que tenía en la mano que le dolieron los dedos.

No estaba segura de qué se había esperado. Permaneció junto a Ty gran parte de la noche mientras él dormía, un sueño callado, inmóvil, como muerto. Intentó recordar cómo rezarle a Raziel, pero había pasado tanto tiempo... En Tailandia, había hecho ofrendas de incienso y flores después de la muerte de su hermana, pero nada de eso la había ayudado a cerrar el hueco en su corazón donde Aria debería haber estado.

Y Livvy era la melliza de Ty. No habían conocido el mundo el uno sin el otro. Las últimas palabras de Livvy fueron: «Ty, yo...». Nunca nadie sabría el resto de lo que había querido decir. ¿Cómo podría soportarlo Ty? ¿Cómo podría cualquiera?

La Cónsul los había provisto a todos de ropas de luto, lo que había sido muy amable por su parte. Diana llevaba su propio vestido blanco y una chaqueta de combate, y Ty iba completamente vestido de luto, con una chaqueta de corte elegante, pantalones y botas blancos; el cabello, negro y reluciente, contrastaba con la ropa. Por primera vez, Diana se dio cuenta de que, cuando creciera, Ty sería muy guapo. Durante mucho tiempo había

pensado en él como en un niño adorable y nunca se le había pasado por la cabeza que un día se le tendría que aplicar un concepto más adulto de belleza y apostura.

Ty frunció el ceño. Estaba muy, muy pálido, casi del color del papel, pero llevaba el pelo bien cepillado y, por lo demás, parecía muy entero y casi como siempre.

—Veintitrés minutos —dijo.

—¿Qué?

—Tardaremos veintitrés minutos en llegar a los Campos, y la ceremonia comienza en veinticinco minutos. ¿Dónde están todos?

Diana fue a coger el móvil para enviarle un mensaje a Julian, cuando recordó que los teléfonos no funcionaban en Idris.

«Céntrate», se dijo.

—Seguro que están bajando...

—Quería hablar con Julian. —No sonó como una exigencia. Parecía más bien que Ty estuviera tratando de recordar una importante lista de cosas que necesitaba, en el orden correcto—. Fue con Livvy a la Ciudad Silenciosa. Tengo que saber qué vio y qué le hicieron allí.

«Yo no hubiera querido saber todo eso de Aria», pensó Diana, e inmediatamente se lo reprochó. Ella no era Ty. A Ty lo consolaban los hechos. Odiaba no saber. Se habían llevado el cadáver de Livvy y lo habían dejado detrás de una puerta cerrada. Claro que él querría saber: ¿habían honrado su cadáver, conservado sus cosas, le habrían limpiado la sangre del rostro? Solo sabiéndolo podría llegar a comprender.

Se oyó ruido de pasos en la escalera. De repente, la cocina estaba llena de Blackthorn. Ty se apartó cuando Dru bajó, con los ojos rojos y una chaqueta de combate de una talla demasiado pequeña. Helen, cogiendo a Tavvy, ambos de blanco; Aline y Mark, ella con el cabello recogido en lo alto y unos pequeños pendientes de oro con la forma de runas de luto. Diana se sorprendió al darse cuenta que había estado buscando a Kieran junto a Mark, esperando que estuviera allí, olvidando por completo que se había marchado.

Llegó Cristina, y Emma a continuación, ambas muy abatidas. Diana había preparado tostadas con mantequilla y té, y Helen dejó a Tavvy en el suelo y fue a coger una. Nadie más parecía interesado en comer.

Ty miró el reloj, ansioso. Al cabo de un instante entró Kit, con apariencia de estar muy incómodo con su chaqueta blanca. Ty no dijo nada, ni siquiera lo miró, pero la tensión de sus hombros se relajó ligeramente.

A Diana la sorprendió que Julian fuera el último en bajar. Quiso correr hacia él para ver si estaba bien, pero ya hacía mucho tiempo que él no la dejaba hacer eso. Siempre había sido un chico muy contenido, y odiaba mostrar cualquier emoción negativa delante de la familia.

Vio que Emma le echaba una mirada, pero él no se la devolvió. Estaba observándolos a todos, calibrando su estado de ánimo, sus cálculos mentales invisibles tras el escudo de sus ojos verde azulado.

—Debemos irnos —dijo—. Nos esperarán, pero no mucho rato, y también debemos estar para la ceremonia de Robert.

Todos lo miraron. Era el centro, pensó Diana, el eje sobre el que giraba toda la familia. Emma y Cristina se mantuvieron atrás, al no ser Blackthorn, y Helen pareció aliviada cuando Julian habló, como si hubiera estado temiendo que le tocara a ella controlar al grupo.

Tavvy se acercó a Julian y lo cogió de la mano. Salieron por la puerta en una procesión silenciosa, un río de color blanco fluyendo por los escalones de piedra de la casa.

Diana no puedo evitar pensar en su hermana: la habían incinerado en Tailandia y luego enviado sus cenizas a Idris para que las depositaran en la Ciudad Silenciosa. Pero Diana no había asistido a ese funeral. En aquel tiempo pensaba que nunca regresaría a Idris.

Mientras desfilaban por la calle hacia Silverstill Bridge, alguien abrió una ventana. Un largo estandarte marcado con una runa de luto se desplegó; Ty alzó la cabeza, y Diana se dio cuenta de que el puente, la calle y todo el camino hasta las puertas de la ciudad estaban cubiertos de estandartes blancos. Caminaron entre ellos, y hasta Tavvy miró alrededor, maravillado.

Quizá ondearan sobre todo por Robert, el Inquisidor, pero también por Livvy. Al menos, los Blackthorn siempre tendrían eso, pensó, el recuerdo del honor que habían ofrecido a su hermana.

Esperó que la elección de Horace como Inquisidor no estropeará más el día. Durante toda su vida había sido consciente de la difícil tregua, no solo entre los cazadores de sombras y los subterráneos, sino también entre los nefilim que creían que los subterráneos debían ser aceptados por la Clave y los que no. Muchos se habían alegrado cuando los subterráneos finalmente entraron a formar parte del Consejo, después de la Guerra Mortal. Pero había oído los susurros de los que no, como Lazlo Balogh y Horace Dearborn. La Paz Fría les había brindado la oportunidad de expresar el odio que albergaban en el corazón, convencidos de que cualquier nefilim bien pensante estaría de acuerdo con ellos.

Siempre había creído que estaban equivocados, pero la elección de Horace le despertaba el temor de que hubiera muchos más nefilim de los que pensaba que estaban irreparablemente empapados de odio.

Mientras comenzaban a cruzar el puente, algo le cayó a Diana en el hombro. Fue a sacudírselo y se dio cuenta de que era una flor blanca, de aquellas que solo crecían en Idris. Alzó la mirada; las nubes corrían por el cielo, empujadas por un intenso viento, pero vio la silueta de un hombre a caballo desvanecerse tras una de ellas.

«Gwyn». Pensar en él le encendió una pequeña llama de calor en el corazón. Con cuidado, cerró la mano sobre los pétalos.

* * *

Los Campos Imperecederos.

Así se denominaban, aunque la mayoría de la gente los llamaba simplemente los Campos. Se extendían sobre la planicie fuera de Alacante, desde la muralla de la ciudad que se construyó después de la Guerra Oscura hasta los árboles del bosque de Brocelind.

La brisa era suave y única de Idris; en cierto modo, Emma prefería el viento llegado del océano de Los Ángeles, con su regusto a sal. El de Idris era demasiado ligero para el día del funeral de Livvy. Le revolvía el pelo y le pegaba el vestido blanco a las rodillas; hacía que los blancos estandartes que se alzaban a cada lado de las piras se agitaran como cintas en el cielo.

El terreno bajaba ligeramente desde la ciudad hacia el bosque. Mientras se acercaban a las piras funerarias, Cristina cogió a Emma de la mano. Esta se la apretó agradecida mientras llegaban lo suficientemente cerca de los demás para que Emma viera que algunos los miraban fijamente y oyera los murmullos que se alzaban alrededor. Sin duda, se compadecían de los Blackthorn, pero también había miradas hostiles hacia ella y hacia Julian; este había llevado a Annabel a Idris, y Emma era la chica que había roto la Espada Mortal.

—Una espada tan poderosa como *Cortana* no tendría que estar en manos de una niña —dijo una mujer rubia cuando Emma pasaba cerca de ella.

—Todo esto huele a magia negra —soltó alguien más.

Emma decidió no escuchar. Se quedó mirando fijamente hacia delante. Pudo ver a Jia, de pie entre las dos piras, toda vestida de blanco. Le vinieron recuerdos de la Guerra Oscura. Tanta gente de blanco; tantas piras funerarias.

Junto a Jia se hallaba una mujer de largo cabello rojo a la que Emma reconoció como la madre de Clary, Jocelyn. A su lado estaba Maryse Lightwood, con el negro cabello suelto por la espalda. Parecía hablarle a Jia con mucho interés, pero estaban demasiado lejos para que Emma pudiera oír lo que decían.

Ambas piras estaban concluidas, aunque aún no habían llevado hasta allí los cadáveres desde la Ciudad Silenciosa. Se habían reunido bastantes cazadores; a nadie se le exigía asistir a los funerales, pero Robert había sido muy conocido, y su muerte y la de Livvy habían causado impresión por su horror.

La familia de Robert se hallaba junto a la pira de la derecha; la túnica ceremonial del Inquisidor envolvía la parte superior. Ardería con él. Alrededor estaban Alec y Magnus, Simon e Isabelle, todos con la ropa de luto ritual, incluso Max y Rafe. Isabelle miró a Emma mientras esta se acercaba y la saludó con la mano; tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Simon, a su lado, parecía tan tenso como la cuerda de un arco. Miraba alrededor; su mirada saltaba de una persona a otra entre la multitud. Emma no pudo evitar preguntarse si estaría buscando a la misma gente que ella: la gente que debería estar ahí cuando Robert Lightwood ardiera en la pira.

¿Dónde estaban Jace y Clary?

* * *

A Kit, los cazadores de sombras pocas veces le habían parecido tan diferentes de él como en ese momento. Estaban por todas partes, vestidos de blanco, un color que él asociaba con las bodas y la Pascua. Los estandartes, las runas, las destellantes torres de los demonios en la distancia: todo se combinaba para hacerle sentir como si estuviera en otro planeta.

Por no mencionar que los cazadores de sombras no lloraban. Kit ya había asistido a otros funerales y los había visto en la tele. La gente tenía pañuelos en las manos y sollozaban sobre ellos. Pero ahí no; ahí estaban en silencio, tensos, y el canto de los pájaros era más fuerte que el sonido de los llantos o las palabras.

Aunque Kit tampoco estaba llorando, como no lo había hecho cuando murió su padre. Sabía que no era sano, pero su padre siempre había parecido insinuar que si te quebrabas en llanto, permanecías quebrado para siempre. Kit debía demasiado a los Blackthorn, especialmente a Ty, para permitirse

quebrarse por Livvy. A ella no le habría gustado. Ella hubiera querido que permaneciera allí para ayudar a Ty.

Uno tras otro, los nefilim se acercaron a los Blackthorn y les ofrecieron sus condolencias. Julian se había colocado al frente de su familia como un escudo y coartaba fríamente todo intento de hablar con sus hermanos o hermanas, que se habían agrupado tras él. Julian parecía más frío y distante que de costumbre, pero no resultaba sorprendente. El dolor afectaba a cada uno de una forma diferente.

Sin embargo, estar al frente le había supuesto tener que soltar a Tavvy, que se había acercado a Dru y se apretaba contra ella. También había dejado a Ty solo, y Kit se acercó a él, sintiéndose brillantemente estúpido en sus pantalones y chaqueta de cuero blanco. Sabía que era la vestimenta oficial de luto, pero lo hacía sentirse como si estuviera imitando a alguien en un vídeo musical de los ochenta.

—Los funerales son siempre muy tristes —comentó una mujer que se había presentado como Irina Cartwright, mientras miraba a Julian con auténtica pena. Como él no respondía, dirigió la mirada a Kit—. ¿No te parece?

—No sabría qué decirte —replicó Kit—. A mi padre se lo comieron los demonios.

Irina Cartwright lo miró incómoda, y se apresuró a alejarse después de un par de frases vacías más. Julian miró a Kit alzando una ceja antes de saludar a la siguiente persona.

—¿Sigues teniendo el... teléfono? —le preguntó Kit a Ty, y al instante se sintió como un idiota. ¿Quién se acercaba a alguien durante el funeral de su melliza para preguntarle si tenía su móvil?—. Quiero decir... no es que puedas llamar... a nadie.

—Hay un teléfono en Idris que funciona. Está en la oficina de la Cónsul —repuso Ty. Él no parecía estar actuando en un vídeo musical de los ochenta; él estaba frío e impresionante y...

La palabra «hermoso» le destelló a Kit en la cabeza como un cartel de neón. No le hizo caso.

Elegante. Ty estaba elegante. A la gente morena seguramente le quedaba mejor el blanco.

—Lo que necesito no es la línea del teléfono —dijo Ty—. Son las fotos.

—¿Fotos de Livvy? —preguntó Kit, confuso.

Ty se lo quedó mirando. Kit recordó los días en Londres, en los que habían trabajado juntos resolviendo... bueno, resolviendo misterios. Como

Watson y Holmes. Ni siquiera se había sentido como si no entendiera a Ty. Pero en ese momento sí lo sentía.

—No —contestó Ty.

Miró alrededor. Kit se preguntó si el creciente número de personas estaría incomodando a Ty. Odiaba las multitudes. Magnus y Alec se hallaban con sus hijos cerca de la Cónsul; con ellos había una guapa chica de cabello negro con cejas como las de Alec y un niño..., bueno, seguramente ya estaría por los veinte, con alborotado pelo castaño. El chico lanzó a Kit una mirada escrutadora que parecía decir: «Me resultas conocido». Varias personas más habían hecho lo mismo. Kit supuso que se debía a que era como Jace, si este hubiera sufrido una repentina e inesperada reducción de altura, músculos y atractivo general.

—Tengo que hablar contigo, luego —dijo Ty en voz baja, y Kit no estuvo seguro de si preocuparse o alegrarse. Por lo que sabía, Ty no había hablado realmente con nadie desde la muerte de Livvy.

—¿No prefieres... hablar con tu hermano? ¿Con Julian?

—No. Tengo que hablar contigo. —Ty vaciló un instante, como si estuviera a punto de decir algo más.

Se oyó el sonido grave y triste de un cuerno, y la gente miró hacia la ciudad. Kit siguió su mirada y vio que una procesión cruzaba las puertas. Docenas de Hermanos Silenciosos con sus túnicas de pergamino caminaban en dos filas paralelas a ambos lados de dos andas que cargaban a hombros los guardias del Consejo.

Estaban demasiado lejos para saber cuáles eran las andas de Livvy. Solo podía ver un cuerpo envuelto en blanco tendido sobre cada una de ellas. Y cuando se acercaron, vio que un cuerpo era mucho más pequeño que el otro y se volvió hacia Ty sin poder evitarlo.

—Lo siento —dijo—. Lo siento muchísimo.

Ty miraba hacia la ciudad. Abría y cerraba una mano, curvando los largos dedos, pero, aparte de eso, no mostraba ninguna otra señal de emoción.

—No hay realmente ninguna razón por la que debas sentirte mal —repuso Ty—. Así que no lo hagas.

Kit se quedó sin palabras. Notaba una fría tensión en su interior, un miedo que no podía sacarse de encima: el miedo de haber perdido no solo a Livvy sino también a Ty.

* * *

—Aún no han regresado —dijo Isabelle. Estaba arreglada, inmaculada en su chaqueta de combate, con una cinta de seda blanca sujetándole el cabello. Iba cogida de la mano de Simon, los nudillos tan blancos como las flores que este llevaba en la solapa.

Emma siempre había pensado en la pena como una garra. La garra de un enorme monstruo invisible que bajaba desde el cielo y te estrujaba dejándote sin aliento, causándote un dolor que no podías sacarte de encima o evitar. Lo único que quedaba era soportarlo durante todo el tiempo que la garra te tuviera en su poder.

Notaba el dolor en los ojos de Isabelle, tras su fachada de calma, y una parte de sí hubiera querido acercarse a ella y abrazarla. Deseó que Clary estuviera allí; Clary e Isabelle eran como hermanas, y Clary podía consolarla como solo una mejor amiga era capaz de hacer.

—Creía que lo sabías —dijo Simon, frunciendo el ceño al mirar a Emma. Pensó en Clary diciéndole que no podía explicarle a Simon sus visiones de muerte, que él no lo soportaría—. Pensaba que te habían dicho adónde iban.

Nadie parecía prestarles demasiada atención; Jia estaba enfrascada en una conversación con Jocelyn y Maryse, y los otros cazadores de sombras presentes se habían acercado a Julian y los otros para ofrecerles sus condolencias.

—Me lo dijeron. Iban a Feéra. Ya lo sé.

Simon e Isabelle se acercaron instintivamente. Emma confió en que no pareciera demasiado evidente que estaban formando un corrillo, compartiendo secretos, sobre todo porque eso era justamente lo que estaban haciendo.

—Pero creí que ya estarían de vuelta —concluyó Emma.

—Se supone que llegan mañana. —Isabelle hizo un ruidito cariñoso y se agachó para coger a Max. Lo sujetó en brazos y hundió la barbilla en su cabello—. Lo sé... es horrible. Si hubiera habido alguna manera de enviarles un mensaje...

—Tampoco podíamos pedirle a la Clave que retrasara el funeral —añadió Simon.

Los cadáveres de los cazadores de sombras no se embalsamaban; se quemaban lo antes posible, antes de que comenzaran a descomponerse.

—Jace se va a quedar hecho polvo —dijo Izzy. Echó la vista atrás por encima del hombro hacia donde su hermano tenía a Rafe de la mano y miraba a Magnus mientras charlaban—. Sobre todo por no haber estado aquí para ayudar a Alec.

—El dolor dura mucho tiempo —repuso Emma, con un nudo en la garganta—. Mucha gente está contigo al principio, cuando ocurre. Si Jace está aquí para consolar a Alec después, cuando por fin se acabe el ruido del funeral y las frases hechas pronunciadas por desconocidos, será mucho mejor.

Los ojos de Izzy se dulcificaron.

—Gracias. E intenta no preocuparte mucho por Clary y Jace. Ya sabíamos que no podríamos contactar con ellos mientras estuvieran fuera. Simon... es el *parabatai* de Clary. Notaría si algo le pasara. Y Alec también, con Jace.

Emma no podía discutir la fuerza del vínculo de *parabatai*. Miró hacia el suelo, preguntándose...

—Han llegado —avisó Magnus mientras cogía a Max de brazos de Isabelle. Lanzó a Emma una extraña mirada de reojo que ella no supo interpretar—. Los Hermanos.

Emma alzó la mirada. Era cierto: sin hacer casi ruido, habían planeado entre la gente, que se apartaba como el mar Rojo. Los cazadores de sombras se echaban atrás cuando las andas que portaban a Livvy y a Robert pasaban entre ellos hasta detenerse ante las piras.

Livvy yacía pálida, con el cuerpo envuelto en un vestido de seda blanca; seda blanca que también le cubría los ojos. El colgante de oro le destellaba en el cuello. El largo cabello castaño estaba extendido y salpicado de flores blancas.

Livvy bailando en la cama, con un vestido de raso verde que se había comprado en Tesoros Ocultos. «¡Emma, Emma, mira mi vestido nuevo!».

Emma luchó contra ese recuerdo, contra la fría verdad: este era el último vestido que Livvy llevaría. Esa era la última vez que vería su cabello castaño, la curva de su cuello, su obstinada barbilla.

«Livvy, mi Livvy, mi sabio buhito, mi hermanita querida».

Quería gritar, pero los cazadores de sombras no gritaban ante la muerte. En vez de eso, decían las viejas palabras, que se habían ido pronunciado desde hacía siglos.

—*Ave atque vale*. —El murmullo recorrió la multitud—. *Ave atque vale*, Robert Lightwood. *Ave atque vale*, Livia Blackthorn.

Isabelle y Alec se acercaron a las andas de su padre. Julian y los otros Blackthorn seguían inmovilizados por los pésames. Por un momento, Emma se quedó sola con Simon.

—Hablé con Clary antes de que se fueran —le dijo, y notaba las palabras como una presión caliente en el fondo de la garganta—. Le preocupaba que algo malo pudiera ocurrir.

Simon la miró perplejo.

—¿Qué clase de algo malo?

Emma negó con la cabeza.

—Es solo que... si no vuelve cuando se supone que debe hacerlo...

Simon la miró con ojos preocupados, pero antes de que pudiera decir nada, Jia se colocó en su sitio y comenzó a hablar.

* * *

—Los cazadores de sombras mueren jóvenes —dijo alguien.

Julian no reconoció al hombre. De espesas cejas negras, seguramente tendría unos cuarenta años. Llevaba una insignia en la chaqueta con el símbolo del Escolamántico, pero poco más lo diferenciaba de las docenas de personas que se habían acercado a Julian a decirle que lamentaban la muerte de su hermana.

—Pero a los quince... —El hombre meneó la cabeza. Gladstone, recordó Julian. Se apellidaba Gladstone—. Robert vivió una vida completa. Era mi primo lejano, ¿sabes? Pero lo que le ha pasado a tu hermana no debería pasar nunca. Solo era una niña.

Mark hizo un ruido ahogado junto a Julian. Este le dijo algo educado a Gladstone para que se marchara. Todo le parecía distante, apagado, como si el mundo estuviera envuelto en algodón.

—No me ha gustado nada —comentó Dru después de que se alejara Gladstone. Tenía la piel bajo los ojos brillante y tensa, como si las lágrimas hubieran dejado marcas que no se podían lavar.

Era como si hubiera dos Julian. Uno era Julian Antes, el Julian que se agacharía para consolar a Dru y alborotarle el pelo. Pero el Julian Ahora, no. Permanecía inmóvil mientras el gentío comenzaba a apartarse para dejar pasar la procesión funeraria, y vio a Helen coger a Tavvy en brazos.

—Tiene siete años —le dijo a Helen—. Es demasiado mayor para llevarlo en brazos a todas partes.

Ella le lanzó una mirada medio sorprendida, medio molesta, pero no dijo nada. Los Hermanos Silenciosos estaban pasando junto a ellos con las andas, y la familia Blackthorn se quedó inmóvil mientras el aire se llenaba con el coro de los nefilim.

—*Ave atque vale*, Livia Blackthorn. Saludos y adiós.

Dru se cubrió los ojos con las manos. Aline la rodeó con el brazo. Julian buscó a Ty. No pudo evitarlo.

Mark se había acercado a Ty y hablaba con él; Kit estaba a su lado, con las manos en los bolsillos y la espalda encorvada: la imagen de la desdicha.

Ty miraba las andas de Livvy con un punto rojo ardiéndole en cada mejilla. En el camino desde la ciudad había acribillado a Julian a preguntas: «¿Quién la ha tocado en la Ciudad Silenciosa? ¿Le han lavado la sangre? ¿Le han cepillado el pelo? ¿Le han sacado el colgante? ¿Te han dejado quedarte con su ropa? ¿Quién ha elegido el vestido con el que la incinerarán? ¿Le han cerrado los ojos antes de atarle la cinta de seda por encima?». Y había seguido así hasta que Julian se sintió agotado y a punto de estallar.

Había unas escaleras de mano junto a las piras, cada una un enorme montón de troncos y leña pequeña. Un Hermano Silencioso cogió el cuerpo de Livvy y comenzó a subir la escalera. Cuando llegó a lo alto, colocó el cuerpo; en la segunda pira, otro Hermano Silencioso hacía lo mismo con el cadáver de Robert Lightwood.

Diana también se había acercado a Ty. Llevaba una flor blanca bajo el cuello de la camisa, pálida contra su oscura piel. Le dijo algo en voz baja y Ty la miró.

Julian notó un dolor interior, un dolor físico, como si le hubieran golpeado en el estómago y comenzara a recobrar el aliento. Notaba la tira ensangrentada atada en la muñeca, como un círculo de fuego.

«Emma». La buscó con la vista entre la gente y la vio junto a Simon. Cristina se había acercado a ellos.

Ya habían apartado las escaleras y los Hermanos Silenciosos avanzaban con las antorchas encendidas. El fuego era lo suficientemente brillante para iluminar más que la luz del día. El cabello de Emma destelló y reflejó ese brillo mientras los Hermanos Silenciosos se colocaban alrededor de las piras.

—Esas llamas, esa cremación... —dijo Mark, que se había acercado a Julian—. En la Cacería Salvaje se hacía enterramiento en el cielo.

Julian lo miró. Mark estaba sonrojado, con los pálidos rizos alborotados. Pero sus runas de luto estaban dibujadas con cuidado y precisión, lo que significaba que no se las había puesto él. Eran hermosas y trazadas con delicadeza: un trabajo de Cristina.

—Colocamos los cadáveres encima de los glaciares o de los árboles más altos, para que los pájaros los picoteen hasta limpiarlos —explicó Mark.

—¿Qué te parece no comentar eso con nadie más en este funeral? —replicó Julian.

Mark hizo una mueca de dolor.

—Lo siento. No siempre sé lo que hay que decir.

—Si tienes dudas, no digas nada —le aconsejó Julian—. Y es aún mejor si no hablas en absoluto.

Mark lo miró como lo había mirado Helen antes: medio molesto, medio sorprendido; pero antes de que pudiera decir nada Jia Penhallow, en su túnica ceremonial de un blanco deslumbrante, comenzó a hablar.

—Compañeros cazadores de sombras —dijo, y su potente voz cubrió todos los Campos Imperecederos—. Hemos sufrido una gran tragedia. Uno de nuestros sirvientes más fieles en la Clave, Robert Lightwood, ha sido asesinado en el Salón del Consejo, donde nuestra Ley siempre había prevalecido.

—¿Y por qué no mencionar que era un traidor? —murmuró alguien entre la concurrencia.

Era Zara. Un coro de risitas contenidas estalló a su alrededor, como una tetera al hervir. Sus amigos, Manuel Villalobos, Samantha Larkspear y Jessica Beausejourns, la rodeaban en un estrecho círculo.

—No puedo creer que estén aquí —dijo Emma, que de algún modo había aparecido junto a Julian.

No recordaba cómo había sucedido, pero la realidad parecía estar abriéndose y cerrándose como el objetivo de una cámara. Emma pareció un poco sorprendida de que Julian no le dijera nada, pero se metió de nuevo entre la multitud, apartando a Gladstone de su camino.

—También una de nuestras cazadoras más jóvenes y prometedoras ha sido asesinada, y su sangre derramada frente a todos nosotros —continuó Jia, mientras Emma llegaba hasta Zara y sus amigos. Esta retrocedió un poco, y luego trató de compensar ese gesto de debilidad con una mirada asesina.

A Emma no le importaría eso en absoluto, pensó Julian de la reacción de Zara. Estaba gesticulando ante Zara, y luego señalando a los Blackthorn y a Ty, mientras la voz de Jia seguía resonando en el prado.

—No permitiremos que esas muertes queden sin castigo. No olvidaremos quién fue responsable. Somos guerreros, y lucharemos y responderemos a esta agresión.

Zara y sus acompañantes escuchaban con cara de pocos amigos, mientras que Manuel sonreía de medio lado con un rictus que, en otras circunstancias, habría puesto los pelos de punta a Julian. Emma se dio la vuelta y se alejó de ellos. Su expresión era torva.

Pero, como mínimo, Zara había dejado de hablar, lo cual ya era algo.

—Ya no están aquí —continuaba Jia—. Los nefilim hemos perdido dos grandes almas. Que Raziel las bendiga. Que Jonathan *Cazador de Sombras*

las honre. Que David *el Silencios* o los recuerde. Y encomendemos sus cuerpos a la necrópolis, donde servirán para siempre.

La voz de la Cónsul se había suavizado. Todos la miraban, incluso los niños como Tavvy, Rafe y Max, así que todos vieron cómo su expresión cambiaba y se oscurecía. Dijo las siguientes palabras como si le dejaran un sabor amargo en la boca.

—Y ahora, nuestro nuevo Inquisidor quiere dirigirnos unas palabras.

Horace Dearborn se adelantó; Julian no se había fijado en él hasta ese momento. Llevaba una túnica blanca de luto y una expresión adecuadamente grave, aunque parecía haber una burla tras ella, como una sombra tras un vidrio.

Zara sonreía con superioridad sin disimularlo: otros amigos del Escolamántico se habían reunido junto a ella. Hizo un pequeño gesto de saludo a su padre, aún sonriendo, y la sonrisa sarcástica de Manuel se extendió hasta cubrirle casi todo el rostro.

Julian vio el asco en la expresión de Isabelle y Simon, el horror en el rostro de Emma y la furia en los de Magnus y Alec.

Se esforzó en sentir lo mismo que ellos, pero no podía. No sentía nada en absoluto.

* * *

Horace Dearborn se tomó su tiempo para observar a la muchedumbre. Kit había deducido lo suficiente de lo que decían los otros para saber que el padre de Zara era incluso más fanático que ella y que había sido nombrado Inquisidor por la mayoría del Consejo que parecía tener más miedo de la corte noseelie y de la amenaza de los subterráneos que de dar poder a un hombre claramente malvado.

Aunque a Kit eso no le resultaba sorprendente, solo deprimente.

Ty, a su lado, no parecía estar mirando a Horace. Miraba hacia lo alto, a Livvy, o a lo poco de ella que podía ver: era solo una mancha blanca en lo alto de la gran pila de leña. Mientras miraba a su hermana, se pasaba el índice derecho por la palma de la mano izquierda, una y otra vez; aparte de eso, estaba totalmente inmóvil.

—Hoy —comenzó Horace al fin—, como dice la Cónsul, debe ser, sin duda, un día para el luto.

—Qué amabilidad la suya al reconocerlo —masculló Diana.

—¡Sin embargo... —Horace alzó la voz, y señaló con el dedo a la multitud, como si los acusara de algún crimen terrible—... esas muertes no han salido de la nada! No hay duda de quién fue el responsable de esos crímenes; aunque unos estúpidos cazadores de sombras hayan permitido que ocurriera. La mano del rey noseelie y de todas las hadas, y de todos los subterráneos, por conexión, ¡se hallan tras este acto!

«¿Por qué tiene que ser así?», pensó Kit.

Horace le recordaba a los políticos gritando en la tele; hombres de rostro colorado que parecían eternamente enfadados y siempre querían que supieras que había algo a lo que debías tener miedo.

Kit no veía ninguna lógica en la idea de que si el rey noseelie era el responsable de la muerte de Livvy y Robert, entonces todos los subterráneos eran culpables, pero si esperaba que la multitud protestara, se llevó una decepción. La multitud estaba extrañamente silenciosa, y Kit no tuvo la sensación de que estuviera en contra de Horace. Parecía más bien que sintiera que no era el momento de ovacionarlo. Magnus miraba sin ninguna expresión en el rostro, como si se la hubieran borrado con una goma.

—La muerte sirve como recordatorio —continuó Horace, y Kit miró a Julian, al que el viento le alborotaba el cabello. Kit dudaba que Julian necesitara un recordatorio—. Un recordatorio de que solo tenemos una vida y que la debemos vivir como guerreros. Un recordatorio de que solo tenemos una oportunidad de tomar la decisión correcta. Un recordatorio de que se acerca el tiempo en el que todos los cazadores de sombras tendrán que decidir con quién están. ¿Están con los traidores y los amantes de los subterráneos? ¿Están con los que buscan destruir nuestra forma de vida y hasta nuestra cultura? ¿Están con...? Joven, ¿qué estás haciendo? ¡Baja de ahí!

—Oh, por el Ángel —susurró Diana.

Ty escalaba la pira de su hermana. No parecía fácil, la leña estaba apilada para que quemara con la mayor eficacia posible, no para escalarla, pero, de todos modos, Ty iba encontrando dónde poner las manos y los pies.

Ya estaba tan lejos del suelo que Kit sintió que lo recorría una descarga de miedo ante la idea de lo que ocurriría si uno de los troncos se descolocaba y la pira se derrumbaba.

Kit fue tras él sin pensarlo, pero notó que alguien lo cogía por el cuello de la camisa. Diana tiró de él hacia atrás.

—No —dijo—. Tú no. —Y en su rostro se marcaban torvas arrugas.

«Tú no». Al instante, Kit vio a qué se refería: Julian Blackthorn ya estaba corriendo, apartando al Inquisidor, que chilló indignado, y saltando hacia la

pira. Comenzó a subir detrás de su hermano.

* * *

—¡Julian! —lo llamó Emma, pero dudó que la pudiera oír. Todo el mundo estaba gritando: los guardianes del Consejo, los asistentes, la Cónsul y el Inquisidor. Zara y sus amigos reían y señalaban a Ty. Este casi había llegado a la cima de la pira, y no parecía oír a nadie ni a nada a su alrededor. Ascendía con una intensidad obstinada. Julian, que subía con más cuidado, no podía igualar su velocidad.

Solo los Blackthorn estaban totalmente en silencio. Emma trató de dirigirse a la pira, pero Cristina la sujetó por la muñeca, negando con la cabeza.

—No vayas, no es seguro, es mejor no distraer a Julian...

Ty alcanzó la plataforma en lo alto de la pira. Se sentó allí, junto al cuerpo de su hermana.

Helen lanzó un gemido gutural.

—Ty.

En lo alto de la pira no había protección contra el viento, y el cabello le azotó el rostro cuando se inclinó sobre Livvy. Parecía que estaba tocándole las manos. Emma sintió una oleada de tristeza como un puñetazo en el estómago, seguida de otra oleada de ansiedad.

Julian llegó a la plataforma junto a Ty y Livvy. Se arrodilló junto a su hermano. Eran como dos piezas blancas del ajedrez; solo el color del cabello, que Ty tenía un poco más oscuro, los diferenciaba.

Emma tenía el corazón en un puño. No correr hacia la pira y comenzar a escalarla era una de las cosas que más le habían costado. Excepto Julian y Ty, todo parecía distante, incluso cuando oyó a Zara y sus amigos diciendo entre risas que los Hermanos Silenciosos deberían encender la pira, y que Ty y Julian ardieran junto a Livvy si tanto querían estar con ella.

Notó a Cristina tensarse a su lado. Mark caminaba por la hierba hacia las dos piras. Zara y sus amigos cuchicheaban sobre él ahora, sobre sus orejas en punta, su sangre de hada. Mark avanzó con la cabeza gacha, decidido, y Emma no pudo aguantarlo más. Se soltó de Cristina y corrió hacia él. Si Mark iba a ir a por Julian y Ty, ella también iría.

Captó la mirada de Jia, junto a Maryse y Jocelyn, las tres inmóviles, un retablo horrorizado. Los cazadores de sombras no hacían esa clase de cosas.

No convertían su dolor en un espectáculo. No gritaban, o se enfurecían, o se desmayaban, o sufrían ataques de nervios, o subían a lo alto de las piras.

Julian se había inclinado y cogía el rostro de Ty entre las manos. Era como un cuadro peculiarmente tierno, a pesar del lugar donde se encontraban. Emma podía imaginarse lo difícil que debía de ser eso para él. Odiaba mostrar sus emociones ante cualquier persona en la que no confiara mucho, pero ahora no parecía estar pensando en eso; le estaba murmurando algo a Ty, las frentes casi tocándose.

—La escalera —le dijo Emma a Mark, y este asintió sin preguntar nada más. Apartaron a un grupo de mirones y agarraron una de las pesadas escaleras de mano que los Hermanos Silencioso habían llevado al Campo; luego la apoyaron contra la pira de Livvy.

—Julian —lo llamó Emma, y vio que él miraba hacia abajo mientras Mark y ella sujetaban la escalera. En algún lugar, Horace les estaba gritando que lo dejaran, y que fueran los guardias del Consejo a bajar a los chicos. Pero nadie le hacía caso.

Julian le tocó la mejilla a Ty y este vaciló; por un momento, se abrazó a sí mismo. Luego dejó caer los brazos y siguió a Julian por la escalera hacia abajo. Cuando Julian llegó al suelo, no se movió, solo alzó la mirada, preparado para coger a su hermano si caía.

Ty llegó al suelo y se alejó de la pira sin detenerse ni a tomar aliento. Cruzó el prado hacia Kit y Diana.

Alguien les gritaba que apartaran la escalera; Mark la agarró y se la llevó a los Hermanos Silenciosos, mientras que Emma cogía a Julian por las muñecas y lo apartaba suavemente de las piras.

Julian parecía atontado, como si lo hubieran golpeado con fuerza suficiente para dejarlo medio noqueado. Emma se detuvo lejos de la otra gente y le cogió las manos entre las suyas.

Nadie pensaría nada raro al verlos; era el afecto normal entre *parabatai*. Aun así, se estremeció ante la extraña combinación de su contacto, el horror de la situación y la mirada vacía de sus ojos.

—Julian —lo llamó, y él hizo una mueca de dolor.

—Las manos —exclamó sorprendido—. No lo he notado.

Emma se las miró y tragó con fuerza. Sus palmas eran como un tapete parchado de astillas ensangrentadas. Algunas eran como líneas negras contra su piel, pero otras eran más grandes, como palillos quebrados clavados en ángulo, rezumando sangre.

—Necesitas un *iratze* —dijo Emma, mientras le soltaba una de las muñecas y se llevaba la mano al cinturón para coger la estela—. Déjame...

—No. —Se soltó la otra muñeca. Su expresión era más fría que el hielo—. No creo que sea una buena idea.

Se alejó mientras Emma luchaba por respirar. Ty y Mark habían regresado con el resto de los Blackthorn: Ty estaba cerca de Kit, como casi siempre, como un imán adhiriéndose al metal.

Vio a Mark buscar la mano de Cristina y cogérsela, y pensó: «Yo debería estar cogiéndole la mano a Julian, debería poder ayudarlo, recordarle que aún hay cosas en el mundo por las que merece la pena vivir».

Pero las manos de Julian estaban heridas y ensangrentadas, y él no quería que se las tocara. Como tenía el alma rota y sangrante, quizá no quisiera tener a nadie cerca, pero ella era diferente, era su *parabatai*, ¿no?

«Ha llegado el momento». La voz silenciosa de uno de los Hermanos recorrió los Campos. Todos la oyeron, excepto Magnus y Max, que miraron alrededor, confusos. Emma apenas tuvo tiempo de prepararse antes de que los Hermanos Silenciosos hundieran las antorchas en la leña menuda que había al pie de cada pira. El fuego se propagó deprisa hacia arriba, ondeando con tonos dorados y rojos, y por un momento casi fue hermoso.

Luego el rugido de las llamas llegó hasta ella, como el sonido de una ola rompiendo, y el calor se extendió sobre la hierba. El cuerpo de Livvy desapareció tras una cortina de humo.

* * *

Kit apenas podía oír el cántico de los nefilim sobre el hambriento crepitar de las llamas: «*Vale, vale, vale*. Adiós, adiós, adiós».

El humo era espeso. Los ojos le picaban y no podía dejar de pensar que su padre no había tenido ningún funeral, que había quedado muy poco de él para incinerar, después de que su carne se volviera ceniza por el veneno del demonio Mantid. Los Hermanos Silenciosos se habían ocupado de sus restos.

Kit no podía mirar a los Blackthorn, así que miró a los Lightwood. En ese momento, ya había oído el nombre de todos: sabía que la hermana de Alec era Isabelle, la chica con el pelo negro que rodeaba con los brazos a Alec y a su madre, Maryse. Rafe y Max se cogían de la mano; Simon y Magnus se hallaban cerca de los otros, como pequeñas lunas de consuelo orbitando un planeta de dolor. Recordó a alguien diciendo que los funerales no eran para los muertos sino para los vivos, para que pudieran despedirse. Se preguntó

sobre la incineración: ¿lo harían para que los nefilim pudieran despedirse con el fuego que les recordaba a los ángeles?

Vio a un hombre dirigirse hacia los Lightwood, y parpadeó para deshacerse de las lágrimas. Era un joven apuesto, con el cabello castaño rizado y el mentón cuadrado. No vestía de blanco, como los otros, sino con un traje de combate negro. Al pasar junto a Maryse, se detuvo y le puso la mano en el hombro.

Ella ni se volvió ni pareció notarlo. Tampoco lo notó nadie más. Magnus lanzó una mirada en su dirección, con el ceño fruncido, pero la volvió a apartar. Kit se quedó helado al darse cuenta de que era el único que podía ver al joven, y que el humo parecía fluir a través de él, como si fuera de aire.

«Un fantasma —pensó—. Como Jessamine».

Miró hacia todos lados, frenético. Sin duda debía de haber más fantasmas por ahí, en los Campos Imperecederos, y sus pies muertos no dejarían huella sobre la hierba.

Pero solo vio a los Blackthorn, juntos, Emma y Cristina hombro con hombro, y Julian con Tavvy, mientras el humo se alzaba y los rodeaba. Con pocas ganas, volvió a mirar: el joven con el pelo negro fue a arrodillarse junto a la pira de Robert Lightwood. Estaba más cerca de las llamas de lo que ningún humano hubiera resistido, y estas parecían amoldarse al contorno de su cuerpo, iluminándole los ojos con ardientes lágrimas.

«*Parabatai*», pensó Kit de pronto. En la caída de hombros del joven, en sus manos extendidas, en el anhelo dibujado en su rostro, vio a Emma y a Julian, vio a Alec cuando hablaba de Jace, y supo que estaba viendo el fantasma del *parabatai* de Robert Lightwood. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

Un vínculo bastante cruel, pensó, el que hace una sola persona de dos, y deja tal devastación cuando una mitad muere.

Apartó la mirada del fantasma y se dio cuenta de que el humo y el fuego habían formado un muro y ya no se veían las piras. Livvy había desaparecido tras la ardiente oscuridad. Lo último que vio antes de que las lágrimas lo cegaran fue a Ty a su lado, alzando el rostro y cerrando los ojos, una oscura silueta recortada contra el brillo del fuego como si tuviera un halo de oro.

4

Nada de lo nuestro

Las piras aún ardían cuando la procesión comenzó el regreso a la ciudad. La costumbre era que el humo se alzara durante toda la noche, y que las familias se reunieran en la plaza del Ángel para velar junto a otros.

Aunque Emma pensó que no era probable que los Blackthorn lo hicieran. Se quedarían en su casa, reclusos juntos. Durante toda su vida se habían mantenido aparte para desear el consuelo de otros cazadores de sombras a los que casi ni conocían.

Se apartó del resto del grupo, demasiado afectada para intentar hablar con Julian de nuevo delante de su familia.

—Emma —dijo una voz a su lado.

Se volvió y vio a Jem Carstairs.

«¡Jem!».

La sorpresa la dejó sin habla. Jem había sido un Hermano Silencioso, y aunque era un Carstairs, el parentesco era lejano, sobre todo porque él tenía más de un siglo de edad. Sin embargo, su aspecto era el de un joven de unos veinticinco años, e iba vestido con tejanos y unos zapatos astrosos. Llevaba un jersey blanco, que Emma supuso que debía de ser su concesión al blanco funerario de los cazadores de sombras. Jem ya no era un cazador de sombras, aunque lo había sido durante muchos años.

—Jem —susurró Emma, sin querer molestar a nadie de la procesión—. Gracias por venir.

—Quería que supieras lo mucho que lo siento —contestó él. Estaba pálido y macilento—. Sé que querías a Livia como a una hermana.

—Tuve que verla morir —repuso Emma—. ¿Alguna vez has visto morir a alguien a quien querías?

—Sí —contestó Jem.

Eso era lo que pasaba con la gente casi inmortal, pensó Emma. Era raro que te pasara algo en la vida que no les hubiera pasado ya a ellos.

—¿Podemos hablar? —preguntó Emma de repente—. ¿Nosotros solos?

—Sí. Yo también quería hablar contigo a solas. —Señaló un pequeño montículo a poca distancia, oculto en parte por un grupo de árboles.

Emma le susurró a Cristina que se iba a hablar con Jem. («¿Jem? ¿El viejo? ¿El que está casado con una bruja? ¿De verdad?») Siguió a Jem hasta donde este se había sentado en la hierba, sobre un montón de piedras.

Durante un momento, permanecieron en silencio, ambos contemplando los Campos Imperecederos.

—Cuando eras un Hermano Silencioso, ¿quemaste a gente? —preguntó Emma de golpe.

Jem la miró. Sus ojos estaban muy oscuros.

—Ayudé a encender las piras, sí —contestó—. Un hombre muy sabio que conocí una vez decía que no podemos entender la vida, y por tanto no podemos ni esperar entender la muerte. La muerte me ha arrebatado a muchos seres queridos, y no se va haciendo más fácil, ni tampoco lo es ver las piras arder.

—«Somos sobras y polvo» —citó Emma—. Supongo que también solo ceniza.

—La intención era hacernos a todos iguales —explicó Jem—. Nos incineran a todos. Nuestras cenizas sirven para construir la Ciudad de Hueso.

—Excepto a los criminales.

Jem frunció el ceño.

—No creo que Livia lo fuera —dijo—. Ni tú, a no ser que estés pensando en cometer algún crimen, ¿eh?

«Ya lo he hecho... Estoy criminalmente enamorada de mi *parabatai*».

El deseo de decir esas palabras, de confesárselo a alguien, a Jem en concreto, era como una presión en aumento tras los ojos.

—¿Alguna vez tu *parabatai* se apartó de ti? —preguntó apresuradamente—. Cuando, ya sabes, querías hablar.

—La gente hace cosas raras cuando ha perdido a alguien —contestó Jem—. Antes, te estaba observando desde la distancia. He visto a Julian subir a lo alto de la pira a por su hermano. Sé lo mucho que siempre ha querido a esos niños. Nada que diga o haga ahora, en estos días primeros y peores, lo hace realmente el auténtico Julian. Además —añadió con una ligera sonrisa—, ser *parabatai* es complicado. Una vez le pegué a mi *parabatai* en la cara.

—¿Que hiciste qué?

—Lo que he dicho. —Jem pareció disfrutar con su perplejidad—. Golpeé a mi *parabatai*; lo amaba más que a nada de lo que he amado en este mundo

excepto a Tessa, y lo golpeé en el rostro porque se me estaba rompiendo el corazón. No puedo juzgar a nadie.

—¡Tessa! —exclamó Emma—. ¿Dónde está?

Jem apretó el puño.

—¿Sabes lo de la enfermedad de los brujos?

Emma recordó haber oído hablar de la debilidad de Magnus, de la rapidez con que se agotaba su magia. Y que eso no solo le pasaba a él, sino también a otros brujos.

—¿Está enferma Tessa?

—No —contestó Jem—. Lo estuvo, pero se recuperó.

—Entonces ¿los brujos se pueden curar?

—Tessa es la única que ha superado la enfermedad. Cree que está protegida por su sangre de cazadora de sombras. Pero cada vez más brujos están cayendo enfermos; y los que son más viejos, los que han usado más magia y más poder mágico, enferman primero.

—Como Magnus —susurró Emma—. ¿Y qué sabe Tessa de eso? ¿Qué han averiguado?

—Tessa cree que puede tener relación con los hechizos que Malcolm Fade usó para resucitar a Annabel —explicó Jem—. Empleó las líneas ley para potenciar su magia nigromántica; si las líneas están envenenadas con esa oscuridad, podrían estar transmitiendo ese veneno a todos los brujos que las usen.

—¿Y no pueden dejar de usarlas?

—Solo hay unas cuantas fuentes de poder —respondió Jem—. Las líneas ley son las más fáciles. Muchos brujos han dejado de usarlas, pero eso significa que están agotando sus poderes muy deprisa, lo que tampoco es bueno para su salud. —Esbozó una sonrisa poco convincente—. Tessa lo resolverá —afirmó—. Encontró a Kit; también encontrará la respuesta a esa enfermedad.

Jem agachó la cabeza. Siempre llevaba el pelo corto, y Emma pudo ver los rastros de las cicatrices de los Hermanos Silenciosos, donde había llevado las runas de silencio, a lo largo de la mejilla.

—Justamente quería hablarte de Kit —continuó Jem—. En parte, he venido por eso.

—¿De verdad? ¿Por Kit? Por lo que sé, está bien. Triste, como todos nosotros.

—Kit es más que un simple Herondale —explicó Jem—. Los Herondale son importantes para mí, como también lo son los Carstairs y los Blackthorn.

Pero Tessa y yo sabíamos que Kit corría peligro desde el momento en que descubrimos cuál era su herencia. Nos apresuramos a buscarlo, pero Johnny Rook lo había escondido muy bien.

—¿Su herencia? Johnny Rook era un estafador y Kit dice que su madre era una bailarina exótica en Las Vegas.

—Sí, Johnny era un estafador, pero también tenía sangre de cazador de sombras en las venas. De hacía mucho tiempo, seguramente cientos de años. Pero eso no es lo importante de Kit. Lo que es importante lo heredó de su madre. —Vaciló un instante—. La familia de la madre de Kit lleva generaciones siendo cazada por las hadas. El rey noseelie se ha dedicado a su destrucción, y Kit es el último de su linaje.

Emma se dejó caer de lado sobre la hierba.

—No más hadas —gruñó.

Jem sonrió, pero había preocupación en sus ojos.

—La madre de Kit fue asesinada por un jinete —continuó Jem—. Fal. Creo que lo conoces.

—Creo que lo maté —repuso Emma. Volvió a incorporarse—. Y ahora me alegro. ¿Asesinó a la madre de Kit? Eso es horrible.

—No puedo explicarte tanto como quisiera —dijo Jem—. Aún no. Pero puedo decirte que hay sangre de hada en la familia de Kit. La madre de Kit fue cazada, también lo fue su padre, y así durante generaciones. Kit está vivo porque su madre hizo grandes esfuerzos para ocultar su nacimiento. Disimuló todo lo que los pudiera relacionar, y cuando murió, el rey pensó que su linaje había muerto con ella.

—¿Y eso ha cambiado? —preguntó Emma.

—Nos tememos que es posible —contestó Jem—. Tessa y yo dejamos a Kit en el Instituto con vosotros porque la enfermedad de los magos ya estaba comenzando. En ese momento, no sabíamos si era algo que se pudiera contagiar a los humanos. También teníamos que ir al Laberinto Espiral y no nos permitían llevar a Kit. Nuestra intención siempre ha sido volver a por él; no teníamos ni idea de que enviarían a los jinetes a buscaros. No podemos saber si lo han reconocido o no. Se parece mucho a su madre.

—A mí no me lo parece —replicó Emma. En su opinión, Kit era igual que Jace—. ¿Y te vas a llevar a Kit? —inquirió Emma—. No queremos perderlo, pero si tienes que...

—La enfermedad de los brujos solo ha ido a peor. Tessa y yo hemos estado trabajando día y noche en el Laberinto Espiral, tratando de encontrar

una cura. Y hay algo más. —Vaciló durante un instante—. Tessa está embarazada.

—¡Oh! ¡Felicidades! —Era la primera buena noticia que había recibido en mucho tiempo.

Jem sonrió con la clase de sonrisa que parecía como si una luz se le hubiera encendido por dentro. Emma sabía que había estado solo durante muchísimo tiempo, suponiendo que nunca tendría una familia. Así que tener esposa y un bebé de camino, la clase de sencillos milagros que forman una vida corriente, debía de ser algo extraordinario para él.

—Es maravilloso —dijo. Puso una mano sobre la de ella—. Confío en ti, Emma. Solo quiero pedirte que vigiles a Kit, y si ves algo sospechoso, si ves cualquier señal de que lo están buscando, dímelo, por favor. Acudiré inmediatamente.

—¿Te envió un mensaje de fuego? —preguntó Emma, mientras se iba evaporando su alegría por el bebé.

—A veces no es posible enviar un mensaje de fuego. Hay maneras más fáciles. —Le puso algo en la mano. Un sencillo anillo de plata con una piedra clara engastada—. Es cristal —explicó—. Rompe el anillo y Tessa lo sabrá; ella tiene la pareja.

Emma se puso el anillo en el dedo. Pensó en Kit, fielmente al lado de Ty en el funeral. Pensó en sus rizos claros, sus ojos azules y su rostro andrógino. ¿Debería haber adivinado que tenía sangre feérica por algún lado? No. No se parecía a Mark. Parecía un Herondale. Como si realmente lo fuera.

—Confía en mí —repuso—. Estaré pendiente de Kit. ¿Hay algo que pueda hacer respecto a las líneas ley?

—Nos iría bien tener un cazador de sombras en Los Ángeles comprobando el punto central de la magia de Malcolm —contestó Jem—. Cuando vuelvas a casa, contacta con Catarina Loss. Puede que quiera tu ayuda.

—Lo haré —le aseguró Emma—. Va bien tener un objetivo. Livvy está muerta; Jace y Clary se hallan en una misión y no se puede contactar con ellos, y Horace Dearborn es el nuevo Inquisidor. Es como si no quedara ninguna esperanza de nada.

—Siempre hay esperanza —replicó Jem—. Cuando era muy pequeño, aún estaba permitido hacerse con el botín; cualquier cazador de sombras podía confiscar las propiedades de los subterráneos. Conocí a un hombre que conservaba, en el Instituto que dirigía, las cabezas de las hadas que había matado.

Emma hizo un ruido de asco.

—Siempre ha habido esa clase de veneno en el negro corazón de la Clave. Pero ahora hay muchos más que saben que los subterráneos son nuestros hermanos. Todos somos niños bajo el Ángel. —Suspiró—. Y aunque no puedo quedarme contigo, basta con que rompas el anillo y vendré, por muy lejos que esté. —La rodeó con el brazo y la estrechó contra sí durante un instante—. Ten mucho cuidado, *mèi mèi*.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Emma. Pero Jem ya se había ido, desapareciendo entre los árboles con tanta celeridad como había aparecido.

* * *

Kit se quedó viendo alzarse el humo en la distancia, a través de la ventana de la habitación que compartía con Ty.

Al menos, suponía que compartía la habitación con Ty. Su bolsa estaba allí, tirada en un rincón, y nadie se había preocupado de decirle que debía ocupar otra habitación. Esa mañana se había vestido en el cuarto de baño, y al salir había encontrado a Ty quitándose la camiseta por la cabeza. Sus Marcas estaban más negras de lo normal, quizá porque tenía la piel muy pálida. Se lo veía tan delicado... Kit había tenido que apartar la mirada de la curva de los omóplatos, de la fragilidad de la columna. ¿Cómo podía tener ese aspecto y ser fuerte para luchar contra demonios?

En ese momento, Ty se encontraba abajo, con el resto de la familia. Cuando alguien moría, la gente solía cocinar, y los cazadores de sombras no eran una excepción. Seguramente alguien estaba haciendo algún guiso. Un guiso de demonios. Kit apoyó la cabeza contra el frío vidrio de la ventana.

Hubo un tiempo en que podría haberse escapado, pensó Kit. Podría haber huido y dejado atrás a los cazadores de sombras, y perderse en el mundo subterráneo de los Mercados de Sombras. Ser como su padre, sin formar parte de ningún mundo, solo existiendo entre ellos.

En el reflejo de la habitación en la ventana, Kit vio que se abría la puerta y entraba Ty. Aún llevaba la ropa de luto, aunque se había quitado la chaqueta y se había quedado en camiseta de manga larga. Y Kit supo que era demasiado tarde para escapar, que ya quería demasiado a esa gente, y en concreto a Ty.

—Me alegro de que estés aquí. —Ty se sentó en la cama y comenzó a desabrocharse las botas—. Quería hablar contigo.

La puerta aún estaba un poco abierta y Kit podía oír voces procedentes de la cocina, en el piso de abajo. Las de Helen, Dru, Emma y Julian. Diana había

vuelto a su casa. Al parecer, vivía en un almacén de armas o algo así. Había ido allí para coger una especie de herramienta con la que creía que podría sacar las astillas de las ensangrentadas manos a Julian.

Las manos de Ty estaban bien, pero él llevaba puestos los guantes cuando ascendió por la pira. Kit vio las de Julian cuando fue a enjuagárselas en el fregadero, y parecía como si le hubiera estallado metralla entre las manos. Emma estaba cerca, con cara de preocupación, pero Julian dijo que no quería un *iratze*, que eso solo haría que se cerrara la piel sobre los fragmentos de madera. Su voz había sonado tan inexpresiva al decirlo que a Kit le costó reconocerla.

—Ya sé lo mal que va a sonar esto —dijo Kit, volviéndose de espaldas al frío vidrio. Ty estaba encorvado, y Kit captó un brillo dorado en su cuello—. Pero no estás comportándote como todos esperaban.

Ty se sacó las botas.

—¿Porque me subí a la pira?

—No, eso ha sido casi lo menos inesperado de todo lo que has hecho —contestó Kit—. Me refería...

—Lo hice para coger esto —lo interrumpió Ty, y se llevó la mano al cuello. Kit reconoció la cadena de oro con el fino disco de metal: el colgante de Livvy, el que él la había ayudado a ponerse en Londres. Delante tenía un círculo con las espinas de la familia, y Livvy le dijo a Kit que Julian había añadido en la parte posterior un grabado: un par de sables cruzados, el arma de Livvy.

Kit la recordó apartándose el pelo para que él le cerrara el colgante, y el olor de su perfume. El estómago se le retorció de pesar.

—El colgante de Livvy —dijo—. Supongo que eso tiene sentido. Pensaba que solo subías...

—¿Para llorar? —Ty no parecía enfadado, pero la intensidad de sus ojos grises había aumentado. Seguía sujetando el colgante—. Se supone que todo el mundo está triste. Pero eso es porque aceptan que Livvy está muerta. Pero yo no. Yo no lo acepto.

—¿Qué?

—Voy a hacerla volver —afirmó Ty.

Kit se sentó pesadamente sobre el alféizar de la ventana.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

Ty soltó el colgante y sacó el móvil del bolsillo.

—Estas estaban en el móvil de Julian —contestó—. Las hizo cuando estuvo en la biblioteca con Annabel. Son fotos de las páginas del *Libro Negro*

de los Muertos.

—¿Cuándo las conseguiste? —Kit sabía que los móviles no tenían cobertura en Idris—. ¿Sabe Julian que las tienes?

—Configuré su móvil para que todo se copiara en el mío. Supongo que no se dio cuenta. Luego, cuando vi estas en Londres... —Ty miró a Kit con un gesto de preocupación—. No se lo dirás, ¿verdad?

—Claro que no.

—¿Vienes a sentarte a mi lado para verlas?

Kit quería decir que no, pero fue incapaz de hacerlo. Quería que eso no estuviera ocurriendo, pero estaba pasando. Cuando se sentó junto a Ty en la cama, el colchón se hundió y, accidentalmente, dio un pequeño golpe a Ty en el codo. Incluso a través de la manga de la camiseta notó que tenía la piel caliente, como si tuviera fiebre.

En ningún momento se le pasó por la cabeza que Ty estuviera mintiendo o equivocándose, y al parecer, a él tampoco. Después de quince años con Johnny Rook, Kit conocía bien el aspecto de un libro de hechizos negros, y ese parecía completamente malvado. Hechizos en una escritura apiñada cubrían las páginas, junto con inquietantes dibujos de cadáveres saliendo de la tumba, rostros que gritaban y esqueletos quemados.

Pero Ty no las miraba como si viera algo espantoso; las contemplaba como si fueran el Santo Grial.

—Este es el libro con los hechizos más poderosos para resucitar a los muertos de todos los que han existido —comentó—. Por eso no importaba que quemasen el cuerpo de Livvy. Con hechizos como estos, la podremos resucitar completa sin importar lo que le haya pasado, ni cuánto tiempo haga... —Se detuvo y respiró entrecortadamente—. Pero no quiero esperar. Quiero empezar en cuanto volvamos a Los Ángeles.

—Pero ¿Malcolm no mató a un montón de gente para resucitar a Annabel? —preguntó Kit.

—Correlación, no causa, Watson —respondió Ty—. La manera más sencilla de practicar la nigromancia es con la energía de la muerte. Vida por muerte, básicamente. Pero hay otras fuentes de energía. Nunca mataría a nadie. —Hizo una mueca que seguramente trataba de ser de desprecio, pero que en realidad solo era graciosa.

—No creo que Livvy quisiera que te dedicaras a la nigromancia —apuntó Kit.

Ty dejó el móvil.

—Y yo no creo que Livvy quisiera estar muerta.

Esas palabras fueron como un puñetazo en el estómago para Kit. Pero antes de que pudiera responder, se oyó un alboroto abajo. Ty, en calcetines, y él corrieron hasta el descansillo de la escalera y miraron hacia la cocina.

El amigo español de Zara Dearborn, Manuel, estaba allí, vestido con el uniforme de la guardia del Gard y una sonrisa sarcástica. Kit se inclinó más para ver con quién estaba hablando. Vio a Julian apoyado en la mesa de la cocina, sin expresión en el rostro. Los otros estaban rondando por la cocina. Emma parecía furiosa y Cristina la cogía para retenerla.

—¿De verdad? —exclamó Helen, furiosa—. ¿Y no podíais esperar hasta el día después del funeral de nuestra hermana para arrastrar a Emma y a Jules al Gard?

Manuel se encogió de hombros con evidente indiferencia.

—Tiene que ser ahora —contestó—. La Cónsul insiste en ello.

—¿Qué está pasando? —preguntó Aline—. Estás hablando de mi madre, Manuel. No va a exigir verlos sin una buena razón.

—Es por la Espada Mortal —respondió Manuel—. ¿Es esa suficiente razón para vosotros?

Ty tiró del brazo de Kit, apartándolo de la escalera. Se dirigieron al pasillo del piso superior, y las voces de la cocina se hicieron más tenues, aunque aún intensas.

—¿Crees que van a ir? —preguntó Kit.

—¿Emma y Jules? Tienen que ir. Lo pide la Cónsul —contestó Ty—. Pero es ella, no el Inquisidor, así que todo irá bien. —Se inclinó hacia Kit, que tenía la espalda contra la pared; olía como una hoguera—. Puedo hacerlo sin ti. Me refiero a resucitar a Livvy. Pero no quiero. Sherlock no hace nada sin Watson.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

—No. —Ty se había bajado las mangas de la camiseta por encima de las manos y estaba arrugando la tela con los dedos—. Sé que tiene que ser un secreto. A la gente no le gustaría, pero cuando Livvy regrese, se alegrarán mucho y no les importará.

—Mejor pedir perdón que pedir permiso —dijo Kit, como deslumbrado.

—Sí. —Ty no miraba directamente a Kit, nunca lo hacía, pero los ojos se le iluminaron de esperanza; bajo la tenue luz del pasillo, el gris de sus pupilas era tan pálido que parecía lágrimas. Kit pensó en Ty durmiendo, en que había dormido todo el día de la muerte de Livvy hasta bien entrada la noche, y en cómo lo había observado dormir, aterrorizado por lo que pudiera ocurrir cuando se despertara.

Todos habían estado aterrorizados. Pensaban que Ty se derrumbaría. Kit recordaba a Julian inclinado sobre Ty mientras este dormía, acariciándole el cabello con una mano mientras rezaba. Kit ni siquiera sabía que los cazadores de sombras rezaban, pero sin duda Julian lo había hecho. Todos pensaron que Ty se desmoronaría en un mundo sin su hermana; que se convertiría en cenizas, igual que el cadáver de Livvy.

Y ahora estaba pidiéndole a Kit que lo ayudara, diciendo que no lo quería hacer sin él.

¿Y si Kit le decía que no y Ty se desmoronaba por la presión de tratar de hacerlo solo? ¿Y si Kit le arrebatava su última esperanza y Ty se derrumbaba por eso?

—¿Me necesitas? —preguntó Kit lentamente.

—Sí.

—Entonces, te ayudaré —dijo, sabiendo que estaba cometiendo un gran error.

* * *

Hacía frío en el Escolamántico, incluso en verano. La escuela había sido excavada en el interior de la ladera de una montaña, con amplias ventanas que se abrían a lo largo del barranco. Proporcionaban luz, al igual que lo hacían las grandes arañas en casi todas las salas, pero no calor. El helor del lago que había abajo, profundo y negro bajo la luna, parecía haberse filtrado en los muros de piedra y el suelo y radiar hacia fuera, lo que hacía que, incluso a principios de septiembre, Diego Rocío Rosales llevara un grueso jersey, unos vaqueros y un abrigo encima.

Polvorientos candeleros de luz mágica proyectaban su sombra, larga y delgada, ante él mientras recorría el pasillo hacia la biblioteca. En su opinión el Escolamántico necesitaba una renovación urgente. La única vez que su hermano Jaime había visitado la escuela, dijo que parecía que la hubiera decorado Drácula. Por desgracia, era cierto. Por todas partes había arañas de hierro (que hacían estornudar a Kieran), candeleros de bronce con forma de dragón que sujetaban viejísimas piedras de luz mágica y cavernosas chimeneas flanqueadas por ángeles tallados, enormes y amenazadores. Las comidas comunales se tomaban en una larga mesa donde podría haber cabido la población de Bélgica, aunque, de momento, había menos de veinte personas residiendo en la escuela. La mayoría de los profesores y los alumnos estaban en su casa o en Idris.

Esto facilitaba a Diego la tarea de ocultar a un príncipe hada en la escuela. La idea de esconder a Kieran en el Escolamántico lo había puesto nervioso; no se le daba bien mentir, y el esfuerzo de mantener una «relación» con Zara ya lo había agotado. Pero Cristina le pidió que lo escondiera, y él habría hecho cualquier cosa por ella.

Llegó al final del pasillo, donde se hallaba la puerta de la biblioteca. Tiempo atrás, la palabra «Biblioteca», en letras doradas, había adornado la puerta. Pero ya solo quedaba la silueta de las letras. Las bisagras chirriaron como ratones asustados cuando Diego empujó la puerta para abrirla.

La primera vez que le habían enseñado la biblioteca pensó que era una broma. Una enorme sala, en el piso más alto del Escolamántico, donde el techo estaba hecho de un grueso cristal que filtraba la luz. Durante el tiempo que la escuela permaneció desierta, unos enormes árboles habían echado raíces en la tierra bajo el suelo. Kieran comentó que parecían tener la fuerza de los robles feéricos. Nadie tenía ni el tiempo ni el dinero para arrancarlos. Se habían quedado allí, rodeados del polvo de las piedras rotas; las raíces habían quebrado el suelo y serpenteaban entre las sillas y los estantes. Las ramas se extendían por encima y formaban un toldo sobre las estanterías que cubría las sillas y el suelo de hojas muertas.

Algunas veces, Diego se preguntaba si a Kieran le gustaba estar allí porque le recordaba un bosque. Se pasaba la mayor parte del tiempo en el asiento de la ventana, leyendo, algo malhumorado, todo lo que había en la sección de las hadas. Había hecho una pila con los libros que consideraba que reflejaban la verdad. Era una pila pequeña.

Alzó la mirada cuando entró Diego. Su pelo era de un negro azulado, el color del lago al otro lado de la ventana. Había puesto dos libros en la pila de los creíbles y estaba leyendo un tercero: *Los hábitos de apareo de los noseelie*.

—No conozco a nadie en Feéra que se haya casado con una cabra — comentó, irritado—. Ni en la corte seelie ni en la noseelie.

—No te lo tomes como algo personal —repuso Diego. Acercó una silla y se sentó frente a Kieran. Podía ver a ambos reflejados en la ventana. Las huesudas muñecas de Kieran sobresalían de las mangas de su uniforme prestado. La ropa de Diego le quedaba demasiado grande, así que Rayan Maduabuchi se había ofrecido a prestarle algo; no parecía molestarle que Diego estuviera ocultando a un hada en su dormitorio, pero muy pocas cosas alteraban la calma de Rayan. Divya, por otro lado, la otra gran amiga de Diego en la escuela, daba un respingo y se ponía alerta siempre que alguien

mencionaba que iba a la biblioteca, a pesar de la asombrosa capacidad que tenía Kieran de ocultarse.

Divya y Rayan eran los únicos a los que Diego había explicado lo de Kieran, sobre todo porque eran las únicas personas de las que se hallaban en ese momento en el Escolamántico en las que confiaba. Solo había un profesor designado, el profesor Gladstone, que en ese momento estaba en Idris para el funeral del Inquisidor. Además, aunque hubo un tiempo en que Diego hubiera confiado en un profesor sin pensárselo dos veces, ese tiempo había pasado.

—¿Has sabido algo de Idris? —le preguntó Kieran sin levantar la vista del libro.

—Quieres decir de Mark —repuso Diego—. Y no, no tengo noticias tuyas. No soy su persona favorita.

Kieran alzó la mirada.

—¿Lo eres de alguien? —De algún modo, consiguió decir eso sin que resultara una pregunta insultante, sino simplemente algo que deseaba saber.

Diego, que a veces se hacía la misma pregunta, prefirió no contestar.

—Pensaba que podrías haber tenido noticias de Cristina. —Kieran marcó la página y cerró el libro—. Para decirte si estaba bien, y Mark... Creía que hoy eran los funerales.

—Lo han sido —afirmó Diego. Él también pensaba que podría haber tenido noticias de Cristina; sabía que quería a Livia Blackthorn—. Y en los funerales uno se encuentra muy ocupado. Hay mucha ceremonia y mucha gente que acude a expresar sus condolencias. Puede que no haya tenido demasiado tiempo.

Kieran parecía dolido.

—Eso suena como si fuera un acontecimiento muy molesto. En Feéra sabemos dejar solos a los que han perdido a alguien.

—Es molesto, pero a la vez no lo es —repuso Diego. Pensó en su abuelo muerto, en cómo la casa había estado llena de velas, que ardían con una hermosa luz. Las visitas llevaron comida, y comieron y bebieron juntos, recordando al abuelo. Por todas partes había margaritas, y el olor a vainilla del atole y el sonido de la risa flotaban en el aire.

Le parecía muy frío y solitario pasar el duelo solo. Pero las hadas eran diferentes.

La mirada de Kieran se aguzó, como si hubiera visto algo revelador en la expresión de Diego.

—¿Tenéis algún plan para mí? —preguntó—. ¿Adónde me vais a enviar cuando mi tiempo de ocultarme aquí acabe?

—Había pensado que querrías volver a Los Ángeles —respondió Diego, sorprendido.

Kieran negó con la cabeza. Algunos mechones se le habían vuelto blancos; parecía que el color del pelo le cambiaba según su estado de ánimo.

—No. No volveré donde esté Mark.

Diego se quedó callado; en realidad no tenía ningún plan al respecto. Cristina le había pedido que escondiera a Kieran, pero no le dijo durante cuánto tiempo. Quiso hacerlo porque sabía que estaba en deuda con ella; pensó en Zara y recordó el dolor en el rostro de Cristina la primera vez que la vio.

Había sido su culpa. No le había dicho nada a Cristina sobre Zara porque esperaba desesperadamente que pasara algo que rompiera el compromiso antes de que fuera necesario contárselo. Habían sido los Dearborn los que insistieron en el contrato nupcial. Lo amenazaron con revelar los secretos de la familia Rocío Rosales si Diego no hacía algo para demostrarles que era sincero cuando decía que no sabía dónde estaba su hermano y que desconocía el paradero del artefacto que Jaime se había llevado.

Nunca había tenido nada que ver con que amara o no a Zara, ni con que ella lo amara a él. Al parecer, para ella, estar comprometida con el hijo de una familia importante era otro punto a su favor, pero no sentía ninguna pasión, excepto por las horribles causas que su padre apoyaba.

—¿Qué es eso? —Los ojos de Kieran se agrandaron.

Era una luz brillante, como un fuego fatuo, sobre el hombro de Diego. Un mensaje de fuego. Diego lo cogió en el aire y el papel se le desenrolló en la mano. Al instante reconoció la letra.

—Cristina —contestó—. Es un mensaje de Cristina.

Kieran se puso en pie tan deprisa que el libro cayó de su regazo al suelo.

—¿Cristina? ¿Qué dice? ¿Está bien?

«Qué raro», pensó Diego; se había imaginado que Kieran preguntaría si Mark estaba bien. Pero esa idea se le fue de la cabeza casi al instante, borrada por lo que estaba leyendo.

Con la sensación de que le habían dado una patada en el estómago, Diego le pasó el mensaje a Kieran y observó cómo su rostro se volvía ceniciento al leer que Horace Dearborn había sido nombrado Inquisidor.

—Sin duda, esto es un guantazo en el rostro de los Blackthorn —dijo Kieran. Le temblaba la mano—. Se les habrá partido el corazón, como también a Cristina. Y es un hombre peligroso. Un hombre letal. —Miró a

Diego con ojos negros como la noche y grises como la tormenta—. ¿Qué podemos hacer?

—Es evidente que no sé nada de la gente —respondió Diego, pensando en Zara, en Jaime y en todas las mentiras que había dicho y en que ninguna de ellas había logrado el objetivo que perseguía, sino que aún lo habían puesto peor—. Nadie debería pedirme que resolviera nada.

Mientras Kieran lo miraba perplejo, Diego enterró el rostro entre las manos.

* * *

—Ya sé que estas palabras pueden parecer vacías en este momento —dijo Jia—, pero siento mucho lo de Livia.

—Tienes razón —replicó Julian—. Suenan vacías.

Era como si el dolor hubiera lanzado a Julian a una bañera de hielo, pensó Emma. Todo en él era frío: los ojos, la expresión, el tono de la voz. Trató de recordar al chico que se había aferrado a ella con tanta pasión la noche anterior, pero parecía estar a millones de kilómetros de allí.

Era por la tarde, y las torres de los demonios dominaban el horizonte de Alacante como una tira de diamantes quebrados. Emma miró alrededor y recordó la última vez que había estado en esa sala: tenía doce años, y la había impresionado mucho su elegancia, con las gruesas alfombras y el escritorio de brillante caoba. En este momento, Julian, Diana y ella se hallaban sentados en los sillones orejeros ante el escritorio de Jia. Diana parecía furiosa. Julian no tenía ninguna expresión.

—Estos chicos están agotados y sufriendo —dijo Diana—. Respeto tu criterio, Jia, pero ¿tiene que ser ahora?

—Sí —respondió ella—, porque Horace Dearborn quiere interrogar a Helen y a Mark, y a cualquier otro subterráneo o medio subterráneo de Alacante. Magnus y Alec ya están preparando las maletas para salir por un Portal esta misma noche. Evelyn Highsmith ha regresado al Instituto de Londres para poder volver a casa a Nueva York. —Jia se apretó la frente con los dedos—. Creí que queríais que Helen y Mark también se marcharan.

—Que quiere hacer ¿qué? —Emma se incorporó, indignada—. No puedes permitirselo.

—No tengo alternativa. Ha sido elegido por mayoría. —Jia frunció el ceño—. Interrogar a la gente es lo que hace el Inquisidor; esa decisión queda a su juicio.

—Horace Dearborn no tiene juicio —replicó Diana.

—Por eso os estoy advirtiendo —repuso Jia—. Sugiero que Helen y Mark, y Aline, porque no va a querer dejar a Helen, crucen un Portal a Los Ángeles esta noche.

Hubo un momento de silencio.

—¿Estás ofreciendo enviar a Helen a Los Ángeles? —dijo Julian finalmente—. ¿No a la isla de Wrangel?

—Estoy sugiriendo que Helen y Aline dirijan temporalmente el Instituto de Los Ángeles —contestó Jia, y Emma se quedó boquiabierta—. Como Cónsul, esa decisión me corresponde a mí, y creo que puedo hacerlo ahora, mientras Dearborn no está pendiente de ello.

—¿Nos estás diciendo que deberíamos regresar todos? —preguntó Emma—. ¿Y que Helen y Aline pueden venir con nosotros? Eso es maravilloso, es...

—No se refiere a todos nosotros —dijo Julian. Tenía ambas manos vendadas. Se había sacado él mismo la mayoría de las astillas con la punta de un cuchillo afilado, y los vendajes estaban manchados de sangre. No parecía notarlos; Emma sí que había notado dolor, viendo cómo se abría la piel con el cuchillo, pero él no había vacilado ni un instante—. Se refiere a Diana. Tú y yo nos vamos a quedar aquí, en Idris.

—Siempre has sido muy listo, Julian —reconoció Jia, aunque no como si admirara demasiado esa cualidad.

—Si Helen y Mark no están aquí, nos interrogará a nosotros —repuso Julian—. ¿No es cierto?

—No —soltó Diana—. Son niños.

—Sí —replicó Jia—. Y uno de ellos ha roto la Espada Mortal. El Inquisidor, como todos los demás, está desesperado por saber cómo. *Cortana* es una espada legendaria, pero sigue siendo solo una espada. No debía haber sido capaz de quebrar *Maellartach*.

—Puede preguntarme lo que quiera, pero yo no sé por qué se rompió —contestó Emma—. Paré el golpe de Annabel porque estaba tratando de matarme. Fue en defensa propia...

—La gente está aterrorizada. Y el miedo no es lógico —dijo Jia—. Gracias al Ángel que la Copa y el Espejo están bien. —Suspiró—. Este era el peor momento posible para que se rompiera la Espada Mortal, en un tiempo de grave inestabilidad y ante la posibilidad de una guerra con las hadas. Y después, el rey noseelie se llevó a Annabel del Salón de Consejo. ¿No

comprendéis que la Clave no olvida que fuisteis vosotros quienes la trajisteis aquí?

—Fui yo. —Julian tenía los labios apretados—. Emma no tuvo nada que ver.

Emma notó una leve chispa de alivio en medio del miedo.

«Sigue cubriéndome las espaldas».

Jia se miró las manos.

—Si os enviara a todos a casa ahora, habría una revuelta. Si permitimos que Dearborn os interrogue, la atención pública pasará a fijarse en otra cosa. La Cohorte sospecha de vuestra lealtad, sobre todo por Helen y Mark.

Julian soltó una seca carcajada.

—¿Sospechan de nosotros por nuestros hermanos? ¿Más que porque traje a esa cosa... porque traje a Annabel a la ciudad? Pero parece que lo importante es la sangre de Mark y Helen.

—La sangre siempre importa, para cierto tipo de gente que lleva la maldad en su interior —respondió Jia, y había una amargura poco frecuente en su voz. Se pasó la mano por la cara—. No te pido que estés de su lado. No pido eso. Pero hacédle entender que fuisteis víctimas de Annabel. Los que no forman parte de la Cohorte sienten una gran compasión hacia vosotros ahora, por lo de Livia; Horace no querrá enfrentarse demasiado a la opinión pública.

—Así que esto que hacemos es como un bailecito sin sentido, ¿no? —dijo Emma—. Dejamos que el Inquisidor nos interrogue, más que nada para quedar bien, y luego podemos irnos a casa. ¿Es eso?

Jia sonrió torvamente.

—Ahora empiezas a entender la política.

—¿Y no te preocupa poner a Aline y Helen como directoras del Instituto de Los Ángeles? ¿Teniendo en cuenta las sospechas de la Cohorte sobre Helen? —preguntó Diana.

—Será solo Aline. —Julian miró fijamente a Jia—. La hija de la Cónsul. Helen no dirigirá nada.

—Así es —reconoció Jia—, y no, a mí tampoco me gusta. Pero puede ser una oportunidad para mantenerlas permanentemente lejos de la isla de Wrangel. Por eso os estoy pidiendo ayuda, a los tres.

—¿También me va a interrogar a mí? —Había tensión en la voz de Diana.

—No —contestó Jia—. Pero me gustaría contar con tu ayuda. Como me ayudaste antes con aquellos dossieres.

—¿Dossieres? —repitió Emma—. ¿Por qué ahora son importantes los dossieres?

Pero Diana parecía haber entendido algún lenguaje secreto que Jia empleaba al dirigirse a ella.

—Me quedaré, sin duda —aseguró—. Mientras quede claro que te estoy ayudando a ti, y que mis intereses no son de ningún modo cercanos a los del Inquisidor.

—Lo entiendo —contestó Jia. «Ni a los míos», pensó sin decirlo.

—Pero los niños... —dijo Emma—. No pueden volver a Los Ángeles sin nosotros. —Miró a Julian, esperando que dijera que se negaba a separarse de sus hermanos menores. Que lo necesitaban, que debían quedarse en Idris.

—Helen puede cuidarlos —contestó él sin mirarla—. Quiere hacerlo. Todo irá bien. Es su hermana.

—Entonces, ya está decidido —concluyó Jia, mientras se levantaba de la silla ante el escritorio—. Será mejor que les preparéis el equipaje; esta noche abriremos el Portal para ellos.

Julian también se levantó; se echó para atrás el pelo que le había caído sobre los ojos con una de las manos vendadas.

«¿Qué diablos le pasa?», pensó Emma. A Julian le pasaba algo más allá de lo que el luto pudiera explicar. No solo lo sabía, sino que lo sentía en lo más profundo, donde su vínculo de *parabatai* le tiraba del corazón.

Y más tarde, esa noche, después de que los otros se hubieran ido, averiguaría de qué se trataba.

5

Desierto de cristal

Cuando Emma entró en el dormitorio de Cristina, encontró a su amiga preparando su bolsa de viaje. Cristina lo estaba haciendo como hacía todo lo demás, con pulcritud y precisión. Enrolló cuidadosamente toda su ropa para que no se arrugara, guardó todo lo húmedo en bolsas de plástico y metió los zapatos en bolsas blandas para que no ensuciaran la ropa.

—Te das cuenta de que cuando preparo la maleta lo tiro todo dentro de cualquier manera y luego me siento encima mientras Julian intenta cerrar la cremallera, ¿verdad?

Cristina la miró y sonrió.

—Solo de pensarlo me entran picores.

Emma se apoyó en la pared. Se notaba cansada hasta la médula y extrañamente sola, como si Cristina y los Blackthorn ya se hubieran marchado.

—Por favor, dime que estarás en el Instituto de Los Ángeles cuando vuelva —le pidió.

Cristina se detuvo. Miró la maleta que los Penhallow le habían proporcionado, abierta sobre la cama, y se mordisqueó el labio inferior.

—¿Cuánto tiempo será eso?

—Unos cuantos días.

—¿Crees que la familia querrá que me quede? —Cristina posó unos ojos grandes y oscuros sobre Emma—. Podría volver a casa. Mi año de estudio todavía no ha acabado, pero lo entenderán. Me siento como si estuviera entrometiéndome...

Emma se apartó de la pared, negando con la cabeza vigorosamente.

—No, no... no molestas, Tina, tú no. —Rápidamente, le explicó su conversación con Jem sobre el tema de la contaminación de las líneas ley—. Jem pensaba que yo iba a volver a Los Ángeles —continuó—. Me pidió que contactara con Catarina y lo ayudara a averiguar más sobre las líneas ley, pero tendrás que hacerlo tú. Helen y Aline estarán demasiado ocupadas con los

niños y con su propio dolor, y todos... Sé que puedes hacerlo, Cristina. Sabes que confío en ti.

Cristina le sonrió con los ojos un poco acuosos.

—Y yo confío en ti.

Emma se sentó en la cama. Esta emitió un crujido de protesta, y ella le soltó una patada. Le dolió, pero, de algún modo, hizo que se sintiera mejor.

—No me refiero a que Helen y Aline no puedan ayudar. Pero es que todos están devastados. Van a necesitar a alguien que no esté así en quien apoyarse; te necesitarán a ti. —Respiró hondo—. Mark te necesitará.

Cristina abrió mucho los ojos con sorpresa, y de repente Emma recordó el rostro de Mark una hora antes, en la cocina, cuando Julian y ella los habían informado de que la familia volvería a Los Ángeles esa noche, sin ellos dos.

Su expresión se había endurecido. Sacudió la cabeza y dijo: «Malas noticias. No puedo...». Y se sentó a la mesa, sin poder acabar la frase, con las manos temblándole un poco. Helen, que ya estaba sentada, se puso pálida, pero no dijo nada, y Aline apoyó la mano en el hombro de su esposa.

Dru se había marchado de la cocina en silencio. Un momento después, Mark se levantó y salió tras ella. Tavvy protestaba y ofrecía cien argumentos diferentes por los que Julian debía irse con ellos y por qué no tenía que quedarse y que el Inquisidor podía ir a Los Ángeles o podía interrogarlos por Skype. Eso hubiera hecho reír a Emma de no haberse sentido tan mal.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó Helen. Julian se había inclinado para hablar con Tavvy en voz baja; Emma no podía oírlos—. ¿De vuelta a Los Ángeles?

—Me alegro mucho por ti, y Jia dice que cree que os podréis quedar —respondió Emma.

—Eso espera —repuso Aline—. Espera que nos podamos quedar. —Parecía tranquila, pero cogía a Helen con fuerza.

—Pero no sin vosotros —dijo Helen, que parecía preocupada—. Deberíamos quedarnos aquí mientras estéis...

—No —intervino Ty para sorpresa de todos—. Eso sería peligroso para Mark y para ti. Este plan tiene sentido.

Kit había lanzado a Ty una mirada casi indescifrable, medio de preocupación y medio de alguna otra cosa.

—A casa —repitió Helen, con los ojos brillantes de lágrimas. Miró a Julian, pero este se hallaba cogiendo en brazos a un Tavvy protestón. Se lo llevó fuera de la sala—. No sé si lloro porque estoy triste o feliz —añadió, mientras se secaba las lágrimas con dedos húmedos.

Aline la besó en la coronilla.

—Las dos cosas, supongo.

Emma estaba a media escalera, de camino al dormitorio de Cristina, cuando vio a Mark, apoyado en la pared del descansillo y con aspecto abatido.

—Dru no me deja entrar para hablar con ella —explicó—. Estoy preocupado. Es propio de un hada sufrir en soledad, pero no, según entiendo, de un cazador de sombras.

Emma vaciló. Estaba a punto de decir que no era raro que Dru se encerrara en su habitación, pero Drusilla estaba más que un poco contrariada cuando abandonó la cocina.

—Sigue intentándolo —le aconsejó—. A veces tienes que llamar durante veinte minutos o más. O podrías ofrecerte a ver una película de terror con ella.

Mark parecía decaído.

—No creo que disfrutara viendo una película de terror.

—Nunca se sabe —replicó Emma.

Mark se había vuelto para subir la escalera, pero vaciló.

—También estoy preocupado por Jules y por ti —dijo en voz más baja—. No me gusta el Inquisidor, o la idea de que te interrogue. Me recuerda al rey noseelie.

Emma se sorprendió.

—¿De verdad?

—Me producen la misma sensación —respondió Mark—. No puedo explicarlo, pero...

Se abrió una puerta en el descansillo del piso superior: era la de Cristina, que salió de la habitación y miró hacia abajo.

—¿Emma? Me preguntaba dónde estarías...

Se calló de repente al ver a Mark, y ambos se miraron de un modo que hizo a Emma sentirse como si hubiera desaparecido.

—No quería interrumpiros —se disculpó Cristina, pero seguía mirando a Mark, y él le devolvía la mirada, como si sus ojos estuvieran irremediablemente ligados.

Mark se sacudió, como si estuviera quitándose telarañas o sueños de encima.

—No pasa nada... Tengo que ir a hablar con Drusilla. —Subió la escalera rápidamente y desapareció de la vista al torcer una esquina del pasillo.

Cristina también había reaccionado e invitó a Emma a entrar, y de repente fue como si el instante con Mark nunca hubiera sucedido, aunque Emma

estaba deseando preguntarle por ello.

—Mark te necesitará —dijo de nuevo, y Cristina se retorció las manos sobre el regazo.

—Mark... —comenzó, y se calló—. No sé qué piensa Mark. Si está enfadado conmigo...

—¿Y por qué iba a estar enfadado contigo?

—Por Kieran —contestó ella—. No han acabado bien, y ahora Kieran está en el Escolamántico por mi culpa.

—Tú no hiciste que rompiera con Kieran —protestó Emma—. En todo caso, los ayudaste a que estuvieran más tiempo juntos. Recuerda: trío de hadas sexis.

Cristina ocultó el rostro entre las manos.

—Mrfmevvvsms —dijo.

—¿Qué?

—He dicho —repitió Cristina, alzando el rostro— que Kieran me ha enviado un mensaje.

—¿De verdad? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Esta mañana, en una bellota. —Cristina le pasó un trocito de papel a Emma—. Es muy esclarecedor.

Señora de las Rosas:

Aunque hace frío en el Escolamántico, y Diego es un aburrido, sigo estándote agradecido por haber dado a mi vida el suficiente valor para salvarla. Eres tan amable como hermosa. Mi pensamiento está contigo.

KIERAN

—¿Por qué te ha enviado esto? —Emma le devolvió la nota a Cristina agitando la cabeza—. Resulta raro. ¡Él es muy raro!

—Creo que solo quería agradecerme el plan de escapada —replicó Cristina—. Eso es todo.

—A las hadas no les gusta dar las gracias a la gente —repuso Emma—. Es una nota romántica.

Cristina se sonrojó.

—Solo es el modo en que hablan las hadas. No significa nada.

—Cuando se trata de las hadas —replicó Emma misteriosamente—, todo significa algo.

* * *

Dru no hizo caso de los golpes en la puerta. Era duro; desde que Livvy había muerto, se sentía como si estuviera bajo el agua y todo fuera pasando a una gran distancia, muy por encima de la superficie. Las palabras le parecían ecos, y la gente era manchas que iban y venían como destellos de luz o sombras.

A veces, tenía que decírselo a sí misma: «Livvy, mi hermana Livvy, está muerta».

Pero sus palabras tampoco parecían reales. Incluso al ver la pira arder, lo había sentido como algo que le estaba pasando a otra persona.

Miró por la ventana. Las torres de los demonios destellaban como puntas de hermoso cristal. Dru las odiaba; siempre que había estado en Alacante habían pasado cosas horribles: gente muerta, Helen exiliada...

Se sentó en el alféizar, aún con la camiseta enrollada en la mano. Helen. Durante mucho tiempo habían deseado el regreso de Helen... Era uno de los objetivos de la familia, como querer que volviera Mark y que se acabara la Paz Fría, y que Jules fuera feliz y que esa arruga eterna entre los ojos se le borrara. Pero Helen ya estaba de vuelta. Había regresado y, al parecer, iba a ocupar el puesto de Jules.

«Helen te cuidará», le había dicho él. Como si simplemente pudiera marcharse y Helen pudiera tomar su lugar, como si no fueran una familia sino una moneda perdida por la calle. O un hámster. «Me estás tratando como un hámster», pensó, y se preguntó qué pasaría si le dijera eso a Jules. Pero no podía. Desde la muerte de Livvy, la arruga se le había borrado de entre las cejas, y la había sustituido una mirada vacía que era mil veces peor.

Recuperar a Mark había sido distinto. Él se había alegrado de estar con ellos, aunque hubiera vuelto un poco extraño y dijera cosas raras de hada; le había dicho que era guapa, y había intentado cocinar, aunque no tenía ni idea. Pero Helen era delgada, hermosa y remota. Dru recordaba cuando Helen se había ido a Europa para su año de estudio solo con un simple adiós y unas ganas de irse que habían sido como una bofetada. Al cabo regresó con Aline, resplandecientemente feliz, pero Dru nunca pudo olvidar su alegría cuando se marchó.

«No va a querer ver una peli de terror conmigo y comer maíz caramelizado —pensó Dru—. Seguramente solo come pétalos de flores. No me va a entender para nada y seguro que ni lo va a intentar».

Desenrolló la camiseta que tenía en las manos y sacó el cuchillo y la nota que Jaime Rocío Rosales le dio en Londres. La había leído tantas veces que el papel estaba fino y ajado. Se encorvó sobre ella, encogida en el alféizar mientras Mark golpeaba con los nudillos a la puerta y la llamaba en vano.

La casa resonaba vacía.

El viaje de ida a la sala del Portal del Gard había sido caótico, con Tavvy quejándose; Helen preguntándole frenética a Julian sobre el día a día del Instituto; la extraña electricidad entre Cristina y Mark, y Ty haciendo algo raro con el móvil. A la vuelta, Diana había roto el tenso silencio entre Emma y Julian charlando sobre si iba o no a vender la tienda de armas de la calle Flintlock. Emma sabía que Diana estaba haciendo un esfuerzo consciente para evitar los incómodos vacíos en la conversación, y se lo agradecía.

Pero Diana ya se había ido, y Emma y Julian subían la escalera de la casa del canal en silencio. Varios guardias se habían situado alrededor, pero la casa se notaba vacía. Por la mañana había estado llena de gente, pero en ese momento solo la ocupaban Julian y ella. Él corrió el cerrojo de la puerta principal y se volvió para subir la escalera sin decir palabra.

—Julian —dijo Emma—. Tenemos que... Tengo que hablar contigo.

Él se detuvo, con una mano en la barandilla. No se volvió para mirarla.

—¿No es eso una especie de cliché? —preguntó—. «Tenemos que hablar».

—Sí, por eso lo he cambiado a «tengo que hablar contigo», pero de un modo u otro es cierto, y lo sabes —respondió Emma—. Sobre todo porque vamos a estar solos tú y yo durante los próximos días. Y tenemos que enfrentarnos juntos al Inquisidor.

—Pero no es por el Inquisidor. —Entonces se volvió hacia ella, y vio que los ojos le ardían, despidiendo un ácido fulgor verde azulado—. ¿Verdad?

—Sí —contestó Emma. Por un instante se preguntó si Julian se iba a negar a mantener una conversación, pero él se encogió de hombros y continuó subiendo la escalera sin hablar.

Ya en el dormitorio de Julian, Emma cerró la puerta, y él se echó a reír, una risa cansada.

—No hace falta que hagas eso. No hay nadie en la casa.

Emma pensó en un tiempo en que les hubiera entusiasmado tener la casa para ellos solos. Cuando era un sueño que compartían. Una casa para ellos, eternamente, una vida propia, eternamente. Pero casi parecía una blasfemia pensar eso, con Livvy muerta.

Antes, había reído con Cristina. Un instante de alegría en medio de la oscuridad. Pero en ese momento quiso estremecerse cuando Julian se volvió hacia ella y la miró con un rostro totalmente inexpresivo.

Se acercó a él, incapaz de evitar observarle el rostro. Una vez, Julian le había explicado que lo que lo fascinaba de pintar y dibujar era el momento en que la ilustración tomaba vida. La pincelada o el trazo del lápiz que transformaba el dibujo de ser una copia plana a una interpretación viva; la sonrisa de *La Mona Lisa*, la mirada en los ojos de *La chica de la perla*.

Julian había perdido eso, pensó Emma, estremeciéndose de nuevo. Las miles de emociones que siempre bullían en su expresión; el amor, por ella y por sus hermanos, que se le veía en los ojos. Incluso la preocupación parecía haber desaparecido, y eso era lo más raro de todo.

Julian se sentó en el borde de la cama. Había un bloc de dibujo encima; lo apartó sin miramientos y casi lo metió bajo la almohada. Por lo general, Julian era muy quisquilloso con sus cosas de dibujo, y Emma contuvo el impulso de rescatar el bloc. Se sentía perdida.

Tantas cosas parecían haber cambiado...

—¿Qué te está pasando? —preguntó.

—No sé a qué te refieres —respondió Julian—. Estoy triste por mi hermana. ¿Cómo se supone que debo comportarme?

—No así —replicó Emma—. Soy tu *parabatai*. Sé cuándo algo no va bien. Y la pena no es mala. Pena es lo que siento yo, lo que sé que sentías anoche, pero Julian, lo que veo en ti no es eso en absoluto. Y es lo que más me asusta.

Julian guardó silencio durante un largo rato.

—Sé que esto va a sonar raro —dijo finalmente—. Pero ¿puedo tocarte?

Emma se aproximó y se quedó entre sus piernas, al alcance de sus brazos.

—Sí —contestó.

Él le puso las manos en las caderas, justo sobre la cintura del pantalón, y la acercó más. Emma le cubrió el rostro con las manos.

Julian cerró los ojos, y Emma notó sus pestañas rozándole los dedos.

«¿Qué te pasa? —pensó—. Julian, ¿qué te pasa?».

Aunque tampoco era que él nunca le hubiera ocultado nada; le había ocultado toda una vida secreta durante años. A veces era como un libro escrito en un idioma indescifrable. Pero en ese momento era como un libro cerrado y con una docena de candados.

Julian apoyó la cabeza en su estómago; su suave cabello rizado rozó la piel de Emma allí donde la camiseta se le subía. Alzó un poco el rostro y ella sintió el calor de su aliento a través de la tela. Se estremeció cuando Julian la besó suavemente justo sobre el hueso de la cadera; cuando alzó la mirada, sus ojos brillaban febriles.

—Creo que he resuelto nuestro problema —dijo él.

Emma se tragó su deseo, su confusión, su maraña de sentimientos.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando Robert Lightwood murió —explicó Julian—, perdimos nuestra oportunidad de exiliarnos. Pensé que quizá el dolor, el aplastante dolor, haría que dejara de amarte. —Seguía con las manos en las caderas de Emma, pero eso no la reconfortaba; su voz era atterradoramente inexpresiva—. Pero no ha sido así. Ya lo sabes. Anoche...

—Nos detuvimos —lo cortó Emma, y se sonrojó al recordar: la ducha, las sábanas revueltas, el sabor a sal y jabón de sus besos.

—No son las acciones; son los sentimientos —afirmó Julian—. Nada me ha hecho dejar de amarte. Nada hizo ni siquiera que disminuyese mi amor. Así que he tenido que arreglarlo.

Un frío nudo de temor atenazó el estómago de Emma.

—¿Qué has hecho?

—He ido a ver a Magnus —contestó Julian—. Aceptó hacerme un hechizo. Magnus dijo que esa clase de magia, jugar con los sentimientos de la gente, puede tener repercusiones peligrosas, pero...

—¿Jugar con tus sentimientos? —Emma dio un paso atrás y él dejó caer las manos—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—Me los ha hecho desaparecer —contestó Julian—. Mis sentimientos. Los que sentía por ti. Ya no están.

—No lo entiendo. —Emma siempre se había preguntado por qué la gente decía eso cuando era evidente que lo entendía perfectamente. En ese momento lo comprendió: era porque no quería entenderlo. Era una manera de decir: «No, no puedes querer decir eso. No lo que acabas de decir. Dime que no es cierto».

—Mientras nuestros sentimientos no sean mutuos —prosiguió Julian—, no hay problema, ¿verdad? La maldición no nos puede afectar.

—Quizá. —Emma respiró hondo, nerviosa—. Pero no es solo lo que sientes hacia mí. Estás diferente. No discutiste con Jia por tener que separarte de los niños...

Julian pareció sorprenderse un poco.

—Supongo que no —contestó. Se puso en pie y le tendió la mano, pero ella se apartó. Él dejó caer el brazo—. Magnus me dijo que esta cosa no era muy precisa. Que por eso era un problema. Los hechizos de amor, los de verdad, los que te hacen enamorarte de alguien, son magia negra. Son un modo de forzar los sentimientos de la gente. Lo que me hizo es como lo

opuesto: no me estaba forzando a nada; se lo pedí, pero me dijo que las emociones no son en singular, por eso no hay auténticos hechizos de «desamor». Todos los sentimientos están unidos a otros sentimientos, y unidos a los pensamientos y a la manera de ser. —Algo se agitó en su muñeca al gesticular; parecía un trozo de tela roja—. Así que dijo que haría todo lo posible por influir solo en una parte de mis emociones. La parte del *eros*. El amor romántico. Pero me advirtió que afectaría al resto de mis sentimientos.

—¿Y ha sido así? —preguntó Emma.

Julian frunció el ceño. Y verlo ceñudo le rompió el corazón a Emma: era un sentimiento, aunque solo fuera frustración o asombro.

—Me siento como si estuviera delante de un cristal con todos los demás al otro lado —explicó él—. Mi rabia sigue ahí, la puedo sentir con facilidad. Estaba furioso con Jia. Y cuando subí a la pira detrás de Ty, fue un impulso atávico, la necesidad de protegerlo, pero no un pensamiento consciente. —Se miró las manos vendadas—. Aún siento dolor por la muerte de Livvy, pero es soportable. No me siento como si me estuviera quedando sin aire. Y tú...

—Y nosotros —lo corrigió Emma muy seria.

—Sé que te amaba —continuó él—. Pero no puedo sentirlo.

«Amaba». El oírlo en pasado fue como si la golpearan. Dio otro paso atrás, hacia la puerta. Tenía que salir de ahí.

—«No me ruegues que te abandone» —citó ella mientras cogía el tirador de la puerta—, pero tú me has abandonado. Me has abandonado, Julian.

—Emma, para —le pidió él—. Anoche, cuando fui a ver a Magnus, la maldición estaba comenzando. Lo notaba. Lo sé. Sé que no podría soportar que alguien más muriera.

—Nunca hubiera aceptado quedarme aquí contigo de haber sabido lo que has hecho —replicó Emma—. Al menos podrías habérmelo dicho. La sinceridad no es un sentimiento, Julian.

Al oír eso, le pareció ver que hacía una mueca de dolor, aunque podría haber sido simplemente de sorpresa.

—Emma...

—Se ha acabado. —Y salió corriendo de la habitación.

* * *

Diana se decía que no estaba esperando a Gwyn. Pero sin duda no estaba sentada en la cama, a altas horas de la noche, con un bonito top de seda que

había encontrado en el armario, cuando normalmente haría horas que se habría puesto el pijama, solo para limpiar espadas.

Tenía tres o cuatro espadas encima de la cama, y las había estado puliendo para devolverles parte de su gloria original. Las habían grabado con rosas, estrellas, flores y espinos, pero con los años, algunos grabados se habían oscurecido y difuminado. Sintió una punzada de culpa por haber desatendido la tienda de su padre, mezclada con la vieja sensación de culpa que siempre estaba presente cuando pensaba en sus progenitores.

Hubo un tiempo en que lo único que quería era ser Diana y regentar La Flecha de Diana, cuando sufría por estar en Idris y por la oportunidad de ser ella misma en el hogar de los cazadores de sombras. Ahora sentía una inquietud que iba más allá de eso; las viejas esperanzas le resultaban demasiado limitadas, como si fueran un vestido que se le hubiera quedado pequeño. Quizá los propios sueños también se quedaban pequeños a medida que el mundo se iba abriendo.

Tap. Tap. Diana se levantó al instante en cuanto sonó la ventana. Se echó el chal por encima y miró hacia fuera. Gwyn flotaba a la altura de la ventana, con su caballo moteado brillante bajo la luz de las torres de los demonios. El yelmo colgaba de una correa en el cuello del caballo; llevaba una enorme espada en la espalda, con el mango ennegrecido por años de uso.

—No he podido venir antes —se excusó—. Hoy he visto el humo en el cielo y miré desde encima de las nubes. ¿Puedes venir conmigo a un lugar seguro?

Ella ya estaba saliendo por la ventana incluso antes de que él acabara la pregunta. Subirse al caballo delante de él ya le resultaba familiar, como lo era que Gwyn la rodeara con sus enormes brazos. Era una mujer alta, y no muchas cosas la hacían sentirse pequeña o delicada, pero Gwyn sí. Representaba, como mínimo, una novedad.

Dejó vagar la mente mientras volaban en silencio hasta más allá de la ciudad, sobre las murallas y los Campos Imperecederos. Las piras ya se habían convertido en cenizas y cubrían la hierba con unos inquietantes círculos gris blancuzco. Le picaron los ojos, y apartó la mirada, rápidamente, hacia el bosque. Los árboles se acercaban, y luego, extendiéndose bajo ellos, los riachuelos dorados y alguna que otra mansión de piedra en las lindes de la arboleda.

Pensó en Emma y en Julian, en la expresión en el rostro de Emma cuando la Cónsul les dijo que debían quedarse en Idris, en la preocupante falta de expresión en el de Julian. Conocía el vacío que una impresión podía causar.

Lo veía también en Ty, en el profundo silencio y la inmovilidad causados por un dolor tan grande que ni siquiera las lágrimas podían calmar. Recordó la pérdida de Aria, cómo se había tumbado en el suelo de la cabaña de Catarina, revolviéndose como si de algún modo pudiera alejarse así del dolor de la añoranza de su hermana.

—Ya hemos llegado —dijo Gwyn, y fueron descendiendo hacia el claro que ella recordaba. Gwyn desmontó y alzó la mano para ayudarla a bajar.

Ella acarició al caballo en el cuello y el animal le rozó con el suave morro la mano.

—¿Tu caballo tiene nombre?

Gwyn la miró perplejo.

—¿Nombre?

—Voy a llamarlo *Orion* —dijo Diana, y bajó al suelo. La hierba era mullida, y el aire olía a pino y a flores. Estiró las manos hacia atrás y parte de la tensión comenzó a abandonar su cuerpo.

—Me gusta eso. Que le des un nombre a mi corcel. —Gwyn se sentó frente a ella, con las grandes manos a los lados, la frente arrugada de preocupación—. Sé lo que ha ocurrido —informó—. Cuando la muerte arriba de formas grandiosas e inesperadas, la Cacería Salvaje lo sabe. Oímos las historias que cuenta la sangre derramada.

Diana no sabía qué decir. ¿Que la muerte era injusta? ¿Que Livvy no se merecía morir así, ni de ninguna otra manera? ¿Que los corazones rotos de los Blackthorn no acabarían nunca de sanar? Todo eso parecía gastado, dicho mil veces y ya comprendido.

Por eso dijo otra cosa.

—Creo que me gustaría que me besaras.

Gwyn no vaciló. En un instante se hallaba junto a ella, grácil a pesar de su tamaño; la rodeó con los brazos y ella se rindió a la calidez y el olor a bosques y caballos. Arrugó la nariz un poco y sonrió, y él la besó en la sonriente boca.

Fue un beso suave, teniendo en cuenta su corpachón. La suavidad de su boca contrastaba con la fricción de su barba y la dura musculatura bajo la mano que Diana le puso tímidamente en el hombro para acariciárselo.

Él aceptó la caricia con un sonido gutural de placer. Diana le tomó el rostro entre las manos, maravillándose ante la sensación de la piel de otra persona. Había pasado mucho tiempo, y nunca se lo había imaginado así: la luz de la luna y las flores eran para otros.

Pero, al parecer, estaba equivocada. Él le acarició el cabello con sus grandes manos. Diana nunca se había sentido tan cuidada, rodeada de tanta

calidez y completamente cubierta de afecto. Cuando dejaron de besarse, fue tan natural como cuando empezaron, y Gwyn la acercó y la envolvió con su cuerpo. Rio por lo bajo.

—¿Qué? —preguntó ella, inclinando la cabeza hacia atrás.

—Me preguntaba si besar a una cazadora de sombras sería diferente de besar a un hada —contestó él con una sorprendente sonrisa infantil.

—Nunca he besado a ningún cazador de sombras —dijo ella. Y era cierto; tiempo atrás había sido demasiado tímida para besar a nadie, y demasiado triste, y después...— He besado a unos cuantos mundanos. Los conocí en Bangkok; unos cuantos eran trans, como yo. Pero en aquel tiempo me pesaba mucho el secreto de ser nefilim, y era como una sombra que se interponía entre la otra persona y yo... —Suspiró—. Creo que eres la única persona, aparte de Catarina, que realmente lo sabe todo de mí.

Gwyn hizo un ruido grave y pensativo.

—Me gusta todo lo que sé de ti.

«Y tú me gustas a mí», quiso decir ella. La sorprendía lo mucho que le gustaba ese viejo ser mágico con su capacidad para una gran ternura y su similar capacidad para una enorme violencia. Ella lo había conocido en su aspecto tierno, pero por las historias de Mark, sabía que había otra parte de él: la que gobernaba la Cacería Salvaje en su sangriento camino entre las estrellas.

—Se lo voy a contar todo —dijo—. A Emma y a Julian. Estamos atrapados en Idris todos juntos, y los quiero como si fueran mis propios hermanos. Deben saberlo.

—Hazlo si te va a traer paz —repuso Gwyn—. No les debes nada; has cuidado de ellos y los has ayudado, y ellos conocen cómo eres. Ninguno de nosotros le debe cada parte de la historia de nuestra alma a nadie.

—Lo hago por mí. Me hará más feliz.

—Entonces, hazlo. —Gwyn la besó en la cabeza. Diana permaneció sentada en el cálido círculo de sus brazos y pensó en Livvy, y en cómo la pena y la alegría podían convivir en el corazón humano. Se preguntó por las pérdidas que Gwyn habría sufrido en su vida. Debía de haber tenido una madre, un padre, hermanos y hermanas, pero no se los podía imaginar y aún no se atrevía a preguntarle.

Más tarde, cuando caminaba hacia el caballo de Gwyn para regresar a Alacante, notó que tenía las puntas de los dedos manchadas de ceniza, y frunció el ceño. La ceniza la podía haber llevado el viento esa mañana desde las piras, pero aun así era muy raro.

Se le fue de la cabeza cuando Gwyn la alzó hasta el lomo de *Orion* y volaron juntos hacia las estrellas.

* * *

Los dormitorios del Escolamántico no eran ni tan agradables como los de la mayoría de los Institutos, ni tan desagradables como los de la Academia de los cazadores de sombras. Eran limpios y sobrios, y tenían, en opinión de Diego, un aire monacal. En cada dormitorio había dos camas, dos pesados escritorios y dos enormes armarios.

Debido al bajo número de reclutas, Diego no solía tener que compartir el cuarto, pero en ese momento, Kieran yacía en el suelo, como un malhumorado bulto cubierto de mantas.

Diego se tumbó con los brazos detrás de la cabeza, mirando al techo. Había memorizado cada uno de los bultos y huecos del yeso. Por primera vez en su vida, no podía concentrarse para leer o meditar; su mente se agitaba como una araña nerviosa pensando en Jaime, en Cristina, en los Dearborn, en el nuevo Inquisidor.

Sin olvidar al cabreado príncipe hada que en ese momento se removía en el suelo.

—¿Cuánto tiempo piensas tenerme aquí? —La voz de Kieran era apagada. Se apartó la manta de la cara y miró al techo como si pudiera llegar a entender lo que Diego veía en él.

—¿Tenerte aquí? —Diego se puso de lado—. No estás prisionero. Puedes irte cuando quieras.

—No puedo —replicó Kieran—. No puedo regresar a la Cacería Salvaje sin atraer la furia del rey sobre ella. No puedo regresar a Feéra, porque el rey me encontrará y me matará. No puedo vagar por el mundo como un hada renegada, porque me reconocerán, y ahora ni siquiera sé si el rey me está buscando.

—¿Por qué no vuelves al Instituto de Los Ángeles? Incluso si estás enfadado con Mark, Cristina podría...

—Es por Mark y Cristina por lo que no puedo ir allí. —El cabello de Kieran estaba cambiando de color bajo la tenue luz, de un azul profundo a blanco pálido—. Y no estoy enfadado con ellos. Es solo que no quiero... —Se incorporó—. O quizá es que quiero demasiado.

—Podremos averiguarlo cuando llegue el momento —repuso Diego—. Lo que sea mejor para ti.

Kieran lo miró, con una mirada aguda y sorprendente que hizo que Diego se incorporara sobre el hombro.

—¿No es eso lo que haces siempre? —preguntó Kieran—. Decides que buscarás la solución cuando llegue el momento; así, cuando pasa lo peor, te encuentra sin nada preparado.

Diego abrió la boca para protestar cuando llamaron secamente a la puerta. Kieran desapareció en un instante, tan rápido que Diego solo pudo suponer dónde se había escondido. Este se aclaró la garganta y contestó.

—*Pásale.*

Divya entró sigilosamente en la habitación seguida de Rayan. Iban de uniforme, aunque Rayan llevaba un grueso jersey encima. Tanto a Divya como a Rayan como a él les había costado acostumbrarse al frío del Escolamántico.

Divya llevaba una luz mágica, y sus rayos iluminaban su expresión preocupada.

—Diego —dijo—, ¿está Kieran aquí?

—Creo que está debajo de la cama —contestó Diego.

—Qué raro —dijo Rayan. No parecía ansioso, pero pocas veces mostraba tanta emoción.

—Podría estar en el armario —apuntó Diego—. ¿Por qué?

—La Cohorte —contestó Divya—. Zara y algunos de los otros, Samantha, Manuel y Jessica, acaban de llegar por el Portal directamente al despacho del profesor Gladstone.

Kieran salió de debajo de la cama. Tenía una bola de polvo en el pelo.

—¿Saben que estoy aquí? —Se irguió hasta quedar sentado, con los ojos destellándole—. Dadme un arma. Cualquier arma.

—Espera un momento. —Divya alzó la mano—. Lo cierto es que estábamos pensando en enfrentarnos a esa situación de una manera más contenida. Como, por ejemplo, escondiéndote.

—Ya estaba escondido —remarcó Kieran.

—Estaba debajo de la cama —indicó Diego.

—Sí, pero como Zara Dearborn va a venir a hablar con Diego, esta no es la habitación más segura —dijo Rayan—. Y la Cohorte sospecha de la lealtad de Diego a su causa.

—Así es —repuso Divya—. Los hemos oído hablar. —Le tendió una mano a Kieran como para ayudarlo a ponerse en pie. Este la miró con sorpresa, luego se puso en pie sin ayuda.

—No la mataría si está desarmada —afirmó Kieran—. La retaría a una lucha justa.

—Sí, entonces todo el mundo sabrá que estás aquí, incluso la Clave —dijo Divya. Chasqueó los dedos—. Vamos, en marcha. Deja de perder el tiempo.

Kieran la miró un poco perplejo. Lanzó una mirada de reojo a Diego y este asintió.

—Será lo más seguro para ambos.

—Entonces, será lo que tú mandes —respondió Kieran, y salió siguiendo a Rayan y a Divya, con la luz mágica parpadeando sobre ellos. Se perdieron entre las sombras. Diego casi no tuvo ni tiempo de salir de la cama y ponerse una camiseta antes de que la puerta se abriera de golpe.

Zara se hallaba en el marco, con los brazos en jarras, echando chispas. Diego se preguntó si debería agradecerle que hubiera llamado, pero decidió que probablemente no pillaría el sarcasmo.

—Estoy harta de ti —comenzó ella.

Diego se apoyó en el armario y cruzó los brazos. Los ojos de Zara le recorrieron los bíceps. Sonrió de medio lado.

—Te aseguro que esperaba nuestra alianza —siguió ella—. Pero será mejor que te endereces y dejes de confraternizar con subterráneos, criminales e ingratos.

—¿Ingratos? —repitió Diego—. ¿Solo se me permite relacionarme con gente agradecida?

Zara parpadeó confusa.

—¿Qué?

—No estoy seguro de que esa palabra signifique lo que tú crees —contestó Diego—. Este no es mi idioma nativo, pero...

—Los Blackthorn son ingratos —aclaró Zara—. Tienes que apartarte de ellos y de cualquiera que se relacione con ellos.

—Si te refieres a Cristina, solo somos amigos...

—No me importa. Los Blackthorn son horribles. Mark es un mestizo, Ty es un tipo raro y solitario, Dru es gorda y estúpida, y Julian es como... como Sebastian Morgenstern.

Diego no pudo contener la risa.

—¿En qué?

Zara se sonrojó.

—¡Resucitó a los muertos!

—Lo cierto es que no —la contradujo Diego, aunque sabía que no importaba. La Cohorte cambiaba constantemente las reglas del juego cuando

querían conseguir algo. No les importaba demasiado que las pruebas que aportaban fueran correctas, ni les iba a interesar la diferencia entre resucitar a los muertos o solo tratar con resucitados.

—Ya lo lamentarás cuando esté arrasando el mundo —soltó ella, ominosa.

—Seguro que sí —replicó Diego—. Mira, ¿tienes algo más que decirme? Porque estamos en plena noche y me gustaría dormir un poco.

—Recuerda por qué aceptaste comprometerte conmigo —dijo ella con una sonrisita cínica—. Quizá deberías haber pensado en las consecuencias que traería que yo tuviera que romper el compromiso.

Se volvió para irse, y Diego la vio detenerse, como si hubiera visto algo que la sorprendiera. Le lanzó una mirada furiosa y se fue por el pasillo.

No había cerrojo en la puerta. Lo único que Diego pudo hacer fue cerrarla de una patada antes de tirarse de nuevo en la cama. Se quedó mirando al techo otra vez, pero en esta ocasión no le sirvió de nada.

6

Desde una soberbia torre

Emma se despertó con un fuerte dolor de cabeza al oír que llamaban a la puerta de su dormitorio. Se había quedado dormida en el suelo, totalmente vestida; tenía el pelo húmedo y pegado a las mejillas. Se sentía, y seguramente su aspecto lo corroboraba, como si acabara de sobrevivir a un naufragio.

—Adelante —dijo, y la puerta se abrió. Era Julian.

Emma se sentó. Por un instante se quedaron mirándose. Emma sintió un escalofrío; él iba a notar que tenía la cara sucia e hinchada y la ropa totalmente arrugada. Incluso si ya no la amaba, iba a pensar...

—Será mejor que te laves y te vistas —dijo Julian. Iba vestido con unos vaqueros y un jersey azul, y parecía haber dormido perfectamente. Hasta estaba guapo. Como un atractivo desconocido; alguien a quien Emma no conocía.

No había nada tenso en su voz, solo un tranquilo pragmatismo. No tenía que haberse preocupado de que él sintiera lástima al verla, o algún tipo de culpa: Julian no sentía nada en absoluto.

—Dane Larksphear acaba de llegar con un mensaje —explicó—. El Inquisidor quiere vernos inmediatamente.

* * *

En cuanto Cristina abrió la puerta de la cocina, Helen se alzó de detrás de la encimera, con un cucharón y una gran sonrisa.

—¡Buenos días!

Cristina se había despertado temprano, su reloj interno confuso por la diferencia horaria entre Los Ángeles e Idris, y había caminado como una sonámbula hasta la cocina, con la intención de prepararse un café y unas tostadas. Ante el enérgico saludo de Helen, le entraron ganas de tumbarse

sobre la mesa y quedarse dormida. Nunca entendería a la gente que se levantaba así, sin necesitar una inyección de cafeína para poder funcionar.

—Estoy preparando gachas —continuó Helen.

—Oh —repuso Cristina. No le gustaban nada las gachas.

—Aline está en el despacho, intentando arreglar los papeles. Parece ser que los centuriones lo resolvieron todo.

—Lo sé. —Cristina miró la cafetera, anhelante. ¿Sería grosero apartar a Helen para coger el café y los filtros?

—No te canses —siguió Helen—. Los centuriones dejaron café mohoso en la cafetera. —Hizo un gesto hacia el fregadero, donde la jarra de la cafetera estaba en remojo.

Al instante, Cristina odió aún más a los centuriones.

—¿Es que hay algo que no fastidien?

—También dejaron ropa sucia —informó Mark, que entraba con el pelo mojado. Debía de haber acabado de ducharse. Al instante, Cristina sintió unos nervios incontrolables en el estómago y se sentó en una de las sillas junto a la encimera. Aún podía verle la marca en la piel de la muñeca, donde el hechizo de unión le había cortado; ella tenía una igual. Los ojos de Mark brillaban bajo el sol del amanecer, azul y dorado como el corazón del océano. Apartó rápidamente la mirada de él y comenzó a inspeccionar uno de los azulejos de la cocina, en el que se veía a Héctor muerto, siendo arrastrado alrededor de los muros de Troya—. Mucha ropa sucia. Montones y montones de ropa sucia.

—Yo me encargaré de la ropa. —Helen había ido a los fogones y removía minuciosamente algo en un cazo—. Estoy preparando gachas.

—Oh —dijo Mark. Fugazmente, cruzó la mirada con Cristina. Compartieron en un instante su aversión a las gachas.

Helen se quedó un momento mirando el cazo donde hacía las gachas.

—No sé hacer tortitas —dijo por lo bajo.

Con decisión, Cristina la hizo apartarse de los fogones.

—Helen, déjame que te ayude a preparar huevos y tostadas.

—Julian sabe hacer tortitas —dijo Tavvy.

Helen había dejado espacio a Cristina, que le fue pasando rebanadas de pan. Mientras Helen lo metía en la tostadora, Cristina vio que le temblaban las manos.

—No quiero huevos para desayunar —declaró Dru. Cogió una de las flores del jarrón que había sobre la mesa y le arrancó el tallo. Los pétalos cayeron sobre la mesa.

—Eh, vosotros dos —dijo Mark mientras se acercaba a sus hermanos pequeños y les alborotaba el cabello—. Acabamos de llegar. No le compliquéis la vida a Helen.

—Bueno, pero no nos tiene que hacer el desayuno —replicó Dru—. Podemos hacérselo nosotros.

Helen se apresuró a poner el plato con tostadas sobre la mesa. Dru la miró seria.

—Vamos, Dru, cómete el pan —le dijo Helen.

Dru se tensó.

—No me digas lo que tengo que comer o lo que no.

Helen arrugó las cejas. Tavvy cogió el bote de mermelada, lo puso boca abajo y lo sacudió hasta que la pegajosa masa cayó, salpicando todo el plato, la mesa y sus manos. Se rio.

—¡No, no! —exclamó Helen, y le quitó el bote de las manos—. ¡Tavvy, no hagas eso!

—No tengo por qué obedecerte —replicó Tavvy, enrojeciendo—. Ni siquiera te conozco.

Pasó ante Dru y salió corriendo de la cocina. Un momento después, Dru lanzó a Helen una mirada de reproche y fue tras él.

Helen se quedó donde estaba, sujetando el bote de mermelada vacío; las lágrimas le caían por las mejillas. Cristina sintió pena por ella. Lo único que intentaba era complacer a sus hermanos, pero estos no le podían perdonar no ser Julian.

Fue hacia Helen, pero Mark ya estaba con ella, abrazándola y limpiándose la mermelada de la camisa.

—No te preocupes. —Le oyó decir Cristina—. Cuando volví, siempre estaba liando las cosas. Todo lo hacía mal...

Cristina se sintió como una intrusa, así que se marchó de la cocina; algunas escenas familiares necesitaban intimidad. Recorrió el pasillo lentamente (estaba segura de haber visto otra cafetera en la biblioteca), pensando en lo que Mark le había dicho a Helen. Se preguntó si realmente se había sentido así. Recordó la primera vez que lo vio, acurrucado contra la pared de su dormitorio mientras el viento hacía volar las cortinas alrededor de él como si fueran velas, e inmediatamente se estableció un vínculo entre ellos; no lo había conocido antes de que se lo llevara la Cacería y no tenía ninguna idea preconcebida de cómo era o cómo debía de ser. Ese vínculo resultó tan fuerte como el hechizo de unión, pero ¿y si todo había cambiado? ¿Y si lo que habían roto nunca pudiera repararse?

—¡Cristina!

Se volvió en redondo. Mark iba tras ella, con el rostro enrojecido de haber estado corriendo para alcanzarla. Se detuvo al verlo y vaciló un momento, como alguien que está a punto de saltar de un acantilado.

—Ahora tengo que estar con Helen —dijo—. Pero quiero hablar contigo. Lo necesito desde que... desde hace mucho tiempo. Quedemos esta noche en el aparcamiento, cuando la luna esté alta.

Ella asintió, demasiado sorprendida para decir nada. Para cuando se le ocurrió pensar que «cuando la luna esté alta» no era muy específico (¿y si estaba nublado?), él ya había desaparecido por el pasillo. Con un suspiro, se fue a enviar un mensaje a Catarina Loss.

* * *

Solo habían pasado unos días desde la muerte de Robert Lightwood, pero Horace Dearborn ya había redecorado completamente el despacho.

Lo primero que notó Emma era que faltaba el tapiz de la batalla del Burren. La chimenea estaba encendida, y sobre ella, la foto de Alec Lightwood había sido remplazada por la de Zara Dearborn. Era un retrato en traje de combate, con la melena rubia recogida en dos trenzas que le caían hasta la cintura, como una valquiria. ZARA DEARBORN, HEROÍNA DE LA CLAVE, ponía en una placa dorada sobre el marco.

—Muy sutil —masculló Julian. Emma y él acababan de entrar en el despacho de Horace.

El Inquisidor estaba agachado tras su escritorio, buscando algo, fingiendo ignorarlos. Por lo menos el escritorio era el mismo, aunque tras él colgaba un cartel que anunciaba: LA PUREZA ES FUERZA; LA FUERZA ES VICTORIA; POR LO TANTO, LA PUREZA ES VICTORIA.

Dearborn se incorporó.

—«Heroína de la Clave» puede resultar un poco simple —dijo pensativo, dejando bien claro que había oído el comentario de Julian—. Estaba pensando en «Moderna Boadicea». Por si no sabéis quién era...

—Sé quién era Boadicea —dijo Julian mientras se sentaba; Emma lo siguió. Las sillas también eran nuevas, con un tapizado tenso—. Una reina guerrera de Britania.

—El tío de Julian era un académico especializado en los clásicos —explicó Emma.

—Ah, sí, Zara me lo había dicho. —Horace se sentó pesadamente en la silla detrás del escritorio de caoba. Era un hombre alto, huesudo, con un rostro vulgar. Solo su tamaño era fuera de lo normal: tenía las manos enormes, y los anchos hombros tiraban de la tela de su uniforme. No debían de haber tenido tiempo de hacerle uno a medida.

—Bien, niños, debo decir que me habéis sorprendido. Siempre ha habido una... asociación muy vibrante entre las familias Blackthorn y Carstairs y la Clave.

—La Clave ha cambiado —dijo Emma.

—No todos los cambios son para peor —repuso Horace—. Este hacía tiempo que se veía venir.

Julian levantó los pies y plantó las botas sobre el escritorio de Horace. Emma parpadeó. Julian siempre había sido rebelde de corazón, pero pocas veces de obra. Sonrió como un ángel.

—¿Por qué no nos dices lo que quieres? —preguntó.

A Horace le brillaron los ojos de rabia contenida, pero su voz era tranquila al hablar.

—Vosotros dos la habéis jodido de verdad —dijo—. Más de lo que creéis.

Emma se sobresaltó. Los cazadores de sombras adultos, sobre todo lo que tenían una posición de autoridad, muy pocas veces decían palabrotas delante de quienes consideraban niños.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Horace abrió un cajón y sacó una libreta de cuero negro.

—Las notas de Robert Lightwood —explicó—. Las tomaba en todas las reuniones. También después de la reunión que tuvo con vosotros.

Julian se puso blanco al reconocer la libreta. Robert debía de haber escrito algo en ella después de que Emma saliera de su despacho con Manuel.

—Sé lo que le contasteis sobre vuestra relación —dijo Dearborn, deleitándose—. *Parabatai* enamorados. Asqueroso. También sé qué queríais de él: el exilio.

Aunque el color le había abandonado el rostro, la voz de Julian era calmada.

—Sigo pensando que debes decirnos qué quieres de nosotros.

—Enamorarte de tu *parabatai* es, digamos, romper el contrato. El contrato que habéis hecho como nefilim con la Clave. Es un sacrilegio contra el más sagrado de nuestros vínculos. —Volvió a meter la libreta en el cajón—. Soy un hombre razonable. He pensado en una solución, beneficiosa para ambas partes, a todos nuestros pequeños problemas. Y a unos cuantos de los grandes.

—Por lo general, las soluciones no son mutuamente beneficiosas cuando una de las partes tiene todo el poder —comentó Julian.

Dearborn no le hizo caso.

—Si aceptáis ir en misión a la Tierra de las Hadas, si me prometéis encontrar y matar a Annabel Blackthorn y traer de vuelta el *Libro Negro de los Muertos*, aceptaré los términos que Robert os había propuesto. Exilio y secreto. Nadie lo sabrá nunca.

—No puedes estar seguro de que esté en la Tierra de las Hadas... —comenzó a decir Julian.

—Debes de estar de broma —exclamó Emma al mismo tiempo.

—Mis fuentes me dicen que se halla en la corte noseelie, y no, no estoy «de broma» —respondió Dearborn—. Lo juraría sobre la Espada Mortal, si Carstairs no la hubiese roto.

Emma se sonrojó.

—¿Para qué quieres el *Libro Negro*? ¿Planeando resucitar unos cuantos muertos?

—No tengo ningún interés en el lamentable libro de entretenimientos nigrománticos de algún brujo —contestó Horace—, excepto para alejarlo de las manos de Annabel Blackthorn y el rey noseelie. Y ni siquiera penséis en darme el pego con alguna imitación o libro falso. Lo sabré, y os castigaré. Quiero que el *Libro Negro* esté bajo el control de los nefilim, no de lo subterráneos.

—Debes de tener gente mayor y más capacitada para hacer esto, ¿no? —replicó Julian.

—Esta misión debe realizarse en el mayor de los secretos —respondió Dearborn, seco—. ¿Y quién tiene mejores razones que vosotros para mantener el secreto?

—Pero el tiempo en Feéra corre de forma diferente —indicó Julian—. Podemos acabar volviendo dentro de años. Eso no será de gran ayuda.

—Ah. —Dearborn se recostó en la silla. Había como un fardo de tela a su espalda, en un rincón de la sala, y Emma se sobresaltó al darse cuenta de que se trataba del tapiz de la batalla del Burren, tirado de cualquier manera, como si fuera basura. Era raro en un hombre que afirmaba que valoraba la historia de los nefilim—. Hace mucho tiempo, las hadas dieron a la Clave tres medallones. Evitan perder la noción del tiempo en Feéra. Falta uno, pero se os darán los dos restantes. Podéis devolverlos cuando regreséis.

«¿Un medallón? —Emma recordó el colgante de Cristina, su poder para controlar el tiempo en Feéra—. Falta uno...».

—¿Y cómo se supone que podremos volver? —quiso saber Emma—. No es que regresar de Feéra resulte fácil para los humanos.

—Emplearéis el mapa que os daremos para localizar un lugar llamado el Cruce de Bram —explicó Horace—. Allí encontraréis un amigo que os podrá traer a casa. —Entrelazó los dedos—. Ocultaré vuestra ausencia de Alacante colocando guardias alrededor de la casa de Princewater. Se dirá que estáis bajo arresto domiciliario hasta que se aclare el asunto de la Espada Mortal. Pero debo insistir en que encontréis el libro y regreséis en cuatro días. De otro modo, podría suponer que habéis decidido ir por libre, con lo cual no tendré más remedio que revelar vuestro secreto.

—¿Y qué te hace pensar que podemos hacerlo en cuatro días? —preguntó Julian.

—Porque no tenéis alternativa —respondió Horace.

Emma y Julian intercambiaron una mirada. Ella sospechaba que sus sentimientos, tal como eran, reflejaban los de ella: suspicacia e impotencia. No podían confiar en Horace Dearborn, pero si no aceptaban su plan, les destrozaría la vida. Les arrancarían las Marcas. Nunca volverían a ver a los otros Blackthorn.

—No hay motivo para ser tan desconfiado —dijo Dearborn—. Estamos juntos en esto. Ninguno de nosotros quiere que Annabel Blackthorn o el rey noseelie estén en posesión de un objeto tan poderoso como el *Libro Negro*. —Esbozó una sonrisa amarillenta—. Además, Julian, pensaba que estarías contento. Esta es tu oportunidad de matar a Annabel Blackthorn y arrebatarle ese preciado libro. Me había imaginado que querrías vengarte.

Incapaz de soportar el modo en que el Inquisidor miraba a Julian, Emma se puso en pie.

—Quiero a *Cortana* —dijo—. Era de mi padre antes que mía, y ha pertenecido a mi familia desde Jem y Cordelia Carstairs. Devuélvemela.

—No —respondió Horace, apretando los labios—. Aún estamos investigando cómo pudo romper la Espada Mortal. Tendréis armas, comida y un mapa, y todo el equipo que necesitéis, pero no a *Cortana*.

—Los cuchillos serafines no funcionan en Feéra —dijo Julian—. Ni las runas.

Dearborn soltó un bufido de indiferencia.

—Entonces os daremos dagas, espadas y ballestas. Ya sabéis que tenemos cualquier arma que necesitéis. —Se puso en pie—. No me importa lo que empleéis para matar a Annabel Blackthorn, solo matadla. Vosotros nos trajisteis a esa zorra; es vuestra responsabilidad librarnos de ella.

Julian bajó los pies del escritorio.

—¿Cuándo debemos partir?

—¿Y cómo vamos a llegar allí?

—De eso me encargo yo —contestó Dearborn—. Y en cuanto a partir, podría ser ahora mismo. Tampoco es que tengáis nada que hacer en Alacante. —Hizo un gesto hacia la puerta, como si no pudiera esperar para librarse de ellos—. Id a casa y coged cualquier objeto personal que necesitéis. Y no perdáis tiempo. Los guardias irán a buscaros muy pronto. Estad listos.

—Bien —repuso Emma. Fue hacia la esquina y cogió el tapiz de Alec—. Pero me quedo esto.

Era sorprendentemente pesado. Dearborn alzó una ceja, pero no dijo nada mientras ella salía lentamente de la sala cargando el tapiz.

* * *

—¿Adónde vamos? —preguntó Kit. Sujetaba una bolsa de patatas fritas con los dedos manchados de sal y aceite. Era un desayuno muy raro, pero había tomado otros más raros en su vida. La brisa del océano le apartaba el pelo de la frente, la playa estaba desierta, y Ty y él caminaban hacia un resplandor dorado de arena y sol. A pesar de todo, estaba de buen humor.

—¿Recuerdas la cueva? —preguntó Ty—. ¿En la que vimos hablar a Zara y Manuel?

—Sí, claro —contestó, y estuvo a punto de añadir: «Cuando estábamos con Livvy», pero sabía que eso era lo que Ty quería decir al usar el plural. Para él todo plural siempre incluiría a Livvy. La sombra de su recuerdo empañó la alegría de Kit. Recordó aquella noche, Livvy riendo, Ty con una estrella de mar en la mano; el viento cargado de sal había enredado su cabello liso, y en los ojos se le reflejaba el color plateado de la luna. Había estado sonriendo con su sonrisa auténtica y brillante. Kit se había sentido más unido a ellos dos de lo que nunca se había sentido unido a nadie—. Espera, ¿para qué vamos ahí?

Habían llegado a la parte de la playa donde dos largos dedos de granito erosionado entraban en el océano. Las olas entraban desde el mar y chocaban contra las rocas, para transformarse en un rocío blanco plateado.

Ty metió la mano en la bolsa de patatas y rozó el brazo de Kit con el suyo.

—Porque necesitamos ayuda para la nigromancia. No podemos hacerlo solos.

—Por favor, dime que no necesitamos la ayuda de un ejército de muertos. Odio los ejércitos de muertos.

—Ningún ejército de muertos. Hypatia Vex.

A Kit casi se le cayó la bolsa de la mano.

—¿Hypatia Vex? ¿La bruja de Londres?

—Sip —contestó Ty—. Elemental, Watson.

—Esto no es un «elemental» —replicó Kit—. ¿Cómo iba a saber que habías contactado con ella? Creía que no le caíamos muy bien.

—¿Acaso importa?

—En eso tienes razón. —Kit se detuvo y levantó una pequeña nube de arena—. Hemos llegado.

Un agujero negro en el acantilado se abría ante ellos. Ty también se detuvo y buscó algo en el bolsillo de su sudadera.

—Tengo algo para ti.

Kit enrolló la bolsa de patatas y la metió tras una roca.

—¿De verdad?

Ty sacó una piedrecita blanca, del tamaño de una pelota de golf, con una runa grabada.

—Tu piedra runa de luz mágica. Todo cazador de sombras tiene una. —Le cogió la mano a Kit con toda normalidad y se la puso en la palma. Kit sintió un cosquilleo caliente en el estómago que lo sorprendió. Nunca había sentido nada igual.

—Gracias —dijo—. ¿Cómo la enciendo?

—Cierra los dedos y piensa en luz —contestó Ty—. Imagínate encendiendo un interruptor; eso fue lo que Julian me dijo. Ven, te lo enseñaré.

Kit sujetó la piedra con torpeza mientras subían por el sendero hasta la entrada de la cueva. Dieron unos cuantos pasos hacia el interior y la oscuridad los envolvió como terciopelo, amortiguando el sonido de las olas. Kit casi no veía a Ty, solo la silueta de una sombra a su lado.

«Como encender un interruptor», pensó y apretó los dedos alrededor de la piedra runa.

Notó un pequeño golpecito en la palma y la luz le salió a rayos entre los dedos, iluminando el túnel de piedra. Era igual que la otra vez, con paredes rugosas y telarañas. Le recordó los túneles subterráneos de la primera peli de Indiana Jones.

Al menos, esta vez sabían adónde iban. Siguieron la curva del túnel hasta llegar a una enorme cámara de piedra. Las paredes eran de granito, aunque unas líneas negras las recorrían, mostrando dónde se habían quebrado mucho

tiempo atrás. La caverna olía a algo dulce; seguramente por el humo que se alzaba de las velas colocadas en la mesa de madera del centro. Una persona encapuchada con un hábito negro y el rostro entre las sombras se hallaba sentada donde se había sentado Zara la última vez que habían estado allí.

—¿Hypatia? —dijo Ty, acercándose.

Aquella persona alzó un único dedo, pidiendo silencio. Tanto Kit como Ty vacilaron cuando dos manos enguantadas se alzaron para echar hacia atrás la gran capucha.

Ty se humedeció los labios.

—Tú eres... no eres Hypatia —dijo y se volvió hacia Kit—. No es ella.

—No —admitió Kit—. Parece ser un tipo verde con cuernos.

—No soy Hypatia, pero ella me ha enviado —explicó el brujo—. Ya nos hemos visto antes, los tres. En el Mercado de Sombras de Londres.

Kit recordó unas manos verdes moviéndose con rapidez. «Tengo que decir que nunca pensé que tendría el placer de entretener al Herondale perdido».

—Sombra.

El brujo sonrió divertido.

—No es mi nombre real, pero servirá.

Ty estaba negando con la cabeza.

—Quiero tratar con Hypatia —dijo—. No contigo.

Sombra se recostó en la silla.

—La mayoría de los brujos no tocan la nigromancia —contestó con calma—. Hypatia no es diferente; de hecho, es mucho más lista que la mayoría. Quiere llegar a dirigir el Mercado de Sombras algún día, y no va a arriesgar esa oportunidad.

La expresión de Ty pareció quebrarse, como el rostro agrietado de una estatua.

—Nunca he dicho nada de nigromancia...

—Tu hermana melliza acaba de morir —repuso Sombra—. Y llamas a un brujo con una petición desesperada. No hace falta ser un genio para saber lo que quieres.

Kit le puso la mano en el hombro a Ty.

—No tenemos por qué quedarnos —le dijo—. Podemos irnos...

—No —lo interrumpió Sombra—. Oídme primero, pequeños cazadores de sombras, si deseáis mi ayuda. Lo entiendo. La pena enloquece a la gente. Buscas una manera de acabar con ese dolor.

—Sí —asintió Ty—. Quiero que vuelva mi hermana. Resucitaré a mi hermana.

Los ojos de Sombra eran como el pedernal.

—Quieres resucitar a los muertos. ¿Sabes cuánta gente quiere hacerlo? No es un buen plan. Te sugiero que lo olvides. Podría ayudarte con otra cosa. ¿Alguna vez has querido mover objetos con la mente?

—Claro. Parece fantástico —respondió Kit, y pensó para sí—: «Cualquier cosa menos eso».

—Tengo el *Libro Negro de los Muertos* —dijo Ty—. O al menos, tengo una copia.

No pareció detectar la absoluta perplejidad en el rostro de Sombra, pero Kit sí que la vio. Hizo que su orgullo por Ty aumentase, igual que su aprensión.

—Bien —repuso Sombra al fin—. Eso es mejor que el de verdad.

«Qué cosa más rara ha dicho», pensó Kit.

—Así que no es con los hechizos con lo que necesitamos ayuda —continuó Ty—. Necesitamos tu ayuda para reunir los componentes. Algunos son fáciles, pero los cazadores de sombras no somos bienvenidos en el Mercado de Sombras, por lo que si pudieras ir tú, te daría dinero, o también tenemos un montón de armas valiosas en el Instituto...

Kit se sintió satisfecho.

—Yo mismo pensé una vez en venderlas.

Sombra alzó una mano enguantada.

—No —replicó—. Te ayudaré, muy bien, pero no será rápido ni fácil.

—Bien —dijo Ty. Pero Kit desconfió al instante.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué vas a ayudarnos? No estás de acuerdo con...

—No, es cierto —contestó Sombra—. Pero si no soy yo, será otro, algún brujo con menos escrúpulos. Al menos, yo puedo asegurarme de que lo hagáis de la forma más limpia posible. Puedo enseñarte a hacer el hechizo adecuadamente. Puedo conseguirte un catalizador, una fuente de energía limpia que no corrompa lo que haces.

—Pero no vas a ir al Mercado de Sombras, ¿verdad?

—El hechizo solo funciona si el que lo hace consigue los componentes por sí mismo —explicó Sombra—. Y vosotros seréis los que haréis el hechizo, aunque me necesitéis para guiaros. Por lo tanto, lo que haya entre vosotros dos y la gente del Mercado de Sombras..., y yo ya he visto algo, así que sé que es personal..., solucionadlo. —Su voz era áspera—. Sois muy listos, buscad la manera. Cuando tengáis lo necesario, volved a verme... Me

quedaré en esta cueva mientras estemos metidos en este proyecto de locos. Pero enviadme una nota si vais a venir. Me gusta conservar mi intimidad.

El rostro de Ty estaba brillante de alivio, y Kit supo lo que estaba pensando: habían completado con éxito el paso uno, ya estaban un poco más cerca de recuperar a Livvy. Sombra los miró y meneó la cabeza; su cabello blanco destellaba bajo la luz de las velas.

—Evidentemente, si cambiáis de opinión y nunca vuelvo a saber de vosotros, sería muchísimo mejor —añadió—. Pensad en esto, chavales. Ciertas luces nunca fueron hechas para brillar mucho tiempo.

Cerró los dedos enguantados sobre la mecha de la vela más grande y la apagó. Un hilillo de humo blanco se alzó hacia el techo. Kit miró de nuevo a Ty, pero este no había reaccionado; quizá ni siquiera hubiera oído a Sombra. Sonreía para sí. No la deslumbrante sonrisa que Kit había añorado en la playa, sino una privada y silenciosa.

«Si seguimos adelante, tendré que apechugar yo solo —pensó Kit—. Cualquier culpa, cualquier escrúpulo, solo es mío».

Apartó la mirada del brujo antes de que este pudiera ver la duda en sus ojos.

«Ciertas luces nunca fueron hechas para brillar mucho tiempo».

* * *

—No puedo creer que los centuriones dejaran toda esta mierda —dijo Helen.

Durante años, Helen le había prometido a Aline que harían un recorrido por todo el Instituto y le mostraría sus lugares favoritos de la infancia.

Pero Helen solo tenía una parte de la cabeza en el paseo que estaba dando con Aline.

Otra parte pensaba en la destrucción que los centuriones habían causado en el interior del Instituto: toallas por todas partes, manchas en las mesas y comida pudriéndose en el frigorífico de la cocina. Una tercera parte pensaba en el mensaje que había enviado a su tía Nene en la corte seelie por medio de un hada, a la que había pagado. Pero la mayor parte de sus pensamientos eran para su familia.

—Esos capullos no son realmente lo que te preocupa —dijo Aline. Se hallaban en un mirador a cierta distancia del Instituto. Desde allí podían ver el desierto, cubierto de flores salvajes y matorral verde, y también el océano, azul y reluciente. En la isla de Wrangel también veían un océano, frío, helado y hermoso, pero en absoluto acogedor. El que contemplaban ahora era el

océano de la infancia de Helen; el mar de los largos días jugando entre las olas con sus hermanos y hermanas—. Puedes contarme lo que sea, Helen.

—Me odian —dijo Helen con un hilillo de voz.

—¿Quién te odia? —quiso saber Aline—. Los mato.

—Mis hermanos y hermanas —contestó Helen—. Pero, por favor, no los mates.

Aline la miró perpleja.

—¿Qué quieres decir con que te odian?

—Para Ty es como si yo no existiera —explicó Helen—. Dru me contesta de malos modos. Tavvy me desprecia por no ser Julian. Y Mark... bueno, Mark no me odia, pero parece tener la cabeza muy lejos de aquí. No consigo que se implique en esto.

Aline se cruzó de brazos y miró el océano, pensativa. Eso era algo que Helen adoraba de su esposa. Si ella decía que pasaba algo, Aline lo analizaba desde todos los ángulos; nunca le quitaba importancia.

—Le dije a Julian que les contara a los niños que era feliz en Wrangel —explicó Helen—. No quería preocuparlos. Pero ahora... creo que piensan que he pasado todos estos años sin que me importara estar separada de ellos. No saben lo mucho que los he echado de menos. No saben lo mal que me sentía por que Julian tuviera que cargar con toda la responsabilidad, durante todos estos años. No sabía lo que estaba haciendo.

—La cosa es —dijo Aline— que no solo te ven reemplazando a Julian como la persona que los cuida. También has entrado en sus vidas justo cuando Livvy la ha dejado.

—Pero ¡yo también quería a Livvy! También la echo de menos...

—Lo sé —repuso Aline con ternura—. Pero son solo niños. Están sufriendo y se rebotan. No saben que están furiosos por eso. Solo se sienten así.

—No puedo hacerlo. —Helen trató de mantener la voz firme, pero casi no pudo. Esperaba que esa dificultad quedara encubierta por el ruido de las olas que rompían más abajo, pero Aline la conocía demasiado bien. Notaba cuándo Helen estaba mal, incluso si esta se esforzaba en no mostrarlo—. Es demasiado difícil.

—Cariño. —Aline se acercó y la envolvió entre sus brazos, rozándole los labios con los suyos—. Sí que puedes. Puedes hacer lo que sea.

Helen se relajó en el abrazo de su esposa. La primera vez que había visto a Aline pensó que era más alta que ella, pero más tarde se dio cuenta de que era la manera en que Aline se movía, recta como una flecha. La Cónsul, su

madre, también era así, y con el mismo orgullo; no es que ninguna de ellas fuera arrogante, pero esa palabra quedaba algo más cerca de lo que Helen suponía que era una simple seguridad en sí mismas. Recordó la primera nota de amor que Aline le había escrito: «El mundo ha cambiado porque tú estás hecha de marfil y oro. La curva de tus labios reescribe la historia». Tiempo después, descubrió que, en realidad, era una cita de Oscar Wilde, y le dijo a Aline con una sonrisa: «Tienes mucho morro». Aline la había mirado directamente. «Es cierto, lo tengo».

Lo tenían las dos, siempre, y les había servido de mucho. Pero esa no era una situación en la que el «morro» sirviera más que la paciencia. Helen había esperado que sus hermanos pequeños la quisieran; en cierto modo, había sido como una necesidad. Pero se daba cuenta de que primero tendría que mostrarles ella su amor.

—En cierto sentido, su rabia es buena —dijo Aline—. Significa que saben que siempre los querrás, pase lo que pase. Al final, dejarán de ponerte a prueba.

—¿Y hay algún modo de acelerar ese «al final»?

—¿Serviría de algo cambiarlo por «un día»?

Helen contuvo una carcajada.

—No.

Aline le acarició el hombro.

—Merecía la pena intentarlo.

* * *

Cuando Emma y Julian regresaron a su casa, había más de una docena de guardias apostados. Hacía buen día, y el sol destellaba en las espadas colgadas a la espalda y en el agua del canal.

Al subir la escalera de entrada, vieron a Dane Larksphear, apoyado contra un lado de la puerta, con su cara de lebrél pálida bajo la mata de pelo negro. Sonrió a Emma, mientras Julian, sin prestarle atención, sacaba su estela.

—Me alegro de verte.

—No puedo decir lo mismo —replicó Emma—. ¿Dónde está tu melliza malvada? Y quiero decir literalmente, porque es tu melliza y es malvada.

—Sí, ya lo he pillado —repuso Dane, poniendo los ojos en blanco—. Samantha está en el Escolamántico. Y tienes visita.

Emma se tensó.

—¿En la casa? ¿No están ahí los guardias para que no entre nadie?

Dane rio.

—¿Cómo puedes pensar eso? Estamos aquí para que no salgáis vosotros. Julian dibujó una runa de apertura en la puerta y miró torvamente a Dane.

—¿Quince contra dos?

La sonrisita sarcástica de Dane se hizo más amplia.

—Solo enseñándoos quién manda aquí —respondió—. Controlamos el juego. Y eso hace que no me sienta nada mal.

—No lo dudo de ti —replicó Julian, y entró en la casa.

—Solo por si esta situación no me parecía ya lo suficientemente mierda —masculló Emma, y siguió a Julian. Estaba inquieta; no le había gustado el modo en que Dane había dicho «visita». Cerró la puerta principal lentamente y llevó la mano al mango de la daga de su cinturón de armas.

Oyó que Julian la llamaba.

—En la cocina, Emma —dijo—. No pasa nada.

Por lo general, confiaba en Julian más que en sí misma. Pero las cosas habían cambiado. Fue hacia la cocina no muy convencida, y solo apartó la mano de la daga cuando vio a Isabelle sentada encima de la mesa, con las piernas cruzadas. Llevaba un abrigo corto de terciopelo y una larga falda de tul. El brillante destello de las joyas de plata partía de sus muñecas y tobillos.

Simon estaba sentado en una de las sillas de la cocina, con los codos en la mesa y las gafas de sol subidas en la cabeza.

—Espero que no os importe —dijo—. Los guardias nos han dejado entrar.

—En absoluto —contestó Julian, y se apoyó sobre una de las encimeras—. Solo me sorprende que lo hayan permitido.

—Persuasión amistosa —replicó Isabelle, y esbozó una sonrisa de blancura deslumbrante—. La Cohorte no tiene todo el poder. Aún conocemos a mucha gente en puestos importantes.

—¿Dónde estabais? —preguntó Simon—. Los guardias no han querido decirnos nada.

—El Inquisidor quería hablarnos —contestó Emma.

Simon frunció el ceño.

—¿Dearborn? ¿Quieres decir que quería interrogaros?

—No exactamente. —Emma se sacó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla—. Quería que le hiciéramos un favor. Pero ¿qué estáis haciendo aquí?

Isabelle y Simon intercambiaron una mirada.

—Tenemos malas noticias —contestó Simon.

Emma les clavó la mirada a ambos. Izzy parecía cansada; Simon, tenso, pero eso no era raro. Solo podía imaginarse cuál debía de ser su aspecto.

—Mis hermanos y hermanas... —comenzó Julian con voz ahogada, y Emma lo miró; recordó lo que había dicho sobre escalar la pira detrás de Ty: «Fue un impulso atávico, la necesidad de protegerlo, pero no un pensamiento consciente».

—No es eso —se apresuró a decir Simon—. Jace y Clary no han vuelto cuando debían.

Sin decir nada, Emma se dejó caer en la silla frente a Simon.

—Eso es interesante —dijo Julian—. ¿Qué creéis que puede haber pasado?

Simon lo miró con extrañeza. Isabelle le dio un golpecito con la rodilla, y a través de su sorpresa y su preocupación, Emma la oyó murmurar algo sobre que la hermana de Julian acababa de morir y que él debía de seguir conmocionado.

—Quizá lleguen tarde debido a que el tiempo es diferente en Feéra —aventuró Emma—. ¿O llevaban uno de los medallones?

—El tiempo mágico de Feéra no los afecta, debido a su sangre de ángel —repuso Isabelle—. Por eso la Clave decidió enviarlos a ellos. Sus runas funcionan incluso en los lugares apestados. —Enarcó las cejas—. ¿Qué medallones?

—Oh. —Emma y Julian intercambiaron una mirada—. La Clave tiene unos medallones que evitan la pérdida de la noción del tiempo en Feéra. Dearborn nos ha dado uno.

Isabelle y Simon intercambiaron una mirada anonadada.

—¿Qué? ¿Por qué os iba a dar...?

—El favor que nos ha pedido Dearborn —contestó Julian— tiene que ver con ir a Feéra.

Simon se incorporó en el asiento. Su rostro había adquirido una seriedad que le recordó a Emma que no era solo el amable prometido de Isabelle. Era un héroe por derecho propio. Se había enfrentado al mismísimo ángel Raziel. Pocos, aparte de Clary, podía decir eso.

—¿Qué?

—Me explicaré —dijo Julian, y lo hizo, con una seca economía de palabras carente de emoción. Sin embargo, cuando hubo acabado, Isabelle y Simon estaban furiosos.

—¡Cómo se atreve! —exclamó Simon—. ¿Cómo puede pensar...?

—Pero ahora es el Inquisidor. Y debe de saber que Clary y Jace no han regresado —lo interrumpió Isabelle—. La Clave sabe que es peligroso, sobre todo ahora. ¿Por qué os envía a vosotros?

—Porque Annabel fue a Feéra cuando se escapó, y él opina que Annabel es nuestro problema —contestó Emma.

—Pero eso es ridículo; sois unos niños —replicó Simon.

Isabelle le dio una suave patada.

—Nosotros hicimos muchas cosas cuando éramos niños.

—Porque tuvimos que hacerlas —replicó Simon—. Porque no teníamos elección. —Miró a Emma y a Julian—. Podemos sacaros de aquí. Esconderos.

—No —repuso Julian.

—Quiere decir que tampoco tenemos elección —explicó Emma—. Hay demasiadas probabilidades de que el *Libro Negro de los Muertos* se emplee para algo terrible, ya sea por Annabel o por el rey noseelie. No sabemos el daño que podrían hacer, y nosotros somos los que tenemos más posibilidades de encontrar el libro. Nadie más ha tratado con Annabel desde hace siglos; de un modo extraño, Julian es quien la conoce mejor.

—Y podremos buscar a Jace y Clary. Seguro que Horace no envía a nadie a buscarlos —añadió Julian.

Isabelle parecía puro acero.

—¿Porque es un capullo, quieres decir?

—Porque no le gusta el apoyo que tienen, o la manera en que la gente los admira, y también a Alec y a vosotros —explicó Julian—. Cuanto más tiempo estén fuera, mejor para él. Quiere consolidar su poder; no necesita el regreso de los héroes. Estoy seguro de que Jia intentará ayudar, pero no se lo va a poner fácil. Siempre puede ir poniendo trabas para retrasar lo que quiera hacer Jia.

Julian estaba muy pálido, y sus ojos eran igual que el vidrio azul marino de su brazalete. Emma pensó que su *parabatai* quizá no sintiera nada, pero aún entendía los sentimientos de los demás, incluso demasiado bien. Había dado una razón contra la que Simon e Isabelle no tenían nada que decir: la seguridad de Clary y Jace.

Aun así, Simon lo intentó.

—Nosotros podremos pensar en algo —dijo—. Algún modo de encontrarlos. La oferta de esconderos sigue en pie.

—Si desaparezco, se lo harán pagar a mi familia —repuso Julian—. Esta es una nueva Clave.

—O quizá solo la de siempre, que estaba escondida bajo la antigua —dijo Emma—. ¿Podéis jurarnos que no le diréis a nadie, ni siquiera a Jia, que vamos a Feéra?

«Nadie puede saberlo. Si Jia se enfrenta a Horace, este le explicará nuestro secreto».

Simon e Isabelle estaban preocupados, pero ambos lo prometieron.

—¿Cuándo quieren que os marchéis? —preguntó Isabelle.

—Pronto —contestó Julian—. Solo hemos vuelto para coger nuestras cosas.

Simon masculló una palabrota. Isabelle meneó la cabeza, luego se inclinó y se desabrochó una cadena que llevaba en el fino tobillo. Se la pasó a Emma.

—Es hierro bendecido. Veneno para las hadas. Póntelo y podrás lanzar unas patadas de muerte.

—Gracias. —Emma cogió la cadena y se la enrolló con dos vueltas a la muñeca.

—¿Tengo algo de hierro? —Simon miró alrededor, frenético; luego metió la mano en el bolsillo y sacó una figurita en miniatura de un arquero—. Es mi personaje de *Dragones y Mazmorras*, lord Montgomery...

—Oh, Dios mío —exclamó Isabelle.

—La mayoría de las figuritas son de alpaca, pero esta es de hierro. La conseguí en Kickstarter. —Simon se la tendió a Julian—. Llévatela. Puede que te ayude.

—No he entendido la mitad de lo que has dicho, pero gracias —repuso Julian, y se metió el juguete en el bolsillo.

Se hizo un silencio incómodo. Isabelle lo rompió, mirando alternativamente a Julian y a Emma.

—Gracias —dijo—. A los dos. Vais a hacer algo para lo que se necesita un valor increíble. —Respiró hondo—. Cuando encontréis a Jace y Clary, y sé que los encontraréis, explicadle lo de Robert a Jace. Tiene derecho a saber lo que le ha pasado a su familia.

7

Flores de piedra

Era una clara noche californiana, con una cálida brisa soplando desde el desierto y la luna brillante y muy alta en el cielo, cuando Cristina salió por la puerta trasera del Instituto y dudó un instante en el primer escalón.

Había sido una tarde rara; Helen y Aline habían preparado espaguetis y habían dejado la olla sobre la cocina para que quien quisiera pudiera pasar y servirse. Cristina había comido con Kit y Ty, que estaba distante y con los ojos brillantes, perdido en su propio mundo; en cierto momento, Dru había entrado con platos y los había dejado en el fregadero.

—He comido con Tavvy en su habitación —explicó, y Cristina, sintiéndose completamente fuera de onda, tartamudeó algo sobre que se alegraba de que hubieran comido.

Mark no había aparecido.

Cristina esperó hasta medianoche antes de ponerse un vestido y una chaqueta vaquera para ir a ver a Mark. Le resultaba raro volver a usar su propia ropa, su dormitorio con su «árbol de la vida», sus propias sábanas y mantas. No era como volver a casa, pero sí bastante parecido.

Se detuvo en lo alto de la escalera. En la distancia, las olas ondeaban y rompían. Había estado allí una vez antes, observando a Kieran y a Mark besándose, Kieran abrazando a Mark como si fuera para él lo único en el mundo.

Era como si eso hubiera pasado hacía mucho, mucho tiempo.

Bajó la escalera. El viento se le metía por debajo del dobladillo del vestido amarillo pálido y le hinchaba la falda como una flor. El «aparcamiento» era, en realidad, un largo rectángulo de arena rastrillada donde el coche del Instituto pasaba el tiempo; al menos, parecía que los centuriones no lo habían incendiado ni nada por el estilo. Cerca del aparcamiento había estatuas de filósofos y dramaturgos griegos y romanos, pálidas bajo la luz de las estrellas, colocadas ahí por Arthur Blackthorn.

Estaba totalmente fuera de lugar en el espeso chaparral de las colinas de Malibú.

—Señora de las Rosas —dijo una voz a su espalda.

«¡Kieran!», pensó y se volvió.

Naturalmente, no era Kieran, sino Mark; pelo rubio alborotado, vaqueros y una camisa de franela, que llevaba mal abotonada. Mark de pies a cabeza. Eso hizo sonrojar a Cristina, en parte por su cercanía y en parte porque, por un momento, había creído que era otra persona.

Pero Kieran era el único que la llamaba Señora de las Rosas.

—No soporto todo este hierro —dijo Mark, y sonaba más cansado de lo que Cristina había oído jamás a nadie—. No puedo soportar esos espacios cerrados. Y te he añorado mucho. ¿Vendrías al desierto conmigo?

Cristina recordó la última vez que habían estado en el desierto y lo que él le había dicho. Le había tocado el rostro. «¿Te estoy imaginando? Estaba pensando en ti, y de repente, aquí estás».

Las hadas no podían mentir, pero Mark sí, y sin embargo era su dolorosa honestidad lo que le llegaba a Cristina al corazón.

—Claro que sí —contestó.

Mark sonrió y su rostro se iluminó. Cruzaron el aparcamiento, siguiendo un sendero casi invisible entre los enmarañados matorrales y las piedras cubiertas de helechos.

—Cuando era pequeño, venía a pasear por aquí todo el tiempo —explicó él—. Antes de la Guerra Oscura. Venía aquí para pensar en mis problemas. Rumiarlos, o como lo quieras llamar.

—¿Qué problemas? —bromeó ella—. ¿De tipo romántico?

Él rio.

—La verdad es que en aquella época todavía no había salido con nadie —contestó—. Vanessa Ashdown durante una semana, pero... bueno, no fue muy agradable. Luego me colgué de un chico que estaba en el Cónclave, pero su familia regresó a Idris después de la Guerra Mortal, y ahora ni siquiera recuerdo su nombre.

—Oh, vaya —repuso ella—. ¿Y ahora miras a los chicos en Idris y piensas: «Podría ser él»?

—Ya tendrá veinte años —contestó Mark—. Podría estar casado y con una docena de niños.

—¿A los veinte? —replicó Cristina—. ¡Debería haber tenido trillizos cada año durante cuatro años!

—¡O dos veces sextillizos! —añadió Mark—. Puede pasar.

Ambos reían suavemente, del modo en que lo hacen las personas que simplemente se alegran de estar juntas. «Te he añorado», le había dicho él, y por un momento Cristina se permitió olvidar los últimos días y sentirse feliz de estar con Mark en una noche hermosa. Siempre le habían gustado las perfiladas líneas del desierto: los relucientes matorrales de salvia y espino, las enormes sombras de las montañas en la distancia, el olor de los pinos dulces y del cedro de incienso, la dorada arena que se volvía plateada bajo la luna. Cuando alcanzaron la cumbre plana de una escarpada colina, Cristina pudo ver el océano en la distancia, su temblequeo debido al viento que traía el horizonte en un sueño negro y plata.

—Este es uno de mis lugares favoritos. —Mark se dejó caer sobre la arena y apoyó la cabeza en las manos—. El Instituto y la autopista quedan escondidos y el mundo al completo desaparece. Solo estamos tú, yo y el desierto.

Ella se sentó a su lado. La arena aún estaba caliente por el sol que había absorbido durante el día. Hundió los dedos de los pies en ella, alegrándose de llevar sandalias.

—¿Es aquí donde solías venir a pensar?

Mark no contestó. Parecía haberse quedado absorto en la contemplación de sus manos; tenía pequeñas marcas por todas partes, y callos, como cualquier cazador de sombras; su runa de visión resaltaba en la mano derecha.

—No pasa nada —continuó ella—. No pasa nada porque no puedas soportar el hierro, o los espacios interiores, o las habitaciones cerradas, o la vista del océano o cualquier otra cosa. Tu hermana acaba de morir. Nada de lo que puedas sentir está mal.

El pecho de Mark se sacudió con una respiración agitada.

—¿Y si te dijera... si te dijera que sí, sufro por mi hermana, pero hace ya cinco años decidí que estaba muerta, que toda mi familia estaba muerta, que ya he pasado mi luto por ella? La perdí y la recuperé y la volví a perder. Parece como si tenerla hubiera sido un breve sueño.

—Quizá te sea más fácil pensándolo de esa manera —repuso ella—. Cuando perdí a Jaime..., aunque no es lo mismo, pero cuando desapareció y acabó nuestra amistad, sufrí por su ausencia a pesar de la rabia, y luego comencé a preguntarme, a veces, si quizá había sido un sueño. Nadie hablaba de él, y pensé que a lo mejor nunca había existido. —Encogió las rodillas y las rodeó con los brazos—. Y luego vine aquí, y nadie lo conocía, y aún fue más como si nunca hubiera existido.

Mark la estaba mirando. Bajo la luz de la luna, era plateado y blanco, y tan hermoso que a Cristina se le rompió un poco el corazón.

—Era tu mejor amigo.

—Iba a ser mi *parabatai*.

—Entonces no solo lo perdiste a él —repuso Mark—. También perdiste a esa Cristina, la que tenía un *parabatai*.

—Y tú has perdido a ese Mark. El que era el hermano de Livia.

Mark sonrió irónico.

—Eres muy sabia, Cristina.

Ella se tensó a causa de la sensación que nació en ella al ver su sonrisa.

—No, soy muy estúpida.

Él la miró fijamente.

—Y Diego. También lo perdiste a él.

—Sí —respondió—. Y lo había amado; fue mi primer amor.

—Pero ¿ya no lo amas? —Los ojos se le habían oscurecido; de azul y dorado a un profundo negro.

—No deberías necesitar preguntarlo —susurró ella.

Él extendió la mano en su dirección; Cristina llevaba el pelo suelto, y él le cogió un mechón y se lo enrolló en el dedo, en una caricia terriblemente tierna.

—Tengo que saberlo —dijo—. Necesito saber si puedo besarte y todo estará bien.

Cristina se quedó sin habla; asintió y él le hundió las manos en el cabello, le alzó un puñado de mechones y se los besó.

—Señora de las Rosas —susurró—. Tu cabello como rosas negras. Te deseo.

«Deséame, entonces. Bésame. Todo. Todo, Mark».

Dejó de pensar cuando él se inclinó sobre ella, y Cristina murmuró algo en español contra su boca.

—*Bésame, Mark.*

Se tumbaron sobre la arena, entrelazados; él le pasaba las manos por el cabello. Su boca era cálida sobre la de ella, y luego ardiente, y la suavidad desapareció, reemplazada por una feroz intensidad. Era como una maravillosa caída. Cristina se puso bajo él, su cuerpo amoldándose en la arena, y acarició todo lo que siempre había deseado acariciarle: el pelo, el arco de la espalda, los hombros.

Ya solía estar mucho más «presente» que cuando había vuelto al Instituto, cuando parecía como si el viento fuera a llevárselo volando. Había ganado

peso y musculatura, y Cristina disfrutaba con su solidez, de los largos y elegantes músculos que se le curvaban por los hombros, y de la anchura y el calor de la espalda. Le pasó las manos por debajo de la camisa, donde la piel era suave y ardiente, y él ahogó un grito en su boca.

—*Te adoro* —susurró Mark, y Cristina rio.

—¿Dónde has aprendido eso?

—Lo he mirado —contestó él mientras le acariciaba la nuca y la besaba muy suavemente en la mejilla y el mentón—. Y es verdad. Te adoro, Cristina Mendoza Rosales, hija de las montañas y las rosas.

—Y yo también te adoro —susurró ella—. Aunque tu acento sea terrible, te adoro, Mark Blackthorn, hijo de los espinos. —Le pasó la mano por la cara y sonrió—. Aunque tú no pinchas mucho.

—¿Preferirías que tuviera barba? —bromeó Mark, frotando la mejilla contra la de ella, y ella rio y le susurró que se había abrochado mal la camisa.

—Puedo arreglarlo —repuso él despojándose de la prenda; Cristina oyó como saltaban algunos botones y confió en que esa no fuera una de las camisas favoritas de Mark. Se maravilló de su hermosa piel desnuda, salpicada de cicatrices. Los ojos de Mark se oscurecieron; se le volvieron negros como las profundidades del océano, tanto el azul como el dorado.

—Me encanta la forma en que me miras —dijo.

Ambos habían dejado de reír. Ella le pasó las manos por el pecho, el estómago, hasta el cinturón de los vaqueros. Mark entornó los ojos y llevó las manos a los botones que cerraban el vestido por delante. Ella continuó acariciándolo mientras los desabrochaba, hasta que el vestido cayó y ella se quedó solo en ropa interior.

Cristina había esperado sentirse incómoda. Siempre le había pasado con Diego. Pero Mark la miraba como si estuviera anonadado, como si hubiese acabado de desenvolver un regalo y se hubiera encontrado con lo que más había deseado siempre.

—¿Puedo tocarte? —preguntó, y cuando ella dijo que sí, dejó escapar un suspiro trémulo. Se dejó caer lentamente sobre ella, besándola en la boca. Cristina le rodeó las caderas con las piernas, y sobre la piel desnuda notó el aire del desierto como si fuera una caricia de seda.

Él le dibujó un camino de besos en el cuello; la besó donde el viento le acariciaba la piel, en el vientre y en los pechos, los huesos de la cadera. Cuando se deslizó sobre su cuerpo de nuevo hasta la boca, ella temblaba.

«Quiero tocarlo, tengo que tocarlo», pensó como en una nube; deslizó la mano a lo largo de su cuerpo y bajo la cintura de los pantalones. Mark tragó

aire con fuerza mientras le murmuraba entre besos que no parara. Su cuerpo se movía al ritmo de los movimientos de la mano, apretando las caderas cada vez más contra ella. Hasta que se apartó y se sentó, respirando entrecortadamente.

—Tenemos que parar, o acabar ya —dijo él, y pareció más humano y menos hada de lo que Cristina recordaba haberlo visto nunca.

—Tú me has pedido que no parara —le recordó ella sonriéndole.

—¿De verdad? —Parecía sorprendido—. Quiero que tú también disfrutes, Cristina —dijo—. No sé lo que Diego y tú...

—No lo hicimos —lo interrumpió ella—. Soy virgen.

—¿Lo eres? —Mark parecía totalmente perplejo.

—No estaba preparada —explicó ella—. Ahora, sí.

—Pensaba... Habéis salido durante tanto tiempo...

—No todas las relaciones son por el sexo —replicó ella, y luego se preguntó si afirmar eso mientras estaba tumbada medio desnuda en una colina lo hacía menos convincente—. La gente debe tener sexo si quiere, y yo quiero, contigo.

—Y yo quiero contigo —contestó él, y sus ojos se suavizaron—. Pero ¿tienes la runa?

La runa.

La runa anticonceptiva. Cristina nunca se la había puesto; nunca había pensado que estuviera tan cerca de necesitarla.

—Oh, no —exclamó—. Me he dejado la estela en el Instituto.

—Yo también —afirmó él. Cristina casi soltó una carcajada por la cara de decepción que puso Mark, aunque ella se sentía igual—. Aun así —dijo él, animándose—, hay muchas cosas más que puedo hacer para que te sientas bien. ¿Me permites?

Cristina se tumbó de nuevo en la arena, pensando que iba a morir de rubor.

—De acuerdo.

Él volvió a tenderse entre sus brazos, y se pasaron la noche cogidos y besándose, y la tocó y le mostró que sí sabía cómo hacerla sentir bien, tan bien que ella se estremeció en sus brazos y amortiguó los gritos aplastando la boca contra su hombro. Y ella hizo lo mismo por él, y esta vez no le pidió que parara, sino que arqueó la espalda y gritó su nombre, susurrando luego que la adoraba y que lo hacía sentirse completo.

Decidieron regresar al Instituto cuando el amanecer comenzó a colorear el cielo y los primeros rayos de luz iluminaron la cumbre plana de la colina.

Bajaron cogidos de la mano y solo se soltaron al llegar a la puerta trasera del Instituto. Esta se atascó cuando Mark fue a abrirla, y el muchacho sacó la estela para dibujar una rápida runa de apertura en la madera.

Se abrió y él la sujetó para Cristina, que pasó para entrar en el pasillo. Se sentía increíblemente desaliñada, con arena pegada en medio cuerpo y el pelo revuelto y enredado. Mark no estaba mucho mejor, sobre todo considerando que la mayoría de los botones de su camisa habían saltado.

Él le sonrió, una sonrisa dulce que deshacía el corazón.

—Mañana por la noche...

—Tienes la estela —dijo Cristina.

Mark parpadeó.

—¿Qué?

—Tienes la estela. Me dijiste que no la tenías cuando la necesitaba para dibujarme la runa anticonceptiva. Pero acabas de usarla para abrir la puerta.

Él apartó la mirada, y cualquier esperanza que Cristina hubiera tenido de que simplemente se hubiese olvidado o confundido, desapareció.

—Cristina, yo...

—Es que no sé por qué me has mentado.

Se dio la vuelta y subió la escalera que llevaba a su dormitorio. El cuerpo le había estado zumbando de felicidad; pero en ese momento se sentía pringosa y necesitaba una ducha. Oyó que Mark la llamaba, pero no se volvió.

* * *

Diego dormía, y soñaba inquieto con piscinas de agua azul en las que flotaba una mujer muerta. Solo se molestó un poco al ser despertado por el impacto de una bota voladora.

Se sentó en la cama, e inmediatamente fue a por el hacha que tenía apoyada junto a la cama. Lo siguiente que le cayó encima fue una bola de calcetines, que no hacía daño pero fastidiaba.

—¿Qué? —balbuceó—. ¿Qué pasa?

—Despierta —dijo Divya—. Por el Ángel, roncas como un motor fueraborda. —Le hizo un gesto—. Vístete.

—¿Por qué? —preguntó Diego con un gruñido.

—Se han llevado a Kieran.

—¿Quién se ha llevado a Kieran? —Diego ya estaba en pie, agarrando un jersey y metiendo los pies en los calcetines y las botas.

—La Cohorte —contestó Divya. Parecía como si ella misma acabara de despertarse; su espeso cabello oscuro estaba enredado, y llevaba una chaqueta de combate desabrochada encima del uniforme—. Han entrado en mi habitación y lo han cogido. Intentamos luchar contra ellos, pero eran muchos.

El corazón de Diego se aceleró: Kieran estaba allí bajo su protección. Si le hacían algún daño, Diego habría fallado, y no solo a Cristina sino a sí mismo.

Agarró el hacha.

—Para, Diego —dijo Divya—. No puedes matar a Manuel de un hachazo. Sigue siendo un alumno.

—Muy bien. Cogeré una espada más corta. —Diego volvió a dejar el hacha apoyada en la pared con un fuerte ruido y sacó una daga—. ¿Adónde se han llevado a Kieran?

—Al Lugar de Reflexión, o al menos eso es lo que han dicho —contestó Divya—. Rayan ha salido a buscarlos. Vamos.

Diego se sacudió los restos del sueño de la cabeza y salió presuroso tras Divya. Corrieron por el pasillo llamando a Rayan.

—El Lugar de Reflexión... —dijo Diego—. Por el nombre no parece demasiado malo. ¿Es una sala para meditar o...?

—No. No lo entiendes. Se llama el Lugar de Reflexión porque hay un estanque que refleja, pero no es un estanque con un reflejo normal. Alguna gente lo llama el Lugar Hueco.

Oh. Diego había oído hablar del Lugar Hueco, una habitación secreta donde, se decía, había un estanque lleno de agua hechizada. Mirar en esa agua era mirar dentro de tu propia alma; ver todo el mal que habías hecho, intencionadamente o no.

—Es terrible para cualquiera —añadió Divya—. Y para alguien de la Cacería Salvaje podría ser mortal.

—¿Qué?

Torcieron una esquina y se encontraron con un destello de luz. Era Rayan, en medio del largo pasillo, con una torva expresión. Llevaba una enorme espada colgada a la espalda.

—Acaban de entrar en el Lugar Hueco —informó—. No he podido seguirlos; no he cogido la estela. ¿Vosotros la lleváis?

—Yo sí —contestó Diego, y corrieron por un pasillo corto y descendente hasta una gran puerta doble. Desde el otro lado se oían fuertes risitas.

Diego dibujó una runa de apertura en la puerta. Se abrió con un crujido de óxido. Los tres corrieron hacia dentro.

El Lugar Hueco era un amplio espacio de suelo de granito, sin ningún mueble. Las paredes eran de roca áspera, con puntitos de mica destellando en su superficie. En el centro de la sala había un estanque alicatado, con un agua tan clara y limpia que reflejaba como un espejo. Unas letras de oro decoraban el suelo: «Y Dios abrió el lugar hueco, y el agua manó de él».

—¡Bueno, gracias al Ángel! —soltó Manuel, que estaba apoyado en la pared del fondo en una pose de total desinterés—. Mira quién ha venido para salvarnos.

Zara rio. Estaba rodeada de un grupo de gente de la Cohorte; entre ellos, Diego reconoció a varios alumnos del Escolamántico y a sus familias. Mallory Brigestock y Milo Coldridge. Anush Joshi, el primo de Divya. También había varios centuriones: Timothy Rockford, Samantha Larksphear y Jessica Beausejourns, que se estaba riendo mientras Anush arrastraba a Kieran hacia el estanque. Kieran se resistía y se sacudía bajo sus manos; tenía sangre en la cara y la camisa.

—Es un castigo adecuado para el principito, ¿no te parece? —dijo Zara—. Si miras o nadas en el agua del estanque, notas el dolor que has infligido a otros. Así que si es inocente, no debería pasarle nada.

—Nadie es tan inocente —replicó Rayan—. El estanque debe usarse muy rara vez, y solo para permitir a los alumnos buscar la verdad en su interior. No como un elemento de tortura.

—¡Qué idea más interesante, Rayan! —exclamó Manuel—. Gracias por compartirla. Pero no veo a Gladstone entrando aquí para detenernos, ¿lo ves tú? ¿Es posible que no quieras meterte en líos por ocultar a un hada fugitiva?

—Creo que lo que es interesante es lo mucho que sabes de Kieran —contestó Divya—. ¿Es posible que supieras que estaba escondido aquí y no hayas querido informar para poder torturarlo y matarlo tú mismo?

Tenía razón, pensó Diego, pero nada de eso ayudaba a Kieran, que estaba ahogándose en su propia sangre.

«Juré que lo protegería». Diego buscó su hacha, pero recordó que no la llevaba. Vio a Zara entornar los ojos; Divya había sacado la espada de Rayan de la vaina y apuntaba a la Cohorte.

—¡Ya basta! —ordenó—. Parad todos. Y estoy especialmente avergonzada de ti, Anush —añadió, lanzando una dura mirada a su primo—. Sabes lo que es que te traten injustamente. Cuando se entere tu madre...

Anush soltó a Kieran con un empujón. Este cayó al borde del estanque con un gemido de dolor.

«Apártate del agua», pensó Diego, pero Kieran estaba atado; se quedó de rodillas, deslumbrado y casi sin poder respirar.

—Solo nos estábamos divirtiendo un rato —protestó Anush.

—¿Qué vas a hacer Divya, atacarnos? —preguntó Samantha—. ¿Solo por divertirnos un poco?

—Está sangrando —replicó Diego—. Eso es más que «divertirnos un poco». ¿Y qué pasará si lo matas? ¿De verdad quieres cargar con las consecuencias? Es el hijo del rey noseelie.

Hubo un murmullo de descontento entre la Cohorte. Era evidente que no habían pensado en eso.

—Vale, vale —soltó Zara—. Sois unos aguafiestas. Pero sabía que estaba aquí, escondido en tu habitación —le dijo a Diego—. Vi una bellota hueca en el suelo. Así que la culpa es tuya. Si no lo hubieras traído aquí, nada de esto habría pasado.

—Déjalo ya, Zara —dijo Divya, aún con la espada en alto—. Diego, ve a por Kieran.

Diego se disponía a hacerlo justo cuando Manuel habló:

—¿Y por qué no miras al agua tú, Rocío Rosales? —preguntó sarcástico—. Si crees que tu alma es tan pura, no debería hacerte ningún daño.

—*Cállate la pinche boca* —le espetó Diego, casi ya al lado de Kieran.

El príncipe hada estaba tosiendo y tenía sangre en los labios. Comenzaba a ponerse en pie cuando Manuel se deslizó a la velocidad de una serpiente, le dio una patada en la espalda y lo lanzó al agua.

Diego fue a por él y consiguió cogerlo por la camisa, pero no antes de que Kieran hundiera la cara en el agua. Diego lo sacó, tosiendo y jadeando, y trató de levantarlo; Kieran se tambaleó y Rayan lo aguantó.

—Salid de aquí —dijo Samantha corriendo hacia ellos—. Cuando el Inquisidor se entere de esto...

—¡Samantha! —gritó Jessica alarmada, pero era demasiado tarde: Samantha resbaló en el agua que había en el borde del estanque y cayó dentro con un grito.

—¡Por el Ángel! —Divya bajó la espada—. ¿Está...?

Samantha salió a la superficie gritando. Fue un grito terrible, como si estuviera muriendo o viendo morir a alguien a quien amara. Era un grito de horror, repulsión y tormento.

Los miembros de la Cohorte se quedaron parados; solo unos pocos fueron hacia Samantha. Unas manos entraron en el agua, la agarraron por los brazos y la sacaron.

Las manos de Kieran.

Aún tosiendo sangre, dejó a Samantha fuera del estanque. Esta se hizo un ovillo, escupiendo agua entre arcadas, mientras Zara se interponía entre Samantha y el príncipe hada.

—Apártate de ella —le gruñó a Kieran.

Este se volvió cojeando hacia Diego, que lo sujetó antes de que se desmayara. La Cohorte estaba ocupada con Samantha; no había tiempo que perder. Mientras se marchaban de allí, con Kieran apoyado en Diego y Rayan, y Divya siguiéndolos con la espada en la mano, Diego habría jurado oír reír a Manuel.

* * *

—De acuerdo —dijo Julian—. Veamos qué tenemos.

Se hallaban en lo que Emma solo podía describir como un claro. Los claros eran algo con lo que no tenía mucha experiencia; no había muchos en Los Ángeles. Pero sin duda, ese era uno: abierto, cubierto de hierba, rodeado de árboles, bañado por el sol y con el suave zumbido de lo que podrían ser insectos o pixies.

En Feéra nunca se podía dar nada por seguro.

Aún estaba algo mareada del viaje por la puerta feérica, oculta en lo profundo del bosque de Brocelind. Ni se imaginaba cómo Horace podía saber de su existencia. Quizá fuera una información que se proporcionaba a todos los oficiales con cargo de la Clave. Horace se había mostrado impaciente, casi empujándolos por la puerta sin ceremonias, pero no tanto como para olvidarse de darle a Emma el colgante y a ambos dos mochilas con armas, equipo y comida.

Lo último que les dijo fue: «Recordad, vais hacia la corte noseelie. Seguid el mapa».

«Un mapa no funciona en Feéra», pensó Emma, pero Horace los había empujado hacia la puerta de ramas retorcidas, y un momento después Emma caía de rodillas sobre un suelo recubierto de hierba verde y el olor del aire de Feéra le llenaba la nariz y la boca.

Se puso en pie y tocó el colgante. No tenía un ángel grabado, como el de Cristina; de hecho, parecía como si tiempo atrás hubiera llevado el escudo de alguna familia de cazadores de sombras, pero lo habían borrado con una lima. Por lo demás, se parecía mucho al colgante Rosales. Era un peso reconfortante en el cuello.

—La Clave nos ha preparado bocadillos —dijo Julian, buscando en la mochila—. Supongo que para hoy, porque no aguantarán. Hay queso, pan, carne seca y fruta. Y varias botellas de agua.

Emma se acercó a él para ver qué estaba colocando sobre la hierba. Julian había sacado dos mantas grises, una serie de armas, aunque también llevaban armas en el cinturón, y ropa doblada. Cuando Julian la desdobló, resultó ser de un suave lino de tono tierra, que se cerraba con cintas y lazos, nada de cremalleras o botones.

—Ropa de hada —dijo Emma.

—Es una buena idea —repuso Julian. Ambos conjuntos consistían en una camisa larga, pantalones atados con una cinta por delante, y chalecos hechos de dura piel—. Deberíamos cambiarnos. Cuanto más tiempo estemos vestidos de cazadores de sombras, más nos convertimos en una diana.

Emma cogió el conjunto más pequeño y fue a un grupo de árboles para cambiarse. Deseó haber podido pedir a Julian que fuera con ella, sobre todo porque estaba saltando sobre un pie para ponerse los pantalones con una mano mientras sujetaba el cinturón de armas con la otra. Pocas veces se había sentido más vulnerable a un ataque, pero aunque Julian ya la había visto totalmente desnuda, en las circunstancias actuales la haría sentirse incómoda. No estaba segura de cómo ese nuevo Julian, el que no tenía sentimientos, reaccionaría, y tampoco estaba segura de querer averiguarlo.

Al menos, la ropa de hada era muy cómoda, suave y suelta. Cuando salió de entre los árboles, por un momento se quedó parpadeando bajo la luz del sol, mirando a Julian.

Lo vio mientras se volvía hacia ella; sujetaba lo que parecía un trozo de pergamino viejo y fruncía el ceño. Se había puesto los pantalones de hada, pero estaba desnudo de cintura para arriba.

Emma notó que se le tensaba el estómago. Había visto muchísimas veces a Julian sin camisa en la playa, pero, de algún modo, esto era diferente. Quizá fuera porque ahora sabía cómo era pasarle las manos por los hombros, de un dorado pálido bajo el sol. Estaba suavemente musculado por todas partes, y las formas del abdomen se veían claramente perfiladas. Ella había besado toda esa piel mientras él le hundía las manos en el cabello, susurrando su nombre, con la voz más dulce. Sin embargo, en ese momento lo miraba como un paseante curioso.

No podía parar de mirarlo. Había algo en ello, algo ilícito y enervante, como si Julian fuera un desconocido peligroso. Lo recorrió con la mirada: el cabello, suave, oscuro y denso, rizándosele en la nuca; las runas que le

dibujaban curvas y espirales sobre el pecho y los bíceps. Su runa de *parabatai* parecía brillar bajo el sol. Alrededor de la muñeca seguía el mismo jirón de tela marrón rojizo.

Él alzó la mirada en ese momento y la vio. Bajó el pergamino que sujetaba, en un ángulo que ocultara lo que llevaba en la muñeca.

—Ven aquí —la llamó—, y mira este mapa. —Y se dio la vuelta buscando la camisa. Cuando ella llegó a su lado, él ya se la había puesto y el jirón de tela quedaba tapado por la manga.

Le pasó el mapa y Emma olvidó todo lo demás. Se lo quedó mirando mientras Julian se arrodillaba y sacaba la comida de una de las mochilas.

El pergamino mostraba un dibujo de Feéra: las montañas Thorn, varios lagos y torrentes, y las cortes seelie y noseelie. También mostraba un brillante punto rojo que parecía temblar suavemente, como si no acabara de ser una parte del pergamino.

—Ese punto somos nosotros —explicó Julian mientras sacaba los bocadillos—. Ya lo he entendido: muestra dónde nos hallamos en relación con las cortes. Ningún mapa de verdad serviría aquí. El paisaje de Feéra cambia constantemente, y la corte noseelie se mueve con él. Pero como esto muestra dónde estamos nosotros y dónde está la corte noseelie, mientras sigamos caminando hacia ella deberíamos ir bien.

Emma se sentó en la hierba frente a él y cogió un bocadillo. Ambos eran de queso, lechuga y tomate; no era su favorito, pero no le importó, porque tenía hambre suficiente para comerse casi cualquier cosa.

—¿Y qué hay de Jace y Clary? Les dijimos a Simon y a Isabelle que los buscaríamos.

—Solo tenemos cuatro días —repuso Julian—. Primero tenemos que encontrar el *Libro Negro*, u Horace nos arruinará la vida.

«Y las de los niños. Y la de Helen y Aline. E incluso la de Cristina, porque ella sabía nuestro secreto y no lo contó».

Emma sabía que todo eso era cierto, y que Julian estaba siendo práctico. Aun así, le habría gustado que pareciera lamentar un poco más que todavía no pudieran buscar a sus amigos.

—Pero ¿podremos buscarlos cuando encontremos el libro? —preguntó Emma.

—Si aún nos queda tiempo en el reloj de Horace —contestó Julian—, no veo por qué no.

—Cuatro días no es mucho tiempo —repuso Emma—. ¿Crees que este plan puede funcionar? ¿O que Horace solo está tratando de que nos maten?

—Sería una manera muy elaborada de matarnos —contestó Julian. Mordió su bocadillo y miró meditativo en la distancia—. Quiere el *Libro Negro*. Ya lo has oído. No le importa cómo lo consiga, y seguramente tendremos que tener mucho cuidado. Pero mientras esté en nuestras manos... —Señaló en el mapa—. Mira, el Cruce de Bram.

Que su punto de extracción existiera en realidad hizo que Emma se sintiera ligeramente mejor.

—Me gustaría saber qué va a hacer con el *Libro Negro* —masculló Emma.

—Seguramente nada. Lo quiere para que no lo tengan las hadas. Será una victoria política para él. La Cónsul no lo pudo conseguir, pero él lo intentará, y así poderlo mostrar en la siguiente reunión del consejo y vanagloriarse.

—Seguramente dirá que lo encontró Zara —dijo Emma, y luego se detuvo, mirando a Julian—. Estás comiendo lechuga.

—¿Sí? —Se estaba apoyando sobre el mapa y lo mantenía plano con los dedos.

—No te gusta la lechuga. —Pensó en todas las veces que había comido lechuga delante de los niños para dar ejemplo y luego se le había quejado de que sabía a papel—. Nunca te ha gustado.

—¿De verdad? —Parecía confuso. Se puso en pie y comenzó a recoger sus cosas—. Deberíamos seguir. Esta vez viajaremos de día. Por la noche hay demasiadas cosas raras en Feéra.

«Es solo lechuga —se dijo Emma—. No es tan importante».

Aun así, se encontró mordién dose el labio cuando se agachó a coger su mochila. Julian se estaba colgando la ballesta de la espalda; llevaba la mochila en el otro hombro.

Del bosque llegó un crujido, como el que haría una rama al quebrarse. Emma viró en redondo, con la mano en la cadera, buscando el mango del cuchillo.

—¿Lo has oído?

Julian tensó la cuerda de la ballesta. Se quedaron así durante un rato, alerta, pero no hubo ningún otro sonido y no apareció nada a la vista. Emma deseó con todas sus fuerzas una runa de visión o audición.

—Puede que no haya sido nada —dijo Julian finalmente, y aunque Emma sabía que no estaba tratando de tranquilizarla, que solo intentaba que iniciaran el camino, seguía siendo algo como lo que el Julian que ella conocía habría dicho.

En silencio, se alejaron del claro, que un momento antes había estado iluminado por el sol y que ahora les parecía inquietante y cargado de sombras.

8

Cenadores largo tiempo olvidados

Diana corrió hacia la casa del canal de la calle Princewater, con el fresco viento echándole hacia atrás el pelo. Se sentía cargada de adrenalina, tensa ante la idea de contarles su historia a Emma y Jules. La había conservado tan aferrada a sí durante tantos años que contársela a Gwyn había sido como quebrarse las costillas para mostrarle su corazón.

Esperaba que la segunda vez fuera más fácil. Emma y Jules la querían, se dijo. Sin duda...

Se detuvo de golpe, y los tacones de las botas resonaron sobre los adoquines. La bonita casa azul del canal se alzaba ante ella, pero estaba rodeada por un anillo de guardias del Consejo. Y de hecho, no solo por los guardias del Consejo. Bastantes eran jóvenes centuriones. Todos armados con un bastón de roble.

Miró alrededor. Unos cuantos cazadores de sombras pasaban apresuradamente y ninguno miraba la casa. Se preguntó cuántos sabrían que Jules y Emma seguían en Alacante; pero claro, el Inquisidor había planeado dar ejemplo con su testimonio. Al final, tendrían que saberlo.

En lo alto de la escalera se hallaba Amelia Overbeck, que había estado riendo con Zara durante el funeral. El enfado aceleró el paso de Diana; pasó el primer anillo de guardias y subió la escalera.

Amelia, que estaba apoyada en la puerta hablando con una chica de larga melena pelirroja, se volvió hacia Diana con una sonrisita.

—Señorita Wrayburn —dijo—. ¿Quieres algo?

—Me gustaría ver a Julian Blackthorn y a Emma Carstairs —contestó Diana, con una voz lo más neutra posible.

—Vaya —repuso Amelia, disfrutando—. Creo que no va a ser posible.

—Amelia, tengo todo el derecho —replicó Diana—. Déjame pasar.

Amelia movió la mirada hacia la pelirroja.

—Esta es Diana Wrayburn, Vanessa —dijo—. Se cree muy importante.

—¿Vanessa Ashdown? —Diana la miró fijamente; la prima de Cameron se había marchado a la Academia como una adolescente larguirucha y ahora estaba casi irreconocible—. Conozco a tu primo Cameron.

Vanessa puso los ojos en blanco.

—Es un muermo. El perrito vapuleado de Emma. Y no, no creo que puedas entrar en la casa haciéndote la simpática conmigo. No me gustan los Blackthorn o nadie que vaya de colega de ellos.

—Espléndidas noticias, ya que se supone que lo tienes que proteger —repuso Diana. La adrenalina alimentaba su furia—. Mira, voy a abrir esa puerta. Si quieres intentar detenerme...

—¡Diana!

Diana se volvió, apartándose el cabello de la cara. Jia se hallaba al otro lado del anillo de guardias, con la mano alzada como si la saludara.

—La Cónsul. —A Vanessa se le salieron los ojos de las órbitas—. Oh, mi...

—Cierra el pico, Vanessa —siseó Amelia. No parecía preocupada ni temerosa de Jia, solo molesta.

Diana bajó los escalones y fue hasta Jia. Esta llevaba una blusa de seda y unos pantalones, y se había recogido el pelo con un clip enjoyado. Su boca era una apretada raya de furia.

—No te molestes —dijo en voz baja; cogió a Diana por el codo y la apartó del círculo de guardias—. Les he oído decir que Emma y Julian están con el Inquisidor.

—Bueno, ¿y por qué no me lo han dicho? —replicó Diana, exasperada. Miró hacia atrás a Vanessa Ashdown, que se reía por lo bajo—. Vanessa Ashdown. Mi madre solía decir que hay gente con más pelo que cabeza.

—Sí, ella parece probar esa teoría —repuso Jia secamente. Se había parado a cierta distancia de la casa, donde un pequeño banco de piedra se asentaba frente al canal. Este estaba cubierto de un musgo verde brillante bajo el agua plateada que salpicaba la orilla—. Mira, Diana, tengo que hablar contigo. ¿Adónde podemos ir que no nos oigan?

Diana la miró fijamente. ¿Se lo estaba imaginando, o cuando la Cónsul miraba a los centuriones que rodeaban la casa parecía... asustada?

—No te preocupes —contestó Diana—. Sé exactamente qué hacer.

* * *

Estaba subiendo una escalera en espiral que parecía llevar a las estrellas. Cristina no recordaba cómo había encontrado la escalera, ni recordaba su destino. La escalera salía de la oscuridad y se alzaba hasta las nubes. Mantenía recogido el bajo de su larga falda para no tropezarse con ella. Notaba el pelo denso y pesado, y el olor de rosas blancas espesaba el aire.

La escalera acabó de golpe y se encontró, maravillada, en un terrado que conocía: se hallaba en lo alto del Instituto de Ciudad de México. Veía la ciudad: el Ángel, con su brillo dorado sobre el monumento a la Independencia; el parque Chapultepec; el palacio de las Bellas Artes, brillando con las luces encendidas; las torres en forma de campana de la basílica de Guadalupe. Las montañas se alzaban detrás, como sujetando toda la ciudad.

Una silueta en sombras se hallaba en el borde del terrado, delgada y masculina, con las manos cogidas a la espalda. Antes de que se volviera, ya sabía que era Mark. Nadie más tenía el pelo así, como el oro batido hasta resultar plateado. Llevaba una larga túnica, una daga metida bajo el cinturón y pantalones de lino. Iba descalzo mientras se acercaba a ella y la rodeaba con los brazos.

Tenía los ojos ensombrecidos por el deseo; se movía lentamente, como si estuviera bajo el agua. La estrechó contra sí mientras le pasaba los dedos por el cabello, y entonces ella se dio cuenta de por qué lo había notado tan pesado: estaba trenzado con ramas en las que crecían grandes rosas rojas. Colgaban alrededor de Mark mientras este la rodeaba con el otro brazo; la mano libre le corría del pelo a los labios y a la clavícula; hundió los dedos bajo el cuello del vestido. Las manos eran cálidas; la noche, fresca, y sus labios sobre ella, incluso más cálidos. Se apoyó en él, y con los dedos encontró el camino a su nuca, donde el fino cabello era más suave, entreteniéndose en las cicatrices...

Él se echó hacia atrás.

—Cristina —murmuró—. Date la vuelta.

Ella se volvió en sus brazos y vio a Kieran. Vestía de terciopelo mientras que las ropas de Mark eran de lino. Llevaba pesados anillos de oro en los dedos, los ojos brillantes y perfilados con kohl. Era un trozo arrancado del cielo nocturno: plata y negro.

Uno de los brazos de Mark la rodeó. El otro brazo fue a por Kieran. Y Cristina también fue a tocarlo; sus manos encontraron la suavidad de su jubón, y tiraron de él hacia ella y Mark, envolviéndolo en la suavidad del

terciopelo. Kieran besó a Mark, y luego se inclinó hacia su rostro. Los brazos de Mark la rodeaban cuando los labios de Kieran encontraron los de ella...

* * *

—Cristina. —La voz le interrumpió el sueño y se incorporó al instante, con la sábana apretada contra el pecho, los ojos muy abiertos por el susto—. ¿Cristina Mendoza Rosales?

Era la voz de una mujer. Sin aliento, Cristina miró alrededor y sus ojos fueron recorriendo su dormitorio: los muebles del Instituto, la brillante luz entrando por la ventana, una manta que Emma le había prestado doblada a los pies de la cama. Había una mujer sentada en el alféizar. Tenía la piel azul y el pelo blanco como el papel. Sus pupilas eran de un profundo azul.

—He recibido tu mensaje de fuego —dijo la mujer mientras Cristina la miraba como en un sueño.

«¿Qué acabo de soñar? Ahora no, Cristina. Piensa en eso más tarde».

—¿Catarina Loss? —Cristina había querido hablar con la bruja, sin duda, pero no esperaba encontrársela de repente en su dormitorio, y menos aún en un momento tan incómodo.

—¿Cómo has entrado aquí...?

—No he entrado. Soy una proyección. —Catarina movió la mano frente a la brillante superficie de la ventana y la luz pasó a través de ella como si fuera cristal tintado.

Cristina se tocó discretamente el pelo. Ninguna rosa. Ay.

—¿Qué hora es?

—Las diez —contestó Catarina—. Lo siento; de verdad que pensé que estarías despierta. Toma. —Hizo un gesto con los dedos y un vaso de papel apareció en la mesilla de Cristina—. El Café de Peet —explicó Catarina—. Mi favorito de la Costa Oeste.

Cristina apretó el vaso contra el pecho. Catarina acababa de convertirse en su persona preferida.

—Me preguntaba si me contestarías. —Cristina tomó un sorbo de café—. Sé que era una pregunta extraña.

—Yo tampoco estaba segura. —Catarina suspiró—. En cierto modo, esto es un asunto de brujos. Los cazadores de sombras no emplean las líneas ley.

—Pero sí empleamos a los brujos. Sois nuestros aliados. Si enfermáis, estamos moralmente obligados a hacer algo.

Catarina la miró sorprendida y sonrió.

—No sabía... Me alegro de oírte decir eso. —Miró hacia el suelo—. Está empeorando. Cada vez más brujos resultan afectados.

—¿Cómo está Magnus Bane? —preguntó Cristina. Hacía tiempo que no sabía nada de Magnus, pero le caía muy bien.

Se sorprendió al ver lágrimas en los ojos de Catarina.

—Magnus está... bueno, Alec lo cuida mucho. Pero no, no está bien.

Cristina dejó el café en la mesilla.

—Entonces, déjanos ayudar. ¿Qué podría ser una señal de contaminación de una línea ley? ¿Qué debemos buscar?

—Bueno, allí donde las líneas ley se han contaminado, debería haber aumentado la actividad demoníaca —contestó Catarina.

—Eso es algo que sí podemos comprobar.

—Yo me puedo encargar. Te mandaré un mapa marcado en un mensaje de fuego. —Catarina se incorporó y el sol le atravesó el cabello blanco transparente—. Pero si vas a investigar un área con un aumento de la actividad demoníaca, no vayas sola. Haz que te acompañen otros. Los cazadores de sombras podéis ser muy descuidados.

—No todos somos Jace Herondale —replicó Cristina, que por lo general era la persona menos descuidada de todas las que conocía.

—Por favor. He impartido clases en la Academia de los cazadores de sombras. Y... —Catarina comenzó a toser, sacudiendo los hombros. Abrió mucho los ojos.

Cristina salió de la cama, alarmada.

—¿Estás bien...?

Pero Catarina ya había desaparecido. No quedaba ni un soplo de viento para mostrar el lugar que había ocupado su proyección.

Cristina se vistió a toda prisa: vaqueros y una camiseta vieja de Emma. Olía al perfume de Emma, una mezcla de limón y romero. Cristina deseó con toda su alma que Emma estuviera allí, que pudieran hablar sobre la noche anterior, que su amiga le pudiera aconsejar o prestarle el hombro para llorar.

Pero no estaba, y no podía hacer eso. Cristina se tocó el colgante, susurró una rápida plegaria al Ángel y se fue por el pasillo hacia la habitación de Mark.

Ambos se habían ido a dormir muy tarde, así que existía la posibilidad de que siguiera en la cama. Llamó a la puerta con cautela y luego con más fuerza; finalmente, Mark la abrió, bostezando y totalmente desnudo.

—¡Híjole! —gritó Cristina, y se subió la camiseta para cubrirse la cara—. ¡Ponte los pantalones!

—Perdón —se disculpó él, y se metió detrás de la puerta—. Pero ya lo has visto todo.

—¡No con buena luz! —Cristina seguía viendo a Mark por la rendija de la puerta; ya llevaba los bóxeres y se estaba poniendo una camiseta. Su cabeza emergió por el agujero del cuello, el cabello rubio adorablemente alborotado.

«No, no adorable —se dijo a sí misma—. Terrible. Molesto. Desnudo».

No, tampoco iba a pensar en eso.

«¿Estoy despierta?», se preguntó. Aún se sentía temblorosa por el sueño que había tenido. Los sueños no significaban nada, se recordó. Seguramente tendría algo que ver con su ansiedad, y no con Mark o Kieran directamente.

El primero reapareció en la puerta.

—Lo siento mucho. Yo... En la Cacería solemos dormir desnudos, y me olvidé...

Cristina volvió a bajarse la camiseta.

—No hablemos de eso.

—¿Quieres hablar de anoche? —Parecía ansioso—. Lo puedo explicar.

—No, no quiero —respondió ella con firmeza—. Necesito que me ayudes, y... bueno, no se lo puedo pedir a nadie más. Ty y los otros son demasiado jóvenes, y Aline y Helen se sentirían obligadas a contárselo a Jia.

Mark pareció decepcionado, aunque interesado.

—¿Es algo que la Clave no puede saber?

—No lo sé. Es que... en este momento me pregunto si les podemos decir algo.

—¿Al menos puedes decirme de qué se trata? ¿Demonios?

—Para variar, sí —respondió Cristina, y le explicó lo de las líneas ley, la enfermedad de los brujos y su conversación con Catarina—. Lo único que vamos a hacer es comprobar si hay algo desacostumbrado sobre lo que informar. Seguramente ni nos tendremos que poner el traje de combate.

Mark se animó.

—¿Vas a conducir tú? ¿Iremos los dos solos?

—Sí, conduciré yo —contestó Cristina—. Estate preparado esta tarde a las siete. —Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro. No pudo contenerse—. Hazme un favor esta noche: ponte pantalones.

* * *

Cuando Kit entró en la cocina, Ty no estaba allí.

Casi se dio la vuelta para marcharse, pero los otros ya lo habían visto. Aline estaba ante la cocina, con vaqueros negros, un top cortado, el pelo recogido en lo alto de la cabeza y un ceño de concentración en el rostro. Dru, Mark, Cristina y Tavvy estaban sentados a la mesa; Dru estaba ocupada con Tavvy, pero Cristina y Mark lo saludaron con la mano.

Se sentó y al instante se sintió totalmente incómodo. Nunca había pasado tanto tiempo con ninguno de los Blackthorn aparte de con Ty y Livvy. Sin ninguno de ellos dos allí, se sentía como si se hubiera colado en una fiesta con gente que casi no conocía y que esperaba que charlara con ellos.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Cristina. Era difícil sentirse incómodo con Cristina, parecía irradiar amabilidad. Pero Kit lo consiguió de todos modos. Johnny Rook había timado a un montón de gente extremadamente amable durante su vida, y Kit creía tener la capacidad de hacer lo mismo.

Masculló algo como respuesta y se sirvió zumo de naranja. ¿Había dormido bien? La verdad era que no. Se había pasado la mitad de la noche preocupado por ir al Mercado de Sombras con Ty, y la otra mitad en medio de una extraña excitación por idéntica razón.

—¿Dónde está Helen? —preguntó Dru en voz baja, mirando a Aline.

Kit se había preguntado lo mismo. El día anterior la vio muy estresada. No podría culparla si se hubiese dado cuenta de la que le había caído encima y hubiera salido huyendo hacia el desierto.

—La reunión del Cónclave es hoy —contestó Mark—. Helen va a asistir.

—Pero ¿no es Aline quien se supone que dirige el Instituto? —Dru parecía confusa.

—Helen ha pensado que el Cónclave debe acostumbrarse a ella —explicó Mark—. Recordarle que es una cazadora de sombras como cualquier otra. Y que es una Blackthorn, sobre todo porque pueden acabar hablando de si Diana tendrá que dejar de ser nuestra tutora...

—¡No quiero ningún otro tutor! —exclamó Tavvy—. ¡Quiero a Diana!

—Pero seguramente solo estará fuera unos días como mucho, ¿no? —preguntó Cristina, ansiosa.

Mark se encogió de hombros.

—Todos nosotros rondando por aquí sin un tutor y sin un horario es el tipo de cosa que pone nerviosos a los Cónclaves.

—Pero Tavvy tiene razón —insistió Dru—. Ya estamos estudiando con Diana. No hace falta que comencemos con otra persona. ¿No es cierto, Kit?

Kit se sorprendió tanto de que se dirigiera a él que casi se le cayó el vaso de zumo de las manos. Antes de que pudiera contestar, Aline los interrumpió al acercarse a la mesa con una sartén en la mano. Un olor fantástico salía de ella, y a Kit empezó a hacérsele la boca agua.

—¿Qué es eso? —preguntó Tavvy, abriendo los ojos.

—Una *frittata* —contestó Aline—. Y todos vais a comer. —Dejó pesadamente la sartén sobre un salvamanteles de metal en el centro de la mesa.

—No me gusta la *frittata* —protestó Tavvy.

—Pues lo siento —repuso Aline; cruzó los brazos y los fue mirando duramente de uno en uno—. Ayer hicisteis llorar a Helen, así que os vais a comer esta *frittata*, que, por cierto, está deliciosa, por lo que, además, os va a gustar. Esto es lo que hay para desayunar, y como yo no soy Helen, no me importa si os morís de hambre u os hincháis a ganchitos en cada comida. Helen y yo tenemos mucho trabajo que hacer, y la Clave no nos pasa ni una. Lo único que Helen quiere es estar con vosotros, chicos, y no vais a volver a hacerla llorar. ¿Entendido?

Dru y Tavvy asintieron, con los ojos muy abiertos.

—Lo siento mucho, Aline —dijo Cristina por lo bajo.

—No me refería a ti, Cristina. —Aline puso los ojos en blanco—. ¿Y dónde está Ty? No voy a repetir esta bronca. —Miró fijamente a Kit—. Tú siempre estás pegado a él. ¿Dónde está?

—Seguramente durmiendo —contestó Kit. Supuso que Ty se habría acostado tarde, investigando sobre magia negra. Aunque no lo iba a decir en voz alta.

—Muy bien. Explícale lo que os he dicho cuando se levante. Y dejad la sartén en el puto fregadero cuando hayáis acabado de comer. —Aline agarró la chaqueta del respaldo de una silla, se la puso y salió de la habitación.

Kit se preparó para que Tavvy o Dru se pusieran a llorar. Pero no lo hicieron.

—No ha estado nada mal —comentó Dru mientras se servía de la sartén, que resultó contener una mezcla de huevos, salchichas, queso y cebolla caramelizada—. Me gusta cómo ha defendido a Helen.

—Tú le gritaste a Helen ayer —le recordó Mark.

—Es mi hermana —repuso Dru mientras llenaba el plato de Ty.

Mark hizo un sonido de exasperación. Cristina probó la *frittata* y cerró los ojos de satisfacción.

—Seguro que tú solías gritarle a tu padre —le dijo Dru a Kit—. Quiero decir, que todas las familias se pelean a veces.

—No éramos una familia de gritarnos. La mayoría del tiempo, o mi padre pasaba de mí o intentaba enseñarme a abrir cerrojos.

A Dru se le iluminó el rostro. Aún se la veía cansada y pálida, y muy niña en su enorme camiseta, pero cuando sonrió, le recordó a Livvy.

—¿Sabes abrir cerrojos?

—Te puedo enseñar, si quieres.

Dru dejó caer el tenedor y aplaudió.

—¡Sí! Mark, ¿puedo ir a aprender a abrir candados ahora?

—Tenemos runas de apertura, Dru —repuso Mark.

—¿Y qué? ¿Y si me rapta un demonio tentacular y se me cae la estela y me esposa a una silla? Entonces ¿qué?

—Eso no va a pasar —contestó Mark.

—Podría pasar —dijo Tavvy.

—De verdad que no. Los demonios tentaculares no pueden abrir o cerrar las esposas. —Mark parecía exasperado.

—Por favor... —Dru le rogó con los ojos.

—Supongo que no pasará nada —repuso Mark, claramente sin saber qué más hacer. Miró de reojo a Cristina, como si buscara su aprobación, pero ella apartó rápidamente la mirada—. Pero no cometas ningún crimen con tus nuevos conocimientos, Dru. Lo último que necesitamos es que la Clave tenga algo más de lo que echamos la culpa.

* * *

—El agua es magia eldritch —explicó Kieran. Se apoyaba pesadamente contra el costado de Diego mientras recorrían lo más rápido posible los pasillos del Escolamántico. Divya y Rayan se habían quedado en la puerta del Lugar Hueco, para impedir que la Cohorte los persiguiera—. Los oí bromear sobre ello mientras me empujaban por los pasillos con los ojos vendados. —Había una altiva amargura en su voz; seguía siendo el tono de un príncipe. Pero por debajo latía una capa de furia y vergüenza—. No creo que supieran de qué estaban hablando, pero yo sí.

—Lo siento —se disculpó Diego. Le puso una mano en el hombro al príncipe, vacilante. Parecía como si pudiera notar el corazón de Kieran incluso a través del hueso y el músculo—. Yo tenía que protegerte. Te he fallado.

—Tú no has fallado —repuso Kieran—. De no ser por ti habría muerto. —Parecía incómodo. A las hadas no les gustaban ni las disculpas ni las deudas—. No podemos regresar a tu habitación —añadió Kieran mientras torcían otra esquina—. Nos buscarán allí.

—Tenemos que escondernos —admitió Diego—. En algún sitio donde te pueda curar. Hay docenas de dormitorios vacíos...

Kieran se apartó de él. Caminaba como si estuviera borracho, tambaleándose.

—Los vendajes son para los que merecen sanar —dijo.

Diego lo miró preocupado.

—¿Sientes mucho dolor?

—No es mi dolor —repuso Kieran.

Un grito resonó por los pasillos. Un torturado grito femenino que cesó en seco.

—La chica que cayó al agua —dijo Kieran—. Intenté cogerla antes...

Samantha. A Diego nunca le había gustado, pero nadie se merecía el dolor que podía provocar un grito así.

—Tal vez deberíamos salir del Escolamántico —aventuró Diego.

La entrada principal atravesaba la ladera de la montaña, pero siempre estaba vigilada. Claro que había otras maneras de salir, incluso un pasillo de cristal que serpenteaba entre las aguas del lago al otro lado.

Kieran alzó la barbilla.

—Alguien viene.

Diego cogió a Kieran con una mano y la daga con la otra; luego se quedó parado al reconocer a la persona que tenía delante. Cabello negro, mentón firme, grandes cejas y ojos fijos en Kieran.

Martin Gladstone.

—No vais a salir del Escolamántico —dijo—. No todavía.

—No lo entiendes —repuso Diego—. Los otros, el grupo de Zara, han intentado matar a Kieran...

Gladstone les dirigió una mirada de desprecio.

—Y tienes el valor de traerlo aquí —dijo Gladstone, refiriéndose claramente a Kieran—. El hada es miembro de un ejército enemigo. Y de alto rango.

—¡Iba a testificar contra el rey noseelie! —exclamó Diego—. ¡Iba a arriesgarse a sufrir la ira del rey para ayudar a los cazadores de sombras!

—Nunca llegó a tener la oportunidad, ¿verdad? —replicó despectivo Gladstone—. Así que no sabemos qué hubiera hecho.

—Habría testificado —aseguró Kieran, apoyándose en la pared—. No siento ningún amor por mi padre.

—Las hadas no pueden mentir —repuso Diego—. ¿Puedes tú escuchar?

—Pueden engañar, burlar y manipular. ¿Cómo ha conseguido que tú lo ayudaras, Diego Rocío Rosales?

—No ha conseguido que yo haga nada —replicó Diego—. Sé en quién puedo confiar. Y si matas a Kieran, o permites a esos cabrones que lo hieran, estarás rompiendo los Acuerdos.

—Interesante comentario —soltó Gladstone—. No tengo ninguna intención de matar o dañar al hijo del rey. Pero os quedaréis encerrados en la biblioteca hasta que venga el Inquisidor a ocuparse de vosotros.

* * *

Emma y Julian llevaban horas caminado cuando ella se dio cuenta de que los seguían.

Había sido un paseo bastante agradable por un sendero entre los bosques. Era fácil hablar con Julian cuando Emma no pensaba en el hechizo, o en lo que sentía él por ella, o simplemente en qué sentía. Evitaron los temas de Livvy y la maldición *parabatai*, y hablaron de la Clave y de cuáles serían sus próximos planes, y de qué papel tendría Zara en ellos. Julian caminaba por delante, sujetando el mapa, y consultándolo cuando la luz atravesaba las copas de los árboles iluminándolo lo suficiente.

—Podríamos llegar a la corte noseelie mañana por la mañana —informó él, cuando se pararon en medio de un claro. Sobre el suelo del bosque, flores azules y verdes se agitaban, y la luz del sol transformaba las hojas en velos verdes—. Según lo que estemos dispuestos a viajar durante la noche...

Emma se detuvo.

—Nos están siguiendo —dijo.

Julian se volvió hacia ella mientras se metía el mapa doblado en el bolsillo.

—¿Estás segura?

Habló en voz baja, Emma se esforzaba por oír otra vez lo mismo que antes: el ruidito de ramas quebradas a su espalda, el golpe de una pisada.

—Estoy segura.

No hubo duda en los ojos de Julian, y Emma sintió la ligera satisfacción de que incluso en su estado encantado actual siguiera confiando en su habilidad implícitamente.

—No podemos correr —dijo, y tenía razón: el sendero era excesivamente rocoso y la maleza demasiado espesa para estar seguros de que podrían correr más que alguien que los persiguiera.

—Vamos. —Emma cogió a Julian de la mano, y un momento después estaba subiendo por el tronco del roble más alto de los que rodeaban el claro.

Emma encontró la horquilla de una rama y se colocó ahí. Un segundo después, Julian se subió a otra rama frente a ella. Esperaron sentados en el tronco y miraron hacia abajo.

Los pasos se acercaban. Ruido de cascos, distinguió Emma. Y entonces un kelpie verde oscuro y con una crin de brillantes algas marinas entró en el claro con un jinete encima.

Emma inspiró con fuerza. El jinete era un hombre vestido con el traje de combate de los cazadores de sombras.

Se inclinó hacia abajo deseando ver más. Vio que no era un hombre, sino un muchacho: un estrecho rostro de galgo con una mata de pelo negro.

—Dane Larkspear en un kelpie —masculló Julian—. ¿Qué es esto?

—Si veo a Zara llegar a lomos del monstruo del lago Ness, nos vamos a casa —le susurró Emma.

El kelpie se había detenido en medio del claro. Hacía girar los ojos, de un negro profundo, sin blancos. De cerca, parecía menos un caballo, aunque tuviera crin, cola y cuatro patas, y más una criatura espantosa, algo que no estaba hecho para estar fuera del agua.

—Date prisa. —Dane sacudió la brida del kelpie, y un recuerdo destelló en la cabeza de Emma: algo sobre que poner una brida a un kelpie lo obligaba a obedecerte. Se preguntó cómo lo habría conseguido—. Tenemos que encontrar el rastro de Blackthorn y Carstairs antes de que caiga la noche o los perderemos.

El kelpie habló. Emma se sobresaltó. Su voz era como el romper de las olas contra las rocas.

—No conozco a esas criaturas, amo. No sé cómo son.

—¡Eso no importa! ¡Busca el rastro! —Dane golpeó al kelpie en el lomo con la brida y se echó hacia atrás, furioso—. De acuerdo, te los describiré: Julian es la clase de tipo que tiene a una chica de *parabatai*. ¿Lo pillas?

—No —contestó el kelpie.

—Se pasa el tiempo detrás de niños pequeños. Tiene como un millón de niños y actúa como si fuera su padre. Da cosa. Y Emma es de las que estaría muy buena si se callara la boca.

—Lo mato —masculló Emma—. Lo mataré si no para de hablar.

—No entiendo la actitud humana hacia la belleza —dijo el kelpie—. A mí lo que me gusta es una bonita capa de algas marinas en una mujer.

—Cierra el pico. —Dane sacudió la brida y el kelpie mostró los dientes, afilados como agujas, en un siseo—. Tenemos que encontrarlos antes de que se ponga el sol. —Esbozó una fea sonrisa—. Cuando regrese con el *Libro Negro*, Horace me dará cualquier cosa que le pida. Quizá hasta a la hermana pequeña de Julian Blackthorn para jugar con ella. Dru o como sea que se llame. Las mejores tetas de la familia.

Emma saltó del árbol a tal velocidad que el mundo se convirtió en una mancha de hojas verdes y roja furia. Se lanzó sobre Dane Larkspear y lo hizo caer de la silla; un apagado gemido de dolor le salió a este de la garganta al chocar contra el suelo. Luego, lo golpeó con fuerza en el estómago, y él se dobló en dos mientras ella se ponía en pie de un salto. Fue a coger la espada. Por un momento la había preocupado que Julian no la hubiera seguido, pero él ya estaba en el suelo, arrancándole la brida al kelpie.

—¡Mi señor! —El kelpie se inclinó sobre sus patas delanteras ante Julian. Dane tosía y carraspeaba mientras rodaba por el suelo, dolorido—. Gracias por liberarme.

—No hay de qué. —Julian tiró la brida y el kelpie salió corriendo hacia el bosque.

Emma estaba de pie sobre Dane, con la punta de la espada en su cuello, donde algo dorado brillaba. Tendido en el suelo, la miraba con odio.

—¿Qué estás haciendo aquí, Larkspear? —le preguntó—. Nos han enviado a nosotros a buscar el *Libro Negro*, no a ti.

—Apártate de mí. —Dane volvió la cabeza y escupió sangre. Se limpió la boca y le quedó una mancha roja en la mano—. Si me hacéis daño, los Dearborn harán que os arranquen las Marcas.

—¿Y qué? —replicó Emma—. Ni siquiera tenemos el *Libro Negro*. Así que has perdido el tiempo siguiéndonos, Dane. Lo que, por cierto, haces fatal. Sonabas como un elefante. Un elefante sexista. Eres muy malo como cazador de sombras.

—Ya sé que no lo tenéis —dijo Dane con asco—. Pero lo tendréis. Lo encontraréis. Y cuando lo hagáis...

Dane se calló de golpe.

—¿Qué? —La voz de Emma supuraba desprecio—. ¿Estoy hablando demasiado?

De repente, Emma se fijó en que Dane no la miraba a ella, sino a su espalda: Julian se había acercado y estaba allí con su mandoble en la mano,

mirando a Dane con una espantosa frialdad.

—¿Sabes —dijo con voz calmada— que si alguna vez tocaras a Dru te mataría?

Dane se incorporó apoyado en un codo.

—Te crees muy especial —siseó con una vocecita fina y quejumbrosa—. Crees que eres estupendo; crees que tu hermana es demasiado buena para mí...

—Es demasiado joven para ti —replicó Emma—. Solo tiene trece años, cerdo.

—Creéis que el Inquisidor os ha enviado en una misión especial porque sois estupendos, pero solo os ha enviado porque ¡sois prescindibles! ¡Porque no importáis! ¡Quiere que desaparezcaís!

Dane se quedó helado, como si se diera cuenta de que había hablado demasiado.

Emma se volvió hacia Julian.

—¿Quiere decir...?

—Quiere decir que el Inquisidor lo ha enviado para matarnos —afirmó Julian—. Lleva uno de los medallones que nos dio Horace. Los que impiden perder la noción del tiempo.

Dane se llevó una protectora mano al cuello, pero no antes de que Emma viera que Julian tenía razón.

Miró a Dane, furiosa.

—Así que Horace te ha enviado para quitarnos el *Libro Negro* y matarnos para que vuelvas solo.

—Y luego les diré a todos que nos mataron las hadas —concluyó Julian—. Un bonus extra para él.

Un destello de temor cruzó el rostro de Dane.

—¿Cómo habéis supuesto eso?

—Soy más listo que tú —contestó Julian—. Pero yo no me daría grandes aires como haces tú, cabeza de serrín.

—Hay una diferencia entre enviar a alguien a una misión peligrosa y enviar a alguien detrás de los otros para apuñalarlos por la espalda —dijo Emma—. Cuando se entere la Clave...

—¡No se enterarán! —gritó Dane—. ¡Nunca saldréis de aquí! ¿Creéis que estoy solo? —Se puso en pie tambaleante. Emma dio un paso atrás, sin saber muy bien qué hacer. Podrían poner a Dane fuera de combate, pero y luego ¿qué? ¿Atarlo? ¿Devolverlo a Idris de algún modo?—. La Cohorte tiene el

brazo muy largo, y no necesitamos a traidores como vosotros. Cuantos menos de vosotros haya en el mundo, mejor... Empezamos bien con Livvy, pero...

La espada de Julian fue como un rayo clavándose en el corazón de Dane.

Emma supo que era el corazón porque su cuerpo tuvo un espasmo y se arqueó, como un pez atrapado por un anzuelo. Tosió un chorro de sangre, con los ojos fijos en Julian, y una mirada de incredulidad.

Julian arrancó la espada. Dane se deslizó hasta el suelo, con la boca medio abierta y una mirada plana y vidriosa.

—Lo has asesinado —dijo Emma.

—Emma, sé práctica. Lo habían enviado a matarnos. Nos lo habría hecho él a nosotros si no nos hubiésemos anticipado. Y ha dicho que podría haber más miembros de la Cohorte. Si lo hubiéramos dejado vivo podríamos tener que enfrentarnos a muchos más adversarios muy pronto.

Emma sentía que le faltaba el aire. Julian había enfundado la espada; las flores a sus pies estaban manchadas de sangre. Emma no podía mirar a Dane.

—No matas a los cazadores de sombras. La gente no lo hace. La gente con sentimientos no lo hace.

—Quizá —replicó Julian—. Pero era un problema, y ahora no lo es.

Se oyó ruido entre los matorrales. Al cabo de un momento, reapareció el kelpie, verde brillante bajo la luz del sol. Fue olisqueando hasta llegar junto al cuerpo de Dane. Por un instante, Emma se preguntó si estaba llorando la muerte de su antiguo amo.

Se oyó como un chasquido cuando el kelpie clavó sus afilados dientes en el ensangrentado costado de Dane. El olor a cobre de la sangre llenó el aire. El kelpie tragó y miró a Julian, con sus dientes verdes manchados de rojo.

—Oh, Dios. —Emma se apartó, asqueada.

—Perdón —dijo el kelpie—. ¿Queréis un poco? Está muy sabroso.

—No, gracias. —Julian no parecía ni molesto ni divertido por ese macabro espectáculo.

—Eres muy generoso, Julian Blackthorn. Ten por seguro que algún día te lo pagaré.

—Tenemos que irnos —dijo Emma, intentado no vomitar. Apartó la vista, pero no sin antes ver las costillas de Dane relucir blancas bajo el sol—. Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Se volvió de un lado al otro, cegada. No dejaba de ver la sangre en las flores, el modo en que los ojos de Dane se habían puesto blancos. De repente, el aire estaba cargado del olor a sangre, y Emma tendió una mano para apoyarse en el fino tronco de un abedul y estabilizarse.

—¿Emma? —la llamó Julian a su espalda, y de repente hubo un explosivo retumbar de cascos, y dos caballos, uno gris y otro marrón, entraron en el claro. Ambos iban montados por hadas: una mujer rubia en el caballo gris y un hombre de piel muy pálida en el marrón.

—¿Acaso es esto la Estación Central de Feéra? —dijo Emma, apoyando la frente en un árbol—. ¿Es que todo el mundo pasa por aquí?

—¿Emma Carstairs? —preguntó la mujer rubia. Emma la reconoció a través de su nublada visión: era la tía de Mark, Nene. Junto a ella había uno de los miembros de la corte de la reina seelie, Fergus. Este fruncía el ceño.

—¿Eso es un cazador de sombras muerto? —preguntó.

—Me hizo prisionero y esta amable gente me liberó —explicó el kelpie.

—Ve, kelpie —ordenó Fergus—. Abandona este lugar. Las palabras de los cortesanos de seelie no son para ti.

El kelpie relinchó suspirando y se llevó el cadáver de Dane entre los matorrales. Emma se volvió lentamente, manteniéndose de espaldas al árbol. Se alegraba muchísimo de que el cadáver ya no estuviera allí, aunque el suelo seguía manchado de sangre, y esta pesaba sobre los pétalos de las flores.

—Emma Carstairs y Julian Blackthorn —dijo Nene—. Vuestro camino se dirigía a la corte seelie. ¿Por qué?

—No íbamos de camino a la corte noseelie —contestó Emma—. Íbamos...

—Sabemos qué caminos de esta tierra conducen a qué destino —replicó Fergus con aspereza—. No intentes tus trucos de humano.

Emma abrió la boca para protestar, y vio que Julian meneaba la cabeza hacia ella, una mínima fracción de una negación, pero supo al instante qué pretendía decir. Habían estado avanzando en la dirección equivocada. Por alguna razón, él le había mentado; cada vez que consultaba el mapa los llevaba más cerca de la corte seelie.

Sintió el amargo gusto de la traición en la boca, más amargo que el del cobre de la sangre.

—Tenemos el *Libro Negro* —les dijo Julian a Nene y a Fergus, y Emma se lo quedó mirando totalmente atónita. ¿De qué estaba hablando?—. Por eso hemos regresado a Feéra. La reina nos pidió que lo recuperásemos, y eso hemos hecho; hemos vuelto a por lo que nos prometió.

Se irguió, con la cabeza echada hacia atrás. Estaba muy pálido, pero los ojos le brillaban con un reluciente verde azulado, y estaba hermoso: incluso con sangre en el rostro era hermoso, y Emma deseó no poder verlo, pero lo veía.

—Pedimos formalmente una audiencia con la reina seelie —finalizó.

9

Majestuosos salones

Cortando el aire con Gwyn, Diana se sentía libre, a pesar de su constante preocupación por Emma y Julian. Supuso que estarían a salvo en la casa, pero no le gustaba no poder verlos. Le hizo darse cuenta de hasta qué punto se habían convertido en su familia en los cinco años que llevaban juntos, y lo muy desconectada que se sentía de Alicante.

Paseando por las calles, incluso los rostros que reconocía le parecían máscaras de desconocidos.

«¿Has votado a Horace Dearborn como Inquisidor? ¿Culpas a los Blackthorn por la muerte de su hermana? ¿Crees que las hadas son monstruos? ¿Quién eres en realidad?».

Se agarró a Gwyn con más fuerza mientras tomaban tierra en su pequeño claro de siempre entre los tilos. La luna había menguado y el claro quedaba entre el silencio y las sombras. Gwyn desmontó primero y la ayudó a bajar; esta vez no cargaba con alforjas llenas de comida, sino con una espada roma colgada de la cintura. Diana sabía que confiaba en ella, y cuando le pidió que la llevara allí esa noche, él no le había preguntado nada. Pero no confiaba en ningún otro cazador de sombras, y Diana no podía culparlo por eso.

Una luz se encendió en la penumbra y Jia salió de detrás de una roca inclinada. Diana frunció el ceño mientras la Cónsul se acercaba a ellos. La última vez que Diana había estado allí, la tierra bajo sus pies era verde. Pero ahora los zapatos de Jia crujían sobre el musgo seco, marrón y marchito. Quizá fuera solo la proximidad del otoño, pero la peste...

—Diana —dijo Jia—. Tengo que hablar contigo.

Diana alzó una mano para interrumpirla.

—Primero tengo que saber por qué no se me permite ver a Emma y a Julian. ¿Por qué me separan de ellos?

—Todo el mundo debe mantenerse alejado de ellos —contestó Jia. Se sentó cuidadosamente sobre una piedra plana y cruzó los tobillos. No tenía ni

un pelo fuera de sitio—. Horace dice que no quiere que se contamine su testimonio.

Diana lanzó un bufido de incredulidad.

—¿Y cómo planea hacerlos testificar? ¡No hay Espada Mortal!

—Entiendo que estés preocupada —repuso Jia—. Pero hablé con Simon antes de que volviera a Nueva York. Isabelle y él los han visto esta mañana y estaban bien; y su reunión con Horace había ido tan bien como cabía esperar.

Una mezcla de alivio y enfado recorrió a Diana.

—Jia, tienes que hacer algo. Dearborn no puede aislarlos hasta que en algún futuro imaginario se repare la Espada.

—Lo sé —repuso Jia—. Por eso quería verte. ¿Recuerdas que te pedí que te quedaras a mi lado?

—Sí —contestó Diana.

—La Cohorte sabe lo de la peste en el bosque —explicó Jia—. Después de todo, Patrick llevó a Manuel con él para que lo viera, antes de que se diera cuenta de lo peligroso que era. —Suspiró y miró a Gwyn, que la observaba sin expresión. Con los años de experiencia en duelos políticos con las cortes de las hadas, Diana no pudo dejar de preguntarse qué pensaría él de todo eso—. Han decidido usarla como arma política. Van a decir que es obra de las hadas, específicamente. Quieren quemar el bosque para acabar con ella.

—Eso no acabará con la peste —dijo Gwyn—. Solo acabará con el bosque. La peste es muerte y putrefacción. No se puede destruir la propia destrucción más de lo que puedes curar el veneno con veneno.

Jia miró a Gwyn de nuevo, esta vez directamente y con dureza.

—¿Es la peste magia de las hadas?

—No es una magia feérica que yo haya visto antes, y he vivido durante mucho tiempo —contestó Gwyn—. No estoy diciendo que el rey noseelie no pueda tener algo que ver. Pero es una magia más demoníaca que la que nunca se ha visto en Feéra. No es natural, sino de origen antinatural.

—Así que quemando el bosque no se conseguiría nada, ¿no? —preguntó Jia.

—Sí que se conseguirá algo —contestó Diana—. Expulsará a los subterráneos que consideran Brocelind su hogar, y también a todas las hadas y las manadas de licántropos que han vivido ahí durante generaciones.

—Yo también creo que es una excusa para expulsar a los subterráneos de Idris —dijo Jia—. Dearborn pretende emplear el actual momento de miedo entre los nefilim para aprobar leyes más estrictas contra ellos. Sabía que lo

haría, pero no esperaba que pusiera en marcha tan pronto su intento de vaciar Idris de subterráneos.

—¿Crees que la Clave lo apoyará? —preguntó Diana.

—Eso me temo —contestó Jia con una amargura que pocas veces había expresado—. Están tan centrados en su miedo y su odio que ni siquiera se dan cuenta de que se están haciendo daño a sí mismos. Se comerían un banquete envenenado si pensaran que los subterráneos lo compartirían con ellos.

Diana se rodeó a sí misma con los brazos para dejar de temblar.

—¿Y qué podemos hacer?

—Horace ha convocado una reunión dentro de dos días. Será su primera oportunidad para presentar sus planes al público. La gente te respeta; los Wrayburn son una familia orgullosa y lucharon con valentía en la Guerra Oscura. Tenemos que buscar a los que quieren oponerse a él. Mucha gente tiene miedo de hablar.

—Yo no tengo miedo —afirmó Diana, y vio que Gwyn le lanzaba una cálida mirada de admiración.

—El mundo puede cambiar muy rápido —afirmó Jia—. Un día el futuro parece esperanzador, y al siguiente las nubes del odio y la intolerancia han crecido como si el viento las hubiera arrastrado desde algún mar aún no imaginado.

—Siempre están presentes, Jia —repuso Diana—. Incluso cuando no queremos reconocerlo. Siempre están en el horizonte.

Jia parecía cansada, y Diana se preguntó si habría caminado hasta allí, aunque dudaba que fuera el esfuerzo físico lo que había agotado a la Cónsul.

—No sé si podremos reunir una fuerza suficiente para limpiar los cielos de nuevo.

* * *

—De acuerdo —dijo Kit—. Primero vamos a hacer una ganzúa con un clip.

—¿Vamos a hacer qué con qué? —Dru se puso el pelo detrás de las orejas y miró a Kit, confusa. Estaban sentados sobre una de las largas mesas de la biblioteca, con un candado y un montón de clips entre ellos.

Kit gruñó.

—No me digas que no sabes lo que es un clip.

Ella lo miró indignada.

—Claro que lo sé. Eso. —Señaló con el dedo el montoncito—. Pero ¿qué vamos a hacer?

—Ahora te lo enseño. Coge un clip.

Dru hizo lo que le pedía.

—Dale forma de L —le indicó—. La parte recta es la de arriba. Muy bien.

—Dru hizo una mueca de concentración. Llevaba una camiseta negra que decía: DESDE MÁS ALLÁ DE LA TUMBA, con el dibujo de una lápida quebrada.

Kit cogió un segundo clip y lo estiró completamente.

—Con esto lo abres —dijo—. Lo que tienes en la mano es la llave de tensión.

—Muy bien —repuso ella—. ¿Y ahora cómo abro el candado?

Kit se echó a reír.

—Paciencia. Muy bien, coge el candado; vas a coger la llave de tensión e insertarla en la parte baja del agujero de la llave, que se llama línea de corte.

Dru siguió sus instrucciones. Sacó la lengua por un lado de la boca; parecía una niña pequeña concentrándose en un libro.

—Gíralo en la dirección de la llave —continuó él—. No, a la izquierda... así. Ahora coge la ganzúa con la otra mano.

—No, espera... —Se puso a reír—. Me estoy liando.

—Vale, te lo enseño. —Metió el segundo clip en el candado y comenzó a moverlo de adelante atrás, intentando subir los pistones. Su padre le había enseñado a notar los pistones con la ganzúa; este tenía cinco. Comenzó a mover la ganzúa con cuidado, levantando un pistón tras otro—. Gira la llave —dijo de repente, y Dru dio un respingo—. Gírala hacia la derecha.

Ella lo hizo y el candado se abrió. Dru ahogó un grito.

—¡Es muy guay!

Kit quiso sonreírle; nunca se le había ocurrido querer una hermanita, pero había algo muy agradable en tener a alguien a quien enseñarle cosas.

—¿Sabe Ty hacer esto? —preguntó Dru.

—Me parece que no —contestó Kit; cerró de nuevo el candado y se lo pasó—. Pero probablemente lo aprendería rápido. —Luego le pasó la ganzúa y se echó hacia atrás—. Ahora tú.

Dru gruñó.

—Pero...

—Solo aprenderás haciéndolo. —El padre de Kit siempre le decía eso.

—Eres como Julian. —Dru lanzó una pequeña carcajada y comenzó con el candado. La pintura de uñas negra se le había medio saltado.

Kit se quedó impresionado por la delicadeza con que manejaba la ganzúa y la llave de tensión.

—Nunca pensé que alguien llegara a decir que soy como Julian Blackthorn.

Dru lo miró.

—Ya sabes a lo que me refiero. En plan papá. —Giró la llave de tensión—. Me alegro de que seas amigo de Ty —dijo de repente. Kit notó que el corazón le daba un salto—. Quiero decir, siempre había tenido a Livvy. Así que no necesitaba más amigos. Era como un club en el que nadie más podía entrar, y luego viniste tú y entraste.

Se había detenido, aún con el candado en la mano. Lo miraba con unos ojos muy parecidos a los de Livvy, verde azulado rodeados de pestañas oscuras.

—Lo siento —dijo él.

—No lo sientas. Soy demasiado pequeña. Ty nunca me hubiera dejado entrar, aunque tú no hubieras aparecido. —Lo dijo como si nada—. Quiero a Julian. Es como... el mejor padre. Sabes que siempre te pondrá por delante. Pero Ty siempre ha sido mi hermano guay. Tiene cosas increíbles en su cuarto, y los animales lo adoran, y lo sabe todo...

Se calló de golpe y el color le sonrojó las mejillas. Ty había entrado en la biblioteca, su cabello rizado aún húmedo, y Kit sintió un pequeño nudo en su interior, como si se le retorciera el estómago. Se dijo a sí mismo que debía de ser porque Ty había entrado justo cuando hablaban de él.

—Estoy aprendiendo a abrir cerraduras —lo informó Dru.

—Muy bien. —Ty le lanzó una rápida mirada—. Pero tengo que hablar con Kit.

Kit bajó rápidamente de la mesa, casi tirando el montón de clips.

—Dru lo ha hecho muy bien.

—Me alegro —repitió Ty—. Pero tengo que hablar contigo.

—Pues habla —dijo Dru. Había dejado las herramientas de abrir cerrojos sobre la mesa y miraba a Ty.

—No contigo aquí —dijo este.

Parecía lógico, pero de todas formas Dru soltó un bufido de sentirse ofendida y saltó de la mesa. Salió dando un portazo.

—Eso no era... Dru no estaba... —comenzó Kit. Pero no pudo acabar; no podía reñir a Ty. No en esos momentos.

Ty se bajó la cremallera de la sudadera y metió la mano bruscamente en un bolsillo interior.

—Tenemos que ir al Mercado de Sombras esta noche —dijo.

Kit se obligó a volver al presente.

—Tengo prohibido entrar en el Mercado. Y sospecho que tú también.

—Podemos hacer una petición en la puerta —repuso Ty—. He leído sobre gente que hace eso. Los Mercados de Sombras tienen puertas, ¿no?

—Sí, tienen puertas. Están marcadas. No son para que la gente no entre; más bien son como puntos de encuentro. Y sí, puedes hacer una petición al director del Mercado, excepto si este es Barnabas, que me odia.

Ty cogió un clip de la mesa y lo miró con interés. Tenía moratones en el cuello, notó Kit de repente. No los recordaba de antes, lo que le resultó extraño, pero claro, ¿quién se fijaba en los moratones en la piel de otra persona? Ty debía de habérselos hecho mientras luchaban contra los jinetes en Londres.

—Solo tenemos que convencerlo de que le interesa dejarnos entrar.

—¿Y cómo piensas hacerlo? No somos exactamente expertos negociadores.

Ty, que había estado estirando el clip, lanzó a Kit una de sus sonrisas de «amanecer en el mar».

—Tú sí.

—Yo... —Kit se dio cuenta de que estaba sonriendo tontamente, y dejó de hacerlo. Siempre había tenido una lengua sarcástica, y nunca había aceptado bien los cumplidos, eso era como si algo en Ty Blackthorn entrara en él y le deshiciera todos los nudos de protección que con tanto cuidado había trenzado para poder vivir. Se preguntó si la gente se referiría a eso cuando decía que se sentía deshecha.

Ty frunció el ceño como si no hubiera notado la estúpida sonrisa de Kit.

—El problema es —continuó— que ninguno de los dos podemos conducir. No tenemos manera de llegar hasta el Mercado.

—Pero tienes un móvil —dijo Kit—. De hecho, hay varios en el Instituto. Los he visto.

—Claro —repuso Ty—. ¿Y qué?

—Te voy a presentar una maravillosa invención llamada Uber —contestó Kit—. Te va a cambiar la vida, Ty Blackthorn.

—Ah, Watson —repuso Ty mientras se metía el clip en el bolsillo—. Tal vez no seas luminoso, pero eres un extraordinario conductor de la luz.

* * *

A Diego lo había sorprendido que Gladstone quisiera encerrarlos en la biblioteca. Nunca la había considerado una sala especialmente segura. Una

vez dentro, y después de que a Diego le quitaran las armas y la estela, y la puerta de roble macizo se cerrara, Diego comenzó a darse cuenta de las ventajas que tenía la biblioteca como prisión.

Las paredes eran muy gruesas y no había ventanas, excepto por el enorme techo de cristal, a muchos metros por encima. Las paredes lisas hacían que resultara imposible escalar hasta allí para romperlo, y nada en la sala podía convertirse en un arma útil; supuso que podrían tirar libros, o lanzar las mesas, pero no creía que sirviera de mucho.

Fue hasta donde Kieran estaba medio tumbado, al pie del enorme árbol que crecía en medio de la sala.

«Ojalá fuera tan alto como para llegar al techo», pensó Diego.

Kieran se había acurrucado contra el tronco. Se había cubierto los ojos con las palmas de las manos, como si no quisiera ver.

—¿Estás bien? —le preguntó Diego.

Kieran bajó las manos.

—Lo lamento mucho. —Miró a Diego, que vio las marcas de las manos en las mejillas.

—No importa. Estabas herido. Ya buscaré la manera de salir de aquí —respondió Diego, que era consciente de que Kieran no se refería a eso.

—No, me refiero a que lo lamento. —Kieran se atragantó—. No puedo.

—¿No puedes qué?

—Salir. Siento la culpa como una cortina de espinos en la que estoy enredado. Me vuelva hacia donde me vuelva, siento sus pinchazos.

«La piscina te hace sentir todo el dolor que has causado a otros».

—Nadie de nosotros está totalmente libre de culpa —dijo Diego, y pensó en su familia, en Cristina—. Todos hemos hecho daño a alguien, voluntariamente o sin darnos cuenta.

—No lo entiendes. —Kieran negaba con la cabeza. Un mechón le cayó sobre la frente, la plata cambiando a azul—. Cuando estaba en la Cacería, era como una caña flotando en el viento o en el agua. Lo único que podía hacer era aferrarme a otras cañas. Creía que mi existencia no afectaba al mundo en absoluto; que importaba tan poco que no podía hacerle ni bien ni mal. —Apretó los puños con fuerza—. Ahora he sentido el dolor de Emma, y la tristeza de Mark, el dolor de todos a los que herí en la Cacería, incluso el dolor de Erec al morir. Pero ¿cómo puedo haber sido la persona que causó todo ese dolor cuando soy alguien cuyas acciones están escritas en el agua?

Sus ojos, uno negro y otro plateado, se abrían cargados de temor.

—Kieran —le dijo Diego—. No solo has causado dolor en el mundo. La piscina no muestra lo bueno, únicamente el dolor.

—¿Y cómo lo sabes? —gritó Kieran—. Casi no nos conocemos, tú y yo...

—Por Cristina —respondió Diego—. Ella tiene fe en ti. Auténtica fe, intacta e inmaculada. ¿Por qué piensas que acepté esconderte? Porque ella cree que eres bueno, y yo creo en ella.

Se detuvo antes de hablar demasiado, pero Kieran ya había hecho una mueca de dolor al oír mencionar a Cristina. Su siguiente pregunta desconcertó a Diego.

—¿Cómo podré mirarla a la cara de nuevo? —preguntó.

—¿Te importa tanto lo que piense? —inquirió Diego. No se le había ocurrido pensar que eso podía ser cierto. Sin duda, Kieran no podía conocer tanto a Cristina.

—Más de lo que puedas imaginar o suponer —respondió Kieran—. ¿Cómo pudiste presentarte ante ella después de comprometerte con Zara y romperle el corazón?

—¿De verdad? —Diego estaba pasmado—. ¿Tenemos que hablar de eso ahora?

Kieran lo miró con ojos salvajes.

Diego suspiró.

—Sí. Decepcioné a Cristina y perdí su respeto. ¿Entiendes lo que es eso? ¿Que alguien a quien amas te decepcione? ¿Que te decepciones a ti mismo?

—Bueno, no exactamente —repuso Kieran con una sombra de su antigua ironía—. Nadie me llama Kieran *el Perfecto*.

—¡Yo no me llamo a mí mismo Diego *el Perfecto*! —protestó este, con la sensación de que la conversación había degenerado—. ¡Nadie se llama eso a sí mismo!

Se oyó un ruido en la puerta. Ambos se volvieron a mirar, preparados para el peligro, pero cuando se abrió, Diego se sorprendió al ver a Divya en el umbral.

Parecía haber estado luchando. Magullada y sangrante, alzó una llave mientras entraba y cerraba la puerta.

—Se la he cogido a Gladstone durante el caos en la enfermería —explicó—. Pero dudo de que tarde mucho en darse cuenta.

Diego pasó junto a ella y abrió una rendija la puerta de la biblioteca. El pasillo estaba vacío.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está Rayan?

—Intentando ver qué saben los otros, los que han venido de Alacante y no son de la Cohorte. Han confiscado las estelas a todo el mundo. Zara volvió a Idris por el Portal en cuanto te llevaste a Kieran. Y Gladstone está en la enfermería con Samantha —explicó Divya—. No deja de gritar. —Se mordió el labio—. Está muy mal.

Kieran se puso en pie, aunque seguía apoyándose en el árbol.

—Vosotros dos deberíais huir —dijo—. Marchaos. Es a mí a quien quieren, y ya habéis corrido suficiente peligro para protegerme.

Divya lo miró con cinismo.

—¡Por el Ángel, se nos ha vuelto todo sacrificio desde que se cayó en el estanque! Hada, a mí no me has hecho ningún daño. Estamos bien.

—Te hago preocuparte y tener miedo —repuso Kieran, mirándola con ojos tan asustados como inquietantes—. Tienes miedo de lo que pueda pasarte a ti y a los otros, la venganza por haberme ocultado. Temes por Rayan. —Miró a Diego—. Y tú...

—No. —Diego alzó una mano—. No quiero oír nada sobre mis sentimientos.

—Como todo hombre —bromeó Divya, pero sus ojos estaban muy brillantes—. Tengo que decirte algo más. Y ambos debéis oírlo. He visto a Zara riendo con Gladstone en la enfermería antes de que llevaran a Samantha. El Inquisidor ha enviado a dos cazadores de sombras a una misión suicida a Feéra para recuperar el *Libro Negro*.

—¿Jace y Clary? —preguntó Diego, confuso—. Esa no era una misión suicida.

—Ellos no. Emma y Julian Blackthorn. Se marcharon ayer.

—Nunca aceptarían una misión suicida —afirmó Kieran—. Julian no dejaría a sus hermanos y hermanas. Nunca.

—Ellos no saben que es una misión suicida. Dearborn ha enviado a alguien para que los siguiera y los matara antes de que regresaran.

—Eso va contra la Ley. —Fue lo único que se le ocurrió decir a Diego, e inmediatamente se sintió ridículo.

—A Horace Dearborn no le importan vuestras leyes —dijo Kieran. Tenía las mejillas oscurecidas—. No le importa nada excepto su propio interés. Para él, los nefilim que no están de acuerdo con él no son mejores que los subterráneos. Son una plaga que debe ser eliminada.

—Kieran tiene razón —admitió Divya—. Es el Inquisidor, Diego. Va a cambiar todas las leyes; cambiarlas para poder hacer lo que quiera.

—Debemos irnos —advirtió Kieran—. No hay un momento que perder. Debemos contárselo a los Blackthorn; Mark y Cristina...

—Todas las salidas están vigiladas —afirmó Divya—. No digo que sea imposible, pero vamos a necesitar a Rayan, Gen y los demás. No podemos luchar solos contra la Cohorte. Sobre todo sin las estelas. Necesitamos planear...

—No tenemos tiempo para hacer planes... —la interrumpió Kieran.

De repente, Diego pensó en Cristina, en lo que le había escrito sobre Kieran en la carta donde le pedía que lo ocultase. La fascinación que tenía por las hadas, incluso de pequeña; el modo en que había llorado cuando se aprobó la Paz Fría, diciéndole a Diego una y otra vez que las hadas eran buenas, que sus poderes eran parte de la magia bendita del mundo.

—Kieran —lo interpeló Diego secamente—. Eres un príncipe de Feéra. Sé un príncipe de Feéra.

Kieran le lanzó una mirada oscura y fiera. Respiraba entrecortadamente. Divya miró a Diego como para decirle: «¿Qué estás haciendo?», justo en el momento en que Kieran se irguió para agarrarse a una rama del árbol.

Cerró sus ojos negro y plata. Su rostro era una máscara pálida. Apretó el mentón mientras las hojas del árbol comenzaban a susurrar, como si las empujara un fuerte viento. Como si el árbol estuviera llamando.

—¿Qué está pasando? —susurró Divya.

La luz crepitó recorriendo el árbol de arriba abajo; no un rayo, sino puras chispas brillantes. Rodearon a Kieran como si lo dibujaran en pintura de oro. El cabello se le volvió de un extraño color verde dorado, algo que Diego nunca había visto.

—Kieran... —comenzó Diego.

El príncipe hada alzó las manos. Seguía con los ojos cerrados; le salían palabras de la boca en una lengua que Diego jamás había oído. Deseó que Cristina estuviera ahí para poder traducirlas. Kieran alzaba la voz cada vez más; Diego creyó haber oído repetir la palabra «Windspear» varias veces.

«¿Windspear? —pensó Diego—. ¿No es...?».

—¡Viene gente! —gritó Divya. Corrió hacia la puerta de la biblioteca, la cerró de golpe y le echó el cerrojo mientras negaba con la cabeza—. Son demasiados. Diego...

El techo de vidrio estalló en pedazos. Tanto Diego como Divya ahogaron un grito.

Un caballo blanco atravesó el techo. Un caballo blanco volador, bello y orgulloso. Llovió vidrio, y Diego se metió bajo la mesa, arrastrando a Divya

con él. Kieran abrió los ojos; extendió los brazos en señal de bienvenida mientras *Windspear* cortaba el aire, rápido como una flecha, ligero como un vilano.

—¡Por el Ángel! —susurró Divya—. ¡Dios, de pequeña me encantaban los ponis!

Kieran saltó al lomo de *Windspear*. El pelo había vuelto a su color negro azulado habitual, pero aún restallaba de energía. De las manos le saltaban chispas al moverlas. Fue hasta Diego, que salió de debajo de la mesa, con Divya a su lado, pisoteando vidrios rotos.

—¡Venid conmigo! —gritó Kieran. En la biblioteca soplaba un viento frío, y llegaba el olor de los Cárpatos y del lago. Por encima de ellos, el techo se abría hacia un cielo lleno de estrellas—. Aquí no estáis a salvo.

Pero Divya negó con la cabeza. Aplastando el deseo de escapar que le crecía en el interior, Diego también se negó.

—Nos quedaremos para luchar —replicó—. Somos cazadores de sombras. No podemos huir y dejar solo a los peores para que se hagan con el poder. Debemos resistir.

Kieran vaciló, pero en ese instante la puerta de la biblioteca se abrió. Gladstone y una docena de miembros de la Cohorte entraron y se quedaron boquiabiertos.

—¡Detenedlo! —gritó Gladstone, señalando a Kieran con el brazo extendido—. Manuel... Anush...

—¡Kieran, vete! —rugió Diego, y Kieran se agarró a la crin de *Windspear*; estuvieron en el aire antes de que Manuel pudiera dar un paso. Diego creyó ver a Kieran mirando atrás en su dirección una vez, antes de que *Windspear* atravesara el techo y se perdieran como una blanca estela en el aire.

Entonces oyó a alguien que se le acercaba por detrás. Al otro lado de la sala, Divya lo miraba con lágrimas en los ojos. Anush le estaba esposando las manos a la espalda.

—Te vas a arrepentir de esto —le dijo Manuel, encantado, en un susurro áspero que raspó la oreja de Diego—. Te vas a arrepentir tanto, Rocío Rosales...

Y luego solo quedó la oscuridad.

* * *

Emma iba sentada detrás de Nene en el palafrén gris, y Julian detrás de Fergus, así que no podían hablar. La frustración crecía en Emma mientras cabalgaban bajo los verdes árboles y los rayos dorados de luz que se filtraban entre las hojas se iban volviendo de un profundo bronce al avanzar el día.

Quería hablar con Julian, planear lo que iban a hacer cuando llegaran a la corte seelie. ¿Qué le dirían a la reina? ¿Cómo conseguirían salir? ¿Qué querían de ella?

Pero al mismo tiempo, estaba demasiado furiosa para hablar con Julian; ¿cómo se atrevía a ocultarle una gran parte de su plan? ¿Dejarla entrar a ciegas en Feéra creyendo que tenían una misión cuando parecía ser que tenían otra? Pero una pequeña parte de ella, más fría, decía: «La única razón para no decírmelo sería si supiera que me iba a negar en redondo a seguir su plan». Fuera cual fuese el plan, a Emma no iba a gustarle.

Y en el fondo, donde lo que sentía era casi inexpresable con palabras, sabía que de no ser por el hechizo Julian nunca lo hubiera hecho, porque ella nunca había sido una de las personas a las que Julian manipulaba o mentía. Era de la familia, del interior del círculo protegido, y por eso le había perdonado las mentiras y los planes; porque no habían sido dirigidos a ella, sino a los enemigos de la familia. El Julian que había tenido que mentir y manipular era un personaje creado por un niño asustado para proteger a sus seres queridos. Pero ¿y si el hechizo había convertido a ese niño en una persona real? ¿Y si ahora Julian era así?

Habían dejado el bosque atrás y se hallaban en una extensión de prados verdes que no mostraba ninguna señal de estar habitada. Solo ondeante hierba durante kilómetros, salpicada de flores azules y púrpura, y unas no demasiado altas montañas violeta en la distancia. Una colina se alzaba frente a ellos como una ola verde, y Emma lanzó una mirada a Julian cuando en la ladera de la colina se alzó una portilla, que dejó ver una enorme entrada de mármol.

Las cosas en Feéra en pocas ocasiones se veían dos veces igual, y Emma lo sabía. La última vez que habían entrado en la corte seelie por una colina, se encontraron en un estrecho pasillo. En esta ocasión, entraron cruzando una elegante verja de hierro con un intrincado dibujo de caballos saltando. Nene y Fergus desmontaron, y solo cuando Emma bajó al suelo de mármol, vio que las riendas de los caballos las habían cogido unas diminutas hadas que revoloteaban con alas de color azul, rojo y dorado.

Los caballos se alejaron al paso, guiados por los pixies zumbadores.

—Me iría bien uno de esos para peinarme por la mañana —bromeó Emma dirigiéndose a Nene, que le contestó con una sonrisa indescifrable. Era

inquietante lo mucho que Nene se parecía a Mark; el mismo cabello rizado rubio pálido, y los mismos huesos delgados.

Fergus entornó los ojos.

—Mi hijo está casado con una pixie diminuta —dijo—. Por favor, no hagáis ninguna pregunta impertinente.

Julian alzó una ceja pero no dijo nada. Emma y él caminaron juntos mientras seguían a Nene y a Fergus desde la sala de mármol hasta un pasillo de tierra que se retorcía penetrando en la colina.

—Supongo que todo ha ido de acuerdo con tu plan, ¿no? —preguntó Emma fríamente, sin mirar a Julian. Pero lo podía notar a su lado, su familiar presencia y calor. Su *parabatai*, a quien hubiera reconocido sin poderlo ver ni oír—. Si mientes sobre lo de tener el *Libro Negro*, nos va a ir muy mal a ambos.

—No miento —repuso él—. Había una tienda de fotocopias cerca del Instituto de Londres. Ya lo verás.

—Se suponía que no debíamos salir del Instituto, Julian...

—Era la mejor opción —afirmó este—. Puedes que seas muy sentimental para verlo con claridad, pero nos acerca a lo que queremos.

—¿Y cómo? —siseó Emma—. ¿De qué sirve venir a ver a la reina seelie? No podemos fiarnos de ella más de lo que podemos fiarnos de Horace o Annabel.

A Julian le brillaron los ojos como las piedras preciosas engastadas en los muros del largo túnel, que destellaban en tiras de jaspe y cuarzo. El suelo había pasado a ser de loseta pulida de un color verde lechoso.

—No fiarme de la reina es parte de mi plan.

Emma quiso pegar una patada a la pared.

—No deberías tener ningún plan que incluya a la reina de ninguna de las maneras, ¿no lo pillas? Todos estamos aguantando la Paz Fría por su traición.

—¿Y esos sentimientos antihadas? —repuso Julian, agachándose para pasar bajo una cortina gris de encaje—. Me sorprendes.

Emma fue tras él a grandes pasos.

—No tiene nada que ver con las hadas en general. Pero la reina se pasa por el forro todas... esto... ¡Saludos, majestad!

«Oh, mierda».

Al parecer, la cortina gris bajo la que había pasado era la entrada al salón de la reina, que se hallaba sentada en el centro, en su trono, mirando fríamente a Emma.

La cámara tenía el mismo aspecto que en otras ocasiones, como si un fuego hubiera recorrido la sala años atrás y nadie se hubiera ocupado en serio de limpiar el daño. El suelo era de mármol ennegrecido y agrietado. El trono de la reina era de bronce deslustrado; el respaldo se alzaba por encima de su cabeza con una voluta en forma de abanico. Las paredes tenían muchos desconchones, como si alguna enorme bestia hubiera arrancado trozos de los muros con las garras.

La reina era fuego y hueso. Sus huesudas clavículas sobresalían sobre el corpiño de su intrincado vestido azul y dorado; los largos brazos eran como palos. La rodeaba su melena de color rojo intenso, que le caía en espesas ondas de sangre y fuego. En su rostro, alargado y pálido, unos ojos azules ardían como lámparas de gas.

Emma se aclaró la garganta.

—La reina se pasa por el forro las flores para perfumarlo —soltó Emma—. Eso es lo que iba a decir.

—No vuelvas a saludarme de un modo tan informal, Emma Carstairs —dijo la reina—. ¿Lo entiendes?

—Fueron emboscados en el camino y atacados —explicó Nene—. Hemos enviado pixies mensajeros por delante para explicártelo...

—Lo he oído —repuso la reina—. Pero eso no disculpa la grosería.

—Creo que la rubia estaba a punto de llamar florero a la reina —murmuró Fergus a Nene, que parecía tan exasperada como podía parecerlo una cortesana hada.

—Claro —dijo Emma.

—Arrodillaos —soltó la reina—. Arrodillaos, Emma Carstairs y Julian Blackthorn, y mostrad el debido respeto.

Emma notó que se le alzaba la barbilla como si hubieran tirado de una cuerda.

—Somos nefilim —contestó—. No nos arrodillamos.

—¿Porque hubo un tiempo en que los nefilim eran gigantes en la tierra, con la fuerza de mil hombres? —El tono de la reina era levemente burlón—. Cómo han caído los poderosos...

Julian dio un paso hacia el trono. Los ojos de la reina lo recorrieron de arriba abajo, evaluándolo, midiéndolo.

—¿Prefieres un gesto vacío o algo que realmente quieres? —preguntó Julian.

Los ojos de la reina destellaron azules.

—¿Estás insinuando que tienes algo que realmente quiero? Piensa con cuidado. No es fácil suponer lo que desea un monarca.

—Tengo el *Libro Negro de los Muertos* —afirmó Julian.

La reina se echó a reír.

—He oído que lo habíais perdido —dijo ella—. Junto con la vida de tu hermana.

Julian palideció, pero su expresión no cambió.

—Nunca especificaste la copia del *Libro Negro* que deseabas.

Cuando tanto Emma como la reina se lo quedaron mirando, él sacó de la mochila un pliego de fotocopias. Las hojas tenían dos agujeros en la parte izquierda, y todo se mantenía unido gracias a unas bridas de plástico.

La reina se recostó en el asiento, su cabello de llamas contra el oscuro metal del trono.

—Eso no es el *Libro Negro*.

—Creo que si examinas las páginas, lo encontrarás —dijo Julian—. Un libro son las palabras que contiene, nada más. Tomé fotos de todas las páginas del *Libro Negro* con mi móvil e hice que lo imprimieran y lo ligaran en una tienda de fotocopias.

La reina inclinó la cabeza hacia un lado; y el fino círculo dorado de su ceño destelló.

—No comprendo vuestros hechizos y rituales de mortales —replicó. Su voz había ido subiendo hasta un tono agudo. Detrás de sus ojos, a veces burlones, a veces risueños, Emma creyó captar un destello de la auténtica reina, y de lo que pasaría si alguien la hiciera enfadar, y se le heló el corazón—. No seré engañada o burlada, Julian Blackthorn, y no me fío de tus jugarretas. ¡Nene, cógele el libro y examínalo!

Nene dio un paso adelante y tendió la mano. En los rincones oscuros de la sala había movimiento; Emma se fijó en que las paredes estaban flanqueadas de guardias hadas en uniforme gris. Por eso les habían permitido seguir con sus armas. Debía de haber unos cincuenta guardias allí, y más en los túneles.

«Dale el libro a Nene, Julian», pensó Emma, y así fue; Julian se lo entregó sin poner objeciones. Observó tranquilamente mientras Nene revisaba el libro, saltando de página en página.

—Esto está realizado por un calígrafo de gran habilidad. Los trazos son exactamente como los recordaba.

—Una calígrafo de gran habilidad llamado OfficeMax —masculló Julian, pero Emma no le sonrió.

La reina guardó silencio durante un largo rato. El tableteo de sus zapatillas fue el único sonido en la sala mientras todos esperaban a que hablara.

—No es la primera vez que me has presentado un asunto peliagudo, Julian Blackthorn, y sospecho que no será la última.

—No debería ser tan peliagudo —repuso Julian—. Es el *Libro Negro*. Y dijiste que si te daba el *Libro Negro* nos ayudarías.

—No exactamente —replicó la reina—. Recuerdo haberte hecho promesas, pero algunas puede que ya no sean relevantes.

—Te estoy pidiendo que recuerdes que nos prometiste ayuda —insistió Julian—. Te estoy pidiendo que nos ayudes a buscar a Annabel Blackthorn aquí, en Feéra.

—Ya estamos aquí para encontrarla —replicó Emma—. No necesitamos la ayuda de estas... estas... personas. —Miró a la reina con desprecio.

—Tenemos un mapa que casi ni funciona —le dijo Julian—. La reina enviará espías por toda la Tierra de las Hadas. Tardaríamos semanas en encontrar a Annabel solos. Podríamos vagar eternamente mientras nos quedamos sin comida. La reina nos llevará directamente hasta ella. Nada ocurre en este reino sin que ella se entere.

La reina sonrió con suficiencia.

—¿Y qué querréis de Annabel cuando la encontréis? ¿El segundo *Libro Negro*?

—Sí —contestó Julian—. Puedes quedarte esta copia. Pero tengo que llevarme a Idris el *Libro Negro* original para probar a la Clave que ya no está en manos de Annabel Blackthorn. —Calló un instante—. Y quiero venganza. Pura y simple venganza.

—La venganza no tiene nada de simple, ni tampoco de pura —replicó la reina, pero los ojos le brillaban de interés.

Si la reina sabía tanto, ¿por qué no, simplemente, mataba a Annabel y cogía el *Libro Negro*? ¿Por su relación con la corte noseelie? Emma se lo quiso preguntar, pero mantuvo la boca cerrada; era evidente que Julian y ella no estaban en absoluto de acuerdo con respecto a la reina.

—Antes deseaste un ejército —dijo la reina—. ¿Ahora solo quieres que encuentre a Annabel por ti?

—Es un trato que aún te favorece más —contestó Julian, y Emma se fijó en que no había dicho «sí». Quería más que eso de la reina.

—Quizá, pero no diré yo la última palabra sobre el valor de este volumen —advirtió la reina—. Primero quiero que lo revise un experto. Y debes permanecer en la corte hasta que esto se haya hecho.

—¡No! —exclamó Emma—. No nos quedaremos en Feéra una cantidad de tiempo sin especificar. —Se volvió hacia Julian—. ¡Así es como te engañan! ¡Cantidades de tiempo sin especificar!

—Y yo os cuidaré a los dos —dijo Nene inesperadamente—. Por Mark. Os vigilaré y me aseguraré de que no sufráis ningún daño.

La reina lanzó a Nene una mirada poco amistosa antes de volver a fijar los ojos en Emma y Julian.

—¿Qué dices?

—No estoy seguro —contestó Julian—. Hemos pagado un precio muy alto por ese libro, en sangre y vidas. Querer que esperemos...

—Oh, muy bien —dijo la reina, y Emma vio en sus ojos una extraña luz de ansiedad. ¿Quizá estaba más desesperada por conseguir el libro de lo que Emma había pensado?—. Como señal de buena voluntad, os daré parte de lo que os prometí. Te diré, Julian, cómo se pueden romper ciertos vínculos. Pero no se lo diré a ella. —Indicó a Emma con un gesto—. Eso no era parte del trato.

Emma lo oyó tragar aire de golpe. Los sentimientos de Julian hacia ella quizá estuvieran apagados, pero por la razón que fuera, aún quería, desesperadamente, saber cómo su vínculo se podría disolver. Quizá fuera un deseo atávico, como él había descrito su deseo de proteger a Ty, una necesidad de supervivencia profundamente arraigada.

—Nene —dijo la reina—. Por favor, escolta a Emma al cuarto que ocupó la última vez que fue huésped de la corte.

Fergus gruñó. La última vez, Emma y Julian habían dormido en su habitación.

Nene se acercó a la reina, dejó la copia del *Libro Negro* a sus pies y caminó de espaldas hasta llegar al lado de Emma.

La reina sonrió con sus labios rojos.

—Julian y yo nos quedaremos aquí y hablaremos en privado —indicó—. Guardias, podéis marcharos. Dejadnos.

—No hace falta —repuso Emma—. Ya sé de qué va esto. De romper todos los vínculos de *parabatai*. No necesito oírlo. No va a suceder.

La mirada de la reina era desdeñosa.

—Pequeña estúpida —exclamó—. Seguramente piensas que estás protegiendo algo sagrado, algo bueno.

—Sé que es algo que tú no podrías entender —replicó Emma.

—¿Qué dirías —preguntó la reina—, si te dijese que existe corrupción en lo más profundo del vínculo de *parabatai*? Un veneno. Una oscuridad que es

el reflejo de su bondad. Hay una razón por la que los *parabatai* no pueden enamorarse, y es monstruosa más allá de lo imaginable. —La boca le brilló como una manzana envenenada al sonreír—. La runa de *parabatai* no os la dio el Ángel, sino los hombres, y los hombres no son perfectos. David *el Silencioso* y Jonathan *Cazador de Sombras* crearon la runa y la ceremonia. ¿Acaso te imaginas que eso no tiene consecuencias?

Era cierto, y Emma lo sabía. La runa de *parabatai* no estaba en el *Libro Gris*. Pero tampoco lo estaba la runa de la Alianza que Clary había creado, y esa se consideraba universalmente buena.

La reina estaba retorciendo la verdad a su favor, como siempre. Tenía los ojos fijos en Emma, dos tímpanos de hielo azul.

—Veo que no lo entiendes —dijo—. Pero lo harás.

Antes de que Emma pudiera protestar, Nene la cogió del brazo.

—Vamos —murmuró—. Mientras la reina conserva el buen humor.

Emma miró a Julian. Este no se había movido de donde estaba, con la espalda rígida, la mirada clavada con firmeza en la reina. Emma supo que debía decir algo. Protestar; decirle que no escuchara las palabras engañosas de la reina; decirle que no había manera, fuera lo que fuera que estuviera en juego, de que se pudiera justificar la ruptura de todos los vínculos de *parabatai* del mundo.

Ni siquiera si eso los hiciera libres. Ni siquiera si eso le devolviera a Julian.

No consiguió pronunciar una sola frase. Salió de la cámara de la reina junto a Nene sin decir nada.

10

Muchos maravillosos santuarios

La visión del Mercado de Sombras fue como un puñetazo en el pecho para Kit, por su familiaridad. Era una típica noche de Los Ángeles; la temperatura había caído al ponerse el sol y un viento fresco soplaba en el espacio donde se levantaba el Mercado, haciendo sonar las docenas de campanillas de hada que colgaban de las esquinas de los puestos de tela blanca.

Ty había contenido su excitación todo el camino hasta allí en el asiento de atrás de una especie de taxi, y le había levantado la manga a Kit para dibujarle tres runas: Visión Nocturna, Agilidad y una llamada Talento, que lo haría más persuasivo, según le dijo Ty. En ese momento se hallaban en el perímetro exterior del Mercado, después de haber bajado del coche en Kendal Alley. Ambos iban vestidos lo más mundanamente posible, con vaqueros, chaquetas de cremallera y botas.

Pero Ty no podía disimular que era un cazador de sombras. Su postura era la de uno de ellos, caminaba como uno de ellos y tenía su aspecto; incluso había runas visibles en la delicada piel del cuello y las muñecas. Y hematomas en las manos, del tipo que ningún mundano tendría a no ser que participara en combates ilegales de lucha.

Aunque no habría servido de nada que se las hubiera maquillado: los cazadores de sombras parecían exudar su herencia angélica por todos los poros. Kit se preguntó si a él también le pasaba.

—No veo ninguna puerta —dijo Ty, mirando hacia arriba.

—Las puertas son... metafísicas. No exactamente reales —le explicó Kit. Caminaron por el perímetro del Mercado hacia la sección donde se vendían pociones y amuletos. Un puesto cubierto de rosas de tonos rojos, rosas y blancos vendía amuletos de amor. Otro, con un toldo verde y blanco, vendía fortuna y buena suerte, y un puesto de color gris perla, cerrado con cortinas de encaje para ofrecer intimidad, vendía mercancías más peligrosas. La nigromancia y la magia negra estaban prohibidas en el Mercado, pero esas reglas nunca habían sido rigurosamente impuestas.

Un pouka se apoyaba en una farola cercana fumando un cigarrillo. Tras él, los pasillos del Mercado parecían pequeñas calles iluminadas que animaban a Kit con gritos de: «¡Venid a comprar!». Había un clamor de voces y de joyas tintineando, y las especias y el incienso perfumaban el aire. Kit sintió una añoranza mezclada con ansiedad, y lanzó una rápida mirada de reojo a Ty. Aún no habían entrado en el Mercado. ¿Estaría Ty pensando en lo mucho que había odiado el Mercado de Londres, en cómo lo había hecho sudar y sentir pánico con todo aquel ruido, toda la luz, toda la presión, todo, todo?

Quería preguntarle si estaba bien, pero sabía que a él no le gustaría. Ty miraba hacia el Mercado, tenso de curiosidad. Kit se volvió hacia el pouka.

—Portero —dijo—. Pedimos permiso para entrar en el Mercado de Sombras.

La mirada de Ty se volvió atenta. El pouka era alto, negro y delgado, con mechones de bronce y oro trenzados en su larga melena. Llevaba unos pantalones lila sin zapatos. La farola contra la que se apoyaba estaba entre dos puestos, barrando sutilmente la entrada al Mercado.

—Kit Rook —dijo el pouka—. Qué honor es que aún me reconozca uno que nos dejó para vivir entre los ángeles.

—Te conoce —masculló Ty.

—Todo el mundo me conoce en el Mercado de Sombras —repuso Kit, esperando impresionar a Ty.

El pouka apagó su cigarrillo, que soltó un asqueroso olor a hierbas requemadas.

—Contraseña.

—No voy a decir eso —replicó Kit—. Crees que es muy divertido intentar que la gente diga eso.

—¿Decir qué? —preguntó Ty—. ¿Cuál es la contraseña?

El pouka sonrió.

—Espera aquí, Kit Rook —dijo, y se perdió entre las sombras del Mercado.

—Va a buscar a Hale —explicó Kit, intentando ocultar los nervios.

—¿Pueden vernos? —preguntó Ty. Estaba mirando hacia el Mercado de Sombras, donde grupos de subterráneos, brujas y otros miembros del inframundo paseaban entre el clamor—. ¿Aquí fuera?

Era como estar en la oscuridad, fuera de una habitación muy iluminada, pensó Kit. Y aunque Ty quizá no lo pudiera expresar así, Kit sospechaba que sentía lo mismo.

—Si pueden, nunca lo han demostrado —contestó.

Ty se volvió hacia él de repente. Su mirada se deslizó sobre la oreja de Kit sin llegar a encontrarle los ojos.

—Watson...

—Kit Rook y Ty Blackthorn —soltó una voz desde las sombras. Era Barnabas Hale, el director del Mercado—. La verdad es que supongo que no sois realmente Kit Rook y Ty Blackthorn, porque ellos nunca serían tan estúpidos para presentarse aquí.

—Eso parece un cumplido —dijo Ty, sinceramente sorprendido.

—Claro, tal vez no seamos nosotros —contestó Kit—. Quizá alguien se equivocó en todos los ingredientes de la pizza que has pedido.

Hale frunció el ceño, un poco picado. No había cambiado nada: bajo, con escamas en la piel y pupilas de serpiente. Llevaba un traje de raya diplomática, que Kit supuso que tendrían que haber arreglado mucho para que le cupiera.

El pouka había regresado con Hale. En silencio, se volvió a apoyar en la farola, y sus ojos brillaron tenebrosos.

—Demuéstrame que eres Kit Rook —exigió Hale—. ¿Cuál es la contraseña?

—No voy a decir eso. Nunca lo voy a decir —contestó Kit.

—¿Cuál es? —preguntó Ty.

—Déjanos pasar y ya está —dijo Kit—. No queremos líos.

Hale lanzó una seca carcajada.

—¿No queréis líos? ¿Vosotros dos? Me tomas el pelo. ¿Sabéis el caos que causasteis en Londres? Destrozasteis propiedades, atacasteis a vendedores, y tú —señaló a Ty— destruiste muchísima mercancía feérica. Os odio a los dos. Largaos.

—Escúchame un momento —insistió Kit—. ¿Recuerdas cuando aquella hada quemó la mitad del Mercado y al año siguiente le permitiste volver porque tenía un montón de cosas muy especiales? ¿Recuerdas el licántropo y la llama, y cómo acabó eso? Y no le prohibieron la entrada porque podía conseguir *yin fen*.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Hale con un suspiro—. Dios, ojalá tuviera un cigarro. He tenido que dejarlos.

—El espíritu del Mercado es sencillo —respondió Kit—. Todo está bien mientras haya ganancias. ¿Verdad?

—Claro —contestó Hale—. Y por eso tolerábamos a Johnny Rook. Y te tolerábamos a ti porque los cazadores de sombras aún no te habían

encontrado. Pero ahora ya lo han hecho, y todo eso de ir de aquí para allá hasta que descubras quién eres realmente...

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —preguntó Ty. El viento había arreciado y le agitaba el cabello como si fueran serpentinas.

—Nada es gratis —respondió Hale, con la brusquedad de un hombre que ha hablado demasiado y que está ansioso por encender el cigarrillo que no puede fumar—. Además, vuestro dinero no vale aquí, Rook. —Movi6 la mano señalando a Ty—. Podría conseguirte algo a cambio de tu delgado amigo en los círculos adecuados, pero no demasiado.

—Te6ricamente, ¿cuánto? —preguntó Ty, interesado.

Hale lo miró desdeñoso.

—No tan buen precio como el que podr6a conseguir por Emma Carstairs. E incluso m6s solo por su cabeza.

Ty palideci6. Kit lo not6. Ty record6 que el Mercado era, en realidad, un lugar realmente peligroso. Que todo eso era realmente peligroso.

Kit not6 que la situaci6n se le estaba escapando de las manos.

—Nada de cabezas. Mira, mi padre no confiaba en nadie, Hale. Ya lo sabes. Escondi6 sus objetos m6s valiosos por todo Los 6ngeles, enterrados en sitios en los que cre6a que nadie los encontrar6a nunca.

—Te escucho —dijo Hale.

Kit sab6a que esa era la parte m6s peliaguda.

—Hay uno aqu6 mismo, en el Mercado de Sombras. Una copia de los Pergaminos Rojos de la Magia, con rub6s incrustados.

El pouka lanz6 un largo y grave silbido.

—No solo te la dar6 a ti, sino que te la dar6 gratis —continu6 Kit—. Lo 6nico que tienes que hacer es volver a dejarnos entrar en el Mercado. Libre intercambio.

Hale men6 la cabeza con l6stima.

—Ahora s6 que me gustar6a fumarme un cigarro, para celebrarlo —respondi6—. Eso ya lo hemos encontrado, ni6o est6pido. Excavamos en el puesto de tu padre despu6s de que lo mataran los Mantid. —Se volvi6, luego se detuvo, y mir6 hacia atr6s por encima del hombro. La luna parec6a rebotar en las escamas de su blanca piel—. Todo esto os queda grande, cr6os. Largaos del mundo subterr6neo antes de que alguien os mate. Y ese alguien hasta podr6a ser yo.

Se humedeci6 los labios con una lengua b6fida. Kit se ech6 hacia atr6s, asqueado, mientras Hale se perd6a entre las multitudes del Mercado.

Kit no podía mirar a Ty. Se sentía como si se hubiera quedado sin aire, la impresión y la vergüenza luchando por la oportunidad de retorcerle el estómago.

—Lo... —comenzó.

—Deberías haberle dicho la contraseña —lo cortó el pouka.

Kit perdió la paciencia y lentamente alzó el dedo medio.

—¡Aquí tienes la contraseña!

Ty contuvo una carcajada y agarró a Kit por la manga.

—Vamos —dijo—. Salgamos de aquí.

* * *

—Es un orgullo comunicaros —dijo Horace Dearborn— que el Registro de Subterráneos que se propuso está listo para convertirse en realidad.

El murmullo que recorrió las filas de nefilim sentados en el Salón del Consejo era difícil de descifrar. A Diana le sonó como el rugido de un animal para alejar a otro de su presa.

Horace permanecía de pie, con las manos cruzadas a la espalda y una sonrisita neutra en el rostro. A su izquierda se hallaba Zara, con el uniforme completo de centurión y el pelo recogido como una corona en lo alto de la cabeza. A su derecha, Manuel, con una expresión cuidadosamente neutra y los ojos bailándole maliciosos. Parecían una horrible burla de un retrato de familia.

—Todos los Institutos tendrán un corto período de tiempo para registrar a sus subterráneos locales —explicó Horace—. Los directores de los Institutos deben alcanzar una cuota de registro, basada en su conocimiento de la población local de subterráneos, durante las primeras semanas después de que esta ley entre en vigor.

Diana dejó que las palabras le llegaran en oleadas de horror. No pudo evitar mirar a Jia, que ocupaba una alta silla de madera en el extremo del estrado. Su rostro era una máscara tensa, y Diana se preguntó si eso era aún más severo de lo que se había esperado que propusiera Horace.

—¿Y si los subterráneos se niegan? —preguntó alguien entre los asistentes.

—Entonces, se les negará la protección que reciben bajo los Acuerdos —contestó Zara, y Diana se quedó helada. No tener la protección de los Acuerdos significaba que un cazador de sombras podía matar a un subterráneo en medio de la calle sin ningún motivo y ese acto no le acarrearía

ninguna consecuencia—. Comprendemos que esto será un gran peso de trabajo para los Institutos, pero es importante que todo el mundo coopere, por el bien de todos los cazadores de sombras.

—A cada subterráneo registrado se le dará un número —continuó Horace—. Si un cazador de sombras para a un subterráneo por cualquier razón, le preguntará este número.

El murmullo en la sala sin duda era de mayor preocupación.

—Pensad en ello como una especie de carnet de identificación —dijo Manuel—. La seguridad y la responsabilidad son nuestras principales preocupaciones.

—¡Quiero oír a la Cónsul! —gritó Carmen Rosales Delgado, directora del Instituto de Ciudad de México. Era la madre de Cristina y se parecía mucho a su hija.

Horace pareció molestarse; técnicamente, como alguien que proponía una nueva ley, tenía el derecho de hablar durante unos minutos determinados sin que nadie lo interrumpiera. A Diana le pareció que ya llevaba hablando varios años.

Horace hizo un gesto áspero hacia Jia, que agarró con fuerza los brazos de su silla.

—En mi opinión, esta ley no es una buena idea —dijo—. Los subterráneos se resistirán contra lo que verán como un gran abuso por parte de los nefilim. Crea un ambiente de desconfianza.

—Eso es porque no confiamos en ellos —replicó Manuel. Se oyeron unas fuertes risas desde el fondo de la sala.

Diana no pudo aguantarlo más. Se puso en pie.

—¡Tengo una pregunta para el Inquisidor!

Horace le lanzó una mirada torva.

—Más tarde habrá tiempo para las preguntas y los comentarios, Diana.

A ella no le gustó el énfasis que ponía en su nombre. Como si lo encontrara desagradable. Seguramente Zara le había contado a su padre un montón de mentiras sobre ella; Diana la había humillado una vez delante de sus compañeros centuriones. Narcisistas como Zara no olvidaban los insultos.

—Dejad que hable —dijo Jia—. En el Consejo todos tienen voz.

Muy consciente de que todos la miraban, Diana comenzó.

—Esto puede parecer una pequeña acción, pero no les va a parecer pequeña a los subterráneos. Habrá repercusiones. Incluso si el Registro es temporal, siempre se encontrarán razones para continuarlo. Es difícil desmantelar ese tipo de estructura una vez se ha implantado. Podríamos

enfrentarnos a una situación en la que los subterráneos insistieran en que los cazadores de sombras también se registraran, para establecer una paridad. ¿Estáis preparados para que los nefilim tengan que llevar sus papeles a todas partes consigo?

Eso tuvo el efecto deseado. El Consejo estalló en un zumbido molesto.

—¡No! ¡Nunca! —soltó Dearborn.

—Entonces, en la práctica, lo que esta ley hace es situar a los subterráneos como una subclase —dijo Diana—. Tendremos derechos que ellos no. Pensadlo bien.

—¿Y por qué te molesta tanto esa idea, Diana Wrayburn? —preguntó Manuel con su voz suave y encantadora. Los ojos le brillaban como canicas—. ¿Hay algún subterráneo, quizá, al que tengas gran afecto y que te preocupa que resulte afectado?

—Muchos cazadores de sombras comparten afecto con muchos subterráneos —respondió Diana con calma—. No puedes separarnos de un grupo de seres humanos con los que tenemos más en común que con los mundanos.

Diana sabía la respuesta a eso: «Los mundanos no nos asustan. Son los subterráneos a los que tememos, y buscamos controlar lo que nos causa miedo». Pero era dudoso que Horace reconociera tal cosa. La miró con un claro desprecio mientras ella se sentaba.

—Sin duda es un asunto muy complejo —dijo Jia, poniéndose en pie—. Sugiero que retrasemos esta votación hasta la semana que viene, cuando el Consejo haya tenido tiempo de apreciar todas sus ramificaciones y consecuencias.

Horace dirigió su mirada de odio hacia ella, pero no dijo nada. En el Consejo se oyó un murmullo de alivio. Horace Dearborn sabía que no debía intervenir en contra de la opinión más popular durante una votación. Se quedó en el estrado mientras concluía la reunión, con sus seguidores rodeándolo en una espesa masa de gente.

Diana, sintiéndose inexpresablemente agotada, se dirigió a una de las salidas. Se sentía como si la hubieran requerido para presenciar una sangrienta ejecución en la que la víctima hubiera conseguido una semana de gracia; una mezcla de alivio y temor de lo que deparaba el futuro.

—¡Diana! —la llamó una voz con acento a su espalda. Diana se volvió y vio a la directora del Instituto de Barcelona, Trini Castel, acercándose a ella. Le puso encima una mano ligera como un pájaro—. Me ha impresionado lo que has dicho antes, Diana Wrayburn —afirmó—. Tienes razón en que los

derechos, los derechos de cualquiera, no es algo que se pueda pasar por alto con ligereza.

—Gracias —contestó Diana, bastante sorprendida. Trini Castel le dedicó una breve sonrisa y se alejó rápidamente, dejando a Diana con una perspectiva clara del estrado.

Zara estaba en el borde del mismo, con la mirada clavada en ella. Bajo la pálida luz que se filtraba por la ventana, el intenso odio que se reflejaba en su cara, más allá del que cualquiera pudiera sentir por un antiguo insulto, era claro como el día. Diana se apresuró a marcharse del salón.

* * *

La confluencia de líneas ley de la que Catarina sospechaba resultó estar en un pequeño parque del desierto, cerca de la autovía de Antelope Valley, famoso por sus enormes formaciones de arenisca. Tanto Helen como Aline parecieron sorprenderse de que Mark y Cristina estuvieran planeando salir de patrulla, pero no hicieron nada para detenerlos, como si aceptaran a regañadientes que patrullar era parte de la vida normal de un cazador de sombras, y que cuanto antes todo volviera a la normalidad, mejor.

El viaje desde Malibú en la camioneta de Diana, que esta había dejado en el aparcamiento del Instituto, le recordó a Cristina los largos paseos en coche que había hecho con Emma. Ventanillas bajadas, música a todo volumen, la playa convirtiéndose en autovía y después en desierto cuando el sol se ponía en un resplandor de fuego. Mark tenía las largas piernas apoyadas en el salpicadero y a veces volvía la cabeza para mirarla mientras avanzaban en silencio. El peso de su mirada era como piel contra piel; como una caricia.

El parque Vasquez Rocks cerraba por la noche, y el aparcamiento de tierra estaba vacío cuando Cristina entró allí con la camioneta y aparcó. Recogieron sus armas de la parte trasera del vehículo, se ataron los protectores de muñeca y se abrocharon los cinturones de armas. Cristina se colgó una espada larga y se guardó su leal navaja mariposa, mientras que Mark encontró un látigo negro grabado con runas. Lo hizo restallar un par de veces. Su rostro irradiaba placer al verlo serpentear contra el cielo del ocaso.

Antes de salir se habían dibujado las runas. Cristina pudo ver la runa de visión nocturna de Mark, brillándole oscura en el cuello, cuando pasaron bajo la luz de la caseta del guarda; de allí cruzaron hacia un camino de tierra que serpenteaba entre los matorrales y las rocas, que se retorcían y plegaban como sobres.

Cristina respiró hondo. De todas las cosas que le gustaban de California, el olor del desierto era su preferida: aire claro mezclado con enebro, manzanilla y salvia. El cielo se abría sobre ellos como un secreto revelado, salpicado de millones de estrellas.

Pasaron junto a una señal de madera que indicaba un sendero y una enorme formación rocosa se alzó ante ellos, casi ocultándoles la luna.

—La confluencia de las líneas ley —dijo Mark.

Cristina no le preguntó cómo lo sabía; las hadas notaban esas cosas. Se acercaron a las rocas, que se alzaban sobre ellos con forma de losas inclinadas, como los restos de una nave espacial que se hubiera estrellado contra el suelo. Las botas de Cristina hacían crujir la arena, con un sonido demasiado fuerte para su gusto, debido a la runa de audición.

Oyó un zumbido agudo, como de insecto, a su espalda. Se volvió. Mark tenía el ceño fruncido mirando el sensor que tenía en la mano.

—Está sonando, pero nunca antes he oído este zumbido —informó.

Cristina fue dando una vuelta lentamente. El desierto se extendía alrededor, una alfombra de colores negro, marrón y tenue dorado. El cielo era de terciopelo azul oscuro.

—No veo nada.

—Deberíamos esperar aquí —propuso Mark—. Por si vuelve a sonar.

Cristina no estaba de humor para quedarse bajo la romántica luna con Mark.

—Creo que deberíamos seguir.

—Cristina... —dijo Mark—... pareces molesta conmigo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Nada se te escapa, Mark Blackthorn.

Mark bajó el sensor.

—Anoche... no era que yo no quisiera... sí quería...

Cristina se sonrojó furiosamente.

—No es eso, Mark —replicó—. Puedes querer o no querer. Eso es asunto tuyo. Pero me mentiste.

—Los humanos mienten —repuso él, y sus ojos ardieron de repente—. Los mortales se mienten unos a otros todos los días, sobre todo en asuntos de amor. ¿Acaso mi mentira no fue convincente? ¿Debería practicar más?

—¡No! —Se volvió hacia él—. Me gusta que no mientas, Mark. Por eso estaba tan... Mark, ¿no lo entiendes? No esperaba que me mintieras.

—Me viste mentirle a Kieran —dijo él.

—Sí, pero eso era para salvar vidas —contestó ella—. A no ser que me estés diciendo que el no querer tener sexo conmigo tenía algo que ver con salvar vidas, lo que me costaría creer...

—¡No quería! —estalló Mark—. Hay algo que debes entender: quería estar contigo de esa manera, y de todas las maneras, y esto no es una mentira.

Cristina se sentó en una piedra baja. El corazón le latía con fuerza. Y acababa de decir la palabra «sexo», lo cual le daba mucha vergüenza.

—Entonces, no entiendo por qué lo hiciste —dijo con un hilillo de voz—. ¿Estabas tratando de evitarle un mal a alguien? ¿A Kieran?

—Estaba tratando de evitártelo a ti —contestó él con una voz dura y oscura, como el último hielo del invierno.

—¿Evitarme qué?

—¡Ya sabes quién eres! —gritó, sobresaltándola. Ella lo miró sin entenderle, porque no era una desconocida, ni para él ni para nadie. ¿Qué querría decir?—. Kieran te llamó princesa de los nefilim, y con razón —continuó él. La luna había salido completamente y el blanco plateado le rodeaba el cabello como un halo. También le iluminaba los ojos: muy abiertos, dorado, azul y cargados de dolor—. Eres uno de los mejores ejemplos de nuestra gente que he conocido nunca: luminosa, honesta, virtuosa. Eres todas las cosas buenas que se me ocurren, y todas las cosas que me gustaría ser y nunca seré. No quiero que hagas nada de lo que después te vayas a arrepentir. No quiero que luego te des cuenta de lo mucho que has bajado el listón yendo a por mí.

—¡Mark! —Se levantó de un salto y fue hacia él. Oyó el golpe de algo contra el suelo, y abrazó a Mark con fuerza.

Por un instante, él permaneció tenso y frío. Luego se relajó y le devolvió el abrazo, rozándole con los labios la mejilla y los suaves rizos que se le habían escapado de la trenza.

—Cristina —susurró.

Ella se apartó lo suficiente para acariciarle el rostro, resiguiéndole la línea de los pómulos con los dedos. Su piel tenía esa suavidad imposible de las hadas que era el resultado de nunca haber tenido que encontrarse con una cuchilla de afeitar.

—Mark Blackthorn —dijo ella, y se estremeció hasta la médula ante la mirada del muchacho—. Desearía que pudieras verte como te veo yo. Eres muchas cosas que nunca pensé desear, pero las deseo. Lo quiero todo contigo.

Él la estrechó con más fuerza; la acercó a él como si acercara un gran ramo de flores. La fue besando en la mejilla y el mentón hasta que, por fin,

sus bocas se unieron, ardientes bajo el frío aire, y Cristina soltó un gemido ahogado de deseo que atravesó a Mark como la punta de una flecha.

Mark sabía a miel y vino de hadas. Se tambalearon hacia atrás hasta dar con una pila de rocas. Las manos de Mark estaban sobre la chaqueta de ella; se la desabrochó, le metió las manos por dentro, bajo la camisa, como si buscara con desesperación el tacto de su piel. Le murmuró palabras como «hermosa» y «perfecta», y ella sonrió y le pasó la lengua lentamente por el labio inferior, y Mark ahogó un grito como si lo hubiera apuñalado. Ronroneó impotente y la apretó contra sí.

Y el sensor comenzó a sonar, con un zumbido fuerte y largo.

Se apartaron de golpe, jadeantes. Cristina se subió la cremallera de la chaqueta con manos temblorosas mientras Mark se agachaba torpemente para coger el sensor. Este sonó de nuevo, y ambos se volvieron en redondo, mirando.

—*No mames* —susurró ella. Otro zumbido insistente y algo la golpeó con fuerza en el costado.

Era Mark. La había tirado al suelo. Ambos rodaron hacia un lado sobre la áspera tierra mientras algo enorme y oscuro se alzaba sobre ellos. Unas alas negras se extendieron como sombras rasgadas. Cristina se alzó sobre el codo, sacó una daga grabada del cinturón y la lanzó.

Se oyó un fuerte graznido desgarrado. La luz mágica iluminó el cielo: Mark estaba de rodillas, con su piedra runa en la mano. Sobre ellos, un enorme demonio de cara blanca que arrastraba las plumas como una oscura capa andrajosa agitó las alas; el mango de la daga de Cristina le sobresalía del pecho. Su silueta comenzaba a borrarse; graznó de nuevo, rasgando el mango con una garra, y luego se dobló como un papel y desapareció.

—Un demonio Harpía —dijo Mark mientras se ponía en pie de un salto. Se agachó para ayudar a Cristina—. Seguramente se escondía entre las rocas. Por eso el sensor no lo captó muy bien.

—Deberíamos marcharnos. —Cristina miró alrededor—. Según el sensor, hay más por aquí.

Comenzaron a trotar hacia el camino de tierra. Cristina fue mirando hacia atrás para ver si algo los seguía.

—Solo quiero dejar muy claro que yo no he preparado la interrupción del demonio Harpía —dijo Mark—, y estaba sin duda ansioso por continuar con nuestro encuentro sexual.

Cristina suspiró.

—Me alegro de oírlo. —Cortó hacia un lado a través de un matojo de salvia. En la distancia, podía ver el brillo metálico de la camioneta.

Mark redujo el paso.

—Cristina, mira...

Ella miró alrededor.

—No veo...

—Mira hacia abajo —dijo él, y ella lo obedeció.

Recordó haber pensado que sus botas hacían un ruido raro al pisar la arena. En ese momento se dio cuenta de que había sido porque no era arena. Un oscuro paisaje iluminado por la luna se extendía en unos siete metros de radio. Las plantas suculentas y las salvias estaban marchitas, de color gris pálido como los huesos viejos. La arena parecía haber sido arrasada por un gran fuego, y había esqueletos de conejos y serpientes por todas partes entre las rocas.

—Es la peste —dijo Mark—. La misma peste que vimos en la Tierra de las Hadas.

—Pero ¿por qué está aquí? —preguntó Cristina, perpleja—. ¿Qué tienen que ver las líneas ley con la peste? Eso no es magia feérica, ¿verdad?

Mark negó con la cabeza.

—No...

Un coro de agudos aullidos cortó el aire. Cristina se volvió en redondo, creando una nube de polvo, y vio sombras que se alzaban en el desierto por todas partes. Un instante después, las pudo ver mejor. Eran como pájaros solo porque tenían alas. Lo que parecían plumas eran las colas de los negros harapos con los que se cubrían el cuerpo, blanco y esquelético. Tenían tantos dientes serrados en la boca que parecían estar sonriendo grotescamente. Los ojos eran como gruesos bulbos amarillos con dos pupilas negras.

—Pero el sensor... —susurró Cristina—. No ha funcionado. No ha...

—¡Corre! —exclamó Mark, y ambos corrieron mientras los demonios Harpía se lanzaban al aire chillando y riendo. Una roca cayó al suelo cerca de Cristina, y otra falló por pelos la cabeza de Mark.

Ella deseó volverse y hundir su navaja en el demonio más cercano, pero era demasiado difícil apuntar corriendo. Oyó a Mark maldecir mientras esquivaba piedras del tamaño de una pelota de baloncesto. Una golpeó dolorosamente a Cristina en la mano justo cuando llegaba a la camioneta y abría la puerta; Mark subió corriendo por otro lado, y durante un momento ambos se quedaron sentados jadeando, mientras las piedras llovían sobre la cabina de la camioneta como el granizo.

—A Diana no le va a gustar nada cuando se entere de cómo está su coche.

—Tenemos problemas más serios que eso. —Cristina metió las llaves en el contacto; la camioneta se puso en marcha con una sacudida, rodó hacia atrás... y se detuvo. El ruido de las piedras contra el techo de metal había cesado, y el silencio resultó de repente más inquietante—. ¿Qué está pasando? —preguntó, pisando el gas a fondo.

—¡Salta! —gritó Mark—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Cogió a Cristina del brazo y tiró de ella por encima del cambio de marchas. Ambos cayeron por la puerta del copiloto mientras la camioneta se alzaba en el aire. Cristina cayó sobre Mark de cualquier manera.

Rodó sobre sí y vio que los demonios Harpía habían cogido el coche; atravesaban con las garras los laterales de metal y entraban por las ventanillas. El vehículo cortó el aire mientras los demonios Harpía chillaban y reían. Lo llevaron bien alto en el cielo... y lo dejaron caer.

Descendió dando vueltas y se estrelló contra el suelo con un gigantesco estruendo de metal y vidrio; rodó varias veces por la arena y se quedó de medio lado. Una de las Harpías había bajado con él como si fuera una tabla de surf, y seguía agachada, gruñendo y carcajeándose sobre la carrocería de la camioneta volcada.

Cristina se puso de pie de un salto y fue hacia la camioneta. Al acercarse, notó el hedor de la gasolina derramada. La Harpía, demasiado estúpida para darse cuenta del peligro, volvió hacia ella su rostro macilento y sonriente.

—Las rocas son nuestras —le siseó—. Envenenado. El mejor lugar.

—¡Cállate! —soltó ella; desenvainó su espada y le cortó la cabeza.

El icor saltó a chorros incluso mientras el cuerpo se doblaba y desaparecía de la existencia. Los otros demonios aullaron y se lanzaron en picado. Cristina vio a uno ir directo hacia Mark y gritó su nombre; este saltó sobre una roca e hizo restallar el látigo. El icor dibujó una brillante raja en el pecho de la Harpía, que se estrelló contra la arena entre graznidos; pero otra de ellas ya estaba de camino. Mark le enrolló el látigo en el cuello y tiró con fuerza estrellándole la cabeza contra las piedras.

Algo golpeó a Cristina en la espalda y gritó cuando los pies se le alzaron del suelo. Una Harpía le había clavado las garras en la parte de atrás de la chaqueta y la estaba elevando en el aire. Cristina pensó en las historias sobre cómo las águilas se alzaban muy arriba en el cielo con sus presas y luego las soltaban para que se estrellaran contra el suelo. La tierra ya parecía estar alejándose de ella a una espantosa velocidad.

Con un grito de miedo y rabia, lanzó un tajo hacia arriba con la espada, y le cortó a la Harpía la garra por la articulación. El demonio gritó y Cristina cayó por el aire. Soltó la espada y agitó los brazos buscando a lo que agarrarse para frenar su caída...

Algo la cogió en el aire.

Ahogó un grito cuando una mano la cogió del codo y la alzó de lado para acabar dejándola sobre algo cálido y vivo: un caballo volador. Tragó aire y trató de agarrarse, hundiendo la mano en la crin de la criatura mientras esta descendía velozmente.

—¡Cristina! ¡Estate quieta!

Era Kieran el que gritaba.

El príncipe hada estaba a su espalda, rodeándole la cintura con un brazo para sujetarla contra sí. Lo que le pareció una descarga eléctrica la recorrió. Kieran tenía una mirada salvaje y el cabello de un profundo azul, casi negro. Cristina se dio cuenta, de repente, de que el caballo era *Windspear*, mientras este se colaba entre las Harpías hacia Mark.

—Kieran... cuidado... —gritó Cristina cuando los demonios Harpía volvieron su atención hacia *Windspear*; sus ojos amarillos y saltones brillaban como linternas.

Kieran abrió los brazos, y Cristina notó una potente descarga eléctrica recorrerla de nuevo. Un fuego blanco destelló y los demonios Harpía retrocedieron mientras *Windspear* tomaba tierra suavemente frente a Mark.

—¡Mark! ¡Conmigo! —gritó Kieran.

Mark lo miró y sonrió, una sonrisa de Cazador, de batalla, mostrando todos los dientes. Decapitó a la Harpía que lo acechaba con un tirón del látigo. Salpicado de sangre de icor, Mark saltó sobre el caballo detrás de Kieran y rodeó a este con los brazos. *Windspear* se lanzó hacia el aire y las Harpías lo siguieron, con las bocas abiertas, mostrando hileras de afilados dientes.

Kieran gritó algo en un idioma feérico que Cristina desconocía, y *Windspear* se inclinó en un ángulo que parecía imposible. El caballo se lanzó directo hacia arriba como una flecha, justo en el momento en que la camioneta, bajo ellos, finalmente estallaba y envolvía a los demonios en una gran corona de llamas.

«Diana se va a enfadar muchísimo por su camioneta», pensó Cristina, y se dejó caer sobre la crin de *Windspear* mientras el caballo hada dibujaba un círculo bajo las nubes y salía volando hacia el océano.

Kit nunca había estado en el tejado del Instituto de Los Ángeles. Tenía que admitir que la vista era mucho mejor que desde el del Instituto de Londres, a no ser que te encantaran los rascacielos. Ahí se podía ver el desierto, extendiéndose tras la casa hasta llegar a las lejanas montañas. Las cimas estaba iluminadas por la luz reflejada desde la ciudad que había al otro lado de la sierra; los valles estaban sumidos en una profunda oscuridad. El cielo brillaba cargado de estrellas.

Frente a la casa estaba el océano, con su terrible y magnífica inmensidad. Esa noche, el viento era como suaves dedos acariciando su superficie, dejando estelas de ondas de plata.

—Pareces triste —dijo Ty—. ¿Lo estás?

Se hallaban sentados en el borde del tejado, con las piernas colgando en el vacío. Seguramente, esa era la manera en que se suponía que debía haber vivido sus años de Instituto, pensó Kit, subiendo a lugares altos, haciendo cosas tontas y peligrosas que preocuparían a sus padres. Solo que él no tenía padres a los que preocupar, y las cosas peligrosas que hacía eran realmente peligrosas.

No estaba preocupado por sí mismo, pero sí por Ty. Ty, que lo miraba preocupado, recorriéndole el rostro con sus ojos grises, como si Kit fuera un libro que le estuviera costando leer.

«Sí, estoy triste —pensó Kit—. Estoy bloqueado y frustrado. Quería impresionarte en el Mercado de Sombras y me obcequé tanto en ello que olvidé todo lo demás. Por ejemplo, que no deberíamos estar haciendo esto. O que no puedo decirte que no deberíamos estar haciendo esto».

Ty le apartó el pelo de la cara a Kit, una especie de gesto ausente que hizo que algo lo recorriera, una sensación como la de haber tocado una valla electrificada. Se quedó mirando a Ty.

—Deberías cortarte el pelo. Julian le corta el pelo a Tavvy.

—Julian no está aquí —replicó Kit—. Y no sé si quiero que él me corte el pelo.

—No lo hace mal. —Ty dejó caer la mano—. Has dicho que tu padre tenía cosas ocultas por todo Los Ángeles. ¿Hay algo que pudiera ayudarnos?

«Tu padre». Como si Julian fuera el padre de Ty. Claro que, en cierto sentido, lo era.

—Nada nigromántico —contestó Kit.

Ty pareció decepcionado. Aún afectado por el calambrazo de la valla, Kit no podía soportarlo. Tenía que cambiar esa mirada de Ty.

—Mira... hemos probado a ir de cara. Ahora tendremos que probar al modo de los tramposos.

—No acabo de entender a los tramposos —comentó Ty—. He leído libros sobre ellos, pero no entiendo cómo la gente se deja engañar así.

La mirada de Kit cayó sobre el colgante dorado que le rodeaba el cuello a Ty. Aún tenía sangre. Parecían puntos de óxido.

—No se trata de que la gente crea lo que tú quieres que crean. Se trata de dejarles creer lo que quieren creer. De darles lo que creen que necesitan.

Ty alzó los ojos. Aunque no se encontraron con los de Kit, este pudo ver en ellos una expresión de incipiente comprensión.

«¿Lo ha captado?», pensó Kit, con una mezcla de alivio y aprensión.

Ty se puso en pie.

—Tengo que enviar un mensaje de fuego a Hypatia Vex —dijo.

Eso no era en absoluto lo que Kit había pensado que diría.

—¿Por qué? Ya ha dicho que no nos va a ayudar.

—Cierto. Pero Sombra dice que siempre ha querido dirigir el Mercado de Sombras. —Ty sonrió de medio lado, y por un momento, a pesar de la diferencia en el color del pelo, pareció Julian—. Es lo que necesita.

* * *

El cielo era la carretera y las estrellas marcaban senderos; la luna era una torre de vigía, un faro que guiaba a casa.

Hallarse sentado en el lomo de *Windspear* era, a la vez, totalmente extraño y totalmente familiar para Mark. Igual que rodear a Kieran con los brazos. Había atravesado muchos cielos del mismo modo, y la sensación de su cuerpo contra el de Kieran, la fuerza que manaba de él, el tenue olor a sal marina de su piel y su cabello, estaban grabados en la sangre de Mark.

Al mismo tiempo, podía oír a Cristina, oír su risa, verla mientras se inclinaba para señalar lugares de referencia que destellaban bajo ellos. Le había pedido a Kieran si podían volar sobre las letras de Hollywood y este había accedido; Kieran, que normalmente se esforzaba por llevar la contraria.

Y el corazón de Mark comenzó a revolotear al oír la reír; a revolotear al tocar a Kieran. De nuevo estaba entre ellos, igual que lo había estado en Londres, y aunque los nervios se le alteraban al pensarlo, no podía fingir que no se alegraba de que Kieran estuviera de vuelta.

Kieran hizo tomar tierra a *Windspear* en el aparcamiento de detrás del Instituto. Todo estaba en silencio, roto solo por el ruido de los grillos. Resultaba difícil creer que diez minutos antes habían estado enzarzados en una pelea a vida o muerte con demonios Harpía.

—¿Estás bien? —le preguntó Cristina, ceñuda, mientras bajaba del caballo—. No lo pareces.

Sobresaltado, Mark se dio cuenta de que Cristina estaba hablando con Kieran. Y de que tenía razón. Kieran había llegado al parque Vasquez Rocks casi restallando de energía. Era una especie de magia salvaje y maravillosa que Mark asociaba con la familia real, pero que nunca había visto emplear a Kieran.

Pero la energía parecía haberlo abandonado; se apoyaba sobre el costado de *Windspear*, jadeando. Tenía sangre en las manos y en el cuello de la camisa; su rostro había perdido el color.

Mark se acercó, vacilante. Recordó a Kieran diciendo que habían acabado.

—No me he dado cuenta de que te habías herido en el parque, Kier —dijo.

—No. Ha sido en el Escolamántico.

—¿Por qué te has ido? —preguntó Cristina.

—Tengo algo que decirlos. —Kieran hizo una mueca de dolor y palmeó a *Windspear* en el costado. El caballo relinchó y trotó hacia las sombras, mezclándose con la oscuridad.

—Primero tenemos que llevarte arriba. —Cristina miró a Mark como si esperara que se acercara a ayudar a Kieran. Al ver que no lo hacía, se puso junto a él y se pasó su brazo sobre los hombros—. Tenemos que ver cómo son esas heridas.

—Es importante... —comenzó Kieran.

—Esto también. —Cristina comenzó a caminar con Kieran apoyado en ella. Mark no pudo contenerse más; se colocó al otro lado de Kieran y juntos fueron hacia la casa, con el príncipe hada cojeando entre ellos.

—Gracias, Mark —dijo este en voz baja. Cuando Mark se atrevió a lanzarle una mirada de reojo, vio que no había rabia en los ojos de Kieran, pero ¿acaso no había estado enfadado con él la última vez que se vieron? ¿Habría olvidado que Mark le había hecho daño? No estaba en la naturaleza de los príncipes olvidar o perdonar.

Cristina estaba diciendo algo sobre agua y comida. La cabeza de Mark era como un torbellino, y por un instante, cuando entraron en la cocina, parpadeó confuso. Había pensado que irían a una de sus habitaciones. Cristina ayudó a

Mark a sentar a Kieran en una de las sillas antes de ir al fregadero para humedecer unas toallas y coger el jabón.

—Debo hablaros de lo que he sabido —insistía Kieran. Estaba sentado en el borde de la silla, todo piernas y brazos, ropa rara y ojos ardientes. El pelo le brillaba con un azul profundo. Parecía un hada fuera de lugar en el mundo de los humanos, y Mark sintió una punzada de dolorosa compasión mezclada con el miedo de que quizá él tuviera ese mismo aspecto.

—Déjame verte la cara. —Cristina tocó a Kieran con cuidado, y él se abandonó a su caricia, y Mark no pudo culparlo.

—¿Qué está pasando? —Era Helen, con una piedra runa en la mano—. ¿Hay alguien herido?

Mark y Cristina intercambiaron una mirada sobresaltada; Kieran miró a Mark y luego a Helen, y se dio cuenta de quién era.

—¿Nos estabas esperando? —preguntó Mark—. Son más de las doce.

—Estaba... No. —Helen bajó una mirada culpable hacia sus pantalones de deporte—. Quería un sándwich. —Miró de reojo a Kieran—. ¿Habéis cambiado la camioneta de Diana por un príncipe hada?

Kieran seguía mirándola con la misma cara, y Mark se dio cuenta de lo que estaría viendo: alguien que era evidentemente la hermana de Mark, así que sin duda era la Helen de la que Mark había hablado con dolor durante todos sus años en la Cacería.

Se puso en pie y fue hasta Helen. Le cogió la mano libre y se la besó en el dorso.

—La querida hermana de mi querido Mark. Me regocija verte bien y reunida con tu familia.

—Me cae bien —le dijo Helen a Mark.

Kieran le soltó la mano.

—¿Puedo expresar mi dolor por el deceso de vuestra hermana Livia? —dijo—. Es una pena ver una estrella tan brillante y hermosa apagarse tan prematuramente.

—Sí. —A Helen le brillaron los ojos—. Gracias.

«No lo entiendo». Mark se sintió como en un sueño. Se había imaginado a Kieran conociendo a su familia, pero no de este modo, y Kieran nunca había sido tan amable, ni siquiera en la imaginación de Mark.

—Será mejor que nos sentemos todos —dijo Helen—. Creo que debería oír lo que ha pasado esta noche en vuestra... patrulla normal. —Alzó una ceja mirando a Mark.

—Debo explicaros primero lo acontecido en el Escolamántico —dijo Kieran con firmeza—. Es imperativo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cristina—. Creía que allí estarías a salvo...

—Y lo estuve, durante un corto tiempo —contestó Kieran—. Luego la Cohorte regresó de Idris y me descubrió. Pero esa historia debe esperar. He venido a traeros nuevas. —Miró alrededor a sus rostros expectantes—. El Inquisidor de la Clave ha enviado a Emma y a Julian a Feéra en misión secreta. No esperan que ninguno de los dos regrese o sobreviva.

Mark se quedó helado.

—¿Qué quieres decir?

—Es una misión peligrosa; y han enviado a alguien detrás de ellos para asegurarse de que no la puedan cumplir... —Jadeante, Kieran se dejó caer en la silla, terriblemente pálido.

Mark y Cristina fueron a ayudarlo al mismo tiempo. Se miraron con cierta sorpresa sobre la inclinada cabeza de Kieran.

—¡Kieran, estás sangrando! —exclamó Cristina al sacarle la mano del hombro y verla totalmente roja.

—No es nada —repuso Kieran con aspereza. No era mentira, no exactamente... Mark estaba seguro de que él así lo creía, pero su rostro ceniciento y los ojos febriles contaban otra historia.

—Kier, no estás bien —dijo Mark—. Debes reposar. En tu estado, no puedes hacer nada por nadie.

—Estoy de acuerdo. —Cristina se puso en pie, con la mano aún manchada de la sangre de Kieran—. Voy a ocuparme de tus heridas inmediatamente.

* * *

—Has cambiado, hijo de los espinos —dijo la reina.

Había permanecido en silencio durante varios minutos mientras la sala se vaciaba de guardias y cortesanos. Incluso así, Julian no creía que estuvieran totalmente solos. ¿Quién sabía qué duendecillo o trasgo se escondería entre las sombras?

Julian había estado yendo de un lado para otro, impulsado por una inquietud que no podría explicar. Claro que poco podría explicar de lo que sentía esos días. Seguía unos impulsos, otros los contenía; sentía rabias y desagradados, e incluso esperanzas, pero no podría haber explicado el sentimiento que lo había llevado a matar a Dane o lo que había sentido

después. Era como si las palabras que necesitaba para describirlo hubieran desaparecido de su léxico mental.

Recordó que alguien le había dicho una vez que las últimas palabras de Sebastian Morgenstern habían sido: «Nunca me he sentido tan ligero». Él también se sentía ligero, después de dejar el peso del temor y el ansia constantes, que ya ni notaba de tanto que se había acostumbrado a cargar con ellos. Pero aun así, en su interior, la frase de Sebastian lo dejaba helado. ¿Era malo sentirse ligero?

En ese momento notó su impaciencia, y la seguridad, aunque distante, de que estaba jugando con fuego. Pero esa seguridad no iba acompañada ni de miedo ni de excitación. Era distante. Clínica.

—Estamos solos —dijo la reina—. Podríamos divertirnos.

En ese momento, la miró. El trono había cambiado, y ella también. Parecía estar envuelta en los cojines de un diván, con el cabello color cobre extendido alrededor. Estaba radiante y hermosa, las líneas de su perfil jóvenes y saludables, los ojos brillantes.

«Los ojos de la reina son azules. Los de Emma son castaños».

Pero eso no cambiaba lo que estaba viendo; los ojos de la reina al mirarlo eran del color de las joyas ojo de tigre. Su vestido era de satén blanco, y mientras arqueaba lentamente una pierna, deslizando los dedos del pie por la pantorrilla de la otra, se le abrió por la raja y dejó visibles sus piernas hasta la cadera.

—Esto es *glamour* —dijo Julian—. Sé lo que hay debajo.

Ella apoyó la mano en la barbilla.

—La mayoría de la gente no osaría hablarle así a la reina seelie.

—La mayoría de la gente no tiene algo que la reina seelie quiere —repuso Julian. Mirarla no le hacía sentir nada: era hermosa, pero no podría haberla deseado menos de haber sido una hermosa roca o un hermoso ocaso.

Ella entornó los ojos y estos volvieron a ser azules.

—Realmente eres indiferente —comentó—. Más parecido a un hada.

—Soy mejor —replicó él.

—¿De verdad? —La reina se incorporó lentamente y su vestido de seda volvió a su sitio—. Hay un dicho entre mi gente sobre los mortales a los que traemos aquí: «En la Tierra de las Hadas, como los mortales no sienten pena, tampoco pueden sentir alegría».

—¿Y por qué? —preguntó Julian.

Ella rio.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo atraemos a los mortales para que vivan entre las hadas y nos sirvan, hijo de los espinos? Escogemos a aquellos que han perdido algo y les prometemos lo que los humanos más desean, el fin de su dolor y sufrimiento. Pero no saben que una vez entran en nuestra tierra se hallan en una jaula y nunca más se sentirán felices. —Se inclinó hacia delante—. Estás en esa jaula, muchacho.

A Julian lo recorrió un escalofrío. Era atávico, primigenio, como el impulso que lo había llevado a escalar la pira de Livvy.

—Dices eso para despistarme, mi señora. ¿Qué hay de darme lo que me prometiste?

—¿Y qué te importa ahora el vínculo de *parabatai*? Al parecer, ya no te importa Emma. He visto cómo te miraba. Como si te echara de menos aunque estuvieras a su lado.

—Los vínculos —insistió Julian con los dientes apretados—. ¿Cómo se pueden romper? —Le dolía la cabeza. Quizá estuviera deshidratado.

—Muy bien. —La reina se inclinó hacia delante, dejando que su larga melena cayera por el costado del diván hasta el suelo—. Aunque puede que no te guste.

—Dime.

—La runa de *parabatai* tiene una debilidad con la que no cuenta ninguna otra, porque fue creada por Jonathan *Cazador de Sombras*, y no por el ángel Raziel —explicó la reina. Mientras hablaba dibujaba en el aire con el dedo, trazando lentas espirales—. Guardada en la Ciudad Silenciosa está la runa original de *parabatai*, la de Jonathan *Cazador de Sombras* y David *el Silencioso*. Si fuera destruida, todas las runas de *parabatai* del mundo se romperían.

Julian casi no podía respirar. El corazón le golpeaba dentro del pecho. Todos los vínculos del mundo. Rotos. Aún no podía explicar cuáles eran sus sentimientos, pero la intensidad de este lo hizo sentirse como si su propia piel se le estuviera quedando pequeña.

—¿Por qué no me tiene que gustar oír eso? —preguntó—. ¿Porque será difícil?

—Difícil, no: imposible. Oh, no siempre ha sido imposible —contestó la reina, mientras se sentaba y le lanzaba una sonrisita afectada—. Cuando te hablé de esto por primera vez, lo hice de buena voluntad. Pero las cosas han cambiado.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Julian—. ¿En qué han cambiado las cosas?

—Quiero decir que solo hay una manera de destruir la runa —respondió la reina—. Debe cortarla de punta a punta la Espada Mortal.



Algún lejano mar más feliz

La herida era larga pero no profunda, un corte en el brazo derecho. Kieran se hallaba sentado en la cama de uno de los cuartos de invitados del Instituto, con los dientes apretados. Cristina le había cortado la manga con su navaja mariposa, y Mark estaba apoyado contra la pared de al lado, observando nervioso.

Cristina se había sorprendido de lo musculado que tenía Kieran el brazo; incluso después de que él la hubiera cargado por Londres, Cristina había pensado en las hadas como seres delicados y de huesos finos. Y lo era, pero también había mucha solidez. Sus músculos parecían rodear con más fuerza el hueso que los de los humanos, lo que le daba al cuerpo una consistencia esbelta y elástica.

Con cuidado, Cristina acabó de limpiar la sangre del corte y pasó el dedo suavemente por la piel. Kieran se estremeció, cerrando los ojos, y ella se sintió culpable por causarle dolor.

—No veo ningún indicio de infección o que la herida necesite puntos —dijo—. Con un vendaje habrá suficiente.

Kieran la miró de reojo. En las sombras, era difícil distinguir su expresión. En la habitación solo había una lámpara, y tenía una densa pantalla.

—Lamento haberte causado esta molestia —dijo Kieran a media voz. Una voz nocturna, cuidadosa para no despertar a los que podían estar durmiendo—. A los dos.

—No nos has causado ninguna molestia —repuso Mark, y su voz estaba cargada de cansancio—. Nos has traído información que nos puede ayudar a salvar la vida de gente que amamos. Te estamos agradecidos.

Kieran frunció el ceño, como si no le gustara demasiado la palabra «agradecidos». Antes de que Cristina pudiera decir nada, un grito cortó la noche; un aullido de absoluto terror.

Incluso sabiendo de qué se trataba, Cristina no pudo evitar estremecerse.

—Tavvy —dijo.

—Está teniendo una pesadilla —confirmó Mark.

—Pobrecito —lo compadeció Kieran—. Los terrores nocturnos son, sin duda, muy tenebrosos.

—No será nada —dijo Mark, aunque se le ensombreció la expresión por la preocupación—. No estaba cuando murió Livvy, gracias al Ángel, pero creo que ha oído rumores. Quizá no deberíamos haberlo llevado al funeral. Ver las piras...

—Creo que esas cosas son un consuelo —dijo Cristina—. Pienso que permiten a nuestra alma despedirse.

La puerta crujió al abrirse (alguien debería encargarse de las bisagras), y Helen metió la cabeza, agobiada.

—Mark, ¿puedes ir a ver a Tavvy?

Mark vaciló.

—Helen, no debería...

—Por favor. —Helen se apoyó contra la puerta, exhausta—. Aún no está acostumbrado a mí y no para de llorar.

—Yo me encargaré de Kieran —dijo Cristina, con más seguridad de la que sentía.

Mark siguió a Helen fuera de la habitación con evidente reticencia. Incómoda por estar sola con Kieran, Cristina sacó una venda del botiquín y comenzó a enrollársela por la parte alta del brazo.

—Parece que siempre acabo curándote las heridas —dijo medio en broma. Pero Kieran no sonrió.

—Esa debe de ser la razón por la que anhele la caricia de tus manos.

Cristina lo miró sorprendida. Sin duda, deliraba más de lo que ella había creído. Le puso una mano en la frente: Kieran estaba ardiendo. Se preguntó cuál sería la temperatura normal de un hada.

—Tumbate. —Acabó de atar el vendaje—. Debes descansar.

El cabello le fue hacia delante cuando se inclinó sobre él. Kieran alzó la mano y le puso un mechón detrás de la oreja. Ella se quedó inmóvil, con el corazón disparado.

—He pensado en ti en el Escolamántico —dijo—. Pensaba en ti cada vez que alguien pronunciaba el apellido de Diego, Rosales. No podía dejar de pensar en ti.

—¿Y querías? —Le temblaba la voz—. ¿Querías dejar de pensar en mí?

Él le tocó el cabello de nuevo, y Cristina notó sus ligeros dedos allí donde le rozó la mejilla. La sensación le puso la piel de gallina.

—Sé que Mark y tú estáis juntos. No sé dónde encajo en todo eso. — Tenía las mejillas rojas por la fiebre—. Sé el mucho daño que os he hecho a ambos. Lo noté hasta la médula. No quiero volver a heriros a ninguno de los dos por segunda vez. Mañana me iré de aquí y no volveréis a verme.

—¡No! —exclamó Cristina con una fuerza que la sorprendió—. No te vayas, no solo.

—Cristina. —Le cubrió la mejilla con la otra mano. Tenía la piel caliente; Cristina veía las manchas de fiebre en las mejillas, en la clavícula—. Princesa. Estarás mejor sin mí.

—No soy una princesa —replicó ella; estaba inclinada sobre él, una de las manos apoyada en la manta. El rostro de Kieran estaba demasiado cerca del suyo, tan cerca que podía verle el oscuro borde de las pestañas—. Y no quiero que te vayas.

Él se incorporó hasta sentarse, aún con las manos rodeándole el rostro. Cristina ahogó un gritito y notó que su propia temperatura se disparaba con el calor de sus manos, que fueron moviéndose del rostro a los hombros, bajando hasta la curva de la cintura, tirando de ella hacia sí. Cristina se dejó caer sobre él, las caderas y los pechos apretados contra el cuerpo de Kieran. Él estaba tenso como la cuerda de un arco; tieso y arqueado bajo ella. Tenía las manos ardiendo de fiebre mientras se las pasaba por el cabello.

Ella apoyó las manos sobre el duro pecho del hada, que subía y bajaba rápidamente. La cabeza le daba vueltas. Quería besarle la fina piel de la mejilla, recorrerle el mentón a besos. Quería, y la intensidad de ese deseo la sorprendió.

Nunca había sentido nada tan intenso por nadie excepto Mark.

Mark. Se apartó de Kieran, casi cayéndose sobre la colcha.

—Kieran... yo... no deberíamos... tienes fiebre...

Él se dio la vuelta y la observó con ojos brillantes.

—Tengo fiebre —dijo—. Pero no estoy enloqueciendo. Hace mucho tiempo que deseo abrazarte.

—No hace tanto que me conoces —susurró ella, aunque sabía que estaba mintiendo de un modo muy humano, ocultando lo que quería decir detrás de irrelevancias. La verdad era que también deseaba a Kieran, y sospechó que ya hacía un tiempo que le pasaba—. Túmbate. Necesitas descansar. Ya tendremos tiempo para... hablar, si no te marchas. —Se sentó—. Prométeme que no te irás.

Kieran alejó la mirada de sus ojos, sus pestañas como rayos de una estrella oscura.

—No debo quedarme. Solo os traeré pesar a Mark y a ti.

—Prométemelo —susurró Cristina.

—Te prometo que me quedaré —dijo él al fin—. Pero no puedo prometerte que no te arrepentirás de habérmelo pedido.

* * *

Nene acompañó a Emma a la habitación donde Julian y ella habían dormido en su última visita a la corte seelie. Las paredes de cuarzo plateado palpitaban con una tenue luz, y el rosal que Emma recordaba había desaparecido. La cascada caía con fuerza por la pared de roca, como si la empujara una inundación, y se derramaba en un estanque a varios palmos por debajo del suelo.

—Fergus es muy amable al dejarnos usar su habitación —dijo Emma mientras Nene la hacía entrar.

—Fergus no tiene elección —contestó Nene, serena—. Es lo que la reina desea.

Emma parpadeó. Eso parecía extraño y nada prometedor. ¿Por qué le importaba a la reina dónde dormían? Su mirada vagó por el resto de la habitación: había una mesa donde podía dejar la mochila, y una especie de sofá hecho de parras trenzadas muy apretadas... Frunció el ceño.

—¿Dónde está la cama?

—Detrás de la cascada, en la alcoba de Fergus.

—¿Su qué?

—Su alcoba. —Nene señaló. Emma vio unos escalones que se metían por detrás de la cortina de agua. Al parecer, a Fergus le gustaba incluirla en la decoración del dormitorio—. ¿Qué tiene de malo una alcoba?

—Nada —replicó Emma—. Hasta estaba pensando en montarme una.

Nene le lanzó una mirada de sospecha antes de dejarla sola. Emma oyó la llave girar en la cerradura después de cerrada la puerta, y ni se molestó en probar el picaporte. Incluso si escapaba del dormitorio, no podría encontrar el camino por los pasillos. Y tampoco iba a ir a ningún sitio sin Julian, que, por su parte, quería estar ahí.

Lo último que le apetecía hacer era dormir, pero estando de misión había aprendido a echar una cabezada reparadora en cualquier momento. Se puso el camión y subió los escalones que se metían por detrás de la cascada. Conducían a una plataforma de piedra.

A pesar de su penoso estado de ánimo, Emma se quedó asombrada por la belleza del lugar. La cama era descomunal, cubierta de cojines blancos como nubes y pesadas colchas. La cascada caía por delante del pie de la cama como una cortina de plata resplandeciente; el estruendo del agua llenaba el lugar, y le recordó el choque de las olas contra la playa.

Se sentó en la cama.

—Bonito dormitorio —dijo a nadie en particular—. Perdón, alcoba.

Era hora de dormir, decidió. Se tumbó y cerró los ojos, pero la primera imagen que se reprodujo contra sus párpados fue la de Julian sujetando el cadáver de Livvy en el Salón del Consejo, con el pelo mojado de la sangre de la niña. Emma abrió los ojos de golpe y se dio la vuelta, sin saber cómo ponerse. No sirvió de nada; cuando intentó dormir de nuevo, vio los ojos abiertos y fijos de Dane mientras el kelpie clavaba los dientes en su cadáver.

Demasiado. Demasiada sangre, demasiado horror. Necesitaba a Julian; lo echaba de menos como si hubiera pasado una semana desde la última vez que lo había visto. Y en cierto modo, así había sido. Hasta sentía rara su runa de *parabatai*. Estaba acostumbrada a notar su energía, pero incluso antes de entrar en Feéra, intentar acceder a esa energía era como toparse con un muro en blanco.

Se volvió de nuevo y deseó que estuviera allí Cristina, con quien podría hablar. Cristina lo entendería. Pero ¿podría contarle incluso lo del hechizo que había dejado a Julian sin sentimientos? ¿Y lo de su pacto con la reina? Aunque hacer una copia del libro para las hadas había sido una idea brillante, pensó. Era a la vez lo suficientemente engañoso y literal considerar que la copia bastaba para sus objetivos. Había sido una pena que Julian no hubiese podido simplemente darle la copia a Horace, pero este se les habría reído en la cara. Incluso un Dearborn sabía qué aspecto tenía el papel de impresora. Horace no quería emplear los hechizos del libro; simplemente quería recuperar una propiedad que consideraba que Annabel había robado, el *Libro Negro* que había vivido durante muchísimos años en los estantes del Instituto de Cornwall.

Emma oyó abrirse la puerta, voces, los pasos de Julian en los escalones, y luego a él de pie junto a la cama; Emma no había pensado en que la luz que atravesaba la cortina de agua lo convertiría en una silueta de plata. Incluso su oscuro cabello era plateado, como si lo estuviera viendo con treinta años más.

Emma se incorporó hasta sentarse. Él no se movió ni pareció que fuera a decir algo. Se quedó mirándola, y cuando alzó la mano para apartarse el

cabello de la cara, Emma volvió a ver el jirón ensangrentado que llevaba en la muñeca.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó al fin—. ¿Has descubierto cómo romper todos los vínculos de *parabatai* del mundo?

—Resulta que no es posible. —Se apoyó contra el poste de la cama—. Debes de estar contenta.

—Sí. —Dio una patada a una de las alfombras al pie de la cama—. Es decir, es un alivio, pero tengo curiosidad por saber por qué de repente has decidido confiar en la reina seelie cuando nunca ha sido de fiar.

—Nunca nos ha traicionado —repuso Julian—. Hicimos un pacto con ella, pero no le trajimos el *Libro Negro*... hasta ahora.

—Les hizo cosas terribles a Clary y a Jace...

—Quizá no supieran cómo manejarla adecuadamente. —Sus ojos verde azulado brillaban en la oscuridad—. A la reina solo le importa la reina. No le interesa infligir dolor porque sí. Solo quiere lo que quiere. Si recuerdas eso, se puede tratar con ella.

—Pero ¿por qué hemos tenido que...?

—Mira, era evidente desde el principio que no podíamos confiar en Dearborn. Esto no es solo una misión secreta como las de Clary y Jace. Nos llevó a Brocelind él solo. Nos pasó por la puerta de Feéra sin que hubiera nadie más. Horace Dearborn no está de nuestro lado —dijo Julian—. Nos considera enemigos. Amantes de los subterráneos. Claro que piensa que le podemos devolver el *Libro Negro*, pero planea que muramos en el intento. ¿Qué crees que pasará, Emma, si volvemos a casa y no lo tenemos? De hecho, ¿crees que podremos regresar? ¿De verdad piensas que podemos confiar en un tipo esperándonos en el Cruce de Bram con órdenes de Horace?

Emma había estado tan inmersa en su rabia hacia Julian que no se había parado a pensar en cómo podrían regresar a casa desde la Tierra de las Hadas.

—Dane dijo que no era solo él —recordó—. ¿Crees que se refería a que habrá alguien en el Cruce de Bram esperándonos para matarnos?

—Podría haber alguien esperando para matarnos detrás de cada esquina —contestó Julian—. Dane era un idiota; fue a por nosotros demasiado pronto, antes de que tuviéramos el libro. Pero puede que no todos sean idiotas. Corremos peligro cada segundo. Si tenemos un trato con la reina, estamos bajo su protección.

—Necesitamos un aliado —resumió Emma—. Y la reina es rara, oportunista y terrible, pero es mejor que nada. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Todo plan tiene sus riesgos —contestó Julian—. No acudir a la reina era un riesgo. La estrategia se basa en escoger entre los riesgos. No hay una manera segura, Emma, no para nosotros. No desde que Horace nos llamó a su despacho.

—Y si regresamos con el auténtico *Libro Negro*, simplemente nos matará y se lo quedará —repuso Emma—. Ese ha sido siempre su plan.

—No —repuso Julian—. Ese era su plan cuando pensaba que iba a controlar nuestro regreso. Si nosotros decidimos cómo y cuándo regresamos, podemos ir a cualquier reunión del Consejo y mostrarles el *Libro Negro*, valientemente recuperado de las garras de nuestros enemigos, las hadas. Horace pensó que se podría librar de nosotros fácilmente porque habíamos caído en desgracia. Le será mucho más difícil hacerlo si regresamos triunfantes.

—Muy bien —contestó Emma—. Entiendo lo que crees que estamos haciendo. No sé si estoy de acuerdo en trabajar con la reina, pero al menos lo entiendo. Pero ¿sabes qué habría sido mejor? Que me incluyeras en la parte donde decidías qué riesgos íbamos a correr.

—No lo vi necesario —respondió él—. Te habrías preocupado, ¿y para qué?

Emma notó las lágrimas ardiéndole en los ojos.

—Este no eres tú. Tú nunca habrías dicho algo así.

A Julian le destellaron los ojos.

—Sabes que siempre he hecho lo que haya habido que hacer para mantenernos a salvo. Pensaba que entendías eso de mí.

—Esto es diferente. Recuerda, Julian. ¿Recuerdas lo que dijo Dane de que eres el tipo de chico que tenía a una chica de *parabatai*? —Se arrodilló sobre la cama, alzando la barbilla para mirarlo directamente a los ojos—. Por eso siempre te he querido, incluso antes de enamorarme de ti. Ni por un momento se te ocurrió pensar que tener a una chica como compañera de lucha fuera un menosprecio, nunca te comportaste como si yo no fuera completamente igual a ti. Ni por un momento me hiciste sentir que yo tenía que ser débil para que tú fueras fuerte.

Él apartó la mirada.

—Sabías que siempre éramos más fuertes juntos —continuó Emma—. Siempre me has tratado como si mi opinión fuera importante. Siempre has respetado mi capacidad de tomar mis propias decisiones. Pero ahora no estás comportándote así. No es que me hayas mentido en una tontería, Julian, es que has traicionado todo lo que juramos en nuestra ceremonia de *parabatai*.

Una cosa es no querer tratarme como a tu pareja, pero es totalmente diferente que no me trates como a tu *parabatai*.

Julian se arrodilló en la cama junto a ella.

—Esto no es lo que había planeado —dijo—. Me preocupaba que te negaras a venir a la corte seelie y solo trataba de actuar rápido. —El resplandor de la cascada cambió y el cabello de Julian volvió a ser negro; las pestañas le dibujaban sombras en las mejillas—. No tenía ni idea de que te enfadarías tanto... por todo.

—Claro que no tenías ni idea. —Tener a Julian tan cerca hacía que se sintiera como si le erizasen todos los nervios de cuerpo. Ambos estaban arrodillados, cara a cara; lo tenía tan cerca que podría haberlo abrazado sin inclinarse siquiera—. No tienes ni idea porque no tienes sentimientos. Porque has apagado todas tus emociones, no solo hacia mí, sino hacia todo. —«Hacia Livvy, incluso hacia Livvy», pensó—. Y eso finalmente se volverá en tu contra.

—No —dijo él.

—No ¿qué?

Él deslizó la mano sobre la cama hasta que sus dedos tocaron los de Emma. Su corazón se aceleró.

—No es cierto que no tenga ningún sentimiento. —Parecía perdido y un poco perplejo—. Pero no acabo de entender qué es lo que siento. Excepto que... necesito que no estés enfadada, Emma.

Ella no supo qué decir. Julian curvó los dedos para acariciarle el interior de la muñeca. Emma sintió como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se hubieran concentrado ahí. Le estaba tocando el pulso. El corazón.

—Lo lamento, Emma —dijo—. Lo lamento.

El corazón le dio un brinco. Con un pequeño grito, lo envolvió con los brazos; de rodillas, se abrazaron con fuerza. Incluyó la cabeza para besarla, y ella se quedó sin aliento.

Sabía cómo Emma se había imaginado que sabría la fruta de las hadas, más dulce que cualquier azúcar. El recuerdo de su primer beso hizo que le diera vueltas la cabeza; empapado de agua de mar, ansioso y desesperado. Este fue pausado, ardiente de lento deseo. Él le exploró la boca con la suya, acariciándole la mejilla con los dedos, alzándole la barbilla.

La acercó más a sí.

«Su cuerpo aún funciona —pensó Emma—. Con sentimientos o sin ellos».

Le produjo una terrible satisfacción. Él sentía algo por ella, aunque ese algo solo fuera físico.

Pero le había dicho que lo lamentaba. Seguramente, eso querría decir algo. Quizá el hechizo estuviera disipándose. Quizá no fuera permanente. Quizá...

La besó en la comisura de la boca, en el cuello. Notó sus suaves labios recorriéndolo mientras le cogía el bajo del camisón y comenzaba a subírselo.

«Deja que pase —le decía su cuerpo—. Toma todo lo que puedas de él, porque puede que no haya nada más».

Él le había metido las manos debajo del camisón. Sabía dónde le gustaba que la tocara. Sabía lo que la hacía estremecerse y besarla con más fuerza.

Nadie la conocía como Julian.

Emma abrió los ojos, con la visión empañada por el deseo. Se sobresaltó. Julian la miraba; sus ojos, también abiertos, mostraban una expresión fría y calculadora. Fue como si le hubiera lanzado un cubo de agua fría a la cara; casi le pareció ahogarse.

«Necesito que no estés enfadada», le había dicho.

Él seguía con las manos en la parte trasera de los muslos de ella, sujetándola contra sí.

—No lamentas nada, ¿verdad? —le murmuró Emma contra la boca.

Él cerró los ojos. Emma conocía ese gesto: estaba buscando la frase correcta. No la verdadera, sino la mejor, la más inteligente y efectiva. La que consiguiera lo que necesitaba y quería.

Ella siempre se había enorgullecido de la astucia de Julian; le encantaba y entendía que era necesaria. Era la honda de David: la única pequeña defensa de Julian contra un enorme mundo que se confabulaba contra su familia y contra él. Era la única manera que conocía de proteger lo que amaba.

Pero sin el amor como motor impulsor de todo lo que hacía, ¿de qué sería capaz? Un Julian sin sentimientos era un Julian que podía manipular a cualquiera, y lo haría.

Incluso a ella.

Julian se sentó sobre los talones y dejó caer las manos, con una expresión aún indescifrable. Antes de que pudiera decir nada, el ruido de alguien entrando en la habitación resonó desde abajo.

Saltaron de la cama, alarmados. Unos segundos después se hallaban, algo desaliñados, en los escalones que llevaban a la parte principal de la estancia.

Nene estaba allí, con una llave en la mano, mirándolos. Llevaba el uniforme de paje de la corte seelie. Cuando los vio, alzó sus cejas pálidas.

—¿Qué es lo que dicen los humanos? ¿He venido en un mal momento?

—No pasa nada —contestó Julian.

Su expresión había recuperado la normalidad, como si no hubiera sucedido gran cosa. Emma no sabía qué aspecto tendría su cara, pero sí sabía lo que sentía: como si le hubieran abierto un agujero en el centro del corazón.

—Me alegro de oírlo —repuso Nene, y avanzó hasta el centro de la habitación—. Porque debemos hablar ahora. Rápido, bajad aquí. La reina os ha traicionado, y hay muy poco tiempo para actuar.

* * *

Por fin, Tavvy se había dormido, aferrado a un libro y con el rostro aún húmedo de llanto. Mark estaba arrodillado, acariciándole el suave cabello. Helen sintió que le dolía el corazón de amor por Tavvy, de preocupación, de añoranza de Julian, que habría sido capaz de calmar los miedos de Tavvy en unos minutos y no horas como le costaba a Helen.

Mientras Mark tapaba a su hermanito con una manta, Helen abrió las ventanas para que entrara aire fresco en el dormitorio. No había tenido noticias de Julian ni de Emma desde que los dejaron atrás en Alacante, aunque Jia le juraba una y otra vez a Aline que estaban bien.

Y sin embargo, Helen pocas veces se había sentido tan lejos de su familia. Incluso en la isla de Wrangel, donde estuvo aislada del mundo, sabía que Julian estaba cuidando de ellos, de que eran tan felices como era posible, y su recuerdo de ellos, felices, le había servido de apoyo.

La realidad la había pillado por sorpresa. Sin Julian, miraban hacia ella, y Helen no tenía ni idea de para qué. Tavvy lloraba cuando lo tocaba. Dru la miraba mal. Ty casi no parecía ni enterarse de que estaba allí. Y Mark...

—No debería haberles permitido que nos separaran —dijo Helen—. En Idris. Cuando quisieron que Jules y Emma se quedaran, no debería habérselo permitido.

—La Clave lo impuso —contestó Mark, mientras se ponía en pie—. No tuviste alternativa.

—Siempre tenemos alternativas.

—No puedes culparte. Es muy difícil llevarle la contraria a Julian cuando se obceca. No hay quien le haga cambiar de opinión. Y quería quedarse.

—¿Lo crees de verdad?

—Creo que no quería regresar con nosotros. Estaba comportándose muy raro antes de que nos fuéramos de Idris, ¿no crees?

—No sabría decirlo. —Helen cerró las ventanas—. Julian siempre ha sido capaz de realizar sacrificios difíciles y ocultar el dolor que le pudieran causar.

—Sí —asintió Mark—, pero incluso cuando ocultaba cosas era cariñoso, no frío. Antes de irnos era frío.

Lo dijo sin ninguna duda. Miró a Tavvy de nuevo y se puso en pie.

—Tengo que volver con Kieran. Está herido, y Tavvy ya está tranquilo.

Helen asintió.

—Voy contigo.

Los pasillos del Instituto estaban oscuros y silenciosos. En algún lugar pasillo abajo, Aline dormía. Helen se permitió pensar por un instante en lo mucho que deseaba volver a la cama con su esposa, acurrucarse contra ella y olvidar todo lo demás.

—Quizá podríamos emplear una runa de familias —propuso Helen—. Algo que nos llevara hasta Julian.

Mark la miró confuso.

—Sabes que eso no funcionará más allá del límite de Feéra. Y Julian también tendría que llevar una.

—Claro. —Helen se sentía como años atrás, cuando Eleanor Blackthorn murió y ella se había quedado tan helada por dentro que hasta le costaba pensar—. Ya... ya lo sé.

Mark la miró preocupado mientras entraban en el dormitorio donde habían acomodado a Kieran. La habitación estaba en penumbra, y Cristina se hallaba sentada en una silla junto a la cama, cogiéndole la mano a Kieran. Este seguía bajo las mantas, aunque el pecho le subía y bajaba con la respiración rápida y regular de las hadas.

Helen sabía muy poco de Kieran, solo lo que Mark le había contado en unas cuantas conversaciones rápidas desde su regreso de Feéra, hasta que fueron a Idris. Allí, Mark y ella se habían quedado hablando en la casa del canal, después de acostar a Tavvy, y se enteró de toda la historia. Sabía lo complicados que eran los sentimientos de Mark hacia Kieran, aunque en ese momento, mientras Mark miraba al otro chico con preocupación, hubiera podido suponer que eran mucho más simples.

Pero nada era simple, ¿no? Helen captó la rápida mirada que Mark le lanzó de reojo mientras se sentaba junto a Cristina: preocupación, inquietud por Kieran, por Emma y Julian, por todos ellos. Había más que de sobra para repartir.

—Sé que querrás ir tras Julian —afirmó Helen—. A Feéra. Pero, por favor, no hagas nada a lo loco, Mark.

Los ojos de él ardían en la oscuridad. Azul y dorado, mar y sol.

—Haré lo que sea necesario para rescatar a Julian y a Emma. Si hace falta, volveré con la Cacería.

—¡Mark! —Helen se quedó horrorizada—. ¡Eso no!

—Haré lo que sea necesario —repitió él, y en su voz Helen oyó no al hermano pequeño que había criado, sino al adulto que había regresado de la Cacería Salvaje.

—Sé que has vivido con la Cacería durante años y sabes cosas que yo no sé —replicó Helen—, pero he estado en contacto con nuestra tía Nene y sé cosas que tú no sabes. Sé cómo os consideran en Feéra a Julian, a ti y a los otros: no como niños, sino como temibles enemigos. Luchasteis contra los jinetes de Mannan. Avergonzasteis al rey noseelie en su propia corte. Y Emma mató a Fal, que era casi como un dios entre las hadas. Aunque encontraréis algunos amigos allí, también encontraréis muchos, muchos enemigos.

—Eso siempre ha sido así —dijo Mark.

—No lo entiendes —soltó Helen en un áspero susurro—. Aparte de la de Idris, ahora todas las entradas a Feéra están vigiladas, y así ha sido desde el desastre en el Salón del Consejo. Las hadas saben que los nefilim las consideran responsables. Incluso si tomaras el camino de la luna, el pouka que lo vigila informaría inmediatamente de tu entrada, y al otro lado te recibirían con una espada.

—Entonces ¿qué propones? —quiso saber Mark—. ¿Dejar a tu hermano y a Emma que se pudran en Feéra? A mí me han dejado abandonado en Feéra, sé lo que se siente. Nunca permitiré que eso les pase a Emma y a Julian.

—No. Lo que propongo es ir yo. Yo no soy una enemiga de Feéra. Iré directa a Nene. Ella me ayudará.

Mark se puso en pie de un salto.

—No puedes irte. Los niños te necesitan aquí. Alguien tiene que cuidar de ellos.

—Aline puede cuidarlos. Ya está haciéndolo mejor que yo. Los niños ni siquiera me aguantan, Mark.

—Quizá no te aguanten, pero te quieren —replicó Mark con furia—, y yo te quiero. ¡Y no voy a perder más hermanos en Feéra!

Helen se irguió. Aunque ya no era ni mucho menos tan alta como su hermano, cosa que no le gustaba, lo miró fijamente a los ojos.

—Yo tampoco.

—Quizá tenga una solución —intervino Cristina—. La familia Rosales tiene una reliquia familiar. La llamamos la Eternidad, para indicar un tiempo que no tiene principio ni fin, como el tiempo en Feéra. Nos permitirá entrar allí sin que nos detecten.

—¿Me la dejarás? —preguntó Mark.

—No la tengo aún... y solo un Rosales la puede emplear adecuadamente, así que iré yo.

—Entonces, yo iré contigo —dijo Kieran, que se había incorporado sobre el codo. Tenía el cabello revuelto y unas oscuras ojeras.

—¿Estás despierto? —se sorprendió Mark.

—Llevo un rato despierto —admitió Kieran—. Pero he fingido dormir porque era una situación incómoda.

—Umm —dijo Helen—. Creo que esto es lo que Aline quiere decir con «sinceridad radical».

—Cristina no puede ir sola a Feéra —insistió Kieran—. Es demasiado peligroso.

—Estoy de acuerdo —repuso Mark. Miró a Helen—. Yo iré con Cristina y Kieran. Formamos un gran equipo nosotros tres.

Helen vaciló. ¿Cómo podía dejarlos ir hacia tal peligro? Y sin embargo, eso era lo que los cazadores de sombras hacían, ¿no?, correr hacia el peligro. Deseó desesperadamente poder hablar con su madre. Quizá la auténtica pregunta sería cómo podría detenerlos, sobre todo porque Mark y Kieran serían los mejores para recorrer Feéra. Enviar sola a Cristina sería enviarla a su muerte; enviarlos a todos significaba que podría perder a Mark además de a Julian. Pero no dejarlos ir representaba abandonar a Julian en Feéra.

—Por favor, Helen —rogó Mark—. Mi hermano fue a Feéra a salvarme. Yo tengo que poder hacer lo mismo por él. Ya he sido un prisionero antes. No me encierres tú también.

Mark tenía razón. Helen se rindió y se sentó antes de que se le saltaran las lágrimas.

—¿Cuándo partís?

—En cuanto Jaime venga con la reliquia —contestó Cristina—. Hace casi una hora que lo llamé con un mensaje de fuego, pero no sé cuánto va a tardar en llegar.

—¿Jaime Rosales? —preguntaron Mark y Kieran al mismo tiempo.

Helen los miró de uno en uno. Ambos parecían sorprendidos y un poco alerta, como celosos. Se sacó esa idea de la cabeza. Se estaba volviendo loca, seguramente por el estrés.

—Oh, Mark —comenzó. En momentos de estrés, la cadencia de su voz revertía a la ancestral formalidad de las hadas—. A mi corazón le pesa mucho verte marchar, mas supongo que es mi deber.

La mirada de Mark se dulcificó.

—Helen, lo siento. Prometo regresar a ti indemne, y traer a Julian y a Emma también a salvo.

Antes de que Helen le indicara que esa no era una promesa que pudiera realmente hacer, Kieran carraspeó para aclararse la garganta. El sonido era muy corriente y humano, y casi hizo sonreír a Helen, a pesar de todo.

—Hubiera deseado tener hermanos que me amaran tanto como os amáis el uno al otro —dijo, y sonó totalmente como un príncipe de las hadas. Pero rápidamente esa imagen se esfumó cuando carraspeó de nuevo y añadió—: Mientras tanto, Helen, debo pedirte que te levantes de mi pierna. Estás sentada encima y comienza a resultarme muy doloroso.

* * *

—Algunos monstruos son humanos —dijo Gwyn. Se hallaban en la habitación de Diana de la calle Flintlock. Ella estaba tumbada en diagonal sobre la cama, con la cabeza en el regazo de Gwyn, que le acariciaba el cabello—. Horace Dearborn es uno de ellos.

Diana pasó la mano sobre la lana de la túnica de Gwyn. Le gustaba verlo así: sin el casco o la cota de malla, solo un hombre en una gastada túnica y botas sucias. Un hombre con orejas de punta y un ojo de cada color, pero Diana ya había dejado de ver todo eso como una rareza. Solo eran partes de Gwyn.

—Estoy convencida de que en el Consejo hay gente buena —aseguró Diana—. Están asustados. De Horace y también de sus siniestras predicciones. Y está claro que ha conseguido mucho poder en muy poco tiempo.

—Ha convertido Idris en un lugar que ya no es seguro —dijo Gwyn—. Me gustaría que dejaras Alacante, Diana.

Ella se sentó, sorprendida.

—¿Dejar Alacante?

—He visto mucha historia —comenzó él—. Se aprueban leyes terribles que serán derogadas después de mucho sufrimiento. La cerrazón de miras y el miedo siempre tienen un modo de ganar. Me has dicho que tanto Horace como su hija no te aprecian.

—No —contestó Diana—. Aunque no sé por qué...

—Temen tu influencia —repuso Gwyn—. Saben que hay gente que te escucha. Eres muy persuasiva, Diana, y también brillantemente sabia.

Ella le hizo una mueca.

—Adulador.

—No te estoy adulando. —Se puso en pie—. Temo por ti. Puede que Horace Dearborn aún no sea un dictador, pero ansía serlo. Su primer paso será eliminar a todos aquellos que están contra él. Actuará para extinguir primero las luces más brillantes, aquellos que iluminan el camino a los otros.

Diana se estremeció. Oía los cascos del caballo de Gwyn yendo de un lado al otro en su tejado.

—Estás amargado, Gwyn.

—Es muy posible que no siempre vea lo mejor de las personas —contestó él—, ya que cazo las almas de los guerreros muertos en la batalla.

Diana alzó las cejas.

—¿Estás haciendo un chiste?

—No. —La miró perplejo—. Lo digo en serio. Diana, déjame alejarte de aquí. En Feéra estaríamos a salvo. Por las noches, las estrellas son de mil colores y durante el día los campos están cubiertos de flores.

—No puedo, Gwyn. No puedo abandonar esta lucha.

Él volvió a sentarse en la cama, y dejó caer la enmarañada cabeza, cansado.

—Diana...

Después de tanto tiempo, le resultaba extraño sentir el deseo de estar cerca de alguien, física y emocionalmente.

—¿No me dijiste que la primera vez que me viste te interesé porque era valiente? ¿Querrás que ahora sea una cobarde?

Él la miró directamente, con una desnuda emoción en su marcado rostro.

—Ahora es diferente.

—¿Y por qué va a ser diferente?

La cogió por las caderas con sus grandes manos.

—Porque sé que te amo.

El corazón de Diana le aleteó dentro del pecho. No se había esperado esas palabras de nadie; había considerado que ese era el precio que debía pagar por ser transgénero y nefilim. Sin duda nunca se habría esperado oírlas de alguien como Gwyn, que sabía todo lo que había que saber sobre ella, que no podía mentir, que era un príncipe de la magia salvaje.

—Gwyn —exclamó, y le tomó el rostro entre las manos mientras se inclinaba para besarlo. Él se fue dejando caer hacia atrás, arrastrándola lentamente consigo hasta que estuvieron tumbados sobre la cama. El corazón de Diana latía con fuerza contra la aspereza de la túnica de Gwyn. Él se curvó sobre ella, y su gran corpachón la cubrió con una sombra, y en esa sombra, Diana cerró los ojos y se dejó llevar por el movimiento de los suaves besos y caricias, que se volvieron más dulces y más intensos, hasta que ambos alcanzaron un lugar donde el miedo había desaparecido, donde solo se da la dulce alianza de las almas que han dejado atrás la soledad.

* * *

Helen había ido a explicarle a Aline lo que estaba ocurriendo. Mark no sabría decir qué hora era, pero ya no entraba la luz de la luna por la ventana. Estaba sentado en la cama junto a Kieran, y Cristina se había acurrucado en la silla, al lado.

Había evitado mirarla a los ojos. Sabía que no había hecho nada malo besándola, ni ella besándolo a él. Recordó la última vez que había hablado con Kieran a solas, en el Santuario de Londres. Recordó cómo Kieran había tocado la cabeza de flecha élfica que Mark llevaba al cuello. De algún modo, se había convertido en un símbolo de los dos. Lo que Kieran le había dicho entonces todavía le resonaba en los oídos: «Habremos terminado el uno con el otro».

No sabía si podría explicarle a Kieran lo que sentía, o incluso a Cristina. Sabía que no sentía haber «terminado», ni con Kieran ni con Cristina, en caso de que Kieran escogiera volver con él.

—¿Te encuentras mejor, Kieran? —le preguntó en voz baja.

—Sí, Cristina es muy buena enfermera.

Ella puso los ojos en blanco.

—Solo te he puesto una venda. No exageres mis habilidades.

Kieran miró con tristeza su brazo vendado.

—Me siento un poco raro sin manga.

Mark no pudo evitar una sonrisa.

—Estás muy elegante. A los mundanos les encanta ese estilo de solo una manga.

Kieran lo miró sorprendido.

—¿De verdad?

Mark y Cristina rieron. Kieran frunció el ceño.

—No deberíais burlaros de mí.

—Siempre nos burlamos de todos —replicó Cristina bromeando—. Eso es lo que hacen los amigos.

El rostro de Kieran se iluminó al oírla, tanto, que Mark sintió un doloroso impulso de abrazarlo. Supuso que los príncipes de Feéra no tenían amigos; en realidad, nunca habían hablado de ello. Hubo un tiempo en que eran amigos, pero el amor y el dolor transmutaron esa amistad de un modo que Mark supo inevitable. Había personas que se enamoraban pero seguían siendo amigos: Magnus y Alec, o Clary y Jace, o Helen y Aline.

La sonrisa de Kieran se había borrado. Se movía inquieto bajo las mantas.

—Tengo que deciros algo a ambos. Necesito explicarme.

Cristina puso cara de preocupación.

—No si no quieres...

—Es sobre el Escolamántico —dijo Kieran, y todos callaron.

Escucharon mientras Kieran les hablaba del Lugar Hueco. Mark tendía a embeberse en las historias de otra gente. Siempre había sido así, desde niño, y recordaba lo mucho que le había gustado que Kieran le contara historias cuando estaban en la Cacería; cómo se quedaba dormido con las manos de Kieran en el pelo y su voz en los oídos, mientras este le hablaba de Bloduwedd, de la princesa hecha de flores, del gran caldero negro que resucitaba a los muertos o de la batalla entre Gwyn ap Nudd y Herne *el Cazador*, que había hecho estremecer a los árboles.

Cristina nunca se ensimismaba de esa manera con los cuentos, pensó Mark; ella seguía en la realidad, y su expresión se fue ensombreciendo y sus ojos abriéndose de horror mientras Kieran les explicaba lo que le había hecho la Cohorte, la lucha junto al estanque, el modo en que Diego lo había salvado y cómo él había escapado de la biblioteca.

—Son horribles —exclamó Cristina, casi antes de que Kieran acabara de hablar—. Horribles. ¡Que sean capaces de llegar tan lejos...!

—Debemos averiguar cómo están Diego y los otros —dijo Mark, aunque Diego Rocío Rosales distaba mucho de estar en su lista de favoritos—. Comprobar que estén bien.

—Escribiré a Diego —dijo Cristina—. Kieran, lo lamento mucho. Pensé que en el Escolamántico estarías a salvo.

—No podías saberlo —repuso Kieran—. Mientras estaba allí, reñía a Diego por no planear nada de cara al futuro, pero aquel no era un futuro que nadie pudiera haber imaginado.

—Kieran tiene razón. No es culpa tuya —afirmó Mark—. La Cohorte está fuera de control. Supongo que ha sido uno de ellos el que ha seguido a Emma y a Julian a la Tierra de las Hadas.

Kieran apartó las mantas con un gesto brusco y repentino.

—Les debo a Emma y a Julian ir tras ellos. Ahora lo entiendo. Me arrepentí de lo que había hecho incluso antes de que el agua del estanque me tocara. Pero nunca pude testificar. No tuve la oportunidad de ganarme su perdón o de compensarlos por lo que hice.

—Emma ya te ha perdonado —dijo Cristina.

Kieran no parecía convencido.

—Quiero enseñaros algo —dijo entrecortadamente.

Cuando ni Mark ni Cristina se movieron, se arrodilló en la cama y se volvió hacia el otro lado; luego se levantó la camisa para mostrarles la espalda. Mark oyó cómo Cristina tragaba aire al ver la piel de Kieran.

Estaba cubierta de marcas de latigazos. Parecían muy recientes, solo de unas semanas, habían dejado de sangrar pero todavía tenían un color escarlata.

Mark tragó saliva. Conocía cada una de las cicatrices de la piel de Kieran. Esas eran nuevas.

—¿La Cohorte te azotó? —preguntó en un susurro.

—No —contestó Kieran. Se bajó la camisa, pero siguió mirando hacia la pared—. Esas marcas me aparecieron en la espalda cuando me tocó el agua del estanque. Son de Emma. Las llevo ahora como un recordatorio del dolor que ella no habría sufrido de no haber sido por mí. Cuando el agua del estanque me mojó, sentí todo su miedo y su dolor. ¿Cómo puede perdonarme eso?

Cristina se puso en pie. Los ojos le brillaban de angustia, y apoyó muy suavemente la mano sobre la espalda del príncipe.

—Kieran. Igual que todos tenemos una infinita capacidad de cometer errores, también tenemos una infinita capacidad para perdonar. Emma lleva esas cicatrices alegremente, porque para ella son una señal de valor. Permite que sean lo mismo para ti. Eres un príncipe de Feéra. Te he visto ser tan valiente como el que más. A veces, lo más valeroso que podemos hacer es enfrentarnos a nuestros propios sentimientos.

—«Eres un príncipe de Feéra». —Kieran esbozó una leve sonrisa, aunque torcida—. Alguien más me ha dicho eso mismo esta noche.

—Aceptar que se han cometido errores y tratar de corregirlos es todo lo que podemos esperar —insistió Mark—. A veces podemos tener las mejores

intenciones; en tu caso, estabas tratando de salvarme la vida cuando acudiste a Gwyn e Iarlarth, pero el resultado fue terrible. Todos teníamos las mejores intenciones cuando acudimos a la reunión del Consejo, y ahora Livvy está muerta y Alacante en manos de la Cohorte.

Con una mueca de dolor, Kieran se volvió hacia ellos.

—Os juro que lucharé hasta mi último aliento para ayudaros a salvar a los que amáis.

Cristina sonrió, claramente conmovida.

—Por ahora, centrémonos en Julian y Emma —dijo—. Te estaremos muy agradecidos por estar con nosotros en Feéra mañana.

Mark se llevó las manos a la nuca y se desató el dardo élfico.

—Quiero que lleves esto, Kieran. No debes estar indefenso nunca más.

Kieran no cogió el dardo.

—Te lo di porque deseaba que lo tuvieses.

—Y ahora yo quiero que lo tengas tú —repuso Mark—. Hay muchos que pretenden hacerte daño, tanto aquí como en Feéra. Quiero tener la seguridad de que siempre tendrás un arma cerca.

Kieran estiró la mano lentamente y cogió el colgante.

—Entonces lo llevaré, si eso te complace.

Cristina lanzó una insondable mirada a Mark mientras Kieran se pasaba el colgante por la cabeza. Algo en su expresión indicaba que se alegraba de la generosidad de Mark.

Kieran se pasó las manos por el pelo, que se le escapaba entre los dedos en mechones azul oscuro.

—El agotamiento me reclama —dijo—. Lo siento.

En la Cacería, Mark hubiera cogido a Kieran entre sus brazos. Habrían sido el uno para el otro como almohadas contra el duro suelo.

—¿Quieres que te preparemos una cama de mantas en el suelo? —le ofreció Mark.

Kieran alzó la mirada; los ojos le brillaban como espejos bruñidos: uno negro y otro plateado.

—Creo que podré dormir en la cama si te quedas conmigo.

Cristina se puso muy roja.

—Muy bien —dijo—. Entonces, os doy las buenas noches...

—No —la cortó Kieran rápidamente—. Tú también. Quiero que os quedéis los dos conmigo.

Mark y Cristina intercambiaron una mirada. Mark pensó que era la primera vez que miraba realmente a Cristina desde que habían regresado de

Vasquez Rocks. Antes se había sentido demasiado incómodo, demasiado avergonzado de su propia confusión. En ese momento, se dio cuenta de que ella estaba igual de sonrojada y confusa que él.

Kieran hundió los hombros.

—Si no queréis, lo entenderé.

Fue Cristina la primera que se sacó los zapatos y subió a la cama junto a Kieran. Aún llevaba los vaqueros y un top corto, con uno de los tirantes roto por un demonio Harpía. Mark se tumbó en la cama al otro lado de Kieran, y le puso la mano bajo la cabeza.

Durante un momento, permanecieron en silencio. El calor del cuerpo de Kieran le resultaba muy familiar a Mark, tanto que le costó no acurrucarse contra él, cubrirlos a ambos con las mantas y olvidarlo todo en la oscuridad.

Pero Cristina estaba allí, y su presencia parecía cambiar la composición de los átomos del aire, el equilibrio químico entre Kieran y Mark. Ya no era posible caer en el olvido. El momento era ese, y Mark sentía la cercanía de Kieran con una intensidad que no había sentido desde que se conocieron, como si el reloj hubiera retrocedido en su relación.

Y también sentía la cercanía de Cristina, y de un modo igual de intenso. Un deseo tímido y torpe lo mantenía clavado en el sitio. Le lanzó una mirada y vio el brillo de su oscuro cabello sobre la almohada y un hombro desnudo. El calor confundió los pensamientos de Mark.

—Soñaré con las Borderlands —dijo Kieran—. Adaon tenía una cabaña allí, en las tierras que no son seelie ni noseelie. Una casita de piedra, con rosas trepando por las paredes. En la Cacería, cuando tenía hambre y frío, me decía a mí mismo que nada de aquello era real, y trataba de hacer que esa cabaña fuera real en mi cabeza. Me imaginaba que estaba allí, mirando por la ventana, y no donde estaba en realidad. Se convirtió en más real para mí que la propia realidad.

Cristina le acarició la mejilla suavemente.

—*Ya duérmete* —murmuró—. Duérmete, tontorrón.

Mark no pudo evitar una sonrisa.

—¿Alguien te había llamado tontorrón antes, príncipe Kieran? —susurró mientras Cristina cerraba los ojos para dormir.

Pero Kieran estaba mirando a Cristina, con el cabello revuelto y una mirada dulce de cansancio y de algo más.

—Creo que es la muchacha más hermosa que he visto nunca —dijo con voz pensativa.

—Siempre he pensado lo mismo.

—Ahora os comportáis entre vosotros de un modo diferente —comentó Kieran—. Es evidente. Habéis estado juntos mientras yo me hallaba fuera.

No era algo sobre lo que Mark fuera a mentir nunca.

—Eso es cierto.

Kieran acarició el pelo de Mark. Una caricia suave, pero que lanzó una lluvia de chispas sobre todo su cuerpo. La boca de Kieran era una curva somnolienta y suave.

—Esperaba que así fuera —repuso—. Esa idea me consolaba mientras estaba en el Escolamántico.

Kieran se acurrucó bajo las mantas y cerró los ojos, pero Mark se quedó despierto durante un largo rato, mirando al vacío.

12

Bajo el cielo

Mark, Cristina y Kieran se hallaban en la biblioteca, preparando el equipaje para partir hacia Feéra. Casi todos los demás estaban también allí; faltaba Dru, que se había llevado a Tavvy a la playa para distraerlo. De todas formas, Kit dudaba de que hubiera querido quedarse para verlos marchar.

Kit lo sentía por ella. Aún tenía los ojos rojos cuando había salido con Tavvy y una bolsa llena de juguetes y cubos de playa, aunque su voz era alegre cuando le prometió a Tavvy que lo ayudaría a construir un castillo de arena.

Pero aún lo sentía más por Ty.

No era solo que Mark iba a regresar a la Tierra de las Hadas. Eso ya era bastante malo, pero también estaba por qué iba. Cuando Mark y Helen les explicaron que Emma y Julian se encontraban en una misión en las Tierras Inmortales y necesitaban ayuda, Kit se tensó de pánico. Ty no solo quería a Julian; lo necesitaba del modo en que los niños necesitan a sus padres. Después de lo que había pasado con Livvy, ¿cómo soportaría esto?

Había sido en la cocina, a primeras horas de la mañana, con la estancia inundada de sol. En la mesa aún se hallaban los restos del desayuno, y Dru jugaba con Tavvy, haciendo minicuchillos serafines con trozos de tostada mojados en mermelada. De repente, Aline se había puesto en pie, como si hubiera recibido alguna silenciosa señal de Helen, y se había llevado a Tavvy fuera, prometiéndole enseñarle su libro ilustrado favorito de la biblioteca.

Y entonces Helen les explicó lo que estaba ocurriendo. Mark y Cristina hicieron algún comentario de vez en cuando, y Kieran permaneció en silencio junto a la ventana, con el cabello azul oscuro salpicado de mechones blancos.

Cuando acabaron, Dru lloraba en silencio. Ty también guardaba silencio, pero Kit pudo verle la mano derecha bajo la mesa: la movía como un pianista, estirando y cerrando los dedos. Se preguntó si Ty se habría olvidado de sus juguetes de manos; lo que en internet llamaban juguetes sensoriales o para

autistas. Miró alrededor buscando algo que le pudiera pasar a Ty. Mark se inclinó hacia él y le hizo una suave caricia en la cara.

—Tiberius —dijo—. Y Drusilla. Sé que esto es duro para vosotros, pero regresaremos con Julian y entonces volveremos a estar todos juntos.

Dru trató de sonreírle.

«No digas eso —pensó Kit—. ¿Y si no lo podéis traer de vuelta? ¿Y si muere mientras está en Feéra? Hacer promesas que no se pueden cumplir es peor que no hacer ninguna».

Ty se levantó y salió de la cocina sin decir ni palabra. Kit comenzó a apartar su silla, pero enseguida se detuvo. Quizá no debería ir detrás de Ty. Tal vez este no quisiera que lo hiciera. Cuando alzó la mirada, vio que tanto Mark como Cristina lo estaban observando; de hecho, hasta Kieran lo observaba, con sus inquietantes ojos claro y oscuro.

—Deberías ir con él —dijo Mark—. Es a ti a quien quiere.

Kit parpadeó y se puso en pie. Cristina le sonrió dándole ánimos mientras salía de la cocina.

Ty no se había ido lejos; se hallaba justo fuera, en el pasillo, apoyado contra la pared. Estaba con los ojos cerrados y movía los labios en silencio. Tenía un bolígrafo retráctil en la mano derecha y presionaba el botón superior sin parar, una y otra vez, clic, clic, clic.

—¿Estás bien? —preguntó Kit, rondando incómodo delante de la puerta de la cocina.

Ty abrió los ojos y lo miró.

—Sí.

Kit no dijo nada. Le parecía de lo más improbable que, en ese momento, Ty estuviera bien. Era demasiado. Perder a Livvy, y ahora el miedo de perder a Julian y a Mark, y a Emma y a Cristina. Se sintió como si estuviera contemplando la desaparición de la familia Blackthorn. Como si la destrucción que Malcolm había deseado para ellos estuviera ocurriendo en esos momentos, incluso después de la muerte del brujo, y todos fueran a encontrar la perdición, uno a uno.

«Pero no Ty. Por favor, no le hagas esto a Ty. Es bueno y se merece algo mejor».

Aunque Kit sabía muy bien que la gente no siempre lograba lo que se merecía. Esa era una de las primeras cosas que había aprendido en la vida.

—Estoy bien —insistió Ty, como si pudiera oír las dudas de Kit—. Tengo que estar bien para Livvy. Y si algo les pasa a Mark o a Julian, o a Emma, en

Feéra, tampoco importa, porque los podemos traer a todos de vuelta. Tenemos el *Libro Negro*. Los podemos resucitar a todos.

Kit se lo quedó mirando. Oía un pitido en la cabeza de pura perplejidad. Ty no lo decía en serio, se dijo. No podía decirlo en serio.

La cocina se abrió a su espalda y salió Mark; dijo algo que Kit no oyó y luego fue hasta Ty y lo rodeó con los brazos.

Ty respondió al abrazo, con la frente contra el hombro de Mark. Aún agarraba el bolígrafo. Kit vio de nuevo los morados en las manos y las muñecas de Ty, los que debía de haberse hecho subiendo a la pira en Idris. Resaltaban tan intensos en contraste con su pálida piel que Kit hasta creyó notar el dolor también.

Y ahora, Kit y Ty estaban sentados a una de las mesas de la biblioteca, observando cómo se preparaban los otros para marcharse. Kit no podía sacarse de encima una sensación de extrañeza. La última vez que Mark y Cristina habían entrado en Feéra lo hicieron sin ningún aviso ni preparación. Desaparecieron durante la noche con Emma y Julian. En esta ocasión, no solo todos lo sabían, sino que además los estaban ayudando, como si fueran de *camping*.

Mark, Cristina y Kieran iban vestidos con la ropa menos de cazador de sombras que habían podido encontrar. Cristina se había puesto un vestido blanco hasta la rodilla, y Mark y Kieran llevaban vaqueros y camisas a los que Aline había atacado con unas tijeras para que parecieran gastados. Todos llevaban zapatos blancos, sin hebillas de metal, y Cristina se había sujetado el pelo hacia atrás con cintas.

Helen les había preparado comida en envases de plástico: barras de granola, manzanas..., cosas que no se estropeaban. Había mantas y vendas e incluso aerosol antiséptico, porque las estelas no les funcionarían en Feéra. Y además estaban todas las armas, claro: la navaja mariposa de Cristina; una docena de dagas y cuchillos arrojadizos envueltos en cuero suave; una ballesta para Mark, e incluso una espada corta de bronce para Kieran, que se la había colgado a la cintura con la mirada de placer de alguien que echaba de menos ir armado.

—Quizá no deberías guardar la comida todavía —dijo Helen, nerviosa, sacando de la bolsa un bote de plástico que acababa de meter—. Tal vez deberíamos esperar hasta que os marchéis.

Aline suspiró. Llevaba todo el día entre parecer estar a punto de llorar o estar a punto de gritar a Mark, Kieran y Cristina por hacer llorar a Helen.

—La mayoría de las cosas se conservan bien. Esa es la intención.

—No podemos esperar mucho más para partir —dijo Mark—. Esto es urgente.

Miró a Kit y a Ty; Kit se volvió y se dio cuenta de que Ty había desaparecido. Nadie había salido de la biblioteca, por lo tanto, tenía que estar en alguna parte de la estancia.

—Jaime llegará lo antes que pueda —aseguró Cristina, que estaba preparando hábilmente un rollo con cuchillos para lanzar.

—Si no ha llegado esta noche, tendremos que coger el camino de la luna —dijo Kieran.

—¿Y arriesgarnos a que informen a las cortes? —exclamó Helen—. Es demasiado peligroso. No. No podéis ir a ningún sitio hasta que aparezca Jaime Rosales.

—Vendrá —insistió Cristina, mientras metía el rollo en su mochila empujándolo con fuerza—. Confío en él.

—Si no aparece, es demasiado peligroso. Sobre todo, teniendo en cuenta adonde vais.

Kit bajó de la mesa mientras Kieran protestaba; nadie le estaba prestando ninguna atención. Avanzó por las filas de estanterías hasta que vio a Ty, entre dos pilas de libros, con la cabeza sobre un trozo de papel.

Kit se detuvo un instante y se quedó mirándolo. Sabía que Kieran lo observaba desde el otro lado de la sala y se preguntó por qué. Una vez habían mantenido una conversación interesante, en el tejado del Instituto de Londres, en la que se habían dado cuenta de que ninguno de los dos pertenecía a la familia Blackthorn.

Kit no estaba seguro de si eso seguía siendo cierto. Tanto para él como para Kieran. Y no habían vuelto a hablar desde entonces.

Se metió por las filas de libros. No pudo evitar notar que estaba, de un modo un tanto irónico, en la sección de criaturas y elementos marinos.

—Ty —lo llamó—. Ty, ¿qué está pasando?

Quizá Ty había estallado finalmente; o tal vez fuera que el peso del dolor, la pérdida y el miedo habían podido con él. Había algo increíblemente vulnerable en la delgadez de sus dedos y en el color en sus mejillas cuando alzó la cabeza. Quizá...

Kit se dio cuenta de que a Ty le brillaban los ojos, y no de lágrimas. Tenía un papel en la mano: era una carta.

—Es de Hypatia Vex —dijo en voz baja—. Ha aceptado ayudarnos con el Mercado de Sombras.

—¿Qué está pasando? —Julian bajó al trote los curvados escalones desde la alcoba de Fergus, colocándose bien la camisa mientras tanto. Emma lo siguió con más calma, después de ponerse algo de ropa y coger la mochila.

Nene se hallaba en medio de la habitación, con un largo vestido verde y una pesada capa del mismo color, festoneada de plumas verdes y azules.

—La reina os ha traicionado —repitió—. En este mismo momento se prepara para ir a la corte noseelie con el *Libro Negro*.

Emma se quedó perpleja.

—¿A la corte noseelie? ¿Por qué?

Nene la miró con dureza.

—Entenderéis que estoy traicionando a mi corte y a mi señora al hablaros de esto —recalcó—. Si me descubren, será peor para mí de lo que os podáis imaginar.

—Has venido tú —replicó Julian. Volvía a ser él, tranquilo, mesurado. Quizá fuera eso lo que quería decir no tener sentimientos; tal vez nunca te perdías del todo en nada—. No hemos ido a buscarte.

—He venido porque estoy en deuda con los Blackthorn —explicó Nene—. Por el daño que mi hermana Cekihte le hizo a Arthur al torturarlo, al destrozarle la mente con magia de tal modo que nunca pudo ser curado. Y porque no quiero que el rey noseelie tenga el *Libro Negro de los Muertos*.

—Pero puede que ya lo tenga —indicó Emma—. Tiene a Annabel, y Annabel tiene el libro.

—Tenemos espías en la corte, naturalmente —dijo Nene—. Tiene a Annabel, pero esta no le quiere dar el *Libro Negro*, y como ella sabe su auténtico nombre, él no la puede obligar.

—¿Y por qué sigue Annabel en la corte? —preguntó Julian.

—Eso no puedo decírtelo —respondió Nene—. Solo lo que la reina está haciendo. No considera vinculantes ninguna de las promesas que te hizo, porque el libro que le has traído es una copia y no el original.

—Ese es un tecnicismo ridículo —exclamó Emma.

—En Feéra importan mucho los tecnicismos ridículos —repuso Nene—. La reina hará lo que la reina desee hacer. Así son las cosas aquí.

—Pero ¿por qué quiere darle el libro al rey? ¡Odia al rey! Dijo que no quería que cayera en sus manos... —comenzó Emma.

—Sí que dijo que no quería que llegara a sus manos —dijo Julian. Estaba pálido—. Pero nunca dijo que no se lo daría ella.

—No —repuso Nene—. No lo hizo.

Las palabras de la reina le resonaron a Emma en la cabeza: «El *Libro Negro* es más que necromancia. Contiene hechizos que me permitirán rescatar al cautivo de la corte noseelie».

—Va a cambiar el libro por alguien cautivo en la corte noseelie, sea quien sea —concluyó Emma.

—Sí —asintió Nene—. Tienen cautivo a su hijo.

Julian inspiró con fuerza.

—¿Y por qué no nos lo has dicho antes? Si hubiera sabido...

Nene lo miró con enfado.

—¡Traicionar a mi reina no es algo que me resulte fácil! Y si no fuera por los hijos de mi hermana, nunca...

—Me esperaba que la reina nos traicionara —la cortó Julian—. Pero no que lo hiciera tan pronto, o de este modo. Debe de estar desesperada.

—Porque está tratando de salvar a su hijo —repuso Emma—. ¿Qué edad tiene?

—No lo sé —contestó Nene—. Ash siempre nos ha sido ocultado. No lo reconocería si lo viera.

—El rey no puede tener el libro. La reina dijo que era él quien estaba apestando la Tierra de las Hadas con magia negra y manchando los ríos con sangre. Imagínate qué hará si tiene el *Libro Negro*.

—Y si podemos creer a la reina —replicó Julian.

—Es la verdad según lo que sé —dijo Nene—. Desde la Paz Fría, la tierra noseelie ha estado sangrando maldad. Se dice que hay allí una gran arma, algo que necesitaba los hechizos del *Libro Negro* para avivar sus poderes. Algo que puede borrar toda la magia angélica.

—Tenemos que ir a la corte noseelie —dijo Emma—. Debemos detener a la reina.

A Julian le brillaron los ojos. Emma supo que estaba pensando que en la corte noseelie estaba Annabel, y con Annabel se encontraba la venganza por la muerte de Livvy.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Podemos seguir a la reina...

—No puedes viajar tan rápido como un cortejo de caballos hada —dijo Nene—. Ni siquiera los nefilim pueden correr así. Debéis interceptar a la reina antes de que llegue a la torre.

—¿La torre? —preguntó Emma.

—Es la única fortaleza permanente de noseelie, el lugar donde se retiran cuando están sitiados. Sus fortificaciones no tienen igual en Feéra; nadie

puede escalar los muros o superar los espinos, y la habitación del trono está en lo alto de la torre guardada por trasgos gorras rojas. Deberíais unirlos al cortejo para poder alcanzar a la reina antes de que esté dentro de la torre y sea demasiado tarde.

—¿Unirnos al cortejo? ¡Nos descubrirían! —exclamó Emma, pero Nene cogió una capa con capucha que estaba colgada junto a la puerta y se la lanzó a Julian.

—Ponte eso —le dijo—. Es de Fergus. Bájate mucho la capucha. Nadie te mirará con tanta atención. —Se sacó su propia capa y se la pasó a Emma—. Y tú te disfrazarás de mí. —Miró a Emma con ojo crítico mientras esta se ponía la capa y se la abrochaba al cuello—. Al menos el pelo rubio ayudará.

Julian había desaparecido escalones arriba; cuando volvió, llevaba su cinturón de armas y el de Emma. La capa de Fergus, negra y con alas de cuervo brillando como aceite en el pecho y la capucha, lo cubría completamente.

—No nos vamos sin esto.

—Mantenedlas ocultas bajo las capas —dijo Nene—. Se ve claramente que están hechas por cazadores de sombras. —Los miró de arriba abajo—. Como vosotros... Bueno, haremos lo que podamos.

—¿Y si necesitamos escapar a toda prisa de Feéra? —preguntó Emma—. ¿Y si conseguimos el *Libro Negro* y tenemos que regresar a Idris?

Nene vaciló.

—Ya has traicionado secretos de las hadas, ¿qué importa uno más?

Nene miró a Julián.

—Has cambiado —le dijo—. Espero que solo sea a causa de la pena.

«La pena». Todo el mundo en Alacante creía que era la pena lo que había cambiado el comportamiento de Julian, sus reacciones. Al principio, hasta Emma lo había creído.

—Llegad hasta las cataratas Branden —explicó Nene—. Bajo la catarata encontraréis un camino de vuelta a Alacante. Y si habláis de este secreto con cualquier otra alma excepto el uno con el otro, mi maldición caerá sobre vuestras cabezas.

Abrió la puerta, y todos salieron sigilosamente al pasillo.

* * *

Tavvy nunca había tenido suficiente con los castillos de arena. Lo aburrían. Le gustaba lo que llamaba ciudades de arena: filas de estructuras cuadradas de

arena formadas con cartones de leche boca abajo. Había casas, almacenes y escuelas, además de carteles hechos con la parte delantera de las cajas de cerillas.

Dru iba de aquí para allí, descalza por la playa, ayudando a Tavvy a buscar palos, piedras y conchas que se convertirían en farolas, paredes y paradas de autobús. A veces encontraba algún trozo de cristal, rojo o verde, y se lo metía en el bolsillo.

La enorme playa estaba vacía, excepto por Tavvy y ella. Dru lo vigilaba por el rabillo del ojo mientras el niño estaba arrodillado sobre la arena, formando un enorme muro para rodear su ciudad. Después de lo que había pasado con Malcolm, Dru no pensaba volver a sacarle el ojo de encima. Pero la mayor parte de su mente estaba ocupada con pensamientos sobre Mark, Emma y Julian. Mark se iba a Feéra, y lo hacía porque Julian y Emma se habían metido en líos. Mark no lo había dicho, pero Dru estaba segura de que era algo malo. Nada bueno salía de ir a la Tierra de las Hadas, y Mark, Cristina y Kieran no irían corriendo a salvarlos si pensaran que no les pasaría nada estando solos.

«Todos me van dejando, uno a uno», pensó. Primero Livvy, luego Julian y Emma, y finalmente Mark. Se detuvo mirando el océano, las relucientes olas que rompían una tras otra. Antes había contemplado ese océano pensando que, en algún lugar, al otro lado, se hallaba Helen en su isla, protegiendo las salvaguardas del mundo. Había recordado la risa de su hermana, su rubio cabello, y se la había imaginado como una especie de valkiria sujetando una lanza en la entrada del mundo, impidiendo que los demonios pasaran por ella.

En estos días, sabía que cada vez que Helen la miraba, esta lamentaba que no fuera más simpática, más abierta a crear vínculos fraternales entre ellas. Dru sabía que era verdad, pero no podía cambiarlo. ¿Acaso no entendía que si Dru se permitía quererla, Helen solo sería otra persona a la que acabaría perdiendo?

—Viene alguien —dijo Tavvy, que estaba mirando playa abajo, con los ojos verde azulado entornados para protegerlos del sol.

Dru se volvió y miró. Un chico caminaba por la desierta playa, consultando un pequeño objeto que llevaba en la mano. Un chico alto, delgado como un palo, con una mata de pelo negro, piel morena que brillaba bajo el sol, y brazos desnudos con runas.

Dru dejó caer las conchas que llevaba en la mano.

—¡Jaime! —gritó—. ¡Jaime!

Él alzó la mirada y pareció verla por primera vez. Una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro y comenzó a correr por la arena hasta llegar a ella. La abrazó, levantándola del suelo y haciéndola girar.

Dru aún recordaba el extraño sueño que había tenido antes de que Jaime se fuera al Instituto de Londres: estaba en alguna parte, parecía Feéra, pero claro, ¿cómo iba a saber ella cómo era Feéra? Se lo había sacado de la cabeza, pero un tenue recuerdo apareció al verlo de nuevo. Vino acompañado de otros recuerdos: de él sentado viendo películas con ella, hablando sobre su familia, escuchándola.

—Me alegro de volver a verte, amiga —dijo él, mientras la dejaba en el suelo y le alborotaba el pelo—. Me alegro mucho.

Parecía cansado, indeciblemente cansado, como si no hubiera dejado de correr desde la última vez que lo había visto. Tenía unas profundas ojeras. Tavvy corría hacia allí para ver quién era, y Jaime le estaba preguntado a Dru si aún tenía el cuchillo que le había regalado, y ella no pudo evitar una sonrisa, su primera auténtica sonrisa desde Livvy.

«Ha vuelto», pensó Dru. Finalmente, alguien que no se iba, sino que, para variar, regresaba.

* * *

Avanzaron sigilosamente por los pasillos con Nene, manteniéndose entre las sombras. Emma y Julian tenían la capucha puesta; Nene se había metido el pelo bajo un bonete y, con pantalones y una camisa suelta, a primera vista parecía un paje.

—¿Y qué hay de Fergus? —preguntó Emma.

Nene sonrió torvamente.

—Fergus ha sido abordado por una dríade de las que más le gustan. Un tallo joven.

—¡Au! —exclamó Julian—. Astillas.

Nene no le hizo caso.

—Hace mucho que conozco a Fergus, y lo sé todo de sus inclinaciones. Estará ocupado bastante tiempo.

Habían llegado a un pasillo inclinado que le resultaba conocido a Emma. Podía oler el aire de la noche que llegaba del fondo, el aroma de las hojas, la savia y el otoño. Se preguntó si sería la misma estación en Feéra que en casa. Daba la sensación de que allí estaba más avanzado el año, como si el otoño ya hubiera cubierto la Tierra de las Hadas con una escarcha temprana.

El pasillo acababa de golpe y se abría hacia un claro de hierba y estrellas. Los árboles lo rodeaban formando una alta circunferencia, dejando caer hojas doradas y rojas sobre un nutrido grupo de cortesanos hada y sus caballos.

La propia reina se hallaba montada en una silla de amazona sobre una yegua blanca a la cabeza del cortejo. Un velo de encaje blanco le cubría el rostro y los hombros, y se cubría las manos con unos guantes blancos. El cabello rojo le caía por la espalda. Sus cortesanos, cubiertos de seda dorada y brillante terciopelo, cabalgaban tras ella. La mayoría iba a caballo, pero había algunos sobre enormes gatos sin uñas y otros sobre lobos del tamaño de un coche pequeño. Una dríade de piel verde con una masa de hojas por cabello estaba asentada entre las ramas de un árbol andante.

Emma no pudo evitar mirar anonadada. Era una cazadora de sombras, acostumbrada a la magia; sin embargo, había algo tan ajeno en el corazón de las cortes de las hadas que aún la hacía maravillarse.

Nene los llevó entre las sombras hasta donde los caballos de Fergus y el suyo estaban esperando, ya en la línea del cortejo. Entre un trasgo que cabalgaba sobre un sapo alado y dos chicas hada con vestidos rojos e idéntico cabello negro, sentadas una delante de la otra sobre una yegua baya. Emma subió a la silla del palafreñ gris de Nene.

Esta le acarició el cuello al caballo con cariño.

—Se llama *Silvermane*. Sé amable con ella. Sabe el camino de regreso a casa.

Emma asintió mientras Julian montaba en el garañón de Fergus.

—¿Cómo se llama? —preguntó mientras el caballo piafaba y relinchaba.

—*Widowmaker*^[1] —contestó Nene.

Julian soltó un bufido bajo la capucha.

—¿Hace viudas de la gente que lo monta o de la gente que no le gusta?

—Ambas cosas —contestó Nene. Metió la mano dentro de su capa, que llevaba Emma, y sacó dos viales de cristal, cada uno enganchado a una cadena de oro. Le pasó uno a Julian y el otro a Emma—. Llevad esto al cuello —dijo en voz baja—. Y tenedlo siempre cerca.

Obediente, Emma se pasó la cadena por la cabeza. El vial era del tamaño de su pulgar. Un líquido de un dorado pálido se veía en el interior, destellando cuando el vial se movía.

—¿Para qué son?

—Si estáis en peligro en la corte del rey, romped el cuello y bebed el líquido —contestó Nene.

—¿Es veneno? —Julian parecía curioso mientras se pasaba la cadena por el cuello. El vial le cayó contra el pecho.

—No, os hará invisibles a las hadas noseelie, al menos durante un rato. No sé cuánto dura su magia. Nunca he tenido motivos para usarla.

Un trasgo gritón, con un pergamino en la mano y una enorme pluma de ganso, iba pasando por el cortejo, marcando los nombres. Echó una rápida mirada a Julian y Emma.

—Lady Nene y lord Fergus —dijo—. Estamos a punto de partir.

—¿Estamos? —preguntó Julian con una voz aburrida. Emma parpadeó, atónita por lo mucho que sonaba como un hada—. ¿Nos acompañas, trasgo? ¿Disfrutarás de unas vacaciones en la corte noseelie?

El trasgo lo miró de reojo.

—¿Estás bien, lord Fergus? Suenas raro.

—Quizá porque tengo ganas de tener cabezas de trasgo decorando mi alcoba —replicó Julian—. ¡Vete ya! —Le lanzó una patada al trasgo, que hizo un ruido siseante de miedo y se apartó de él, corriendo fila abajo.

—Ten cuidado con la máscara que decides llevar, niño —le advirtió Nene—, no sea que pierdas tu verdadero rostro para siempre.

—Verdadero o falso, da todo lo mismo —replicó Julian, y cogió las riendas mientras el cortejo comenzaba a avanzar hacia la noche.

* * *

Antes de que Kit pudiera responder a Ty, un fuerte ruido en la biblioteca hizo que salieran los dos de entre los estantes.

Dru había regresado y se había quedado atrás, junto a la puerta, tímida pero sonriente. Un guapo chico de ojos oscuros, que parecía una versión más delgada de Diego Rocío Rosales estaba abrazando a Cristina. Mark y Kieran lo miraban con expresión inquieta. En cuando Cristina lo soltó, Helen se acercó a él para estrecharle la mano.

—Bienvenido al Instituto de Los Ángeles, Jaime —dijo—. Muchas gracias por venir con tan poco tiempo.

—Jaime Rocío Rosales —le dijo Ty a Kit en un susurro.

—Me lo he encontrado en la playa y lo he traído directo aquí —dijo Dru con orgullo.

Helen la miró confusa.

—¿Y cómo lo has reconocido? —preguntó.

Dru intercambió una mirada con Jaime, parte de pánico y parte de resignación.

—Estuvo conmigo unos cuantos días cuando nos hallábamos en el Instituto de Londres —contestó Dru.

Todos la miraron atónitos, aunque Kit no estaba exactamente seguro de por qué. La relación entre las diferentes familias de cazadores de sombras le resultaba infinitamente confusa: algunos, como Emma, Jace y Clary, eran tratados casi como si fueran de la familia Blackthorn; otros, no. Pero tenía que reconocerle a Dru el mérito de conseguir esconder a todos en su habitación en Londres. Indicaba un gran talento para el engaño. Además de su habilidad para abrir cerraduras, sin duda tenía una inclinación criminal que él admiraba.

—¿Quieres decir que estaba en tu dormitorio? —preguntó Mark, incrédulo. Se volvió hacia Jaime, que se había apoyado en una de las largas mesas—. ¡Solo tiene trece años!

Jaime parecía no creérselo.

—Pensé que como mínimo tendría unos dieciséis...

Helen respiró hondo. Mark le pasó su mochila a Kieran, que la cogió, un poco perplejo.

—Quédate donde estás, Jaime Rocío Rosales.

—¿Por qué? —preguntó este, suspicaz.

Mark avanzó hacia él.

—Para que te pueda moler a golpes.

Como un acróbata, Jaime saltó hacia atrás y aterrizó sobre la mesa. Miró fijamente a Mark.

—No sé lo que piensas que pasó, pero no pasó nada. Dru es mi amiga, tenga la edad que tenga. Eso es todo.

—No lo entiendo —le susurró Ty a Kit al oído—, ¿por qué Mark está tan enfadado?

Kit se lo pensó. Era una de las estupendas cosas de Ty: la verdad; hacía considerar los hilos de lógica inconsciente que tejían la superficie de una conversación corriente. Las suposiciones y lo que la gente daba por sentado sin ni siquiera considerar por qué, las implicaciones de ciertas palabras y gestos. Kit no creía que volviera a dar todo eso por descontado.

—Sabes que los caballeros en los cuentos defienden el honor de la dama, ¿verdad? —le contestó también susurrando—. Mark cree que tiene que defender el honor de Drusilla.

—La mesa se va a romper —advirtió Ty.

Y tenía razón. Las patas de la mesa en la que Jaime se hallaba de pie se movían peligrosamente.

Dru saltó entre Mark y Jaime con los brazos abiertos.

—Para —dijo con fiereza—. No le dije a Jaime mi edad porque era mi amigo. Me escuchaba y veíamos juntos películas de terror, y se comportaba como si lo que yo decía fuera importante y no quería que me tratara como a una niña pequeña.

—Pero solo eres una niña —insistió Mark—. No debía tratarte como a un adulto.

—Me trataba como a una amiga —replicó Dru—. Puede que sea muy joven, pero no soy una mentirosa.

—Te está diciendo que tienes que confiar en ella, Mark —intervino Kieran. Normalmente, no hablaba mucho cuando estaba rodeado de Blackthorn; a Kit le sorprendió, pero estaba de acuerdo con él.

Cristina pasó junto a Mark y fue hasta Dru. No podían ser más diferentes: Cristina con su vestido blanco, Dru con una bata y una camiseta negra, pero ambas tenían la misma expresión obstinada.

—Mark —dijo Cristina—. Entiendo que creas que no has estado aquí para proteger a tu familia durante muchos años. Pero eso no significa que no confíes en ellos ahora. Jaime jamás le haría daño a Dru.

La puerta de la biblioteca se abrió: era Aline. Solo Kit se fijó en que cruzó la sala y le susurró algo a Helen al oído. Solo Kit vio el cambio de expresión de Helen, cómo le palidecían los labios.

—Dru es como una hermana para mí —dijo Jaime, y Dru hizo un gesto casi imperceptible de dolor.

Mark miró a Dru.

—Lo siento, hermanita. Debería haberte escuchado. —Miró a Jaime y los ojos le brillaron—. Te creo, Jaime Rocío Rosales. Pero no puedo hablar por Julian ni saber qué hará cuando se entere.

—De verdad que me estáis animando mucho para que os permita usar la Eternidad para llegar a Feéra —replicó Jaime.

—Parad de discutir. —La voz de Helen resonó con fuerza—. Hace un rato he enviado un mensaje a mi tía Nene en la corte seelie. Acaba de contestarlo. Dice que Emma y Julian estaban allí, pero se han ido. Acaban de partir de la corte seelie en dirección a la noseelie.

Los ojos de Kieran se oscurecieron.

—¿Y por qué lo habrán hecho? —preguntó Cristina.

—No lo sé —respondió Helen—. Pero eso significa que tenemos una localización específica de dónde estarán.

Kieran tocó la espada que le colgaba de la cintura.

—Conozco un lugar por los caminos que llevan de la corte seelie a la noseelie donde podremos interceptarlos. Pero una vez lo pasen, puede que lleguemos tarde. Si vamos a ir, debemos hacerlo ahora.

Jaime saltó de la mesa con la agilidad de un gato.

—Cogeré la reliquia. —Comenzó a rebuscar por su mochila—. Cristina, solo la puedes usar tú, ya sabes que quien la use debe tener sangre Rosales.

Cristina y Jaime intercambiaron una mirada cargada de significado, indescifrable para Kit.

—Puedes usarla para ir a Feéra y para volver —explicó Jaime—. La entrada y la salida de la Tierra de las Hadas será indetectable, pero no puede protegeros mientras estáis allí. —Le pasó algo a Cristina. Kit solo pudo captar algo que parecía madera lisa retorcida en una extraña forma.

Kieran y Mark se estaba colgando las mochilas. Dru se había acercado a Helen, que parecía como si quisiera ponerle un brazo sobre los hombros, pero la niña no estaba lo suficientemente cerca para eso.

Algo en el aspecto de todos hizo que Kit le pusiera una mano en el hombro a Ty. Notó el calor de la piel del otro chico a través de la camiseta. Ty lo miró de reojo.

—Será mejor que vayas a decirles adiós o buen viaje —le dijo Kit, incómodo.

Ty dudó un momento, pero luego le hizo caso, y la mano de Kit cayó de su hombro como si Ty nunca hubiera notado que estaba allí. Kit se quedó atrás durante las despedidas, los abrazos llorosos, las promesas susurradas, el alborotar pelos. Helen abrazó con fuerza a Mark, como si no quisiera dejarlo partir, mientras Aline iba a buscar a Tavvy, que estaba jugando en su cuarto.

Jaime también se quedó atrás, aunque miró a Kit por el rabillo del ojo con curiosidad, como si dijera: «¿Quién es este tipo?».

Cuando Aline regresó, Tavvy abrazó obedientemente a todos los que se iban, incluso a Kieran, que pareció sorprendido y emocionado. Le acarició el pelo a Tavvy.

—No te preocupes, pequeño.

Y luego fue el momento de que Ty y Mark se despidieran. Y este tocó ambas mejillas de Ty suavemente una sola vez: una despedida de hada.

—No mueras —dijo Ty.

A Mark pareció costarle esbozar una sonrisa.

—No lo haré.

Helen cogió a Ty, y los pocos Blackthorn restantes se juntaron mientras Cristina sujetaba la Eternidad contra el pecho. Kit vio entonces que sin duda era un trozo de madera pulida, retorcida de algún modo en forma del símbolo del infinito; sin principio ni fin.

—Poneos juntos todos los que vais a Feéra —dijo Jaime—. Debéis estar tocándoos entre vosotros.

Mark y Kieran pusieron una mano en cada uno de los hombros de Cristina. Ella parecía pequeña entre ambos. Mark le rozó la nuca con el pulgar: un gesto tranquilizador y casi sin pensar; su intimidad sorprendió a Kit.

—Vamos al Cruce de Bram —le dijo Kieran a Cristina.

Cristina bajó la mirada y frotó con suavidad el artefacto.

—Llévanos al Cruce de Bram.

La magia de las hadas era silenciosa, pensó Kit. No hubo ningún ruido, ni jaleo, ni luces destellantes de brujo. En un abrir y cerrar de ojos, Mark, Kieran y Cristina simplemente desaparecieron.

* * *

«Otra reunión», pensó Diana. Y una de emergencia, esta vez. La había despertado muy temprano un mensaje de fuego que la convocaba a una reunión del Consejo en el Gard.

Gwyn había tratado de convencerla de que volviera a la cama, pero Diana estaba demasiado preocupada. Preocupada por Jia. Preocupada por Emma y Julian. Sabía que Horace quería que ese arresto domiciliario fuera un castigo ejemplar, pero solo eran niños. ¿Cuánto iba a durar ese castigo? ¿Y cuánto aguantaría Julian separado de sus hermanos y hermanas?

Había dejado a Gwyn con un beso y se apresuró a ir hacia el Gard, donde vio que cazadores de sombras de todas partes, no solo los habituales de Alacante, entraban en el Gard a través de puertas vigiladas por centuriones. Solo por casualidad había encontrado un sitio en las filas delanteras, junto a Kadir Safar, del Cónclave de Nueva York.

Cuando se hubieron cerrado las puertas, todos se quedaron mirando el estrado, que estaba vacío excepto por una única silla con un alto respaldo de madera y una mesa cubierta con una sábana negra. Por los bultos, la sábana parecía estar cubriendo algo que le causó a Diana un escalofrío. Se dijo que no podía ser lo que parecía. Quizá solo fuera un montón de armas.

Cuando todos los miembros del Consejo se situaron en sus lugares, se hizo el silencio en la sala. Horace Dearborn, con el traje completo de Inquisidor, entraba a grandes pasos en el estrado, seguido de Manuel y Zara, vestidos de centuriones, cada uno con una larga lanza en la que estaban grabadas las palabras *primus pilus*.

—Lanzas primero —tradujo Kadir. Diana ya lo conocía de antes: un hombre a menudo silencioso que había sido el segundo de Maryse durante años y aún dirigía el Cónclave de Nueva York. Parecía cansado y tenso, su oscura piel mostraba un tono cetrino que no tenía antes—. Eso quiere decir que han sido ascendidos a centuriones de la guardia personal del Inquisidor y la Cónsul.

—Hablando de la Cónsul —susurró Diana—, ¿dónde está Jia?

Su murmullo prendió como una chispa en la paja seca, y enseguida todo el Consejo estaba murmurando. Horace alzó una mano para calmarlos.

—Saludos, nefilim —comenzó—. Nuestra Cónsul, Jia Penhallow, os envía sus saludos. En este momento se halla en la Ciudad Irredenta, reuniéndose con las Hermanas de Hierro a causa de la Espada Mortal. Pronto volverá a ser forjada, con lo que podrán comenzar los juicios.

El ruido disminuyó a unos cuantos susurros.

—Es una desafortunada coincidencia que ambas reuniones tengan que mantenerse en el mismo momento —continuó Horace—, pero el tiempo es primordial. Será difícil mantener esta reunión sin Jia, pero conozco sus posiciones y las representaré aquí.

Su voz resonó por toda la sala.

«Debe de estar empleando una runa de amplificación», pensó Diana.

—La última vez que nos reunimos, hablamos de leyes más estrictas que codificarían las responsabilidades de los subterráneos —dijo Horace—. Nuestra Cónsul, en su generosidad y amabilidad, nos hizo posponer la decisión de implementar esas leyes, pero esa gente no responde a la amabilidad. —El rostro se le había puesto rojo bajo el fino cabello rubio—. ¡Solo responden a la fuerza! ¡Y debemos hacer que los cazadores de sombras vuelvan a ser fuertes!

Un murmullo se extendió por el salón. Diana miró alrededor buscando a Carmen, que había hablado con tanta valentía en la última reunión, pero no la pudo encontrar por ninguna parte entre el resto de los cazadores.

—¿De qué va esto? —le susurró a Kadir—. ¿Por qué nos ha traído aquí para soltarnos ese discurso?

Kadir estaba muy serio.

—La cuestión es adónde quiere llegar.

Diana observó los rostros de Manuel y Zara, pero no pudo ver nada en ellos, excepto petulancia en el de Zara; el de Manuel estaba tan blanco como una hoja de papel.

—Por mi gran respeto hacia la Cónsul, estuve de acuerdo con aceptar el aplazamiento —dijo Horace—, pero recientes acontecimientos hacen imposible esa espera.

Un murmullo expectante recorrió la sala; ¿de qué estaría hablando?

Se volvió hacia su hija.

—¡Zara, déjalos que vean la atrocidad que los seres mágicos han cometido contra nosotros!

Con una mirada de morboso placer, Zara cruzó el estrado hasta la mesa y apartó la sábana negra como si fuera un mago actuando ante el público.

Un gemido de horror recorrió la sala. Diana notó que su ira también se despertaba. Bajo la sábana se hallaban los restos de Dane Larkspear, colocados sobre la mesa como un cadáver a punto para la autopsia.

Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, la boca abierta en un grito callado. La caja torácica estaba hecha pedazos, trozos de hueso blanco y tendón amarillo se veían aparecer por los atroces desgarros. La piel estaba reseca y cenicienta, como si llevara muerto algún tiempo.

La voz de Horace se convirtió en un grito.

—Aquí tenéis a un joven valiente que fue enviado en una misión de paz a Feéra, y esto es lo que nos han devuelto. ¡Este cadáver salvajemente mutilado!

Un terrible grito rompió el silencio. Una mujer con el cabello de Dane Larkspear y un rostro huesudo estaba en pie, aullando. Elena Larkspear, imaginó Diana. Un hombre corpulento, cuyos rasgos parecían estar hundiéndose por la impresión y el horror la sujetó entre sus brazos. Mientras la gente los miraba, él la sacó gritando de la sala.

Diana sintió náuseas. Dane Larkspear no le caía bien, pero solo era un niño, y el dolor de sus padres era auténtico.

«¿Es así como se ha enterado la familia?», pensó.

—Un gran teatro. —Había amargura en el tono de Kadir—. Dearborn siempre ha sido mejor actor que político.

Al otro lado del pasillo, Lazlo Balogh les lanzó una aviesa mirada. Por lo que sabía Diana, no era oficialmente un miembro de la Cohorte, pero sin duda era un simpatizante.

—¡Y fue salvajemente mutilado! —gritó Zara, con los ojos brillantes—. Contemplad las marcas de dientes. ¡El trabajo de los kelpies! Quizá hasta ayudados por vampiros o licántropos...

—Para ya, Zara —masculló Manuel. Pero nadie parecía haberse fijado en sus despropósitos. Había demasiado caos entre los asistentes. Los cazadores de sombras maldecían y juraban en una docena de idiomas. Diana sintió que una fría desesperación se apoderaba de ella.

—Y esto no es todo. Estos últimos días han salido a la luz más crímenes de los subterráneos —continuó Horace—. Un grupo de valientes centuriones, leales a su herencia de cazadores de sombras, descubrieron a un príncipe noseelie ocultándose en el Escolamántico. —Se volvió hacia Zara y Manuel—. ¡Traed a los traidores!

—No es así como hacemos las cosas —susurró Diana—. Así no es como se comportan los cazadores de sombras, ni como pedimos responsabilidades a los nuestros...

Se calló antes de que Kadir pudiera responder. Zara y Manuel habían desaparecido por uno de los pasillos junto al estrado, y regresaron al poco con Timothy Rockford junto a ellos. Entre ellos marchaba un terceto de alumnos que Diana conocía bien: Diego Rosales, Rayan Maduabuchi y Divya Joshi.

Tenían las manos atadas a la espalda, las bocas cerradas con runas de mutismo, unas runas que normalmente solo empleaban los Hermanos Silenciosos. Diana miró a Diego a los ojos y vio auténtico miedo en ellos.

—Runas de mutismo —dijo Kadir asqueado mientras el salón se llenaba de gritos—. Imagínate ser tratado así, silenciado, incapaz de protestar.

Diana se puso en pie de inmediato.

—¿Qué estás haciendo, Horace? ¡Son solo niños! ¡Niños cazadores de sombras! ¡Nuestra tarea es protegerlos!

La voz amplificadora de Horace hizo que su siseo de enfado resonara en toda la sala.

—¡Sí, son nuestros hijos, nuestra esperanza para el futuro! Y nuestra compasión con los subterráneos los ha convertido en presa fácil para el engaño. Estas almas descarriadas ayudaron a salir a un príncipe hada del Escolamántico después de su cruel ataque a otra de nuestras jóvenes mentes más prometedoras.

Se hizo el silencio. Diana intercambió una mirada de confusión con Kadir. ¿De qué hablaba ahora Horace?

Los ojos de Manuel se movieron hacia la izquierda. Tenía una sonrisita cruel en el rostro. Un segundo después, Gladstone apareció medio arrastrando

a una chica con el vestido roto y una capa de centurión sobre los hombros.

Era Samantha Larkspear. La negra melena le caía a mechones sobre la cara y los ojos le iban de un lado al otro como insectos atrapados. Tenías las manos retorcidas como garras; extendió una, agitándola hacia los asistentes como si estuviera espantando moscas.

Diana sintió deseos de vomitar.

Manuel, con las manos cogidas a la espalda, fue hacia la chica.

—Samantha Larkspear —dijo. Un gruñido recorrió la multitud a medida que la gente se iba dando cuenta de que la joven era la hermana del chico muerto y mutilado que yacía sobre la mesa—. ¡Háblanos del príncipe Kieran!

Samantha comenzó a mover la cabeza de un lado al otro, balanceando el cabello.

—¡No, no! ¡Tanto dolor! —gimió—. ¡No me hagas pensar en el príncipe Kieran!

—Pobre chica —exclamó Lazlo Balogh en voz alta—. Traumatizada por los subterráneos.

Diana vio a Diego negar con la cabeza, a Rayan tratando de hablar, pero ningún sonido o palabra salía de su boca. Divya solo miraba fijamente a Manuel, con un claro odio en su expresión.

—Quizá quieras hablar con los prisioneros —le sugirió Manuel a Samantha, con un tono como una caricia aceitosa—. Con los que dejaron libre al príncipe Kieran.

Samantha se apartó de Diego y los otros con el rostro desencajado.

—¡No! ¡Aléjalos de mí! ¡No dejes que me miren!

Diana se hundió en el asiento. Fuera lo que fuese lo que le había sucedido a Samantha, sabía que no era culpa de Kieran o de los otros, pero podía notar el estado de ánimo de la gente: un horror absoluto. Nadie querría oír nada en su defensa en ese momento.

—Dios mío, ¿qué está haciendo? —susurró, medio para sí—. ¿Qué les va a hacer Horace a Diego y los otros?

—Meterlos en la cárcel —le contestó Kadir con desaliento—. Castigarlos ejemplarmente. Ahora no pueden ser juzgados, porque la Espada Mortal está rota. Horace los dejará en prisión para inspirar odio y miedo. Un símbolo al que apuntar cuando cualquiera de sus políticas se cuestione. «Mirad lo que pasa».

En el estrado, Samantha sollozaba. Manuel la había abrazado, como para consolarla, pero Diana veía la fuerza con que sujetaba a la llorosa chica. La estaba reteniendo mientras la gente gritaba para que Horace hablara.

Este dio un paso al frente, y su voz amplificada se oyó por encima del estruendo, mientras Zara miraba con orgulloso placer.

—¡No podemos permitir que más cazadores de sombras jóvenes sufran y mueran! —gritó, y la multitud estalló demostrando su acuerdo.

«Como si Diego, Divya y Rayan no fueran jóvenes cazadores de sombras. Como si ellos no estuvieran sufriendo».

—¡No podemos permitir que nos arrebaten nuestro mundo! —chilló Horace, mientras Manuel clavaba los dedos en el hombro de Samantha—. Debemos ser lo suficientemente fuertes para proteger a nuestros hijos y nuestro hogar. ¡Ha llegado el momento de poner a los nefilim por delante! —Horace alzó el puño, triunfante—. ¿Quién se unirá a mí para votar a favor del Registro de Subterráneos?

El aullido de respuesta de la multitud fue como un río rugiendo fuera de control, arrastrando con él todas las esperanzas de Diana.

13

Babilonia

Se veía solo un arco de luna, pero las estrellas multicolores de Feéra iluminaban el cielo como hogueras, alumbrando el cortejo de la reina mientras atravesaba la silenciosa campiña, sobre las verdes colinas y los amplios prados.

Cruzaron algunos ríos en los que corría sangre, y las salpicaduras de fluido escarlata mancharon las patas de los caballos. Otras veces pasaron por trozos apestados, fantasmagóricos paisajes lunares de gris y negro. Las hadas seelie susurraban y parloteaban entre ellas siempre que se veía otro trozo muerto de tierra, pero Emma no entendía qué decían.

Para cuando comenzaron a oír el ruido, Emma estaba medio dormida sobre el lomo de *Silvermane*. Una música distante la despertó, junto con el sonido de gente gritando. Parpadeó, somnolienta, y volvió a colocarse bien la capucha.

Se acercaban a un cruce, el primero que habían visto en toda la noche. Una pesada niebla cubría la calzada y oscurecía el camino más adelante. Grupos de arbolitos crecían en la intersección de los caminos; de sus ramas colgaban jaulas vacías. Emma se estremeció. Las jaulas eran lo suficientemente grandes para contener a un humano.

Miró a Julian. Este se hallaba alerta sobre el lomo de *Widowmaker*, el oscuro pelo oculto bajo la capucha de la capa de Fergus. Emma solo pudo ver una tira de su piel, como la de la luna en lo alto.

—Música —dijo él en voz baja, acercando su caballo al de ella—. Probablemente se acercan unos danzantes.

No se equivocaba. Pasaron el cruce y la espesa niebla se aclaró al instante. La música se hizo más fuerte, gaitas, violines y unos instrumentos parecidos a las flautas dulces que Emma no reconoció. En el campo al norte del camino se alzaba un enorme pabellón con cortinas de seda y estandartes con la corona rota del rey noseelie.

Gentes bailando alocadas rodeaban el pabellón. La mayoría parecía desnuda, o casi, vestida con harapos transparentes. No era un gran baile; más que nada se meneaban juntos, riendo y entrando y saliendo de un enorme estanque bordeado de piedras de color plata. Una neblina blanca se alzaba del agua, oscureciendo pero no ocultando el montón de cuerpos semidesnudos.

Emma se sonrojó, sobre todo porque Julian estaba ahí, y apartó la mirada. Las chicas, que debían de ser hermanas, sobre la yegua baya a su espalda, comenzaron a reír, jugueteando con las cintas que llevaban al cuello.

—El baile del príncipe Oban —dijo una de ellas—. No puede ser otro.

Su hermana parecía anhelante.

—Cómo me gustaría ir, pero la reina no lo aprobaría.

Emma volvió a mirar hacia el baile. Había oído a Mark hablar de los festejos de las hadas como si fueran enormes bailes desenfrenados. Le había dicho que era una manera de invocar la magia salvaje. Mirando hacia el campo, Emma no pudo evitar sentir que algunos de los rostros que reían estaban, en realidad, gritando de agonía.

—Enfrente —dijo Julian, haciéndola salir de su ensoñación—. La torre de la corte noseelie.

Emma miró, y por un momento un sorprendente recuerdo la asaltó: el mural del cuarto de Julian, donde se veía un castillo rodeado de grandes setos de espinos. Frente a ellos, una oscura torre gris se alzaba entre las colinas y las sombras. Solo la parte más alta era visible. Rodeándola completamente, con sus agudas agujas visibles incluso a esa distancia, crecía un alto muro de espinos.

* * *

—Bueno, pues ya está —dijo Helen con una voz curiosamente inexpresiva. Se sentó a la cabeza de la mesa de la biblioteca. Aline frunció el ceño y le puso una mano en la espalda—. Ya se han ido.

Dru intentó captar la atención de Jaime, pero este no la estaba mirando. Había observado con curiosidad a Ty y a Kit y en ese momento se dedicaba a atar las correas de su mochila.

—No puedes irte —le dijo ella, con un poco de desesperación en la voz—. Debes de estar muy cansado...

—Estoy bien. —Jaime seguía sin mirarla. Dru se sintió muy desgraciada. No había tenido la intención de mentirle a Jaime. Simplemente, nunca había

mencionado su edad, porque temió que él pensara que era una niña estúpida. Y ahora Mark se había enfadado con Jaime por eso.

—No, Dru tiene razón. —Helen sonrió con cierto esfuerzo—. Déjanos al menos que te demos de cenar.

Jaime vaciló. Se quedó retorciendo las correas de la mochila hasta que Kit y Ty pasaron junto a él, y este dijo algo sobre subir al tejado. Kit se despidió agitando la mano y ambos salieron de la biblioteca. De vuelta a su mundo privado, pensó Dru. Ty nunca le permitiría entrar en él; nunca permitiría que alguien ocupara el lugar de Livvy.

Pero Dru no quería hacer eso. Solo quería ser amiga de su hermano. «Igual que Helen solo quiere ser tu amiga», dijo una molesta vocecita en su cabeza. No le prestó atención.

—Aline es muy buena cocinera —fue lo que acabó diciendo.

Aline puso los ojos en blanco, pero Dru no le hizo caso. Jaime estaba muy delgado, más aún de lo que lo recordaba de Londres. Debía de tener hambre. Quizá si consiguiera que se quedase, podría explicarle...

Se oyó una pequeña explosión. Dru lanzó un gritito y un sobre cayó desde el techo y se posó sobre la mesa. Un suave olor a humo colgaba en el aire.

—Está dirigido a ti, cariño —dijo Helen, y le entregó el sobre a Aline—. «Aline Penhallow, directora del Instituto».

Con el ceño fruncido, Aline abrió el sobre. Se le tensó el rostro y comenzó a leer en voz alta.

Aline Penhallow:

En conformidad con lo acordado en la última reunión del Consejo mantenida en Alacante, el Registro de Subterráneos se pone en marcha.

Directores de Institutos y Cónclaves: es vuestra responsabilidad asegurarnos de que los subterráneos de vuestra región se inscriban y reciban un número de identificación. En breve, recibiréis un sello que debe emplearse en la inscripción, en una tinta que se verá solo bajo la luz mágica.

Los subterráneos deben estar preparados para mostrar sus documentos marcados en cualquier momento. Informes de todas las inscripciones deben entregarse en la Oficina del Inquisidor. El incumplimiento de esta resolución podría acarrear la suspensión de todo privilegio o ser llamado a Alacante. Dura Lex, sed Lex. La Ley es dura, pero es la Ley. En esos tiempos convulsos, todos debemos demostrar nuestra responsabilidad. Gracias por tu comprensión.

HORACE DEARBORN

P. D.: Como se refleja en nuestra nueva política de responsabilidad, a todos los directores de Instituto se les informa de que los traidores Diego Rosales, Divya Joshi y

Rayan Maduabuchi esperan condena en el Gard por ayudar a escapar a un subterráneo buscado. En cuanto la Espada Mortal sea vuelta a forjar, serán juzgados.

Se oyó un golpe. A Jaime se le había caído la mochila. Drusilla fue a recogerla, pero él ya la tenía en la mano.

—El cabrón de Dearborn —exclamó con los labios apretados—. Mi hermano no es ningún traidor. Es dolorosamente honesto, bueno... —Miró alrededor a los rostros impresionados que lo rodeaban—. ¿Qué importa? —susurró—. Ninguno lo conocéis.

Helen comenzó a ponerse en pie.

—Jaime...

Este salió corriendo de la biblioteca. Un segundo después, Dru se lanzó tras él. Jaime era muy rápido, pero no conocía la casa ni sabía que la puerta principal se atrancaba. Dru lo alcanzó cuando estaba tirando de ella para abrirla.

—¡Jaime! —gritó.

Él levantó una mano.

—Para. Debo irme, Drusilla. Es mi hermano, ¿lo entiendes?

—Lo sé. Pero, por favor, ten cuidado. —Buscó algo en su cinturón y se lo tendió. Le temblaba la mano—. Llévate tu daga. La necesitas más que yo.

Jaime miró el cuchillo que ella sostenía. Él se lo había dado, lo había dejado en su dormitorio del Instituto de Londres al irse. Una daga dorada de caza grabada con rosas.

Suavemente, él le cogió la mano y le cerró los dedos sobre la daga.

—Es tuya. Un regalo —dijo él.

—¿Significa esto que aún somos amigos? —preguntó Drusilla con un hilillo de voz.

La rápida sonrisa de Jaime era triste. Tiró del picaporte y esta vez la puerta se abrió; Jaime salió, pasando ante Dru, y desapareció entre las sombras.

—¿Dru? ¿Estás bien?

Ella se volvió, frotándose con furia el picor de los ojos. No quería llorar delante de Helen; y era ella, su hermana, la que estaba en el primer peldaño de la escalera principal, mirándola con ojos preocupados.

—No hace falta que te preocupes por mí —dijo Dru con voz temblorosa—. Sé que piensas que es una estupidez, pero era mi primer amigo de verdad...

—¡No creo que sea ninguna estupidez! —Helen cruzó la sala hasta ella en un par de rápidas zancadas.

A Dru le dolía demasiado la garganta para hablar.

—Me siento como si la gente no parara de marcharse —susurró.

De tan cerca, Helen parecía incluso más delgada y hermosa, y olía a flores de azahar. Por primera vez no parecía remota, como una estrella distante. Se la veía nerviosa y preocupada, y muy real. Incluso tenía una mancha de tinta en la manga.

—Sé cómo te sientes —afirmó Helen—. Os echaba tanto de menos cuando estaba en la isla de Wrangel que hasta me costaba respirar. No paraba de pensar en todo lo que me estaba perdiendo, en que me perdería verte crecer y todas esas pequeñas cosas, y cuando te vi en el Salón del Consejo, no dejaba de pensar...

Dru se preparó para lo peor.

—... en lo hermosa que te has vuelto. Te pareces mucho a mamá. —Helen sorbió—. Solía mirarla mientras se preparaba para salir. Tenía tanto estilo... A mí solo se me ocurre ponerme unos vaqueros y una camisa.

Dru la miró asombrada.

—Me voy a quedar —continuó Helen—. No volveré a dejarte. —Tendió los brazos hacia Dru, y esta asintió con un mínimo movimiento de la cabeza. Helen la abrazó con fuerza y la estrechó contra sí.

Dru apoyó la frente en su hermana y por fin se permitió recordar a Helen cogiéndola en brazos cuando era muy pequeña, dándole vueltas mientras reía, poniéndole cintas en el pelo y buscando sus zapatos, que inevitablemente se quedaban en la playa. No encajaban igual que antes, pensó Dru, mientras rodeaba a Helen con los brazos. Eran de altura y forma diferentes, personas diferentes de lo que habían sido entonces.

Pero incluso si encajaban de otra manera, aún lo hacían como hermanas.

* * *

No se parecía en nada a un Portal; no había ruido tumultuoso ni ninguna sensación de ser arrastrado por un tornado y lanzado de un lado al otro. En un momento, Cristina estaba en la biblioteca del Instituto, y al siguiente se hallaba en un verde campo, con Mark y Kieran, uno a cada lado, y música sonando en el aire.

Mark apartó la mano de su hombro y lo mismo hizo Kieran. Cristina metió el artefacto en la mochila y se la colgó a la espalda, apretando las correas con fuerza. Los chicos miraban alrededor, atónitos.

—Es un baile —exclamó Mark, incrédulo—. Hemos caído en medio de una fiesta.

—Bueno, no en medio —puntualizó Kieran. Y técnicamente estaba en lo cierto; se hallaban justo en el exterior de un prado lleno de danzantes que giraban y giraban. Se habían alzado pabellones sobre la hierba, y uno, el más grande, se cerraba con cortinajes de seda.

—Creía que íbamos al Cruce de Bram, ¿no? —dijo Cristina.

—Estamos muy cerca. —Kieran señaló en una dirección. Al otro lado del prado, rodeado de enormes robles, Cristina vio el lugar donde se encontraban dos caminos—. Es el lugar donde se hallan las tierras seelie y las noseelie.

—¿Quién es Bram? —preguntó Cristina.

—Bram era el rey de antes de mi padre, hace mucho tiempo —contestó Kieran. Señaló la ruta del sur—. Emma y Julian tendrían que llegar por ahí. Las tierras seelie. Cualquier cortejo oficial pasará por el cruce.

—Así que debemos llegar a ese camino —dijo Mark—. Tendremos que atravesar el baile. —Se volvió—. Tendrás que disfrazarte, príncipe Kieran.

Kieran le lanzó a Mark una torva mirada. Cristina, que no quería perder el tiempo, desabrochó la mochila de Kieran, sacó una capa enrollada y se la pasó.

Él se la puso y se bajó la capucha.

—¿Estoy disfrazado?

Cristina aún podía ver un poco del pelo negro azulado bajo el borde de la capa, pero esperó que nadie se fijara. De hacerlo, podrían saber fácilmente que se trataba de un príncipe. Se le notaba en el modo de andar, en su postura, en la mirada, en su rostro.

Mark debió de pensar lo mismo, porque se agachó, cogió un puñado de barro y se lo frotó a Kieran en el sorprendido rostro, manchándole la mejilla y la nariz.

Kieran no parecía convencido y lo miró enfurruñado.

—Lo has hecho porque disfrutas.

Mark sonrió como un niño y tiró el resto del lodo al suelo. Kieran se frotó la nariz sin dejar de clavarle la mirada. Pero lo cierto es que ahora parecía menos un príncipe.

—Para —dijo Cristina.

—Gracias —repuso Kieran.

Con una sonrisa maliciosa, Cristina cogió un poco de barro y le manchó la otra mejilla.

—Para que tengas por los dos lados.

Mark rio. Kieran los miró indignado durante unos segundos antes de rendirse y echarse a reír también.

—Y ahora, no perdamos más tiempo —dijo Cristina un poco a regañadientes. Hubiera deseado poderse quedar allí, los tres juntos, y unirse al baile.

Pero no tenían elección. Avanzaron por el prado, por un área en la que muchos de los danzantes ya se habían derrumbado, exhaustos. Un chico con la cara sucia de pintura metálica y pantalones de rayas estaba sentado, mirándose las manos mientras las movía por el aire, como si estuviera drogado. Pasaron una piscina de agua humeante rodeada de neblina, entre cuyos retazos se vislumbraban cuerpos mojados. Cristina notó que las mejillas le ardían de rubor.

A medida que avanzaban, la multitud se fue cerrando a su alrededor. No se parecía en nada al baile que Cristina presencié la última vez que habían estado en Feéra. Aquella fue una gran fiesta de baile. Esta era más como una parte de un cuadro del Bosco. Un grupo de hadas macho luchaban entre ellas, sus torsos desnudos, salpicados de sangre, brillaban bajo la luna. Un kelpie devoraba hambriento el cadáver de un brownie, cuyos ojos abiertos miraban ciegos hacia el cielo. Sobre la hierba se entrelazaban cuerpos desnudos, moviéndose con un lento propósito. Las gaitas y los violines sonaban y el aire olía a vino y sangre.

Pasaron junto a un gigante, caído inconsciente en el suelo. Sobre su enorme cuerpo había cientos de pixies, corriendo y bailando, como un mar en movimiento. No, se dio cuenta Cristina, no estaban bailando, estaban...

Apartó la mirada. Notaba las mejillas como si las tuviera en llamas.

—Esto es cosa de mi hermano —dijo Kieran mientras miraba torvamente al pabellón más grande, el que mostraba el escudo de la corte noseelie—. El príncipe Oban. Sus fiestas son famosas por su duración y libertinaje. —Frunció el ceño cuando un grupo de acróbatas desnudos ulularon desde un árbol cercano—. Hace que el propio Magnus Bane parezca una monja mojigata.

Mark lo miró como si acabara de oír que había un sol alternativo que era nueve millones de veces más caliente que el sol de la Tierra.

—Nunca has mencionado a Oban.

—Me avergüenza —respondió Kieran.

Una rama se quebró en lo alto y dejó caer ante ellos un caballo del tamaño de un duende. Llevaba un liguero, que sujetaba unas medias de lana con carreras y unos cobertores dorados para las pezuñas.

—Ya veo por qué —contestó Mark mientras el caballo se alejaba, mordisqueando la hierba. Esquivó cuidadosamente a las parejas que se abrazaban en el enmarañado sotobosque.

Ante Cristina, varios danzantes giraban en círculo, rodeando un árbol del que colgaban cintas, pero ninguno mostraba una expresión de alegría. Su rostro era inexpresivo, con los ojos muy abiertos y los brazos colgando sin fuerza. De vez en cuando, algún caballero hada borracho sacaba a uno de los danzantes del círculo y lo tumbaba sobre la alta hierba. Cristina se estremeció.

De lo alto de un árbol colgaba una jaula. Dentro había alguien agachado, blanco y baboso como un gusano, con el cuerpo cubierto de marcas grises como de viruela.

«Parece un demonio Eidolon en su auténtica forma», pensó Cristina. Pero ¿por qué un príncipe hada iba a tener un demonio Eidolon en una jaula?

Se oyó sonar un cuerno. La música se había vuelto más agria, casi siniestra. Cristina miró de nuevo a los danzantes y se dio cuenta, de repente, de que estaban hechizados. Recordó la última vez que había estado en un baile de hadas, en cómo la música la había atrapado; pero no se sentía así ahora, y en silencio dio gracias a la Eternidad.

Había leído sobre bailes de hadas en que los mortales eran obligados a bailar hasta que se les rompían los huesos de los pies, pero nunca hubiera pensado que fuera algo que las hadas se hicieran entre ellas. Los hermosos chicos y chicas del círculo estaban siendo forzados a bailar sin parar, el torso se les desplomaba sin que las piernas dejaran de moverse al ritmo de la música.

Kieran parecían enfadado.

—A Oban le da placer contemplar el sufrimiento de los otros. Esas son las espinas en sus rosas, el veneno en la flor de su sociabilidad y sus regalos.

Cristina avanzó hacia los danzantes, preocupada.

—Van a morir todos...

Kieran la cogió de la manga y la atrajo hacia donde estaban Mark y él.

—Cristina, no. —Parecía realmente alarmado por ella—. Oban los dejará vivir una vez los haya humillado lo suficiente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Cristina.

—Son de la nobleza. Cortesanos. Oban se buscaría un problema con mi padre si los matara a todos.

—Kieran tiene razón —intervino Mark, con la luz de la luna plateándole el pelo—. No puedes salvarlos, Cristina. Y no podemos entretenernos aquí.

A regañadientes, Cristina los siguió mientras avanzaban rápidamente entre la multitud. El aire estaba cargado de un humo dulzón y áspero, mezclado, de vez en cuando, con el vapor que se alzaba de los estanques.

—Príncipe Kieran. —Una mujer hada con el pelo como una flor de diente de león fue hacia ellos. Llevaba un vestido de filamentos blancos y sus ojos eran verdes como los tallos de esa flor—. Vienes a nosotros disfrazado.

Mark se llevó la mano al cinturón de armas, pero Kieran le hizo un rápido gesto.

—Puedo confiar en que serás capaz de guardarme el secreto, ¿verdad?

—Si me dices por qué un príncipe noseelie tiene que acudir disfrazado al baile de su hermano, quizá lo haga —dijo la mujer, mirando con sus ojos verdes, muy interesada.

—Busco a un amigo —respondió Kieran.

La mujer pasó la mirada de Cristina a Mark. Su boca esbozó una sonrisa.

—Pues parece que ya tienes varios.

—Ya basta —exclamó Mark—. El príncipe procederá sin obstáculos.

—Ahora bien, si lo que buscas en una poción de amor, puedes acudir a mí —dijo la hada sin prestar atención a Mark—. Pero ¿a cuál de estos dos nefilim amas? ¿Y cuál te ama a ti?

Kieran alzó una mano en señal de aviso.

—Basta.

—Ah, ya veo, ya veo —repuso la mujer. Y Cristina se preguntó qué sería lo que veía—. Ninguna poción de amor te puede ayudar con esto. —Los ojos le bailaban—. Ahora bien, en Feéra, podrías amar a ambos y que ambos te amasen. No tendrías ningún problema. Pero en el mundo del Ángel...

—¡Basta, he dicho! —Kieran se había sonrojado—. ¿Qué haría falta para acabar con este hostigamiento?

El hada rio.

—Un beso.

Con una mirada de exasperación, Kieran inclinó la cabeza y le dio un suave beso en la boca a la mujer. Cristina notó que se tensaba toda ella. Era una sensación desagradable.

Se dio cuenta de que Mark, a su lado, también se había tensado, pero ninguno de ellos se movió mientras la mujer hada se apartaba, le guiñaba un ojo y desaparecía bailando entre la gente.

Kieran se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Dicen que el beso de un príncipe trae buena suerte —dijo—. Incluso el de uno caído en desgracia, al parecer.

—No tenías por qué hacer eso —repuso Mark—. Podríamos habernos librado de ella.

—No sin montar un escándalo —replicó Kieran—. Y sospecho que Oban y sus hombres están en alguna parte entre esta gente.

Cristina miró hacia el pabellón. Kieran tenía razón; seguía vacío. ¿Dónde estaría el príncipe Oban? ¿Entre las parejas que retozaban en la hierba?

Habían comenzado de nuevo a cruzar el prado: rostros de todos los colores parecían surgir de la niebla para mirarla, contorsionados en extrañas muecas. A Cristina incluso le pareció ver a Manuel, y recordó cómo Emma había sido obligada a ver una imagen de su padre la última vez que estuvo en Feéra. Se estremeció, y cuando miró otra vez, ya no era Manuel, sino un hada con el cuerpo de un hombre y la cara de un viejo gato sabio, con ojos dorados y parpadeantes.

—¿Algo de beber, dama y señores? ¿Un trago para refrescaros después del baile? —dijo el gato hada con voz ronroneante. Cristina lo miró sorprendida, recordando. Mark le había comprado una bebida a esta hada de cara de gato en el baile en que habían estado juntos. El hada sujetaba la misma bandeja dorada con las copas encima. Incluso su gastado traje eduardiano seguía siendo el mismo.

—Nada de bebidas, Tom Tildrum, rey de los gatos —contestó Kieran. Su voz era seca, pero sin duda conocía al gato hada—. Tenemos que encontrar el cortejo seelie. Tengo varias monedas para ti si nos llevas hasta la carretera.

Tom siseó por lo bajo.

—Llegáis tarde. El cortejo de la reina pasó por aquí hace una hora.

Mark soltó un improperio y se echó la capucha hacia atrás. Cristina ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse de que Mark, siempre tan gentil, soltara palabrotas. Sintió como si le hubieran abierto un agujero en el pecho al oír las palabras del gato. Emma. Emma y Julian. Los habían perdido. Kieran también parecía devastado.

—Entonces, dame un trago, Tom —dijo Mark, y cogió de la bandeja un vaso de líquido de color rubí.

Kieran estiró la mano, conteniéndolo.

—¡Mark! ¡No hagas tonterías!

—Es zumo de fruta —replicó Mark, con los ojos clavados en Cristina. Ella se sonrojó y apartó la mirada mientras él vaciaba el vaso.

Un momento después, cayó al suelo con los ojos en blanco.

—¡Mark! —gimió Cristina en un grito ahogado dejándose caer junto a él. Mark estaba inconsciente, pero respiraba con normalidad. De hecho, incluso

roncaba un poco—. ¡Esto no era zumo de frutas!

—Me gusta servir bebidas variadas —repuso Tom.

Kieran se arrodilló junto a Cristina. La capucha se le había ido un poco para atrás, y ella pudo ver preocupación en su rostro mientras tocaba suavemente el pecho de Mark. Las manchas de las mejillas hacían que le resaltaran mucho más los ojos.

—Tom Tildrum —dijo con voz tensa—. Este no es un lugar seguro.

—No para ti, porque los hijos del rey noseelie están peleándose como gatos furiosos —repuso Tom Tildrum con un destello de sus incisivos.

—Entonces, ya ves por qué nos tienes que guiar hasta la carretera —dijo Kieran.

—¿Y si no lo hago?

Kieran se puso en pie, consiguiendo exudar una amenaza principesca a pesar de tener la cara sucia.

—Entonces, te tiraré de la cola hasta que aúlles.

Tom Tildrum siseó a Kieran, y Cristina se inclinó para levantar a Mark y llevarlo entre los dos.

—Venid conmigo, entonces, y daos prisa, antes de que el príncipe Oban nos vea. No le gustaría verme ayudándote, príncipe Kieran. No le gustaría nada.

* * *

Kit estaba tumbado en el tejado del Instituto con las manos detrás de la cabeza. El viento soplaba desde el desierto, cálido y suave como una manta, cosquilleándole la piel. Si volvía la cabeza para un lado, podía ver Malibú, una fila de brillantes luces resiguiendo la curva de la costa.

Eso era sobre lo que la gente cantaba en canciones pop y mostraba en las películas: mar, arena, casas caras, un tiempo perfecto y el viento que soplaba, suave como polvo. Antes no lo había disfrutado nunca, viviendo como vivía con su padre, bajo la sombra de la niebla y los rascacielos del centro.

Si volvía la cabeza hacia el otro lado, veía a Ty, en blanco y negro, sentado a su lado en el borde del tejado. Ty tenía bajadas las mangas de la sudadera y no paraba de toquetear los gastados puños con los dedos. Sus negras pestañas eran tan largas que Kit podía ver la brisa agitándolas como si fueran algas rizadas.

La sensación de que el corazón le daba un vuelco se había convertido en tan familiar que Kit ya no se la cuestionaba ni se preguntaba qué significaba.

—No puedo creer que Hypatia haya accedido a nuestro plan —dijo Kit—. ¿Crees que lo dice en serio?

—Debe de decirlo en serio —contestó Ty, mirando hacia el océano. La luna estaba escondida tras las nubes, y el océano parecía estar absorbiendo la luz, tragándosela hacia sus negras profundidades. En el punto entre la orilla y el mar, la blanca espuma se extendía como una cinta—. No nos habría enviado el dinero de no ser así. Sobre todo el dinero encantado.

Kit bostezó.

—Cierto. Cuando un brujo te envía dinero, sabes que va en serio. Te garantizo que si no hacemos esto como dijimos que lo haríamos, va a venir a por nosotros, o al menos por el dinero.

Ty dobló las piernas contra el pecho y luego sonrió.

—Detalles, Watson. —Se pasó una mano por la cabeza—. Quizá deberíamos disfrazarnos.

—Creo que se lo deberíamos pedir a Dru.

—¿Dru? ¿Por qué a Dru? —Ty parecía confuso—. ¿Pedirle qué?

—Que nos ayude. Barnabas no la conoce. Y parece mucho mayor de lo que es.

—No. Dru no.

Kit recordó el rostro de Dru en la biblioteca cuando hablaba de Jaime: «Me escuchaba y veíamos juntos películas de terror, y se comportaba como si lo que yo decía fuera importante». Recordó lo feliz que la había hecho enseñándole a abrir cerraduras.

—¿Por qué no? Podemos confiar en ella. Está sola y aburrida. Creo que le gustará que la incluyamos.

—Pero no le podemos hablar de Sombra. —Ty estaba blanco como la luna—. Ni del *Libro Negro*.

«Cierto —pensó Kit para sí—. No tengo ninguna intención de contarle a Drusilla un plan que espero que falle mucho antes de que comience a funcionar».

Se incorporó hasta sentarse.

—No... no, definitivamente no. Sería peligroso para ella saber algo sobre... sobre eso. Lo único que tenemos que decirle es que estamos tratando de mejorar nuestra relación con el Mercado de Sombras.

La mirada de Ty se apartó de Kit.

—Drusilla te gusta de verdad.

—Creo que está muy sola —replicó Kit—. Eso lo entiendo.

—No quiero que corra peligro —dijo Ty—. Cuando Livvy regrese, le voy a decir que quiero realizar la ceremonia de *parabatai* inmediatamente.

—Pensaba que querías ir al Escolamántico —repuso Kit sin pensar. Si Ty pudiera ver que ahora tenía esa posibilidad, Kit desearía... y al instante se odió a sí mismo por pensar eso. Evidentemente, Ty nunca consideraría la muerte de Livvy como una forma de libertad.

—No —replicó Ty, seco—. Recuerda que te lo dije. Ya no quiero ir allí. Además, no puedes tener *parabatai* en el Escolamántico. Es una regla. Y las reglas son importantes.

Kit no quería pensar en cuántas reglas estaba rompiendo en ese momento. Era evidente que Ty había compartimentado lo que costaría hacer regresar a Livvy, pero esas cosas nunca funcionaban a la perfección. Ty estaba machacando los puños de su sudadera y los dedos le temblaban un poco.

Kit lo tocó en el hombro. Estaba sentado un poco detrás de él. Ty encorvó la espalda, pero no evitó el contacto.

—¿Cuántas ventanas tiene la fachada del Instituto? —le preguntó Kit.

—Treinta y seis —contestó—. Treinta y siete si contamos el ático, pero está cubierta con papel. ¿Por qué?

—Porque eso es lo que me gusta de ti —dijo Kit en voz baja, y los temblores de Ty disminuyeron notablemente—. Que te fijas en todo. Nada se te olvida. No pasas nada por alto. —«Ni a nadie», se dijo.

* * *

Emma había empezado a quedarse dormida de nuevo a medida que avanzaba la noche. Se despertó cuando el caballo se detuvo; se echó un poco hacia atrás la capucha y miró alrededor.

Habían llegado a la torre. Rompía el alba, y bajo los primeros rayos de luz, la única manifestación permanente de la corte noseelie se parecía mucho menos al mural de Julian y mucho más a algo sacado de una pesadilla. El muro de espinos que rodeaba la torre no tenía nada que ver con modestos rosales. Las espinas tenían el color del acero y medían unos treinta centímetros de largo. Aquí y allá estaban salpicadas de lo que parecían unas enormes flores blancas. Las paredes de la torre eran lisas y negras como la antracita, y no había ventanas.

El aliento de Emma se dibujaba en el helor del aire. Se estremeció y se cerró más la capa de Nene. Comenzaron a oírse murmullos por todas partes a medida que el cortejo de hadas seelie iba despertándose. Las chicas que

estaban a su espalda charlaban sobre qué clase de habitaciones y qué recibimiento podían esperar del rey. Julian se hallaba inmóvil junto a ella, con la espalda recta y la capucha ocultándole el rostro.

Se oyó un fuerte estruendo, como el tañido de una campana. Emma miró hacia delante y vio que había una gran puerta doble en el muro de espinos, dos altas hojas de bronce que acababan de abrirse. Más allá vio un patio interior y un gran arco negro que conducía al edificio de la torre.

Caballeros noseelie cubiertos con capas negras guardaban ambos lados de la puerta. Detenían uno a uno a todos los miembros del cortejo antes de permitirles pasar al patio, donde dos filas de hadas noseelie flanqueaban el camino hacia la puerta de la torre.

Las estrellas multicolores comenzaban a desaparecer, y en su ausencia, la luz del sol naciente proyectaba opacas sombras doradas sobre la torre, oscuramente bella, como el tambor pulido de una pistola. Alrededor del muro de espinos había una planicie con hierba, puntuada aquí y allá con espinos blancos. La fila de hadas seelie avanzó de nuevo, y un fuerte refunfuño se alzó entre el revuelo de sedas y terciopelos, alas y cascos. Las chicas sobre la yegua baya murmuraban entre ellas: «Qué lentos son aquí; qué grosero hacernos esperar».

El aire de la mañana tiró del borde de la capucha de Emma cuando esta se volvió.

—¿Qué está pasando?

Una de las chicas agitó la cabeza.

—El rey no se fía, naturalmente. Durante demasiado tiempo ha reinado la enemistad entre las cortes. Los jinetes están registrando a cada uno de los invitados.

Emma se quedó helada.

—Los jinetes de Mannan.

La otra chica rio.

—¡Como si hubiera otros jinetes!

Julian se inclinó hacia Emma y le habló en voz baja.

—Es imposible que crucemos esa puerta con el resto del cortejo sin que los jinetes nos reconozcan. Sobre todo a ti. Tenemos que salir de aquí.

El lugar en la espalda de Emma donde normalmente colgaba *Cortana* le dolió como un miembro amputado. Había matado a uno de los jinetes con su espada; era imposible que no lo recordaran.

—De acuerdo. ¿Alguna idea de cómo lo hacemos?

Julian miró de arriba abajo la impaciente fila de los seelie. Se extendía desde la puerta de la torre hasta perderse en la distancia.

—No en este momento.

Por delante de la fila se oyó un alboroto. La dríade del árbol estaba discutiendo con un par de trasgos. De hecho, parecía que pequeñas discusiones comenzaban a todo lo largo de la fila. De vez en cuando, un caballero hada cabalgaba recorriendo el cortejo y pidiendo orden, pero nadie parecía muy interesado en mantener las cosas calmadas.

Emma miró inquieta hacia el horizonte. Estaba amaneciendo y pronto habría mucha más luz, lo que no los ayudaría en su intento de escapar. Podrían salir corriendo hacia la puerta, pero los guardias les impedirían el paso; y si corrían hacia los espinos o trataban de abandonar la fila, sin duda serían vistos.

«Entonces, acepta que te verán», pensó Emma. Se volvió hacia Julian y se irguió altiva.

—¡Fergus, estúpido! —soltó—. ¡La reina te ordenó explícitamente que vigilaras el final de la comitiva!

Los labios de Julian formaron la palabra «¿qué?». No se movió, y las chicas de la yegua baya rieron de nuevo.

Emma le tocó el hombro suavemente y dibujó sobre su espalda con los dedos un rápido símbolo que ambos conocían. Significaba: «Tengo un plan».

—La dríade ha hecho que te distrajeras, ¿a que sí? —continuó Emma. Clavó los tacones en el costado de *Silvermane* y el caballo, sorprendido, se puso alerta—. La reina querrá tu cabeza por esto. ¡Vamos ya!

Se oyeron risitas de todas las hadas cercanas. Emma hizo volverse a *Silvermane* y comenzó a cabalgar hacia el final de la comitiva. Las risas se fueron quedando atrás mientras trotaban; Emma no quería atraer la atención yendo demasiado deprisa.

Afortunadamente, nadie les prestaba mucha atención. Mientras se alejaban de la torre, el orden de la comitiva seelie comenzó a deteriorarse. Se formaron grupitos de hadas que reían, bromeaban y jugaban a las cartas. Nadie parecía interesado en el avance hacia la torre, y mucho menos en nada más cercano.

—Por aquí —murmuró Julian. Se inclinó sobre el cuello de *Widowmaker* y el caballo salió galopando hacia un grupito de árboles cercano. Emma agarró las riendas con fuerza en cuanto *Silvermane* dio un salto y corrió tras el corcel. El mundo pasaba como una mancha; estaba galopando, lo que era como volar; los cascos del caballo no parecían ni tocar el suelo. Emma

contuvo el aliento. Era como el terror y la libertad de estar en el mar, a merced de algo más fuerte que ella. La capucha se le fue hacia atrás; el viento le golpeó la cara y le sacudió la rubia melena como un estandarte.

Se detuvieron al otro lado del bosquecillo, donde las hadas seelie no podían verlos. Emma miró a Julian, sin aliento. El frío aire le había coloreado las mejillas. A su espalda, el horizonte se había vuelto de oro brillante.

—Buen trabajo —dijo él.

Emma no pudo contener una sonrisa mientras desmontaba.

—Quizá aquí no podemos emplear los poderes angélicos, pero seguimos siendo cazadores de sombras.

Julian desmontó a su lado. No necesitaba decir que no podían quedarse con los caballos. Emma le dio una palmada en el flanco a *Silvermane* y la yegua comenzó a trotar hacia el iluminado horizonte.

«Conoce el camino a su casa».

Widowmaker desapareció tras ella como una mancha oscura. Emma y Julian se volvieron hacia la torre. Las largas sombras del amanecer comenzaban a extenderse sobre la hierba. La torre se alzaba ante ellos, con el alto seto de espinos rodeándola como un collar letal.

Emma contempló nerviosa la zona de hierba entre los árboles y el seto. No había donde cubrirse, y aunque estaba a resguardo de las miradas desde la puerta, cualquiera en lo alto de la torre los vería acercarse.

Julian se volvió hacia ella y se echó la capucha hacia atrás. Emma supuso que ya no importaba; Julian se había hartado de fingir que era Fergus. Tenía el cabello alborotado y húmedo de sudor por la capucha.

—No nos podemos preocupar por la cobertura —dijo él, como si le hubiera leído el pensamiento—. Tendremos que lanzarnos al descubierto hasta llegar el seto.

La cogió de la mano. Emma intentó no pegar un brinco. Su palma era cálida contra la de ella; Julian la acercó a su lado y comenzaron a caminar por la hierba.

—No dejes de mirarme —dijo Julian en voz baja—. Las hadas son románticas, a su modo.

Emma se dio cuenta sobresaltada de que estaban jugando a ser una pareja que daba un paseo romántico al amanecer. Sus hombros se rozaban, y ella se estremeció incluso mientras el sol ascendía, calentando el aire.

Miró a Julian. No parecía alguien dando un paseo romántico; tenía los ojos alerta y los dientes apretados. Era más bien como una estatua de sí mismo, tallada por alguien que no lo conociera bien y que nunca le había

visto la chispa en los ojos que reservaba para su familia, que nunca le había visto la sonrisa que antes reservaba solo para Emma.

Habían alcanzado el seto. Se alzaba ante ellos una espesa maraña de ramas entrelazadas. Emma retiró la mano de la de Julian con un suspiro callado. De cerca, el seto parecía hecho de acero brillante, con las espinas sobresaliendo por todas partes en ángulos extraños. Algunas eran tan largas como espadas. Lo que Emma había pensado que eran flores, resultaron ser los esqueletos blanqueados de los que habían intentado escalar la pared, una advertencia para futuros intrusos.

—Podría resultar imposible —dijo Julian, mirando hacia lo alto—. Quizá debiéramos esperar hasta la noche e intentar colarnos por la puerta.

—No podemos esperar tanto; está amaneciendo. Tenemos que detener a la reina. —Emma desenvainó una daga del cinturón. No era *Cortana*, pero seguía siendo del acero de los cazadores de sombras, larga y afilada. Apoyó el filo en una de las espinas y cortó en ángulo. Había esperado resistencia, pero no la había. Cortó la espina con facilidad y quedó un muñón del que goteaba savia grisácea—. Agg —exclamó mientras apartaba la espina de una patada. Un olor raro, denso, se alzó del seto. Emma respiró hondo, tratando de calmarse—. Muy bien, voy a ir abriendo un camino. Incluso puedo ver la torre entre las ramas. —Era cierto. De tan cerca, se veía que el seto no era una pared sólida, y había espacios entre las ramas lo suficientemente grandes para permitir el paso de un cuerpo humano.

—Emma... —Julian hizo el gesto de ir a detenerla, pero dejó caer la mano—. Esto no me gusta nada. No somos los primeros que han intentado atravesar el seto. —Con un gesto de la barbilla, indicó los esqueletos que había por todas partes.

—Pero somos los primeros cazadores de sombras —repuso Emma, con una osadía que no sentía, y comenzó a dar tajos para abrirse camino. Las espinas fueron cayendo al suelo como una fina lluvia.

La luz comenzó a apagarse a medida que avanzaba, introduciéndose más en el seto. Era tan ancho como un carril de autopista, y las ramas parecían trenzarse sobre ella, formando un escudo contra la luz del sol. Creyó oír a Julian llamándola, pero su voz era apagada. Miró hacia atrás sorprendida, y se quedó tiesa de horror.

El seto se había cerrado tras ella como si fuera de agua. Se hallaba rodeada de un espeso muro verde grisáceo, salpicado de espinas letales. Comenzó a dar salvajes tajos con la daga, pero el borde rebotó en la espina más cercana con un sonido metálico, como si estuviera hecha de acero.

Algo se le clavó en el pecho produciéndole un agudo dolor. Las ramas se movían, encerrándola lentamente. La afilada punta de una espina le pinchó sobre el corazón, otra en la muñeca. Sacudió la mano instintivamente y se le cayó la daga. Tenía más en la mochila, pero no había manera de que pudiera alcanzarlas. El corazón le latía desbocado mientras las espinas se acercaban más; al moverse, vio destellos blancos entre las ramas: otros que habían quedado atrapados en el corazón del muro de espinas.

La punta de una espina le hizo un corte en la mejilla y la sangre le cayó, cálida, por el rostro. Emma se echó hacia atrás y las espinas se le clavaron en la espalda y los hombros.

«Voy a morir», pensó, y el terror le anuló cualquier otro pensamiento.

Pero los cazadores de sombras no debían tener miedo, no debían asustarse. En su cabeza, Emma comenzó a pedir perdón a sus padres, a su *parabatai*, a sus amigos. Siempre había pensado que moriría en una batalla, no aplastada por mil espinas, sola y sin *Cortana* en la mano.

Notó que algo la pinchaba en el cuello. Ella se volvió, tratando de apartarse del dolor. Oyó a Julian llamándola...

Algo le tocó la palma de la mano. Los dedos se le cerraron instintivamente alrededor; su cuerpo registró la sensación de la empuñadura de una espada incluso antes de que su mente se diera cuenta de lo que estaba agarrando.

Era una espada. Una espada con una hoja blanca, como una tira cortada de la luna. La reconoció inmediatamente por ilustraciones que había visto en viejos libros: *Durendal*, la espada de Roland, la hoja hermana de *Cortana*.

No había tiempo para preguntas. Entre las espinas, alzó rápidamente el brazo con *Durendal* como una mancha de plata. Se oyó un chirrido, como de metal retorcido, mientras *Durendal* cortaba las espinas y las ramas. La savia salió a chorro, irritando las heridas de Emma, pero ella no prestó atención; cortó una y otra vez, con la hoja como un remolino en la mano, y las ramas fueron cayendo alrededor. El seto pareció estremecerse de dolor y las ramas comenzaron a retroceder, como temerosas de *Durendal*. Un sendero se abrió tanto delante como detrás de ella, como el mar Rojo al separarse. Emma corrió por el estrecho pasillo entre las ramas, llamando a Julian para que la siguiera.

Salió al otro lado, a un mundo de color, luz y sonido: hierba verde, cielo azul y el distante rumor de la comitiva que avanzaba hacia la torre. Cayó de rodillas, aún sujetando a *Durendal*. Tenía las manos pegajosas de sangre y savia; jadeaba y se veía manar la sangre por los largos cortes en la túnica.

Una sombra oscureció el cielo. Era Julian. Se puso de rodillas frente a ella, pálido como un hueso. La cogió por los hombros y Emma contuvo una mueca. Tener sus manos sobre ella y la expresión de su rostro hacían que el dolor mereciera la pena.

—Emma —dijo él—. Eso ha sido increíble. ¿Cómo...?

Ella alzó la espada.

—*Durendal* vino a mí. —La sangre de sus cortes salpicaba la hoja, que comenzó a relucir y desapareció. Al instante, estaba sujetando el aire vacío, con los dedos aún curvados alrededor de donde había estado el dorado mango—. Necesitaba a *Cortana*, y esta me envió a *Durendal*.

—«Soy del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*» —murmuró Julian—. Hojas hermanas. Interesante. —Bajó las manos y le arrancó una tira de tela del borde de la túnica; la empleó, con una sorprendente suavidad, para presionarle el corte de la mejilla.

Emma sintió una intensa alegría, más fuerte que el dolor. Sabía que él no podía amarla, pero en ese momento era como si lo hiciera.

* * *

—¿Madre? —llamó Aline—. Madre, ¿estás ahí?

Helen entornó los ojos. Estaba sentada ante el escritorio del despacho del Instituto, con Aline a su lado. Jia parecía estar tratando de aparecer como una proyección en la pared del fondo, pero por el momento solo era una sombra temblorosa, como una imagen tomada con la cámara en mano.

—¡Ma! —exclamó Aline—. ¿Podrías aparecer, por favor? Necesitamos hablar contigo ya.

Los contornos de Jia se fueron haciendo más definidos. Helen ya podía verla, aún con sus ropajes de Cónsul. Se la veía agotada, y tan delgada que parecía preocupantemente desnutrida.

La textura de la pared seguía siendo visible a través de ella, pero su imagen era lo suficientemente sólida como para que Helen pudiera verle la expresión: era el reflejo de la preocupación de su hija.

—No es fácil proyectarse desde el Gard —dijo—. Podríamos hablar por teléfono.

—Quería verte —respondió Aline. Había un ligero temblor en su voz—. Tengo que saber qué está pasando con eso del Registro. ¿El Consejo ha aprobado esa mierda?

—Horace... —comenzó Jia.

A Aline se le quebró la voz.

—¿Dónde estabas, mamá? ¿Cómo has permitido que esto sucediera?

—Yo no he permitido que sucediera —replicó Jia—. Horace me mintió. Esta mañana tuve una reunión muy importante, una reunión con la hermana Cleophas de las Hermanas de Hierro acerca de la Espada Mortal.

—¿La han reparado? —preguntó Aline, cambiando momentáneamente de tema.

—No han hecho ningún progreso. Fue creada por ángeles, no por humanos, y quizá solo un ángel pueda repararla. —Jia suspiró—. Horace iba a presidir una reunión rutinaria sobre protocolos de fronteras mientras yo estaba en la Ciudadela Irredenta. Pero la ha convertido en un engaño.

—Es que no entiendo cómo ha convencido a la gente de que ese Registro es una buena idea —intervino Helen.

Jia había comenzado a ir de un lado a otro. Su sombra se agitaba de arriba abajo por la pared, como una marioneta arrastrada por el escenario.

—Horace no debería ser político. Habría hecho carrera como actor. Ha jugado con los peores temores de la gente. Envió un espía a Feéra, y cuando este acabó mal, insistió en que habían asesinado a un niño inocente. También afirma que el príncipe Kieran ha vuelto loca a Samantha Larkspear...

—Mark nos contó que Samantha había perdido el juicio al caer en el estanque del Lugar Hueco mientras la Cohorte estaba torturando a Kieran —replicó Helen, indignada—. Ella trató de matarlo a él.

Jia pareció torvamente divertida.

—¿Puedo preguntar dónde se halla Kieran ahora?

—De vuelta en Feéra —contestó Aline—. Ahora, tú debes decirme dónde está Horace para que le pueda pegar el peor puñetazo que le han dado en su vida.

—Golpearlo no servirá de nada —repuso Jia. Esa era una conversación que Aline y ella mantenían a menudo—. Tengo que pensar en cómo dar un paso constructivo que deshaga todo el daño que ha hecho.

—¿Por qué ha arrestado a los chicos del Escolamántico? —preguntó Helen—. Según Mark, Rayan, Divya y Diego son los centuriones más decentes.

—Para que sirva de escarmiento: «Esto es lo que te pasará si ayudas a los subterráneos».

—No podemos hacer un Registro con la gente —dijo Aline—. Es inhumano. Eso es lo que le voy a decir a la Clave.

La proyección de Jia burbujeó en los bordes, furiosa.

—No te atrevas —le advirtió—. ¿No has oído lo que te acabo de decir? Dearborn va a por Helen porque tiene sangre de hada. Acabarás en la cárcel si dices algo, y pondrán en tu lugar a alguien más obediente. Al menos, tienes que fingir que vas a cumplir las órdenes.

—¿Y cómo lo hacemos? —Helen siempre había tenido un poco de miedo a su suegra, la Cónsul. Siempre había supuesto que Jia no podía estar satisfecha de que Aline hubiera elegido casarse con una mujer, y menos aún con una medio hada. Jia nunca había dejado ver ni de palabra ni de obra que la elección de Aline la hubiera decepcionado, pero Helen seguía sintiéndose igual. Aun así, no pudo evitar hablar en ese momento—. Se supone que los subterráneos deben venir a inscribirse al Santuario y que tenemos que entregar el Registro a la Clave.

—Lo sé, Helen —repuso Jia—. Pero no podéis hacer caso omiso de las órdenes. Horace os estará observando para asegurarse de que el Instituto de Los Ángeles cubre su cuota. Acabo de recuperaros después del exilio. No quiero perderos de nuevo. Sois muy inteligentes. Encontrad una forma creativa de invalidar la orden del Registro sin llegar a desobedecerla.

A pesar de todo, Helen se sintió gratamente sorprendida. Jia hablaba en plural. Como si no solo hubiera echado de menos a Aline sino también a ella.

—Sin embargo, hay algo bueno —continuó Jia—. Estaba con la hermana Cleophas cuando me llegó la noticia, y se puso furiosa. Las Hermanas de Hierro están totalmente de nuestro lado. Y pueden ser terribles cuando quieren. No creo que a Horace le guste mucho tenerlas como enemigas.

—Mamá —dijo Aline—. Papá y tú tenéis que salir de Idris. Ven aquí una temporada. Allí no estás segura.

Helen le cogió la mano a Aline y se la apretó, porque sabía cuál sería la respuesta.

—No puedo marcharme —respondió Jia, como Cónsul de la Clave y no como madre de Aline—. No puedo abandonar a nuestra gente. Hice el juramento de proteger a los nefilim, y eso significa capear esta tormenta y hacer todo lo posible para revertir lo que ha hecho Horace; para sacar a esos niños de la prisión del Gard... —Jia miró hacia atrás—. Debo irme. Pero recordad, chicas, el Consejo es básicamente bueno, al igual que el corazón de la mayoría de la gente.

Desapareció.

—Ojalá pudiera creer eso —replicó Aline—. Desearía entender cómo mi madre puede creer eso, después de todo el tiempo que lleva como Cónsul.

Parecía enfadada con Jia, pero Helen sabía que no era eso lo que ocurría.

—Tu madre es muy lista. No le pasará nada.

—Eso espero —contestó Aline, mirando su mano y la de Helen, entrelazadas sobre el escritorio—. Y ahora tenemos que encontrar un modo de inscribir a la gente sin inscribirla de verdad. Un plan que no incluya pegarle un par de puñetazos a Horace. ¿Por qué nunca puedo hacer lo que quiero?

A pesar de la situación, Helen se echó a reír.

—Lo cierto es que se me ha ocurrido una idea. Y creo que te puede gustar.

* * *

Desde el claro se veía la carretera más abajo, como una cinta blanca entre los árboles. La luna en lo alto estaba atrapada entre las ramas, y su luz era suficiente para que Cristina pudiera ver el claro con detalle: rodeado de gruesos espinos blancos, cubierto de una hierba mullida y fresca, húmeda de rocío. Había extendido la manta de Mark y él se había dormido encima, medio hecho un ovillo, con las mejillas encendidas.

Cristina se hallaba sentada a su lado, con las piernas estiradas sobre la hierba húmeda. Kieran estaba cerca, apoyado contra el tronco de un espino. En la distancia, Cristina oía los ruidos del baile de hadas, llevado hasta ellos por el claro aire.

—No era así en absoluto como me esperaba que se dieran los acontecimientos después de nuestra llegada a Feéra —dijo Kieran, con la mirada fija en la carretera que discurría más abajo.

Cristina le apartó a Mark el cabello de la cara. Tenía la piel caliente de fiebre. Cristina creía que era un efecto secundario de lo que fuera que el gato hada le había dado para beber.

—¿Cuánto tiempo crees que estará inconsciente?

El rostro de Kieran en la oscuridad era un mapa de sombras en blanco y negro. Se había quedado en silencio en cuanto llegaron al claro y acomodaron a Mark. Cristina solo podía hacer cábalas sobre lo que estaría pensando.

—Seguramente, una hora más o así.

Cristina se sentía como si tuviera un peso de plomo en el pecho.

—Cada instante que esperamos nos aleja más de Emma y Julian —dijo—. Ya no sé cómo podremos alcanzarlos.

Kieran estiró las manos hacia el frente. Manos de hada, con largos dedos que parecían doblarse en ambas direcciones.

—Podría llamar de nuevo a *Windspear* —propuso un poco inseguro—. Es lo bastante rápido para alcanzarlos.

—No parece que esa idea te guste demasiado —observó Cristina, pero Kieran solo se encogió de hombros.

Se apartó del árbol y se acercó a Mark; se agachó para taponarle uno de los hombros con la manta. Cristina lo contempló pensativa. *Windspear* era el corcel de un príncipe, pensó. Llamaría la atención ahí, en Feéra. Podría alertar al reino de la presencia de Kieran, ponerlo en peligro. Pero Kieran parecía dispuesto a llamarlo, pasara lo que pasase.

—Nada de *Windspear* —dijo Cristina—. Incluso si lo tuviéramos, ¿qué podría hacer?, ¿tratar de pescarlos de en medio de la comitiva desde el aire? Nos verían, y piensa en el peligro para Mark, Jules y Emma.

Kieran estiró la manta sobre el hombro de Mark y se puso en pie.

—No lo sé —contestó—. No tengo las respuestas. —Se envolvió en la capa—. Pero tienes razón. No podemos esperar.

Cristina lo miró directamente.

—Y tampoco podemos dejar a Mark.

—Lo sé. Creo que debería ir solo. Y tú quedarte aquí con Mark.

—¡No! —exclamó Cristina—. No, no vas a ir solo. Y menos sin la reliquia. Es nuestro único camino de vuelta.

—No importa —repuso Kieran. Se agachó para coger su mochila y se la colgó del hombro—. No importa lo que me pase.

—¡Claro que importa! —Cristina se puso en pie e hizo una mueca de dolor; las piernas se le habían dormido. Corrió tras Kieran cojeando un poco.

Este había llegado al linde del claro cuando ella lo alcanzó. Lo cogió del brazo y los dedos se hundieron en la tela de la manga.

—Kieran, detente.

Él se detuvo, aunque no la miró. Tenía los ojos clavados en la carretera y el baile de más allá.

—¿Por qué me lo impides? —preguntó con voz remota.

—Ir solo por el camino es peligroso, especialmente para ti.

Kieran no pareció oírla.

—Cuando toqué el estanque del Escolamántico, sentí la confusión y el dolor que te he causado —dijo.

Cristina esperó. Él no dijo nada más.

—¿Y?

—¿Y? —repitió él, incrédulo—. ¡Y no lo soporto! Que te haya hecho un daño tal, que os haya hecho un daño tal a ti y a Mark... no lo soporto.

—Pero debes hacerlo —replicó Cristina.

Kieran abrió la boca, atónito.

—¿Qué?

—Eso es lo que representa tener un alma, Kieran, y un corazón. Todos nos vamos tropezando en la oscuridad y nos hacemos daño unos a otros, y tratamos de compensarlo lo mejor que podemos. Todos estamos confusos.

—Entonces, permíteme que te lo compense. —Con una firme suavidad, le retiró la mano de la manga—. Déjame ir tras ellos.

Comenzó a marchar colina abajo, pero Cristina lo siguió y le bloqueó el camino.

—No... no debes...

Él trató de pasar por su lado. Cristina volvió a ponerse ante él.

—Déjame...

—¡No permitiré que te arriesgues! —gritó ella, y lo agarró por la pechera de la camisa, la tela áspera bajo los dedos. Lo oyó resoplar, sorprendido.

Tuvo que echar la cabeza atrás para mirarlo a los ojos; le destellaban en blanco y negro, y tan remotos como la luna. Había un cansancio en su rostro que indicaba dolor, pero también una firmeza más hermosa que la simetría de rasgos. No era raro que Mark se hubiera enamorado de él en la Cacería. ¿Quién no lo haría?

—Quizá tú no estés confuso —dijo ella en un susurro—. Pero yo sí lo estoy. Tú me confundes mucho.

—Cristina —susurró Kieran. Le acarició el rostro suavemente. Ella se dejó llevar por el calor de su mano, y los dedos descendieron por la mejilla hasta la boca. Le dibujó el contorno de los labios con un leve roce. Ella le echó los brazos al cuello.

La estrechó contra sí, y sus bocas se unieron tan rápido que ella no supo quién besó a quién. Era puro fuego: el sabor de Kieran en su boca, y su piel suave cuando le pasó los dedos por el cuello. Sus labios eran dulces y firmes, y la besó como si bebiera un buen vino. Ella le hundió las manos en los suaves rizos.

—Mi señora —susurró él en su boca, y ella notó que su cuerpo vibraba con el sonido de esa voz—. Mi Señora de las Rosas.

Le bajó las manos por el cuerpo y ella se perdió en el calor de esa caricia, en la sensación de estar juntos, tan diferente a la de Mark pero igual de maravillosa. Él la cogió por las caderas y la apretó contra sí, y Cristina se sorprendió: era tan cálido y humano, en absoluto remoto.

—Kieran —susurró, y oyó la voz de Mark en la cabeza pronunciando ese mismo nombre: «Kier, Kieran, mi serio Kieran», y recordó a Mark y a Kieran besándose en el desierto. Sintió un cosquilleo de excitación en lo más hondo.

—¿Qué está pasando?

Era la voz de Mark; no en su cabeza, sino cortando la noche, a través de su niebla de deseo. Cristina y Kieran se apartaron de golpe, casi tambaleándose, y ella miró a Mark, una silueta de plata y oro recortándose en la oscuridad, pestañeando.

—Mark —exclamó Kieran con voz ronca.

De repente, el claro se iluminó. Mark alzó un brazo, protegiéndose del repentino fulgor artificial.

—¡Mark! —gritó Kieran, pero esta vez en su voz había alarma.

Fue hacia él arrastrando a Cristina de la mano. Se situaron a toda prisa en el centro del claro justo cuando una patrulla de guardias salió de entre los árboles, con las antorchas ardiendo como estandartes en la noche.

Los guiaba Manuel Villalobos. Cristina se lo quedó mirando sorprendida. Llevaba la misma librea que los guardias de Oban: una túnica con el símbolo de la corona rota sobre un trono. Su cabello pajizo estaba revuelto y mostraba una sonrisa un poco enloquecida. Un medallón como el que siempre llevaba Cristina le colgaba del cuello.

—Príncipe Kieran —dijo él, mientras los guardias rodeaban a Kieran, Mark y Cristina—. Tu hermano Oban estará encantado de verte.

Kieran tenía la mano en la empuñadura de la espada.

—Pues sería la primera vez —repuso secamente—. Nunca antes ha estado encantado de verme.

—¿Qué estás haciendo aquí, Manuel? —preguntó Cristina.

Manuel se volvió hacia ella con una mueca cínica.

—Estoy trabajando. A diferencia de ti.

—Tú no sabes por qué estoy aquí —replicó ella.

—Al parecer, para dejarte sobar por un hada y su amante mestizo —repuso Manuel—. Una actividad interesante para una cazadora de sombras.

La espada de Mark destelló, desnuda. Se lanzó a por Manuel, que pegó un salto hacia atrás lanzando una orden a los guardias. Estos avanzaron en masa; Cristina apenas tuvo tiempo de sacar su navaja mariposa y lanzar un tajo hacia delante que cortó en el pecho a un guardia con el cabello a mechaz lilas y azules.

Mark y Kieran ya estaban luchando, espada en mano. Eran hermosamente rápidos y letales; varios guardias cayeron entre gritos de dolor, y Cristina añadió dos más a la pila de heridos.

Pero eran demasiados. A través del fuego de las antorchas y el destello de las espadas, Cristina vio a Manuel apoyado contra un árbol. Cuando él le

captó la mirada, sonrió con cinismo y le hizo un gesto obsceno. Era evidente que no le preocupaba quién ganara la escaramuza.

Mark gritó. Tres guardias habían agarrado a Kieran, que se resistía mientras le retorcían el brazo a la espalda. Dos más iban a por Mark, y otro fue a por Cristina; ella le hundió la navaja en el hombro y saltó sobre el cuerpo que caía para ir hacia Mark y Kieran.

—¡Atadlos! —ordenó Manuel—. ¡El príncipe Oban los llevará ante el rey para que sean interrogados! No les hagáis daño. —Esbozó una media sonrisa—. El rey quiere hacerlo en persona.

Cristina y Mark se miraron a los ojos mientras dos guardias agarraban al chico. Meneó la cabeza hacia ella con fuerza.

—¡Cristina! ¡Usa el artefacto! ¡Vete!

Cristina negó con la cabeza. «No puedo dejaros, no puedo». Pero sus ojos cayeron sobre Kieran, que la miraba rogándole que lo hiciera. Comprendió el significado de su mirada y saltó en busca de su mochila, que estaba en el suelo.

Manuel gritó que la detuvieran, y varios de los guardias de Oban corrieron hacia ella, con las espadas en ristre. Cristina metió la mano en la mochila y agarró el artefacto. Con toda su voluntad, se concentró en la única persona que creyó que podría ayudarlos.

«Llévame con él. Llévame».

El claro desapareció justo cuando los guardias caían sobre ella.

14

La viola, la violeta y la viña

Les costó más encontrar a Dru de lo que Kit se esperaba. No estaba ni en la biblioteca, ni en su cuarto, ni en la playa. Por fin, la encontraron en la sala de la tele, rebuscando entre un montón de viejas películas de vídeo con nombres como *Scream*, *Scream Again* y *Cumpleaños sangriento*.

La mirada que Dru les echó al verlos entrar no era amistosa. Tenía los ojos hinchados, como si acabara de llorar. Kit se preguntó si sería por Emma y Julian, perdidos por Feéra, o por Jaime, o por una combinación de ambas cosas. Cuando salió corriendo de la biblioteca parecía tener el corazón roto.

—¿Qué? —preguntó—. Helen y Aline están con Tavvy, si has venido a decirme que lo tengo que cuidar.

—La verdad —contestó Ty, sentándose en el taburete del piano—, es que necesitamos tu ayuda para otra cosa.

—Déjame que lo adivine. —Dru dejó caer la cinta de vídeo que tenía en las manos y Kit se contuvo de comentar que no creía que nadie menor de ochenta años conservara cintas de vídeo—. ¿Lavar los platos? ¿Hacer la colada? ¿Tumbarme delante de la puerta del Instituto para que me uséis de escalón?

Ty frunció el ceño.

—¿Qué...?

Kit intervino rápidamente.

—No es nada de eso. Es una misión.

Dru pareció dudar.

—¿Qué clase de misión?

—Una misión secreta —contestó Ty.

Dru se tiró de una trenza. Sus dos trenzas eran cortas y le salían casi horizontalmente a cada lado de la cabeza.

—No podéis pasar de mí hasta que me necesitéis para hacer algo —replicó, pero parecía compungida.

Ty fue a protestar. Kit lo interrumpió de nuevo, alzando una mano para que se callaran los dos.

—Íbamos a pedirte que te nos unieras antes —dijo—. Pero Ty no quería que corrieras peligro.

—¿Peligro? —Dru se animó—. ¿Va a haber peligro?

—Mucho peligro —respondió Kit.

Dru entornó los ojos.

—¿De qué estamos hablando exactamente?

—Necesitamos estar en mejores relaciones con el Mercado de Sombras —contestó Ty—. Como no podemos ir a Feéra, queremos ver si podemos hacer algo para ayudar a Emma y a Julian desde este lado. Cualquier información que podamos conseguir nos será útil.

—Me gustaría ayudar a Emma y a Julian —repuso Dru lentamente.

—Creemos que hay respuestas en el Mercado —continuó Kit—. Pero lo dirige un horrible brujo, Barnabas Hale. Ha accedido a encontrarse con Vanessa Ashdown.

—¿Vanessa Ashdown? —Dru parecía perpleja—. ¿Está metida en esto?

—No, no lo está —respondió Ty—. Le hemos mentado sobre quién quiere verlo para poder conseguir una reunión.

Dru resopló.

—No os parecéis nada a Vanessa, ninguno de los dos.

—Y ahí es donde entras tú —explicó Kit—. Aunque no tratáramos de fingir ser Vanessa Ashdown, Barnabas no se quedaría en cuanto apareciéramos en el lugar de la reunión, porque nos odia.

Dru sonrió un poco.

—¿No querrás decir que te odia a ti? —le preguntó a Kit.

—También me odia a mí —replicó Ty, orgulloso—. Porque Livvy y yo estuvimos con Kit en el Mercado de Sombras de Londres.

Dru se incorporó en el asiento.

—Livvy habría hecho esto por vosotros, ¿no?, si estuviera aquí.

Ty no dijo nada. Había alzado la mirada al techo, donde el ventilador rodaba lentamente, y lo miraba como si su vida dependiera de ello.

—Yo no me parezco en nada a Vanessa Ashdown —añadió Dru, vacilante.

—Él no la conoce —repuso Kit—. Solo sabe que tiene un montón de dinero para darle.

—Seguramente no piensa que tiene trece años —dijo Dru—. Debe de imaginarse que es adulta, sobre todo si tiene un montón de dinero. Y por

cierto, ¿cómo es que tenéis un montón de dinero?

—Pareces mucho mayor de lo que eres —replicó Kit, sin hacer caso de su pregunta—. Y hemos pensado...

Ty se levantó y salió al pasillo. Ambos lo miraron irse, Kit pensando si la mención de Livvy lo habría hecho salir corriendo. Quizá habrían comenzado a aparecer algunas grietas en el muro de su convencimiento de que Livvy iba a regresar.

—¿Lo he molestado? —preguntó Dru con un hilillo de voz.

Antes de que Kit pudiera responder, Ty volvía a estar con ellos. Llevaba lo que parecía un montón de tela gris.

—He notado que la gente mira la ropa mucho más de lo que mira a la cara de los demás. He pensado que podrías ponerte uno de los trajes de mamá. — Le tendió una falda y una chaqueta de color pizarra—. Creo que será de tu talla.

Dru se puso en pie y cogió la ropa.

—De acuerdo —dijo, mientras la sujetaba cuidadosamente. Kit se preguntó cuánto recordaría a su madre. ¿Tendría vagos recuerdos, como él, de la calidez de su voz, de las canciones que les cantaba?—. Muy bien. Lo haré. ¿Adónde vamos?

—A Hollywood —contestó Kit—. Mañana.

Dru frunció el ceño.

—Helen y Aline no saben nada de esto. Y dijeron que estarían en el Santuario mañana durante toda la noche. Algo que tiene que ver con los subterráneos.

—Bien —repuso Kit—. Así no se estarán preguntando dónde estamos.

—Claro... ¿Y cómo vamos a llegar allí?

Ty sonrió y se dio unos golpecitos en el bolsillo donde tenía el móvil.

—Drusilla Blackthorn, te presento a Uber.

* * *

Por tercera vez, Emma y Julian se detuvieron bajo la sombra de un portal para consultar el mapa. El interior de la torre casi no tenía puntos de referencia; de no ser por el mapa, sospechaba Emma, podrían haber estado vagando durante días.

Le dolía el cuerpo con cada movimiento, Julian había hecho lo que había podido para curarla fuera de la torre, empleando tiras de la tela de su camisa como vendajes. Estaban tan acostumbrados a funcionar con las runas de

curación y las habilidades de los Hermanos Silenciosos, pensó Emma, que nunca esperaban trabajar heridos y con dolor más de un corto espacio de tiempo. Aguantar el dolor que le producían las heridas de las espinas que se le habían clavado en el cuerpo resultaba agotador, y se alegró de poder descansar un momento mientras Julian miraba el mapa.

El interior de la torre recordaba una caracola. Los pasillos giraban una y otra vez en círculos, estrechándose al ascender, cubiertos de sombras.

Habían estado sopesando si debían emplear la poción de Nene, pero Julian sugirió que sería mejor guardarla hasta que fuera absolutamente necesaria; en ese momento, los pasillos estaban demasiado llenos de hadas, tanto seelie como noseelie, para que nadie se fijara en dos personas que caminaban apresuradamente con las capas rotas.

—El pasillo se divide aquí —indicó Julian—. Uno lleva hacia arriba, el otro hacia abajo. La sala del Trono no está marcada en el mapa.

—Pero sabemos que está cerca de lo alto de la torre —dijo Emma—. Seguramente, la reina ya estará allí. No podemos permitir que el rey ponga las manos sobre el *Libro Negro*.

—Entonces, supongo que debemos ir hacia arriba —concluyó Julian, señalando el pasillo ascendente—. Sigamos subiendo y esperemos encontrar más arriba alguna indicación que nos ayude.

—Sí, claro. Porque a las hadas les encanta lo de los carteles indicadores. Julian casi sonrió.

—Muy bien. Mantén la capucha baja.

Se dirigieron al pasillo empinado con las capuchas muy bajas. Mientras subían, la cantidad de hadas comenzó a disminuir, como si estuvieran llegando a una zona de aire enrarecido. En los muros comenzaron a aparecer puertas, cada una más elaborada que la anterior, con esquirlas de piedras raras e incrustaciones de oro. Emma oía voces, risas y cháchara al otro lado; supuso que habían llegado al área donde vivían los cortesanos.

Una puerta estaba medio tapada por un tapiz con un dibujo de estrellas. Fuera había dos guardias, vestidos con una armadura muy poco corriente, dorada y negra, y el rostro oculto por el yelmo. Emma sintió un escalofrío al pasar ante ellos y entrar en una zona donde el pasillo se estrechaba y volvía a estrecharse, como si estuviera llegando al final de una caracola. Las antorchas ardían bajas en sus soportes, y Emma entornó los ojos tratando de ver por delante, deseando poder utilizar una runa de visión nocturna.

Julian la agarró por el brazo y la llevó a un pequeño recodo.

—Gorras rojas —siseó.

Emma miró sigilosamente al otro lado de la pared. Y vio a dos filas de gorras rojas que guardaban un alto arco de entrada. Los gorras rojas se hallaban entre los guerreros más salvajes de las hadas. Llevaban un uniforme escarlata teñido con la sangre de sus víctimas. Cosa rara entre las hadas, esos guardias tenían barba y el rostro curtido. Sostenían largas picas con la punta manchada de sangre seca.

—Debe de ser esta —susurró Julian—. La sala del Trono.

Se pasó por la cabeza la cadena de la que colgaba el vial, sacó el tapón y bebió el líquido del interior. Emma se apresuró a imitarlo, y contuvo un gemido. Ardía; era como tragar fuego líquido. Vio la mueca de dolor de Julian antes de que este se metiera el vial en el bolsillo.

Se miraron. Aparte del ardor en la garganta y el estómago, Emma no sentía que nada hubiera cambiado. Aún se veía las manos y los pies con toda claridad, y Julian solo había comenzado a hacerse un poco borroso por el contorno. No era como se lo había imaginado.

—Nene dijo que solo seríamos invisibles para las hadas noseelie —dijo Julian en voz baja, pasado un momento. De repente, bajó la mirada—. ¿Emma...?

—¿Qué? —susurró ella—. ¿Qué pasa?

Lentamente, Julian alzó la mano y se tocó el pecho, donde estaba su runa de *parabatai*, bajo la ropa. Emma parpadeó. Podía ver un brillo rojo oscuro manando de ese punto, como si el corazón de Julian reluciera. El resplandor se movía, girando como una minúscula tormenta de arena.

—Julian... —Miró hacia abajo. Su runa también relucía. Era lo suficientemente inquietante como para hacerla estremecer, pero se contuvo y salió al pasillo. Un instante después, Julian estaba a su lado.

La hilera de gorras rojas seguía ahí, delante de la oscura arcada. Emma comenzó a ir hacia ellos, notando la presencia de Julian a su lado. Lo podía ver claramente, y oía sus pasos, pero mientras avanzaban hacia la sala del Trono y pasaban entre los gorras rojas, nadie se volvió hacia ellos. Ninguno pareció oírlos o verlos.

Emma veía la oscura luminosidad como si Julian la tuviera colgada sobre el pecho. Pero ¿por qué una poción de invisibilidad hacía brillar su runa de *parabatai*? No tenía sentido, pero no había tiempo para pensar en ello; estaban pasando ante el último par de gorras rojas. Se sentía como un ratón pasando alegremente delante de un gato despistado.

Un momento después, cruzaron el umbral y se encontraron en la sala del Trono del rey.

No era como Emma se la esperaba. En vez de oro reluciente y una decoración lujosa, la cámara estaba casi vacía. El suelo era de piedra gris oscuro; la única ventana se hallaba en la pared norte: un enorme rectángulo de cristal que mostraba un ventoso panorama nocturno. Por la sala había grupos de rocas caídas, algunas tan grandes como elefantes, otras fragmentadas en piezas más pequeñas. Parecía como las ruinas de la sala de juegos de un gigante.

El único asiento era el trono, que también era una gran roca en la que este se había tallado. La piedra se alzaba en el respaldo y los lados, como para proteger al rey, que se hallaba sentado inmóvil en él.

En sus manos se hallaba la copia del *Libro Negro* que había hecho Julian.

Cuando entraron, el rey alzó la mirada, con el ceño fruncido, y durante un momento de pánico, Emma pensó que podía verlos. Su rostro era tan horrible como lo recordaba: dividido exactamente por la mitad como por una espada: una mitad era el rostro de un hombre muy bello, y la otra, el hueso casi totalmente desnudo. Vestía un elegante jubón de terciopelo rojo; una capa sujeta a los hombros por varias filas de herretes de oro, y una corona dorada sobre la frente. Un vial le colgaba de una cadena al cuello, lleno de algún tipo de poción escarlata.

Instintivamente, Emma y Julian se agacharon tras el montón más cercano de piedras rotas justo en el momento en que cuatro guardias entraron, rodeando a una mujer vestida de blanco con una larga melena negra. Tras ella iba un muchacho con una diadema dorada en la cabeza. Dos guardias lo escoltaban, vestidos con la extraña armadura negra y dorada que Emma había visto antes, en el pasillo.

Pero no tuvo mucho tiempo de pensar en ello, porque cuando la mujer de blanco entró en la sala, volvió la cabeza y la reconoció.

Era Annabel Blackthorn.

Los recuerdos surgieron como una amarga ola en la garganta de Emma. Annabel en el estrado del Salón del Consejo. Annabel, con los ojos enloquecidos, atravesando el pecho de Livvy con los restos de la Espada Mortal. Annabel cubierta de sangre, el estrado empapado también, y Julian con Livvy entre los brazos.

Junto a Emma, Julian tragó aire sonora y entrecortadamente. Se había puesto rígido. Emma lo cogió por el hombro. Era como granito: duro, inhumano.

Tenía la mano en el cinturón, sobre el mango de una espada corta. Los ojos, clavados en Annabel. Todo el cuerpo tenso, con una energía a duras

penas controlada.

«La va a matar», pensó Emma. Lo sabía del mismo modo que sabía cuál sería el siguiente movimiento de Julian en medio de una pelea, el ritmo de su respiración en la batalla. Tiró de él, haciendo que la mirara, aunque era como intentar mover una roca.

—No —le dijo en un áspero susurro—. No puedes. No ahora.

Julian jadeaba, como si hubiera estado corriendo.

—Suéltame, Emma.

—Ella puede vernos —susurró Emma—. No es un hada. Nos verá llegar, Julian.

Él la miró con ojos enloquecidos.

—Daré la alarma y nos detendrán. Si intentas matar a Annabel ahora, nos cogerán a los dos. Y nunca podremos recuperar el *Libro Negro*.

—Tiene que morir por lo que hizo. —Dos ásperos puntos rojos le ardían en las mejillas—. Déjame matarla, y el rey puede quedarse con ese maldito libro...

Emma lo cogió por la capa.

—¡Si lo intentas, moriremos los dos!

Julian se quedó en silencio, con el puño apretado con fuerza en el costado. El brillo rojo de su runa de *parabatai* se avivó como el fuego, y líneas negras lo cruzaron, como si fuera un cristal a punto de saltar en mil pedazos.

—¿De verdad escogerás la venganza por encima de Tavvy, Dru y Ty? —Emma lo sacudió con fuerza y lo soltó—. ¿Te gustaría que llegaran a saber lo que hiciste?

Julian se dejó caer contra la roca. Lentamente, negó con la cabeza, como si no acabara de creérselo, pero el resplandor rojo había disminuido. Quizá mencionar a los niños Blackthorn hubiera sido un golpe bajo, pensó Emma, pero no le importó; merecía la pena si eso evitaba que Julian se lanzara de cabeza al suicidio. Aún le temblaban las piernas cuando se dio la vuelta para mirar hacia el frente a través de los resquicios entre las rocas.

Annabel y el chico se habían acercado al trono. Ella había cambiado radicalmente; llevaba un vestido de lino blanqueado, recogido bajo el pecho y cayéndole hasta los tobillos. El cabello se le derramaba por la espalda como un río calmado. Parecía tranquila e inofensiva. Sujetaba la mano del chico de la corona con cuidado, como si estuviera dispuesta a protegerlo del peligro, de ser necesario.

Seguían rodeados por los guardias noseelie ataviados de negro y oro. El rey les sonrió con su media cara, una sonrisa horrible.

—Annabel —dijo el rey—. Ash. En este día he recibido nuevas de interés.

Ash. Emma miró al chico. ¿Así que ese era el hijo de la reina seelie? Tenía el cabello plateado de las hadas y unos profundos ojos, verdes como las hojas del bosque; llevaba una túnica de cuello alto de terciopelo, y la diadema de oro sobre la frente era una versión más pequeña de la corona del rey. Probablemente sería, más o menos, de la edad de Dru; mostraba una delgadez que no parecía saludable y un moratón en la mejilla. Mantenía la misma postura erguida que Kieran. Seguramente, los príncipes no debían dejar caer los hombros.

Le resultaba familiar pero no conseguía situarlo. ¿Sería solo el parecido con su madre?

—En el día de hoy he recibido la visita de la reina de la corte seelie —informó el rey.

Ash alzó la cabeza de golpe.

—¿Qué desea mi madre?

—Como sabes, durante mucho tiempo ha estado negociando tu retorno, pero solo hoy me ha traído lo que le pedía. —El rey se inclinó hacia delante y habló con satisfacción—: El *Libro Negro de los Muertos*.

—Eso es imposible —exclamó Annabel, y sus pálidas mejillas se sonrojaron—. Yo tengo el *Libro Negro*. La reina miente.

El rey se palmeó con dos dedos enguantados la mejilla de hueso.

—¿De verdad? —dijo como si estuviera pensando en voz alta—. Aquí hallamos una interesante cuestión filosófica, ¿no es cierto? ¿Qué es un libro? ¿Es la encuadernación, la tinta, las páginas, o la suma de las palabras que contiene?

Annabel frunció el ceño.

—No lo entiendo.

El rey cogió la copia del *Libro Negro* de donde la había dejado a su lado. La alzó para que Annabel y Ash pudieran verla.

—Es una copia del *Libro Negro de los Muertos* —dijo—. El libro al que también llaman *Los Artificios Oscuros*, porque contiene en su interior parte de la magia más formidable jamás registrada. —Acarició la portada—. La reina dice que es un duplicado exacto. Se realizó con la asistencia de un mago de gran poder llamado OfficeMax, del cual nada sé.

—¡Dios! —masculló Julian.

—La reina lo ha dejado conmigo solo por un único día —continuó el rey—, para que pueda decidir si deseo cambiarlo por Ash. He jurado devolvérselo mañana a la salida del sol.

—La reina te engaña. —Annabel acercó más a Ash a su lado—. Desea engañarte para que cambies a Ash por esa... esa copia imperfecta.

—Quizá. —El rey tenía los ojos entornados—. Mas aún no he tomado mi decisión. En cuanto a ti, Annabel, tú también tienes que tomar tus decisiones. He observado que te has hecho gran amiga de Ash. Sospecho que lo añorarías de ser separados. ¿No es así?

Una expresión tormentosa cubrió el rostro de Annabel, pero por el momento Emma estaba más interesada en Ash. Había una mirada en sus ojos que hacía que le resultara aún más conocido. Una especie de frialdad sorprendente en alguien tan joven.

—Pero necesitas a Ash —respondió Annabel—. Lo has dicho docenas de veces. Lo necesitas como tu arma. —Hablaba con desprecio—. Ya has hecho magia sobre él desde que te lo llevaste de la corte de su madre. Si lo devuelves...

El rey se recostó en su trono de piedra.

—No lo devolveré. La reina acabará por comprenderlo. Se tardará un tiempo para que el *Libro Negro* imponga su voluntad sobre Ash. Pero cuando ocurra, ya no necesitaremos un Portal. Podremos sembrar la peste y la destrucción con sus solas manos. La reina odia a los cazadores de sombras tanto como yo. En un mes, su preciosa tierra de Idris será como esto...

Hizo un gesto hacia la ventana de la pared. De repente, la vista a través del cristal cambió; de hecho, dejó de haber cristal. Fue como si se hubiera arrancado un trozo de muro, dejando un agujero, y a través de él, Emma tuvo la visión de un desierto ventoso y un cielo gris quemado por los rayos. La arena estaba roja de sangre, y árboles rotos se alzaban como espantapájaros en el árido horizonte.

—Eso no es nuestro mundo —murmuró Julian—. Es otra dimensión, como Edom, pero Edom fue destruido...

Emma no podía dejar de mirar. Formas humanas medio cubiertas por la arena; los huesos blancos.

—Julian, se ven cadáveres...

El rey agitó la mano de nuevo y el Portal se oscureció.

—Como Thule es ahora, así será Idris.

«Thule». La palabra le resultaba conocida. Emma frunció el ceño.

—¿Crees que serás capaz de convencer a la reina para que ponga a su hijo en peligro solo por el poder? —preguntó Annabel—. No todos son como tú.

—Pero la reina sí lo es —replicó el rey noseelie—. Lo sé porque Ash no será el primero. —Esbozó una sonrisa de esqueleto—. Annabel Blackthorn,

has estado jugando conmigo porque yo te lo he permitido. No tienes ningún auténtico poder aquí.

—Sé tu nombre —boqueó Annabel—. Malcolm me lo dijo. Puedo obligarte...

—Morirás en el momento en que mi nombre salga de tus labios, y Ash morirá después —amenazó el rey—. Pero como no deseo todo ese derramamiento de sangre, te daré una noche para que decidas. Dame el auténtico *Libro Negro* y podrás quedarte aquí con Ash y ser su tutora. Si no, uniré mis fuerzas con las de la reina y te expulsaré de mis tierras, y nunca más verás a Ash.

Ash apartó las manos de Annabel, que lo estaban reteniendo.

—¿Y si yo digo no? ¿Y si me niego?

El rey volvió la mirada hacia el muchacho.

—Eres un candidato perfecto para el Artefacto Oscuro —dijo—. Pero finalmente, ¿crees de verdad que no podré hacerle daño al crío de Sebastian Morgenstern?

El nombre fue como un puñetazo para ellos. Sebastian Morgenstern. Pero ¿cómo...?

—¡No! —gritó Annabel—. ¡Ni lo toques!

—Guardias —dijo el rey, y estos se pusieron firmes—. Llevaos a la mujer y al chico. Ya he acabado con ellos.

Julian se puso en pie.

—Tenemos que seguirlos...

—No podemos —susurró Emma—. El efecto de la poción está pasando. Mira. La luz roja casi se ha apagado.

Julian miró hacia la puerta. El resplandor escarlata sobre el pecho se había convertido en una pequeña brasa.

Los guardias habían rodeado a Annabel y a Ash y estaban saliendo de la estancia. Emma cogió a Julian de la mano y juntos se alzaron de detrás de las rocas. Los guardias escoltaban a Annabel y a Ash al otro lado de la arcada. Por un instante, Emma y Julian se detuvieron en el centro de la sala del Trono, directamente frente al rey.

Este miraba fijamente hacia delante. En la parte intacta de su cara, a Emma le pareció ver un parecido con Kieran, un Kieran cortado por la mitad, torturado a medias e inhumano.

Notó que Julian le apretaba la mano. Cada uno de los nervios del cuerpo le gritaba que el rey los vería, que en cualquier momento llamaría a la

guardia, que morirían allí mismo antes de que Emma tuviera tiempo de alzar la espalda.

Se dijo que, al menos, intentaría clavar su daga en el corazón del rey antes de morir.

Julian le tiró de los dedos. Sorprendentemente, tenía el mapa en la otra mano, y señaló con la barbilla hacia el arco por el que Ash y Annabel habían desaparecido.

No tenían más tiempo. Salieron corriendo por la arcada.

* * *

De poco servía resistirse. Había, al menos, tres guardias hada a cada lado de Mark, y lo cogían del brazo sin piedad. Lo arrastraron a través del baile, aún mareado por los restos de la poción que le quedaban en la sangre. Siluetas informes parecían alzarse a ambos lados de él; bailarines que rodaban, desenfocados como si los estuviera viendo a través del prisma de una lágrima. El rey de los gatos contemplándolo con unos brillantes ojos felinos. Una fila de caballos encabritándose asustados por las chispas del fuego.

No podía ver a Kieran, que se hallaba en algún punto a su espalda. Mark oía a los guardias gritándole, pero sus gritos quedaban apagados por el sonido de la música y las risas. Kieran, Cristina. Su corazón era un frío mundo de miedo por ellos dos mientras lo empujaban por un charco asqueroso y lo subían por una escalera de piedra. Un borde del toldo de terciopelo lo azotó en la cara; Mark escupió mientras el guardia que lo sujetaba se echaba a reír. Notó unas manos en la cintura, desabrochándole el cinturón de armas.

Instintivamente, soltó una patada y lo tiraron al suelo de un empujón.

—Arrodíllate, mestizo —le gritó uno de los guardias. Lo soltaron, y Mark se arrodilló donde estaba, con el pecho agitado por la rabia.

Dos guardias se pusieron tras él, con las lanzas a la altura de su cuello. A unos pocos pasos, Kieran estaba en la misma posición, aunque él sangraba por un corte en el labio. Su rostro era la expresión de un amargo rugido.

Se hallaban en el pabellón de Oban. Las paredes eran pesadas cortinas de terciopelo; las caras alfombras que cubrían el suelo habían sido pisoteadas y enlodadas por incontables botas. Las mesas de madera soportaban docenas de botellas de vino vacías y medio vacías; algunas se habían volcado y derramado su contenido, inundando el espacio de olor a alcohol.

—Vaya, vaya —dijo una voz perezosa. Mark alzó la mirada: ante ellos había un sofá de terciopelo rojo, y tumbado en él, un joven de aspecto

indolente. El cabello con mechaz negras y púrpura le caía alrededor de las orejas puntiagudas, y los brillantes ojos estaban perfilados con kohl. Llevaba un jubón y unas calzas de seda plateada, y un encaje blanco adornaba sus muñecas—. Mi hermanito Kieran. Me alegro de verte. —Sus ojos plateados pasaron a Mark—. Con un tipo. —Agitó una desdeñosa mano hacia Mark y dirigió su sonrisa de suficiencia hacia Manuel—. Buen trabajo.

—Te dije que los había visto —repuso Manuel—. Estaban en el baile.

—Admito que nunca se me había ocurrido que fueran tan estúpidos como para poner un pie en las tierras noseelie —dijo Oban—. Has ganado este punto, Villalobos.

—Serán un regalo excelente —manifestó Manuel. Se hallaba entre los guardias y sus lanzas, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sonreía de medio lado—. Tu padre estará contento.

—¿Mi padre? —Oban tamborileó con los dedos en uno de los brazos del sofá—. ¿Crees que debo entregar a Kieran a mi padre? Solo lo matará. Muy aburrido.

Mark lanzó una mirada a Kieran entre las pestañas. Este estaba arrodillado. No parecía que Oban lo asustase, pero, de ser así, tampoco lo hubiera demostrado nunca.

—Un regalo es más que solo un regalo —explicó Manuel—. Es una forma de persuasión. Tu padre, erróneamente, te cree débil, príncipe. Si le llevas al príncipe Kieran y al cazador de sombras mestizo, se dará cuenta de que debe tomarte más en serio. —Bajó la voz—. Podemos convencerlo de que mate a los prisioneros y seguir con nuestro plan.

«¿Prisioneros? ¿Qué prisioneros?» Mark se tensó. ¿Podría referirse a Julian y Emma? Pero eso no era posible. Se hallaban con la comitiva seelie.

Al menos, Cristina estaba a salvo. Había desaparecido, eludiendo a los guardias. Solo el Ángel sabría dónde se encontraba en ese momento. Mark se atrevió a lanzarle una mirada de reojo a Kieran. ¿No estaría aterrado también? ¿No estaría aterrorizado por Cristina, igual que lo estaba él? Debería estarlo, considerando el modo en que se habían estado besando.

Oban llevó la mano a la mesa y rebuscó entre las botellas apiladas encima alguna que aún tuviera algo de alcohol.

—Mi padre no me respeta —dijo—. Piensa que mis hermanos son mucho más merecedores del trono. Aunque no lo son.

—Estoy seguro de que ellos piensan lo mismo de ti —masculló Mark.

Oban encontró una botella, la levantó hacia la luz, y miró con los ojos entornados el escaso líquido ámbar que quedaba en su interior.

—Un prisionero buscado podría hacerlo cambiar de idea, pero puede que no sea suficiente.

—Quieres ganarte el favor de tu padre, ¿no es así? —preguntó Manuel.

Oban tomó un trago de la botella.

—Claro. Por supuesto.

Mark tuvo la sensación de que, por dentro, Manuel estaba poniendo los ojos en blanco.

—Entonces necesitas demostrarle que te debe tomar en serio. La primera vez que fuiste a verlo ni siquiera te escuchó.

—Viejo cabrón pomposo —masculló Oban, tirando a un lado la botella, que se hizo añicos al chocar contra el suelo.

—Si le llevas estos prisioneros, te escuchará. Iré contigo, le diré que los hemos localizado juntos. Le dejaré bien claro que, como representante de la Cohorte, deseo tratar solo contigo, y que tú seas nuestro contacto en la corte noseelie. Te hará parecer importante.

—¿Parecer? —replicó Oban.

Kieran lanzó un resoplido poco elegante.

—Le hará entender lo importante que eres —se corrigió Manuel con indolencia—. Tu padre se dará cuenta del valor que le aportas. Los rehenes son la clave para una negociación entre los nefilim y los noseelie que no tiene precedente en nuestra historia. Cuando los cazadores de sombras vean que consigues una paz mutuamente beneficiosa, todos se darán cuenta de que tú y Horace Dearborn sois los mejores líderes, capaces de conseguir una alianza que tus antepasados nunca lograron.

—¿Qué? —exclamó Mark, incapaz de mantenerse callado—. ¿De qué estás hablando?

—¿Y no traería eso una auténtica guerra? —Oban había encontrado otra botella—. La guerra parece muy mala idea.

—No habrá guerra, ya te lo he dicho —insistió Manuel, exasperado. Miró a Kieran y luego a Mark—. La guerra no es el objetivo aquí. Y me parece que el rey quiere ver muerto a Kieran más de lo que crees.

—Porque la gente lo ama —repuso Oban en un tono de sensiblería burlona—. Querrían que fuera rey. Porque es amable.

—La amabilidad no es una cualidad de los reyes —replicó Manuel—. Como la gente descubrirá cuando tu padre cuelgue a Kieran de una horca en lo alto de los jardines de la torre.

Mark se sacudió hacia atrás, y a punto estuvo de empalarse en una de las picas.

—Tú...

—Puede que la amabilidad no sea una cualidad de los reyes, pero la piedad sí —lo interrumpió Kieran—. No tienes por qué hacer esto, Oban. Manuel no merece la pena tu esfuerzo, y sus planes son un montón de mentiras.

Oban suspiró.

—Eres tediosamente predecible, hijo menor. —Tiró la botella que sostenía y el líquido escarlata se extendió por el suelo como sangre—. Quiero el trono y lo tendré, y Manuel me va a ayudar a conseguirlo. Es lo único que me interesa. Es lo único que importa. —Una sonrisa se le insinuó en las comisuras de la boca—. A diferencia de ti, no he venido a amar y perseguir sombras, sino solo lo real.

«Recuerda —pensó Mark—. Recuerda que nada de esto es real».

Oban movió una mano hacia ellos dos mientras Manuel sonreía con una suficiencia casi audible.

—Encadenadlos juntos y buscadles caballos. Esta noche cabalgaremos hacia la corte noseelie.

* * *

Barnabas ya estaba en la Cafetería 101 de Hollywood cuando Drusilla llegó. Se encontraba sentado en un reservado, comiéndose un plato de huevos rancheros de aspecto delicioso. Llevaba un sombrero de *cowboy* negro y una corbata tejana de cordón que parecía estar ahogándolo, pero se lo veía muy satisfecho consigo mismo.

Dru se detuvo para mirar su reflejo en la ventana que se abría a lo largo de un costado de la cafetería. El otro lado del local era una pared de piedra bastante *kitsch*; con una máquina de discos en la esquina y docenas de fotos enmarcadas de lo que Dru supuso que serían familiares y amigos del dueño.

Había oscurecido, y la ventana le devolvía un claro reflejo de sí misma. Cabello oscuro recogido en lo alto, traje chaqueta gris, zapatos de tacón (cogidos del armario de Emma). Llevaba pintalabios rojo como único maquillaje; Kit le había asegurado que menos era más. «No querrás parecer un payaso», le había dicho, lanzando su colorete Racy Rose por encima del hombro como si fuera una granada.

En algún punto entre las sombras, Kit y Ty estaban vigilando, listos para salir en su defensa si cualquier cosa se torcía. Saber eso la hacía sentirse menos preocupada. Con un maletín en la mano, pasó con garbo por delante de

los asientos de cuero de color marfil y café con leche, y se sentó en el reservado frente a Barnabas.

Los ojos de serpiente se alzaron para observarla. De cerca, Barnabas no parecía estar bien. Las escamas se le veían apagadas y tenía los ojos rojos.

—¿Vanessa Ashdown?

—Yo misma —contestó Dru, mientras dejaba el maletín a su lado—. En carne y hueso.

La lengua bífida de Barnabas le salió de la boca.

—Y bastante carne. No te preocupes, me gustan las mujeres con curvas. La mayoría de vosotros, cazadores de sombras, sois tan esmirriados...

«Aagg», pensó Dru. Dio unos golpecitos al maletín.

—Negocios, señor Hale.

—Muy bien. —Su lengua desapareció, para alivió de Dru—. Bueno. Así que tienes pruebas de que Hypatia Vex ha estado pasando secretos a los cazadores de sombras, ¿no?

—Aquí mismo. —Dru sonrió y empujó el maletín hacia él.

Barnabas lo abrió y luego frunció el ceño.

—Esto es dinero.

—Sí. —Le sonrió de oreja a oreja e intentó no mirar alrededor para ver si alguien se acercaba a apoyarla—. Es el dinero que hemos marcado para Hypatia a cambio de los secretos.

Él puso los ojos en blanco.

—En general, me alegra mucho ver una gran cantidad de dinero, no me malinterpretes. Pero estaba esperando fotos de ella pasándole alguna prueba a los Blackthorn.

—¿Por qué a los Blackthorn?

—Porque —contestó Barnabas—. Son unas ratitas zalameras. —Se echó hacia atrás—. Tendrás que darme algo mejor que eso, Vanessa.

—Bueno, fíjate mejor en ese dinero. —Dru intentó ganar tiempo—. Porque, bueno, no es dinero corriente.

Con cara de aburrido, Barnabas cogió un fajo de billetes de veinte. Dru se tensó. Kit le había aconsejado que hiciera hablar a Barnabas, pero tampoco era que pudiera distraerlo contándole el argumento de *Cumpleaños sangriento* o la última monada que había hecho *Iglesia*.

—Este dinero no tiene nada de especial —comenzó Barnabas, y se calló en cuanto la puerta de la cafetería se abrió de golpe y una bruja alta de piel oscura y cabello de bronce entró a grandes pasos. Iba vestida con un traje

pantalón brillante y tacones muy altos. La seguían dos subterráneos más: un musculoso licántropo y una vampira pálida y de pelo oscuro.

—Maldita sea —exclamó Barnabas—. Hypatia... ¿qué...?

—He oído que estabas vendiendo secretos a los cazadores de sombras, Hale —dijo Hypatia—. Mira eso... Pillado con las manos en la masa. —Le guiñó un ojo a Dru. Sus pupilas tenían la forma de estrellas doradas.

—¿Cómo has podido? —intervino la vampira—. ¡Pensaba que era una sarta de mentiras, Barnabas! —Olisqueó el aire y miró a Dru—. ¿De verdad le estabas comprando secretos? ¿Y quién eres tú, por cierto?

—Drusilla —contestó ella—. Drusilla Blackthorn.

—¿Una Blackthorn? —exclamó Barnabas, iracundo.

—Y sí que me estaba vendiendo secretos —añadió Dru—. Por ejemplo, acaba de decirme que desenterró una copia de los Pergaminos Rojos de la Magia de debajo del puesto de Johnny Rook en cuanto este murió. Y se la ha quedado para él.

—¿Es eso cierto? —retumbó la voz del licántropo—. ¿Y te llamas a ti mismo el director del Mercado de Sombras?

—¡Tú, pequeña...! —Barnabas se lanzó por encima de la mesa hacia Dru. Ella se deslizó por el banco del compartimiento con tanta prisa por salir que chocó contra el torso de alguien con un bufido. Alzó la mirada. Era Ty, con una espada corta en la mano, apuntando directamente al pecho de Barnabas.

Rodeó a Dru con un brazo protector, sin apartar la mirada ni un momento del brujo.

—Deja en paz a mi hermana —dijo.

—Eso es —añadió Kit, saludando desde el reservado contiguo—. Me he olvidado las armas. Pero tengo este tenedor. —Lo agitó—. Estás tan pinchado... —le dijo a Barnabas.

—Oh, cierra el pico —soltó este, pero parecía derrotado. El licántropo ya lo había cogido y le sujetaba los brazos a la espalda. Hypatia estaba recogiendo el maletín con el dinero de la mesa.

Guiñó sus ojos estrellados a Ty y a Dru.

—Hora de que los cazadores de sombras desaparezcan —dijo—. Este es el final de nuestro pequeño pacto de subterráneos. Y decidle a vuestro nuevo Inquisidor que no queremos tener nada que ver con sus reglas fanáticas. Iremos adonde nos plazca, y cuando nos plazca.

Lentamente, Ty bajó la espada. Kit dejó caer el tenedor, y los tres salieron de la cafetería. Una vez en la calle, Dru se llenó el pecho de aire, aliviada; era una noche cálida y la luna brillaba alta sobre la avenida Franklin. Notó que

temblaba de excitación. ¡Lo había conseguido! Había engañado a un famoso brujo. Lo había timado. ¡Ahora era una timadora!

—Creo que Hypatia hablaba en serio con lo que nos ha dicho —indicó Kit, mirando a través de las ventanas al interior de la cafetería. Hypatia y los otros subterráneos escoltaban a Barnabas, que se resistía, hacia una puerta trasera—. Me refiero a eso de decirle al Inquisidor... Eso no era parte del engaño. Era un mensaje real.

—Como si pudiéramos decirle algo al Inquisidor —repuso Ty. Se tocó sin pensar el colgante del cuello—. Eso ha estado bien. Has hecho un gran trabajo, Dru.

—Sí. Has mantenido la calma —añadió Kit. Miró a un lado y al otro de la calle—. Sugiero que vayamos a tomar un batido o algo para celebrarlo, pero este es un barrio poco seguro.

—A los cazadores de sombras no nos preocupan los barrios poco seguros —dijo Dru.

—¿No has aprendido nada de la muerte de los padres de Batman? —preguntó Kit, fingiendo sorpresa.

Ty sonrió. Y por primera vez desde la muerte de Livvy, Dru rio.

* * *

Con la ayuda de Aline y Tavvy, Helen había colocado una larga mesa en el interior del Santuario. Había dos sillas detrás, y estaba cubierta con los accesorios de la burocracia que había enviado la Clave: bolígrafos e impresos en blanco, carpetas y sellos de goma. En opinión de Helen, era todo siniestramente mundano.

Habían colocado su cartel de OFICINA DE INSCRIPCIÓN sobre la runa de poder angelical grabada en el suelo, que bloqueaba las puertas que daban al Instituto. Y una larga fila de licántropos, brujos, vampiros y hadas se extendía por toda la sala hasta más allá de la puerta.

El primer subterráneo en acercarse a su improvisada oficina fue un licántropo. Tenía un enorme bigote que le recordó a Helen a un poli en una serie de los años setenta. Estaba furioso.

—Me llamo Greg...

—Te llamas Elton John —dijo Aline, anotándolo.

—No —insistió el licántropo—. Me llamo Greg. Greg Anderson.

—Elton John —repitió Aline, cogiendo un sello—. Tienes treinta y seis años y eres un limpiachimeneas que vive en Bel Air. —Selló el papel con tinta roja: INSCRITO, y se lo devolvió.

El licántropo cogió el papel, confuso.

—¿Qué estás haciendo?

—Esto significa que la Clave no podrá encontrarte —explicó Tavvy, que estaba bajo la mesa, jugando con un coche de juguete—. Pero que estás inscrito en el Registro.

—Técnicamente —dijo Helen, esperando que él aceptara la triquiñuela. Si no lo hacía, tendrían problemas con el resto.

Greg miró otra vez el papel.

—Es solo mi opinión —dijo—, pero el tipo que viene detrás de mí se parece a Humphrey Bogart.

—¡Pues Humphrey será! —exclamó Aline, agitando el sello—. ¿Quieres ser Humphrey Bogart? —le preguntó al siguiente subterráneo, un brujo alto y delgado con cara triste y orejas de caniche.

—¿Y quién no? —repuso el brujo.

La mayoría de los subterráneos se mostraban inquietos mientras avanzaba la cola, pero cooperativos. Hubo incluso algunas sonrisas y agradecimientos. Parecieron entender que Aline y Helen estaban tratando de socavar el sistema, aunque no el porqué.

De pronto Aline señaló a un hada alta y rubia, con un vestido de bambula.

—Esa es Taylor Swift.

Helen sonrió mientras entregaba a un licántropo su impreso sellado.

—¿En cuántos líos nos vamos a meter por esto?

—¿Crees que importa? —respondió Aline—. Los vamos a tener de todas formas.

—Cierto —admitió Helen, y cogió otro impreso.

* * *

«Llévame con él. Llévame».

Todo estaba tranquilo y en silencio, y luego hubo luz, y como mil pinchazos. Cristina soltó un gáñido y trató de soltarse de lo que parecía una maraña de zarzas; se fue de lado y se estrelló contra la hierba del suelo.

Se sentó y se miró tristemente las manos y los brazos, salpicados por docenas de minúsculas gotitas de sangre. Había aterrizado sobre un rosal, lo

que resultaba bastante irónico.

Se puso en pie mientras se frotaba la piel. Seguía en Feéra, pero ahí parecía ser de día. Una luz dorada bruñía una cabaña de piedra de color amarillo pálido con techo de paja. Un río de color turquesa pasaba ante la casita, flanqueado de flores azules y lila.

Cristina no estaba segura de qué se había esperado, pero desde luego no esta felicidad pastoril. Con cuidado, se secó la sangre de las manos y los brazos y miró de un lado al otro del caminito serpenteante que zigzagueaba en la alta hierba. Partía de la puerta de la casita, atravesaba el prado y se desvanecía en la neblinosa distancia.

Fue hasta la puerta de la cabaña y llamó con fuerza.

—¡Adaon! ¡Adaon Kingson!

La puerta se abrió como si Adaon hubiera estado esperando al otro lado. La última vez que Cristina lo había visto, él iba con el traje de gala de la corte noseelie, con la insignia de la corona rota sobre el pecho. En ese momento, llevaba una sencilla túnica de lino y calzas. Su oscura piel parecía cálida bajo el sol. Era la primera vez que veía su parecido con Kieran.

Quizá fuera porque parecía furioso.

—¿Cómo es posible que estés aquí? —quiso saber, mirando alrededor como si no pudiera creer que hubiera ido sola.

—Busco ayuda —respondió ella—. Estaba en Feéra...

Adaon entornó los ojos. Parecía estar mirando con suspicacia a un pajarito.

—Entra inmediatamente. No es seguro hablar fuera.

En cuanto ella estuvo dentro de la cabaña, Adaon cerró la puerta y se dedicó a correr varios cerrojos de aspecto complicado.

—Feéra es un lugar peligroso en estos momentos. Hay todo tipo de formas en las que te pueden haber seguido o localizado.

Se hallaban en un vestíbulo recubierto de madera. Una puerta en arco llevaba al interior de la cabaña. Adaon la bloqueaba, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba iracundo. Después de un momento de vacilación, Cristina le mostró el artefacto.

—No me pueden haber localizado. He usado esto.

Si esperaba que Adaon pareciera aliviado, se equivocó.

—¿Dónde has conseguido eso?

—Es una reliquia familiar —contestó Cristina—. Una familia de hadas a la que ayudó uno de mis ancestros se lo regaló.

Adaon frunció el ceño.

—Es un símbolo de Rhiannon. Trátalo con cuidado.

Entró en un pequeño salón, donde una mesa de madera muy limpia estaba iluminada por el fuerte sol que entraba a través de las amplias ventanas emplomadas. Se veía una pequeña cocina. Un jarrón sobre la mesa contenía multitud de flores de colores y había una serie de boles apilados de cerámica pintada.

Cristina se sintió como si se hallara dentro de la cabaña de los enanitos de Blancanieves. Todo era diminuto, y Adaon parecía alzarse por encima de todo, con la cabeza casi rozando el techo. Le hizo un gesto para que se sentara. Ella, al hacerlo, se dio cuenta de lo exhausta que estaba y lo mucho que le dolía todo. La preocupación por Emma y Julian, a lo que se sumaba el pánico por Mark y Kieran, palpitaba en ella como los latidos del corazón.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Adaon. Él no se había sentado. Seguía con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Necesito tu ayuda —contestó Cristina.

Adaon golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo que la chica se sobresaltara.

—No. No puedo ayudar a los nefilim. Puede que no esté de acuerdo con mi padre en muchas cosas, pero no iré directamente en contra de sus deseos conspirando para ayudar a cazadores de sombras.

Por un momento permaneció en silencio. El sol iluminaba los bordes de las cortinas de encaje de la ventana. A través del cristal, Cristina vio campos de amapolas extendiéndose en la distancia, hacia unos resplandecientes acantilados y un ligero toque de agua azul. La casa olía a salvia y a té, un aroma suave y casero que intensificó el dolor que sentía por dentro.

—¿Sabes por qué he acudido a ti? —le preguntó ella.

—No, no lo sé —respondió Adaon, molesto.

—En Londres, seguí a Kieran desde el Instituto porque no confiaba en él —explicó—. Pensaba que había salido para traicionarnos. Resultó que lo había hecho para hablar contigo.

Adaon permaneció ceñudo.

—Me di cuenta, mientras hablabais, de que él tenía razón confiando en ti, que tú eras el único de sus hermanos a quien él le importaba —siguió Cristina—. Dijo que tú le habías dado a *Windspear*. Eres el único miembro de su familia del que él habla con afecto.

Adaon alzó las manos como para protegerse de sus palabras.

—¡Basta! No quiero oír nada más.

—Necesitas oírlo.

—¡No necesito que los nefilim me hablen de Kieran!

—Sí que lo necesitas —insistió Cristina—. Los guardias van a llevar a Kieran ante tu padre en estos momentos, mientras hablamos. Sin duda lo matarán si no hacemos algo.

Adaon no se movió. Si Cristina no le hubiera visto tragar saliva, habría pensado que era una estatua. Una estatua muy alta y furiosa.

—Ayudarlo sería una auténtica traición a mi padre.

—Si no lo ayudas, entonces será una auténtica traición a tu hermano —replicó Cristina—. A veces no se puede ser leal a todos.

Adaon se aferró con sus grandes manos al respaldo de una silla.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó—. ¿Por qué me has traído esas nuevas? Es posible que mi padre no lo mate. Es el favorito del pueblo.

—Sabes que tu padre lo matará justo por esa razón —contestó Cristina, y le tembló la voz—. Antes de la Cacería, nadie en su vida quiso a Kieran ni se preocupó por él, excepto tú. ¿De verdad vas a abandonarlo ahora?

15

Las torres y las sombras

—El hijo de Sebastian —susurró Emma—. Tuvo un hijo.

Se habían refugiado en una sala que parecía como una alacena en desuso. Estantes vacíos cubrían las paredes, y cubos sin nada en su interior salpicaban el suelo. Emma pensó en la fruta y el pan que, sin duda, alguna vez habían contenido, e intentó olvidar el ronroneo de su estómago. No había comido nada desde los bocadillos del día anterior.

—Siempre hubo rumores de que Sebastian tuvo un lío con la reina —dijo Julian. Se había sentado con la espalda contra el muro de la alacena. Su voz sonaba remota, como si llegara desde el fondo de un pozo. Había sonado así desde que salieron de la sala del Trono. Emma no sabía si era un efecto secundario de la poción o el haber visto a Annabel y dejarla marchar—. Pero solo hace cinco años que murió.

—El tiempo pasa de un modo diferente en Feéra —dijo Emma—. Ash parece tener unos trece años. —Frunció el ceño—. Se parece a Sebastian. Recuerdo verlo en el Instituto. Era tan... —Cruel. Frío. Inhumano—. Rubio.

Julian no alzó la mirada. Su voz era como hielo.

—Deberías haberme dejado acabar con ella.

—Julian, no. —Emma se frotó las sienes; le dolía la cabeza—. Seguro que te habrían matado si lo hubieses intentado.

—Emma...

—¡No! —Bajó las manos—. Yo también odio a Annabel. La odio por estar aquí, viva, mientras que Livvy está muerta. La odio por lo que hizo. Pero ahora hay cosas más importantes en juego que nuestra venganza.

Julian alzó la cabeza.

—Durante años viviste para la venganza. Solo pensabas en vengar a tus padres.

—Lo sé. Y luego conseguí vengarme y no me sirvió de nada. Me dejé sintiéndome fría y vacía.

—¿De verdad? —Sus ojos eran helados y duros como piedras verde azulado.

—Sí —insistió Emma—. Además, luego Malcolm regresó como un monstruo marino, así...

—¿Me estás diciendo que no debo matar a Annabel porque regresará como un monstruo marino?

—Solo estaba refiriéndome a la futilidad de matar a Malcolm —explicó Emma—. ¿Y sabes quién acabó matándolo finalmente?: Annabel.

Hubo un largo silencio. Julian se pasó las manos por el cabello; Emma deseó ir gateando por la estancia hasta él para rogarle que volviera a ser el Julian que solía ser. Pero tal vez eso fuera imposible. Tal vez la muerte de Livvy había caído como una guillotina entre aquel Julian y este otro, anulando cualquier posibilidad de que pudiera transformarse de nuevo, como el príncipe cisne del cuento de hadas, en el chico considerado y pensativo que ella amaba, con secretos en el corazón y pintura en las manos.

—Entonces ¿qué estás diciendo? —preguntó él finalmente.

—Nadie te culparía por matar a Annabel —dijo Emma—. Pero a veces tenemos que dejar de lado lo que queremos hacer por algo mayor. Tú me lo enseñaste. El tú de antes.

—Quizá —repuso Julian. Se subió la manga, y Emma vio lo que había visto en el claro: el peculiar trapo manchado de óxido alrededor de su muñeca derecha.

Le puso una mano en el brazo, deteniéndolo.

—¿Qué es eso?

—Es sangre de Livvy —contestó él—. Rompí una tira de la camisa que llevaba cuando la mataron y me la até a la muñeca. Me lo sacaré cuando mate a Annabel. No antes.

—Julian...

Él se volvió a bajar la manga.

—Entiendo lo que dices. Pero no veo por qué debo ser yo quien pare.

Su voz sonaba completamente átona. Emma sintió frío por todo el cuerpo. Era como mirar a alguien sangrando por una herida mortal que no parecía saber o entender que iba a morir.

—De todos modos —dijo Julian—, tenemos que encontrar a Ash.

«He fracasado —pensó Emma—. Había algo más que debería haberle dicho, algo que lo hubiera convencido, pero he fracasado».

—¿Por qué tenemos que encontrar a Ash? —preguntó en voz alta.

—Ya has oído al rey. Ash es un arma. La que Clary y Jace vinieron a buscar.

—Es parte de un arma —puntualizó Emma—. El rey está envenenando su propia tierra, y también el bosque de Brocelind. Piensa que puede emplear a Ash para hacer que el veneno sea aún más mortal, para destruir Idris.

—Yo también he tenido esa impresión, sí. Pero el rey necesita el *Libro Negro* para que funcione la segunda parte.

—Entonces ¿no sería mejor que fuéramos a por el *Libro Negro*?

—¿Cuál? —repuso Julian—. Annabel tiene el auténtico. La reina tiene la copia, bueno, en este momento la tiene el rey, pero es de ella. Eso divide nuestro objetivo, a no ser que saquemos a Ash de la ecuación. —El cabello de Julian le caía por la cara en la oscuridad; Emma pudo ver los finos arañazos por toda su piel, donde los espinos del seto lo habían rasguñado—. Las dos negociaciones giran en torno a Ash; Annabel quiere a Ash, y la reina también. Coger a Ash nos permitirá ganar tiempo y evitar que el rey llegue a un acuerdo.

—Pero no voy a hacerle daño a un niño, Julian —dijo Emma con sequedad—. Si eso es lo que querías decir con «sacar a Ash de la ecuación», no voy a hacerlo.

—No tenemos que hacerle daño —contestó Julian—. Raptarlo debería ser suficiente.

Emma suspiró.

—Y luego ¿qué?

—Le ofrecemos un intercambio a Annabel... el *Libro Negro* por Ash. Hará lo que sea por él.

Emma se preguntó si debería comentar lo extraño que era eso. Decidió que mejor no; este Julian no entendía por qué alguien tenía sentimientos fuertes hacia algo.

—Entonces, la matamos y nos llevamos el libro.

—¿Y qué hay de la reina?

—Si el rey no tiene a Ash, no tiene sentido que negocie con el *Libro Negro*, y no lo hará. Mientras tanto nos vamos a las cataratas, volvemos a Idris con Ash y el *Libro Negro* original, y el plan de Dearborn recibe un golpe mortal. Entramos en el Consejo con esas dos cosas y seremos héroes. La Clave no dejara que la Cohorte nos toque.

—Ash no es una cosa —replicó Emma.

—El rey lo llamó arma —insistió Julian.

Emma cambió de tema.

—No sabemos cómo encontrar a Ash aquí dentro.

—Sé que viste a esos guardias en el corredor, como yo —comentó Julian—. Y luego en la sala del Trono. Son los guardianes de Ash. Sabemos dónde está su habitación. La hemos visto. —Los ojos le brillaban de determinación—. Te necesito conmigo.

—Entonces, prométeme una cosa —dijo Emma—. Prométeme que llevaremos a Ash a Jia y no a Dearborn.

—Vale —repuso Julian—. No me importa lo que le pase al hijo de Sebastian Morgenstern.

Al Julian real le habría importado, pensó Emma. Al Julian real le hubiera importado cualquier niño, porque él quería mucho a los suyos. Habría visto a Tavvy en Ash, y a Dru, y a Ty, sin importar quién fuera el padre de Ash.

—Entonces ¿vas a venir conmigo? —le preguntó.

«Lo haré —pensó ella—. Porque alguien tiene que proteger a Ash de ti, y protegerte a ti de ti mismo».

Se puso en pie.

—Estoy contigo —dijo.

* * *

—¿Hola? —Ty avanzó hacia la oscuridad de la cueva, con la luz mágica brillándole en la mano. Era como un cuadro, pensó Kit, con la luz iluminándole con fuerza el cabello oscuro y la pálida piel—. ¿Sombra? ¿Estás aquí?

Kit tenía su luz mágica en el bolsillo, pero la piedra de Ty alumbraba lo suficiente, resaltando las grietas en las paredes de granito y la vieja mesa marcada por antiguos cuchillos y fuego. Las letras sobre su superficie destellaron por un instante: EL FUEGO QUIERE ARDER.

Habían dejado a Dru en el Instituto; se había ido a la cama tarareando entre dientes, y Kit se alegró de haberla hecho feliz. Lo había hecho muy bien con Barnabas. Kit estaba en lo cierto: tenía madera de timadora.

—Sombra —había dicho Ty en cuanto Drusilla no pudo oírlos—. Tenemos que hablar con Sombra.

Estaba vibrante de excitación, tenía las mejillas sonrosadas y movía los dedos sin parar sobre uno de sus juguetes antiestrés.

Era una noche clara, con la luna casi llena y el cielo vivo con rápidas nubes arrastradas por el viento del océano. Ty casi había corrido por la orilla,

silencioso sobre la arena húmeda; Kit descubrió que no se quedaba tanto sin aliento como habría esperado intentando mantenerse a su altura. Quizá, a pesar de sí mismo, se estaba convirtiendo en un cazador de sombras.

—¿Sombra? —repitió Ty, y esta vez la oscuridad se movió y una luz brilló en la caverna. Se había encendido una lámpara en la mesa, llenando la cámara de sombras y luces. De entre la oscuridad más espesa salió una voz enfadada.

—¿Quién es? ¿Quién me está molestando?

—Kit Herondale y Ty Blackthorn —contestó Ty alzando su luz mágica—. Tenemos que hablar contigo.

Se oyó un suspiro y el sonido de algo al moverse.

—Será mejor que tengas una buena razón para despertarme. —La oscuridad se movió y acabó dibujando a Sombra, que salía de su saco de dormir. Llevaba un pijama a rayas y metió sus pies verdes en unas zapatillas de felpa.

—Te hemos enviado una nota diciéndote que veníamos —dijo Kit.

Sombra lo miró molesto.

—Estaba durmiendo. Son las tres de la mañana.

El saco de dormir se agitó. Un instante después salió *Iglesia* haciendo ruiditos. Se hizo un ovillo sobre el saco, parpadeando con sus grandes ojos amarillos.

—Eso no es ser muy leal —le dijo Ty, mirando a *Iglesia* muy serio.

Sombra bostezó.

—Hace mucho tiempo que este gato y yo nos conocemos. Teníamos que ponernos al día en algunas cosas.

Kit notó que la conversación se le iba de las manos.

—Hemos hecho lo que nos dijiste —le explicó al brujo, que seguía bostezando—. Nos hemos arreglado con el Mercado de Sombras.

—Es cierto —añadió Ty—. Hypatia Vex lo dirige ahora, y dice que podemos ir allí cuando queramos.

Una expresión extraña cruzó el rostro del brujo. Curiosamente, Sombra no parecía alegrarse. Al contrario, se lo veía sorprendido e inquieto. Kit archivó ese hecho para considerarlo más tarde.

—Entonces, podéis comenzar el conjuro —repuso Sombra lentamente—. Una vez hayáis adquirido todos los ingredientes, claro.

—¿Y cuáles son los ingredientes? —preguntó Kit—. Por favor, dime que no tenemos que hacer lo de Malcolm con las manos de doce asesinos. No conozco a doce asesinos... Ni siquiera conozco a doce rateros.

—No. —Sombra había comenzado a ir de aquí para allá—. Malcolm resucitó a Annabel como lo hizo porque tenía su cuerpo. Nosotros no tenemos el cuerpo de tu hermana, así que no podemos usar sus métodos.

—No era mi hermana —murmuró Kit.

—Si recuerdo bien, solo hay un hechizo en el libro que podáis emplear —dijo Sombra, sin parar de andar.

—Es cierto —repuso Ty.

—¿De verdad que hay un hechizo? —preguntó Kit. Los otros dos lo miraron—. Es que... no veo cómo se puede resucitar a alguien de entre los muertos cuando no tenemos el cuerpo.

Ty se había tensado.

—El libro dice que se puede —insistió—. Dice que es posible.

Sombra chasqueó los dedos y un tazón de algo humeante apareció sobre la mesa. Se apoltronó en la silla y lo rodeó con las manos, con un aspecto muy serio, o tan serio como un brujo verde con zapatillas de felpa podía parecer.

—Debido a la falta de cuerpo es un hechizo muy inestable —explicó—. No seréis los primeros en intentarlo. Nada se destruye totalmente nunca. Eso es cierto. Hay formas en las que se puede resucitar a muertos sin cuerpo. Su espíritu se puede instalar en otro cuerpo, pero eso es pura maldad, porque ese cuerpo debe morir antes.

—¡No! —exclamó Ty—. No quiero eso. Livvy no querría eso.

—El cuerpo puede regresar como un cadáver viviente —continuó Sombra—. No muerto, pero tampoco totalmente vivo. El cuerpo podría regresar con una mente corrompida, con un parecido total a Livvy pero incapaz de pensar o hablar. El espíritu incorpóreo podría regresar, o en ciertos casos, una Livvy de otro mundo, como el de Edom, podría ser arrastrada al nuestro, dejando un agujero en el mundo del que ha partido.

—Parece que no hay buenas opciones —dijo Kit, nervioso.

—Pero puede funcionar —insistió Ty. Le había desaparecido toda la sangre del rostro—. Ha funcionado en el pasado. Hay gente que ha regresado perfectamente.

—Por desgracia, sí —admitió Sombra.

Kit sabía que «sí» era todo lo que oiría Ty.

—Lo haremos bien —dijo Ty—. Conseguiremos que vuelva la auténtica Livvy.

Kit notó que se le erizaban los pelos de la nuca. No podría decir si Ty estaba entrando en pánico, pero él definitivamente sí. ¿Qué había salido tan

bien alguna vez en su vida que había tenido el valor de ofrecerse voluntario para un proyecto que no tenía ningún margen de error?

—¿Qué necesitamos del Mercado? —quiso saber Ty. No parecía ser presa del pánico, y su calma permitió que Kit respirara de nuevo.

Sombra suspiró y le pasó un papel por encima de la mesa; debía de haberlo escrito antes. Comenzó a leer la lista en voz alta:

Incienso del corazón de un volcán.

Tiza hecha con polvo de los huesos de una víctima de asesinato.

Sangre, pelo y hueso de la persona a la que recuperar.

Mirra cultivada por hadas, recolectada a media noche con una hoz de plata.

Un objeto de otro mundo.

—¿La persona a la que recuperar? —preguntó Ty—. Es Livvy, ¿verdad?

—Claro —contestó Sombra.

—Sin su cuerpo, ¿cómo podemos conseguir su sangre, pelo y hueso? —inquirió Kit. La cabeza se le disparó con esa pregunta: quizá sería imposible, tal vez no podrían conseguir los ingredientes y nunca tendrían la posibilidad de equivocarse con el hechizo y llamar al desastre.

—Se puede hacer —contestó Ty a media voz. Se tocó el colgante que llevaba al cuello un instante—. El incienso, la mirra... eso lo podemos conseguir en el Mercado.

—¿Y qué hay del objeto de otro mundo? —preguntó Kit.

—Hay unos cuantos en esta dimensión —respondió Sombra—. La mayoría está en el Laberinto Espiral. —Alzó una mano—. Y antes de que me lo preguntes, no, no os ayudaré a conseguir uno. Mi ayuda se limita a aconsejaros.

Ty frunció el ceño.

—Pero necesitaremos que nos ayudes con el hechizo —dijo—. Los cazadores de sombras... no podemos hacer magia.

Kit supo lo que Ty quería decir. Los brujos eran de los pocos que podían hacer magia de forma natural en el mundo; magos como su padre tenían que encontrar una fuente de energía porque no podían acceder a las líneas ley, y las fuentes de energía, sobre todo las limpias, como la que Sombra les había prometido, no eran fáciles de conseguir. Incluso si se podía encontrar a alguien que vendiera un catalizador, los cazadores de sombras tenían prohibido por ley comprar nada como eso, e incluso si a Ty no le importara infringir la Ley, tardarían años en aprender a hacer magia como la hacía Johnny Rook.

—Os dije que os proveería con un catalizador que pudierais usar —repuso Sombra—. El resto lo tendréis que hacer vosotros. No tocaré la nigromancia.

Iglesia maulló.

Ty cogió la lista de ingredientes; sus ojos eran profundos y oscuros, más negros que grises bajo la luz de la cueva.

—De acuerdo —dijo—. Será suficiente.

Sacó su luz mágica y le hizo un gesto a Kit para que lo siguiera. Sombra se puso en pie y dijo algo sobre acompañarlos a la salida. Kit fue rápidamente detrás de Ty, que parecía tan ansioso por irse como lo había estado para venir.

Habían llegado al final del túnel, donde la roca se abría hacia la arena y el océano, cuando Sombra le puso una mano a Kit en el hombro.

—Christopher —dijo—. Espera un momento.

Ty ya había salido a la playa. Estaba inclinado; Kit se fijó en que estaba acariciando a *Iglesia*. El gato los había seguido afuera sin hacer ruido, y estaba haciendo ocos entre las piernas de Ty, frotándose la cabeza contra sus pantorrillas.

—Vigila a Tiberius —dijo Sombra. Había algo en su voz, una inflexión, que lo hizo sonar como si hubiera aprendido el idioma hacía mucho tiempo—. Hay muchas formas de correr peligro con la magia.

Kit lo miró sorprendido.

—¿Qué quieres decir? No hay que matar a nadie, ni crear ninguna energía mágica mortal. ¿No es eso lo que es malo de la nigromancia?

Sombra suspiró.

—La magia es como la termodinámica —repuso—. Siempre estás cogiendo algo de alguna parte. Todo acto tiene sus repercusiones, y este podría tener repercusiones inesperadas de las que no os podéis proteger. Veo que te consideras el protector de Ty. —Su voz se hizo más amable—. A veces necesitas proteger a la gente de lo que desea, además de protegerla de lo que teme.

A Kit se le hizo un nudo en el corazón.

En la playa, Ty se incorporó. El viento le agitaba el pelo, y él alzó las manos para tocar el viento y el aire de la noche. El rostro le brillaba como una estrella. En todo el mundo, Kit nunca había conocido a alguien al que creyera tan incapaz de maldad.

—Nunca dejaré que nada haga daño a Ty —repuso—. Verás, yo...

Se volvió hacia Sombra para explicarle cómo eran las cosas, cómo serían siempre. Pero el brujo había desaparecido.

.. ..

A Mark, la piel de la muñeca le ardía un poco donde las esposas de hierro puro lo tocaban.

Oban y su guardia cabalgaban por delante; Manuel estaba entre ellos, como si fuera natural para un cazador de sombras cabalgar entre soldados noseelie. De vez en cuando se volvía para sonreír con sorna a Mark y a Kieran, que caminaban detrás del grupo. Ambos estaban esposados por las muñecas, y una gruesa cadena de hierro los ataba al pomo de la silla de Oban.

Era un castigo que Mark ya había visto. Vigilaba ansiosamente a Kieran por si se tambaleaba. Un prisionero que cayera, sería arrastrado detrás de los caballos noseelie mientras los guardias reían.

Kieran ya estaba pálido de dolor. El hierro puro lo afectaba mucho más que a Mark; tenía las muñecas sangrantes e irritadas.

—Han hablado de rehenes —dijo Kieran finalmente, mientras alcanzaban la cresta de una colina—. ¿Con quién nos querrán intercambiar?

—Pronto nos enteraremos —contestó Mark.

—Tengo miedo —dijo Kieran con total sinceridad—. Manuel Villalobos estaba en el Escolamántico cuando me escondía allí. Es una persona terrible. No hay nada que le dé reparo hacer. La mayoría de la Cohorte me parecieron seguidores, más que líderes, incluso Zara. Ella hace lo que le dice su padre, como le han enseñado, aunque son enseñanzas de odio y crueldad. Pero Manuel es diferente. Hace lo que hace porque le gusta causar dolor.

—Sí —asintió Mark—. Y eso lo hace muy peligroso. No es un auténtico creyente. —Miró alrededor; estaban pasando cerca de una zona apestada. Había comenzado a acostumbrarse a verlos, espacios aniquilados de cenizas de hierba y árboles muertos, como si sobre la tierra hubiera caído ácido del cielo—. Podemos confiar en Cristina —dijo casi en un susurro—. Ahora mismo estará buscando la manera de ayudarnos.

—¿Te has fijado en algo curioso? —preguntó Kieran—. Oban no nos ha preguntado por ella. Adónde ha ido o a quién puede haber ido a buscar.

—Quizá es consciente de que no podemos saberlo.

Kieran bufó.

—No. Manuel no le ha dicho que Cristina estaba aquí, estoy seguro. Prefiere que Oban no se enfade por haber dejado escapar a un cazador de sombras.

—¿Qué estará haciendo Manuel con Oban? Sin ofender, pero Oban no parece el más listo de tus hermanos.

Kieran miró a Mark.

—Es un borracho y un burro.

—Pero un burro ambicioso.

Kieran rio con desgana.

—Me parece que Manuel ha jugado con la ambición de Oban. Es cierto que la Cohorte no puede influir sobre mi padre, pero quizá esperan influir en quien sea el próximo rey noseelie. Uno débil, al que puedan manejar fácilmente. Oban sería perfecto para eso.

Llegaron a la cima de otra colina. Mark pudo ver la torre alzarse en la distancia, una espina negra clavada en el cielo azul. Había volado sobre la torre noseelie con la Cacería Salvaje, pero nunca había estado dentro. Nunca había querido entrar.

—¿Por qué piensa Manuel que pronto habrá un nuevo rey noseelie? Tu padre ha sido rey durante tanto tiempo que ya nadie recuerda cómo era el rey Bram.

Kieran miró la torre. Se oyeron nuevas risotadas de Oban y los que iban delante con él.

—Quizá porque la gente está furiosa con mi padre. He oído cosas por medio de Adaon. Hay susurros de descontento. Dicen que el rey ha traído esta peste sobre nuestra tierra; que su obsesión con los cazadores de sombras ha dejado a su gente dividida y empobrecida. Las hadas ancianas de las tierras noseelie han desconfiado de él desde la desaparición del Primer Heredero. Creen que el rey no hizo lo suficiente para encontrarla.

Mark se sorprendió.

—¿El Primer Heredero era una chica? Pensaba que el rey mataba a todas sus hijas.

Kieran no dijo nada. Mark recordó la última vez que se habían enfrentado al rey en Feéra, cuando había ido con Emma, Julian y Cristina para salvar a Kieran del Señor de las Sombras. Las cosas habían cambiado mucho desde entonces. De repente, le destelló el recuerdo del claro, de despertarse y ver a Cristina y a Kieran uno en brazos del otro, justo antes de que aparecieran los guardias.

—¿Por qué besaste a Cristina? —preguntó Mark a media voz—. Si lo hiciste para molestarme o para ponerme celoso, le habrías hecho algo terrible a ella.

Kieran lo miró sorprendido.

—No era para molestarte o darte celos, Mark.

—Le gustas —dijo Mark. Lo sabía desde hacía algún tiempo, pero nunca lo había dicho en voz alta.

Kieran se sonrojó.

—Esto me resulta muy extraño. No me lo merezco.

—Yo tampoco estoy seguro de merecer su cariño —repuso Mark—. Quizá no otorga su corazón con el cuidado que debería. —Se miró las muñecas ensangrentadas—. No le hagas daño.

—No podría —repuso Kieran—. No lo haría. Y lo siento, Mark, si estás celoso. No pretendía eso.

—No pasa nada —repuso Mark con cierta confusión, como si lo sorprendiera la verdad—. No estaba celoso.

«De ninguno de los dos. ¿Cómo es posible?», pensó para sí.

La sombra de la torre cayó sobre ellos, oscureciendo el suelo sobre el que se hallaban.

De repente, el aire pareció enfriarse.

Frente a ellos, el enorme seto de espinos que rodeaba la torre se alzaba como una pared de lanzas. Huesos blancos colgaban de las espinas, como habían colgado durante cientos de años. Había pasado mucho, mucho tiempo desde que el último guerrero desafió a ese muro. Y Mark no podía recordar haber oído hablar de ninguno que hubiera vivido para contarlo.

—Mark —susurró Kieran.

Este dio un paso hacia delante y casi se cayó; la cadena que los unía a los caballos estaba inmóvil en el suelo. Oban y los demás se habían detenido en el arco de la enorme puerta que era el único camino a través del espinoso seto.

Kieran cogió a Mark por el hombro con las manos esposadas. Tenía los labios agrietados y sangrantes. Miró a Mark a los ojos con una súplica terrible. Este olvidó su curiosa discusión sobre Cristina, lo olvidó todo excepto el dolor de Kieran y su propio deseo de protegerlo.

—Mark —susurró el príncipe noseelie—. Tengo que advertirte. Recorreremos el camino del castigo hasta la torre. He visto lo que les sucedía a otros. Es... No puedo...

—Kieran. Todo irá bien.

—No. —Kieran sacudió la cabeza—. Mi padre habrá flanqueado el camino a la torre con la nobleza. Nos gritarán. Nos tirarán piedras y rocas. Es lo que quiere mi padre. Me amenazó con ello después de la muerte de Iarlath. Ahora también soy el responsable de la muerte de Erec. No habrá piedad para mí. —Se le atragantaron las palabras—. Lamento que tengas que estar aquí para esto.

—¿No es mejor tenerme a tu lado? —preguntó Mark con una extraña calma.

—No —contestó, y en sus ojos a Mark le pareció ver el océano, negro y plata bajo la luna. Distante e intocable. Hermoso y eterno—. Porque te amo.

El mundo pareció sumirse en el silencio.

—Pero pensaba... Dijiste que habíamos acabado.

—No he acabado contigo —repuso Kieran—. Nunca podré acabar contigo, Mark Blackthorn.

Todo el cuerpo de Mark vibró de sorpresa. Casi ni se enteró cuando comenzaron a avanzar de nuevo, hasta que Kieran le soltó el hombro. La realidad regresó como el golpe de una gran ola: oyó a Kieran inspirar con fuerza, preparándose para lo peor, mientras pasaban por la puerta después de Oban y los demás.

Sus cadenas repicaron sobre los adoquines del camino que llevaba hasta la puerta de la torre, un ruido obscenamente escandaloso. A ambos lados, el patio estaba lleno de hadas noseelie. Algunas con piedras en la mano, otras con látigos hechos de ramas espinosas.

Con un poco de dificultad, torciendo la muñeca contra las esposas, Mark consiguió cogerle la mano a Kieran.

—Avanzaremos sin miedo —le dijo en voz baja—. Porque yo soy un cazador de sombras y tú el hijo de un rey.

Kieran le lanzó una mirada agradecida. Un momento después avanzaban por el sendero, y la multitud, con los látigos y las piedras, los flanqueaba a ambos lados.

Mark alzó la cabeza. No verían a un cazador de sombras arrugarse por miedo o dolor. A su lado, Kieran cuadró los hombros; su expresión era orgullosa, su cuerpo estaba preparado.

Preparado... para golpes que no llegaban. Mientras Mark y Kieran avanzaban entre las dos filas de hadas, estas permanecieron quietas como estatuas, las piedras sin lanzar, los látigos inmóviles.

El único sonido llegó de Oban y sus guardias, sus palabras alzándose en el silencio. Oban se volvió hacia un lado y su furiosa mirada recorrió la multitud.

—¡Moveos, imbéciles! —gritó—. ¿Acaso no sabéis lo que tenéis que hacer? ¡Son asesinos! ¡Mataron a Iarlath! ¡Asesinaron al príncipe Erec!

Un murmullo recorrió la multitud, pero no era de furia. A Mark le pareció oír el nombre de Erec pronunciado con rabia, y el de Kieran con mucha más suavidad; este también miraba alrededor, sorprendido.

Y la multitud seguía sin moverse. Por el contrario, mientras los dos prisioneros avanzaban entre ellos, comenzaron a alzarse voces. Mark escuchaba incrédulo mientras cada una de ellas contaba una historia: «Me dio pan cuando estaba muriéndome de hambre tirado en el borde del camino». «Intervino cuando los gorras rojas del rey me habían quitado la granja». «Salvó a mi marido de ser ejecutado». «Se hizo responsable de un crimen que cometió mi hijo». «Intentó salvar a mi madre de los jinetes de Mannan». «Y por su bondad, el rey lo envió a la Cacería Salvaje».

Oban se movió de un lado al otro, con el rostro retorcido de rabia. Manuel le puso una mano en el hombro, se inclinó y le susurró algo al oído. Oban se calmó, aún furioso.

Kieran miró a Mark atónito, con los labios separados.

—No lo entiendo —susurró.

—Oodian a tu padre —explicó Mark—. Pero creo que no te odian a ti.

Habían llegado a la escalera de entrada a la torre. Se detuvieron mientras Oban y los demás desmontaban. Se vio un destello de movimiento entre la gente. Una niña hada, con el pelo sujeto con una cinta y los pies descalzos, se coló entre la gente y corrió hacia Kieran. Le puso algo tímidamente en la mano.

—Por tu bondad, príncipe Kieran.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Mark mientras este cerraba el puño alrededor del objeto. Pero los guardias ya los rodeaban y los empujaban hacia la puerta de la torre, y Kieran no le respondió.

* * *

Mientras Diana sobrevolaba Brocelind con Gwyn, el humo se alzaba desde el bosque como enormes dedos grises y negros abriéndose hacia el cielo.

La Cohorte había quemado las áreas apestadas, pero lo había hecho sin ningún orden ni criterio; Diana veía los tocones humeantes de los árboles, pero la tierra de ceniza gris oscuro se extendía más lejos aún que antes, y algunos trozos parecían haberse librado del fuego. ¿Qué creía la Cohorte estar haciendo?

Bajaron a tierra y Gwyn ayudó a Diana a desmontar del lomo de *Orion*. Jia los esperaba ansiosa.

Diana corrió hacia ella.

—He oído que tienes noticias de Emma y Julian. ¿Están bien? ¿Los han enviado de vuelta a Los Ángeles?

Jia vaciló un instante. Estaba muy delgada y enjuta, con la piel como papel gris.

—No los han enviado, no.

Diana sintió que la recorría el alivio: así que Emma y Julian seguían en Alacante.

—He estado muy preocupada durante la reunión —explicó—. Lo que Horace les está haciendo a Diego y a los otros es inaceptable. Culparlos de crímenes y sellarles la boca para que no puedan defenderse. Casi me alegro de que Emma y Julian estén arrestados en la casa...

—Diana, no —la interrumpió Jia. Le puso una delgada mano a Diana en la muñeca; Gwyn se había acercado y escuchaba en silencio, con la canosa cabeza inclinada hacia un lado.

—Un miembro de la Clave, alguien que me es leal, oyó a Zara hablando con Manuel. Decía que Horace ha enviado a Emma y a Julian a Feéra en una misión suicida. Hice que mi gente registrara la casa, y está vacía. No están ahí, Diana. Los han enviado a la Tierra de las Hadas.

Hubo una apagada explosión en su cabeza: rabia, furia, enfado consigo misma... Había sabido que algo iba mal, lo había notado. ¿Por qué no confié entonces en su instinto?

—Gwyn —lo llamó, con una voz que casi ni reconocía ella misma—. Llévame a Feéra. Ahora.

Jia cogió a Diana por la muñeca.

—Diana, piénsalo. Feéra es una tierra enorme, y no sabemos dónde pueden estar...

—Gwyn y su gente son cazadores —replicó Diana—. Los encontrarán. Gwyn...

Se volvió hacia él, pero este se había tensado, como un zorro oliendo sabuesos.

—¡Alerta! —gritó, y desenvainó la espada.

Los árboles se agitaron; Jia y Diana casi no tuvieron tiempo de desenfundar sus armas antes de que la Cohorte apareciera en el claro, liderada por Zara en su uniforme de centurión y una sonrisa de triunfo en el rostro.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que te atraparíamos conspirando con los subterráneos! Gwyn alzó una ceja.

—Aquí solo hay un subterráneo.

Zara no le prestó atención.

—No me esperaba nada mejor de ti, Diana Wrayburn, pero ¿de la Cónsul Penhallow? ¿Violando la Paz Fría en tu propio país? ¿Cómo has podido?

Jia sujetó su curvado *dao* sobre el pecho.

—Ahórrame el teatro, Zara —repuso en tono seco—. No entiendes lo que está ocurriendo, y con tus pataletas solo causas problemas.

—No estamos conspirando con hadas, Zara —dijo Diana.

Esta escupió al suelo en un sorprendente gesto de su salvaje desprecio.

—¿Cómo osas negar que estáis conspirando cuando os hemos pillado de lleno?

—Zara...

—No te canses —le dijo Jia a Diana—. La Cohorte y ella no te escucharán. Solo oyen lo que quieren oír. No aceptan nada que contradiga las creencias que ya tienen.

Zara se volvió hacia sus seguidores.

—Ponedlos bajo custodia —ordenó—. Los llevaremos al Gard.

Gwyn lanzó su hacha. Fue un gesto tan repentino que Diana dio un salto atrás de sorpresa. El hacha voló sobre las cabezas de la Cohorte y se clavó en el tronco de un roble. Varios miembros del grupo gritaron cuando el árbol se fue al suelo con un ensordecedor estruendo de ramas rotas y tierra arrancada.

Gwyn extendió la mano y el hacha voló hacia su puño. Mostró los dientes a los acobardados cazadores de sombras.

—¡Atrás u os cortaré en pedazos!

—¿Veis? —Zara había caído de rodillas cuando el árbol se desplomó; se puso trabajosamente en pie agarrando a *Cortana* con fuerza—. ¿Veis? ¡Una conspiración! Debemos luchar... ¡Anush!

Pero Anush había salido corriendo hacia los matojos. Los otros, visiblemente impresionados, se reagruparon a regañadientes a la espalda de Zara, mientras esta daba varios pasos decididos hacia Gwyn.

—¿Qué les hará? —preguntó Jia en voz baja.

—Los matará a todos. Es el líder de la Cacería Salvaje, no son nada para él.

—Son niños —replicó Jia—. El pobre Anush ha salido corriendo; solo tiene dieciséis años.

Diana vaciló. Solo eran niños; niños odiosos, pero Gwyn no podía acabar con ellos. Esa no era la solución.

Corrió hacia él, sin importarle lo que pensara la Cohorte, y le habló al oído.

—Déjanos —le susurró—. Por favor. Nos llevarán al Gard, pero no será por mucho rato. Ve tras Emma y Julian.

Gwyn la miró fijamente, con la preocupación marcada en el rostro.

—Pero tú...

—Encuétralos por mí —insistió Diana—. ¡No me pasará nada! —Silbó—. ¡Orion!

Orion entró trotando en el claro, cortando el espacio entre Gwyn y la Cohorte. Gwyn subió a lomos del caballo y se inclinó para besar a Diana, sujetándole el rostro entre las manos durante unos instantes.

—Ten cuidado —le dijo, y *Orion* se alzó hacia el cielo. Los de la Cohorte gritaban: la mayoría nunca antes había visto nada parecido a un corcel de la Cacería Salvaje. Sí que eran niños, pensó Diana, inquieta: aún tenían capacidad de asombro, mezclada con su ignorancia y su odio.

Y ella no podía hacer daño a los niños. Permaneció junto a Jia mientras Zara y Timothy les quitaban las armas y les ataban las manos a la espalda.

* * *

Una vez acabó el efecto de la poción de invisibilidad, Emma y Julian tuvieron que quedarse entre las sombras, con las capuchas echadas, mientras avanzaban sigilosamente por los pasillos de la torre. Por suerte, parecía que todo el mundo había sido convocado a algún tipo de evento; las multitudes casi habían desaparecido, y se veían a muchos menos noseelie corriendo de aquí para allá. Los guardias también parecían distraídos, y nadie les preguntó nada mientras torcían la esquina de un pasillo y se encontraron ante el tapiz colgante con su dibujo de estrellas.

Emma miró alrededor, preocupada.

—Los guardias se han ido.

Lo cierto era que el pasillo estaba vacío. Emma notó que vibraba de nervios. Algo no iba bien.

—Bueno —repuso Julian—. Quizá se han tomado un descanso o algo así.

—No me gusta —insistió Emma—. No dejarían a Ash sin vigilancia.

—Los guardias podrían estar dentro de la habitación.

—Tengo la sensación de que algo va mal.

—Viene alguien. —Se oían claros pasos en la distancia. El rostro de Julian se contrajo por la tensión—. Emma, tenemos que irnos.

Contra lo que le decía su instinto, Emma desenfundó una espada corta del cinturón y pasó al otro lado del tapiz, detrás de Julian.

En la estancia que allí se abría reinaba un inquietante silencio y no había guardias. La primera impresión de Emma fue la de un lugar decorado con lujo y muy frío. Una gran cama con dosel, tallada de una sola pieza de madera,

dominaba el lugar. De las paredes colgaban tapices que mostraban escenas exquisitas de la belleza natural de Feéra: bosques entre la neblina, cascadas glaciales, flores silvestres creciendo en escarpados acantilados sobre el mar.

Emma no pudo evitar pensar en la peste. Los tapices eran fantásticos, una tierna oda a la belleza de Feéra, pero fuera de esas paredes, las tierras noseelie estaban siendo devoradas por la peste. ¿Habría decorado esa estancia el rey? ¿Acaso no veía la ironía?

Julian se había colocado junto al tapiz de la entrada con la espada desenvainada. Miraba alrededor con curiosidad; era difícil no ver la ropa tirada por todas partes. Al parecer, Ash, como la mayoría de los adolescentes, era bastante desordenado. Había una ventana abierta y un viento frío se colaba por ella. La corona de oro de Ash estaba dejada de cualquier manera en el alféizar, casi como si estuviera retando a una urraca a robarla.

Emma se acercó sigilosamente a la cama, donde yacía Ash, inmóvil bajo una colcha de fino bordado. Tenía los ojos cerrados, semicírculos perfectos bordeados de pestañas plateadas. Parecía inocente, angelical. Cautivó el corazón de Emma, lo cual no dejaba de ser sorprendente, dado su parecido con Sebastian. Pero no era una réplica exacta, pudo comprobar al acercarse más, hasta que su sombra cayó sobre la cama.

—Se parece un poco a Clary —susurró Cristina.

—No importa a quién se parezca —replicó Julian—. Es el hijo de Sebastian.

«Es solo un niño», quiso protestar Emma, pero sabía que no serviría de nada.

Tendió la mano y se la puso suavemente sobre el hombro al chico; al hacerlo, vio que Ash tenía una ancha cicatriz con forma de X en un lado del cuello. También había marcas extrañas en la pared en la que se apoyaba la cama: parecían runas, pero retorcidas y siniestras, como las que portaban en su día los oscurecidos.

Emma sintió un furioso deseo de protegerlo, chocante tanto por su intensidad como por su completa falta de lógica. Ni siquiera conocía al chico, pensó, pero no puedo evitar moverlo suavemente.

—Ash —susurró—. Ash, despierta. Estamos aquí para rescatarte.

Ash abrió los ojos de golpe, y Emma vio realmente a Clary en ellos; eran del mismo color verde que los de ella. Fijaron la mirada en Emma mientras se incorporaba y extendía la mano. Eran firmes y claros, y su mirada hizo que un pensamiento cruzara por la cabeza de Emma: «Podría ser un auténtico líder, no como es Sebastian, sino como Sebastian debería haber sido».

El otro lado de la estancia, Jules negaba con la cabeza.

—Emma, no —dijo—. ¿Qué estás...?

Ash echó la cabeza hacia atrás y gritó:

—¡Ethna! ¡Eochaid! ¡Jinetes! ¡Socorro!

Julian se volvió hacia la puerta, pero los dos jinetes ya apartaban el tapiz. Su armadura de bronce brillaba con un sol cegador; Julian avanzó la espada y lanzó un tajo hacia el pecho de Eochaid, pero el jinete giró el cuerpo, esquivándolo.

El cabello metálico de Ethna se agitaba a su alrededor mientras se lanzaba contra Julian con un grito rabioso. Este alzó la espada, pero no fue lo suficientemente rápido; la jinete lo embistió aplastándolo contra la pared.

Ash se apartó de Emma, rodando sobre la cama, pero esta lo agarró y tiró de él, clavándole los dedos en el hombro. Se sintió como si emergiera de una espesa niebla: mareada, sin aliento y, de repente, muy, muy furiosa.

—¡Detente! —gritó—. Suelta a Julian o le corto el cuello al príncipe.

Ethna la miró con un rugido. Estaba sobre Julian, con la espada en la mano. Este tenía la espalda contra la pared, y un hilillo de sangre le corría por la sien. Tenía los ojos alerta.

—No seas estúpida —dijo Eochaid—. ¿No entiendes que tu única oportunidad de vivir es soltar al príncipe?

Emma apretó la espada contra el cuello de Ash. Este estaba tenso como un cable.

«Protege a Ash —le susurró una voz dentro de la cabeza—. Ash es lo que más importa».

Se mordió el labio, y el dolor acalló la voz de su cabeza.

—Explícate, jinete.

—Estamos en la torre —dijo Ethna con un tono de desagrado—. No podemos matarte sin el permiso del rey. Estará furioso. Pero si amenazas a Ash... —Su mirada era ominosa—. Entonces, no tendremos más alternativa que protegerlo.

Julian se limpió la sangre del rostro.

—Tiene razón. No pueden matarnos. Suelta a Ash, Emma.

Confusa, Emma dudó un instante, y Ash aprovechó la oportunidad para morderle la mano. Ella pegó un grito y lo soltó; un semicírculo de marcas sangrantes le recorría la curva entre el pulgar y el índice.

—¿Por qué? —preguntó—. Estás prisionero aquí. ¿No quieres marcharte?

Ash estaba encogido sobre la cama, y su expresión era extraña. Iba totalmente vestido, con calzas, una túnica de lino y botas.

—En Alacante, sería el hijo de vuestro peor enemigo. Me conducirías a la muerte.

—No es así... —comenzó a decir Emma, pero no pudo acabar; se le fue la cabeza violentamente hacia atrás cuando Ethna le propinó una bofetada.

—Cesa tu parloteo —dijo Eochaid.

Emma se volvió una vez para mirar a Ash, mientras Julian y ella salían de la habitación a punta de espada. Ash se quedó en medio de la estancia, mirándolos; su rostro era inexpresivo, sin la arrogancia y la crueldad de Sebastian, pero también sin la bondad de Clary. Parecía alguien que acabara de hacer una buena jugada en una partida de ajedrez.

Ni Julian ni Emma hablaron mientras los conducían por los pasillos, con los seres mágicos que se cruzaban murmurando y mirándolos fijamente. Los pasillos rápidamente dieron paso a corredores cada vez más húmedos y fríos que descendían empinados. Mientras la luz disminuía, Emma captó un vistazo de la expresión de frustración y amargura en el rostro de Julian; luego las sombras se cerraron y solo pudo ver formas en movimiento bajo la débil iluminación de antorchas de ramas verdes que colgaban de vez en cuando de los muros.

—Es casi una pena —dijo Eochaid, rompiendo el silencio mientras entraban en un corredor largo y sinuoso que conducía a una oscura abertura en una pared distante. Emma distinguió el destello de los uniformes de los guardias incluso en la oscuridad—. Matar a estos dos antes de que puedan contemplar la destrucción de los nefilim.

—Tonterías —replicó Ethna, cortante—. Sangre por sangre. Asesinaron a nuestro hermano. Quizá el rey nos permita blandir la guadaña que acabe con ellos.

Habían llegado a la abertura. Era una entrada tallada en una gruesa pared de piedra. Los guardias de ambos lados parecieron intrigados.

—¿Más prisioneros? —preguntó el de la izquierda, que estaba sentado sobre un enorme baúl de madera.

—Cautivos del rey —contestó Ethna con voz seca.

—Para una fiesta —dijo el guardia, y rio—. Claro que no estarán mucho aquí.

Ethna puso los ojos en blanco e hizo avanzar a Emma con un leve pinchazo de su arma en la espalda. Julian y ella tuvieron que entrar en una amplia sala cuadrada con muros de piedra sin pulir. Del techo colgaban ramas, que caían como cintas para enredarse en el suelo de tierra prensada. Estaban trenzadas para formar algo parecido a jaulas; Emma se dio cuenta de

que eran celdas, cuyos barrotes eran ramas espinosas duras como hierro flexible.

Recordó esas espinas clavándosele en la piel y se estremeció.

Ethna soltó una risa desagradable.

—Tiembra todo lo que quieras —dijo—. Aquí no encontrarás ni salida ni piedad.

Le quitó el cinturón de armas de la cintura y la obligó a sacarse el medallón dorado de la Clave que llevaba al cuello. Emma miró a Julian con pánico; nada podría evitar ahora que sufrieran la diferencia del tiempo de Feéra.

Empujaron a Emma, furiosa, dentro de una celda por un espacio entre las ramas. Por suerte, Julian la siguió un momento después. Se había temido que los separaran y que se le fuera la cabeza si se quedaba sola. Él también estaba desarmado. Se volvió para mirar con odio a los jinetes mientras Ethna golpeaba la celda con la punta de la espada; las ramas que se había separado, rápidamente se deslizaron y se retorcieron, cerrando cualquier posible salida.

Ethna sonreía con desprecio. La expresión de triunfo de su cara hizo que a Emma se le revolviere el ácido del estómago.

—Pequeños cazadores de sombras —ronroneó—. ¿De qué os sirve ahora toda vuestra sangre de ángel?

—Vamos, hermana —dijo Eochaid, aunque sonreía indulgente—. El rey nos espera.

Ethna escupió en el suelo antes de seguir a su hermano. Sus pasos se apagaron en la distancia y quedó la oscuridad y el silencio, un silencio frío y aplastante. Solo una iluminación muy tenue procedía de antorchas colgadas en lo más alto del muro.

La fuerza abandonó las piernas de Emma como agua saliendo por un dique roto. Se dejó caer al suelo, en el centro de la celda, apartándose de las espinas que la rodeaban.

—Julian —susurró—. ¿Qué vamos a hacer?

Él se puso de rodillas. Ella vio que se le había puesto la piel de gallina. La tira ensangrentada que le rodeaba la muñeca parecía brillar como un fantasma en la oscuridad.

—Estamos aquí por mí —contestó él—. Yo haré que salgamos.

Emma abrió la boca para protestar, pero no le salieron las palabras; lo que había dicho se acercaba mucho a la verdad. El antiguo Julian, su Julian, la hubiera escuchado cuando ella se dio cuenta de que algo no cuadraba en la situación fuera de la habitación de Ash. Él habría confiado en su instinto. Por

primera vez, sintió algo parecido a un auténtico dolor por la pérdida de ese Julian, como si el que tenía delante no fuera temporal, como si su Julian no fuera a volver nunca.

—¿Te importa? —le preguntó ella.

—¿Crees que quiero morir aquí? —replicó él—. Aún tengo instinto de conservación, Emma, y eso significa conservarte a ti también. Y sé... sé que soy mejor cazador de sombras que antes.

—Ser un cazador de sombras no es solo tener reflejos rápidos y músculos fuertes. —Le puso la mano sobre el corazón y notó el suave lino de la camisa—. Está aquí.

«Donde tú estás roto», pensó.

El verde azulado de sus ojos parecía el único color en la prisión; incluso las finas ramas que colgaban del techo eran de un gris metálico.

—Emma...

—¡Son ellos! —exclamó una voz, y Emma dio un respingo cuando se hizo la luz alrededor. Y no cualquier luz, sino una luz plateada que procedía de la celda situada frente a la de ellos; bajo esa nueva iluminación, pudo ver que había dos personas dentro, mirándolos a través de las ramas, y una de ellas sujetaba una reluciente piedra runa en la mano.

—Luz mágica —dijo Julian, poniéndose en pie.

—¿Julian? ¿Emma? —Los llamó la misma voz, una voz que conocían, cargada de sorpresa y alivio. La luz se intensificó, y Emma pudo ver claramente a los ocupantes de la otra celda. Se puso en pie de un salto, atónita—. Somos nosotros, Jace y Clary.

16

Mil tronos

Oban y sus guardias habían conducido a Mark y a Kieran, con los ojos vendados, por la torre, por lo que si había habido más reacciones ante la presencia de Kieran, Mark había sido incapaz de notarlas. Sin embargo, sí había oído a Manuel y Oban riendo sobre lo que seguramente le haría el rey a Kieran, y a Mark también, y él se había debatido con rabia, tratando de sacarse las esposas. ¿Cómo podían hablar así cuando Kieran podía oírlos? ¿Por qué alguien encontraba placer en esa tortura?

Finalmente, los había llevado a una estancia de piedra sin ventanas y los habían dejado allí, sin quitarles las esposas. Oban les había sacado las vendas de los ojos antes de salir de la sala, riendo.

—Miraos una vez más antes de morir.

Y Mark miraba a Kieran bajo la tenue luz. Aunque no había ventanas, la claridad se filtraba por una rejilla colocada en lo alto. La estancia era cerrada, opresiva como el fondo del hueco de un ascensor.

—Se intenta que sea horrible —dijo Kieran, contestando a la pregunta que Mark no había formulado—. Aquí es donde el rey deja a los prisioneros antes de llevarlos ante el trono. Está pensado para aterrorizar.

—Kieran. —Mark se acercó a él—. Todo saldrá bien.

Kieran sonrió con pena.

—Eso es lo que me encanta de los mortales —comentó—. Que podáis decir esas cosas para reconfortar, sean ciertas o no.

—¿Qué te ha dado la niña? —preguntó Mark. El pelo de Kieran era azul muy oscuro entre las sombras.

—Una flor. —Kieran tenía las manos atadas por delante; abrió una y le mostró a Mark la flor aplastada—. Un narciso blanco.

—Perdón —dijo Mark. Kieran lo miró confuso; su educación no había incluido mucho acerca de las flores—. Las flores tienen su significado. Un narciso blanco significa el perdón.

Kieran dejó caer la flor.

—He oído lo que la gente decía mientras cruzábamos el patio —dijo—. Yo no recuerdo todo eso.

—¿Crees que tu padre te hizo olvidarlo? —A Mark le comenzaban a doler las manos.

—No. Creo que no me importaba. Creo que era amable porque era un príncipe, arrogante y descuidado, y me iba bien ser amable, pero que también podría haber sido cruel con la misma facilidad. No recuerdo salvar una granja o a un niño. Estaba ebrio de vida fácil en esos días. No se me debería agradecer o perdonar.

—Kieran...

—Y en el tiempo en la Cacería, solo pensaba en mí. —Mechones blancos comenzaron a vérselo en el pelo. Dejó caer la cabeza hacia atrás contra el muro.

—No —replicó Mark—. Pensabas en mí. Eras bueno conmigo.

—Te deseaba —repuso Kieran, con una mueca de la boca—. Era bueno contigo porque me reportaba un beneficio.

Mark negó con la cabeza.

—Cuando los mortales dicen que todo saldrá bien, no es solo como consuelo —dijo—. En parte es porque no creemos, a diferencia de las hadas, en la verdad absoluta. Aportamos nuestra verdad al mundo. Porque creo que las cosas saldrán bien, seré menos infeliz y estaré menos asustado. Y porque tú estás furioso contigo mismo, crees que todo lo que has hecho, lo has hecho por egoísmo.

—He sido egoísta —protestó Kieran—, y...

—Todos somos egoístas a veces —lo interrumpió Mark—. Y no te digo que no tengas nada de lo que arrepentirte. Quizá fuiste un príncipe egoísta, pero no fuiste cruel. Tenías poder y elegiste usarlo para la bondad. Podrías haber elegido lo opuesto. No restes valor a las decisiones que tomaste. No carecían de sentido.

—¿Por qué tratas de reconfortarme y animarme? —preguntó Kieran con voz seca, como si le doliera la garganta—. Me enfadé contigo cuando aceptaste regresar con tu familia y dejar la Cacería; te dije que nada de eso era real...

—¡Como si yo no supiera por qué dijiste eso! —exclamó Mark—. Te oía, en la Cacería. Cuando te azotaban, cuando te atormentaban, te decías que nada de eso era real. Como para decir que el dolor solo era un sueño. Era un regalo que querías darme, el regalo de escapar del dolor, de esconderte en un lugar de tu mente donde estabas a salvo.

—Creía que los cazadores de sombras eran crueles. Pensaba que te maltratarían —explicó Kieran—. Contigo, con tu familia, he aprendido que no es así. En la Cacería, creía que te amaba, Mark, pero eso no era más que una sombra de lo que siento ahora por ti, sabiendo de la bondad y el cariño del que eres capaz.

El dardo élfico que llevaba al cuello brilló mientras se alzaba y bajaba acompañando a su rápida respiración.

—En la Cacería me necesitabas —continuó Kieran—. Me necesitabas tanto que nunca supe si me querrías de no haberme necesitado. ¿Me quieres?

Mark se arrastró para acercarse a Kieran. Las muñecas le ardían como fuego vivo, pero no le importaba. Clavó los talones en el suelo y se acurrucó contra él, y este, con las manos atadas, lo cogió como pudo por la cintura para acercarlo más a sí. Ambos trataban de estar lo más cerca posible el uno del otro, para consolarse mutuamente, a pesar de las manos atadas.

Mark hundió el rostro en el cuello de Kieran, aspirando su olor: hierba y cielo. Quizá fuera la última hierba y el último cielo que sintiera.

La puerta se abrió y una ráfaga de luz hirió los ojos de Mark. Notó que Kieran se tensaba.

Winter, el general de los gorras rojas, se hallaba en el umbral, con la camisa y la gorra del color de la sangre vieja y seca, y las botas de suela de hierro repicando en el suelo de piedra. En la mano llevaba una larga pica con punta de acero.

—Apartaos, vosotros dos —ordenó con voz seca—. El rey quiere veros.

* * *

Emma voló al frente de la celda y recordó las espinas justo a tiempo, por lo que dio un salto atrás. Julian la siguió con más calma.

—¡Oh, gracias al Ángel que estáis aquí! —exclamó Emma—. Quiero decir, no que estéis aquí, en prisión, eso es malo, pero... —Alzó las manos—. Me alegro mucho de veros.

Clary rio sin fuerza.

—Sabemos lo que quieres decir. Yo también me alegro de verte. —Tenía la cara manchada y sucia, el cabello rojo atado con un nudo en la nuca. Bajo la luz de la piedra runa, Emma vio que estaba más delgada; la sucia chaqueta vaquera le colgaba de los hombros. Jace, a su espalda, estaba tan alto y dorado como siempre; los ojos le ardían en la oscuridad; el mentón cubierto de una áspera barba.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó, pasando de las cordialidades—. ¿Estabais en Feéra? ¿Por qué?

—Estábamos en una misión —contestó Julian.

Clary inclinó la cabeza.

—Por favor, no me digas que era para buscarnos.

—Era para encontrar el *Libro Negro de los Muertos*. El Inquisidor nos ha enviado.

Jace lo miró incrédulo.

—¿Robert os ha enviado aquí?

Emma y Julian se miraron. Se hizo un horrible silencio.

Jace se acercó a las barras espinosas de la jaula que los retenía.

—Lo que sea que nos estéis ocultando, decidlo —dijo—. Si ha pasado algo, tenéis que explicárnoslo.

Quizá no fue sorprendente que hablara Julian primero.

—Robert Lightwood está muerto.

La luz mágica se apagó.

En aquella oscuridad, sin su runa de visión nocturna, Emma no veía nada. Oyó a Jace emitir un sonido apagado, y a Clary susurrar algo. Palabras de consuelo, palabras de sosiego, Emma estaba segura. Se reconoció a sí misma murmurando a Julian en el silencio de la noche.

Los susurros se apagaron, y la luz mágica se encendió de nuevo. Jace la sujetaba con una mano; con la otra cogía con fuerza una de las espinosas ramas. La sangre le caía entre los dedos y por el brazo. Emma se imaginó los pinchos clavándosele en la palma, e hizo una mueca de dolor.

—¿Y los demás? —preguntó en una voz tan tensa que casi no era humana—. ¿Y Alec?

Emma se acercó más a las ramas de la celda.

—Está bien —contestó, y le explicó tan rápido como pudo todo lo que había pasado, desde los asesinatos de Robert y Livvy a manos de Annabel, hasta la ascensión de Horace a Inquisidor.

Cuando acabó, todos quedaron en silencio, pero al menos Jace había soltado la rama.

—Lamento mucho lo de tu hermana —dijo Clary cariñosamente—. Lamento no haber estado allí.

Julian no dijo nada.

—No podríais haber hecho nada —contestó Emma.

—El rey va a conseguir el *Libro Negro* —dijo Jace, abriendo y cerrando la mano ensangrentada—. Eso son muy malas noticias.

—Pero vosotros no vinisteis aquí por eso —repuso Julian—. Vinisteis aquí a buscar a Ash. Él es el arma que buscabais, ¿verdad?

Clary asintió.

—Desde el Laberinto Espiral nos llegó un soplo de que había un arma en Feéra a la que tenía acceso el rey noseelie, algo que podía anular los poderes de los cazadores de sombras.

—Nos enviaron por nuestra sangre angélica. Había muchos rumores sobre la inutilidad de la magia de los cazadores de sombras en las cortes; los Hermanos Silenciosos dijeron que nosotros seríamos más resistentes a esos efectos —explicó Jace—. No sufrimos la pérdida de la noción del tiempo, y podemos emplear runas, o al menos podíamos antes de que se nos llevaran las estelas. Afortunadamente, aún tenemos estas. —Alzó la brillante luz mágica que le latía en la mano.

—Y sabíamos que buscábamos algo, pero no el qué —continuó Clary—. Pero no que fuera mi... que fuera Ash.

—¿Cómo lo averiguasteis? —preguntó Emma.

—Muy pronto averiguamos que el rey había raptado al hijo de la reina seelie —contestó Jace—. Es como un secreto a voces en las cortes. Y luego, la primera vez que Clary lo vio... desde la distancia, porque nos capturaron antes de que pudiéramos acercarnos...

Clary se movió inquieta por la celda.

—Al instante supe quién era. Es igual que mi hermano.

Emma había oído a Julian, a Livvy, a Mark y a Dru decir «mi hermano» más veces de las que podría contar, pero nunca había sonado como cuando Clary lo dijo, con voz cargada de amargura y reproche.

—Y ahora el rey tiene el *Libro Negro*, lo que significa que no nos queda tiempo —concluyó Jace, acariciando suavemente a Clary en la nuca.

—Muy bien —dijo Julian—. ¿Y qué pretende exactamente hacer el rey con el *Libro Negro* para que Ash se convierta en un arma?

Jace bajó la voz, aunque Emma dudó de que alguien pudiera oírlos.

—Hay hechizos en el *Libro Negro* que pueden dar ciertos poderes a Ash. El rey ya hizo algo así una vez antes...

—¿Habéis oído hablar del Primer Heredero? —inquirió Clary.

—Sí —contestó Emma—. Kieran lo mencionó, o al menos mencionó la historia.

—Era algo que su hermano Adaon le había contado. —Julian frunció el ceño—. Kieran dijo que su padre quería el libro desde que el Primer Heredero

había sido robado. ¿Quizá para resucitar al niño? Pero ¿qué tiene que ver eso con Ash?

—Es una vieja historia —respondió Jace—. Pero, como sabéis, todas las historias son ciertas.

—O al menos, ciertas en parte. —Clary le sonrió. Emma notó una chispa de nostalgia; incluso en la oscuridad y el frío de esa prisión su amor seguía intacto. Clary volvió a mirar a Jules y a Emma—. Nos hemos enterado de que, hace muchos años, el rey noseelie y la reina seelie decidieron unir las cortes. Parte del plan implicaba tener un hijo juntos, un niño que sería el heredero de las dos cortes. Pero eso no les pareció suficiente; querían crear a un niño hada tan poderoso que pudiera destruir a los nefilim.

—Antes de que naciera el bebé, hicieron ritos y hechizos para proporcionarle «dones» —continuó Jace—. Pensad en la Bella Durmiente, pero con los padres como las hadas malas.

—El bebé sería perfectamente hermoso, un líder perfecto e inspiraría absoluta lealtad —siguió Clary—. Pero cuando nació, era una niña. Nunca se le había ocurrido al rey que el bebé pudiera no ser un chico; siendo quien es, pensaba que el líder perfecto debía ser un hombre. El rey se puso furioso y pensó que la reina lo había traicionado. La reina, por su parte, se puso furiosa de que el rey quisiera abandonar todo el plan solo porque el bebé era una niña. Luego, el bebé fue raptado, y posiblemente asesinado.

—No me extraña todo ese asunto del rey odiando a sus hijas... —comentó Emma.

—¿A qué te refieres diciendo «posiblemente»? —quiso saber Julian.

—No fuimos capaces de averiguar lo que le pasó a la bebé. Nadie lo sabe; el rey dice que fue secuestrada y asesinada, pero parece posible que escapara de Feéra y continuase con vida. —Se encogió de hombros—. Lo que está claro es que Ash tiene mezclada la sangre de las hadas reales, la sangre de los nefilim y la sangre de los demonios. El rey cree que es el candidato perfecto para acabar lo que comenzó con el Primer Heredero.

—El fin de todos los cazadores de sombras —dijo Julian lentamente.

—La peste que el rey ya ha traído aquí está arraigando lentamente —repuso Clary—. Pero si se le permite realizar en Ash los hechizos que quiere, Ash se convertirá en un arma incluso más poderosa que la peste. Ni siquiera sabemos lo que podría ser capaz de hacer, pero tendrá la misma mezcla de sangre seráfica e infernal que Sebastian.

—Será demoníaco, pero invulnerable a las runas o a la magia angélica —concluyó Jace—. Podrá soportar las runas, pero nada demoníaco podrá

herirlo. El tacto de sus manos podría hacer que la peste se extendiera como fuego en paja seca.

—La peste ya ha llegado a Idris —informó Emma—. Partes del bosque de Brocelind ya han sido destruidas.

—Tenemos que regresar —dijo Clary. Estaba incluso más pálida que antes, y se la veía más joven. Emma recordó a Clary en el tejado del Instituto de Los Ángeles: «Saber que algo terrible se acerca. Como un muro de oscuridad y sangre. Una sombra que se extiende sobre el mundo y lo borra todo».

—No podemos esperar más —repuso Jace—. Tenemos que salir de aquí.

—Supongo que desear salir de aquí no ha funcionado muy bien hasta ahora, ya que seguís prisioneros —soltó Julian.

Jace guardó silencio.

—Julian —exclamó Emma. Quería añadir: «Lo siento, no tiene sentimientos de empatía», pero no lo hizo porque en ese momento se oyó un grito seguido de un fuerte golpe. Jace cerró la mano sobre la luz mágica, y en la casi oscuridad, Emma se apartó de las rejas espinosas de la jaula. No quería darse de cara con los pinchos accidentalmente.

—Seguramente son guardias —dijo Clary en voz baja.

Emma miró fijamente hacia las tinieblas. Había dos personas yendo hacia ellos; podía distinguir el brillo dorado de los galones en los uniformes de los guardias.

—Uno lleva una espada —susurró Emma.

—Seguramente vienen a por nosotros —dijo Clary—. Ya llevamos más tiempo aquí.

—No —replicó Julian.

Emma sabía lo que estaba pensando. Jace y Clary eran rehenes muy valiosos, a su manera. Emma y Julian eran cazadores de sombras, ladrones que habían matado a un jinete. No dejarían que languidecieran en las mazmorras. Les cortarían la cabeza pronto, para disfrute de las cortes.

—Resistíos —dijo Jace con urgencia—. Si abren vuestra celda, resistíos...

«*Cortana* —pensó Emma, desesperada—. ¡*Cortana!*»

Pero no pasó nada. No hubo ningún peso repentino y reconfortante en su mano. Solo una presión en el hombro; Julian se había puesto junto a ella. Desarmados, miraron hacia el frente de la celda. Hubo el sonido de un grito ahogado y de pies que corrían. Emma alzó los puños...

El más bajo de los guardias se acercó a su celda y agarró una de las ramas espinosas soltando un gritito de dolor. Una voz murmuró algo en un lenguaje

feérico y las antorchas que había en las paredes se encendieron con una pequeña llama. Emma se encontró mirando a través del enredo de ramas y espinas a Cristina, vestida con la librea de un guardia hada y con una espada colgada a la espalda.

—¿Emma? —susurró Cristina, mirándola asombrada—. ¿Qué diablos haces aquí?

* * *

«Vigila a Tiberius».

Kit estaba haciendo exactamente eso. O al menos tenía los ojos fijos en Ty, lo que venía a ser lo mismo. Se hallaban en la playa bajo el Instituto; Ty se había sacado los zapatos y los calcetines y caminaba por la orilla. Miró un momento a Kit, que estaba sentado sobre una pila de arena, y le hizo un gesto para que se acercara.

—¡El agua no está muy fría! —le dijo—. Te lo prometo.

«Te creo», quiso decir Kit. Siempre creía a Ty. Ty no mentía a no ser que fuera necesario, aunque se le daba bien ocultar cosas. Se preguntó qué pasaría si Helen les preguntara directamente si estaban tratando de resucitar a Livvy.

Quizá fuera él quien diría la verdad; al fin y al cabo, él era el que no quería realmente hacerlo.

Kit se levantó lentamente y se acercó a la orilla. Las olas rompían a unos seis metros, y para cuando llegaban a la orilla solo eran espuma blanca y agua plateada. Una ola inesperada salpicó los pies desnudos de Ty y empapó las zapatillas de Kit.

Ty tenía razón. No estaba tan fría.

—Entonces, mañana iremos al Mercado de Sombras —dijo Ty. La luz de la luna le dibujaba suaves relieves en la cara. Parecía tranquilo, pensó Kit, y se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que no percibía a Ty como si fuera un cable tenso, vibrando a su lado.

—En Londres, odiabas el Mercado de Sombras —comentó Kit—. Te molestaba mucho. El ruido, la multitud...

Ty lo miró.

—Me pondré los auriculares. Estaré bien.

—... y no sé si debemos volver tan pronto —añadió Kit—. ¿Y si Helen o Aline comienzan a sospechar?

La mirada de Ty se oscureció.

—Una vez, Julian me dijo que cuando la gente pone excusas para no hacer algo, es porque no quiere hacerlo. ¿Quieres hacer esto? ¿El hechizo y todo lo demás?

La voz de Ty era tirante. El cable vibrante de nuevo, cargado de tensión. Bajo la camisa de algodón, sus delgados hombros también se habían tensado. Llevaba el cuello desabrochado, y la delicada línea de la clavícula era apenas visible.

Kit sintió una oleada de ternura hacia Ty, mezclada con casi pánico. En otras circunstancias, pensó, habría mentido. Pero no podía mentirle a Ty.

Se adentró un poco más en el mar, hasta que el agua le llegó a las rodillas. Se volvió, con la espuma de las olas salpicando alrededor de él.

—¿Has oído lo que ha dicho Sombra? La Livvy que podemos hacer volver puede que no sea para nada como nuestra Livvy. Tu Livvy.

Ty lo siguió, entrando en el mar. La neblina bajaba para tocar el agua, rodeándolos de blanco y gris.

—Si hacemos bien el hechizo, será ella. Eso es todo. Tenemos que hacerlo bien.

Kit notó el sabor de la sal en la boca.

—No sé si...

Ty extendió la mano, moviéndola sobre el horizonte, donde las estrellas comenzaban a ser tragadas por la neblina: una línea negra manchada de plata.

—Livvy está por ahí —dijo—. Justo más allá de donde puedo alcanzarla, pero la oigo. Dice mi nombre. Quiere que la traiga de vuelta. Necesita que la traiga de vuelta. —Le temblaban las comisuras de la boca—. No querría hacerlo sin ti, pero lo haré.

Kit dio otro paso hacia el océano y se detuvo. Cuando más se adentraba, más fría estaba el agua. ¿Y no era igual con todo?, pensó.

«Hay muchas formas de correr peligro con la magia».

«Podría marcharme —se dijo—. Podría dejar que Ty lo hiciera solo. Pero no puedo decirme que eso no sería el fin de nuestra amistad, porque lo sería. Y acabaría excluido de los planes de Ty, igual que Helen, igual que Dru, igual que todos los demás».

Sintió como si le faltara aire en los pulmones. Se volvió hacia Ty.

—De acuerdo. Lo haré. Podemos ir mañana al Mercado de Sombras.

Ty sonrió. O quizá sería más exacto decir que se le dibujó una sonrisa en el rostro, como el sol naciente. Kit se quedó sin aliento, con el agua moviéndose alrededor, mientras Ty se acercaba y le rodeaba el cuello con los brazos.

Recordó haber abrazado a Ty en el tejado del Instituto de Londres, pero fue porque Ty estaba siendo presa del pánico. Fue como abrazar a un animal salvaje. Pero esta vez era Ty quien lo abrazaba, porque quería. El suave algodón de la camisa de Ty, la sensación del cabello de Ty rozándole la mejilla mientras él le ocultaba su expresión hundiendo el rostro en el hombro del otro chico. Oía a Ty respirar. Lo rodeó con los brazos, cruzando las frías manos sobre su espalda. Cuando Ty se apoyó en él con un suspiro, sintió que había ganado una carrera que ni siquiera sabía que había estado corriendo.

—No te preocupes —dijo Ty en voz baja—. Conseguiremos que vuelva. Te lo prometo.

«Y eso es lo que me da miedo», pensó Kit, pero no dijo nada en voz alta. Abrazó a Ty, enfermo de una triste felicidad, y cerró los ojos contra los fisgones rayos de la luna.

* * *

—Estamos aquí para ayudaros —dijo el compañero de Cristina.

Emma lo reconoció al cabo de un momento: el príncipe Adaon, uno de los hijos del rey noseelie. Lo había visto la última vez que estuvo en Feéra. Era un alto caballero hada con los colores de la corte noseelie, apuesto y de piel oscura, y con dos dagas en la cintura. Tocó las ramas espinosas de la celda, que se separaron bajo sus manos. Emma se escurrió fuera a través del agujero y se echó en brazos de Cristina.

—Cristina —exclamó—. Hermosa cabrona, tú...

Cristina sonrió y le palmeó la espalda mientras Adaon liberaba a Julian y luego a Jace y Clary. Jace fue el último en salir de entre las ramas. Alzó una ceja mirando a Julian.

—¿Qué estabas diciendo sobre desear ser rescatados? —preguntó.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Adaon—. Vendrán otros, tanto guardias como caballeros. —Miró arriba y abajo por la fila de celdas—. ¿Dónde están?

—¿Dónde están quiénes? —preguntó Emma, apartándose de Cristina sin ganas.

—Mark y Kieran —contestó Cristina—. ¿Dónde están Mark y Kieran?

—He venido aquí a rescatar a mi hermano, no a vaciar las prisiones de palacio de criminales —dijo Adaon, de quien Emma estaba comenzando a pensar que podía no ser la persona más alegre del mundo.

—Agradecemos mucho tus esfuerzos —repuso Clary.

Había notado que Emma temblaba de frío, así que se sacó la cazadora vaquera y se la pasó a Emma con una suave palmadita en el hombro.

Emma se la puso, demasiado helada, cansada y dolorida para protestar.

—Pero... ¿por qué iban a estar aquí Mark y Kieran? ¿Por qué estás tú aquí, Cristina?

Adaon había comenzado a recorrer la fila de celdas, mirando dentro de cada una. Cristina miró alrededor, inquieta.

—Mark, Kieran y yo oímos que Horace Dearborn os había enviado a una misión suicida —les explicó a Emma y a Julian—. Vinimos a ayudarlos.

—Pero Mark no está contigo, ¿no? —preguntó Julian, que se había puesto alerta al oír el nombre de su hermano—. ¿Os habéis separado aquí, dentro de la torre?

—No. Los raptó en el camino el peor de mis hermanos —contestó Adaon, que había regresado de inspeccionar las celdas—. Cristina acudió a mí en busca de ayuda. Sabía que Oban traería a Mark y a Kieran aquí, pero pensé que estarían en la prisión. —Su boca adoptó un rictus muy torvo—. Oban siempre ha sido muy ansioso. Debe de haberlos llevado directamente ante mi padre.

—¿Te refieres a la sala del Trono? —preguntó Emma, un poco superada por la rapidez con que estaban ocurriendo las cosas.

—Sí —respondió Adaon—. Ante el rey. Serán un gran premio, y Oban estará ansioso por ganarlo.

—Matarán a Kieran —afirmó Cristina con un hilillo de pánico en la voz—. Ya ha escapado una vez de la ejecución. Y también matarán a Mark.

—Pues será mejor que vayamos allí y lo impidamos —repuso Jace. Bajo la suciedad y la barba, estaba comenzando a parecerse más al Jace que Emma siempre había conocido y como el que, tiempo atrás, había querido ser: el mejor guerrero de todos los cazadores de sombras—. Ahora.

Adaon le lanzó una mirada desdeñosa.

—Es demasiado peligroso para vosotros, nefilim.

—Has venido aquí por tu hermano —replicó Julian, con los ojos en llamas—. Nosotros vamos a por el mío. Si quieres detenernos, tendrás que emplear la fuerza.

—Deberíamos ir todos juntos —aportó Clary—. Cuantos más seamos, más fácilmente derrotaremos al rey.

—Pero aquí estáis indefensos, nefilim —insistió Adaon.

—No —contestó Jace.

La luz mágica se le encendió en la mano, lanzando rayos entre sus dedos. Todos permanecieron bañados por su luz blanca. Cristina se quedó mirando con la boca abierta; Adaon mostró sorpresa del modo en que normalmente lo hacían las hadas: moviendo ligeramente uno o dos músculos faciales.

—Muy bien —dijo con frialdad—. Pero no me arriesgaré a que me pillen los guardias vagando por la torre abiertamente, como tontos. Todos vosotros iréis ante mí. Os comportaréis como mis prisioneros.

—¿Quieres que actuemos como prisioneros llevados ante el rey? —preguntó Julian, al que la idea no parecía gustarle mucho.

—Quiero que parezcáis asustados —respondió Adaon, mientras sacaba la espada y les hacía un gesto para que se pusieran ante él—. Porque deberíais estarlo.

* * *

Diana se había esperado que la encerraran en una celda de la prisión del Gard, pero en vez de eso la llevaron a un habitación sorprendentemente lujosa. Una alfombra turca cubría el suelo y el fuego ardía con fuerza en una chimenea de piedra tallada, frente a la cual había sillones de terciopelo; se sentó en uno, agarrotada por la tensión y miró por la ventana enmarcada a los tejados de Idris.

Pensaba en Gwyn, y en Emma y Julian. ¿Y si había enviado a Gwyn hacia algún peligro? ¿Por qué había supuesto que iría a Feéra a buscar a dos cazadores de sombras solo porque ella se lo había pedido?

En cuanto a Emma y Julian, dos palabras le rondaban por la cabeza como tiburones hambrientos: «Misión suicida».

Horace Dearborn entró en la estancia. Llevaba un servicio de té en una bandeja de plata.

«Ahora sí que ya lo he visto todo», pensó Diana mientras él se sentaba y dejaba la bandeja en una mesita entre ambos.

—Diana Wrayburn —comenzó el Inquisidor—. Hace tiempo que quiero tener una conversación en privado contigo.

—Podrías haberme invitado al Gard en cualquier momento. No hacía falta que me hicieras arrestar en el bosque.

Horace suspiró profundamente.

—Siento que haya tenido que ser así, pero estabas reuniéndote con hadas e infringiendo la Paz Fría. Compréndeme, me gusta una mujer con carácter. —Su mirada recorrió a Diana de un modo que la hicieron estremecerse.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Dónde está Jia?

Horace cogió la tetera y comenzó a servir el té. Cada movimiento era medido y tranquilo.

—Por deseo del Consejo, la Cónsul está bajo arresto domiciliario por el momento, hasta que se investigue cuál es su conexión con las hadas.

En realidad, no era ninguna sorpresa, pero aun así le cayó como un puñetazo en el estómago.

—No me lo digas. Su juicio tendrá lugar en cuanto la Espada Mortal sea vuelta a forjar.

Él asintió con entusiasmo.

—Exacto, exacto. —Dejó la tetera en la bandeja—. Una desafortunada situación. En la que tú también podrías encontrarte, a no ser que estés dispuesta a hacer un trato conmigo.

—¿Qué clase de trato?

Él le pasó una taza de té. Mecánicamente, Diana la cogió.

—La próxima reunión del Consejo será difícil, porque la Clave debe entender que las futuras decisiones tendrán que tomarse sin la Cónsul. Una transición de poder siempre es difícil, ¿no crees?

Diana lo miró fijamente.

—Permíteme ser claro —continuó Horace, y aunque su expresión era amigable y tranquila, no había ninguna simpatía en sus ojos—. Ponte de mi parte en la siguiente reunión del Consejo. Tienes influencia sobre la gente. El Instituto de Los Ángeles, el de Nueva York... muchos Institutos te escucharán. Si me apoyas para ser el próximo Cónsul, el sustituto de Penhallow, ellos también lo harán.

—La gente me escucha porque no voy en contra de mis valores —replicó Diana—. Saben que cuando digo algo, eso es lo que creo. Y nunca podré creer que serías un buen Cónsul.

—¿Eso crees? —La falsa amabilidad había desaparecido de su rostro—. ¿Crees que me importan tus valores, Diana Wrayburn? Me apoyarás, porque si no lo haces, revelaré tu secreto a la Clave.

A Diana se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué secreto?

Horace se puso en pie con una expresión furiosa.

—Por mucho que hables de valores, sé que tienes un secreto. Sé que te has negado a ser la directora del Instituto de Los Ángeles durante todos estos años, permitiendo que lo dirigiera un loco. Sé que cargas con una sombra,

Diana Wrayburn, y sé cuál es. Sé que te sometiste a un tratamiento de medicina mundana en Bangkok.

Anonadada y furiosa, Diana permaneció en silencio. ¿Cómo lo habría sabido? Su cabeza se disparó: la Clave consideraba un traidor a cualquier cazador de sombras que permitía a los doctores mundanos mirar su sangre, aprender sus secretos. No importaba que Catarina hubiera camuflado todos los resultados extraños de sus tests. Horace la culparía de todos modos.

—Y déjame que te diga esto —continuó Horace—. Emplearé esa información todo lo posible a no ser que hagas lo que te diga. Se te apartará de esos Blackthorn a los que tanto quieres. Y serás encerrada, quizá, junto con otros traidores.

—¿A no ser qué?

—A no ser que accedas a apoyarme en la siguiente reunión y declares que Jia es incompetente y que yo debería ser el próximo Cónsul. ¿Lo entiendes?

Diana se sintió como si estuviera viéndose a sí misma por el otro lado de un telescopio, una minúscula figura ante un Horace que se alzaba como una torre.

—Lo entiendo.

—¿Y accedes a dar tu apoyo a la Cohorte?

—Sí. —Se puso en pie. Era muy consciente de su ropa sucia y rota. La Cohorte no había sido amable con ella ni con Jia, aunque se habían entregado sin causar problemas.

Horace abrió la boca, quizá para llamar a los guardias para que se la llevaran. Con más rapidez de la que había creído posible, Diana desenfundó la espada del cinturón del Inquisidor y la blandió.

Horace gritó. Se tambaleó hacia atrás, aún gritando, y cayó de rodillas; tenía sangre por toda la túnica. El brazo le colgaba en un ángulo extraño.

Los guardias entraron de golpe en la sala, pero Diana ya había corrido hasta la ventana y la había abierto. Se lanzó al tejado que tenía delante y resbaló casi hasta el borde antes de parar la caída agarrándose a las tejas.

Los guardias miraban por la ventana. Diana se puso en pie y corrió por el tejado, buscando algún saliente que le permitiera colgarse para saltar. Una sombra cruzó la luna, oscureciendo las torres de los demonios. Oyó el sonido de cascos y lo supo.

Mientras los guardias salían por la ventana, ella se lanzó desde el tejado.

—¡Diana! —Gwyn detuvo a *Orion*, se volvió y extendió los brazos para cogerla. Ella aterrizó de medio lado y le echó los brazos al cuello. Unas fuertes manos le rodearon la cintura; miró una vez hacia atrás y vio los

pálidos rostros de los guardias observándola desde el tejado del Gard mientras ellos volaban hacia la noche.

* * *

Dru apagó el televisor a mitad de *Abejas asesinas*, lo que era raro, ya que esa era una de sus películas malas favoritas. Incluso una vez se había comprado un par de pendientes de abeja en Venice Beach para llevarlos mientras miraba las escenas de las muertes por picaduras de aguijón.

Estaba demasiado nerviosa para quedarse quieta. La excitación que había sentido fuera de la Cafetería 101 aún le cosquilleaba en la nuca. Había sido muy divertido estar en el equipo de Kit y Ty, riendo con ellos, participando en sus planes.

Bajó las piernas del sofá y salió al pasillo descalza. Se había pintado las uñas de un pie de color verde ácido, pero no tenía ganas de pintarse el otro. De lo que tenía ganas era de buscar a Livvy y tumbarse con ella en la cama, riendo con revistas mundanas pasadas de moda.

El dolor de recordar a Livvy cambiaba de un momento a otro; a veces era continuo pero apagado; otras veces, intenso y repentino, como si la pincharan con una aguja ardiente. Si Julian o Emma estuvieran allí, podría haber hablado con ellos de eso, o incluso con Mark.

Mientras pasaba ante la gran escalera que daba al vestíbulo, pudo oír voces procedentes del Santuario. La de Helen, amable y tranquila, y la de Aline, penetrante y autoritaria. Se preguntó si habría acudido a alguna de ellas incluso si no estuvieran tan ocupadas. Realmente no podía imaginarse haciéndolo.

Pensó en esa noche, riendo en el asiento trasero del coche con Kit y Ty, y el viento del desierto en el pelo. Arrastraba el olor de las adelfas incluso hasta el centro de Hollywood. La noche le había saciado una insistente necesidad de «hacer algo» que ni siquiera sabía que tenía.

Llegó a las habitaciones de los mellizos. Ty y Livvy siempre habían tenido habitaciones una enfrente de la otra; la puerta de la de Livvy estaba cerrada, y así seguía desde que regresaron de Idris.

Dru le puso una mano encima, como si pudiera sentir los latidos del corazón de su hermana a través de la madera. Una vez, Livvy decidió pintar su puerta de rojo, y la pintura levantada era áspera bajo los dedos de Dru.

En una película de terror, pensó Dru, ese sería el momento en que Livvy saldría de golpe, medio podrida, tratando de arañar a Dru con sus manos

muertas. La idea no le daba ningún miedo. Quizá por eso le gustaban las pelis de terror, pensó; los muertos nunca se quedaban muertos, y los que dejaban atrás siempre estaban demasiado ocupados vagando tontamente por los bosques para tener tiempo de llorar o sentir su pérdida.

Se apartó de la puerta de Livvy y fue a la de Ty. Llamó, pero sonaba música en la habitación y no pudo oír si le contestaban. Abrió la puerta y se quedó paralizada.

La radio estaba encendida, con Chopin a todo trapo, pero Ty no estaba allí. La habitación estaba helada. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par. Dru casi tropezó al cruzar la habitación para cerrar la ventana más grande. Miró hacia abajo y vio los libros de Ty tirados por el suelo, en vez de en las ordenadas filas divididas por tema y color. La silla de su escritorio estaba hecha pedazos, había ropa tirada por todas partes y manchas de sangre seca en las sábanas y las almohadas.

«Ty. Oh, Ty».

Dru cerró la puerta tan deprisa como pudo sin dar un portazo, y corrió por el pasillo como si un monstruo salido de alguna de sus viejas películas la estuviera persiguiendo.

* * *

Se detuvieron en la entrada de la mazmorra. Donde el cadáver del guardia cubría el baúl de madera en el que Emma se había fijado antes. Adaon hizo una mueca y con la punta de la bota empujó el cuerpo del muerto, que cayó sobre el suelo ensangrentado. Luego, para sorpresa de Emma, Adaon se arrodilló y abrió el baúl; los goznes rechinaron y chirriaron.

La sorpresa se le pasó pronto. El baúl estaba lleno de armas: espadas, dagas, arcos. Emma reconoció la espada que le habían arrebatado los jinetes, y la de Julian también. Estiró el cuello para mirar dentro, pero no vio el medallón entre los objetos confiscados.

Adaon cogió varias espadas. Jace tendió la mano para tomar una.

—Ven con papá —canturreó.

—No puedo creer que tengas barba —comentó Emma, cambiando el tema momentáneamente.

Jace se tocó la áspera mejilla.

—Bueno, ha pasado una semana, como mínimo. Espero que me haga más masculino, como un dios bruñido.

—No me gusta nada —soltó Emma.

—A mí me gusta —aportó Clary, leal.

—No te creo —replicó Emma. Tendió la mano a Adaon—. Dame mi espada. Jace la puede usar para afeitarse.

Adaon los miró ceñudo.

—No portaréis espadas. No podéis ir armados si se supone que sois prisioneros. Yo llevaré las armas. —Se las echó al hombro como si fueran palitos para encender el fuego—. Ahora, vamos.

Comenzaron a andar delante de Adaon, por los corredores, que ya les resultaban más conocidos. Julian estaba callado, perdido en sus pensamientos. ¿Qué sentiría?, se preguntó Emma. Amaba a su familia, pero le había dicho que de un modo diferente. ¿Significaba eso que no estaba aterrado por lo que le pudiera pasar a Mark?

Emma se acercó a Cristina.

—¿Cómo has acabado encontrando a Adaon? —le susurró—. ¿Chocaste los talones de tus zapatos de rubí y pediste que te llevaran junto al hijo más guapo del rey noseelie?

Cristina puso los ojos en blanco.

—Vi a Adaon en Londres, con Kieran —le contestó en otro susurro—. Parecía que apreciaba a Kieran. Me la jugué.

—¿Y cómo lo encontraste?

—Ya te lo contaré después. Y no es el príncipe noseelie más guapo. Ese es Kieran —añadió. Y se sonrojó como un tomate.

Emma miró los músculos de Adaon, que se hinchaban espectacularmente bajo la túnica con el peso de las espadas.

—Creía que Kieran estaba en el Escolamántico.

Cristina suspiró.

—Te has perdido mucho. Te lo contaré luego todo, si...

—¿Sobrevivimos? —preguntó Emma—. Sí. Yo también tengo mucho que contarte.

Habían salido de los túneles subterráneos y ya se hallaban en los niveles bajos de la torre. Las hadas seelie y noseelie iban de un lado para otro. Un gorra roja que pasaba le hizo un guiño de complicidad a Adaon.

—Buen trabajo, príncipe —rugió—. ¡Arrea a esos nefilim!

—Gracias —respondió Adaon—. Son muy revoltosos.

Lanzó una fea mirada a Cristina y Emma.

—¿Aún piensas que está bueno? —murmuró Cristina.

—Quizá hasta más —susurró Emma. Sintió el estúpido impulso de soltar una risita, a pesar de la horrible situación. Estaba tan feliz de ver de nuevo a

Cristina...— Superaremos esto y volveremos a casa, y nos lo contaremos todo.

—Ya basta. Vosotras dos, separaos —soltó Adaon, y Emma fue obedientemente al lado de Clary. Habían llegado a una parte de la torre menos transitada y más residencial, con sus filas de puertas muy ornamentadas.

Clary parecía exhausta, y su ropa estaba manchada de sangre y suciedad.

—¿Cómo os atraparon? —murmuró Emma, vigilando la reacción de Adaon.

—Los jinetes de Mannan —contestó Clary en voz baja—. Les han asignado la misión de custodiar a Ash. Intentamos luchar contra ellos, pero son mucho más poderosos aquí que en nuestro mundo. —Miró a Emma de reojo—. He oído que has matado a uno. Es bastante impresionante.

—Creo que fue *Cortana*, no yo.

—No infravalores el poder de la espada adecuada —repuso Clary—. A veces, echo de menos a *Heosphoros*, me falta su peso en la mano.

Heosphoros, como *Cortana*, había sido forjada por el legendario armero Wayland *el Herrero*. Todo escolar sabía que Clary había llevado esa espada a Edom y con ella había matado a Sebastian Morgenstern, y que había sido destruida en el gran incendio resultante.

¿Estaría Clary pensando en Sebastian?

—No creo que Ash tenga que ser como su padre —susurró Emma, sin poder evitarlo—. Solo es un niño. Podría crecer para ser mejor, más bueno.

La sonrisa de Clary era triste.

—Así que también te ha pillado.

—¿Qué?

—«Un líder perfecto, que inspirase absoluta lealtad» —citó Clary—. El rey ya ha realizado hechizos con Ash, creo que empleando su sangre, para convertirlo en el Primer Heredero. Cuando hablaste con él, quisiste seguirlo y protegerlo, ¿verdad?

Emma palideció.

—Sí, pero...

—¡Príncipe Adaon! —llamó una áspera voz. Emma alzó la mirada y vio que se hallaban frente a las filas de gorras rojas que guardaban la sala del Trono. El jefe, el que tenía la gorra roja y el uniforme más ensangrentado, miraba a Adaon con cierta sorpresa—. ¿Qué es esto?

—Prisioneros para el rey —ladró Adaon.

—A esos dos los cogimos ya hace una semana. —El gorra roja señaló a Clary y a Jace.

—Así es, pero he descubierto a estos otros tratando de liberarlos. — Adaon señaló a Cristina, Julian y Emma—. Son espías nefilim. Afirman que tienen información para el rey, que quieren revelar a cambio de sus miserables vidas de gusano.

—¿De gusano? —masculló Julian—. ¿De verdad?

—Espera aquí un momento —dijo el jefe de los gorras rojas. Pasó bajo el arco. Un momento después regresó, con una leve sonrisita de medio lado en el rostro—. Príncipe Adaon, puedes pasar. Tu padre te verá, y me ha pedido que te traslade su expectación por esta reunión familiar.

«Reunión familiar».

El rey podría referirse solo a sí mismo, claro. Pero también podría referirse a Kieran, y a Mark.

Julian también había reaccionado, pero en silencio. La mano se le tensó como si estuviera agarrando el mango de una espada imaginaria, y fijó los ojos en el oscuro arco de entrada.

—Gracias, general Winter —dijo Adaon, y comenzó a hacerlos pasar a todos.

Esta vez no entraban en la sala del Trono siendo invisibles. Esta vez los verían. Emma tenía la garganta seca y el corazón acelerado.

A diferencia de la sala siempre cambiante de la reina seelie, el sanctasanctórum del rey estaba inalterado. El enorme Portal seguía cubriendo una de las paredes. Mostraba un paisaje desértico azotado por el viento, donde los árboles salían de la tierra como manos esqueléticas suplicando en busca de aire. La luz amarillo brillante del desierto daba un tinte antinatural a la sala, como si se hallaran bajo la luminosidad de llamas invisibles.

El rey estaba en el trono, y su único ojo ardía rojo. Ante él se hallaban Mark y Kieran, rodeados de gorras rojas. Mark tenía las manos esposadas; Kieran estaba arrodillado, con las muñecas atadas a una cadena de metal que se hundía en el suelo de piedra. Cuando se volvieron para ver quién entraba, la sorpresa y el alivio inundaron el rostro de Mark, seguidos del horror. Kieran tenía un corte sangrante en la frente.

Sus labios formaron una única palabra: «Cristina».

Ella contuvo el aliento. Emma fue a cogerle la mano a su amiga, pero estaba paralizada.

Fue Julian el que quiso correr hacia delante, la mirada fija en Mark. Adaon lo cogió con la mano libre y tiró de él hacia atrás. Emma recordó lo que Julian había dicho sobre la necesidad atávica de proteger a Ty. Al parecer, le ocurría lo mismo con sus otros hermanos. Seguía resistiéndose

cuando Adaon se volvió y le dijo algo a Jace. La runa de fuerza en el antebrazo de Jace destelló cuando este rodeó a Julian por el pecho con el brazo, inmovilizándolo.

—¡Retenlo aquí! —Winter, el general gorra roja, apuntó con la punta de su pica a Julian. Más gorras rojas habían entrado para situarse entre los prisioneros de Adaon y el rey, una fina línea escarlata.

El cuerpo de Julian era un cable de alta tensión y odio mientras miraba al rey, que estaba sonriendo con su extraña sonrisa medio esquelética.

—Buen trabajo, Adaon —dijo el rey—. He oído que has evitado un intento de fuga de nuestros prisioneros.

Mark dejó caer los hombros. Kieran miró a su padre con intenso desprecio.

—Mira todo lo que quieras, hijo mío —le dijo el rey—. Todos tus amigos son mis prisioneros. No te queda ninguna esperanza. —Miró a Adaon—. Déjame verlos.

Con la punta de la espada, Adaon ordenó a Emma y los demás que se acercaran al trono. Emma notó que se le tensaba el pecho, recordando la última vez que había estado frente al rey noseelie, cómo, de algún modo, este había mirado dentro de su corazón, había visto lo que ella más deseaba y se lo había dado como una dosis de veneno.

—Tú —dijo el rey, mirándola—. Tú luchaste contra mi campeón.

—Y lo ganó —le recordó Cristina, irguiendo los hombros.

El rey no le prestó atención.

—Y mataste a un jinete, mi Fal. Interesante. —Miró a Julian—. Tú irrumpiste en mi corte y te llevaste a mi hijo como rehén. —Finalmente, miró a Jace y a Clary—. Por vuestra culpa sufrimos la Paz Fía.

Adaon carraspeó para aclararse la garganta.

—Entonces ¿por qué siguen vivos, padre? ¿Por qué no los has matado aún?

—No nos ayuda mucho —masculló Jace. Había soltado a Julian y estaba colocado como un corredor esperando el disparo de salida.

—Para tener algo contra la Clave —dijo el rey, acariciando el brazo de su trono. La piedra estaba grabada con un dibujo de rostros gritando—. Para nosotros son enemigos. Para la Clave son héroes. Así es siempre en la guerra.

—Pero ¿queremos acabar con la Paz Fría? —preguntó Adaon—. Si devolvemos los prisioneros a la Clave, podríamos reabrir las negociaciones. Buscar un terreno en común. Verán que no somos monstruos sedientos de sangre, como creen.

El rey permaneció en silencio durante un momento. Su rostro no mostraba ninguna expresión, pero había una mirada de recelo en el rostro de Kieran que a Emma no le gustó nada.

Finalmente, el rey sonrió.

—Adaon, sin duda eres el mejor de mis hijos. En tu corazón ansías la paz, y paz tendremos, cuando los nefilim se den cuenta de que tenemos un arma que puede destruirlos a todos.

—Ash —susurró Emma.

No había pretendido decirlo en voz alta, pero el rey la oyó. Su espantoso rostro se volvió hacia ella.

—Ven aquí —ordenó.

Julian hizo un ruido de protesta, o quizá fuera de otra cosa, Emma no hubiera sabido decirlo. Se mordía el labio con fuerza y la sangre le corría por la barbilla. Sin embargo, no parecía notarlo, y tampoco hizo nada para detenerla cuando ella comenzó a avanzar hacia el rey. Emma se preguntó si siquiera habría notado la sangre.

Se acercó al trono, pasando la línea de gorras rojas. Se sentía totalmente desnuda sin un arma en la mano. No se había sentido tan vulnerable desde que Iarlath la azotó contra el serbal.

El rey alzó una mano.

—Para —dijo, y Emma se detuvo. Corría tanta adrenalina por su cuerpo que se sentía como si estuviera un poco bebida. Lo único que quería era lanzarse contra el rey, cortarlo, golpearlo, patearlo. Pero sabía que si lo intentaba, moriría al instante. Había gorras rojas por todas partes.

—Elegiré a uno de vosotros para que regrese a la Clave con mi mensaje —dijo el rey—. Podrías ser tú.

Emma alzó la barbilla.

—No quiero llevar tus mensajes.

El rey rio.

—Y yo no quería que mataras a uno de mis jinetes, pero lo hiciste. Quizá este sea tu castigo.

—Castígame reteniéndome aquí —replicó Emma—. Deja que se vayan los otros.

—Un noble, aunque estúpido intento —contestó el rey—. Niña, toda la sabiduría de los nefilim cabría en una bellota en la mano de un hada. Sois una gente joven y tonta, y por vuestra tontería, moriréis. —Se inclinó hacia delante; el punto de luz de su ojo derecho creció hasta convertirse en un círculo de llamas—. ¿Cómo has sabido de la existencia de Ash?

—¡No! ¡No! ¡Dejadlo en paz!

Emma se volvió en redondo. El grito de una mujer atravesó todo el salón como el vuelo de una flecha afilada. Emma sintió que se tensaba aún más. Ethna y Eochaid habían entrado en el salón, con Ash entre los dos. Iba sin su corona de oro y parecía taciturno y enfadado.

Corriendo a su altura estaba Annabel, gritando.

—¡Parad! ¡¿No habéis hecho ya suficiente?! ¡Deteneos, os lo ordeno! Ash está a mi cargo...

Annabel vio a Emma y se quedó helada. Sus ojos fueron a Adaon, y saltaron a Julian, que le devolvió la mirada con un odio abrasador. Jace le cogió el hombro de nuevo.

Annabel parecía haberse encogido dentro de la ropa, un vestido gris de lino y una chaqueta de lana. Su mano izquierda era una garra que aferraba el auténtico *Libro Negro*.

—No —gimió—. No, no, no quería hacerlo. No quería hacerlo.

Emma oyó un profundo rugido. Un momento después se dio cuenta de que había sido Mark, con las cadenas repicando contra el suelo. Annabel ahogó un grito al reconocerlo. Retrocedió mientras uno de los gorras rojas corría hacia Mark con la pica en ristre.

Este se echó atrás, pero no estaba retrocediendo, comprendió Emma, sino solo aflojando las cadenas que le sujetaban las muñecas. Mark se volvió y lanzó las cadenas al cuello del gorra roja; la pica se estrelló contra el suelo mientras el muchacho cogía el resto de la cadena y la apretaba con fuerza.

Lanzó al guardia hacia atrás, contra sus compañeros gorras rojas. Todos se tambalearon. Mark se quedó de pie, jadeando, los ojos feroces y duros como piedras. Winter les lanzó a él y a Kieran una mirada de evaluación.

—¿Debo matarlo para ti, amo? —preguntó Winter.

El rey negó con la cabeza, claramente enfadado.

—Ya haré que lo azoten hasta dejarlo en los huesos. Gorras rojas, estad más alerta con los prisioneros. —Esbozó una sonrisa sarcástica—. Muerden.

Annabel seguía gimiendo. Lanzó una mirada aterrorizada a Emma, Julian y Mark, lo que resultaba ridículo, pensó Emma, ya que era evidente que todos se hallaban prisioneros. Luego miró a Ash con anhelo.

«Absoluta lealtad», pensó Emma. No era raro que Annabel se hubiera encariñado tanto y tan rápido con Ash.

El rey chasqueó los dedos en dirección a Emma.

—Vuelve con Adaon, niña.

Emma se irritó, pero no dijo nada. Cruzó el salón hacia Adaon y los otros, negándose a darle al rey la satisfacción de apresurarse.

Emma llegó junto al resto del grupo justo cuando Annabel lanzó otro agudo gemido. Emma se colocó al lado de Julian y lo cogió del brazo. Los músculos del chico saltaron bajo su contacto. Emma le pasó la mano por el antebrazo y Jace se apartó de ellos, dándoles espacio.

Bajo los dedos, Emma notaba la tira de tela ensangrentada que Julian llevaba en la muñeca.

«Recuerda lo que querría Livvy —pensó—. No hagas que te mate».

El rey miró a Eochaid.

—Dale tu espada a Ash, jinete.

Eochaid se echó atrás, claramente sorprendido. Se volvió hacia Ethna, que asintió con la cabeza, con la melena cobriza cayéndole por los hombros. Su mensaje era claro: «Obedece».

Todos observaron cómo Eochaid entregaba su brillante espada de bronce y oro. Era demasiado grande para Ash, que la cogió por la empuñadura como alguien acostumbrado a manejar espadas, pero no tan grandes y pesadas. Miró al rey con ojos sorprendidos.

—Córtale el cuello a Kieran, Ash Morgenstern —dijo el rey.

«Ni siquiera finge —pensó Emma—. No le importa si sabemos quién es Ash o no».

—¡No! —gritó Mark. Se lanzó hacia Ash y Kieran, pero los gorras rojas lo detuvieron. Eran increíblemente rápidos, y estaban enfadados: había herido a uno de los suyos.

Clary ahogó un grito. Emma oyó a Cristina murmurando frenéticamente a su lado, aunque no captó qué decía. Kieran se quedó donde estaba, mirando al vacío, como si el rey no hubiera hablado.

—¿Por qué? —preguntó Ash. Le temblaba la voz. Emma se preguntó si sería compasión real o fingida.

—Debes derramar sangre real —contestó el rey—, y la de Kieran es la que menos nos importa.

—¡Eres un cabrón! —gritó Mark, debatiéndose contra las esposas y los gorras rojas que lo sujetaban.

—Esto es demasiado —exclamó Annabel—. Solo es un niño.

—Que es por lo que se debe hacer ahora —repuso el rey—. Los Artificios Oscuros matarían a un chico mayor. —Se inclinó para mirar a Ash al rostro, una parodia de un adulto preocupado—. Kieran morirá de todas formas, ya

sea tu mano la que blanda la hoja o no. Y si no lo haces tú, morirá lentamente, aullando de dolor.

La mirada de Kieran recorrió lentamente la sala, pero no se detuvo en Ash. Miró a Cristina, que lo observaba impotente, y luego a Mark, debatiéndose contra los gorras rojas.

Sonrió.

Ash dio un paso adelante. La espada le colgaba sin fuerza en la mano y se mordía el labio. Por fin, Kieran lo miró.

—Haz lo que debas, niño —le dijo en voz baja y tranquila—. Sé lo que es que el rey de la corte noseelie no te ofrezca ninguna buena alternativa.

—¡Niñato ingrato! —ladró el rey, mirando con desdén a Kieran—. ¡Ash... ya!

Emma miró como loca hacia Julian y los otros. Adaon no podía ayudarlos: había demasiados gorras rojas, y era imposible luchar contra los jinetes...

Más gorras rojas entraron en el salón. A Emma le costó un momento darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Huían aterrorizados de la tormenta que los seguía: una esbelta silueta reluciente en oro y escarlata, con el cabello rojo agitándose como sangre derramada.

La reina seelie.

Una expresión de sorpresa pasó por el rostro del rey noseelie, seguida rápidamente de la rabia. Ash dejó caer la espada que sujetaba, que resonó contra el suelo, y se apartó de Kieran mientras la reina se acercaba.

Emma nunca había visto así a la reina seelie. Los ojos le brillaban, ardiendo con una emoción muy poco de hada. Era como un maremoto, corriendo hacia su hijo.

—¡No! —El chillido de Annabel fue casi inhumano. Se metió el *Libro Negro* en la chaqueta y corrió hacia Ash con los brazos abiertos.

La reina seelie se volvió con un fluido movimiento y extendió la mano; Annabel voló por los aires y se estrelló contra el muro de roca de la cámara. Resbaló hasta el suelo, tratando de tomar aire.

Pero eso había dado tiempo a los jinetes para rodear a Ash. La reina fue hacia ellos, con el rostro radiante de poder y furia.

—No puedes tocarlo —dijo Ethna, su voz vibrando con un tono metálico—. Pertenece al rey.

—Es mi hijo —replicó la reina con desprecio. Su mirada pasó de un jinete a otro—. Sois de la magia más antigua, la magia de los elementos. Os merecéis algo mejor que lamerle las botas al rey noseelie como perros.

Apartó su mirada de Ash y fue hacia el rey, con la luz reflejándosele en el pelo como pequeñas llamas.

—Tú —le espetó—. Embaucador. Tus palabras de alianza eran como hojas secas volando en el aire vacío.

El rey dejó la copia del *Libro Negro* sobre el brazo del trono y se puso en pie. Emma sintió que un rayo de asombro le recorría la espalda. El rey y la reina de Feéra, uno frente al otro. Era como la escena de una leyenda.

Los dedos le cosquilleaban casi insoportablemente, deseando una espada.

—Hago lo que debo hacer —respondió el rey—. ¡Nadie más tiene la fuerza para hacerlo! Los nefilim son nuestro mayor enemigo. Siempre lo han sido. Sin embargo, tú firmas tratados con ellos, buscas la paz con ellos, vives junto a ellos. —La miró con desprecio—. Les das tu cuerpo.

Emma se quedó boquiabierta. «Qué grosero», le dijo a Cristina solo moviendo los labios.

La reina irguió los hombros. Seguía siendo delgada y pálida, pero el poder de su realeza parecía irradiar a través de ella como la luz a través de una lámpara.

—Tuviste tu oportunidad con nuestra hija, y como no creías que una mujer podía ser lo suficientemente fuerte, la desperdiciaste. ¡No te daré otro de mis hijos para tu insensata masacre!

«El Primer Heredero —pensó Emma—. Así que es cierto».

Un murmullo de asombro recorrió el salón; no de los prisioneros humanos, sino de los jinetes y los gorras rojas. Medio rostro del rey se tiñó del rojo intenso de la furia. Estiró el brazo, cubierto hasta el hombro con un guantelete de oro, hacia el Portal de la pared.

—Contempla este Portal, gloriosa reina —dijo con los dientes apretados, y la imagen del Portal comenzó a cambiar. Donde antes el paisaje del desierto había estado vacío, ahora se podían ver siluetas que corrían entre los remolinos de arena del color del veneno. El azul del cielo se había tornado en óxido quemado y oro.

Emma oyó a Clary hacer un extraño ruido gutural.

—He abierto un agujero a otro mundo —continuó el rey—. Un mundo cuya misma sustancia es veneno para los nefilim. Nuestras tierras ya están protegidas, y el veneno comienza a extenderse por Idris.

—No son las líneas ley —susurró Cristina—. Es la peste.

Siguieron mirando el Portal. La escena había cambiado de nuevo. Mostraba el mismo desierto después de una batalla. La sangre manchaba la arena de rojo. Había cadáveres por todas partes, retorcidos y ennegrecidos por

el sol. Captaron gritos y gemidos apenas audibles, tenues como el recuerdo de algo horrible.

Jace se volvió hacia el rey.

—¿Qué es esto? ¿Cuál es este mundo? ¿Qué has hecho?

La mano de Clary se cerró sobre la muñeca de Emma, apretando con fuerza. Su voz fue un leve susurro.

—Soy yo.

Emma miró el Portal. La arena volaba impulsada por fuertes ráfagas de viento, y desenterraba un cadáver con el negro traje de combate de los cazadores de sombras. Unos mechones de cabello rojo se trenzaban con la arena, mezclándose con la sangre.

—Ese es mi sueño —susurró Clary. Su voz estaba cargada de lágrimas. Emma se quedó inmóvil, contemplando el cadáver de Clary—. Eso es lo que vi.

La arena voló de nuevo, y el cadáver de Clary desapareció de la vista, justo en el momento en que Jace se daba la vuelta.

—¿Qué mundo es ese? —preguntó.

—Ruega para que jamás lo descubras —respondió el rey—. La tierra de Thule está muerta, y enviará una lluvia de muerte a tu mundo. En las manos de Ash estará la mayor arma jamás conocida.

—¿Y cuál será el coste para Ash? —preguntó la reina—. ¿Qué tendrá que pagar él? Ya lo has cubierto de hechizos. Ya lo has sangrado. ¡Llevas su sangre colgada al cuello! ¡Niégalo, si puedes!

Emma miró el vial que colgaba del cuello del rey: había supuesto que sería un veneno escarlata. No era así. Recordó la cicatriz en el cuello de Ash y se sintió asqueada.

El rey soltó una risita.

—No tengo ningún deseo de negarlo. Su sangre es única: sangre nefilim y sangre demoníaca mezclada con la sangre de las hadas. Me otorga fuerza, aunque solo una fracción del poder que Ash tendría si me permitieras quedarme con el *Libro Negro*.

La reina hizo una mueca.

—Estás ligado por juramento a devolvérmelo, rey...

Este se tensó. Emma no entendía tanto de hadas como Cristina, pero sabía que si el rey había jurado devolver el libro a la reina al amanecer, no tendría más remedio que hacerlo.

—Nos concederá a los dos un poder indescriptible. Solo déjame que te muestre...

—¡No! —Un remolino de tela gris y pelo negro cruzó la sala y agarró a Ash, levantándolo del suelo.

Este gritó cuando Annabel lo cogió. Voló con él hacia el otro lado de la sala, agarrándolo de la muñeca con fuerza. Los jinetes corrieron tras ella, los gorras rojas bloquearon la puerta. Girando como un conejo atrapado, mostró los dientes.

—¡Diré tu nombre! —le chilló al rey, y este se quedó inmóvil—. ¡Delante de toda esta gente! ¡Incluso si me matas, todos lo habrán oído! ¡Ahora díles que se detengan! ¡Deben detenerse!

El rey hizo un sonido gutural y ahogado. Mientras la reina lo miraba incrédula, apretó los puños con tanta fuerza que los guanteletes se doblaron y se hicieron pedazos. El metal se le clavó en la piel y la sangre comenzó a manar por los ásperos bordes.

—¿Sabe tu nombre? —preguntó la reina, en voz cada vez más alta—. ¿Esta nefilim sabe tu nombre?

—Deteneos, jinetes —ordenó el rey. Sonaba como si lo estuvieran estrangulando—. ¡Deteneos todos!

Los jinetes y los gorras rojas se quedaron inmóviles. Al darse cuenta de lo que estaba pasando, la reina lanzó un grito y corrió hacia Annabel con las manos en alto. Pero era demasiado tarde. Annabel envolvió a Ash entre sus brazos y se lanzó por el Portal.

Se oyó como si se rasgara una gruesa tela. El Portal se estiró, abriéndose, y se cerró tras Annabel y Ash. La reina se deslizó para frenarse, y tuvo que retorcer el cuerpo para no chocar contra el Portal.

Julian inspiró con fuerza. La imagen en el Portal había cambiado: ahora podían ver a Annabel y a Ash en medio del venenoso yermo, con la arena arremolinándose alrededor. La reina gritó y extendió los brazos como si pudiera tocar a Ash, como si pudiera rodearlo con los brazos.

Por un momento, a Emma casi le dio pena.

La arena se arremolinó de nuevo, y Ash y Annabel desaparecieron de la vista. El rey se dejó caer en el trono, con el rostro entre las manos.

La reina dio la espalda al Portal y avanzó a grandes pasos hacia el trono. El dolor y la furia se le marcaban en el rostro.

—Has llevado a mi segundo hijo a la muerte, Señor de las Sombras —dijo—. No habrá ninguno más.

—¡Ya basta de tus tonterías! —replicó el rey—. ¡Yo soy el que se sacrificó por nuestro hijo! —Indicó su rostro destrozado, el brillo del blanco

hueso donde debería haber carne—. ¡Tus hijos eran y siempre han sido solo un adorno para tu vanidad!

La reina gritó algo en un idioma que Emma no entendía y se lanzó sobre el rey, sacando una daga enjoyada del corsé.

—¡Guardias! —gritó este—. ¡Matadla!

Pero los gorras rojas se habían quedado inmóviles, mirando atónitos a la reina mientras ella bajaba la daga. El rey alzó un brazo para defenderse. Y gritó de dolor cuando el cuchillo se le hundió en el hombro, y la sangre salpicó el suelo bajo el trono.

Eso pareció despertar a los gorras rojas. Corrieron para agarrar a la reina, que se volvió hacia ellos, furiosa. Hasta los jinetes estaban mirando.

—Ahora —dijo Adaon.

Se movió con la rapidez de un rayo, lanzando las espadas que sostenía a las ansias manos de los cazadores de sombras. Emma cogió una al vuelo y corrió hacia Mark y Kieran, con Julian y Cristina, uno a cada lado.

Sus nervios se incendiaron cuando los gorras rojas, dándose cuenta de lo que estaba pasando, corrieron hacia los nefilim. Emma había odiado cada segundo que había tenido que permanecer inmóvil, y en cuanto un gorra roja fue a por ella, saltó a la roca más cercana, se impulsó en ella y empleó la fuerza del empuje para córtale la cabeza a otro mientras tocaba el suelo. La sangre salió a chorro, rojo oscuro.

La media cara del rey se inyectó en sangre al ver lo que su hijo estaba haciendo.

—¡Adaon! —gritó con todas sus fuerzas, como si fuera un rugido, pero Adaon ya corría hacia Mark y Kieran, apartando a los gorras rojas con brutales golpes de su espadón.

«Así es —pensó Emma con un salvaje placer—, todos tus hijos te odian, rey».

Se volvió para enfrentarse a otro gorra roja, y su espada chocó contra la pica de hierro de su oponente. Jace y Clary luchaban contra otros gorras rojas. Julian y Cristina estaban detrás de Adaon, avanzando hacia Kieran y Mark, que estaban rodeados de guardias.

—¡Jinetes! —gritó el rey, con chispas de saliva saltándole de la boca a causa de la furia—. ¡Detenedlo! ¡Detened a Adaon!

Eochaid reaccionó y saltó por encima de las cabezas de un grupo de gorras rojas para aterrizar ante Adaon. El espadón del príncipe se movió con increíble celeridad para detener la hoja de Eochaid. Adaon gritó a Cristina y a

Julian que soltaran a Mark y a Kieran, y siguió luchando contra Eochaid justo cuando Ethna llegaba hasta ellos con la espada desenvainada.

Emma se agachó y le cortó al gorra roja las piernas; agradeció en silencio el brazalete de Isabelle, que daba fuerza a sus golpes aunque su cuerpo se debilitara. El guardia cayó en un charco de sangre mientras Jace corría al lado de Adaon. Su espada se estrelló contra la de Ethna con un sonoro clang.

Y Emma recordó por qué, de pequeña, siempre había querido ser Jace Herondale. Su espada volaba a su alrededor como el sol bailando en el agua, y durante unos momentos hizo retroceder a Ethna, mientras Adaon presionaba a Eochaid, alejándolo del trono y de Kieran y Mark.

Clary saltó por encima de una roca y aterrizó junto a Emma; jadeaba y su espada estaba empapada en sangre.

—Tenemos que contener a los gorras rojas —dijo—. ¡Ven conmigo!

Emma fue tras ella, dando tajos a los guardias al pasar. Un grupo de gorras rojas, que incluía al general Winter, habían rodeado a Cristina y a Julian, impidiéndoles llegar hasta Mark y Kieran.

Emma saltó a la áspera pared de la sala del Trono. Escaló con una mano, mirando hacia el caos de abajo. La reina y el rey batallaban ante el trono. Adaon y Jace mantenían su posición contra los jinetes, aunque Adaon tenía un largo corte en un hombro y sangraba bastante. Y Clary giraba, rápida y certera, ensartando a los gorras rojas y luego se ponía fuera de su alcance con asombrosa velocidad.

Emma saltó de la pared, con el aire silbando alrededor mientras se daba la vuelta y caía, pies por delante, sobre Winter, al que hizo caer. Los otros gorras rojas corrieron hacia ella, que blandió la espada en un arco, cortándoles las puntas de las picas. Saltó alejándose de Winter y avanzó sobre los otros guardias, con la espada cortando el aire.

—Yo maté a Fal, el jinete —dijo con su voz más amenazadora—. Os mataré a vosotros también.

Palidieron ostensiblemente. Varios se retiraron, mientras a su espalda Julian y Cristina corrían hacia Mark y Kieran. Julian puso a Mark en pie y cortó con la espada la cadena que le esposaba las muñecas. Las pudo separar, pero en cada muñeca quedó el brazalete de hierro.

Emma oyó que Cristina la llamaba.

El hielo se convirtió en fuego. Corrió hacia su voz, saltando sobre las rocas, y vio a Cristina con una espada rota en la mano. Kieran seguía arrodillado, y los trozos de la espada salpicaban el suelo alrededor de la cadena que le ataba las muñecas al suelo.

—Emma, por favor... —dijo Cristina, pero Emma ya estaba dando el golpe. No era *Cortana*, pero la hoja resistió; la cadena se rompió y Kieran se puso en pie de un salto. Cristina lo cogió por el brazo.

—Debemos irnos —dijo con ojos frenéticos—. Puedo usar el artefacto para devolvernos...

—Llama a todos para que te ayuden —la cortó Emma. Le puso la espada en la mano—. Tengo que recuperar la copia del *Libro Negro*.

Cristina intentó devolverle la espada.

—¿Qué? ¿Dónde?

Pero Emma ya se alejaba corriendo, impulsándose en el suelo irregular para saltar hasta los escalones del trono. Oyó bramar al rey; oyó a Julian llamándola. Había llegado al último de los escalones. El trono, de oscuro granito, estaba ante ella, con las páginas del *Libro Negro* reposando sobre el gran brazo de piedra.

Emma cogió el libro y se dio la vuelta justo a tiempo de oír a Adaon gritar, un grito gutural de dolor. Eochaid lo había acorralado contra el costado de una enorme roca. La túnica de Adaon estaba empapada de sangre por delante, y la espada de Eochaid le besaba el cuello.

—¿Debo matarlo, rey? —preguntó Eochaid con voz presuntuosa. La mayoría de los combatientes se habían quedado inmóviles. Cristina se tapaba la boca con la mano; después de todo, era ella la que había llevado allí a Adaon. Incluso los gorras rojas se habían quedado mirando—. ¿Al traidor de tu hijo? ¿Debo terminar con su vida?

La reina comenzó a reír. Los gorras rojas la tenían inmovilizada, agarrada por los brazos, pero ella seguía esbozando su extraña sonrisa de gato.

—Oh, mi señor —dijo—. ¿Hay aunque sea uno solo de tus hijos que no odie tu nombre?

El rey mostró los dientes apretados.

—Córtale el cuello —ordenó a Eochaid.

Adaon tensó los músculos. El cerebro de Emma trabajaba frenéticamente. Vio a Kieran avanzar, pero era imposible que pudiera llegar a Adaon a tiempo; Eochaid alzó la espada como un verdugo mientras con el otro brazo inmovilizaba a Adaon...

Se oyó un terrible grito de agonía. Adaon, pensó Emma, bajando los escalones a toda prisa. Pero no, Eochaid se estaba apartando de su cautivo, con la espada aún alzada, y una mueca de sorpresa en la cara.

El rey estaba cayendo de rodillas, y la sangre se derramaba a chorro por el frente de su elegante jubón. La mano de Kieran aún estaba alzada en el aire.

Algo sobresalía del cuello del rey; un trozo de lo que casi parecía cristal...

El dardo élfico. Emma se dio cuenta, sorprendida, de que Kieran había lanzado su colgante contra el rey con una fuerza increíble.

Eochaid y Ethna corrieron hacia el rey, con las relucientes espadas en la mano y una expresión de consternación en el rostro. También Adaon corrió hacia su padre. Pero Kieran no se movió. Se apoyaba pesadamente en el hombro de Cristina, con el rostro inexpresivo.

Arrodillado, el rey se palpaba el cuello. Parecía estar debilitándose; la mano arañó el dardo y luego le cayó al costado, colgándole inútil.

Adaon lo miró desde arriba.

—Padre —dijo en voz baja—. Perdóname.

El rostro de Ethna se retorció hasta parecer una máscara. Jace y Clary, ambos ensangrentados y sucios, miraban asombrados. De un modo distante, Emma supo que estaba presenciando algo remarcable. La muerte de un rey que había reinado durante mil años.

Ethna se volvió para mirar a Kieran.

—¡Regicida! —gritó—. ¡Parricida!

—¡Estaba tratando de salvar a Adaon! —gritó Mark en respuesta—. ¿Estás ciega, jinete?

—Porque quiere ser rey —replicó Eochaid, sarcástico—. ¡Porque quiere el trono!

La reina comenzó a reír. Se libró de los gorras rojas que la habían sujetado como si solo la aprisionaran con delicadas telas de araña; varios de ellos cayeron al suelo, con las palmas quemadas y ennegrecidas y los dedos rebanados.

—Ya están peleando por tu trono como perros por un hueso —le dijo al rey, mientras a este la sangre le manaba de las comisuras de la boca y se le ponían los ojos en blanco.

Cogió a Adaon del brazo. Este lanzó un grito de sorpresa y dolor; el cabello de la reina se agitó alrededor de ambos mientras ella le sonreía al rey con desprecio.

—Te llevaste a mi hijo —le espetó—. Ahora yo me llevo al tuyo.

Desapareció. Y Adaon desapareció con ella. El rey lanzó un grito y cayó al suelo, arañando la tierra con sus manos enguantadas. La corona se le cayó de la cabeza y golpeó el suelo de piedra mientras formaba palabras ahogadas e ininteligibles. Quizá estaba tratando de pronunciar el nombre de la reina, quizá el de Adaon. Tal vez el de Kieran. Emma nunca lo sabría. El rey se tensó y se desplomó, y tanto Eochaid como Ethna aullaron de dolor.

El rey se había quedado inmóvil, pero la sangre continuaba manándole, cayendo al suelo en espesos hilillos. Los gorras rojas se apartaban de su cuerpo con el horror marcado en la cara.

Winter bajó la pica con la que había estado apuntando a Emma.

—¡El rey ha muerto! ¡El rey Arawn ha muerto! —gritó, y Emma se dio cuenta de que debía de ser cierto: no pasaba nada por decir el auténtico nombre del rey una vez había muerto.

Los gorras rojas salieron corriendo de la sala del Trono como un río escarlata; solo Winter se mantuvo en el sitio. Cristina llamaba a gritos a los otros cazadores de sombras; sujetaba a Mark con una mano mientras este agarraba a un Kieran anonadado. Jace y Clary estaban subiendo a una pila de rocas para llegar junto a ellos. Julian solo estaba a unos metros. Emma comenzó a correr cuando el cuerpo de rey estalló en llamas.

Emma echó una mirada hacia atrás. El rey estaba ardiendo, igual que el suelo allí donde su sangre lo había salpicado; pequeños y grandes fuegos, ardiendo feroces y abrasadores, consumiendo el suelo de piedra como si fuera leña seca. El cadáver del rey ya se había desvanecido tras la cortina de llamas.

Una silueta emergió del humo, cortándole el paso a Emma.

Era Ethna. Relucía de la cabeza a los pies, como un arma integral; su armadura de bronce estaba impoluta, sus ojos metálicos brillaban con ansia de sangre.

—Mi juramento al rey ha muerto con él —dijo, mostrándole los dientes—. ¡Tu vida está acabada, asesina!

Se lanzó hacia Emma. Esta no tenía espada; le tiró la copia del *Libro Negro* y la espada de Ethna se clavó en él. Ethna lo tiró con una mueca de asco. Los restos del libro acabaron sobre el ardiente suelo, y sus páginas estallaron en llamas.

Emma oyó a Clary llamándola, a ella y a los otros, para que acudieran rápido. Pensó que no debían de poder verla, y se le cayó el alma a los pies; no sabrían que necesitaba ayuda, no sabrían...

La espada de Ethna voló por el aire, su bronce cortando el humo. Emma se tiró de lado y rodó por el suelo para esquivar los tajos que siguieron. La espada de Ethna fallaba por muy poco en sus embestidas y cada vez abría una hendidura en el suelo de piedra.

A Emma le costaba respirar. Se puso de rodillas como pudo, y Ethna le plantó una bota en el hombro; la empujó y Emma cayó hacia atrás, golpeando el suelo con fuerza.

—Muere sobre la espalda, perra —dijo Ethna, alzando la espada.

Emma levantó las manos, como si pudieran defenderla de la hoja. Ethna rio y bajó con fuerza la espada...

Y cayó hacia un lado. Emma se puso en pie rápidamente, tosiendo por el humo y la incredulidad.

Julian.

Este se había lanzado sobre Ethna y estaba arrodillado encima de su espalda, apuñalándola una y otra vez con algo que agarraba en el puño. Emma vio, sorprendida, que era la figurita de hierro que Simon le había dado. Ethna gritaba, tratando de alejarse del hierro. Emma se volvió hacia el otro lado: la sala estaba ardiendo, las rocas brillaban como ascuas. Un ardiente dolor le atravesó el costado; un carbón encendido le había caído sobre la chaqueta. Se lo sacudió furiosa y lo pisoteó, apagándolo.

«Lo lamento, Clary».

Creyó ver las tenues siluetas de los otros a través del humo. La superficie del Portal parecía ondear como el cristal al fundirse.

—¡Julian! —gritó, y extendió la mano—. ¡Déjala! ¡Tenemos que llegar hasta los otros!

Él alzó la mirada, con ojos enloquecidos de furia, y Ethna se escabulló de él con un gañido de rabia y dolor. Julian se levantó y corrió hacia Emma. Juntos, volaron hacia el sonido de la voz de Cristina, cada vez más intenso y desesperado, llamándolos por sus nombres. A Emma le pareció oír también a Mark y a los otros...

Una cortina de fuego se alzó desde el suelo, haciéndolos retroceder. Se volvieron, buscando una salida, y Emma ahogó un grito. Ethna y Eochaid avanzaban rápidamente hacia ellos. Ethna, ensangrentada y con ojos rabiosos; Eochaid, reluciente y letal.

Los jinetes estaban en la plenitud de su poder. Emma y Julian estaban hambrientos, agotados y debilitados. A Emma se le cayó el alma a los pies.

—¡Cristina! —gritó—. ¡Idos! ¡Idos! ¡Salid de aquí!

Julian la agarró por la muñeca.

—Solo hay una manera.

Sus ojos fueron hacia la pared. Emma se tensó y luego asintió, y ambos salieron corriendo justo cuando los jinetes comenzaban a alzar las espadas.

Emma los oyó gritar confundidos y decepcionados en su sed de sangre. No le importó; el Portal se alzaba frente a ella como una ventana oscura de un edificio muy alto, todo sombras y brillos.

Llegó hasta allí y saltó, con la mano de Julian en la suya, y juntos cruzaron el Portal.

Diego no estaba seguro de cuánto tiempo había estado en esa celda de piedra. No había ventanas, ninguna sensación del paso del tiempo. Sabía que Rayan y Divya estaban en la misma prisión, pero las gruesas paredes de piedra les impedían poder oírse aunque gritaran.

Fue casi un alivio cuando oyó pisadas en el pasillo, y en vez del habitual guardia que iba dos veces al día con una bandeja de comida insípida, apareció Zara, resplandeciente en su uniforme de centurión. Había esperado verla con una sonrisita de suficiencia, pero estaba curiosamente inexpresiva. *Cortana* le colgaba al costado, y mientras lo miraba a través de los barrotes, acarició la empuñadura distraídamente, como si estuviera acariciándole la cabeza a un perro.

—Mi querido prometido —se burló ella—. ¿Cómo encuentras tus aposentos? ¿No demasiado fríos e incómodos?

Él no contestó. Le habían sacado inmediatamente después de la reunión la runa de mutismo que la Cohorte le había dibujado, pero eso no quería decir que tuviera algo de lo que hablar con Zara.

—Y pensar —continuó ella— que si hubieras jugado tus cartas de un modo un poco diferente podrías haber estado viviendo en la torre del Gard conmigo.

—¿Y eso no hubiera sido frío e incómodo? —soltó Diego—. ¿Vivir con alguien a quien odio?

Zara hizo una leve mueca. Diego se sorprendió. Sin duda debía de saber que se odiaban mutuamente.

—No tienes ningún derecho o razón para odiarme —replicó ella—. Yo soy la que ha sido traicionada. Tú eras un partido conveniente. Ahora eres un traidor. Sería una vergüenza casarme contigo.

Diego dejó caer la cabeza hacia atrás contra la pared.

—Bien —dijo cansado—. Me lo has arrebatado todo, pero al menos ya no tengo que fingir que te amo.

—Sé que nunca habías tenido la intención de llegar hasta el matrimonio. Solo estabas tratando de ganar tiempo para tu hermano el vigilante. Aun así... te propongo un trato. Dices que Jaime aún tiene el artefacto de las hadas. Lo queremos. Debería estar en manos del gobierno. —Hizo una fea mueca con los labios—. Si nos dices dónde encontrarlo, te perdonaré.

—No tengo ni la más remota idea —respondió Diego—. E ir por ahí con esa espada no te va a convertir en Emma Carstairs.

Zara le lanzó una mirada asesina.

—No deberías haber dicho eso. O eso de que ya te lo he quitado todo. Aún te queda mucho que perder. —Volvió la cabeza—. ¿Milo? Trae aquí al segundo prisionero.

Hubo movimiento en el pasillo en sombras y se abrió la puerta de la celda. Diego avanzó cuando empujaron a una oscura figura dentro de la celda con él.

Milo cerró la puerta de golpe y giró la llave mientras el recién llegado gruñía y se sentaba. A Diego, el corazón le dio un vuelco. Incluso amoratado y manchado de sangre, con el labio roto y un quemazo en la mejilla, podría reconocer a su hermano pequeño en cualquier parte.

—¡Jaime! —susurró.

—Parece que no sabe más que tú del artefacto —dijo Zara—. Pero claro, sin la Espada Mortal, no podemos hacerle decir la verdad. Así que hemos tenido que emplear un método más antiguo de tratar con los mentirosos y los traidores. —Recorrió la empuñadura de *Cortana* con dedos amorosos—. Estoy segura de que sabes a lo que me refiero.

—Jaime —repitió Diego. El techo era demasiado bajo para estar de pie, así que fue a cuatro patas por el suelo hasta su hermano y lo acercó a él.

Jaime, casi inconsciente, dejó caer la cabeza sobre su hombro, con los ojos medio cerrados. Tenía la ropa desgarrada y empapada de sangre. Diego sintió que se le helaba el corazón: ¿qué heridas tendría debajo?

—Hola, hermano —susurró Jaime.

—Durante su discusión con el Inquisidor sobre la localización del artefacto, tu querido hermano se sobreexcitó. Tuvo que ser reducido. —Ahora Zara sí que sonrió—. Digamos que, accidentalmente, los guardias lo hirieron. Sería una pena que sus heridas se infectaran o llegara a morir por falta de una asistencia médica adecuada.

—Dame una estela —dijo Diego, apretando los dientes. Nunca había odiado a nadie más de lo que odiaba a Zara en ese momento—. Necesita un *iratze*.

—Dame el artefacto —respondió Zara—. Y entonces podrá tener uno.

Diego no dijo nada. No tenía ni idea de dónde se hallaba la Eternidad, la reliquia por la que Jaime había sufrido tanto para protegerla. Estrechó a su hermano contra sí, apretando los labios. No le rogaría piedad a Zara.

—¿No? —Se pavoneó esta—. Como quieras. Quizá cuando tu hermano esté delirando de fiebre lo verás de otra manera. Hazme llamar, querido Diego, si cambias de opinión.

Manuel entró en la sala del Trono con una sonrisita cínica y Oban siguiéndole los talones.

No podía evitar la sonrisita. Como a veces le decía a la gente, era una expresión natural de su rostro. Era cierto que también le gustaba el caos, y en ese momento había caos más que suficiente para complacerlo.

La sala del Trono estaba quemada; las paredes de piedra y el suelo estaban manchados de ceniza. Apestaba a sangre y azufre. Había cadáveres de gorras rojas por todo el suelo, uno de ellos cubierto con un caro tapiz. En la pared del fondo, el Portal, ahora menguante, mostraba una playa de noche, bajo una luna roja.

Oban chasqueó la lengua, lo que, Manuel había aprendido, era el equivalente hada a soltar un silbido.

—¿Qué ha pasado aquí? Parece el día siguiente de una de mis más famosas fiestas.

Manuel tocó con la punta del pie el bulto cubierto con el tapiz.

—Y los campos de fuera están llenos de hadas seelie huyendo, ahora que su reina se ha ido —continuó Oban—. Manuel, exijo una explicación. ¿Dónde está mi padre?

Winter, el sombrío jefe de los gorras rojas, fue hacia ellos. Estaba manchado de sangre y ceniza.

—Príncipe —dijo—. Tu padre yace aquí.

Señaló el bulto que Manuel estaba toqueteado con el pie. Este se inclinó y apartó el tapiz. Lo que había debajo no parecía humano, ni hada, ni algo que alguna vez hubiera tenido vida. Era la silueta oscurecida de un hombre dibujada en ceniza que se deshacía, con el rostro mostrando un horrible rictus. Algo le brillaba en el cuello.

Manuel se agachó para cogerlo. Un vial de cristal tallado con un líquido escarlata.

«Interesante». Y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué es eso? —preguntó Oban.

Por un instante, Manuel sintió una chispa de preocupación por que Oban hubiera elegido tomarse interés por algo importante. Por suerte, no era ese el caso; Oban había visto un brillante dardo élfico entre los restos de su padre. Se inclinó para cogerlo y lo dejó colgar de los dedos.

—¿Kieran? —exclamó incrédulo—. ¿Kieran ha matado a nuestro padre?

—¿Acaso importa? —replicó Manuel en voz baja—. El viejo está muerto. Eso es una buena noticia.

Y lo era, sin duda. El anterior rey había sido un aliado incómodo, si se lo podía llamar aliado. Aunque la Cohorte lo había ayudado a extender la peste en Idris, y eso lo había complacido, nunca confió en ellos ni se mostró interesado por sus grandes planes. Tampoco los había avisado de su intención de hacerse con el *Libro Negro*, un hecho que había irritado mucho a Horace.

Oban sería diferente. Él confiaría en los que lo pusieran en el poder.

Era un estúpido.

—De saberse, podría darle a Kieran el derecho a reclamar el trono —dijo Oban, y su rostro hermoso y blando se ensombreció—. ¿Quién lo ha visto matar al rey? ¿Qué hay de los compañeros nefilim de Kieran?

—Mis gorras rojas lo vieron, pero no hablarán —respondió Winter, mientras Oban iba hacia el trono. La corona del rey se hallaba sobre el asiento, brillando tenuemente—. El príncipe Kieran ha huido con la mayoría de los nefilim hacia el mundo de los humanos.

El rostro de Oban se tensó.

—¿Dónde puede bravuconear de haber matado a nuestro padre?

—No creo que lo haga —contestó el general Winter. Una expresión de alivio cruzó el rostro de Oban. Tenía la tendencia de responder como masilla a cualquiera que tuviera autoridad, pensó Manuel—. Parece amar profundamente a esos nefilim que ha tomado como amigos, y ellos a él. No creo que quiera el trono o nada que los pusiera en peligro.

—Pondremos vigilancia —dijo Oban—. ¿Y dónde está Adaon?

—Adaon fue hecho prisionero por la reina seelie.

—¿Adaon prisionero? —preguntó Oban, y cuando Winter asintió, se echó a reír y se sentó en el trono—. ¿Y qué hay del hijo de la reina, el mimado?

—Se ha ido con la bruja no muerta a través del Portal —contestó Winter—. No parece posible que puedan sobrevivir mucho tiempo.

—Bueno, el reino no puede quedarse sin soberano. Parece que el destino ha dado conmigo. —Oban le pasó la corona a Winter—. Coróname.

Con la muerte del rey, el Portal estaba desapareciendo. Ya solo era del tamaño de un ojo de buey. A través del pequeño círculo, Manuel pudo ver una ciudad muerta, torres en ruinas y carreteras destrozadas. Había algo en el suelo cerca del Portal, entre señales de lucha. Manuel lo recogió; era una chaqueta vaquera ensangrentada.

Frunció el ceño mientras la examinaba. Era una chaqueta pequeña, de chica, con cortes y manchas de sangre; una de las mangas estaba parcialmente

quemada. Metió los dedos en el bolsillo interior y sacó un anillo con un diseño de mariposas.

Fairchild.

Manuel regresó junto a Oban justo cuando Winter, que parecía estar extremadamente incómodo, le colocaba la corona en la cabeza.

Levantó la chaqueta para mostrársela a Winter.

—Has dicho que la mayoría de los nefilim han regresado al mundo humano. ¿Qué le ha pasado a la chica que llevaba esto? La chica y el chico, los prisioneros nefilim.

—Atravesaron el Portal. —Winter hizo un gesto hacia la pared—. Es como si ya estuvieran muertos. Esa tierra es veneno, sobre todo para gente como ellos. —Se apartó de Oban—. Ahora eres rey, señor.

Oban tocó la corona con una mano y rio.

—¡Tráeme vino, Winter! ¡Estoy reseco! ¡Vacía las bodegas! ¡Las doncellas más hermosas y jóvenes de la corte, tráemelas! ¡Hoy es un gran día!

Manuel sonrió mirando la chaqueta ensangrentada.

—Sí. Sin duda, hoy es un día para celebrar.

SEGUNDA PARTE

Thule

Tuve un sueño en el que no todo era sueño. El brillante sol apagado estaba, y las estrellas vagaban oscureciéndose en el espacio eterno, sin rayos ni senderos, y la helada tierra giraba ciega, ennegreciéndose en el aire sin luna; la mañana llegó y se fue, y llegó de nuevo, y no trajo el día y los hombres olvidaron sus pasiones en el temor de estas, sus desolaciones; y todos los corazones se helaron en una plegaria egoísta por la luz.

LORD BYRON,
Oscuridad

En una extraña ciudad

No era un desierto. Era una playa.

La negrura del Portal había sido como nada que Julian hubiera experimentado antes. Ninguna luz, sonido o movimiento, solo la sensación en el estómago de haberse caído por el hueco del ascensor. Cuando, finalmente, el mundo reapareció, fue una silenciosa explosión precipitándose hacia él. Renacido al ruido y al movimiento, cayó sobre el suelo con fuerza, y la arena salpicó hacia arriba a su alrededor.

Rodó hacia un lado, con el corazón disparado. Había soltado la mano de Emma en algún punto del torbellino de oscuridad, pero ahí estaba ella, poniéndose de rodillas a su lado. Sus ropas de hada estaban rasgadas y manchadas de sangre, pero ella parecía ilesa.

Un doloroso ahogo lo recorrió, agudo como una flecha. Tardó un instante en reconocerlo como alivio.

Emma se estaba poniendo en pie, sacudiéndose la ropa. Julian se alzó un poco atontado; era de noche y se hallaban en una amplia playa que le resultaba familiar, salpicada de formaciones rocosas medio erosionadas. A su espalda se alzaban los acantilados, con unas desvencijadas escaleras de madera que conectaban la carretera de arriba con la arena.

Sonaba música, fuerte y chirriante. El extremo más alejado de la playa estaba lleno de personas, ninguna de las cuales parecía haber notado su abrupta llegada. Era una multitud peculiar, una mezcla de humanos, vampiros e incluso unas cuantas hadas aquí y allá, vestidas de negro y metal. Julian entornó los ojos, pero no pudo distinguir los detalles.

Emma se tocó la runa de visión nocturna en el brazo y lo miró con el ceño fruncido.

—Mis runas no funcionan —susurró—. Igual que en Feéra.

Julian meneó la cabeza como para decir: «No sé lo que está pasando». Notó que algo punzante le rozaba el costado; bajó la mirada y se dio cuenta de que su móvil estaba hecho pedazos. Puntiagudos trozos de plástico se le

clavaban en la piel. Tiró el teléfono con una mueca dolorida; ya no le serviría para nada.

Miró alrededor. El cielo estaba cubierto de pesadas nubes, y una luna de color rojo sangre proyectaba un apagado brillo sobre la arena.

—Conozco esta playa —dijo. Las formaciones rocosas le eran familiares, la curva de la orilla, la cadencia del oleaje; pero el color del océano era negro como la tinta, y donde el agua rompía en la orilla dejaba un borde de encaje negro.

Emma lo tocó en el hombro.

—¿Julian? Necesitamos idear un plan.

Estaba gris de cansancio, con oscuras ojeras bajo los profundos ojos castaños. El cabello dorado le caía en gruesos enredos por los hombros. La emoción estalló dentro de Julian. Dolor, amor, pánico, pena y anhelo cayeron sobre él como la sangre de una herida.

Se apartó de Emma, tambaleante, y se dejó caer junto a una roca; el estómago le reaccionó con violentas arcadas hasta vaciarse de la amarga bilis. Cuando finalizaron los espasmos, se limpió la boca, se frotó las manos en la arena y regresó junto a Emma, que había subido parcialmente a una de las formaciones rocosas de los farallones.

Cerró las manos. Sus emociones se agitaban como dentro de un huracán, presionándole dentro del cráneo, y en respuesta, su mente parecía estar corriendo en todas direcciones, captando trozos de información aleatoria y alzándolos como barricadas.

«Céntrate», se dijo, y se mordió el labio hasta que el dolor le aclaró la cabeza. Notó el sabor a sangre.

Emma estaba a mitad del farallón, mirando hacia el sur.

—Esto es raro, muy raro.

—¿Raro? —Julian se sorprendió de lo normal que sonaba. En la distancia pasaron dos vampiros, uno de ellos una chica con una larga melena castaña. Ambos los saludaron con la mano como si nada. ¿Qué diablos estaba pasando?

Emma saltó.

—¿Estás bien? —le preguntó, apartándose el cabello de la cara.

—Creo que ha sido el viaje por el Portal —mintió. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo, no era eso.

—Mira esto. —De algún modo, Emma había conseguido conservar su móvil a pesar de todas las penalidades. Pasó la pantalla para enseñarle a Julian la foto que había tomado desde el farallón.

Estaba oscura, pero Julian inmediatamente reconoció la costa, y en la distancia, las ruinas del muelle de Santa Mónica. La noria gigante estaba caída, un montón de metal aplastado. Oscuras siluetas rondaban por el cielo, en lo alto. Sin duda, no eran pájaros.

Emma tragó saliva.

—Esto es Los Ángeles, Julian. Estamos muy cerca del Instituto.

—Pero el rey dijo que era Thule; dijo que era un mundo envenenado para los nefilim...

Calló horrorizado. En el extremo opuesto a donde estaba la gente, dos largas filas de figuras humanas marchaban en formación militar. Mientras se aproximaban, Julian captó el destello de un uniforme escarlata.

Emma y él se escondieron detrás de la formación rocosa más cercana, apretándose contra ella. Veían acercarse el desfile. La multitud del otro extremo de la playa también había comenzado a ir hacia ellos, y la música había desaparecido. Solo quedaba el sonido de las olas al romper, del viento y de los pies marchando.

—Oscurecidos —susurró Emma, cuando estos se acercaron.

Durante la Guerra Oscura, Sebastian Morgenstern había raptado a cientos de cazadores de sombras y los había controlado empleando su propia versión de la Copa Mortal. Se les había dado el nombre de «oscurecidos», y se los reconocía por el uniforme escarlata que llevaban.

El padre de Julian había sido uno de ellos, hasta que él lo había matado. Aún tenía pesadillas con eso.

—Pero los oscurecidos están todos muertos —dijo Julian en un tono distante y mecánico—. Murieron al morir Sebastian.

—En nuestro mundo. —Emma se volvió hacia él—. Julian, sabemos lo que es esto. Solo que no queremos que sea verdad. Eso es... Thule es... una versión de nuestro propio mundo. Algo debe de haber ocurrido de un modo diferente aquí, en el pasado, algo que puso este mundo en un camino alternativo. Como Edom.

Julian sabía que ella estaba en lo cierto; lo supo en el momento que reconoció el muelle. Alejó los pensamientos sobre su familia, su padre. En ese momento no podía pensar en ello.

Las filas de oscurecidos habían dado paso a un grupo de guardias con estandartes. Cada uno llevaba la insignia de una estrella dentro de un círculo.

—Por el Ángel —exclamó Emma en un susurro, y se cubrió la boca con la mano.

Morgenstern. La estrella matutina.

Tras los portaestandartes, apareció Sebastian, caminando.

Parecía mayor que la última vez que Julian lo había visto, un adolescente de pelo como hielo, impulsado por el odio y el veneno. En ese momento parecía estar a media veintena, todavía delgado y juvenil, pero con una expresión aún más dura en el rostro. Los rasgos, que habían tenido cierta redondez, eran ya agudos como el cristal, y los ojos negros le ardían. *Phaesphoros*, la espada de los Morgenstern, le colgaba de la espalda en una vaina grabada con dibujos de estrellas y llamas.

Caminando justo tras él se hallaba Jace Herondale.

Fue un golpe aún más duro y extraño. Acababan de dejar a Jace, luchando junto a ellos en la corte noseelie, preocupado y cansado, pero aún feroz y protector. El Jace que veían ahí parecía más o menos de la misma edad; tenía fuertes músculos por todo el cuerpo, el cabello rubio alborotado y el rostro tan hermoso como siempre. Pero había una luz muerta y oscura en sus ojos dorados. Una lúgubre ferocidad que Julian asociaba con la Cohorte y los de su calaña; a los que atacaban más que a los que protegían.

Detrás los seguía una mujer con el cabello castaño canoso a la que Julian reconoció como Amatis Graymark, la hermana de Luke. Había sido una de los primeros y más feroces oscurecidos de Sebastian, y ahora también lo parecía. Tenía profundas arrugas en el rostro, la boca mostraba una expresión seria. Empujaba a un prisionero ante ella, alguien vestido del negro de los cazadores de sombras, con una tira de áspero lienzo enrollada en la cabeza, ocultando sus facciones.

—¡Venid! —gritó Sebastian, y alguna fuerza invisible amplificó su voz, que resonó de un lado al otro de la playa—. Mis invitados oscurecidos, reuníos. Estamos aquí para celebrar la captura y ejecución de un importante traidor. Alguien que se ha vuelto en contra de la luz de la Estrella.

Se oyó un rugido de excitación. La multitud comenzó a repartirse en un rectángulo, con Sebastian y sus guardias en el extremo sur. Julian vio a Jace inclinarse y decirle algo a Sebastian, y este se rio con una fácil camaradería que hizo estremecer a Julian. Jace llevaba un traje gris, no un uniforme escarlata, así que no era un oscurecido. Entonces ¿qué era? Fue pasando la mirada por la muchedumbre. Aparte de Amatis, reconoció a varios cazadores de sombras a los que conocía vagamente del Cónclave de Los Ángeles; vio a la joven vampira que lo había saludado antes, riendo y hablando con Anselm Nightshade...

Y vio a Emma.

Claramente era Emma. Habría reconocido a Emma en cualquier lado, con cualquier atuendo, en la oscuridad o en la luz. La sangrienta luz de la luna le iluminaba el claro cabello; llevaba un vestido rojo sin espalda y su piel era suave y sin runas. Estaba hablando con un chico alto que quedaba en las sombras, pero Julian casi ni lo miró: solo la miraba a ella, su Emma, hermosa, viva, a salvo y...

Ella rio y alzó los brazos. El joven le hundió las manos en el cabello y la besó.

Los celos lo golpearon con la fuerza de un tren; ardientes, hirvientes, venenosos. Julian tuvo que contenerse para quedarse tras las rocas mientras las manos del chico acariciaban el pelo de Emma, su piel.

Volvió la cabeza hacia un lado, ahogando un grito. La camisa se le había pegado al cuerpo por el sudor. Emma, la Emma real, que seguía apretada contra la roca, lo miró alarmada.

—Julian, ¿qué te pasa?

El corazón había comenzado a calmársele. Esta era su Emma. La otra era una impostora, un simulacro.

—Mira —susurró, y señaló.

Emma siguió su mirada y se sonrojó.

—Oh. ¿Somos nosotros?

Julian volvió a mirar. Emma y el chico se habían separado, y ¿cómo no lo había visto? Era igual que mirarse en un espejo que mostrara unos cuantos años en el futuro. Ahí estaba él, con los ojos Blackthorn, el brazalete de cristal marino, vestido de rojo y negro. Julian se quedó mirando cómo el otro él se acercaba a la otra Emma y se besaban de nuevo.

Sin duda, no era un primer beso, ni siquiera el segundo. El otro Julian le pasó los dedos por la espalda a la otra Emma, claramente disfrutando de la sensación de la piel desnuda. Sus manos encontraron la cadera cubierta de satén y se deslizaron sobre ella, acercándola más; la otra Emma alzó una pierna y se la pasó alrededor de la cintura a él, mientras echaba la cabeza hacia atrás para que la besara en el cuello.

Al parecer, el otro Julian besaba con mucha confianza.

—Esto es fatal —exclamó Emma—. En este mundo, al parecer no solo estamos oscurecidos, sino que nos van las demostraciones públicas de afecto.

—Seguramente, los otros oscurecidos no nos aguantan —comentó Julian—. Emma, esto parece reciente. Este mundo no puede haberse separado del nuestro hace mucho...

—¡Silencio! —La voz de Sebastian resonó por toda la playa, y la multitud calló. Los Emma y Julian alternativos dejaron de besarse, lo que fue un alivio —. Jace, haz arrodillar a la traidora.

Así que era una mujer. Julian observó con el estómago retorcido cómo Jace obligaba a ponerse de rodillas a la prisionera y comenzaba a quitarle la venda que le tapaba los ojos.

—¡Ash! —llamó Sebastian—. ¡Ash, ven a ver, hijo mío, y aprende!

Julian notó que Emma, a su lado, se quedaba helada de la impresión. Hubo movimiento entre los guardias y apareció Ash Morgenstern, con una expresión rígida.

Este había cambiado mucho más desde la última vez que lo habían visto de lo que lo habían hecho Jace o Sebastian. Había pasado de tener trece años a lo que Emma supuso que serían unos diecisiete; ya no era un niño delgaducho, sino un chico a las puertas de la edad adulta, alto y de anchos hombros. Llevaba el pelo rubio platino muy corto y no vestía el rojo de los oscurecidos, solo una camiseta térmica y unos vaqueros corrientes.

Aún tenía la cicatriz en forma de X en el cuello. Era inconfundible, incluso a esa distancia.

Ash cruzó los brazos sobre el pecho.

—Aquí estoy, padre —dijo sin interés, y a Julian le chocó lo peculiar que resultaba que ese chico llamara «padre» a alguien que parecía tener solo unos cinco años más que él.

—Este es el Ash de nuestro mundo —dijo Julian—. El que trajo Annabel a través del Portal.

Emma asintió.

—La cicatriz. Se la he visto.

Jace acabó de sacar las vendas del rostro de la mujer arrodillada. Emma se echó hacia atrás como si la hubieran golpeado.

Era Maryse Lightwood.

Le habían cortado el pelo muy corto y tenía el rostro demacrado; miró alrededor en un silencio horrorizado.

Ash la observaba sin expresión. Una cadena de plata le colgaba del cuello; Julian no recordaba habérsela visto en Feéra. ¿Cuántos años habrían pasado para él desde su huida a través del Portal y la llegada de Jules y Emma a Thule?

—Maryse Lightwood —dijo Sebastian, rodeándola lentamente.

Emma no se había movido ni hecho el menor sonido desde su sorpresa inicial. Julian se preguntó si estaría recordando a Maryse en su mundo;

pesarosa al lado de la pira de su marido, rodeada de sus hijos y sus nietos... Sin embargo, de repente se dio cuenta de que Emma estaría pensando en sus propios padres. Preguntándose si aún estarían vivos en ese mundo. Aunque no había dicho nada.

—Se te acusa de ayudar y asistir a los rebeldes contra la causa de la Estrella Fugaz. Bien, sabemos que lo hiciste, así que no va a haber juicio, porque además estamos en contra de eso. Pero tú... tú has cometido la mayor traición de todas. Has intentado romper el vínculo entre dos hermanos. Jace y yo somos hermanos. Tú no eres su madre. La única familia que tiene soy yo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Emma en un susurro—. Ese es el extraño vínculo que tienen; cuando Sebastian poseyó a Jace, ¿recuerdas? Así que eso es lo que pasó en este mundo...

—Yo maté a mi propia madre, Lilith, por Jace —continuó Sebastian—. Ahora, él matará a su madre por mí.

Jace desenvainó la espada que llevaba a la cintura. Era una hoja de plata, larga y afilada, que brillaba roja bajo la luz de la luna. Julian pensó de nuevo en Jace en su mundo, riendo, bromeando, animado. Parecía que algo más que la posesión estaba en juego ahí. Como si Jace estuviera muerto por dentro.

Las comisuras de los labios de Sebastian se elevaron; estaba sonriendo, pero no era una sonrisa muy humana.

—¿Últimas palabras, Maryse?

Ella se retorció para poder mirar a Jace. Las tensas líneas de su rostro parecieron relajarse, y por un momento Julian vio a John Carstairs mirando a Emma, o a su propia madre mirándolo a él, con esa mezcla de amor por lo que es y pena por lo que no puede durar...

—¿Recuerdas, Jace —preguntó—, aquella canción que te solía cantar cuando eras niño? —Comenzó a cantar, con una voz aguda y temblorosa.

*À la claire fontaine
m'en allant promener.
J'ai trouvé l'eau si belle
que je m'y suis baigné.
Il y a longtemps que je t'aime,
jamais je ne t'oublierai.*

Julian solo sabía suficiente francés para traducir unas cuantas palabras: «Hace mucho tiempo que te amo. Jamás te olvidaré».

—*Il y a longtemps que je t'aime...* —cantó Maryse, alzando la voz, que le temblaba en las notas más agudas...

Ash se abrazaba, cogiéndose los codos con fuerza. Volvió la cabeza hacia un lado justo cuando Jace bajó la espada y le rebanó el cuello a Maryse. Hueso blanco, sangre roja; el cuerpo se desplomó sobre la arena, y la cabeza rodó hasta quedar de lado sobre una mejilla, con los ojos abiertos. Aún parecía estar mirando a Jace.

La sangre le había salpicado a Ash en la cara y la camisa. La multitud aplaudía y vitoreaba. Jace se inclinó para limpiar la espada en la arena mientras Sebastian se acercaba a Ash, con su sonrisa pasando de inhumana a otra cosa. Algo posesivo.

—Espero que haya sido una experiencia educativa —le dijo al chico.

—He aprendido que no debo llevar blanco a una ejecución —respondió Ash, frotándose la pechera de la camisa con la mano—. Muy útil.

—Una vez tengamos los Instrumentos Mortales en nuestra mano, verás mucha más muerte, Ash. —Sebastian soltó una risita y de nuevo alzó la voz—. Hora de comer —anunció, y las palabras resonaron por toda la playa. Un grito creció dentro de la cabeza de Julian, tratando de salir; miró a Emma y vio el mismo grito en sus ojos. Quizá fuera de ambos.

Emma lo agarró por la muñeca con tanta fuerza que los huesos parecieron rozarse.

—Tenemos que irnos. Tenemos que salir de aquí.

Echó a correr incluso antes de acabar de hablar; Julian ni siquiera tuvo tiempo para estar de acuerdo. Mientras los vampiros se acercaban al cuerpo de Maryse, corrieron pegados hacia los acantilados. La noche se llenó de una cacofonía de gritos y aullidos, y el aire les llevó el olor a cobre de la sangre. Emma susurraba «No, no, no» para sí, incluso cuando llegó al principio de una de las destartaladas escaleras de madera y corrió hacia arriba agachada. Julian la siguió, haciendo todo lo que pudo para no mirar atrás.

La escalera se movía bajo ellos, pero aguantó; la cima del acantilado ya estaba a la vista. Emma subió el último escalón... y soltó un grito mientras desaparecía de la vista.

Julian lo vio todo blanco. No supo cómo había subido el resto de los escalones; simplemente se encontró en lo alto del acantilado, con la conocida autovía, las filas de coches aparcados, arena y hierba a sus pies; y ahí estaba Emma, agarrada por un alto chico pelirrojo cuyo rostro conocido fue para Julian como un puñetazo en el estómago.

—¿Cameron? —preguntó Julian, incrédulo—. ¿Cameron Ashdown?

Cameron parecía tener unos diecinueve o veinte años. Llevaba el espeso cabello rojo cortado al estilo militar. Estaba delgado como un palo; vestía una

camiseta marrón y pantalones militares, con un cinturón con correa al hombro en diagonal, del que colgaba una pistola.

El rostro de Cameron hizo una mueca de desagrado.

—Los dos juntos. Debería habérmelo imaginado.

Julian dio un paso adelante.

—Suéltala, pedazo de oscurecido de...

Los ojos de Cameron se abrieron casi como de sorpresa, y Emma aprovechó ese momento para darle una salvaje patada y retorcer el cuerpo para asestarle varios puñetazos rápidos en el costado. Se soltó cuando él trató de coger aire, pero Cameron ya había sacado la pistola de la funda.

Los apuntó a ambos. Los cazadores de sombras no empleaban pistolas, pero Julian vio, por la forma en que la sujetaba, que este Cameron Ashdown las conocía bien.

Si Cameron disparaba, pensó Julian, quizá tuviera tiempo de ponerse delante de Emma. Él recibiría la bala, si bien la idea de dejarla sola...

Cameron alzó la voz.

—¡Livia! —llamó—. Me parece que querrás ver esto.

El pecho de Julian se tornó de hielo. Supuso que seguía respirando, porque si no hubiera caído muerto, pero no podía sentirlo, no podía sentir la sangre en su cuerpo, o el ritmo de la respiración o el latido del corazón. Solo la vio a ella, apareciendo entre dos coches. Fue hacia ellos tranquilamente, con su largo cabello de color negro Blackthorn agitándose bajo el viento del mar.

Livvy.

Parecía tener unos diecisiete años. Llevaba unos pantalones de cuero negro con un cinturón de balas alrededor de la cintura y un top de tirantes de color gris con agujeros sobre una camiseta de malla. Sus botas eran de suela muy gruesa, con una docena de hebillas. En las muñecas llevaba dos brazaletes de lona con pequeños cuchillos arrojadizos metidos bajo la correa. Una cicatriz, una de muchas, le cortaba el rostro, desde lo alto de la sien izquierda, pasando por el ojo, hasta la mitad de la mejilla. Cargaba con un rifle, y mientras iba hacia ellos, lo alzó sin esfuerzo y apuntó directamente a Julian.

—Son ellos —dijo Cameron—. No sé qué están haciendo lejos de los otros oscurecidos.

—¿Y a quién le importa? —repuso Livvy—. Voy a matarlos, y me lo agradecerían si aún tuvieran alma.

Julian alzó las manos. Una alegría incontrolable y abrumadora al verla, enfrentada al pánico.

—Livvy, somos nosotros...

—Ni lo intentes —le soltó. Cargó el rifle con mano experta—. Te diría que rezaras, pero el Ángel ha muerto.

—Mira... —comenzó Emma, y Livvy apuntó el arma hacia ella. Julian dio un paso hacia su hermana, y entonces Cameron, de quien Julian casi se había olvidado, intervino.

—Espera.

Livvy se quedó inmóvil.

—Más vale que esto sea bueno, Cam.

Cameron señaló a Julian.

—Lleva el cuello roto... —Meneó la cabeza, impaciente—. Enséñasela —le dijo a Julian.

—Tu runa —le susurró Emma, y Julian, con los ojos iluminados al comprenderlo, se tiró del cuello de la camisa para mostrarle a Livvy la runa que tenía en el pecho. Aunque las runas no permanentes de Julian, visión nocturna, sigilo, puntería..., se habían ido volviendo grises desde que entraron en Feéra, su runa de *parabatai* destacaba negra y clara.

Livvy se quedó parada.

—Los oscurecidos no pueden soportar las runas nefilim —dijo Julian—. Lo sabes, Livvy.

—Sé que crees que somos Emma y Julian en la versión oscurecida —intervino Emma—. Pero los hemos visto. Están abajo en la playa. —Señaló—. De verdad. Mira.

Una sombra de duda cruzó el rostro de Livvy.

—Cameron. Ve a mirar.

Él fue hasta el borde del acantilado y miró a través de unos prismáticos. Julian contuvo el aliento; sabía que Emma lo estaba conteniendo también.

—Sí, están ahí —dijo Cameron después de un largo silencio—. Se están enrollando. Qué asco.

—Siempre estaban haciendo eso antes de que fueran oscurecidos —repuso Livvy—. Algunas cosas no cambian.

Emma alzó la mano izquierda para mostrarle su runa de videncia.

—Somos cazadores de sombras. Te conocemos, Livvy, y te queremos...

—¡Para! —la cortó Livvy con rabia—. Muy bien, quizá no sois oscurecidos, pero aún puede que esto sea algún tipo de cambio de forma demoníaco...

—Estas son runas angélicas —insistió Jules—. No somos demonios...

—Entonces ¿quiénes sois? —gritó Livvy, y su voz resonó con una terrible desesperanza, una soledad tan oscura y profunda como un pozo—. ¿Quiénes debo suponer que sois?

—Seguimos siendo nosotros —explicó Emma—. Jules y Emma. Somos de otro mundo. Uno donde Sebastian no tiene el poder. Uno con runas.

Livvy la miró inexpresiva.

—Liv —dijo Cameron, bajando los prismáticos—. La fiesta de la playa se está acabando. Subirán por aquí en cualquier momento. ¿Qué hacemos?

Livvy dudó, pero solo un segundo. Julian supuso que un montón de tiempo para tomar decisiones era un lujo del que esta versión de su hermana no podía disponer.

—Llevémoslos de vuelta al Bradbury —contestó—. Quizá Diana haya regresado. Ella ha visto mucho... Tal vez tenga idea de lo que está pasando aquí.

—¿Diana? ¿Diana Wrayburn? —preguntó Emma, aliviada—. Sí, llévanos con Diana, por favor.

Cameron y Livvy intercambiaron una mirada de completa confusión.

—Muy bien, entonces —repuso Livvy finalmente. Hizo un gesto hacia un Jeep Wrangler con ventanas tintadas aparcado al lado de la autovía—. Subid al coche, los dos, asiento de atrás. Y ni se os ocurra intentar nada. Os vuelo la cabeza ahí mismo.

* * *

Livvy iba de copiloto con la escopeta sobre el regazo. Junto a ella, Cameron conducía con una ágil eficiencia que contrastaba totalmente con el desafortunado y un tanto perezoso Cameron que Emma conocía en su propio mundo. Guiaba el coche sin esfuerzo entre los enormes socavones que abundaban en el asfalto de la autovía de la Costa del Pacífico como abolladuras en el costado de un viejo coche.

Julian guardaba silencio, mirando por la ventana con una consternada fascinación. Había poco que ver, excepto la destrozada carretera que iluminaban los faros, pero la propia oscuridad era sorprendente. La ausencia de farolas, de señales de tráfico o de ventanas iluminadas a lo largo del camino ya era suficientemente chocante, como mirar a un rostro al que le faltaran los ojos.

La luz salió de la oscuridad cuando llegaron al final de la autovía, donde un túnel la conectaba con la carretera 10. A la derecha se hallaba el muelle de Santa Mónica. El famoso malecón se hallaba en ruinas, como si un gigante lo hubiera talado con un hacha. Trozos de madera y hormigón yacían caídos y rotos en el agua. Solo el viejo tiovivo seguía intacto. Estaba iluminado, con una música atonal saliendo de los altavoces. Agarradas a los lomos de los viejos ponis pintados, había siluetas sombrías e inhumanas; sus agudas risitas eran arrastradas por el aire de la noche. Los rostros de los ponis estaban deformados y convertidos en máscaras que gritaban torturadas.

Emma apartó la mirada y se alegró de que el coche entrara en el túnel, perdiendo de vista el tiovivo.

—El muelle fue uno de los primeros lugares de los que las bestias del infierno se apropiaron —explicó Cameron, mirando hacia el asiento de atrás—. ¿Quién iba a pensar que a los demonios les gustarían los parques de atracciones?

Emma se aclaró la garganta.

—¿Locos por los pastelillos de aquí?

Cameron soltó una carcajada seca.

—La misma Emma de siempre. Sarcástica ante la adversidad.

Livvy le lanzó una dura mirada.

—¿Supongo que no deberíamos preguntar por Disneylandia? —preguntó Julian en voz plana.

Julian no esperaba que Cameron y Livvy se echaran a reír, pero el modo en que ambos se tensaron sugería que algo realmente terrible había pasado en Disneylandia. Emma decidió no insistir. Había preguntas más importantes.

—¿Cuándo pasó todo esto? —preguntó.

—Justo después de la Guerra Oscura —contestó Livvy—. Cuando Sebastian ganó.

—¿Así que atacó todos los Institutos? —preguntó Emma. No había querido pensar en ello, no había querido pensar en la más mínima posibilidad de que sus padres aún siguieran vivos en este mundo, pero no pudo evitar un cierto tono de esperanza en la voz—. ¿El de Los Ángeles también?

—Sí —respondió Livvy—. Mataron a tus padres. Nuestro padre fue oscurecido.

Emma hizo una mueca de dolor. Sabía que no existía ninguna esperanza real, pero aun así dolía. Y sabía que Julian se habría hecho la misma pregunta sobre su padre. Quiso cogerle la mano, pero el recuerdo del Julian sin sentimientos la hizo contenerse.

—En nuestro mundo, todo eso también ocurrió —explicó Julian, después de un largo silencio—. Pero nosotros ganamos la guerra.

—Sebastian murió —añadió Emma—. Clary lo mató.

—¿Clary Fairchild? —preguntó Cameron. Su voz estaba cargada de duda—. La asesinó el demonio Lilith en la batalla del Burren.

—No —exclamó Emma, obstinada—. Clary y sus amigos ganaron la batalla del Burren. Hay pinturas sobre ello. Rescató a Jace con la Espada Gloriosa y persiguieron a Sebastian hasta Edom; este no ganó...

Livvy repiqueteó con sus cortas uñas sobre el tambor del rifle.

—Bonita historia. Así que decís que venís de un lugar donde Sebastian está muerto, los demonios no van por las calles y los cazadores de sombras aún tienen poderes angélicos, ¿no?

—Sí —contestó Emma.

Livvy se volvió a mirarla. La cicatriz que le atravesaba el ojo se veía de un rojo furioso bajo la luz escarlata de la luna.

—Bueno, si todo va tan bien allí, ¿qué estáis haciendo aquí?

—No son unas vacaciones planeadas. No todo en nuestro mundo es perfecto —contestó Emma—. Ni mucho menos.

Miró a Julian, y se sorprendió de verlo mirándola también, una mirada escrutadora igual que la de ella. Un eco de su antigua comunicación instantánea revivió: «¿Deberíamos decirle a Livvy que, en nuestro mundo, está muerta?».

Emma negó levemente con la cabeza. Livvy todavía no estaba segura de creerlos en nada. Esa información no ayudaría.

—Tenemos que salir —dijo Cameron.

Había unas cuantas luces fuera, iluminando trozos de la autovía, y Emma podía ver de vez en cuando algo de luz salpicando la planicie de la ciudad, más allá. Pero no se parecía en nada a Los Ángeles por la noche. Las cadenas diamantinas de luces blancas ya no estaban, su sustituto eran puntos irregulares de brillo. Una hoguera ardía en alguna parte de una colina distante.

Frente a ellos, una enorme grieta dividía la autovía, como si alguien hubiera hecho un limpio corte al hormigón. Cameron giró alejándose de la fisura y cogió la salida más cercana. Redujo la intensidad de los faros al llegar a las calles y avanzó a poca velocidad por un barrio residencial.

Era una calle de Los Ángeles sin nada especial, donde las casas de un solo piso con jardín se alineaban a cada lado. La mayoría de las casas estaban protegidas con tablas, con las cortinas corridas y solo pequeños puntos de luz visibles en el interior. Muchas estaban completamente a oscuras, y otras

cuantas tenían muestras de haber sido forzadas: puertas arrancadas de los goznes, manchas de sangre sobre las paredes de estuco blanco. Junto a la acera había unos cuantos coches abandonados, con los maleteros aún abiertos, como si a los dueños se los hubieran... llevado... mientras trataban de huir de allí.

Lo más triste eran las señales de que antes ahí habían vivido niños: un tobogán roto, un triciclo retorcido en medio de la calzada. Un columpio fantasma empujado por la brisa.

La carretera formaba una curva ante ellos. Mientras Cameron la cogía, los faros iluminaron una extraña vista. Una familia: los padres, un niño y una niña estaban sentados a una mesa de pícnic en su jardín. Comían en silencio de bandejas con carne asada, ensalada de col y ensalada de patata. Todos estaban pálidos como la muerte.

Emma volvió la cabeza para mirarlos mientras desaparecían en la distancia.

—¿Qué les pasa a esos?

—Renegados —contestó Livvy, arrugando el labio en una mueca de desagrado—. Son mundanos leales a Sebastian. Ahora él dirige los Institutos y protege a los mundanos que le juran lealtad. La mitad de los mundanos que quedan en este mundo son renegados.

—¿Y la otra mitad? —preguntó Julian.

—Rebeldes. Luchadores por la libertad. Puedes ser lo uno o lo otro.

—¿Sois rebeldes? —preguntó Emma.

Cameron rio y miró a Livvy con cariño.

—Livvy no es solo una rebelde, es la peor de todos los peores rebeldes.

Le acarició la nuca a Livvy suavemente. Emma esperó que a Julian no se le fuera la cabeza directamente. Era evidente que Livvy ya no tenía quince años, pero seguía siendo la hermana pequeña de Julian, más o menos.

—¿Los cazadores de sombras y los mundanos están unidos en la rebelión? ¿Qué hay de los subterráneos?

—Ya no hay cazadores de sombras —contestó Livvy. Alzó la mano derecha. Ya no tenía la runa de la videncia en el dorso. Emma comprobó que entornando los ojos podía captar un reflejo de la leve cicatriz donde antes había estado. La sombra de una sombra—. El poder del Ángel se quebró. Las estelas no funcionan, las runas desaparecen como fantasmas. Sebastian Morgenstern fue de Instituto en Instituto y mató a todos los que no le juraban lealtad. Abrió el mundo a los demonios y estos salpicaron la tierra con venenos demoníacos y rompieron la torre de cristal. Idris fue invadida y la

Ciudadela Irredenta destruida. La magia angélica no funciona. Solo queda la magia demoníaca. —Apretó las manos sobre el rifle—. La mayoría de los que antes eran cazadores de sombras ahora son oscurecidos.

Un mundo sin cazadores de sombras. Un mundo sin ángeles. Habían dejado el barrio residencial y rodaban por lo que Emma supuso que sería Sunset Boulevard. Era difícil decirlo con seguridad sin ninguna señal de circulación. Había otros coches en la calzada, e incluso un ligero atasco de tráfico. Emma miró al lado y vio a un pálido vampiro al volante de un coche en el carril contiguo. Él la miró y le guiñó un ojo.

—Estamos llegando al punto de control —avisó Cameron.

—Nosotros nos ocupamos —dijo Livvy—. No habléis.

El coche redujo la velocidad drásticamente. Por delante, Emma vio unas barreras a rayas. La mayoría de los edificios a lo largo del bulevar se hallaban en estado ruinoso. Se habían detenido junto a uno cuyas paredes desmoronadas rodeaban un patio casi intacto que, sin duda, habría sido el vestíbulo de un edificio de oficinas. Había grupos de demonios por todas partes: sobre montones de muebles volcados, subiéndose por las paredes rotas, alimentándose en unos comederos de metal de algo oscuro y pegajoso que podría ser sangre. En el centro de la sala había un poste al que estaba atada una mujer vestida de blanco. La sangre le empapaba el vestido y tenía la cabeza caída hacia un lado, como si se hubiera desmayado.

Emma fue a desabrocharse el cinturón de seguridad.

—Tenemos que hacer algo.

—¡No! —repuso Livvy muy seca—. Solo conseguirás que te maten, y que nos maten a nosotros también. Ya no podemos proteger el mundo de esa manera.

—No tengo miedo —replicó Emma.

Livvy le lanzó una intensa mirada de enfado.

—Pues deberías tenerlo.

—Control —informó Cameron, y el coche avanzó un poco y se detuvo en las barreras. Cam bajó la ventanilla, y Emma casi pegó un brinco cuando un demonio con la cabeza arrugada de una pasa vieja se inclinó dentro del coche. Llevaba un uniforme gris con el cuello levantado, y aunque no tenía ni nariz ni ojos, contaba con una boca que le iba de lado a lado de la cara.

—Credenciales —siseó.

Cameron se subió la manga y sacó la mano derecha. Emma vio algo como una marca en el interior de la muñeca, sobre el pulso. El demonio extendió

una lengua gris y rasposa, que parecía un gusano largo y muerto, y le lamió la muñeca a Cameron.

«Por favor —pensó Emma—, no dejes que vomite en el coche. Recuerdo este coche. Me enrollé con Cameron en la trasera de este Wrangler. Oh, Dios, ese demonio le ha lamido la muñeca. Todo el coche apesta a carne de demonio».

Algo le cubrió la mano, algo cálido y tranquilizador. Julian había entrelazado los dedos con los suyos. La sorpresa le hizo recobrar la calma.

—Ah, señor Ashdown —dijo el demonio—. No me había dado cuenta. Que tenga una agradable tarde. —Y se apartó.

Cameron pisó el acelerador. Pasaron varios bloques de edificios antes de que nadie hablara.

—¿Qué era eso de...? —comenzó Julian.

—¡La lengua! ¡Lo sé! —exclamó Emma—. ¿Qué demonios?

—¿... el demonio llamándote señor Ashdown? —finalizó Julian.

—Mi familia es renegada, leales a la Estrella Fugaz —explicó Cam sin querer entrar en detalles—. Dirigen el Instituto aquí para Sebastian. Los miembros de la Legión de la Estrella están marcados con un tatuaje especial.

Livvy les mostró el interior de su muñeca derecha, donde tenía un dibujo: una estrella dentro de un círculo. El mismo sello que habían visto antes en los estandartes de Sebastian.

—El mío es falso. Por eso conduce Cameron —dijo Livvy. Lo miró con cariño—. Su familia no sabe que él no es leal a la Estrella.

—No puedo decir que me sorprenda que Paige y Vanessa resultaran ser traidoras —dijo Emma, y vio a Livvy lanzarle una mirada extraña. ¿Sorprendida de que supiera quiénes eran Paige y Vanessa? ¿Estaba de acuerdo? Emma no estuvo segura.

Llegaron al centro de Los Ángeles, una zona que siempre había registrado numerosa actividad demoníaca, incluso en el mundo normal. Ahí las calles estaban sorprendentemente concurridas: Emma vio vampiros y hadas caminando libremente, e incluso un súper reconvertido que anunciaba batidos de sangre en el escaparate. Un grupo de grandes gatos pasó corriendo, y cuando se volvieron, Emma vio que tenían el rostro de bebés humanos. Nadie en la acera los miró dos veces.

—Y los subterráneos —insistió Julian—. ¿Cómo encajan aquí?

—Preferirás no saberlo —respondió Livvy.

—Sí queremos saberlo —replicó Emma—. Conocemos a brujos... Podríamos intentar conectar con ellos aquí, conseguir ayuda...

—¿Brujos? —la cortó Livvy—. No hay brujos. En cuanto Sebastian abrió el mundo a las bestias del infierno, los brujos comenzaron a enfermar. Algunos murieron, y en cuanto al resto, su humanidad se fue perdiendo. Se convirtieron en demonios.

—¿En demonios? —exclamó Emma—. ¿Del todo?

—¿Y qué pasó con Magnus? —preguntó Julian—. Magnus Bane.

Emma sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Hasta ese momento no habían preguntado por la suerte de nadie que conocieran. Sospechaba que a ambos les aterraban las respuestas.

—Magnus Bane fue una de las primeras grandes tragedias —contestó Livvy, como si estuviera recitando una vieja historia que todos conocían—. Bane se dio cuenta de que se estaba transformando en un demonio. Le rogó a su novio, Alexander Lightwood, que lo matara. Alec lo hizo, y luego volvió la misma espada contra sí. Sus cuerpos fueron hallados juntos entre las ruinas de Nueva York.

Julian se había puesto blanco como el papel. Emma agachó la cabeza, sintiendo que estaba a punto de desmayarse.

Magnus y Alec, que siempre habían sido un símbolo de todo lo que era bueno, muertos de un modo tan horrible.

—Eso en cuanto a los brujos —continuó Livvy—. Los seres mágicos son aliados de Sebastian, y la mayoría vive en los protegidos reinos de Feéra, aunque a algunos les gusta visitar nuestro mundo, hacer unas cuantas trastadas. Ya sabéis.

—Creo que no —replicó Julian—. ¿Los reinos de Feéra están protegidos?

—Las hadas se aliaron con Sebastian durante la Guerra Oscura —contestó Livvy—. Perdieron muchos guerreros. La propia reina seelie resultó muerta. Sebastian los recompensó después de la guerra dándoles lo que querían: aislamiento. Todas las entradas a Feéra se tapiaron en este mundo, y cualquier humano, o incluso oscurecido, que amenace a una de las pocas hadas que quedan en Thule, es severamente castigado.

—¿La reina seelie alguna vez tuvo... un hijo? —preguntó Julian.

—Murió sin descendencia —respondió Livvy—. El rey noseelie ha unido ambas cortes y gobierna sobre las dos. Su heredero es el príncipe Erec, o al menos eso es lo que he oído. No llegan muchas noticias de Feéra.

Así que no había un segundo Ash en ese mundo, pensó Emma. Probablemente mejor, porque un Ash ya parecía más que suficiente.

—En cuanto a los licántropos, todas las manadas están esparcidas —dijo Cameron—. Quedan algunos lobos solitarios, unos se han ido con Sebastian,

otros son rebeldes y están con nosotros, la mayoría fueron asesinados. A los vampiros les va un poco mejor, porque los demonios no se los comen muy a menudo, ya están muertos.

—Hay unos cuantos cultos vampíricos que se han unido a Sebastian —explicó Livvy—. Lo adoran, y creen que cuando se hayan comido a todo el mundo en Thule, los llevará a otro mundo donde haya gente con sangre.

—Raphael Santiago dice que son idiotas, y que cuando hayan acabado con toda la gente, se morirán de hambre.

—¿Raphael Santiago sigue vivo? En nuestro mundo está muerto —dijo Julian.

—Bueno, Thule tiene una cosa buena —repuso Livvy, con una sonrisa de medio lado—. Cuando llegemos al edificio, veréis que...

Se calló cuando un humano salió corriendo de un callejón. Un chico adolescente, sucio y demacrado hasta casi el punto de desnutrición, con el pelo colgándole en mechones apelmazados. Un paquete le colgaba del brazo.

Livvy se tensó.

—Un humano sin jurar —dijo—. Los demonios pueden cazarlos por diversión. Cam...

—Livvy, no deberíamos —repuso Cameron.

—¡Para el coche! —soltó Livvy. Cameron pisó el freno a fondo, empujándolos a todos hacia delante; Julian ya se había movido de su sitio y sujetado a Livvy por el hombro para evitar que se golpeará la cabeza.

Ella le lanzó una mirada sorprendida. Luego se apartó de su mano, bajó el cristal de la ventanilla y se inclinó hacia fuera para llamar al chico.

—¡Por aquí!

El chico cambió de rumbo y corrió hacia ellos. A su espalda, algo apareció en la boca del callejón. Algo que parecía estar hecho de sombras y andrajosas alas negras. Se lanzó hacia el chico a una velocidad increíble y Livvy soltó una palabrota.

—No va a conseguirlo.

—Puede que sí —repuso Cameron—. Diez pavos.

—¿Qué diablos? —exclamó Emma. Cogió la manija de la puerta y la abrió; Julian la asió de la manga de la túnica y tiró de ella hacia atrás; y la andrajosa sombra se lanzó sobre el chico como un halcón sobre un ratón. El muchacho lanzó un grito de terror cuando la sombra lo agarró, y ambos se alzaron en el cielo ceniciento, desapareciendo rápidamente.

Cam pisó el acelerador; unos cuantos transeúntes los miraban. Emma respiraba con dificultad. Se suponía que los demonios no podían matar a los

mundanos. Se suponía que los cazadores de sombras podían ayudarlos.

Pero allí no había cazadores de sombras.

—Me debes mil dólares, Cam —dijo Livvy sin expresión.

—Sí —repuso Cameron—. Te pagaré en cuanto el sistema bancario internacional se restablezca.

—¿Y nuestra familia? —preguntó Julian de golpe. Soltó la manga de Emma. Ella casi había olvidado que la estaba sujetando—. ¿Hay alguno de ellos aquí, Livia?

Livvy apretó los labios en una tensa línea.

—Aún no estoy convencida de que seas Julian —contestó—. Y mi familia es asunto mío.

Torcieron repentinamente saliendo de la calle, y por un momento Emma pensó que iban a estrellarse contra el costado de una conocida estructura de ladrillo marrón: el famoso edificio Bradbury, que, sorprendentemente, aún seguía en pie. En lo que pareció el último segundo, una cortina de ladrillos y arenisca se alzó, despejando el camino, y entraron en un oscuro espacio cavernoso.

Un garaje. Salieron del coche, y Cameron fue a hablar con una chica en pantalones de camuflaje y un top negro de tirantes que estaba girando una manivela que cerraba la puerta del garaje, una enorme losa de ladrillo y metal operada por un conjunto de ruedas dentadas ingeniosamente conectadas.

—Aquí tenemos nuestro propio generador —explicó Livvy—. Y hacemos un montón de cosas a mano. No nos interesa que los renegados nos rastreen por nuestro consumo eléctrico.

La siguieron por una puerta que daba a un espacioso vestíbulo. Era evidente que se hallaban en el interior de un gran edificio de oficinas. Las paredes eran de ladrillo y mármol, el suelo de baldosas, y en lo alto se veía un intrincado laberinto de pasarelas, escaleras de metal y el destello del hierro forjado.

Livvy se volvió a mirarlos.

—Muy bien —dijo lentamente.

—¿Muy bien qué? —preguntó Emma.

—Acabáis de pasar por un corredor con las paredes llenas de sal, oro y hierro —explicó Livvy—. Un millonario loco construyó este lugar. Creía en fantasmas, y llenó el edificio con cualquier cosa que supuestamente repeliera lo sobrenatural. Algo de eso aún funciona.

La puerta a su espalda se cerró. Cameron había regresado.

—Divya dice que Diana aún no ha vuelto —informó—. ¿Quieres que me lleve a estos dos arriba a esperar?

—Sí. —Livvy, cansada, se pasó el dorso de la mano por la frente—. Han llegado hasta aquí. Igual son inofensivos.

—Quieres decir que quizá soy realmente tu hermano —dijo Julian.

Livvy tensó la espalda.

—No he dicho eso. —Hizo un gesto a Cameron—. Llévalos a una de las habitaciones nuevas. Y asegúrate de que haya guardias en el piso.

Sin decir nada más, se marchó hacia una de las escaleras de hierro. Julian sacó aire con fuerza, mirándola fijamente. Emma no pudo evitarlo; el corazón le dolió al ver su expresión. Parecía que lo estaban aplastando de dentro hacia fuera. La imagen de Julian con el cadáver de su hermana entre los brazos, en el Salón del Consejo, se le plantó ante los ojos como una pesadilla.

Alcanzó a Livvy en el hueco de la escalera. Livvy se volvió hacia ella y las cicatrices de su rostro le dolieron a Emma como si fuera ella quien hubiese sufrido las heridas.

—¿Qué quieres? —soltó Livvy.

—Vamos, Livvy —contestó Emma, y Livvy enarcó las cejas—. Sabes que es Julian. En tu corazón, lo sabes. En el coche, intentó protegerte para que no te golpearas la cabeza, igual que siempre ha hecho; no puede evitarlo. Nadie podría actuar así de bien, o fingirlo.

Livvy se tensó.

—No lo entiendes. No puedo.

—Coge esto. —Emma le puso su móvil en las manos. Livvy lo miró como si nunca antes hubiera visto un teléfono móvil. Luego negó con la cabeza.

—Quizá te sorprenda oír esto, pero aquí no tenemos mucha cobertura —dijo.

—Muy graciosa —replicó Emma—. Quiero que mires las fotos. —Tocó el móvil con un dedo tembloroso—. Fotos de los últimos cinco años. Mira, aquí está Dru. —Oyó que Livvy inspiraba con fuerza—. Y Mark en la playa, y aquí la boda de Helen y Aline. Y Ty, el mes pasado...

Livvy hizo un ruido medio ahogado.

—¿En tu mundo, Ty está vivo?

Emma se quedó parada.

—Sí —susurró—. Sí, claro que sí.

Livvy apretó el móvil con la mano. Se volvió y corrió escaleras arriba, con las botas repicando contra la estructura de hierro. Pero no antes de que Emma le viera lágrimas en los ojos.

18

El infierno se alza

Mientras Julian y Emma seguían a Cameron por el vestíbulo del Bradbury, pasaron otros grupos de los rebeldes de Livvy. Al menos, así era como Julian los estaba llamando para sí. Esa era la gente de Livvy; resultaba evidente que allí era alguien importante. Se sintió orgulloso de ella, al mismo tiempo que sentía mil emociones más rasgándolo por dentro: alegría, desesperación, horror, miedo, dolor... y amor y esperanza. Luchaban en su interior como el océano con la marea alta.

Y anhelo también. Un anhelo de Emma que era como si tuviera cuchillos en la sangre. Cuando hablaba, no podía dejar de mirarle la boca, el modo en que se le curvaba el labio superior formando un arco perfecto. ¿Por esto le había pedido a Magnus que apagara lo que sentía por ella? No podía recordar si había sido así antes, o si en estos momentos era peor. Se estaba ahogando.

—Mira —le susurró Emma, tocándole el brazo.

Y Julian sintió arder la piel ahí donde lo tocaba.

«Para —se dijo furioso—. Para».

—Son Maia Roberts y Bat Velasquez.

Agradeciendo la distracción, Julian miró y vio a la chica que, en su realidad, era la representante de los licántropos en el Consejo. Llevaba el pelo recogido en dos gruesas trenzas y bajaba una escalera junto a un chico guapo y con cicatrices, al que Julian reconoció como su pareja. Al igual que Livvy, su ropa parecía haber salido de algún almacén del ejército. Chaquetas militares, ropa de camuflaje, botas y cinturones de balas. Había muchas balas en ese mundo.

Las puertas principales del edificio habían sido selladas con tablas, y las tablas emplastadas con cemento para sujetarlas. Filas de clavos junto a las puertas sujetaban armas de todos tipos y tamaños; sobre el suelo se apilaban cajas de munición. En la pared alguien había escrito ÁNGELES Y MINISTROS DE LA GRACIA, DEFENDEDNOS, con pintura roja.

Siguieron a Cameron por otro tramo de escalera de madera y hierro. Antes, el interior del edificio debía de haber sido asombrosamente hermoso, cuando la luz entraba por las ventanas y en lo alto del techo de cristal. Seguía siendo bastante espectacular, incluso con las ventanas y el techo cubiertos con tablas y las grietas en las paredes de terracota. Había bombillas eléctricas que brillaban con el color amarillo del sodio, y la telaraña de pasarelas y escaleras se inclinaba oscuramente en medio de la penumbra al paso de los guardias rebeldes armados con pistolas.

—Muchas armas de fuego —comentó Emma, un poco dubitativa, mientras llegaban al último piso.

—Las balas no sirven con los demonios, pero sí que te libran de un vampiro malo o de un oscurecido —explicó Cameron. Estaban cruzando una pasarela. Más allá de la balaustrada de hierro, a la izquierda, se abría la oscuridad del vestíbulo; la pared de la derecha estaba cubierta de puertas—. Había una rama de la policía de Los Ángeles en este edificio; bueno, eso era antes, cuando había policía. Los demonios los derrotaron en minutos, pero dejaron un montón de Glocks. —Calló un momento—. Hemos llegado.

Abrió una sencilla puerta de madera y encendió la luz. Julian siguió a Emma al interior de la habitación; era evidente que había sido un despacho, reacondicionado como dormitorio. «Las habitaciones nuevas», había dicho Livvy. Había un escritorio y un armario abierto, donde colgaba una heterogénea colección de ropa. Las paredes eran de estuco pálido y cálida madera vieja. Y a través de la puerta, Julian vio un pequeño cuarto de baño alicatado. Alguien parecía haberse tomado el tiempo de intentar que la habitación fuera agradable; una placa de metal cubría la única ventana, pero la habían pintado de azul oscuro con estrellitas amarillas, y una colorida manta cubría la cama.

—Siento que la cama no sea más grande —dijo Cameron—. No recibimos a muchas parejas. También hay condones en el cajón de la mesilla de noche.

Lo dijo como lo más normal del mundo. Emma se sonrojó. Julian trató de mantenerse inexpresivo.

—Alguien os traerá algo de comer —añadió Cameron—. Hay barritas energéticas y bebidas isotónicas en el armario, si no podéis esperar. No intentéis salir de la habitación; hay guardias por todas partes. —Se quedó un momento en la puerta—. Y... bueno, bienvenidos —añadió un poco incómodo antes de marcharse.

Emma no tardó nada en rebuscar en el armario las barritas energéticas, y para su sorpresa encontró una bolsita de patatas chips como extra.

—¿Quieres la mitad? —preguntó, mientras le lanzaba a Julian una barrita y se quedaba con las patatas.

—No. —Sabía que debería de estar hambriento; ni recordaba la última vez que habían comido. Pero lo cierto era que sentía algo de náuseas. Estaba solo con Emma, y eso lo superaba.

—Si Ash está aquí, ¿dónde está Annabel? —comentó Emma—. Atravesaron juntos el Portal.

—Podría estar en cualquier parte de Thule —contestó Julian—. Incluso si hubiera encontrado un modo de regresar a nuestro mundo, dudo que hubiera dejado a Ash.

Emma suspiró.

—Y hablando de eso, supongo que deberíamos hablar de cómo vamos a volver a casa. No puede ser imposible. Si pudiéramos entrar en Feéra de algún modo... podría haber alguien allí, alguien que pudiera hacer magia...

—¿No ha dicho Livvy que todas las entradas a Feéra están tapiadas?

—Ya hemos atravesado muros antes —repuso Emma a media voz, y Julian supo que estaba pensando, como él, en los espinos que rodeaban la torre noseelie.

—Lo sé. —Julian no podía dejar de mirarla. Ambos estaban muy sucios, ensangrentados, hambrientos y agotados. Pero en medio del caos y la oscuridad de ese mundo, su Emma brillaba más que nunca.

—¿Por qué me estás mirando así? —le preguntó. Tiró la bolsa vacía a una papelería de metal—. Cómete tu barrita, Julian.

Él le sacó el papel y carraspeó para aclararse la garganta.

—Seguramente debería dormir en el suelo.

Ella dejó de moverse por la habitación.

—Si quieres —respondió—. Supongo que en este mundo siempre hemos sido pareja. No *parabatai*. Quiero decir, tiene sentido, ¿no? Si la Guerra Oscura no hubiese acabado como acabó, nunca habiéramos...

—¿Cuánto tiempo habremos estado juntos aquí, antes de ser oscurecidos? —preguntó Julian.

—Quizá Livvy pueda decírnoslo. Sé que no es realmente Livvy. No nuestra Livvy. Es la Livvy que podría haber sido.

—Está viva —repuso Julian. Miró su barrita energética. La idea de comérsela le hizo sentir náuseas—. Y ha pasado un infierno. Y yo no he estado aquí para protegerla.

Los ojos castaños de Emma fueron directos.

—¿Te importa?

Él la miró a los ojos, y por primera vez en lo que le parecía una eternidad, pudo sentir lo mismo que ella, como había sido capaz de hacer durante mucho tiempo. Sintió su cansancio, su profundo dolor, y supo que fue él quien se lo había causado. La había rechazado una y otra vez, la había apartado, le había dicho que no sentía nada.

—Emma. —Su voz era rasposa—. El hechizo... se ha roto.

—¿Qué?

—Cuando Livvy y Cameron nos dijeron que aquí no había magia, lo decían en serio. El hechizo que Magnus me hizo no funciona aquí. Puedo sentir las cosas de nuevo.

Emma se lo quedó mirando.

—¿Te refieres a mí?

—Sí. —Ella no se movió, y Julian se le acercó y la abrazó. Emma permaneció tan tiesa como una talla de madera, con los brazos colgando a los costados. Era como abrazar a una estatua—. Lo siento todo —dijo él con desesperación—. Siento lo mismo que antes.

Ella se escapó de su abrazo.

—Bueno, pues quizá yo no.

—Emma... —No se movió. Se merecía que le dejara su espacio. Se merecía todo lo que quisiera. Debía de haber dejado de decir tantas cosas mientras él estaba bajo el hechizo, cosas que hubiera sido totalmente inútil decirle a su yo sin sentimientos. Hasta le costaba imaginarse el control que debía de haber necesitado—. ¿Qué quieres decir?

—Me has hecho daño —contestó Emma—. Me has hecho mucho daño. —Se estremeció—. Sé que lo hiciste debido al hechizo, pero pediste que te lo hicieran sin pensar en cómo me afectaría a mí o a tu familia o a tu papel de cazador de sombras. Y odio decirte todo esto ahora, porque estamos en un lugar terrible y acabas de enterarte de que tu hermana está viva, pero es el único lugar en el que puedo decírtelo, porque cuando volvamos a casa, suponiendo que volvamos, ya no te importará. —Se detuvo, respirando agitada como si hubiera estado corriendo—. Vale. Muy bien. Voy a darme una ducha. Y si se te ocurre seguirme al cuarto de baño para hablar, te pego un tiro.

—No tienes pistola —replicó Julian.

No fue algo muy adecuado que decir en ese momento; Emma entró furiosa en el cuarto de baño y cerró de un portazo. Un momento después, se oyó el agua correr.

Julian se dejó caer en la cama. Después de tener el alma envuelta en algodón durante tanto tiempo, la nueva crudeza de los sentimientos era como un fino hilo de acero que le cortaba en el corazón cada vez que se le hinchaba el pecho al respirar.

Pero no todo era dolor. También sentía la gloriosa corriente de felicidad que era ver a Livvy, oír su voz. Y de orgullo al ver a Emma arder como fuego en el Ártico, como una aurora boreal.

Una voz pareció hablarle dentro de la cabeza, clara como el agua; era la voz de la reina seelie.

«¿Te has preguntado alguna vez cómo atraemos a los mortales para que vivan entre las hadas y nos sirvan, hijo de los espinos? Escogemos a esos que han perdido algo y les prometemos lo que los humanos más desean, el fin de su dolor y su sufrimiento. Pero no saben que una vez entran en nuestra tierra, se hallan en una jaula y nunca más volverán a sentir la felicidad. Estás en esa jaula, muchacho».

La reina era engañosa, pero a veces tenía razón. El dolor podía ser como un lobo devorándote por dentro, y harías cualquier cosa para detenerlo. Recordó su desesperación mientras se miraba en el espejo en Alacante al saber que había perdido a Livvy y que pronto también perdería a Emma. Había ido a ver a Magnus como un naufrago intentando sobrevivir en una solitaria roca, sabiendo que podía morir al día siguiente de calor o de sed, pero desesperado por escapar de la tempestad.

Y luego la tempestad desapareció. Se había colocado en el ojo del huracán, con la tormenta alrededor, pero sin que lo tocara. Le pareció el cese del sufrimiento. Pero en ese momento se daba cuenta de lo que no había podido ver antes: que había estado yendo por la vida con un agujero negro en su interior, un espacio como el vacío entre los Portales.

Incluso en los momentos en que una emoción había sido tan fuerte que parecía traspasar ese velo, la había sentido como a una distancia incolora y translúcida: Ty sobre la pira de Livvy, Emma mientras las espinas del seto se le clavaban por todas partes. En ese momento la podía ver en blanco y negro; los únicos puntos de color eran la sangre derramada.

Llamaron a la puerta. Julian tenía tal nudo en la garganta que no podía hablar, pero no pareció importar: Cameron Ashdown entró de todas formas, con un montón de ropa. La dejó en el armario, volvió al pasillo y regresó con una caja de comida enlatada, pasta de dientes, jabón y otras cosas básicas. Mientras lo dejaba todo sobre el escritorio, alzó los hombros con un suspiro exagerado.

—Vaqueros y cuellos altos, guantes y botas. Si salís afuera, cubríos todo lo que podáis para ocultar las runas. También hay maquillaje cobertor, si queréis poner os guapos. ¿Necesitáis algo más?

Julian le lanzó una larga mirada.

—Sí —respondió finalmente—. La verdad es que sí.

Cameron acababa de salir mascullando cuando Julian oyó cerrarse el agua del baño. Un momento después apareció Emma envuelta en una toalla, con las mejillas sonrosadas y resplandecientes. ¿Siempre había sido así? Con esos colores tan intensos, el dorado del pelo, las negras Marcas contra la pálida piel, el suave marrón de los ojos...

—Lo siento —dijo Julian mientras ella cogía la ropa que había en la cama. Se quedó inmóvil—. Solo estoy empezando a comprender lo mucho que lo siento.

Emma entró de nuevo en el cuarto de baño y salió un momento después, vestida con unos pantalones largos negros y un top verde de tirantes. Las cicatrices de ambos brazos resaltaban sobre la piel, un recordatorio de que nadie más las tenía.

—Quien fuera que haya medido a ojo nuestras tallas ha sobrestimado con mucho mis atributos —comentó, abrochándose el cinturón—. El sujetador que me han pasado es enorme. Lo podría llevar de sombrero.

Cameron volvió a entrar sin llamar.

—Ya tengo lo que me has pedido —dijo, y dejó caer un montón de lápices y un bloc de dibujo en el regazo de Julian—. Tengo que admitir que esto es la primera vez que me ocurre. La mayoría de los nuevos piden chocolate.

—¿Tenéis chocolate? —preguntó Emma.

—No —contestó Cameron, y salió a toda prisa de la habitación. Con una expresión divertida, Emma lo vio marcharse.

—Me gusta mucho este nuevo Cameron —comentó Emma—. ¿Quién se hubiera pensado que podía llegar a ser un tipo duro? Era un chico muy majo, pero...

—Siempre tuvo una especie de cara oculta —dijo Julian. Se preguntó si había algo al recuperar de nuevo los sentimientos que le hacía no querer ocultar las cosas. Quizá más tarde lo lamentaría—. Hace un tiempo, habló con Diana porque estaba casi seguro de que Anselm Nightshade estaba matando a niños licántropos. No podía probarlo, pero tenía buenas razones para creerlo. Su familia no paraba de decirle que lo dejara, que Nightshade tenía amigos poderosos. Así que nos trajo su inquietud a nosotros, al Instituto.

—Por eso hicisteis arrestar a Nightshade —exclamó Emma, dándose cuenta en ese momento—. Queríais que la Clave pudiera registrar su casa.

—Diana me dijo que encontraron un sótano lleno de huesos —siguió Julian—. Niños licántropos, como había dicho Cameron. Hicieron pruebas en los productos del restaurante, y había magia de muerte por todas partes. Cameron tenía razón, y se enfrentó a su familia a su propia manera. Y lo hizo por subterráneos a los que ni conocía.

—Nunca me dijiste nada —replicó Emma—. No sobre Cameron o sobre ti, sino sobre por qué arrestaron a Anselm realmente. Hay gente que aún te culpa a ti.

Julian esbozó una sonrisa compasiva.

—A veces tienes que dejar que la gente te culpe. Cuando la única otra opción es dejar que pasen cosas malas, no importa lo que piense la gente.

Emma no contestó. Cuando él la miró, parecía como si ya se hubiera olvidado de Cameron y de Nightshade. Tenía los ojos muy abiertos y brillantes mientras extendía la mano para tocar unos cuantos lápices de colores que habían caído en la cama.

—¿Has pedido material de dibujo? —susurró ella.

Julian se miró las manos.

—Todo este tiempo, desde el hechizo, he estado por ahí sin ser quien realmente soy, pero la cosa es... que ni siquiera me daba cuenta. No de una forma consciente. Pero lo notaba. Estaba viviendo en blanco y negro, y ahora el color ha vuelto. —Soltó aire—. Lo estoy diciendo todo al revés.

—No —repuso Emma—, creo que lo entiendo. Quieres decir que la parte de ti que siente es también la parte de ti que crea.

—Siempre se dice que las hadas roban los niños humanos porque no pueden crear música o hacer arte propio. Tampoco pueden los brujos o los vampiros. Hace falta ser mortal para hacer arte. El conocimiento de la muerte, de que las cosas tienen un límite. Hay un fuego en nuestro interior, Emma, y mientras arde, nos consume, y ese fuego causa dolor, pero sin su luz, no puedo ver para dibujar.

—Entonces, dibuja ahora —repuso ella con voz apagada. Le puso varios lápices en la mano abierta y comenzó a darse la vuelta.

—Lo siento —dijo él de nuevo—. No debería agobiarte.

—No me estás agobiando —contestó ella, mirando aún para el otro lado—. Me estás recordando por qué te amo.

Esas palabras le estrujaron el corazón, punzantes, cargadas de una dolorosa alegría.

Emma se dirigió al armario. Él la dejó que rebuscara sola, entre los calcetines y los zapatos, algo que le pudiera ir bien. Quería hablar con ella, hablar para siempre, de todo, pero tendría que ser cuando ella quisiera, no él.

En vez de eso, cogió papel y lápiz y dejó volar su imaginación, dejó que le surgieran imágenes por dentro y representó lo que había pensado en Alacante, en plata y verde seelie, y en negro noseelie y rojo sangre. Dibujó al rey en su trono, pálido, poderoso e infeliz. Dibujó a Annabel cogiéndole la mano a Ash. Dibujó a Emma con *Cortana*, rodeada de espinas. Dibujó a Drusilla, completamente de negro, con una bandada de cuervos volando en círculo a su espalda.

Notó que Emma se había tumbado a su lado y lo observaba con callada curiosidad, la cabeza apoyada en el brazo. Estaba medio dormida, con los labios separados, cuando la puerta se abrió de nuevo. Julian tiró el bloc de dibujo al suelo.

—Mira, Cameron...

Pero no era Cameron. Era Livvy.

Se había sacado el cinturón militar, pero aparte de eso, estaba casi igual. En la luz más brillante del dormitorio, Julian le vio las sombras bajo los ojos.

—Cameron me ha dicho que has pedido un bloc de dibujo y lápices —dijo casi en un susurro.

Julian no se movió. En parte se sentía como si cualquier movimiento pudiera asustarla, como si estuviera tratando de convencer a una nerviosa criatura del bosque de que se acercara.

—¿Quieres verlos?

Julian le tendió el bloc; ella lo cogió y pasó las páginas, primero lentamente y luego más deprisa. Emma se había incorporado y estaba sentada, agarrando una de las almohadas.

Livvy le devolvió el bloc a Julian. Estaba mirando para abajo; él no podía verle el rostro, solo los bordes gemelos de las pestañas. Sintió una punzada de decepción.

«No me cree; los dibujos no significan nada para ella. No soy nada para ella».

—Nadie dibuja como mi hermano —dijo Livvy, respirando hondo y espirando despacio. Alzó la cabeza y miró directamente a Julian, con una especie de perplejidad que era parte enfado y parte esperanza—. Pero tú sí.

—¿Recuerdas cuando intenté enseñarte a dibujar, cuando tenías nueve años? —preguntó Julian—. ¿Y me partiste todos los lápices?

Algo parecido a una sonrisa se formó en la boca de Livvy. Por un instante, fue la Livvy de siempre, a pesar de las cicatrices y el cuero negro. Un segundo más tarde, fue como si una máscara se le colocara ante el rostro y volvía a ser una Livia diferente, una líder rebelde, una guerrera con cicatrices.

—No hace falta que sigas tratando de convencerme —dijo. Se volvió con movimientos precisos, militares—. Acabad de asearos. Me reuniré con los dos en el despacho principal dentro de una hora.

* * *

—¿En este mundo, hemos salido juntos alguna vez? —preguntó Emma—. Ya sabes, tú y yo.

Cameron casi se saltó varios escalones de metal. Estaban en el laberinto de escaleras y pasarelas que se cruzaban en el interior del edificio Bradbury.

—¡Claro que no!

Emma se sintió un poco picada. Sabía que no era nada importante, considerando las circunstancias, pero a veces era bueno centrarse en algo trivial para apartar la mente del apocalipsis. En su mundo, Cameron había sido casi incómodamente devoto, regresando cada vez que rompían, enviándole notas de amor, flores y fotos tristes.

—Siempre has estado con Julian —añadió Cameron—. ¿No estáis juntos en vuestro mundo?

—Estoy aquí —soltó Julian, en un tono engañosamente suave que indicaba que estaba molesto.

—Sí, sí, claro —respondió Emma—. Al menos, sí y no. A veces sí, a veces no. Tú y yo salimos poco tiempo, eso es todo.

—No tenemos tiempo para esa clase de drama personal aquí —replicó Cameron—. Resulta difícil centrarte en tu vida amorosa cuando te persiguen arañas gigantes.

En ese mundo, Cameron era bastante divertido, pensó Emma. Si hubiera sido tan entretenido en el otro, su relación quizá hubiera durado más tiempo.

—Cuando dices «gigantes», ¿cómo de gigantes exactamente? —preguntó ella—. ¿Mayores que un contenedor de basuras?

—Las bebés no —contestó Cameron, y le mostró una horrible sonrisa—. Ya hemos llegado; entrad, y no le digas a Livvy que en tu mundo salimos juntos, porque es muy raro.

Encontraron a Livvy en otro despacho reacondicionado; era evidente que este había sido como un *loft*, grande y aireado, y seguramente muy luminoso

antes de que cubrieran las ventanas. Tiras de ladrillo alternaban con madera pulida en las paredes, y una docena de carteles *vintage* de fruta, anunciando manzanas, peras y naranjas de California, colgaban entre las ventanas tapiadas. Un grupo de elegantes sofás modernos formaban un cuadrado alrededor de una mesita de café. Livvy estaba tumbada en uno, bebiendo un vaso de algo marrón oscuro.

—No será alcohol, ¿verdad? —Julian parecía horrorizado—. No deberías beber.

—Mañana tú también estarás bebiendo —replicó Livvy, y señaló una botella de whisky de Tennessee sobre la mesita de cristal—. Es un decir. —Agitó una mano—. Sentaos.

Se colocaron en el sofá opuesto al de ella. También había una chimenea, pero estaba igualmente tapiada con una plancha de hierro. Alguien con sentido del humor había pintado llamas en el metal. Era una pena. A Emma le hubiera gustado un fuego. Habría sido como algo natural.

Livvy le dio vueltas al vaso en sus manos marcadas.

—Pues os creo —dijo—. Sois quienes decís ser. Lo que significa que sé lo que queréis preguntarme.

—Sí —repuso Julian. Se aclaró la garganta—. ¿Mark? ¿Ty? ¿Helen y Dru...?

—Pero seguramente también queréis salir de aquí —lo interrumpió Livvy—. Ya que acabasteis aquí por accidente y vuestro mundo parece un lugar mucho mejor.

—Tenemos que irnos —afirmó Emma—. Hay gente en casa que podría resultar herida e incluso muerta si no regresamos...

—Pero queremos llevarte con nosotros —dijo Julian.

Emma sabía que diría eso. No lo habían discutido, pero nunca había habido nada que discutir. Por supuesto que Julian querría que Livvy regresara con ellos.

Ella asintió lenta y largamente.

—Bien —dijo—. ¿Tenéis alguna razón para pensar que existe alguna manera de que regreséis? Los viajes interdimensionales no son exactamente fáciles.

—Solo acabamos de comenzar a hablarlo —dijo Emma—. Pero ya pensaremos en algo. —Habla con más seguridad de la que sentía.

—Lo que me gustaría es haber estado aquí para ti —dijo Julian, sin apartar los ojos de Livvy.

La mirada de ella era distante.

—Estabas, supongo. Los dos. —Dobló las piernas y se sentó sobre ellas —. Nos salvasteis la vida cuando os sacrificasteis para sacarnos de Manhattan, el día que cayó.

Emma se estremeció.

—¿Nueva York? ¿Por qué estábamos en Nueva York?

—La batalla del Burren fue cuando todo comenzó a ir mal —explicó Livvy—. Clary estaba allí, Alec e Isabelle Lightwood, Magnus Bane, y Helen y Aline, claro. Estábamos ganando. Jace estaba bajo el hechizo de Sebastian, pero Clary esgrimía a *Gloriosa*, la espada del Ángel del Paraíso. Estaba a punto de liberarlo cuando apareció Lilith. Envió la espada al Infierno y acabó con Clary. Helen y los demás tuvieron suerte de salir con vida.

»Fue la gran victoria de Sebastian. Después, unió sus fuerzas con las de los seres mágicos. Irrumpieron en Alacante mientras nos escondíamos en la sala de los Acuerdos. Los cazadores de sombras lucharon, nuestros padres lucharon, pero Sebastian era demasiado poderoso. Mientras Alacante caía en manos de sus fuerzas, un grupo de brujos abrieron un Portal para los niños. Solo para los menores de quince años. Tuvimos que dejar a Helen y Mark atrás. Dru gritaba cuando la arrancaron de los brazos de Helen y nos enviaron por el Portal a Manhattan.

»Allí, Catarina Loss y Magnus Bane había organizado un refugio temporal. La guerra seguía en Idris. Recibimos un mensaje de Helen. A Mark se lo habían llevado los seres mágicos. No sabía lo que le harían. Y sigo sin saberlo. Espero que esté en Feéra, y que allí sea verde y brillante y nos haya olvidado a todos.

—No lo ha hecho —dijo Julian en voz baja—. Mark no olvida.

Livvy solo parpadeó, rápido, como si le picaran los ojos.

—Helen y Aline resistieron, siguieron luchando. A veces nos llegaba algún mensaje de fuego de ellas. Oímos que unos extraños trozos grises comenzaban a aparecer en el bosque de Brocelind. Los llamaron la «peste». Resultaron ser puertas de entrada para demonios.

—¿Puertas para demonios? —preguntó Emma, incorporándose en el asiento, pero Livvy estaba perdida en su historia, haciendo girar el vaso una y otra vez tan rápido que a Emma la sorprendió que no comenzara a soltar chispas.

—Los demonios inundaron Idris. Los seres mágicos y los oscurecidos expulsaron de Alacante a los cazadores de sombras. Estábamos en Nueva York cuando nos enteramos de que Idris había caído. Todo el mundo quería saber los nombres de los muertos, pero no había información. No pudimos

descubrir qué les había pasado a Helen y a Aline, si sobrevivieron o fueron oscurcidas; no lo sabíamos.

»Lo que sí sabíamos era que no estaríamos a salvo por mucho tiempo. Sebastian no tenía ningún interés en ocultar secretos al mundo de los humanos. Quería quemarlo de raíz. Los demonios comenzaron a aparecer por todas partes, campando a sus anchas, matando a los humanos por las calles. La peste se extendió por todo el mundo. Envenenaba todo lo que tocaba y los brujos comenzaron a enfermar.

»Al cabo de dos meses el refugio fue destruido. Las calles estaban llenas de monstruos, y los brujos cada vez más enfermos. Cuanto más poderosos eran, más magia debían emplear, más rápido enfermaban y más posible era que se transformaran en demonios. Catarina huyó para no hacerle daño a nadie. Ya habéis oído lo que pasó con Magnus y Alec. El refugio se hundió y los niños nos lanzamos a las calles. —Miró a Julian—. Era invierno. No teníamos ningún sitio a donde ir. Pero tú nos mantuviste unidos. Dijiste que, a cualquier precio, nos quedaríamos juntos. Vivimos porque estamos juntos. Nunca nos separamos.

Julian se aclaró la garganta.

—Eso suena bien.

Livvy clavó los ojos en los suyos.

—Antes de irse, Catarina Loss lo arregló para que un puñado de trenes se llevara a los cazadores de sombras y a los subterráneos al otro lado del país. Los demonios se extendían de este a oeste, y el rumor era que California estaba bastante vacía. Salimos hacia la estación de White Plains; caminamos toda la noche, tú llevando a Tavvy. Tenía tanta hambre... Todos teníamos hambre. No dejabas de intentar darnos comida, sobre todo a Ty. Llegamos a la estación y el último tren estaba partiendo. Entonces fue cuando los vimos. Los oscurcidos. Vinieron a por nosotros en su uniforme rojo, como una lluvia de sangre. Nos iban a matar a todos antes de que pudiéramos subir al tren.

»Ni siquiera nos disteis un beso de despedida —continuó Livvy con voz remota—. Solo nos empujasteis hacia el tren. Nos gritasteis que subiéramos, y me dijiste que cuidara de los más pequeños. Y fuisteis a por los oscurcidos con las espadas desenvainadas. Os vimos luchar contra ellos mientras el tren arrancaba; vosotros dos contra cincuenta oscurcidos, en la nieve».

«Al menos, sucumbimos protegiéndolos», pensó Emma. Aunque no era un gran alivio.

—Y entonces quedamos cuatro —dijo Livvy, y cogió la botella de whisky—. Ty y yo. Dru y Tavvy. Hice lo que me habías dicho. Los cuidé. Los trenes avanzaron lentamente a través del invierno. Nos encontramos con Cameron en algún punto cerca de Chicago; para entonces, todos habíamos comenzado a ir de tren en tren, cambiando comida por cerillas, y esas cosas. Cameron dijo que debíamos ir a Los Ángeles, que su hermana estaba allí y le había dicho que las cosas estaban bien.

»Y claro, cuando llegamos a Union Station, resultó que Paige Ashdown se había unido a la Legión de la Estrella. Así es como se hacen llamar. Traidores, los llamamos nosotros. Estaba allí, sonriendo satisfecha, con una docena de oscurecidos alrededor. Cameron me dio un empujón y Ty y yo salimos corriendo. Arrastrábamos a Dru y a Tavvy con nosotros. Ellos lloraban y gritaban. Habían pensado que volvíamos a casa.

»Creo que no fue hasta ese momento que nos dimos cuenta de lo mal que se habían puesto las cosas. Los demonios cazaban en las calles a los humanos que no habían jurado lealtad, y nosotros no podíamos hacer nada. Las Marcas se nos estaban borrando. Éramos más débiles cada día. Las runas y los cuchillos serafines no funcionaban. No teníamos nada con lo que luchar contra los demonios, así que nos escondimos. Como cobardes.

—¡Por el Ángel, Livvy! —exclamó Emma—. No se te podía pedir más, solo tenías diez años.

—Ya nadie dice «por el Ángel». —Livvy se sirvió una copa de whisky y tapó la botella—. Al menos, no hacía frío. Recordaba lo que me habías dicho, Jules, que cuidara a los pequeños. Ty no es, no era, más pequeño que yo, pero estaba destrozado. Se le rompió el corazón cuando te perdimos. Te quería tanto, Jules...

Julian no dijo nada. Estaba tan pálido como la nieve de la historia de Livvy. Emma deslizó la mano por el sofá y le tocó los dedos. Los tenía helados. Ese mundo era la pura esencia destilada de sus peores pesadillas, pensó Emma. Un lugar donde le habían arrancado a sus hermanos y hermanas, donde no podía protegerlos mientras el mundo caía alrededor envuelto en oscuridad y fuego.

—Dormíamos en callejones, en las casas abandonadas de los humanos asesinados —explicó Livvy—. Rebuscábamos comida en los supermercados. Nunca permanecíamos más de dos noches en el mismo sitio. Todas las noches, Tavvy se dormía gritando en mis brazos, pero teníamos cuidado. Yo pensaba que teníamos cuidado. Dormíamos dentro de círculos de sal y hierro. Lo intenté, pero... —Tomó un trago de whisky. Emma se hubiera

atragantado, pero Livvy parecía acostumbrada—. Una noche, estábamos durmiendo en la calle. En las ruinas del Grove. Allí aún había almacenes con comida y ropa. Nos habíamos rodeado de sal, pero un demonio Shinagami vino desde arriba; fue una rápida mancha con alas y garras como cuchillos. Agarró a Tavvy y me lo arrebató; nos pusimos los dos a gritar. —Respiró entrecortadamente—. Había una estúpida fuente ornamental. Ty saltó sobre ella y atacó al Shinagami con un cuchillo arrojado. Creo que le dio, pero sin las runas, solo fue... No les puedes hacer nada. El demonio seguía sujetando a Tavvy. Simplemente se dio la vuelta, alargó una garra y le cortó el cuello a Ty-Ty. —No pareció darse cuenta, o no le importó, el hecho de que lo había llamado por su apodo de bebé. Agarraba el vaso con fuerza, y sus ojos estaban vacíos y perdidos—. Mi Ty cayó en la fuente, y todo fue agua y sangre. El Shinagami había desaparecido. Tavvy había desaparecido. Saqué a Ty de la fuente, pero murió en mis brazos.

«Murió en mis brazos». Emma apretó más la mano de Julian, viéndolo en el estrado del Salón del Consejo, cogiendo a Livvy mientras la vida y la sangre escapaban de ella.

—Lo besé. Le dije que lo quería. Y fui a buscar una jarra de gasolina y quemé su cuerpo para que los demonios no lo pudieran encontrar. —Livvy hizo una mueca con la boca—. Y entonces quedamos solo Dru y yo.

—Livia... —Julian se inclinó hacia ella, pero su hermana alzó una mano como para cortar lo que fuera que iba a decir.

—Déjame acabar —dijo—. Ya que he llegado hasta aquí. —Tomó otro trago y cerró los ojos—. Después de eso, Dru dejó de hablar. Le dije que íbamos a ir al Instituto a buscar ayuda. Ella no dijo nada. Yo sabía que allí no había ninguna ayuda. Pero pensé que quizá pudiéramos unirnos a la Legión de la Estrella; ya no me importaba. Estábamos caminando por la autopista cuando un coche paró a nuestro lado. Era Cameron.

»Vio que estábamos ensangrentadas y hambrientas. Y que solo quedábamos dos. No preguntó nada. Nos habló de este lugar, el edificio Bradbury. Se había unido a la resistencia. Entonces era mínima, pero había dos cazadores de sombras que una vez habían perseguido a un demonio hasta aquí. Dijeron que era un edificio viejo y fuerte, lleno de sal y hierro, fácil de cerrar completamente. Además, como la policía de Los Ángeles había tenido un cuartel aquí, había un almacén de armas.

»Nos unimos a los otros y los ayudamos a entrar. Incluso Dru ayudó, aunque seguía sin hablar. Comenzamos a reforzar el edificio e hicimos correr la voz de que aquellos que resistían contra Sebastian eran bienvenidos aquí.

Llegó gente de Nueva York, de Canadá, de México, de todas partes. Lentamente, fuimos aumentando en número, creando un lugar seguro para los refugiados.

—¿Y Dru aún está...? —preguntó Emma, ansiosa, pero Livvy la cortó.

—Hace dos años salió con un grupo de reconocimiento. Nunca volvió. Pasa constantemente.

—¿Fuiste en su busca? —preguntó Julian.

Livvy lo miró sin pestañear.

—Aquí no vamos a buscar a la gente —contestó—. No hacemos misiones de rescate. Solo sirven para que muera más gente. Si yo desapareciera, no esperaría que nadie fuera a buscarme. No querría que nadie fuera tan estúpido. —Dejó el vaso sobre la mesa—. Bueno, pues ya lo sabéis. Esta es la historia.

Durante un largo rato, se quedaron mirándose los tres. Luego, Julian se puso en pie. Rodeó la mesa, levantó a Livvy y la abrazó con tanta fuerza que Emma la vio ahogar un grito de sorpresa.

«No lo apartes —pensó Emma—. Por favor, no lo hagas».

Livvy no lo hizo. Apretó los ojos y se aferró a Julian. Se abrazaron durante un largo momento como dos personas ahogándose que se agarraran al mismo bote salvavidas. Livvy apretó el rostro contra el hombro de Julian y lanzó un único y seco sollozo.

Emma se puso en pie y se acercó a ellos, sin meterse en el abrazo, pero acariciándole suavemente el pelo a Livvy. Esta alzó la cabeza del hombro de Julian y le ofreció una pequeña sonrisa.

—Vamos a volver a nuestro mundo —dijo Julian—. Allí Ty está vivo. Todos están vivos. Te llevaremos con nosotros. Tu sitio está allí, no aquí.

Emma esperó a que Livvy preguntara por su propia suerte en el mundo de ellos, pero no lo hizo. En vez de eso, se apartó un poco de Julian y negó con la cabeza, no con rabia, sino con una inmensa tristeza.

—Hay cosas que debo hacer aquí —repuso—. No es como si estuviéramos encerrados aquí esperando a morir. Estamos luchando, Jules.

—Dios, Livvy —protestó él con la voz medio rota—. Es tan peligroso...

—Lo sé —admitió ella, y le dio unas ligeras palmaditas en el rostro, del modo que a veces lo había hecho cuando era muy pequeña, como si la forma de su rostro le resultara tranquilizadora. Luego se apartó, rompiendo el abrazo. Se alisó el pelo y añadió—: No os he hablado de los Hermanos Silenciosos.

—¿Los Hermanos Silenciosos? —Emma estaba confusa.

—Cuando Idris cayó, mataron a los Hermanos Silenciosos, pero antes de morir sellaron la Ciudad Silenciosa, con la Copa Mortal y la Espada Mortal dentro. Nadie pudo llegar a ellas. Ni siquiera Sebastian. Y lo quiere, desesperadamente.

—¿Por qué quiere los Instrumentos Mortales? —quiso saber Julian.

—Tiene una versión de la Copa que controla a los oscurecidos —explicó Livvy—. Pero quiere controlarnos a nosotros. Cree que si puede unir los Instrumentos Mortales, podrá controlar lo que queda de los nefilim, transformarnos de rebeldes en esclavos.

—Sebastian dijo algo en la playa —recordó Emma—, sobre los Instrumentos Mortales.

—Tenemos a gente dentro, como Cameron —dijo Livvy—. El rumor es que Sebastian está cerca de averiguar un modo de entrar en la Ciudad. —Vaciló un instante—. Eso sería nuestro fin. Lo único que podemos hacer es esperar que no lo consiga, o que el avance sea muy lento. No podemos detenerlo.

Emma y Julian se miraron.

—¿Y si pudiéramos encontrar un brujo? —preguntó Emma—. ¿Alguien que pudiera ayudarte a llegar a la Ciudad Silenciosa antes que él?

Livvy dudó.

—Me encanta vuestro entusiasmo —replicó—. Pero los brujos o están muertos o son demonios.

—Escuchadme primero —dijo Emma. Estaba pensando en Cristina en la corte noseelie: «No son las líneas ley. Es la peste»—. Estabas hablando de cuando los demonios entraron en Idris a través de las zonas apestadas. Nosotros también las tenemos en nuestro mundo, aunque los demonios no entran todavía. Y nuestros brujos también están cayendo enfermos, los más viejos y poderosos primero. No se están convirtiendo en demonios, aún no, afortunadamente, pero la enfermedad es la misma.

—¿Y? —preguntó Julian. La estaba mirando con un pensativo respeto. Emma siempre había sido alabada por su habilidad en la lucha, pero Julian siempre había asegurado que también era muy lista y capaz. De repente, se dio cuenta de lo mucho que había añorado eso.

—En nuestro mundo, hay una bruja que es inmune a la enfermedad —explicó Emma—. Tessa Gray. Si también es inmune aquí, quizá podría ayudarnos.

Livvy la miraba fijamente.

—Existen rumores del Último Brujo, pero nunca he visto a Tessa aquí en Los Ángeles. Ni siquiera sé si sigue viva.

—Tengo una manera de contactar con ella. —Emma alzó la mano—. Este anillo. Quizá funcione aquí. Merece la pena intentarlo.

Livvy miró el anillo de Emma.

—Recuerdo ese anillo —dijo lentamente—. Solías llevarlo. El hermano Zachariah te lo dio cuando estábamos en Manhattan, pero se perdió cuando tú... cuando Emma se perdió.

Una chispa de esperanza se encendió en el corazón de Emma.

—Me lo dio también en mi mundo —explicó—. Quizá funcione si Tessa sigue teniendo el otro.

Livvy no dijo nada. Emma tuvo la sensación de que hacía mucho tiempo que había dejado de creer que había cosas que merecía la pena intentar.

—Déjame intentarlo —dijo Emma, y lanzó la mano izquierda con fuerza contra uno de los pilares de hormigón. La piedra falsa del anillo se destrozó y el metal del anillo se oscureció, salpicado de repente por manchas como de óxido o sangre. Los engarces que sujetaban la piedra desaparecieron; el anillo se había transformado en una simple banda de metal.

Livvy soltó aire.

—Magia real —exclamó—. Hacía mucho que no veía eso.

—Parece una buena señal —dijo Julian—. Si Tessa sigue aquí, puede que tenga poderes que aún funcionen.

Parecía un hilo tan fino como el de una telaraña en el que agarrarse, pensó Emma. Pero ¿qué más tenían?

Livvy fue a uno de los escritorios y regresó con el móvil de Emma.

—Aquí tienes —le dijo, un poco reticente.

—Quédatelo, si quieres —dijo Emma. Sabía que Julian la estaba mirando con cara de sorpresa—. De verdad...

—De todas formas, la batería se está agotando —repuso Livvy, pero había algo más en su voz, algo que decía que le dolía mirar las fotos de una vida que se le había arrebatado—. Ty está muy guapo —comentó—. Seguro que las chicas no lo dejan en paz. O los chicos —añadió con una sonrisa de medio lado que desapareció enseguida—. Va. Cógelo.

Emma se metió el móvil en el bolsillo. Mientras Livvy se volvía hacia otro lado, Emma creyó haber visto de refilón el borde de una Marca negra justo bajo el cuello de la camiseta de Livvy. Parpadeó; ¿no se suponía que aquí no había Marcas?

Parecía el trazo final de una runa de luto.

Livvy volvió a tumbarse en el sofá.

—Bueno, no tiene sentido esperar aquí —dijo—. Solo nos tensaría. Vosotros id a dormir un rato. Si no pasa nada, mañana a primera hora de la tarde podemos volver a reunirnos.

Emma y Julian fueron hacia la salida. En la puerta, Julian se detuvo vacilante.

—Me estaba preguntando... —dijo— ¿este lugar es mejor durante el día?

Livvy se había estado contemplando las manos, con su entrecruzado de cicatrices. Alzó los ojos, y por un momento le brillaron ardientes, del familiar azul Blackthorn.

—Tú espera —contestó.

* * *

Los pijamas no parecían ser muy populares en Thule. Después de ducharse, Julian se sentó en la cama vestido con unos pantalones de deporte y una camiseta, mirando a la ventana de metal, pintada con sus falsas estrellas plateadas.

Estaba pensando en Mark. Mientras este había estado prisionero en la Cacería Salvaje, todas las noches recitaba los nombres de sus hermanos y hermanas, señalando con cada nombre un punto de luz en lo alto.

En Thule no se veían las estrellas. ¿Qué habría hecho Livvy? ¿Cómo los habría recordado a todos? ¿O había sido menos doloroso tratar de olvidarlos? Mark había pensado que su familia estaba viva y feliz sin él. Livvy sabía que estaban muertos o sometidos. ¿Qué era peor?

—No lo ha preguntado —le dijo a Emma, que salía del cuarto de baño con su top de tirantes y unos bóxers—. Livvy... no ha preguntado sobre nuestro mundo. Nada de nada.

Emma se sentó en la cama junto a él. Se había recogido el pelo en una trenza. Julian notaba su calor y el olor a jabón en su piel. Se tensó por dentro.

—¿Y te sorprende? Nuestro mundo no es perfecto, pero no es esto. No es todo un mundo de cumpleaños que no celebró, todo lo que nunca llegó a ver y el consuelo que nunca tuvo.

—Pero aquí está viva —replicó Julian.

—Julian. —Emma le tocó el rostro levemente. Él quiso dejarse llevar por ese contacto, pero se contuvo con un esfuerzo—. Aquí solo está sobreviviendo.

—¿Y hay alguna diferencia?

Emma lo miró largamente antes de dejar caer la mano y tumbarse sobre las almohadas.

—Ya sabes que sí.

Se quedó de costado; algunos cabellos escapados de la trenza relucían dorados sobre la blanca almohada. Sus ojos eran del color de la madera pulida, su cuerpo se curvaba como un violín. Julian deseó coger su bloc para dibujarla, como siempre había hecho cuando sus sentimientos llegaban a ser demasiado intensos. Su corazón estallando en pinturas y colores porque no podía decir las palabras.

—¿Quieres que duerma en el suelo? —le preguntó. Su voz era apagada y hueca. No podía hacer nada con eso.

Ella negó con la cabeza, aún mirándolo con esos enormes ojos.

—Estaba pensando... —dijo ella—. Si la magia de los cazadores de sombras no existe aquí... si los cuchillos serafines no funcionan, o la magia angélica...

—Entonces, nuestro vínculo de *parabatai* seguramente está roto —finalizó por ella Julian—. Yo también lo he pensado.

—Pero no podemos estar seguros —repuso ella—. Quiero decir, supongo que podríamos intentar algo, que pasara algo, como cuando quemamos aquella iglesia...

—No creo que sea una buena idea experimentar con fuego. —Julian podía notar los latidos de su corazón, Emma se le estaba acercando, ya le veía la curva de la clavícula, el lugar donde la piel bronceada se volvía más pálida. Apartó la mirada.

—Podríamos intentar la otra cosa —sugirió ella—. Ya sabes. Besarnos.

—Emma...

—Lo noto cuando nos besamos. —Sus pupilas eran enormes—. Y sé que tú también notas el vínculo.

Era como si le estuvieran insuflando helio en la sangre. Julian se sentía más ligero que el aire.

—¿Estás segura? ¿Estás absolutamente segura de que lo quieres?

—Sí. —Emma se subió un poco en la cama, apoyándose más en la almohada. Lo miraba directamente, con la obstinada barbilla alzada, los codos apoyados en el colchón. Las piernas estiradas, largas y gloriosas. Él se acercó un poco más. Veía cómo le latía el pulso en el cuello. Ella abrió los labios en un susurro—: Lo quiero.

Se puso sobre Emma, sin tocarla aún, su cuerpo a un suspiro del de ella. Vio que se le oscurecían los ojos. Se movió bajo él y deslizó las piernas

rodeando las de Julian.

—Emma —preguntó con voz rasposa—, ¿qué ha pasado con aquel sujetador? Ya sabes, el enorme.

Ella sonrió pícara.

—Prescindi de él.

De repente, el aire en la habitación se sobrecalentó. Julian intentó respirar normalmente, a pesar de saber que si metía las manos bajo el top de Emma solo encontraría piel suave y curvas desnudas.

Pero ella no le había pedido que hiciera eso. Le había pedido un beso. Se apoyó sobre ella con una mano a cada lado. Lentamente, fue descendiendo, hasta que sus bocas quedaron a dos dedos de distancia. Julian notaba el calor del aliento de Emma en el rostro. Pero sus cuerpos casi no se tocaban. Ella se agitó impaciente, clavando los dedos en la colcha.

—Bésame —murmuró, y él se inclinó un poco más para rozarle los labios; solo un roce, el contacto más leve. Emma buscó sus labios con los propios; él ladeó la cabeza y le rozó levemente el mentón y la mejilla. Cuando volvió a la boca, ella jadeaba, con los ojos medio cerrados. Le tomó el labio inferior entre los suyos y se lo recorrió con la lengua, dibujando la curva sobre las sensibles comisuras.

Emma tragó aire de nuevo, hundiendo más la cabeza en los cojines y arqueando el cuerpo. Notó el roce de sus pechos en el tórax, y una descarga le fue directa a la entrepierna. Clavó los dedos en el colchón, forzándose a mantener el control, a darle a ella solo y exactamente lo que le había pedido.

Un beso.

Jugueteó con su labio inferior, y le resiguió con la lengua el arco del superior. Le rozó la comisura hasta que ella abrió los labios y entonces selló con su boca la de Emma; todo fue calor y humedad y el sabor de Emma, menta y té. Ella le envolvió los brazos con las manos, sobre los bíceps, arqueándose contra él mientras la besaba lentamente. Emma gemía en su boca, su cuerpo suave y cálido; le arrastró los talones sobre las pantorrillas, le metió la mano bajo la camisa, curvando los dedos...

Entonces Emma se detuvo. Respiraba como si hubiera estado corriendo una maratón, con los labios rosados y húmedos por los besos, y las mejillas ardiendo.

—¡La madre...! —comenzó Emma, pero tosió y se sonrojó—. ¿Has estado practicando?

—No —respondió Julian. Se enorgulleció de poder pronunciar una sílaba entera. Decidió probar con una frase—: No lo he hecho.

—Muy bien —jadeó Emma—. Vale. Nadie está ardiendo, ninguna cosa rara de *parabatai* visible. Ya está hecho todo el test que se podía en este momento.

Julian se dejó caer con cuidado a su lado.

—Pero aún puedo dormir en la cama, ¿verdad?

Ella esbozó una sonrisa.

—Creo que te lo has ganado, sí.

—Puedo quedarme en el borde —se ofreció él.

—No te pases, Julian —repuso ella, y se dio la vuelta, apretando su cuerpo contra el de él. Julian probó a rodearla con los brazos, y ella se acurrucó aún más, y cerró los ojos.

—¿Emma? —la llamó.

No hubo respuesta.

Julian no podía creerlo. Se había dormido. Respiraba suave y regularmente, con su fría naricilla contra la clavícula de él. Dormía, y él sentía que todo su cuerpo estaba ardiendo. Las estremecedoras oleadas de placer y deseo que lo habían invadido con solo besarla aún lo anonadaban.

La sensación había sido buena. Casi eufóricamente buena. Y no solo por lo que había florecido en sus propias células, en su propia piel. Había sido por Emma, por los ruiditos que había hecho, por la manera en que lo había tocado. No era el vínculo de *parabatai*, sino su propio vínculo, el que había entre ellos. Era el placer que le había dado a ella, reflejado en él multiplicado por mil. Era todo lo que no había sido capaz de sentir desde el hechizo.

La voz de la reina le llenó la cabeza, indeseada, resonante como una campana y cargada de malicia:

«Estás en esa jaula, muchacho».

Se estremeció y se acercó más a Emma.

19

Los muertos enjorados

Emma soñó con fuego y truenos, y la despertó el ruido de la madera al astillarse. Al menos, sonaba como si la madera se estuviera astillando. Cuando se incorporó, medio dormida y confusa, con el brazo de Julian aún en la cintura, se dio cuenta de que alguien estaba llamando muy, muy fuerte a la puerta del dormitorio.

Julian se movió, gruñendo suavemente sin despertarse; Emma se escapó de su abrazo y fue a la puerta para abrirla, esperando ver a Cameron o a Livvy.

Pero era Diana.

Verla fue como una inyección de cafeína. Iba toda vestida de negro, desde las negras botas de motorista a los pantalones de cuero y la chaqueta. Tenía recogido el pelo en una tensa y rizada coleta. Resultaba intimidante, pero a Emma no le importaba demasiado: soltó un pequeño gañido y la rodeó con los brazos. Diana profirió un fuerte sonido de sorpresa.

—¡Eh, eh, desconocida! —soltó—. ¿Qué está pasando?

—Perdón. —Julian había aparecido y apartó suavemente a Emma—. En nuestro mundo, eres nuestra tutora.

—Ah, vale. Vuestra dimensión alternativa. Livvy me lo contó cuando regresé de mi paseo por las farmacias. —Diana alzó las cejas—. Increíble.

—Aquí, ¿no nos conoces? —preguntó Emma con cierta decepción.

—No desde que eráis niños. Os vi en la sala de los Acuerdos durante la Guerra Oscura, antes de que transportaran a todos los niños por el Portal. Eráis pequeños, pero buenos luchadores —añadió—. Luego oí que os habían transformado en oscurecidos. No esperaba volver a veros a no ser que me estuvierais apuntando con un rifle.

—Bueno —repuso Emma—. Una buena sorpresa, ¿no?

A Diana pareció hacerle gracia.

—Vamos. Podéis contarme todo lo que queráis de vuestro mundo mientras os llevo al vestíbulo.

Se vistieron deprisa: botas, camisas de manga larga, chaquetas de aviador. Emma se preguntó de dónde sacarían los rebeldes sus suministros. Sus pantalones negros parecían estar hechos de lona o de algo igualmente grueso y áspero. Pero las botas eran guais, y tenía que admitir que le gustaba cómo le quedaban a Julian la desgastada camisa y los pantalones militares. Se le ajustaban a su cuerpo esbelto y musculado de un modo que la hizo no querer pensar en la noche anterior.

Mientras salían del dormitorio, Julian arrancó una hoja de su bloc de dibujo y se la metió en el bolsillo.

—Para que dé suerte —dijo.

Se reunieron con Diana en el pasillo, y sus botas resonaron con fuerza sobre la madera pulida del suelo.

—En nuestro mundo —dijo Emma, mientras se dirigían a un tramo de escalera—, estás saliendo con un hada.

Diana frunció el ceño.

—¿Un hada? ¿Y cómo iba a estar saliendo con un traidor?

—Las cosas son un poco más complicadas allí.

—Las cosas ya son bastante complicadas aquí, niña —replicó Diana mientras los llevaba a la planta baja—. Venid por aquí.

Pasaron bajo un arco de ladrillo y entraron en una enorme sala llena de muebles, que parecían haber sido recogidos de despachos diferentes. Había modernos sofás de acero y cuero, otros de *patchwork* antiguo y algunos de terciopelo. Sillones de cretona y algodón, varios en perfecto estado, otros rotos. Al fondo, había mesas baratas de conglomerado sobre patas de metal, para crear una especie de efecto de sala de juntas.

Había mucha gente en la sala. Emma vio a Livvy y a Cameron, a Bat y Maia, y a unos cuantos rostros conocidos más: Divya Joshi, Rayan Maduabuchi y uno o dos de los miembros mayores del Cónclave de Los Ángeles. Todos miraban hacia la pared este de la sala: ladrillos y arenisca sin nada especial, pero que en esos momentos ardía con enormes letras de fuego que llegaban de un extremo al otro del muro.

BUSCA IGLESIA

—¿Lo entendéis? —preguntó Diana—. Nadie aquí lo entiende. A las iglesias no les va muy bien en este mundo. Todas están desconsagradas y llenas de demonios.

—Todos están tan callados... —comentó Emma, susurrando para sí—. ¿Están... asustados?

—Realmente no —contestó Diana—. Creo que solo es que ha pasado mucho tiempo desde que alguno de nosotros haya visto magia.

Livvy se abrió paso entre la gente hacia ellos, dejando atrás a Cameron.

—¿Es de Tessa Gray? —preguntó, con los ojos muy abiertos, al llegar a su lado—. ¿Es una respuesta a la llamada? Entonces ¿ha funcionado?

—Sí —contestó Julian—. Estoy casi seguro de que es eso exactamente. Tessa quiere que vayamos con ella.

—No demasiado confiada —repuso Diana—. Debe de ser inteligente.

—Pero ¿eso de la iglesia? —Livvy pareció desconcertada—. ¿A qué iglesia se refiere?

—Se refiere a un gato —contestó Julian.

—Y por favor, no me digáis que todos los gatos están muertos —pidió Emma—. No estoy segura de que pudiera soportar la muerte felina a escala masiva.

—A los gatos les va bien aquí —contestó Diana—. Ellos mismos son pequeños demonios.

Livvy agitó las manos.

—¿No podemos ser más específicos? ¿Qué quieres decir con un gato?

—Un gato muy poco corriente —explicó Julian—. Se llama *Iglesia*. Hubo un tiempo en que perteneció a Jem Carstairs, y solía vivir con nosotros en el Instituto antes de la Guerra Oscura.

—No podemos ir al Instituto —dijo Emma—. Está lleno de malvados Ashdown.

—Sí, pero *Iglesia* era un gato al que le gustaba salir, ¿recuerdas? —repuso Julian...—. Realmente, no vivía con nosotros. Se paseaba por la playa y venía cuando le apetecía. Y nos llevaba a donde queríamos ir. Si encontramos a *Iglesia*, nos podría llevar junto a Tessa.

—Tessa y el Hermano Zachariah tenían un gato muy malhumorado en Nueva York, después de la guerra —informó Livvy.

—Iré contigo a la playa —dijo Diana.

—Eso significa que tendrás que cruzar toda la ciudad de día —repuso Livvy—. No me gusta.

—¿No sería más seguro ir por la noche? —preguntó Julian.

—No, eso es incluso peor.

—Ey —exclamó una suave voz.

Emma se volvió y vio a un chico con el cabello ondulado y piel marrón claro mirándolos con una mezcla de enfado y... no, sobre todo era enfado.

—¿Raphael Santiago? —preguntó.

Lo había reconocido de la Guerra Oscura, de fotos en libros de historias sobre héroes. Siempre había pensado que Raphael, que hizo su famoso sacrificio para salvarle la vida a Magnus Bane, tendría un rostro angélico. La corona de rizos, la cicatriz en cruz en el cuello y los grandes ojos en un rostro de niño regordete eran los mismos. No se había esperado la expresión sardónica que lo cubría todo.

—Se quién eres —dijo Emma.

No pareció impresionado.

—Y yo sé quién eres tú. Sois esos oscurecidos que siempre montan un espectáculo desagradable. Ya sé que sois malos, pero ¿no podríais ser más discretos?

—Esos no somos nosotros realmente —indicó Julian—. Esos son otra gente.

—Eso es lo que tú dices —replicó Raphael—. Este plan es estúpido y vais a morir todos. Ya veo que los dones del Ángel han desaparecido del todo, dejando solo el don de los nefilim de ser remarcablemente cortos de vista. Fuera de la sartén demoníaca, vuelta a la sartén demoníaca.

—¿Estás diciendo que no deberíamos contestar la llamada de Tessa? —preguntó Emma, que estaba comenzando a cabrearse.

—Raphael solo está de mal humor —terció Livvy. Le alborotó el rizado cabello—. ¿Estás de mal humor? —bromeó.

Raphael le lanzó una mirada asesina. Livvy sonrió.

—No he dicho que tengáis o no tengáis que hacer lo que sea —replicó Raphael—. Id a buscar a Tessa, pero quizá queráis mi ayuda. Es mucho más probable que lleguéis al otro extremo de la ciudad si tenéis transporte. Pero mi ayuda no es gratis.

—Aunque es un palo, todo lo que dice es cierto —admitió Livvy.

—Muy bien —repuso Julian—. ¿Qué es lo que quieres, vampiro?

—Información —contestó Raphael—. En vuestro mundo, ¿mi ciudad, Nueva York, aún está en pie?

Julian asintió.

—¿Estoy vivo?

—No —contestó Emma. No parecía tener sentido andarse con rodeos.

Raphael calló un momento.

—Entonces ¿quién es el líder del clan de Nueva York? —preguntó Raphael.

—Lily Chen —respondió Emma.

Raphael sonrió, sorprendiéndola. Era una sonrisa real, de cariño real. Emma se suavizó.

—En nuestro mundo, eres un héroe. Te sacrificaste para que Magnus pudiera vivir.

Raphael la miró horrorizado.

—Dime que no te refieres a Magnus Bane. Dime que me estás hablando de algún otro Magnus más guay. Nunca haría eso. Y si lo hiciera, nunca querría que nadie hablara de ello. No puedo creer que Magnus me humille hablando de eso.

Julian inclinó la comisura de la boca.

—Le puso tu nombre a su hijo. Raphael Santiago Lightwood-Bane.

—Eso es horrible. ¿Así que lo sabe todo el mundo? ¡Qué vergüenza! —exclamó Raphael. Miró a Diana—. Bajo una lona en el garaje hay varias de mis motocicletas. Coged dos. No las estrelléis o me enfadaré mucho.

—Anotado —repuso Diana—. Las devolveremos al anochecer.

—¿No deberías estar durmiendo, Raphael? —preguntó Emma, al ocurrírsele de repente—. Eres un vampiro. Y es de día.

Raphael le dirigió una fría sonrisa.

—Oh, pequeña cazadora de sombras. Espera hasta que veas el sol.

* * *

Encontraron las motocicletas en el garaje, como Raphael había dicho, y Divya abrió la puerta de metal para que las pudieran sacar empujando hasta la calle. La cerró rápidamente detrás de ellos, y sobre el chirrido y el ruido metálico de los engranajes, Julian miró hacia arriba y vio el cielo.

Su primer pensamiento fue que debía ponerse ante Emma, protegerla de algún modo del sol. El segundo fue un recuerdo fragmentario de una poesía que su tío le había enseñado: «La mañana llegó y se fue, y llegó de nuevo, y no trajo el día».

El sol era un ascua rojinegra que brillaba apagado contra un banco de cirros. Emitía una fea luz, una luz marrón rojiza, como si estuvieran viendo el mundo a través de agua tintada con sangre. El aire era espeso y dejaba un regusto a tierra y cobre.

Se hallaban en lo que Julian suponía que era West Broadway, y la calle estaba mucho menos concurrida que la noche anterior. De vez en cuando, alguna sombra se deslizaba entrando y saliendo en los espacios entre los edificios, y sorprendentemente, la tienda que ofrecía batidos de sangre estaba

abierta. Algo estaba sentado detrás del mostrador, leyendo una revista vieja, pero no tenía la forma de un ser humano.

La basura revoloteaba por la calle casi vacía, empujada por el aire recalentado, un fenómeno que ocurría cuando el viento venía del desierto. Los lugareños lo llamaban «vientos del demonio» o «vientos asesinos». Quizá, en Thule, soplaran continuamente.

—¿Estás listo? —preguntó Diana, pasando una pierna por encima de la moto.

Julian nunca había conducido una motocicleta. Estaba dispuesto a intentarlo, pero Emma ya había subido delante. Se subió la cremallera de la chaqueta de cuero que había cogido del armario y lo llamó con el dedo.

—Mark me enseñó a ir en una de estas —le dijo—. ¿Recuerdas?

Julian lo recordaba. También recordaba lo celoso que había estado de Mark; Mark, que podía flirtear con Emma tranquilamente. Que podía besarla y abrazarla mientras que Julian tenía que tratarla como una bomba que podía estallar si la tocaba. Si se tocaban el uno al otro.

Pero no aquí, se recordó. Quizá fuera el infierno, pero aquí no eran *parabatai*. Se acomodó en el asiento detrás de Emma y le pasó los brazos por la cintura. Ella llevaba una pistola metida en el cinturón, igual que él.

Emma bajó la mano para rozarle con los dedos las manos entrelazadas sobre su cinturón. Él inclinó la cabeza y la besó en la nuca.

Emma se estremeció.

—Ya basta, gente —dijo Diana—. Vámonos.

Partió, y Emma puso en marcha su moto, apretando el embrague mientras presionaba el botón de encendido. El motor se aceleró con un fuerte rugido y salieron a toda prisa detrás de Diana por la calle desierta. Diana dirigió la moto hacia una colina; Emma se inclinó sobre el manillar y Julian hizo lo mismo.

—¡Agárrate! —gritó Emma contra el viento, y la moto se alzó del suelo, empinándose hacia arriba. El suelo se alejó de ellos y siguieron volando, con Diana a su lado. Julian no pudo evitar pensar en la Cacería Salvaje, en cortar el aire sobre la dormida Inglaterra, en un sendero de viento y estrellas.

Pero esto era diferente. Desde arriba podía ver claramente la completa destrucción de la ciudad. El cielo estaba lleno de oscuras figuras: otras motocicletas y demonios en pleno día, protegidos por el tenue sol y la gruesa capa de nubes. Se veían hogueras a intervalos, el humo que se alzaba de Miracle Mile. Las calles alrededor de Beverly Hills habían sido bloqueadas e inundadas, formando una especie de foso alrededor de Bel Air, y mientras

volaban sobre él, Julian miró las revueltas aguas. Un gigantesco monstruo marino, horrible y jorobado, recorría su camino por el foso con sus tentáculos. Echó la cabeza atrás y aulló; y Julian captó un atisbo de una boca enorme y negra, remachada de dientes, como la de un gran tiburón blanco.

Volaron por encima de Wilshire, que se había convertido en un bulevar de los horrores. Julian vio a un músico humano colgando como una marioneta de cuerdas hechas con sus propios nervios y venas, obligado a tocar la mandolina mientras gritaba de agonía. Un demonio reposaba ante una mesa cubierta donde se vendían xilófonos hechos con costillas humanas; otro, una enorme serpiente de un solo ojo, se enroscaba en un tenderete de «limonada» donde los vampiros se acercaban para tomar una rodaja de limón y morder a un aterrorizado humano que no paraba de gritar.

Julian cerró los ojos.

Cuando los volvió a abrir, volaban hacia el norte por encima de la autovía junto al mar. Al menos, eso estaba casi desierto, aunque se podían ver las ruinas de las ricas mansiones que se alineaban en la orilla de Malibú. La maleza las había inundado, las piscinas estaba vacías o llenas de agua negra. Incluso el océano parecía diferente. En la tenue luz del día, el agua se veía oscura y revuelta, sin peces ni algas.

Notó que Emma se tensaba. Sus palabras las rompía el viento, pero captó lo suficiente para entenderla.

—Julian... el Instituto.

Miró hacia el este. Ahí estaba, su Instituto, cristal, piedra y acero, alzándose sobre la áspera hierba de las montañas de Santa Mónica. El corazón se le retorció de angustia. Todo le resultaba muy familiar, incluso bajo el brillo naranja infernal del agónico sol.

Pero... dos banderas ondeaban en el tejado del Instituto. Una mostraba el símbolo de Sebastian de la estrella en el círculo, y la otra el escudo de la familia Ashdown: un fresno rodeado de hojas.

Se alegró cuando Emma torció la moto hacia el otro lado y el Instituto dejó de verse.

Diana iba delante de ellos y descendía hacia la playa. Aterrizó entre unas cuantas nubes de arena, y se volvió a mirar a Emma y a Julian, que descendieron tras ella con bastante menos gracia. Aterrizaron en la arena con tanta fuerza que a Julian se le cerraron los dientes de golpe.

—Au —exclamó.

Emma se volvió hacia él, con las mejillas rojas y el cabello alborotado por el viento.

—¿Crees que podrías haberlo hecho mejor?

—No —contestó él, y la besó en la mejilla.

El rostro de Emma tomó un tono más oscuro de rosa, y Diana hizo un ruido de exasperación.

—Sois casi tan insoportables como vuestra versión oscurecida. Vamos, tenemos que ocultar estas motos.

Mientras Julian empujaba la moto bajo un saliente de roca, se dio cuenta de que no le importaba que Diana se metiera con ellos. Tampoco le habían importado los comentarios burlones de Cameron sobre la cama. Todo eso le recordaba que allí, Emma y él tenían una relación completamente normal, nada secreto, nada prohibido. Nada peligroso.

Quizá fuera la única cosa normal en Thule, pero en ese mundo sin ángeles era como una bendición.

—Bueno, aquí estamos —dijo Diana, cuando acabaron de ocultar las motos—. Buscando un gato en una playa.

—Normalmente, *Iglesia* viene a nosotros —dijo Julian mirando alrededor—. Es como... casi normal aquí.

—No me metería en el agua —repuso Diana, con tono siniestro—. Pero sí, a Sebastian parece gustarle la playa. En general la deja en paz y solo la usa para ceremonias y ejecuciones.

Emma comenzó a llamar a *Iglesia* siseando y haciendo los típicos ruiditos de llamar a los gatos.

—No será culpa mía si atraéis a un demonio gato —dijo Diana. Se estiró y los huesos de la muñeca le crujieron audiblemente—. Una semana para regresar de Ciudad de México y ahora esto, cuando llevo solo dos días en casa —dijo como para sí—. Y yo que pensaba que tendría la oportunidad de descansar. Tonta de mí.

Emma se volvió hacia ella.

—¿Ciudad de México? —preguntó—. ¿Sabías... sabes si Cristina Mendoza Rosales está bien?

—¿Cristina Rosales? ¿La Rosa de México? —inquirió Diana, sorprendida—. Gracias a ella, Ciudad de México es uno de los pocos bastiones de los cazadores de sombras que quedan. Es decir, no tienen magia angélica, pero sus patrullas mantienen los demonios al mínimo. La familia Rosales es una leyenda de la resistencia.

—¡Lo sabía! —exclamó Emma—. ¡Lo sabía!

—¿Hay otros núcleos de resistencia? ¿Lugares donde la gente resiste? —preguntó Julian.

—Livvy está haciendo todo lo que puede —replicó Diana un poco molesta—. Habría muchos más muertos si no fuera por ella. Oímos cosas sobre Jerusalén, Singapur, Sri Lanka. Oh, y Bangkok, lo que no me sorprende. Conozco esa ciudad muy bien desde que hice mi transición allí.

Emma la miró perpleja.

—¿Qué quieres decir con lo de que hiciste tu transición?

—Soy transgénero —contestó Diana, sorprendida—. Deberíais saberlo, si me conocíais en vuestro mundo.

—Sí, claro —se apresuró a decir Julian—. Pero no sabíamos lo de Bangkok.

Diana aún pareció más sorprendida.

—Pero cuando yo... —Se calló de golpe—. ¿Es eso lo que creo que es?

Señaló. Sentado en lo alto de una roca cercana había un gato. Y no un gato cualquiera, sino un gato persa azul de aspecto enfadado con una cola agresivamente hinchada.

—*¡Iglesia!* —Emma lo cogió en brazos, e *Iglesia* hizo lo mismo que siempre. Se quedó como muerto.

—¿Está muerto este gato? —preguntó Diana.

—No, no lo está —ronroneó Emma, y lo besó en la peluda cara. *Iglesia* se quedó aún más muerto—. Es que no soporta el afecto.

Diana meneó la cabeza. Parecía no haberles sorprendido nada en absoluto que les contara algo que en su mundo era un secreto que guardaba muy bien. Julian comenzaba a enfadarse consigo mismo y a sentirse culpable. Trató de no pensar. No era el momento, ni estaría bien cargar a Diana con sus líos.

—*Te quiero* —le dijo Emma a *Iglesia*—. *Te quiero musho*.

Iglesia se revolvió para saltar de sus manos y maulló. Se acercó a Julian y volvió a maullar, y luego se volvió para correr por la playa.

—Quiere que lo sigamos —dijo Julian, saliendo detrás de *Iglesia*. Sus enormes botas eran una carga cuando se trataba de andar por la arena. Oyó a Diana mascullar algo sobre que si hubiera querido correr detrás de animales dementes se habría presentado voluntaria para el zoo, pero de todas formas fue tras ellos.

Siguieron a *Iglesia* a lo largo de los riscos interiores hasta llegar al camino que llevaba al agujero en la ladera del acantilado. Julian lo conocía bien. Cuando se crece en la playa, se explora cada roca, cada arco, cada agujero y cada cueva. Ese, si no recordaba mal, conducía a una cueva impresionante y vacía. Una vez, Emma y él habían arrastrado una mesa dentro y hacían

reuniones antes de aburrirse de pertenecer a una sociedad secreta con solo dos miembros.

Iglesia fue hasta la entrada de la cueva y maulló con fuerza. Se oyó un chirrido, como de piedra deslizándose, y una silueta surgió de entre las sombras.

Era un hombre con el cabello negro, vestido con una larga túnica de color pergamino. Tenía cicatrices en las mejillas y los ojos oscuros, llenos de sabiduría y tristeza.

—¡Jem! —gritó Emma, y comenzó a correr por el sendero, con el rostro brillante de entusiasmo.

Jem alzó la mano. Su palma estaba marcada con runas, y a Julian le dolió verlas; runas, en ese lugar sin runas. Sabiduría. Mutismo. Coraje.

Y entonces Jem comenzó a cambiar. Diana soltó una palabrota y sacó la pistola de la funda mientras una ondulación del aire recorría los rasgos de Jem y la túnica de pergamino caía al suelo. Su pelo se hizo más claro y se desparramó, largo y ondulado, hasta la mitad de la espalda; los ojos se le volvieron grises y con largas pestañas, su figura se curvó y se feminizó dentro de un sencillo vestido gris.

Diana amartilló la pistola.

—¿Quién eres?

Emma se detuvo en mitad del camino. Contuvo las lágrimas.

—Es ella. El Último Brujo. Es Tessa Gray.

* * *

Tessa había arreglado el interior de la cueva para que fuera lo más cómodo posible. Había una pequeña chimenea, y el humo subía por un conducto abierto entre las rocas. El suelo de piedra estaba barrido y cubierto con alfombras; había un pequeño anexo para dormir y muchas sillas con cojines y suaves almohadas. Incluso una pequeña cocina con un fogón, un refrigerador que zumbaba suavemente sin estar enchufado a nada, y una mesa de madera ya preparada con tazas de té y una hogaza de pan dulce caliente.

Emma se acordó de que no había desayunado, y se preguntó si quedaría muy mal si saltaba sobre el pan y lo devoraba todo. Probablemente.

—Sentaos y comed —dijo Tessa, como si le leyera el pensamiento.

Cuando se sentaron alrededor de la mesa, *Iglesia* saltó al regazo de Emma, se puso sobre la espalda y se quedó dormido enseguida con las patas para arriba.

Diana cortó un trozo de pan y se lo metió en la boca. Cerró los ojos, sabía a gloria.

—Oh, Dios mío.

Emma decidió que esa era su entrada. Durante el siguiente minuto, se olvidó del mundo que la rodeaba y entró en un feliz universo de carbohidratos. La última vez que había comido auténtica comida fue en aquel claro con Julian. Pero este pan estaba caliente, era casero y tenía el sabor de la esperanza.

Cuando abrió los ojos, se fijó en que Julian aún no había comido ni un bocado. Estaba mirando a Tessa; con esa mirada de Julian que parecía totalmente inocente pero en realidad quería decir que estaba evaluando a alguien, valorando sus debilidades y decidiendo si confiaba en él.

Lo cierto era que le resultaba bastante atractivo. Emma se lamió un trocito de azúcar del pulgar e intentó no sonreír para sí.

—Debes de estar preguntándote quiénes somos —dijo Julian mientras Tessa les servía el té.

—No. —Tessa dejó la tetera, se sentó y se cubrió los hombros con un chal—. Ya sé quiénes sois. Sois Emma Carstairs y Julian Blackthorn, pero no los de este mundo.

—¿Ya sabías eso? —preguntó Diana, sorprendida.

—Veo lo que un brujo ve —respondió Tessa—. Sé que este no es su lugar. —Señaló a Julian y Emma—. Y he visto un poco de otros mundos; de su mundo en concreto. Está más cerca de este de lo que nos gusta pensar.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Julian—. A mí me parecen muy diferentes.

—Hay puntos de tensión en la historia —explicó Tessa—. Lugares donde están en juego gran cantidad de casualidades. Batallas, tratados de paz, matrimonios. Esa clase de cosas. Ahí es donde la línea temporal se puede dividir fácilmente. Nuestras dos líneas temporales se dividieron en la batalla del Burren. En vuestro mundo, el demonio Lilith estaba demasiado débil para prestarle mucha ayuda a Sebastian Morgenstern. En Thule, otro demonio ayudó y le dio fuerza a Lilith, y así pudo matar a Clary Fairchild. Ahí fue donde nuestras líneas temporales se separaron, hace solo siete años.

—Entonces, así es como sería nuestro mundo sin Clary —concluyó Emma, recordando todas las veces que había oído decir, sobre todo a hombres, que Clary no era una heroína, que no había hecho mucho que mereciera alabanza, que era egoísta, incluso inútil, solo una chica que había estado en el lugar adecuado en el momento adecuado.

—Sí —contestó Tessa—. Interesante, ¿verdad? Supongo que, en vuestro mundo, Jace es un héroe. Aquí es un monstruo al que solo supera Sebastian.

—¿No le importa que Sebastian dejara a Lilith matar a Clary? —preguntó Emma—. Incluso cuando Jace estaba poseído por Sebastian en nuestro mundo, amaba a Clary.

—Sebastian mantiene que él no quería la muerte de Clary —dijo Tessa—. Dice que asesinó a Lilith como venganza por haberle arrebatado la vida a Clary.

—No estoy segura de que nadie crea eso excepto Jace —aportó Diana.

—Él es el único que tiene que creerlo —repuso Tessa. Pasó los dedos por el borde de su taza de té—. Debo disculparme por probaros —dijo de golpe—. He aparecido como Jem cuando llegasteis porque sabía que la auténtica Emma Carstairs estaría encantada de verlo, mientras que cualquier aliado de Sebastian se hubiera horrorizado al ver a un Hermano Silencioso.

—¿Jem...? —susurró Emma. Sabía lo que Livvy había dicho, que todos los Hermanos estaban muertos, pero aun así conservaba la esperanza.

Tessa no alzó la mirada.

—Murió tratando de sellar la Ciudad Silenciosa. Tuvieron éxito, pero dio su vida conteniendo a los oscurecidos de Sebastian mientras los Hermanos luchaban su última batalla por defender los Instrumentos Mortales.

—Lo siento —dijo Julian.

Emma recordó a Tessa y a Jem en su mundo, con ojos solo el uno para el otro.

Tessa carraspeó.

—Sebastian ya tiene en su posesión el Espejo Mortal, el lago Lyn. Está rodeado de demonios, una fuerza de diez mil. Nadie puede acercarse a él.

—¿Por qué vigila el lago con tal fuerza? —inquirió Emma—. Si nadie puede llegar a ninguno de los Instrumentos Mortales...

—Mientras los brujos iban enfermando, descubrimos que el agua del lago Lyn podía neutralizar la peste que estaba devorando nuestro mundo. Corrimos allí para recoger agua. Pero cuando llegamos, Sebastian ya lo tenía rodeado por incontables demonios.

Emma y Julian intercambiaron una mirada.

—Vencida la peste, ¿los brujos se habrían curado?

—Eso creemos —contestó Tessa—. Teníamos una pequeña cantidad de agua y la usamos para curar la peste alrededor del Laberinto Espiral. Incluso se la dimos a algunos brujos, mezclada con agua corriente, y comenzaron a

mejorar. Pero no era suficiente. Los brujos volvieron a empeorar y a transformarse otra vez. No pudimos salvarlos.

A Emma el corazón le latía desbocado. Si el agua del lago Lyn había neutralizado parte de la peste en Thule, si había ayudado a los brujos, incluso mientras el mundo se estaba transformando en un veneno demoníaco a su alrededor; seguro que el agua de su propio lago Lyn, en su propio mundo, podría ser una cura, ¿no?

Tenían que volver a casa con más urgencia que nunca. Pero primero...

—Necesitamos tu ayuda —dijo Emma—. Por eso te hemos llamado.

—Lo he supuesto. —Tessa apoyó la barbilla en la mano. Parecía muy joven, de no más de veinte años, aunque Emma sabía que tenía más de cien—. Queréis volver a vuestro mundo.

—No solo eso —contestó Julian—. Tenemos que entrar en la Ciudad Silenciosa. Tenemos que conseguir la Copa Mortal y la Espada Mortal antes de que lo haga Sebastian.

—Y entonces ¿qué? —quiso saber Tessa.

—Y entonces las destruimos para que Sebastian no pueda usarlas —respondió Emma.

Tessa alzó las cejas.

—¿Destruir los Instrumentos Mortales? Yo diría que son bastante indestructibles.

Emma pensó en la Espada Mortal destrozándose bajo la hoja de *Cortana*.

—Si abrimos un Portal de vuelta a nuestro mundo, nos las podríamos llevar. Sebastian nunca podría encontrarlas.

—Si fuera tan simple —replicó Tessa con dureza—, ya habría abierto un Portal y saltado por él, llevándome la Copa y la Espada. Abrir un Portal entre mundos... es una magia complicada y poderosa, muy lejos del alcance de la mayoría de los brujos. Puedo ver vuestro mundo, pero no llegar a él.

—Pero puedes entrar en la Ciudad Silenciosa, ¿no? —inquirió Emma.

—Creo que sí, pero no lo he probado —respondió Tessa—. Pensaba que la Copa y la Espada estaban a salvo allí. Los Hermanos Silenciosos murieron para proteger los Instrumentos, y moverlos los hubiera hecho vulnerables a Sebastian. Sin embargo, ahora está cerca de romper los sellos de las puertas. —Fruunció el ceño—. Si de verdad podéis llevaros los Instrumentos a vuestro mundo, entonces estarán a salvo allí. Pero aun sin saber si el Portal puede abrirse, existe otra manera de acabar con esa amenaza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julian—. No hay nada que podamos hacer con la Copa y la Espada aquí, aparte de magia demoníaca.

—La gente solía decir que la Espada Mortal podría matar a Sebastian —intervino Diana, con una mirada penetrante—. Pero no es cierto, ¿verdad? Estuve en la última batalla de Idris. Vi a Isabelle Lightwood coger la Espada Mortal y asestarle a Sebastian un golpe increíble. Ni siquiera lo arañó. Por el contrario, él acabó con Isabelle.

—*Ave atque vale*, Isabelle Lightwood. —Tessa cerró los ojos—. Tenéis que entenderlo. Para entonces, la invulnerabilidad que Lilith le había concedido a Sebastian se había vuelto tan fuerte que ningún guerrero de esta tierra podía matarlo. Pero hay algo que la mayoría de la gente no sabe. Que ni siquiera Sebastian sabe. —Abrió los ojos—. Está ligado a Thule y Thule lo está a él. Un guerrero de este mundo no lo puede matar con la Espada. Pero los Hermanos Silenciosos sabían que eso no era cierto para un guerrero que no fuera de Thule. Cerraron el acceso a la Espada, esperando el día en que un guerrero llegara del cielo y acabara con el reinado de Sebastian.

Durante un largo momento, miró fijamente a Emma y Julian.

—No venimos del cielo —repuso Emma—. A pesar de que algunas de las frases que me han dedicado a lo largo de los años pudieran hacerte creer lo contrario.

—Pues parece el cielo, comparado con esto —replicó Diana.

—No podemos esperar eternamente a que nos rescaten los ángeles —sentenció Tessa—. Es un regalo que vosotros estéis aquí.

—Seamos claros. —Julian se puso un trozo de pan en la boca. Su rostro era inexpresivo, pero Emma podía leer en sus ojos, sabía que los engranajes de su cerebro estaban girando—. Nos estás pidiendo que matemos a Sebastian.

—Tengo que pedirlo —repuso Tessa—. Tengo que hacer que el sacrificio de Jem signifique algo.

—En nuestro mundo —explicó Julian—, el vínculo entre Jace y Sebastian significaba que matar a Jace destruiría a Sebastian, y al revés. Si...

Tessa negó con la cabeza.

—Hubo un momento en que eso también era cierto aquí, cuando Sebastian creía que ese vínculo lo protegía de la Clave. Pero ya no hay Clave, ni ese aspecto del vínculo permanece.

—Lo entiendo —dijo Emma—. Pero ¿hasta qué punto se ha perdido este mundo? ¿Matar a Sebastian haría que todo fuera muy diferente?

Tessa se recostó en la silla.

—En tu mundo, ¿qué pasó cuando murió Sebastian?

—Fue el fin de los oscurecidos —contestó Emma, pero tenía la sensación de que Tessa ya lo sabía.

—Eso nos daría la oportunidad de luchar —explicó Tessa—. Sebastian no lo puede hacer todo él solo. Deja la mayoría del trabajo sucio a los oscurecidos y los renegados. —Echó una mirada a Diana—. Sé que estás de acuerdo.

—Quizá —respondió Diana—. Pero ir a por Sebastian parece una misión suicida.

—No lo pediría si hubiera más opciones —replicó Tessa a media voz. Miró a Emma y a Julian—. Como me habéis pedido, romperé para vosotros el sello de la Ciudad Silenciosa. Y haré todo lo que pueda para devolveros a vuestra casa. Lo único que pido es que si tenéis una oportunidad... matéis a Sebastian.

Emma miró a Julian por encima de la mesa. En sus ojos verde azulado podía ver tanto su deseo de aceptar hacer lo que Tessa les pedía como su temor de ponerla a ella, Emma, en peligro.

—Sé que Thule no es vuestro mundo, pero solo está a un suspiro —dijo Tessa—. Si pudiera salvar al Jem que vive en vuestro mundo, lo haría. Y ahora tienes una oportunidad de salvar a tu hermana aquí.

En la voz de Tessa, Emma oyó que ella comprendía que la Livvy de su mundo estaba muerta.

—Está segura en el Bradbury, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo estaremos seguros ninguno de nosotros? Cualquier seguridad es temporal mientras Sebastian siga viviendo.

Sin hacer caso del maullido indignado de *Iglesia*, Emma se levantó para poner la mano sobre la de Julian.

«No temas por mí, *parabatai* —pensó—. Esta es una oportunidad para ambos. Para ti de salvar a Livvy como no pudiste hacerlo en nuestro mundo, y para mí de vengar a mis padres, como tampoco pude hacerlo».

—Lo haremos —dijo al fin, y los ojos de Julian ardieron como la yesca—. Claro que lo haremos. Solo dinos qué tenemos que hacer.

* * *

Mientras subían a las motos, Diana les advirtió que conducirían por las calles, no volarían; cuanto más se acercaba la noche, más demonios había en el cielo. Incluso los vampiros permanecían en tierra por la noche.

Emma se sorprendió al descubrir que Diana los había despertado más tarde de lo que en principio pensó. Los tonos de la luz diurna, de la del mediodía y la de la tarde se habían perdido en este mundo: solo había un sol agonizante y una luna de sangre. Mientras las motos corrían por la autovía de la Costa del Pacífico, la luna se alzó lentamente, casi sin iluminar el camino ante ellos. En vez de brillar en la cresta de las olas, la luna volvía el agua de un color aún más ponzoñoso; ya no el verde azul de los Blackthorn, sino de un negro ceniciento.

Emma se alegró del calor de los brazos de Julian rodeándole la cintura mientras salían de la autovía y entraban en Wilshire. Estar tan cerca de todo lo que se había perdido era doloroso. Conocía las calles. Había estado en ese supermercado para comprar cereales para Tavvy: y ahora era una ruina de madera rota y vigas quebradas, donde unos cuantos humanos sin jurar se apiñaban alrededor de hogueras de guardia, con el rostro desencajado de desesperación y hambre. Había habido una tienda de caramelos en la esquina, donde, en ese momento, un propietario demonio vigilaba filas de tanques de cristal en los que flotaban cuerpos ahogados. De vez en cuando metía un cazo en uno de los tanques, servía un poco del agua viscosa en un cuenco y se lo vendía a algún viandante demonio.

¿Cuánto tiempo podría seguir Thule así? Emma se lo preguntaba mientras circulaban por Miracle Mile. Los altos edificios de oficinas estaban vacíos, con las ventanas destrozadas. Las calles permanecían desiertas. Los humanos estaban siendo cazados hasta la extinción, y al igual que Raphael, Emma dudaba que Sebastian tuviera otro mundo lleno de sangre fresca y carne en la manga. ¿Qué pasaría cuando todos se hubieran ido? ¿Se volverían los demonios contra los oscurecidos? ¿O los vampiros? ¿Se irían a otro mundo, dejando a Sebastian gobernando el vacío?

—Reduce la velocidad —le dijo Julian al oído, y Emma se dio cuenta de que, mientras iba pensando, habían llegado a un parte de la calle bien iluminada y llena de gente—. Control.

Emma maldijo en silencio y se puso detrás de Diana. La zona estaba muy animada: los oscurecidos iban de arriba abajo de la calle, y los bares y restaurantes estaban prácticamente intactos, algunos iluminados de azul, verde y amarillo ácido. Emma pudo oír una música atonal y gimiente.

Frente a ellos, había una barrera pintada de blanco y negro cerrando la calle. Un lagarto demonio de dos patas con un círculo de ojos negros, como de araña, rodeándole la cabeza escamosa, salió de una pequeña garita cerca de Diana.

—No voy a dejar que ningún demonio me lama —masculló Emma—. No va a ocurrir.

—Estoy seguro de que solo lamía a Cameron para asegurarse de que su tatuaje era auténtico.

—Seguro —replicó Emma—. Esa es la cuestión.

Diana se volvió en la moto y les lanzó una sonrisa tensa y artificial. El corazón de Emma comenzó a acelerarse. No le gustaba el aspecto de esa mirada.

El demonio lagarto se inclinó hacia ellos. Era enorme, al menos de dos metros y medio de alto y la mitad de ancho. Parecía llevar puesto un uniforme de policía, aunque Emma no tenía ni idea de dónde habría encontrado uno que le cupiera.

—El jefe lleva todo el día buscándote —dijo arrastrando las palabras. Emma supuso que su boca no estaba realmente hecha para el habla humana—. ¿Dónde has estado?

—¿El jefe? —repitió Emma.

Por suerte, el lagarto era demasiado estúpido para sospechar nada.

—La Estrella Fugaz —chapurreó—. Sebastian Morgenstern. Quiere hablar con los dos.

20

Las horas respiran

«¿Sebastian quiere hablar con nosotros? —pensó Emma horrorizada—. Cree que somos la versión oscurecida de nosotros mismos». Bueno, eso explicaba la expresión de Diana.

Julian cogió a Emma del brazo con fuerza. Bajó de la moto como si nada.

—De acuerdo —respondió—. ¿Y dónde está el jefe?

El lagarto demonio sacó una bolsa de papel del bolsillo del pecho. La bolsa parecía llena de arañas vivas. Se metió una en la boca y masticó tranquilamente mientras a Emma se le revolvía el estómago.

—En el viejo club nocturno —contestó mascando el crujiente bocado de araña, y señaló hacia un edificio negro de vidrio y acero con el techo bajo. Una sucia alfombra roja se extendía en la acera delante de la entrada—. Id. Os vigilo la moto.

Emma bajó de la moto sintiéndose como si el hielo le hubiera invadido las venas. Ni ella ni Julian se miraron; de algún modo, ambos cruzaban la calle, caminando uno junto al otro como si no pasara nada raro.

«Sebastian sabe quiénes somos realmente —pensó Emma—. Lo sabe, y nos va a matar».

Siguió caminando. Llegaron a la acera, y oyó el rugido de una motocicleta al arrancar; se volvió y vio a Diana alejándose rápidamente del control. Sabía por qué tenía que marcharse, y no la culpaba, pero al verla, una fría puñalada le atravesó el pecho. Estaban solos.

El club estaba vigilado por demonios Iblis, que les echaron una rápida mirada y los dejaron pasar.

La puerta daba a un estrecho pasillo flanqueado de espejos. Emma vio su propio reflejo. Estaba demasiado pálida y su boca era una tensa línea. Eso era malo. Tenía que relajarse. Julian, a su lado, parecía tranquilo y relajado, con el cabello alborotado por el viaje en moto, pero nada más fuera de lugar.

Él le cogió la mano mientras el corredor se abría a una enorme sala. Una larga barra tallada de un bloque de hielo corría paralela a lo largo de una

pared. Cascadas de agua helada, de azul polar y verde ártico, caían del techo, convirtiendo la pista de baile en un laberinto de resplandecientes cortinas.

Julian le apretó la mano a Emma. Ella bajó la cabeza; el suelo era de hielo sólido, y bajo él pudo ver la sombra de cuerpos atrapados: aquí la forma de una mano, allí un rostro gritando congelado. Sintió una opresión en el pecho.

«Caminamos sobre los cuerpos de los muertos», pensó.

Julian la miró de reojo y meneó la cabeza ligeramente como para decirle: «No podemos pensar en eso ahora».

«Compartimentación», pensó ella mientras se dirigían hacia una zona acordonada en la parte trasera del club. Así era como Julian iba por el mundo. Apartando pensamientos, bloqueándolos, viviendo en el momento que se había convertido en su realidad.

Ella hizo lo que pudo para no pensar en los muertos mientras pasaban bajo la cuerda y salían a un área llena de sofás y sillas tapizados de azul hielo. Tumbado en el sofá más grande, se encontraba Sebastian.

De cerca, era evidentemente mayor que el chico que Emma recordaba de su mundo. Era más ancho, el mentón más cuadrado, los ojos negros como la brea. Llevaba un elegante traje a medida con un dibujo de rosas en las solapas, y un grueso abrigo de pieles echado por encima. Su pelo blanco se mezclaba con la piel dorado pálido de su abrigo; si Emma no hubiera sabido quién era y no lo odiara, habría pensado que era un hermoso príncipe invernal.

De pie junto a él, con los dedos apoyados ligeramente en el respaldo del sofá, se hallaba Jace. Él también vestía un traje negro, y cuando se movió un poco, Emma vio la correa de una funda de pistola bajo la chaqueta. Llevaba guantes de cuero que le cubrían las muñecas; bajo los puños de la chaqueta, Emma hubiera apostado a que llevaba varios cuchillos.

«¿Es el guardaespaldas de Sebastian? —se preguntó—. ¿Acaso a Sebastian le divierte tener a uno de los héroes de la Clave como una especie de perrito, pegado a su lado?».

Y luego estaba Ash. Con unos vaqueros y una camiseta, despatarrado sobre una silla a cierta distancia, con un aparato electrónico en las manos. Parecía estar jugando a un videojuego. La luz de la pantalla iba y venía, iluminando su rostro de duras facciones y orejas puntiagudas.

La fría mirada de Sebastian pasó por encima de Emma y Julian. Ella notó que se le tensaba todo el cuerpo. Sabía que llevaban las runas cubiertas de ropa y maquillaje, pero sentía como si Sebastian fuera capaz de atravesarla

con la mirada. Como si fuera a saber inmediatamente que no eran oscurecidos.

—Pero si son los dos tortolitos —soltó burlón. Miró a Emma—. No había llegado a verte la cara. Tu amigo ha estado muy ocupado comiéndotela.

Julian replicó con una voz plana y sin inflexión.

—Perdón por haberte molestado, señor.

—No me molesta —repuso Sebastian—. Solo es una observación. —Se volvió a recostar en el sofá—. Yo prefiero las pelirrojas.

El destello de algo pasó por el rostro de Jace, pero desapareció demasiado rápido para que Emma pudiera imaginar su significado. Sin embargo, Ash alzó la mirada, y Emma se tensó. Si Ash los reconocía...

Volvió a mirar su juego, con una expresión de total desinterés.

A Emma le estaba costando no temblar. El frío era intenso, y la mirada de Sebastian más fría aún. Este se tocó la barbilla.

—Han corrido rumores —dijo— de que cierta Livia Blackthorn está montando una patética rebelión en el centro.

A Emma, el estómago le dio un vuelco.

—No es nada para nosotros —dijo Julian rápidamente. Y sonaba como si fuera cierto.

—Claro que no —repuso Sebastian—. Pero una vez fuiste su hermano y su amigo. Los humanos son lamentablemente sentimentales. Podrías engañarla para que confíe en ti.

—Livvy nunca confiaría en un par de oscurecidos —soltó Emma, y se quedó helada. No tendría que haber dicho eso.

Los dorados ojos de Jace la miraron suspicaces. Fue a hablar, pero Sebastian lo cortó con un gesto desdeñoso.

—Ahora no, Jace.

La expresión de este desapareció. Se alejó de Sebastian y fue junto a Ash; se inclinó sobre el respaldo de su silla y le señaló algo en la pantalla del juego. Ash asintió.

Casi podría haber parecido un dulce momento fraternal si no hubiera sido tan horrible y terrible. Si la lámpara del techo no hubiera estado hecha de brazos humanos helados, cada uno sujetando una antorcha que escupía luz demoníaca. Si Emma pudiera olvidar los rostros bajo el suelo...

—Lo que Emma quiere decir es que Livvy siempre ha sido astuta —explicó Julian—. De un modo rastrero.

—Interesante —repuso Sebastian—. Tiendo a aprobar la astucia rastrera, aunque no cuando se dirige contra mí, claro.

—La conocemos muy bien —dijo Julian—. Estoy seguro de que le podremos sacar la ubicación de su pequeña rebelión sin demasiados problemas.

Sebastian sonrió irónico.

—Me gusta tu seguridad —dijo—. No te creerías lo que yo... —Se cortó frunciendo el ceño—. ¿Ya está ese maldito perro ladrando otra vez?

Sí que se oía ladrar a un perro, cada vez más cerca. Unos segundos después, un terrier blanco y negro entró en la sala sujeto por una larga correa. En el otro extremo había una mujer de larga melena negra.

Annabel Blackthorn.

Llevaba un vestido sin mangas, aunque debía de estar helándose en ese ambiente frío. Su piel era blanca como la muerte.

Al ver a Emma y a Julian se puso aún más pálida. Cerró con fuerza la mano que sujetaba la correa del perro.

La adrenalina inundó las venas de Emma. Annabel iba a delatarlos, iba a entregarlos a Sebastian. No tenía ninguna razón para no hacerlo. Y entonces Sebastian los mataría.

«Juro que encontraré la manera de hacerlo sangrar antes de morir —pensó Emma—. Encontraré el modo de hacerlos sangrar a los dos».

—Lo siento —dijo Annabel con petulancia—. Quería ver a Ash. ¿No es así, Malcolm?

Incluso la expresión de Julian se conmovió levemente al oír eso. Emma observó horrorizada a Annabel agacharse para hacerle cosquillas en las orejas al perro. Este la miró con grandes ojos de color lavanda y ladró de nuevo.

Malcolm Fade, Brujo Supremo de Los Ángeles, era ahora un terrier demonio.

—Saca a tu desagradable familiar de aquí —soltó Sebastian—. Estoy trabajando. Si Ash necesita algo, te llamará, Annabel. Ya es casi un hombre adulto. Ya no necesita una niñera.

—Todo el mundo necesita una madre —replicó Annabel—. ¿No es así, Ash?

Ash no dijo nada. Estaba sumergido en su juego. Con un suspiro de irritación, Annabel se marchó de la sala, con Malcolm trotando detrás.

—Como decía... —El rostro de Sebastian estaba tenso por la intromisión sufrida—, Annabel es una de mis mejores torturadoras; no creeríais la habilidad creativa que puede mostrar con un único cuchillo y un cazador de sombras; pero como el resto de los que me rodean, es demasiado vulnerable a sus emociones. No sé por qué la gente no entiende lo que es mejor para ella.

—Si lo hiciera, no necesitaría líderes —dijo Julian—. Como tú.

Sebastian lo miró pensativo.

—Supongo que eso es cierto. Pero esa responsabilidad es como un gran peso. Me aplasta. Tú ya me entiendes.

—Permítenos buscar a Livia por ti —dijo Julian—. Nos ocuparemos de esa amenaza y te traeremos su cabeza.

Sebastian parecía complacido. Miró a Emma.

—Tú no hablas mucho, ¿verdad?

«No puedo —pensó Emma—. No puedo estar aquí y mentir, y fingir como hace Julian. No puedo».

Pero el calor de la mano de Julian seguía en la suya, la fuerza de su vínculo, aunque ya no fuera mágico, le hizo alzar la barbilla y apretar los dientes. Se soltó de la mano de Julian y lenta y deliberadamente hizo sonar los nudillos.

—Prefiero matar —contestó—. «Dilo con balas», ese es mi lema.

Sebastian rio, y por un momento Emma recordó a Clary en el tejado del Instituto, hablando sobre un hermano de ojos verdes que jamás había existido, pero que podría haberlo hecho. Quizá en algún otro mundo, uno mejor que Thule.

—Muy bien —dijo Sebastian—. Se os recompensará si tenéis éxito. Incluso podría haber una casa en Bel Air para vosotros. Sobre todo si encontráis alguna bonita pelirroja entre los rebeldes y se la traéis a Jace para que juegue con ella. —Sonrió de medio lado—. Idos ya, antes de que os muráis de frío.

Los despidió con un gesto de la mano. Algo en él irradiaba una gran fuerza; Emma notó que la hacía volverse como si le hubiera puesto una mano en el hombro. Casi se tambaleó, recuperó el equilibrio y se encontró con que ya habían llegado a las puertas del club. No recordaba haber pasado ante los espejos.

Y ya estaban en la calle. Tragó grandes bocanadas de aire, caliente y sucio, y el calor de la húmeda noche de repente le resultó bienvenido. Recogieron la moto, que el demonio lagarto les había vigilado, y condujeron varias manzanas sin decir una palabra, hasta que Julian se inclinó sobre su hombro.

—Para aquí —le dijo con los dientes apretados.

La calle en la que se hallaban estaba casi desierta; las farolas destrozadas y las aceras oscuras. En cuanto Emma se detuvo, Julian saltó de la moto y se tambaleó hasta la ventana de un destrozado café. Emma lo oyó vomitar entre

las sombras. Su estómago se encogió en solidaridad. Quería ir con él, pero no se atrevía a dejar la moto. Era su único medio de llegar al Bradbury. Sin ella, estaban muertos.

Cuando Julian regresó, con el rostro cubierto de sombras, Emma le pasó una botella de agua.

—Has estado estupendo en el club —le dijo.

Él bebió un trago.

—Me sentía como si me estuvieran destrozando por dentro —dijo con voz turbulenta—. Quedarme allí y decir esas cosas de Livvy, llamar «señor» a ese cabrón, contenerme de arrancarle a Annabel los miembros uno a uno...

—Hazlo ahora, entonces —dijo una voz entre las sombras—. Arráncame los miembros, si puedes.

La pistola de Emma ya estaba en su mano al volverse, y la bajó para apuntar directamente a la pálida mujer entre las sombras. Su vestido rojo era una mancha de sangre en la noche.

Los labios incoloros de Annabel formaron una sonrisa.

—Esa pistola no me causará ningún daño —dijo—. Y el disparo y los gritos harán que los oscurecidos vengan corriendo.

Julian dejó caer la botella. El agua le salpicó las botas. Emma rogó para que no se lanzara directamente sobre Annabel; le temblaban las manos.

—Sí podemos hacerte daño —soltó Julian—. Podemos hacerte sangrar.

Eso se parecía tanto a lo que Emma había estado pensando en el club, que por un momento se quedó parada.

—Los oscurecidos vendrán —dijo Annabel—. Lo único que tengo que hacer es gritar. —Sus marcas habían desaparecido, lo mismo que las de los otros cazadores de sombras; su piel era como la leche, sin un solo dibujo. A Emma la asombró lo tranquila que Annabel parecía. Lo coherente. Pero claro, para ella habían pasado varios años—. Supe quiénes erais en cuanto os vi. Estáis igual que en la corte noseelie; ni siquiera se os han curado en el rostro las marcas de la pelea.

—Entonces ¿por qué no se lo has dicho a Sebastian? —soltó Emma—. Si querías librarte de nosotros...

—No quiero librarme de vosotros. Quiero hacer un trato con vosotros.

Julian se subió la manga derecha con tanta fuerza que casi rompió la tela. En la muñeca se le veía el trozo de tela que había llevado por toda Feéra, aún con la sangre de Livvy incrustada.

—Esta es la sangre de mi hermana —dijo con rabia—. Sangre que tú derramaste. ¿Por qué voy a querer hacer un trato contigo?

Annabel no reaccionó al ver la sangre de Livvy.

—Porque queréis volver a casa —contestó—. Porque no puedes dejar de pensar en lo que le puede estar sucediendo al resto de tu familia. Y yo todavía estoy en posesión de poderosas magias negras. El *Libro Negro* funciona incluso mejor aquí. Te puedo abrir un Portal que te lleve a casa. Soy la única persona de este mundo que puede hacerlo.

—¿Y por qué harías eso por nosotros? —inquirió Emma.

Annabel esbozó una extraña sonrisa. Con su vestido rojo, parecía flotar suspendida como una gota de sangre en el agua.

—El Inquisidor os envió a Feéra para que murierais —explicó—. La Clave os desprecia y os quiere muertos. Y solo porque queréis proteger lo que amáis. ¿Cómo no voy a entender lo que es eso?

Emma pensó que esa era una lógica bastante retorcida. Julian, sin embargo, miraba a Annabel como si fuera una pesadilla de la que no podía apartar la mirada.

—Te hechizaste —continuó Annabel, con los ojos fijos en Julian—. Para no sentir nada. Noté el hechizo cuando te vi en Feéra. Lo vi y sentí tu júbilo. —Comenzó a dar vueltas, y la falda roja se acampanó, girando con ella—. Te hiciste como Malcolm. Él se apartó de los sentimientos para traerme de vuelta.

—No —exclamó Emma, incapaz de soportar la expresión del rostro de Julian—. Malcolm quiso que regresaras porque te amaba. Porque tenía sentimientos.

—Quizá al principio. —Annabel dejó de rodar—. Pero ya no era así cuando me resucitó, ¿no? Me había mantenido atrapada y torturada durante todos esos años para poder hacerme volver por él, no por mí. Eso no es amor, sacrificar la felicidad del ser amado a tus propias necesidades. Para cuando pudo resucitarme, ya estaba tan separado del mundo que le importaba más su objetivo que cualquier clase de amor verdadero. Algo que era auténtico, puro y hermoso, se convirtió en corrupto y maligno. —Sonrió, y los dientes le brillaron como perlas sumergidas—. Cuando dejas de sentir empatía, te conviertes en un monstruo. Quizá aquí ya no estés bajo el hechizo, Julian Blackthorn, pero ¿qué pasará cuando regreses? ¿Qué harás entonces, cuando no puedas soportar sentir lo que sientes?

—Cierra el pico —dijo Emma apretando los dientes—. No entiendes nada. —Miró a Julian—. Salgamos de aquí.

Pero Julian seguía mirando a Annabel.

—Tú quieres algo —dijo con una voz letalmente inexpresiva—. ¿Qué?

—Ah. —Annabel seguía sonriendo—. Cuando abra el Portal, llevaos a Ash con vosotros. Corre peligro.

—¿Ash? —repitió Julian, incrédulo.

—A Ash parece que le va muy bien aquí —repuso Emma, bajando la pistola—. Quiero decir, quizá se esté aburriendo con su selección de videojuegos, porque, ¿sabes?, Sebastian mató a toda la gente que hacía videojuegos. O quizá se esté quedando sin pilas. Pero no estoy segura de que eso pueda calificarse de peligro.

El rostro de Annabel se oscureció.

—Es demasiado bueno para este lugar —afirmó—. Y más que eso... Cuando nos encontramos aquí de repente, se lo llevé a Sebastian. Creía que cuidaría de Ash, porque es su padre. Y al principio lo hizo. Pero corren rumores de que el gasto de energía para mantener a tantos oscurecidos está destrozando lentamente a Sebastian... Las fuerzas vitales de los oscurecidos están envenenadas. Son inútiles. Pero Ash no lo es. Creo que finalmente matará a Ash con la intención de emplear su considerable fuerza vital para rejuvenecerse a sí mismo.

—Nadie está a salvo, ¿eh? —dijo Julian. Era evidente que eso no lo había impresionado.

—Este es un buen mundo para mí —dijo Annabel—. Odio a los nefilim, y soy lo suficientemente poderosa para estar a salvo de los demonios.

—Y Sebastian te deja torturar a los nefilim —soltó Emma.

—Sí. Les inflijo las heridas que una vez me infligió a mí el Consejo. —No había emoción en su voz, ni siquiera el mínimo rastro de regodeo, solo una letal monotonía que lo hacía incluso peor—. Pero este no es un buen lugar para Ash. No podemos escondernos; Sebastian lo perseguirá hasta cualquier parte. Estará mucho mejor en vuestro mundo.

—Entonces ¿por qué no lo llevas tú allí? —preguntó Emma.

—Lo haría si pudiera. Me pone enferma separarme de él —contestó Annabel—. Le he entregado toda mi vida en estos años que lo he cuidado.

«Absoluta lealtad», pensó Emma. ¿Era esa lealtad la que hacía que Annabel estuviera tan demacrada, con un aspecto tan enfermizo, siempre poniendo a Ash antes que ella, siguiéndolo de un lugar a otro, dispuesta a morir por él en cualquier momento, y sin saber nunca realmente por qué?

—Pero en vuestro mundo —continuó Annabel— me darían caza y me apartarían de Ash. No tendría a nadie que lo protegiera. De este modo, os tendrá a vosotros.

—Pareces confiar mucho en nosotros —replicó Julian—, dado que sabes que te odiamos.

—Pero no odiáis a Ash —respondió Annabel—. Él es inocente, y vosotros siempre habéis protegido a los inocentes. Es lo que hacéis. —Sonrió, una sonrisa cómplice, como si sintiera en su corazón que ya los había atrapado en su red—. Además, estáis desesperados por regresar a vuestro mundo, y la desesperación siempre tiene un precio. Así que qué, nefilim, ¿trato hecho?

* * *

Ash recogió del suelo el papel que se le había caído a Julian Blackthorn de la chaqueta. Tuvo cuidado de que Sebastian no lo viera hacerlo. Llevaba suficiente tiempo en Thule para saber que nunca era una buena idea llamar la atención de Sebastian.

Aunque Sebastian no era cruel siempre. Era generoso de vez en cuando, si recordaba que Ash existía. Le pasaba armas o juegos que requisaba de las casas rebeldes. Se aseguraba de que Ash vistiera bien, ya que lo consideraba un reflejo de sí mismo. Sin embargo, Jace era el único realmente amable con él, pues parecía encontrar en Ash a alguien en quien volcar los sentimientos frustrados y contenidos que aún tenía por Clary Fairchild y Alexander e Isabelle Lightwood.

Y luego estaba Annabel. Pero Ash no quería pensar en Annabel.

Ash desplegó el papel. Una sacudida le recorrió todo el cuerpo. Se volvió rápidamente, para que ni Jace ni Sebastian, sumidos en una conversación, vieran su expresión.

Era ella, la extraña chica humana que había visto una vez en la sala de armas de la corte noseelie. Pelo oscuro, ojos del color del cielo, que solo recordaba a medias. Una bandada de cuervos trazaba un círculo en el cielo detrás de ella. No era una foto, sino un dibujo, hecho con una mano ágil, que hacía emanar de la hoja una sensación de amor y anhelo. En una esquina había un nombre escrito: Drusilla Blackthorn.

Drusilla. Parecía sentirse sola, pensó Ash, pero también decidida, como si una esperanza viviera detrás de esos ojos azul verano, una esperanza que no podía ser apagada por la pérdida, una esperanza demasiado potente para sentir desesperación.

A Ash se le había disparado el corazón, aunque no hubiera podido decir por qué. Rápidamente, dobló el dibujo y se lo guardó en el bolsillo.

Diana estaba esperándolos en el exterior del Bradbury, apoyada contra la puerta cerrada del garaje y con una escopeta al hombro. Bajó el arma con una visible expresión de alivio cuando la moto de Emma y Julian se detuvo petardeando frente a ella.

—Sabía que lo conseguiríais —dijo mientras Julian bajaba de la moto.

—Ya —replicó Emma, desmontando también—. Estabas preocupada por nosotros.

Diana dio unos golpecitos en la pared del garaje con la punta del cañón de la escopeta. Le dijo algo a Emma que se perdió entre el rechinar de engranajes al abrirse la puerta.

Julian observó a Emma contestar a Diana con una sonrisa, y se preguntó cómo lo haría. De algún modo, Emma siempre podía reaccionar con simpatía o con una broma incluso en las peores situaciones. Quizá era lo mismo que le permitía a él estar ante Sebastian y fingir que era la versión oscurecida de sí mismo sin que ni siquiera le temblaran las manos. Eso empezó solo cuando el encuentro hubo acabado.

—Lamento haber tenido que marcharme —se disculpó Diana, una vez que la puerta estaba cerrada y atrancada y sus motos de vuelta bajo la lona de Raphael—. Si me hubiera quedado por ahí y os hubieran atrapado...

—No podrías haber hecho nada por nosotros —repuso Julian—. Y te habrían matado también, en cuanto descubrieran quiénes somos en realidad.

—Al menos, de este modo alguien habría podido llevar las noticias de Tessa a Livvy. Lo entendemos —añadió Emma—. ¿Se lo has contado ya?

—Os estaba esperando. —Sonrió de medio lado—. Y no quería tener que decirle a Livvy que había perdido a su hermano.

«Su hermano». Esas palabras eran como las de un sueño, solo medio verdad, por mucho que Julian quisiera que fueran totalmente reales.

—¿Y qué quería Sebastian de vosotros? —preguntó Diana mientras los conducía de nuevo al interior del edificio. Julian se dio cuenta de que la noche anterior debían de haber llegado muy tarde; a esta hora, los pasillos aún estaban llenos de gente que se apresuraba de un lado a otro. Pasaron por delante de la puerta abierta de la despensa, llena de comida en lata y en frascos de cristal. Seguramente la cocina estaría cerca; el aire olía a sopa de tomate.

—Nos ha ofrecido una casa en Bel Air —dijo Emma.

Diana chasqueó la lengua.

—Mira qué bien. Bel Air es donde vive Sebastian, y sus oscurecidos preferidos. El foso lo protege.

—¿El que está hecho de huesos gigantes? —preguntó Julian.

—Sí, ese foso —contestó Diana. Había llegado a la puerta del despacho de Livvy. Diana la abrió de un empujón con la cadera y los hizo entrar.

De algún modo, Julian había pensado que Livvy estaría sola, esperándolos, pero no era así. Se hallaba frente a una de las largas mesas con Bat y Maia, consultando un mapa de Los Ángeles. Cameron iba de arriba abajo de la sala.

Livvy alzó la mirada al abrirse la puerta, y el alivio le recorrió el rostro. Por un momento, Julian vio a la pequeña Livvy en la playa, atrapada en una roca por la marea, con la misma expresión de desesperado alivio en la cara cuando él fue a recogerla y la llevó de nuevo a la orilla.

Pero esa Livvy no era la misma niña pequeña. No era una niña pequeña en absoluto; rápidamente, disimuló esa expresión de alivio.

—Me alegro de que hayáis vuelto —dijo ella—. ¿Habéis tenido suerte?

Julian le explicó su encuentro con Tessa, pero omitiendo, por el momento, la parte en la que les había pedido que mataran a Sebastian. Mientras tanto, Emma fue a la cafetera que había en un rincón y sirvió café caliente para ambos. Cuando lo bebió, lo encontró amargo y picante.

—Supongo que te debo cinco mil pavos —le dijo Cameron a Livvy cuando Julian acabó su relato—. No creía que Tessa siguiera viva, y mucho menos que fuera capaz de meternos en la Ciudad Silenciosa.

—Son estupendas noticias —exclamó Maia. Estaba apoyada contra el borde de la mesa del mapa. Con una mano se cogía el codo opuesto, y Julian captó un atisbo del tatuaje de un lirio en el antebrazo—. Deberíamos comenzar una sesión de estrategia. Asignar grupos. Unos pueden rodear la entrada a la Ciudad Silenciosa, otros pueden vigilar como francotiradores, otros más pueden proteger a la bruja, y otros...

—También tenemos malas noticias —la interrumpió Julian—. Volviendo de la playa, nos detuvieron en un control. Sebastian quería vernos.

Livvy se tensó.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Creía que éramos nuestra versión oscurecida. La Emma y el Julian de este mundo —explicó Emma.

—Sabe que estás montando algo aquí, en el centro —dijo Julian—. Incluso sabe tu nombre, Livvy.

Hubo un momento de feo silencio.

—Le dije que se pusiera un apodo, como «La vengadora enmascarada», pero no quiso escucharme —bromeó Bat, forzando una sonrisa.

—Ah —repuso Emma—. Riendo ante el peligro. Me gusta.

Livvy se tocó la nariz.

—Eso significa que no tenemos tiempo que perder. ¿Podéis poner os en contacto con Tessa?

—Ahora que sabemos dónde está, cualquiera puede coger mi moto y llevarle un mensaje —contestó Diana—. No hay problema.

—Deberíamos hacerlo durante el día. Hay demasiados demonios por la noche —añadió Livvy.

—Supongo que eso nos da un poco de tiempo —dijo Diana.

Cameron le puso la mano a Livvy en el hombro. A Julian le provocó una sensación rara; había estado muy celoso de Cameron en su propio mundo, del modo en que se comportaban Emma y él cuando salían. Disfrutaron de lo que Emma y él nunca podrían: la posibilidad de tocarse tranquilamente o besarse en público. Y ahora ese Cameron era el chico con el que salía Livvy, y eso despertaba en Julian su sentimiento protector, en vez de sus celos de antes. Sin embargo, tenía que admitir, aunque fuera a regañadientes, que Cameron parecía ser una pareja excelente. Era amable, a pesar de su horrible familia, y resultaba evidente que bebía los vientos por Livvy.

Y más le valía.

—Venid a mirar el mapa —dijo Maia, y todos se reunieron alrededor de la mesa. Maia clavó un dedo adornado con un anillo de bronce en el papel, indicando su localización—. Estamos aquí. Aquí hay una entrada a la Ciudad Silenciosa. Está solo a unas cuantas manzanas, así que podemos ir andando, aunque probablemente deberíamos hacernos pasar por oscurecidos.

—Iremos al amanecer, cuando hay menos actividad demoníaca —decidió Livvy—. En cuanto a Tessa Gray...

—Lo único que tenemos que hacer es informarle de cuándo y ella se reunirá con nosotros en la entrada de la Ciudad Silenciosa —informó Julian—. ¿Está en el mismo sitio que en nuestro mundo? ¿Angels Flight?

Bat pareció sorprendido.

—Sí. Justamente ahí.

El Angels Flight era un funicular que subía Bunker Hill, en el centro de Los Ángeles, y que parecía llegar hasta el cielo. Julian lo había visto una vez y solo como la entrada a la Ciudad Silenciosa.

—Muy bien. —Maia dio unas palmadas—. Todo el mundo estará en el comedor a la hora de comer, así que vayamos a organizar equipos.

—Tú te encargas de discutir con Raphael —dijo Bat.

Maia puso los ojos en blanco.

—Claro. Siempre dice que no va a cooperar y en el último minuto aparece con un puñado de luchadores vampiros.

—Yo me encargo de los lobos —añadió Bat.

Diana alzó las manos.

—Y yo me encargo de todos los demás. ¿Cuántos necesitaremos? ¿Unos treinta, quizá? Una gran multitud atraería una atención que no queremos...

—Chicos —dijo Livvy; miró a Julian por encima de la mesa—. Me gustaría hablar con mi hermano a solas, si no os importa.

—Oh, claro —respondió Maia—. No hay problema. Nos vemos en unos minutos.

Salió con Bat. Cameron besó a Livvy en la mejilla.

—Hasta luego.

—Voy a ocuparme de las armas —dijo Diana, dirigiéndose a la puerta.

Emma miró a Julian a los ojos.

—Eso de «las armas» suena bien —repuso—. Iré con Diana.

En cuanto cerraron la puerta, Livvy se dirigió a uno de los largos sofás y se sentó. Miró a Julian con su mirada directa, muy parecida a la de su Livvy, excepto por la cicatriz sobre el ojo.

—Jules —comenzó ella—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo? Hay algo que no me has contado.

Julian se apoyó en la larga mesa y respondió con cuidado.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Porque nos has dicho cómo entrar en la Ciudad Silenciosa y conseguir los Instrumentos Mortales, pero no si has descubierto cómo destruirlos. Sé que no sugerirías que nos los quedemos; en cuanto los tengamos, seremos el objetivo principal de Sebastian.

—Estamos pensando en llevárnoslos a nuestro mundo —reconoció Julian—. Sebastian no los encontrará allí.

—Vale —repuso Livvy lentamente—. Así que Tessa Gray puede abrir un Portal para que volváis a casa, ¿no?

—No. —Julian flexionó las manos. Sentía la piel tirante—. No exactamente.

Livvy chasqueó los dedos.

—Y esta es la parte que te estabas dejando. ¿Qué?

—¿Conoces a una mujer llamada Annabel? —preguntó Julian—. Es de nuestro mundo, pero puede que la hayas visto aquí con Sebastian. Una melena

oscura...

—¿Esa nigromante que apareció con el crío de Sebastian? ¿Se llama Annabel? —Livvy silbó—. Aquí no la llaman así. La Legión de la Estrella la llama la reina del Aire y de la Oscuridad.

—Eso es de un viejo poema —dijo Julian, pensativo.

—Eso quiere decir que Ash Morgenstern también es de vuestro mundo —concluyó Livvy.

—Sí. De hecho, proviene de Feéra en nuestro mundo. Todos vinimos por el mismo Portal, pero a ellos los dejó aquí hace unos cinco años, supongo. Dos años después de la batalla del Burren. Sé que fueron directamente a Sebastian. Ella sabía que Ash era hijo de Sebastian, y como este está aquí vivo y al mando...

—Creo que me está entrando dolor de cabeza. —Livvy se frotó las sienes—. Feéra, ¿eh? Supongo que eso explica por qué Ash se lleva tan pocos años con su «padre».

Julian asintió con la cabeza.

—El tiempo en las Tierras Inmortales transcurre muy raro. No pretendo entenderlo. —Se pasó una mano por el pelo—. La cosa es que... Annabel me ha ofrecido un trato.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Livvy, inquieta.

—Es una poderosa maga —dijo Julian. Le habló con sumo cuidado. No hacía falta decirle a Livvy que Annabel era una Blackthorn. Solo provocaría más preguntas, a las que no quería tener que responder—. Como se llevó el *Libro Negro* de nuestro mundo, puede abrir un Portal para volver a él. Se ofreció a abrir uno para nosotros.

—¿Por qué se ofreció a hacer eso si es una de los siervos de Sebastian?

—Sebastian no es nada para ella. Solo le preocupa Ash, y tiene miedo por él. Se ofrece a enviarnos de vuelta si nos lo llevamos también.

—Seguramente no se equivoca al preocuparse. Sebastian acaba con cualquiera cercano a él. —Livvy se sentó sobre las piernas—. ¿Confías en esta Annabel?

—La odio —respondió Julian, antes de darse cuenta. Vio que Livvy abría los ojos, sorprendida, y se obligó a seguir con más calma—. Pero confío en lo que siente por Ash. Este tiene cierta influencia sobre la gente.

—Interesante. —La mirada de Livvy estaba ligeramente desenfocada—. Dru lo vio hace un par de años. En una ejecución, como la que viste en la playa. Después, no paraba de hablar de él, decía que realmente no parecía que

el chico quisiera estar allí. —Se puso un mechón detrás de la oreja—. ¿Has...? Si cruzas el Portal, ¿aún quieres que vaya contigo?

—Claro que sí —respondió Julian—. Eso es parte del motivo por el que no rechacé a Annabel. Quiero salir de aquí.

Livvy se mordió el labio.

—¿Y qué pasa con la Livvy que existe en tu mundo? ¿No crearemos mucha confusión?

Julian no dijo nada; se había estado esperando esto, y sin embargo aún no tenía respuesta. Observó cómo cambiaba el rostro de Livvy, mostrando arrugas de certeza y resignación, y notó que se le secaba un trozo del corazón.

—Estoy muerta, ¿verdad? —La voz de Livvy era firme—. En tu mundo, estoy muerta. Lo sé por el modo en que me miras.

—Sí. —Julian temblaba, como si tuviera frío, aunque el aire era cálido y quieto—. Fue mi culpa, Livvy. Tú...

—No. —Se puso en pie y cruzó la sala hasta él. Le puso las manos en el pecho, como si fuera a empujarlo—. No has hecho nada para herirme, Jules. Te conozco demasiado bien como para que puedas convencerme de eso. Te olvidas de que, en este mundo, tú te sacrificaste por mí. —Sus ojos Blackthorn brillaban—. Lamento que ambos hayamos perdido al otro en nuestros mundos. Me gustaría pensar que en alguna parte seguimos intactos. Todos juntos. —Se apartó un paso de él—. Déjame que te enseñe algo.

El nudo en la garganta de Julian le impedía hablar. La observó mientras ella le daba la espalda y se sacaba la sudadera. Debajo llevaba un top blanco de tirantes. No era suficiente para ocultar el enorme tatuaje que le cubría la espalda como unas alas: una runa de luto, que le iba desde la nuca hasta la mitad de la columna, con los bordes llegándole a los hombros.

—Por Ty —dijo con voz quebrada. Se inclinó, cogió la sudadera y se la puso para tapar el tatuaje. Cuando se volvió para mirarlo, los ojos le destellaban—. Y por todos vosotros.

—Vuelve a casa conmigo —susurró Julian—. Livvy...

Ella suspiró.

—Veo que quieres mi permiso para hacer ese trato con la nigromante, Jules. Veo que piensas que hará que esto sea una opción más fácil y mejor. Pero no puedo hacerlo. —Negó con la cabeza—. En Thule solo tenemos opciones terribles. Esta la tienes que tomar tú.

* * *

Emma entró alegremente en la armería. Nunca le habían interesado las armas de fuego; dado que no servían contra los demonios, los cazadores de sombras no las usaban. Pero había muchos otros objetos de destrucción. Se colocó un puñado de cuchillos arrojadizos en el cinturón y se dirigió a una mesa con dagas.

Diana se apoyó contra la pared y la contempló divertida.

—En tu mundo —preguntó—, ¿erais *parabatai*?

Emma se detuvo, con una daga en la mano.

—Lo éramos.

—Yo que tú no lo mencionarías mucho por aquí —le advirtió Diana—. A la gente no le gusta pensar en los *parabatai*.

—¿Por qué no?

Diana suspiró.

—Cuando Sebastian obtuvo el control del mundo, y todo se volvió más oscuro y desesperado, los *parabatai* cambiaron. Un día, el mundo se despertó y se encontró con que todos los que eran *parabatai* se habían convertido en monstruos.

Emma casi dejó caer la daga.

—¿Se volvieron malvados?

—Monstruos —repitió Diana—. Sus runas comenzaron a arder, como si tuvieran fuego en las venas en vez de sangre. La gente decía que las espadas de los que luchaban contra ellos se les quebraban en las manos. Les aparecieron unas líneas negras que les cruzaban el cuerpo y se convirtieron en monstruos, físicamente monstruosos. Yo nunca lo vi; lo he oído todo de tercera mano. Historias sobre enormes criaturas resplandecientes y despiadadas destrozando ciudades. Sebastian tuvo que soltar a miles de demonios para derrotarlos. Muchos mundanos y cazadores de sombras murieron.

—¿Y por qué pasaría eso? —susurró Emma. De repente se le había quedado la boca seca.

—Seguramente por la misma razón por la que los brujos se convirtieron en demonios. El mundo volviéndose retorcido y demoníaco. Realmente, nadie lo sabe.

—¿Te preocupa que nos pueda pasar eso? —preguntó Emma. Iba cogiendo más armas sin fijarse realmente en cuáles tomaba—. ¿Que aquí podamos cambiar?

—No hay ninguna posibilidad —contestó Diana—. Una vez la magia angélica dejó de funcionar completamente, a los pocos *parabatai* que habían

sobrevivido no les pasó nada. Sus vínculos se rompieron, pero no cambiaron.

Emma asintió.

—Aquí noto que mi vínculo con Julian está roto.

—Sí. Ya no hay cazadores de sombras, por lo tanto ya no hay *parabatai*. Aun así, como he dicho, no se lo mencionaría a la gente. Vuestras runas acabarán por desaparecer bien pronto. Ya sabes, si os quedáis aquí.

—Si nos quedamos aquí —repitió Emma en un susurro. La cabeza le daba vueltas—. Bien. Creo que debemos volver. Julian debe de estar preguntándose dónde estoy.

* * *

—Veo que has estado decorando —dijo Julian al entrar en su dormitorio. Parecía cansado y alerta al mismo tiempo, el cabello castaño aún alborotado por el viaje en moto.

Emma miró alrededor; había cogido una sorprendente cantidad de armas de la armería. Había una pila de dagas y cuchillos arrojadizos en un rincón, otra de espadas en el otro rincón, y una tercera de pistolas de la policía, sobre todo Glocks y Berettas.

—Gracias —repuso ella—. Mi tema ha sido Cosas Que Te Pueden Matar.

Julian rio y se fue al cuarto de baño. Emma oyó correr el agua del lavabo mientras él se lavaba los dientes. Había cogido una de las camisas abotonadas que le habían pasado a Julian y la llevaba como camisón sobre la ropa interior: no era la opción más sexi como pijama, pensó, pero era cómodo.

Emma se sentó con las piernas cruzadas y resistió el impulso de preguntarle a Julian si estaba bien. Después de regresar de su expedición con Diana a la armería, había esperado a Julian con creciente ansiedad. Ese era un mundo que los podía herir de muchas maneras. Podían ser asesinados por demonios o cazados por los oscurecidos. Y si hubieran llegado antes, al parecer podrían haberse convertido en monstruos y destrozado una ciudad.

«Existe corrupción en lo más profundo del vínculo de *parabatai*. Un veneno. Una oscuridad que es el reflejo de su bondad. Hay una razón por la que los *parabatai* no pueden enamorarse, y es monstruosa más allá de lo imaginable».

Emma sacudió la cabeza. No quería prestar atención a las mentiras de la reina. Todo en Thule era retorcido y monstruoso; claro que el vínculo de *parabatai* no se había salvado.

Más real y peligrosa era la sombra de la decepción en cada esquina. Sabía lo mucho que Julian quería que Livvy regresara con ellos a su mundo, pero había visto la expresión de ella cuando se lo pidió, y no lo veía nada claro.

Cuando él regresó al dormitorio, tenía el cabello y la camiseta húmedos, y parecía un poco más despierto. Supuso que se habría lavado la cara.

—¿Tenían ballestas? —preguntó, mientras examinaba la pila de espadas. Cogió una y la revisó; la hoja reflejó la luz cuando la miró por un lado y luego por el otro.

Emma notó una sensación como de mariposas volándole en el estómago. No muchas, pero había algo en contemplar a Julian siendo un cazador de sombras, siendo el guerrero en el que lo había visto convertirse. Los músculos se le definían suavemente en el brazo y el hombro mientras manipulaba la espada y la volvía a dejar, con una mirada evaluativa en el rostro.

Emma esperó no haberse sonrojado.

—He cogido una para ti. Está en el armario.

Él fue a buscarla.

—Si llegamos a la Ciudad Silenciosa sin que ningún oscurecido o demonio lo note, quizá no tengamos que usar nada de esto.

—Diana siempre dice que las mejores armas se mantienen siempre preparadas para usar, pero nunca necesitan usarse —comentó Emma—. Claro que nunca supe realmente de lo que estaba hablando.

—Evidentemente. —Sonrió, pero la sonrisa no se le reflejó en los ojos—. Emma, tengo que contarte algo.

Ella se irguió apoyada en la cabecera de la cama. El corazón le dio un brinco, pero trató de mantener una expresión calmada y expectante. A Julian no se le daba muy bien abrirse, incluso cuando tenía sentimientos; aun así, lo que ella había echado más de menos mientras él estuvo hechizado, fue el compartir sus secretos y cargas.

Julian se sentó en el borde de la cama y miró al techo.

—No le he dicho nada a Livvy sobre Tessa pidiéndonos que matemos a Sebastian —dijo.

—Claro —repuso Emma—, si podemos entrar en la Ciudad Silenciosa y coger los Instrumentos Mortales, ya no importará. ¿Para qué la vas a asustar antes de tiempo?

—Pero sí le dije que si conseguimos la Espada y la Copa, nos las llevaríamos con nosotros. Para protegerlas.

Emma esperó. No estaba segura de adónde quería ir a parar Julian con todo eso.

—Cuando estábamos en la corte seelie —siguió él—, la última vez, cuando hablé con la reina, me dijo cómo sería posible romper todos los vínculos de *parabatai*.

Emma agarró la colcha.

—Sí. Y me dijiste que era imposible.

Los ojos de Julian eran ventanas hacia un océano que ya no existía en ese mundo.

—Hicimos lo que nos pidió —continuó Julian—. Le llevamos el *Libro Negro*. Así que me lo explicó, porque pensó que sería gracioso. Verás, es que solo hay una manera de hacerlo. Hay que destruir la primera runa de *parabatai* de la historia, que se guarda en la Ciudad Silenciosa. Y hay que hacerlo con la Espada Mortal.

—Y en nuestro mundo, la Espada está destrozada —concluyó Emma. Tenía sentido, de un modo retorcido, pero lo tenía; podía imaginarse lo que habría disfrutado la reina confiándole esa información.

—No te lo conté porque pensé que ya no importaba —dijo Julian—. Nunca iba a ser posible. La Espada estaba rota.

—Y no me lo dijiste debido al hechizo —añadió Emma con cariño—. No pensabas que tuvieras que hacerlo.

—Sí —admitió él. Respiró hondo—. Pero ahora estamos hablando de devolver esa espada a nuestro mundo, y sé que tenemos una probabilidad entre un millón, pero sería posible; quiero decir, podríamos contemplar esa posibilidad. Podríamos hacerlo.

Había un millón de cosas que Emma hubiera querido decir. «Prometiste que no lo harías» y «hacerlo sería algo terrible» le acudieron a la punta de la lengua. Recordó lo moralmente segura que se había sentido cuando Julian le contó que la reina disfrutó poniéndole esa tentación delante.

Pero, después de la muerte de Livvy, era difícil estar moralmente seguro de algo.

—Le pedí a Magnus que me hechizara porque estaba aterrorizado —explicó Julian—. Nos imaginaba convirtiéndonos en monstruos. Destruyendo todo lo que amábamos. Y todavía tenía la sangre de Livvy bajo las uñas. —Le tembló la voz—. Pero hay algo más que me asusta, y por eso la voz de la reina no para de resonarme en la cabeza.

Emma lo miró, esperando.

—Perderte —admitió él—. Eres la única persona que he amado así, y sé que eres la única a la que amaré. Y no soy yo sin ti, Emma. Una vez disuelves un colorante en el agua, ya no lo puedes sacar. Es así. No puedo sacarte de

mí. Significaría arrancarme el corazón, y no me gusto sin corazón. Ahora lo sé bien.

—Julian —susurró Emma.

—No voy a hacerlo —continuó Julian—. No voy a usar la Espada. No puedo causar a otros un dolor como el que yo he sentido. Pero si volvemos a casa, y tenemos la Espada, pienso que tendremos que dársela al Inquisidor a cambio del exilio. Creo que no tenemos ninguna otra opción.

—¿Un exilio auténtico? —preguntó Emma—. Nos separarán de los niños, Julian, te separarán...

—Lo sé —asintió él—. Hubo un tiempo en que pensé que no podía haber nada peor... Pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocado. Tuve a Livvy en mis brazos mientras moría, y eso fue peor. Lo que le pasó a Livvy aquí, perdernos a todos, es inimaginablemente peor. Me he preguntado si preferiría pasar por lo que pasó Mark, que estuvo alejado de la familia pero pensando que todos estábamos bien y felices, o por lo que Livvy ha pasado aquí, sabiendo que tus hermanos y hermanas están muertos. No hay duda posible. Prefiero que estén vivos y a salvo aunque no pueda estar con ellos.

—No sé, Julian...

La expresión de Julian era abiertamente vulnerable.

—A no ser que ya no sientas eso por mí —dijo—. Si has dejado de amarme mientras estaba hechizado, no podré culparte.

—Supongo que eso resolvería nuestro problema —señaló sin pensar.

Julian hizo una mueca de dolor.

Emma se acercó a él rápidamente en la cama. Se arrodilló en el centro de la colcha y le tocó el hombro. Él se volvió para mirarla, entorneando un poco los ojos, como si estuviera mirando al sol.

—Julian —repuso Emma—. Estaba enfadada contigo. Te añoraba. Pero no dejé de quererte. —Le acarició suavemente la mejilla con el dorso de la mano—. Mientras tú existas y yo exista, te amaré.

—Emma. —Él se movió para arrodillarse frente a ella. En esa posición, Emma era una cabeza más baja. Le acarició el cabello y se lo pasó hacia delante por encima del hombro. Sus ojos estaban oscurecidos—. No sé qué pasará cuando volvamos. No sé si pedirle el exilio a Dearborn funcionará. No sé si nos separarán. Pero si eso ocurre, pensaré en lo que acabas de decir y eso me ayudará a seguir, pase lo que pase. En la oscuridad, en las sombras, en los momentos en que esté solo, lo recordaré.

A Emma le picaban los ojos.

—Lo puedo repetir.

—No hace falta. —Le acarició la mejilla—. Siempre te recordaré como estabas en el momento en que lo has dicho.

—Entonces, me gustaría haberme puesto algo más sexi —repuso ella con una risa nerviosa.

Los ojos de Julian se oscurecieron; esa oscuridad del deseo que solo ella había visto.

—Créeme, no hay nada más sexi que tú en una de mis camisas —le dijo. Le tocó suavemente el cuello por debajo de la camisa. A ella se le puso la piel de gallina. Julian habló en voz baja y profunda—. Siempre te he deseado. Incluso cuando no lo sabía.

—¿Incluso durante nuestra ceremonia de *parabatai*?

Emma medio esperaba que se pusiera a reír, pero él siguió recorriendo su piel con el dedo, a lo largo de la clavícula hasta la base del cuello.

—Especialmente entonces.

—Julian...

—«No me ruegues que te abandone —susurró él— o me abstenga de seguirte». —Le desabrochó el primer botón de la camisa y dejó al descubierto un trocito de piel. La miró y ella asintió, con la boca seca:

—Sí, lo quiero, sí.

Movió los dedos hacia abajo. Otro botón quedó abierto. La curva de los pechos asomó, visible.

—«Adonde tú vayas, yo iré».

Había algo de herético en eso, algo que estaba marcado por el excitante escalofrío de lo totalmente prohibido. Las palabras de la ceremonia de *parabatai* no estaban hechas para expresar deseo. Sin embargo, cada una de ellas hacía estremecerse a Emma, como si las alas de los ángeles le rozaran la piel.

Ella le cogió la camisa y se la quitó por la cabeza. Le acarició el pecho hasta la cintura, los marcados contornos de los músculos del abdomen. Dibujó cada una de las cicatrices. «Donde tú vivas, yo viviré».

Los dedos encontraron otro botón, y otro. La camisa quedó abierta con un susurro de tela. Lentamente, él se la fue bajando por los hombros, dejando que se deslizara hacia abajo. Sus ojos la devoraban, pero las manos eran suaves; le acarició los hombros desnudos y se inclinó para besar los lugares que la camisa había estado ocultando, dibujando un camino entre los pechos, mientras ella se arqueaba hacia atrás en sus brazos.

—«Tu gente será mi gente. Tu Dios, mi Dios» —le murmuró contra la piel.

Ella se echó hacia atrás, arrastrando a Julian consigo. El peso de este la empujó contra la suavidad de la cama. Julian le metió las manos bajo el cuerpo y la besó lentamente durante largo rato. Emma le pasó los dedos por el pelo, como siempre le había gustado hacer, dejando que los rizos le cosquillearan las palmas de las manos.

Se sacaron la ropa sin prisa. Cada nueva sección de piel descubierta fue motivo de otra reverente caricia, otro lento beso.

—«Allí donde mueras, yo moriré» —le susurró Julian en la boca.

Le desabrochó los vaqueros y él se los quitó. Lo notó duro contra ella, pero no había prisa. Le recorrió las curvas con los dedos, los altos y bajos de su cuerpo, como si le estuviera haciendo un retrato en oro y marfil con cada trazo de las manos.

Emma lo rodeó con las piernas para que no se alejara. Julian le rozó la mejilla con los labios, el pelo, mientras entraba en ella; sus miradas no se separaron. Se alzaron como uno solo en fuego y chispas, más brillante por momentos; y cuando al final cayeron juntos, había estrellas de oro y gloria derramándose a su alrededor.

Después, Emma se acurrucó junto a Julian, jadeante. Él estaba sonrojado, brillante de sudor, mientras le cogía un mechón de pelo con una mano y se lo pasaba entre los dedos.

—«Si nada excepto la muerte me separa de ti», Emma —dijo, y le besó el pelo.

Emma cerró los ojos.

—Julian, Julian. «Si nada excepto la muerte me separa de ti».

* * *

Julian estaba sentado en el borde de la cama, mirando la oscuridad.

Su corazón estaba lleno de Emma, pero en su mente reinaba la confusión. Se alegraba de haberle contado la verdad sobre las palabras de la reina, sobre su decisión de buscar el exilio. Había tenido la intención de decir más.

«Mientras tú existas y yo exista, te amaré». Esas palabras le habían llenado el corazón y se lo habían roto. El peligro de amar a Emma se había convertido en algo como una pequeña cicatriz: una fuente de orgullo, un dolor recordado. No había sido capaz de decirle el resto: «¿Y qué pasará si el hechizo vuelve a actuar cuando volvamos a casa? ¿Y si dejo de entender lo que significa amarte?».

Emma había sido tan valiente y tan hermosa, y él la había deseado tanto que las manos le temblaron mientras le desabrochaba la camisa, mientras metía la mano en el cajón de la mesilla. En ese momento, ella dormía, con las mantas subidas hasta el cuello; su hombro, una pálida luna creciente. Y él estaba sentado en el borde de la cama, sujetando la daga enjoyada que Emma había subido antes de la armería.

Le dio vueltas en la mano. Era pequeña, con una hoja afilada y piedras rojas en el pomo. Podía oír la voz de la reina en la cabeza: «En la Tierra de las Hadas, como los mortales no sienten pena, tampoco pueden sentir alegría».

Pensó en cómo Emma y él siempre habían escrito en la piel del otro con los dedos, deletreando palabras que nadie podía oír.

Pensó en el gran vacío que había ocupado su interior después del hechizo, sin saber que lo tenía. Como un mundano poseído por un demonio que se le colgara de la espalda y se alimentara de su alma, sin que él llegase nunca a saber de dónde provenía su mal.

«Cuando dejas de sentir empatía, te conviertes en un monstruo. Quizá aquí ya no estés bajo el hechizo, Julian Blackthorn, pero ¿qué pasará cuando regreses? ¿Qué harás entonces, cuando no puedas soportar sentir lo que sientes?».

Estiró el brazo y bajó con fuerza la hoja.

21

No caen rayos del cielo

Diana llegó al amanecer y llamó a la puerta. Emma se despertó atontada, con el cabello revuelto y los labios doloridos. Se volvió y vio a Julian estirado a su lado, totalmente vestido con una camisa negra de manga larga y unos pantalones de color verde militar. Parecía recién duchado, con el pelo todavía demasiado mojado para rizársele; su boca sabía a pasta de dientes cuando se inclinó para besarlo. ¿Habría dormido algo?

Trastabillando, fue a ducharse y vestirse. Con cada pieza de ropa que se ponía, sentía otra capa de expectación, que la despertaba más de lo que el café o el azúcar podrían. Camisa de manga larga. Chaleco acolchado. Pantalones chinos. Botas de suela gruesa. Dagas y *chigiriki* colgadas del cinturón; estrellas arrojadizas en los bolsillos, una espada en una vaina a la espalda. Se recogió el pelo en una trenza, y con cierta reticencia, cogió una pistola y se la metió en la cartuchera que colgaba del cinturón.

—Ya está —anunció.

Julian estaba apoyado con un pie en la pared de la puerta. Se apartó el pelo de los ojos.

—Yo hace horas que estoy listo —dijo.

Emma le tiró una almohada.

Era agradable volver a disfrutar de sus bromas, pensó, mientras se dirigían hacia la planta baja. Resultaba extraño cómo el humor y la habilidad para bromear iban de la mano de los sentimientos; un Julian que no sentía era un Julian con un humor oscuro y amargo.

El comedor estaba abarrotado y olía a café. Licántropos, vampiros y antiguos cazadores de sombras se hallaban sentados ante largas mesas, comiendo y bebiendo de tazas y cuencos descascarillados y de vajillas diferentes. Era una escena de una extraña unidad, pensó Emma. No podía imaginarse ninguna situación en su mundo en la que un gran grupo de cazadores de sombras y subterráneos estuvieran sentados juntos para una comida normal y corriente. Quizá en la Alianza de Subterráneos y Cazadores

de Sombras de Alec y Magnus comieran juntos, pero tenía que admitir que sabía vergonzosamente poco sobre ellos.

—Ey. —Era Maia, que los acompañó a una larga mesa donde se sentaban Bat y Cameron. Les habían preparado dos tazas de café y dos boles de avena. Emma miró el café mientras se sentaba. Incluso en Thule, todo el mundo suponía que bebía eso.

—Comed —dijo Maia, mientras se sentaba junto a Bat—. Todos necesitamos la energía.

—¿Dónde está Livvy? —preguntó Julian, tomando una cucharada de avena.

—Por ahí. —Cameron apuntó con la cuchara—. Corriendo de un lado para otro apagando fuegos, como de costumbre.

Emma probó la avena; sabía a papel cocido.

—Toma. —Maia le pasó un pequeño cuenco descascarillado—. Canela. Le mejora el sabor.

Mientras Emma cogía el cuenco, notó que Maia tenía otros tatuajes en el brazo junto al lirio: un arco con flecha, una llamita azul y una hoja de salvia.

—¿Significan algo? —le preguntó. Julian estaba charlando con Cameron, algo que Emma no podía imaginarse que ocurriera en su mundo. Incluso estaba un poco sorprendida de que ocurriese aquí—. Me refiero a los tatuajes.

Maia rozó los pequeños dibujos con los dedos.

—Son en honor a mis amigos caídos —contestó a media voz—. La hoja de salvia es por Clary. La flecha y la llama son por Alec y Magnus. El lirio...

—Lily Chen —finalizó Emma, pensando en la expresión de Raphael cuando Emma había mentado a Lily.

—Sí —repuso Maia—. Nos hicimos amigas en Nueva York, después de la batalla del Burren.

—Siento mucho lo de tus amigos.

Maia se recostó en el asiento.

—No lo sientas, Emma Carstairs —replicó Maia—. Julian y tú nos habéis traído esperanza. Esto, lo de hoy, será nuestro primer movimiento contra Sebastian, lo primero que haremos que no sea solo para sobrevivir. Y te doy las gracias por ello.

A Emma le escocieron los ojos. Bajó la cabeza y tomó otra cucharada de avena. Maia tenía razón; estaba mejor con canela.

—¿No quieres tu café? —preguntó Diana, apareciendo en su mesa. Iba vestida de negro de los pies a la cabeza, con dos cinturones de balas colgados alrededor de la cintura—. Ya me lo bebo yo.

Emma se estremeció.

—Llévatelo. Te lo agradeceré.

Un grupo de gente vestida de negro como Diana, portando armas de fuego, salió por la puerta en formación.

—Francotiradores —informó Diana—. Nos estarán cubriendo desde arriba.

—Diana, deberíamos ir yéndonos ya —dijo Raphael, apareciendo de ninguna parte de esa irritante manera que lo hacían los vampiros. No se había molestado en ponerse ningún tipo de ropa militar; iba vestido con vaqueros y una camiseta, y parecía tener unos quince años.

—¿Vais de exploradores? —preguntó Emma.

—Esa es mi excusa para no tener que ir con vosotros, humanos, sí —contestó Raphael.

Emma pensó que, de algún modo, resultaba misterioso que a Magnus y a Alec les hubiera caído tan bien ese tipo para ponerle a su hijo el nombre del vampiro.

—Y yo que tenía tantas ganas de jugar a Soy Espía... —bromeó Emma.

—Pues habrías perdido —repuso Raphael—. Los vampiros somos excelentes jugando a Soy Espía.

Mientras Raphael se alejaba, se detuvo para hablar con alguien. Livvy. Ella le palmeó el hombro, y Emma se sorprendió al ver que él no la miraba mal; asintió, casi amistosamente, y fue a unirse a su grupo de vampiros exploradores. Salieron por la puerta mientras Livvy se acercaba a la mesa de Julian y Emma.

—Todo el mundo está listo —informó. Estaba igual que el primer día que la habían visto en Thule. Dura y preparada para lo que fuera. Se había recogido el pelo en una cola de caballo; se inclinó para besar a Cameron en la mejilla, y palmeó a Julian en el hombro—. Jules, Emma y tú venís conmigo. Hoy tenemos niebla.

—Eso no parece ser tan malo —comentó Emma.

Livvy suspiró.

—Espera y verás.

* * *

Emma observó que la niebla era como todo lo demás en Thule: sorprendentemente horrible.

Habían salido del Bradbury en un pequeño grupo: Emma, Julian, Livvy, Cameron, Bat, Maia, Divya, Rayan y unos cuantos rebeldes más de los que Emma no sabía el nombre. Y la niebla los había golpeado como un puño: espesas columnas de humedad alzándose del suelo y moviéndose por el aire, que convertían en una mancha cualquier cosa a un par de metros. Olía a quemado, como el humo de una enorme hoguera.

—Hará que te piquen los ojos y la garganta, pero no hace daño —explicó Livvy mientras se dividían en grupos más pequeños por Broadway—. Un mal rollo para los francotiradores. No hay visibilidad.

Caminaba con Emma y Julian por el desagüe junto a la acera. Ellos seguían a Livvy, que parecía saber adónde iba. La niebla tapó totalmente la tenue luz del sol agonizante; Livvy había sacado una linterna y dirigía el rayo hacia la espesa humedad frente a ellos.

—Al menos, no habrá coches —añadió Livvy—. A veces, los oscurecidos intentan atropellarte si creen que eres uno sin jurar. Pero nadie conduce con esta niebla.

—¿Llueve alguna vez? —preguntó Emma.

—Créeme —contestó Livvy—, no querrás estar aquí cuando llueva.

Su tono sugería tanto que Emma no debía preguntar más, como que probablemente llovían cuchillos o ranas rabiosas.

La niebla blanca también parecía amortiguar el sonido. Avanzaron, sus pasos silenciados, siguiendo la linterna de Livvy. Julian parecía perdido en sus pensamientos; Livvy lo miró a él y luego a Emma.

—Tengo algo que quiero que os llevéis —dijo en una voz tan baja que Emma se tuvo que inclinar hacia ella para oírla—. Una carta que le he escrito a Ty.

Le puso el sobre a Emma en la mano; esta se lo metió en el bolsillo interior después de echar una rápida mirada al nombre escrito en él: Tiberius.

—De acuerdo. —Emma miró hacia delante—. Pero si no vas a cruzar el Portal con nosotros, tendrás que decírselo a Julian.

—El Portal no es una cosa segura, ¿no? —preguntó Livvy.

—Vamos a volver —replicó Emma—. Como sea.

Livvy bajó la cabeza, reconociendo la decisión de Emma.

—Aún no me he decidido —informó.

—Mirad —dijo Julian. Pareció definirse mejor al acercarse a ellas, ya sin el difuminado de la niebla—. Ya hemos llegado.

El Angels Flight se alzaba ante ellos, su altura cortada por la niebla. El funicular había sido vallado hacía mucho tiempo, cuando a la gente le

importaban cosas como la seguridad, pero las vallas estaban pisoteadas, y trozos de cadena rota aparecían tirados por la acera. Los dos vagones de madera del funicular yacían cada uno en su lado a medio camino de la colina, tirados como dos juguetes rotos. Un vistoso arco naranja y negro, con las palabras ANGELS FLIGHT, se alzaba en la entrada del transporte.

Junto a uno de los pilares que soportaban el arco se hallaba Tessa.

Esta vez no iba disfrazada de Jem. Ni vestida como un cazador de sombras ni como un Hermano Silencioso. Llevaba un sencillo vestido negro, con el cabello suelto y liso. Parecía tener más o menos la edad de Clary.

—Aquí estás —dijo.

Livvy se había quedado parada, y alzó una mano para indicar a Julian y a Emma que también debían detenerse. Apagó la linterna cuando varias docenas de siluetas surgieron de la niebla. Emma se tensó, pero se relajó al reconocerlas: eran Diana, Bat, Cameron, Raphael, Maia. Y varias docenas de rebeldes, vestidos de negro y verde.

Permanecieron en silencio formando dos largas filas. En formación militar. Nadie se movió.

Tessa miró a Livvy asombrada.

—¿Todos estos son tu gente?

—Sí —contestó Livvy. Estaba observando a Tessa con una mezcla de desconfianza y esperanza—. Esta es mi gente.

Tessa sonrió, una sonrisa repentina y maravillosa.

—Lo has hecho muy bien, Livia Blackthorn. Has honrado el nombre de tu familia.

Livvy pareció sorprendida.

—¿Mi familia?

—Desde mucho tiempo atrás ha habido Blackthorn —explicó Tessa—, y durante mucho tiempo han vivido con honor. Veo mucho honor aquí. —Miró hacia los rebeldes, luego se volvió, al parecer sin preocuparse por la demostración de fuerza a su espalda, y alzó las manos.

Hubo un grito ahogado general entre los rebeldes cuando de los dedos de Tessa saltaron chispas y llamas amarillas. Una puerta de doble hoja se fue formando bajo sus manos, llenando el arco. Cada hoja era una enorme losa de piedra. Y cruzándolas ambas, una frase en latín toscamente grabada: *Nescis quid serus vesper vehat*.

—«¿Quién sabe lo que trae la noche?» —tradujo Julian, y un escalofrío le recorrió la espalda a Emma.

Tessa pasó las llamas amarillas de sus dedos sobre la puerta, y un fuerte chirrido cortó la niebla. Las hojas de la puerta comenzaron a separarse entre sacudidas, arrojando una lluvia de polvo de años de abandono.

Un grito, resonante y hueco, llegó desde el interior mientras las puertas se abrían completamente. Una profunda oscuridad era lo único visible más allá de la entrada. Emma no podía ver las escaleras que sabía que conducían a la Ciudad Silenciosa. Solo podía ver sombras.

Avanzaron; Emma comenzaba a escrutar la oscuridad de la entrada cuando Tessa se desplomó.

Corrieron a su lado. Ella se apoyó, erguida, contra el pilar, con el rostro muy pálido entre la niebla.

—Estoy bien, estoy bien —dijo, aunque de cerca se le veían las comisuras de la boca y de los ojos bordeadas de escarlata, como si los pequeños vasos sanguíneos se le hubieran reventado por el esfuerzo—. Debemos entrar. No es aconsejable dejar abierta la Ciudad Silenciosa...

Intentó ponerse en pie, pero volvió a caer con un grito ahogado.

Livvy le pasó su linterna a Emma y se arrodilló junto a Tessa.

—¡Cameron! ¡Diana! Entrad con Emma y Jules a la Ciudad de Hueso. Maia, necesito un médico.

Hubo un revuelo de actividad. Mientras Cameron y Diana llegaban hasta ellos, Emma intentó argumentar que era ella quien debía quedarse con Tessa, pero Livvy fue inflexible.

—Vosotros hicisteis la ceremonia de *parabatai* —dijo—. Conocéis la Ciudad Silenciosa. No hay razón por la que su arquitectura deba haber cambiado.

—Daos prisa —insistió Tessa mientras Maia se inclinaba sobre ella con su botiquín de primeros auxilios—. Los Instrumentos están en la Cámara de las Estrellas. —Tosió—. ¡Marchad!

Emma encendió la linterna de Livvy y corrió hacia la entrada de la Ciudad, con Julian a su lado y Cameron y Diana detrás. El ruido de la calle desapareció casi inmediatamente, apagado por la niebla y por los pesados muros de piedra. La Ciudad Silenciosa era más silenciosa que nunca, pensó Emma. El rayo de luz de la linterna rebotaba en las paredes, iluminando lascas de piedra, y a medida que fueron bajando más, hueso pulido blanco y amarillo.

Livvy tenía razón. La arquitectura de la Ciudad Silenciosa no había cambiado. Julian caminaba junto a Emma, recordando la última vez que habían estado allí juntos, en su ceremonia de *parabatai*. En aquel entonces la

Ciudad olía a viejo, como huesos, polvo y piedra, pero era un lugar vivo y habitado. Ahora olía a aire estancado, abandono y muerte.

Naturalmente, no era su Ciudad Silenciosa, pero desde pequeña le habían enseñado que todas las ciudades eran una ciudad; había diferentes entradas, pero solo una fortaleza. Mientras pasaban por las arqueadas salas de los mausoleos, Emma no pudo evitar pensar: «Nunca habrá más guerreros que sumar a este ejército; nunca habrá más cenizas que ayuden a construir la Ciudad de Hueso».

Se agacharon para pasar por un túnel que se abría a una caverna cuadrada. Columnas en espiral, hechas de hueso tallado, ocupaban cada una de las esquinas. El suelo estaba hecho de cuadrados de mármol como un tablero de ajedrez, bronce y rojo, y en el centro se hallaba el mosaico que daba nombre a la sala: un dibujo parabólico de estrellas de plata.

Una mesa de basalto negro se apoyaba contra una de las paredes. En lo alto había dos objetos: una copa y una espada. La Copa era de oro, con el borde incrustado de rubíes; la Espada era de una pesada plata oscura, con la empuñadura en forma de las alas de un ángel.

Emma los conocía a ambos. Como cualquier cazador de sombras los había visto en mil cuadros, tapices e ilustraciones en libros de historia. Se fijó, con una sorpresa extrañamente distante, en que ni la Copa ni la Espada habían acumulado polvo.

Cameron tragó aire.

—Nunca pensé que los volvería a ver. No después de la guerra.

—Dame la linterna —dijo Diana, y le tendió la mano a Emma—. Vosotros dos, seguid adelante.

Emma le pasó la linterna, y junto con Julian se acercaron a la mesa. Julian cogió la Copa y se la metió bajo la tira de cuero de su cinturón militar que le llegaba hasta el hombro, luego se subió la cremallera de la chaqueta para ocultarla. Emma tardó un poco más en prepararse para coger la Espada. La última vez que la había visto estaba en manos de Annabel, que acababa de matar a Robert Lightwood y de clavar los restos de la espada rota en el pecho de Livvy.

Pero esta era otra espada: sin sangre, sin fracturas. La cogió por la empuñadura y la cambió por la espada larga que llevaba a la espalda; la Espada Mortal era un peso considerable contra su columna, y recordó lo que la reina había dicho: que los nefilim había sido antes gigantes, con la fuerza de mil hombres.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Diana—. Como ha dicho la bruja, es mejor no dejar este lugar abierto durante mucho rato.

Cameron miró alrededor estremeciéndose de desagrado.

—Por mí ya estamos tardado demasiado en salir de aquí.

Mientras regresaban por la Ciudad, la luz de la linterna bailoteaba sobre las piedras semipreciosas incrustadas en los arcos de hueso. Destellaban de un modo que entristeció a Emma: ¿de qué servía tanta belleza si nadie la veía? Llegaron a un túnel, y se dio cuenta con alivio de que debían de estar cerca de la escalera y la superficie. Podía oír el viento, el ruido de un coche petardeando...

Se tensó. «Nadie conduce con esta niebla».

—¿Qué es ese ruido? —preguntó.

Todos se pusieron alerta. El sonido llegó de nuevo, y esta vez, Cameron palideció.

—Disparos —contestó Diana, mientras sacaba la pistola de la cartuchera que le colgaba de la cadera.

—Livvy. —Cameron echó a correr; había avanzado unos cuantos metros cuando unas siluetas de color humo y escarlata surgieron de entre las sombras. Una espada plateada cortó la oscuridad.

—¡Oscurecidos! —gritó Julian.

Emma ya tenía la espada en la mano izquierda; corrió hacia delante, cogió un *bo-shuriken* del cinturón y lo lanzó hacia una de las figuras de rojo. Esta se tambaleó hacia atrás y un chorro de sangre pintó la pared a su espalda.

Una mujer oscurecida, con una larga melena castaña, se lanzó hacia ella. Cameron luchaba con otro al pie de la escalera. Se oyó un disparo que resonó en los oídos de Emma; el oscurecido cayó como una roca. Emma miró hacia atrás y vio a Julian bajando una pistola, con una expresión impasible. Salía humo del cañón.

—¡Corred! —Diana soltó la linterna, empujó a Emma y apuntó—. ¡Id con Livvy! ¡Id con los otros!

La implicación era evidente: alejar la Copa y la Espada de los oscurecidos. Emma salió corriendo, espada en mano, lanzando tajos en doble arco; vio a Cameron luchando con un oscurecido, al que reconoció como Dane Larkspear. Podrido en un mundo, podrido en el otro, pensó, mientras Cameron derribaba a Dane de una patada en las piernas.

Sin embargo, llegaban más oscurecidos desde uno de los otros túneles. Emma oyó gritar a Julian, y luego corrieron hacia arriba a toda prisa, Emma

con la espada y Julian con la pistola. Salieron disparados por la entrada de la Ciudad Silenciosa...

Y se encontraron en medio de una horrible escena.

La niebla seguía enroscándose por todas partes, hilos blancos como la tela de una araña gigante. Docenas de los rebeldes de Livvy estaban arrodillados en silencio, con las manos detrás de la cabeza. A sus espaldas había largas filas de oscurecidos, armados con bayonetas y ametralladoras. Tessa seguía caída contra el pilar del arco, pero era Raphael quien la sujetaba en ese momento, con una sorprendente solicitud.

Livvy estaba de pie en el centro del grupo de oscurecidos y rebeldes. Estaba de pie porque Julian, el Julian mayor, más viejo y más alto, con una sonrisita letal y siniestra, vestido todo de rojo, se hallaba detrás de ella, sujetándola por el cuello con un brazo. Con su otra mano le apuntaba a la sien con una pistola.

Detrás de todos se hallaba Sebastian, vestido con otro traje caro, y con él, uno a cada lado, estaban Jace y Ash. Este no llevaba armas, pero Jace empuñaba una espada que Emma reconoció: *Heosphoros*, que en su mundo había sido de Clary. Era una bonita espada, con el arriaz de oro y obsidiana, y la hoja de plata oscura estampada con estrellas negras.

Todo pareció ir más lento. Emma oyó la respiración de Julian repicarle en el cuello. Se había quedado inmóvil, como si lo hubieran convertido en piedra.

—Julian Blackthorn —dijo Sebastian, y la blanca niebla que se curvaba a su alrededor era del color de su pelo, del pelo de Ash. Dos príncipes del invierno.

—¿De verdad creías que me habías engañado con tu mala actuación de la otra noche?

—Annabel —dijo Julian con voz hueca. Y Emma supo lo que estaba pensando: Annabel debía de haberlos traicionado. Annabel, que sabía quiénes eran realmente.

Sebastian frunció el ceño.

—¿Qué pasa con Annabel?

Ash meneó la cabeza. Fue un pequeño movimiento, una minúscula negación, pero Emma lo vio, y estaba casi segura de que Julian lo habría visto también.

«No —decía—. Annabel no os ha traicionado».

Pero ¿por qué Ash...?

—Tira la pistola —ordenó Sebastian, y Julian así lo hizo, lanzándola hacia la niebla. Sebastian casi ni había mirado a Emma; en ese momento volvió hacia ella una mirada perezosa y despectiva—. Y tú. Tira esa espada barata.

Emma dejó caer la espada, que resonó contra el suelo. ¿Acaso Sebastian no había visto la Espada Mortal que ella llevaba colgada a su espalda?

—Lleváis el sol en la piel —dijo Sebastian—. Solo eso ya me hubiera dicho que no sois de Thule. Y gracias a Ash, sé la historia de vuestro mundo. Sabía lo del Portal. Me he estado preguntando todo este tiempo si alguno de vosotros caería en él por casualidad. También sabía que iríais directos a por los Instrumentos Mortales para ocultármelos. Lo único que he tenido que hacer ha sido poner unos cuantos guardias por aquí y esperar la señal. —Sonrió como un jaguar—. Y ahora, entregadme los Instrumentos Mortales o Julian le volará la cabeza a tu hermana.

Su Julian miró a Livvy. Emma gritaba dentro de la cabeza: «No puede verla morir otra vez, no otra vez; nadie podría soportar eso dos veces».

La mirada de Livvy no se apartaba de su Julian. No había ningún miedo en su expresión.

—No vas a permitir que viva —repuso Julian—. Haga lo que haga, la vas a matar.

La sonrisa de Sebastian se hizo más grande.

—Tendrás que esperar a ver.

—Muy bien —asintió Julian. Dejó caer los hombros—. Voy a coger la Copa —dijo con una mano en alto mientras con la otra se bajaba la cremallera de la chaqueta. Emma contempló con consternación cómo metía la mano dentro—. Te la voy a pasar...

Sacó la mano de la chaqueta; sujetaba un cuchillo arrojadizo, pequeño y afilado, con piedras rojas en el pomo; Emma casi no tuvo tiempo de reconocerlo antes de que Julian lo lanzara. El cuchillo cortó el aire, arañó a Livvy en la mejilla y se le clavó profundamente al Julian oscurecido que la sujetaba.

Este no profirió ningún sonido. Cayó hacia atrás, golpeando la acera con un ruido seco, mientras la pistola se le deslizaba de la mano abierta; Sebastian gritó, pero Livvy ya se había ido, lanzándose al suelo y rodando hasta la niebla.

Emma desenvainó la Espada Mortal y cargó directamente contra Sebastian.

Se desató el caos. Sebastian gritaba llamando a sus oscurecidos, que se acercaron corriendo, dejando abandonados a los rebeldes para colocarse entre

Emma y su líder. Jace lanzó una estocada a Emma poniendo a Ash detrás de sí, pero Julian ya estaba allí; había cogido la espada caída, y esta chocó, resonante, contra *Heosphoros*, mientras hacía retroceder a Jace, para alejarlo de Emma.

Ella atacó con la Espada Mortal al oscurecido que tenía más cerca. Su peso había desaparecido; la espada cantó mientras ella la blandía, como solo *Cortana* había cantado en su mano antes, y de repente Emma recordó su nombre: *Maellartach*. Un oscurecido con el cabello rubio muy corto la apuntó con una pistola, pero la bala rebotó en la hoja de *Maellartach*. El oscurecido la miró boquiabierto y Emma le hundió la Espada Mortal en el pecho, enviándolo hacia atrás con tal fuerza que se llevó a otro oscurecido con él al caer.

Oyó a alguien lanzar un grito; era Livvy, que saltaba a la refriega. Se agachó, rodó y disparó, derribando a un oscurecido que estaba cargando contra Bat. El sonido de la lucha resonó como un profundo trueno en los muros de la niebla que se enroscaba y se deslizaba entre ellos.

Maellartach era una estela plateada en manos de Emma, apartando hojas y balas mientras avanzaba lentamente hacia Sebastian. Vio que Bat iba hacia Ash, bayoneta en mano. Este no se movía; estaba quieto, observando el caos como un espectador en el teatro.

—Pon las manos a la espalda —le dijo Bat, y Ash lo miró con el ceño fruncido, como si fuera un grosero espectador interrumpiendo la representación. Bat alzó la bayoneta—. Mira, chaval, será mejor...

Ash fijó en Bat su tranquila mirada verde.

—No quieres hacerlo —dijo.

Bat se quedó inmóvil, apretando su arma. Ash se volvió y se alejó, sin apresurarse, casi como de paseo, y se perdió entre la niebla.

—¡Bat! ¡Cuidado! —gritó Maia, y Bat se volvió y clavó la bayoneta en el cuerpo de un guerrero oscurecido que se le acercaba.

Y entonces se oyó el grito. Un aullido de agonía tan agudo e intenso que cortó la niebla. Una mujer con el uniforme de los oscurecidos corrió por la plaza, con el cabello agitándose hacia atrás como un estandarte tejido en oro, y se lanzó sobre el cadáver del Julian Blackthorn de ese mundo.

Emma supo que era ella; su yo de Thule, aferrando el cuerpo de su querido compañero, sollozando sobre su pecho, con los dedos arañando la ropa empapada en sangre. Gritó una y otra vez, un aullido corto, vibrante, como la alarma de un coche en una calle vacía.

Emma no pudo evitar quedársela mirando, y Julian, su Julian, se sacudió sobresaltado y se volvió para mirar; Emma supuso que había reconocido el sonido de su voz. Esas décimas de segundo de desconcentración fueron una ventaja para Jace, que lanzó una estocada hacia delante con *Heosphoros*. Julian, retorciéndose, consiguió esquivar la hoja por los pelos, pero se tambaleó; Jace le golpeó las piernas con las suyas y Julian se fue al suelo.

«¡Nooo!». Emma se volvió en redondo, invirtiendo su maniobra, pero si Jace bajaba la espada, ella no tendría manera de llegar a tiempo...

Una pequeña llama amarilla pasó entre Jace y Julian. Este se arrastró rápidamente hacia atrás mientras Jace se volvía para mirar. Raphael sujetaba en pie a Tessa, y esta tenía la mano extendida, con un fuego amarillo aún bailándole entre los dedos. Parecía crispada y exhausta, pero sus ojos estaban cargados de pena cuando miraron a Jace.

Fue un momento extraño, de los que a veces se daban en medio de una batalla. Lo rompió la aparición de alguien que salía tambaleándose por la puerta de la Ciudad Silenciosa: Diana, ensangrentada y jadeante, pero viva. El corazón de Emma saltó de alivio.

Sebastian enrojeció de furia.

—¡Entrad en la Ciudad! —gritó—. ¡Buscadlo todo! ¡Libros de hechizos! ¡Registros! ¡Traédmelo todo!

Tessa ahogó un grito.

—No... la destrucción que puede causar...

Inmediatamente, Jace se apartó de Julian, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—Oscurecidos —llamó. Su voz era profunda y neutra, sin el menor tono o inflexión—. Venid conmigo.

Emma se volvió para correr hacia la entrada de la Ciudad mientras oía a Sebastian riendo. Julian se había puesto en pie y ya se hallaba a su lado. Livvy hizo un giro, pateando a un oscurocido, y corrió hacia Tessa y los otros.

—¡Cerrad la puerta! ¡Cerrad la puerta!

—¡No! —Diana miraba frenética toda la escena de la carnicería—. ¡Cameron sigue dentro!

Julian miró a Tessa.

—¿Qué podemos hacer?

—Puedo cerrar las puertas, pero debes saber que no podré volver a abrirlas —contestó Tessa—. Cameron se quedará atrapado.

Una mirada de intenso dolor cruzó el rostro de Livvy. Jace y los otros oscurecidos iban hacia ellos, solo quedaban unos segundos.

El dolor no abandonó los ojos de Livvy, pero apretó los dientes. Nunca se había parecido tanto a Julian como en ese momento.

—¡Cerrad la puerta! —gritó.

—¡Detened a la bruja! —chilló Sebastian—. ¡Detened...!

Acabó con un aullido. Maia, a su espalda, le había clavado la espada en el costado. La hoja se hundió en él, manchándose de una sangre negruzca. Pero Sebastian casi no pareció notarlo.

—Tessa... —comenzó Emma, no tenía ni idea de lo que quería decir, si pensaba preguntarle a Tessa si le quedaban fuerzas para cerrar la puerta, o si pretendía decirle que lo hiciera o que no lo hiciera. Tessa avanzó antes de que ella pudiera acabar la frase, alzó sus finos brazos y murmuró palabras que Emma intentaba recordar pero que se le iban de la cabeza.

A Tessa le saltaron chispas doradas de los dedos, iluminando el arco de entrada. Las hojas de la puerta comenzaron a cerrarse chirriando. Sebastian aulló de rabia y agarró la espada que le salía por el costado. Se la arrancó y se la lanzó a Maia, que tuvo que tirarse al suelo para esquivarla.

—¡Detente! —gritó, avanzando a grandes zancadas hacia la entrada de la Ciudad—. ¡Detente ahora...!

La puerta se cerró con un eco que reverberó en la niebla. Emma miró a Tessa, que le contestó con un sonrisa dulce y triste. Le manaba sangre por las comisuras de la boca, por las quebradas uñas.

—¡No! —exclamó Raphael. Había estado tan callado que Emma casi se había olvidado de que estaba ahí—. ¡Tessa...!

Tessa Gray estalló en llamas. No fue como si se estuviera quemando, no realmente; entre un instante y el siguiente se convirtió en fuego, se transformó en una reluciente columna de llamas. La ardiente luz era blanca y dorada, y cortaba la niebla iluminando el mundo.

Raphael se echó hacia atrás, cubriéndose el rostro con un brazo para protegerse de la luz. Bajo el intenso brillo, Emma pudo distinguir claros detalles: el corte en el rostro de Livvy, donde el cuchillo de Julian la había rozado; las lágrimas en los ojos de Diana, la furia en el rostro de Sebastian mirando la puerta cerrada, el miedo de los oscurecidos, que se apartaban aterrados de la luz.

—¡Cobardes! ¡La luz no puede haceros daño! —gritó Sebastian—. ¡Seguid luchando!

—Tenemos que regresar al Bradbury —dijo Livia desesperadamente—. Tenemos que salir de aquí.

—Livvy —repuso Julian—. No podemos permitir que nos sigan hasta tu cuartel general. Tenemos que encargarnos de ellos ahora.

—Solo hay un modo de hacer eso —dijo Emma. Apretó la mano alrededor de la empuñadura de la Espada Mortal y se dirigió hacia Sebastian.

Estaba ardiendo con una nueva furia, que la llenaba y la sostenía. Cameron. Tessa. Pensó en Livvy, que acababa de perder a otra persona querida. Y se lanzó contra Sebastian, con la Espada Mortal curvándose en el aire como un látigo hecho de fuego y oro.

Sebastian rugió. *Phaesphoros* le saltó a la mano y avanzó hacia Emma. La furia parecía danzar a su alrededor como chispas.

—¿Piensas matarme con la Espada Mortal? —gritó—. Isabelle Lightwood ya lo intentó, ahora se pudre en una tumba en Idris.

—¿Y si te corto la cabeza? —lo provocó Emma—. ¿Seguirás siendo el estúpido mandamás partido en dos de este mundo?

Sebastian se volvió sobre sí mismo, la espada Morgenstern era una estela de negro y plata. Emma saltó y la hoja cortó el aire bajo sus pies. Aterrizó sobre una boca de riego tumbada.

—Sigue intentándolo —replicó Sebastian con voz aburrida—. Ya lo han intentado otros; no se me puede matar. Te agotaré, chica, y después te cortaré en piezas de puzle para entretener a los demonios.

El ruido de la lucha los rodeaba. El fuego de Tessa se estaba apagando, y en el clamor de la niebla, Emma pudo ver a Julian luchando contra Jace. Julian había cogido una de las espadas de los oscurecidos y luchaba a la defensiva, como Diana les había enseñado cuando su oponente era más fuerte que ellos.

Livvy luchaba contra los oscurecidos con furia y energía renovadas. Lo mismo hacía Raphael. Mientras Emma pasaba la mirada hacia los otros, vio a Raphael coger a una oscurecida pelirroja y destrozarle el cuello con los dientes.

Y entonces lo vio: un destello en la distancia. Una iluminación rodante como un torbellino que conocía bien: la luz de un Portal.

Emma saltó de la boca de incendios y siguió atacando; Sebastian retrocedió un momento, sorprendido, antes de recuperarse y responder aún con más fuerza. La espada silbaba en manos de Emma mientras su corazón latía al ritmo de una palabra: «Distráelo, distráelo».

Phaesphoros chocó contra *Maellartach*. Sebastian mostró los dientes en una sonrisa que no tenía nada de auténtica. Emma se preguntó si alguna vez había sido capaz de imitar una sonrisa humana pero había olvidado cómo.

Pensó en la forma en que Clary hablaba de él, como alguien a quien había perdido mucho antes de que muriera.

Un agudo dolor la traspasó. La espada de Sebastian le había marcado la parte delantera del muslo izquierdo; la sangre manchaba sus pantalones. Él sonrió de nuevo y le pegó una patada en la herida, con fuerza; el dolor hizo que lo viera todo blanco y notó que se iba de lado. Golpeó el suelo con un crujido que estaba segura que fue el de su clavícula al quebrarse.

—Estás comenzando a aburrirme —dijo Sebastian, moviéndose alrededor de ella como un gato. Emma tenía la visión borrosa por el dolor, pero podía distinguir la luz del Portal, que aumentaba de intensidad. El aire pareció vibrar. En la distancia, aún podía oír sollozar a la otra Emma—. Otros mundos —comentó—. ¿Por qué debe importarme algún otro mundo cuando mando en este? ¿Por qué debe significar algo para mí cualquier otro mundo?

—¿Quieres saber cómo moriste allí? —preguntó Emma. El dolor del hueso roto la atravesaba. Oía la batalla alrededor, oía a Julian y Jace luchando. Trató de no desmayarse. Cuanto más rato distrajera a Sebastian, mejor.

—Quieres vivir para siempre en este mundo —dijo ella—. Pero ¿no quieres saber cómo moriste en nuestro mundo? Quizá podría pasarte aquí también. Ash no sabe nada de eso. Ni tampoco Annabel. Pero yo sí.

Sebastian bajó *Phaosphoros* y le arañó la clavícula con la punta. Emma casi gritó de dolor.

—Cuéntame.

—Te mató Clary —explicó Emma, y vio que él abría mucho los ojos—. Con fuego celestial. Quemó todo lo que era malvado en ti, y entonces no quedó demasiado que pudiera vivir mucho más. Pero moriste en brazos de tu madre, y tu hermana lloró sobre ti. Ayer, en el club, hablaste del peso que cargas, que te aplasta. En nuestro mundo, tus últimas palabras fueron: «Nunca me he sentido tan ligero».

El rostro se le retorció. Por un momento hubo miedo en sus ojos, o incluso más que miedo, arrepentimiento, quizá hasta dolor.

—Mientes —dijo con los dientes apretados, y le deslizó la punta de la espada hasta el esternón, donde una estocada le cortaría la aorta abdominal. Se desangraría dolorosamente—. Dime que esa no es la verdad. ¡Dímelo!

Apretó la mano que sujetaba la espada.

Hubo movimiento a su espalda, como un aleteo, y algo lo golpeó con fuerza, un golpe en el hombro que lo hizo tambalearse de lado. Emma vio a Sebastian volverse en redondo, con una mirada de furia en el rostro.

—¡Ash! ¿Qué estás haciendo?

Emma se quedó boquiabierta de la sorpresa. Sí que era Ash, y de su espalda surgían un par de alas. Para Emma, que había crecido con imágenes de Raziel, fue como un golpe: se incorporó sobre los codos, asombrada.

Eran alas de ángel y al mismo tiempo no lo eran. Eran negras, ribeteadas de plata, y titilaban como el cielo nocturno. Supuso que eran más anchas que la longitud de sus brazos abiertos en cruz.

Estas eran hermosas, lo más hermoso que había visto en Thule.

—No —dijo Ash tranquilamente, mirando a su padre, y le sacó la espada de la mano. Este retrocedió, y Emma se puso en pie como pudo, con un dolor intenso en la clavícula, y hundió la Espada Mortal en el pecho de Sebastian.

La arrancó, notando como la hoja le rozaba los huesos de las costillas, y se preparó para clavársela de nuevo, para cortarlo a tajos...

Mientras ella retiraba la espada, él se estremeció. No había hecho ningún ruido cuando se la clavó, pero en ese momento abrió la boca y una cascada de sangre negra le cayó sobre el labio inferior y la barbilla mientras se le ponían los ojos en blanco. Emma oyó gritar a los oscurecidos. La piel de Sebastian comenzó a agrietarse y arder.

Echó la cabeza hacia atrás en un silencioso grito y se deshizo en cenizas, del mismo modo en que desaparecían los demonios en el mundo de Emma.

Los gritos de la Emma de Thule se detuvieron de golpe. Estaba caída sin vida sobre el cuerpo de su Julian. Uno tras otro, los oscurecidos comenzaron a caer, deshaciéndose a los pies de los rebeldes contra los que estaban luchando.

Jace lanzó un grito y cayó de rodillas. A su espalda, Emma veía la iluminación del Portal, abierto y destellando con una luz azul.

—Jace —susurró, y fue hacia él.

Ash se le puso delante.

—Yo no lo haría —dijo. Habló con la misma voz calmada e inquietante con la que le había dicho «no» a su padre—. Ha estado demasiado tiempo bajo el control de Sebastian. No es lo que piensas. No puede volver atrás.

Emma movió la espada y apuntó a Ash, casi mareada por el dolor de la clavícula rota. Ash la miró sin inmutarse.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó—. ¿Por qué has traicionado a Sebastian?

—Iba a matarme —contestó Ash. Su voz era grave, un poco apagada, no la voz de niño que tenía en la corte noseelie—. Además, me ha gustado tu discurso sobre Clary. Ha sido interesante.

Julian se alejó de Jace, que seguía arrodillado en el suelo, mirando la espada que tenía en la mano, y fue hacia Emma mientras Livvy los miraba; mostraba varias heridas pero seguía en pie, y los rebeldes se estaban acercando para rodearla. Todos tenían una expresión de asombro e incredulidad.

Un grito cortó el extraño silencio de oscurecidos muertos y guerreros anonadados. Un grito que Emma reconoció sin dudar.

—¡No le hagas daño! —gritó Annabel.

Corría hacia ellos con las manos extendidas. Llevaba su vestido rojo e iba descalza.

Agarró a Ash del brazo y comenzó a tirar de él hacia el Portal.

Emma reaccionó, saliendo de su parálisis, y comenzó a correr hacia Julian mientras este se acercaba al Portal. Su espada destelló mientras la alzaba, al mismo tiempo que Ash trataba de soltarse de Annabel. Gritaba que no quería irse, no sin Jace.

Annabel era fuerte, Emma lo sabía. Pero al parecer, Ash era aún más fuerte. Se soltó de su mano y comenzó a correr hacia Jace.

La luz del Portal comenzaba a apagarse. ¿Lo estaría cerrando Annabel o estaba muriendo por sí mismo, de forma natural? De un modo u otro, el corazón de Emma se aceleró al máximo, golpeándole las costillas. Saltó sobre el cuerpo de un oscurecido y llegó al otro lado justo cuando Annabel se volvía hacia ella.

—¡Atrás! —gritó Annabel—. ¡Ninguno de vosotros podéis traspasar el Portal! ¡No sin Ash!

Este se volvió al oír su nombre; estaba arrodillado junto a Jace, con una mano en su hombro. Tenía el rostro contorsionado en una mueca que parecía de dolor.

Annabel comenzó a ir hacia Emma. Su rostro estaba inquietantemente inexpresivo, como lo había estado aquel día en el estrado. El día que había traspasado el corazón de Livvy con la Espada Mortal, deteniéndolo para siempre.

Detrás de Annabel, Julian alzó la mano libre. Emma supo inmediatamente lo que pretendía decirle, lo que quería.

Alzó la Espada Mortal, apretando los dientes por el dolor, y la lanzó.

Destelló pasando junto a Annabel. Julian dejó caer su propia espada y cogió a *Maellartach* en el aire. Bajó la hoja, aun ensangrentada, en un pronunciado arco, y le cortó la columna a Annabel.

Esta lanzó un chillido terrible e inhumano, como el de una marmota. Comenzó a girar como un juguete estropeado, y Julian le clavó la Espada Mortal en el pecho, igual que ella le había hecho a Livvy.

Arrancó la espada del cuerpo y la sangre de Annabel le salpicó la piel. Julian se quedó como una estatua, aferrando la Espada Mortal, mientras Annabel se desplomaba en el suelo como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas.

Yacía en el suelo, con el rostro hacia arriba, mientras un charco de sangre comenzaba a formarse a su alrededor, mezclado con los volantes de su vestido rojo. Las manos, antes tiasas como garras a los costados, se le relajaron al morir; sus pies descalzos eran de un oscuro escarlata, como si llevara unas zapatillas hechas de sangre.

Julian observó su cadáver. Los ojos, que aún eran del azul Blackthorn, ya comenzaban a nublársele.

—Reina del Aire y de la Oscuridad —dijo en voz baja—. Nunca seré como Malcolm.

Emma inspiró larga y cansadamente cuando Julian le devolvió la Espada Mortal. Luego, él se arrancó el ensangrentado jirón de la muñeca y lo tiró sobre el cuerpo de Annabel.

La sangre de esta comenzó a empapararlo, mezclándose con la de Livvy.

Antes de que Emma pudiera decir nada, oyó gritar a Ash. No supo si era un grito de dolor o de triunfo. Seguía arrodillado junto a Jace.

Julian le tendió la mano.

—¡Ash! —llamó—. ¡Ven con nosotros! ¡Te juro que nos ocuparemos de ti!

Ash lo miró un largo momento con sus ojos verdes, fijos e insondables. Luego negó con la cabeza. Batió las oscuras alas, cogió a Jace, se alzó en el aire y ambos se perdieron en el nuboso cielo.

Julian bajó la mano, con aspecto preocupado, pero Livvy ya corría hacia él, con el rostro blanco de ansiedad.

—¡Jules! ¡Emma! ¡El Portal!

Emma se volvió. El Portal se había apagado aún más, y la luz oscilaba. Livvy se acercó a Julian, y este la abrazó con fuerza.

—Tenemos que irnos —dijo él—. El Portal se está desvaneciendo; solo aguantará unos minutos ahora que Annabel ya no está.

Livvy apretó el rostro contra el hombro de Julian, y por un momento lo estrechó con increíble fuerza. Cuando lo soltó, tenía el rostro brillante de lágrimas.

—Marchaos —susurró.

—Ven con nosotros —dijo Julian.

—No, Julian. Sabes que no puedo —respondió Livvy—. Por fin, mi gente tiene una oportunidad. Nos habéis dado una oportunidad. Y os lo agradezco, pero no puedo permitir que Cameron haya muerto por salvar un mundo del que estoy dispuesta a escapar.

Emma se temió que Julian protestara. Pero no fue así. Quizá estaba más preparado para eso de lo que ella pensaba. Julian metió la mano bajo la chaqueta y sacó la Copa. Brillaba con un dorado apagado bajo la luz del Portal: la luz azul de un cielo con un auténtico sol.

—Toma. —Se la puso en la mano a Livvy—. Con ella, quizá los nefilim puedan renacer aquí.

Livvy la sujetó entre los dedos.

—Quizá nunca llegue a saber cómo usarla.

—O quizá sí —replicó Emma—. Cógela.

—Y déjame que te dé una última cosa —dijo Julian. Se inclinó y le susurró algo al oído. Livvy abrió mucho los ojos.

—¡Marchaos! —gritó alguien. Era Raphael, que junto a Diana, Bat y Maia, los observaba—. ¡Estúpidos humanos, marchaos antes de que sea demasiado tarde!

Julian y Livvy se miraron por última vez. Cuando Julian se volvió, Emma pensó que podía oír cómo se le partía el corazón: un trozo de él siempre estaría allí, en Thule, con Livvy.

—¡Marchaos! —gritó Raphael otra vez. El Portal era ya un agujero más pequeño que una puerta—. ¡Y decidles a Magnus y Alec que le cambien el nombre a su hijo!

Emma cogió a Julian de la mano. Con la otra agarró con fuerza la Espada Mortal. Julian la miró. Bajo la luz del Portal, sus ojos eran azul marino.

—Te veo al otro lado —le susurró, y juntos entraron en el Portal.

22

El peor y el mejor

La Ciudad Silenciosa estaba vacía, pero llena de los ecos de pasados sueños y susurros. Las antorchas de las paredes brillaban encendidas, y proyectaban un resplandor dorado sobre las columnas de hueso y los mausoleos de rodolita y ágata blanca.

Emma caminaba sin prisa entre los huesos de los muertos. Sabía que debería estar inquieta, quizá corriendo, pero no podía recordar por qué, o qué estaba buscando. Sabía que iba con el traje de batalla, negro y plata como un cielo estrellado. Sus botas, resonando sobre el mármol, producían el único sonido en la Ciudad.

Cruzó una sala que le resultaba familiar, con una cúpula alta por techo. Mármol de todos los colores se entremezclaba en formas demasiado intrincadas para que el ojo las siguiera. En el suelo había dos círculos entrelazados: ahí era donde Julian y ella se habían convertido en parabatai.

Pasada esa estancia, se hallaba la Cámara de las Estrellas. Las estrellas parabólicas brillaban sobre el suelo; la Espada Mortal colgaba con la punta hacia abajo detrás del Tablero del Juez de basalto. La cogió y la encontró ligera como una pluma. Cruzó la sala y entró en el cuadrado de las Estrellas Parlantes.

—¡Emma! ¡Emma! Soy yo, Cristina. —Una mano fría le estaba sujetando la suya. Ella se movía sin parar, notaba un intenso dolor en la garganta.

—Cristina —susurró, con labios resecos y quebrados—. Esconde la Espada. Por favor, por favor, escóndela.

Se oyó un clic. El suelo bajo sus pies se abrió a lo largo de una juntura invisible, dos losas de mármol que se separaban suavemente. Bajo ella, quedó visible un compartimento cuadrado que contenía una tablilla de piedra en la que estaba pintada una tosca runa de parabatai . Ni estaba bien dibujada ni era hermosa, pero irradiaba poder.

Agarró con fuerza la empuñadura de Maellartach y golpeó la tablilla con la Espada. La hoja partió la tablilla, y Emma se tambaleó hacia atrás en

medio de una nube de polvo y poder.

«Está roto —pensó—. El vínculo está roto».

No sintió alegría ni alivio. Solo temor cuando una voz susurrante dijo su nombre: «Emma, Emma, ¿cómo has podido?».

Se volvió y vio a Jem con la túnica de los Hermanos Silenciosos. Una mancha roja se le extendía lentamente por el pecho. Emma gritó mientras caía...

—Emma, háblame. Te vas a poner bien. Julian también se va a poner bien. —Cristina sonaba como si estuviera a punto de llorar.

Emma sabía que estaba en la cama, pero sentía como si tuviera enormes grilletes encadenándole las manos y los pies. Eran tan pesados... Las voces se alzaban y callaban a su alrededor. Reconoció la voz de Mark, la de Helen.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó Helen—. Aparecieron solo un momento después de ti, pero vestidos totalmente diferentes. No lo entiendo.

—Ni yo. —Mark parecía estar preocupado. Emma notó que su mano le acariciaba el pelo—. Emma, ¿dónde habéis estado?

Emma se hallaba frente al espejo de plata. Vio su reflejo: cabello pajizo, piel con runas, todo como siempre, pero en sus ojos había el rojo apagado de la luna de Thule.

Y luego estaba cayendo, cayendo en el agua. Vio un enorme monstruo en las profundidades, con aletas de tiburón y dientes de serpiente, y después vio a Ash alzarse por el agua con las alas brillando negras y plata, y el monstruo retrocedió ante él con temor...

Se despertó con un grito ronco, luchando contra las algas que la arrastraban hacia abajo, hacia las aguas más profundas... Se dio cuenta de que se estaba peleando con las sábanas que la rodeaban, y se dejó caer, tratando de coger aire. Notó unas manos en los hombros, que luego le acariciaban el pelo, tirándoselo hacia atrás. Una suave voz pronunciaba su nombre.

—Emma —decía Cristina—. Emma, no pasa nada. Has estado soñando.

Emma abrió los ojos. Se hallaba en su habitación del Instituto; pintura azul y el mural de siempre en la pared, con las golondrinas volando sobre las torres del castillo. El sol entraba a raudales por la ventana abierta. Oyó el mar, oyó música en otra habitación.

—Cristina —susurró—. Me alegro mucho de que seas tú.

Cristina hizo como un ruido de hipo y abrazó a Emma con fuerza.

—Lo siento mucho —dijo—. Siento tanto que dejáramos Feéra sin vosotros...; es en lo único que he sido capaz de pensar. Nunca, nunca debería haberte dejado...

Como a una gran distancia, Emma recordó la corte noseelie. Las llamas que la habían separado de Cristina y los otros. Recordó haber asentido con la cabeza, diciéndole a su amiga que se salvara, que salvara a los demás.

—¡Tina! —exclamó, palmeándole la espalda. La voz le salía a medias, y la garganta le dolía extrañamente—. No pasa nada. Te dije que te fueras.

Cristina se echó hacia atrás, con la nariz y los ojos colorados.

—Pero ¿adónde habéis ido? ¿Por qué no parabas de llamarme la Rosa de México? —Frunció la frente, totalmente confusa.

Emma hizo un ruido que intentaba ser una carcajada.

—Tengo muchísimo que contarte —contestó—. Pero primero tengo que preguntar. —Le cogió la mano a Cristina—. ¿Están todos vivos? Julian y los demás.

—¡Claro! —Cristina la miró horrorizada—. Todos están vivos. Todos.

Emma le apretó la mano y luego se la soltó.

—¿Qué le ha hecho la peste a Magnus? ¿Cómo está? ¿Es demasiado tarde?

—Es curioso que lo preguntes. Alec y Magnus llegaron aquí ayer. —Cristina vaciló—. Magnus no está nada bien. Está muy enfermo. Nos hemos puesto en contacto con el Laberinto Espiral...

—Pero siguen pensando que son las líneas ley. —Emma comenzó a sacar las piernas de la cama. Un fuerte mareo la detuvo, y se dejó caer sobre las almohadas, jadeando pesadamente.

—No, no, ya no lo creen. Me di cuenta de que era la peste en Feéra. Emma, no intentes levantarte...

—¿Y qué hay de Diana? —quiso saber Emma—. La vi en Idris...

—Ya no está allí. —Cristina parecía preocupada—. Esa es otra larga historia. Pero está bien.

—¡Emma! —La puerta se abrió y Helen entró corriendo, despeinada y con ojos ansiosos. Fue a abrazarla, y ella sintió otro mareo. Pensó en Thule, y en cómo Helen había sido separada de su familia para siempre. Nunca perdonaría a la Clave por exiliar a Helen a la isla de Wrangel, pero al menos había regresado. Al menos ese era un mundo donde era posible perderse y luego regresar.

Helen abrazó a Emma hasta que esta le indicó que necesitaba oxígeno. Cristina se ocupó de ella cuando Emma trató de levantarse y consiguió sentarse apoyada en las almohadas. Justo entonces entraron Aline, Dru, Tavvy, Jace y Clary.

—¡Emma! —exclamó Tavvy, sin tiempo para protocolos de enfermos, y saltó sobre la cama. Ella lo abrazó suavemente y le alborotó el pelo, mientras los otros se colocaron alrededor. Oyó a Jace preguntarle a Cristina si ya había hablado y si parecía coherente.

—Te has afeitado —exclamó Emma, señalándolo—. Estás mucho mejor.

Hubo una melé de abrazos y exclamaciones. Clary fue la última y le sonrió del mismo modo en que le había sonreído en el exterior del Salón del Consejo, la primera vez que se vieron, cuando Clary había ayudado a calmar los miedos de una niña aterrorizada.

—Sabía que te pondrías bien —le dijo en una voz tan baja que solo Emma la oyó.

Llamaron a la puerta, que casi no podía abrirse con tanta gente dentro. Emma sintió como si le quemara una cerilla en el brazo izquierdo, y se dio cuenta, con un sobresalto de alegría, de lo que era, justo cuando Julian entraba en la habitación apoyado en Mark.

Su runa de *parabatai*. Parecía haber pasado una eternidad desde la última vez que la había notado. Sus ojos encontraron los de Julian, y por un momento no tuvo en cuenta nada más: solo que Julian estaba ahí, que estaba bien, que tenía vendajes en el brazo izquierdo y también bajo la camiseta, pero no le importó: estaba vivo.

—Acaba de despertarse. Hace una hora, más o menos —informó Mark mientras los otros sonreían a Julian—. Ha estado preguntando por ti, Emma.

Aline dio unas palmadas.

—Bien, ahora que ya nos hemos abrazado y todas esas cosas, ¿dónde habéis estado? —Señaló a Emma y a Julian con un gesto de la mano acusatorio—. No sabéis el miedo que hemos pasado desde que Mark, Cristina y los otros aparecieron de golpe y vosotros no estabais con ellos, y luego, de repente, aparecéis de la nada, machacados y con ropa rara. —Indicó con un gesto la mesilla de noche de Emma, donde su ropa de Thule estaba pulcramente doblada.

—Yo... —comenzó Emma, pero se calló cuando Aline se marchó de la habitación—. ¿Está enfadada?

—Preocupada —repuso Helen diplomáticamente—. Todos lo estábamos. Emma, tienes la clavícula rota, y Julian varias costillas quebradas. Ya habrán mejorado algo; han pasado tres días. —El cansancio y la preocupación de esos tres días se le notaba en las profundas ojeras.

—Y eras totalmente incoherente —añadió Jace—. Al principio, Julian estaba inconsciente, pero tú no parabas de gritar hablando de demonios, cielos

negros y un sol muerto. Como si hubierais estado en Edom. —Jace entornó los ojos. No se equivocaba mucho, pensó Emma; Jace podía hacerse el tonto cuando le apetecía, pero era muy listo.

Aline volvió a entrar en la habitación pisando fuerte. Tenía una pisada muy contundente para alguien de formas tan delicadas.

—Y ¿qué es esto? —quiso saber, alzando la Espada Mortal.

Tavvy hizo un ruido de alegría.

—¡Eso lo sé yo! ¡Es la Espada Mortal!

—No, la Espada Mortal está rota —replicó Dru—. Esta tiene que ser alguna otra. —Frunció el ceño—. ¿Qué es, Jules?

—Es la Espada Mortal —contestó Jules—. Pero tenemos que guardar el secreto de su existencia entre nosotros. Un secreto absoluto.

Otra tanda de murmullos. Alguien llamó a la puerta; Kit y Ty estaban en el pasillo. Habían estado abajo con Kieran, Alec y Magnus, y acababan de enterarse de que Emma se había despertado. Cristina los riñó a todos en mexicano por hacer ruido, Jace quiso coger la Espada Mortal y Julian le dijo a Mark que podía sostenerse solo. Aline sacó la cabeza al pasillo y les dijo algo a Ty y a Kit, y Emma clavó los ojos en Julian, que la estaba mirando directamente.

—Muy bien, callaos todos —dijo, alzando las manos—. Dadnos a Julian y a mí un momento a solas para hablar y luego os lo contaremos todo. —Frunció el ceño—. Pero no en mi dormitorio. Me lo abarrotáis y me pone nerviosa la falta de intimidad.

—La biblioteca —propuso Clary—. Ayudaré a prepararla y os llevaré algo de comer. Debes de estar hambrienta, aunque te hemos puesto unas cuantas de estas. —Y palmeó sobre la runa de alimento que Emma tenía en el brazo—. Muy bien, vámonos, vaciemos la habitación...

—Dale a Ty un abrazo por mí —le dijo Emma a Tavvy mientras este bajaba de la cama. No parecía muy convencido con lo de la transferencia de abrazos, pero salió con todos los demás.

Y entonces la habitación se quedó en silencio y vacía, excepto por Emma y Julian. Ella salió de la cama, y esta vez consiguió ponerse en pie sin marearse. Pero sí sentía un leve tirón en la runa, y pensó: «Es porque Julian está aquí, me está dando fuerzas».

—¿La notas? —preguntó ella, tocándole el brazo izquierdo—. ¿La runa de *parabatai*?

—No noto mucho —contestó él, y a Emma se le cayó el alma a los pies.

La verdad era que lo supo desde el momento en que lo vio entrar, pero hasta entonces no se había percatado de toda la esperanza que había puesto en la idea de que, de algún modo, el hechizo pudiera haberse roto.

—Date la vuelta —dijo con voz neutra—. Tengo que vestirme.

Julian alzó las cejas.

—Ya lo he visto todo antes, ¿sabes?

—Lo que no te concede más privilegios de observación —replicó Emma—. Date. La. Vuelta.

Julian obedeció. Emma rebuscó en su armario la ropa que menos le recordara a Thule y finalmente sacó un vestido floreado y unas sandalias *vintage*. Se cambió, observando a Julian mirar la pared.

—Solo para aclarar las cosas: el hechizo ha vuelto, ¿no? —dijo una vez se hubo puesto el vestido. En silencio, cogió el chaleco que había llevado en Thule, sacó la carta de Livvy y se la pasó al bolsillo del vestido.

—Sí —contestó él, y Emma sintió esa palabra como si fuera una aguja en el corazón—. He tenido sueños, sueños con sentimientos, pero cuando me desperté... se borraron. Sé lo que he sentido, incluso cómo lo sentía, pero no puedo sentirlo ahora. Es como saber que tenía una herida pero no poder recordar cómo era el dolor.

Emma se puso las sandalias y se recogió el pelo en un nudo. Supuso que seguramente estaba pálida y horrorosa, pero ¿acaso importaba? Julian era la única persona a la que querría impresionar, y él no se enteraba.

—Ya puedes volverte —dijo, y él se volvió. Parecía más hosco de lo que ella habría pensado, como si el hecho de que el hechizo siguiera activo también le resultara desagradable—. ¿Y qué piensas hacer?

—Ven aquí —le dijo, y ella se acercó a él con cierta reticencia mientras Julian comenzaba a deshacerse los vendajes del brazo.

Era difícil no recordar el modo en que le había hablado en Thule, el modo en que depositó un poco de él, de sus esperanzas, sus anhelos, su deseo y su miedo, en manos de ella.

«Y no soy yo sin ti, Emma. Una vez disuelves un colorante en el agua, ya no lo puedes sacar. Es así. No puedo sacarte de mí. Significaría arrancarme el corazón, y no me gusto sin corazón».

Se sacó las vendas y extendió el antebrazo para que lo viera. Emma tragó aire.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó.

—Yo —contestó él—. Antes de dejar Thule.

Sobre la piel de la parte interior se había grabado unas palabras: palabras que ahora habían sanado y aparecían como cicatrices rojizas y negras.

ESTÁS EN LA JAULA

—¿Sabes qué significa? —preguntó—. ¿Por qué me lo hice?

Emma se sintió como si el corazón se le rompiera en mil pedazos.

—Lo sé —contestó—. ¿Lo sabes tú?

Alguien llamó a la puerta. Julian se sobresaltó y comenzó rápidamente a vendarse el brazo de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma—. Ya casi estamos.

—Solo quería decirnos que bajéis ya —repuso Mark—. Estamos ansiosos por oír vuestra historia, y he hecho mis famosos sándwiches de dónuts.

—No estoy segura de que «le gustan a Tavvy» sea exactamente lo que la mayoría de la gente quiere decir con la palabra «famoso» —comentó Emma.

Julian, su Julian, se hubiera reído. Este Julian solo dijo:

—Será mejor que vayamos. —Y pasó ante ella para dirigirse a la puerta.

* * *

Al principio, Cristina pensó que el cabello de Kieran se había vuelto blanco por una sorpresa o un enfado. Tardó unos minutos en darse cuenta de que era azúcar en polvo.

Estaban en la cocina, ayudando a Mark mientras este preparaba platos de manzanas, queso y «sándwiches de dónuts»: una horrible amalgama en la que intervenían dónuts cortados por la mitad y llenos de mantequilla de cacahuete, miel y gelatina.

Pero a Kieran le gustaba la miel. Se lamió un poco de los dedos y comenzó a pelar una manzana con un cuchillito afilado.

—¡Puaj! —rio Cristina—. Lávate las manos después de lamértelas.

—En la Cacería nunca nos lavábamos las manos —repuso Kieran, mientras se chupaba la miel de los dedos de un modo que hizo que el estómago de Cristina hiciera cosas raras.

—Es cierto. No nos las lavábamos —admitió Mark, mientras cortaba un dónut por la mitad, alzando otra nube de azúcar en polvo.

—Eso es porque vivíais como salvajes —replicó Cristina—. ¡Ve a lavarte las manos! —Dirigió a Kieran al fregadero, cuyos grifos aún lo confundían, y fue a sacudir la espalda de la camisa de Mark para quitarle el azúcar.

Él le sonrió, y el estómago de Cristina volvió a dar un vuelco. Sintióse muy rara, dejó a Mark y siguió cortando el queso en cubitos, mientras Kieran y Mark discutían amistosamente sobre si era asqueroso o no comerse el azúcar directamente de la caja.

Había algo en estar con los dos que era dulce y apaciblemente doméstico, de un modo que no había sentido desde que dejó su casa. Lo que resultaba muy raro, ya que no había nada corriente ni en Mark ni en Kieran, como tampoco había nada normal en lo que sentía por ellos.

De hecho, casi no había visto a ninguno de los dos desde su regreso de Feéra. Se instaló la mayor parte del tiempo en la habitación de Emma, preocupada por no estar allí cuando ella se despertase. Colocó un colchón junto a la cama, aunque no consiguió dormir mucho; Emma se había pasado las noches y los días inquieta, llamando a gente una y otra vez: a Livvy, a Dru, a Ty y a Mark, a sus padres y, con más frecuencia, a Julian.

Esa era otra de las razones por las que Cristina quería estar en la habitación con Emma, y que no habría admitido ante nadie. En su estado de incoherencia, Emma le decía a Julian que lo amaba, que fuera a abrazarla. Todo eso se podía interpretar como amor entre *parabatai*, pero también podía no referirse a eso. Como guardiana del secreto de Emma, Cristina sentía que les debía a ambos protegerla de cualquier confidencia inconsciente.

Sabía que Mark pensaba lo mismo: él había estado con Julian, aunque dijo que este estaba mucho más tranquilo. Era una de las pocas cosas que Mark le había dicho desde que regresaron de Feéra. Cristina trató de evitar tanto a Mark como a Kieran deliberadamente. Diego y Jaime estaban en prisión; la Cónsul, bajo arresto domiciliario; los Dearborn seguían en el poder, Emma y Julian seguían inconscientes... y en ese momento estaba demasiado agotada para ocuparse del lío de su vida amorosa.

Y hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que los había añorado.

—¡Hola! —Tavvy entró saltando en la cocina. Los últimos días se mostró muy desanimado, mientras Julian estuvo enfermo, pero ya se había recuperado con la admirable elasticidad de los niños.

—Se supone que debo llevar sándwiches —añadió con el aire de alguien a quien se le ha otorgado una tarea de gran importancia.

Mark le pasó una bandeja de donuts, y otra a Kieran, quien se llevó a Tavvy fuera de la cocina del modo que lo haría alguien acostumbrado a estar rodeado de una numerosa familia.

—Me gustaría tener una cámara —dijo Cristina cuando hubieron salido—. Una fotografía del altivo príncipe de Feéra llevando una bandeja de terribles sándwiches de donuts sería todo un recuerdo.

—Mis sándwiches no son terribles. —Mark se apoyó en la encimera con una fluida gracia. En vaqueros y camiseta, parecía totalmente humano, si se obviaban las orejas de punta—. Lo quieres de verdad, ¿no es cierto?

—¿A Kieran? —Cristina notó que se le aceleraba el pulso; por los nervios y por la cercanía de Mark. Durante días, solo habían hablado de cosas cotidianas. La intimidad de hablar de sus auténticos sentimientos hacía que se le acelerara el corazón—. Sí. Es... es decir, ya lo sabes, ¿no? —Notó que se sonrojaba—. Nos viste besarnos.

—Así es —repuso Mark—. Pero no sabía lo que eso significaría para ti, ni para Kieran. —Parecía indeciso—. Es fácil dejarse llevar en Feéra. Quería decirte que no me enfadé ni me puse celoso. De verdad que no, Cristina.

—Muy bien —repuso ella, incómoda—. Muchas gracias.

Pero ¿qué significaba que no estuviera ni enfadado ni celoso? Si lo que pasó entre Kieran y ella en Feéra hubiera pasado entre dos cazadores de sombras, ella lo habría considerado una declaración de interés. Y la habría preocupado que Mark se molestara. Pero no había sido así, ¿no? Para Kieran igual no significó más que si se hubiesen estrechado la mano.

Pasó una mano por la encimera. No pudo evitar recordar una conversación que una vez había tenido con Mark en el Instituto. Parecía hacer tanto tiempo, que se le representó como un lúcido sueño.

No había nada ensayado en la mirada que Mark le lanzó.

—Cuando he dicho que eras bonita lo decía en serio. Te deseo, y a Kieran no le importaría...

—¿Me deseas?

—Sí —contestó Mark sencillamente, y Cristina apartó la mirada, repentinamente consciente de lo cerca que estaba su cuerpo del de él; de la forma de sus hombros bajo la chaqueta. Era hermoso como lo eran las hadas, con una especie de sobrenaturalidad, como el mercurio, como la luna rielando sobre el mar. No parecía muy tocable, pero lo había visto besar a Kieran y sabía la verdad—. ¿No deseas ser deseada?

En otro tiempo, mucho antes, Cristina se hubiera sonrojado.

—No es la clase de cumplidos que les gustan a las mujeres mortales.

—Pero ¿por qué no? —preguntó Mark.

—Porque suena como si yo fuera una cosa que quieres usar. Y cuando dices que a Kieran no le importaría, parece que no le importaría porque yo no importo.

—Eso es muy humano —replicó Mark—. Tener celos de un cuerpo pero no de un corazón.

Cristina había estudiado a las hadas a fondo. Era cierto que los seres mágicos solteros, fuera cual fuera su orientación sexual, daban muy poco valor a la fidelidad física, aunque sí daban mucho más valor que los humanos a la lealtad emocional. Muy pocos o ninguno de sus votos tenían que ver con el sexo, pero muchos hablaban del amor verdadero.

—Verás, yo no quiero un cuerpo sin corazón —explicó ella.

Un cuerpo sin corazón.

Podía tener tanto a Mark como a Kieran, del modo que Mark había sugerido hacía tanto tiempo; podía besarlos, y estar con ellos, y despedirse de ambos cuando la dejaran, porque lo harían.

—Cristina —dijo Mark—. ¿Estás bien? Pareces... triste. Esperaba sacarte un peso de encima. —Le acarició el rostro suavemente, recorriendo la forma de la mejilla con los dedos.

«No quiero hablar de esto», pensó Cristina. Había pasado tres días sin hablar de nada importante excepto de Emma y Julian. Esos tres días y la paz que supusieron parecían quebradizos, como si hablar mucho sobre la realidad y su dureza pudiera destrozarlo todo.

—Ahora no tenemos tiempo para hablar —respondió ella—. Quizá luego...

—Entonces, déjame que te diga una cosa. —Mark habló con calma—. Durante mucho tiempo he estado partido entre dos mundos. Pensaba que era un cazador de sombras, me dije que solo era eso. Pero me he dado cuenta de que mis lazos con Feéra son más fuertes de lo que pensaba. Y no puedo dejar la mitad de mi sangre, la mitad de mi corazón, en cada mundo. Sueño que sería posible tenerlos a los dos, pero sé que no puede ser.

Cristina se apartó para no ver la expresión de Mark. Sabía que escogería Feéra. Mark escogería a Kieran. Tenían una historia juntos, un gran amor en el pasado. Ambos eran hadas, y aunque ella había estudiado Feéra y la anhelaba con todo su corazón, no era lo mismo. Se quedarían juntos porque eran el uno para el otro, porque eran hermosos juntos, y a ella le tocaría sufrir cuando los perdiera a ambos.

Pero así era para los mortales que amaban a la gente de Feéra. Siempre pagaban un precio muy alto.

* * *

Emma descubrió que era prácticamente imposible que no le gustara un sándwich de donut. Incluso si sus arterias llegaran a pagar por ello algún día.

Se comió tres.

Mark los había colocado cuidadosamente en bandejas, que se hallaban en medio de una de las mesas grandes de la biblioteca; algo en el deseo de agradar de ese gesto le llegó a Emma al alma.

Todos los demás estaban apiñados alrededor de la mesa, incluso Kieran, que se hallaba sentado en silencio, con el rostro inexpresivo, junto a Mark. Llevaba una sencilla camisa negra y unos pantalones de lino, totalmente diferente de la última vez que Emma lo había visto, en la corte noseelie, cubierto de sangre y tierra, con el rostro retorcido de rabia.

Magnus también estaba diferente de la última vez que lo había visto. Pero no para mejor. Había bajado a la biblioteca apoyándose pesadamente en Alec, con el rostro gris y tenso, marcado por el dolor. Se hallaba tumbado en un largo sofá junto a la mesa, con una manta sobre los hombros. A pesar de la manta y del día caluroso, temblaba a menudo. Siempre que eso ocurría, Alec se inclinaba sobre él y le acariciaba el cabello o le ajustaba más la manta sobre los hombros.

Y siempre que Alec lo hacía, Jace, sentado al otro lado de la mesa, junto a Clary, se tensaba, y las manos se le cerraban en inútiles puños. Porque eso era lo que significaba ser *parabatai*: sentir el dolor de alguien como si fuera el propio.

Magnus mantuvo los ojos cerrados mientras Emma explicaba la historia de Thule, con Julian interviniendo para añadir algún detalle que ella olvidaba o comentar algo cuando le parecía necesario. Pero no la presionó en las partes más duras: cuando tuvo que hablar de cómo habían muerto Alec y Magnus, o de la última batalla de Isabelle con la Espada Mortal. O de la muerte de Clary a manos de Lilith.

Y de Jace. Este abrió los ojos, incrédulo, cuando Emma habló del Jace que vivía en Thule, que había estado ligado a Sebastian durante tanto tiempo que ya nunca sería libre. Emma vio que Clary le cogía la mano con fuerza, con los ojos llenos de lágrimas, como no los había tenido durante el relato de su propia muerte.

Pero lo peor, naturalmente, fue describir a Livvy. Porque mientras las otras historias eran horrores, saber que Livvy estaba en Thule les recordó que también había una historia de horror en ese mundo que no podían cambiar ni invertir.

Dru, que había insistido en sentarse a la mesa con todos los demás, no dijo nada cuando hablaron de Livvy, pero las lágrimas le cayeron lentamente por las mejillas. Mark se puso ceniciento. Y Ty, que parecía más delgado de lo

que Emma recordaba, tampoco hizo ningún ruido. Kit, sentado a su lado, puso tentativamente la mano sobre la de él; Ty no reaccionó, pero tampoco se apartó de Kit.

Emma continuó, porque no tenía más opción que seguir. Cuando acabó, el cuello le dolía mucho; Cristina, con el rostro ceniciento, le pasó un vaso de agua y ella lo cogió agradecida.

Se había hecho el silencio. Nadie parecía saber qué decir. El único sonido era el leve ronroneo procedente de los cascos de Tavvy mientras jugaba con un tren en un rincón; en realidad eran los altavoces de Ty, pero este se los había puesto a Tavvy en cuanto Emma había comenzado a hablar.

—Pobre Ash —comentó Clary. Estaba muy pálida—. Era mi... sobrino. Ya sé que mi hermano era un monstruo, pero...

—Ash me salvó —dijo Emma—. Él me salvó la vida. Y dijo que era porque le había gustado algo que yo había dicho de ti. Pero quería quedarse en Thule. Le ofrecimos traerlo de vuelta. Pero no quiso venir.

Clary sonrió, tensa, con los ojos cargados de lágrimas.

—Gracias.

—Muy bien, hablemos de la parte importante. —Magnus se volvió hacia Alec con una mirada furiosa en el rostro—. ¿Te mataste? ¿Y por qué tuviste que hacer eso?

Alec lo miró sorprendido.

—No fui yo —señaló—. ¡Es un universo paralelo, Magnus!

Magnus agarró a Alec por la pechera de la camisa.

—Si me muero, ¡no te permito que hagas nada así! ¿Quién cuidaría a los niños? ¿Cómo podrías hacerles algo así?

—¡En aquel mundo nunca tuvimos hijos! —protestó Alec.

—¿Dónde están Rafe y Max? —le preguntó Emma a Cristina en un susurro.

—Simon e Isabelle se los han quedado en Nueva York. Alec llama todos los días para preguntar si Max está enfermado, pero por ahora parece estar bien.

—No te permito que te hagas daño en ninguna circunstancia —continuó Magnus con voz de enfado—. ¿Lo entiendes, Alexander?

—Nunca lo haré —repuso Alec suavemente, acariciándole la mejilla. Magnus detuvo la mano de Alec sobre su rostro—. Nunca.

Todos apartaron la mirada, permitiendo que Alec y Magnus tuvieran su momento privado.

—Ya veo por qué me arañaste cuando traté de levantarte —le dijo Jace a Emma. Sus ojos dorados estaban oscurecidos por un arrepentimiento que ella solo podía comenzar a entender—. Cuando cruzaste el Portal. Estabas en el suelo... sangrando; pensé en llevarte a la enfermería, pero me arañaste y gritaste como si fuera un monstruo.

—No lo recuerdo —repuso Emma con sinceridad—. Jace, sé que eres una persona totalmente diferente de él, aunque tenga tu misma cara. No puedes sentirte mal o responsable por lo que hizo alguien que no eras tú. —Miró al resto de la mesa—. Nuestras versiones de Thule no somos realmente nosotros —añadió—. Si pensáis en ellas como copias de vosotros, os volveréis locos.

—Esa Livvy —dijo Ty—. Esa no es la mía. No es mi Livvy.

Kit le lanzó una rápida y sobresaltada mirada. Los otros Blackthorn parecían confusos, pero, aunque Julian alzó la mano, como para protestar, y luego la bajó, nadie dijo nada.

Quizá fuera mejor para Ty saber y entender que la Livvy de Thule no era la misma Livvy que él había perdido. Aun así, Emma pensó en la carta que llevaba en el bolsillo, y notó su peso como si estuviera hecha de hierro en vez de papel y tinta.

—Es terrible creer que puede haber tal oscuridad tan cerca de nuestro mundo —dijo Mark en voz baja—. Que esquivamos ese futuro por un margen tan pequeño.

—No fue solo suerte, Mark —replicó Helen—. Fue porque teníamos a Clary, porque teníamos a Jace, porque teníamos a gente buena trabajando junta para arreglar las cosas.

—Ahora también tenemos gente buena —dijo Magnus—. En el pasado, he visto a gente buena vencida y fracasada.

—Magnus, Alec y tú habéis venido aquí porque pensábamos que podríamos averiguar cómo curarte —comenzó Helen.

—Porque Catarina nos lo dijo —la corrigió Magnus—. Créeme, no suelo aparecer por California solo por mi salud, en circunstancias normales.

—Pero resulta que no hay nada normal en todo esto —replicó Emma.

—Por favor —intervino Helen—. Sé que ha sido una historia horrible y que todos estamos muy afectados, pero tenemos que centrarnos.

—Espera un segundo —la interrumpió Magnus—. ¿Quiere decir esto que Max se está convirtiendo en un pequeñísimo demonio? ¿Sabéis en cuantas listas de espera de preescolar está? Ahora nunca entrará en la escuela Casita Roja.

Aline tiró una lámpara. Nadie se lo esperaba, y el resultado fue bastante espectacular: se destrozó contra una de las claraboyas y los trozos de cerámica volaron por todas partes.

Ella permaneció de pie, sacudiéndose el polvo de las manos.

—¡¡TODOS, CALLAOS Y ESCUCHAD A MI ESPOSA!! —gritó—. Magnus, ya sé que haces chistes cuando estás asustado. Recuerdo Roma. — Le dirigió una sonrisa sorprendentemente dulce—. Pero tenemos que centrarnos. —Miró a Helen—. Sigue, cariño. Lo estás haciendo muy bien.

Se sentó y cruzó las manos.

—Sin duda tiene temperamento —le susurró Emma a Cristina—. Me gusta.

—Recuérdame que te cuente lo de la *frittata* —le contestó esta, también susurrando.

—Lo importante aquí —continuó Helen— es la peste. No nos dimos cuenta de lo importante que era; que las zonas apestadas se han convertido en entradas para los demonios. Que nuestros brujos —miró a Magnus— se convertirán en demonios. Tenemos que cerrar esas entradas y acabar con la peste, y no podemos esperar ninguna ayuda de Idris.

—¿Por qué? —preguntó Julian—. ¿Qué está pasando? ¿Qué pasa con Jia?

—Está bajo arresto domiciliario en Idris —contestó Aline a media voz—. Horace dice que la pilló en una reunión con hadas en Brocelind. Diana y ella fueron arrestadas juntas, pero Diana escapó.

—La propia Diana nos ha explicado parte de esto —aportó Clary—. Después de escapar de Idris, Gwyn la trajo aquí y ella nos explicó lo que había pasado en Alacante.

—¿Y por qué no sigue aquí? —preguntó Emma—. ¿Por qué se ha ido?

—Mirad esto. —Mark les pasó un papel por encima de la mesa, y Julian y Emma se inclinaron juntos para leerlo.

Era un mensaje de la Clave. Decía que Diana Wrayburn había desaparecido, y se creía que estaba bajo la influencia de las hadas. Todos los Institutos debían buscarla, por su propio bien, y alertar al Inquisidor en cuanto la localizaran.

—Es todo una estupidez —afirmó Aline—. Mi padre dice que tiene miedo de la influencia de Diana y no quieren decir que es una traidora. Incluso mienten respecto a lo que le pasó al Inquisidor. Dicen que perdió el brazo en una pelea con los subterráneos cuando los estaban echando de Idris.

—¿El brazo? —repitió Emma, asombrada.

—Diana le cortó el brazo al Inquisidor —explicó Jace.

Emma tiró el vaso de agua que tenía delante.

—¿Que hizo qué?

—La estaba amenazando —explicó Clary muy seria—. Si Gwyn no la hubiera sacado de Alicante, no sé lo que habría ocurrido.

—Fue una pasada —comentó Jace.

—Bueno, pues bien por ella —repuso Emma—. Eso definitivamente se merece un tapiz uno de estos días.

—Cincuenta pavos a que el Inquisidor desarrolla un brazo robótico de alta tecnología que dispara rayos láser —dijo Kit. Todos lo miraron—. En las películas siempre pasa —explicó.

—Somos cazadores de sombras —replicó Julian—. No nos va la alta tecnología.

Se recostó en la silla. Cuando se movió, Emma le vio los vendajes bajo la manga.

«ESTÁS EN LA JAULA».

Se estremeció.

—Queríamos que Diana se quedara aquí con nosotros, pero ella pensó que eso nos convertiría en un objetivo —explicó Helen—. Se fue a esconder con Gwyn, aunque se supone que nos dirá algo en unos días.

Privadamente, Emma deseó que Diana y Gwyn estuvieran disfrutando de una fabulosa estancia romántica en la copa de un pino o algo así. Diana se lo merecía.

—Todo está terriblemente mal —dijo Alec—. El Registro de Subterráneos casi está completo, con algunas notables excepciones, naturalmente. —Inclinó la cabeza ante Helen y Aline.

—Bastantes subterráneos han conseguido evitar inscribirse, *moi* incluido —informó Magnus—. Alec amenazó con matarme si siquiera pensaba en incluir mi nombre en una siniestra lista de los indeseables de la Cohorte.

—No hubo amenazas reales —replicó Alec, por si alguien se lo preguntaba.

—Bueno, todos los subterráneos han sido expulsados de Idris, incluso los que daban clase en la Academia de los cazadores de sombras —informó Mark.

—Hay rumores por todas partes entre los subterráneos de ataques sorpresa por parte de los cazadores de sombras. Es como en los malos días de antes de los Acuerdos —dijo Magnus.

—Las Hermanas de Hierro han cortado toda comunicación con la Cohorte —añadió Aline—. Los Hermanos Silenciosos todavía no han dicho nada, pero

ellas enviaron un informe diciendo que no aceptaban la autoridad de Horace. Está furioso y no deja de perseguirlas, sobre todo porque tienen los restos de la Espada Mortal.

—Y hay más —dijo Cristina—. Diego, Divya y Rayan han sido arrestados, junto a muchos otros. —Su voz era tensa.

—Están encerrando en prisión a todos los que no están de acuerdo con ellos —intervino Aline.

—Jaime fue a intentar salvar a su hermano —dijo Dru con un hilillo de voz—, pero acabó también en prisión. Nos lo dijo Patrick Penhallow.

Emma miró a Cristina, que se estaba mordiendo el labio.

—Como no tenemos ayuda de la Clave y sí una oposición activa, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Julian.

—Haremos lo que Tessa te dijo en Thule —contestó Magnus—. Confío en Tessa; siempre lo he hecho. Igual que tú confiaste en Livvy cuando la encontraste en Thule. Quizá no sean copias exactas de nosotros, esos yoes alternativos, pero tampoco son tan diferentes.

—Así que vertemos agua del lago Lyn en las zonas apestadas y guardamos parte para curar a los brujos —resumió Helen—. El gran problema es cómo llegar al lago Lyn sin tropezar con los guardias de la Cohorte, que están por todo Idris. Y luego, cómo salimos de allí...

—Yo lo haré —dijo Magnus, sentándose. La manta se le resbaló de los hombros—. Haré...

—¡No! —exclamó Alec, tajante—. No vas a arriesgarte, Magnus; no estás en condiciones.

Magnus abrió la boca para protestar, pero Clary se inclinó sobre la mesa hacia él, con una mirada suplicante.

—Por favor, Magnus. Tú nos has ayudado muchísimas veces. Déjanos ayudarte a ti.

—¿Y cómo? —preguntó Magnus, enfurruñado.

Jace se puso en pie.

—Yo iré a Idris.

Clary se levantó también; solo le llegaba a Jace a la altura del bíceps, pero su determinación era evidente.

—Yo puedo abrir Portales. No podemos entrar en Alacante, pero no nos hace falta..., solo entraremos en Idris. Iremos al lago Lyn, luego a Brocelind, y volveremos lo antes posible. Iremos tantas veces como haga falta para conseguir suficiente agua.

—Hay guardias patrullando por todo Idris —les advirtió Helen—. Tendréis que ir armados y preparados.

—Entonces, comenzaremos a armarnos ya. —Jace le guiñó un ojo a Magnus—. Prepárate para que te ayudemos, brujo, tanto si te gusta como si no.

—No —masculló Magnus, retirándose bajo su manta, pero estaba sonriendo. Y la mirada que Alec les lanzó a Jace y Clary fue más elocuente que cualquier discurso.

—Esperad. —Aline alzó la mano. Estaba rebuscando entre una pila de papeles sobre la mesa—. Tengo los horarios de las patrullas. Están haciendo batidas en diferentes puntos de Idris para asegurarse de que están «limpios» de subterráneos. —Dijo con desagrado—. Hoy y esta noche estarán por el lago Lyn. —Alzó la mirada—. No podéis ir ahora.

—Podemos encargarnos de unos cuantos guardias —soltó Jace.

—No —repuso Magnus—. Es demasiado peligroso. Podríais con diez guardias o incluso con veinte, pero serán entre cincuenta y cien...

—Cien —terció Helen, mirando por encima del hombro de Aline—. Como mínimo.

—No os dejaré correr ese riesgo —advirtió Magnus—. Me agotaré usando la magia para traeros de vuelta.

—Magnus. —Clary parecía horrorizada.

—¿Qué dice el horario? —preguntó Julian—. ¿Cuándo pueden ir?

—Mañana al amanecer —contestó Aline—. Para entonces deberían haberse retirado. —Dejó los papeles sobre la mesa—. Ya sé que no es lo ideal, pero es lo que tenemos que hacer. Hoy pasaremos el día organizándolo y preparándoos. Para asegurarnos de que todo vaya como la seda.

Hubo un bullicio general mientras todos se ofrecían para hacer una cosa u otra: Emma y Cristina irían a hablar con Catarina sobre la posible cura; Mark y Julian comprobarían los mapas de Brocelind para localizar las áreas apestadas; Clary y Jace prepararían su equipo y sus armas, y Helen y Aline iban a tratar de averiguar cuándo iría exactamente la patrulla del lago Lyn al bosque de Brocelind. Mientras tanto, Ty y Kit empezarían a hacer listas de los brujos locales que podrían necesitar el agua del lago cuando la consiguieran.

Mientras todos recogían sus cosas, Ty fue al rincón donde jugaba Tavvy y se arrodilló para darle un trenecito. En medio de la confusión, Emma fue detrás de él. Al parecer, le estaba ofreciendo el tren a cambio de recuperar sus auriculares.

—Ty —dijo Emma, agachándose. Tavvy estaba ocupado poniendo los trenes boca abajo—. Tengo algo para ti.

—¿Qué clase de algo? —preguntó perplejo.

Emma vaciló un instante y luego sacó el sobre del bolsillo.

—Es una carta —contestó—. De la Livvy de la otra dimensión, en Thule. Le hablamos de ti y quiso escribirte algo para que lo leyeras. No lo he mirado —añadió—. Es solo para ti.

Ty se puso en pie. Era liviano como un pajarito de huesos huecos y parecía igual de ligero y frágil.

—Ella no es mi Livvy.

—Lo sé —contestó Emma. No podía dejar de mirarle las manos; tenía los nudillos rojos y en carne viva. Si Julian lo hubiera notado, ya estaría removiendo cielo y tierra para averiguar qué había pasado—. Y no tienes que leerla, si no quieres. Pero es tuya y creo que debes tenerla. —Calló un instante—. Después de todo, viene de muy lejos.

Una mirada que Emma no pudo descifrar cruzó el rostro de Ty; sin embargo, cogió la carta y se la metió doblada en la chaqueta.

—Gracias —dijo, y cruzó la sala para unirse a Kit en la sección de SUBTERRÁNEOS-BRUJOS, donde el chico se estaba peleando con varios tomos muy pesados.

—No —oyó decir a Cristina, y miró alrededor, sorprendida. No la vio por ninguna parte, pero sin duda esa había sido su voz. Echó una mirada por esa zona de la estancia; Tavvy estaba absorto con sus trenes y todos los demás se apresuraban, yendo de aquí para allá—. Kieran, sé que estás preocupado por Adaon, pero no has dicho ni una sola palabra en toda la reunión.

«Oh, vaya», pensó Emma. Se dio cuenta de que la voz de Cristina le llegaba desde el otro lado de una estantería, y que Cristina y Kieran no tenían ni idea de que ella estaba allí. Pero si intentaba marcharse, lo sabrían inmediatamente.

—Son cosas políticas de los cazadores de sombras —repuso Kieran. Había algo en su voz, pensó Emma, algo diferente—. No es algo que yo entienda. No es mi lucha.

—Sí que es tu lucha —replicó Cristina. Emma pocas veces la había oído expresarse con tal intensidad—. Tú luchas por lo que amas. Todos lo hacemos. —Vaciló un instante—. Tu corazón está oculto, pero sé que amas a Mark. Y sé que amas Feéra. Lucha por eso, Kieran.

—Cristina... —comenzó a responder él, pero Cristina ya se alejaba; salió al otro lado de la estantería y vio a Emma inmediatamente. Pareció

sorprendida, y salió rápidamente de la sala.

Kieran iba a seguirla, pero se detuvo a medio camino y apoyó las manos en la mesa, agachando la cabeza.

Emma comenzó a salir sigilosamente de detrás de la estantería, esperando llegar a la puerta sin que se fijase en ella. Se dio cuenta de que debería haber recordado que era imposible pasar desapercibida junto a un hada. Kieran alzó la mirada al primer chasquido de sus zapatos sobre el suelo de madera pulida.

—¿Emma?

—Ya me voy —contestó ella—. Como si no estuviera.

—Pero es que quiero que estés —repuso él, saliendo de detrás de la mesa. Era un conjunto de elegantes ángulos, palidez y oscuridad—. Tengo motivos para entender el mucho dolor que te causé, cuando Iarlath te azotó —dijo—. Nunca deseé esa situación, pero de todos modos la causé. No puedo cambiar lo que pasó, pero puedo ofrecerte mi sincero arrepentimiento y jurar que cumpliré cualquier tarea que me impongas.

Emma no se había esperado eso.

—¿Cualquier tarea? ¿Como que estarías dispuesto a aprender a bailar el hula?

—¿Es eso una tortura de tu gente? —preguntó Kieran—. Entonces sí, me sometería a ello, por ti.

Muy a su pesar, Emma alejó la imagen de Kieran en una falda hawaiana.

—Luchaste a nuestro lado en la corte noseelie —dijo ella—. Trajiste de vuelta a Mark y Cristina a salvo, y eso lo significa todo para mí. Has demostrado que eres un auténtico amigo, Kieran. Tienes mi perdón y no es necesario que hagas nada más para ganártelo.

Kieran se sonrojó, y el toque de color encendió sus pálidas mejillas.

—Eso no es lo que diría un hada.

—Eso es lo que digo yo —replicó Emma alegremente.

Kieran fue hacia la puerta, y ahí se detuvo y se volvió hacia ella.

—He sabido que Cristina te quiere, y entiendo por qué. Si hubieras nacido hada, serías un gran caballero de la corte. Eres una de las personas más valerosas que he conocido.

Emma tartamudeó un «gracias», pero Kieran ya había salido, como una sombra fundiéndose con el bosque. Ella se quedó mirando hacia la puerta, y entendió lo que había oído antes por la forma en que nombraba a Cristina, como si fuera un tormento que adorara. Nunca le había oído pronunciar ningún nombre, excepto el de Mark, de esa manera.

—¿Hay algo de lo que quieras hablarme? —le preguntó Magnus a Julian mientras este se preparaba para salir de la biblioteca.

Julian creía que Magnus dormía; estaba tumbado en el sofá con los ojos cerrados. Unas profundas ojeras los rodeaban, causadas por múltiples noches de insomnio.

—No. —Julian se tensó por completo. Pensó en las palabras que se había grabado en la piel del brazo. Sabía que si se las enseñaba a Magnus, este querría sacarle el hechizo inmediatamente, y estaba demasiado débil para hacerlo. El esfuerzo podría matarlo.

También sabía que su reacción a la idea de que Magnus muriera era desequilibrada y errónea. En ese momento la sentía apagada, aplastada. No quería que Magnus muriese, pero sabía que debería sentir algo más que «no querer», igual que debería haber sentido algo más que un simple alivio al estar reunido de nuevo con sus hermanos y hermanas.

Y sabía que debería sentir más cuando veía a Emma. Era como si un blanco espacio de nada hubiera sido recortado alrededor de ella, y cuando él entraba en ese espacio, todo perdía interés. Era difícil hasta hablar. Era incluso peor de lo que había sido antes, pensó. De algún modo, sus sentimientos estaban aún más apagados de lo que lo habían estado antes de Thule.

Se sentía desesperado, pero también era una sensación apagada y distante. Le entraban ganas de agarrar el cuchillo por el filo solo para sentir algo.

—Supongo que no debes querer —repuso Magnus—. Ya que probablemente no sientes mucho. —Sus ojos de gato destellaron—. No debería haberte lanzado ese hechizo. Me arrepiento.

—No —dijo Julian, pero no estaba seguro de si quería decir «no me digas eso» o «no te arrepientas». Sus sentimientos le quedaban demasiado lejos para alcanzarlos. Sí sabía que quería dejar de hablar con Magnus ya, y salió al pasillo, tenso y jadeante.

—¡Jules! —Se volvió y vio a Ty, que iba hacia él por el pasillo. La parte distante de sí mismo le dijo que Ty se veía... diferente. Su mente barajó las palabras «lastimado / herido / frágil», pero no pudo quedarse con ninguna—. ¿Puedo hablar contigo?

«Descentrado. —Le pareció un término más adecuado—. Parece atípico para ser Ty».

Dejó de buscar palabras y siguió a Ty a una de las habitaciones vacías del pasillo. Ty cerró la puerta tras él, se volvió y lo abrazó sin avisar.

Fue terrible.

No porque el hecho de que Ty lo abrazara fuera terrible. Era agradable, hasta donde Julian podía notar que era agradable; su cerebro le decía: «Es tu sangre, tu familia», y los brazos se le alzaron automáticamente para devolverle el abrazo a Ty. Notaba a su hermano frágil, todo él cabello suave y huesos finos, como si estuviera hecho de conchas marinas y semillas de diente de león unidas por un fino hilo de seda.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Ty con voz apagada. Había apoyado la cabeza en el hombro de Julian, y los cascos se le habían ido de lado. Automáticamente, Ty se los puso bien—. Tenía miedo de que nunca volviéramos a estar todos juntos.

—Pero volvemos a estar juntos —dijo Julian.

Ty se apartó un poco, agarrándole la chaqueta por delante.

—Quiero que sepas que lo siento mucho —dijo en el tono rápido de alguien que ha practicado un discurso durante mucho tiempo—. En el funeral de Livvy, subí a la pira y tú te cortaste en las manos yendo detrás de mí, y pensé que quizá te hubieras marchado porque no querías tener que tratar conmigo.

Algo gritaba dentro de la cabeza de Julian. Gritaba que quería a ese hermano más de lo que amaba a nadie. Gritaba que Ty muy rara vez se abría así, rara vez iniciaba un contacto físico con Julian como ese. Un Julian que se sentía muy, muy lejano y que se esforzaba por no parecerlo, queriendo reaccionar correctamente, queriendo darle a Ty lo que necesitase para que pudiera recuperarse de la muerte de Livvy y no estar destrozado o perdido.

Pero era como golpear contra un vidrio blindado. El Julian que era ahora no podía oír. El silencio de su corazón era casi tan profundo como el silencio que sentía cerca de Emma.

—No es eso —contestó—, quiero decir que no fue por eso. Me fui a causa del Inquisidor. —El distante Julian estaba machacándose las manos golpeando contra el vidrio. Este Julian trataba de encontrar las palabras y dijo —: No es culpa tuya.

—De acuerdo —dijo Ty—. Tengo un plan. Un plan que lo arreglará todo.

—Bien —repuso Julian, y Ty pareció sorprendido, pero Julian no lo vio. Estaba tratando de aguantar, de encontrar las palabras correctas, las palabras cariñosas que decirle a Ty, que creía que Julian se había marchado porque

estaba enfadado con él—. Estoy seguro de que tienes un gran plan. Confío en ti.

Soltó a Ty y se volvió hacia la puerta. Mejor acabar que arriesgarse a decir algo equivocado. Estaría bien en cuanto el hechizo se deshiciera. Entonces podría hablar con Ty.

—¿Jules...? —preguntó el chico. Estaba sentado en el brazo del sillón, inseguro, jugueteando con los cordones de sus cascos—. ¿Quieres saber...?

—Es magnífico que estés mejor, Ty —dijo Julian, sin mirarlo a la cara, ni a sus elocuentes manos.

Fueron solo unos segundos, pero cuando Julian llegó al pasillo, estaba jadeando como si acabara de escapar de un monstruo.

23

De vientos soplando

Diego comenzaba a estar seriamente preocupado por Jaime.

Era difícil decir cuántos días llevaba su hermano en la prisión del Gard. Solo podían oír murmullos de las otras celdas; los gruesos muros de piedra apagaban el ruido deliberadamente para evitar la comunicación entre los prisioneros. Tampoco habían vuelto a ver a Zara. Las únicas personas que se acercaban a su celda eran los guardias que les traían comida de vez en cuando.

A veces, Diego les rogaba a los guardias, vestidos con el azul oscuro y dorado de los Vigilantes del Gard, que le dejaran una estela o medicinas para su hermano, pero estos ignoraban sus peticiones. Pensó con amargura que era exactamente la forma de actuar de Dearborn el asegurarse de que los Vigilantes que trabajaban en el Gard estuvieran sobornados para adherirse a la causa de la Cohorte.

Jaime se movía inquieto sobre la pila de ropa y paja que Diego había conseguido juntar para que pudiera usarla de cama. Le había dado sus jerséis y él se sentaba temblando solo con su camiseta. Aun así, deseó poder hacer más. Jaime estaba enrojecido, con la piel tirante y brillante de fiebre.

—Juro que la vi anoche —murmuró Jaime.

—¿A quién? —preguntó Diego. Se hallaba sentado con la espalda apoyada en la fría pared, lo suficientemente cerca de su hermano Jaime para tocarlo si este lo necesitaba—. ¿A Zara?

Jaime tenía los ojos cerrados.

—La Cónsul. Llevaba sus túnicas. Me miró y meneó la cabeza. Como si creyera que yo no debería estar aquí.

«No deberías. Si no tienes casi ni dieciséis».

Diego había hecho todo lo que estaba en su mano para limpiar a Jaime después de que Zara lo lanzara a la celda. La mayoría de sus heridas eran cortes poco profundos y tenía dos dedos rotos, pero en cambio había sufrido una herida profunda y peligrosa en el hombro. A lo largo de los últimos días,

se le había hinchado y enrojecido. Diego se sentía impotentemente rabioso; los cazadores de sombras no morían de infecciones. O los curaban los *iratzes* o morían en batalla, en un destello de gloria. No así, de fiebre, sobre una cama de harapos y paja.

Jaime sonrió de medio lado.

—No estés triste por mí —dijo—. Te ha tocado lo peor de este trato. Yo tenía que correr por todo el mundo con la Eternidad. Tú tenías que enamorar a Zara.

—Jaime...

Este tosió, falta de aire.

—Espero que hicieras uno de tus famosos trucos de Diego Rosales, como ganar para ella un gran animal de peluche en la caseta de tiro de un carnaval.

—Jaime, seamos serios.

Jaime abrió sus oscuros ojos.

—Mi último deseo es que no seamos serios.

Diego se incorporó enfadado.

—¡No te estás muriendo! Y tenemos que hablar de Cristina.

Eso captó la atención de Jaime. Se sentó con esfuerzo.

—He estado pensando en ella —dijo—. Zara no sabe que tiene la Eternidad, la reliquia, y no hay ninguna razón para que se entere.

—Podríamos idear un modo de avisar a Cristina. Decirle que deje la herencia en alguna parte, que se la dé a alguien, le daría cierta ventaja.

—No. —A Jaime le brillaban los ojos de fiebre—. Absolutamente no. Si Zara se entera de que la tiene Cristina, la torturará para conseguir la información igual que me torturó a mí. Incluso si ha sido lanzada a las profundidades del océano, a Zara no le importaría, de todas formas torturaría a Cristina. Zara no puede saber quién la tiene.

—¿Y si le dijéramos a Cristina que se la diera a Zara? —preguntó Diego lentamente.

—No podemos. ¿De verdad querrías que la Cohorte pusiera sus manos en la Eternidad? Ni siquiera nosotros somos capaces de entender todo lo que hace. —Extendió el brazo y le cogió las manos a Diego con la suya enfebrecida. Sus dedos parecían tan finos como cuando tenía diez años—. Me pondré bien. Por favor no hagas nada de eso por mí.

Se oyó el crujido de una verja al cerrarse y Zara apareció en el pasillo, seguida por la encorvada figura de Anush Joshi. *Cortana* brillaba colgada en su cadera. Verla sulfuró a Diego: una espada como *Cortana* debía llevarse

envainada a la espalda. A Zara le importaba más alardear de espada que tener un arma tan especial.

Anush llevaba una bandeja con dos boles con la bazofia de siempre. Se arrodilló y los pasó por el agujero en la base de la puerta de la celda.

«¿Cómo alguien tan maravilloso como Divya puede tener un primo tan horrible?», pensó Diego.

—Sí, Anush —dijo Zara, paseándose alrededor de su compañero—. Este es tu castigo por abandonarnos en el bosque: traer la comida a nuestros peores y malolientes prisioneros. —Miró a Diego con una sonrisita despectiva—. Tu hermano no parece estar muy bien. Fiebre, creo. ¿Ya has cambiado de opinión?

—Nadie ha cambiado de opinión, Zara —contestó Jaime.

Ella no le prestó atención y siguió mirando a Diego. Este podría decirle lo que ella quería saber y trocar la seguridad de Jaime por la reliquia familiar. Su parte de hermano mayor, que siempre había protegido a Jaime, lo incitaba a hacerlo.

Pero curiosamente, en ese momento recordó a Kieran diciendo: «Decides que buscarás la solución cuando llegue el momento, así, cuando pasa lo peor, te encuentras sin nada preparado».

Podía salvar a Jaime por el momento, pero conocía a Zara lo suficiente como para saber que eso no significaría que Jaime y Diego fueran a ser libres.

Si la Cohorte se salía con la suya, nadie volvería a ser libre.

—Jaime tiene razón —repuso Diego—. Nadie ha cambiado de opinión.

Zara puso los ojos en blanco.

—Muy bien. Ya nos veremos.

Se alejó a grandes pasos, con Anush apresurándose tras ella como una desanimada sombra.

* * *

Emma se hallaba sentada junto a Cristina en el escritorio del despacho y se empapaba de las vistas. Las paredes eran de vidrio, y a través de ellas veía el océano por un lado y las montañas por el otro. Se sentía como si hubiera recuperado los colores del mundo, después de la oscuridad de Thule. El mar parecía bailar en azules y platas, dorados y verdes. También el desierto resplandecía con un verde brillante y plano, terracota intenso y tierra, y las sombras de un oscuro morado entre las colinas.

Cristina sacó un pequeño vial del bolsillo, hecho de grueso cristal azul. Lo abrió y lo sostuvo ante la luz.

No pasó nada. Emma miró a Cristina de reojo.

—Siempre tarda un poco —le aseguró Cristina.

—Te oí en la corte noseelie —dijo Emma—. Dijiste que no eran las líneas ley, que era la peste. Lo averiguaste, ¿no? ¿Averiguaste lo que estaba enfermando a los brujos?

Cristina hizo rodar el vial.

—Lo sospechaba, pero no estaba totalmente segura. Sabía que la peste en Brocelind era la misma que en Feéra, pero cuando me di cuenta de que el rey era el responsable de ambas, y que quería envenenar nuestro mundo, comprendí que podría ser lo que afectaba a los brujos.

—¿Y Catarina lo sabe?

—Se lo dije cuando regresamos. Dijo que lo miraría...

Un humo comenzó a salir del vial, gris claro y opaco. Lentamente fue tomando la forma de una escena un poco distorsionada, ondeando en los bordes. Estaban viendo a Tessa en un suelto vestido azul, con un muro de piedra visible tras ella.

—¿Tessa? —preguntó Emma.

—¡Tessa! —exclamó Cristina—. ¿Está bien Catarina?

Tessa intentó sonreír, pero no acabó de lograrlo.

—Anoche Catarina cayó en un sueño del que no la hemos podido despertar. Está... muy enferma.

Cristina murmuró unas palabras de ánimo. Emma no podía dejar de mirar a Tessa. Estaba tan diferente... ni más joven ni mayor, pero más viva. No se había dado cuenta de lo apagada que estaba la Tessa de Thule, como si hiciera tiempo que se hubiera resignado a no tener emociones.

Y esta Tessa, recordó Emma, estaba embarazada. Aún no se le notaba, aunque apoyaba la mano sobre el vientre en un gesto protector.

—Antes de que Catarina se quedara inconsciente —explicó Tessa—, me dijo que creía que Cristina tenía razón en cuanto a la peste. Tenemos algunas muestras aquí y las estamos estudiando, pero me temo que será demasiado tarde para salvar a Magnus y a Catarina, y a tantos otros. —Los ojos le brillaban por las lágrimas.

Emma acudió al rescate.

—Creemos tener la respuesta —dijo, y volvió a contar la historia, acabando con su encuentro en la cueva de la playa. No parecía haber motivo para contarle lo que había pasado después de eso.

—¿Yo te dije eso? —Tessa parecía atónita—. ¿Un yo que te encontraste en otro mundo?

—Sé que cuesta creerlo. Vivías en esa cueva, la grande que está en Staircase Beach. Tenías a *Iglesia* contigo.

—Eso suena bien. —Tessa parecía asombrada—. ¿Cuál es el plan? Puedo ayudaros, aunque hay muy pocos brujos lo suficientemente bien para unírseme...

—No, ya está bien —contestó Cristina—. Jace y Clary van a ir.

Tessa frunció el ceño.

—Parece peligroso.

—Aline cree que mañana no habrá vigilantes en el lago Lyn durante un rato —explicó Cristina—. Van a salir al amanecer.

—Supongo que los nefilim no deben evitar el peligro —repuso Tessa. Miró a Cristina—. ¿Podría hablar un momento a solas con Emma, por favor?

Cristina pareció sorprendida, y luego saltó del escritorio.

—Claro. —Le dio un amistoso empujón a Emma en el hombro mientras se dirigía a la puerta, y luego esta se quedó en el despacho a solas con una ondeante Tessa con expresión decidida.

—Emma —dijo Tessa en cuanto la puerta se cerró tras Cristina—. Quería hablarte de Kit Herondale.

* * *

Kit fue buscando el camino sobre la arena, ya tenía las zapatillas mojadas por pisar donde la marea entrante lo había pillado desprevenido.

Era la primera vez que bajaba a la playa cercana al Instituto sin Ty. Casi se sentía culpable, aunque cuando le dijo a Ty que iba a dar un paseo, este solo asintió y dijo que se verían más tarde. De todas formas, sabía que Ty quería hablar con Julian y él no quería interrumpir.

Había algo relajante en ese espacio, donde el agua se encontraba con la orilla. Kit había aprendido hacía mucho, en el Mercado de Sombras, que había espacios «intermedios» en el mundo en los que resultaba más fácil llevar a cabo ciertos tipos de magia: en medio de los puentes, en cuevas entre la tierra y el inframundo, los lindes entre las cortes seelie y noseelie. Y en el propio Mercado de Sombras, entre los subterráneos y los mundanos.

La línea de la marea era un lugar así, y por eso lo hacía sentirse como en casa. Le recordaba una vieja canción que alguien le solía cantar. Debía de haber sido su padre, aunque siempre la recordaba con la voz de una mujer.

*Dile que me compre un acre de tierra,
Perejil, salvia, romero y tomillo;
Entre la sal del agua y la arena del mar
Entonces será mi verdadero amor.*

—Esa canción es muy, muy vieja —dijo una voz, y Kit casi se cayó de la roca a la que se había subido. El cielo era de un azul intenso, salpicado de nubes blancas, y por encima de Kit, sobre un montón de piedras, se hallaba Sombra. Iba vestido con un raído traje de marinero con cuello y puños falsos; su piel verde contrastaba mucho con el atuendo—. ¿Cómo es que te la sabes?

Kit, que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba tarareando la canción, se encogió de hombros. Sombra no llevaba su acostumbrada capucha. Su rostro verde tenía arrugas y destilaba buen humor; su pelo era blanco y rizado. Unos pequeños cuernos le salían de las sienes y se curvaban hacia dentro, como conchas marinas. Algo en él le resultó a Kit un poco extraño.

—La he oído por el Mercado.

—¿Qué estás haciendo por ahí sin tu sombra?

—Ty no es mi sombra —replicó Kit, molesto.

—Mis disculpas. Supongo que tú eres la de él. —Los ojos de Sombra eran solemnes—. ¿Has venido a contarme los progresos que habéis hecho en vuestro estúpido plan de resucitar a su hermana?

Eso no era el motivo por el que Kit había ido ahí, pero de todos modos se encontró explicándose todo a Sombra. Le habló del regreso de Emma y Julian (aunque no mencionó Thule) y de las visitas que habían hecho al Mercado de Sombras en el caos que siguió a su llegada, cuando nadie los iba a echar de menos. Julian, por lo general el hermano con más ojo avizor del mundo, no se había fijado, e incluso ese mismo día parecía descentrado y medio dormido.

—Habéis conseguido más de lo que creía —repuso Sombra a regañadientes, mirando el mar—. Aun así, solo habéis obtenido lo fácil. Todavía quedan algunos objetos que deberán complicaros la vida.

—Parece que quieres que fracasemos —dijo Kit.

—¡Claro que sí! —ladró Sombra—. ¡No deberíais estar tonteando con la nigromancia! ¡Nunca trae nada bueno!

Kit retrocedió hasta que el agua le mojó los talones.

—Entonces ¿por qué nos estás ayudando?

—Mira, estoy aquí por una razón —contestó Sombra—. Sí, Hypatia me pasó el mensaje de Tiberius, pero de todas formas ya me dirigía a la cueva

para echarle un ojo.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿De verdad creías que estaba por aquí y os ayudaba con vuestra tontería de nigromancia solo como favor a Hypatia? No somos tan amigos. Jem es el que me pidió que te observara. Todo el asunto ese de los Carstairs en deuda con los Herondale. Ya sabes.

A Kit le resultaba extraña la idea de que alguien se preocupara de protegerlo solo por su apellido.

—De acuerdo, sí, pero ¿por qué nos estás ayudando con lo del hechizo?

—Porque dije que te protegería y lo haré. Tu Ty es tan terco como lo son todos los Blackthorn, y tú lo eres incluso más. Si no os ayudara yo, lo haría cualquier otro brujo, alguien a quien no le importaría lo que os pasara. Y no, no se lo he contado a nadie.

—Muchos de los otros brujos están enfermos —dijo Kit, al darse cuenta de que era eso lo que le había parecido extraño de Sombra. No parecía estar ni tan solo un poco enfermo.

—Y yo podré acabar enfermado también, pero siempre habrá gente sin escrúpulos que usará la magia. ¿Y qué es lo que te molesta tanto, chico?

—Supongo que estaba pensando en que no sabes que han encontrado una cura para la plaga de los brujos —respondió Kit—. Ahí, en el Instituto.

Fue la primera vez que veía a un brujo realmente sorprendido.

—¿Los nefilim? ¿Han encontrado una cura para la enfermedad de los brujos?

Kit recordó el modo en que le habían presentado a los cazadores de sombras. No como personas, sino como un ejército de auténticos creyentes, crueles y altaneros. Como si todos fueran como Horace Dearborn y ninguno como Julian Blackthorn o Cristina Rosales. O como Alec Lightwood, sujetando pacientemente un vaso de agua con un pajita para que su novio brujo enfermo pudiera beber.

—Sí —contestó—. Jace y Clary van a conseguirla. Me aseguraré de que te den algo.

Sombra hizo una extraña mueca y se volvió para que Kit no pudiera verle la expresión.

—Si insistes —repuso malhumorado—. Pero asegúrate de que Catarina Loss la tiene antes, y Magnus Bane. Yo tengo protecciones. No me pasará nada hasta dentro de mucho tiempo.

—Magnus será el primero en tenerla, no te preocupes —dijo Kit—. Está en el Instituto.

Sombra se volvió en redondo.

—¿Magnus está aquí? —Miró hacia el Instituto, que relucía sobre la colina como un castillo de leyenda—. Cuando se encuentre bien, dile que estoy en la cueva de Staircase Beach —dijo—. Dile que Ragnor le manda recuerdos.

¿Ragnor Sombra? La fuerza que bendecía a la gente con buenos nombres se había olvidado de este pobre tipo, pensó Kit.

Se volvió para coger el sendero que llevaba de la playa a la autovía. La arena se abría ante él en una media luna centelleante, y la línea de la marea estaba salpicada de plata.

—Christopher —lo llamó Sombra, y Kit se detuvo, sorprendido al oír un nombre por el que casi nadie lo llamaba—. Tu padre... —comenzó Sombra, pero vaciló—. Tu padre no era un Herondale —dijo finalmente.

Kit se quedó conmocionado. En ese momento lo inundó la terrible idea de que todo había sido un error: no era un cazador de sombras, ese no era su sitio, lo apartaría de todo esto, de Ty, de todos...

—Tu madre —continuó Sombra—. Ella sí era Herondale. Una muy especial. Tendrías que investigar sobre tu madre.

El alivio lo golpeó como un puño. Unas semanas atrás, Kit habría estado encantado si le hubieran dicho que no era nefilim. Pero en ese momento ya le parecía el peor destino imaginable.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó—. ¿Sombra! ¿Cómo se llamaba mi madre?

Pero el brujo ya había saltado desde su roca y se alejaba; el sonido de las olas y la marea se tragaron las palabras de Kit, y Sombra no se volvió para contestarle.

* * *

Muñecas asesinas, leñadores siniestros, trastos sin ojos y cementerios envueltos en la niebla. Dru hubiera calificado eso como sus elementos favoritos de *Asylum: Frozen Fear*, pero a Kieran no parecían interesarle mucho. Estaba tirado en el otro lado del sofá, mirando de morros al vacío incluso cuando la gente en la pantalla gritaba estentóreamente.

—Esta es mi parte favorita —dijo Dru, con parte de su mente dedicada a comer palomitas y otra parte pensando en si Kieran se estaría imaginando a sí mismo en un lugar diferente y tranquilo, quizá en una playa. No sabía muy bien por qué le había tocado estar con él después de la reunión, solo que eran

los únicos a los que no se les había asignado ninguna tarea. Ella se refugió en su sitio favorito, y poco después apareció Kieran, se tumbó en el sofá y cogió un calendario de gatitos que alguien (bueno, ella) había dejado por ahí—. El trozo en que pisa la muñeca vudú y esta estalla en sangre, y...

—Esta manera de marcar el paso del tiempo es una maravilla —la interrumpió Kieran—. Cuando has acabado con un gatito, hay otro gatito. Al llegar al próximo solsticio de invierno, ¡habrás visto doce gatitos enteros! ¡Y uno de ellos está en un vaso!

—En diciembre hay tres gatitos en una cesta —indicó Dru—. Pero de verdad que deberías ver la peli...

Kieran dejó el calendario y miró la pantalla con cierta perplejidad.

—No acabo de entenderlo —dijo—. Los amo a los dos, pero parece que ellos no pueden entender eso. Como si fuera un tormento o un insulto.

Dru quitó la voz de la tele y dejó el mando en la mesa. Por fin, pensó, alguien le estaba hablando como a una adulta. Cierto que lo que decía Kieran no tenía mucho sentido, pero bueno.

—Los cazadores de sombras somos lentos para amar —explicó—. Pero cuando amamos, lo hacemos para siempre.

Era algo que recordaba haberle oído a Helen una vez, quizá en su boda.

Kieran parpadeó y la miró fijamente, como si hubiera dicho algo muy sabio.

—Sí —repuso—. Sí, eso es cierto. Debo confiar en el amor de Mark. Pero Cristina... nunca ha dicho que me ame. Y ahora los noto a ambos tan lejos...

—Todo el mundo parece estar lejos ahora —dijo Dru, pensando en los solitarios que habían sido los últimos días—. Pero es porque están preocupados. Cuando se preocupan, se meten dentro de sí mismos y a veces se olvidan de que estás ahí. —Miró sus palomitas—. Pero eso no significa que no les importe.

Kieran apoyó un codo en la rodilla.

—Entonces ¿qué debo hacer, Drusilla?

—Umm —reflexionó Drusilla—. No te calles lo que quieres, o puede que nunca lo consigas.

—Eres muy sabia —afirmó Kieran muy serio.

—Bueno —repuso Dru—. Lo cierto es que lo vi en una taza.

—Las tazas de este mundo son muy sabias.

Dru no estaba totalmente segura de si Kieran estaba sonriendo o no, pero por la forma en que se recostó en el sofá y cruzó los brazos, notó que se habían acabado las preguntas. Volvió a poner el sonido de la tele.

Emma quitó las chinchetas y fue bajando con cuidado las diferentes cuerdas de colores, los viejos recortes de periódico, las fotos con los bordes curvados hacia arriba. Cada uno representaba una pista, o lo que había creído que era una pista, del enigma de la muerte de sus padres: ¿quién los había matado? ¿Por qué habían muerto de ese modo?

Emma ya tenía todas las respuestas. Hacía tiempo, le había preguntado a Julian qué debería hacer con todas las pruebas que había recogido, pero él le respondió que era ella la que tenía que decidirlo. Siempre lo había llamado su «muro de la locura», pero en muchos sentidos, Emma lo consideraba como un muro de la cordura, porque crearlo la mantuvo cuerda cuando se había sentido indefensa, por lo mucho que añoraba a sus padres y el apoyo incondicional de su amor.

«Esto era por vosotros, mamá y papá —pensó, mientras metía las últimas fotos en cajas de zapatos—. Ahora ya sé qué os pasó, y la persona que os mató está muerta. Quizá eso marque una diferencia, o quizá no. Lo que sé es que no significa que os añore menos».

Se preguntó si debería decir algo más. Que la venganza no había sido el bálsamo que esperaba; que lo cierto era que ahora la asustaba un poco: sabía lo poderosa que era, cómo podía robar el alma. En Thule comprobó cómo el ansia de venganza de un chico abandonado y rabioso había arrasado el mundo. Pero eso no hizo que Sebastian fuera feliz. En Thule, la venganza solo hizo que Sebastian se sintiera desgraciado, aunque hubiera conquistado todo lo que tenía al alcance de la mano.

Llamaron a la puerta. Emma metió las cajas en el armario y fue a abrir.

Se sorprendió al ver a Julian. Pensaba que estaría abajo, con los otros. Habían cenado en la biblioteca; comida thai que les habían llevado a casa, y todos se hallaban allí, entre recuerdos y bromas. Magnus dormitaba en brazos de Alec, los dos estirados en el sofá. Era casi como si Jace y Clary no fueran a partir al amanecer en una misión peligrosa, pero así lo hacían los cazadores de sombras. Siempre había misiones. Siempre había amaneceres peligrosos.

Emma hubiera querido quedarse con ellos, pero estar cerca de Julian y de otra gente, tal como él estaba, le resultaba doloroso. Le hacía daño mirarlo, y ocultar lo que sabía, y preguntarse si los otros lo habrían notado, y en tal caso, qué pensaban.

Julian fue a apoyarse en el alféizar de la ventana. Las estrellas estaban saliendo, punteando el cielo con pequeñas manchas de luz.

—Me parece que he liado las cosas con Ty —dijo—. Quería hablar conmigo, y creo que no le he respondido de la manera acertada.

Emma se limpió las rodillas con la mano. Llevaba un viejo camisón de color verde claro que también utilizaba como vestido.

—¿De qué te quería hablar?

Un par de rizos sueltos de color chocolate oscuro le cayeron a Julian sobre la frente. Estaba muy guapo, pensó Emma. No importaba lo que sabía; sufría al verle las manos de pintor, fuertes y nudosas; la suave oscuridad de su pelo, su gracia de artista, las cosas de él que le susurraban su nombre a Emma.

—No lo sé —respondió Julian—. No lo entendí. Lo hubiera entendido, sé que lo hubiera entendido de no ser por el hechizo.

—Subiste a la pira por él —le recordó Emma.

—Lo sé. Ya te lo dije, fue como un instinto de supervivencia, algo que yo no podía controlar. Pero este no es un asunto de vida o muerte. Son sentimientos. Por lo que mi mente no puede procesarlos.

«Los sentimientos pueden ser asunto de vida o muerte».

Emma señaló su armario.

—¿Sabes por qué lo he quitado todo, hoy?

Julian arrugó la frente.

—Ya no lo necesitabas —contestó él—. Ya descubriste quién mató a tus padres. Ya no necesitas todo eso.

—Sí y no, supongo.

—Si todo va bien, esperemos que Magnus pueda quitarme el hechizo mañana —dijo Julian—. Depende de lo rápida que sea la cura.

—Podrías haberle hablado de esto ya —dijo Emma, y se colocó en el alféizar al lado de Julian. Le recordaba el pasado, tiempos mejores, cuando ambos se habían sentado allí para leer, o Julian para pintar, en silencio y tranquilos durante horas—. ¿Por qué esperas?

—No se lo puedo decir todo —respondió Julian—. No puedo enseñarle lo que me escribí en el brazo; querría quitarme el hechizo inmediatamente, y no está lo suficientemente fuerte. Podría morir.

Emma lo miró sorprendida.

—Eso es empatía, Julian. Eso eres tú entendiendo cómo podría sentirse Magnus. Eso es bueno, ¿verdad?

—Quizá —contestó él—. Hay algo que he estado haciendo cuando no estoy seguro de cómo reaccionar ante algo emocional. Me imagino lo que tú harías. Qué sería lo que tú tendrías en cuenta. La conversación con Ty fue demasiado rápida para poder hacer eso, pero me ayuda.

—¿Lo que yo haría?

—Deja de funcionar cuando estoy contigo, claro —explicó Julian—. No puedo pensar en lo que querrías que hiciera contigo, o cerca de ti. No puedo ver a través de tus ojos. No puedo verme a mí a través de tus ojos. —Le tocó ligeramente el brazo desnudo, donde estaba la runa de *parabatai*, trazando su contorno.

Emma veía el reflejo de Julian en la ventana: otro Julian con el mismo perfil, las mismas pestañas ensombrecidas.

—Tienes un talento, Emma —continuó él—. Una bondad que hace feliz a la gente. Tú das por descontado que la gente no es solo capaz de hacer lo mejor, sino que querrá hacer lo mejor. Y supones lo mismo de mí. —Emma trató de respirar con normalidad. La sensación de sus dedos sobre la runa la estaba haciendo temblar—. Crees en mí más de lo que yo mismo creo.

Con los dedos, Julian le trazó un camino por el brazo desnudo hasta la muñeca, y de vuelta. Eran dedos hábiles y ligeros; la tocaban como si estuviera dibujando su cuerpo, trazando la línea de la clavícula, rozándole la base del cuello. Los deslizó por el cuello del vestido, solo acercándose ligeramente a la curva superior de los pechos.

Emma se estremeció. Podía perderse en esa sensación, podía ahogarse en ella y olvidar, escudarse detrás de ella.

—Si vas a seguir haciendo eso —le dijo a Julian—, deberías besarme.

Él la cogió entre los brazos. Su boca, sobre la de ella, era cálida y suave, un beso tierno que se ahondaba convirtiéndose en calor. Las manos de Emma le acariciaron el cuerpo, resiguiendo una topografía que ya le resultaba familiar: los tersos músculos bajo la camiseta, la aspereza de las cicatrices, la delicadeza de los omóplatos, la curva en la columna. Él murmuraba que era hermosa, que la deseaba, que siempre la había deseado.

El corazón de Emma se le estaba saliendo del pecho; cada una de sus células le decía que ese era Julian, su Julian, que su tacto, su sabor, su aliento eran los mismos y que lo amaba.

—Esto es perfecto —le susurró él contra la boca—. Así es como podemos estar juntos sin hacer daño a nadie.

El cuerpo le gritaba a Emma que no reaccionara, que se dejara llevar. Pero la mente la traicionó.

—¿Qué quieres decir exactamente?

Él la miró con el oscuro cabello medio cubriéndole el rostro. Emma deseó atraerlo hacia sí y cubrirle la boca con más besos; quería cerrar los ojos y olvidar todo lo que estaba mal.

Pero nunca antes había tenido que cerrar los ojos con Julian.

—Es el sentimiento lo que importa, no el acto —explicó Julian—. Si no estoy enamorado de ti, podemos hacerlo; podemos estar juntos físicamente sin provocar la maldición.

«Si no estoy enamorado de ti».

Se apartó bruscamente de él. Sintió como si le estuvieran arrancando la piel; como si, al mirarse, fuera a ver sangre manando de las heridas que se le habían abierto al despegarse de él.

—No puedo —dijo—. Cuando recuperes tus sentimientos, nos arrepentiremos de haber hecho esto sin que tú sintieras nada.

Julian parecía perplejo.

—Te deseo tanto como siempre. Eso no ha cambiado.

De repente, Emma se sintió agotada.

—Te creo. Acabas de decir que me deseas. Que soy hermosa. Pero no has dicho que me quieras. Antes siempre lo decías.

Hubo un instantáneo destello en los ojos de Julian.

—No soy la misma persona. No puedo decir que sienta cosas que no entiendo.

—Bueno, pues yo quiero a la misma persona —replicó ella—. Quiero a Julian Blackthorn. Mi Julian Blackthorn.

Él fue a tocarle la cara. Ella retrocedió, apartándose de él, y no porque le desagradara su contacto, sino porque le gustaba demasiado. Su cuerpo no distinguía entre ese Julian y el que ella necesitaba.

—Entonces ¿quién soy yo para ti? —preguntó él, dejando caer la mano.

—Eres la persona a la que tengo que proteger hasta que mi Julian regrese a vivir dentro de ti otra vez —contestó ella—. No quiero eso de ahora. Quiero al Julian que amo. Puede que estés en la jaula, Jules, pero mientras seas así, yo estaré en la jaula contigo.

* * *

La mañana llegó igual que siempre, con sol y el molesto canto de los pájaros. Emma salió de su cuarto con un fuerte dolor de cabeza y se encontró con Cristina rondando por los pasillos ante su puerta. Llevaba un tazón de café en la mano.

Emma había dormido solo unas tres horas después de que Julian se marchara, y tampoco habían sido tres horas apacibles. Cuando dio un portazo para cerrar su habitación, Cristina dio un respingo.

—¿Cuántos cafés llevas ya? —le preguntó Emma. Se recogió el cabello en alto y lo sujetó con una cinta amarilla estampada de margaritas.

—Es el tercero. Me siento como un colibrí. —Cristina movió el tazón y caminó junto a su amiga hacia la cocina—. Tengo que hablar contigo, Emma.

—¿Por qué? —preguntó esta, inquieta.

—Mi vida amorosa es un auténtico desastre —contestó Cristina—. ¡Qué lío!

—Oh, vale —repuso Emma—. Me temía que fuera a ser algo sobre política.

Cristina tenía un gesto dramático.

—He besado a Kieran.

—¿Qué? ¿Cuándo? —preguntó Emma, a punto de caerse por la escalera.

—En Feéra —gimió Cristina.

—Pero ¿cómo? ¿En la mejilla o así?

—No —respondió Cristina—. Un auténtico beso. Con bocas...

—¿Y qué tal fue? —Emma se sentía fascinada. No podía imaginarse besar a Kieran. Siempre le había parecido frío y lejano. Sin duda era muy guapo, pero del mismo modo que lo era una estatua, no una persona.

Cristina se sonrojó hasta el cuello.

—Fue fabuloso —dijo con un hilillo de voz—. Suave y como si yo le importara mucho.

Eso era aún más raro. Sin embargo, a Emma le pareció que lo que debía hacer era apoyar a Cristina. Preferiría que estuviera con Mark, claro, pero él había estado haciendo el tonto, y también estaba eso del hechizo de unión...

—Bueno —le dijo—. Lo que pasa en Feéra se queda en Feéra, supongo.

—Si te refieres a que no debería decírselo a Mark, ya lo sabe —repuso Cristina—. Y si vas a preguntarme si quiero estar solo con Mark, no podré responderte tampoco. No sé lo que quiero.

—¿Y qué hay de lo que Mark y Kieran sienten el uno por el otro? —preguntó Emma—. ¿Siguen queriéndose?

—Creo que se aman de un modo que yo no puedo alcanzar —respondió Cristina, y había una tristeza en su voz que hizo que Emma quisiera detenerse a medio pasillo y abrazar a su amiga. Pero ya habían llegado a la cocina. Estaba llena de gente; Emma olió a café, pero no parecía haber nada cocinándose. La mesa estaba vacía; la cocina, fría. Julian y Helen, junto con Mark y Kieran, estaban alrededor de la mesa, donde Clary y Jace se habían sentado, todos mirando incrédulos un papel de aspecto oficial.

Emma se quedó clavada en el sitio, con Cristina a su lado, asombrada.

—Pensábamos... ¿Ya habéis ido a Idris y vuelto? Creía que teníais que salir al amanecer —dijo Emma.

Jace alzó la mirada.

—No hemos ido —contestó.

Clary seguía mirando el papel que tenía en la mano, con el rostro blanco y consternado.

—¿Hay algún problema? —preguntó Emma, ansiosa.

—Podríamos decir que sí. —Jace habló en un tono ligero, pero sus ojos dorados pronosticaban tormenta. Levantó el papel—. Es un mensaje de la Clave. Según dice, Clary y yo estamos muertos.

* * *

Zara siempre elegía la misma silla en el despacho del Inquisidor. Manuel sospechaba que era porque le gustaba sentarse bajo su retrato, para que la gente se viera obligada a mirar a dos Zaras y no solo a una.

—Han ido llegando informes durante todo el día —dijo ella, enroscándose una de las trenzas alrededor de un dedo—. Los Institutos responden con indignación a la noticia de la muerte de Clary y Jace a manos de las hadas.

—Como esperábamos —repuso Horace, removiéndose en la silla con un gruñido de dolor. A Manuel le molestaba que Horace siguiera quejándose del brazo, con una masa de vendajes en el muñón del codo. Sin duda, los *iratzes* ya habrían curado la herida, y Horace solo podía culparse a sí mismo por permitir que la zorra de la Wrayburn lo hubiera pillado desprevenido.

Manuel detestaba a Horace. Pero claro, Manuel detestaba a los auténticos creyentes en general. Le importaba un comino que hubiera subterráneos en Alacante, o hadas en el bosque de Brocelind, o licántropos en su bañera. El prejuicio hacia los subterráneos se le antojaba aburrido e innecesario. Para lo único que servía era para asustar a la gente.

Cuando la gente estaba asustada, hacía cualquier cosa que quisieras si pensaba que eso la haría estar a salvo de nuevo. Cuando Horace hablaba de revivir la pasada gloria de los nefilim, y las masas lo vitoreaban, Manuel sabía por qué vitoreaban realmente, y no era por la gloria; era por fin del miedo. El miedo que estaban sintiendo desde la Guerra Oscura, que los había hecho entender que no era invencibles.

Hubo un tiempo, o eso creían, en que habían sido invencibles. Que habían pisoteado el cuello de los subterráneos y los demonios con sus botas, y habían

dominado el mundo. Pero ahora recordaban los cadáveres ardiendo en la plaza del Ángel y tenían miedo.

Y el miedo era útil. El miedo podía ser manipulado para conseguir más poder. Y a fin de cuentas, el poder era lo único que le importaba a Manuel.

—¿Sabemos algo del Instituto de Los Ángeles? —preguntó Horace, medio estirado detrás del gran escritorio—. Sabemos por las hadas que los Blackthorn y sus compañeros regresaron a su casa. Pero ¿qué es lo que saben? «¿Qué es lo que saben?».

Horace y Zara se lo habían preguntado cuando recuperaron el cadáver de Dane, casi descuartizado. Dane había sido un imbécil al escaparse del campamento de Oban en plena noche en busca de la gloria de recuperar el *Libro Negro* por su cuenta. (Y se había ido con su medallón para controlar la diferencia de tiempos, con lo que, al regresar a Idris, Manuel descubrió que había perdido un día o dos). Sospechaba que había una herida de espada bajo los mordiscos del kelpie, pero no se lo había mencionado a los Dearborn. Estos veían lo que querían ver, y si Emma o Julian sabían que Horace había mandado a un asesino tras ellos, tampoco importaría durante mucho más tiempo.

—¿Sobre Clary y Jace? —preguntó Manuel—. Estoy seguro de que saben que desaparecieron a través del Portal hacia Thule. Pero les será imposible regresar. Ha pasado el tiempo, el Portal se ha cerrado y Oban me ha asegurado que Thule es un lugar letal. Ya no deben de ser más que huesos emblanqueciéndose en la arena de otro mundo.

—De todas formas, los Blackthorn y la Carstairs no se atreverán a decir nada en nuestra contra —dijo Zara—. Aún tenemos su secreto en nuestras manos. —Tocó la empuñadura de *Cortana*—. Además, nada de lo suyo será suyo durante mucho más tiempo, ni siquiera el Instituto. Unos cuantos más puede que estén contra nosotros: Ciudad de México, Buenos Aires, Bombay. Pero ya nos encargaremos de ellos.

Zara también era una auténtica creyente, pensó Manuel con cierto desagrado. Era una estirada y una aburrída, y él nunca se había creído que Diego Rocío Rosales viera algo en ella; al parecer, no se había equivocado. Sospechaba que Diego languidecía en prisión tanto por rechazar a Zara como por ayudar a alguna estúpida hada a escaparse del Escolamántico.

Horace miró a Manuel.

—¿Y qué hay de tu fase del plan, Villalobos?

—Todo está en orden. Las fuerzas noseelie se están agrupando bajo el rey Oban. Cuando lleguen a las murallas de Alacante, saldremos para demostrar

nuestra voluntad de parlamentar con ellos en los Campos Imperecederos. Nos aseguraremos de que todos los cazadores de sombras de Alacante nos vean. Después de esa farsa, regresaremos al Consejo y les diremos que las hadas se han rendido. La Paz Fría se acabará, y a cambio de su ayuda, todas las entradas a Feéra quedarán selladas con salvaguardas. Quedará fuera de los límites para todos los cazadores de sombras.

—Muy bien —repuso Horace—. Pero con el Portal a Thule cerrado, ¿dónde nos quedamos con la peste?

—Exactamente donde queríamos estar —respondió Manuel. Estaba satisfecho; pretender que su intención era destruir la peste con fuego había sido su idea. Sabía desde el principio que no serviría de nada, y que ese fracaso dejaría a los nefilim más asustados que antes—. El veneno se ha extendido lo suficiente para nuestros propósitos. La Clave sabe de la existencia de la peste y teme hasta dónde puede llegar.

—Y el miedo los hará complacientes —concluyó Horace—. ¿Zara?

—Los brujos van a enfermar aún más —explicó Zara, disfrutando al decirlo—. Aún no hay ningún informe de transformaciones, pero muchos Institutos han aceptado a brujos para tratar de curarlos. Cuando se transformen en demonios, ya puedes imaginar el sangriento caos que se desatará.

—Lo que hará más fácil declarar la ley marcial y librarnos del resto de los brujos —repuso Horace.

Este siempre había considerado una ventaja extra que la peste sirviera no solo para asustar a los cazadores de sombras sino también para enfermar a los brujos, aunque Manuel no le veía mucho sentido a un resultado que limitaría seriamente la posibilidad de los cazadores de sombras de abrir Portales o curar enfermedades raras. Ese era el problema de los auténticos creyentes: nunca eran prácticos. Ah, bueno, seguramente algunos brujos sobrevivirían, razonó. Una vez se hubieran cumplido todas las exigencias de la Cohorte, podrían permitirse ser generosos y acabar para siempre con la peste. Tampoco era que a Horace le gustara mucho la peste, o su propensión a apagar la magia angélica. Simplemente era una herramienta útil, igual que lo había sido Larkspear.

—¿No te preocupa que los brujos transformados se escapen de nuestro control y masacren a los cazadores de sombras? ¿Incluso a mundanos?

—No, realmente no —respondió Horace—. Un cazador de sombras bien entrenado debe ser capaz de dominar a un brujo transformado en demonio. De

no ser así, entonces habremos hecho un favor a nuestra sociedad sacrificándolos.

—Mi pregunta es si se puede confiar en Oban —dijo Zara, torciendo el gesto—. Después de todo, es un hada.

—Se puede —contestó Manuel—. Es mucho más maleable que su padre. Él quiere su reino y nosotros queremos el nuestro. Y si le llevamos la cabeza del príncipe Kieran, como prometimos, estará muy complacido.

Horace suspiró.

—Ojalá todos estos arreglos no tuvieran que ser secretos. La Clave entera debería alabar lo acertado de nuestro plan.

—Pero no les gustan las hadas, papá —repuso Zara, siendo, como siempre, increíblemente literal—. No les gustaría que hiciéramos tratos con ellas o que las hayamos animado a traer la peste a Idris, aunque haya sido por una causa mayor. Es ilegal trabajar con la magia demoníaca, aunque sé que es necesario —se apresuró a añadir—. Cómo me gustaría que Dane y Samantha siguieran con nosotros. Entonces podríamos hablar con ellos.

Manuel pensó con poco interés en Dane, cuya propia estupidez había acabado con él, y en Samantha, en esos momentos loca de atar en la Basiliás. Dudaba de que cualquiera de ellos hubiera sido de mucha ayuda incluso en su estado anterior.

—Es una carga solitaria, hija mía, ser de los que les ha tocado hacer lo correcto —soltó Horace, pomposo.

Zara se puso en pie y le palmeó el hombro.

—Pobre papá. ¿Quieres volver a mirar en el espejo mágico una vez más? Siempre te anima.

Manuel se incorporó en la silla. El espejo mágico era una de las pocas cosas que no lo aburrían. Oban lo había embrujado para que reflejara los campos ante la torre noseelie.

Zara sujetó el espejo de forma que la luz de las torres de los demonios reluciera sobre el mango de plata. Lanzó un pequeño grito y el cristal se volvió claro, y a través de él pudieron ver los verdes campos de la tierra noseelie y la torre de antracita. Alineados ante la torre había filas y filas de guerreros noseelie, tantas que ocupaban toda la escena: un ejército sin límite, sin final. Las espadas brillaban bajo el sol como un vasto campo plantado con afiladas hojas.

—¿Qué opinas? —preguntó Horace con orgullo, como si él mismo hubiera reunido ese ejército—. Espectacular, ¿no es cierto, Annabel?

La mujer de largo cabello castaño, sentada en silencio en un rincón del despacho, asintió con calma. Llevaba ropa parecida a la que había llevado aquel sangriento día en el Salón del Consejo; Zara había conseguido un copia casi exacta, pero fue Manuel quien tuvo la idea de proporcionársela, como si en sí misma fuera un arma.

Había pocas cosas más fuertes que el miedo. Desde la reunión del Consejo, los cazadores de sombras habían estado aterrados con Annabel Blackthorn. Si aparecía delante de ellos, todos correrían a esconderse detrás de Horace. Su capacidad para protegerlos sería lo único que les importaría.

Y en lo referente a Julian Blackthorn y el resto de su irritante familia, habría más que miedo. Habría furia. Odio. Todas las emociones que la Cohorte pudiera explotar.

Horace soltó una risita nerviosa y volvió a mirar el espejo.

Oculto por las sombras, que ya se alargaban, Manuel tenía en el rostro una sonrisa salvaje. Absolutamente nadie estaba preparado para lo que se avecinaba.

Tal como le gustaba a él.

24

La larga noche

Aline Penhallow, directora del Instituto de los Ángeles:

Estandartes blancos de luto vuelan hoy sobre nuestra capital, al igual que banderas verdes para acelerar la cura de nuestros corazones.

Los héroes de la Guerra Oscura, Jonathan Herondale y Clarisa Fairchild, han muerto por manos noseelie. Se hallaban en una misión asignada por la Clave, y sus muertes se festejarán como la muerte de los héroes. Sus cuerpos aún no han sido recuperados.

Tal brutal violación de la Paz Fría debe tener sus consecuencias. A partir de esta mañana al amanecer, en Alacante deberemos considerarnos en estado de guerra contra las hadas. Los miembros del Consejo se pondrán en contacto con la corte noseelie para parlamentar y buscar reparación. Si un hada es vista fuera de sus tierras, sois libres para capturarla y traerla a Alacante para ser interrogada. Si debéis matar al hada en cuestión, no será una violación de los Acuerdos.

Las hadas son astutas, pero venceremos y vengaremos a nuestros héroes. Como siempre durante un estado de guerra, los cazadores de sombras, a título particular, deben regresar a Idris para incorporarse a filas en las próximas cuarenta y ocho horas. Por favor, notificad a la Clave vuestros planes de viaje, ya que toda la actividad de Portales en Idris será controlada.

HORACE DEARBORN, INQUISIDOR

P. D. Como nuestra Cónsul, Jia Penhallow, se halla suspendida por tratar con las hadas, ha sido retenida en la torre del Gard hasta el momento en que pueda ser interrogada.

—¿Jia? —preguntó Emma, incrédula—. ¿Han encarcelado a la Cónsul?

—Aline está tratando de localizar a Patrick —contestó Helen en voz baja—. El arresto domiciliario es una cosa, pero esta es otra. Aline está de los nervios.

—¿Quién sabe que estáis vivos? —preguntó Alec, dirigiéndose a Jace—. ¿Quién sabe que lo que dice esa carta no es cierto?

Jace lo miró perplejo.

—La gente de esta casa. Magnus... ¿Dónde está Magnus?

—Durmiendo —respondió Alec—. ¿Y aparte de nosotros?

—Simon e Izzy. Mamá. Maia y Bat. Eso es todo. —Hizo girar la silla—. ¿Por qué? ¿Crees que debemos ir a Alacante? ¿Demostrar que mienten?

—No —contestó Julian. Su voz era firme y clara—. No podéis hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Helen.

—Porque no es un error —respondió Julian—. Es una operación de bandera falsa. Ellos os creen muertos; no se arriesgarían a decir esto si no lo creyeran, pero así culpan a Feéra para animar a la guerra.

—¿Y por qué querría alguien que hubiera guerra? —inquirió Helen—. ¿Acaso no vieron lo que hizo la última?

—Durante las guerras, hay gente que se hace con el poder —explicó Julian—. Si convierte a las hadas en el enemigo, ellas pueden convertirse en héroes. Todo el mundo olvidará las quejas que tengan sobre el Consejo de ahora. Se unirán por una causa común. Una guerra puede comenzar con una sola muerte. Aquí tiene dos, y ambos son famosos héroes de la Clave.

Tanto Jace como Clary parecían incómodos.

—Veo un fallo en el plan —dijo Jace—. Todavía tiene que luchar y ganar la guerra.

—Quizá —repuso Julian—. O quizá no. Depende de cuál sea su plan.

—Yo veo otro fallo —aportó Emma—. La lucha en la corte fue caótica, seguramente no se dieron cuenta de quién atravesó el Portal y entró en Thule, y quién no. Y quién sabe lo que le habrá dicho Manuel. Siempre le gusta retorcer la verdad, y sin la Espada Mortal la puede retorcer todo lo que quiera. Apuesto a que quiere la guerra.

—Pero seguramente el Consejo no apoyará realmente la idea de una guerra contra las hadas —dijo Clary—. ¿O realmente creéis que hemos perdido a todo el Consejo?

Emma estaba sorprendida; Clary miraba a Julian como si estuviera muy interesada en su respuesta, aunque ella era cinco años mayor que él. Le resultaba extraño pensar que la brillante agudeza de Julian no estaba reservada solo para ella, para su familia.

—Son los suficientes —respondió Julian—. Muchos ya se han apuntado a la Cohorte y su mensaje... De otro modo, no estarían exigiendo que todos regresemos a Alacante en dos días.

—Pero no vamos a hacerlo —dijo Mark—. No podemos ir a Alacante ahora. Está bajo el control de la Cohorte.

—Y la última vez que estuvimos allí, Horace nos envió a una misión suicida —señaló Emma—. No creo que estemos a salvo en Idris. —Era un

pensamiento triste; Idris era su hogar, y se suponía que debía ser el lugar más seguro del mundo para los cazadores de sombras.

—No vamos a ir —concluyó Helen—. No solo no sería seguro, sino que significaría abandonar a los brujos a los estragos de la peste.

—Pero Jace y Clary no pueden ir al lago Lyn —repuso Alec. Tenía el negro cabello en una alborotada masa de punta y apretaba los puños—. Toda la actividad a través de Portales es controlada.

—¿Por eso no partisteis esta madrugada? —preguntó Emma, pensando en cuánto rato llevarían Jace y Clary sentados ahí, mirando la carta horrorizados.

—Pero tiene que haber algún modo —dijo Jace, mirando a Alec con desesperación—. Clary y yo podríamos viajar por tierra, o...

—No podéis —lo interrumpió Emma—. Hay partes de todo esto que no entiendo, pero os puedo asegurar una cosa: la Cohorte está empleando vuestra supuesta muerte para conseguir lo que desean. Si os vais a Alacante y la Cohorte oye algo sobre eso, aunque solo sea un susurro, harán todo lo posible para mataros.

—Emma tiene razón —repuso Julian—. Tienen que seguir creyendo que estáis muertos.

—Entonces, iré yo —dijo Alec—. Clary puede abrirme un Portal a algún lugar cercano a Idris y puedo cruzar la frontera a pie...

—Alec, no. Magnus te necesita aquí —replicó Clary—. Además, eres el director de la Alianza de Subterráneos y Cazadores de Sombras. A la Cohorte le encantaría ponerte las manos encima.

Kieran se puso en pie.

—Ninguno de vosotros puede ir —dijo—. Lo que os falta a los cazadores de sombras es sutileza. Entraríais al galope en Idris, trayéndonos el desastre a todos nosotros. Mientras que las hadas pueden entrar en Idris tan rápidas como una sombra y traeros de vuelta lo que os haga falta.

—¿Hadas? —Jace alzó una ceja—. Me parece que aquí solo hay un hada, tú. Quizá dos si contamos la mitad de Helen y la mitad de Mark.

Kieran parecía molesto.

—Las hadas tiene prohibido incluso poner pie en el suelo de Idris —apuntó Alec—. Probablemente haya salvaguardas, sensores...

—¿Y no resulta conveniente que haya corceles hada que vuelan —dijo Kieran—, y jinetes que montan esos corceles y que yo sea uno de ellos?

—Es una forma un tanto brusca de ofrecer ayuda —repuso Jace, y cruzó una mirada con Clary—. Pero me apunto —añadió—. ¿Te estás ofreciendo a volar a Idris y recoger el agua?

Kieran había comenzado a ir de aquí para allá. Su oscuro cabello se había vuelto azul marino, con algunos mechones blancos.

—Necesitaréis más de un hada. Necesitaréis una legión. De los que puedan volar hasta Idris, recoger el agua, acabar con la peste y llevar la cura a los brujos por todo el mundo. Necesitáis a la Cacería Salvaje.

—¿La Cacería? —exclamó Mark—. Incluso con Gwyn como amigo de Diana, no creo que la Cacería haga eso por los nefilim.

Kieran se irguió cuan alto era. Por primera vez, Emma le vio algo de su padre, en el porte y en el rictus del mentón.

—Soy príncipe de Feéra y Cazador —afirmó—. Y he matado al rey noseelie con mis propias manos. Creo que lo harán por mí.

* * *

En el tejado, Kit oía voces que subían desde la cocina; voces fuertes y agitadas. Pero no llegaba a captar lo que decían.

—Una carta de Livvy —dijo, mientras se volvía de medio lado para mirar a Ty. El otro chico se hallaba sentado en el borde del tejado, con las piernas colgando hacia abajo. Kit odiaba lo dispuesto que estaba Ty a llegar al límite de las cosas: a veces parecía no tener sentido del peligro, de la realidad de lo que podría pasarle si caía—. La otra Livvy, en el otro universo.

Ty asintió. El cabello, demasiado largo, le caía sobre los ojos, y se lo echó hacia atrás con impaciencia. Llevaba un jersey blanco con agujeros en los puños por los que había pasado los pulgares.

—Me la dio Emma. Me preguntaba si querrías leerla.

—Sí —respondió Kit—. Claro.

Ty se la pasó y Kit cogió el ligero sobre y miró lo que había escrito en él: TIBERIUS. ¿Se parecía a la letra de Livvy? No estaba seguro. No recordaba haberse fijado nunca en su letra; incluso era consciente de que ya estaba olvidando el sonido de su voz.

El sol caía sobre el tejado y hacía relucir el colgante de oro de Ty. Kit desplegó la carta y comenzó a leer.

Ty,

He pensado tantas veces en lo que te diría si de repente reaparecieras... Si estuviera andando por la calle y aparecieras de la nada, caminando junto a mí como siempre solías hacer, con las manos en los bolsillos y la cabeza echada hacia atrás.

Mamá solía decir que caminabas celestialmente, mirando al cielo en lo alto como si estuvieras buscando ángeles. ¿Lo recuerdas?

En tu mundo, soy cenizas, soy un ancestro; mis recuerdos, esperanzas y sueños se han ido a construir la Ciudad de Hueso. En tu mundo, tengo suerte, porque no tengo que vivir en un mundo sin ti. Pero en este mundo, soy yo. Soy la melliza sin mellizo. Así que puedo decirte esto:

Cuando tu mellizo deja la tierra en la que sigues viviendo, nunca vuelve a ser igual: el peso de su alma ha desaparecido y todo está desequilibrado. El mundo se te mueve bajo los pies como un mar inquieto. No puedo decirte que se vaya haciendo más fácil. Pero sí que se va estabilizando; aprendes a vivir con el nuevo movimiento de la nueva tierra, igual que los marineros se acostumbran al mar. Aprenderás, te lo prometo.

Sé que no eres exactamente el Ty que yo tenía en este mundo, mi brillante y hermoso hermano. Pero sé por lo que me ha dicho Julian que tú también eres brillante y hermoso. Y sé que te quieren. Espero que seas feliz. Por favor, sé feliz. Te lo mereces.

Quiero preguntarte si recuerdas cómo solíamos susurrarnos palabras el uno al otro en la oscuridad: «estrella», «mellizo», «cristal»... Pero nunca sabré tu respuesta. Así que me lo susurraré a mí misma mientras doblo esta carta y la meto en el sobre, esperando contra toda esperanza que llegue a ti. Susurro tu nombre, Ty. Susurro lo más importante:

Te quiero. Te quiero. Te quiero.

LIVVY

Cuando Kit bajó la carta, el mundo entero parecía un poco demasiado nítido y brillante, como si lo estuviera viendo a través de una lupa. Le dolía la garganta.

—¿Qué... qué piensas?

«Te quiero. Te quiero. Te quiero».

«Deja que lo oiga, deja que lo crea y déjalo ir».

—Creo... —Ty cogió la carta y se la volvió a guardar en el bolsillo de la chaqueta—. Creo que esta no es mi Livvy. Estoy seguro de que es una buena persona, pero no es la mía.

Kit se sentó, un poco bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

Ty miró hacia el océano, a su continuo ir y venir.

—Mi Livvy habría querido volver conmigo. Esta no lo hizo. Sería interesante conocer a esta Livvy, pero seguramente es mejor que no haya vuelto con Emma y Jules, porque entonces no podríamos recuperar a la Livvy correcta.

—No —dijo Kit—. No, no lo entiendes. No es que no quisiera volver, sino que la necesitan allí. Estoy seguro de que le hubiera gustado estar con su familia de haber podido. Imagínate tener que soportar la pérdida...

—No quiero —lo cortó Ty secamente—. Ya sé que se siente mal. Lo siento mucho por ella. De verdad. —Se había sacado un trozo de cuerda del bolsillo y estaba jugueteando nerviosamente con él—. Pero no te he traído la carta por eso. ¿Sabes por qué?

—Supongo que no —respondió Kit.

—Es lo último que necesitábamos para el hechizo —explicó Ty—. Es un objeto de otra dimensión.

Kit se sintió como si estuviera en una montaña rusa que, de repente, bajara precipitadamente. Estaba a punto de decir algo cuando Ty hizo un ruidito de asombro; Kit echó la cabeza hacia atrás y vio volar sobre ellos un caballo negro y gris y otro castaño, dejando una estela de vapor de oro y plata. Ambos observaron en silencio mientras los caballos tomaban tierra en la hierba frente al Instituto.

Uno de los jinetes era una mujer vestida de negro a la que conocían bien: Diana. El otro era Gwyn ap Nudd, el líder de la Cacería Salvaje. Los dos chicos observaron atónitos mientras Gwyn desmontaba y ayudaba a Diana a bajar.

* * *

Dru subió al tejado. Ty y Kit ya estaban allí, sentados tranquilamente en el borde. Dru no se sorprendió; hacía tiempo que había averiguado que siempre que querían hablar en privado, los chicos subían allí arriba, del mismo modo que habían hecho Emma y Julian cuando eran más jóvenes.

No había hablado realmente con ninguno de ellos desde que estuvo en el cuarto de Ty. No sabía qué decirle. Todos los demás de la familia, Helen o Mark, hablaban de lo bien que Ty se estaba recuperando, de lo fuerte que estaba siendo, de cómo estaba aguantando la muerte de Livvy.

Pero ella había visto su habitación destrozada y la sangre en las almohadas. Eso había hecho que se fijara en él más cuidadosamente: lo delgado que estaba y los arañazos en los nudillos.

Después de la muerte de su padre, Ty había pasado por una fase en la que se mordía las manos. Se despertaba en mitad de la noche habiéndose arrancado la piel de los nudillos. Dru supuso que estaba volviendo a hacerlo, y que por eso había sangre en su almohada. Helen y Mark no podían reconocerlo; ellos no estaban allí en aquel entonces. Livvy lo hubiera sabido. Julian lo hubiese sabido también, pero este acababa de volver a casa. Y además, hablar con alguien sobre eso le parecía como traicionar a Ty.

La historia de Thule también la perseguía; un mundo en el que Ty estaba muerto. En el que ella misma estaba desaparecida. En el que los Blackthorn ya no eran una familia. Un mundo en el que Sebastian Morgenstern mandaba. Incluso el nombre de Ash la perseguía, como si lo hubiera oído antes, aunque no tenía ningún recuerdo de haberlo hecho. La idea de Thule era una oscura pesadilla, y le recordaba la fragilidad de los vínculos que la sujetaban a su familia. Lo último que quería hacer era alterar a Ty.

Así que lo había evitado, y a Kit como consecuencia, ya que iban siempre juntos. Pero el tejado no era suyo. Fue hacia donde estaban, haciendo mucho ruido al caminar para no sorprenderlos.

No parecieron molestos al verla.

—Gwyn y Diana están aquí —dijo Kit. Cuando llegó por primera vez al Instituto, Kit era un chico pálido, como si hubiera pasado la mayor parte del tiempo dentro de casa o en mercados nocturnos. Pero ya tenía color; el inicio de un bronceado y mejillas sonrosadas. Se parecía más a Jace, sobre todo desde que le había crecido el pelo y se le comenzaba a rizar.

—Lo sé. —Se sentó con ellos en el borde del tejado—. Se van a Idris. Van a buscar el agua del lago Lyn.

Los informó de todo rápidamente, encantada de ser ella, por una vez, la que tenía noticias frescas. Kieran había salido del Instituto y caminaba por la hierba hacia los recién llegados. Andaba con la espalda muy recta y el sol hacía brillar su cabello negro azulado.

Inclinó la cabeza ante Diana y se volvió hacia Gwyn. Kieran había cambiado, pensó Dru. Recordaba la primera vez que lo vio, ensangrentado, furioso y resentido con el mundo. Ella lo consideró un enemigo de Mark, de todos ellos.

Desde entonces, había visto diferentes aspectos de él: Kieran había luchado con ellos. Había visto pelis malas con ella. Pensó en él quejándose de su vida sentimental la noche anterior, y riendo. Miró abajo: Gwyn le había puesto una mano en el hombro y asentía, con un claro respeto en sus gestos.

La gente estaba hecha de todas clases de trocitos, pensó Dru. Trocitos románticos y trocitos divertidos; trocitos egoístas y trocitos valerosos. A veces solo se veían unos pocos. Quizá cuando los veías todos te dabas cuenta de que conocías a alguien realmente bien.

Se preguntó si habría alguien alguna vez, excepto su familia, a quien conocería así.

—Deberíamos bajar —dijo Ty, con ojos curiosos—. Enterarnos de qué está pasando.

Fue hacia la trampilla que llevaba a la escalera. Kit ya había comenzado a seguirlo cuando Drusilla llamó su atención tocándole el hombro.

Kit se volvió para mirarla.

—¿Qué quieres?

—Ty —contestó ella en voz baja. Dru echó una mirada hacia su hermano al decir su nombre, pero él ya había desaparecido por los escalones—. Quiero hablarte de Ty, pero cuando no haya nadie, y tienes que prometerme que no se lo dirás. ¿Puedes prometérmelo?

* * *

—¡Buena guardia! —dijo Jace, alborotándole el pelo a Clary.

Diana y Gwyn habían partido hacia Idris. Emma los estuvo contemplando mientras desaparecían, hasta que no fueron más que un puntito en el horizonte que se perdió en la neblina del aire de Los Ángeles. Alec se había ido con Magnus, y el resto accedió a patrullar por turnos el perímetro del Instituto.

—Tenemos que estar alerta —les advirtió Julian—. Ese mensaje de la Cohorte es una prueba de lealtad. Van a estar observando los Institutos para ver quién corre a Alacante para juramentarse en la lucha contra Feéra. Saben que en este Instituto lo retrasaremos lo más posible —les hizo un gesto a Mark y a Helen—, pero tampoco me sorprendería que ellos vinieran a por nosotros primero.

—Eso no sería de una gran inteligencia —repuso Mark, con el ceño fruncido—. Todo lo que tienen que hacer es esperar, y pronto podrán declararnos traidores.

—No son tan listos —replicó Julian—. Crueles, pero no listos.

—Por desgracia, Manuel es el más listo —dijo Emma, y aunque todos parecieron ponerse más serios, ninguno le llevó la contraria.

Clary y Emma tenían el segundo turno de guardia, después de Jace y Helen; esta ya había entrado para ver cómo estaba Aline, y Emma estaba tratando de mirar al infinito mientras Clary y Jace se besaban y se hacían ruiditos cursis el uno al otro.

—Espero que todo vaya bien por Alacante —dijo Emma al fin, más que nada para averiguar si seguían besándose.

—No podrá ir bien —repuso Jace, apartándose de Clary—. Todos piensan que estoy muerto. Será mejor que organices un desfile de luto. Deberíamos averiguar quién envía flores.

Clary puso los ojos en blanco, no sin afectación.

—Quizá Simon o Izzy podrían hacer una lista. Entonces, cuando volvamos de entre los muertos, les podremos enviar flores.

—Las mujeres llevarán luto hasta un año después de mi deceso —soltó Jace, subiendo a saltos la escalera.

—Estás chiflado —le dijo Clary—. No será como si fueras un héroe soltero y muerto.

—El amor no conoce fronteras —repuso Jace, y se puso más serio—. Voy a ver cómo les va a Alec y a Magnus. Te veo luego.

Agitó la mano y desapareció. Clary y Emma, ambas en traje de combate, comenzaron a cortar un camino en la hierba hacia el sendero que rodeaba el Instituto.

Clary suspiró.

—Jace odia estar apartado de Alec en momentos como este. No hay nada que pueda hacer, pero entiendo que quiera estar con su *parabatai* cuando está sufriendo. A mí me gustaría estar con Simon.

—No lo hace solo por él —dijo Emma. El cielo era de color azul oscuro y con algunas nubes finas—. Estoy segura de que es mejor para Alec que esté allí. Quiero decir, creo que lo más horrible para el Alec de Thule fue lo solo que debió de sentirse al perder a Magnus. Tantos amigos ya habían muerto, y su *parabatai*, peor que muerto.

Clary se estremeció.

—Deberíamos hablar de algo más alegre.

Emma trató de pensar en cosas alegres: ¿que le quitaran el hechizo a Julian? No era un tema que quisiera comentar. Zara aplastada por una roca... eso la hacía parecer vengativa.

—Podríamos discutir tus visiones —propuso con cautela. Clary la miró sorprendida—. Las que me contaste, en las que me dijiste que te veías morir. En la corte noseelie, cuando mirabas a través del Portal...

—Me di cuenta de lo que había estado viendo, sí —concluyó Clary—. Me estaba viendo a mí, y estaba muerta, y también veía el sueño que estaba teniendo. —Respiró hondo—. No he vuelto a tenerlo desde que regresamos de Feéra. Creo que mis sueños intentaban hablarme de Thule.

Habían llegado al punto en que la hierba daba paso al desierto y al matorral; el océano era una gruesa línea de pintura azul en la distancia.

—¿Se lo has dicho a Jace? —preguntó Emma.

—No. No puedo hacerlo ahora. Me siento tan estúpida, como si nunca fuera a perdonarme; además, Jace necesita centrarse en Alec y Magnus. Todos lo necesitamos. —Clary apartó una piedra del camino de una patada—.

Conozco a Magnus desde que era una niña. La primera vez que lo vi, le tiré de su cola de gato. Entonces no sabía que podía haberme convertido en una rana o en un ratón si hubiera querido.

—Magnus se pondrá bien —afirmó Emma, pero sabía que no sonaba tan segura. No podía estarlo.

A Clary le tembló la voz.

—Me siento como... Si perdemos a los brujos... si la Cohorte tiene éxito y consigue enfrentar a los cazadores de sombras y a los subterráneos en una guerra, entonces todo lo que hice fue inútil. Todo lo que sacrifiqué durante la Guerra Oscura. Y significa que no soy una heroína, que nunca lo fui.

Clary se detuvo y se apoyó en una gigantesca roca, una que a Ty le gustaba subir. Estaba esforzándose claramente por contener las lágrimas. Emma la miró horrorizada.

—Clary —dijo—. Tú fuiste quien me enseñó lo que significa ser un héroe. Me dijiste que los héroes no ganan siempre. Que a veces pierden, pero siguen luchando.

—Pensaba que había seguido luchando. Supongo que hasta pensaba que había ganado.

—Yo he estado en Thule —repuso Emma con fiereza—. Ese mundo era como era porque tú no estabas en él. Tú fuiste el punto crítico, tú hiciste que todo fuera diferente. Sin ti, Sebastian habría ganado la Guerra Oscura; sin ti, muchísima gente estaría muerta, y muchísima bondad habría desaparecido de este mundo para siempre.

Clary respiró hondo.

—Nunca acabamos de luchar, ¿no es cierto?

—Eso creo.

Clary se apartó de la roca. Regresaron al sendero, dibujando una curva entre los matorrales, el verde profundo y el violeta. El sol estaba bajo en el horizonte, iluminando del color del oro la arena del desierto.

—En Thule —continuó Emma mientras rodeaban la esquina del Instituto —, Jace estaba bajo el control mental de Sebastian. Pero hubo algo que no conté en la biblioteca. Sebastian era capaz de controlar a Jace solo porque le mintió sobre su participación en tu muerte. Se temía que incluso bajo ese hechizo, por muy fuerte que fuera, Jace nunca le perdonaría el haber permitido que te mataran.

—¿Y me estás contando esto porque...? —Clary la miró de reojo.

—Porque Jace te perdonaría cualquier cosa —contestó Emma—. Corre a decirle que has sido una burra por una buena razón y pídele que se case

contigo.

Clary se echó a reír.

—Eso es muy romántico.

Emma sonrió.

—Es solo mi sugerencia sobre el sentimiento. La propuesta en sí ya la harás tú.

* * *

Helen les había cedido a Alec y a Magnus una de las habitaciones más grandes. Jace sospechaba que seguramente había pertenecido a los padres Blackthorn en algún momento.

Resultaba difícil pensar siquiera en los padres Blackthorn sin hacerlo en Julian, el Julian callado, competente y cargado de secretos, como el que cuidó a los niños. Pero la gente se convertía en lo que tenía que ser: probablemente, Julian no habría querido convertirse en padre a los doce años, de la misma manera que Jace nunca había querido dejar Idris y perder a su padre a los nueve. No se lo habría creído si alguien le hubiese dicho que iba a encontrar una familia nueva y mejor en Nueva York, igual que Julian no se hubiera creído que iba a amar a sus hermanos con tanta fuerza que haría que todo mereciera la pena. O al menos, eso sospechaba Jace.

Jace miró a Alec, el hermano que había ganado. Este se hallaba sentado a un lado de la gran cama de madera en el centro del dormitorio; Magnus yacía junto a él, hecho un ovillo.

Jace no había visto a Alec tan exhausto y decaído desde que Magnus desapareció en Edom, cinco años atrás. Alec había ido a buscarlo; iría a cualquier parte por Magnus.

Pero Jace se temía que Magnus se estaba yendo a un lugar al que Alec no podría seguirlo.

No quería pensar en lo que pasaría si Magnus se fuera; la historia de Thule le había helado la sangre en las venas. Creía saber lo que le pasaría a él si perdiera a Clary. No soportaba pensar en Alec bajo ese insoportable dolor.

Alec besó a Magnus en la sien. El brujo se removió y murmuró algo, pero no despertó. Jace no lo había visto despierto desde la noche anterior.

Alec miró a Jace con unos ojos cargados de sombras.

—¿Qué hora es?

—Ahora se está poniendo el sol —contestó Jace, que nunca llevaba reloj—. Puedo averiguarlo, si quieres saberlo.

—No. Probablemente ya es demasiado tarde para llamar a los niños. — Alec se frotó los ojos con el dorso de la mano—. Además, estoy esperando para poder llamarlos con buenas noticias.

Jace se puso en pie y se acercó a la ventana. Sentía como si le costase respirar.

«Aleja este dolor de Alec —le rezó al ángel Raziel—. Vamos, nos conocemos. Haz esto por mí».

Era una plegaria muy poco ortodoxa, pero le salía del corazón.

—¿Estás rezando?

—¿Cómo lo has sabido? —Por la ventana, Jace veía la hierba delante del Instituto, la autovía y el océano más allá. El mundo seguía su camino de siempre, sin importarle los problemas de los cazadores de sombras y los brujos.

—Mueves los labios —contestó Alec—. Casi nunca rezas, pero te agradezco la intención.

—Normalmente no tengo necesidad de rezar —repuso Jace—. Por lo general, cuando las cosas van mal, hablamos con Magnus y él las arregla.

—Lo sé. —Alec se tiró de un hilo suelto en el puño—. Quizá deberíamos habernos casado —dijo—. Magnus y yo. Hemos estado comprometidos no oficialmente todo este tiempo, pero queríamos esperar a que acabara la Paz Fría, a que los subterráneos y los cazadores de sombras pudieran casarse sin trabas.

—Vestidos del dorado de los cazadores de sombras y del azul de los brujos —repuso Jace.

Había oído eso antes, la explicación de por qué Alec y Magnus no se habían casado aún, pero planeaban hacerlo algún día. Incluso había ido con Alec a escoger los anillos para el día en que él y Magnus finalmente se unieran en matrimonio, unos sencillos aros de oro con las palabras *Aku Cinta Kamu* grabadas. También sabía que los anillos eran un secreto para Magnus, porque Alec quería sorprenderlo, pero no era consciente de que existían miedos y preocupaciones detrás de algo que parecía ir a ocurrir con total seguridad en el momento oportuno.

Siempre era difícil saber la verdad de la relación de otra gente.

—Entonces, Magnus sabría al menos lo mucho que lo amo —dijo Alec, mientras le apartaba un mechón de la frente al brujo.

—Lo sabe —repuso Jace—. Nunca debes dudar de que lo sabe.

Alec asintió. Jace volvió a mirar por la ventana.

—Acaban de cambiar la guardia —dijo—. Clary ha dicho que vendría a ver cómo está Magnus cuando acabara su turno.

—¿Hago un turno de guardia? —preguntó Alec—. No quiero abusar de nadie.

A Jace le dolió el nudo que tenía en la garganta. Se sentó junto a su *parabatai*, a quien había jurado seguir, vivir cerca y morir juntos. Sin duda eso incluía compartir las cargas y el dolor.

—Esta es tu guardia, hermano —dijo.

Alec soltó aire lentamente. Puso una mano a Magnus en el hombro, un ligerísimo contacto. Extendió la otra mano y Jace se la cogió, entrelazando los dedos. Se cogieron con fuerza uno al otro en silencio, mientras el sol se ocultaba en el océano.

* * *

—¿Y qué haremos? —preguntó Aline. Se hallaban en el borde del acantilado, por encima de la autovía y el mar—. Si Magnus comienza a transformarse en un demonio, ¿qué haremos?

Tenía los ojos hinchados y rojos, pero se mantenía erguida. Había hablado con su padre, que le explicó todo lo que sabía: que los guardias habían aparecido al amanecer para llevarse a Jia al Gard. Que Horace Dearborn le prometió que no le pasaría nada, pero que era necesaria «una muestra de buena voluntad» para tranquilizar a los que habían «perdido la confianza».

Si Patrick pensaba que todo era una sarta de mentiras, no lo dijo, pero Aline sabía que lo era y llamó de todo a Dearborn en cuanto colgó el teléfono. Conocía una impresionante cantidad de palabrotas.

—Nosotros tenemos la Espada Mortal —le recordó Helen—. La de Thule. Está escondida, pero Jace sabe dónde y qué hacer. No dejaremos que lo tenga que hacer Alec.

—¿No podríamos... no sé... tratar de capturar al demonio? ¿Revertir el cambio y recuperar a Magnus?

—Oh, cariño, no lo sé —repuso Helen, resignada—. No creo que haya forma de revertir al ser transformado en un demonio, y Magnus no querría vivir así.

—No es justo. —Aline le dio una patada a una piedra de buen tamaño, que cayó despedida por el borde del acantilado; Helen pudo oírla rodando por la ladera hacia la autovía—. Magnus se merece algo mejor que esta mierda.

Todos nos lo merecemos. ¿Cómo ha podido cambiar todo así, a tan mal, tan rápido? Las cosas iban bien. Éramos felices.

—Estábamos exiliadas, Aline —le recordó Helen. Rodeó con los brazos a su esposa y le apoyó la barbilla en el hombro—. La crueldad de la Clave me arrancó de mi familia solo por mi sangre. Por algo que no puedo evitar. Las semillas de ese árbol envenenado se plantaron hace mucho. Ahora solo estamos viéndolo florecer.

* * *

El sol ya se había puesto cuando Mark y Kieran comenzaron su turno de guardia. Mark había esperado salir con Julian, pero por alguna razón, Emma había querido ir con Cristina, y habían acabado emparejados de un modo raro.

Durante un rato, caminaron en silencio, dejando que el ocaso se convirtiera en oscuridad. Mark no había hablado con Kieran de nada especial desde su regreso de Feéra. En algún momento tuvo la necesidad de hacerlo, pero se temió que solo conseguiría empeorar una situación ya confusa.

Mark había comenzado a pensar si el problema sería él: si su parte humana y su parte hada tenían ideas contradictorias sobre el amor. Si la mitad de él quería a Kieran y la libertad del cielo, y la otra mitad a Cristina y la grandeza y responsabilidad de los ángeles terrenales.

Era una situación que lo impulsaba a ir al jardín de las estatuas y darse golpes en la cabeza contra Virgilio.

Aunque no lo hubiera hecho.

—Más nos vale hablar, Mark —dijo Kieran. Una luna brillante se estaba alzando; iluminaba el oscuro océano, convirtiéndolo en un manto de cristal negro y plata, los colores de los ojos de Kieran. El ruido de las cigarras animaba la noche del desierto. Kieran caminaba junto a Mark, con las manos a la espalda, engañosamente humano con sus vaqueros y camiseta. Pero no quiso vestirse con el traje de combate—. No nos hace ningún bien ignorarnos.

—Te he echado de menos —dijo Mark. No ser sincero carecía de sentido—. Tampoco pretendía ignorarte, o hacerte daño. Lo siento.

Kieran lo miró con un sorprendido destello de negro y plata.

—No hace falta que te disculpes, Mark. —Vaciló un instante—. He tenido, como decís aquí, en el mundo mortal, muchas cosas en la cabeza.

Mark ocultó una sonrisa en las tinieblas. Era irritantemente tierno cuando Kieran empleaba frases modernas.

—Y sé que tú también —continuó Kieran—. Sentías temor por Julian y Emma. Lo entiendo. Y sin embargo, no puedo evitar los pensamientos egoístas.

—¿Qué clase de pensamientos egoístas? —preguntó Mark. Se hallaban cerca del aparcamiento, entre las estatuas que Arthur Blackthorn había hecho llevar años atrás. Antes habían decorado los jardines de la mansión Blackthorn en Londres. Ahora, Sófocles y los otros habitaban en ese trozo de desierto y miraban a un mar muy alejado del Egeo.

—Creo en vuestra causa —contestó Kieran lentamente—. Creo que la Cohorte son gente mala, o al menos gente hambrienta de poder que busca soluciones malvadas a problemas que han creado con sus miedos y sus prejuicios. Sin embargo, aunque esta sea mi creencia, no puedo evitar sentir que nadie se está preocupando del bienestar de mi tierra. De Feéra. Era, es, un lugar que posee maravillas y bondad entre sus peligros y trabajos.

Mark miró a Kieran, sorprendido. Las estrellas brillaban en lo alto, del modo que solo lo hacían en el desierto, como si estuvieran más cerca de la Tierra.

«Las estrellas se apagarán antes de que te olvide, Mark Blackthorn».

—Nunca antes te he oído hablar de Feéra de ese modo —repuso Mark.

—No le hablaré así de ella a la mayoría. —Kieran se tocó el lugar en el cuello donde antes le colgaba el dardo élfico, y luego dejó caer la mano—. Pero tú... tú conoces Feéra de un modo que los otros no. Conoces el modo en que el agua cae azul como hielo en las cataratas Branwen. Conoces el sonido de la música y el sabor del vino; el cabello de miel de las sirenas en los arroyos, el destello de los fuegos fatuos entre las sombras de los densos bosques.

Mark sonrió sin querer.

—El brillo de las estrellas... Aquí solo son un pálido reflejo de las de Feéra.

—Sé que allí fuiste un cautivo —continuó Kieran—. Pero me gustaría pensar que llegaste a ver algo bueno en ella del mismo modo que viste algo bueno en mí.

—Hay muchas cosas buenas en ti, Kieran.

Kieran miró hacia el océano, inquieto.

—Mi padre fue un mal gobernante, y Oban será incluso peor. Imagínate lo que un buen gobernante podría hacer de la Tierra de las Hadas. Temo por la vida de Adaon, y también temo por el destino de Feéra sin él. Si mi hermano no puede ser el rey allí, ¿qué esperanza le queda a mi tierra?

—Podría haber otro rey, otro príncipe de Feéra que fuera merecedor de gobernar —dijo Mark—. Podrías ser tú.

—Te olvidas de lo que vi en el estanque —replicó Kieran—. Todo el daño que hice a la gente. Todo el daño que te hice. No, yo no debería ser rey.

—Kieran, te has convertido en una persona diferente, y yo también —dijo Mark. Casi podía oír la voz de Cristina en la cabeza, la tranquila manera en que siempre defendía a Kieran; nunca excusándolo, solo entendiéndolo. Explicando—. En la Cacería estábamos desesperados, y la desesperación puede volver mala a la gente. Pero has cambiado; te he visto cambiar incluso antes de tocar las aguas del estanque. He visto lo bueno que eras cuando vivías en la corte de tu padre, y lo mucho que te amaban por ello, y aunque la Cacería Salvaje ocultó esa bondad, no la borró. Conmigo solo has sido bueno, y con mi familia, y con Cristina, desde que retornaste del Escolamántico.

—El estanque...

—No es solo el estanque —insistió Mark—. El estanque ayudó a destapar lo que ya estaba ahí. Ahora entiendes lo que significa que otro sufra y que su dolor no es diferente del tuyo. La mayoría de los reyes nunca saben qué es la verdadera empatía. Piensa cómo sería tener un gobernante que sí lo supiera.

—No sé si tengo o tendré nunca esa fe en mí mismo. —Kieran habló sosegado, con una voz tan apagada como el viento sobre el desierto.

—Yo tengo fe en ti —afirmó Mark.

Kieran se volvió totalmente hacia Mark. Su expresión era abierta, de un modo que Mark no había visto en mucho tiempo, una expresión que no ocultaba nada, ni su miedo, ni su incerteza, ni la transparencia de su amor.

—No lo sabía... Me temía que había quebrado la fe que tenías en mí y con ella el vínculo entre nosotros.

—Kier —dijo Mark, y vio al otro estremecerse al oírlo usar su viejo apodo—. Hoy te pusiste en pie y ofreciste todo tu poder como príncipe y como hada para salvar a mi familia. ¿Cómo puedes no saber lo que siento?

Kieran se miraba la mano, que planeaba sobre el borde del cuello de la camisa de Mark. Miraba como hipnotizado el punto donde sus pieles se tocaban: sus dedos sobre la clavícula de Mark, subiendo para rozarle el cuello, la curva del mentón.

—¿Quieres decir que estás agradecido?

Mark le cogió la mano, se la colocó sobre el pecho y apretó la palma abierta de Kieran sobre su galopante corazón.

—¿Esto te parece gratitud?

Kieran lo miró fijamente. Y Mark volvía a estar en la Cacería, de nuevo en una verde colina bajo la lluvia, con los brazos de Kieran envolviéndolo.

«Ámame. Enséñame».

—Kieran —susurró Mark, y lo besó, y Kieran lanzó un grito apagado y cogió a Mark por las mangas, acercándolo más a sí. Mark le rodeó el cuello con los brazos, arrastrándolo hacia su beso: sus bocas se juntaron y notó el sabor de su respiración compartida, un elixir de calor y anhelo.

Finalmente, Kieran se apartó. Estaba sonriendo, la sonrisa traviesamente feliz que Mark sospechaba que solo él había visto. Cogió a Mark de los brazos y lo hizo retroceder varios pasos hasta que este acabó contra el costado de un peñasco. Kieran se apoyó sobre él; la boca sobre su cuello, los labios sobre el punto del agitado pulso, besádoselo suavemente hasta que Mark ahogó un grito y hundió las manos en el sedoso cabello de Kieran.

—Me estás matando —dijo Mark, y una suave risa le brotaba desde lo más profundo del pecho.

Kieran también soltó una risita, y metió las manos bajo la camisa de Mark, le acarició la espalda, se deslizó sobre las cicatrices en las escápulas. Y él respondió a sus caricias. Le pasó los dedos por el pelo; le acarició el rostro, dibujándole los contornos; dejó que sus dedos se perdieran hasta tocar la piel que recordaba como parte de un sueño: el sensible cuello de Kieran, la clavícula, las muñecas, el hermoso y recordado terreno de lo que pensaba haber perdido. Kieran respiraba con secos y tenues gemidos mientras Mark lo acariciaba bajo la camisa, la desnuda piel, la satinada suavidad de su plano abdomen, las curvas de las costillas.

—Mi Mark —susurró Kieran, acariciándolo en el mejilla—. Te adoro.

«Te adoro, Mark».

Mark se quedó frío; de repente, todo parecía estar mal. Dejó caer las manos bruscamente y se apartó de Kieran. Sentía como si no pudiera recuperar el aliento.

—Cristina —dijo.

—Cristina no es lo que nos separa —dijo Kieran—. Es lo que nos une. Todo lo que hemos dicho, todo lo que hemos cambiado...

—Cristina —repitió Mark, aclarándose la garganta, porque ella se hallaba allí, frente a ellos.

* * *

Cristina notó como si el rostro le estallara en llamas. Había ido a decirles a Mark y Kieran que Aline y ella estaban preparadas para reemplazarlos en la guardia, sin que se le pasara por la cabeza que podía interrumpir un momento privado.

Al rodear el saliente, se quedó paralizada; le recordó muchísimo a la primera vez que los había visto juntos. Kieran apoyado sobre Mark, las manos en el cabello del otro, besándose como si no pudieran parar.

«Soy una estúpida imbécil», pensó. Ambos la miraban. Mark parecía asustado; Kieran, extrañamente calmado.

—Perdonad —dijo Cristina—. Solo he venido a deciros que ha acabado vuestro turno, pero... ya... me voy.

—Cristina —la llamó Mark, a punto de ir hacia ella.

—No te vayas —dijo Kieran. Fue más una exigencia que una petición: había una intensa oscuridad en su voz, un profundo anhelo. Y aunque Cristina no tenía ninguna razón para escucharlo, se volvió lentamente para mirarlos a ambos.

—De verdad —repuso ella—, creo que probablemente debería irme. ¿No?

—Hace poco una persona muy sabia me aconsejó que no me callara lo que quería —explicó Kieran—. Te deseo y te amo, Cristina, y Mark también. Quédate con nosotros.

Cristina no podía moverse. Pensó de nuevo en la primera vez que había visto a Mark y Kieran juntos. El deseo que experimentó. En aquel momento, pensó que quería algo como lo que ellos tenían, que quería esa pasión para sí con algún chico sin nombre cuyo rostro no conocía.

Pero hacía ya tiempo que los rostros en sus sueños no eran otros que el de Kieran o el de Mark; que no se había imaginado unos ojos mirando a los suyos que fueran los dos del mismo color. No había querido una vaga aproximación a lo que ellos tenían: los había querido a ellos.

Miró a Mark, que parecía atrapado entre la esperanza y el terror.

—Kieran —dijo este, y la voz le tembló—. ¿Cómo le puedes pedir eso? No es un hada; nunca volverá a hablarnos...

—Pero me vais a dejar —dijo ella, oyendo su propia voz como si fuera la de una desconocida—. Os amáis y debéis estar juntos. Me dejaréis y volveréis a Feéra.

Ambos la miraron con idéntica expresión de asombro.

—Nunca te dejaremos —le aseguró Mark.

—Estaremos tan cerca de ti como la marea de la orilla —dijo Kieran—. Ninguno de los dos desea otra cosa. —Le tendió una mano—. Por favor,

créeme, Señora de las Rosas.

Los pocos pasos sobre la arena y los matorrales fueron los más largos y los más cortos que Cristina había dado en su vida. Kieran estiró ambos brazos, Cristina se metió entre ellos, alzó el rostro y lo besó.

El calor, la dulzura y la curva de sus labios bajo los de ella casi la alzaron del suelo. Él sonreía contra su boca. Pronunciaba su nombre. La mano de Kieran en su cadera la acariciaba lentamente.

Cristina se apoyó en él y estiró la mano libre. Los cálidos dedos de Mark le cogieron la muñeca. Como si fuera una princesa, le besó el dorso de la mano, rozándole los nudillos con los labios.

El corazón de Cristina batía a ritmo desenfrenado mientras se volvía entre los brazos de Kieran, dándole la espalda. Él le apartó el pelo de la nuca y la besó ahí, haciéndola estremecer mientras tendía los brazos a Mark, cuyos ojos destellaban azul y dorado, vivos del deseo que sentía por ella, por Kieran, por los tres juntos.

Él se dejó llevar y entrelazaron sus cuerpos hasta fundirse uno en el otro. Mark la besó en los labios mientras ella se apoyaba en el pecho de Kieran y la mano de este se hundía en el cabello de Mark y le descendía por la mejilla hasta la clavícula. Cristina nunca había sentido un amor igual; nunca la habían abrazado así.

Un gran clamor estalló en el cielo sobre ellos; un clamor que todos conocían, sobre todo Kieran y Mark.

Se apartaron rápidamente mientras el aire los sacudía. El cielo se llenó de movimiento. Las crines y las colas azotaban el viento, los ojos destellaban de mil colores; los guerreros rugían y gritaban, y en el centro de todo eso se hallaba un soberbio caballo negro con un hombre y una mujer en el lomo, contemplando la tierra desde arriba mientras el sonido de un cuerno de caza se disipaba en el aire.

Gwyn y Diana habían regresado, y no iban solos.

* * *

Julian siempre había pensado que su estudio, que antes había sido el de su madre, era la estancia más bonita de todo el Instituto. Se podía ver todo a través de los dos grandes ventanales que ocupaban dos paredes enteras: el océano y el desierto; las otras paredes eran de color crema, y en ellas colgaban los cuadros abstractos de su madre.

Podía verlo, pero no podía sentirlo. Cualquier sentimiento que mirar la belleza hubiera provocado en su alma de artista había desaparecido.

«Sin sentimiento —pensó— me estoy disolviendo, como el agua regia disuelve el oro». Lo sabía, pero esto tampoco podía sentirlo.

Saber que estaba desesperado, pero no ser capaz de sentir esa desesperación era una extraña experiencia. Miró las pinturas que había colocado alrededor del lienzo apoyado en el caballete. Azul y dorado, rojo y negro. Sabía lo que debía hacer con ellos, pero cuando cogía el pincel, solo conseguía dudar.

Todo lo que era instintivo en el dibujo lo había dejado; todo lo que le decía lo que explicaría una curva del pincel mejor que otra, todo lo que emparejaba tonos de color con tonos de significado. El azul solo era azul. El verde, verde, ya fuera claro u oscuro. El rojo sangre o el rojo semáforo eran el mismo.

«Emma me está evitando», pensó. Esa idea no le causó dolor, porque nada lo hacía. Solo era un hecho. Recordó el deseo que había sentido en la habitación de Emma la noche anterior, y dejó el pincel. Era raro pensar en el deseo separado del sentimiento: nunca había deseado a nadie de quien no estuviera enamorado. Nunca había deseado a nadie más que a Emma.

Pero la noche anterior, con ella en sus brazos, se había sentido casi como si pudiera traspasar la opacidad que lo rodeaba, que lo ahogaba con su nada; como si la llama de desearla pudiera quemarlo y liberarlo.

Era mejor que ella lo evitara. Incluso en su estado, la necesidad que sentía por ella era demasiado extraña, demasiado intensa.

Algo destelló pasando ante el vidrio de la ventana del estudio. Fue a mirar y vio a Gwyn y Diana en el jardín y que varios de los otros los rodeaban: Cristina, Mark, Kieran. Gwyn le pasó una jarra de vidrio a Alec, que la cogió y corrió de vuelta al Instituto. Dru bailaba de arriba abajo con Tavvy, haciéndolo rodar en círculos. Emma abrazó a Cristina y después a Mark. Gwyn tenía el brazo alrededor de Diana, que apoyaba la cabeza en su hombro.

Julian sintió un gran alivio, breve y frío como una salpicadura de agua. Sabía que debería sentir más, que debería sentirse feliz. Vio a Ty y a Kit, un poco apartados de los demás; Ty tenía la cabeza inclinada hacia atrás, como hacía a menudo, y estaba señalando las estrellas.

Julian miró hacia arriba, y el cielo se ensombreció con cien jinetes del aire.

* * *

Mark no pudo dejar de notar la tensión en Kieran cuando la Cacería Salvaje comenzó a aterrizar a su alrededor, desmontando sobre la hierba como semillas de diente de león llevadas por el viento.

No podía culparlo. Él también se sentía mareado por la impresión y los efectos posteriores al deseo; aquellos momentos con Cristina y Kieran, junto a la roca, ya le parecían como un sueño producto de la fiebre. ¿Había ocurrido? Sí, así era, Cristina se estaba arreglando el pelo rápidamente, con movimientos nerviosos y los labios aún enrojecidos de los besos. Mark se miró rápidamente su propia ropa: ya no estaba seguro de no haberse arrancado la camisa y haberla tirado al desierto, con el anuncio de que nunca más volvería a llevar camisas. Todo parecía posible.

Sin embargo, Kieran estaba erguido, y su rostro era una máscara que Mark conocía bien: era la expresión que siempre había mostrado cuando el resto de la Cacería se burlaba de él y lo llamaban «principito». Más tarde, se ganó su respeto, y fue capaz de protegerse a sí mismo y a Mark, pero no había tenido amigos en la Cacería excepto este, y quizá Gwyn, a su extraña manera.

Mark, sin embargo, nunca logró ganarse su respeto. O eso era lo que siempre había pensado. Mientras miraba al grupo de silenciosos cazadores en sus corceles, algunos rostros familiares y otros no, vio que lo miraban diferente. Ya no había desprecio en sus ojos mientras se fijaban en las recientes marcas en sus brazos, el traje de combate que llevaba y el cinturón de armas a su cintura, cargado con cuchillos serafines.

La escandalosa celebración que siguió a la llegada de Gwyn y Diana se calmó con la llegada de la Cacería. Helen había cogido a Dru y Tavvy y los hacía regresar a la casa, aunque protestaran. Diana bajó del lomo de *Orion* y fue hacia Kit y Ty, mientras Emma se volvía al Instituto con Aline para ver si podían ayudar a Alec.

Gwyn desmontó y se quitó el casco. Para sorpresa de Mark, inclinó la cabeza hacia Kieran. No estaba seguro de haber visto a Gwyn inclinar la cabeza antes.

—Gwyn —dijo Kieran—. ¿Por qué has traído a toda la Cacería aquí? Pensaba que irían a repartir el agua.

Uno de los de la Cacería, un hombre alto con un rostro impassible y marcado por las cicatrices, le hizo una reverencia sobre la silla.

—Hemos cumplido tu voluntad —dijo—. Mi señor y soberano.

Kieran palideció.

—¿Señor y soberano? —repitió Cristina, claramente perpleja.

Diana tocó a Gwyn en el hombro y se fue hacia el Instituto. A Mark le daba vueltas la cabeza: «soberano» era como la Cacería solía llamar a un monarca, al rey o la reina de Feéra. No a un simple príncipe, y menos aún a uno unido a la Cacería por juramento.

Kieran, finalmente, inclinó la cabeza.

—Mi agradecimiento —dijo—. No olvidaré esto.

Eso pareció satisfacer a la Cacería; volvieron la grupa de los caballos y se lanzaron al aire, dibujando en el cielo como si fueran fuegos artificiales. Ty y Kit corrieron hasta el borde del claro para contemplarlos mientras surcaban el aire; los jinetes fueron desdibujándose para formar una única silueta... Sus cascos machacaban el viento, y la profunda explosión del trueno retumbó por las playas y las calas.

Kieran volvió a mirar a Gwyn.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo, Gwyn?

—Tu hermano loco, Oban, se sienta en el trono noseelie —explicó Gwyn—. Bebe, fornicación y no legisla. Exige lealtad. Está reuniendo un ejército para llevar a su parlamento con la Cohorte, aunque sus consejeros le advierten de que no lo haga.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Kieran—. ¿Dónde está Adaon?

Gwyn parecía incómodo.

—Adaon es débil —contestó—. Y él no fue quien mató al rey. No se ha ganado el trono.

—Tú pondrías a un Cazador en el trono —replicó Kieran—. Un amigo de tus causas.

—Quizá —repuso Gwyn—. Pero aparte de lo que yo quiera, Adaon es un prisionero en la corte noseelie. Kieran, habrá una batalla. No hay forma de evitarla. Debes tomar el manto del liderazgo de Oban mientras todos miran.

—¿Tomar el manto del liderazgo? —preguntó Mark—. ¿Es un eufemismo?

—Sí —asintió Gwyn.

—No puedes estar diciéndole de verdad que mate a su hermano en medio de una batalla —exclamó Cristina, que parecía furiosa.

—Kieran mató a su padre en medio de una batalla —repuso Gwyn—. Me inclino a pensar que podrá hacerlo. Además no hay casi sentimientos que los unan.

—¡Parad! —dijo Kieran—. Puedo hablar por mí mismo. No lo haré, Gwyn. No soy digno de ser rey.

—¿No eres digno? —repitió Gwyn—. ¿El mejor de mis cazadores? Kieran...

—Déjalo en paz, Gwyn —dijo Mark—. Es él quien tiene que elegir.

Gwyn se puso el yelmo en la cabeza y montó en *Orion*.

—No te lo estoy pidiendo porque sea lo mejor para ti, Kieran —dijo, mirando hacia abajo desde el lomo del caballo—. Te lo pido porque es lo mejor para Feéra.

Orion saltó al aire. En la distancia, Ty y Kit lanzaron un pequeño vítor y saludaron a Gwyn desde el suelo.

—Gwyn se ha vuelto loco —dijo Kieran—. No soy lo mejor para ningún sitio.

Antes de que Mark pudiera decirle nada, sonó el móvil de Cristina.

—Es Emma. Magnus se está recuperando. —Sonrió de oreja a oreja, brillante como una estrella—. El agua del lago funciona.

25

Por los agitadores vientos

La luz del sol entraba en la biblioteca por todas las ventanas posibles: las habían abierto de par en par. Dibujaba cuadrados en el suelo y pintaba la mesa a rayas brillantes. Transformaba en oro el cabello de Mark y Helen, convertía a Jace en una despeinada estatua de bronce e iluminaba los ojos de gato de Magnus como turmalina mientras se hallaba sentado hecho un ovillo en el sofá, pálido pero con energía, y bebía agua del lago Lyn de un vial de cristal con una pajita de brillantes colores.

Se apoyaba en Alec, que sonreía de oreja a oreja y reñía a Magnus cuando este dejaba de beber. Emma no hubiera creído posible hacer ambas cosas al mismo tiempo, pero Alec estaba acostumbrado a la multitarea.

—Esta agua me está emborrachado —se quejó Magnus—. Y sabe fatal.

—No contiene alcohol —aseguró Diana. Se la veía cansada, lo cual no era sorprendente, después de su viaje a Idris, pero estaba tan arreglada como siempre, enfundada en un traje sastre negro—. Aunque podría tener un pequeño efecto alucinógeno.

—Eso explica por qué te veo siete veces —le dijo Magnus a Alec—. Mi gran fantasía.

Dru le cubrió las orejas a Tavvy, aunque este jugaba con un slinky que Alec le había dado y parecía haberse olvidado del mundo.

Magnus señaló con el dedo.

—Ese tú de ahí es extremadamente atractivo, Alexander.

—Eso es un jarrón —dijo Helen.

Magnus entornó los ojos para mirarlo.

—Me gustaría comprártelo.

—Más tarde, quizá —contestó Helen—. En este momento, debemos centrarnos todos en lo que Diana nos tiene que explicar.

Diana tomó un sorbo de café. Emma tomaba té; el resto se dedicaba mayoritariamente a la cafeína y el azúcar. Alec había salido en un estado de loca felicidad y había comprado para desayunar docenas de rollitos de canela,

dónuts y tartas. Eso consiguió el efecto de hacer que todos fueran a la biblioteca a la mayor velocidad, incluyendo a Kit y Ty. Incluso el quinceañero más reservado no era inmune a la tarta de manzana glaseada.

—Anoche os lo conté a algunos, pero es mejor que lo explique todo de nuevo —comenzó Diana—. Hemos conseguido mucha agua del lago Lyn con la ayuda de la Cacería Salvaje; en estos momentos la están distribuyendo a los brujos por todo el mundo.

—La Clave y el Consejo no se han enterado —aportó Helen—. Aline ha hablado con su padre esta mañana y nos lo ha confirmado. —En ese momento, Aline se hallaba en el despacho, siguiendo el progreso de las entregas de agua del lago incluso en los lugares más remotos.

Emma alzó su taza de plástico.

—¡Buen trabajo, Diana!

La mesa entera la vitoreó. Diana sonrió.

—No podría haberlo hecho sin Gwyn —dijo—. O sin Kieran. Son las hadas las que nos han ayudado.

—Sin duda, los hijos de Lilith estarán en deuda con los hijos de las Cortes desde este día, Kieran Kingson —dijo Magnus, mirando fijamente hacia donde creía que se hallaba Kieran.

—Un discurso muy bonito, Bane —repuso Jace—. Por desgracia, se lo estás diciendo a un dónut.

—De todas formas, agradezco la idea —dijo Kieran. Se había sonrojado ante las palabras de Diana, lo que hacía un bonito contraste con su pelo azul.

Diana carraspeó para aclararse la garganta.

—Regamos la peste con agua del lago —explicó—. Parece que detuvo su expansión, pero la tierra sigue destrozada. No sé si sanará.

—Tessa dice que dejará de afectar a los brujos —afirmó Cristina—. Que la tierra siempre seguirá baldía, pero la enfermedad ya no se extenderá.

—¿Visteis algo más en Idris? —preguntó Julian. Emma lo miró de reojo; le dolía mirarlo directamente—. ¿Algo más que debemos saber?

Diana le dio vueltas a la taza en las manos, pensativa.

—Idris parece... vacía y extraña sin subterráneos allí. Parte de su magia ha desaparecido. Un Brocelind sin hadas es solo un bosque. Es como si parte del alma de Idris se hubiera perdido.

—Helen... —Aline entró dando un portazo; parecía preocupada. En la mano llevaba un papel ligeramente chamuscado, un mensaje de fuego. Se detuvo de golpe al darse cuenta de toda la gente que había en la biblioteca—. Acabo de hablar con Maia en Nueva York. Una pandilla de cazadores de

sombras ha caído sobre un grupo de inofensivas hadas y las ha masacrado. Kailie Whitewillow está muerta. —La voz de Aline estaba cargada de tensión.

—¿Cómo se atreven? —Magnus se incorporó en el asiento, el rostro encendido de furia. Dejó con fuerza el vial sobre la mesa—. ¿La Paz Fría no era suficiente? ¿Desterrar a los subterráneos que habían vivido en Idris durante siglos no ha sido suficiente? ¿Ahora ya es asesinato?

—Magnus... —comenzó Alec, claramente preocupado.

Una llama azul le salió a Magnus de las manos. Todos se echaron atrás. Dru agarró a Tavvy. Kieran puso un brazo ante Cristina para protegerla, y Mark hizo lo mismo a la vez. Nadie pareció más sorprendido que Cristina.

Emma alzó una ceja mirándola desde el otro lado de la mesa. Ella se sonrojó, y tanto Mark como Kieran bajaron rápidamente el brazo.

La llama azul desapareció en un momento. Había un círculo chamuscado en la mesa, pero ningún daño importante. Magnus se miró las manos, sorprendido.

—¡Has recuperado tu magia! —exclamó Clary.

Magnus le guiñó un ojo.

—Algunos dirían que nunca la perdí, cielito.

—Esto no puede continuar —dijo Jace—. Ese ataque es una venganza por nuestra muerte.

Clary estuvo de acuerdo.

—Tenemos que decir a la gente que estamos vivos. No podemos permitir que nuestros nombres se conviertan en instrumentos de venganza.

Un murmullo general se extendió alrededor la mesa. Jace parecía asqueado, y Alec le puso la mano en el hombro a su *parabatai*. Magnus se miraba muy serio las manos; la punta de los dedos continuaba azul.

—Sé realista, Clary —dijo Helen—. ¿Pretendes mostrarte y mantenerte a salvo al mismo tiempo?

—No me preocupa estar a salvo —contestó Clary.

—No, nunca te ha preocupado —comentó Magnus—. Pero eres un arma importante contra la Cohorte. Tú y también Jace. No os eliminéis de la ecuación.

—Ha llegado un mensaje de Idris mientras estaba en el despacho —informó Aline—. El parlamento entre el rey noseelie y Horace Dearborn tendrá lugar dentro de dos días en los Campos Imperecederos.

—¿Quién estará allí? —preguntó Emma.

—Solo la Cohorte y el rey —contestó Aline.

—Así que se podrán decir lo que quieran el uno al otro y no nos enteraremos, ¿no? —terció Mark.

Aline frunció el ceño.

—No, eso es lo raro. La carta dice que el parlamento será proyectado por todo Alacante. Cualquiera que esté en la ciudad podrá verlo.

—Horace quiere que lo observen —repuso Julian, medio para sí.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Emma.

Él frunció el ceño, confuso y frustrado.

—No sé... no estoy totalmente seguro...

—Manuel habló de eso en Feéra —dijo Mark, como si acabara de recordar algo—. ¿No es cierto, Kieran? Le dijo a Oban: «Cuando todo cazador de sombras vea que consigues una paz mutuamente beneficiosa, todos se darán cuenta de que tú y Horace Dearborn sois los mejores líderes, capaces de conseguir una alianza que tus antepasados nunca lograron».

—¿Oban y Manuel sabían que esto iba a pasar? —preguntó Emma—. ¿Cómo es posible?

—De algún modo, esto forma parte del plan de la Cohorte —contestó Magnus—. Y eso no puede ser bueno. —Frunció el ceño—. Solo participa la mitad de Feéra, la parte noseelie.

—Pero ellos son la mitad que está tratando de destruir a los nefilim. La parte que abrió el Portal a Thule y trajo la peste —indicó Mark.

—Y es cierto que muchos cazadores de sombras simplemente pensarán que es otra señal de que los seres mágicos son malvados —añadió Cristina—. La Paz Fría hizo pocas distinciones entre los seelie y los noseelie, aunque fue solo la corte seelie la que luchó al lado de Sebastian Morgenstern.

—También es cierto que fue solo la corte seelie la que aceptó los términos de la Paz Fría —dijo Kieran—. En la mente del rey, ha habido guerra entre la corte noseelie y los nefilim desde entonces. Es evidente que Oban y la Cohorte están planeando convertir esa guerra en realidad. A Oban no le importa su gente, y a Horace Dearborn tampoco la suya. Planean que las conversaciones fracasen delante de todos, y Dearborn y Oban arrancarán poder de las ruinas.

Julian seguía con el ceño fruncido, como si estuviera tratando de resolver un acertijo.

—La guerra trae poder —caviló—. Pero...

—Ahora que los brujos están curados, es el momento de dejar de escondernos —dijo Jace—. Tenemos que intervenir en Idris antes de que esa burla de reunión tenga lugar.

—¿Intervenir? —preguntó Julian.

—Iremos un equipo —explicó Jace—. Los de siempre. Llevaremos a Isabelle y Simon, Bat y Maia, y Lily, el grupo en el que confiamos. Aprovecharemos la ventaja de la sorpresa. Irrumpiremos en el Gard, liberaremos a la Cónsul y haremos prisionero al Inquisidor. Le haremos confesar lo que ha hecho.

—No confesará —afirmó Julian—. Es un auténtico creyente. Y si muere por su causa, mejor para él.

Todos miraron a Julian con cierta sorpresa.

—Bueno, no puedes estar sugiriendo que dejemos que la Cohorte siga así —repuso Cristina.

—No —contestó Julian—. Lo que sugiero es que organicemos una resistencia.

—No somos suficientes —arguyó Clary—. Y los que se oponen a Horace están repartidos por todo el mundo. ¿Cómo vamos a saber quién es leal a Horace y quién no?

—Yo estaba en el Salón del Consejo antes de que Annabel matara a mi hermana —dijo Julian. A Emma se le heló la columna; sin duda los otros notarían con qué poco sentimiento hablaba de Livvy—. Vi cómo la gente reaccionaba ante Horace. Y en el funeral también, cuando habló. Hay gente que se opone a él. Sugiero que contactemos con los subterráneos, las hadas, los brujos y con los cazadores de sombras que sabemos que están en contra de la Cohorte y formemos una gran coalición.

«Está pensando en Livvy en Thule —se dio cuenta Emma—. Sus rebeldes; subterráneos y cazadores de sombras juntos. Pero debería hablar de rebeldes. Luchadores por la libertad. Livvy inspiraba a la gente a luchar...».

Por el rabillo del ojo, vio a Kieran levantarse y salir rápidamente de la biblioteca. Mark y Cristina lo miraron irse.

—Es demasiado peligroso —repuso Jace, que parecía lamentarlo realmente—. Podríamos atraer a un traidor. No podemos fiarnos solo de tus suposiciones sobre lo que la gente cree.

—Julian es la persona más lista que conozco —repuso Mark con firmeza—. No se equivoca sobre lo que la gente siente.

—Y le creemos —contestó Aline—. Pero no podemos correr el riesgo de confiar en alguien que podría revelar nuestros secretos a la Cohorte.

El rostro de Julian permaneció impasible; solo se le movían los ojos, yendo de un lado al otro de la mesa, observando los rostros de sus compañeros.

—La ventaja que tiene la Cohorte es que están juntos. Están unidos. Nosotros somos individuos lanzándonos al peligro para evitar el peligro a otros. Pero ¿y si nos uniéramos todos? Seríamos mucho más poderosos...

Jace lo cortó.

—Es una buena idea, Julian, pero no podemos hacerlo.

Julian se quedó en silencio, aunque Emma notó que tenía algo más que decir, pero no iba a insistir. Quizá si fuera más como él mismo, lo haría; pero no ese Julian.

Alec se puso en pie.

—Será mejor que Magnus y yo volvamos a Nueva York esta noche. Si vamos a ir todos a Idris, deberíamos llevar a los niños con mamá. A la vuelta, podríamos traer a Izzy y Simon.

—Nosotros nos quedamos aquí —dijo Jace, refiriéndose a Clary y a él—. Este lugar aún es vulnerable al ataque de la Cohorte. Seremos la primera línea de defensa.

—Todos debemos estar preparados —añadió Clary—. Si estás de acuerdo, Helen, iremos a la sala de armas, a ver si necesitamos algo... —Hizo una pausa—. Supongo que no podemos contactar con las Hermanas de Hierro, ¿no?

—Se oponen al gobierno de Idris —contestó Aline—. Pero se han encerrado en la Ciudadela Irredenta. Por ahora, no han respondido a ningún mensaje.

—Hay otra forma de conseguir armas —dijo Ty—. Está el Mercado de Sombras.

Emma se tensó, y se preguntó si alguien iba a mencionar que el Mercado de Sombras estaba teóricamente prohibido para los cazadores de sombras.

Nadie lo hizo.

—Buena idea —repuso Jace—. Podemos conseguir armas si las necesitamos... Hay provisiones de armas en todas las iglesias y edificios religiosos de Los Ángeles, pero...

—Pero no estás luchando contra los demonios —concluyó Kit—. ¿Verdad?

Jace lo miró largamente; era difícil no notar el parecido cuando se hallaban cerca.

—No de los normales —contestó, y se dirigió al cuarto de las armas con Clary.

Mark también estaba en pie; salió de la biblioteca junto a Cristina, y Ty y Kit los siguieron al cabo de un instante. Dru dejó a Tavvy con su slinky. En

medio de toda esa desbandada, Magnus miró a Julian con sus ojos de gato.

—Quédate —le dijo—. Quiero hablar contigo.

Helen y Aline se miraron curiosas. Alec alzó una ceja.

—Muy bien —dijo—. Voy a llamar a Izzy para decirle que vamos a regresar. —Miró a Aline y a Helen—. Me iría bien una ayuda haciendo las maletas. Magnus aún no está bien.

«Está mintiendo para que salgan de la sala», pensó Emma. La invisible comunicación entre Alec y Magnus era fácil de leer. Se preguntó si la gente vería lo mismo entre Julian y ella. ¿Era evidente cuando conversaban en silencio? Aunque tampoco era que lo hubieran estado haciendo desde su regreso de Thule.

Magnus comenzó a volverse hacia Emma, pero Julian negó con la cabeza.

—Emma lo sabe —dijo—. Se puede quedar.

Magnus se recostó mientras los otros salían de la biblioteca. En un momento quedó vacía excepto por ellos: Emma, Julian y Magnus. Este contemplaba a los dos cazadores de sombras en silencio, con los ojos pasando de uno al otro.

—¿Cuándo le contaste a Emma lo del hechizo, Julian? —preguntó Magnus, con una voz engañosamente suave. Emma supuso que había algo más en esa pregunta de lo que era directamente apreciable.

Julian frunció el ceño.

—En cuanto pude. Sabe que quiero que me lo saques.

—Ah —repuso Magnus—. Me rogaste ese hechizo. Estabas desesperado y en peligro. ¿Estás seguro de que quieres que te lo quite?

El brillante sol le daba a los ojos de Julian el color de los mares tropicales de las revistas: llevaba una camisa de manga larga a juego con sus ojos, y era tan hermoso que el corazón de Emma le saltaba en el pecho.

Pero era la belleza de una estatua. Carecía casi por completo de expresión; Emma no podía interpretarlo en absoluto. Casi no habían hablado desde la otra noche en su habitación.

Quizá había pasado ya tanto tiempo que Julian se había olvidado de lo que significaba sentir; quizá ya hubiera dejado de quererla. Tal vez la odiara. Tal vez eso fuera lo mejor, pero Emma nunca creería que lo mejor para él era no sentir nada.

Después de un momento de penoso silencio, Julian se levantó la manga. No llevaba los vendajes en el antebrazo. Extendió el brazo hacia Magnus.

El rostro de Magnus perdió todo el color.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Me hice esto en el brazo en Thule —explicó Julian—. Cuando recuperé los sentimientos, y fui capaz de darme cuenta de lo infeliz que había sido sin ellos.

—Eso es... brutal. —Magnus estaba claramente impresionado. Llevaba el pelo bastante greñado, pensó Emma. Era raro ver a Magnus no perfectamente peinado—. Pero supongo que siempre has sido muy decidido. Hablé con Helen cuando no estabas, me confirmó que tú solo habías estado dirigiendo el Instituto durante bastante tiempo. Cubriendo a Arthur, que nunca se recuperó de su experiencia en Feéra.

—¿Qué tiene que ver esto con el hechizo? —preguntó Julian.

—Parece que siempre has tenido que tomar decisiones difíciles —repuso Magnus—. Por ti y por la gente a la que quieres. Esta parece otra decisión difícil. Sigo sabiendo menos de lo que me gustaría sobre el resultado de la maldición de *parabatai*. Un amigo lo ha estado investigando, y por lo que me ha dicho, el peligro es muy real. —Parecía angustiado—. Puede que estés mejor tal como estás.

—No, no lo estoy —replicó Julian—. Y sabes que no me dejo llevar por las emociones al hablar. —A pesar de las amargas palabras, su tono era neutro—. Sin sentimientos, sin emociones, soy peor cazador de sombras. Tomo peores decisiones. Yo no confiaría en alguien que no siente nada por nadie. No querría que tomara decisiones que afectaran a otra gente. ¿Y tú?

Magnus lo miró pensativo.

—Es difícil de decir. Eres muy inteligente.

El cumplido no pareció afectar a Julian en ningún sentido.

—No siempre he sido inteligente en el modo al que te refieres. Desde que cumplí los doce años, cuando mi padre murió y los niños pasaron a ser mi responsabilidad, he tenido que aprender a mentir, a manipular. Si eso es inteligencia, entonces la tenía. Pero también sabía hasta dónde llegar.

Magnus alzó las cejas.

—Julian sin sentimientos —explicó Emma— no sabe cuándo debe parar.

—Me ha gustado tu idea de antes —dijo Magnus, mirando a Julian con curiosidad—. Crear una resistencia. ¿Por qué no has insistido más?

—Porque Jace no se equivocaba —contestó Julian—. Nos podrían traicionar. Normalmente, sería capaz de pensar más allá de eso. Imaginar una solución. Pero no así. —Se tocó la sien, con el ceño fruncido—. Creía que sin

sentimientos sería capaz de pensar con más claridad. Pero no es cierto. No puedo pensar en absoluto. No como quisiera.

Magnus vaciló.

—Por favor —le rogó Emma.

—Necesitaréis un plan —contestó Magnus—. Sé que antes vuestro plan era el exilio, pero eso era cuando Robert os podía ayudar. Horace Dearborn no lo hará.

—Dearborn no, pero otro Inquisidor podría. En todo caso, debemos derrocar a la Cohorte. Existe la posibilidad de que el siguiente Inquisidor sea más razonable.

—La historia no los muestra como muy razonables —repuso Magnus—. Y en realidad no sabemos con qué tiempo contamos. —Tamborileó los dedos sobre la mesa—. Tengo una idea —dijo finalmente—. Pero no os va a gustar.

—¿Y alguna que sí nos vaya a gustar? —sugirió Emma.

Magnus le lanzó una mirada recriminatoria.

—Hay unas cuantas cosas que, en una situación de emergencia, romperían el vínculo: la muerte, cosa que no recomiendo. Ser mordido por un vampiro; difícil de arreglar y también podría acabar con la muerte. Pasar por perder las Marcas y ser convertido en un mundano. Probablemente la mejor opción.

—Pero solo los Hermanos Silenciosos pueden hacer eso —repuso Emma—. Y por ahora, no podemos acercarnos a ellos.

—Está Jem —sugirió Magnus—. Tanto él como yo hemos visto arrancar Marcas. Y él era un Hermano Silencioso. Juntos, lo podríamos lograr. —Parecía un poco enfermo—. Será doloroso y desagradable. Pero si no hay ninguna otra opción...

—Lo haré —contestó Emma al instante—. Si la maldición comienza a darse, me arrancaré las Marcas. Lo soportaré.

—A mí no... —comenzó Julian. Emma contuvo el aliento; el auténtico Julian nunca dejaría que se ofreciera a hacer eso. Tendría que conseguir que consintiera antes de que Magnus le revirtiera el hechizo—. A mí no me gusta esa idea —dijo Julian, al fin, casi perplejo, como si sus propios pensamientos lo sorprendieran—. Pero si no hay otra opción, de acuerdo.

Magnus miró a Emma durante un largo momento.

—Acepto esto como una promesa vinculante —repuso. Y estiró una mano llena de anillos—. Julian, ven aquí.

Emma observó con inquieta agonía. ¿Y si algo iba mal? ¿Y si Magnus no podía quitar el hechizo? Julian se acercó al brujo y se sentó en una silla ante él.

—Prepárate —dijo Magnus—. Será como una descarga.

Extendió la mano y tocó a Julian en la sien. Este se tensó cuando una chispa de luz salió de los dedos de Magnus y le rozó la piel; desapareció como una luciérnaga tras una hoja, y Julian retrocedió, jadeando de repente.

—Lo sé. —A Julian le temblaban las manos—. Ya pasé por ello en Thule. Puedo... volver a hacerlo.

—Te hizo vomitar en Thule, en la playa —comentó Emma.

Julian la miró, y el corazón de Emma dio un brinco; en esa mirada estaba todo, todo su Julian, su *parabatai*, su mejor amigo y su primer amor. En ella se encontraba la brillante conexión que siempre los había unido.

Julian sonrió, una sonrisa cuidadosa, pensativa. Y en ella, Emma vio mil recuerdos: de su niñez bajo el sol, de jugar en el agua mientras esta subía y bajaba por la playa, de Julian siempre guardando las caracolas mejores y más grandes para ella. Sujetándole con cuidado la mano cuando ella se cortó con un trozo de cristal y era demasiado pequeña para un *iratze*. Lloró mientras la cosían, porque sabía que ella no lo haría, aunque el dolor fuera horrible. Le había pedido un mechón de cabello cuando ambos cumplieron doce años, porque quería aprender a pintar su color. Emma recordó estar sentada en la playa con él, a los dieciséis, la tira del bañador se le había bajado y aún recordaba la manera en que había apartado la mirada rápidamente.

¿Cómo no se había dado cuenta?, pensó. De lo que sentía él. De lo que sentía ella. El modo en que se miraban no era el modo en que Alec miraba a Jace, o Clary a Simon...

—Emma —susurró Julian—. Tus Marcas...

Ella meneó la cabeza, conteniendo amargas lágrimas. «Está hecho».

La expresión en el rostro de Julian le partió el corazón. Él sabía que no servía de nada discutir que debía ser él quien perdiera las Marcas, pensó Emma. Julian podía leerla de nuevo, del mismo modo que ella podía leerlo a él.

—Julian —dijo Magnus—. Dame el brazo. El izquierdo.

Apartó la mirada de Emma y ofreció su brazo a Magnus.

Este le pasó los dedos con sus chispas azules por el antebrazo, con una sorprendente suavidad, y las letras dibujadas con cortes, una a una, fueron desvaneciéndose hasta desaparecer. Cuando acabó, Magnus soltó a Julian y los miró a ambos.

—Os daré una pequeña buena noticia —dijo—. No erais *parabatai* en Thule. Eso hizo una herida en vuestro vínculo que está curando. Así que habrá un corto espacio de tiempo en el que el vínculo será más débil.

«Gracias al Ángel».

—¿Cuánto tiempo? —pregunto Emma.

—Eso depende de vosotros. El amor es muy poderoso, y cuanto más tiempo estéis juntos y os permitáis sentir lo que sentís, más fuerte será. Tenéis que estar apartados el uno del otro. No os toquéis. No habléis entre vosotros. Intentad no pensar siquiera en el otro. —Gesticulaba con los brazos como un pulpo—. Si os encontráis pensando con cariño en el otro, por el amor de Dios, deteneos inmediatamente.

Ambos lo miraron.

—No podemos hacer eso eternamente —replicó Emma.

—Lo sé. Pero con suerte, cuando la Cohorte se haya ido, tendremos un nuevo Inquisidor que os podría conceder el exilio. Y esperemos que ocurra pronto.

—El exilio es un regalo bien amargo —repuso Julian.

La sonrisa de Magnus estaba cargada de pena.

—Muchos regalos lo son.

* * *

No fue difícil dar con Kieran. No se había ido muy lejos; se hallaba en el pasillo cerca de una de las ventanas que daban a las colinas. Tenía la mano abierta y apoyada contra el vidrio, como si pudiera tocar la arena y las flores del desierto a través de esa barrera.

—Kieran —lo llamó Mark, y se detuvo antes de llegar a él. Cristina también se detuvo; había algo huidizo en la expresión de Kieran, algo distante. La incomodidad que se había alzado entre ellos desde la noche anterior seguía ahí, bloqueando los simples gestos de confort.

—Tengo miedo de que mi gente sea asesinada y mi país destruido —dijo Kieran—. Que toda la belleza y la magia de Feéra se disuelva y sea olvidada.

—La hadas son fuertes, y mágicas, y sabias —dijo Cristina—. Han vivido durante todas las edades de los mortales. Esos... esos *cabrones* no pueden borrarlas del mapa.

—Yo no olvidaré la belleza de Feéra, ni tú tampoco —le aseguró Mark—. Pero no llegaremos a eso.

Kieran se volvió hacia ellos con ojos que no los miraban.

—Necesitamos un buen rey. Necesitamos encontrar a Adaon. Debe arrebatarse el trono a Oban y acabar con esta locura.

—Si quieres encontrar a Adaon, lo encontraremos. Helen sabe cómo contactar con Nene. Puede pedirle que lo busque en la corte seelie —sugirió Cristina.

—No quería pensar en que ella haría eso por mí —dijo Kieran.

—Sabe lo mucho que te quiero —repuso Mark, y Cristina asintió con la cabeza. Helen, medio hada, seguramente lo entendería.

Pero Kieran solo cerró los ojos, como si sintiera dolor.

—Os lo agradezco. A los dos.

—No hace falta ser tan formal... —comenzó Cristina.

—Sí que hace falta —replicó Kieran—. Lo que tuvimos anoche... Fui feliz en esos momentos. Y ahora sé que no volveremos a tenerlos nunca. Perderé a uno de vosotros, y posiblemente os pierda a ambos. De hecho, ese parece el resultado más probable.

Pasó la mirada de Mark a Cristina. Ninguno se movió ni dijo nada. El momento se alargó; Cristina se sentía paralizada. Ansiaba abrazarlos a los dos, pero quizá ellos ya hubieran tomado una decisión, ¿no? Tal vez era realmente imposible, como había dicho Kieran. Seguramente él debía de saberlo. Y Mark parecía estar sufriendo, sin duda; no estaría así si no tuviera los mismos miedos que ella, ¿o sí? Y Kieran...

Kieran tenía los labios apretados.

—Perdonadme. Debo marcharme.

Cristina lo observó alejarse apresuradamente y desaparecer entre las sombras al fondo del pasillo. Por la ventana, vio a Alec y a Magnus salir por la puerta trasera del Instituto hacia la brillante luz del sol. Clary y Jace salieron tras ellos. Era evidente que los estaban despidiendo.

Mark apoyó la espalda contra la ventana.

—Me gustaría que Kieran entendiera que sería un magnífico rey.

La luz que entraba a través del cristal le rodeaba el pelo con una corona dorada. Los ojos le ardían de colores ámbar y zafiro. Su chico dorado. Aunque la oscuridad de plata de Kieran era igual de hermosa, a su manera.

—Debemos hablar en privado, Mark —dijo Cristina—. Reúnete conmigo esta noche fuera del Instituto.

* * *

Emma y Julian dejaron la biblioteca en silencio, y regresaron a la habitación de ella también en silencio, que finalmente rompió Julian.

—Debo dejarte aquí —dijo, e hizo un gesto hacia la puerta. Su voz sonaba grave y apagada, como si le doliera la garganta. Seguía con la manga subida hasta el codo mostrando la piel curada del antebrazo. Ella quiso tocársela, tocarlo a él, asegurarse de que volvía a ser el mismo. Su Julian, de nuevo—. ¿Estarás bien?

«¿Cómo puedo estar bien?».

Cogió el pomo de la puerta sin mirar, pero no podía hacerlo girar. Las palabras de Magnus eran como un torbellino en su cabeza: «Maldición, Marcas quitadas, mantenerse separados».

Emma se volvió y se apoyó en la puerta. Lo miró por primera vez desde que salieron de la biblioteca.

—Julian —susurró—. ¿Qué vamos a hacer? No podemos vivir sin hablarnos o ni tan solo pensar en el otro. Es imposible.

Él no se movió, y bebió de su imagen como un alcohólico prometiéndose que esa será su última botella. Emma había aguantado tanto tiempo diciéndose que cuando el hechizo fuera eliminado recuperaría a Julian... No como pareja romántica, sino como Jules, su mejor amigo, su *parabatai*.

Pero tal vez solo acababan de cambiar una clase de jaula por otra.

Se preguntó si él pensaría lo mismo. Su rostro ya no era inexpresivo, estaba lleno de color y emoción; parecía anonadado, como si hubiera subido demasiado deprisa del fondo del mar y estuviera sufriendo el dolor de la descompresión.

Él le cogió el rostro entre las manos, con las palmas sobre las mejillas. La sujetó con una ligera y suave delicadeza que ella asociaba con el reverente manejo de los objetos preciosos y frágiles.

Se le doblaban las rodillas. Asombroso, pensó; Julian bajo el hechizo podía besarla directamente en la piel y ella se sentía vacía por dentro. Pero este Julian, su verdadero Julian, le tocaba el rostro ligeramente y ella se hundía en un anhelo tan intenso que era casi doloroso.

—Tenemos que hacerlo —repuso él—. En Alacante, antes de que fuera a Magnus a pedirle que me hechizara, fue porque lo supe... —Tragó con fuerza—. Después de casi... cuando estuvimos en la cama... fue como si mi runa comenzara a arder.

—¿Por eso saliste corriendo del dormitorio?

—Podía notar la maldición. —Agachó la cabeza—. La runa me ardía. Podía ver las llamas bajo la piel.

—Eso no me lo contaste. —A Emma la cabeza le daba vueltas, y recordó lo que Diana había dicho en Thule: «Sus runas comenzaron a arder. Como si

tuvieran fuego en las venas en vez de sangre».

—Es la primera vez que ocurre —repuso. Emma podía ver todo lo que le había parecido invisible antes: las negras sombras bajo los ojos, la tensa línea junto a la boca—. Antes de esto, yo tenía el hechizo o estábamos en Thule y nada podía pasar. Allí no éramos *parabatai*.

Lo cogió por la muñeca izquierda. Julian hizo una mueca, pero no era de dolor. Ella lo supo instintivamente. Era por la intensidad de cada contacto; Emma también lo sentía, como la reverberación de una campana.

—¿Te arrepientes de que Magnus te haya quitado el hechizo?

—No —respondió él inmediatamente—. Ahora necesito estar en mi mejor forma. Necesito ser capaz de ayudar en todo lo que está pasando. El hechizo me transformaba en una persona que no quiero ser. Una persona que no me gusta y en la que ni siquiera confío. Y no puedo tener a alguien en quien no confío cerca de ti, cerca de los niños. Significan demasiado para mí.

Ella se estremeció, aún sujetándole la muñeca. Julian le puso la áspera palma en la mejilla: olía a aguarrás y jabón. Emma se sintió morir; lo había perdido, lo había recuperado y lo estaba volviendo a perder.

—Magnus nos dijo que teníamos un tiempo. Solo tenemos que... que hacer lo que nos ha dicho. Estar separados. Es todo lo que podemos hacer por ahora —dijo Julian.

—No me gusta estar separada de ti —susurró ella.

Tenían los ojos clavados el uno en el otro, los de Julian de un implacable azul marino. Oscuros como el cielo de Thule. Su voz era contenida, pero la desnuda ansia de su mirada era como un grito.

—Quizá si nos besamos por última vez —dijo él, seco—. Para no quedarnos con las ganas.

¿Alguien muriendo de sed rechazaría el agua? Todo lo que tuvo que hacer Emma fue inclinar la cabeza, y cayeron el uno sobre el otro, con tal fuerza que la puerta repiqueteó contra el marco. Cualquiera podía pasar por ahí y verlos, lo sabía. Pero no le importaba. Emma lo cogió por el cabello, por la camisa; chocó con la cabeza contra la puerta cuando sus bocas se encontraron ansiosas.

Abrió los labios bajo los de él, haciéndolo gemir y maldecir y jurar y estrecharla contra sí, más y más, como si quisiera quebrar los huesos de ambos para fundirlos en un solo esqueleto. Ella le agarró la camisa con fuerza; él le pasó los dedos por el costado; se los enredó en el cabello. Emma se dio cuenta de lo cerca que estaban de algo realmente peligroso; notaba la

tensión en el cuerpo de Julian, no por el esfuerzo de abrazarla, sino de contenerse.

Palpó la puerta a su espalda en busca del pomo. Lo giró. La puerta se abrió tras ella y se tambalearon, separándose.

Fue como si le arrancaran la piel. Como una agonía. La runa le producía un profundo dolor. Medio traspasado el umbral, se tuvo que agarrar a la puerta como si nada más la pudiera sostener.

Julian jadeaba, desaliñado, y a ella le pareció que podía oír los latidos de su corazón. Quizá fuera el suyo, un ensordecedor redoble en los oídos.

—Emma...

—¿Por qué? —preguntó ella con voz temblorosa—. ¿Por qué debe pasar algo tan terrible por el vínculo de *parabatai*? Se supone que es algo bueno. Quizá la reina tuviera razón y sea todo lo contrario.

—No... confíes en la reina —repuso Julian sin aliento. Sus ojos eran solo pupila, negros con un fino borde azul. El corazón de Emma latía como una supernova, una oscura estrella colapsada de ansia insatisfecha.

—Ya no sé en quién confiar. «Existe corrupción en lo más profundo del vínculo de *parabatai*. Un veneno. Una oscuridad que es el reflejo de su bondad». Esto es lo que dijo la reina.

Julian apretaba el puño al costado.

—Pero la reina...

«No es solo la reina. Debería contarle lo que Diana dijo en Thule sobre los *parabatai*». Pero se contuvo: él no estaba en un estado para oírlo, y además, ambos sabían ya lo que tenían que hacer.

—Ya sabes lo que tiene que pasar —dijo ella finalmente, con un hilillo de voz—. Lo que dijo Magnus. Tenemos un poco de tiempo. No debemos... forzarlo.

Sus ojos eran totalmente negros, inquietos. No se movió.

—Dime que me vaya —le pidió—. Dime que te deje.

—Julian...

—Siempre haré lo que me pidas, Emma —repuso él con voz áspera. De repente, los huesos de su rostro parecían agudos y pronunciados, como si le estuvieran cortando la piel por dentro—. Por favor, pídemelo.

Emma recordó la vez, hacía muchos años, cuando Julian le puso a *Cortana* entre los brazos y ella la abrazó con tanta fuerza que el corte le dejó una cicatriz de por vida. Recordaba el dolor y la sangre. Y la gratitud.

Le había dado lo que ella necesitaba. Emma le daría lo que necesitaba él.

Alzó la barbilla. Quizá doliera, pero tenía que hacerlo.

«Soy del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*».

—Vete, Julian —dijo, cargando cada palabra con todo el acero que pudo—. Quiero que te vayas y me dejes sola.

Aunque él le había pedido que lo dijera, aunque sabía que no era su auténtico deseo, se encogió como si las palabras fueran flechas que le atravesaran la piel.

Asintió con un breve y seco gesto. Se volvió con precisión y comenzó a alejarse.

Emma cerró los ojos. Mientras los pasos de Julian se alejaban por el pasillo, sintió calmarse el dolor en su runa de *parabatai*, y se dijo que no importaba. Nunca volvería a pasar.

* * *

Kit estaba escondido entre las sombras. No porque quisiera, exactamente; le gustaba pensar que había pasado página y ya no se dedicaba tanto a acechar y planear acciones bajo mano.

Lo que, se dio cuenta, podía ser una exageración. La nigromancia era bastante bajo mano, incluso su participación era de mala gana. Tal vez era como el árbol cayendo en el bosque: si nadie sabía nada sobre tus actividades nigrománticas, ¿seguían siendo bajo mano?

Mientras se apretaba contra la pared del Instituto, decidió que seguramente sí lo eran.

Se había dirigido afuera para hablar con Jace, sin darse cuenta de que cuando lo vio saliendo por la puerta trasera él iba a reunirse con Clary, Alec y Magnus. Kit vio que iban a despedirse y se ocultó como pudo entre las sombras, esperando que no lo vieran.

Clary había abrazado a Alec y a Magnus, y Jace había estrechado la mano de Magnus. Luego agarró a Alec y se abrazaron durante lo que parecieron horas, o incluso años. Se palmearon la espalda y siguieron abrazados mientras Clary y Magnus los miraban con indulgencia.

Ser *parabatai* parecía algo muy intenso, pensó Kit, mientras hacía girar los hombros para aliviar el tirón en el cuello. Y curiosamente, había pasado mucho tiempo desde que había pensado ser el *parabatai* de Ty. Quizá porque este no estaba en forma para tomar ese tipo de decisiones.

O tal vez fuera otra cosa, pero alejó esa idea mientras Alec y Jace se separaban. Este dio un paso atrás y cogió de la mano a Clary. Magnus alzó las

manos y las chispas azules le saltaron de los dedos para crear el arremolinado hueco de un Portal.

El viento soplaba desde allí, levantando polvo y arena; Kit entornó los ojos, casi incapaz de ver a Alec y Magnus cruzarlo. Cuando el viento se calmó, ellos ya no estaban, y Jace y Clary iban de camino al Instituto cogidos de la mano.

Kit cerró los ojos y se golpeó levemente la cabeza contra la pared, en silencio.

—¿Lo haces porque te gusta, o porque es agradable cuando paras? —preguntó una voz.

Kit abrió los ojos de golpe. Jace estaba frente a él, con los musculosos brazos cruzados y una expresión divertida en el rostro. Clary debía de haber entrado.

—Perdón —murmuró Kit.

—No te disculpes. A mí me da igual si quieres batirte los sesos como un huevo.

Mascullando algo, Kit se apartó de las sombras y quedó a pleno sol, parpadeando y sacudiéndose la camisa.

—Quería hablar contigo, pero no quise interrumpir todos esos abrazos de despedida —dijo.

—A Alec y a mí no nos asusta expresar nuestro amor de hombres —soltó Jace—. A veces, me lleva en brazos como a una damisela con un desmayo.

—¿De verdad? —exclamó Kit.

—No —contestó Jace—. Peso mucho, sobre todo si voy totalmente armado. ¿De qué querías hablarme?

—Pues la verdad es que de eso —respondió Kit.

—¿De mi peso?

—De armas.

Jace parecía encantado.

—¡Sabía que eras un Herondale! Es una noticia excelente. ¿De qué quieres que hablemos? ¿Tipos de espadas? ¿De dos manos o de una mano? Tengo muchísimas ideas.

—De tener mi propia arma —contestó Kit—. Emma tiene a *Cortana*. Livvy tenía sus sables. A Ty le gusta arrojar cuchillos. Julian prefiere la ballesta. Cristina, su navaja mariposa. Si voy a ser un cazador de sombras, debería tener un arma preferida.

—¿Y ya te has decidido? —inquirió Jace—. ¿Vas a ser cazador de sombras?

Kit vaciló. No sabía exactamente cuándo había sucedido, pero había sucedido. Se dio cuenta de que fue en la playa, con Sombra, cuando por un momento temió no ser un nefilim.

—¿Qué otra cosa iba a ser?

La boca de Jace se curvó en las comisuras en una sonrisa descarada.

—Nunca he dudado de ti, chaval. —Le alborotó el pelo—. No tienes entrenamiento, así que diría que el arco, la ballesta o los cuchillos arrojados no son para ti. Te buscaré algo, algo que diga Herondale.

—Podría matar con mi hiriente sentido del humor y mi encanto matador —bromeó Kit.

—Mira, eso sí es Herondale. —Jace parecía muy complacido—. Christopher... ¿puedo llamarte Christopher?

—No.

—Christopher, para mí la familia nunca ha tenido que ver con la sangre. Fui siempre de la familia que escogí. Pero resulta que es agradable tener un pariente en este mundo. Alguien a quien contarle aburridas historias familiares. ¿Sabes algo de Will Herondale? ¿O de James Herondale?

—Creo que no —respondió Kit.

—Excelente. Desperdiciaremos un montón de horas de tu tiempo —repuso Jace—. Ahora voy a buscarte un arma. No dudes en preguntarme si necesitas consejo sobre la vida o las armas, preferiblemente de las dos cosas al mismo tiempo. —Le hizo un seco saludo militar y salió trotando antes de que Kit le pudiera preguntar qué se suponía que debías hacer cuando alguien que significaba mucho para ti quería resucitar a los muertos de un modo poco recomendable.

—Probablemente sea mejor así —masculló para sí mismo.

—¡Kit! ¡Kit! Pssss —siseó alguien. Kit dio un respingo del susto y se volvió. Vio a Drusilla inclinada desde una ventana del piso superior y haciéndole gestos—. Dijiste que podíamos hablar.

Kit parpadeó sorprendido. Los últimos acontecimientos le habían hecho olvidar su acuerdo con Dru.

—Muy bien. Ahora subo.

Mientras subía al trote la escalera hacia el piso de Dru, se preguntó dónde estaría Ty. Kit se había acostumbrado a ir a todas partes con él; a encontrarlo leyendo en el pasillo por las mañanas y a irse a la cama solo después de que ambos se hubieran agotado investigando o rondando disimuladamente por el Mercado de Sombras bajo la mirada divertida de Hypatia. Aunque a Ty no le gustaba el ruido del Mercado, todo el mundo parecía apreciarlo, el chico

cazador de sombras extremadamente educado que no enseñaba armas, no amenazaba y solo preguntaba tranquilamente si tenían esto o aquello que estaba buscando.

Ty era alguien notable, pensó Kit. Que la tensión entre los cazadores de sombras y los subterráneos estuviera aumentando, no parecía afectarlo. Estaba totalmente centrado en una cosa: el hechizo que le devolvería a Livvy. Estaba contento cuando la búsqueda iba bien, y se frustraba cuando no, pero no pagaba su frustración con otros.

La única persona con la que no era amable, pensó Kit, era consigo mismo.

Sin embargo, en los últimos días, desde que Julian y Emma despertaron, Ty había resultado más difícil de encontrar. Si estaba trabajando en algo, no había incluido a Kit, una idea que le dolió con sorprendente intensidad. Aun así, tenían planes para esa noche, algo era algo.

No le costó encontrar la habitación de Dru: ella lo estaba esperando en la puerta, caminando de arriba abajo con impaciencia. Al ver a Kit, lo hizo entrar, cerró la puerta y le dio la vuelta a la llave con énfasis.

—No planeas matarme o algo así, ¿verdad? —preguntó Kit, enarcando las cejas.

—Ja, ja —rio siniestramente ella, y se tiró sobre la cama. Llevaba una camiseta negra larga con una cara gritando. Se había recogido el pelo en trenzas tan tirantes que le quedaban perpendiculares a la cabeza. Era difícil recordarla vestida como la espectacular mujer de negocios que había engañado a Barnabas Hale—. Sabes perfectamente de qué quiero hablarte.

Kit apoyó la espalda en el escritorio.

—Ty.

—No está bien —continuó Dru—. No como simula estar. Tú... ¿lo sabías?

Kit esperaba ponerse a la defensiva o negar que algo raro estuviera pasando. En vez de eso, se dejó caer contra el escritorio, como si se hubiera librado de un gran peso y las piernas aún le temblaran por el esfuerzo.

—Es como... no sé cómo... la gente no lo ve —dijo, tan aliviado de poder decirlo que casi le dolía—. No está bien. ¿Cómo podría estarlo?

Cuando Dru habló de nuevo, su voz era más amable.

—Ninguno de nosotros estamos bien —repuso—. Quizá eso tenga la culpa. Cuando estás mal, a veces es difícil ver que otra gente puede reaccionar diferente, o peor.

—Pero Helen...

—Helen no nos conoce tanto. —Dru se tiró de un mechón de pelo—. Lo está intentando —admitió—. Pero ¿cómo puede ver diferente a Ty ahora si no sabe cómo era antes? Mark está liado con cosas de hadas, y Julian y Emma no estaban aquí. Si alguien puede notarlos, ahora que las cosas se han calmado un poco, es Julian.

Kit no estaba seguro de cómo podía describir una «sociedad al borde de la guerra» como «se han calmado un poco», pero notaba que los Blackthorn tenían una escala diferente de la suya para esas cosas.

—Me refiero a que en ciertos aspectos está bien —explicó Kit—. Creo que eso es lo que lo hace confuso. Parece que está funcionando normalmente en las cosas de cada día. Desayuna. Se lava la ropa. Pero lo único que lo hace soportar todo esto...

Se quedó en silencio. De repente, tenía las manos sudadas. Casi lo había dicho. Dios, casi había roto su promesa a Ty solo porque Dru era un rostro amable con el que hablar.

—Perdona —dijo. Dru lo estaba mirando pensativa—. No sé lo quería decir.

Ella lo miró con suspicacia.

—Le has prometido que no lo dirías —afirmó—. Bueno, ¿qué te parece si trato de adivinar lo que es y tú me dices si voy bien o me equivoco?

Kit se encogió de hombros, cansado. De cualquier modo, seguro que no lo iba a adivinar.

—Está tratando de comunicarse con el fantasma de Livvy —aventuró Dru—. La historia de lo de Thule le hizo pensar en eso. La gente que muere, existe en otras formas. Ya sea como fantasmas o en otra dimensión. Pero no podemos... verlos. —Parpadeó rápidamente y bajó la mirada.

—Sí —se oyó diciendo Kit, como si estuviera a una enorme distancia—. Eso es. Eso es lo que está haciendo.

—No sé si es una buena idea. —Dru lo miró con tristeza—. Si Livvy se ha ido, si está en un buen lugar, su espíritu no estará aquí en la tierra. Quiero decir que los fantasmas pueden aparecer brevemente para algo importante... o si se los llama de la manera correcta...

Kit pensó en el *parabatai* de Robert Lightwood, al lado de su ardiente pira. «Algo importante».

—Puedo tratar de hablar con él —propuso Dru con un hilo de voz—. Recordarle que aún tiene una hermana.

Kit pensó en la noche que Dru había ido con ellos para engañar a Barnabas. Ty parecía estar más ligero, más contento de tenerla ahí incluso si

no quería admitirlo.

—Esta noche vamos... —No. Mejor no decirle nada de Sombra—... a buscar el último elemento que necesitamos para el hechizo —mintió rápidamente—. Nos encontraremos en la autovía a las diez. Si apareces por allí, podrías amenazarlo con chivarte a no ser que vayas con nosotros.

Dru arrugó la nariz.

—¿Tengo que ser la mala?

—Va —repuso Kit—. Podrás mandarnos un poco. No me digas que no disfrutarás haciéndolo.

Ella sonrió de medio lado.

—Sí, probablemente. Vale, trato hecho. Te veré allí.

Kit giró la llave para abrir la puerta y salir. Pero se detuvo.

—Me he pasado toda la vida mintiendo y engañando a la gente —le dijo a Dru sin mirarla—. Entonces ¿por qué me resulta tan difícil mentirle a esta persona? ¿A Ty?

—Porque es tu amigo —contestó Dru—. ¿Qué más razones necesitas?

* * *

Abrir el cajón que contenía sus pinturas volvía a tener sentido para Julian. Cada tubo de pintura aportaba su propia promesa, su personalidad. Rojo de Tiro, azul de Prusia, naranja de cadmio, violeta de manganeso.

Volvió a la tela que había dejado en blanco la noche anterior. Dejó los tubos de pintura que había seleccionado sobre la mesa. Blanco titanio, ocre oscuro, amarillo de Nápoles.

Eran los colores que siempre empleaba para pintar el cabello de Emma. Su recuerdo lo atravesó como un cuchillo: lo guapa que estaba en la puerta de su cuarto, con el rostro blanco, las pestañas salpicadas de lágrimas. Era horroroso no poder tocar a la persona que amas, besarla y abrazarla, pero era aún más horroroso no poder reconfortarla.

Dejar a Emma, incluso después de que se lo pidiera, fue como arrancarse la piel: sus emociones eran demasiado nuevas, demasiado crudas e intensas. Siempre había buscado la tranquilidad en su estudio, aunque la noche anterior no consiguió encontrarla, cuando intentar pintar fue como tratar de hablar una lengua extranjera que nunca hubiera aprendido.

Pero todo era diferente en ese momento. Cuando cogió el pincel, lo notó como una extensión del brazo. Cuando comenzó a pintar con pinceladas largas y atrevidas, supo exactamente el efecto que deseaba. A medida que las

imágenes iban tomando forma, su mente se fue tranquilizando. El dolor seguía ahí, pero lo podía soportar.

No sabía cuánto llevaba pintando cuando llamaron a la puerta. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que fue capaz de caer en un estado de ensoñación creativa; incluso en Thule, solo había pasado un ratito con los lápices de colores.

Metió los pinceles que había estado usando en un vaso con agua y fue a ver quién era. En parte, esperaba que fuese Emma, medio lo deseaba. Pero no. Era Ty.

Tenía las manos metidas en los bolsillos de la sudadera blanca. Su mirada cruzó un instante el rostro de Julian.

—¿Puedo entrar?

—Claro. —Julian observó a Ty mientras este se paseaba por la sala, mirando los cuadros, antes de llegar a la nueva pintura de Julian. Ty hacía tiempo que quería esa habitación para montarse un despacho o una sala oscura, pero Julian se había aferrado a ella con obstinación.

Pero tampoco iba a dejar a Ty fuera. Cuando este era más pequeño, experimentar con pinturas y papeles lo había entretenido durante horas. Nunca dibujaba nada concreto, pero tenía un excelente sentido del color, y no era que Julian lo mirara con buenos ojos. Todos sus cuadros acababan siendo intensos remolinos de pigmentos entremezclados, tan brillantes y atrevidos que parecían saltar del papel.

Ty estaba mirando el lienzo de Julian.

—Esta es la espada de Livvy —dijo. No parecía molesto, más bien inquisitivo, como si no estuviera seguro de por qué la iba a pintar Julian.

El corazón de este pegó un brinco.

—Estaba tratando de pensar en qué la simbolizaría mejor.

Ty se tocó el colgante del cuello.

—Esto siempre me hace pensar en Livvy.

—Es... es una buena idea. —Julian se apoyó en el centro de la isla—. Ty —comenzó—, sé que no he estado aquí para ti desde la muerte de Livvy, pero ahora sí lo estoy.

Ty había cogido un pincel sin usar. Pasó el dedo por las cerdas, tocándose cada una de las puntas de los dedos, como perdido en la sensación. Julian no dijo nada y esperó; sabía que Ty estaba pensando.

—No es culpa tuya —repuso el chico—. El Inquisidor te envió lejos.

—Fuera mi culpa o no, el resultado fue que no estaba aquí —dijo Julian—. Si quieres hablarme de cualquier cosa, te prometo que te escucharé.

Ty alzó los ojos, su breve mirada gris como un leve roce.

—Tú siempre te has preocupado por nosotros, Julian. Lo has hecho todo por nosotros. Solías dirigir todo el Instituto.

—Yo...

—Es mi turno de ayudaros a vosotros —dijo Ty, y dejó el pincel—. Debo irme. Tengo que encontrarme con Kit.

Una vez Ty se hubo marchado, Julian se sentó en un taburete ante un caballete sin nada. Miró hacia delante sin ver, oyendo la voz de Ty resonarle en la cabeza.

«Solías dirigir todo el Instituto».

Pensó en Horace, en la decisión de Horace de hacer que todo el mundo de los cazadores de sombras lo viera hablar con el rey noseelie. Antes no entendía por qué. Pero ahora sí, y sabía que impedirselo era más imperativo de lo que había creído.

Recordó el antiguo despacho de Arthur, las horas que había pasado allí al amanecer, redactando y respondiendo cartas. El peso del sello de Instituto en su mano. Ahora ese sello estaba en el despacho de Aline y Helen. Habían cogido del despacho de Arthur lo que pudiera ayudarlas con su nuevo trabajo. Pero no sabían nada de los compartimentos secretos en el escritorio de Arthur, y Julian no había estado allí para decírselo.

«Solías dirigir todo el Instituto».

En esos compartimentos guardaba las cuidadas listas que tenía de nombres: todo subterráneo importante, todos los miembros del Consejo, todo cazador de sombras en cada Instituto.

Miró por la ventana. Se sentía vivo y con energía, no exactamente feliz, pero vibrando de determinación. Acabaría el cuadro primero. Y más tarde, cuando todos durmieran, comenzaría su auténtico trabajo.

26

Un revuelo en el aire

Tunc. Tunc. Tunc.

Emma giró y lanzó los equilibrados cuchillos uno detrás de otro, rápido: por encima, por debajo, de lado. Cortaron el aire y se clavaron en la diana pintada en la pared, con los mangos temblando por la fuerza cinética.

Se agachó y cogió dos más del montón que tenía a los pies. No se había puesto la ropa de entrenamiento, y estaba sudando con los vaqueros y el top de tirantes; el pelo suelto se le pegaba a la nuca.

No le importaba. Era casi como si hubiera vuelto al tiempo antes de darse cuenta de que estaba enamorada de Julian. Un tiempo en que estuvo llena de una rabia y una desesperación que atribuía exclusivamente a la muerte de sus padres.

Lanzó los dos cuchillos, la hoja deslizándose entre los dedos, su vuelo plano y controlado. Tunc. Tunc. Recordó los días que había lanzado tantos *bo-shuriken* que las manos se le habían agrietado y sangrado. ¿Cuánta de esa rabia había sido por sus padres, porque sabía que mucha, y cuánta para mantener cerradas las puertas de su conciencia, sin permitirse saber lo que quería, lo que la haría realmente feliz?

Cogió dos cuchillos más y se posicionó de espaldas a la diana, respirando con fuerza. Era imposible no pensar en Julian. Ahora que ya no tenía el hechizo, Emma sentía un desesperado deseo de estar con él, mezclado con la amargura del arrepentimiento; arrepentimiento de las elecciones pasadas, arrepentimiento por los años malgastados.

Tanto Julian como ella se negaron obstinadamente a reconocer la realidad, y estas fueron las consecuencias. Si alguno de ellos hubiera sido capaz de reconocer por qué no debían ser *parabatai*, no tendrían que estar enfrentándose a la separación. O al exilio, lejos de todo lo que amaban.

«El amor es muy poderoso, y cuanto más tiempo estéis juntos, y os permitáis sentir lo que sentís, más fuerte será. Tenéis que estar apartados el

uno del otro. No os toquéis. No habléis entre vosotros. Intentad no pensar siquiera en el otro».

Tunc. Un cuchillo salió volando por encima de su hombro. Tunc. Otro. Se volvió para ver los mangos vibrantes sobresaliendo de la pared.

—Buen tiro.

Emma se volvió en redondo. Mark estaba apoyado en el marco de la puerta, su cuerpo como una vara fina y larga entre las sombras. Llevaba su equipo de combate y parecía cansado. O más que cansado, parecía angustiado.

Ya hacía mucho tiempo desde la última vez que Mark y ella habían pasado un rato solos. No era por voluntad de ninguno de los dos; hubo la separación en Idris, luego Feéra y Thule, pero quizá también hubiera algo más. Quizá una tristeza ansiosa en Mark esos últimos días, como si estuviera constantemente esperando a que le dijeran que había perdido algo. Parecía más profundo que lo que había traído consigo desde Feéra.

Emma cogió otro cuchillo. Se lo tendió.

—¿Quieres tirar?

—Claro que sí.

Se acercó y cogió el cuchillo. Emma se apartó un poco mientras él apuntaba, colocando la línea del brazo hacia la diana.

—¿Quieres hablar de lo que te está pasando con Cristina... —preguntó un poco insegura—... y... Kieran?

Mark lanzó el cuchillo. Se clavó en la pared junto a uno de los de Emma.

—No —contestó—. Estoy tratando de no pensar en ello, y no creo que sacarlo como tema de conversación vaya a conseguir ese objetivo.

—Muy bien —repuso Emma—. ¿Quieres que solo lancemos cuchillos juntos, en plan hermanos silenciosos y rabiosos?

Él no pudo contener una sonrisita.

—Hay otras cosas de las que podemos hablar aparte de mi vida amorosa. Por ejemplo, de tu vida amorosa.

Le tocó a Emma coger un cuchillo. Lo lanzó con fuerza y saña, y se clavó en la pared con tanta potencia que astilló la madera.

—Eso suena tan divertido como meterme este cuchillo por la cabeza —replicó ella.

—Creo que los mundanos hablan del tiempo cuando no tienen nada más de que hablar —comentó Mark. Había ido a coger un arco y un carcaj de la pared. El arco era una delicada pieza de artesanía, grabado con runas en filigrana—. No somos mundanos.

—A veces me pregunto qué somos —dijo Emma—. Considerando que no creo que a los poderes fácticos de Alacante les guste que seamos nefilim.

Mark tensó el arco y soltó una flecha. Esta azotó el aire y se clavó directamente en el centro de la diana de la pared. Emma sintió un cierto orgullo; la gente a menudo infravaloraba a Mark como guerrero.

—No importa lo que piensen —replicó Mark—. Raziel nos hizo cazadores de sombras. No la Clave.

Emma suspiró.

—¿Qué harías si las cosas fueran diferentes? ¿Si pudieras hacer lo que quisieras, ser lo que quisieras? ¿Si todo esto hubiera acabado?

La miró pensativo.

—Tú siempre has querido ser como Jace Herondale —contestó—. El mejor de todos los luchadores. Pero a mí me gustaría ser más como Alec Lightwood. Me gustaría hacer algo importante por los cazadores de sombras y los subterráneos. Porque siempre seré parte de ambos mundos.

—No puedo creer que recuerdes que quería ser como Jace. ¡Qué vergüenza!

—Era encantador que quisieras ser una buena luchadora, sobre todo cuando eras muy pequeña. —Sonrió de verdad, con una sonrisa que le iluminó el rostro—. Os recuerdo a Julian y a ti cuando teníais diez años; los dos con espadas de madera, y yo intentando enseñaros a no daros con ellas el uno al otro en la cabeza.

Emma rio.

—Pensaba que eras tan mayor... ¡Catorce años!

Mark se puso serio.

—He estado pensando que no todo lo que es extraño es malo —dijo—. Desde que volví de Feéra como volví, se cerró el espacio de años entre Julian y yo, y tú y yo. Eso me ha permitido ser un buen amigo de los dos, en vez de un hermano mayor, lo que ha sido un regalo.

—Mark —comenzó Emma, y se interrumpió al mirar por la ventana que daba al oeste. Algo, alguien, se acercaba al Instituto caminando, una silueta oscura que avanzaba decidida.

Emma captó un destello de oro.

—Tengo que irme. —Agarró una espada larga y salió corriendo de la sala de entrenamiento, dejando a Mark plantado mirándola.

La energía le rebosaba por el cuerpo. Bajó los escalones de tres en tres, salió por la puerta a toda prisa y cruzó la hierba justo cuando el visitante que había visto llegaba a lo alto del camino.

La luna brillaba, inundando el mundo con refulgentes lanzas luminosas. Emma olvidó las estrellas y observó a Zara Dearborn avanzar silenciosamente hacia ella por la hierba.

Zara iba totalmente vestida con el uniforme de centurión, broche de *Primi Ordines* incluido. Llevaba el pelo recogido en una tensa coleta enrollada en la cabeza; sus ojos oscuros refulgían. En la mano sujetaba una espada dorada que brillaba como la luz del amanecer.

Cortana. «Un destello de oro».

Emma se tensó. Sacó la espada larga de su vaina, aunque la notaba como un peso muerto en la mano ahora que estaba mirando a su querida *Cortana*.

—Detente —dijo—. No eres bienvenida aquí, Zara.

Esta esbozó una sonrisita de labios apretados. Sujetaba a *Cortana* desgadamente, lo que cegó de rabia a Emma. Wayland *el Herrero* había forjado esa hoja, y en ese momento Zara la tenía en su mano pegajosa e incompetente.

—¿No vas a preguntarme por esto? —la provocó, haciendo girar la espada como si fuera un juguete.

Emma se tragó la amarga rabia.

—No te voy a preguntar nada excepto cuán rápido vas a salir de nuestra propiedad. Ya.

—¿De verdad? —ronroneó Zara—. ¿Vuestra propiedad? Esto es un Instituto, Emma. Propiedad de la Clave. Ya sé que a los Blackthorn y a ti os gusta tratarlo como si fuera vuestro, pero no lo es. Y no viviréis aquí mucho más tiempo.

Emma apretó la mano alrededor de la empuñadura de la espada.

—¿Qué quieres decir?

—Se os ha enviado un mensaje —respondió Zara—. No finjas que no sabes nada de eso. La mayoría de los Institutos se han presentado en Idris para aportar su apoyo. Pero vosotros no, chicos. —Hizo dar vueltas a *Cortana* con mano inexperta—. Ni siquiera habéis contestado a la convocatoria. Y los nombres de vuestro Registro eran una broma. ¿Acaso creáis que éramos demasiado estúpidos para darnos cuenta?

—Sí —contestó Emma—. Y al parecer, os ha costado una semana descubrirlo. ¿Quién lo pilló al final? ¿Manuel?

Zara se sonrojó furiosa.

—¿Te parece muy divertido no tomarte nada en serio? ¿No tomarte en serio la amenaza de los subterráneos? Samantha está muerta. Se lanzó por la ventana de la Basiliad. Y todo porque tu amigo hada...

—Ya sé lo que pasó de verdad —la cortó Emma, con una sensación de gran pena por Samantha—. Kieran sacó a Samantha del estanque. Intentó ayudarla. Podéis retorcer y retorcer las cosas, Zara, pero no podéis hacer que los hechos sean como querriáis que fueran. Tú te quedaste ahí y te reíste cuando Samantha cayó al estanque. Y la crueldad que vio, el terrible dolor que había causado, fue por tu culpa y por lo que tú le habías hecho hacer. Y esta es la verdad.

Zara se la quedó mirando; el pecho le subía y le bajaba rápidamente.

—No te mereces a *Cortana* —continuó Emma—. No te mereces tenerla en la mano.

—¿No me la merezco? —siseó Zara—. ¡Te la dieron porque eres una Carstairs! ¡Eso es todo! Yo trabajé y trabajé para ganarme el respeto, y la gente te la dio a ti como si fueras especial porque tus padres murieron en la Guerra Oscura. Un montón de gente murió en la Guerra Oscura. Tú no eres especial en absoluto. —Dio un paso hacia Emma, con *Cortana* temblando en la mano—. ¿No te enteras? Nada de esto es tuyo. Ni el Instituto, ni esta espada, ni los Blackthorn, que no son tu familia. Ni la reputación de ser una gran guerrera. No te has ganado nada de eso.

—Pues qué suerte tienes de que tu reputación de gilipollas cargada de prejuicios esté totalmente justificada —replicó Emma.

El rubor de Zara había desaparecido. Los ojos le brillaban de furia.

—Tenéis veinticuatro horas para ir a Idris y jurar lealtad a la Cohorte. Si os retrasáis, aunque sea cinco minutos, se os declarará desertores, y yo misma me encargaré de acabar con todos los desertores. Comenzando por ti.

Emma alzó la espada.

—Pues acaba conmigo ahora.

Zara dio un paso atrás.

—He dicho que tenéis veinticuatro horas.

La rabia bulló en los nervios de Emma.

—Y yo te he dicho que acabes conmigo ahora. —Avanzó la espada hacia Zara; le cogió el borde de la capa y lo cortó—. Tú has venido aquí. Tú me has retado. Tú has amenazado a mi familia.

Zara ahogó un grito. Emma sospechó que pocas veces había tenido que enfrentarse en una pelea que no fuera en sus términos.

—Eres una embustera, Zara —dijo Emma, avanzando hacia ella con la espada en ristre. Zara retrocedió torpemente, casi tropezando con la hierba—. Tú nunca has hecho nada. Te quedas el crédito de lo que hace otra gente y lo empleas para trepar, pero la gente puede verte la cola. Te metes con los que

tienen menos poder que tú para parecer fuerte. Eres una bravucona, una ladrona y una cobarde.

Zara gruñó, alzando a *Cortana*.

—¡No soy cobarde!

—Entonces, ¡pelea conmigo! —Emma blandió la espada. Zara apenas alzó a *Cortana* en el aire, y esta chocó con fuerza contra la hoja de Emma, en un ángulo raro que hizo que a Zara la muñeca se le doblara hacia atrás. Gritó de dolor, y Emma golpeó a *Cortana* de nuevo. Era una sensación horrible luchar contra *Cortana*; como si el mundo se hubiera vuelto del revés.

Debería sentir compasión por el dolor de Zara, pensó Emma, pero no era así. Solo sentía una furia salvaje mientras forzaba a la otra chica, que respiraba trabajosamente, a retroceder y retroceder por la hierba hasta llegar al borde del acantilado, hasta que bajo ella solo había mar.

Entonces, Zara clavó los talones y contraatacó, pero cuando alzó a *Cortana* y la movió cortando el aire, la hoja se movió de lado en el último momento y pareció doblarse como algo vivo en sus manos. Zara gritó despavorida, casi perdiendo el equilibrio. Emma le lanzó una patada de barrido a las piernas y Zara se desplomó sobre el suelo, con medio cuerpo colgando por el borde del acantilado.

Emma fue hacia ella, espada en mano. Una oleada de poder la recorrió como la corriente eléctrica por un cable. Casi hizo que la cabeza le diera vueltas, como si se alzara a una inmensa altura sobre Zara, y la mirara desde arriba con la indiferencia de un ángel vengador, un ser de luz dotado de un poder tan grande que lo había hecho casi inhumano.

«Podría bajar la hoja y cortarla por la mitad. Recuperar a *Cortana*».

Alzó la espada larga. Se veía como desde fuera, una enorme figura alzándose sobre Zara.

«Sus runas comenzaron a arder como fuego, como si tuvieran fuego en las venas en vez de sangre. La gente decía que las espadas de los que luchaban contra ellos se les quebraban en las manos. Les aparecieron unas rayas negras que les cruzaban el cuerpo y se convirtieron en monstruos, físicamente monstruosos».

Emma retrocedió; la voz de Diana le resonaba en la cabeza. Se quedó inmóvil mientras Zara, jadeante, se arrastraba apartándose del borde del acantilado y se ponía de rodillas.

La visión que Emma había tenido de sí misma como un ángel vengador se había evaporado. En su lugar, una voz fría y razonable le susurraba en la cabeza, la de Julian, inconfundible, diciéndole que Horace Dearborn sin duda

sabía dónde se hallaba su hija, y sabría a quién culpar si desaparecía, que tanto matar a Zara como arrebatarse a *Cortana* haría que la Clave cayera sobre el Instituto de Los Ángeles.

—Levántate —dijo Emma, con la voz cargada de desprecio. Zara se puso en pie—. Y lárgate de aquí.

Zara jadeaba, y tenía el rostro manchado de tierra.

—Tú, perversa —siseó, sin intentar fingir ningún tipo de sonrisa—. Mi padre me ha explicado todo sobre ti y tu *parabatai*; es asqueroso. Supongo que quieres ser como Clary y Jace, ¿eh? ¿Quieres lo que está prohibido? ¿Y sucio?

Emma puso los ojos en blanco.

—Zara, Clary y Jace no eran familia.

—Sí, bueno, pero creían que lo eran, ¡y es lo mismo! —gritó Zara, cual torre de aullante ilógica—. ¡Y ahora están muertos! ¡Eso es lo que os pasará a Julian y a ti! Dejaremos vuestros cadáveres en el campo de batalla y los cuervos os arrancarán los ojos, ya me aseguraré yo de ello...

—¿Qué campo de batalla? —preguntó Emma con voz calmada.

Zara palideció. Movié la boca, con saliva acumulada en las comisuras. Acabó por alzar a *Cortana* entre Emma y ella, como si estuviera conteniendo a un vampiro con un crucifijo.

—Veinticuatro horas —susurró—. Si no estáis en las puertas de Alacante para entonces, no quedará vivo ni uno solo de vosotros.

Se volvió y comenzó a alejarse. Emma tuvo que emplear todo su autocontrol para no seguirla, su furia se estaba convirtiendo en expectativa. Necesitaba hablar con Julian. Tenía que explicarle lo de Zara.

Abrió la puerta delantera, imaginándose ya lo que le diría Julian: le diría que no se preocupara. Ya tendría alguna idea de lo que debían hacer. Quizá hasta la hiciera reír...

Sintió un repentino y agudo dolor en el brazo.

La runa. Ahogó un grito de dolor y se encogió; se hallaba en la entrada del Instituto. Estaba desierto, gracias al Ángel. Se subió la manga de la camisa.

La runa de *parabatai* estaba allí, reluciendo como una marca al hierro, resaltando roja contra la piel.

Se dejó caer contra la pared. Si solo pensar en Julian le hacía eso, entonces ¿cuánto tiempo les quedaba? ¿Cuánto antes de tener que acudir a Magnus para que le arrancara las runas para siempre?

* * *

Apoyado contra la pared de la celda del Gard, Diego abrazaba a su hermano.

Jaime se había dormido en algún momento de la noche anterior, o al menos Diego supuso que era de noche; era difícil de decir cuando lo único que le permitía medir el tiempo eran las comidas, y se las servían de forma irregular. Solo podía dormir, comer y tratar de conservar la fuerza de Jaime.

Este respiraba contra él, superficial e irregularmente; tenía los ojos cerrados. Algunos de los recuerdos más antiguos de Diego eran de llevar a su hermano en brazos. Cuando él tenía cinco años y Jaime tres, lo llevaba a todas partes. Le daba miedo que, de otro modo, Jaime, correteando patoso sobre sus piernecitas, se perdiera todas las cosas del mundo que Diego quería que viera.

A veces, después de un largo día, su hermanito se dormía en sus brazos, y Diego lo llevaba hasta la cama y lo arropaba. Diego siempre había cuidado a su hermano, y la impotencia que sentía en ese momento lo llenaba de furia y desesperación.

Durante mucho tiempo, había pensado en Jaime como en un niño rápido y travieso. Incluso cuando escapó con la Eternidad, le pareció otro de sus juegos, uno en el que siempre estaba escapándose por los pelos y engañando. Pero durante esos últimos días, mientras Jaime iba debilitándose pero se negaba a decirle nada a Zara sobre la reliquia, Diego había visto el acero que había bajo la actitud juguetona de su hermano, su compromiso con su familia y su causa.

Lo besó en la coronilla; tenía el pelo negro enmarañado y sucio. A Diego no le importó. Él también estaba muy sucio.

—*Siempre estuve orgulloso de ti* —dijo.

—Yo también he estado siempre orgulloso de ti —murmuró Jaime sin abrir los ojos.

Diego soltó una áspera risita de alivio.

—Estás despierto.

Jaime no se movió. Sus bronceadas mejillas estaban rojas de fiebre; los labios se le habían cortado y le sangraban.

—Sí, estoy despierto, y te lo voy a tener en cuenta para siempre.

«Para siempre». Lo más seguro era que ninguno tuviera un «para siempre». Diego pensó en la reliquia, el optimismo de su símbolo de infinito, retorciéndose en una figura sin fin, prometiendo un futuro inacabable. Eternidad.

No había nada que decir. Le acarició el pelo a Jaime en silencio y escuchó la respiración de su hermano. Cada aliento era una lucha, adentro y afuera,

como aguas bravas a través de un dique agrietado. Diego deseaba una estela desesperadamente, como un grito silencioso que le crecía en la garganta.

Ambos alzaron la mirada cuando un conocido entrechocar metálico anunció la llegada de lo que Diego supuso que era el desayuno. Seguro que era por la mañana. Parpadeó ante la tenue luz que llegaba por la puerta abierta de la prisión. Alguien se acercó a su celda; era Anush Joshi, con una bandeja.

Diego miró a Anush en silencio. Ya había dejado de pedir ayuda a ninguno de los guardias. Si eran lo bastante monstruosos para no inmutarse viendo cómo Jaime moría lentamente, entonces no tenía ningún sentido pedirles nada. Solo hacía que Jaime se sintiera peor.

Anush se arrodilló con la bandeja. Llevaba la librea de los guardias del Consejo, tenía el cabello revuelto y los ojos rojos. Dejó la bandeja en el suelo.

Diego se aclaró la garganta.

—Jaime está demasiado mal para comer eso —dijo—. Necesita fruta fresca. Zumo. Lo que sea con calorías.

Anush vaciló un instante. Por un segundo, Diego sintió una leve esperanza. Pero Anush acabó empujando la bandeja lentamente por el agujero que había en la parte baja de la puerta.

—Creo que se querrá comer esto —dijo.

Se puso en pie y se marchó apresuradamente, cerrando la puerta de la prisión tras él. Sin soltar a Jaime, Diego se acercó la bandeja con una mano.

Casi pegó un brinco por la sorpresa. Junto a los acostumbrados boles con gachas, había una estela y una nota. Diego las cogió con manos temblorosas. La nota decía:

Tú fuiste la única persona amable conmigo en el Escolamántico. Voy a dejar Idris y a los guardias. Sé que hay una resistencia por ahí fuera. Voy a buscarla.

Cuida mucho a tu hermano.

—¿Qué es eso? —preguntó Kit. Vio a Ty acercándose por el sendero de tierra hacia la autovía, con una piedra runa de luz mágica en la mano. Quedaba entre sombras, pero la pequeña criatura que se le acurrucaba en el hombro seguía siendo visible.

—Es una rata montera —contestó Ty. La luz mágica se apagó parpadeando cuando llegó al lado de Kit junto a la autovía. Iba vestido de negro, con el resplandor del colgante de Livvy visible por el cuello de la camisa.

Kit, que no era ningún fan de las ratas, miró al animal que Ty llevaba en el hombro con cierta suspicacia. No parecía una rata normal: tenía las orejas

redondas y pelo en el rostro y la cola. Parecía estar royendo la cáscara de una nuez.

—Son inofensivas —dijo Ty—. Les gusta recoger cosas para su nido, tapones de botellas, hojas, bellotas...

La rata montera se acabó la merienda y miró a Ty expectante.

—No tengo más —dijo este; se bajó la rata del hombro y la dejó en el suelo con cuidado. La rata salió corriendo hacia los arbustos de la cuneta—. Bien —repuso Ty, sacudiéndose las manos—. ¿Repasamos todo lo que tenemos para hacer el hechizo?

A Kit se le hizo un nudo en el estómago. Se preguntaba dónde estaría Dru, y estaba más o menos ansioso por saber qué iba a hacer Sombra. Si el brujo estaba planeando detener a Ty, parecía esperar al último minuto.

—Claro —contestó Kit, y sacó la lista del bolsillo—. Incienso del corazón de un volcán.

—Lo conseguimos en el Mercado de Sombras. Hecho.

—Polvo de los huesos de una víctima de asesinato.

—Lo mismo.

—Sangre, pelo y hueso de la persona que se quiere resucitar —dijo Kit, con la voz más tensa.

El pálido rostro de Ty era como una media luna en la oscuridad.

—Tengo el mechón del cabello de Livvy y uno de sus dientes de leche.

—¿Y la sangre? —preguntó Kit, apretando los dientes. Era más que macabro estar hablando de trozos de Livvy, como si hubiera sido una muñeca y no una persona de carne y hueso.

Ty se tocó el colgante que llevaba al cuello, aún manchado de óxido.

—Sangre.

Kit se obligó a hacer un sonido de asentimiento a través de su rígida garganta.

—Y mirra cultivada por las hadas...

Se oyó el crujido de un palito al romperse. Ambos se volvieron en redondo, y la mano de Ty fue directamente a su cadera. Kit, que sabía quién era, le puso una mano en el brazo a Ty un momento antes de que Dru saliera de entre las sombras.

Esta alzó las manos.

—Ey. Soy yo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La voz de Ty crepitaba de rabia.

—Estaba mirando por la ventana y te vi yendo hacia la autopista. Solo quería asegurarme de que todo estaba bien.

Kit estaba impresionado. Dru era realmente muy buena mintiendo. El rostro sincero y claro, la voz firme. Su padre le habría dado una estrella de oro.

—¿Por qué estáis hablando sobre hadas y mirra y todas esas otras cosas? —continuó Dru—. ¿Vais a hacer un hechizo?

Ty parecía un poco descompuesto. La culpa cayó sobre Kit con la fuerza de un látigo. Ty no sabía mentir, y tampoco sabía manejar muy bien los cambios inesperados en los planes que hacía.

—Vuelve a casa, Dru —le dijo.

Dru lo miró fijamente.

—No. No puedes obligarme.

Kit se preguntó si Dru estaba aún representando un papel.

—Si me envías a casa, le diré a todo el mundo que estás haciendo hechizos raros con polvos malos —lo amenazó Dru.

Ty enrojeció de rabia. Kit tiró a Ty de la manga, trayéndolo hacia sí, y le susurró al oído:

—Será mejor que la dejes venir con nosotros. Si se chiva, nos podrían pillar o meter a Sombra en líos.

Ty comenzó a negar con la cabeza.

—Pero ella no puede...

—Haremos que espere fuera de la cueva —propuso Kit. Se daba cuenta de que lo tendrían que hacer de todas formas; las primeras palabras de Sombra ya desmontarían las medias verdades que Kit había maquinado para decirle a Dru.

Ty soltó aire.

—De acuerdo.

Dru aplaudió contenta.

—¡Yujuuu!

Cruzaron juntos la autovía, y Dru se quitó los zapatos al llegar a la arena. Era una noche agradable; el aire les cosquilleaba la piel; el océano respiraba en lentas y tranquilas exhalaciones, llevando la marea hasta la playa. Kit sintió una especie de dolor interno ante esa belleza, mezclado con la amargura que sentía hacia su padre por no haberlo llevado nunca allí. Otra verdad que se le había negado: esa ciudad era hermosa.

Igual que lo eran otras cosas.

Ty fue pateando la arena justo en el borde, con las manos en los bolsillos. El viento le revolvía el cabello y los mechones le colgaban por las mejillas como rayas de pintura oscura. Con toda la intención, hacía como si Dru no

estuviera, mientras esta jugaba a pillar con la marea, corriendo de arriba abajo por la playa con el cabello de medio lado y los bajos de los pantalones mojados de agua salada. Miró a Kit y le guiñó un ojo, un guiño conspiratorio que decía: «Juntos estamos ayudando a Ty».

Kit esperó que eso fuera cierto. Para cuando llegaron a la entrada de la cueva, tenía varios nudos en el estómago. Ty se detuvo ante el negro agujero en el acantilado de piedra, meneando la cabeza hacia su hermana.

—No puedes venir con nosotros —dijo.

Dru abrió la boca para protestar, pero Kit le lanzó una mirada significativa.

—Es mejor que esperes aquí fuera —dijo, y pronunció cada una de las palabras con mucha claridad, para que ella supiera que lo decía en serio.

Dru se dejó caer sentada sobre la arena, desconsolada.

—Vale, de acuerdo.

Ty entró en la cueva. Kit, después de una mirada de disculpa a Dru, estaba a punto de seguirlo cuando Ty salió de nuevo, con una enfadada bola de pelo gris en las manos.

Dru sonrió inmediatamente.

—¡Iglesia!

—Puede hacerte compañía —dijo Ty, y le puso el gato a su hermana en el regazo. Dru lo miró con ojos brillantes, pero Ty ya estaba entrando de nuevo en la cueva. Kit lo siguió, aunque no pudo evitar preguntarse si Ty habría notado alguna vez lo mucho que Dru lo admiraba. Pensó que si él tuviera una hermanita que lo admirara así, se pasaría todo el tiempo alardeando.

Pero Ty era diferente, claro.

En cuanto entraron en el túnel, oyeron una música como quebrada; algo como el sonido de una canción que no se hubiera descargado bien. Al llegar a la caverna principal, hallaron a Sombra girando lentamente por la sala al ritmo de una triste canción que sonaba en un gramófono.

—*Non, rien de rien* —cantaba Sombra al mismo tiempo—. *Je ne regrette rien. Ni le bien qu'on m'a fait, ni le mal...*

Kit carraspeó sonoramente.

Sombra no parecía en absoluto avergonzado. Dejó de dar vueltas, los miró y chasqueó los dedos. La música cesó.

—No recuerdo haberos invitado a venir esta noche —dijo el brujo—. Podría haber estado ocupado.

—Te hemos enviado una nota —replicó Kit. Sombra agitó sus blancas cejas y miró a la rayada mesa de madera. Había un vial vacío encima, de los

que habían usado para distribuir el agua del lago Lyn. Kit se alegró al ver que el brujo había bebido la cura, aunque le preocupaba un poco que estuviera alucinando.

Ty dio un impaciente paso adelante.

—Lo tenemos todo. Todos los ingredientes que pediste para el hechizo.

La mirada de Sombra pasó rápidamente por Kit y luego se apartó. Parecía muy serio.

—¿Todos todos?

Ty asintió.

—Incienso, sangre y hueso...

—¿Un objeto de otro mundo?

—También lo tenemos —contestó Kit, mientras Ty sacaba del bolsillo la carta doblada—. Es de un lugar llamado Thule.

Sombra miró la carta mientras iba palideciendo hasta quedarse del enfermizo tono de una lechuga.

—¿Thule?

—¿Conoces ese mundo? —preguntó Ty.

—Sí. —La voz de Sombra era plana—. Conozco muchos otros mundos. Ese es uno de los peores.

Kit entendió que Ty estuviera perplejo. No se había esperado que Sombra reaccionara así.

—Pero lo tenemos todo —repitió—. Todos los ingredientes. Nos dijiste que nos darías una fuente de energía.

—Sí, lo dije. —Sombra se sentó en la desvencijada mesa de madera—. Pero no lo haré.

Ty lo miró incrédulo.

—Pero dijiste...

—Ya sé lo que dije —replicó Sombra—. Nunca pensé que podrías encontrar todos los ingredientes, niño tonto. Pensé que te darías por vencido. No ha sido así. —Alzó los brazos al cielo—. ¿No entiendes que eso sería lo peor que podrías hacer? ¿Que sus consecuencias te perseguirían durante toda la vida? La muerte es el final por una razón.

—Pero tú eres inmortal. —Los ojos de Ty eran enormes y gris pálido; monedas de plata contra un rostro blanco.

—Tengo una vida muy larga, pero no viviré eternamente —repuso Sombra—. Todos tenemos la vida que nos ha correspondido. Si sacas a Livvy del que ahora es su sitio, dejas un agujero en el universo que se llenará de

oscura tristeza y desgraciado dolor. No es algo de lo que puedas salir sin un rasguño. Ni ahora, ni nunca.

—Así que nos has mentido —replicó Ty.

Sombra se puso en pie.

—Sí, y lo volvería a hacer. Nunca te ayudaré a hacer eso, ¿me entiendes? Y haré correr la voz para que ningún brujo te ayude. Se enfrentarán a mi furia si lo hacen.

Ty abrió y cerraba las manos sin ser demasiado consciente de ello.

—Pero Livvy...

—Tu hermana está muerta —dijo Sombra—. Comprendo tu dolor, Tiberius, pero no puedes romper el universo para recuperarla.

Ty se volvió y salió corriendo por el túnel. Kit miró fijamente a Sombra.

—Eso ha sido demasiado brutal —le dijo—. ¿Tenías que hablarle así?

—Sí —respondió Sombra. Se recostó en la silla—. Ve detrás de tu amigo. Ahora te necesita, y Dios sabe que yo no.

Kit retrocedió, luego se volvió y salió corriendo, siguiendo la luz mágica de Ty. Llegó a la playa y lo encontró allí, tratando de recuperar el aliento.

Dru se puso en pie de un salto y dejó caer a *Iglesia*.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

Kit le puso la mano a Ty en la espalda, entre los omóplatos. Le sorprendió un poco encontrarla más sólida y musculosa de lo que habría pensado. Siempre lo había considerado frágil, pero no lo notaba frágil en absoluto. Lo sentía como hierro batido muy fino: flexible e irrompible.

Kit recordó haber oído en alguna parte que frotar la espalda de alguien en círculos producía un efecto calmante, así que hizo eso. La respiración de Ty comenzó a regularizarse.

—No va a funcionar —dijo Kit, mirando fijamente a Dru por encima de la espalda de Ty—. No vamos a poder ver el fantasma de Livvy.

—Lo lamento —susurró Dru—. A mí también me habría gustado verla.

Ty se incorporó. Tenía los ojos húmedos, y se los frotó con fuerza.

—No, perdona, Dru.

Kit y Dru intercambiaron una mirada asombrada. A Kit no se le había ocurrido pensar que Ty pudiera sentirse no solo decepcionado, sino que también les había fallado a los otros.

—No hay nada que perdonar —respondió Dru—. Algunas cosas no son posibles. —Le tendió la mano con timidez—. Si estás mal, nos podemos quedar toda la noche viendo pelis en la sala de la tele. También puedo hacer galletas. Eso siempre ayuda.

Hubo un largo silencio. Ty le cogió la mano a Dru.

—Eso estaría bien.

Kit sintió un alivio tan intenso que casi se fue de lado. Ty había recordado que tenía una hermana. Sin duda eso era algo. Se había esperado una reacción mucho peor: una decepción incalculable, un dolor tan profundo que nada de lo que él hubiera dicho habría servido.

—Vamos. —Dru tiró de Ty y juntos comenzaron a regresar al Instituto.

Kit los siguió, pero se detuvo cuando subían el primer farallón de roca que cerraba el paso a la playa. Mientras Ty y Dru lo subían, él miró hacia atrás y vio a Sombra observándolos desde la oscuridad de la entrada de la cueva. Le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza antes de desaparecer entre las sombras.

* * *

El viento soplaba desde el desierto; Cristina y Mark se hallaban sentados cerca de las estatuas que Arthur Blackthorn había hecho transportar desde Inglaterra y colocado en medio de los cactus de las montañas de Santa Mónica. La arena aún conservaba el calor del día, y Mark la notaba mullida bajo él, como una gruesa alfombra. En la Cacería Salvaje, Kieran y él la hubieran considerado una cama excelente.

—Estoy preocupada —dijo Cristina—. No sé si antes le hemos hecho daño a Kieran.

Estaba descalza sobre la arena, con un corto vestido de encaje y brazaletes de oro. Solo mirarla hacía que Mark sintiera dolor en el corazón, así que miró la estatua de Virgilio, su viejo amigo de noches frustrantes. Virgilio le devolvió la mirada impasible, sin ofrecerle consejo.

—Sus preocupaciones también son las mías —repuso Mark—. Es difícil calmar sus miedos cuando no puedo calmar los míos.

—No tienes que calmar los miedos de los otros para compartir los tuyos, Mark. —Cristina jugueteaba con el medallón, acariciando con sus largos dedos el grabado del ángel Raziel. Mark tenía unas ganas locas de besarla, pero se contentó con clavar los dedos en la arena.

—Podría decir lo mismo de ti —replicó él—. Llevas todo el día tensa como una cuerda de arco. También tienes temores.

Ella suspiró y le dio una juguetona patadita en la pierna con el pie descalzo.

—Muy bien. Tú me cuentas, yo te cuento.

—He estado preocupado por mi hermana —dijo Mark.

Cristina lo miró perpleja.

—No pensaba que fueras a decir eso.

—A mi hermana la exiliaron por su sangre feérica —explicó Mark—. Ya sabes la historia. La conoces mejor que muchos. —No pudo evitarlo, y puso la mano sobre la de ella en la arena—. Toda mi familia ha sufrido porque nuestra madre era un hada. Siempre han cuestionado nuestra lealtad. ¿No sería mucho peor para ella y Aline si yo estuviera con Kieran y él fuera el rey de la corte noseelie? Suena tan extraño decirlo, y tan egoísta...

—No es egoísta.

Ambos alzaron la mirada.

Kieran estaba en el espacio entre dos estatuas, pálido como ellas. Su cabello eran las negras alas de un cuervo en la oscuridad, que le borraba todo el azul.

—Estás preocupado por tu familia —dijo Kieran—. Eso no es egoísmo. Eso lo he aprendido de Julian y de ti. Querer proteger a los otros por encima de tu propia felicidad... —Miró de lado—. Y no estoy suponiendo que estar conmigo te hiciera feliz.

Mark se había quedado sin palabras, pero Cristina extendió los brazos. Sus brazaletes de oro relucieron sobre su piel morena al hacerle un gesto a Kieran.

—Ven a sentarte con nosotros.

Kieran también iba descalzo; las hadas lo hacían a menudo. Se movió como un gato sobre la arena, sin levantar polvo, con movimientos silenciosos mientras se arrodillaba frente a Cristina y Mark.

—Me haría feliz —contestó Mark—. Pero, como tú mismo has dicho... —Cogió un puñado de arena y lo dejó escapar entre los dedos... hay otras consideraciones.

—Quizá no sea rey —dijo Kieran.

—O quizá sí —repuso Cristina—. Yo también estoy asustada. Hoy he hablado con mi madre. Alguien le había dicho algo desagradable sobre mí. Que me relacionaba con hadas; que era una... chica sucia, mancillada por subterráneos. Ya sabes que no me importa lo que digan sobre mí —añadió rápidamente—. Y mi madre lo lleva bien, pero... es un mal momento para ser un Rosales. Nuestra historia de amistad con las hadas ya nos ha traído problemas. Jaime y Diego están en la cárcel. ¿Y si les causo más problemas?

—Ahora sí que voy a deciros algo egoísta —dijo Kieran—. Tenía miedo de que ambos os hubierais arrepentido de lo que pasó anoche. Que ambos os

arrepintieseis de... mí.

Mark y Cristina se miraron. Ella negó con la cabeza, y el viento le revolvió el oscuro cabello.

—No hay ningún arrepentimiento —repuso Mark—. Es solo...

—Lo sé —lo interrumpió Kieran—. Lo supe cuando Gwyn vino y me dijo que debería ser rey. Supe lo que eso significaría. Incluso si me involucrara con la Corte de cualquier otro modo, como parece que deberé hacer. La Clave quiere controlar el acceso a las cortes, siempre lo ha querido. Que dos cazadores de sombras, a los que no controlan, tuvieran el favor del rey, le parecería execrable.

—Pero Kieran... —comenzó Cristina.

—No soy tonto —continuó él—. Sé cuándo algo es imposible. —Sus ojos eran escudos de metal: uno envejecido, otro nuevo—. Siempre he sido un alma solitaria. En la Corte de mi padre y en la Cacería, mi corazón sentía furia y tormenta. —Inclinó la cabeza—. Cuando conocí a Mark, supe que había hallado a la persona que me daría paz de espíritu. No pensé que lo volvería a encontrar con alguien, pero ha pasado. Si pudiera quedarme aquí sentado tranquilamente con vosotros dos antes de que se desate la tormenta que se está formando, significaría mucho para mí.

—Y para mí —repuso Cristina. Extendió la mano y cogió la de Kieran. Este alzó la cabeza mientras Mark lo tomaba de la otra. Mark y Cristina también se cogieron, completando el círculo. Ninguno habló. No hacía falta. Era suficiente con estar juntos.

* * *

Emma aún se notaba con los nervios de punta cuando entró en la cocina por la mañana, como si hubiera tomado demasiadas tazas del café que aborrecía.

El ritmo constante de las palabras de Diana en Thule le resonaba en la cabeza. La noche anterior no fue a ver a Julian para explicarle lo de Zara, sino que despertó a Helen y Aline para advertirlas. Luego se dirigió a la sala de entrenamiento, con la esperanza de que patear, golpear y caer sobre las duras colchonetas le hicieran olvidar el ardor de la runa; olvidar lo que les había pasado a los *parabatai* en Thule; olvidar las palabras de la reina.

Más tarde, cuando se quedó dormida, soñó con la runa de *parabatai* en la Ciudad Silenciosa, con sangre en la empuñadura de *Cortana* y con una ciudad en ruinas donde monstruosos gigantes cubrían el horizonte. Aún se sentía inquieta, como si estuviera medio atrapada por las pesadillas.

Se alegró de ver la cocina llena de gente. En realidad, había demasiada para que cupieran en la pequeña mesa. Alguien había tenido la brillante idea de ampliarla con una caja de armas traída de la sala de entrenamiento y puesta boca abajo; y se trajeron sillas plegables del resto de la casa.

La había preocupado que fuera a ser una mañana triste, mientras todos corrían preparándose para invadir Alacante. No podía evitar sentirse resentida porque ni Julian ni ella iban a ir. También era su lucha. Además, le iría bien la distracción. Lo último que quería era quedarse en el Instituto con Julian y una supervisión mínima.

Pero el grupo reunido parecía de todo menos triste. Si no fuera por el espacio que tendría que haber ocupado Livvy, la escena habría sido casi perfecta: Helen y Aline sonriendo a los chicos sobre tazones de humeante café, Mark entre Kieran y Cristina, como si el primero nunca hubiera sido arrancado de su familia. Jace y Clary visitando a la familia de un modo que nunca había sido posible cuando Arthur estaba al mando. Kit, la pieza que nunca imaginaron que necesitaba Ty, robándole una patata del plato y haciéndolo sonreír. Diana radiando su firme calma y aportando equilibrio a una familia que tendía a dramatizar. Incluso Kieran, que parecía hacer más felices a Mark y a Cristina, se había adaptado al grupo por fin, y les estaba mostrando a Tavvy y a Dru los placeres de mojar las fresas en el sirope de arce.

Y Julian, claro, ante la cocina, dando la vuelta a las tortitas con la facilidad de un experto.

—Una tortita detrás de otra, Tavvy —estaba diciendo Helen—. Sí, ya sé que puedes meterte tres en la boca, pero eso no quiere decir que tengas que hacerlo.

Emma encontró los ojos de Julian. Le vio la tensión en los hombros, en la boca.

«Compórtate como siempre —pensó—. Esto es un desayuno normal y alegre con la familia».

—¿Has hecho tortitas? —exclamó en un tono jovial—. ¿A qué se debe tal placer?

—A veces, cuando empiezas una guerra, te apetece hacer tortitas —contestó Julian, mientras servía dos en un plato y se lo ofrecía a Emma.

Jace se atragantó con su tostada.

—¿Qué acabas de decir, Julian?

Este miró el reloj colgado sobre la cocina. Apagó el fuego y comenzó a desatarse tranquilamente el delantal.

—Estarán aquí en cualquier momento —anunció.

—¿Estarán quiénes? —Diana dejó el tenedor en la mesa—. Julian, ¿de qué estás hablando?

Tavvy se hallaba de pie sobre una silla de plástico, con la cara pegada a la ventana. Lanzó un excitado gritito.

—¿Quién es toda esa gente que viene por el camino, Jules?

Kit y Ty saltaron de la silla al instante y corrieron a la ventana.

—Veo hadas... —dijo Ty—. Y creo que esos son licántropos... y esos coches negros tienen que ser de vampiros...

—Y cazadores de sombras —exclamó Kit—. Muchos cazadores de sombras...

—El Santuario está casi preparado —dijo Julian, tirando el trapo de cocina sobre la mesa—. A no ser que alguien más quiera hacerlo, voy a bajar a recibir a nuestros invitados.

Jace se puso en pie. Clary lo miró preocupada: sus ojos dorados estaban cargados de furia.

—No te lo preguntaré otra vez, Julian Blackthorn —dijo, y su voz, normalmente divertida, no contenía ningún rastro de diversión—. ¿Qué has hecho?

Julian se apoyó en la encimera. Emma se dio cuenta, sorprendida, de que aunque parecía mucho más joven, era igual de alto que Jace.

—¿Recuerdas cuando dijiste que mi idea de una coalición no era buena porque no podíamos confiar en que otros cazadores de sombras nos dijeran la verdad sobre a quién eran leales?

—Perfectamente —respondió Jace—. Pero deduzco que has invitado a todo el mundo para hablar de guerra, ¿no?

—¿Y ya están aquí? —balbuceó Clary—. Pero... si llevo puesta una camiseta que dice «Unicorn Power»...

—Los unicornios no existen —afirmó Jace.

—Ya lo sé —replicó Clary—. Por eso tiene gracia.

—Y volviendo al asunto de la traición... —continuó Jace.

—¿Y si te dijera que espero esa traición? —preguntó Julian—. ¿Que, de hecho, cuento con ella? ¿Que es parte de mi plan?

—¿Qué plan?

—Yo siempre tengo un plan —contestó Julian tranquilamente.

Dru alzó su taza de café.

—Es maravilloso tenerte de vuelta, Jules. Ya echaba de menos tus planes de locos.

Helen ya se había puesto en pie. Aline parecía estar tratando de no reírse.

—¿Y cómo los has reunido a todos? —preguntó Helen—. ¿Cómo has podido contactar con tantos subterráneos y nefilim tan deprisa?

—Me he estado escribiendo con ellos durante años —respondió Julian—. Sé cómo enviar mensajes de fuego a los brujos y a los cazadores de sombras, y mensajes en bellotas para las hadas, y tengo el número de teléfono de todos los licántropos y vampiros importantes. Sé cómo contactar con la Alianza de Subterráneos y Cazadores de Sombras. Tenía que saber esas cosas. Durante cinco años fue mi trabajo.

—Pero antes, ¿no les escribías haciéndote pasar por Arthur? —inquirió Helen, claramente preocupada—. ¿Por quién te has hecho pasar esta vez?

—Les escribía como yo mismo —contestó Julian—. Conozco a esa gente. Conozco su personalidad. Sé quién va a estar de nuestro lado. He sido el director del Instituto durante cinco años. He llamado a mis aliados, porque ha sido mi trabajo saber quiénes eran mis aliados.

Hablaba con calma y firmeza. No había nada irrespetuoso en lo que decía, pero Emma sabía que quería decir: «Hace años que soy un diplomático, sin que se supiera ni reconociera. Pero eso no significa que no fuera bueno y no tuviera recursos. Y he puesto esos recursos y esa experiencia en práctica, os guste o no».

—No podemos luchar solos contra la Cohorte —añadió—. Son parte de nosotros. Parte de nuestro gobierno. No son extraños como Sebastian. Necesitamos esos aliados. Ya veréis.

Y entonces miró a Emma, como si no pudiera evitarlo. El mensaje estaba claro en sus ojos. Aunque ella aún estuviera recuperándose de la sorpresa ante lo que había hecho, esperaba su aprobación. Como siempre.

Emma notó un ardiente latido en su runa de *parabatai*. Hizo una mueca de dolor y se miró el brazo izquierdo; notaba la piel caliente y tensa, pero la runa estaba como siempre. Solo había sido una mirada, pensó. Eso era todo.

—Te ayudo a acabar de preparar el Santuario para la reunión —dijo—. Necesitaremos sillas...

Kieran se puso en pie, mientras le salían mechones azul marino detrás de las orejas.

—Yo también ayudo —dijo—. Te doy las gracias en nombre de mi gente por llamar a los subterráneos a la mesa como iguales. Tienes razón. Ninguno de nosotros puede hacer esto solo.

Diana se levantó.

—Enviaré un mensaje a Gwyn —informó—. Sé que le gustará asistir, y tendrás a la Cacería Salvaje de tu lado.

Fue el turno de Cristina.

—¿Has contactado con el Instituto de Ciudad de México?

—Sí —contestó Julian—. Tu madre ha dicho que estará encantada de asistir.

Cristina pareció alarmada.

—Tengo que ir a cambiarme de ropa —exclamó, y salió corriendo.

Los jóvenes Blackthorn observaron fijamente a Jace cuando este alzó la mano. Emma se tensó. Jace era un cazador de sombras muy poderoso, y no solo físicamente, sino también a nivel político. Él y Clary podían fastidiar cualquier aspecto del plan, si así lo decidían.

—¿Has invitado a Alec y a Magnus? —preguntó Jace—. ¿Saben que hemos cambiado de planes?

«Hemos». Emma comenzó a relajarse.

—Claro —contestó Julian—. He invitado a quien he pensado que podría estar de nuestro lado. Y a todos les dije que podían invitar a cualquiera en quien confiaran.

—Probablemente sea una mala idea —soltó Jace—. Como una mala idea de récord, o para entrar en los libros de historia. Pero...

Clary se puso en pie.

—Lo que quiere decir es que nos apuntamos. Nos encantan las malas ideas.

—Es cierto —admitió Jace, y esbozó una sonrisa. De repente, parecía haber vuelto a sus diecisiete años.

Aline fue la última en levantarse.

—Técnicamente, este es mi Instituto —dijo—. Haremos lo que yo diga. —Hizo una pausa—. Y yo digo lo que Helen quiera. ¿Qué quieres, cariño?

Helen sonrió.

—Quiero una reunión de guerra —respondió—. Vamos a prepararnos.

27

De aquí y de allí

Fueron entrando por la puerta abierta del Santuario unos tras otros: subterráneos y cazadores de sombras, en una cascada que parecía infinita.

Primero entraron los vampiros, con sus rostros de papel y fría elegancia, bajo paraguas encantados para protegerse en los pocos pasos entre los coches de vidrios tintados y las puertas del Santuario, ansiosos por escapar del sol. Entre ellos, Emma reconoció a Lily Chen, del brazo de un alto vampiro con rastas. Una bandada de rubios vampiros suecos entraron charlando con los Lindquist, que dirigían el Instituto de Estocolmo.

Había licántropos de todo el mundo: Luke Garroway, desaliñado y barbudo, con la madre de Clary, Jocelyn, a su lado. Licántropos en *kilts*, *hanboks* y *qipaos*. Maia Roberts y Bat Velasquez (Emma sintió una punzada al pensar en su otra versión en Thule, aún juntos, aún cogidos de la mano).

Y también había brujos, más de los que Emma había visto nunca juntos. Catarina Loss, de piel azul y pelo blanco, iba junto a Tessa y Jem, con traje de enfermera y mirando alrededor pensativa. Se le iluminó la mirada al ver a Kit, y lo observó con un callado reconocimiento, que este, absorto hablando con Ty, no notó.

Hypatia Vex, con su cabello de bronce y piel oscura, regia y curiosa. Brujos con alas de murciélago, con pezuñas, branquias y ojos de colores, con delicadas antenas y curvados cuernos de ciervo. Una mujer con cara de murciélago que se acercó a Cristina y comenzó a hablarle en castellano. Un brujo de piel negra con una marca blanca en la mejilla en forma de telaraña.

Y los cazadores de sombras. Emma sí que había visto muchos cazadores de sombras reunidos antes, ya que había asistido a bastantes reuniones del Consejo, pero era esperanzador ver cuántos habían respondido a la llamada de Julian. Este se hallaba al frente de la gran sala, donde los Blackthorn y sus amigos habían preparado rápidamente una larga mesa. Un estandarte enrollado colgaba en la pared de atrás. Julian se apoyaba tranquilamente en la

mesa, pero Emma notó la tensión que lo recorría como cables de alto voltaje mientras los cazadores de sombras comenzaban a entrar en el Santuario.

Julie Beauvale y Beatriz Mendoza, con sus runas de *parabatai* brillándoles suavemente en el antebrazo; Marisol Garza, de blanco en recuerdo de Jon Cartwright. Magnus y Alec acababan de llegar con Maryse y los niños, y se hallaban junto a la puerta, al otro lado de Aline y Helen, recibiendo a los subterráneos mientras ellas recibían a los cazadores de sombras. Kadir Safar, del Cónclave de Nueva York, saludó sombrío a Diana con un gesto de la cabeza antes de ir a hablar con Maryse, que tenía al pequeño y azul Max en el regazo mientras que Rafe corría en círculos alrededor de ambos.

Los Romero habían llegado desde Argentina, los Pedroso de Brasil, los Keos de Camboya, y los Rosewain del norte de Inglaterra. Una mujer morena y menuda corrió hacia Cristina y la abrazó con fuerza: su madre. Emma tuvo el impulso de hacerle una reverencia a la mujer que había puesto el nombre a Diego *el Perfecto*.

—Es genial ver la Alianza en acción —comentó Mark, que había estado ayudando a colocar filas de sillas. Se había puesto un traje oscuro para tratar de parecer más serio. Igual que la cuidadosa colocación de la comida en la reunión del otro día, ese pequeño gesto hizo enternecer a Emma. Había muchas maneras de servir a la familia, pensó. La de Julian, con gestos importantes y apasionados; la de Mark, con cosas pequeñas y más callada, pero igual de significativa—. Parece que Alec conoce a todos los subterráneos que hay aquí.

Era cierto; Alec estaba recibiendo a una chica licántropo que hablaba un rápido francés y le preguntaba por Rafe; un alto vampiro moreno con una camiseta de caracteres chinos le palmeó la espalda, y Lily y Maia fueron rápidamente a hablar con él en voz baja.

De repente, Mark se cuadró de hombros. Emma siguió su mirada y vio que habían entrado varias hadas. Le puso la mano a Mark en el brazo, preguntándose si estaba recordando la última vez que había estado en el Santuario, cuando la Cacería Salvaje lo había devuelto a su familia.

Kieran también se dio la vuelta; había estado hablando con Julian en voz baja, pero en este momento también miraba hacia la puerta: había entrado Gwyn, lo que ya se esperaban, pero lo seguían varios más. Entre las dríadas, los pixies y los nixies, Emma reconoció a varios piskies, los seres mágicos que Julian y ella se habían encontrado en Cornualles. Tras ellos entró un alto pouka con una camiseta en la que se leía JUSTICIA PARA KALIE, y detrás de él,

una mujer vestida con una larga capa verde, con el rostro medio oculto por la capucha, de la que escapaban mechones de cabello dorado.

Emma se volvió hacia Mark.

—Es Nene.

—Debo hablar con ella. —Mark le dio a Emma una palmada en el hombro y se fue cruzando la sala para saludar a su tía. Emma vio que Kieran y Cristina lo observaban, aunque Cristina había sido capturada por su madre y no iba a ir a ningún sitio.

Emma volvió a mirar a Julian, que se había pasado al otro lado de la mesa y estaba con los brazos en jarras. Helen y Aline se habían unido a él. El resto de la familia se agrupaba en unas sillas a la izquierda de la sala, Kit y Ty juntos, y Dru con la mano sobre el hombro de Tavvy, volviéndose para mirar a una persona que acababa de entrar en el Santuario.

Era Cameron. Iba solo y un poco encorvado, como si esperara pasar desapercibido, aunque su brillante cabello rojo era como un faro. Emma no pudo contenerse y corrió hacia él.

Él pareció sorprenderse cuando la vio llegar corriendo y le cogió las manos.

—Gracias por venir, Cameron —le dijo—. Gracias por todo.

—El resto de la familia no lo sabe... —reconoció él—. Son bastante...

—Afines a la Cohorte, ya lo sé —concluyó Emma—. Pero tú eres diferente. Eres un buen tipo. Lo sé con toda seguridad, y lamento si alguna vez te hice daño en el pasado.

Cameron pareció incluso más alarmado.

—No creo que debamos volver juntos —casi balbuceó.

—Oh, claro que no —repuso Emma—. Solo me alegro de que estés bien.

Miró a Julian, que agitaba la mano saludando y le hizo a Cameron un gesto con el pulgar hacia arriba desde detrás de la mesa. Aterrorizado, Cameron se escabulló hacia la seguridad de las sillas.

Algún día le hablaría de Thule.

Quizá.

Saludó con la mano a Simon e Isabelle, que entraban cogidos de la mano. Isabelle fue directa hacia su madre y Max.

Simon saludó a Kieran con una sorprendida mirada de reconocimiento antes de cruzar la sala para ir a hablar con Vivianne Penhallow, la decana de la Academia de los cazadores de sombras. A veces, Emma se preguntaba si Simon había disfrutado del tiempo que pasó en la Academia. También se

preguntó si a ella le hubiera gustado estar allí. Pero en esos momentos no servía de nada pensar en el futuro.

Volvió a mirar a Julian. La gran puerta seguía abierta y se colaba la brisa; y por un momento Emma vio a Livvy, pero no como la de Thule, sino la Livvy de este mundo; la vio como una visión o una alucinación, detrás de Julian, con la mano sobre su hombro y el etéreo cabello revuelto por el viento.

Emma cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir, Julian estaba solo. Como si pudiera notar su mirada, Julian se la devolvió. Por un momento, a Emma le pareció increíblemente joven, como si aún fuera el niño de doce años que había caminado todas las semanas dos kilómetros de ida y de vuelta, cargado de pesadas bolsas, para asegurarse de que sus hermanos y hermanas tuvieran alimentos.

«Si me lo hubieras dicho —pensó—. Si hubiera sabido cuándo necesitabas ayuda».

Ya no podía ser ni *parabatai* de Julian ni su pareja. No podía sonreírle como Clary sonreía a Jace, o ponerle una tranquilizadora mano en el hombro como Alec le hacía a Magnus, o cogerle la mano como Aline se la había cogido a Helen.

Pero podía ser su aliada. Se colocaría con los otros en la parte delantera de la sala, de cara a la multitud. Comenzó a cruzar la sala hacia la mesa.

* * *

Mark alcanzó a Nene al mismo tiempo que Helen. Su tía parecía inquieta, toqueteando con sus largos dedos la tela esmeralda de su capa. Sus ojos fueron de uno al otro mientras se acercaban y los saludó con una corta y estirada inclinación de cabeza.

—Miach —dijo—. Alessa. Me alegro de veros bien.

—Tía Nene —contestó Helen—. Yo me alegro de que hayas venido, y... ¿va todo bien?

—Se me ordenó permanecer en la corte después de que la reina regresara de la corte noseelie —explicó Nene—. Desde ese momento ha estado furiosa y desconfiada. Para estar aquí, he desobedecido una orden directa de mi monarca. —Suspiró—. Es posible que nunca pueda regresar a la corte.

—Nene —exclamó Helen, horrorizada—. No tenías por qué venir.

—Quería venir —repuso ella—. Toda mi vida he temido a la reina. He vivido con miedo de lo que realmente quería: dejar la corte y vivir como una

de las hadas silvestres. Pero vosotros, mis sobrinos... vosotros vivís entre dos mundos y no tenéis miedo.

Ella les sonrió, y Mark estuvo tentado de decirle que él se pasaba la mitad del tiempo asustado. No lo hizo.

—Haré lo que pueda para ayudaros aquí —dijo Nene—. Vuestra causa es justa. Ya es hora de que la Paz Fría vea su fin.

Mark, que no se había dado cuenta de que Julian había estado prometiendo precisamente eso, el fin de la Paz Fría, hizo un ruidito de ahogo.

—Adaon —dijo—. Sé que Helen te escribió sobre él. Nos salvó la vida...

—Quería traeros las noticias yo misma. Adaon está bien —contestó Nene—. Se ha convertido en algo así como el favorito de la reina seelie y ha ascendido rápidamente en la corte.

Mark parpadeó perplejo. No se había esperado eso.

—¿Un favorito de la reina seelie?

—Creo que Mark quiere saber si es el amante de la reina seelie —aclaró Helen, con su franqueza habitual.

—Oh, seguramente. Es bastante sorprendente —respondió Nene—. Fergus está muy molesto, porque antes él era el favorito.

—Saludos, Nene —dijo Kieran, acercándose a ellos. Se había cambiado los vaqueros y tenía el aspecto de un príncipe hada, como Mark lo había conocido, vestido de lino color crema y calzas beis. Su pelo era oscuro, del azul del mar por la noche—. Me alegro de verte bien. ¿Cómo está Adaon, mi hermano? ¿No demasiado sometido bajo el tacón de la reina?

—Solo si quiere estarlo —respondió Nene alegremente.

Kieran la miró perplejo. Y Mark se cubrió el rostro con las manos.

* * *

—¡Emma!

A medio camino de la mesa, Emma se volvió y vio a Jem saludándola, con una sonrisa tímida en el rostro. Lo había visto entrar antes, con Tessa, que estaba sentada junto a Catarina Loss. Lo miró mientras él se acercaba; parecía que hacía siglos desde que lo había visto en el funeral de Livvy.

—Emma. —Jem le cogió las manos—. ¿Estás bien?

«Está viendo lo cansada que parezco —pensó—. Los ojos hinchados, la ropa arrugada, y quién sabe qué más».

Intentó sonreírle.

—Me alegro mucho de verte, Jem.

La luz de las lámparas le iluminaba las cicatrices de las mejillas.

—Esa no es realmente una respuesta a mi pregunta —repuso él—. Tessa me contó lo de Thule. ¡Vaya viaje que has hecho!

—Supongo que todos lo hemos hecho —dijo en voz baja—. Fue horrible, pero ya estamos de vuelta.

Él le dio un apretón en las manos y se las soltó.

—Quería darte las gracias —dijo—. Por toda la ayuda que tus amigos y tú nos habéis aportado para curar la enfermedad de los brujos. Has sido mejor amiga para mí de lo que lo he sido yo para ti, *mèi mèi*.

—No, tú me has ayudado tantísimas veces... —protestó Emma. Vaciló un instante—. Por cierto, quería preguntarte una cosa.

Jem metió las manos en los bolsillos.

—Claro, ¿qué es?

—¿Sabes cómo quitar las Marcas de cazador de sombras? —preguntó Emma.

Jem se quedó de piedra.

—¿Qué? —Miró alrededor como para asegurarse de que nadie los estaba oyendo; la mayoría se habían sentado ya y miraban al frente de la sala, expectantes—. Emma, ¿por qué me preguntas por algo tan horrible?

Ella pensó deprisa.

—Bueno... la Cohorte. Quizá el modo de quitarles el poder no sea... no sea atacándolos, sino haciendo que ya no sean cazadores de sombras. Y tú fuiste un Hermano Silencioso, y podrías hacerlo, o...

Fue callando al ver la cara de horror de Jem.

—Emma, no tienes que responsabilizarte de todas las decisiones. La Clave será restaurada, y ellos se encargarán de la Cohorte. —Su voz era amable—. Sé que estás preocupada. Pero como Hermano Silencioso, he participado en la ceremonia de quitar las Marcas a un cazador de sombras. Es algo horrible que nunca repetiré. Nunca lo volveré a hacer. Bajo ninguna circunstancia.

Emma se sintió como si se estuviera ahogando.

—Claro, siento haber sacado el tema.

—No pasa nada. —Su voz era tan comprensiva que le rompió el corazón a Emma—. Ya sé que estás asustada. Todos lo estamos.

Ella se lo quedó mirando mientras se alejaba. La desesperación hacía que le costara respirar.

«Tengo miedo. Pero no de la Cohorte. Tengo miedo de mí».

Emma se sentó detrás de la mesa frente a los asistentes; Mark también se había unido al grupito, y se hallaba a su lado, a cierta distancia de Julian. La puerta se había cerrado y las antorchas brillaban, iluminando las filas y filas de rostros que la miraban desde las sillas colocadas en la sala. Lo cierto era que todas estaban ocupadas, y bastantes subterráneos y cazadores de sombras se apoyaban en la pared, observando.

—Gracias a todos por responder a mi llamada —comenzó Julian. Emma notaba sus nervios, su tensión, que hacía que incluso a ella se le acelerara la sangre en las venas. Pero Julian no mostró nada de eso. Había una fácil autoridad en su voz, que hizo que se hiciera el silencio en la sala sin que él tuviera que gritar—. No me alargaré con explicaciones o presentaciones. Ya sabéis quién soy. Conocéis a mi hermano y a mi hermana; conocéis a Aline Penhallow y a Emma Carstairs. También sabéis que la madre de Aline, nuestra Cónsul, ha sido puesta bajo custodia ilegalmente. Sabéis que Horace Dearborn se ha hecho con el poder en Idris...

—Lo votaron —interrumpió Kwasi Bedialo, el brujo con la marca de telaraña blanca en el rostro, en el que Emma se había fijado antes; Cristina le había susurrado antes que Bedialo era el Brujo Supremo de Accra—. No podemos fingir que no fue así.

—Nadie lo votó para meter a mi madre en la prisión —exclamó Aline—. Nadie lo votó para que le arrebatara el poder a la Cónsul y quedar él al mando.

—Y además, hay otros en prisión —terció la madre de Cristina. Esta, sentada a su lado, enrojeció—. ¡Diego Rocío Rosales ha sido encerrado! ¡Por nada!

Kieran la miró, con una sonrisita en la comisura de la boca.

—Lo mismo ha pasado con mi prima Divya —añadió Anush Joshi, un joven con un mal corte de pelo y rostro ansioso—. ¿Qué planeáis hacer? ¿Plantearlo en el Consejo?

Julian se miró las manos un instante, como reuniendo fuerzas.

—Todos los que estamos aquí siempre hemos aceptado una cierta cantidad de prejuicios como algo normal, ya fuera por elección o por necesidad.

La sala quedó en silencio. Nadie lo contradijo, pero hubo muchos ojos que bajaron la mirada, como avergonzados.

—Ahora, la Cohorte ha cambiado lo que considerábamos normal —continuó Julian—. Nunca antes se había echado a los subterráneos de Idris.

Nunca antes ha habido cazadores de sombras que encerraran a otros cazadores de sombras sin, al menos, fingir un juicio.

—¿Y por qué debería importarnos lo que los cazadores de sombras se hagan entre sí? —preguntó el pouka con la camiseta de Kaelie.

—Porque es el primer paso, y lo que les harán a los subterráneos será mucho peor —contestó Emma, sorprendiéndose a sí misma. No había tenido la intención de hablar, solo de estar junto a Julian—. Ya han inscrito en el Registro a muchos de vosotros.

—¿Y nos estás diciendo que debemos combatirlos? —preguntó Gwyn con su voz de trueno—. ¿Es esto una llamada a las armas?

Julie Beauvale se puso en pie.

—Quizá no sea una buena Clave, pero siguen siendo cazadores de sombras. Hay un montón de gente que sigue a la Cohorte porque tiene miedo. No quiero hacer daño a esa gente, y su miedo es real, sobre todo ahora que Jace y Clary están muertos.

—Julie —susurró Beatriz—. Siéntate.

—Jace y yo estábamos muy unidos personalmente —continuó Julie—. No dudaría en llamarlo mi mejor amigo, y yo...

—Julie. —Beatriz la cogió por el faldón de la camisa y la hizo sentar. Se aclaró la garganta—. Creo que lo que Julie quiere decir es que habláis de que la Cohorte quiere destruir el gobierno, pero supongo que, dado tanto secreto, vosotros también queréis destruir el gobierno, y yo... no sé cómo podemos hacer eso sin herir a gente inocente.

Se oyó como un murmullo de conversaciones. Entre las sombras, Emma los vio; no sabía cuándo habían entrado, pero una única Hermana de Hierro y un único Hermano Silencioso se hallaban inmóviles contra la pared del fondo, con los rostros ocultos.

La recorrió un escalofrío. Sabía que las Hermanas de Hierro estaban en contra de la Cohorte. No conocía la posición de los Hermanos Silenciosos. Pero ambos parecían emisarios de la Ley, plantados allí en silencio.

—No estamos sugiriendo destruir el gobierno —remarcó Julian—. Estamos diciendo que ahora mismo lo están destruyendo desde dentro. La Clave se creó para dar voz a los cazadores de sombras. Si todos nos quedamos sin voz, entonces no es nuestro gobierno. La Ley se puso en vigor para protegernos y permitirnos proteger a otros. Cuando las leyes se retuercen y se rompen para poner a los inocentes en peligro, entonces no es nuestra Ley. Valentine quiso dominar la Clave. Sebastian quiso quemarla hasta los cimientos. Nosotros solo queremos que nuestra Cónsul esté en el poder, para

permitir que el gobierno de los cazadores de sombras sea lo que debe ser; no una tiranía, sino la representación de quiénes somos y de lo que queremos.

—Esas son palabras muy bonitas —intervino el licántropo francés que había hablado antes con Alec—. Pero Jace y Clary eran muy queridos por nuestra gente. Querrán guerra contra aquellos que les hicieron daño.

—Sí —respondió Julian—. Cuento con ello.

No hubo ningún gesto, ni ninguna señal que Emma pudiera ver, pero las puertas del Santuario se abrieron y Jace y Clary entraron, como si les hubieran dado pie para intervenir.

Al principio, la multitud no reaccionó. La luz de las antorchas era muy brillante, y ninguno de los dos iba con el traje de combate: Jace llevaba vaqueros y Clary un sencillo vestido azul. Mientras pasaban entre la gente, muchos se quedaron pensativos hasta que, finalmente, Lily Chen, con cara enfadada, se puso en pie.

—No puedo creer lo que ven mis ojos —gritó con voz aburrida—. ¿No son esos Jace Herondale y Clary Fairchild, vueltos de entre LOS MUERTOS?

La reacción que recorrió la multitud fue eléctrica. Clary miró algo asustada mientras crecía el estruendo; Jace simplemente sonrió mientras ambos se unían a Emma y los demás al otro lado de la larga mesa. Lily había vuelto a sentarse y se examinaba las uñas.

Julian pedía a la gente que se callara, pero su voz quedaba tapada por el ruido. Convencida de que esa era un área en la que podía destacar, Emma saltó sobre la mesa y gritó:

—¡TODOS VOSOTROS! —aulló con fuerza—. ¡CALLAOS!
¡SILENCIO TODOS!

El nivel de decibelios bajó inmediatamente. Emma vio a Cristina reír por lo bajo, con la mano delante de la boca. A su lado, Jace hizo la pistola con el dedo a Julie Beauvale, que se había puesto intensamente colorada.

—Me alegro de verte, mejor amiga —dijo burlón.

A Simon le temblaban los hombros de la risa contenida. Isabelle, que había estado observando con una media sonrisa, le dio unas palmadas en la espalda.

Clary arrugó la nariz a Jace y se volvió hacia la gente.

—Gracias —dijo en voz baja pero potente—. Nos alegramos de estar aquí.

La sala quedó en silencio total.

Emma saltó de la mesa. Julian estaba observando la reunión, con las manos a la espalda, como si valorara lo que pensaba de la situación que había

orquestrado. La gente miraba fijamente a Jace y a Clary, prestando toda su atención en silencio.

«Así que esto es ser héroes —pensó Emma—. Ser los que tienen sangre de ángel, los que literalmente salvaron el mundo. La gente te mira como si... casi como si no fueras real».

—El Inquisidor Lightwood nos envió a Feéra —comenzó a explicar Clary— para buscar un arma en posesión del rey noseelie, un arma que sería letal para los cazadores de sombras. Descubrimos que el rey noseelie tenía un Portal hacia otro mundo, uno sin magia angélica. Estaba empleando la tierra de ese otro mundo para crear la peste de la que habréis oído hablar, la que devoraba el bosque de Brocelind.

—Esa peste fue erradicada anteayer por la noche —informó Jace—. Por un equipo de nefilim y seres mágicos trabajando juntos.

El silencio se rompió, y se alzó un zumbido de voces confusas.

—Pero no somos los únicos nefilim que trabajan junto a las hadas —continuó Clary—. El actual rey noseelie, Oban, y la Cohorte han estado trabajando juntos. Fue la Cohorte la que lo arregló para que Oban subiera al trono.

—¿Y cómo sabemos que eso es cierto? —gritó Joaquin Acosta Romero, del Instituto de Buenos Aires. Estaba sentado junto a la licántropo francesa, rodeándole los hombros con el brazo.

—Porque no han hecho más que mentir —contestó Mark—. Os dijeron que Jace y Clary estaban muertos. Os dijeron que las hadas los habían asesinado. Y aquí están, muy vivos.

—¿Y por qué la corte noseelie aceptaría formar parte de un plan en el que se la acusará de asesinato? —preguntó Vivianne Penhallow.

Todos miraron a Julian, expectantes.

—Porque la Cohorte y el rey noseelie ya han acordado exactamente lo que cada uno sacará de ese plan —contestó él—. Lo del parlamento no es más que un espectáculo. Por eso Horace lo proyecta para que lo vean todos los cazadores de sombras. Porque para él el espectáculo es más importante que el resultado. Si se lo ve conseguir lo que quiere de los seres mágicos, la confianza en la Cohorte crecerá tanto que nunca tendremos la oportunidad de apartarla del poder.

Emma intentó contener una sonrisa.

«Sin duda estás de vuelta, Julian», pensó.

—Este es un gobierno que asesinará a los suyos para controlar a los suyos —dijo Jace. La sonrisita burlona había desaparecido de su rostro. Su

expresión era dura y fría—. Esta vez fuimos nosotros. Por suerte, sobrevivimos y estamos aquí para contaros nuestra historia. Se supone que el Inquisidor debe respetar la Ley. No esconderse tras ella como una coartada para asesinar a los suyos.

—¿Y qué hay de asesinar a los que no son cazadores de sombras? —preguntó un naga sentado cerca de algunos familiares de Keo.

—También estamos en contra de eso —afirmó Jace.

—Ya hemos tenido malos miembros en el gobierno antes —dijo Julian—. Pero esto es diferente. Han roto el sistema que podría arreglar la situación. Han manipulado a la Clave, nos han manipulado a todos. Están creando amenazas imaginarias para controlarnos por medio del miedo. Afirman que las hadas asesinaron a Jace y a Clary para poder declarar una guerra injustificada; y bajo la capa del caos, encierran en prisión a nuestra Cónsul. ¿Quién puede hablar contra la guerra ahora?

Un nefilim rubio alzó la mano.

—Oskar Lindquist —se presentó—. Instituto de Estocolmo. ¿Estás diciendo que no deberíamos ir a Alacante? El parlamento es mañana. Si no llegamos allí esta noche, se nos considerará desertores. Traidores.

—No —respondió Julian—. Lo cierto es que tenemos que unirnos a los otros cazadores de sombras como si todo fuera normal. No debemos hacer nada que ponga sobre aviso a la Cohorte. El parlamento tendrá lugar en los Campos Imperecederos. Nosotros, la resistencia, lo interrumpiremos, con todos mirando. Presentaremos nuestras pruebas, y cuando eso esté hecho, necesitamos que os pongáis en pie y responsabilicéis a la Clave por lo que ha hecho.

—Nosotros somos la prueba —añadió Jace, señalándose a sí mismo y a Clary.

—Creo que ya lo sabían —murmuró Emma. Vio a Jem, entre el público, lanzándole una mirada divertida, y se tensó.

«Es algo horrible que nunca repetiré. Nunca lo volveré a hacer. Bajo ninguna circunstancia».

Se quitó esas palabras de la cabeza con determinación. En esos momentos, no podía pensar en ello.

—¿Por qué hacerlo durante el parlamento? —preguntó Morena Pedroso, la directora del Instituto de Río. Una chica de aspecto aburrido, de aproximadamente la misma edad de Dru y largo cabello castaño, se hallaba sentada a su lado—. ¿Por qué no enfrentarse a ellos antes?

—Horace quiere... No, necesita que todo el mundo vea su triunfo sobre las fuerzas noseelie —explicó Julian—. Todos los cazadores de sombras en Idris lo estarán viendo a través de una proyección gigantesca. —Hubo un murmullo de sorpresa entre los subterráneos—. Eso significa que podrán ver y oír no solo a Dearborn, sino también a nosotros, si nos colocamos junto a él. Esta es nuestra oportunidad. La Cohorte está uniendo a todos de un modo que nosotros no tenemos el poder de hacer. Esta es nuestra oportunidad de demostrar a todos los cazadores de sombras qué es realmente la Cohorte.

—¿Y si se produce un enfrentamiento? Estaremos luchando contra otros cazadores de sombras —apuntó Oskar Lindquist—. Estoy convencido de no ser el único que no quiere eso.

—Con suerte, podremos hacerlo sin luchar —contestó Julian—. Pero si se llega a eso, debemos estar preparados.

—Así que tienes un plan para los cazadores de sombras —intervino Hypatia Vex. Miró a Kit y a Ty y les guiñó un ojo; Emma se preguntó a qué vendría eso, pero no tenía tiempo de entretenerse pensándolo—. Y nosotros, ¿qué? ¿Para qué has traído aquí a los subterráneos?

—Para que sean testigos —respondió Julian—. Somos aliados en esto. Estamos del mismo lado contra la Cohorte. Sabemos que somos mejores, más fuertes, cuando los subterráneos y los cazadores de sombras trabajamos juntos. Y queríamos que supierais que aunque la Cohorte haga mucho ruido y resulte odiosa, son una minoría. Tenéis aliados. —Miró por la sala—. Unos cuantos de vosotros estarán con nosotros. Kieran Kingson. Magnus Bane. Pero en cuanto al resto, después de que los cazadores de sombras crucemos el Portal hacia Idris, tendréis que volver a vuestras casas con vuestra gente. Porque si no sabéis nada de nosotros después del parlamento, deberéis suponer que nos han derrotado. Y si nos derrotan, correréis peligro.

—Podemos resistir a la Cohorte —dijo Nene, y Mark la miró sorprendido—. Hay muchos menos que subterráneos.

—Si perdemos, no solo será a la Cohorte a lo que debáis temer —explicó Julian—. En cuanto los buenos cazadores de sombras no se les puedan oponer, comenzarán a destruir y controlar a los subterráneos. Y mientras lo hacen, no quedará nadie para combatir la marea de maldad de otros mundos. Les importan tanto sus prejuicios, su supuesta pureza y su Ley, que han olvidado nuestro mandato: proteger al mundo de los demonios.

Un susurro corrió por la sala; un murmullo de horror.

«He visto un mundo infestado de demonios —quiso decir Emma—. En él no hay lugar para los subterráneos».

—Somos un ejército. Una resistencia —dijo Emma—. Buscamos justicia. No será agradable, pero solo puede ir a peor. Cuanto más esperemos, más daño causarán y más sangre será derramada para detenerlos.

—Horace no quiere la guerra —intervino Diana—. Quiere la gloria. Si se ve enfrentado al peligro, creo que se retirará.

—Si somos un ejército, ¿cómo nos llamamos? —preguntó Simon.

Julian se volvió y quitó las pinzas que sujetaban enrollada la lona que colgaba de la pared detrás de ellos. Se oyó un grito ahogado por toda la sala cuando se extendió en toda su longitud.

Julian había dibujado un estandarte, que un ejército portaría delante en una guerra. El objeto central era un sable, con la punta hacia abajo, pintada de un brillante dorado pálido. A cada lado del sable se extendían unas alas de ángel, mientras que alrededor se mostraban los símbolos de los subterráneos: una estrella por los vampiros, un libro de hechizos por los brujos, una luna por los licántropos y un trébol de cuatro hojas por las hadas.

De la empuñadura del sable pendía un colgante con un círculo de espinos al frente.

—Nos llamamos la Guardia de Livia —dijo Julian, y Emma vio a Ty erguirse en el asiento—. Portaremos este estandarte en honor de mi hermana, para que todos los que han sufrido por la Cohorte no sean olvidados.

Jace recorrió la sala con la mirada.

—Si hay alguien que no quiera luchar con nosotros, puede marcharse ahora. Sin rencores.

La sala permaneció en silencio. No se movió ni una silla. Ni una sola persona se alzó. Aún apoyados contra la pared, cerca de la puerta, la Hermana de Hierro y el Hermano Silencioso permanecían inmóviles.

Solo Emma oyó a Julian respirar aliviado.

—Ahora —dijo este—. Finalicemos el plan.

* * *

Dru, sentada en un montículo de hierba, observaba mientras una docena de brujos creaban Portales en el patio delantero del Instituto.

Sin duda era algo que nunca había creído que fuera a ver. Algún brujo o Portal de vez en cuando, claro que sí, pero no tantos y todos a la vez.

A través de los Portales, podía ver los campos ante las murallas de Alacante. Era imposible abrir un Portal que llevara directamente a la ciudad de los cazadores de sombras sin tener un permiso concedido de antemano; lo

más cerca que se podía llegar era a las puertas delanteras. Lo que ya estaba bien, porque los cazadores de sombras necesitaban presentarse ante la Cohorte y asegurarse de que Dearborn sabía que estaban allí. Dru estaba un poco decepcionada; había esperado que asaltaran la ciudad, con las espadas destellando al sol, pero ese no era el estilo de Julian. Si podía conseguir lo que quería sin pelear, lo haría.

A unos cuantos pasos, Tavvy estaba haciendo ruiditos de motor mientras arrastraba un viejo coche de juguete por el lado plano de una roca.

Dru había estado sentada sola durante la reunión, aunque Kit le había sonreído en algún momento. Y había visto a Julian mirarla cuando dijo: «la Guardia de Livia». Los había mirado a todos, repartidos por la sala: a Mark y a Helen, a Dru y a Tavvy, y por último a Ty.

Dru había estado preocupada desde la noche anterior, cuando Ty salió de la extraña cueva en la playa. Kit iba detrás, y no estaba allí, como ella, para ver la expresión en el rostro de Ty cuando puso los pies fuera. Era una expresión difícil de describir. En parte como si estuviera a punto de llorar, y en parte como si fuera a tener un ataque de los que tenía a veces cuando las cosas lo superaban. Livvy siempre había sido capaz de calmarlo, pero Dru no sabía si podría hacerlo. No podía reemplazar a Livvy.

Entonces salió Kit, y la expresión de Ty cambió, como si se hubiera dado cuenta de algo. Kit parecía aliviado, y Dru quiso sentirse aliviada también.

La había preocupado Ty cuando Julian desenrolló el estandarte y en él se veía el colgante de Livvy, el que ahora llevaba Ty, colgado de un sable. Y cuando Julian dijo las palabras «la Guardia de Livia», Dru notó ardientes lágrimas desbordarse de sus ojos. Se sintió orgullosa, pero también vacía donde el trozo de ella que había sido de Livvy se perdió en la oscuridad.

Julian se hallaba junto a la puerta del Santuario, hablando con la Hermana de Hierro que había asistido a la reunión. Los últimos cazadores de sombras estaban cruzando los Portales. Algunos subterráneos seguían en el Santuario, evitando el sol; otros habían salido y contemplaban el océano charlando entre ellos. Maryse Lightwood estaba junto al Portal que había abierto Magnus, sonriendo mientras observaba a Max y a Rafe correr en círculos alrededor de Alec.

Hubo un crujido de piedras y arena, y Dru alzó la mirada y vio a Julian de pie frente a ella, con la silueta recortada por el sol.

—¿Qué tal, pequeña? —la saludó.

—¿Qué pasa con las Hermanas de Hierro y los Hermanos Silenciosos? —preguntó Dru—. ¿Están con nosotros?

—Las Hermanas de Hierro ya han rechazado a la Cohorte —contestó Julian—. Nos apoyan. La hermana Emilia incluso ha tenido una buena idea sobre la Espada Mortal. Los Hermanos Silenciosos son... bueno, no son neutrales. Tampoco les gusta la Cohorte. Pero cualquier defección por su parte sería muy evidente y podría revelar nuestra intervención. Se van a situar en Alacante, para vigilar y evitar que la Cohorte sospeche nada.

Esa era una de las cosas que a Dru le encantaban de Julian: nunca le hablaba como a una niña, ni siquiera de estrategia.

—Hablando de Alacante —dijo ella—. Ya es hora de que vayamos, ¿no?

Ya sabía que eso iba a pasar. Julian se lo había dicho antes de la reunión. Y ella pensó que le parecía bien, porque quería ir a Alacante, y esa era más o menos la única manera en que lo iba a lograr.

Aunque Julian no lo sabía. Puso una mueca triste.

—No veo por qué tienes que dejarnos atrás.

—No os dejo atrás —repuso Julian—. Os envío por delante. Sois parte de la Guardia de Livia. No lo olvidéis.

Dru continuó poniendo mala cara. Tavvy seguía jugando con su coche, pero también los observaba por el rabillo del ojo.

—La semántica no es amiga de nadie.

Julian se arrodilló frente a ella. Dru se sorprendió; no se le hubiera ocurrido pensar que él se ensuciaría las rodillas yendo tan bien vestido, pero, al parecer, no le importaba.

—Dru —comenzó él—. No puedo dejarte aquí, no es seguro. Y no te puedo llevar a donde vamos. Puede que haya una batalla. Una gorda.

—Sé luchar —replicó Dru.

Julian la tomó de la barbilla y le alzó el rostro para que lo mirara directamente. Dru se preguntó si sería así como la mayoría de los niños miraban a sus padres. Esa era la cara que asociaba con los halagos y las reprimendas, con la ayuda nocturna contra las pesadillas, con el chocolate caliente cuando lo necesitaba y con las tiritas cuando estas tenían que hacer su aparición. Julian le había sujetado la mano cuando le hicieron las primeras Marcas. Era él quien colgaba sus terribles dibujos en el frigorífico con imanes. Nunca se había olvidado de un cumpleaños.

Y él aún era un niño también. Era la primera vez que había sido capaz de mirarlo y verlo. Era joven, más joven que Jace y Clary, o Alec y Magnus. Y sin embargo, se había puesto delante de toda la gente que llenaba el Santuario, les explicó lo que iban a hacer y ellos lo habían escuchado.

—Ya sé que sabes pelear —contestó Julian—. Pero si creo que corres peligro, no sé si yo podré.

—¿Y qué hay de Kit y Ty?

Julian le sonrió de medio lado.

—No se lo digas, pero Magnus me ha prometido asegurarse de que no lleguen a acercarse a ninguna batalla.

Dru esbozó una sonrisa desconfiada.

—Va a ser una mierda no saber si estáis bien.

—Todos llevaremos la runa de familias —repuso Julian—. Tavvy también. Así que eso es algo. Si necesitas saber cómo está alguno de nosotros, activa la tuya. —Sus ojos se oscurecieron—. Dru, tú sabes que te protegería hasta mi último aliento, ¿verdad? Daría mi última gota de sangre por ti. Y Emma también.

—Lo sé —contestó Dru—. Yo también te quiero.

Él le dio un rápido abrazo, luego se incorporó y le tendió la mano. Ella se la cogió, se puso en pie y se sacudió el polvo mientras él cogía a Tavvy. Dru fue detrás de ellos mientras se dirigían a donde se hallaban Maryse, Max y Rafe. No quería demostrar de ninguna manera que estaba ansiosa por ir a Alacante. Se sintió un poco mal por engañar a Julian, pero si algo había aprendido de Ty y Kit en las últimas semanas, era que a veces se tiene que engañar a un mentiroso con su propio juego.

* * *

—¿Por qué se van los pequeños? —preguntó Gwyn a Diana, que vigilaba a Max, luego a Rafe y finalmente a Tavvy mientras cruzaban el Portal hacia Alacante—. He creído entender que Julian deseaba mantenerlos juntos.

Diana suspiró y le cogió la mano.

—Los envía lejos porque los quiere. Una batalla no es lugar para un niño.

—En la Cacería Salvaje tenemos niños. A veces hasta de solo ocho años —dijo Gwyn.

—Sí, pero ya hemos hablado de por qué eso no es bueno, Gwyn.

—A veces me olvido de todas las lecciones que me das —repuso él, pero parecía divertido. Dru estaba entrando en el Portal que la llevaría a Alacante; se volvió en el último momento y miró a Julian. Diana vio a este asentir animándola, mientras Dru se metía en el torbellino y desaparecía—. Tampoco es seguro que vaya a haber una batalla.

—Tampoco es seguro que no la haya —replicó Diana.

Julian se alejó del Portal; la mirada de ánimo que les había mostrado a Dru y a Tavvy había desaparecido, y se lo veía vacío y triste. Se dirigió a la puerta del Instituto.

«Los falsos rostros que ponemos por los que amamos —pensó Diana—. Julian podría desangrarse por esos niños y nunca pedirles una venda por miedo de que esa petición los asustara».

—Los niños estarán a salvo con Maryse. Y no tener miedo por ellos dejará más libres a Julian y al resto de nosotros para hacer lo que tenemos que hacer.

—¿Y qué tenéis que hacer?

Diana echó la cabeza hacia atrás para mirar a Gwyn.

—Ser guerreros.

Gwyn le tocó un rizo del cabello.

—Tú eres guerrera todos los días.

Diana sonrió.

Julian llegó a las puertas del Santuario y se quedó ahí, mirando al grupo que se hallaba ante el Instituto. Una variada mezcla de brujos, cazadores de sombras y un grupo de licántropos que jugaban con una pelotita llena de arena.

—Hora de entrar —dijo, y su voz sonó por encima del ruido del mar—. La auténtica reunión va a comenzar.

* * *

Desde la ventana del Gard, Manuel veía a cazadores de sombras entrando a raudales por la Gran Puerta, la entrada principal a la ciudad de Alacante. Todas las salidas estaban vigiladas y protegidas contra la amenaza imaginaria de las hadas noseelie invasoras.

—No parece que la reunión de los Blackthorn haya sido un éxito —dijo Horace. Alcanzaba a mirar por la ventaba desde el gran escritorio del Inquisidor. Era raro, pensó Manuel, aún pensaba en Horace como el Inquisidor. Quizá porque nunca le había importado realmente quién era el Inquisidor o el Cónsul. Eran puestos de poder, y por lo tanto deseables, pero no contenían ningún significado inherente—. Las familias que invitó a su pequeña insurrección aún están llegando.

Zara entró sin llamar a la puerta, como era habitual en ella. Llevaba su característico uniforme de centurión. Manuel lo encontraba pretencioso.

—Los Rosewain están aquí, y los Keos y los Rosales. —Estaba furiosa—. Han llegado todos al mismo tiempo, a través de Portales. Es como si ni siquiera estuvieran tratando de ocultarlo.

—Oh, no lo sé —repuso Manuel—. Si no me hubieran informado sobre la reunión, no creo que lo hubiéramos notado. Demasiada gente yendo y viniendo.

—No elogies a Julian Blackthorn —replicó Zara, frunciendo el ceño—. Es un traidor.

—Oh, sin duda —repuso Manuel—. Pero ahora vamos a poder castigarlos, y pienso disfrutarlo.

—Estoy segura. —Zara lo miró con superioridad, pero Manuel sabía que iba a disfrutar el castigo de los Blackthorn tanto como él. Ambos odiaban a Emma. Naturalmente, Manuel por una buena razón: había sido irrespetuosa con él en la última reunión del Salón del Consejo; lo de Zara eran meros celos.

—Haremos que sirvan de ejemplo —intervino Horace—. Después del parlamento. No les haremos nada a los más pequeños; a nadie le gusta ver morir a un niño, incluso si las semillas del mal se hallan en él. Pero Julian, sin duda, y esos medio hermano y medio hermana suyos. Y la chica Carstairs, naturalmente. Aline Penhallow es un asunto más delicado...

Se abrió la puerta. Manuel miró con curiosidad; solo había otro visitante del despacho de Horace que, como Zara, nunca se molestaba en llamar.

Un cazador de sombras, alto y rubio, entró en la sala. Manuel lo había visto antes, cruzando la Gran Puerta. Oskar Lindquist, que se había separado de su compañera, igualmente rubia.

Horace alzó la mirada y le relucieron los ojos.

—Cierra la puerta.

Oskar hizo un ruido entre un gruñido y una carcajada y cerró la puerta con llave. Hubo un leve resplandor en el aire cuando se volvió y comenzó a cambiar. Fue como observar agua cayendo sobre un cuadro, distorsionando y alterando las líneas.

Zara hizo un ruido de desagrado cuando la cabeza de Oskar se le fue hacia atrás y el cuerpo se le convulsionó; el cabello se le volvió de un castaño oscuro y le fue cayendo por la espalda. La columna se le contrajo y disminuyó de tamaño; las líneas del mentón se suavizaron dando paso a una silueta nueva y conocida.

Annabel Blackthorn los miró con sus ojos verde azulado.

—Y bien, ¿cómo ha ido la reunión? —preguntó Horace—. Deducimos que no ha ido muy bien, dado el número de cazadores de sombras que regresan a Idris.

—Creo que fue como se pretendía. —Horace arrugó la frente mientras Annabel se sentaba muy erguida en una silla frente a su escritorio. Zara la observó inquieta; Horace se refería a Annabel como el regalo que le había hecho el rey noseelie, pero tal vez Zara no la viera igual—. Excepto por el hecho de que yo estaba allí.

—¿Nadie supuso que no eras Oskar? —preguntó Zara.

—Evidentemente no. —Annabel se miraba las manos, como si no le resultaran conocidas—. Su plan es simple hasta llegar a ser rudimentario. Lo que se podría considerar una ventaja, de ese modo menos cosas pueden ir mal.

Horace se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en el escritorio.

—¿Nos estás diciendo que deberíamos preocuparnos?

—No —contestó Annabel, tocando pensativamente el vial de cristal grabado que le colgaba del cuello—. El elemento sorpresa era su única ventaja. Estúpido de su parte el suponer que no se los traicionaría. —Se recostó en el asiento—. Comencemos por lo básico: Jace Herondale y Clary Fairchild aún están vivos...

* * *

Emma estaba ante la puerta del Instituto. Los últimos subterráneos ya se habían marchado, y todos partirían para Brocelind muy pronto. El hermano Shadrach había asegurado a Julian y a los otros que todos los guardias de Idris habían sido llamados a la ciudad para el parlamento. El bosque estaría desierto.

El sol de primeras horas de la tarde destellaba sobre el mar, y de un modo distante, Emma se preguntó si, después de ese día, volvería a ver el océano Pacífico. Hacía mucho tiempo, su padre le contó que las luces que bailaban en la superficie del mar venían de joyas que resplandecían abajo, y que si buscaba, podría coger una con las manos.

En ese momento, ella alzó la mano ante el rostro, con la palma hacia arriba, y pensó en las palabras de Jem y luego en las de Diana.

«Sus runas comenzaron a arder como fuego, como si tuvieran fuego en las venas en vez de sangre. La gente decía que las espadas de los que luchaban contra ellos se les quebraban en las manos. Les aparecieron unas rayas negras

que les cruzaban el cuerpo y se convirtieron en monstruos, físicamente monstruosos».

En la parte interior del antebrazo, donde la piel usualmente era pálida y suave, se le había formado una oscura red de líneas negras, como grietas en el mármol, de un tamaño casi como el de la palma de su mano.

TERCERA PARTE

Señora de la Venganza

Sus potentes hechizos ya débiles,
sus torres de miedo en ruinas,
sus alambiques sin ponzoñas,
y su cuello bajo el puñal.

La reina del Aire y de la Oscuridad
comienza a chillar y gritar:
«Oh, joven, oh, mi asesino,
mañana tú morirás».

Oh, reina del Aire y de la Oscuridad,
creo que dices verdad.
Y yo moriré mañana,
pero tú hoy morirás.

A. E. HOUSMAN,
Sus potentes hechizos ya débiles

28

Y las sombras allí

Hacía fresco en el bosque de Brocelind; un invasor otoño añadía al aire un sabor de frío metal que Emma podía notar en la lengua.

El silencio había sobrevenido inesperado después de los frenéticos viajes por el Portal y la colocación de las tiendas en un claro entre viejos árboles y tierra verde. Diana les había asegurado que estaban lejos de las zonas apestadas; en la distancia, sobre las copas de los árboles, Emma llegaba a ver el resplandor de las torres de los demonios de Alacante.

Se hallaba en una elevación por encima de donde habían acampado. Había como una docena de tiendas colocadas en filas, cada una con dos antorchas ardiendo ante la puerta de lona. El interior era agradable, con alfombras en el suelo e incluso mantas. Alec le había lanzado a Magnus una aguda mirada de reojo cuando las tiendas surgieron de la nada.

—No las he robado —había protestado Magnus, observándose diligentemente las uñas—. Las he tomado prestadas.

—¿Así que las devolverás a la tienda de deportes? —preguntó Alec, con los brazos en jarras.

—Lo cierto es que las he cogido de un almacén que proporciona atrezzo para películas —contestó Magnus—. Pasarán años antes de que alguien note que no están. Claro que eso no significa —se apresuró a añadir— que no las vaya a devolver. ¡Eh, escuchadme todos, tratad de no quemar las tiendas! ¡No son nuestras!

—¿Normalmente se queman? —preguntó Kieran, que tenía su propia tienda; Mark y Julian compartían una; y Emma, otra con Cristina—. ¿Es una tradición?

Mark y Cristina le sonrieron. La complicidad que se daba entre los tres se iba intensificando, pensó Emma, y decidió preguntarle a Cristina sobre ellos.

La oportunidad se le presentó antes de lo que pensaba. Estaba sola dentro de la tienda, inquieta; Cristina ayudaba a Aline y Julian, que se habían asignado la tarea de cocinar. Todo el mundo murmuraba sobre mapas y

planes, excepto Jace, que se había quedado conspicuamente dormido con la cabeza en el regazo de Clary.

Emma no podía concentrarse. Su cuerpo y su mente vibraban de energía. Lo único que quería era hablar con Julian. Sabía que no podía, pero la necesidad de contárselo todo era dolorosa. Nunca había tomado una decisión tan trascendente sin explicárselo antes.

Acabó por echarse encima un jersey y salir a dar un paseo por el perímetro del campo. El aire olía muy diferente allí de lo que olía en casa: pinos, bosques verdes, humo de hoguera. Interior, ningún olor a sal o a mar. Subió una pequeña elevación rocosa que se alzaba sobre el campamento y miró hacia abajo.

Al día siguiente irían a desafiar a Horace Dearborn y su Cohorte. Era muy posible que hubiera un enfrentamiento. Y su *parabatai*, el que siempre había luchado a su lado, sería inaccesible para ella. De un modo u otro.

El sol se ponía, chispeando sobre el distante reflejo de las torres de los demonios. Emma oía a los pájaros nocturnos cantando en el bosque, e intentó no pensar en qué más habría entre los árboles. Notó un estremecimiento; no, estaba temblando. Se sentía desorientada, casi mareada, y sus procesos cognitivos le resultaban extrañamente difusos, como si su mente trabajara demasiado rápido para poder concentrarse.

—¡Emma! —Cristina estaba subiendo la elevación hacia ella, con los oscuros ojos cargados de preocupación—. Te he buscado en la tienda, pero no estabas. ¿Qué haces aquí? ¿Te encuentras bien? ¿Estás de guardia?

«Espabila, Emma».

—He pensado que alguien debería echar un ojo por aquí, ya sabes, por si algún grupo de gente de la Cohorte decide darse un paseo por Brocelind.

—Así que estás de guardia —concluyó Cristina.

—Tal vez —repuso Emma—. ¿Qué está pasando entre Kieran, Mark y tú?

—¡Ay, ay! —Cristina se sentó en una piedra y se dio una leve palmada en la frente—. ¿De verdad? ¿Ahora?

Emma se sentó junto a su amiga.

—No hace falta que hablemos de eso, si no quieres. —La señaló con el índice—. Pero si mañana morimos las dos luchando, nunca podrás contárselo a nadie, y nunca podrás aprovecharte de mi gran sabiduría.

—¡Mira que estás chalada! —exclamó Cristina—. Muy bien, muy bien. ¿Y qué te hace pensar que pasa algo nuevo?

—Veo cómo os miráis. Nunca he visto nada igual.

Cristina se puso seria de inmediato, y la mano se le fue hacia el medallón del Ángel que le colgaba del cuello, como le pasaba a menudo cuando estaba nerviosa.

—No sé qué hacer —explicó—. Los amo a los dos. Amo a Mark y amo a Kieran. Los amo de modos diferentes, pero con la misma intensidad.

Emma escogió las palabras.

—¿Te están pidiendo que elijas entre los dos?

Cristina miró hacia el sol poniente, que dibujaba rayas doradas y rojas sobre los árboles.

—No, no. Me están pidiendo que no elija.

—Ya veo —repuso Emma, que no estaba tan segura de ver nada—. Entonces...

—Hemos decidido que es imposible —respondió Cristina—. Kieran, Mark y yo... los tres estamos asustados. Si seguimos juntos, como quisiéramos, solo traerá desgracia a la gente que queremos.

—¿Desgracia? ¿Por qué? —A Emma volvían a temblarle las manos, y se las metió bajo las rodillas para que Cristina no lo viera.

—Kieran teme por Feéra —contestó esta—. Después de tantos reyes terribles, después de tanta crueldad, desea regresar, ocupar su puesto en la corte y encargarse del bienestar de su gente. No puede renunciar a eso, y ni Mark ni yo querríamos que lo hiciera. Y en cuanto a nosotros..., no podemos conocer el futuro. Incluso sin la Cohorte, eso no significa el fin de la Paz Fría. Mark tiene miedo por Helen, por todos los Blackthorn; teme que si mantiene relaciones con un príncipe de Feéra y todo el mundo lo sabe, su familia será castigada. Y yo temo lo mismo por mi familia. Así que nunca podrá funcionar. ¿Lo entiendes?

Emma jugueteó con una brizna de hierba.

—Yo nunca te juzgaría —repuso—. Primero porque eres tú, y segundo porque poco derecho tengo yo de juzgar a nadie. Pero creo que estás dejando que el miedo interfiera con lo que realmente quieres hacer porque lo que realmente te da miedo es lo que quieres hacer.

Cristina parpadeó confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Desde fuera es lo que veo —contestó Emma—. Cuando Mark y Kieran están solos los dos, los arrastra su difícil pasado. Los consume. Cuando Mark y tú estáis juntos, él se inquieta pensando que no es lo suficientemente bueno para ti, digas lo que digas. Y cuando Kieran y tú estáis juntos, a veces no podéis cruzar el golfo entre ser cazador de sombras y ser hada. Mark os ayuda

a cruzarlo. —El sol ya estaba casi escondido tras el horizonte y el cielo era de color azul oscuro. La expresión de Cristina se perdía entre las sombras—. ¿Te parece que me equivoco?

—No —contestó Cristina después de un breve silencio—. Pero eso no...

—Te asusta lo que le asusta a todo el mundo —la interrumpió Emma—. Que te rompan el corazón, que el amor te haga desgraciada. Pero lo que estás diciendo es lo que quiere la Cohorte. Quieren que la gente tenga miedo, separarlos porque han creado un entorno de temor y sospecha en el que puedes ser castigada por estar con alguien a quien amas. Si se salen con la suya, castigarán a Alec por estar con Magnus, pero eso no significa que Alec y Magnus tengan que separarse. ¿Tiene algún sentido esto que digo?

—Incluso demasiado —respondió Cristina, mientras se arrancaba un hilo suelto de la manga.

—Hay algo que sé seguro —continuó Emma—. Cristina, de toda la gente que conozco, eres la persona más generosa, y te pasas la mayor parte del tiempo pensando en lo que hace felices a los demás. Creo que deberías hacer lo que te haga feliz a ti. Te lo mereces.

—Gracias. —Cristina esbozó una temblorosa sonrisa—. ¿Y qué hay de Julian y tú? ¿Cómo os va?

A Emma se le retorció el estómago. Fue como si oír las palabras «Julian y tú» hubiera despertado algo en su interior. Trató de controlar esa sensación.

—Es muy duro —susurró—. No podemos ni hablar. Y lo mejor que podemos esperar después de todo esto, es algún tipo de exilio.

—Lo sé. —Cristina le cogió la mano. Emma trató de detener sus temblores. La mano de Cristina la ayudaba. Por enésima vez, Emma deseó haber conocido a Cristina antes; que Cristina hubiera podido ser su *parabatai* —. Después del exilio, si se da, ven y quédate conmigo, donde esté. En México, donde sea. Yo me ocuparé de ti.

Emma hizo un ruido entre una carcajada y un suspiro.

—¿Ves lo que quiero decir? Siempre estás haciendo cosas por los demás, Tina.

—De acuerdo, muy bien, entonces te voy a pedir que hagas algo por mí.

—¿Qué? Lo que sea. Mientras no enfurezca a tu madre. Tu madre me da miedo.

—Quieres matar a Zara en la batalla, si hay lucha, ¿verdad? —preguntó Cristina.

—Esa idea se me ha pasado por la cabeza. Vale. Sí. Si otro se encarga de ella, me enfadaré mucho. —Emma frunció el ceño en broma.

Cristina suspiró.

—Ni siquiera sabemos si vamos a tener que luchar, Emma. Si Zara queda ilesa, o prisionera, o se escapa, u otra persona la mata, no quiero que te comas el coco con eso. Céntrate en lo que quieres que sea tu vida después de mañana.

«Después de mañana estaré exiliada —pensó Emma—. ¿Te volveré a ver, Cristina? ¿Te añoraré eternamente?».

Cristina la miró, preocupada.

—¿Emma? ¿Me lo prometes?

Pero antes de que Emma pudiera prometer o decir nada, las voces de Aline y Helen cortaron el aire de la noche, llamando para la cena.

* * *

—¿Alguien ha probado el ketchup sobre las *s'mores*? —preguntó Isabelle.

—Por eso eres una terrible cocinera —dijo Alec. Simon, arropado en un jersey y apoyado en un tronco, trató de hacerse más pequeño esperando pasar desapercibido—. Te gustan las mezclas asquerosas. Que no las haces por accidente, vamos.

—A mí me gusta el ketchup con *s'mores* —dijo Simon, leal, y gesticuló con la boca hacia Clary: «Las detesto».

—Lo sé —respondió Clary—. Noto a través de nuestra unión de *parabatai* lo poquísimos que te gustan.

—Julian es un cocinero excelente —comentó Emma, ensartando una nube de azúcar. Magnus había materializado varias bolsas de nubes, junto con el chocolate y las galletas requeridas para las *s'mores*. Lanzó una oscura mirada a Emma, que parecía decir: «Aléjate de Julian y también de su cocina».

—Yo también soy un excelente cocinero —dijo Mark, mientras ponía una bellota en su *s'more*. Todos se lo quedaron mirando.

—No puede evitarlo —comentó Cristina—. Ha vivido demasiado tiempo en la Cacería Salvaje.

—Yo no hago eso —replicó Kieran, que se comía su *s'more* de la manera correcta—. Mark no tiene excusa.

—Nunca me habría imaginado a los cazadores de sombras comiendo *s'mores* —dijo Kit, mirando alrededor de la hoguera. Era como una escena sacada de uno de los sueños sobre acampadas que había tenido de pequeño: la hoguera, los árboles, todos enfundados en gruesos jerséis y sentados alrededor

sobre troncos, con humo en los ojos y el pelo—. Por otra parte, esta es la primera *s'more* que como que no ha salido de una caja.

—Entonces, no era una *s'more* —replicó Ty—. Sería una galleta. O algún tipo de cereal.

Kit sonrió, y Ty le devolvió el gesto. Se apoyó en Julian, que estaba sentado a su lado. Este rodeó a su hermano con el brazo, casi de forma inconsciente, y con la mano le alborotó el cabello.

—¿Nervioso por tu primera batalla? —le preguntó Jace a Kit. Jace estaba sentado con las piernas cruzadas y rodeando con los brazos a Clary, que estaba formando una enorme *s'more* con varias tabletas de chocolate.

—¡Él no va! —exclamó Clary—. Es demasiado joven, Jace. —Miró a Kit—. No le hagas caso.

—A mí me parece que tiene edad suficiente —replicó Jace—. Yo ya luchaba en batallas cuando tenía diez años.

—Aléjate de mis hijos —le soltó Magnus—. No te quito el ojo, Herondale.

Kit se sobresaltó un poco antes de darse cuenta de que Magnus no le hablaba a él. Y luego se sobresaltó de nuevo al darse cuenta de cómo había reaccionado inconscientemente al nombre de Herondale.

—Esto es magnífico —dijo Helen bostezando—. Hacía tanto tiempo que no acampaba. No puedes acampar en la isla de Wrangel. Los dedos se te convertirían en témpanos y se te quebrarían.

Emma alzó la cabeza.

—¿Dónde está Cristina?

Kit miró alrededor. Emma tenía razón. Cristina se había alejado del grupo.

—No debería andar por el límite del bosque —advirtió Magnus, frunciendo el ceño—. Hay trampas por aquí. Muy bien escondidas, si se me permite decirlo. —Comenzó a levantarse—. La voy a buscar.

Mark y Kieran ya estaban en pie.

—Nosotros la encontraremos —se apresuró a decir Mark—. En la Cacería, aprendimos mucho sobre trampas.

—Y un poco más sobre los bosques de las hadas —añadió Kieran.

Magnus se encogió de hombros, pero había una chispa de reconocimiento en sus ojos que Kit no llegaba a entender.

—Muy bien. Adelante.

Mientras ellos se desvanecían entre las sombras, Emma sonrió y colocó otra nube en la punta de un palo.

—Permitidme un brindis. —Aline alzó el vaso de plástico con agua—. Por que nunca más nos separemos de nuestras familias. —Miró al fuego—. Cuando llegue mañana, nunca más volveremos a permitir que la Clave haga algo así.

—Por nunca más separarnos de nuestra familia y amigos —brindó Helen, alzando su vaso.

—O *parabatai* —añadió Simon, guiñándole un ojo a Clary.

Alec y Julian brindaron, pero Julian y Emma se quedaron en silencio. Emma parecía triste, mirando su vaso de agua. No parecía ver a Julian, que la miró por un instante antes de apartar la vista.

—Por que nunca nos separen —dijo Kit, mirando a Ty por encima de la hoguera.

Las llamas doradas y rojas iluminaban a rayas el fino rostro de Ty.

—Por que nunca nos separen —repitió este, con un grave énfasis que hizo estremecer a Kit por razones que no entendía.

* * *

Maryse no podía volver a la casa del Inquisidor, ya que Horace y Zara se habían instalado allí. Por lo tanto, se llevó a Dru y a los otros a la casa de los Graymark, en la que Clary decía haber estado la primera vez que fue a Idris.

Dru se había acostado en cuanto pudo hacerlo sin ser grosera. Permaneció tumbada con las mantas subidas hasta la barbilla, esperando que los últimos rayos de luz del sol desaparecieran de las ventanas circulares. Ese lado de la casa daba a un jardín lleno de rosas del color del encaje viejo. Una espaldera subía hasta las ventanas y las rodeaba; en pleno verano, seguramente parecían como collares de rosas. Casas de viejas piedras descendían por la colina hacia los muros de Alacante; muros que al día siguiente estarían llenos de cazadores de sombras de cara a los Campos Imperecederos.

Dru se acurrucó más bajo las mantas. Oía a Maryse en la habitación de al lado, cantándoles a Max, Rafe y Tavvy una alegre canción en francés. Era raro ser demasiado mayor para que te reconfortaran cantando y demasiado joven para participar en las preparaciones de la batalla. Comenzó a decirse los nombres a sí misma, como una especie de cántico de buena suerte: Jules y Emma. Mark y Helen. Ty y Li...

No, Livvy no.

Había parado la canción. Dru oyó pasos en el corredor y se abrió su puerta; Maryse metió la cabeza dentro.

—¿Todo bien, Drusilla? ¿Necesitas algo?

A Dru le hubiera gustado pedir un vaso de agua, pero no sabía muy bien cómo hablarle a la imponente y morena abuela de Max y Rafe. Había oído a Maryse jugando con Tavvy antes, y agradecía lo amable que esa mujer, básicamente una desconocida, estaba siendo con ellos. Pero no sabía cómo decirlo.

—No, gracias —contestó Dru—. No necesito nada.

Maryse se apoyó en la hoja de la puerta.

—Ya sé que es duro —dijo—. Cuando era joven, mis padres siempre se llevaban a mi hermano Max con ellos a cazar demonios, y me dejaban sola en casa. Decían que me asustaría si iba con ellos. Siempre intenté decirles que me asustaba más preocupándome por si nunca volvían.

Dru trató de imaginarse a Maryse joven, pero no acabó de conseguirlo. A Dru le parecía vieja hasta para ser una madre, aunque sabía que no lo era. En realidad era una abuela muy joven, pero Dru se había acostumbrado a que gente con el aspecto de Julian y Helen fueran como sus madres y padres.

—Pero siempre volvían —continuó Maryse—. Y lo mismo pasará con tu familia. Sé que parece que lo que Julian está haciendo es muy arriesgado, pero es un chico muy listo. Horace no tratará de hacer nada peligroso delante de tanta gente.

—Debería intentar dormir —dijo Dru con un hilillo de voz, y Maryse suspiró, asintió y cerró la puerta.

Si estuviera en casa, le dijo una vocecilla a Dru en la cabeza, no tendría que pedir nada; Helen, que sabía que le encantaba el té pero que la cafeína no la dejaba dormir, hubiera entrado con una taza de un tipo de té descafeinado que habían comprado en Inglaterra, con leche y miel, como le gustaba.

Dru se dio cuenta de que echaba de menos a Helen; en algún momento el resentimiento que había sentido hacia ella había desaparecido. Y entonces deseó haberse despedido más efusivamente de su hermana mayor antes de dejar el Instituto.

Aunque quizá fuera mejor que no se hubiera despedido adecuadamente de su familia. Tal vez eso significara que sin duda iba a volver a verlos.

Y quizá también significaba que serían más indulgentes cuando descubrieran lo que estaba planeando hacer.

La luz se apagó en el pasillo; Maryse debía de haberse ido a la cama. Dru apartó las mantas. Seguía totalmente vestida, hasta las botas y la chaqueta de combate. Bajó de la cama y fue a la ventana circular. Estaba encallada, pero

ya contaba con eso. Sacó del bolsillo una pequeña daga con hoja de *adamas* y comenzó a forzarla.

* * *

Kit estaba tumbado en la oscuridad, contando las estrellas que podía ver a través de la entrada abierta de la tienda.

Emma y Julian les habían contado que las estrellas de Feéra eran diferentes, pero allí, en Idris, eran las mismas. Las mismas constelaciones a las que había mirado durante toda su vida, contemplándolas a través de la sucia neblina de Los Ángeles, brillaban sobre el bosque de Brocelind. El aire era más claro, como el cristal tallado, y las estrellas parecían estar inquietantemente cerca, como si pudiera extender el brazo y coger una con la mano.

Ty no había regresado con él de la hoguera. Kit no sabía dónde estaba. ¿Habría ido a hablar con Julian y Helen? ¿Estaría vagando por el bosque? No, Simon e Isabelle lo hubieran detenido. Quizá hubiera encontrado por el campamento algún animal que le gustara. Comenzó a darle vueltas a la cabeza.

«¿Dónde estará? ¿Por qué no me ha llevado con él? ¿Y si no puede domesticar esas ardillas como lo hace con las de casa? ¿Y si lo atacan las ardillas?».

Gruñó mientras apartaba la manta y cogía la chaqueta.

Ty metió la cabeza en la tienda, tapando, por un momento, las estrellas.

—Oh, bien. Ya estás listo.

Kit bajó la voz.

—¿Qué quieres decir con que estoy listo? ¿Listo para qué?

Ty se puso en cuclillas y miró dentro de la tienda.

—Para ir al lago.

—Ty —dijo Kit—. Necesito que me lo expliques. No supongas que sé de qué estás hablando.

Ty resopló con tanta fuerza que el flequillo se le alborotó sobre la frente.

—He traído el hechizo y todos los ingredientes —dijo—. El mejor lugar para resucitar a los muertos es junto al agua. Había pensado hacerlo junto al océano, pero el lago Lyn es incluso mejor. Es un lugar mágico.

Kit parpadeó desconcertado. Era como si hubiera despertado de una pesadilla para encontrarse con que aún seguía soñando.

—Pero no tenemos lo que hace falta para que funcione. Sombra no nos dio el catalizador.

—He pensado que esto podría servir —repuso Ty—. Por eso busqué una fuente de energía alternativa la última vez que fuimos al Mercado de Sombras. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una bola de cristal transparente del tamaño de un albaricoque. Una llama rojoanaranjada ardía en el interior, como si fuera un pequeño planeta en combustión, aunque era evidente que resultaba frío al tacto.

Kit se echó hacia atrás.

—¿De dónde has sacado eso?

—Ya te lo he dicho, del Mercado de Sombras.

Kit sintió una oleada de pánico.

—¿Quién te lo vendió? ¿Cómo sabemos que funciona?

—Tiene que funcionar. —Ty se metió la bola de cristal en el bolsillo—. Kit, tengo que hacerlo. Si mañana entramos en batalla, ya sabes que no vamos a participar en ella. Creen que somos demasiado jóvenes para luchar. Esta es la forma en la que puedo ayudar que no sea peleando. Si traigo de vuelta a Livvy, la familia estará completa para la batalla. Hará que todos sean felices otra vez.

«Pero la felicidad no es tan simple —le quiso gritar Kit—. No la puedes romper y volver a pegar sin que se vean las costuras».

—Es muy peligroso, Ty. —A Kit no le salía la voz del cuerpo—. Demasiado peligroso. No creo que sea una buena idea emplear esa clase de magia con una fuente de energía desconocida.

Ty cambió la expresión. Fue como si viera una puerta cerrarse.

—Ya he explorado buscando las trampas. Sé cómo llegar allí. Pensaba que querrías venir conmigo, pero si no quieres, iré solo.

Kit pensó a toda prisa.

«Podría despertarlos a todos y meter a Ty en un lío. Julian lo detendría. Sé que lo haría».

Pero todo en él rechazaba esa idea; si había algo que su padre le había hecho entender, era que todo el mundo odiaba a un chivato.

Además, no podía soportar que Ty lo mirara así.

—Muy bien —contestó, sintiendo que el miedo se le asentaba en el estómago como una roca—. Voy contigo.

* * *

Las llamas danzaban en la hoguera. Emma se hallaba sentada sobre un tronco cercano, con las manos metidas en las mangas del jersey, que le iba grande, para tenerlas calientes. El grupo fue alejándose del fuego cuando acabaron de cenar, y cada uno se dirigió a su tienda a dormir. Emma se había quedado donde estaba, observando morir la hoguera; suponía que podría ir a su tienda, pero Cristina no estaba allí, y no tenía muchas ganas de estar sola tumbada en la oscuridad.

Alzó la mirada al ver una sombra acercarse. Era Julian. Lo reconoció por la forma de andar, incluso antes de que la luz del fuego le iluminara el rostro: la mano en el bolsillo, los hombros relajados y la barbilla alta. Engañosamente tranquilo. La humedad del aire le había rizado el pelo sobre las sienes.

Julian escondía tantas cosas a tanta gente... Por primera vez, ella le ocultaba algo a él. ¿Era así como él se había sentido siempre? ¿Ese peso en el pecho, los dolorosos pinchazos en el corazón?

Se esperaba a medias que él pasara sin decirle nada, pero no lo hizo; los dedos jugueteaban con el brazalete de vidrio marino que llevaba a la muñeca.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja.

Emma asintió.

Las chispas del fuego se reflejaron en los ojos de Julian.

—Ya sé que no deberíamos hablarnos —comenzó—. Pero tenemos que discutir algo con alguien. No tiene nada que ver contigo y conmigo.

«No puedo —pensó Emma—. No lo entiendes. Sigues pensando que si las cosas van mal, podremos quitarnos las Marcas».

Pero por otra parte, la runa no la había quemado desde que dejaron Los Ángeles. La negra telaraña del antebrazo no le había crecido. Era como si su pena estuviera conteniendo la maldición. Tal vez fuera así.

—¿Y sobre quién es?

—Es sobre una de las cosas de las que nos enteramos en Thule —contestó él—. Es sobre Diana.

* * *

Diana se despertó de sueños en los que volaba al oír que rascaban en la puerta de su tienda. Salió de debajo de las mantas, cogió un cuchillo y se agazapó.

Oyó dos voces, una sobre la otra.

—¡Pulpo!

Tuvo el vago recuerdo de que esa era la palabra clave que habían elegido antes. Dejó el cuchillo y fue a abrir la cremallera de la tienda. Emma y Julian se hallaban al otro lado, parpadeando en la oscuridad, pálidos y con los ojos muy abiertos. Parecían suricatas asustadas.

Diana los miró alzando una ceja.

—Bueno, si queréis entrar, entrad. No os quedéis ahí, dejando que se cuele el aire frío.

Las tiendas tenían la altura justa para poder estar de pie, y solo contaban con alfombras y ropa de cama. Diana se sentó sobre ellas mientras Julian se apoyaba en la mochila y Emma se sentaba con las piernas cruzadas.

—Perdón por despertarte —comenzó Julian, tan diplomático como siempre—. Pero no sabíamos cuándo podríamos hablar contigo.

Diana no pudo evitar un bostezo; siempre dormía sorprendentemente bien antes de una batalla. Conocía a muchos cazadores de sombras que no podían dormir, que permanecían despiertos con el corazón acelerado, pero ella no era de esos.

—¿Hablar de qué?

—Quiero pedirte disculpas —contestó Julian, mientras Emma se interesaba en la gastada rodilla de sus vaqueros. Emma no parecía la misma desde hacía ya un tiempo, pensó Diana. Desde que regresaron de aquel otro mundo, aunque una experiencia como esa podría cambiar a cualquiera—. Por insistirte para que fueras la directora del Instituto.

Diana lo miró sorprendida.

—¿A qué viene esto ahora?

—Tu versión de Thule nos habló del tiempo que pasaste en Bangkok —dijo Emma, mordiéndose el labio—. Pero no tienes que contarnos nada que no quieras.

La primera reacción de Diana fue como un reflejo.

«No. No quiero hablar de eso. No ahora».

No la víspera de una batalla, no con tantas cosas en la cabeza, no mientras estaba preocupada por Gwyn e intentaba no pensar en dónde estaría o qué haría al día siguiente.

Y sin embargo... Había intentado explicarles a Emma y a Julian justo lo que le estaban preguntando en ese momento y se encontró con que no podía llegar hasta ellos. Recordó su decepción. En aquel momento estaba totalmente decidida a contárselo.

No les debía a ellos la historia, pero sí se debía a sí misma el contarla.

Ambos esperaban en silencio, mirándola. Era la noche antes de una batalla, y esa era la razón por la que habían ido a verla: no para sentirse más tranquilos, sino para hacerle saber que ella elegía si participar o no.

Se aclaró la garganta.

—Así que sabéis que soy transgénero. ¿Y sabéis qué significa eso?

—Sabemos que cuando naciste —contestó Julian—, tenías un género que no reflejaba quién eres en realidad.

Diana soltó una carcajada.

—Alguien ha estado mirando internet —dijo—. Sí, es así, más o menos.

—Y que cuando estabas en Bangkok, usaste la medicina mundana —añadió Emma— para convertirte en quien eres realmente.

—Mi niña, yo siempre he sido quien soy realmente —replicó Diana—. En Bangkok, Catarina Loss me ayudó a encontrar los médicos que pudieran cambiarme el cuerpo para que concordara con quien soy, y a gente como yo para hacerme entender que no estaba sola. —Se apoyó en la chaqueta enrollada que había estado utilizando de almohada—. Dejadme que os cuente la historia.

Y lo hizo, en voz baja y tranquila. Su relato no varió mucho del que le había hecho a Gwyn, porque contar esa historia le tranquilizaba el corazón. Observó sus expresiones mientras hablaba: Julian, tranquilo y callado; Emma, reaccionando a cada palabra abriendo los ojos o mordisqueándose el labio. Siempre había sido así: Emma expresaba lo que Julian no podía o no quería expresar. Tan parecidos y tan diferentes.

Pero Julian fue el primero en hablar cuando ella hubo terminado.

—Lamento mucho lo de tu hermana —dijo—. Lo siento mucho.

Diana lo miró un poco sorprendida, pero claro, eso tenía que ser lo que más le tocaba a Jules, ¿no?

—En cierto modo, lo más duro de todo fue no poder hablar con Aria —repuso.

—Gwyn lo sabe, ¿verdad? —preguntó Emma—. ¿Y no tiene ningún problema? Es bueno contigo, ¿no? —Su voz sonaba tan feroz como Diana no la había oído nunca.

—Lo es, te lo prometo —respondió Diana—. Para ser alguien que recoge a los muertos, tiene una empatía sorprendente.

—No se lo diremos a nadie a no ser que tú quieras —aseguró Emma—. Es asunto tuyo.

—Me preocupaba que descubrieran lo de mi tratamiento médico si intentaba convertirme en la directora del Instituto —explicó Diana—. Que me

apartaran de vosotros, que me castigaran con el exilio. —Apretó los puños en el regazo—. Pero el Inquisidor lo descubrió igualmente.

Emma se irguió.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Antes de que me fuera de Idris. Me amenazó con exponerme ante todos como un traidor.

—Es tan cabrón... —exclamó Julian, con el rostro tenso.

—¿Estáis enfadados conmigo? —preguntó Diana—. ¿Por no habérselo explicado antes?

—No —respondió Julian con voz tranquila y firme—. No tenías ninguna obligación de hacerlo. Nunca.

Emma se acercó más a Diana, su cabello era como un halo de claridad bajo la luz que entraba a través de la ventanilla de la tienda.

—Diana, estos últimos cinco años has sido lo más parecido que he tenido a una hermana mayor. Y desde que te conozco, me has mostrado qué clase de mujer quiero ser cuando sea mayor. —Le cogió la mano—. Me siento muy agradecida y honrada de que hayas querido contarnos tu historia.

—Lo mismo digo —añadió Julian. Inclino la cabeza, como un caballero reconociendo a una dama en algún viejo cuadro—. Lamento haber insistido. No lo entendía. Pensábamos... pensaba en ti como en una persona adulta, alguien que no podía tener problemas o correr peligro. Estaba tan centrado en los niños que no me di cuenta de que tú también eras vulnerable.

Diana le tocó el cabello con suavidad, igual que lo había hecho cuando él era pequeño.

—Eso es crecer, ¿no? Darse cuenta de que los adultos son gente con sus propios asuntos y secretos.

Sonrió con ironía justo cuando Helen metía la cabeza por la puerta, que no habían cerrado con la cremallera.

—Oh, bueno, estáis despiertos —exclamó—. Quería repasar quién se queda atrás mañana...

—Tengo una lista —contestó Julian, y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

Emma se puso en pie, murmurando que tenía que ir a buscar a Cristina. Salió de la tienda y se detuvo solo para echar una mirada a Julian. Pero este se hallaba conversando con Helen y no lo notó.

«Algo le pasa a esa chica», pensó Diana. Una vez hubieran superado el día siguiente, tendría que descubrir de qué se trataba.

29

Tientan a las aguas

—¡Cristina, Cristina!

Las voces resonaban en el bosque, más abajo. Sorprendida, se levantó y miró entre las sombras.

Junto a la hoguera había sido muy doloroso mirar a Mark y a Kieran sabiendo que podía contar las horas antes de que uno de ellos, o ambos, salieran de su vida para siempre. Se había alejado para sentarse entre los árboles, la hierba y las sombras de Brocelind. Había flores blancas entre el verde, nativas de Idris. Antes, solo las había visto en fotos, y tocar sus pétalos le proporcionaba una sensación de paz, aunque su pesar siguiera inamovible por dentro.

Entonces oyó voces. Mark y Kieran llamándola. Estaba sentada en lo alto de una pequeña colina de verde hierba entre los árboles; se levantó, se sacudió la ropa y se apresuró a ir hacia ellos.

—¡Estoy aquí! —gritó ella, casi tropezando mientras bajaba la colina—. ¡Estoy aquí!

Los dos surgieron de entre las sombras, ambos tremendamente pálidos. Mark la encontró primero y la abrazó con fuerza, levantándola del suelo. Un momento después la soltó, y fue Kieran quien la abrazó mientras trataban de explicarse: algo sobre Magnus y trampas y sobre tener miedo de que se hubiera caído en un hoyo lleno de cuchillos.

—Nunca haría eso —protestó mientras Kieran le apartaba el cabello del rostro—. Mark, Kieran, creo que nos hemos equivocado.

Kieran la soltó inmediatamente.

—¿Equivocado en qué?

Mark estaba al lado de Kieran y sus hombros se rozaban. «Mis chicos», pensó Cristina. A los que amaba. No podía escoger entre los dos más de lo que podía escoger entre el día y la noche. Y tampoco quería hacerlo.

—Equivocado al pensar que esto es imposible —contestó—. Debería haberlo dicho antes. Tenía miedo. No quería sufrir. ¿No es eso lo que

tememos todos? ¿Que acabemos sufriendo? Encerramos nuestro corazón en una prisión, aterrorizados de que si le permitimos ser libre en el mundo, acabará herido. Pero yo no quiero estar en una prisión. Y creo que vosotros sentís lo mismo, pero si no es así...

—Os amo a los dos —la interrumpió Mark con una voz apagada y dulce—. Y no puedo decir que ame más a uno que al otro. Pero tengo miedo. Perderos a ambos me mataría, y aquí parece que me arriesgo a que me rompan el corazón no una, sino dos veces.

—No todo el amor acaba mal —dijo Cristina.

—Ya sabéis lo que yo quiero —intervino Kieran—. Fui el primero en decirlo. Os amo y os deseo a los dos. Muchos son felices así en Feéra. Estos matrimonios son corrientes allí...

—¿Nos estás pidiendo la mano? —preguntó Mark, con una sonrisa de medio lado, y Kieran se sonrojó intensamente.

—Sin embargo, pasa una cosa —dijo este—. El rey de Feéra no puede tener un consorte humano. Ambos lo sabéis.

—Eso no importa ahora —replicó Cristina con vehemencia—. Aún no eres rey. Y si lo llegas a ser, ya encontraremos la manera.

Mark inclinó la cabeza en un gesto típico de hada.

—Como dice Cristina, mi corazón acompaña a sus palabras, Kieran.

—Quiero estar con los dos —afirmó Cristina—. Quiero poder besaros a ambos. Quiero poder tocaros a los dos, a veces al mismo tiempo, a veces cuando seamos solo dos. Quiero que podáis besaros y abrazaros el uno al otro, porque os hace felices, y yo quiero que seáis felices. Quiero que estemos juntos, los tres.

—Pienso en cada uno de vosotros todo el rato. Ansío vuestra presencia cuando no estáis. —Las palabras parecían manar de Kieran como el agua de un pantano roto. Acarició a Mark en el rostro con sus largos dedos, suavemente, como el roce del viento sobre la hierba. Luego se volvió hacia Cristina y con la otra mano le acarició la mejilla. Ella notó que Kieran temblaba; puso una mano sobre la suya, apretándosela contra la mejilla—. Nunca he deseado nada con tanta desesperación como deseo esto.

Mark también puso su mano sobre la de Kieran.

—Yo también. Creo en esto, en nosotros. El amor despierta amor, la fe despierta fe. —Sonrió a Cristina—. Todo este tiempo te he estado esperando. Nosotros nos amábamos, y era magnífico, pero contigo es mucho mejor.

—Entonces, besadme —susurró Cristina, y Mark la acercó hacia sí y la besó con cariño, y luego con pasión.

Kieran le acariciaba la espalda, el pelo; ella apoyó la cabeza en su pecho mientras él y Mark se besaban por encima de su hombro, con sus cuerpos acunándola, las manos unidas.

Kieran sonreía; se besaban todos y reían de felicidad, acariciándose mutuamente el rostro con dedos maravillados.

—Os amo —les dijo Cristina a ambos, y ellos lo dijeron al mismo tiempo; sus voces se mezclaron, así que no se supo quién lo decía primero.

—Os amo.

—Os amo.

—Os amo.

* * *

Kit había visto el lago Lyn en dibujos; las inacabables imágenes del Ángel saliendo de él con los Instrumentos Mortales se hallaban en el interior de todos los edificios de los cazadores de sombras, en todas las paredes y en todos los tapices.

En la vida real, era algo totalmente diferente. Se movía como una mancha de petróleo bajo la luna: la superficie era de un negro plateado, pero atravesada por trazos de esplendor cromático, rayas de azul violeta y rojo ardiente, verde hielo y morado. Por primera vez, al imaginarse al ángel Raziel, gigantesco y de rostro negro, alzándose del agua, sintió un escalofrío de temor y reverencia.

Ty había preparado su círculo ceremonial en el borde del lago, donde el agua lamía una pequeña playa de arena. En realidad, eran dos círculos concéntricos, uno mayor y otro más pequeño, y en la corona que formaban entre los dos, Ty había dibujado docenas de runas con un palo afilado.

Kit ya había visto círculos ceremoniales, a menudo en su propia sala. Pero ¿cómo se había vuelto Ty un experto en dibujarlos? Sus círculos eran más perfectos de lo que nunca habían sido los de Johnny; sus dibujos, realizados con más cuidado. No empleaba las runas de los cazadores de sombras, sino un lenguaje rúnico que era mucho más anguloso y desagradable. ¿Sería eso a lo que se había estado dedicando Ty todas esas veces que Kit descubrió que, de repente, no estaba? ¿Aprendiendo a ser un nigromante?

Ty también había colocado los ingredientes en ordenadas filas ante él; la mirra, la tiza, el diente de leche de Livvy, la carta de Thule.

Después de colocar con gran cuidado la bolsa de terciopelo que contenía el mechón de cabello de Livvy entre las otras cosas, Ty miró a Kit, que estaba

casi en la orilla del lago.

—¿Lo he hecho bien?

Kit sintió una intensa reticencia; lo último que quería era acercarse al círculo mágico.

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Bueno, tu padre era un mago; he pensado que igual te había enseñado algo de esto —contestó Ty.

Kit dio una patada al borde del lago, y de él se alzaron chispas luminosas.

—Lo cierto es que mi padre evitaba que aprendiera hechizos de verdad. Pero sé un poco.

Arrastrando los pies por la arena, fue hacia Ty, que estaba sentado con las piernas cruzadas. A menudo, Kit había pensado que la noche y la oscuridad parecían el entorno natural de Ty. No le gustaba el sol directo, y su pálida piel parecía no haberse quemado nunca con él. Bajo la luz de la luna, brillaba como una estrella.

Suspirando, Kit señaló la bola de cristal que Ty había conseguido en el Mercado de Sombras.

—El catalizador va en el centro del círculo.

Ty lo cogió.

—Siéntate cerca de mí —le dijo.

Kit se arrodilló mientras Ty comenzaba a colocar los objetos en el círculo ceremonial, murmurando en voz baja. Se llevó la mano al cuello, se quitó el colgante de Livvy y se lo pasó a Kit. Con una gran sensación de inquietud, Kit colgó el camafeo cerca del borde del círculo.

Ty comenzó a salmodiar más alto:

—*Abyssus abyssum invocat in voce cataractarum tuarum; omnia excelsa tua et fluctus tui super me transierunt.* (Lo profundo llama a lo profundo en la voz de tus cataratas, todos tus remolinos y olas me han pasado por encima).

Mientras salmodiaba, todos los objetos colocados en el círculo comenzaron a arder, uno a uno, como petardos de una traca circular. Ardían con una clara llama blanca, sin ser consumidos.

Un fuerte viento comenzó a soplar desde el lago; olía a limo y a tumba abierta. Kit empezó a oír un clamor de voces y se volvió para mirar hacia atrás... ¿Había alguien ahí? ¿Los habían seguido? Pero no vio a nadie. La playa estaba desierta.

—¿Has oído eso? —susurró.

Ty negó con la cabeza y siguió con su salmodia. El lago titiló, el agua se removió. Blancas formas se alzaron de la superficie oscura. Muchas iban con

traje de combate, otras en armaduras antiguas. El pelo muy largo los rodeaba, traslúcido bajo la luz de la luna. Extendieron los brazos hacia él, hacia Ty, que no podía verlos. Sus labios se movían en silencio.

«Esto está ocurriendo de verdad», pensó Kit, helado hasta los huesos. Cualquier mínima esperanza que hubiera tenido de que el conjuro no funcionara, se desvaneció. Miró a Ty, que seguía canturreando, disparando las palabras memorizadas como si fueran balas de una metralleta.

—*Hic mortui vivunt, hic mortui vivunt ...*

—Ty, para. —Lanzó los brazos y agarró a Ty por los hombros. Sabía que no debía, porque a Ty no le gustaba que lo sobresaltaran, pero el terror estaba bullendo en su sangre como veneno—. Ty, no lo hagas.

La salmodia se cortó a media frase. Ty miró a Kit, confuso; sus ojos grises fueron yendo de la clavícula de Kit a su rostro y de vuelta hacia abajo.

—¿Qué quieres decir? No lo entiendo.

—No lo hagas. No la resucites de entre los muertos.

—Pero tengo que hacerlo —insistió Ty. Su voz era como un cable tensado—. No puedo vivir sin Livvy.

—Sí, sí que puedes —susurró Kit—. Sí que puedes. Crees que esto hará que tu familia sea más fuerte, pero los destruirá si la resucitas. Crees que no puedes sobrevivir sin Livvy, pero sí puedes. Lo haremos juntos. —Kit tenía frío en la cara; se dio cuenta de que estaba llorando—. Te amo, Ty. Te amo.

El rostro de Ty se quedó blanco por la sorpresa. Kit siguió adelante, de todas formas, sin saber muy bien lo que estaba diciendo.

—Se ha ido, Ty. Se ha ido para siempre. Tendrás que superarlo. Tu familia te ayudará. Yo te ayudaré. Pero no si haces esto. No lo hagas, Ty.

Su rostro había recobrado la expresión. Retorcó la boca, como si estuviera conteniendo las lágrimas. Kit conocía esa sensación. Odiaba verla en el rostro de Ty. Odiaba todo lo que estaba ocurriendo.

—Tengo que recuperarla, Kit —susurró Ty—. Tengo que hacerlo.

Se soltó de Kit y se volvió hacia el círculo, donde varios objetos seguían ardiendo. El aire estaba cargado del olor a quemado.

—¡Ty! —gritó Kit, pero Ty ya estaba salmodiando en latín de nuevo, con las manos extendidas hacia el círculo.

—*Igni ferroque, ex silentio, ex animo...*

Kit se lanzó sobre él y lo hizo caer sobre la arena. Ty se desplomó hacia atrás, sin resistirse, demasiado sorprendido para defenderse, y rodaron por la ligera pendiente hacia la orilla. El agua los salpicó al entrar, y Ty pareció volver a la vida; empujó a Kit, propinándole un fuerte codazo en el cuello. Kit

tosió y lo soltó; fue a cogerlo de nuevo y Ty le pegó una patada para alejarlo. Vio que Ty estaba llorando, pero incluso llorando era mucho mejor luchador que él. Aunque Ty parecía frágil como un rayo de luz, era un cazador de sombras de nacimiento y había entrenado toda su vida. Se soltó de Kit, corrió por la arena hacia el círculo y extendió la mano sobre el fuego.

—*¡Ex silentio, ex animo!* —gritó jadeante—. *¡Livia Blackthorn! ¡Resurget! ¡Resurget! ¡Resurget!*

La llama en el centro del círculo se volvió negra. Kit se dejó caer, sentándose sobre los talones. Tenía sabor a sangre en la boca.

Todo había acabado. El conjuro estaba hecho.

Las negras llamas se alzaron hacia el cielo. Ty retrocedió, contemplándolas mientras rugían ascendiendo. Kit, que había visto magia negra antes, se puso en pie lentamente. Cualquier cosa podía haber ido mal, pensó sombrío. Si tenían que correr, noquearía a Ty dándole con una piedra en la cabeza y lo sacaría arrastrándolo de allí.

El agua del lago comenzó a formar ondas. Los dos se volvieron a mirarlo, y Kit se dio cuenta de que los transparentes muertos habían desaparecido. Solo quedaba una forma translúcida que se alzaba del agua, con el cabello largo y plateado cayéndole sobre los hombros. La silueta de su rostro, los ojos, se fueron haciendo más claros: el cabello flotante, el colgante al cuello, el blanco vestido que no parecía algo que Livvy hubiera elegido nunca.

—Livvy —susurró Kit.

Ty corrió al borde del lago. Se tambaleó y cayó de rodillas en el agua mientras el fantasma de Livvy iba hacia ellos, esparciendo chispas luminosas por la superficie del agua.

Llegó a la orilla. Los pies descalzos se arrastraban sobre el líquido reluciente. Miró a Ty, con su cuerpo transparente como una neblina; su expresión inexpresablemente triste.

—¿Con qué motivo has perturbado mi sueño? —preguntó con una voz tan fría como el viento del invierno.

—Livvy —exclamó Ty. Extendió una mano, como si pudiera tocarla. Los dedos atravesaron la falda del vestido.

—No es realmente ella. —Kit se limpió la sangre del rostro—. Es un fantasma.

El alivio y el temor luchaban en su pecho: no había resucitado, pero seguro que invocar a un fantasma en contra de su voluntad tampoco era una buena idea.

—¿Por qué no estás aquí? —preguntó Ty, alzando la voz—. Lo he hecho todo bien. Todo bien.

—El catalizador que has empleado estaba corrompido. No era lo suficientemente poderoso para traerme completamente —explicó Livvy—. También puede tener otras consecuencias. Ty...

—Pero te puedes quedar conmigo, ¿verdad? ¿Te puedes quedar conmigo así? —la interrumpió Ty.

La silueta del cuerpo de Livvy pareció difuminarse mientras se acercaba a su hermano.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí. Esa es la razón por la que he hecho todo esto —contestó Ty—. Quiero que estés conmigo del modo que puedas. Estabas conmigo antes de que naciera, Livvy. Sin ti, yo... no hay nada si tú no estás aquí.

«No hay nada si tú no estás aquí». La lástima y la desesperación sacudieron a Kit con un fuerte impacto. No podía odiar a Ty por eso. Pero nunca significaría nada para Ty, y nunca lo había significado; eso estaba claro.

—Te quería, Ty, te quería incluso estando muerta —repuso el fantasma de Livvy—. Pero has invertido el universo, y pagaremos por ello. Has abierto un agujero en el tejido de la vida y la muerte. No sabes lo que has hecho. —Las lágrimas caían por el rostro de Livvy y salpicaban en el agua: gotas relucientes como chispas de fuego—. No puedes tomar prestado de la muerte. Se tiene que pagar por ello.

Desapareció.

—¡Livvy! —Más que gritar la palabra, pareció que se la arrancaban del alma. Ty se hizo un ovillo, rodeándose con los brazos, como si estuviera desesperado por evitar que el cuerpo se le hiciera pedazos.

Kit oía llorar a Ty, horribles sollozos que le salían de lo más hondo; una hora antes hubiera movido cielo y tierra para que parara. En ese momento, era incapaz de dar un paso; su propio dolor era una ardiente agonía que lo inmovilizaba. Miró el círculo ceremonial; las llamas volvían a ser blancas y los objetos en el interior del mismo comenzaban a consumirse. La bolsa de terciopelo se convirtió en cenizas, el diente se ennegreció, el yeso y la mirra estaban destruidos. Solo el colgante seguía brillando, intacto.

Y mientras Kit miraba, la carta de Thule prendió y las letras en el papel se encendieron para brillar negras antes de desaparecer:

«Te quiero. Te quiero. Te quiero».

.. ..

* * *

En la puerta de la prisión del Gard, Dru se detuvo, con las ganzúas en la mano. Jadeaba después de subir la colina. No había ido por los caminos normales, sino sigilosamente a través de la maleza, manteniéndose fuera de la vista. Vio que tenía sangre en las muñecas y los tobillos, de las heridas que se había hecho con ramas y espinos.

Casi no sentía dolor. Ese era el momento de ajustar cuentas. Al otro lado de esa acción no había retorno posible. Por muy joven que fuera, si Horace y los otros ganaban y se enteraban de lo que había hecho, sería castigada.

La voz de Julian le resonó en los oídos.

«Eres parte de la Guardia de Livia. No lo olvides».

Livvy no hubiese dudado, y Dru lo sabía. Se hubiera lanzado adelante, ansiosa por corregir cualquier injusticia que veía. Nunca se habría contenido. Nunca habría vacilado.

«Livvy, esto es por ti, mi hermana. Te quiero. Te quiero. Te quiero».

Y comenzó a trabajar en la cerradura.

* * *

La entrada a la Ciudad Silenciosa era tal como Emma la recordaba. Un sendero apenas visible cruzaba una de las esquinas del bosque de Brocelind, rodeado de una espesa fronda. Era evidente que pocos pasaban por ahí, y en escasas ocasiones. Su luz mágica reveló un sendero casi sin señales de pisadas.

Oía el canto de los pájaros nocturnos y el movimiento de animalitos entre los árboles. Pero algo faltaba en Brocelind. Siempre había sido un lugar donde se podía esperar ver un fuego fatuo entre las hojas, u oír el crepitar de una hoguera rodeada de licántropos allí reunidos. Había algo muy presente en su silencio actual, algo que hizo que Emma caminara con mucho más cuidado.

Los árboles crecían más espesos mientras llegaba a la ladera de la montaña y encontraba la puerta entre las rocas. Estaba igual que tres años atrás: en ojiva y con el bajorrelieve de un ángel. Una pesada aldaba colgaba de la madera.

Actuando casi por instinto, Emma echó la mano hacia atrás sobre la espalda y desenfundó la Espada Mortal. Sentía un peso en la mano que ninguna otra espada tenía, ni siquiera *Cortana*, y brillaba en la noche como si

emitiera luz propia. La había cogido de la tienda de Julian, donde había estado escondida bajo un saco de dormir, envuelta en terciopelo. La había cambiado por otra espada similar. No pasaría una inspección, pero Julian no tenía ningún motivo para correr a la tienda cada cinco minutos para comprobar si seguía allí. Después de todo, el campamento estaba vigilado.

Emma puso una mano sobre la puerta. El mensaje del hermano Shadrach decía que la Ciudad Silenciosa estaría vacía esa noche, porque los Hermanos Silenciosos servían como guardias en los muros de la ciudad la noche antes del parlamento. Aun así, la puerta parecía palpitar contra su mano, como si latiera igual que un corazón.

—Soy Emma Carstairs y porto la Espada Mortal —dijo—. Abrid en el nombre de *Maellartach*.

Durante un momento angustiosamente largo no pasó nada. Emma comenzó a entrar en pánico. Quizá la Espada Mortal de Thule fuera diferente de algún modo; con los átomos demasiado alterados; su magia, desconocida.

La puerta se abrió de golpe, sin hacer ningún ruido, como una boca bostezando. Emma entró por ella, después de echar una única mirada hacia atrás, al silencioso bosque.

La puerta se cerró a su espalda con el mismo silencio, y Emma se vio en un estrecho pasadizo de paredes lisas que conducía a una escalera descendente. Su luz mágica parecía rebotar en las paredes de mármol mientras ella bajaba, con la sensación de atravesar sus recuerdos: la Ciudad Silenciosa de Thule, vacía y abandonada; círculos de fuego en salas de huesos donde selló su ritual de *parabatai* con Julian. Su gran error. El que había acabado en este viaje.

Se estremeció al llegar a la parte principal de la Ciudad, donde las paredes estaban cubiertas de calaveras y fémures, y delicadas arañas de luz hechas de huesos colgaban del techo. Al menos, en Thule no había estado sola.

Finalmente llegó a la sala de las Estrellas Parlantes. Era igual que en su sueño. El suelo relucía como el cielo nocturno, las estrellas formaban una parábola ante la mesa de basalto donde los Hermanos Silenciosos se reunían. La mesa estaba vacía, y la Espada no colgaba detrás, en su lugar habitual.

Emma entró en el espacio que delimitaban las estrellas; sus botas resonaron sobre el mármol. En su sueño, el suelo se había abierto sin más. En ese momento no pasó nada. Se frotó los cansados ojos con los nudillos, buscando en su interior el instinto que la había guiado para abrir la puerta de la Ciudad.

«Soy *parabatai* —pensó—. La magia que me une a Julian está urdida en ese lugar, en el tejido de los nefilim».

Vacilante, puso un dedo sobre la hoja de la Espada Mortal y lo fue deslizando por ella suavemente, mientras en su memoria revivía el momento en que estuvo en el fuego con Julian: «Tu gente será mi gente, tu Dios mi Dios...».

Una gota de sangre se le formó en la yema del dedo y cayó sobre el mármol a sus pies. Se oyó un clic, y el suelo, que parecía ser de una única pieza, se deslizó hacia atrás dejando ver un negro agujero.

En este había una tablilla. Podía verla con mucha más claridad que en el sueño. Era de basalto blanco y en ella había una runa de *parabatai*, pintada en una sangre tan antigua que solo quedaba una mancha pardo rojiza con la forma de la runa.

Se veía haciéndolo: bajando la Espada, rompiendo la tablilla. Se imaginó el sonido al quebrarse. Sería el sonido de los corazones al romperse por todo el mundo, cuando los *parabatai* se sintieran separados.

Se los imaginó cogiéndose con horror e incompreensión: Jace y Alec, Clary y Simon.

El dolor que Julian sentiría.

Comenzó a sollozar en silencio. Sería una exiliada, una paria, una proscrita como Caín. Se imaginó a Clary y a los otros apartándose de ella con miradas de profundo aborrecimiento. No podías herir a la gente de ese modo y confiar en que te perdonaran.

Pero pensó de nuevo en Diana en Thule: «Sus runas comenzaron a arder, como si tuvieran fuego en las venas en vez de sangre. La gente decía que las espadas de los que luchaban contra ellos se les quebraban en las manos. Les aparecieron unas líneas negras que les cruzaban el cuerpo y se convirtieron en monstruos, físicamente monstruosos. Yo nunca lo vi; lo he oído todo de tercera mano. Historias sobre enormes criaturas resplandecientes y despiadadas destrozando ciudades. Sebastian tuvo que soltar a miles de demonios para derrotarlos. Muchos mundanos y cazadores de sombras murieron».

Julian y ella no podían convertirse en monstruos. No podían destruir todo lo que conocían y amaban. Era mejor romper los vínculos de *parabatai* que ser responsable de toda esa muerte y destrucción. Tenía la sensación de que había pasado una eternidad desde que Jem le explicó la maldición. Lo habían intentado todo para escapar de ella.

«El poder no tardaba en enloquecerlos hasta convertirlos en monstruos. Destruían a sus familias, a los seres que amaban. La muerte los rodeaba».

La única manera de escapar era esa. Cerró las manos con fuerza alrededor de la empuñadura de la espada. Alzó *Maellartach*.

«Perdóname, Julian».

—¡Quieta! —Una voz resonó por toda la Ciudad de Hueso—. ¡Emma! ¿Qué estás haciendo?

Ella se volvió, sin salir de las Estrellas Parlantes o mover la Espada. Julian se hallaba en la entrada de la cámara. Estaba pálido y la miraba totalmente anonadado. Era evidente que había llegado corriendo. Jadeaba y tenía hojas en el pelo y barro en las botas.

—No intentes detenerme, Julian. —Su voz era poco más que un susurro.

Él extendió las manos, como para mostrarle que estaba desarmado, y dio un paso hacia ella. Emma negó con la cabeza y Julian se detuvo.

—Vete, Julian. No quiero que estés aquí mientras hago esto. Si me encuentran, quiero que me encuentren sola.

—Lo sé —dijo él—. Te estás sacrificando. Ya sabes que culparán a alguien, alguien que haya tenido acceso a la Espada Mortal, y tú quieres ser ese alguien. Te conozco, Emma. Sé exactamente lo que estás haciendo. —Dio otro paso hacia ella—. No voy a tratar de impedírtelo. Aunque tampoco puedes hacer que me marche.

—Pero ¡debes hacerlo! —Emma alzó la voz—. Me exiliarán, Julian, en el mejor de los casos, incluso si derrotamos a Horace. Ni siquiera Jia pasaría esto por alto, nadie querría, ni podría aunque quisiera. No lo entiendes. Si nos encuentran a los dos, dirán que lo hicimos para poder estar juntos y perderás a los niños. No permitiré que eso pase, no después de todo...

—¡Emma! —Julian le tendió las manos. El brazalete de cristal marino le resplandeció en la muñeca, un brillante color en medio de ese lugar de huesos grises—. No te voy a dejar. Nunca te voy a dejar. Incluso si destrozas la runa, no te dejaré.

Un gran sollozo estalló dentro de Emma. Y luego otro. Se dejó caer de rodillas, aún con la Espada en la mano. La desesperación la sacudió, tan intensa como el alivio. Quizá fuera alivio. No lo sabía, pero pudo notar a Julian acercársele en silencio y arrodillarse frente a ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él—. ¿Qué pasa con el espacio de tiempo que Magnus dijo que teníamos...?

—La runa me ha estado ardiendo, y la tuya también, lo sé. Y también hay esto. —Se levantó la manga del jersey y puso la mano palma arriba para

enseñarle la Marca en el antebrazo: un dibujo como el de una telaraña, pequeño pero creciendo—. Creo que ya no nos queda tiempo.

—Entonces, podemos hacer que nos quiten las Marcas —repuso Julian con una voz tranquilizadora, la voz que reservaba para los que más quería—. Las mías y las tuyas. He pensado que...

—Hablé con Jem durante la reunión —explicó Emma—. Me dijo que nunca lo volvería a hacer, y Magnus no lo puede hacer solo... —Tomó aliento—. En Thule, Diana me dijo que cuando Sebastian comenzó a hacerse con el poder, los *parabatai* de ese mundo se convirtieron en monstruos. Las runas les ardían, y la piel se les cubrió de marcas negras, y luego se convirtieron en monstruos. Eso es lo que nos está pasando, Julian. Todo eso por la maldición que nos convertirá en monstruos. Es esa monstruosidad lo que se oculta en el corazón del vínculo. Como... como un cáncer.

Hubo un largo silencio.

—¿Por qué no me habías explicado todo esto?

—Al principio no me lo creí —contestó en un susurro—. Pensé que era algo que solo podía pasar en Thule. Pero nuestras runas han ardido. Y las marcas negras en mi piel... Lo supe...

—Pero no lo sabemos —repuso él con dulzura—. Sé cómo te sientes. Te sientes como temblando, ¿no? Tienes la cabeza disparada y el corazón también.

Ella asintió.

—¿Cómo...?

—Porque a mí me pasa lo mismo —respondió él—. No creo que sea la maldición. Jem dijo que nos daría poder. Y lo que siento es como... como si me hubieran enchufado a la corriente y no pudiera parar de sacudirme.

—Pero tú pareces estar bien —replicó Emma.

—Creo que recuperarme del hechizo ha sido como salir de un pozo —explicó él—. Todavía no estoy en lo más alto, como tú. Tengo un poco de protección. —Se rodeó las rodillas con los brazos—. Sé que tienes miedo. Cualquiera lo tendría. Pero aun así voy a pedirte que hagas una cosa por mí. Te voy a pedir que tengas fe.

—¿Fe? ¿Fe en qué?

—En nosotros —respondió Julian—. Incluso cuando me dijiste que estaba prohibido que nos enamoráramos, o cuando supe que nunca deberíamos haber sido *parabatai*, seguía teniendo el recuerdo de lo maravilloso que era ser tu compañero, que nuestra amistad se convirtiera en algo sagrado. Aún creo en nuestro vínculo, Emma. Aún creo en los vínculos de *parabatai*, en su

importancia, en la belleza de lo que tienen Alec y Jace, o en la que Jem tuvo en el pasado.

—Pero ¿y si se vuelve en contra nuestra? —preguntó Emma—. ¿Nuestra mayor fuerza convertida en nuestra mayor debilidad?

—Por eso te he pedido que tengas fe —repuso él—. Cree en nosotros si no puedes creer en la idea. Mañana puede ser que tengamos que luchar. Nosotros contra ellos. Necesitamos a Jace y a Alec, a Clary y a Simon, nos necesitamos a nosotros; todos tenemos que estar enteros y unidos en el campo de batalla. Necesitamos estar lo más fuertes posible. Un día más, Emma. Hemos llegado hasta aquí. Podemos aguantar un día más.

—Pero necesito la Espada Mortal —dijo Emma, abrazando la hoja—. No puedo hacerlo sin ella.

—Si ganamos mañana, entonces podremos pedir ayuda a la Clave —propuso Julian—. Y si no ganamos, Horace estará más que contento de quitarnos las runas. Sabes que sí.

—Ya he pensado en eso —dijo Emma—. Pero no podemos estar seguros, ¿no?

—Quizá sí, quizá no —contestó Julian—. Pero si lo haces, si cortas los vínculos, me quedaré contigo y compartiré la culpa contigo. No puedes impedírmelo.

—Pero los niños —susurró ella. No soportaba la idea de que Julian se viera separado de ellos, de que los Blackthorn padecieran más dolor y sufrimiento.

—Ahora tienen a Helen y a Aline —respondió Julian—. No soy el único que puede mantener la familia unida. En mis peores momentos, tú dabas lo mejor de ti por mí. Solo puedo hacer lo mismo por ti.

—Muy bien —dijo Emma—. Muy bien. Esperaré un día.

Como si la hubiera oído, la trampilla se cerró a sus pies, ocultando la tablilla *parabatai* bajo el mármol protector. Emma quiso acercarse a Julian, tocarle las manos, decirle que estaba agradecida. Quería decir más, decir palabras que estaba prohibido pronunciar, pero no lo hizo. Simplemente se quedó mirándolo en silencio y las pensó, mientras se preguntaba si alguien habría pensado esas palabras antes en la Ciudad Silenciosa. Si las habían pensado así, con tanta esperanza como desesperación.

«Te amo. Te amo. Te amo».

30

Las riquezas que allí se hallan

El sonido de la cremallera de la tienda despertó a Emma. Había dormido profundamente toda la noche, sin soñar, y solo se había despertado un momento cuando Cristina entró, bastante tarde, y se envolvió en las mantas. Trató de espabilarse. Por el espacio abierto en la puerta vio que el cielo estaba gris, cargado de inminente lluvia.

Helen estaba fuera.

—Treinta minutos —dijo, y sus pasos se alejaron mientras continuaba despertando a los demás.

Cristina gruñó y salió de entre las mantas. Ambas habían dormido vestidas.

—Mi estela... —dijo—. Deberíamos... —bostezó— dibujarnos las Marcas la una a la otra. Y espero que alguien haya hecho café.

Emma se quedó en su top de tirantes, temblando, mientras Cristina hacía lo mismo. Intercambiaron runas: rapidez y equilibrio para Emma; bloqueo y desvío para Cristina; puntería y visión lejana para ambas. Cristina no le preguntó por qué no le dibujaba las runas Julian. Ambas sabían la respuesta.

Se subieron las cremalleras del traje de combate, se ataron los cordones de las botas y salieron de la tienda, estirando los músculos agarrotados. El cielo estaba cargado de nubes negras; el suelo, húmedo de rocío. Parecía que todos los demás ya estaban levantados y apresurándose por el campamento: Simon se cerraba las cremalleras del traje, Isabelle pulía una espada larga. Magnus, vestido sombríamente de colores oscuros, ayudaba a un Alec, ya uniformado, a colgarse el carcaj con las flechas. Aline le estaba dibujando una runa de fortaleza a Helen en la nuca. Mark, con el cinturón de armas cargado de dagas, removía unas gachas sobre el fuego.

Cristina gimió.

—No veo café. Solo gachas.

—Siempre te digo que el café es malo, adicta —le dijo Emma—. Dame la mano. Te dibujaré una runa de energía.

Cristina protestó por lo bajo e hizo lo que le decía: una buena runa de energía funcionaba tan bien como la cafeína. Emma la miró con cariño mientras le pasaba la estela por la piel. Sospechaba dónde había estado la noche anterior, aunque no era el momento de hacer preguntas.

—No puedo creer que esto esté sucediendo de verdad —dijo Cristina cuando Emma le soltó la mano.

—Lo sé —repuso esta. Le apretó la mano antes de guardar la estela—. Si algo pasa, te cubriré las espaldas. Ya lo sabes.

Cristina tocó su medallón y luego la mejilla a Emma con una mirada seria.

—Que el Ángel te bendiga y te mantenga a salvo, hermana mía.

Fuertes voces llamaron la atención de Emma antes de que llegara a decir nada. Se volvió y vio a Julian frente a Ty y Kit; Ty hablaba muy fuerte, claramente enfadado, mientras que Kit permanecía un poco apartado, con las manos en los bolsillos. Mientras Emma se acercaba, vio la expresión de Kit con mayor claridad. La sorprendió. Parecía absolutamente exhausto y desesperanzado.

—Queremos estar con vosotros —decía Ty. Mark se había acercado, abandonando las gachas. Helen, Aline y Kieran estaban cerca, mientras que los otros mantenían una educada distancia—. Queremos luchar con vosotros.

—Ty. —En las muñecas y la clavícula de Jules se veían runas recién dibujadas, negras y brillantes. Emma se preguntó quién se las habría hecho, ¿Mark? ¿Helen? No importaba. Pero debería haber sido ella—. Esto no es una batalla, es un parlamento. Una reunión de paz. No puedo llevar a toda la familia.

—No es que a ti te hayan invitado y a nosotros no —replicó Ty. Llevaba el traje de combate, igual que Kit. Una espada corta le colgaba de la cadera—. Nadie de aquí está invitado.

Emma ocultó una sonrisa. Siempre era difícil discutir con Ty cuando tenía razón.

—Si nos presentamos todos, será un caos —insistió Julian—. Te necesito aquí, Ty. Ya sabes cuál es tu misión.

—Avisar si algo pasa. Estar a salvo —contestó Ty a regañadientes.

—Eso es —repuso Julian. Le cogió el rostro entre las manos; Ty aún era una cabeza más bajo que él—. Mantente a salvo, Tiberius.

Mark pareció aliviado. Kit aún no había dicho ni una palabra. Por encima de la cabeza de Ty, Julian hizo un gesto de asentimiento a Magnus, que se hallaba junto a Alec al abrigo de un árbol cercano. Magnus le devolvió el gesto.

«Interesante», pensó Emma.

El resto, al ver que la discusión había acabado, comenzó a acercarse. Cristina y Kieran, Diana, Isabelle y Simon, Clary y Jace. Este se acercó a Kit y lo tocó en el hombro con toda la ternura de la que Emma sabía que era capaz, pero que no mostraba normalmente. Mientras ella los observaba, Jace le ofreció a Kit una fina daga de plata con un dibujo de garzas en vuelo tallado en la empuñadura. Kit la cogió con cuidado, asintiendo con agradecimiento. Emma no pudo oír lo que decían, pero Kit pareció un poco menos desgraciado.

Kieran y Cristina habían estado hablando en voz baja. Pero Kieran ya se apartaba de ella para encaminarse junto a Julian y el resto de los que iban a ir a los Campos Imperecederos: Emma, Cristina, Alec y Mark. El cabello se le rizaba a Kieran por la humedad, rodeándole el rostro.

—Creo que también es mi momento de partir.

—Lamento que no puedas quedarte en esta parte del plan —dijo Julian—. Has sido de gran ayuda, Kieran. Es como si fueras uno de nosotros.

Kieran miró a Julian fijamente.

—No te vi lo suficientemente claro en el pasado, Julian Atticus. Tienes un corazón despiadado. Pero también es bueno.

Julian pareció sorprenderse un poco, y luego aún más cuando Kieran fue a besar a Mark para despedirse, y luego besó también a Cristina. Ambos le sonrieron mientras todo el mundo se los quedaba mirando.

«Supongo que no me equivocaba», pensó Emma, y alzó una ceja hacia Cristina, que se sonrojó.

Kieran les murmuró algo a los dos, algo que Emma no pudo oír, y se perdió entre los bosques, desvaneciéndose como la niebla.

—Los que dejamos el campamento debemos irnos ya —dijo Diana—. El parlamento comienza pronto y nos llevará al menos una hora llegar hasta los Campos.

Clary hablaba con Simon; le palmeó el hombro y se volvió hacia Isabelle, que la abrazó. Alec se acercó a Jace. Por todas partes había *parabatai* preparándose para separarse, aunque fuera por poco rato. Emma tenía una sensación de irrealidad. Había calculado que los vínculos ya estarían rotos. Y aunque no era así, aún le resultaba raro estar donde estaba, sin tener que escapar, sin ser odiada o exiliada.

Alec le apretó la mano a Jace.

—Ten cuidado.

Jace lo miró durante un largo momento y luego lo soltó. Clary se apartó de Simon y se acercó a Jace. Observaron a Magnus cruzar la hierba húmeda hasta Alec; inclinó la cabeza y lo besó suavemente.

—Ojalá pudieras venir —dijo Alec con ojos brillantes.

—Ya sabes el trato. Ningún subterráneo para asustar a Horace —repuso Magnus—. Pórtate bien, mi chico arquero. Vuelve conmigo.

Luego fue con Jace y Clary. Helen y Aline se les unieron, igual que Kit y Ty. Formaron un pequeño grupo silencioso, observando a los otros adentrarse en el bosque de Brocelind.

* * *

—¿Vas a volver a hablarme alguna vez? —preguntó Ty.

Kit y él estaban sentados en una verde hendidura en el bosque, junto al campamento. Un peñasco gris cubierto de musgo marrón verdoso se alzaba tras ellos; Ty estaba apoyado en él, con los ojos cerrados de agotamiento.

Kit casi ni recordaba el regreso del lago Lyn, la noche anterior. A Ty le costó muchísimo andar. Se había apoyado en Kit la mayor parte del camino, pero Kit tampoco dijo nada. Ni siquiera cuando comenzó a llover y juntos tuvieron que chapotear bajo la lluvia. Ni siquiera cuando Ty tuvo que detenerse a recobrar el aliento a un lado del camino. Tampoco cuando se dobló por la mitad llamando a Julian entre entrecortados jadeos, como si este pudiera aparecer de la nada y hacer que todo fuera mejor.

Era como si los sentimientos de Kit estuvieran atrapados dentro de una jarra asesina sin aire. Ty no lo quería, ni como amigo ni como nada. Le dolía cada inspiración, pero su mente no quería enfrentarse al porqué, a quién realmente culpaba por lo sucedido.

—Se supone que debemos estar en silencio —fue todo lo que le dijo ahora.

Ty lo miró incrédulo.

—No es por eso —replicó—. Estás enfadado conmigo.

Kit sabía que debería explicarle a Ty lo que sentía; era más que injusto esperar que él lo adivinara. El único problema era que él mismo no estaba seguro de sus sentimientos.

Recordaba haber llegado al campamento, recordaba haberse metido juntos en la tienda, y que Ty se había hecho un ovillo sobre sí mismo. Kit quiso ir a buscar a Julian, pero Ty negó con la cabeza, apretando el rostro contra las

mantas, repitiéndose algo en voz baja hasta que los músculos se le relajaron y cayó en un sueño de puro agotamiento.

Kit no había dormido nada.

Metió la mano en el bolsillo.

—Mira, anoche, después... bueno, antes de que nos marcháramos del lago, me acerqué al fuego. —Solo habían quedado cenizas y restos carbonizados, excepto un objeto brillante: el colgante de oro de Livvy, reluciendo como un tesoro pirata en medio de las cenizas.

Kit dejó que le colgara de la mano y vio que Ty fruncía ligeramente el ceño, como siempre pasaba cuando se sorprendía.

—¿Lo cogiste para mí? —preguntó Ty.

Kit seguía con la cadena del colgante en la mano. Lo balanceó entre ambos, como un péndulo. Ty extendió la mano lentamente para cogerlo. El fuego había limpiado la sangre de la superficie. Brillaba reluciente mientras Ty se lo colgaba del cuello.

—Kit —comenzó dubitativo—. Pensaba que tú... pensaba que sería...

Unas hojas crujieron; una ramita se quebró. Kit y Ty callaron al instante.

Al cabo de un corto momento, con la mano sobre el colgante, Ty se acuclilló y comenzó a silbar.

* * *

Emma y los demás avanzaban en un silencio casi total por el bosque, que estaba húmedo, verde y con una espesa capa de hojas caídas y agua. De vez en cuando, gruesas gotas de lluvia traspasaban las espesas copas de los árboles y se le colaban a Emma por el cuello de la chaqueta, haciéndola estremecer.

Un poco más atrás habían pasado una bifurcación. Diana, Isabelle y Simon fueron por la derecha. Los otros, por la izquierda. No se despidieron con palabras, aunque Alec besó a su hermana en la mejilla sin decir nada.

En ese momento, Emma avanzaba en un grupo de cinco: Julian por delante, luego Mark y Cristina, sin cogerse la mano pero muy cerca, casi tocándose los hombros, y Alec y Emma en la retaguardia. Alec estaba alerta, con el arco preparado, recorriendo con su penetrante mirada azul las sombras a ambos lados del camino.

—¿Has querido alguna vez un tapiz muy grande de ti mismo? —le preguntó Emma.

Alec no era de los que se impresionaban fácilmente.

—¿Por qué? —respondió—. ¿Tienes uno?

—La verdad es que sí —repuso Emma—. Lo rescaté del despacho del Inquisidor y cargué con él por las calles de Alacante. Hubo gente que me miró muy mal.

Alec contuvo una sonrisa.

—Apuesto a que sí.

—No quería que el Inquisidor lo tirara —continuó Emma—. Quiere fingir que la batalla del Burren no tuvo importancia. Pero yo he estado en Thule. Sé lo que habría significado que no hubiera habido una Clary, o un Jace. O tú.

Alec bajó ligeramente el arco.

—E imagínate dónde estaría ahora —repuso— si no hubiera habido un Julian, o una tú, o una Cristina o un Mark. Creo que hay momentos en los que somos llamados. En los que podemos elegir alzarnos o no. Lo que hicisteis en Feéra... —Dejó la frase a medias—. ¿Sabes?, deberías darle el tapiz a Magnus. Si le va a gustar a alguien, será a él.

De repente, se coló la luz entre los árboles. Emma miró hacia arriba, pensando que habrían desaparecido las nubes, pero vio que habían llegado al límite del bosque. Los árboles se hicieron más escasos, dejando ver el cielo con tonos de gris perla y azul humo.

Habían salido del bosque. Ante ellos se extendía el verde campo hasta llegar a los muros de Alacante. En la distancia, veía siluetas oscuras, pequeñas como escarabajos, acercándose al centro de los Campos Imperecederos. ¿La Cohorte? ¿Las hadas noseelie? Se hallaban demasiado distantes para poder distinguirlos, incluso con las runas de visión lejana.

—Emma —dijo Julian—. ¿Estás preparada?

Ella lo miró. Por un momento, fue como si no hubiera nadie más allí que ellos dos, como si se miraran el uno al otro en la sala *parabatai* de la Ciudad Silenciosa y la conexión entre ellos restallara con fuerza. El rostro de Julian se veía muy pálido sobre el traje de combate negro; sus ojos verde azulado ardieron al mirarla. Emma supo lo que él estaba pensando. Había llegado hasta allí, al punto del que no había retorno. Necesitaba que ella diera el último paso con él.

Emma alzó la barbilla.

—Hemos elegido alzarnos —dijo, y pisaron la hierba de los Campos para comenzar la marcha hacia los muros de Alacante.

* * *

«Y el cielo se llenó de ángeles».

Dru estaba junto al canal, frente a la casa de los Graymark, con Tavvy de la mano. Por todo Alacante, los cazadores de sombras, viejos y jóvenes, cubrían las calles, mirando al cielo.

Dru tuvo que admitir que lo que Horace había hecho resultaba impresionante. Era como ver una gigantesca pantalla de cine, un IMAX o algo aún mayor. Cuando salieron de la casa, con Maryse llevando a Rafe y a Max delante de ella, se quedaron parados mirando el enorme cuadrado en el cielo. Lo único que pudieron ver fue el verde de los Campos y un poco de gris.

Luego, Horace y Zara entraron en el cuadro, avanzando a grandes zancadas por la hierba, y debido al tamaño de la proyección y el ángulo, eran como ángeles cruzando el cielo. Horace estaba como siempre, aunque con una diferencia importante: la manga que le cubría el brazo izquierdo colgaba vacía desde el codo.

Zara llevaba el cabello suelto, lo que era muy poco práctico para luchar pero más espectacular para lucir. También tenía a la dorada *Cortana* colgada del costado, lo que hizo que a Dru se le revolviera el estómago.

—Esa es la espada de Emma —soltó Tavvy, enfadado. Dru no lo hizo callar. Se sentía igual de molesta.

Tras Horace y Zara iba un pequeño grupo de guardias, Vanessa Ashdown y Martin Gladstone entre ellos, y después un contingente de centuriones. Dru reconoció a varios del tiempo que estuvieron en el Instituto: Molly Bridgestock, Jessica Beausejourns y Timothy Rockford. Manuel no estaba con ellos, lo que la sorprendió. Siempre le había parecido alguien a quien le gustaba estar en el meollo de las cosas.

Mientras todos ocupaban su puesto en el campo, Maryse meneó la cabeza y masculló algo sobre Gladstone. Había estado tratando de contener a Max y a Rafe, que no tenían ningún interés en las aburridas imágenes del cielo, pero en ese momento miró a Horace y frunció el ceño.

—El Círculo otra vez —dijo—. Así era exactamente Valentine, tan seguro de hacer lo correcto. Tan seguro de que eso le daba el derecho a decidir por los demás lo que debían creer.

Un audible grito contenido corrió entre los cazadores de sombras que observaban la escena. No era una reacción a las palabras de Maryse; todos estaban mirando hacia arriba. Dru inclinó el cuello hacia atrás y vio impresionada que el ejército de la corte noseelie estaba marchando sobre los Campos hacia la Cohorte.

Parecía un incontable número de hadas en la librea oscura del rey noseelie. Caballeros en sus corceles con lanzas de plata y bronce destellando bajo la temprana luz. Cuadrados trasgos con hachas de aspecto fiero; dríadas con gruesas varas de madera y kelpies rechinando sus afilados dientes. Y al frente de todos ellos, los gorras rojas con su uniformes tintados de sangre y sus botas de hierro, que resonaban sobre la tierra. Rodeaban a un hombre coronado a caballo: el nuevo rey noseelie. No el que Dru conocía por los dibujos; este rey era joven. Llevaba la corona desenfadadamente inclinada hacia un lado.

Cuando se acercaron más, Dru vio que se parecía un poco a Kieran. La misma boca recta, los mismos rasgos de inhumana hermosura, aunque el cabello del rey era negro como el carbón y con mechas de color púrpura. Cabalgó hasta llegar cerca del Inquisidor y el resto de la Cohorte, y los miró fríamente.

Maryse lanzó una exclamación de sorpresa. Otros cazadores de sombras ahogaron un grito, y unos cuantos, sobre el puente de la Cisterna, aplaudieron. Por mucho que Dru odiara a Horace, no podía negar que era un excelente teatro: la pequeña banda de la Cohorte enfrentándose a un gran ejército hada.

Se alegraba de tener también algo de teatro preparado por su parte.

—Saludos, mi señor Oban —dijo Horace, inclinando la cabeza—. Te agradecemos que aceptes parlamentar con nosotros esta mañana.

—Está mintiendo —dijo Tavvy—. Mírale la cara.

—Lo sé —contestó Dru en voz baja—. Pero no lo digas donde la gente pueda oírte.

Oban se bajó grácilmente del caballo e hizo una reverencia a Horace. Otro grito apagado recorrió las calles de Alacante. Las hadas no se inclinaban ante los cazadores de sombras.

—El placer es mío.

Horace era todo sonrisas.

—Entiendes la gravedad de nuestra situación —comenzó—. La muerte de dos de los nuestros, especialmente de dos cazadores de sombras tan famosos como Jace Herondale y Clary Fairchild, deja un agujero en el corazón de nuestra comunidad. Una herida tal no la puede resistir una sociedad civilizada. Exige recompensa.

«Quiere decir compensación», pensó Dru. Sabía que había diferencia entre ambas, aunque dudaba haber podido explicarla.

—Nosotros, de las tierras noseelie, no estamos en desacuerdo —respondió Oban pomposamente—. Nos parece probado que los subterráneos y los

cazadores de sombras no pueden ocupar el mismo espacio con seguridad. Lo mejor para nosotros será separarnos y respetarnos en la distancia.

—Cierto —repuso Horace—. Respetarnos en la distancia parece adecuado.

—¿De verdad? —masculló Maryse—. Nadie puede tragarse esa mierda, ¿o sí?

Dru la miró de reojo.

—A veces realmente sueñas como una neoyorkina.

Maryse le sonrió de medio lado.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Hubo un repentino alboroto. Dru miró la pantalla y vio que Horace, que había estado asintiendo al rey Oban, miraba de repente a la distancia con la boca abierta de la sorpresa.

Oban se volvió con el ceño fruncido, la primera expresión auténtica que había mostrado.

—¿Qué es esta intrusión?

Incapaz de evitarlo, Dru se puso a aplaudir. Entrando en el cuadro de la proyección, avanzando decididos por los verdes Campos hacia la Cohorte, se veía a Julian, Emma y su grupo. Contra todos los pronósticos, habían llegado.

* * *

El viento se había levantado y azotaba los Campos con una fuerza que no detenía ningún muro o árbol. La hierba se doblaba frente a Emma y los demás, y la túnica de Inquisidor de Horace ondeaba alrededor de su cuerpo. Zara se apartó el cabello del rostro y miró furiosa a Julian antes de lanzar una mirada de profundo aborrecimiento a Emma.

—Tú —masculló entre dientes.

Emma dedicó una mueca sonriente a Zara, con todo el odio azuzado por ver *Cortana* colgando del costado de esta.

—Siempre he deseado que alguien mascullara «tú» refiriéndose a mí —se burló—. Me hace sentir como si estuviera en una película.

Horace soltó una risita sarcástica.

—¿Y qué estáis haciendo aquí, niñatos? ¿Cómo osáis interrumpir este parlamento? Esto es un asunto serio, no un juego de niños.

—Nadie ha dicho que esto fuera un juego, Dearborn. —Julian se detuvo entre Horace y una multitud de caballeros hada y gorras rojas; a un lado tenía

a Mark y a Alec, y al otro a Emma y Cristina—. Y tampoco que seamos niños.

—Yo seguro que no lo soy —señaló Alec con suavidad.

Un hombre delante de los gorras rojas señaló a Mark. Se parecía un poco a Kieran, con el cabello revuelto de color púrpura y negro y una corona de oro ligeramente inclinada sobre la cabeza.

—Te conozco.

Mark lo miró despectivo.

—Desgraciadamente, es cierto. —Se volvió hacia los otros—. Este es el príncipe Oban.

—Rey Oban —replicó él—. Horace... Inquisidor, haga que me muestren respeto.

—No deberían estar aquí en absoluto —dijo Horace—. Mis disculpas por esta intrusión. —Agitó la mano en su dirección—. Ashdown, Gladstone, libraos de la basura.

—Ya lo habéis oído. —Vanessa se adelantó, con la mano sobre la espada que le colgaba de la cintura.

—Es muy difícil imaginar qué habrá hecho Cameron para merecerse parientes como tú —le dijo Emma, y tuvo la satisfacción de verla enrojecer.

Alec alzó el arco. Y Mark lo imitó.

—Si no entregáis las armas —dijo Horace—, nos veremos forzados a...

—¿Es realmente eso lo que quieres que vean todos? —lo interrumpió Julian—. Después de todo lo que has dicho sobre la muerte de jóvenes cazadores de sombras, ¿quieres ser la causa de más muertes? —Dio la espalda a Horace, miró hacia las murallas de Alacante y habló con una voz clara y dura—. Este parlamento es falso. Es solo un espectáculo. No solo el Inquisidor está aliado con la corte noseelie, sino que ha colocado a Oban en el trono como su marioneta.

Zara trató de ahogar un grito claramente audible.

Horace, que se había mostrado petulante, estaba ahora totalmente anonadado.

—Mentiras. ¡Esas son horribles mentiras!

—Y supongo que ahora vais a decir también que él mató a Jace y a Clary —soltó Zara.

Julian ni se molestó en mirarla. Siguió mirando hacia Alacante. Emma se imaginó a los cazadores de sombras en la ciudad. ¿Lo podían ver, lo podían oír? ¿Lo entendían?

—No iba a decir eso —replicó Julian. Y añadió—: Porque no están muertos.

* * *

«No están muertos».

Un rugido estalló alrededor de Dru. Se creó el caos en las calles: gente gritando de alegría, otros de sorpresa o de rabia; oyó los nombres de Jace y Clary repetidos una y otra vez. Tavvy alzó los puños hacia el cielo, donde la imagen de Julian los cubría, flanqueado por Emma y sus amigos.

«Ese es mi hermano —pensó Dru con orgullo—. Mi hermano Julian».

* * *

—Es de muy mal gusto hacer esa clase de bromas —soltó Gladstone—. El mundo de los nefilim aún llora a Jace y a Clary...

—Y encontramos su ropa manchada de sangre —añadió Zara—. Sabemos que están muertos.

—A veces las chaquetas se caen, Zara —replicó Alec—. Jace es mi *parabatai*. Si estuviera muerto, lo sabría.

—Oh, sentimientos —soltó Horace en tono desabrido—. Esto tiene que ver con tus sentimientos, ¿eh, Lightwood? ¡Nosotros, en la Cohorte, tratamos con hechos! ¡Nuestros hechos!

—Los hechos no pertenecen a nadie —repuso Cristina con calma—. Son inmutables.

Horace le lanzó una mirada de desagrado y se volvió hacia Oban.

—Jace Herondale y Clary Fairchild están muertos, ¿no es cierto?

La expresión de Oban era una mezcla de rabia e inquietud.

—Uno de mis gorras rojas me lo dijo, y como sabes, mi gente no puede mentir.

—Ya lo veis —repuso Horace—. ¡Se me ha acabado la paciencia contigo, Blackthorn! Guardias, lleváoslos al Gard. Ya decidiremos más tarde su castigo.

—Nosotros nos los llevaremos. —Zara avanzó hacia ellos con Timothy Rockford a su lado. Sacó a *Cortana* de la vaina y la alzó para hacerles gestos a los intrusos—. Emma Carstairs, te detengo en nombre de...

Emma extendió la mano. La extendió como había hecho durante todos esos años desde que Julian le puso *Cortana* en los brazos, al comienzo de la Guerra Oscura. Extendió la mano como había hecho en el seto de espinos de Feéra, como si la extendiera hacia el pasado para tocar las manos de todas las mujeres Carstairs que habían sujetado a *Cortana* antes de ella.

La mano de Zara se sacudió. La empuñadura de *Cortana* se le escurrió de los dedos y la espada cubrió el espacio que las separaba.

La empuñadura buscó la mano de Emma. Instintivamente, la agarró y alzó la espada en alto. *Cortana* volvía a ser suya.

* * *

Habían estado sentados en uno de los troncos alrededor de la hoguera del campamento, charlando, aunque Helen estaba demasiado nerviosa para seguir atentamente la conversación. No podía dejar de pensar en Julian y en Mark, y en el peligro al que se enfrentaban.

—No les pasará nada —le dijo Magnus, después de que le hubiera hecho la misma pregunta dos veces sin conseguir respuesta. Helen tenía la mirada clavada en la espesa arboleda, con todo el cuerpo tenso—. Horace no les haría daño delante de tanta gente. Es un político.

—Todo el mundo tiene un límite —repuso Helen—. Hemos visto a la gente hacer cosas muy raras.

Los ojos de gato de Magnus destellaron.

—Sí, supongo que sí.

—Me alegro de volver a verte —le dijo Aline—. No hemos pasado mucho tiempo juntos desde Roma.

Sonrió a Helen. En Roma fue donde se conocieron, años atrás.

—No dejo de decirme que voy a evitar las guerras y las batallas en el futuro —comentó Magnus—. Y de algún modo, parecen perseguirme. Debe de ser algo en mi cara.

El silbido hizo poner en pie a Helen y a Aline. Los árboles que los rodeaban se agitaron; Helen acababa de sacar la espada cuando un grupo de cincuenta o sesenta miembros de la Cohorte, fuertemente armados, salieron de la espesura, dirigidos por Manuel Villalobos, y avanzaron directos hacia el campamento.

Magnus no se había molestado en levantarse de su tronco.

—Oh, vaya —dijo con voz aburrida—. Un terrorífico e inesperado ataque. Aline le dio un palmetazo en el hombro.

Los miembros de la Cohorte subieron corriendo la pequeña colina y entraron en el campamento, rodeando a Magnus, Helen y Aline. Manuel llevaba su uniforme completo de centurión; la capa roja y gris ondeaba de forma ostensible cuando cogió a Aline y la puso de espaldas contra su pecho, con la daga en la mano.

—¿Cuál es la tienda de Jace y Clary? —preguntó. Hizo un gesto con la daga—. ¡Vosotros dos! ¡Milo, Amelia! Agarradle las manos al brujo. No puede hacer magia sin emplearlas. —Lanzó a Magnus una mirada de profundo odio—. Deberías estar muerto.

—Ah, seguro, pero la cosa es que soy inmortal —repuso Magnus alegremente mientras un grueso cazador de sombras, Milo, al parecer, le ponía las manos juntas a la espalda—. Alguien debería habértelo dicho.

A Helen no le estaba resultando fácil parecer despreocupada. Aline le lanzó una mirada para tranquilizarla, pero ver a su esposa en manos de Manuel era más de lo que podía soportar.

—¡Suéltala! —exigió.

—En cuanto me digáis dónde están Jace y Clary —replicó Manuel—. De hecho, déjame que te lo diga de forma que lo puedas entender. Dime dónde están o le corto el cuello a tu esposa.

Helen y Aline intercambiaron una mirada.

—Es esa azul de allí —dijo Helen, y la señaló esperando que pareciera que lo hacía a regañadientes.

Manuel apartó a Aline de un empujón. Helen la cogió y se abrazaron.

—Lo he odiado —masculló Helen contra el cuello de Aline mientras los miembros de la Cohorte pasaban corriendo a su lado, con las espadas destellando.

—A mí tampoco me ha gustado —afirmó Aline—. Apesta a colonia. Como un desodorante de coche, vamos.

Echaron una mirada atrás hacia Magnus, que silbaba alegremente y no prestaba ninguna atención a sus guardias, que se veían sudorosos y preocupados. Magnus les hizo un gesto de asentimiento y ellas corrieron detrás de Manuel y los demás, que ya llegaban a la tienda azul.

—Arrancadlas —ordenó Manuel, señalando las piquetas—. Hacedla caer al suelo.

Cogieron la tienda, la alzaron del suelo y la lanzaron hacia un lado, donde cayó hecha un amasijo de tela.

Bajo ella, aparecieron Jace y Clary, sentados con las piernas cruzadas sobre la tierra, uno frente al otro. Habían estado jugando al tres en raya en el

suelo. Clary llevaba recogido el cabello en una coleta y parecía tener quince años.

Manuel pareció escupir las palabras:

—Matadlos —ordenó volviéndose hacia sus compañeros—. Vamos. Matadlos.

Los miembros de la Cohorte parecían perplejos. Amelia dio un paso adelante alzando la espada y luego se sobresaltó visiblemente.

Los árboles alrededor del campamento susurraban sonoramente. Los que se habían quedado junto a la línea que estos dibujaban, con las armas desenvainadas, miraban alrededor confusos y con un creciente temor.

Jace dibujó la tercera en una línea de X y tiró el palo a un lado.

—Jaque mate —dijo.

—Jaque mate es en el ajedrez —lo corrigió Clary, haciendo caso omiso de los que los rodeaban.

Jace sonrió de medio lado. Era una sonrisa brillante y bonita; la clase de sonrisa que hacía entender a Helen por qué, todos esos años atrás, Aline la había besado solo porque sí.

—No estaba hablando de nuestro juego —replicó.

—¡He dicho que los matéis! —gritó Manuel.

—Pero Manu... —dijo Amelia, señalando con un dedo tembloroso—. Los árboles... los árboles se están moviendo...

Aline apretó la mano de Helen cuando el bosque estalló.

* * *

Hubo un momento de silencio. Un genuino asombro se mostraba en casi todos los rostros, incluso en el de Oban. Como hada, quizá entendiera la importancia de la elección de *Cortana*, tanto si le gustaba como si no.

La mirada de Emma encontró la de Julian. Este le sonrió con los ojos. Él entendía lo que eso significaba para ella. Siempre lo hacía.

Zara lanzó un agudo chillido.

—¡Devuélveme eso! —Se acercó a Emma, que alzó a *Cortana*, triunfal. La sangre le cantaba en las venas, una canción de oro y lucha—. ¡Tramposos! ¡Ladrones! ¡Viniendo aquí para estropearlo todo, para intentar destruir todo lo que estamos construyendo!

—*Cortana* no te quiere, Zara —dijo Julian con calma—. Una espada de Wayland *el Herrero* puede elegir a su portador, y *Cortana* no escoge a mentirosos.

—No somos mentirosos...

—¿De verdad? ¿Dónde está Manuel? —exigió saber Mark—. Lo vi en Feéra cuando yo estaba allí. Lo vi confabulando con Oban. Hablaba de una alianza con la Cohorte.

—Entonces, ¡hablaba de este parlamento! —rugió Horace—. Esto es una alianza... no es ningún secreto...

—Eso fue mucho antes de que le dijeras a la Clave que Jace y Clary habían muerto —intervino Cristina—. ¿Manuel puede ver el futuro?

Horace pateó el suelo.

—¡Vanessa! ¡Martin! ¡Deshaceos de estos intrusos!

—Mis gorras rojas pueden encargarse —dijo Oban—. La sangre de cazador de sombras es un buen tinte.

La Cohorte se quedó helada. Julian esbozó una fría sonrisita.

—¿De verdad, príncipe? —preguntó Mark—. ¿Y cómo lo sabes?

Oban se volvió hacia él.

—¡Te dirigirás a mí como tu rey! ¡Yo reino en las tierras noseelie! Le arrebaté el título a mi padre...

—Pero tú no lo mataste —lo interrumpió Cristina—. Lo mató Kieran. Kieran Kingson.

El ejército noseelie había comenzado a murmurar. Los gorras rojas seguían mirando obstinadamente.

—Acaba con esta farsa, Dearborn —dijo Julian—. Envía el ejército noseelie a casa. Y ven a dar la cara ante tu gente en el Salón del Consejo.

—¿Dar la cara? —repitió Horace, con una mueca de desagrado—. ¿Y cómo sugieres que lo haga cuando aún no he conseguido justicia? ¿O simplemente olvidarás a esos valientes cazadores de sombras, de los que dices ser amigo, que han muerto a manos de los subterráneos? ¡Yo no los abandonaré! ¡Yo hablaré por ellos...!

—O podrías dejar que hablaran por ellos mismos —dijo Alec suavemente—. Ya que, ¿sabes?, están aquí.

—Oh, mira, y ahí está Manuel —exclamó Emma—. Nos daba mucha pena no verlo, pero ya veo que estaba...

—No lo digas —la advirtió Julian.

—... atado a sus obligaciones. —Emma sonrió traviesa—. Perdón. No he podido resistir el chiste fácil.

Y atado estaba: Manuel, junto con un grupo de cincuenta y tantos miembros de la Cohorte, estaba siendo obligado a avanzar por los Campos desde el borde del bosque de Brocelind. Tenían las manos atadas a la espalda.

Y los azuzaba un grupo de cazadores de sombras: Aline, Helen, Isabelle, Diana y Simon.

Caminando junto a ellos, tan tranquilamente como si hubieran salido de paseo matutino, estaban Jace y Clary. Sobre sus cabezas ondeaba el estandarte de la Guardia de Livia. Clary sujetaba el palo del que ondeaba el estandarte. A Emma le escocieron los ojos: el colgante y el sable de Livvy ondeando alto sobre los Campos Imperecederos.

Y detrás de ellos avanzaba una oleada de subterráneos, que había esperado en los bosques durante toda la noche: brujos, licántropos y hadas de todo tipo, saltando, y agazapándose entre los árboles. El bosque de Brocelind volvía a estar lleno de subterráneos.

Horace se había quedado inmóvil. Zara se agazapó contra su corpachón, mirando furiosa a través de su pelo enredado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Zara con voz desconcertada. Emma casi sintió pena por ella.

Julian alzó la mano y desabrochó el cierre de su capa. Se le resbaló por los hombros y dejó ver la empuñadura de la Espada Mortal, plata bruñida oscura con unas alas de ángel abiertas.

Horace se lo quedó mirando, resollando ligeramente. Emma no podía decir si había reconocido la Espada Mortal o aún no; parecía estar más allá de eso.

—¿Qué has hecho, niño estúpido? —dijo apretando los dientes—. No tienes ni idea... Todos los cuidadosos planes... Todo lo que hemos hecho en nombre de los nefilim...

—Bueno, hola hola, Dearborn.

Horace saltó hacia atrás, como si ver a Jace y Clary tan cerca lo quemara. Jace sujetó a Manuel ante él por la parte de atrás del uniforme; la expresión del centurión era de enfado.

—Parece que los rumores de nuestra muerte han sido muy exagerados. Por ti.

Clary hundió en el suelo el palo que sujetaba, para que el estandarte ondeara recto.

—Siempre has querido poder decir eso, ¿verdad?

Alec los miró a ambos y meneó la cabeza. El resto de los cazadores de sombras y subterráneos se había extendido por el campo entre la zona del parlamento y los muros de Alacante. Había rostros conocidos entre ellos: Simon e Isabelle estaban juntos, y cerca de ellos, Emma reconoció a Catarina,

Diana, Maia y Bat; buscó a Magnus y finalmente lo halló en el límite del bosque. ¿Qué estaba haciendo tan lejos?

—Dearborn —dijo Alec—. Esta es tu oportunidad. Cancela esta reunión y vuelve con nosotros al Salón del Consejo.

—No —repuso Horace. Había recuperado algo de color en las mejillas.

—Todos han visto que has mentido —dijo Emma—. Has mentido a cada uno de los cazadores de sombras, has tratado de asustarnos para que te obedeciéramos...

—Esos no son Jace y Clary. —Horace los señaló con un dedo tembloroso—. Son unos... unos impostores... la magia de algún brujo para engañarnos y confundirnos...

—Las Hermanas de Hierro predijeron que dirías eso —indicó Julian—. Por eso me dieron esto. —Echó la mano hacia atrás y desenvainó la Espada Mortal. El metal pareció cantar mientras la hoja formaba un arco en el cielo soltando chispas. Un sonoro susurro de asombro se alzó de la Cohorte y las hadas noseelie; Emma se imaginó el alboroto que se habría producido en la ciudad—. La Espada Mortal forjada de nuevo.

En silencio, Julian agradeció a la hermana Emilia por estar dispuesta a engañar a la Cohorte.

Horace balbuceó:

—Una falsificación... una mentira...

—Entonces, no te importará que la sujete Manuel —dijo Julian—. Ordénale que la coja.

Horace se quedó inmóvil. Sus ojos fueron de la Espada a Manuel y de vuelta; sorprendentemente, fue Oban quien rompió el silencio.

—Bueno, si es falsa, deja que el chico la coja —propuso—. Suframos esta farsa el menor tiempo posible. —Sus ojos plateados miraron a Manuel—. Coge la Espada, centurión.

Con los labios apretados, Manuel tendió las manos, y Julian le colocó la Espada Mortal en ellas, con la hoja sobre las palmas. Emma vio que Manuel se estremecía como si le doliera, y sintió un frío alivio. El poder de la Espada funcionaba en este mundo. Era doloroso que te obligaran a decir la verdad. El poder de la Espada producía dolor, y no solo a los que mentían, sino también a los que deseaban proteger sus secretos.

Julian se cruzó de brazos y miró a Manuel. Fue una mirada dura y fría, una mirada que provenía de generaciones de Blackthorn, hasta aquellos que habían sido Inquisidores.

—¿Tú y la Cohorte habéis intentado matar a Jace y a Clary hoy?

El rostro de Manuel se enrojecía, su cuidadoso peinado totalmente revuelto.

—Sí —siseó—. Sí, así es. —Lanzó a Horace una mirada venenosa—. Fueron las órdenes del Inquisidor. Cuando descubrió que seguían vivos y que pasarían la noche en el bosque de Brocelind, nos ordenó matarlos al amanecer.

—Pero eso no ha ocurrido —continuó Julian.

—No. Deben de haberlos avisado. Nos estaban esperando, y el bosque estaba lleno de subterráneos. Nos atacaron. No tuvimos ninguna oportunidad.

—Así que estabas dispuesto a matar a tus hermanos nefilim y echarles la culpa a los subterráneos —resumió Julian—. ¿Por qué? ¿Por qué fomentar una guerra?

—Hice lo que Horace me ordenó.

—Y en Feéra —prosiguió Julian—, cuando ayudaste a Oban a proclamarse rey, cuando pactaste una alianza entre la Cohorte y la corte noseelie, ¿fue porque Horace te lo ordenó?

Manuel se mordía el labio con tanta fuerza que la sangre le corría por la barbilla. Pero la Espada era más fuerte que su voluntad.

—Fue idea mía —boqueó—. Pero Horace la aceptó; le encantó poder jugársela a la Clave en sus propias narices. Pusimos a Oban en el trono porque era un imbécil que haría lo que quisiéramos; montaría este parlamento con nosotros y fingiríamos llegar a un trato, un trato en el que ambas partes conseguirían lo que querían. La corte noseelie conseguiría tener a los cazadores de sombras de su parte contra la corte seelie y otros subterráneos; y la Cohorte podría decir que había obligado a la corte noseelie a llegar a un pacto de paz y que accederían a nunca más entrar en Idris. Ambos lados quedarían como fuertes a ojos de su gente...

—¡Basta! —gritó Oban. Fue a sacarle la Espada Mortal a Manuel, pero Mark se puso ante él, cerrándole el camino—. ¡Callad a este mocoso!

—De acuerdo —dijo Julian inesperadamente, y le quitó la Espada a Manuel—. Ya basta de chiquillos. Dearborn, coge la Espada.

Fue hacia Horace, con la Espada sujeta por la empuñadura. Alrededor de Horace, los miembros de la Cohorte parecían sorprendidos y furiosos. Era difícil decir a quién había sorprendido la revelación de Manuel y a quién no.

—Es hora de que le hables a tu gente, Dearborn —insistió Julian—. Pueden verte. Pueden oírte. Les debes una explicación. —Le tendió la Espada, plana y dispuesta—. Permite que te probemos.

—¡Me probaré en la batalla! —gritó Horace—. ¡Me probaré! ¡Soy su líder! ¡Su Cónsul por derecho!

—Los Cónsules no mienten a los miembros del Consejo —replicó Julian. Bajó la Espada Mortal y se apoyó la hoja plana en la palma de la mano izquierda, e hizo una pequeña mueca cuando la necesidad de decir la verdad se apoderó de él—. Culpaste a las hadas de la muerte de Dane Larkspear. Yo maté a Dane Larkspear.

Emma abrió los ojos con asombro. No se había esperado que Jules dijera eso.

—Quizá es un pequeño exceso de sinceridad radical —masculló Simon.

—Lo maté porque tú lo enviaste a Feéra para matarme a mí y matar a mi *parabatai* —explicó Julian—. Estoy sujetando la Espada Mortal. No miento. Lo puedes ver. —Hablaba como si se dirigiera solo a Horace, pero Emma sabía que se estaba dirigiendo a todos los cazadores de sombras y subterráneos que pudieran oírlo—. Has enfrentado a cazadores de sombras con cazadores de sombras y con subterráneos inocentes, todo para engañar al Consejo y convencerlo de que adoptara tus fanáticas reformas, todo para fomentar el miedo...

—¡Sí, lo hice! —gritó Horace. Zara corrió al lado de su padre y le tiró de la manga vacía; él no pareció ni notarlo—. ¡Porque los nefilim son tontos! ¡Porque hay gente como tú que les dice que los subterráneos son nuestros amigos, que podemos vivir en paz con ellos! ¡Tú querías que ofreciéramos voluntariamente el cuello a su hoja asesina! ¡Tú querías que nos postrásemos ante ellos, no que lucháramos! —Extendió el brazo hacia Oban—. ¡No tendría que haber aceptado una alianza con este imbécil borracho si la Clave no hubiera sido tan estúpida y tan obstinada! Tenía que mostrarles... mostrarles cómo debemos protegernos honorablemente de los subterráneos...

—¿Honorablemente? —repitió Julian, alzando la Espada Mortal para que no le siguiera tocando la palma. Volvía a ser un arma, no una prueba de la veracidad de las palabras del portador—. Has echado a los subterráneos de Brocelind. Sabías que la corte noseelie había sembrado la peste que estaba matando a los brujos y no hiciste nada. ¿Es eso honorable?

—Como si todo lo que ha hecho no fuera nada —escupió Mark—. Incitaste al rey a esparcir su tierra envenenada por aquí, para acabar con los hijos de Lilith...

—Creo que ya hemos acabado aquí —dijo Alec fríamente y con una voz resonante—. Ya es hora de que la corte noseelie se retire, Horace. Tu lealtad

ha sido cuestionada y ya no puedes negociar ni en representación de los subterráneos ni de los nefilim.

—¡No tienes ninguna autoridad para hacernos marchar, muchacho! —replicó Oban—. No eres el Cónsul, y nuestro acuerdo es solo con Horace Dearborn.

—No sé lo que os prometió Horace —intervino Jace, con una fría satisfacción en la voz—. Pero ya no puede ayudarte, príncipe.

—¡Soy el rey! —Oban alzó su arco.

Del grupo de subterráneos avanzó un hada. Era Nene, la tía de Mark y Helen. Se dirigió orgullosamente a Oban.

—Tú no eres nuestro rey —afirmó.

—Porque sois seelie —replicó Oban con desprecio.

—Unos somos seelie y otros noseelie, y algunos son de los seres silvestres —contestó Nene—. No te aceptamos como rey de las tierras noseelie. Reconocemos a Kieran Kingson, que mató a Arawn, el rey viejo, con sus propias manos. Tiene derecho al trono por la sangre de sus venas y por la sangre que derramó.

Nene dio un paso al lado, y Kieran salió del círculo de seres mágicos. Se había vestido con ropas feéricas: una túnica de lino sin blanquear, calzas de suave piel de ciervo y botas. Avanzó muy firme, con la espalda recta y la mirada dura.

—Saludos, hermano Oban —dijo.

El rostro de Oban fue una mueca de furia.

—La última vez que te vi, hermanito Kieran, ibas encadenado a la grupa de mi caballo.

—Es cierto —repuso Kieran—. Pero eso dice más de ti que de mí. —Miró al silencioso ejército de los guerreros noseelie—. He venido a desafiar a mi hermano por el trono de las tierras noseelie. El método normal es un duelo a muerte. El superviviente se queda con el trono.

Oban rio sin poder creérselo.

—¿Qué? ¿Un duelo? ¿Ahora?

—¿Y por qué no ahora? —replicó Nene. Mark y Cristina se miraban horrorizados; era evidente que ninguno de ellos estaba al corriente de esa parte del plan. Emma dudó de que nadie, aparte del propio Kieran y unas cuantas hadas, lo supiera—. ¿O es que tienes miedo, lord Oban?

En un rápido movimiento, Oban alzó el arco y disparó. Kieran se movió rápidamente hacia un lado; la flecha le pasó rozando el brazo. Siguió su vuelo

sobre el campo y se clavó en Julie Beauvale, que cayó como una rama cortada mientras el látigo se le escapaba de las manos.

Emma ahogó un grito. Beatriz Mendoza lanzó un chillido y se dejó caer de rodillas junto a Julie. Alec reaccionó y lanzó una lluvia de flechas contra Oban, pero los gorras rojas ya habían formado un muro protector ante su rey. Varios cayeron atravesados por las flechas de Alec mientras este seguía colocando flecha tras flecha en su arco y corría hacia los guerreros noseelie.

—¡Sigamos a Alec! ¡Vamos con él! —gritó Maia.

Los licántropos se pusieron a cuatro patas y comenzaron a salirles el pelo y las fauces.

Con otro grito, la Cohorte que rodeaba a Horace alzó las armas y cargó contra ellos. Julian detuvo un golpe de Timothy con la Espada Mortal, mientras Jessica Beausejours se lanzaba contra Emma, blandiendo la espada por encima de la cabeza.

Nene corrió a armar a Kieran con una espada dorada, que destelló como el rayo cuando la blandió. Las hadas noseelie de Oban, fieles a su rey, se dispusieron a protegerlo, como una marea de agudas lanzas y espadas. Mark y Cristina corrieron hacia Kieran; ella armada con un mandoble y él disparando dardos élficos con el arco. Los gorras rojas se desmoronaban a sus pies. Simon, Jace y Clary ya habían sacado las espadas y saltaban a la refriega.

Timothy gritó cuando su espada se partió en dos contra la hoja de *Maellartach*. Con un gáñido, corrió a refugiarse detrás de Horace, quien gritaba como un loco para que todo el mundo se detuviera, para que pararan la batalla, pero nadie lo escuchaba. El estruendo era increíble: las espadas chocaban contra otras, los licántropos aullaban, los heridos lanzaban gritos de agonía. El olor a sangre y metal inundaba el aire. Emma desarmó a Jessica y la tiró al suelo de una patada en las piernas; esta cayó gritando de dolor. Emma se volvió para enfrentarse a dos guerreros trasgos con dientes como cristales rotos y rostros correosos. Alzó a *Cortana* mientras uno corría hacia ella. El otro cayó inesperadamente, con las piernas atrapadas en una trampa de electrum.

Emma acabó con el primer trasgo clavándole la espada en el corazón, y vio a Isabelle, con el látigo dorado, hacer caer al segundo.

El trasgo atrapado gritó, y Simon, con expresión hosca, se ocupó de él con un tajo de su espada. Julian le lanzó un grito de aviso, y Emma se volvió para encontrarse con un caballero hada que llegaba por su espalda. Antes de que ella pudiera alzar a *Cortana*, el caballero se tambaleó hacia atrás con uno de los cuchillos arrojados de Julian clavado en el cuello.

Emma se volvió de nuevo. Julian estaba allí, con la reluciente Espada Mortal en la mano. Estaba cubierto de sangre y tenía un golpe en la mejilla, pero con *Maellartach* en la mano, parecía un ángel vengador.

El corazón de Emma latía con fuertes y poderosos golpes; era tan bueno volver a tener a *Cortana* en la mano, tan bueno luchar con Julian a su lado... Podía notar la magia guerrera de *parabatai* entre ellos, podía verla como un reluciente cordón que los unía, moviéndose cuando se movían, uniéndolos pero nunca atándolos.

Él le hizo un gesto para que lo siguiera, y juntos se lanzaron al corazón de la batalla.

* * *

La proyección en el cielo se deshizo como un cohete de fiesta, y las imágenes parecieron caer sobre la ciudad en brillantes añicos. Pero Dru ya había visto suficiente. Todos habían visto suficiente.

Se volvió y vio a Maryse a su espalda, contemplando el cielo como si la hubiera cegado un eclipse.

—Pobre Julie... ¿has visto...?

Dru miró a Max y Rafe, que estaban cogidos el uno al otro, aterrorizados.

—Tienes que meter a los niños en la casa. Por favor, llévate a Tavvy.

—¡No! —gimoteó este mientras Dru lo empujaba hacia Maryse y la puerta roja de la casa de los Graymark—. ¡No, Silla, quiero ir contigo! ¡NO! —gritaba, y a Dru le partió el corazón soltarlo y apartarse de él.

Maryse la miraba, todavía anonadada.

—Drusilla... quédate en casa...

Alrededor, la calle estaba llena de gente. Habían cogido armas, se habían puesto los trajes de combate. Había comenzado una batalla, y Alacante no esperaría.

—Lo siento —susurró Dru—. No puedo.

Salió corriendo, oyendo los gritos de Tavvy hasta más allá de donde ya no deberían haberle llegado. Se fue serpenteando entre la multitud de cazadores de sombras en traje de combate, con arcos y espadas colgadas al hombro, y la piel brillante de las runas recién dibujadas. Era otra vez como la Guerra Oscura, cuando habían ido de un lado al otro en las calles empedradas, en medio del caos. Recuperó el aliento mientras cortaba por la plaza de la Cisterna, se metía corriendo por un estrecho callejón y salía en la plaza Hausos, frente a la Puerta Occidental.

La puerta estaba cerrada. Dru ya se lo esperaba. Filas de guerreros de la Cohorte cerraban el paso a una multitud de cazadores de sombras, a muchos de los cuales Dru reconocía por la reunión del Santuario, y les impedían acceder a ella. La plaza se estaba llenando rápidamente de nefilim y de sus iracundas voces alzadas.

—¡No podéis retenernos aquí! —gritó Kadir Safar, del Cónclave de Nueva York.

Lazlo Balogh lo miró ceñudo.

—¡El Inquisidor ha decretado que ningún cazador de sombras salga de la ciudad! —le contestó también a gritos—. ¡Por vuestra propia seguridad!

Alguien agarró a Dru por la manga. Se sobresaltó y casi lanzó un grito; pero era Tavvy, sucio y despeinado.

—Los Hermanos Silenciosos, ¿por qué no hacen nada? —preguntó, con la angustia dibujada en el rostro.

Los Hermanos Silenciosos seguían en los puntos de guardia que les habían sido asignados, inmóviles como estatuas. Dru había pasado ante muchos de ellos la noche anterior, aunque ninguno trató de detenerla ni le preguntaron qué estaba haciendo. Sin embargo, en ese momento no podía pensar en ellos. Agarró a Tavvy y casi lo zarandeó.

—¿Qué haces aquí? ¡Es muy peligroso, Tavvy!

Él alzó la barbilla.

—¡Quiero estar contigo! ¡No volveréis a dejarme atrás!

El gentío prorrumpió en nuevos gritos. Los miembros de la Cohorte que guardaban la puerta comenzaron a parecer agobiados, pero ninguno se movía.

No había tiempo de enviar a Tavvy de vuelta. Eso podía convertirse en un baño de sangre en cualquier momento, o incluso peor que eso; la familia y los amigos de Dru se hallaban en los Campos Imperecederos. Necesitaban ayuda.

Agarró a Tavvy de la mano.

—Entonces, no te quedes atrás —lo soltó y comenzaron a correr, abriéndose camino a empujones hasta llegar al otro lado de la plaza. Corrieron junto al canal de Princewater y sobre el puente, y llegaron a la calle Flintlock en unos minutos. Estaba desierta; de algunas casas parecía que habían salido con tanta prisa que las puertas aún estaban abiertas.

A mitad de la calle estaba la tienda con su pequeño cartel. LA FLECHA DE DIANA. Dru corrió hacia la puerta y llamó con fuerza: tres golpes rápidos, luego tres lentos.

«Abre —rogó—. Abre, abre, abre».

La puerta se abrió de par en par. Jaime Rocío Rosales, vestido con el traje negro de combate, la apuntaba con una ballesta de plata.

—Soy yo —replicó Dru, indignada—. Ya sabes, la que te sacó de la cárcel.

—Todo cuidado es poco, princesa —le contestó él con un guiño, y bajó la ballesta mientras llamaba a Diego y a los demás. Comenzaron a salir a la calle, todos vestidos para el combate, con brillantes armas nuevas: espadones y roperas, ballestas y mazas, hachas y manguales—. ¿Y quién te ha enseñado a ti a abrir cerraduras? Anoche no tuve oportunidad de preguntártelo.

«Kit Herondale», se dijo Dru. Pensar en él le hizo recordar algo más. Tavvy miraba boquiabierto las brillantes armas: Diego sujetaba un hacha, Divya una gran espada mandoble y Rayan un mangual español. Hasta Jia había encontrado su arma favorita, un curvado *dao*.

—Escuchadme todos —dijo Dru—. Esas armas son de Diana, y después de hoy, tendrán que devolverse a la tienda.

—No te preocupes —repuso Jaime—. Ya he hecho un recibo.

—No ha hecho ningún recibo —replicó Diego.

—Pero he pensado hacerlo —aseguró Jaime.

—A veces, no es la intención lo que cuenta, hermanito —le dijo Diego, y su voz destilaba un profundo cariño que Dru no había oído antes. Lo entendió perfectamente, sabía lo que era perder a un hermano y recuperarlo.

—Tenemos que irnos —intervino Tavvy—. Todo el mundo está gritando junto a la puerta, y la Cohorte no los quiere dejar salir.

Jia se adelantó.

—No nos pueden mantener encerrados —dijo—. Seguidme.

Jia parecía tener un mapa mental de la ciudad. Cruzó varias calles grandes, los metió por callejones y por detrás de las casas. Y en lo que parecieron unos minutos, llegaron a la plaza Hausos.

—¡Alguien ha soltado a los prisioneros! —gritó una voz, y luego otras voces se unieron, coreando el nombre de Jia.

—¡Apartaos! —gritó Rayan. Se había colocado a un lado de Jia, junto a Diego. Divya y Jaime estaban en el otro lado. Dru corría detrás, sujetando a Tavvy por la mano, con los otros que habían escapado del Gard—. ¡Dejad paso a la Cónsul!

Su voz se oyó por encima de los gritos. Se hizo el silencio entre la multitud mientras Jia se abría paso entre el gentío como un acorazado cortando las aguas revueltas. Caminaba con orgullo, y el tenue sol se le

reflejaba en el cabello canoso. Llegó delante de la puerta cerrada, donde se hallaba Lazlo Balogh empuñando una lanza.

—Abre la puerta, Lazlo —le ordenó Jia con una voz calmada que, sin embargo, llegó a todas partes—. Esta gente tiene derecho a unirse a sus amigos y familiares en la batalla.

Lazlo hizo una mueca de desdén.

—No eres la líder de la Clave —replicó—. Estás siendo investigada. Cumplo las órdenes de Horace Dearborn, Inquisidor y Cónsul provisional.

—Esa investigación ya ha acabado —repuso Jia tranquilamente—. Horace Dearborn se hizo con el poder de un modo ilegal. Nos ha mentido y traicionado. Todos aquí hemos oído las palabras de su propia boca. Me encerró injustamente y ahora nos ha encerrado en nuestra ciudad mientras hay vidas en juego en los Campos. Abre la puerta.

—¡Abre la puerta! —gritó un chico de pelo negro, y Dru vio que Divya sonreía. Era Anush, su primo.

—¡Abre la puerta! —voceó Divya alzando la espada en el aire—. ¡Abre la puerta, en nombre de Raziél!

Jaime silbó, con una sonrisa contagiosa.

¡Abre la puerta!

El grito se alzó en el aire. Cada vez más nefilim se unían a él; el grito de «¡Abre la puerta!», se alzó como un coro. Tavvy y Dru se unieron a él. Esta se dejó llevar por un momento por el grito, por la sensación de ser parte de algo más grande y más fuerte que ella sola. Subió a un banco y ayudó a Tavvy a subir para poder ver toda la escena: la Cohorte, claramente incómoda; los nefilim, gritando; los pocos cazadores de sombras que había allí, en silencio y vacilantes.

—¡No desobedeceremos al auténtico Cónsul! —gritó Lazlo, con el rostro oscurecido—. ¡Moriremos aquí antes de que nos obliguéis a incumplir la Ley!

Los gritos comenzaron a menguar; nadie se había esperado eso. Tavvy abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

La multitud se había quedado inmóvil. Ningún nefilim quería verse obligado a herir a otro nefilim, sobre todo después de la pesadilla de la Guerra Oscura. Jia pareció vacilar.

Un Hermano Silencioso avanzó. Luego otro, y otro, con sus túnicas de pergamino susurrando como hojas al viento. La gente se apartó para dejarlos pasar. Dru no pudo evitar mirarlos fijamente. La última vez que había visto un grupo de Hermanos Silenciosos fue en el funeral de su hermana.

Una voz silenciosa resonó por toda la plaza. Dru vio, por las expresiones en el rostro de los demás, que todos la habían oído, les resonaba en la cabeza.

Soy el hermano Shadrach. Hemos hablado entre nosotros con respecto a qué nos dice la Ley que hagamos. Hemos llegado a la conclusión de que la auténtica Cónsul es Jia Penhallow —El hermano Shadrach calló un instante. Él y los otros formaban un silencioso retablo, colocado frente a los miembros de la Cohorte—. *Abrid la puerta.*

Hubo un silencio. Balogh dudaba, haciendo muecas.

—¡No! —gritó Paige Ashdown. Había una nota aguda y furiosa en su voz; el mismo tono seco y mezquino que siempre había usado cuando insultaba a Ty, cuando se burlaba de la ropa y el peso de Dru—. No podéis decirnos lo que debemos hacer...

El hermano Shadrach alzó la mano derecha. Los otros hermanos hicieron lo mismo. Se oyó un crujido como de algo enorme partiéndose por la mitad, y las hojas de la puerta se abrieron separándose y golpearon a los miembros de la Cohorte como si fueran unas manos gigantes. El aire se llenó de sus gritos cuando fueron cayendo hacia los lados; la salida quedó abierta, y más allá Dru pudo ver los Campos Imperecederos, bajo un cielo grisáceo, y ocupados por la batalla.

—¡Nefilim! —Jia había desenfundado su *dao*; apuntó con él al frente, al centro de la furiosa batalla—. ¡Nefilim, adelante!

Rugiendo por el deseo de luchar, los cazadores de sombras comenzaron a salir por la puerta de la ciudad. La mayoría pasaron por encima de los miembros de la Cohorte caídos, que rodaban por el suelo gruñendo de dolor. Solo Cameron Ashdown, reconocible debido a su pelo rojo, se detuvo para ayudar a su hermana Paige a ponerse en pie.

Diego y los otros comenzaron a avanzar hacia la puerta. Dru vio que Jaime le daba un golpecito en el hombro a su hermano; Diego asintió y Jaime se apartó del grupo y corrió hacia Dru. Esta se hallaba de pie en el banco por la sorpresa cuando él atravesó el gentío para llegar a su lado. Era ágil como un cuchillo arrojado, su sonrisa tan brillante como el filo de su hoja destellante.

Con ella subida al banco, eran de la misma altura.

—No podríamos haber hecho esto sin ti —le dijo—. Tú has sido quien nos ha dado la libertad. —La besó en la frente, con labios suaves y rápidos—. En el campo de batalla, pensaré en ti.

Y se marchó, corriendo hacia su hermano como Dru deseó poder correr hacia los suyos.

Había soñado con luchar también, junto a los demás. Pero no podía dejar solo a Tavvy. Se sentó en el banco y se lo subió al regazo, sujetándolo mientras observaban a Diego, Jaime, Rayan y Divya, e incluso a Cameron Ashdown, desaparecer entre la multitud que atravesaba la puerta hacia los Campos.

31

Un brillo más rojo

—No puedo creer que Magnus nos haya hecho esto —dijo Ty. Kit y él se hallaban sentados en el hueco bajo el roble, cerca del campamento medio destruido. Kit se estaba quedando helado de estar tanto rato sentado en el suelo, pero tampoco podía irse a ninguna otra parte. Antes de dirigirse hacia los Campos para unirse a los demás, Magnus los había atado a las raíces del roble con trémulas cadenas de luz. «Lo siento, chicos —les había dicho mientras le bailoteaban chispas azules entre los dedos—. Pero le he prometido a Julian que os mantendría a salvo, y la mejor manera de asegurarme de que eso pase es que os quedéis aquí».

—Si no nos hubiera atado, estarías siguiendo a Julian y los demás a los Campos Imperecederos —afirmó Kit—. Entiendo por qué lo ha hecho. —Le dio una patada a la cadena que tenía en el tobillo. Estaba hecha de brillo; no tenía sustancia real, solo resplandecientes lazos de luz, pero lo aprisionaba con tanta fuerza como si estuviera hecha de *adamas*. Cuando tocaba la luz, notaba una ligera descarga, como de electricidad estática.

—Deja de pelearte con ella —dijo Ty—. Si aún no hemos sido capaces de romperla, no lo vamos a conseguir ahora. Tendremos que buscar otra solución.

—O podríamos aceptar que tendremos que esperar a que regresen —añadió Kit, volviéndose a hundir entre las raíces. De repente se sintió muy cansado, y no físicamente, sino en lo más hondo.

—No lo voy a aceptar —replicó Ty, dándole a la brillante cadena de su tobillo con un palo.

—Quizá deberías aprender a aceptar lo que no se puede cambiar.

Ty alzó la mirada, y los verdes ojos le destellaron en el fino rostro.

—Ya sé de qué estás hablando en realidad —dijo—. Estás furioso conmigo.

—Sí —contestó Kit—. Estoy furioso contigo.

Ty tiró el palo a un lado y Kit se sobresaltó.

—Ya sabías que iba a resucitar a Livvy —replicó, molesto—. Lo sabías desde el principio y me dijiste que estabas de acuerdo. Me seguiste la corriente hasta el último minuto y entonces me dijiste que no lo hiciera. Pensaba que yo te importaba, pero me mentiste. Igual que todos los demás.

Kit suspiró ante lo injusto que era eso. «¿Pensaba que yo te importaba?». Le dijo a Ty lo mucho que le importaba, y este se lo tomó como si nada. La humillación de la noche anterior lo volvió a cubrir como una ola caliente, despertando una amarga rabia.

—A ti solo te importa lo que es mejor para ti —le espetó con los dientes apretados—. Resucitaste a Livvy por ti, no por ella o por nadie más. Sabías el daño que podías causar, pero solo pensaste en ti. Ojalá... ojalá no te hubiera conocido...

Los ojos de Ty se llenaron de repentinas lágrimas. Impresionado, Kit se quedó en silencio. Ty era Ty; no lloraba con facilidad, pero se estaba limpiando las lágrimas del rostro con manos temblorosas. La furia de Kit se desvaneció; quiso arrastrarse por el agujero hasta él, que estaba meneando la cabeza mientras decía algo para sí en voz baja...

—Estoy aquí.

La expresión de Ty cambió completamente. Aún tenía lágrimas en las mejillas, pero había abierto los labios, asombrado, maravillado.

Ella se arrodilló en el borde del hueco; medio transparente. El viento no le agitaba el cabello castaño ni ella temblaba en su largo vestido blanco. El vestido sobre el que Kit reflexionó la noche anterior, convencido de que ella nunca lo hubiera elegido.

Y en ese momento Kit se dio cuenta de que tenía razón: ella no lo había elegido. Era el vestido con el que la habían incinerado, un vestido funerario de cazador de sombras.

El fantasma de Livvy Blackthorn sonrió. Bajó al hueco, no saltando o agachándose, sino flotando, como una pluma en el viento.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Ty, cuando ella se arrodilló a su lado.

—Anoche no debí haberme enfadado tanto contigo —contestó Livvy—. Tus intenciones eran buenas.

—¿Has venido a disculparte? —preguntó Kit.

Livvy lo miró. El colgante de oro le relucía en el cuello. Era raro verlo dos veces: el que llevaba Ty, real y brillante, y el que destellaba en el cuello de Livvy. ¿Un susurro de sus recuerdos? ¿La forma que tenía la muerte de proyectar una imagen de cómo la gente se esperaba ver a Livvy?

—Me había olvidado —dijo Livvy—. Ves a los fantasmas, Herondale.

Sonaba a Livvy, pero no del todo. Había una fría distancia en su tono, y la Livvy auténtica lo habría llamado Kit.

Aun así, ella se inclinó para tocarle suavemente el tobillo a Ty, y al hacerlo, la cadena de luz de Magnus parpadeó y desapareció. Ty se puso de rodillas.

—¿Por qué haces esto? ¿Porque quieres disculparte?

—No —respondió Livvy—. Los fantasmas no suelen hacer las cosas porque quieran disculparse. —Le acarició la mejilla a Ty, o al menos lo intentó; los dedos le atravesaban la cara. Ty se estremeció, pero siguió mirándola a los ojos—. Julian, Mark, Helen y Emma están en los Campos Imperecederos —dijo Livvy con la mirada perdida, como si estuviera viendo lo que sucedía en algún otro lugar—. Debes ir a ayudarlos. Debes luchar en esta batalla. Te necesitan a su lado.

Como si lo recordara de repente, se volvió hacia Kit y le tocó la cadena. Esta desapareció, y también Livvy. Inclinó la cabeza y se fue, y ni siquiera quedó un hilillo de niebla para indicar el lugar donde había estado.

La expresión de Ty era desolada, y Kit sintió una punzada de pena por él. ¿Cómo iba a ser su vida, incluso si Livvy aparecía y desaparecía como un fantasma? Nunca se podría quedar mucho rato, y no había forma de estar seguro de que, cuando se fuera, regresaría. Sería como perderla una y otra vez.

Ty se puso en pie. Kit supo que no debía decir nada sobre Livvy en ese momento.

—No tienes que venir a la batalla —le dijo Ty—. Puedes quedarte aquí. Comenzó a salir del hueco. Sin decir ni una palabra, Kit lo siguió.

* * *

Cristina conocía la historia de los cazadores de sombras mejor que la mayoría. Mientras corría sobre la verde hierba, pensó en el pasado: ahí, en los Campos Imperecederos, fue donde Jonathan *Cazador de Sombras* había luchado contra una legión de demonios. Mientras corría, esgrimiendo la espada, seguía sus pasos.

Mark se hallaba a su lado. Iba armado con un arco, más ligero y pequeño que el de Alec, pero que le permitía disparar con gran velocidad y precisión. El ejército noseelie avanzaba en su dirección mientras ellos se abrían paso hacia Kieran, y la mano de Mark tensaba una y otra vez la cuerda del arco,

derribando trols y ogros con sus dardos élficos. Cristina cruzaba espadas con los gorras rojas, más pequeños y rápidos, dando tajos y estocadas, y notando, con un horror distante, que su propia sangre desaparecía sobre los uniformes ya teñidos de sangre de sus enemigos.

Un fuerte estruendo les llegó desde atrás.

—¿Qué es eso? —preguntó Mark, mientras se limpiaba la sangre y el sudor de los ojos.

—Refuerzos para Horace y los otros —contestó Cristina tristemente—. Estaban haciendo guardia alrededor de la ciudad.

Mark lanzó una maldición para sí.

—Tenemos que llegar hasta Kieran.

Cristina supuso que Mark sentía el mismo terror que ella: solo había un Kieran, y al otro lado, una gran masa de gorras rojas y soldados noseelie, desde kelpies a trasgos, que había jurado lealtad a Oban. Mirara donde mirara, veía a los noseelie enzarzados contra los subterráneos y los cazadores de sombras; Simon e Isabelle mantenían a raya a los diablillos con la espada y el látigo; Alec hacía caer ogros uno tras otro con sus flechas. Maia y Bat destrozaban a los trols con las garras y los dientes. En la distancia, vio a Emma y a Julian luchando espalda contra espalda, y a Jace enzarzado en combate contra Timothy Rockford, pero ¿por qué Jace solo empleaba la parte plana de su espada...?

—Ahí está —anunció Mark. Habían alcanzado la cima de un montículo, al pie del cual se encontraba Kieran. Blandía la espada que Nene le había dado y estaba luchando contra un gorra roja de amplias espaldas y enormes botas de hierro. Mark maldijo por lo bajo al reconocerlo—: Creo que le llaman el general Winter, porque puede arrasar un pueblo entero más deprisa que una helada mortal.

—Lo recuerdo. —Cristina se estremeció al recordar la feroz lucha contra los gorras rojas en la sala del Trono de la corte noseelie—. Tenemos que hacer algo o... matará a Kieran. He leído sobre los gorras rojas. Mark, esto no es bueno.

Este no la desmintió. Miraba a Kieran con ojos preocupados.

—Vamos.

Descendieron la cuesta y pasaron corriendo ante bastantes soldados noseelie que se dirigían al centro de la batalla. Oban seguía rodeado por un círculo de trasgos, que lo protegían. Unos cuantos gorras rojas se habían situado alrededor de Winter y Kieran. Parecían haberse congregado para disfrutar de la pelea.

Los gorras rojas lanzaron vítores cuando Winter lanzó un golpe con el asta de su archa y le dio de refilón a Kieran en el hombro. La camisa blanca del príncipe ya estaba manchada de sangre. Tenía el cabello blanco, del color de la nieve o la ceniza, pero las mejillas le ardían sonrojadas. Detuvo el siguiente golpe del archa y lanzó una estocada al torso de Winter; el general gorra roja consiguió moverse de lado y esquivar la espada.

Winter rio.

—¡Qué pena! ¡Luchas como un rey! —dijo—. En unos cien años podrías llegar a ser lo suficientemente bueno para enfrentarte a mí.

—Cabrón —susurró Mark—. Cristina...

Ella ya negaba con la cabeza.

—Si vamos a por Winter ahora, los otros gorras rojas caerán sobre nosotros —explicó—. Rápido, envía la señal a Gwyn. Atacará a Oban. Eso puede darnos una oportunidad.

Los ojos de Mark destellaron. Se llevó una mano a la boca para hacer bocina y silbó, el silbido grave y zumbante de la Cacería Salvaje, que Cristina notó vibrar en sus huesos.

Una sombra pasó por el cielo. Dio una vuelta y regresó: Gwyn sobre *Orion*. Voló bajo sobre el campo, y Cristina vio a Diana alzar los brazos. Un momento después, Gwyn la había subido a *Orion* junto a él. Diana y el líder de la Cacería Salvaje volvieron a alzarse en el cielo.

Juntos, volaron bajo sobre los trasgos que rodeaban a Oban. Diana, con la oscura melena ondeando a la espalda, se inclinó sobre el lomo del caballo y blandió la espada, abriéndole el pecho a uno de los trasgos guardianes. Los otros gritaron y comenzaron a dispersarse mientras Diana los acosaba desde el aire y Gwyn sonreía bajo su yelmo.

Pero Kieran seguía en una situación desesperada. A duras penas podía contener a Winter, cuya archa golpeaba una y otra vez la hoja de su espada. Cristina contempló horrorizada como uno de los golpes de Winter hacía caer a Kieran; este rodó a un lado y se puso en pie de un salto, esquivando por muy poco un segundo golpe letal.

Mark y Cristina comenzaron a correr hacia él, pero uno de los gorras rojas que había estado contemplando la pelea se volvió para cortarles el paso. A tan corta distancia, el arco de Mark era casi inservible; desenvainó una espada corta del cinturón y se lanzó contra el gorra roja, asestándole fieros tajos mientras intentaba llegar hasta Kieran. Otro guardia se plantó ante Cristina; ella acabó con él con un mortífero tajo y rodó para evitar la punta de otra lanza. Una bota de metal le impactó con gran fuerza en el costado, y Cristina

lanzó un grito al notar que se le rompían las costillas. Una agonía de dolor la recorrió y cayó al suelo.

Mientras tanto, los trasgos de la guardia de Oban habían decidido que ya tenían bastante. Tiraron las armas en su prisa por huir y, olvidándose de Oban, salieron corriendo hacia el centro de la batalla, con Diana y Gwyn persiguiéndolos. Oban, solo de repente en medio del campo, miró alrededor con pánico antes de agarrar una de las espadas de los trasgos caídos.

—¡Volved, cabrones! —gritaba—. ¡Volved aquí! ¡Os lo ordeno!

Con la respiración entrecortada por el dolor, Cristina intentó ponerse en pie. El ardor de los huesos rotos la hizo doblarse sobre sí misma en el suelo; vio a dos gorras rojas sobre ella y pensó: «Esto es el fin».

Los noseelie cayeron uno hacia cada lado, ambos muertos. Un Mark cubierto de sangre se inclinó sobre ella, palideciendo al verla.

Cristina cogió a Mark, boqueando de dolor.

—*Iratze*.

Mark cogía su estela cuando se oyó gritar a Winter:

—¡Rey Oban!

Cristina volvió la cabeza hacia él. Winter se hallaba sobre Kieran, que estaba caído en el suelo con la espada rota junto a él. Cristina creyó que se le detenía el corazón mientras Mark le dibujaba un rápido *iratze* sobre la piel.

Cristina casi ni notó el alivio del dolor.

«Oh, Kieran».

—¡General Winter! —gritó Oban, mientras agitaba la mano hacia el gorra roja como si estuviera espantando moscas. Un trozo de encaje sucio le salió disparado de la manga; sus calzas de terciopelo estaban estropeadas sin posibilidad de arreglo—. ¡Te ordeno que mates al traidor!

Winter negó lentamente con la cabeza. Era enorme, y los hombros casi parecían reventar las costuras de su uniforme teñido de sangre.

—Debes hacerlo tú, señor —dijo—. Es la única manera de que el trono sea tuyo sin posibilidad de disputa.

Con gesto petulante, Oban, espada en mano, comenzó a avanzar, cruzando la extensión de hierba que lo separaba de Kieran. Mark miró a Cristina. Esta asintió, y él le dio la mano para ayudarla a ponerse en pie.

Se miraron una vez, y entonces Mark comenzó a correr hacia la derecha, disparado hacia Winter y Kieran.

Cristina trotó hacia la izquierda y se colocó directamente delante de Oban.

—No tocarás a Kieran —le dijo—. Y no darás ni un paso más hacia él.

Oyó a Winter gritar sorprendido. Mark se había lanzado sobre su espalda. Winter se lo sacudió de encima, pero no antes de que Kieran hubiera conseguido ponerse en pie.

Oban miró a Cristina con una mueca de exasperación.

—¿Sabes quién soy, niña cazadora de sombras? —preguntó—. ¿Cómo osas cruzarte en el camino del rey noseelie? No eres nadie y careces de importancia.

Cristina alzó la espada entre ella y Oban.

—Soy Cristina Mendoza Rosales, y si hieres o matas a Kieran, tendrás que vértelas conmigo. —Vio el parpadeo de los ojos de Oban y se preguntó cómo podía haber pensado que se parecía a Kieran. No tenían nada en común—. No tienes madera de rey —dijo en voz baja—. Vete rápido, aprovecha ahora. Deja todo esto atrás y conserva la vida.

Oban miró a Winter, que estaba luchando contra Mark y Kieran; juntos, lo hacían retroceder cada vez más. Los gorras rojas sembraban el suelo; la hierba estaba resbaladiza por la sangre. En la distancia, Gwyn y Diana dibujaban círculos con *Orion*.

Cristina vio el horror en los ojos de Oban, pero no a la muerte que lo rodeaba, sino a que todo eso se le fuera de entre las manos: el reino, la riqueza, el poder.

—¡No! —gritó, y la atacó con la espada.

Cristina paró el golpe de Oban con su propia espada, blandiéndola en un salvaje arco. La sorpresa destelló en los ojos de Oban cuando sus hojas chocaron. Retrocedió sorprendido, pero se recuperó enseguida. Cuando atacó de nuevo, mostrando los dientes, su espada golpeó la de ella con tanta fuerza que Cristina notó la sacudida en todos los huesos y se tambaleó. Se recuperó y le lanzó un tajo, y otro. Él paraba los golpes, moviendo la espada rápida y furiosamente. La punta de la hoja rozó a Cristina en el hombro y esta notó que le manaba sangre.

La cazadora de sombras comenzó a rezar: «Bendito sea el Ángel, mi fuerza, que prepara mi mano para la guerra y mis dedos para luchar».

Toda su vida había querido hacer algo para paliar el dolor de la Paz Fría. Y ahí tenía su oportunidad. Raziel se la había dado a ella. Lo haría por Emma, por los Blackthorn, por Diego y Jaime, por Mark y Kieran, y por todos los Rosales. Por todos aquellos que sufrían por una paz que en realidad era una guerra.

Una profunda calma le llenó el corazón. Alzó la espada como si fuera *Gloriosa*, como si empuñara una brillante espada celestial. Vio el miedo en

los ojos de Oban, incluso cuando él la atacó de nuevo, bajando la espada en un arco lateral. Cristina giró en un círculo completo, esquivando el golpe, y mientras volvía a encararse a él, le hundió la hoja entre las costillas.

Un suspiro pareció recorrer el mundo. Cristina notó el metal de la espada rozar el hueso, notó la sangre caliente salpicarle el puño. Tiró de la espada para arrancarla. Oban se tambaleó, mirando con expresión incrédula la sangre que se le extendía por el jubón.

—Tú —jadeó, aún sin creérselo—. ¿Quién eres tú?

«Alguien que carece de importancia».

Pero no servía de nada hablar. Oban cayó desplomado al suelo, las manos flojas a los costados, los ojos entelados. Estaba muerto.

Mark y Kieran seguían combatiendo desesperada y temerariamente. Cristina supo que no luchaban por su vida, sino por la vida del otro.

—¡El príncipe Oban ha muerto! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Oban ha muerto!

Avanzó por la hierba húmeda de sangre, llamando a Winter, a Mark, a Kieran, a cualquiera que pudiera oírla.

El general Winter fue el primero en oír su grito. Se detuvo, tan alto e imponente como un muro de piedra, entre Cristina y los chicos que ella amaba. Volvió la cabeza cubierta con su gorra roja. Sus ojos enrojecidos vieron a Cristina, y luego lo que había a su espalda, un amasijo de sangre y terciopelo.

Los nudillos de la mano que sujetaba el archa se le pusieron blancos. Por un momento, Cristina lo vio vengando a su rey con las muertes de Kieran y Mark. Contuvo el aliento.

Arrollador y terrible como una avalancha, Winter se arrodilló e inclinó la ensangrentada cabeza. Su voz resonó como el trueno:

—Mi amo y señor, rey Kieran.

Kieran y Mark se quedaron hombro con hombro, las espadas en alto, jadeando entrecortadamente al unísono. Cristina se acercó a ellos caminando por la tierra empapada en sangre y se colocó al otro lado de Kieran, de forma que Mark y ella lo flanqueaban.

Kieran estaba pálido como la muerte. Parecía desolado y perdido, pero buscó los ojos de Cristina con los suyos como si pudiera encontrarse ahí. Ella lo cogió de la mano. Luego, Kieran miró a Mark y alzó la barbilla. Se irguió recto como una espada. Cristina lo observó cuadrar los delgados hombros como si se dispusiera a soportar una pesada carga.

En silencio, se hizo una promesa a sí misma: Mark y ella lo ayudarían a soportarla.

—El príncipe Oban ha muerto —gritó Mark. Su voz se alzó hacia los cielos, hacia Diana y Gwyn, que volaban en círculos sobre su cabeza—. ¡Kieran Kingson es el nuevo rey noseelie! ¡Larga vida al rey!

* * *

Habían llegado al límite del bosque, trotando todo el camino, tropezando con las raíces de los árboles en su prisa por llegar a los Campos Imperecederos. No había un borde muy definido entre estos y el bosque. Los árboles ya iban espaciándose cuando Ty se detuvo de golpe para recuperar el aliento. Kit se paró a su lado, mirando asombrado.

Era como una película. No pudo evitar pensarlo, aunque se sintió vagamente avergonzado de hacerlo: como una película con unos efectos increíbles y una extremada atención al detalle. Pensaba que las batallas eran algo organizado, dos líneas de soldados avanzando una contra la otra. Pero eso era un caos; menos como una partida de ajedrez y más como una torre jenga desmoronada. Los soldados luchaban por grupos, esparcidos de cualquier manera por los Campos. El aire apestaba a sangre y les traía el estruendo del choque del metal contra metal, los gritos de los combatientes, el aullido de los lobos, los chillidos de los heridos.

El ruido. Kit miró a Ty, que había palidecido.

—No puedo... No me he traído los cascos —dijo Ty.

Kit tampoco se había acordado de ellos, pero no había esperado verse realmente en medio de una batalla. Y, sobre todo, ni se le había pasado por la cabeza que la contienda pudiera ser de esa envergadura. Era enorme. Las puertas de la ciudad de Alacante estaban abiertas y por ellas salían más cazadores de sombras, sumándose al ruido y al caos.

Ty no podría con eso. No sobreviviría a estar en el centro de todo eso sin nada que le protegiera los oídos y los ojos.

—¿Ves a Julian? —le preguntó Kit. Quizá, si Julian estuviera cerca, si pudieran llegar hasta él...

La expresión de Ty mejoró ligeramente.

—Espera. —Se revisó el interior de la chaqueta, donde guardaba varios cuchillos y una honda. También tenía un bolsillo lleno de piedras; Kit había visto antes cómo se las guardaba.

Ty trotó hasta el árbol más cercano, un gran roble de amplias ramas, y comenzó a trepar por él.

—¡Espera! —Kit corrió hasta la base del tronco y miró hacia arriba. Ty ya desaparecía entre las ramas—. ¿Qué haces?

—Puede que desde aquí arriba vea a los otros —contestó Ty. Una hoja se agitó—. Ahí están; veo a Alec. Y Jace está luchando contra alguien de la Cohorte. Mark y Cristina están en aquella dirección con los gorras rojas. Ahí está Helen, un trol se le acerca por la espalda... —Se oyó el movimiento de las hojas y un ruido silbante—. Ya no —añadió Ty en un tono complacido, y Kit se dio cuenta de que debía de haber usado la honda—. Kit, sube aquí; se puede ver todo.

No hubo respuesta.

Ty se inclinó entre las ramas, mirando el suelo alrededor del roble. No había nadie. Kit se había ido.

* * *

Alec había encontrado una buena roca, una de las pocas que había en los Campos. Era un buen lugar, porque él disparaba mejor desde una ligera elevación. Jace, que trotaba hacia él, serpenteando entre los soldados noseelie y los amigos subterráneos, lo observó con admiración fraternal mientras Alec soltaba una flecha tras otra con una velocidad letal y una precisión aún más mortal.

—Alec. —Jace subió junto a él. Un trol corría hacia ellos, con los colmillos manchados de sangre y el hacha alzada. Los ojos le brillaban de odio. Jace cogió un cuchillo del cinturón, se lo lanzó y el trol cayó gorgoteando, con la hoja clavada en el cuello.

—¿Qué pasa? —Alec no lo miró. Colocó otra flecha en el arco, la disparó y atravesó a un trasgo de dientes de cristal que corría hacia Simon. Este le hizo un rápido saludo y siguió luchando contra una cosa musgosa; seguramente se trataba de una dríada deforme, sospechó Jace.

—Las puertas de la ciudad están abiertas...

—Ya lo he visto. —Alec le disparó a la dríada, que salió corriendo hacia los árboles.

—Más miembros de la Cohorte se acercan al campo.

—Y también más de nuestros aliados. Jia está aquí —repuso Alec.

—Cierto. —Un ogro atacó a Jace por la izquierda. Él le quitó la vida con rápida eficiencia—. ¿Dónde está Magnus?

Alec miró a Simon con los ojos entornados; se había unido a Clary para acabar con un gorra roja. Estos eran los soldados hada más peligrosos en el campo, pero Jace vio que Clary se encargaba del suyo con aplomo. Le dio un tajo en las rodillas, y cuando cayó, Simon le cortó la cabeza. Un buen trabajo de *parabatai*.

—¿Por qué quieres saber dónde está Magnus? —preguntó Alec.

—Porque todos esos miembros de la Cohorte son cazadores de sombras —contestó Jace con franqueza—. He intentado no matarlos. He estado empleando la parte plana de la espada, y golpeándolos en la cabeza cuando caen o dejando que Clary emplee sus runas de inconsciencia, pero es mucho más difícil no matar a la gente que matarla. —Suspiró mientras le lanzaba un cuchillo a un duendecillo que atacaba—. Nos iría bien la ayuda de Magnus.

—¿Sabes? —repuso Alec—. Los vampiros son muy buenos en derrotar a la gente sin matarla. Solo cogen a una persona, beben lo suficiente de su sangre para que se desmaje, y ya está.

—Eso no sirve —replicó Jace. Otro trol fue a por ellos. Jace y Alec alzaron las armas al mismo tiempo. El trol los vio, se dio la vuelta y salió corriendo.

Alec rio.

—Tienes suerte, *parabatai* —dijo, y señaló hacia el límite del bosque de Brocelind.

Jace miró hacia allí. Los árboles estaban en sombra, pero Clary les había dibujado antes runas de visión lejana. Distinguió una pequeña silueta, colgada a media altura de un roble, que usaba una honda para ir acabando con soldados noseelie. También vio a Magnus, que acababa de salir de entre las sombras de debajo de los árboles.

Iba totalmente vestido de brujo: una capa negra con estrellas de plata cosidas encima, cadenas también de plata en el cuello y las muñecas, el cabello en punta en toda su longitud. Fuego azul le salía de las manos. Las alzó hacia el cielo y las espesas nubes comenzaron a amontonarse.

Clary trotó hasta donde estaban Alec y Jace, abriéndose paso entre los ogros y los trols muertos. Sonreía de oreja a oreja.

—¡Creo que le preocupaba no poder hacerlo! —exclamó—. ¡Está tan guapo!

—Tú mira —dijo Alec, guiñándole un ojo—. Y sí que está guapo. —Atravesó con una flecha a un trol que se acercaba, solo por si alguien pensaba que se estaba cansando.

Jace, a su lado, no lo pensaba. El campo comenzaba a agitarse caóticamente; los licántropos y los brujos, las hadas y los cazadores de sombras, todos se volvían para mirar a Magnus mientras la magia azul le manaba de las manos y se elevaba.

El propio cielo comenzó a oscurecerse. Fue como si lo cubrieran con una sábana; el resplandor se filtraba a través de esta, y solo escapaba una tenue luz azulada, como la iluminación de las estrellas o la luna. Gwyn y Diana describieron círculos en el ennegrecido cielo.

Magnus se mecía. Jace notó que Alec se tensaba. Era una magia inmensa, que podía agotar el poder de un brujo.

Otra silueta surgió de los bosques. Un hombre de piel verde con cuernos curvados y el pelo tan blanco como el de Catarina. Llevaba vaqueros y una camiseta en la que ponía algo escrito.

Colocó las manos sobre los hombros de Magnus.

—¿Es ese Ragnor Fell con una camiseta de «Ragnor Lives»? —preguntó Clary asombrada. Ragnor era uno de los amigos más antiguos de Magnus y se había pasado varios años fingiendo estar muerto y varios más fingiendo ser un brujo llamado Sombra. Jace y Clary tenían razones para conocerlo bien.

—Yo no llevaría una camiseta de «Simon Lives» a una batalla —comentó Simon, que estaba a poca distancia—. Parece que busques que te la lícen.

Alec rio.

—Creo que no le pasará nada —repuso, mientras Ragnor sujetaba a Magnus y este alzaba las manos lanzando más luz azul, casi negra—. Solo le está dando a Magnus parte de su fuerza.

El cielo estaba tan oscuro como en el ocaso, pero sin el resplandor del sol poniente. Magnus bajó las manos mientras que del bosque a su espalda, protegidos por la nueva oscuridad, surgían los vampiros, con Lily a la cabeza, que corrían a unirse a la batalla.

—Ya sé lo que has dicho —indicó Jace—, pero ¿a los vampiros les ha llegado la circular diciendo que no maten a los cazadores de sombras?

Alec sonrió de medio lado.

* * *

—¡Por el Ángel! —exclamó Aline, boquiabierta.

Helen se volvió hacia ella alzando la espada. Luchar con la gente que se amaba siempre resultaba aterrador. No solo se luchaba para protegerse uno;

sobre todo se luchaba por ellos. Helen hubiera luchado contra un Gran Demonio con las manos desnudas para salvar a Aline.

Esta cogió a Helen por el brazo de la espada.

—¡Mi madre! —gritó, casi resultando incoherente con la propia Helen—. Están saliendo de la ciudad y ¡mi madre está con ellos!

La puerta de Alacante estaba abierta de par en par y los cazadores de sombras salían a toda prisa. A la cabeza de la avalancha pudo ver a Jia, con el traje de combate y un enorme *dao* curvado en la mano, flanqueada por centuriones: Diego, Rayan, Divya y otros.

«La suegra más aterradora», pensó Helen.

Aline y ella corrieron hacia los recién llegados. Al acercarse, Aline se lanzó a los brazos de su madre. Jia bajó el arma y abrazó a su hija con fuerza con el brazo libre.

—¿Dónde está papá? —preguntó Aline, mientras se apartaba para mirar al rostro a su madre.

—Aún en la ciudad. Está coordinando con Carmen Rosales y los Hermanos Silenciosos la seguridad de la gente.

—Pero ¿cómo has salido del Gard? —preguntó Aline.

Jia casi sonrió.

—Drusilla nos sacó anoche. ¡Es una chica muy emprendedora! Y hablando de los Blackthorn: Helen, ven aquí.

Un poco vacilante, Helen se acercó a Jia. Siempre había pensado que su suegra era impresionante, pero nunca la encontró más intimidante que en ese momento.

Jia la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí con tanta fuerza que Helen recordó a su propia madre, Eleanor, y la fuerza de su abrazo.

—Cariño, habéis hecho un trabajo maravilloso en el Instituto —dijo Jia—. Estoy muy orgullosa.

Divya sorbió por la nariz.

—¡Oh, qué tierno!

Jia dejó de abrazar a Helen y se centró en el trabajo.

—Muy bien, chicos, ya basta de quedarse mirando. Vamos a entrar en combate, y lucharemos contra cazadores de sombras. Preferimos no matarlos, así que necesitamos crear la Configuración de Malachi.

Helen recordaba vagamente que la Configuración de Malachi era una prisión mágica temporal creada por *adamas* y runas. La empleaban a veces el Inquisidor o los Hermanos Silenciosos, cuando no había otro modo de retener a un prisionero.

Diego fue el primero en responder.

—¡Entendido! —Agarró un cuchillo serafín y entró en los Campos antes de arrodillarse y clavarlo en la tierra—. Yo me encargo del norte; Divya, ve al sur; Rayan, al este. Necesitamos marcar los cuatro puntos cardinales.

—Siempre mandón —murmuró Divya, pero sonreía. Aline fue a ayudar, dirigiéndose al oeste. El resto de los recién llegados estaban desenfundando las armas. Jaime tenía una ballesta preparada y se lo veía impaciente por entrar en combate.

—Recordad lo que Drusilla nos dijo sobre el plan de la Guardia. Tratad de no matar a los miembros de la Cohorte. Hacedlos retroceder hacia la Configuración. Siguen siendo cazadores de sombras, aunque estén equivocados.

Con vítores y gritos, los cazadores de sombras corrieron hacia los Campos y se lanzaron a la batalla justo cuando se oyó un dulce campanileo y la Configuración de Malachi se iluminó.

La luz manaba de los cuatro cuchillos serafines y formaba una jaula con las paredes hechas de luces temblorosas. Parecían tan delicadas como alas de mariposas, y reflectantes como el cristal. Helen miró la Configuración y esperó que su plan para salvar la vida a los de la Cohorte no fuera en vano. Las luminosas paredes de la prisión parecían demasiado frágiles para contener tanto odio.

* * *

—¡Suéltame! —chilló Kit. Sabía que no iba a servir de nada. Emma lo tenía firmemente agarrado por la espalda de la camisa y lo hacía andar por el borde del bosque, manteniéndose entre las sombras. Se la veía absolutamente furiosa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó. Sujetaba su espada dorada con la otra mano y su mirada iba de un lado al otro, mezcla de furia y vigilancia—. ¡Cuando te he visto casi me da un ataque al corazón! ¡Se suponía que tenías que estar en el campamento!

—¿Y qué hay de Ty? —replicó Kit, retorciéndose para soltarse—. ¡Está ahí atrás! Subido a un árbol. No podemos dejarlo solo.

Algo silbó por encima de su cabeza, y un ogro que se acercaba cayó con un claro boquete en medio de la frente.

—Parece que le va bien —respondió Emma secamente—. Además, le prometí a Tessa que no te dejaría acercarte ni a las luchas ni a las hadas, y

esta es una lucha llena de hadas. Va a matarme.

A Kit le picó la curiosidad.

—¿Por qué ni luchas ni hadas? ¡No soy tan malo peleando!

Emma le hizo dar la vuelta para quedar cara a cara, y tuvo que soltarle la camisa para hacerlo.

—¡No es por eso! —respondió enfadada. Su traje de combate estaba sucio y manchado de sangre; tenía rasguños y cortes en la cara. Kit se preguntó dónde estaría Julian; los *parabatai* suelen luchar juntos, ¿no?

—No veo por qué soy tan importante —dijo Kit.

—Eres más importante de lo que crees —replicó Emma. De repente, abrió mucho los ojos—. ¡Oh, no!

—¿Qué? —Kit miró alrededor, asustado. Al principio no vio nada extraño, o al menos nada que resultara extraño en una descomunal pelea entre hadas y nefilim.

Entonces, una sombra cayó sobre ellos, y supo lo que era.

La última vez que había visto a los jinetes de Mannan fue en Londres. Ahora eran seis, relucientes de bronce y oro; los caballos herrados con oro y plata, con los ojos negros como la tinta. Los jinetes llevaban armaduras sin juntas ni remaches que las mantuvieran unidas; un bronce liso y fluido los cubría desde el cuello hasta los pies, como el brillante caparazón de un insecto.

—Ponte detrás de mí, Kit. —Emma se había puesto pálida. Se colocó delante de Kit, y alzó a *Cortana*—. Quédate agachado; seguramente vienen a por mí, no a por ti.

Los jinetes fueron hacia ellos como una lluvia de estrellas fugaces. Eran hermosos y horribles. Kit solo tenía la daga Herondale que le había dado Jace. Se dio cuenta ahora de lo poco previsor que había sido. De lo tonto que había sido.

Uno de los jinetes se sacudió y lanzó un grito cogiéndose el brazo. Kit se dio cuenta de que había sido la honda de Ty, y sintió una oleada de indeseada ternura y una súbita punzada de temor: ¿y si nunca volvía a ver a Ty?

El jinete al que había golpeado soltó una maldición; estaba casi encima de ellos, y Kit vio su rostro, su cabello de bronce y sus duras y afiladas facciones.

—¿Seis de vosotros contra una? —gritó Emma, el viento azotándole el cabello—. ¿Tan poco honorables sois? ¡Venid uno a uno y luchad contra mí! ¡Os desafío!

—Al parecer, no sabes contar, pequeña asesina cazadora de sombras —dijo Ethna, la única mujer de los jinetes—. Sois dos.

—Kit es un niño —replicó Emma, lo que molestó al chico, aunque se daba cuenta de que probablemente tenía razón al decirlo. La voz de Kieran le resonó en la cabeza: «Los hijos de Mannan nunca han sido derrotados».

Por el campo de batalla, Julian corría hacia ellos. Helen y Aline corrían con él. Pero nunca llegarían junto a Emma y Kit a tiempo.

—Kit es el niño —dijo Etarlam con una sonrisita sarcástica—. El descendiente del Primer Heredero.

—Dánoslo —ordenó Karn—. Dánoslo y quizá te dejaremos vivir.

A Kit se le había secado la garganta.

—Eso no es cierto —soltó—. No tengo sangre de hada. Soy un cazador de sombras.

—Se puede ser ambas cosas —replicó Ethna—. Lo supusimos cuando te vimos en aquella sucia ciudad.

Se refería a Londres, pensó Kit desconcertado. Recordó a Eochaid mirándolo y diciendo: «Te conozco. Conozco tu cara».

—Te pareces mucho a ella —dijo Eochaid con una sonrisa irónica—. Eres como Auraline. E igual que tu madre.

—La asesinamos —dijo Ethna—. Y ahora te mataremos a ti también, y borraremos todo rastro de tu sangre manchada de este mundo y el nuestro.

—¿Qué? —Kit olvidó su miedo, olvidó las instrucciones de Emma de que se quedara atrás. Olvidó que alguien iba a ayudarlos. Lo olvidó todo menos las palabras de Ethna—. ¿Matasteis a mi madre? ¿A mi madre? —repitió.

—¿Qué creías que le había pasado, niño? —replicó la jinete—. Sí, matamos a tu madre, derramamos su sangre por orden del rey. Murió gritando por tu culpa; incluso cuando la torturamos, nunca dijo tu nombre ni reveló dónde te hallabas. Quizá esto te sirva de consuelo, ¡en estos últimos momentos! —Comenzó a reír, y al instante todos los jinetes estaban riendo, mientras sus caballos se encabritaban contra el cielo.

Un frío fuego le corrió a Kit por las venas; avanzó hacia los jinetes como si pudiera alcanzarlos y arrancarlos de las alturas.

Notó que la runa de talento que Ty le había dibujado comenzaba a arderle en el brazo.

Emma maldijo, tratando de agarrar a Kit y arrastrarlo tras ella.

—No puedes —le dijo—. No puedes, son invencibles, Kit...

Los jinetes desenvainaron las espadas. El metal destelló en el cielo. Taparon el sol mientras se lanzaban hacia los dos. Emma alzó la espada

cuando Ethna, con ojos ardientes, montada en su corcel, chocaba contra ella, espada contra espada. El impacto levantó a Emma del suelo y la tiró hacia atrás. Cayó sobre la turba con un golpe que Kit pudo oír. Rápidamente se puso en pie, mientras Ethna hacía girar su corcel, riendo, y corrió hacia Kit, pero los otros ya estaban llegando; dirigían sus caballos hacia el muchacho con tanta fuerza que la hierba del suelo se aplastaba. Kit alzó las manos, como si pudiera alejarlos con un gesto, y oyó reír a Eochaid...

Y algo se quebró en su interior, inundando su cuerpo de poder. Lo atravesó, eléctrico, estallando desde las palmas de las manos con suficiente fuerza para hacerlo caer de rodillas.

Emma lo miró, incrédula, mientras una luz blanca le salía de las manos y envolvía a los jinetes como una red. Kit los oyó gritar de horror y sorpresa, y espolearon los caballos hacia el cielo...

Kit cerró los puños, y los caballos desaparecieron. En un parpadeo, dejaron de ser. Los jinetes, que ya se habían alzado mucho en el aire para alejarse, cayeron gritando hasta el suelo, donde se estrellaron en medio de la marea de la batalla y se perdieron de vista.

Kit se dejó caer de espaldas sobre la hierba. Jadeaba tratando de recobrar el aliento.

«Muriendo —pensó—. Me estoy muriendo. Y no puedo ser quien dicen que soy. Es imposible».

—¡Kit! —Emma estaba agachada sobre él, abriéndole el cuello de la camisa para dibujarle un *iratze*—. Kit, por el Ángel, ¿qué has hecho?

—No lo... sé. —Se sentía como si no tuviera aliento en el cuerpo. Dibujó débilmente en la tierra con los dedos:

Ayúdame, Emma, ayúdame.
Dile a Ty...

—No pasa nada. —Alguien más se inclinaba sobre él, alguien con un rostro conocido y una voz tranquilizadora—. Christopher. Christopher, respira.

Era Jem. Kit cerró los ojos y dejó que Jem lo alzara del suelo con sus cuidadosos brazos; la oscuridad cayó sobre él como la cortina al final de la representación.

* * *

—¡Emma!

Anonadada, Emma se tambaleó un poco al incorporarse. Recordó haber estado inclinada sobre Kit y la llegada de Jem, y Kit ya no estaba. Seguía perpleja por la impresión del ataque de los jinetes y la extrañeza de lo que había pasado después.

Kit había hecho desaparecer los corceles de los jinetes, y estos cayeron en la melé de la batalla, creando más caos. Y ahora Julian estaba allí, mirándola preocupado e inquieto.

—Emma —repitió él, mientras le ponía la mano en el hombro y la hacía volverse para que lo mirara—. ¿Estás bien?

—Aline y Helen —repuso ella con ansiedad—. Estaban contigo...

—Se han vuelto para ayudar a los otros. Los jinetes están causando el caos en el campo...

—Lo siento —lo cortó Emma—. No sabía que Kit...

—Yo no lo siento —replicó Julian, y había una agresividad en su tono que la hizo alzar la mirada, y entonces la cabeza comenzó a aclarársele. El rostro de Julian estaba manchado de sangre y polvo. Tenía la chaqueta rota en el hombro, las botas cubiertas de barro y sangre. Era hermoso—. Sea lo que sea que ha pasado, o lo que haya hecho Kit, te ha salvado la vida. Los jinetes te habrían matado.

A Emma le faltaba el aliento por el miedo, no por ella, sino por Julian. Los jinetes los odiaban a ambos. Gwyn y Diana recorrían los Campos en círculos, gritando que Oban estaba muerto, que Kieran era el rey. Quizá Kieran pudiera dar órdenes a los jinetes, quizá no. Por el momento, no le habían jurado lealtad. Estaban sin amo, buscando sangre y venganza, y eran muy peligrosos.

—¿Necesitas un *iratze*? —Julian la sujetaba por los hombros. Emma quería abrazarlo, quería tocarle el rostro y asegurarse de que estaba completo e indemne. Pero sabía que no podía.

—No —contestó. Las runas entre ellos eran demasiado peligrosas—. Estoy bien.

Lentamente, él inclinó la cabeza y le tocó la frente con la suya. Permanecieron así un momento, inmóviles. Emma notaba la energía de *parabatai* entre ambos, vibrándoles bajo la piel como una corriente eléctrica. No había nadie cerca de ellos; se hallaban en el límite de la batalla, casi en el bosque.

Emma notó que sonreía un poco.

—Ty está subido a un árbol con la honda —dijo casi en un susurro.

Julian se apartó, y Emma creyó ver una mirada casi divertida.

—Lo sé. Es el lugar más seguro para él, supongo, aunque cuando descubra cómo se libró del encantamiento de Magnus, no estoy seguro de a cuál de los dos voy a matar.

Hubo un repentino revuelo en el campo. Emma miró hacia allí y vio destellos de bronce. Los jinetes se habían reagrupado y estaban atacando con las espadas, segando un camino entre los cazadores de sombras. Había varios cuerpos caídos en el suelo. Con una punzada de dolor, reconoció a Vivianne Penhallow por su cabello rubio fresa, ahora manchado de sangre.

Emma recogió a *Cortana*.

—Julian, ¿dónde está la Espada Mortal?

—Se la di a Jace —contestó él mientras ambos corrían sobre la pisoteada hierba—. No soportaba llevar esa cosa encima. Él la disfrutará.

—Seguramente —admitió Emma. Miró alrededor: el cielo estaba de un azul casi negro. Había cadáveres de subterráneos y de cazadores de sombras esparcidos por todo el campo; mientras avanzaban, Emma casi pisó el cadáver de un centurión uniformado, con los ojos en blanco hacia el cielo. Era Timothy Rockford. Emma trató de contener la náusea y se apartó. Un gorra roja apareció detrás de ella.

Emma blandió a *Cortana*, segando el aire.

—¡Emma! —Julian la cogió por el hombro—. No pasa nada —dijo mientras el gorra roja se volvía y desaparecía en el bosque—. Los soldados noseelie no saben qué hacer. Algunos siguen fieles a Oban. Otros se están retirando, siguiendo las órdenes de Kieran. Es un caos.

—¿Así que esto puede estar acabando? —preguntó, ansiosa—. ¿Podríamos estar ganando?

Julian se pasó el dorso de la mano por el rostro, esparciendo más suciedad sobre las mejillas. Bajo la extraña luz de las nubes, sus ojos brillaban verdosos; la recorrió varias veces con la mirada, y ella reconoció esa mirada como el abrazo que no podía darle, como las palabras que no podía decirle.

—La Cohorte no quiere rendirse —fue lo que dijo—. Siguen luchando. Estamos tratando de no herirlos, pero no nos lo están poniendo fácil.

—¿Dónde está Horace? —preguntó Emma, mientras alzaba la cabeza tratando de ver lo que sucedía en el campo.

—Se mantiene rodeado de sus seguidores —contestó Julian, mientras saltaba sobre el cadáver de un trol—. Jace y los otros intentan llegar hasta él, pero la Cohorte está dispuesta a morir por Dearborn, y nosotros no queremos matarlos. Como he dicho, no nos lo están poniendo fácil.

—Debemos volver y ayudarlos. —Comenzó a cruzar el campo, con Julian a su lado. Pasaron como un destello ante subterráneos que se lanzaban contra hadas noseelie y nefilim de la Cohorte. Jessica Beausejours estaba luchando con un cuchillo serafín contra un vampiro moreno, y cerca de ahí, un licántropo rodaba sobre la tierra aferrado a un enorme trol, con sus fauces cerrándose con fuerza.

Emma oyó gritar a alguien. Era Mark. Y pudo ver también a Cristina, no muy lejos, espada contra espada con Vanessa Ashdown. Cristina luchaba con cuidado, tratando de no herir a Vanessa; aunque esta no tenía las mismas contemplaciones: blandía un archa y hacía retroceder a Cristina con secos golpes.

Mark, por su parte... Mark se estaba enfrentando a Eochaid. Un jinete lo había localizado.

Al instante, Emma y Julian corrieron hacia él. Mark retrocedía, arco en mano, apuntando con cuidado, pero cada flecha que se le clavaba a Eochaid solo parecía ralentizarlo, no detenerlo.

«Nadie ha matado a uno de los jinetes de Mannan en toda la historia que conozco».

Emma sí había matado a un jinete. Pero tenía a *Cortana*. Mark solo tenía un arco corriente, y Cristina y Kieran estaban atrapados entre la enorme multitud. No llegarían a tiempo para ayudar a Mark.

Oyó a Julian susurrar el nombre de su hermano. Mark. Corrían a toda velocidad por el terreno irregular; Emma notaba la energía de *parabatai* lanzándolos hacia delante. De repente, algo se alzó y la golpeó. Emma salió volando, se estrelló contra el suelo y rodó poniéndose en pie.

Frente a ella se hallaba Zara.

Estaba sucia y herida, la melena pegajosa de sangre y barro. Su colorido uniforme de centurión había quedado hecho jirones. Marcas de lágrimas recorrían la suciedad de su rostro, pero las manos, sujetando una espada bastarda, eran firmes. Igual que su mirada, fija en *Cortana*.

—Devuélveme mi espada, zorra.

* * *

Julian se detuvo al oír caer a Emma, se volvió y vio a su *parabatai* frente a Zara Dearborn. Esta blandía la espada de adelante atrás, mientras Emma la miraba perpleja: Zara no era muy buena luchadora, pero tampoco tan mala como parecía ahora.

Emma miró a Julian mientras alzaba a *Cortana*: «Vete, vete a ayudar a Mark», decía su expresión. Julian vaciló un momento, pero Emma podía encargarse de Zara sin problemas. Se volvió de nuevo y siguió corriendo hacia su hermano.

Mark seguía luchando, aunque estaba pálido y sangraba de un corte en el pecho. Eochaid parecía estar jugando con él, como un ratón jugaría con un gato, lanzándole estocadas y luego girando la espada de lado para cortar en vez de clavar. Eso significaba una lenta muerte por cortes y pérdida de sangre. Julian notó que la rabia le inundaba la boca de amargor. Vio a Cristina golpear a Vanessa en la cabeza con la empuñadura de la espada; la prima de Cameron se desplomó, y Cristina se volvió y corrió hacia Mark.

Otro jinete le cortó el paso. A Julian se le cayó el alma a los pies; ya casi había llegado junto a su hermano, pero reconoció a Ethna, con su larga trenza de bronce y su ceño cruel. Llevaba la espada en una mano y una vara en la otra, y la blandió contra Cristina, tirándola al suelo.

—¡Deteneos!

La orden sonó como un bramido rasposo. Cristina y Mark se hallaban en el suelo; sus oponentes se volvieron. Kieran se encontraba ante ellos, con el hombro envuelto en una venda blanca. Pero había sido Winter el que había hablado. El gorra roja estaba erguido, blandiendo su archa en la mano. Con el extremo afilado señaló a Eochaid.

—Deteneos —repitió—. El rey os ordena que ceséis el combate.

—No lo haremos —replicó Eochaid—. Nuestro rey era Arawn el Viejo. Nos ordenó matar a los Blackthorn y a sus aliados. Cumpliremos la orden y ninguna palabra de tu boca podrá cambiarlo.

—Aún no te hemos jurado lealtad —dijo Ethna—. No eres nuestro rey.

Julian se preguntó si Kieran se inmutaría. Pero no.

—Soy vuestro rey —repitió—. Dejadlos en paz y regresad a la corte noseelie, o seréis considerados traidores.

—Entonces, seremos traidores —concluyó Ethna, y bajó su gran espada.

Pero nunca llegó a su objetivo. El aire pareció ondear, y de repente *Windspear* se lanzó contra Ethna alzando las patas delanteras: la golpeó en el pecho con los cascos. Un momento después, Cristina estaba en pie; le sangraba la muñeca, pero cogía la espada con firmeza.

—¡Ve con Mark! —gritó, y Kieran saltó sobre *Windspear* y se lanzó hacia Eochaid; el jinete era como una lluvia de chispas, grácil e inevitable. Se alzó en el aire, blandiendo la espada, que se estrelló contra la de Kieran.

Mark saltó rotando con agilidad y se colgó del cuello de Eochaid por la espalda. Cayeron juntos al suelo. Eochaid se puso en pie de un salto. Julian corrió hacia Mark y se lanzó entre su hermano y el jinete, al mismo tiempo que levantaba la espada para detener un tajo de este.

Eochaid rio. Julian casi no tuvo tiempo de ayudar a Mark a ponerse en pie cuando algo lo golpeó por la espalda; era Karn, el jinete, una rugiente torre de bronce. Julian se volvió hacia él y le devolvió el golpe con todas sus fuerzas. Karn se tambaleó hacia atrás, sorprendido.

—Buen golpe —dijo Mark.

«Es por Emma. Noto el vínculo *parabatai* por dentro ardiendo en mi interior».

—Gracias —contestó, mientras alzaba la espada para desviar otro golpe de Karn. Kieran y Cristina estaban ocupados con Eochaid. Ethna trataba de doblegar a Winter. Julian supo que ni con la fuerza *parabatai* sería suficiente. Era solo cuestión de tiempo.

Otro destello de bronce. Mark soltó una maldición: era Delan, el jinete manco, que llegaba para ayudar a sus hermanos. Ya había cuatro; solo faltaban Etarlam y Airmed, aún perdidos en medio de la batalla.

Delan llevaba una media máscara de bronce y blandía un mangual dorado con pinchos en las bolas. Corrió hacia Kieran agitando el arma...

Un hacha lo golpeó por detrás y lo envió dando vueltas por el aire. Ahora fue Eochaid quien maldijo. Ethna lanzó un grito mientras Delan se ponía en pie trabajosamente y se volvía hacia su atacante.

Era Diego Rosales. Le guiñó un ojo a Kieran justo cuando las bolas del mangual volaban hacia su cabeza y las desviaba con la parte plana del hacha. Kieran, que se había quedado perplejo y complacido por la aparición de Diego, saltó del lomo de *Windspear* y corrió hacia Delan. Winter corrió tras él mientras Cristina atacaba a Ethna...

Se oyó un estruendoso crujido cuando la espada de Cristina se quebró. Con un grito ahogado, saltó hacia atrás. Mark y Kieran se volvieron, paralizados... Ethna alzó su espada...

Y saltó volando por los aires. Rayos de energía dorada cruzaron el campo, levantaron a cada uno de los jinetes y los lanzaron rodando sobre la hierba, como juguetes rotos. Julian se quedó atónito al ver a Hypatia Vex, con las manos alzadas y la luz surgiéndole de la punta de los dedos.

—Me ha enviado Magnus —explicó mientras los anonadados nefilim la miraban. Incluso Winter se había quedado mirándola boquiabierto, como si acabara de enamorarse—. Esto os dará un respiro, pero volverán. Los jinetes

de Mannan... —Suspiró teatralmente—. Nefilim, ¿por qué siempre acabáis liados en sus asuntos?

* * *

Zara luchaba como una salvaje. Emma la recordaba como una luchadora mediocre, y lo era, pero desde el momento en que sus espadas se cruzaron, Zara atacó como poseída. Blandía la espada como si fuera a cortar un árbol; se lanzaba contra Emma una y otra vez, dejando su defensa totalmente abierta, como si no le importase vivir o morir.

Y perversamente, hacía que Emma se contuviera. Sabía que tenía todo el derecho y el motivo para acabar con Zara. Pero esta parecía estar enloquecida por lo que Emma solo podía identificar como dolor. Sabía que había perdido amigos en el combate, como Timothy, pero Emma sospechaba que su dolor era sobre todo por la amargura de perder y por el escozor de la vergüenza. Pasara lo que pasara, la Cohorte nunca recuperaría su gloria. Las mentiras que había difundido nunca se olvidarían.

Julian se había encargado de eso.

—No podíais dejarlo en paz —siseó Zara, atacando a Emma con la muñeca tiesa. Esta esquivó el golpe con facilidad sin necesidad de detenerlo—. Teníais que ser moralistas metomentodo. Teníais que meter la nariz en todo.

—Os hicisteis ilegalmente con el gobierno —le recordó Emma, apartándose cuando Zara la atacó de nuevo. A ese paso, Zara se agotaría—. Tu padre trató de matarnos.

—Porque queríais perjudicarnos —masculló Zara—. Porque hay un nosotros y un ellos, Emma, siempre lo hay. Hay los que quieren protegerte y los que quieren dañarte.

—Eso no es cierto...

—¿De verdad? —Zara sacudió hacia atrás su sucia melena ensangrentada—. ¿Hubieras sido mi amiga si te lo hubiera pedido?

Emma pensó en lo que Zara había dicho sobre los subterráneos. Sobre Mark. Sobre los «mestizos», los «pervertidos», los registros, y las crueldades grandes y pequeñas.

—Eso pensaba —soltó Zara con desprecio—. Y te crees mucho mejor que yo, Emma Carstairs. Me reí cuando Livvy murió, todos lo hicimos, solo por la estúpida cara de pavos que poníais...

Emma notó que una rabia helada la invadía. Lanzó un tajo con *Cortana* y volvió la hoja en el último segundo golpeando a Zara con la parte plana. Esta cayó de espaldas al suelo, tosiendo sangre, y escupió a Emma cuando se inclinó sobre ella y le puso la punta de *Cortana* en el cuello.

—Vamos —siseó Zara—. Vamos, zorra, hazlo, hazlo...

Zara era el motivo por el que todos estaban allí, pensó Emma, la razón por la que todos estaban en peligro: la Cohorte había sido responsable de que tuvieran que luchar por su vida, la responsable de que Livvy hubiera muerto en el estrado del Salón del Consejo. El ansia de venganza le ardía en las venas, le abrasaba la piel, le rogaba que hundiera la espada en el cuello de Zara.

Pero Emma vaciló. Una extraña voz le resonó en la cabeza, un recuerdo de Arthur Blackthorn, curiosamente: «*Cortana*. Hecha por Wayland *el Herrero*, el forjador legendario de *Excálibur* y *Durendal*. Se dice que elige a su portador. Cuando Ogier la alzó para matar al hijo de Carlomagno en el campo de batalla, apareció un ángel y rompió la espada, mientras le decía: “La piedad es mejor que la venganza”».

Había sacado las fotos de su habitación porque ya no quería más venganza. Cristina tenía razón. Necesitaba acabar con eso. En ese momento, supo que nunca se quitaría la runa de *parabatai*, sin importar lo que pasara. Había visto a demasiados *parabatai* en el campo de batalla ese día. Tal vez ser *parabatai* fuera una debilidad que podía atraparte, pero también era un tipo de amor, y si el amor era una debilidad, también era una fuerza.

Se apartó hacia un lado.

—No voy a matarte.

Las lágrimas le caían a Zara de los ojos y le dejaban un reguero en las sucias mejillas mientras Emma se alejaba de ella. Un segundo después, esta oyó que la llamaba Julian; estaba ahí, levantando a Zara por un brazo y diciendo algo de llevarla con los otros prisioneros. Zara pasaba la mirada de él a Emma, sin tratar de resistirse; permaneció pasivamente agarrada por Julian, pero sus ojos... Estaba mirando más allá de Julian, y a Emma no le gustó nada la expresión de su rostro.

Zara hizo un ruidito ahogado, casi una carcajada.

—Quizá no sea yo de quien tengáis que preocuparos —dijo, y señaló con la mano libre.

Julian se puso blanco como la tiza.

En una zona despejada del campo, bajo el cielo azul casi negro, se hallaba Annabel Blackthorn.

Fue como si su visión se transformara en un puño que golpease a Emma directamente en el estómago. Ahogó un grito. Annabel llevaba un vestido azul, totalmente incongruente en el campo de batalla. Un vial de fluido rojo le destellaba en el cuello. La melena negra le ondeaba alrededor. Curvó los labios en una sonrisa.

Algo iba mal, pensó Emma. Algo iba muy, muy mal, y no solo el hecho de que Annabel no pudiera estar allí; que Annabel estuviera muerta.

Había algo peor que eso.

—¿De verdad creísteis que podríais matarme? —preguntó Annabel, y Emma vio que tenía los pies descalzos, pálidos como piedras blancas sobre el suelo ensangrentado—. Ya sabes que estoy hecha de otra cosa. De algo mejor que tu hermana. No puedes hacer que la vida se me escape con la sangre...

Julian soltó a Zara y corrió hacia Annabel. Cruzó el espacio a toda velocidad y se lanzó contra ella, justo cuando Emma gritaba su nombre, le gritaba que algo no iba bien. Fue hacia él y algo la golpeó con fuerza por la espalda.

El dolor llegó un segundo después, ardiente y rojo. Emma se volvió sorprendida y vio a Zara con un pequeño cuchillo en la mano. Debía de habérselo cogido del cinturón.

El mango estaba rojo y goteaba. Zara había apuñalado a Emma por la espalda.

Emma trató de alzar a *Cortana*, pero notaba como si le brazo no le funcionara. La cabeza también le iba a toda velocidad, tratando de asimilar que estaba herida. Cuando intentó llamar a Julian, ahogándose con la sangre, Zara le clavó el cuchillo en el pecho.

Las piernas se le doblaron bajo su propio peso. Emma cayó al suelo.

32

Caen del cielo

Todo estaba repitiéndose.

Annabel estaba frente a él y lo miraba con un burlón desdén. En sus ojos podía ver su propio reflejo en el estrado del Salón del Consejo, empapado en la sangre de Livvy. La vio en Thule, gritando por Ash. Recordó el tajo que le había dado con su espada; la sangre de Annabel extendiéndose alrededor de su cuerpo.

Nada de eso importaba. Annabel mataría a Emma si pudiera. Mataría a Mark y a Helen; le cortaría el cuello a Ty, y a Dru, y a Tavvy. Era el fantasma de todos los miedos que Julian había tenido durante toda su vida; los miedos de que lo apartaran de su familia. Era la pesadilla que había despertado y no había sido capaz de destruir.

Llegó hasta ella sin detenerse y le hundió la espada en el cuerpo. Esta se deslizó como si no encontrara ninguna resistencia: ni huesos ni músculos. Como un cuchillo atravesando el aire o un papel. Se hundió hasta la empuñadura, y Julian se encontró a menos de medio palmo de su rostro, mirándole los ojos escarlata inyectados en sangre.

Annabel apartó los labios en un siseo.

«Pero no tiene los ojos rojos. Los tiene del azul Blackthorn».

Julian saltó hacia atrás, llevándose la espada consigo. La empuñadura estaba empapada de una especie de icor negruzco. El hedor a demonio estaba por todas partes. En algún punto de su cabeza podía oír a Emma llamándolo y diciéndole que algo no iba bien.

—No eres Annabel, eres un demonio.

Annabel comenzó a transformarse. Sus rasgos parecieron derretirse, goteando como cera. Bajo la blanca piel y el cabello oscuro, Julian pudo ver el contorno de un demonio Eidolon a medio formar: grasoso y blanco, como una barra de jabón sucio, marcado por todas partes con cráteres grises. El reluciente vial hecho de cristal tallado aún le colgaba del cuello.

—Conociste a mi hermano —siseó el demonio—. Sabnoch. De Thule.

Julian recordó la sangre. Una iglesia en Cornwall. Emma.

Rápidamente, cogió un cuchillo serafín del cinturón y lo nombró:

—Sariel.

El demonio sonreía. Se lanzó sobre Julian y este le clavó el cuchillo serafín.

No pasó nada.

«No puede ser».

Los cuchillos serafines mataban a los demonios. Siempre, siempre funcionaban. El demonio se arrancó la hoja del costado mientras Julian lo miraba incrédulo. Y Sariel lo atacó, estirándose sobre él. Julian no estaba preparado para ese ataque, e instintivamente alzó un brazo para protegerse...

Una forma oscura se metió entre ellos. Un kelpie, con cascos y fauces afilados como cuchillas, y los dientes de algo parecido al vidrio. El caballo hada se alzó sobre las patas traseras entre Julian y el Eidolon, y Julian reconoció al kelpie al que había salvado de Dane Larkspear.

El kelpie golpeó con fuerza al Eidolon en el pecho, y este cayó hacia atrás. El cuchillo serafín se le cayó de las manos. El kelpie miró a Julian y le guiñó un ojo, luego comenzó a perseguir al demonio, que se había puesto en pie y salía corriendo.

Julian fue a seguirlos. Solo había dado un par de pasos cuando el dolor lo atravesó de repente, abrasador.

Se dobló en dos. El dolor lo recorría por todas partes. La espalda, el pecho... No había ninguna razón, excepto...

Emma.

Se volvió en redondo.

Todo estaba repitiéndose.

Por alguna razón, Emma se hallaba en el suelo, con la parte delantera de la chaqueta llena de sangre. Zara estaba arrodillada sobre ella y parecía que estuvieran peleando. Julian corrió hacia allí, olvidándose del dolor, cada paso como una inmensidad, cada respiración como una vida. Lo único que importaba era llegar hasta Emma.

Al acercarse, vio que Zara estaba inclinada sobre ella, tratando de arrancarle a *Cortana* de la mano manchada de sangre, pero Emma la aferraba con fuerza. Tenía el cuello y el pelo manchados de sangre, pero sus dedos alrededor de *Cortana* no cedían.

Zara alzó la mirada y vio a Julian. Le debió de parecer la muerte con forma humana, porque se puso en pie y salió corriendo hasta desaparecer entre la multitud.

Nadie más parecía haberse dado cuenta de lo que había ocurrido. Un aullido se estaba formando dentro del pecho de Julian. Cayó sobre las rodillas junto a Emma y la cogió en brazos.

Ella estaba inerte, pesada como Livvy le había pesado. Del modo que la gente se siente pesada cuando se relaja y deja de sostenerse. Volvió a Emma hacia sí y su cabeza le cayó sobre el pecho.

La hierba alrededor estaba mojada de sangre. Había tanta sangre...

Todo estaba repitiéndose.

«Livvy, Livvy, mi Livvy —susurraba, acunándola, apartándole febril el cabello empapado en sangre del rostro. Había tanta sangre... En segundos quedó cubierto de ella—. Livia. —Le tembló la mano, cogió la estela con torpeza y se la puso en el brazo».

Se le había caído la espada. Tenía la estela en la mano; recordaba el *iratze* por inercia; el cuerpo le funcionaba sin que la mente tuviera la capacidad de comprender lo que estaba sucediendo.

Emma abrió los ojos. El corazón de Julian le golpeó en el pecho. ¿Estaba funcionando? Quizá sí. Livvy ni siquiera había llegado a mirarlo así. Ya estaba muerta cuando la cogió en el estrado.

Emma clavó la mirada en él. Sus ojos castaños le mantuvieron la mirada como una caricia.

—Está bien —susurró.

Él fue a dibujarle otro *iratze*. El primero se había desvanecido sin dejar rastro.

—Ayúdame —dijo con voz rasposa—. Emma, tenemos que usarlo. El vínculo *parabatai*. Podemos curarte...

—No —repuso ella. Le tocó la mejilla con la mano. Él notó la sangre sobre la piel. Ella aún conservaba el calor, aún estaba viva en sus brazos—. Prefiero morir así que separarme de ti para siempre.

—Por favor, no me dejes, Emma —pidió Julian con voz rota—. Por favor, no me dejes en este mundo sin ti.

Ella consiguió sonreírle.

—Tú has sido lo mejor de mi vida —dijo.

La mano le cayó sin fuerza, los ojos se le cerraron.

Entre la multitud, Julian podía ver a gente corriendo hacia él. Parecía moverse muy despacio, como en un sueño. Helen lo llamaba; Mark corría desesperadamente con Cristina a su lado, llamando a Emma, pero ninguno conseguiría llegar a tiempo, y además, ellos no podrían hacer nada.

Apretó con fuerza la mano de Emma, con tanta fuerza que notó moverse los huesecillos.

«Emma, Emma, vuelve. Emma, podemos hacerlo. Hemos derretido las piedras. Me salvaste la vida. Podemos hacer cualquier cosa que queramos».

Rebuscó entre sus recuerdos: Emma en la playa, mirándolo con la cabeza vuelta hacia atrás y riendo. Emma agarrada a la barra de hierro de la noria de Pacific Park. Emma regalándole un ramo de flácidas flores silvestres que había recogido el día del funeral de la madre de Julian. Él rodeándola con los brazos mientras iban en la motocicleta en Thule. Emma en su vestido claro en el Midnight Theater. Emma tumbada ante el fuego en la casa de Malcolm en Polperro.

Emma.

Ella abrió los ojos. Estaban cargados de fuego, de llamas de oro, bronce y cobre. Movi6 los labios.

—Lo recuerdo —dijo.

Su voz sonaba distante, casi inhumana, como el tañido de una campana. Algo en lo más profundo de Julian se quedó helado de temor y júbilo.

—¿Debo parar? —preguntó.

—No. —Emma había comenzado a sonreír. Sus ojos ya eran puro fuego—. Ardamos.

Él la abrazó con fuerza; el vínculo *parabatai* ardiendo entre ellos, resplandeciendo dorado y blanco. Las puntas del pelo les habían comenzado a arder, al igual que las yemas de los dedos. No había calor ni dolor. Solo fuego, que se alzó para consumirlos en una abrasadora cascada.

* * *

Diego lanzó a Zara al interior de la Configuración de Malachi. Ya había bastantes miembros de la Cohorte dentro, y ella se tambaleó, casi cayendo en su esfuerzo por no chocar contra ellos. La mayoría la miraban con un profundo desagrado. Diego no creía que la hija de Horace fuese muy popular en ese momento.

Ella se volvió para mirarlo rabiosa. No había necesidad de cerrar ninguna puerta, la Configuración retenía a cualquiera que se hallara en su interior, con puerta o sin puerta, pero Diego deseó que la hubiera para dar un portazo.

—Yo consideraría esto como el anuncio de que nuestro compromiso se ha roto —dijo.

Ella retorció el rostro de rabia. Antes de que pudiera decir nada, una columna de fuego blanco se alzó por el este, disparada hacia el cielo. Los gritos resonaron por todo el campo de batalla.

Diego se volvió para ir corriendo hacia allí. Un gorra roja se alzó ante él, con una pica de punta de acero describiendo un brillante arco en el cielo. Un dolor atroz le estalló en la cabeza antes de sumirse en la oscuridad.

* * *

Mark cogió a Cristina de la muñeca y tiró de ella hacia atrás justo cuando una llama blanca estalló como una torre desde el lugar que habían estado ocupando Julian y Emma.

Cristina gritaba el nombre de Emma. Mark la retenía contra él, lo notó tratando de coger aire.

«Julian —pensó ella—. Oh, Dios, no, no Julian».

Y luego: «Esta debe de ser la maldición. Quemarlos vivos... es demasiado cruel...».

—Mira —exclamó Mark.

Unas siluetas brillantes estaban surgiendo del fuego. No Julian y Emma, o al menos, no Julian y Emma como eran antes.

Las llamas se habían alzado diez metros en el aire, y las figuras que surgían de él alcanzaban, al menos, la misma altura. Era como si Julian y Emma hubiesen sido tallados de brillante luz... Sus detalles eran los mismos, sus rasgos y expresiones, incluso *Cortana* al costado de Emma, una espada de fuego celestial del tamaño de un árbol.

—Son gigantes —oyó Cristina decir a alguien. Era Aline, mirando hacia lo alto, boquiabierta de asombro. Helen se cubría la boca con la mano.

—No son gigantes —la corrigió Cristina—. Son nefilim.

«Y en aquellos días había gigantes sobre la tierra, y también después, cuando los ángeles visitaron a las hijas de los hombres y ellas les dieron hijos».

Cristina se estremeció.

—Fueron... los primeros.

Mucha más gente se estaba acercando, de ambos lados de la batalla. Mientras las llamas desaparecían alrededor de Emma y Julian, la negrura del cielo se arremolinó y se quebró; fue como si el fuego celestial hubiera quemado la oscuridad con que Magnus lo había cubierto. Las oscuras nubes comenzaron a dispersarse y desintegrarse.

Aterrorizados, los vampiros corrieron a abandonar el campo, precipitándose hacia el bosque. Fueron más allá de Magnus, que estaba de rodillas, con Ragnor a su lado. Chispas azules le salían de las manos, como si fueran cables eléctricos cortados.

Emma, o la enorme criatura reluciente en que Emma se había convertido, dio un vacilante paso hacia delante. Cristina casi ni podía respirar. Nunca había visto un ángel, pero se imaginaba que así debía de ser estar cerca de uno. Se decía que eran hermosos, terribles y tan imponentes como lo era el cielo: una luz demasiado brillante para los ojos mortales.

Nadie podría sobrevivir a eso, pensó. Ni siquiera Emma.

Julian se hallaba junto a ella; parecían ir ganando confianza al avanzar. No daban pesados pasos como hacían los gigantes, sino que más bien parecían flotar, y tras sus movimientos quedaban estelas de luz.

Cristina oyó gritar a la Cohorte cuando Julian se inclinó y cogió a Horace, como un niño gigante alzando una muñeca. Horace, que había logrado escapar de la batalla escondiéndose detrás de sus seguidores, pateaba el aire y se debatía, su voz era un fino quejido. Cristina solo tuvo un segundo para sentir pena por él antes de que Julian lo cogiera con ambas manos y le partiera la columna en dos.

Lo tiró a un lado como un juguete roto. El silencio que se había instalado en el campo se rompió cuando la gente comenzó a gritar.

* * *

El cuerpo de Horace Dearborn cayó al suelo con un desagradable sonido, a solo unos pasos de Manuel.

«Esto no está pasando. No puede estar pasando».

Manuel, ya en el suelo, comenzó a arrastrarse hacia atrás. Los miembros de la Cohorte atrapados en la Configuración de Malachi comenzaron a gritar. Manuel deseó que se callaran. Necesitaba pensar, y rápido.

La formación religiosa de su infancia, ya aplastada sin compasión, se despertó en su interior. Lo que brillaba en lo alto era el poder de los ángeles, y no ángeles con suaves alitas blancas, sino los oscuros ángeles vengadores que habían cedido su poder para crear a los cazadores de sombras.

«Y aconteció que cierta noche salió el ángel del Señor y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando la gente se levantó por la mañana temprano, solo quedaban los cadáveres, todos muertos».

Pero no tenía sentido. Lo que estaba sucediendo era imposible. La gente no se convertía en enormes gigantes relucientes y caminaba por el campo de batalla librándose de sus enemigos. Eso no podía ser parte de un plan de los Blackthorn y sus aliados. Ningún mortal tenía acceso a un poder así.

La enorme cosa reluciente en que se había convertido Emma bajó una de las manos. Manuel se apretó contra el suelo, pero él no era su objetivo. Cogió al agazapado demonio Eidolon, que había sido el gran truco de Horace, y lo encerró en el puño.

El demonio gritó, un aullido que parecía proceder de los abismos entre los mundos. El contacto con la brillante mano de Emma actuaba como un ácido sobre él. La piel le comenzó a arder y a derretirse; entre gritos, se disolvió y se derramó entre los dedos de Emma como una fina sopa.

«Y cuando la gente se levantó por la mañana temprano, solo quedaban los cadáveres, todos muertos».

Aterrorizado, Manuel se arrastró hasta el cadáver de Horace, que aún goteaba sangre, y se lo colocó encima.

Horace había sido incapaz de proteger a nadie en vida. Quizá fuera diferente una vez muerto.

* * *

«Pero ¿cómo pueden sobrevivir a esto?».

Mark seguía sujetando a Cristina; ninguno de los dos parecía capaz de moverse. Aline y Helen estaban cerca; muchos otros cazadores de sombras permanecían inmóviles en el campo. Mark no podía despegar los ojos de Julian y Emma.

Estaba aterrorizado. No de ellos. Estaba aterrado por ellos. Eran grandes, relucientes y magníficos, y con los ojos inexpresivos de las estatuas. Emma se incorporó después de destruir al Eidolon, y Mark pudo ver una gran fisura que le recorría el brazo donde antes había estado la cicatriz que le había hecho *Cortana*. Las llamas saltaban en su interior, como si estuviera llena de fuego por dentro.

Emma alzó la cabeza. El cabello se le agitó alrededor como rayos dorados.

—¡JINETES DE MANNAN! —bramó, y su voz no era una voz humana en absoluto. Era el sonido de las trompetas, de los truenos resonando por valles vacíos—. ¡JINETES DE MANNAN! ¡VENID Y ENFRENTAOS CON NOSOTROS!

—Pueden hablar —susurró Cristina.

«Bien. Quizá así atiendan a razones. Quizá».

—¡Emma! —los llamó Mark—. ¡Julian! ¡Estamos aquí! ¡Escuchadnos, estamos aquí!

Emma no pareció oírlo. Julian miró hacia abajo sin mostrar ningún reconocimiento. Como un mundano mirando un hormiguero. Aunque no había nada de mundano en él.

Mark se preguntó si invocar a un ángel habría sido así para Clary, para Simon.

Hubo un revuelo entre la gente. Los jinetes avanzaban por el campo. Su brillo bronceo los envolvía, y Mark recordó a Kieran susurrándoles historias de los jinetes, que dormían bajo una colina hasta que el rey noseelie los llamaba para que salieran a cazar.

Ethna echó hacia atrás la cabeza, y su cabello de bronce le cayó por los hombros.

—¡Somos los jinetes de Mannan! —gritó—. ¡Nosotros matamos al Firbolg! ¡No nos atemorizan los gigantes!

Se lanzó hacia arriba y Delan la siguió. Cortaron el aire como pájaros de bronce, con las espadas en ristre.

Emma estiró el brazo casi perezosamente y agarró a Ethna en su vuelo. La destrozó como si fuera un pañuelo de papel, aplastando la armadura de bronce y quebrándole la espada. Julian cogió a Delan y lo lanzó con tal fuerza que abrió un surco en la tierra; se deslizó a lo largo del campo y se quedó inmóvil.

Los otros jinetes no escaparon. Mark sabía que no estaba en ellos el escapar. No reaccionaron. Habían perdido la capacidad de reaccionar. Todos intentaron luchar, y todos acabaron siendo aplastados o rotos y devueltos en pedazos a la tierra impregnándola con su sangre.

Julian fue el primero en apartarse de ellos. Alargó una resplandeciente mano hacia la Configuración de Malachi y la desmontó, enviando las barras destellantes por los aires.

Los gritos de la Cohorte formaban un colosal estruendo. Cristina se apartó de Mark y corrió hacia Emma y Julian.

—¡No! —gritó—. ¡Emma! ¡Jules! ¡Son prisioneros! ¡No pueden hacernos daño!

Helen corrió hacia ellos con las manos abiertas.

—¡La batalla ha acabado! —gritó—. Hemos ganado, ¡ya podéis parar! ¡Habéis matado a los jinetes! ¡Podéis parar!

Ni Julian ni Emma parecieron oírlos. Con un gesto elegante, Emma alzó a un miembro de la Cohorte de entre el grupo que gritaba y lo lanzó a un lado. Este gritó por el aire, hasta que sus alaridos se acallaron cuando impactó contra el suelo con un ruido de huesos rotos.

Mark había dejado de preocuparse por si Emma y Julian podrían sobrevivir a esto. Comenzó a preocuparse por si alguno de ellos sobreviviría a Emma y a Julian.

* * *

Dru se hallaba dentro de las puertas de la ciudad y miraba hacia los Campos Imperecederos.

Nunca había visto una batalla así. Estuvo en la sala de los Acuerdos durante la Guerra Oscura y vio muerte y sangre, pero la escala de esta contienda, el caos tan difícil de asimilar, la deslumbrante velocidad de la lucha, hacían que fuera casi imposible de entender. Tampoco la ayudaba el estar demasiado lejos para captar los detalles. Vio llegar a los jinetes de bronce y sintió terror; los vio caer entre los combatientes, pero no lo que pasó luego con ellos. De vez en cuando veía una figura borrosa de un hombre o una mujer caer en el campo, y se preguntaba: «¿Será Mark? ¿Será Emma?».

La náusea del miedo se le había instalado en el estómago y no quería moverse.

Durante la última hora, los heridos habían estado cruzando la puerta, algunos iban caminando, otros eran transportados por sus compañeros. Los Hermanos Silenciosos avanzaban en remolinos de túnicas color hueso para llevar tanto a los de la Cohorte como a los cazadores de sombras a la Basílica para curarlos. En cierto momento, Jem Carstairs cruzó la puerta portando el cuerpo inconsciente de Kit.

Iba a echar a correr hacia ellos, pero se detuvo cuando vio a Tessa Gray entre el montón de Hermanos Silenciosos, junto a Catarina Loss. Ambas tenían sangre en la ropa y resultaba evidente que habían estado tratando a los heridos.

Dru quería ir con Kit. Era su amigo y significaba mucho para Ty. Pero se quedó atrás, temiendo que los adultos como Jem y Tessa le insistirían en que regresara a casa de Amatis y se alejara de la puerta, su única ventana a su familia. Así que se quedó entre las sombras mientras Tessa y Catarina colocaban a Kit en una camilla.

Jem y Catarina cogieron los extremos de la camilla. Antes de que comenzaran a subir la colina hacia la Basiliad, Tessa se inclinó y besó suavemente a Kit en la frente. Eso alivió un poco el nudo que Dru tenía en el pecho; Kit estaba herido, pero al menos cuidarían de él personas que lo querían.

Más heridos fueron entrando, y las heridas eran peores a medida que la batalla se recrudecía. Trajeron a Beatriz Mendoza, sollozando deshecha. No tenía ninguna herida visible, pero Dru sabía que su *parabatai*, Julie, había sido el primer nefilim muerto en el combate. Dru quería apartarle el rostro a Tavvy para que no viera todo eso. No era costumbre entre los cazadores de sombras proteger a los niños de los resultados de una batalla, pero Dru no podía evitar pensar en sus pesadillas, en los años de oírlo gritando en la oscuridad.

—Tavvy —dijo finalmente—. No mires.

Él la cogió de la mano, pero no volvió la cabeza. Contemplaba la batalla con una expresión intensa, pero no asustado.

Fue el primero en ver a los gigantes, y los señaló.

La primera reacción de Dru fue pensar si eso sería parte del plan de Julian. Vio el fuego crecer hasta el cielo y luego dos enormes figuras caminando por el campo. Una sensación maravillosa se apoderó de ella, impresionada ante la belleza de aquella imagen, la misma emoción que sentía de pequeña mirando las ilustraciones de Raziel.

Recorrió el campo con la mirada, ansiosa: la luz blanca estaba traspasando el cielo. Las nubes se quebraban y desaparecían. Dru oyó gritos, y vio a los oscuros vampiros corriendo para huir hacia las sombras de Brocelind. La mayoría logró llegar. Pero mientras las nubes se apartaban y el mortecino sol caía clavándose como un cuchillo, Dru vio un vampiro, más lento que el resto, que justo en el límite del bosque se topó con una mancha de luz solar. Se oyó un grito y estalló en una deflagración.

Dru apartó la mirada de las llamas.

«Este no puede ser el plan de Julian».

Tavvy le tiró de la mano.

—Tenemos que ir —dijo—. Tenemos que ir con Emma y Jules.

Ella lo cogió con más fuerza.

—Es una batalla..., no podemos salir ahí.

—Tenemos que ir. —Había urgencia en su tono—. Jules y Emma nos necesitan.

—¡Dru! —Un grito la hizo alzar la vista. Dos personas estaban cruzando la puerta. Una era Jaime. Al verlo, el corazón de Dru dio un brinco: estaba vivo. Polvoriento y arañado, con el traje de combate muy sucio, pero vivo y con los ojos brillantes y sonrojado por el esfuerzo. Ayudaba a Cameron Ashdown, que se apoyaba en él con un brazo sobre su hombro. Parecía estar sangrando de una herida en el costado.

—¡Cameron! —Dru corrió hacia ellos, arrastrando a Tavvy consigo—. ¿Estás bien?

Cameron medio agitó la mano para saludarla.

—Vanessa me hirió. Tenía algún tipo de cosa de demonios en la hoja. —Hizo una mueca de dolor.

—¿Tu prima te ha herido? —preguntó Dru. Sabía que los Ashdown estaban divididos políticamente, pero para ella, la familia era la familia.

—Las comidas de celebración familiares resultarán muy incómodas de aquí en adelante —dijo Jaime. Le dio una palmada en la espalda al otro chico mientras un Hermano Silencioso cogía a Cameron y se lo llevaba a la Basílicas.

Jaime se pasó una sucia mano por la frente.

—Vosotros dos deberíais alejaros más de la batalla —dijo—. ¿Nadie os ha dicho que no os quedéis en la puerta?

—Si no estamos en la puerta, no vemos nada —señaló Dru—. ¿Esos... en el campo... son realmente Jules y Emma?

Jaime asintió. A Dru se le cayó el alma a los pies. Parte de ella había confiado en que solo sería alguna terrible ilusión óptica.

—No entiendo lo que está pasando —dijo alzando la voz—. ¿Es un plan de Julian? ¿Sabes algo de esto?

—Creo que no es ningún plan —contestó Jaime—. Parecen estar totalmente fuera de control.

—¿Se los puede detener?

—Han matado a los jinetes de Mannan —contestó Jaime a regañadientes—. Ahora los soldados están tratando de formar un muro de cuerpos para proteger la ciudad de ellos. Todos los niños están aquí. —Señaló la ciudad. Dru pensó en Max y Rafe con Maryse. El corazón pareció detenerse por un segundo—. No sé qué va a ocurrir. —Jaime pasó la mirada de ella a Tavvy—. Venid conmigo —dijo de repente—. Os puedo llevar al bosque.

Dru vaciló.

—No podemos alejarnos de ellos. Tenemos que ir con Jules y Emma —replicó Tavvy con firmeza.

—Es peligroso... —comenzó Jaime.

—Tavvy tiene razón. Tenemos que ir. —Dru se miró la runa incompleta que tenía dibujada en el antebrazo. Recordó a Julian dibujándosela el día anterior; parecía hacer una eternidad—. No tienes por qué ayudarnos.

Jaime suspiró y sacó la ballesta de la funda que le colgaba a la espalda.

—Yo os cubro.

Dru estaba a punto de seguir a Jaime por la puerta cuando Tavvy la tocó. Ella lo miró y vio que le estaba tendiendo la estela.

—No te olvides —dijo.

Dru soltó aire; casi se había olvidado. Dru se puso la punta de la estela en el brazo y comenzó a completar la runa de familias.

* * *

Kieran estaba rodeado del ejército noseelie, de treinta hadas de fondo. Pero no le gustaba, porque no podía ver ni a Mark ni a Cristina por encima de la masa de gente, ni tampoco podía controlar bien a *Windspear*, que se alzaba sobre los cuartos traseros y relinchaba bajo él. Al caballo no le gustaban ni las multitudes ni los gigantes, y en ese momento los tenía a ambos demasiado cerca.

Winter estaba al lado de Kieran. Se había pegado a él como una lapa durante toda la batalla, lo que Kieran encontró tan admirable como sorprendente. No estaba acostumbrado a tanta lealtad.

—La gente ha venido a ti, mi señor —dijo Winter—. ¿Cuáles son tus órdenes para ellos?

«¿Órdenes para ellos?», pensó Kieran frenético. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Por eso quiso que Adaon fuera el rey, pero este estaba prisionero en la corte seelie. ¿Qué diría Adaon sobre un ejército de hadas atrapado en un campo con un par de gigantes medio ángeles fuera de control?

—¿Por qué no corren hacia el bosque? —preguntó Kieran. El bosque era donde las hadas se sentían como en casa, lleno de cosas naturales, agua y árboles. Desde hacía mucho tiempo había hadas en el bosque de Brocelind.

—Por desgracia, los bosques están llenos de vampiros —contestó Winter tristemente.

—¡Los vampiros son nuestros aliados! —gritó Kieran, agarrando la crin de *Windspear* cuando el caballo se encabritó.

—Nadie se lo cree —repuso Winter.

«Por todos los dioses de la luz y la oscuridad». Kieran sentía el impulso de gritar y romper algo. *Windspear* volvió a alzarse, y esta vez Kieran captó a alguien conocido: Mark. Lo reconocería en cualquier parte... y Cristina estaba a su lado. Dio las gracias en silencio. «¿Qué me dirían ellos que hiciera?». Pensó en la generosidad de Mark y en la amabilidad de Cristina. Ellos pensarían primero en los soldados.

—Tenemos que sacar a nuestra gente de este campo —dijo Kieran—. No pueden luchar contra ángeles. Nadie puede. ¿Cómo llegasteis aquí?

—Oban abrió una puerta —contestó Winter—. Puedes hacer lo mismo, señor. Abre una puerta a Feéra. Como rey, puedes hacerlo. Extiéndete hacia tu tierra y ella vendrá a ti.

«Si el maldito borracho de Oban lo hizo, yo también puedo hacerlo», pensó Kieran. Pero eso no servía de mucho. Tenía que extenderse hacia su tierra, un lugar que había maldecido muchas veces, y confiar en que ella fuera hacia él.

Bajó del lomo de *Windspear* mientras el caballo se quedaba quieto bajo él. Recordó a Mark diciendo: «No olvidaré la belleza de Feéra ni tú tampoco. Pero no llegará a eso».

Y recordó lo que él mismo había dicho al pensar que Feéra estaba amenazada.

«El modo en que el agua cae azul como hielo sobre las cataratas Branwen. El sonido de la música y el sabor del vino. El cabello de miel de las sirenas en los arroyos, el destello de los fuegos fatuos entre las sombras de los densos bosques».

Kieran respiró hondo.

«Déjame pasar —pensó—. Déjame pasar, tierra mía, porque yo te pertenezco. Me uniré a ti como los reyes de Feéra ha tiempo hacen, y florecerás cuando yo florezca. No portaré ninguna peste a tus costas, ni sangre que marchite las flores en los campos, sino solo paz y un camino agradable que se alce hacia las colinas verdes».

—Mi señor —dijo Winter.

Kieran abrió los ojos y vio que la loma baja que tenía ante sí había comenzado a separarse. A través de la abertura, podía ver la gran torre noseelie alzándose en la distancia, y los tranquilos campos que la rodeaban.

Varias de las hadas más cercanas lanzaron vítores. Comenzaron a correr por la abertura incluso antes de que esta dejara de ensancharse. Kieran podía verlos salir al otro lado; algunos se dejaban caer de rodillas de gratitud y alivio.

—Winter —dijo con voz temblorosa—, Winter, haz que todos pasen por la puerta. Llévalos a la seguridad.

—¿Todas las hadas? —preguntó Winter.

—Todo el mundo —respondió Kieran, mirando con severidad a su primero al mando—. Cazadores de sombras. Brujos. Cualquiera que busque santuario.

—¿Y tú, mi señor? —inquirió Winter.

—Debo ir con Mark y Cristina.

Por primera vez, Winter pareció rebelarse.

—Debes abandonar a tus amigos mortales, señor.

Winter era un gorra roja, con un juramento de sangre de proteger al rey y a su descendencia. Kieran no podía enfadarse con él; sin embargo debía hacérselo entender. Buscó las palabras adecuadas.

—Eres mi leal guardia, Winter. Pero igual que tú me guardas, también debes guardar a lo que más amo, y Mark Blackthorn y Cristina Rosales son lo que más amo en este mundo y en todos los demás.

—Pero tu vida... —replicó Winter.

—Winter —repuso Kieran rotundo—. Sé que ninguno puede ser mi consorte. Pero sin ellos, moriría.

Cada vez más hadas atravesaban la puerta hacia las Tierras Imperecederas. Y con ellos había también otros: unos cuantos brujos, incluso una manada de licántropos.

Winter apretó el mentón.

—Entonces, te guardaré las espaldas.

* * *

Helen tenía la sensación de hallarse en medio de un río cuya corriente iba en ambas direcciones al mismo tiempo.

Las hadas corrían hacia un montículo en la parte este del campo. Los cazadores de sombras lo hacían en la dirección contraria, hacia la ciudad de Alacante, seguramente para esconderse detrás de sus muros. Aline había salido a toda prisa a investigar, prometiéndole que volvería enseguida.

Algunos seguían allí desorientados. La Cohorte parecía estar corriendo en círculos, sin querer unirse ni a las hadas que escapaban ni a sus compañeros cazadores de sombras. Helen permaneció cerca de donde se hallaban sus conocidos: Kadir y Jia ayudaban a los heridos, Simon e Isabelle estaban hablando con Hypatia Vex y Kwasi Bediako, y Jace y Clary marchaban con

otro grupo, que incluía a Rayan y Divya, para colocarse entre Emma y Julian y los prisioneros de la Cohorte.

—¡Helen! —Aline regresaba trotando—. No vamos a huir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Helen.

—Los cazadores de sombras protegerán la ciudad en caso de que los gigantes... en caso de que Emma y Julian vayan hacia allí. Está llena de críos y ancianos. Y además —añadió—, los cazadores de sombras protegeremos Alacante. Es lo que hacemos.

Hablaba como una digna hija de la Cónsul.

—Pero Emma y Julian nunca... Ellos nunca... —protestó Helen.

—No sabemos lo que van a hacer —repuso Aline con suavidad.

En ese momento, Hypatia Vex y Kwasi Bediako pasaron a toda prisa ante ellas. Corrían hacia la pisoteada hierba donde se hallaban Emma y Julian, y Kwasi extendió las manos mientras Hypatia le colocaba las suyas abiertas sobre los hombros. Una ondeante red dorada saltó en el aire hacia Emma y Jules; los cubrió como una fina telaraña, pero Helen sabía que estaba hecha de algo mucho más fuerte.

Emma empujó la red con una enorme mano brillante, sin embargo esta resistió. Kwasi respiraba aceleradamente, pero Hypatia lo estabilizó.

—¡Hacedlo ahora! —gritó Martin Gladstone—. ¡Ahora! ¡Traed aquí a los Blackthorn! ¡Enseñad a esos monstruos lo que le pasará a su familia si no se detienen!

La Cohorte gritó animándose. Helen oyó a Zara chillar que tenían que hacerlo, que tenían el derecho a defenderse.

Aline se puso ante Helen.

—¡Esa cabrona! —exclamó furiosa.

Julian atravesó con un dedo curvado el material de la brillante red y lo rompió. La red cayó, deshaciéndose, y Julian se inclinó para coger a Gladstone.

Con un gesto de los dedos, le partió el cuello.

Julian y Emma fueron hacia los otros miembros de la Cohorte, que había comenzado a correr en todas direcciones. Emma fue a por Zara...

Y Jace se interpuso entre ellas, entre la brillante mano de Emma y el cuerpo de Zara, que intentaba escapar. Jace tenía la Espada Mortal envainada a la espalda; estaba desarmado. Echó la cabeza hacia atrás y gritó con fuerza:

—¡Parad! ¡Emma, Julian! ¡La batalla ha acabado! ¡Parad!

Inexpresiva como la estatua de un ángel vengador, Emma apartó a Jace de un manotazo. Este voló varios metros y cayó al suelo con un feo crujido de

huesos.

«Levántate, levántate —rogó Helen—. Levántate, Jace».

Pero no lo hizo.

* * *

Dru nunca había usado antes la runa de familias, y la sensación resultaba extraña.

Se sentía arrastrada hacia sus hermanos de un modo que no podría definir. Era como si tuviera algo atado alrededor de las vértebras de la columna, lo que era bastante asqueroso pero interesante, y tirara de ella hacia su punto de destino. Le habían descrito la sensación de usar runas de rastreo, y supuso que esto no sería muy diferente.

Dejó que el tirón la guiara, y corrió siguiéndolo, agarrando a Tavvy con fuerza de la muñeca. Se mantenían en los límites del campo de batalla, con Jaime a su lado con la ballesta apuntando a cualquiera que se fuera a acercar.

Dru intentaba no mirar hacia el campo, a Emma y a Julian. Era como mirar una columna de fuego un momento y a unos terribles monstruos al siguiente.

Se oyó un roce en lo alto y Ty saltó del roble. Dru dejó escapar un grito ahogado de sorpresa, y luego otro cuando Este fue directo hacia ella y la abrazó con fuerza.

La soltó con el ceño fruncido.

—¿Por qué estás aquí? Deberías estar en la ciudad. Y Tavvy también. — Se volvió hacia Jaime—. Es peligroso.

—Sí —repuso Jaime—. Soy perfectamente consciente de ello.

—Tú estás aquí —replicó Dru.

—Estaba subido a un árbol —puntualizó Ty, como si eso, de alguna manera, lo hiciera mejor.

Antes de que Dru pudiera iniciar una discusión fraternal sobre ese tema, Helen llegó hasta ellos. Aline la seguía de cerca.

—¡Dru! ¡Tavvy! —Helen se acercó a los dos y fue a coger a Tavvy; Dru se fijó en que este le abría los brazos automáticamente, algo que hasta entonces solo había hecho con Julian. Helen lo alzó y lo abrazó con fuerza—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Dru, has empleado la runa de familias a propósito?

—¡Claro que sí! —respondió Dru—. Tenía que venir aquí, al campo. Tenemos que detener a Emma y a Jules. Tenemos que llevarlos... Hacer que

vuelvan a ser ellos.

—Lo estamos intentando —replicó Helen mientras dejaba a Tavvy en el suelo—. ¿Acaso crees que no lo estamos intentando?

Dru quiso rechinar los dientes. ¿Por qué Helen no la escuchaba? Pensaba que las cosas iban mejor, pero necesitaba tanto que su hermana la escuchara que notaba hasta un nudo en la garganta.

Ella sabía lo que tenían que hacer. Lo veía tan claro... ¿Cómo era posible que el resto no se diera cuenta?

Notó un tirón en el brazo, donde estaba la runa, y entonces llegó Mark corriendo, con Cristina a su lado.

—¡Dru! Nos has llamado... —Vio a Ty y sonrió encantado—. Te he estado observando con tu honda —le dijo—. Tu mano es certera, hermanito.

—No lo animes, Mark —replicó Helen—. Se suponía que debía quedarse en el campamento.

—Mirad —los interrumpió Dru—. Sé que no parece tener mucho sentido. Pero si nos acercamos todos juntos a Emma y a Jules, si vamos hasta ellos y les hablamos, podremos hacer que nos escuchen. Tenemos que intentarlo. Si nosotros no podemos, nadie podrá, y entonces todo el mundo corre peligro.

Helen meneó la cabeza.

—Pero ¿por qué ha pasado esto?

Cristina y Mark intercambiaron una mirada que Dru no pudo descifrar.

—Creo que puede ser por el vínculo de *parabatai* —contestó Cristina.

—¿Porque Emma estaba a punto de morir? —preguntó Aline, perpleja.

—No lo sé —respondió Cristina—. Solo puedo suponerlo. Hay fuego celestial ardiendo en su interior. Y ningún ser mortal puede sobrevivir a eso durante mucho tiempo.

—Acercarnos a ellos es demasiado peligroso —intervino Mark—. Tendremos que confiar en Emma y en Julian. Confiar en que puedan acabar con esto por sí mismos.

Hubo un largo silencio. Jaime observó impasible mientras los Blackthorn y sus allegados permanecían en la quietud de un intenso silencio.

—No —dijo Helen finalmente, y el corazón se le cayó a los pies a Dru. Helen alzó los ojos, ardiente azul Blackthorn en medio de un cara sucia—. Dru tiene razón. Tenemos que ir. —Miró a Dru—. Tienes razón, cariño.

—Y yo estaré con vosotros —le dijo Jaime a Dru.

Esta se alegró de que los acompañara, y todos los Blackthorn comenzaron a avanzar juntos. Pero no estaba pensando en Jaime cuando se adentraban en el corazón de la batalla. Pensaba en su hermana.

«Helen ha creído en mí. Helen me ha entendido».

De repente, Jaime se irguió.

—¡Diego! —exclamó, y luego soltó un torrente de palabras en mexicano.

Dru y Helen se volvieron hacia donde él miraba. Dru tragó con fuerza.

No lejos de allí, un gorra roja arrastraba el cuerpo inerte de Diego. Al menos, Dru supuso que era Diego: su ropa le resultaba conocida, igual que la mata de pelo oscuro. Pero el rostro estaba totalmente cubierto de sangre.

Helen tocó a Jaime en el hombro.

—Ve con tu hermano —le dijo—. Date prisa. Nosotros estamos bien.

Jaime salió corriendo.

* * *

Jace estaba despierto. Parpadeaba y comenzaba a incorporarse cuando Clary llegó junto a él. No supo si echarse en sus brazos o darle una torta por asustarla.

Optó por dibujarle un *iratze* en el brazo. Parecía funcionar bien, el largo arañazo sangriento de la mejilla ya se le había curado. Estaba medio incorporado, apoyado en Clary para recuperar el aliento, cuando Alec llegó corriendo y se arrodilló junto a ellos.

—¿Estás bien, *parabatai*? —preguntó, mirándole el rostro a Jace con ansiedad.

—Prométeme que no volverás a hacer eso —dijo Clary.

—Te prometo que nunca más me pondré entre Zara Dearborn y una depredadora mano gigante —le aseguró Jace—. Alec, ¿qué está ocurriendo? Has estado por ahí...

—Julian y Emma acaban de lanzar a Vanessa Ashdown desde unos siete metros de altura —explicó Alec—. Creo que Emma está furiosa de que haya herido a Cameron, aunque no te podría decir por qué.

Clary miró a Emma y a Julian. Se hallaban muy quietos, mirando hacia abajo, a la Cohorte, como decidiendo qué hacer con ellos. De vez en cuando, algún miembro del grupo intentaba escapar corriendo, y Emma o Julian se movían para atraparlo de nuevo.

Era casi como un juego, pero los ángeles no jugaban. Clary no pudo evitar recordar a Raziel alzándose del lago Lyn. No mucha gente había visto a un ángel. No mucha gente había mirado los fríos ojos del cielo, con su indiferencia hacia las mezquinas preocupaciones mortales. ¿Sentirían Emma y

Julian parte de esa indiferencia, esa falta de interés que no era crueldad sino algo más extraño y superior, algo totalmente no humano?

De repente, Emma se estremeció y cayó sobre una rodilla. Clary la miró impresionada mientras la Cohorte aullaba y salía corriendo, pero Emma no hizo ningún movimiento hacia ellos.

Julian, a su lado, extendió una brillante mano para ayudarla a levantarse.

—Están muriendo —dijo Jace a media voz.

Alec parecía perplejo.

—¿Qué?

—Son nefilim, auténticos nefilim —contestó Jace—. Los monstruos que antaño recorrían la Tierra. Tienen el fuego celestial en su interior, que les cede su energía en todo lo que hacen. Pero es demasiado poderoso. Su cuerpo mortal se consumirá. Probablemente estén sufriendo mucho.

Se puso en pie.

—Tenemos que detenerlos. Si enloquecen de dolor, quién sabe lo que podrían llegar a hacer.

Emma comenzó a avanzar hacia la ciudad. Clary vio a Isabelle y Simon correr hacia la barricada de cazadores de sombras que se alzaba entre Emma y Julian y la ciudad de Alacante.

—Detenerlos ¿cómo? —preguntó Alec.

Con una mirada torva, Jace desenvainó la Espada Mortal. Antes de que pudiera moverse, Clary le puso una mano en el hombro.

—Espera —dijo—. Mira.

No muy lejos, un pequeño grupo caminaba decidido hacia los brillantes y monstruosos Emma y Julian. Helen Blackthorn con todos sus hermanos detrás: Mark, Tiberius, Drusilla y Octavian. Avanzaban juntos en una fila compacta y firme.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Alec.

—Lo único que pueden hacer —respondió Clary.

Lentamente, Jace bajó la Espada Mortal.

—Por el Ángel —dijo, respirando hondo—. Esos niños...

* * *

—Diego. Despierta, hermano. Por favor, despierta.

Solo había oscuridad, interrumpida por brillantes chispas de dolor. Y en ese momento, también la voz de Jaime. Diego quería quedarse en la oscuridad

y el silencio. Para descansar donde el dolor se mantenía a cierta distancia, en el mundo silencioso.

Pero la voz de su hermano era insistente, y desde la infancia, Diego parecía estar entrenado para responder a ella. Para levantarse de la cama cuando su hermano lloraba, para correr a ayudarlo cuando se caía.

Abrió lentamente los ojos. Los notaba pegajosos. Le ardía la cara. Sobre él había un cielo oscuro de nubes arremolinadas y Jaime, con una expresión claramente desesperada. Estaba de rodillas, con la ballesta a su lado; a poca distancia, un gorra roja yacía muerto con una flecha saliéndole del pecho.

Jaime apretaba una estela en la mano. Le apartó a Diego el cabello del rostro; cuando alejó la mano, estaba roja de sangre.

—Quédate quieto —le dijo—. Te he dibujado varios *iratzes*.

—Debo levantarme —susurró Diego—. Tengo que luchar.

Los oscuros ojos de Jaime destellaron.

—Tienes la cara abierta, Diego. Has perdido un montón de sangre. No puedes ponerte en pie. No te lo permitiré.

—Jaime...

—En el pasado, tú siempre me has curado —replicó este—. Déjame ser yo quien te cure hoy a ti.

Diego tosió. Tenía la boca y la garganta llenas de sangre.

—¿Cuántas... cuántas cicatrices me van a quedar?

Jaime le cogió de la mano, y entonces Diego supo que la herida era realmente mala. Le rogó a Jaime en silencio que no le mintiera o le tuviera lástima.

La sonrisa de Jaime fue lenta y torcida.

—Digamos que ahora yo seré el guapo de la familia —contestó—. Pero, al menos, seguirás siendo muy musculoso.

Diego se atragantó con una carcajada, con el sabor de la sangre, con lo extraño que resultaba todo. Entrelazó los dedos con los de su hermano y aguantó firmemente.

* * *

El paseo por el campo parecía irreal.

Mientras los hermanos se acercaban a Emma y a Julian, otros cazadores de sombras se les aproximaron, a veces perplejos, a veces casi avergonzados. Dru sabía que creían que el grupo caminaba hacia una muerte cierta. Algunos

gritaron que debían dejar a Tavvy atrás, pero él se acercó más a los suyos, negando con la cabeza.

Ya era evidente que Emma y Julian avanzaban hacia la ciudad. Se movían como sombras resplandecientes, acortando la distancia que los separaba de la barricada de cazadores de sombras que se interponía entre ellos y Alacante.

—Tenemos que alcanzarlos —masculló Dru, pero la gente frente a ellos estaba formando otra especie de barricada. Vio a cazadores de sombras que conocía: Anush y Divya Joshi, Luana Carvalho, Kadir Safar; e incluso a algunos subterráneos, Bat Velasquez y Kwasi Bediako entre ellos. Les gritaban que no se acercaran a Emma y a Julian, que era muy peligroso.

Dru miró a los otros, angustiada.

—¿Qué hacemos?

—No puedo dispararles dardos élficos —repuso Mark—. Su intención es buena.

—¡Claro que no! —Helen parecía horrorizada—. ¡Por favor! —gritó—. ¡Dejadnos pasar!

Pero su voz se perdió entre el estruendo de la multitud, que los empujaba hacia atrás, lejos de la ciudad, lejos de Emma y Jules. Dru comenzó a sentir pánico cuando oyó el ruido de cascos que resonaban como un trueno.

Los cazadores de sombras retrocedieron a regañadientes cuando *Windspear*, con Kieran sobre él, apartó a la multitud. Tenía el lomo cubierto de sudor; era evidente que había atravesado al galope todo el campo. Los ojos asustados de Kieran recorrieron el grupo hasta que encontraron a Mark, y luego, detrás, a Cristina.

Los tres intercambiaron una rápida y elocuente mirada. Mark alzó las manos, como si quisiera alcanzar al nuevo rey noseelie.

—¡Kieran! —gritó—. ¡Ayúdanos! ¡Tenemos que llegar hasta Emma y Julian!

Dru esperaba que Kieran dijera que era demasiado peligroso. Imposible. Pero en vez de eso, se inclinó sobre el cuello de *Windspear* y le susurró algo.

Un instante después, el cielo se oscureció con formas que volaban. Había llegado la Cacería Salvaje. Tanto los cazadores de sombras como los subterráneos corrieron en desbandada cuando la Cacería pasó volando bajo. De repente, los Blackthorn podían seguir avanzando, y caminaron lo más rápido posible hacia Emma y Julian, que casi estaban ya sobre la línea de cazadores de sombras de la barricada.

Al pasar, Dru agitó la mano saludando a Diana y a Gwyn, que se habían separado de la Cacería Salvaje y estaban aterrizando junto a los Blackthorn.

Diana le sonrió y se puso una mano sobre el corazón.

Dru fijó los ojos en su objetivo. Ya casi estaban, Kieran se les había unido. La corona noseelie le brillaba sobre la frente, pero su atención estaba fija en proteger a los Blackthorn. Con *Windspear* encabritándose, mantenía a raya a la multitud por un lado, mientras que Gwyn y Diana hacían lo mismo por el otro.

Llegaron a la parte llana del campo. Ya estaban muy cerca, lo suficiente para que los rostros de Emma y Julian fueran dos manchas relucientes. Era como, en el bosque, mirar árboles de los que no alcanzabas a ver la copa.

Dru respiró hondo.

—Muy bien —dijo—. Ahora solo nosotros. Solo los Blackthorn.

Todos se detuvieron.

Mark apretó la frente contra la de Cristina, con los ojos cerrados, antes de ayudarla a subir sobre *Windspear*, junto a Kieran. Este le apretó la mano a Mark con fuerza y rodeó a Cristina con el brazo como para decirle que cuidaría de ella. Aline besó a Helen y fue junto a su madre, que se hallaba entre la multitud. Todos los contemplaron, un grupo pequeño y preocupado, mientras los Blackthorn cerraban la distancia entre ellos y Emma y Julian.

Se detuvieron a unos pocos metros de los gigantes. Por un momento, la seguridad que había llevado a Dru hasta ese instante le falló. Había pensado en llegar hasta allí, pero no en lo que haría cuando llegaran.

Fue Tavvy el que avanzó primero.

—¡Jules! —gritó—. ¡Emma! ¡Estamos aquí!

Y por fin, Emma y Julian reaccionaron.

Dieron la espalda a la ciudad y miraron hacia abajo, a los Blackthorn. Dru echó la cabeza hacia atrás. Podía verles el rostro. No tenían ninguna expresión. No había ninguna señal de reconocimiento en sus ardientes ojos.

—No podemos decirles solo que paren —dijo Mark—. Todos han intentado ya eso.

Tavvy avanzó un poco más. Los ojos de los gigantes lo siguieron como enormes lámparas, brillantes e inhumanos.

Dru deseó poder agarrarlo y hacerlo retroceder.

—¿Jules? —dijo Tavvy, y su voz era pequeña y baja, y se le clavó a Drusilla en el corazón.

Respiró hondo. Si Tavvy podía acercárseles, también podría ella. Se puso detrás de su hermano menor y echó los hombros hacia atrás hasta que se quedó mirando directamente a Emma y a Julian. Era como mirar al sol; los ojos le picaban, pero los mantuvo abiertos.

—¡Emma! —gritó—. ¡Julian! Soy Dru... Drusilla. Mirad, todos os están diciendo que paréis porque ya hemos ganado la batalla, pero yo no estoy aquí para deciros eso. Estoy aquí para deciros que paréis porque os queremos. Os necesitamos. Volved con nosotros.

Ni Emma ni Julian se movieron o cambiaron de expresión. Dru siguió hablando, con las mejillas ardiéndole.

—No nos dejéis —insistió—. ¿Quién verá películas de terror conmigo, Julian, si tú no estás? ¿Quién entrenará conmigo, Emma, y me mostrará todo lo que hago mal y cómo mejorar?

Algo se movió detrás de Dru. Helen se había puesto a su lado. Extendió las manos como si pudiera tocar las brillantes formas que tenía frente a ella.

—Julian —gritó—. Criaste a nuestros hermanos y hermanas cuando yo no pude. Sacrificaste tu infancia para mantener unida a la familia. Y Emma. Tú cuidaste de esta familia cuando yo no podía. Si ambos me dejáis ahora, ¿cómo voy a tener la oportunidad de compensaros por todo ello?

Julian y Emma seguían sin expresión, pero Emma inclinó un poco la cabeza, casi como si estuviera escuchando.

Mark avanzó y puso su delgada mano en el hombro de Dru. Echó la cabeza hacia atrás.

—Julian —gritó—. Tú me enseñaste cómo volver a ser parte de una familia. Me diste esperanza cuando estaba perdido. —Se mantuvo recto como un dardo élfico, mirando hacia el cielo—. Volved con nosotros.

Julian se movió. Fue un movimiento minúsculo, pero Dru notó que el corazón le daba una sacudida. Quizá... quizá...

Ty avanzó también, con el traje de combate lleno de polvo y rasgado donde se lo había enganchado con la corteza del árbol. El pelo negro le caía en mechones sobre el rostro. Se lo apartó antes de hablar.

—Hemos perdido a Livvy. La... la hemos perdido.

Dru notó lágrimas pugnando por salir en el fondo de los ojos. Había algo en el tono de Ty que hacía parecer como si fuera la primera vez que se diera cuenta de la irrevocabilidad de la muerte de Livvy.

Las lágrimas brillaban en las pestañas de Ty cuando alzó la mirada.

—No podemos perderos a vosotros también. Acabaremos... acabaremos rotos. Julian, tú me enseñaste lo que significaban todas las palabras que yo no entendía, y Emma, tú espantaste a todos los que eran malos conmigo. ¿Quién me enseñará y me protegerá si no volvéis a ser vosotros como antes?

Se oyó un golpe atronador. Julian había caído de rodillas. Dru disimuló un grito ahogado; parecía más pequeño que antes, aunque aún era enorme. Podía

ver fisuras negras en su reluciente piel, por donde chispas de fuego le goteaban como sangre.

«Hay fuego celestial ardiendo en su interior. Y ningún ser mortal puede sobrevivir a eso durante mucho tiempo».

—Emma —susurró Dru—. Julian.

Ya no carecían de expresión. Dru había visto imágenes de ángeles de luto; de ángeles atravesados por espadas de fuego, llorando lágrimas de agonía. No era fácil blandir una espada en nombre de Dios.

Podía ver esas imágenes de nuevo en la expresión de su rostro.

—¡Emma! —El grito salió de Cristina. Se había apartado de los otros y corría hacia los Blackthorn—. ¡Emma! ¿Quién será mi mejor amiga si tú no lo eres, Emma? —Estaba llorando, lágrimas que se mezclaban con la sangre y la tierra de su rostro—. ¿Y quién cuidará de mi mejor amiga cuando yo no pueda, Julian, si tú no estás?

Emma cayó de rodillas junto a Julian. Ambos lloraban lágrimas de fuego, rojas y doradas. En su desesperación, Dru esperó que eso significara que sentían algo, y no que estaban muriendo, deshaciéndose en dos llamaradas gemelas.

—¿Quién me pondrá de los nervios con preguntas en clase si no estás tú? —gritó Diana. También se acercaba a ellos, lo mismo que Kieran y Aline, dejando a Gwyn con las riendas de *Windspear*, y reflejando reverencia y asombro en su rostro.

Aline se aclaró la garganta.

—Emma y Julian —dijo—. No os conozco tanto, y esta cosa de gigantes es sin duda una enorme sorpresa. Y eso no es un juego de palabras. Estaba siendo literal. —Miró de reojo a Helen—. Pero estar cerca de vosotros hace muy feliz a mi esposa, y eso es porque os ama a los dos. —Paró un instante—. Y también me gustáis, y vamos a ser una familia, así que, ¡maldita sea, bajad aquí y volved a esta familia!

Helen le dio unas palmaditas en el hombro a Aline.

—Eso ha estado bien, cariño.

—Julian —dijo Kieran—. Yo podría hablarte del amor que te profesa Mark, y Emma, podría hablarte de lo que Cristina siente por ti. Pero la verdad es que tengo que ser el rey de la corte noseelie, y sin tu brillante inteligencia, Julian, y tu valor, Emma, me temo que mi reinado será muy breve.

En la distancia, Dru vio a Isabelle y Simon acercándose. Alec iba con ellos, del brazo de Magnus. Y Clary y Jace estaban al otro lado, cogidos de la mano.

Tavvy alzó los brazos.

—Jules —dijo con su vocecita clara y resonante—. Llévame. Estoy cansado. Quiero ir a casa.

Lentamente, tan lentamente como el paso de los eones, Julian fue a cogerlo con sus brillantes manos, fisuradas por rayas oscuras por las que el fuego celestial le manaba como sangre.

Hubo un estallido de luz cegador. Cuando Dru pudo ver de nuevo, Julian y Emma ya no estaban allí, no, habían caído sobre el suelo: eran formas oscuras con un aura de luz, haciéndose pequeñas, rodeadas de un charco de claridad del color del oro sangriento.

Por un momento, Dru estuvo convencida de que estaban muriendo. Cuando la terrible luz desapareció, vio a Emma y a Julian, de tamaño humano, acurrucados juntos en el suelo. Yacían con las manos cogidas, los ojos cerrados, como ángeles caídos del cielo que durmieran de nuevo apaciblemente sobre la tierra.

33

Reverencia

—Despierta, Emma. Es hora de levantarse.

Notaba una suave mano en la frente, y una voz dulce que la llamaba para salir de la larga oscuridad.

Durante algún tiempo, solo había habido sombras. Sombras y frío después de un largo periodo ardiendo. Había visto un lugar demasiado brillante para recordarlo y siluetas que brillaban como hojas de espada bajo el sol. Había oído voces llamándola por su nombre. Emma. Emma.

«Emma quiere decir universo», le había dicho una vez Julian.

Pero no se despertó. Oyó de nuevo la voz de Julian, esta vez mezclada con la de Jem.

—Fue un toque muy inteligente —decía este—, hacer no una reunión sino dos. Sabías que cualquier cazador de sombras podía ser leal a la Cohorte, así que hiciste que todos asistieran solo a la primera reunión. De esa forma, cuando informaran a Horace de cuáles eran tus planes, estaría preparado solo para que interrumpieras el parlamento. No para el ataque de los subterráneos.

—Jace y Clary aceptaron ser el cebo —repuso Julian. Sonaba cansado, incluso en su sueño.

—Sabíamos que Horace haría lo que fuera para ponerles las manos encima. De ese modo, podríamos ponerlos delante de todos y probar no solo que Horace se había equivocado respecto a su muerte, sino que estaba intentando matarlos.

Un largo silencio. Emma flotó de nuevo en la oscuridad, aunque comenzaba a ver sombras y formas.

—Sabía que habría espías en la reunión —continuó Julian—. Admito que me sorprendieron al enviar a un demonio. Ni siquiera lo sospeché hasta que vi al Eidolon durante la batalla. ¿Cómo crees que pudo entrar en el Santuario? Hacerse pasar por Oskar Lindquist no tendría que haber sido suficiente.

—Se sabe que los demonios han usado sangre de cazadores de sombras para entrar en los Institutos. Ayer encontraron muerto a Oskar Lindquist. Es

posible que usara su sangre.

—Pero ¿ese Gran Demonio tendría el poder de ser invulnerable a los cuchillos serafines? —preguntó Julian.

Un silencio.

—No conozco magia que sea lo suficientemente poderosa para eso. —Jem parecía preocupado—. Los Hermanos Silenciosos quieren saber...

Emma fue abriendo los ojos a regañadientes, sin querer abandonar la suavidad de la oscuridad.

—¿Jem? —susurró. Tenía la boca y la garganta increíblemente secas.

—¡Emma!

Se vio envuelta en un abrazo. Los brazos de Jem eran fuertes. Ella le apoyó la cabeza en el hombro. Era como si la abrazara su padre, un recuerdo que guardaba en su interior, precioso y siempre conservado.

Tragó saliva para aliviar la sequedad de la garganta.

—¿Julian? —susurró.

Jem se apartó. Emma vio dónde se hallaba: en una pequeña habitación con dos camas y una ventana en la pared que dejaba entrar el sol. Julian estaba sentado en la otra cama, con una camiseta limpia y unos pantalones anchos, como la ropa de entrenamiento. Alguien la había vestido igual que él; tenía el pelo enmarañado y le dolía el cuerpo como si todo él fuera un enorme morado.

Julian parecía indemne. Sus ojos se encontraron y él suavizó la expresión; mantenía la espalda recta y tensa, los hombros alineados con firmeza.

Emma quiso acercarse a él y abrazarlo. Al menos, cogerle la mano. Se obligó a no moverse. Se sentía frágil por dentro, y el corazón le latía con fuerza de amor y miedo. No estaba segura de poder controlar sus emociones.

—Estás en la Basílica —le explicó Jem—. Te he despertado, Emma, después de que despertara Julian. He pensado que querríais veros.

Emma miró alrededor. A través de la ventana en la pared podía ver una habitación más grande con pequeñas camas de sábanas blancas, la mitad ocupada con heridos. Había Hermanos Silenciosos yendo aquí y allá entre los pacientes, y el aire olía a curación: hierbas y flores, las medicinas de la Ciudad Silenciosa.

Su habitación tenía un bajo techo abovedado pintado con las runas de curación en oro, rojo y negro. Otras ventanas daban a los edificios de Alacante: casas con techos rojos, las finas agujas de las torres de los demonios...

—Los niños, ¿están todos bien? —preguntó Emma—. ¿Helen...?

—Ya he preguntado por ellos —dijo Julian. A Emma le costaba apartar la mirada de él, y también le dolía mirarlo; de algún modo, parecía diferente. Cambiado. Apartó la mirada y miró a Jem, que se había levantado y estaba junto a la ventana—. Todos están bien, Emma.

—¿Incluso Kit? Me salvó la vida...

—Se quedó muy agotado y enfermo —contestó Jem—. Pero se ha recuperado bien. Está en la Ciudad Silenciosa. Hemos perdido buenos guerreros en el campo de batalla, pero tus amigos están a salvo. Llevas tres días inconsciente, así que te has perdido los funerales. Pero, por otra parte, ya has asistido a demasiados últimamente.

Emma frunció el ceño.

—Pero ¿por qué está Kit en la Ciudad Silenciosa? La Basiliás...

—Emma —la interrumpió Jem—, no he venido a hablarte de Kit. He venido a hablar de Julian y tú. —Se apartó el pelo de la cara; parecía cansado, con el mechón de pelo blanco más pronunciado—. Hace mucho tiempo me preguntasteis por la maldición *parabatai*. Qué pasaba si dos *parabatai* se enamoraban. Y yo os expliqué lo que sabía, pero ni se me pasó por la cabeza que lo preguntabais por vosotros mismos.

Emma se quedó inmóvil. Miró a Julian, que asintió.

—Lo sabe —dijo este con una voz bastante inexpresiva. Emma se preguntó qué estaría sintiendo. No podía saberlo como era habitual, pero seguramente ambos seguían en estado de *shock*—. Lo sabe todo el mundo.

Emma se rodeó con los brazos.

—Pero cómo...

—Ojalá lo hubiera sabido —continuó Jem—, aunque puedo entender por qué no me lo dijisteis. He hablado con Magnus. Sé todo lo que hicisteis para evitar la maldición. Nadie podría haber luchado más. Pero esta no es una maldición que se pueda quitar, excepto con la destrucción de todos los vínculos *parabatai* del mundo. —Miró a Emma con ojos penetrantes, y de repente, ella sintió el peso de lo viejo que Jem era y fue consciente de lo mucho que sabía sobre la gente—. O al menos, eso era lo que se creía, y todos los intentos de investigar sobre la maldición acabaron sin haber encontrado ningún registro de lo que podría haber pasado si esa maldición se daba. Solo sabíamos los síntomas: aumento del poder de las runas, capacidad para hacer cosas que otros nefilim no tienen. Que rompieras la Espada Mortal, Emma..., estoy seguro de que en parte era la fuerza de *Cortana* y en parte el poder de la maldición. Pero eso son cosas que solo hemos ido suponiendo a lo largo de

los años. Y entonces tuvo lugar la batalla de hace tres días. ¿Qué es lo que recordáis de ella?

—Emma se estaba muriendo en mis brazos —contestó Julian. Le tembló la voz. Pero era raro; normalmente, Emma hubiera notado un tirón en las costillas, una punzada de su dolor. Y no sentía nada—. Hubo una luz blanca, y éramos gigantes, mirando hacia abajo. No sé lo que sentíamos, pero recuerdo a la gente, que parecían hormigas corriendo despavoridas a nuestros pies. Y sentimos como si estuviéramos realizando una misión, como si nos dirigieran. No sé cómo explicarlo. Como si nos dijeran qué teníamos que hacer y no tuviéramos más alternativa que hacerlo.

—¿Como si algo obrara por medio de vosotros? —preguntó Jem—. ¿Una voluntad superior a la vuestra?

Emma se llevó las manos al pecho.

—Ahora lo recuerdo. Zara me apuñaló. Yo estaba sangrando... —Recordó de nuevo la sensación de estar ardiendo, y del suelo alejándose como un torbellino—. ¿Éramos gigantes?

—Tengo que contaros una parte de la historia nefilim —dijo Jem, aunque Emma deseó que se centrara más en el tema de los gigantes: ¿Emma y Julian se habían transformado en ellos?—. Hace mucho, mucho tiempo, en las primeras épocas de los cazadores de sombras, había enormes demonios que amenazaban la Tierra. Mucho mayores que cualquiera de los demonios que hay ahora excepto por que a veces pueden convertirse en los Grandes Demonios. En ese tiempo, los cazadores de sombras podían convertirse en auténticos nefilim. Gigantes sobre la Tierra. Tenemos viejas tallas de madera y dibujos que los representan, y los escritos de aquellos que los vieron luchar contra los demonios. —Sacó un trozo de papel del bolsillo y comenzó a leer en voz alta—: «La tierra que hemos atravesado como espías es una tierra que devora a sus habitantes; y toda la gente que vimos era de gran tamaño. Allí vimos a los nefilim; y a nosotros mismos nos dio la sensación de ser como saltamontes, y lo mismo les parecimos a ellos».

—Pero eso es historia —replicó Julian—. Ahora no ocurre...

«Una tierra que devora a sus habitantes». Emma no pudo evitar pensar en Thule y en las historias de gigantes de allí.

—La mayoría no sobrevivía a la transformación —explicó Jem—. Era el mayor sacrificio, arder con fuego celestial y morir destruyendo demonios. Pero se notó que muchos de los que sobrevivían eran *parabatai*. Los cazadores de sombras tenían más posibilidades de sobrevivir a la

transformación si tenían un *parabatai* que no se transformaba, anclándolos a la tierra.

—Pero nos transformamos los dos —recordó Emma.

—Comprenderéis —continuó Jem— que durante años hemos intentado entender la maldición *parabatai* y cuál podría ser, pero sin duda nunca la ligamos al tiempo de los nefilim. La época de los nefilim acabó cuando los demonios gigantes dejaron de venir a la Tierra. No sabemos por qué desaparecieron, pero lo hicieron. Quizá los mataran a todos. Quizá los demonios perdieron el interés en este mundo. Quizá tuvieran miedo de los nefilim. Eso pasó hace ochocientos años, y se han perdido muchos registros.

—Entonces, cuando nos transformamos en gigantes —preguntó Julian, con una cara como si las palabras le retorcieran el estómago—, ¿os disteis cuenta de que la maldición *parabatai* estaba de algún modo ligada a los nefilim?

—Después de la batalla, corrimos a buscar cualquier registro que tuviéramos sobre auténticos nefilim. Al hacerlo, descubrí el relato de un acontecimiento terrible. Un cazador de sombras se transformó en un auténtico nefilim para luchar contra un demonio. Su *parabatai* tenía que haberse quedado atrás como un ancla, pero, por alguna razón, se transformaron los dos. Se volvieron incontrolables. Enloquecieron. Mataron al demonio y luego asesinaron a sus familias y a todos los que trataron de detenerlos, hasta que ardieron vivos por el fuego celestial. —Calló un momento—. Eran una pareja casada. En aquellos días no había ninguna ley contra amar a tu *parabatai*. Unos meses después ocurrió algo parecido, esta vez con otro par de amantes.

—¿Y la gente no sabía nada de eso? —preguntó Emma.

—Se hizo mucho por ocultarlo. La práctica de *parabatai* es una de las herramientas más poderosas de las que poseen los cazadores de sombras. Nadie quería perderla. Y como los grandes demonios ya habían desaparecido, pensaron que no habría necesidad de volver a utilizar a los auténticos nefilim. Y así fue, nunca los ha necesitado nadie, y el método por el cual se convertían los auténticos nefilim se perdió. Y podría haber acabado ahí, y sí que es cierto que no hay ningún informe en la Ciudad Silenciosa de lo que ocurrió, pero Tessa ha podido encontrar un archivo en el Laberinto Espiral. Es la historia de dos cazadores de sombras que se convirtieron en brujos, magos poderosos cuyas runas eran como las de ningún otro. Arrasaron hasta los cimientos una pacífica ciudad antes de morir quemados. Pero sospecho que no murieron quemados por la gente del pueblo. Sospecho que murieron por el fuego

celestial. —Hizo una pausa—. Poco después de la fecha de esta historia, se aprobó la ley de que ninguna pareja de *parabatai* podía enamorarse.

—Muy sospechoso —murmuró Emma.

—Entonces, lo que estás diciendo —resumió Julian— es que los cazadores de sombras destruyeron sus propios informes de por qué habían creado la ley sobre la prohibición del amor entre *parabatai*, ¿es así? ¿Temían que la gente se aprovechara de ese poder, pero valoraban demasiado los beneficios de *parabatai* para abandonar el ritual?

—Es lo que sospecho —contestó Jem—, aunque no creo que podamos probarlo.

—Eso no puede seguir sucediendo —dijo Emma—. Tenemos que contarles la verdad a todos.

—La verdad no evitará que suceda —repuso Julian. La miró fijamente—. Me hubiera enamorado de ti incluso sabiendo exactamente cuál era el peligro.

A Emma, el corazón se le aceleró. Intentó mantener la voz firme.

—Pero si los horribles castigos se eliminan —insistió Emma—, si la gente no cree que perderá a su familia, lo dirán abiertamente. La piedad es mejor que la venganza, ¿no es así?

—Los Hermanos Silenciosos se han reunido y coinciden contigo —informó Jem—. Harán una recomendación a la Cónsul y al nuevo Inquisidor, cuando sea nombrado.

—¿Jia sigue siendo Cónsul? —preguntó Emma.

—Sí, aunque está muy enferma. Hace tiempo que lo está. Espero que ahora tenga tiempo para descansar y reponerse.

—Oh. —Emma se sorprendió; Jia siempre le había parecido invulnerable.

—Los miembros de la Cohorte que sobrevivieron están encerrados en la prisión del Gard. A pesar de todo, nos hicisteis ganar la batalla. Aunque no recomendaría volver a usar esa estrategia.

—¿Qué nos va a pasar a nosotros? —preguntó Julian—. ¿Se nos castigará?

—¿Por lo ocurrido en el campo? No lo creo —contestó Jem—. Estábamos en guerra. Matasteis a los jinetes de Mannan, lo que todo el mundo os agradece, y acabasteis con varios miembros de la Cohorte, lo que podríais haber hecho igualmente. Creo que ahora os convertiréis en una curiosidad. No se habían visto auténticos nefilim en siglos. También es muy probable que tengáis que hacer servicio comunal.

—¿De verdad? —soltó Emma.

—No —repuso Jem, y le guiñó un ojo.

—Me refiero por el asunto *parabatai* —dijo Julian—. Seguimos rompiendo la Ley al sentir lo que sentimos el uno por el otro. Incluso si suavizan las leyes, aún tendremos que separarnos, incluso exiliarnos, para que esto no vuelva a ocurrir.

—Ah —comenzó Jem, y se apoyó de espalda en la pared con los brazos cruzados—. Cuando os quitamos la ropa para curaros, aquí en la Basílica, se vio que vuestras runas de *parabatai* habían desaparecido.

Emma y Julian lo miraron fijamente.

—Se puede cortar la piel de la runa de *parabatai*, pero eso no rompe el vínculo. La runa es un símbolo, no el propio vínculo. Pero resultaba curioso, porque no había ninguna marca o cicatriz donde las runas debían haber estado; es como si nunca se hubieran dibujado. Los Hermanos Silenciosos os miraron la mente y vieron que el vínculo se había cortado. —Hizo otra pausa—. En la mayoría de los casos, creería estar dando malas noticias, pero en el vuestro, quizá no lo sean. Ya no sois *parabatai*.

Ninguno de los dos se movió, ni siquiera respiró. Dentro del pecho, Emma notó que el corazón le resonaba como una campana en un lugar muy amplio, el profundo eco de una caverna con un techo tan alto que todo sonido desaparecía convertido en silencio y sueños. El rostro de Julian estaba tan blanco como las torres de los demonios.

—¿No somos *parabatai*? —preguntó al fin, con una voz que no parecía la suya.

—Os dejaré un momento para que asimiléis la noticia —dijo Jem, con una sonrisa en la boca—. Voy a ir a hablar con vuestra familia. Han estado muy preocupados. —Salió de la habitación, y aunque vestía unos vaqueros y un jersey, la sombra de una túnica de color pergamino pareció moverse con él.

Jem cerró la puerta a su espalda, y Emma seguía sin poder moverse. El terror a permitirse creer que el horror había acabado, que todo estaría bien, la mantenía clavada en el sitio. Durante tanto tiempo era lo primero que pensaba al despertarse y lo último que se decía al acostarse; la causa de tantas pesadillas y el compendio de todos sus temores: «Voy a perder a Julian. Voy a perder a mi familia. Me voy a perder a mí».

Incluso en sus mejores momentos, llegó a pensar que perdería alguna de esas cosas. Nunca le pasó por la cabeza que podría conservarlas las tres.

—Emma —la llamó Julian. Se había puesto en pie, cojeando un poco, y a Emma se le partió el corazón: sabía que eso no podía ser más fácil para él de lo que lo estaba siendo para ella. Se puso en pie con piernas temblorosas. Quedaron frente a frente, separados por el espacio entre las dos camas.

Emma no supo quién se movió primero. Podría haber sido él, o ella; podrían haberse movido al unísono como habían hecho durante tanto tiempo, aún conectados aunque ya no existiera su vínculo de *parabatai*. Chocaron en el centro de la habitación. Ella rodeó a Julian con los brazos, clavándole los dedos vendados en la espalda.

Él estaba ahí, realmente ahí, sólido entre sus brazos. Julian le besó el rostro una y otra vez, y le pasó las manos por el cabello. Emma sabía que las lágrimas le caían por las mejillas; lo cogió con tanta fuerza como le fue posible, notando que él temblaba en sus brazos.

—Emma —le decía una y otra vez, con la voz rota—. Emma, Emma, mi Emma.

Ella no podía hablar, por lo que recurrió a mover los dedos torpemente por la espalda de Julian, escribiendo lo que no podía decir en voz alta, como habían hecho desde siempre.

«P - O - R F - I - N —trazó—. P - O - R F - I - N».

La puerta se abrió de golpe. Y por primera vez no corrieron a separarse; siguieron cogidos de la mano cuando su familia y amigos entraron en la habitación, llorosos y rebosantes de felicidad y alivio.

* * *

—Ahora, te tienen bastante miedo en Feéra, Cristina —dijo Kieran—. Te llaman la matadora de reyes y príncipes. Una terrorífica cazadora de sombras.

Los tres, Mark, Cristina y Kieran se hallaban sentados en una fuente seca en la plaza del Ángel, fuera de la Basiliás. Cristina estaba colocada entre las piernas de Mark y este la rodeaba con los brazos. Kieran se apoyaba en él.

—No soy terrorífica —protestó Cristina.

—Me aterrorizas a mí —bromeó Mark, y Cristina se volvió para hacerle una mueca.

Kieran sonrió pero no rio; parecía estar cargado de tensión. Tal vez le resultara difícil estar en Alacante. Durante la Guerra Fría la habían protegido contra las hadas; había hierro, sal y serbal colocados estratégicamente en casi todas las calles. La Basiliás estaba cubierta de clavos de hierro, así que Mark y Cristina esperaban noticias de Emma y Jules en la plaza, con Kieran, dejando que el brillante sol los calentara mientras descansaban.

Mark sabía que, después de la Guerra Oscura, esa plaza había estado cubierta de cuerpos. Los cadáveres se colocaron en filas, con los ojos cerrados con seda blanca, preparados para ser incinerados y enterrados. En ese

momento, sin embargo, estaba tranquila y silenciosa. Hubo muertos en la batalla de hacía tres días. Y al día siguiente se celebró un gran funeral en los Campos. Jia había hablado de la pena que soportaba, de la necesidad de reconstruir lo que se había perdido y de la importancia de no desear vengarse de la Cohorte, cuyos miembros restantes, unos cincuenta, estaban encerrados en la prisión del Gard.

—Mi madre sí que es aterradora —dijo Cristina, meneando la cabeza. Se sentía cómoda en los brazos de Mark, y Kieran era un peso reconfortante en el costado de aquel. De no haber sido por su preocupación por Emma y Jules se habría sentido completamente feliz—. Le hablé de nosotros anoche.

—¿De verdad? —preguntó Mark, ansioso. Sí. La madre de Cristina sí era aterradora.

Había oído que después de que los Hermanos Silenciosos abrieran las puertas de la ciudad, ella se había subido a una de las murallas y lanzado docenas de lanzas a las hadas noseelie, con una precisión tan letal que hizo alejarse a los gorras rojas de la ciudad. También corría el rumor de que le había dado un puñetazo en la nariz a Lazlo Balogh, pero decidió que prefería no saberlo.

—¿Y qué dijo? —Los ojos negros y plata de Kieran mostraban preocupación.

—Dijo que quizá no sería lo que ella hubiera elegido para mí —contestó Cristina—, pero que lo que importaba era que yo fuera feliz. También me dijo que no le sorprendía que hicieran falta dos hombres para cubrir el lugar de Diego. —Sonrió traviesa.

—Porque Diego me salvó la vida, me tragaré ese menosprecio sin replicar —manifestó Kieran.

—Y yo le ataré juntos los cordones de las botas la próxima vez que lo vea —añadió Mark—. Y hablando de otra cosa: ¿podéis creer que encontraron a Manuel ocultándose debajo del cadáver de Horace?

—Lo único que me sorprende es que no lo abriera en canal y se escondiera dentro —contestó un cínico Kieran.

Mark le dio un golpe en el hombro.

—¿Por qué me golpeas? —protestó Kieran—. Ya se ha hecho alguna vez en Feéra. En una ocasión, un guerrero cobarde se ocultó dentro de un kelpie durante una semana.

Algo blanco fue bajando del cielo. Una polilla, que depositó una bellota en el regazo de Kieran y salió volando.

—¿Un mensaje? —preguntó Mark.

Kieran desenroscó la parte superior de la bellota. Se lo veía oscuramente serio, con toda probabilidad porque iba vestido con el atuendo de rey noseelie. A Mark lo había sobresaltado verlo así, todo de negro: botas negras, calzas negras y un chaleco negro con bordados plata y verde, para simbolizar la ascendencia nixie de Kieran.

—De Winter —contestó Kieran—. Todos los cazadores de sombras y subterráneos ya han abandonado la corte noseelie y vuelto a sus casas.

Kieran había ofrecido la hospitalidad de la corte noseelie a todos los que huían de la batalla de los Campos Imperecederos. Alec había comentado que este gesto sería muy importante a la hora de suprimir las leyes de la Paz Fría. Al día siguiente, había programado una reunión para discutir qué nueva posición debía adoptar la Clave, y Mark estaba ansioso por ver qué pasaba.

Kieran no se había quedado mucho tiempo en la corte noseelie. Regresó con Mark y Cristina al día siguiente de la batalla, lo que los alegró a ambos.

—¡Mirad! —exclamó ella. Una de las ventanas de la Basilias se había abierto y Dru sacaba la cabeza por ella. Les estaba haciendo señales para que entraran.

—¡Emma y Julian se han despertado! —les gritó—. ¡Venid!

Cristina se puso en pie de un salto y los otros la siguieron. Julian y Emma. Y Dru estaba sonriendo. Ahora, pensó Mark, ahora era completamente feliz.

Se encaminó hacia la Basilias con Cristina a su lado. Ya casi estaban allí cuando se dieron cuenta de que Kieran no había ido con ellos.

Mark se volvió hacia él.

—Kieran... —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Te molesta mucho el hierro?

—No se trata de eso —contestó Kieran—. Debo regresar a Feéra.

—¿Ahora? —inquirió Cristina.

—Ahora y para siempre —respondió Kieran—. No regresaré aquí.

—¿Qué? —Mark volvió a su lado. El papel blanco de la carta de Winter se sacudía en las manos de Kieran, como el ala de un pájaro—. No digas tonterías.

—No digo tonterías —replicó Kieran a media voz—. Ahora que sabemos que Emma y Julian están vivos, debo regresar a Feéra. Es el trato que hice con Winter. —Miró el mensaje—. Mi general me llama. Sin un rey, la tierra corre el riesgo de sumirse en el caos.

—¡Tienen un rey! —Cristina había corrido junto a Kieran. Llevaba un chal azul claro, con el que se envolvió nerviosa, negando con la cabeza—. Eres su rey, tanto si estás allí como si no.

—No. —Kieran cerró los ojos—. El rey está unido a la tierra. Cada momento que el rey pasa en el mundo de los mortales, la tierra se debilita. Yo no quería ser rey, yo no pedí serlo, pero lo soy, y no puedo ser un mal rey. No sería correcto.

—Entonces, podemos ir contigo —propuso Mark—. No podemos quedarnos en Feéra todo el tiempo, pero podemos visitarte...

—Yo también pensé eso. Pero después de un corto tiempo como rey en la corte, sé que no podrá ser —repuso Kieran. El pelo se le había puesto totalmente negro bajo el delgado círculo de oro que le rodeaba la frente—. El rey no puede tener un consorte mortal...

—Ya lo sabemos —dijo Cristina, que recordaba lo que ella misma había dicho en Brocelind. Aunque entonces pensaba que quizá Kieran no llegara a ser rey. Que encontrarían la manera—. Pero tu padre tuvo consortes mortales, ¿no? ¿Hay alguna forma de esquivar la Ley?

—No. Él tuvo amantes mortales. —La palabra sonó como un chasquido—. Consorte es una posición oficial. Los compañeros mortales son juguetes para divertirse y luego dejar de lado. No le importaba cómo los trataran, pero a mí sí me importa. Si os llevara a la corte como tales, se os trataría con desprecio y crueldad, y yo no lo soportaría.

—Tú eres el rey —dijo Cristina—. Son tu pueblo. ¿No puedes ordenarles que no sean crueles?

—Han vivido en un reino cruel durante muchísimos años —contestó Kieran—. No les puedo enseñar de la noche a la mañana. Yo tampoco sabía no serlo. He aprendido de vosotros. —Le brillaron los ojos—. El corazón se me rompe y no veo ninguna salida. Vosotros sois todo lo que quiero, pero debo hacer lo que es mejor para mi gente. No puedo debilitar la tierra viniendo aquí, y no puedo haceros daño llevándoos allí. Nunca tendríamos paz en ninguna parte.

—Por favor, Kieran —pidió Mark. Y lo cogió de la muñeca. «Estoy sujetando el brazo del rey noseelie», pensó. Quizá fuera la primera vez que pensaba en él como rey, y no solo como Kieran—. Podemos hallar una solución.

Kieran cogió a Mark y lo besó, repentina y profundamente, clavándole los dedos en la muñeca. Cuando lo soltó, le ardían las mejillas.

—No he dormido en tres días. Por eso quería que Aedon fuera el rey. Otros quieren el trono. Yo no. Yo solo os quiero a vosotros.

—Y por ello serás un gran rey —dijo Cristina. Los ojos le brillaban con lágrimas contenidas—. ¿Y si fuerais solo Mark y tú? Mark es medio hada,

seguro que debe de haber algo...

—Para ellos, es un cazador de sombras —repuso Kieran, y soltó a Mark. Se acercó a Cristina. Tenía los ojos turbios de cansancio—. Y os amo a los dos, mi valiente Cristina. Nada puede cambiar eso. Nunca podrá.

Las lágrimas que había estado conteniendo le comenzaron a caer por las mejillas cuando Kieran le tomó el rostro entre las manos.

—¿De verdad te marchas? ¡Tiene que haber alguna otra manera!

—No hay otra manera. —Kieran la besó, rápidamente y con pasión, como había besado a Mark; Cristina cerró los ojos—. Sabed que siempre os amaré, por muy lejos que esté.

La soltó. Mark quiso protestar, pero incluso mejor que Cristina, él entendía la cruel realidad de Feéra. Las espinas en las rosas. Lo que significaría ser el juguete del rey de una corte de Feéra. Lo podría soportar para sí, pero no para Cristina.

Kieran saltó al lomo de *Windspear*.

—Sed felices juntos —dijo, y apartó los ojos como si no pudiera mirarlos—. Es mi deseo como rey.

—Kieran... —exclamó Mark.

Pero Kieran ya galopaba con la velocidad del rayo. Los adoquines retumbaron con el ruido de los cascos de *Windspear* al alejarse; en segundos, había desaparecido de la vista.

* * *

Kit odiaba estar en la Ciudad Silenciosa, aunque su habitación era bastante cómoda, al menos comparada con el resto de la Ciudad, que era toda de objetos de cantos afilados hechos de esqueletos humanos. Después de haber cogido tres o cuatro calaveras y decirles: «¡Ay, pobre Yorick!», la novedad se había hecho aburrida.

Sospechaba que su habitación era la cámara de un Hermano Silencioso. Había un montón de libros en un estante de madera, todos ellos sobre historia y batallas gloriosas. Había también una cómoda cama y el baño se encontraba pasillo abajo. Aunque prefería no pensar en las condiciones del baño en la Ciudad Silenciosa. Esperaba poder olvidarlas lo antes posible.

Poco más tenía que hacer aparte de curarse y pensar en lo que había pasado en el campo de batalla. Una y otra vez, recordó la oleada de poder que lo había atravesado cuando golpeó a los jinetes e hizo desaparecer sus caballos. ¿Sería magia negra? ¿Por qué lo tenían encerrado? ¿Y cómo era

posible que tuviera sangre de hada? Podía tocar el hierro y la madera de serbal. Había vivido toda su vida rodeado de tecnología. No se parecía en absoluto a un hada y nadie en el Mercado de Sombras había siquiera susurrado esa posibilidad.

Era más que suficiente para mantenerle la mente ocupada y evitarle pensar en Ty. O al menos, debería haberlo sido.

Se hallaba tumbado en la cama, mirando el techo, cuando oyó pasos que se acercaban por el pasillo. Lo primero en que pensó fue en comida; un Hermano Silencioso le llevaba una bandeja de aburrido alimento nutritivo tres veces al día.

Pero los pasos repicaban sobre el suelo. Tacones. Frunció el ceño. ¿La Cónsul? ¿Diana? Se lo tomaría con calma y les explicaría que no había hecho nada malo. Se incorporó, se pasó los dedos por el cabello y se preguntó cómo lo harían los Hermanos Silenciosos sin tener espejos. ¿Cómo sabían que no llevaban la túnica al revés?

Se abrió la puerta y entró Tessa Gray. Llevaba un vestido verde y una diadema. Parecía salida de *Alicia en el País de las Maravillas*. Le sonrió con afecto.

—Por favor, sácame de aquí —pidió Kit—. No quiero estar atrapado en este lugar toda la vida. No hice nada malo, sobre todo, nada de nigromancia.

Tessa sonrió. Se acercó para sentarse al pie de la cama, con los ojos cargados de preocupación.

«Mira tú con cuánta calma me lo he tomado», pensó Kit.

—Christopher —dijo Tessa—. Lamento haberte dejado aquí tanto tiempo.

—No pasa nada —respondió él, aunque no estaba seguro de que así fuera—. Pero no me llames Christopher. Nadie lo hace.

—Kit —comenzó de nuevo Tessa—. Lamento haberte dejado aquí. Estábamos cuidando de Julian y Emma, y no podíamos abandonar la ciudad. Ha ido de pelos, pero se acaban de despertar. —Le sonrió—. He pensado que querrías saberlo.

Kit se alegró de oírlo. Sin embargo...

—¿Y qué hay de los otros? ¿Están bien? ¿Y Ty?

—Ty y los otros están bien. Y Emma lo está, en parte, gracias a ti. Le salvaste la vida.

Kit se dejó caer sobre el cabezal metálico de la cama, aliviado.

—¿Así que no me he metido en un lío por lo que hice en el campo de batalla?

—No —contestó Tessa lentamente—. Pero tienes que saber lo que significa. Hay una historia. Una envuelta en misterio e información falsa. Una que conoce muy poca gente aún viva.

—Algo sobre sangre feérica —repuso Kit—. El jinete... dijo: «Kit es el niño. El descendiente del Primer Heredero», pero no veo cómo eso puede ser posible.

Tessa se alisó la falda sobre las piernas.

—Hace mucho tiempo, el rey noseelie y la reina seelie se aliaron para unir las cortes de las hadas. Llevaron magos de toda Feéra para que lanzaran hechizos que hicieran que su bebé fuera el heredero perfecto. No toda la magia era blanca. Alguna era negra. El rey soñaba con un hijo que uniera los reinos, inspirara absoluta lealtad y amor perfecto, y que fuera más valiente que ningún caballero hada de antaño.

—Eso me describe perfectamente —masculló Kit.

Tessa le sonrió, comprensiva.

—Pero cuando el bebé nació, era una niña, Auraline.

—Giro en la trama —comentó Kit.

—El rey esperaba un heredero niño y se... enfadó. A sus ojos, la niña era imperfecta, y finalmente encomendó a un caballero hada la misión de matarla, aunque hizo correr la voz de que la habían raptado, y esa fue la historia que la mayoría se creyó.

—¿El rey ordenó matar a su propia hija?

—Sin duda, y luego hizo matar a todas las hijas que engendró, por despecho de lo que le pasó con Auraline. Porque ella lo desafió; al fin y al cabo ella era el Heredero. Apeló a la lealtad del caballero y este la dejó marchar. Eso es lo que el rey siempre intentó ocultar. Fingió que la muerte de Auraline era culpa de otro, incluso cuando ella escapó al mundo mortal. Ahí conoció a un mago con el que se casó, un mago que era descendiente de un linaje de cazadores de sombras que había abandonado la Clave.

—Los Herondale perdidos —aventuró Kit.

—Correcto. Son tus antepasados; su linaje llegó hasta tu madre. Aunque durante las últimas décadas, el rey noseelie trató de dar caza a los que pensaban que descendían de su hija, y por eso los Herondale se ocultaron detrás de nombres falsos y poderosas magias.

—¿Y por qué hizo eso el rey? —preguntó Kit.

—Auraline heredó una gran cantidad de magia. Los hechizos que realizaron sobre ella antes y después de su nacimiento eran muy poderosos. Se la llama el Primer Heredero porque fue la primera hada nacida que era

heredera de ambas cortes, la seelie y la noseelie. Y lo mismo sus descendientes. Tu sangre te da el derecho a reclamar el título de Monarca Supremo de Feéra.

—¿Qué? —exclamó Kit—. Pero... no quiero. No quiero ser el Monarca Supremo de Feéra.

—No importa lo que tú quieras —replicó Tessa con tristeza—. Incluso si nunca te acercaras al trono de Feéra, hay facciones en disputa a las que les encantaría tenerte y usarte como peón. Un ejército contigo a la cabeza podría derrotar tanto al rey como a la reina, o a ambos.

A Kit se le puso la piel de gallina.

—Pero ¿alguien sabe quién soy? ¿Por lo que pasó con los jinetes? ¿Me están intentando atrapar?

Tessa le puso la mano sobre la muñeca. Era un gesto amable, casi maternal. Kit no recordaba nada así en toda su vida. Solo el recuerdo de una melena rubia y el sonido de una alegre voz cantándole: «La historia de mi amor por ti no tiene fin».

—En parte, la razón por la que te hemos dejado aquí estos últimos días era para averiguar si en el Inframundo se estaba hablando de ti —le explicó Tessa—. Tenemos muchos contactos, muchos medios de seguir lo que se rumorea en los Mercados. Pero con el caos de la batalla, de lo único que se habla es de la muerte de los jinetes, de lo que ocurrió con Emma y Julian, y de la ascensión de Kieran al trono. Se ha hablado de un poderoso brujo que hizo desaparecer los grandes corceles de los jinetes, pero hemos hecho correr la voz de que fue Ragnor Fell. —Puso los ojos en blanco.

—Creía que se llamaba Ragnor Sombra.

—Se llama Ragnor Fell —repuso ella, y el modo en que sonrió hizo que pareciera tener diecinueve años—. Es un bribón, y lleva varios años oculto. Ha resurgido a lo grande, durante la batalla, y ahora todo el mundo sabe que Ragnor Fell ha vuelto, y además, que él derrotó a los jinetes. —Rio por lo bajo—. Se va a poner insoportable.

—Pero él no lo hizo —dijo Kit.

—Eso no le importará en absoluto —repuso Tessa, más seria.

—Entonces... ¿estoy a salvo? —preguntó Kit—. ¿Puedo volver al Instituto de Los Ángeles?

—No lo sé. —Una arruga de preocupación se le marcó a Tessa en la frente—. Ya antes nos ponía bastante nerviosos dejarte allí, incluso con el Instituto y Ragnor cerca para protegerte. De hecho, te siguió cuando fuiste al Mercado de Sombras.

—¿Os dijo por qué íbamos al Mercado de Sombras? —preguntó Kit, y en su repentino miedo por Ty se olvidó de actuar de forma que no levantara sospechas.

—Claro que no —contestó Tessa—. No estaba allí para delatar lo que fueras a hacer, solo para protegerte. —Le dio unas ausentes palmaditas en el hombro, mientras Kit le daba vueltas a la extraña lealtad de gente a la que casi ni conocía—. Pero la cosa es que... antes no pensábamos que llegaras a manifestar ninguno de los poderes del Heredero. Muy pocos de tus ancestros lo han hecho, excepto Auraline. Pensábamos que si te manteníamos alejados de todo aquello que pudiera despertar tus poderes...

—Ni hadas —recordó Kit—. Ni batallas.

—Exactamente. Si pasara de nuevo, se hablaría de ello. Además, las hadas tienen una memoria muy larga, y queremos que estés lo más a salvo posible.

—¿Significa eso que me vais a dejar en la Ciudad Silenciosa? Porque no me gusta estar aquí —protestó Kit—. No me va lo del silencio. Y ya no te quiero ni hablar de la cuestión del cuarto de baño.

—No —contestó Tessa. Respiró hondo, y Kit se dio cuenta de que estaba nerviosa—. Lo que estoy diciendo es que deberías venir a vivir con Jem, conmigo y con el bebé que vamos a tener. Después de todo nuestro ir de aquí para allí, hemos decidido asentarnos y construir un hogar. Queremos que tú... que lo construyas con nosotros. Que seas parte de nuestra familia.

Kit estaba demasiado anonadado para poder hablar, y mucho más al saber que Tessa estaba embarazada.

—Pero... ¿por qué?

Tessa lo miró directamente.

—Porque, hace mucho tiempo, los Herondale nos dieron un hogar a Jem y a mí, y queremos hacer lo mismo por ti.

—Pero ¿soy de verdad un Herondale? —preguntó—. Pensaba que mi padre era un Herondale y mi madre una mundana, pero parece que ambos eran cazadores de sombras. Así que ni siquiera sé cuál debería ser mi nombre.

—No conocemos el apellido real de tu padre —respondió Tessa—. Tenía una pequeña cantidad de sangre de cazador de sombras. Eso le hacía tener la Visión.

—Pensaba que la sangre de cazador de sombras siempre daba cazadores de sombras.

—Y así es, pero durante el curso de muchas generaciones puede diluirse. Tu padre podría haber entrenado y ser ascendido si hubiera querido. No lo quiso. Era tu madre la que portaba runas. Era tu madre la que te convirtió en

el Herondale perdido al que buscamos durante tanto tiempo. Tú decides, claro. Puedes usar el apellido que desees. Te acogeremos en la familia tanto si te llamas Kit Herondale como si no.

Kit pensó en Jace y en la madre a la que nunca había conocido, y que recordaba solo por las canciones que alguna vez le cantó. La madre que sacrificó su vida por él.

—Seré un Herondale —decidió—. Me gusta el anillo de la familia. Tiene mucha clase.

Tessa le sonrió.

—Y de todas formas —continuó Kit—, ¿dónde tenéis pensado vivir?

—Jem tiene una casa en Devon. Un viejo caserón. Nos iremos allí. Sabemos que aprecias mucho a los Blackthorn, así que lo entenderemos si quieres quedarte con ellos —añadió rápidamente—. Nos dará pena, pero igualmente haremos todo lo posible por protegerte. Ragnor ayudaría, y Catarina... y claro, les tendremos que decir a los Blackthorn que necesitas protección.

Ella seguía hablando, pero Kit había dejado de oírla. Las palabras caían a su alrededor como una letanía sin sentido, porque todos los recuerdos que había tratado de apartar le cayeron encima como una bandada de pájaros de agudo pico. El Instituto, la playa, los Blackthorn, siempre amables con él; Emma salvándole la vida, Julian llevándolo en el coche al Mercado y escuchándole hablar de Ty... Ya entonces quería hablar de Ty.

Había invertido en Ty toda su energía, le había dedicado toda su devoción y sus esperanzas. Le gustaban los otros Blackthorn, pero no los conocía muy bien. Quizá a la que mejor conocía fuera Dru, y le gustaba mucho como amiga, pero eso era poco comparado con el ardiente dolor y la humillación que sentía cuando pensaba en Ty.

No culpaba a Ty por lo sucedido. Se culpaba a sí mismo: estaba tan centrado en no perder a Ty que no le dijo lo que hubiera necesitado oír. Todo el mundo necesita que, a veces, lo paren antes de tomar una mala decisión, pero él no había detenido a Ty. Y lo cierto era que recibió su merecido. Una vez supo que él no era gran cosa para Ty, ¿cómo podría seguir viviendo en el Instituto? ¿Verlo todos los días? ¿Sentirse como un idiota constantemente? ¿Notar la lástima que le tendría el resto de la familia? ¿Oírles decir que debería tratar de hacer nuevos amigos? ¿Sobrevivir en la misma casa que Ty mientras este lo evitaba? No había nada que pensar.

«No puedo ni pensar en volver allí y vivir con ellos. Esta es mi oportunidad para empezar de nuevo y aprender lo que significa ser quien

soy».

—Iré con vosotros. Me gustaría vivir con vosotros —dijo Kit.

—Oh. —Tessa parpadeó—. ¡Oh! —Le cogió la mano y se la apretó, con una gran sonrisa en su amable rostro—. Eso es maravilloso, Kit, es fantástico. Jem también estará muy contento. Y será fabuloso para el bebé tener compañía. Es decir, espero que también te guste el bebé. —Se sonrojó. Kit pensó que sería bastante agradable tener una persona en plan hermanito o hermanita en su vida, pero no dijo nada—. No paro de hablar —exclamó Tessa—. Estoy tan contenta... Nos iremos esta noche. Debemos acomodarte en un sitio seguro cuanto antes. Lo arreglaremos para que tengas un profesor... para todos los hechizos de protección necesarios que deben hacer los Hermanos Silenciosos...

—Eso suena bien —dijo Kit, ya un poco exhausto de solo pensar en todo lo que se tendría que hacer—. Solo tengo esta bolsa; nada de equipaje. —Era cierto, y en la bolsa tampoco había nada que le importara demasiado, excepto la daga Herondale y la luz mágica que le había dado Ty.

—Supongo que querrás despedirte de los Blackthorn antes de irnos...

—No —replicó Kit—. No quiero verlos.

Tessa lo miró sorprendida.

—Es mejor si no saben nada de todo este asunto del Primer Heredero —añadió Kit—. Más seguro para ellos. Jem les puede decir que he decidido que Los Ángeles no era lo mío. Todos van muchísimo más adelantados que yo en los entrenamientos, y yo debería aprender desde el principio si quiero ser un cazador de sombras.

Tessa asintió. Kit sabía que no se creía totalmente su excusa, pero que era preferible no preguntar más. Resultaba muy tranquilizador.

—Pero tengo una pregunta antes de que nos vayamos —dijo Kit, y Tessa lo miró con curiosidad—. ¿Me crecerán las orejas en punta? ¿Quizá una cola? En el Mercado de Sombras he visto algunas hadas con un aspecto muy raro.

Tessa sonrió de medio lado.

—Supongo que ya lo averiguaremos.

* * *

Todo el mundo quería pasarse por la casa del canal para saludar a Emma y a Julian, que ya habían salido de la Basílica. Llenaba la planta baja gente a la que Dru reconocía y gente a la que no. Iban llegando con flores o pequeños

regalos: unos guanteletes nuevos para Emma, una chaqueta de combate para Julian...

Algunos llegaban muy animados y contentos, y saludaban a Emma y a Julian como si no les hubiera ocurrido nada raro. Otros los felicitaban como si pensarán que todo ese asunto de «hacerse enormes y casi morir» fuera parte de un plan predeterminado que había salido bien. Otros se mostraban incómodos, seguramente los que habían sido demasiado próximos a la Cohorte, pensó Dru, como si temieran que Emma y Julian pudieran hacerse enormes en cualquier momento y aplastarlos directamente en la cocina. Una amable anciana felicitó a Julian por ser alto, y se hizo un terrible silencio.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tavvy, y Dru tuvo que sacarlo a rastras del salón.

Unos cuantos más parecían haber pasado por una gran experiencia personal.

—En el campo, se me ocurrió pensar que debo pasar más tiempo con mi familia —dijo Trini Castel—. Los momentos de paz son preciosos. Nunca los recuperamos.

—Muy cierto —repuso Julian.

Parecía como si estuviera conteniendo la risa. Todos los demás lo saludaron con una pensativa inclinación de cabeza. Resultaba muy raro: durante días, Dru se había estado preocupando de si Emma y Julian recibirían algún tipo de castigo cuando se despertaran, ya fuera oficialmente, por la Clave, o por el ignorante juicio de otros cazadores de sombras. Pero no parecía que eso fuera a ocurrir.

Dru se acercó más a Magnus, que estaba sentado junto al fuego, comiendo bombones de una caja que alguien le había regalado a Emma. Había llegado con Maryse, Max y Rafe, para que pudieran jugar con Tavvy. Alec, Jace y Clary irían más tarde, al parecer con algún tipo de sorpresa. Isabelle y Simon ya habían regresado al Instituto de Nueva York para ver cómo iban las cosas.

—¿Por qué no están furiosos —susurró— con Emma y con Julian?

Magnus arqueó las cejas mirándola. Magnus tenía unas cejas muy divertidas. Dru siempre lo había considerado alguien divertido, por lo general, con su inmensa altura y su negativa a tomarse nada en serio.

—Bueno —contestó Magnus—, sin la reunión que organizó Julian y su estrategia contra Dearborn, es posible que la Cohorte hubiera ganado. El camino por el que iba la Cohorte llevaba a la guerra civil y a un mayor derramamiento de sangre. Todos están contentos de haber podido evitarlo.

—Cierto —repuso Drusilla—, pero eso fue antes de que se convirtieran en monstruosos ángeles gigantes.

—Los ángeles son mensajeros. —Magnus se sacudió el chocolate en polvo de las manos, pensativo—. Hablan de formas misteriosas, incluso a vosotros, sus hijos. Horace y su Cohorte hablaban como si estuvieran cumpliendo la voluntad de los ángeles, y por eso la gente los temía. Durante la batalla, ardiendo de fuego celestial, Julian y Emma demostraron que no era así. Los ángeles hablaron a través de ellos.

—Así que, básicamente, todos los que no aguantaban a Horace querían que un enorme ángel aplastara la Cohorte, ¿es eso? —resumió Dru.

Magnus sonrió de medio lado.

—Nadie quiere decirlo, pero créeme, les resultó inmensamente satisfactorio.

En ese momento, llegaron Jace, Clary y Alec con un enorme pastel que habían decorado ellos mismos. La mayoría de los desconocidos ya se habían marchado. Ty los ayudó a ponerlo sobre la mesa, y cuando abrieron la caja vieron que decía: ¡FELICIDADES POR NO SEGUIR SIENDO GIGANTES!

Todos rieron y se juntaron alrededor de la mesa para cortar grandes pedazos del pastel de limón y chocolate. Julian y Emma estaban apoyados el uno en el otro, hombro con hombro. Desde que regresó de la Basílica, parecía que Julian se había quitado un gran peso de encima. Se lo veía mucho más ligero y feliz de lo que lo había sido desde la Guerra Oscura. Dru sabía que Emma y él ya no eran *parabatai*: de algún modo, la magia del Ángel había quemado el vínculo. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que estaban muy contentos con eso, viendo todas las sonrisas y los apretones de manos que se dedicaban.

Mark y Cristina, por otro lado, parecían tristes. Se mantenían en silencio en medio de la animada charla. En un momento determinado, Dru vio a Emma llevar a Cristina a la cocina y abrazarla como si algo hubiera pasado.

Dru no sabía qué era, pero notó que Kieran no había venido.

Ty también estaba callado. Siempre que pasaba cerca de Julian, este lo cogía para abrazarlo y le alborotaba el cabello, como a él le gustaba de pequeño. Ty sonreía, pero parecía indiferente a todo, y ni siquiera parecía interesarle escuchar las conversaciones de los invitados y tomar notas para sus manuales de detective, como hacía siempre.

Finalmente, Ty se acercó a Magnus, que estaba hundido en un sillón junto a la chimenea, haciendo cosquillas a su hijo muy azul, que tenía en el regazo. Dru se acercó al fuego, preguntándose qué querría decirle Ty al brujo.

—¿Dónde está Kit, de verdad? —le preguntó Ty, y Dru se dijo: «Tendría que haberlo pensado». Jem les había anunciado que Kit iba a ir a vivir con Tessa y él a Devon, pero no por qué lo hacía, ni por qué tenía que marcharse tan rápido. Julian y los demás pensaban que Kit los visitaría pronto, pero Dru no estaba tan segura—. Lo he preguntado mil veces, pero nadie me lo dice.

Magnus alzó la mirada.

—Kit está bien. Está con Jem y Tessa. Va a vivir con ellos.

—Lo sé —repuso Ty. Le temblaba la voz—. Lo sé, pero... ¿me puedo despedir de él? Si pudiera hablar con él una vez...

—Ya se ha ido —le informó Magnus—. No ha querido despedirse de ti. De nadie, en realidad, pero sospecho que sobre todo de ti.

Dru ahogó un grito. ¿Por qué le diría Magnus algo tan definitivamente grosero?

—No lo entiendo —dijo Ty. La mano izquierda se le agitaba en el costado. Se cogió la muñeca con la mano derecha, como para parársela.

Julian siempre había llamado «sus mariposas» a las manos de Ty, y le decía que eran hermosas, ágiles y útiles. ¿Por qué no las dejaba volar? Pero Dru se preocupó. Pensaba que se le sacudían como el latido de un corazón, una señal de que Ty estaba inquieto.

Magnus se puso muy serio.

—Ven conmigo.

Magnus le pasó su hijo a Maryse para que lo llevara a la sala y subió al piso de arriba, seguido de Ty. Dru no vaciló. Si Magnus estaba enfadado con Ty, ella iba a averiguar la causa, y defender a Ty si hacía falta. Incluso si Magnus la convertía en un sapo. Los siguió.

Había un dormitorio vacío en lo alto de la escalera. Magnus y Ty entraron en él, y el brujo apoyó su largo cuerpo contra la pared desnuda. Ty se sentó en el borde de la cama mientras Dru se colocaba mirando por la rendija de la puerta medio abierta.

—No lo entiendo —repitió Ty. Dru sabía que seguramente había estado dándole vueltas al problema en la cabeza mientras subían la escalera: ¿Qué quería decir Magnus? ¿Por qué Kit no había querido despedirse de él?

—Ty —comenzó Magnus—. Sé lo que hicisteis. Ragnor me lo ha contado. Ojalá me lo hubiera dicho antes, pero me estaba muriendo, así que entiendo que no me lo contara. De todos modos, Ragnor creía que te había chafado el plan. Pero no fue así, ¿verdad? Conseguiste una fuente de energía en el Mercado e hiciste el hechizo igualmente.

«¿El hechizo? ¿El que iba a traer el fantasma de Livvy?».

Ty se quedó mirando a Magnus.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis informadores en los Mercados —contestó Magnus—. También soy brujo, e hijo de un Gran Demonio. Puedo notar la magia negra en ti, Ty. Es como una nube que te rodea. —Se sentó en el alféizar de la ventana—. Sé que tratasteis de resucitar a tu hermana.

¿Que hicieron qué? De repente, como con una explosión en su cabeza, Dru lo entendió todo y se quedó helada de la impresión. No se tenía que resucitar a los muertos. Como prueba, ahí estaba lo que le había pasado a Malcolm. Intentar comunicarse con un espíritu era una cosa, la nigromancia otra muy diferente.

Pero Ty no lo negó. Siguió sentado en la cama, entrelazando y desentrelazando los dedos.

—Tienes mucha, mucha suerte de que el hechizo no funcionara —dijo Magnus—. Lo que hicisteis es malo, pero podría haber sido muchísimo peor.

«¿Cómo has podido, Ty? ¿Cómo has podido, Kit?».

—Clary resucitó a Jace de entre los muertos —replicó Ty.

—Clary le pidió al ángel Raziel que resucitara a Jace. Piénsalo bien, al propio Raziel. Estás tonteando con una magia reservada a los dioses, Ty. La nigromancia es algo que la gente odia por buenas razones. Si recuperas una vida, debes pagar con algo de igual valor. ¿Y si hubiera sido con otra vida? ¿Habrías querido matar a alguien para volver a tener a Livvy contigo?

Ty alzó la cabeza.

—¿Y si hubiera sido Horace? —replicó—. ¿Y si fuera alguien malo? Matamos a gente en las batallas. No veo la diferencia.

Magnus miró a Ty durante un buen rato. Dru se temía que le fuera a decir algo muy brusco, pero la expresión de Magnus se había suavizado.

—Tiberius —dijo finalmente—. Cuando tu hermana murió, no se lo merecía. La vida y la muerte no las reparte un juez, que decide lo que es justo y lo que no, pero si fuera así, ¿te gustaría ser ese juez? ¿Con todas las vidas en tus manos, y también todas las muertes?

Ty cerró los ojos con fuerza.

—No —susurró—. Yo solo quiero que vuelva mi hermana. La echo de menos todo el rato. Es como si tuviera un agujero dentro de mí que nunca se va a llenar.

«Oh —pensó Dru. Qué raro que Ty fuera el que hubiese descrito con más exactitud lo que se sentía habiendo perdido a Livvy. Se apretó el costado con la mano—. Un agujero donde debería estar mi hermana».

—Lo sé —repuso Magnus suavemente—. Y sé que has pasado una gran parte de tu vida sabiendo que eres diferente, y eso es cierto. Lo eres. También lo soy yo.

Ty lo miró.

—Así que crees que esa sensación que tienes, la de que te falta la mitad de ti, debe arreglarse —continuó Magnus—. Que no puede ser lo mismo que siente todo el mundo cuando se pierde a alguien muy querido. Pero lo es. El dolor puede ser tan intenso que no te deje ni respirar, pero eso es lo que significa ser humano. Perdemos, sufrimos, pero tenemos que seguir respirando.

—¿Se lo vas a contar a todos? —preguntó Ty en un susurro.

—No —contestó Magnus—. Si me prometes que nunca volverás a hacer algo así.

Ty parecía asqueado.

—Nunca lo haría.

—Te creo. Pero, Ty, hay algo más que me gustaría que hicieras. No puedo ordenarte que lo hagas. Solo te lo sugiero.

Ty había cogido un cojín y pasaba la mano por la parte más áspera, sobre el dibujo, una y otra vez, leyendo mensajes en la tela con la mano.

—Sé que siempre habías querido ir al Escolamántico —dijo Magnus.

Ty fue a protestar, pero Magnus alzó la mano para pararlo.

—Déjame acabar, y luego podrás decir lo que quieras. En el Instituto de Los Ángeles, Helen y Aline te pueden mantener a salvo y quererte, y sé que quizá no quieras dejar a tu familia. Pero lo que necesitas son misterios que resolver, que te ocupen la cabeza y te llenen el alma. He conocido a gente como tú; no paran hasta que su mente vuela libre y resuelve problemas. Conocí a Conan Doyle en su tiempo. Le encantaba viajar. Pasó el tercer año de la escuela de medicina en un barco ballenero.

Ty se lo quedó mirando, sorprendido.

Magnus pareció darse cuenta de que se había ido por la tangente.

—Lo que digo es que tienes una mente curiosa. Quieres resolver misterios y ser un detective de la vida; por eso querías ir al Escolamántico. Pero creías no poder. Porque tu melliza quería ser tu *parabatai*, y no podías hacer las dos cosas.

—Hubiera renunciado al Escolamántico por ella —repuso Ty—. Además, todos lo que he conocido que han ido allí, Zara y los demás, son horribles.

—El Escolamántico va a ser muy diferente ahora —le explicó Magnus—. La Cohorte lo envenenó, pero ya no están. Creo que sería un lugar ideal para

ti. —Suavizó aún más la voz—. El dolor por la pérdida es duro. Un cambio puede ser lo único que ayude.

—Gracias —dijo Ty—. ¿Puedo pensármelo?

—Claro. —Magnus parecía algo cansado y arrepentido. Como si deseara que las cosas hubieran sido de otra manera; como si deseara haber dicho otras cosas en vez de las que había dicho. Se volvió hacia la puerta (Dru se echó hacia atrás), y se detuvo.

—Entiendes que de ahora en adelante estarás ligado al fantasma de tu hermana, ¿no? —dijo Magnus.

«¿Ligado al fantasma de tu hermana? ¿Al fantasma de Livvy?».

—Lo entiendo —contestó Ty.

Magnus miró a la puerta de la habitación como si viera a través de ella.

—Creo que sí lo entiendes —dijo—. Pero no lo ves realmente. Sé que ella te liberó en el bosque. En este momento, eso parece mejor que nada, mejor que estar sin ella. Pero no comprendes el precio. Y espero que nunca tengas que pagarlo.

Tocó suavemente a Ty en el hombro, sin mirarlo, y salió de la habitación. Dru se metió rápidamente en el dormitorio contiguo hasta que los pasos de Magnus desaparecieron por la escalera.

Entonces, respiró hondo y fue a hablar con Ty.

Este no se había movido de la punta de la cama. Miraba fijamente las sombras que iban creciendo; estaba muy pálido cuando alzó la mirada hacia ella.

—¿Dru? —preguntó con voz entrecortada.

—Deberías habérmelo dicho —dijo ella.

Ty frunció el ceño.

—¿Estabas escuchando?

Su hermana asintió con la cabeza.

—Lo sé —continuó él—. No quería que me detuvieras. Y no se me da bien mentir. Me resultaba más fácil no decir nada.

—Kit me mintió —repuso ella. Estaba furiosa con Kit, aunque intentaba no demostrarlo. Quizá sería mejor que no volviera con ellos. Incluso a pesar de haberle enseñado a abrir cerraduras—. El fantasma de Livvy... ¿de verdad está por aquí?

—La he visto hoy. Estaba en la Basílica cuando Emma y Julian se despertaron. Estaba sentada en uno de los escritorios. Nunca sé cuándo va a estar o no. Magnus ha dicho que está atada a mí, así que...

—Quizá puedas enseñarme a verla. —Dru se arrodilló y abrazó a su hermano con fuerza. Podía notar las pequeñas vibraciones que le recorrían el cuerpo; Ty estaba temblando—. Quizá la podríamos ver juntos.

—No se lo podemos decir a nadie —la advirtió Ty, pero había rodeado a Dru con los brazos; la estaba abrazando, su cabello contra la mejilla de Dru, tan suave y fino como el de Tavvy—. Nadie puede saberlo.

—No se lo diré a nadie. —Siguió abrazando a su hermano con fuerza, como si así pudiera mantenerlo ligado a la tierra—. Nunca diré nada.

* * *

Emma estaba tirada en la cama sobre la colcha; la única luz en la habitación era el brillo reflejado de las torres de los demonios que entraba por la ventana.

Supuso que no era sorprendente que no pudiera conciliar el sueño. Había dormido durante tres días y recibido un montón de impresiones al despertar: darse cuenta de lo que había pasado, la explicación de Jem, la casa llena de gente. La extraña y constante sensación de que había olvidado algo, de que había dejado algo en otra habitación y necesitaba no olvidarse de ir a buscarlo.

Sabía que era el vínculo de *parabatai*. Su cuerpo y su cerebro aún no estaban adaptados a su desaparición. Lo echaba de menos del mismo modo que la gente que había perdido un miembro aún lo seguía sintiendo.

Echaba de menos a Julian. Habían estado juntos todo el día, pero siempre rodeados de gente. Cuando por fin la casa se vació de extraños, Julian llevó a Tavvy a la cama, despidiéndose de ella, delante de los otros, con un torpe saludo de buenas noches.

No mucho después, Emma también se fue a la cama, y llevaba horas dando vueltas preocupada. ¿Sería todo incómodo entre ellos ahora que ya no eran *parabatai*? ¿Ahora que habían flotado a un nuevo espacio desconocido entre ser amigos y ser amantes? Nunca se habían declarado su amor, porque palabras como «novio» o «novia» parecían banales frente a las maldiciones y los monstruos gigantes. ¿Qué pasaría si todo lo ocurrido resultara tan devastador que nunca pudieran llegar a un punto de normalidad?

No podía aguantarlo. Se levantó de la cama y se alisó el camisón. Abrió la puerta del dormitorio, dispuesta a cruzar el pasillo hasta la habitación de Julian y hacerlo hablar con ella, por muy incómodo que pudiera resultar.

Justo al otro lado de la puerta, Julian, con la mano extendida, pareció tan sorprendido como ella al verla.

Él bajó la mano lentamente, y la distante luz de la luna hizo relucir el brazalete de cristal marino. El pasillo estaba oscuro y silencioso, y proyectaba sombras sobre el rostro de Julian.

—No sabía si querías que entrara en tu cuarto —dijo él.

Emma se dejó caer contra la puerta de puro alivio.

—Sí, quiero que entres en mi cuarto.

Ella dio un par de pasos hacia atrás mientras él entraba y cerraba la puerta a su espalda. Se habían quedado en la oscuridad, solo la luz de las torres de vidrio iluminaba tenuemente. Julian, todo de negro, era una sombra entre las sombras cuando la miró; el pelo también se le veía negro, contrastando con la pálida piel.

—No sabía si querías que te besara.

Emma no se movió. Lo que más quería era que él se le acercara y la tocara. Quería sentirlo contra su cuerpo cuando el espacio entre los dos ya no fuera un espacio de cosas prohibidas y malditas.

—Sí, quiero que me beses —susurró ella.

De un paso, él cubrió la distancia que los separaba. Le puso la mano detrás de la cabeza y le cubrió la boca con sus labios, cálidos y dulces como el té con miel. Ella le mordisqueó suavemente el labio inferior y él hizo un ruidito gutural que le erizó los pelos de los brazos.

Con sus cálidos labios, fue recorriéndole la mejilla, el mentón.

—No sabía si querías que te acariciara —le murmuró sobre la piel.

Solo contemplarlo lentamente ya era un placer. Saber que no tenían que darse prisa. Ella se quitó el camisón pasándoselo por la cabeza y observó cómo el rostro de Julian se tensaba de deseo, sus ojos tan oscuros como el fondo del mar.

—Sí, quiero que me acaricies —repuso ella—. No hay nada que pudieras hacerme que yo no quisiera, porque eres tú.

La rodeó con los brazos, y por un momento fue raro; la sensación de su piel desnuda contra la ropa de Julian, el algodón, el vaquero, los ribetes de metal. La alzó y la llevó a la cama. Y juntos se dejaron caer sobre ella, Julian apresurándose a quitarse la ropa; Emma se le subió encima, y se inclinó para besarle el cuello, para lamerle el pulso, donde podía notarle el corazón.

—Quiero ir despacio —le susurró—. Quiero sentirlo todo.

Él la cogió y la cambió de posición, rodando para quedar encima de ella. Le sonrió travieso.

—Pues lento será.

Comenzó por los dedos, besándole cada uno; le besó la palma de las manos y las muñecas, los hombros y la clavícula. Trazó un sendero con los labios sobre el estómago hasta que ella empezó a removerse, jadeando y amenazándolo, lo que solo hizo que Julian riera suavemente y dedicara su atención a zonas más sensibles.

Cuando el mundo se hubo estremecido bajo ella varias veces, él se alzó y le apartó el húmedo cabello del rostro.

—Ahora —susurró, y le cubrió la boca con la suya mientras unía sus cuerpos.

Fue tan lento como había dicho que sería, como nunca lo había sido antes; no había desesperación en su deseo. Yacían atravesados en la cama. Desmadejados y hambrientos, ansiosos y juguetones. Ella le acarició el rostro con suavidad, reverentemente: la curva de la boca, las pestañas que se agitaban sobre las mejillas. Y con cada caricia y cada momento, Julian fue respirando con mayor agitación, agarrando con fuerza las sábanas. Ella arqueaba la espalda para encontrarlo, con la cabeza llena de chispas: se alzaron y se unieron hasta que todo fue fuego. Y cuando finalmente estalló, incapaces de esperar ni un minuto más, se convirtieron en solo uno. Y alcanzaron la incandescencia de los ángeles.

* * *

Desde su habitación, Mark podía ver la luna, y eso lo preocupaba.

Había pasado tantas noches sobre el caballo, con la luna cabalgando con ellos como si ella también cazara en el cielo... La risa de Kieran le resonaba en los oídos, incluso en ese momento: una risa clara sin mácula de pena.

Esperaba que Kieran volviera a reír así algún día.

No podía evitar imaginárselo, sentado en la oscuridad, en la ennegrecida sala del Trono del rey noseelie, un lugar sombrío y solitario. Un rey de corazones partidos y almas rotas, solitario en su trono de granito, envejeciendo lentamente a lo largo de las edades del mundo.

Era más de lo que Mark podía resistir. Y agradeció lo indecible que Cristina entrara en su habitación y se metiera en la cama a su lado. Ella llevaba un pijama blanco, el cabello suelto y oscuro. Se acurrucó junto a él, apretando el rostro contra su cuello. Tenía las mejillas húmedas de lágrimas.

—¿Es así como acaba? ¿Los tres siendo desgraciados? —preguntó él.

Ella le puso la mano sobre el corazón.

—Te amo, Mark —le dijo dulcemente—. Y odio pensar que tienes el corazón roto igual que yo.

—Soy más feliz cuando estás aquí —repuso él, mientras colocaba la mano sobre la de ella—. Y sin embargo...

—Y sin embargo... —repitió ella—. Tengo una idea, Mark. Quizá sea una locura, pero podría funcionar. Significaría poder verlo de nuevo. —Sus oscuros ojos lo miraron decididos—. Necesitaré que me ayudes.

Él le buscó la boca y la besó; ella se destensó y curvó su cuerpo contra el de él. Era intensa y dulce como la miel, sedosa con un colchón de flores silvestres. Era la única mujer a la que podría amar.

Le secó las lágrimas de las mejillas.

—Mi mano, mi corazón y mi espada son tuyos. Dime lo que debo hacer.

* * *

Emma yacía en la cama con la cabeza sobre el pecho de Julian, sintiendo cómo los latidos de su corazón recuperaban un ritmo normal. De algún modo, la mayoría de las mantas habían acabado en el suelo; estaban medio enrollados en las sábanas, y la mano libre de Julian jugueteaba tranquilamente con un mechón de pelo de Emma.

—Supongo que te sientes muy orgulloso de ti mismo —dijo ella.

Él la miró parpadeando medio dormido.

—¿Y por qué?

Emma rio, y su aliento agitó los suaves rizos oscuros del cabello de Julian.

—Si no lo sabes ya, no pienso decírtelo.

Él sonrió.

—¿Y cómo te sientes?

Emma extendió los brazos sobre su pecho y lo miró.

—Feliz. Muy feliz, pero también como si no me lo mereciera.

Él detuvo la mano que le acariciaba el pelo.

—¿Por qué no? Te mereces ser feliz más que cualquiera que conozca.

—De no ser por ti, hubiese hecho algo terrible —repuso Emma—. Habría roto todos los vínculos *parabatai*. Hubiera causado una terrible devastación.

—Estabas medio loca debido a la maldición —repuso Julian—. No tenías la cabeza clara.

—Aun así. Dejé que me manipulara la reina. Aunque sé que lo único que le importa es ella misma. Lo sabía, y dejé que se me metiera en la cabeza. Debería haber tenido fe.

—Y la tuviste —dijo él—. La fe no es no tener nunca dudas; es tener lo necesario para superarlas. —Le acarició la mejilla—. Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos. Me arrepiento de haberle pedido a Magnus que me hechizara. Lamento no haber podido ayudar a Ash. Era solo un crío.

—Lo sé —repuso ella—. No me gustó nada dejarlo atrás. Pero si estuviera aquí, siempre habría alguien buscándolo. Lo único que haría falta serían unos cuantos conjuros del *Libro Negro* para hacerlo tan poderoso que cualquiera podría querer utilizarlo.

—Es buena cosa que no quede ningún volumen del *Libro Negro* —dijo Julian—. Por un momento fue como un juego de tira y afloja. Y supongo que yo contribuí. Oh, y me arrepiento de haber matado a Dane Larkspear.

—Él iba a matarnos —replicó Emma—. Hiciste lo que debías.

—Ah, aquí tenemos a la chica asesina que conozco y amo —bromeó Julian—. No sé cómo podré pagar por la muerte de Dane. Pero tengo fe en que me ayudarás a averiguarlo.

—Creo que tú mereces ser feliz —remarcó Emma—. Eres la persona más valiente y amable que conozco.

—Y yo creo que tú mereces ser feliz —insistió Julian—. Entonces ¿qué te parece si yo lo creo de ti y tú lo crees de mí? Podemos creerlo el uno del otro.

Emma miró hacia la ventana. Vio las primeras trazas de luz en el cielo. Estaba amaneciendo.

Luego miró a Julian. El alba le teñía de dorado la punta del pelo y las pestañas.

—¿Tienes que volver a tu habitación? —susurró ella.

Él le sonrió.

—No —contestó—. Ya no tenemos que mentir o fingir. No tendremos que mentir o fingir nunca más.

* * *

Era la primera vez que Emma se hallaba en el Salón del Consejo desde la muerte de Livvy.

Aunque no era esa la única razón por la que deseaba desesperadamente que acabara la reunión, sin duda se trataba de una muy importante. Podían haber limpiado la sangre del estrado, pero ella siempre la vería allí. Sabía que Julian sentía lo mismo; se había tensado a su lado en cuanto atravesaron la puerta con el resto de los Blackthorn. Toda la familia estaba en silencio, incluso Tavvy.

El salón estaba lleno hasta los topes. Emma nunca lo había visto con tanta gente: los cazadores se apiñaban en las filas de asientos, y los pasillos estaban llenos de gente de pie. Algunos se estaban proyectando desde Institutos lejanos, y sus formas medio transparentes relucían a lo largo de la pared del fondo. Entre ellos, Emma reconoció a Simon e Isabelle y los saludó con la mano.

Por suerte, Diego y Jaime les habían guardado asientos. Jaime se había tumbado sobre una fila; se levantó en cuanto los Blackthorn se acercaron y los dejó pasar. Guiñó un ojo a varios cazadores de sombras que le pusieron mala cara mientras buscaban dónde sentarse.

Mientras se acomodaban, la gente miró a los Blackthorn, pero especialmente a Emma y a Julian. Lo mismo que en la casa el día anterior: desconocidos observándolos con los ojos muy abiertos. Emma recordó lo que había pensado sobre Jace y Clary en la reunión de guerra: «Así que esto es ser héroes. Ser los que tienen sangre de ángel, los que literalmente salvaron el mundo. La gente te mira como si... casi como si no fueras real».

Como resultado, aquello le hizo preguntarse cuán real era en verdad.

Emma acabó sentada entre Cristina y Julian, tocando a este discretamente con la punta de los dedos. Como ya no eran *parabatai*, lo único que quería era regresar a su casa y comenzar una nueva vida. Hablarían de su año de viaje y planearían todos los lugares a los que irían. Visitarían a Cristina en México; a Jace y Clary en Nueva York, y a la tía abuela Marjorie en Inglaterra. Irían a París y se plantarían ante la torre Eiffel cogidos de la mano, y no pasaría nada por ello y no habría nada prohibido.

Quizá fuera una reunión corta. Echó un vistazo alrededor de la sala y se fijó en las serias caras de todos los reunidos. Grupitos de los que habían favorecido a la Cohorte, pero no habían luchado en el campo, se apiñaban juntos en bancos, susurrando entre ellos. Los simpatizantes de Dearborn, como Lazlo Balogh, que había permanecido en la ciudad durante toda la batalla, fueron arrestados, pero solo los que habían alzado armas contra otro nefilim serían juzgados.

—La gente parece muy seria —le comentó a Julian en un susurro.

—Nadie quiere sentenciar a la Cohorte —repuso él—. Muchos de ellos son jóvenes.

—Zara se merece que la condenen —masculló Emma—. Me apuñaló y entristeció mucho a Cristina con todo ese asunto del compromiso falso con Diego.

Julian miró a Cristina, que apoyaba la cabeza en el hombro de Mark.

—Creo que ella ya lo ha superado —indicó—. Y Diego también.

Emma lanzó una mirada a Diego, que, con la mejilla vendada, estaba charlando con una reluciente Divya, encantada de que Anush hubiera luchado a su lado en la batalla. Interesante.

Se oyeron roces y ruidos cuando la guardia cerró la puerta lateral y Jia entró por la puerta trasera del salón. La sala permaneció en silencio mientras ella subía al estrado, con la capa rozándole el suelo. Tras ellas, con las túnicas del color de las llamas de los prisioneros, se hallaban los miembros de la Cohorte capturados. Habría entre unos cincuenta y sesenta, muchos de ellos jóvenes, como advirtió Julian. La mayoría habían sido reclutados en el Escolamántico y sus extensiones. Vanessa Ashdown, Manuel Villalobos, Amelia Overbeck y la propia Zara, con una expresión desafiante.

Ocuparon el estrado detrás de Jia, y los guardias los colocaron en filas. Algunos aún seguían con las heridas vendadas. Todos llevaban *iratzes*. En las túnicas había runas dibujadas que los mantenían atrapados dentro de la ciudad. No podían traspasar las puertas de Alacante.

«Llamas para limpiar nuestros pecados», pensó Emma. Era raro ver a prisioneros con las manos libres, pero incluso si cada uno tuviera una espada en cada mano, difícilmente hubieran dado trabajo a los cientos de cazadores de sombras que había en el Salón del Consejo.

Emma vio que Diego se inclinaba para susurrarle algo a Jaime, que meneó la cabeza con cara de preocupación.

—Nos reunimos en un momento de dolor y sanación —anunció Jia, y su voz resonó en los muros—. Gracias al valor de muchos cazadores de sombras, hemos luchado con nobleza, hemos hallado nuevos aliados, hemos conservado nuestra relación con los subterráneos y hemos abierto una nueva vía para avanzar.

Zara hizo una horrible mueca ante la frase «Hemos conservado nuestra relación». Emma esperó que la condenaran a limpiar lavabos por toda la eternidad.

—Sin embargo —continuó Jia—, yo no soy quien puede lideraros en este camino.

Los murmullos se extendieron por el salón: ¿estaba Jia diciendo lo que todos creían? Emma se irguió en el asiento y miró a Aline, pero esta parecía tan sorprendida como el resto de la sala. Sin embargo, a Patrick Penhallow, sentado en la primera fila, no parecía haberlo sorprendido.

—Presidiré la sentencia de la Cohorte —prosiguió Jia sin inmutarse—. Y ese será mi último acto como Cónsul. Después de eso, llevaremos a cabo una

elección abierta para nombrar un nuevo Cónsul y un nuevo Inquisidor.

Helen le susurró algo a Aline, que la cogió de la mano. Emma notó que se quedaba helada. Eso era una sorpresa, y lo que menos quería en ese momento eran sorpresas. Sabía que estaba siendo egoísta; recordaba a Jem diciéndole que Jia estaba enferma, pero aun así, Jia era un factor conocido. Lo desconocido la inquietaba.

—Y cuando digo una elección abierta —continuó Jia—, quiero decir exactamente eso. Todo el mundo en este salón tiene un voto. Todo el mundo tendrá voz. Sin importar la edad, sin importar si se están proyectando desde su Instituto. Sin importar —añadió— si son miembros de la Cohorte.

Un rugido se alzó en la sala.

—Pero ¡son criminales! —gritó Joaquín Acosta Romero, director del Instituto de Buenos Aires—. ¡Los criminales no tienen voto!

Jia esperó pacientemente a que la algarabía pasara y retornara el silencio. Hasta los de la Cohorte la miraban confundidos.

—Mirad lo lleno que está este Salón del Consejo —dijo. La gente se volvió en sus asientos para observar las saturadas filas, los cientos de proyecciones en el fondo de la sala—. Estáis todos aquí porque durante la semana pasada, y especialmente desde la batalla, os habéis dado cuenta de lo urgente de esta situación. La Clave casi quedó en manos de extremistas que nos hubieran conducido al aislamiento y la autodestrucción. Y cualquiera que permitió que eso pasara, ya fuera por falta de atención, apatía o un exceso de confianza... —le tembló la voz—. Bueno. Todos somos culpables. Y por tanto todos votaremos, como recuerdo de que cada elección cuenta, y que cuando elegís no usar vuestra voz, estáis permitiendo que os silencien.

—Pero ¡aún no veo por qué deben votar los criminales! —aulló Jaime, que al parecer se había tomado muy en serio la parte de «sin importar la edad» del discurso de Jia.

—Porque si no lo hacen —contestó Diana, poniéndose en pie y dirigiéndose a todos—, siempre podrán decir que quien sea que salga elegido Cónsul, fue elegido porque la mayoría no tuvo voz. La Cohorte floreció diciendo la mentira de que hablaban en nombre de todos los cazadores de sombras, que ellos decían lo que cualquiera diría si pudiera. Ahora probaremos esa mentira. Todos los cazadores de sombras hablaremos, incluyéndolos a ellos.

Jia asintió con gravedad.

—La señorita Wrayburn tiene razón.

—Y entonces ¿qué se hará con los prisioneros? —preguntó Kadir—. ¿Quedarán libres entre nosotros?

—¡La Cohorte debe ser castigada! ¡Tiene que serlo! —La voz era un grito desgarrador. Emma se volvió y se estremeció; notó que Julian le apretaba la mano. Era Elena Larkspear. Estaba sola, su marido no había acudido a la reunión. Parecía haber envejecido cincuenta años en una semana—. Han usado a nuestros hijos como si fueran basura para hacer lo que resultaba demasiado sucio o peligroso para ellos. ¡Han asesinado a mi hija y a mi hijo! ¡Exijo una compensación!

Se dejó caer en el asiento con un seco sollozo, y se cubrió el rostro con las manos. Emma miró a la Cohorte con un nudo en la garganta: hasta a Zara le estaba costando borrarse la mirada de horror del rostro.

—No se irán impunes —contestó Jia con suavidad—. La Espada Mortal les ha hecho confesar sus crímenes. Enviaron a Dane Larkspear a matar a otros cazadores de sombras, y por tanto son directamente responsables de su muerte. —Inclinó la cabeza hacia Elena—. Asesinaron a Oskar Lindquist para que un demonio pudiera ocupar su lugar en una reunión que tuvo lugar en el Instituto de Los Ángeles. Dirigidos por Horace Dearborn, este grupo empleó las mentiras y la intimidación para tratar de llevar a la Clave a una falsa alianza con Feéra...

—Y ahora tu gente está tratando de llevar a la Clave a una alianza con el nuevo rey, ¿dónde está la diferencia? —gritó Zara, animándose.

Emma volvió la cabeza para observar la reacción de la sala. Muchos cazadores de sombras parecían enfadados o molestos, pero también había los que era evidente que estaban de acuerdo con Zara.

Una voz se alzó clara, dura y fría. La de Alec Lightwood.

—Un encuentro político abierto es muy diferente de renegar de cualquier relación con los subterráneos en público mientras se conspira con ellos para cometer asesinatos a espaldas de la gente que se supone que estás gobernando.

—La Cohorte encerró a nefilim leales y envió a otros a la muerte —añadió Jia después de lanzar una mirada de profundo desagrado a Zara—. Nos llevaron al borde de la guerra civil. —Miró hacia la Clave—. Podréis pensar que quiero castigarlos severamente, arrancarles las Marcas y enviarlos con los mundanos a los que tanto desprecian. Pero debemos pensar en la clemencia. Muchos miembros de la Cohorte son jóvenes, y muy influenciados por la información tergiversada y las descaradas mentiras. Aquí les podemos ofrecer

una oportunidad para volver con la Clave y redimirse. Para alejarse de la senda del engaño y el odio, y caminar de nuevo en la luz de Raziel.

Más murmullos. Los miembros de la Cohorte se miraron entre ellos, confusos. Algunos parecían aliviados; otros, más furiosos que nunca.

—Después de esta reunión —continuó Jia—, se separará a la Cohorte y se enviará a sus miembros a diferentes Institutos. Varios de los Institutos que asistieron a la reunión de guerra de Julian Blackthorn se han ofrecido a aceptar miembros de la Cohorte y enseñarles algo mejor. Tendrán la oportunidad de probar su valía antes de regresar a su país.

Eso provocó una erupción de comentarios. Algunos gritaron que ese castigo era demasiado leve. Otros gritaron que era cruel «exiliarlos de Alacante». Jia los hizo callar a todos con un gesto.

—Cualesquiera que no estén a favor de este castigo, por favor, alzad la mano o la voz. Manuel Villalobos, no se te permite votar en ese asunto.

Zara clavó una mirada furiosa en Manuel, que tenía la mano medio levantada.

Se alzaron unas cuantas manos más. Emma casi estuvo a punto de levantar la suya y decir que se merecían algo peor. Pero claro, ella había dejado con vida a Zara en el campo, y ese gesto condujo a todo lo que ocurrió después: el final de la batalla y la libertad de Julian y la suya.

Quizá Arthur tenía razón. Tal vez la piedad era mejor que la venganza.

Dejó la mano abajo, igual que los otros Blackthorn. Nadie que conociera alzó la mano, ni siquiera Diego o Jaime, que tenían buenas razones para odiar a Zara y sus amigos.

Jia pareció aliviada.

—Y ahora —dijo—, vayamos a la elección de un nuevo Cónsul.

Jace estaba en pie antes de que Jia acabara de hablar.

—Propongo a Alec Lightwood.

Los Blackthorn aplaudieron ferozmente. Alec parecía sorprendido y conmovido. Clary comenzó a vitorearlo, y el vótor se extendió. Muchos en la sala agitaron la mano mostrando su apoyo, y a Emma se le alegró el corazón. Jace podría haber aspirado al cargo de Cónsul de haberlo querido; la gente quería a Clary y a Jace, cualquiera de los dos hubiera ganado de calle. Pero había propuesto a Alec porque eso era lo que Alec quería, y porque Jace sabía que Alec sería la persona adecuada.

Delaney Scarsbury se puso en pie con el rostro enrojecido.

—Objeción. Alec Lightwood es demasiado joven. Carece de experiencia y es bien sabido que se asocia con subterráneos.

—¿Te refieres a dirigir la Alianza de Cazadores de Sombras y Subterráneos, donde su trabajo es asociarse con subterráneos? —preguntó Julian.

—También lo hace en su tiempo libre, Blackthorn —soltó Scarsbury, con una sonrisa desagradable. Emma deseó que Magnus estuviera allí para transformarlo en un sapo, pero los subterráneos no habían asistido. Se habían negado a estar en la misma sala que los miembros de la Cohorte, y Emma no podía culparlos.

—Ya sabes lo que quieren decir —intervino Zara—. Es un sucio pervertido. Jace es el que debería presentarse para Cónsul.

—Yo también soy un sucio pervertido —replicó Jace—, o al menos, aspiro a serlo. No tienes ni idea de lo que llego a hacer en mi tiempo libre. Precisamente la semana pasada le pedí a Clary que me comprara...

Ella lo hizo sentar y le soltó varios puñetazos en broma. Él sonrió.

—¿Y qué hay de Patrick Penhallow? —gritó alguien—. ¡Él sabe lo que se hace!

Patrick, sentado en la primera fila, se puso en pie con una dura expresión.

—No me presentaré para Cónsul —dijo rotundo—. Mi esposa ya ha dado suficiente. Mi hija ya ha dado suficiente. Ya es hora de que mi familia pueda tener un poco de paz y reposo.

Se sentó en medio de un silencio total.

—Propongo a Lazlo Balogh —dijo Delaney Scarsbury.

Por primera vez en ese día, Emma sintió auténtico miedo. Julian y ella se miraron, ambos recordando el mismo momento: Lazlo levantándose en la sala de los Acuerdos para pronunciar las palabras que enviarían a Helen al exilio y abandonarían a Mark en manos de la Cacería: «Tanto Mark como Helen Blackthorn tienen sangre de hada. Sabemos que el chico ya se ha unido a la Cacería Salvaje, así que está más allá de nuestro alcance, pero la chica no debería estar entre los cazadores de sombras. No es decente».

Los que no habían aplaudido la nominación de Alec parecían complacidos, igual que la Cohorte.

—Sería un Cónsul malísimo —dijo Emma a Julian—. Lo haría retroceder todo.

—No tenemos un sistema mejor —repuso Julian—. Lo único que podemos hacer es preguntar a la gente lo que quiere.

—Y esperar que elijan lo correcto —añadió Cristina.

—Alec quedaría mucho mejor impreso en los billetes —dijo Mark.

—No ponemos al Cónsul en el dinero —replicó Julian—. Y además, nosotros no expedimos dinero.

—Podríamos empezar a hacer ambas cosas —propuso Mark.

—Alec Lightwood nunca ha vivido en Idris —dijo Lazlo, poniéndose en pie—. ¿Qué sabe él de gobernar nuestra patria?

Alec se puso en pie.

—Mis padres fueron exiliados —dijo—. Y la mayoría de los cazadores de sombras no vive en Idris, ¿cómo vas a gobernarlos si piensas que el único cazador de sombras que importa es el que vive en Alacante?

—¡Exiliaron a tus padres porque formaban parte del Círculo! —soltó Balogh.

—¡Y él ha aprendido de los errores de sus padres! —intervino Maryse—. Mi hijo conoce mejor que nadie el horror que la intolerancia y el prejuicio pueden acarrear.

Alec inclinó la cabeza hacia ella y volvió a hablar.

—Votaste a mi padre para el cargo de Inquisidor, Balogh, así que entonces eso no te importaba. Mi padre dio su vida en esta sala por la Clave. ¿Qué has hecho tú excepto exiliar a niños cazadores de sombras porque tenías miedo de su sangre feérica?

—Diablos —dijo alguien al fondo—. Es bueno.

—Lightwood acabará con el Registro de Subterráneos —dijo Lazlo—. Y con la Paz Fría.

—Tienes toda la razón, lo haré —afirmó Alec—. No podemos vivir temiendo a los subterráneos. Los subterráneos nos dieron los Portales. Nos dieron la victoria sobre Valentine. Nos han dado la victoria en los Campos hace nada. No podemos seguir pretendiendo que no los necesitamos, más de lo que ellos pueden fingir que no nos necesitan. Nuestro futuro depende de nuestro mandato: somos cazadores de demonios, no los cazadores de nuestros propios aliados. Si el prejuicio nos aparta de nuestro camino, podríamos morir todos.

La expresión de Lazlo se ensombreció. Un fuerte aplauso recorrió la sala, aunque no todos aplaudían. Muchos cazadores de sombras seguían sentados con las manos apretadas fuertemente sobre el regazo.

—Creo que ha llegado el momento de votar —dijo Jia. Cogió un recipiente de cristal opaco de un soporte en el estrado y se lo entregó a Patrick en la primera fila. Este agachó la cabeza y susurró dentro del vaso.

Emma observó con interés. Había oído hablar del proceso para votar al Cónsul, pero nunca lo había visto. El vaso fue pasando de mano en mano, y

cada uno de los cazadores de sombras fue susurrando en él como si confesara un secreto. Los que se proyectaban necesitaron que unas manos amables les sujetaran el vaso, porque las proyecciones podían hablar, pero no tocar objetos.

Cuando el vaso llegó a ella, se lo acercó a la boca y dijo: «Alec Lightwood», con voz firme y alta. Oyó la risita contenida de Julian mientras le pasaba el vaso a Cristina.

Después de que el vaso hubiera pasado por todos los cazadores de sombras excepto por los de la Cohorte, le fue entregado a Jia, que se lo pasó a Zara.

—Votad sabiamente —dijo Jia—. La libertad de escoger a vuestro propio Cónsul es una gran responsabilidad.

Por un momento, pareció que Zara podría escupir en la jarra. Se la arrebató a Jia de las manos, habló y se la pasó a Manuel, a su derecha. Este sonrió de medio lado mientras susurraba dentro del vaso, y Emma tensó los hombros, sabiendo que cada voto de la Cohorte era en contra de Alec.

Al final, todos los votos estuvieron reunidos y se le devolvió el vaso a Jia, que sacó la estela y le dibujó una runa en el lateral. El recipiente se sacudió en su mano mientras un humo pálido salía por la boca del vaso, el aliento exhalado por cientos de nefilim. Formó unas palabras en el aire.

ALEXANDER GIDEON LIGHTWOOD

Clary y Jace se lanzaron sobre Alec, riendo, mientras el aire estallaba en vítores de júbilo. Aline y Helen le alzaron el pulgar. Las proyecciones de Isabelle y Simon lo saludaron desde el fondo de la sala. Los Blackthorn aplaudieron y lanzaron hurras; Emma silbó. Maryse Lightwood se enjugó las lágrimas de alegría mientras que Kadir le palmeaba el hombro suavemente.

—Alec Lightwood —lo llamó Jia—. Por favor, álzate. Eres el nuevo Cónsul de la Clave.

Emma se esperaba que Lazlo replicara enfurecido, o al menos que lo mirara con rabia. Pero simplemente le sonrió fríamente mientras Alec se alzaba entre vítores y aplausos.

—¡Esta votación no cuenta! ¡No debería contar! —gritaba Zara—. ¡Si los que murieron en el campo pudieran votar, Alec Lightwood nunca hubiera ganado!

—Trabajaré por tu rehabilitación, Zara —dijo Alec sin rabia.

Se vio un destello de plata. Zara había cogido una larga daga del cinturón de armas de uno de los guardias que había cerca de ella. Este no intentó

detenerla. Se oyeron más gritos apagados cuando el resto de los guardias pasaron armas a los otros miembros de la Cohorte, y el acero destelló bajo la luz que penetraba por las grandes ventanas.

—¡Nos negamos a reconocer a Alec Lightwood como Cónsul! —gritó Manuel—. ¡Representamos nuestras viejas tradiciones, las cosas como siempre han sido y siempre deberían ser!

—¡Guardias! —gritó Jia, pero la veintena de guardias no estaban haciendo nada para detener a la Cohorte; de hecho, se les habían unido en un alboroto de dagas desenvainadas. Emma miró a Lazlo Balogh, que observaba con los brazos cruzados, sin dar ninguna muestra de sorpresa. Emma se dio cuenta de que, de algún modo, los aliados de la Cohorte habían colocado guardias que simpatizaban con su causa. Pero ¿cuál sería su plan? Seguían siendo solo una fracción comparada con el apabullante número de cazadores de sombras que habían votado por Alec.

Jia saltó desde el estrado y desenvainó su *dao*. Por todo el salón, los cazadores de sombras se ponían en pie y sacaban las armas. Alec había cogido su arco; Jace, su espada. Dru cogió a Tavvy, pálida, mientras el resto de la familia desenvainaba sus armas.

Entonces, Zara alzó la daga y se la puso en el cuello.

El movimiento cesó por completo. Emma seguía agarrando a *Cortana*, mientras Manuel imitaba el gesto de Zara y se ponía su propia daga en el cuello. Amelia Overbeck hizo lo mismo, Vanessa Ashdown la siguió, con Milo Coldridge..., hasta que todos los miembros de la Cohorte tenían las dagas contra sus propios cuellos.

—Podéis bajar las armas —dijo Zara, que presionaba tanto el cuello con la daga que la sangre le goteaba por la mano—. No estamos aquí para dañar a nuestros compañeros cazadores de sombras. Ya os habéis hecho suficiente daño con vuestro estúpido voto corto de miras. Queremos salvar Alacante de la corrupción y las torres de cristal de la ruina. —Los ojos le brillaban enloquecidos—. Has hablado del valor de las tierras fuera de Alacante como si Alacante no fuera el corazón de nuestra gente. Muy bien, entonces idos y uníos al mundo de los mundanos, lejos de la luz del Ángel.

—¿Nos estás pidiendo que dejemos Alacante? —preguntó Diana sin poder creérselo—. ¿Nosotros, que somos nefilim igual que tú?

—Ningún amigo de las hadas es tan nefilim como yo —escupió Zara—. Sí. Os pedimos... os exigimos que os vayáis. Clary Fairchild puede crear Portales; pues que haga uno ahora. Atravesadlo e id adonde queráis. Cualquier lugar que no sea Alacante.

—Solo sois un puñado de personas —dijo Emma—. No podéis echarnos al resto de Alacante. No es vuestra casita del árbol.

—Siento que se haya llegado a esto —intervino Lazlo—, pero no somos un puñado de personas. Somos muchos más. Quizá hayáis intimidado a la gente para que vote por Lightwood, pero su corazón está con nosotros.

—¿Propones una guerra civil? ¿Aquí, en el Salón del Consejo? —preguntó Diana.

—No una guerra civil —respondió Zara—. Sabemos que no podemos ganaros en una batalla. Tenéis demasiados trucos sucios. Tenéis brujos a vuestro lado. —Miró a Alec—. Pero estamos dispuestos a morir por lo que creemos y por Alacante. No nos marcharemos. Derramaremos sangre de cazadores de sombras, sí. Nuestra propia sangre. Nos cortaremos el cuello y moriremos aquí, a vuestros pies. U os marcháis o cubriremos el suelo de esta sala con nuestra propia sangre. Hizo un gesto de asentimiento a Amelia. Esta se clavó la daga en el estómago y la retorció con saña hacia un lado. Cayó de rodillas vomitando sangre mientras la sala estallaba en gritos de horror.

—¿Podrás construir tu nueva Clave sobre la sangre de niños muertos? —le gritó Zara a Alec—. Dijiste que tendrías piedad. Si nos dejas morir, cada vez que entres en esta sala, de ahora en adelante, estarás andando sobre nuestros cadáveres.

Todos miraron a Jia, pero esta miraba a Alec, el nuevo Cónsul.

Este observaba no la cara de Zara sino la de los demás que había en la sala; de aquellos que miraban a Zara como si fuera una promesa de libertad. No había piedad en los rostros de la Cohorte. Ninguno de ellos fue junto a Amelia mientras su sangre corría por el suelo.

—Muy bien —contestó Alec con una calma mortal—. Nos iremos.

Zara abrió mucho los ojos, sorprendida. Emma sospechó que no se había esperado que su plan funcionase, sino que pensaba morir como una mártir y, de paso, destruir a Alec y a los demás.

—¿Comprendes, Lightwood —dijo Lazlo—, que una vez que os marchéis, no podréis regresar? Cerraremos las salvaguardas de Idris a vosotros, arrancaremos el Portal de los muros del Gard, tapiaremos las entradas a la Ciudad Silenciosa. Nunca podréis volver.

—¿Tapiaréis las entradas a la Ciudad Silenciosa? —preguntó Diego—. ¿Os cortaréis el acceso a los Hermanos Silenciosos? ¿A la Copa y la Espada?

—Quien tiene Idris tiene el Espejo Mortal —replicó Lazlo—. En cuanto a los Hermanos Silenciosos, han sido corrompidos, igual que las Hermanas de

Hierro. Les impediremos la entrada a Alacante hasta que se den cuenta de su error. Hasta que vean quiénes son los verdaderos cazadores de sombras.

—El mundo es mucho más grande que Idris —dijo Jace, que se situó erguido y orgulloso junto a Alec—. Creéis que nos estáis quitando nuestra patria, pero la estáis convirtiendo en una prisión. Del mismo modo que nosotros no podremos entrar, vosotros nunca podréis salir.

Alec le dio la espalda a Balogh y se puso frente a la Clave.

—Abramos el Portal ahora —dijo—. Los que no vivís en Alacante, volved a vuestras casas. Los que vivís aquí, tenéis dos opciones: reunir a vuestras familias y venir con nosotros, o quedaros en esta ciudad, atrapados para siempre, con la Cohorte como gobernantes. Cada cazador de sombras puede elegir si desea vivir preso o libre.

Clary se puso en pie y fue a la puerta del fondo de la sala mientras sacaba la estela del bolsillo. La Clave la observó en silencio mientras su estela destellaba en la mano y un remolino gris plateado comenzaba a crecer ante la puerta, abriéndose hacia fuera, ondeando por los muros hasta convertirse en un enorme Portal.

Se volvió hacia la sala.

—Mantendré esto abierto durante todo el tiempo que haga falta para que todos los que quieran salgan de Idris —dijo con una voz firme y clara—. Yo seré la última en atravesarlo. ¿Quién quiere ser el primero?

Emma se puso en pie y Julian fue con ella, actuando juntos, como habían hecho siempre.

—Nosotros seguiremos a nuestro Cónsul —dijo Emma.

—Los Blackthorn iremos primero —dijo Julian—. Quédate tu prisión, Zara. Nosotros seremos libres sin ti.

El resto de la familia se alzó con ellos. Aline fue hasta Jia y se cogieron del brazo. Emma pensó que la sala resonaría con gritos y caos, con discusiones y peleas. Pero parecía como si una capa de anonadada aceptación hubiera caído sobre los cazadores de sombras, tanto de los que se iban como de los que se quedaban. La Cohorte y sus aliados observaron en silencio cómo la mayoría de los cazadores de sombras o bien se dirigían al Portal o bien se iban a recoger sus pertenencias de sus casas de Alacante.

Alacante se convertiría en una ciudad fantasma; una ciudad fantasma en un país fantasma, pensó Emma. Buscó a Diana y la encontró cerca, entre la gente.

—La tienda de tu padre —dijo—. Tu apartamento...

Diana sonrió.

—No me importa —respondió—. Siempre acababa volviendo con vosotros a Los Ángeles. Soy profesora. No una tendera de Idris. ¿Y por qué iba a querer vivir en un lugar al que Gwyn no pueda ir?

Cristina abrazó a Diego y a Jaime cuando se dispusieron a partir para regresar a Ciudad de México. Divya y Rayan se preparaban. También Cameron y Paige Ashdown, aunque Vanessa siguió en el estrado, mirándolos rabiosa con los ojos entornados. El cuerpo de Amelia yacía a sus pies. Emma sintió una punzada de lástima. Sacrificar tanto por una causa a la que no le importabas en absoluto, y luego morir sin que nadie te llorara. Parecía demasiado cruel.

Cameron le dio la espalda a Vanessa y se dirigió a la escalera para unirse a los Blackthorn y sus amigos cuando Clary dirigió el Portal para regresar a Los Ángeles. No se volvió a mirar a su prima. Emma esperó que él la viera sonreírle animándolo.

Los Ashdown no eran la única familia que se rompería por esto. Pero con cada paso que daba hacia el Portal, sabía que estaban haciendo lo correcto. Ningún nuevo mundo reluciente podía construirse sobre sangre y huesos.

El Portal se alzó ante Emma, iluminado y ondeante. A través de él podía ver el océano y la playa, la imponente silueta del Instituto. Por fin los Blackthorn regresaban a casa. Habían dudado, habían sufrido y ahora les esperaba el exilio, pero por fin regresaban a su hogar.

Le cogió la mano a Julian y juntos avanzaron.

34

Ciudad en el mar

Kieran ya llevaba un buen rato esperando en el prado. Nadie le había explicado, pensaba, que convertirse en el rey de una corte de Feéra implicaba tener que vestir con terciopelo que picaba mucho y seda casi todo el tiempo. Las botas eran bonitas, el rey tenía su propio zapatero, que le amoldaba el cuero a los pies; pero incluso así, hubiera preferido no llevar un cinturón enjovado, pesados anillos y un jubón con dos kilos de bordados en un brillante día de verano.

Un susurro en la hierba anunció la llegada del general Winter, que le hizo una profunda reverencia. Kieran le había dicho muchas veces que no lo hiciera, pero Winter insistía.

—Adaon Kingson, tu hermano —anunció, y se puso a un lado, para permitir a Adaon pasar ante él y acercarse a Kieran.

Los dos hermanos se observaron. Adaon iba vestido con la librea verde de un paje de la corte seelie. Le sentaba bien. Parecía descansado y tranquilo, pero sus ojos se mostraban pensativos al mirar a Kieran.

—¿Has pedido hablarme en privado, mi señor? —dijo Adaon.

—Winter, date la vuelta —ordenó Kieran. Lo cierto era que no le importaba que Winter lo oyera; no se había molestado en ocultarle secretos al jefe de sus guardias. En su opinión, era mejor que un rey no tuviera secretos si podía evitarlo. Simplemente ponía en manos enemigas las herramientas para chantajearlo.

Winter se alejó unos pasos y le dio la espalda. Se oyeron unos roces cuando el puñado de guardias gorras rojas que había ido con él hicieron lo mismo. Los guardias sabían muy bien cómo hacerse invisibles, pero ningún rey se quedaba por los prados solo y desprotegido.

—Has hecho todo el camino hasta las puertas de una corte enemiga para verme —dijo Adaon—. Supongo que me siento honrado.

—Eres el único hermano en el que he confiado —repuso Kieran—. Y he venido a preguntarte si desearías... si considerarías el ser rey en mi lugar.

Las cejas de Adaon se agitaron como alas de pájaro.

—¿No te agrada ser rey?

—No es si me agrada o no me agrada. Eso no importa. He dejado a Mark y a Cristina, a los que amo, para ser rey, pero no lo soporto. No puedo vivir así. —Kieran se toqueteó los pesados anillos—. No puedo vivir sin ellos.

—Y ellos no sobrevivirían en la corte. —Adaon se toqueteó la barbilla, pensativo—. Kieran, no voy a convertirme en rey por dos razones. Una es que contigo en el trono del rey y yo junto a la reina, podemos trabajar hacia una paz entre seelie y noseelie. La reina odiaba a Arawn, pero no te odia a ti.

—Adaon... —La voz de Kieran era áspera.

—No —lo interrumpió Adaon con firmeza—. Ya he hecho que la reina vea lo adecuado de una paz entre nuestras tierras, pero si la dejo para convertirme en el rey noseelie, me odiará y volveremos a ser enemigos.

Kieran respiró hondo. El prado olía a flores silvestres, pero se sentía mareado, asqueado, acalorado y desesperado. ¿Cómo podría vivir sin volver a oír la voz de Cristina? ¿Sin volver a ver el rostro de Mark?

—¿Y cuál es tu segunda razón?

—Has sido un buen rey —contestó Adaon—. Aunque solo hace unas pocas semanas que lo eres, Kieran, ya has hecho muchas cosas buenas: liberar prisioneros, establecer una distribución justa de la tierra, cambiar las leyes para mejor... Te has ganado la lealtad de nuestra gente.

—¿Así que si hubiera sido un rey incompetente como Oban podría tener la vida que quiero? —replicó Kieran con amargura—. Una extraña recompensa por hacer un buen trabajo.

—Lo siento, Kieran —repuso Adaon, y Kieran supo que debía de ser verdad—. Pero no hay nadie más.

Al principio, Kieran no podía ni hablar. Vio ante él los largos días sin amor o confianza. Pensó en Mark riendo, volando sobre *Windspear*, su fuerte cuerpo y su pelo dorado. Pensó en Cristina bailando, humo y llamas en la noche, su suavidad e infinita bondad de espíritu. No volvería a encontrar eso; no encontraría otros corazones tan maravillosos.

—Lo entiendo —dijo Kieran, casi ausente. Era el final. Cumpliría sus obligaciones de por vida, una vida que podía prolongarse durante muchos años, y con solo el placer de hacer el bien, que no era nada, para mantenerlo. Si la Cacería Salvaje hubiera sabido que ese sería el destino de su cazador más salvaje, todos se habrían reído—. Debo cumplir con mi deber. Lamento haberte preguntado.

El rostro de Adaon se suavizó.

—Yo no pongo el deber por encima del amor, Kieran. Debo decírtelo: he hablado con Cristina.

Kieran alzó la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Me sugirió que te diera mi cabaña. Está en un lugar de las Borderlands que no es ni Feéra ni el mundo mortal. No te debilitará como haría el mundo de los mortales y tampoco representará una amenaza para Mark y Cristina, como lo sería estar en la corte. —Adaon le puso la mano sobre el hombro cubierto de seda y terciopelo—. Podrás estar con ellos allí.

La intensa emoción casi hizo que Kieran perdiera pie.

—¿Y harías eso, Adaon? ¿Me darías tu cabaña?

Adaon sonrió.

—Naturalmente. ¿Para qué están los hermanos?

* * *

Emma se hallaba sentada sobre su maleta con la esperanza de conseguir cerrarla. Pensó tristemente en todo lo que ya había colado en la bolsa de Julian. Él era organizado y comedido cuando se trataba de hacer maletas, y ya hacía una semana que tenía una con la cremallera cerrada en el pasillo. Estaba comenzando a verse un poco abultada con todos los objetos de más que ella había metido cuando él no miraba: un cepillo de pelo, una bola de gomas para el pelo, chanclas y unas cuantas gafas de sol extra. Y una almohada. Nunca se sabía cuándo ibas a necesitar una almohada, sobre todo si ibas a emplear todo tu año de viaje en recorrer el globo.

—¿Estás lista para ir a la fiesta? —Cristina apareció con un vaporoso vestido azul y una margarita en el pelo. Arrugó la nariz—. ¿Qué estás haciendo?

—Saltando sobre esta maleta. —Emma se puso en pie y se quitó los zapatos—. Ríndete —le dijo a la maleta, y se subió encima—. Muy bien, pues voy a saltar.

Cristina la miró horrorizada.

—¿Nunca has oído hablar de los cubos de embalaje?

—¿Qué es un cubo de embalaje? ¿Algún tipo de espacio extradimensional? —Comenzó a saltar sobre la maleta como si fuera un trampolín.

Cristina se apoyó en la puerta.

—Me alegra verte tan contenta.

La maleta hizo un ruido horrible. Emma dejó de saltar.

—¡Rápido! ¡Cierra la cremallera!

Riendo suavemente, Cristina se puso de rodillas y cerró a la fuerza la cremallera. Emma saltó al suelo y ambas contemplaron la abultada maleta; Cristina con aprensión y Emma con orgullo.

—¿Y qué vas a hacer la próxima vez que tengas que cerrarla? —preguntó Cristina.

—No puedo pensar tan a largo plazo.

Emma se preguntó si debería arreglarse un poco más; la fiesta era algo informal, solo un grupo celebrando la designación oficial de Aline y Helen como directoras del Instituto de Los Ángeles.

O al menos, eso se decía.

Encontró un vestido de seda a media pierna de los años sesenta, con lazos de arriba abajo de la espalda, y pensó que era divertido y retro, pero Cristina estaba tan elegante que Emma dudó de si debería haberse puesto algo más formal. Decidió buscar su clip grande de oro para recogerse el pelo. Solo esperaba que no estuviera dentro de la maleta, porque ahí sí que no iba a adentrarse.

—¿De verdad que parezco feliz?

Cristina le puso un mechón suelto tras la oreja.

—Más feliz de lo que te he visto nunca —contestó, y como era Cristina, cada palabra relucía de sinceridad—. Me alegro tantísimo por ti...

Emma se tiró sobre la cama. Algo se le clavó en la espalda: su clip del pelo. Lo cogió, aliviada.

—Pero ¿y tú, Tina? Me preocupa que no seas feliz.

Cristina se encogió de hombros.

—Estoy bien. Voy sobreviviendo.

—Cristina, te quiero y eres mi mejor amiga —dijo Emma. Y le resultó fácil decir «mejor amiga», porque aunque Julian seguía siendo también su mejor amigo, era más que eso y, por fin, todo el mundo lo sabía—. Sobrevivir no es suficiente. ¿Qué hay de ser feliz?

Cristina suspiró y se sentó junto a Emma.

—Ya llegaremos ahí Mark y yo. Somos felices, sin embargo también sabemos que hay una felicidad mayor que hubiéramos podido tener. Y todos los días nos preocupamos por Kieran.

—¿No te pusiste en contacto con Adaon? —preguntó Emma.

—Sí, pero no he tenido respuesta. Quizá no es lo que quiere Kieran.

Emma frunció el ceño. Todo ese asunto le resultaba confuso, pero había algo que sí tenía claro: lo que más deseaba Kieran era estar con Mark y Cristina.

—¡Cristina! —Una voz resonó débilmente desde el exterior del Instituto; Emma bajó rápidamente de la cama y abrió la ventana. Un segundo después, Cristina estaba a su lado. Ambas sacaron la cabeza y vieron a Diego y a Jaime en el patio de entrada, agitando los brazos con energía—. ¡Cristina! ¡Baja!

Ella se echó a reír, y por un momento, bajo su callada tristeza, Emma vio a la niña que debía de haber sido en México, corriendo con los hermanos Rosales y metiéndose en líos.

No pudo evitar una sonrisa.

«Me gustaría haberte conocido entonces, Tina. Espero que seamos amigas toda la vida».

Pero Cristina estaba sonriendo, y Emma no quería estropearle ese frágil buen humor con pensamientos profundos.

—Vamos —le dijo, mientras cogía un par de sandalias—. Bajemos a la playa.

* * *

Con la ayuda de Ragnor y Catarina, la franja de costa justo debajo del Instituto había quedado bloqueada para su uso privado; habían rodeado toda la zona con señales mágicas indicando que la playa estaba cerrada debido a una terrible infestación de cangrejos.

Magnus también había hecho unos cuantos hechizos que acallaban el ruido del tráfico de la autovía. Emma sabía que no había tenido nada que ver con el tiempo, pero era como si también se hubiera ocupado de eso: un día perfecto, con un profundo cielo azul, las olas como satén trenzado de oro.

Había cazadores de sombras y subterráneos por toda la playa, desde un lado al otro de la curva de arena dorada rodeada de rocas. Alec, alto y apuesto en un jersey color marfil y pantalones negros, estaba ayudando a Catarina y a Ragnor a preparar las mesas de la comida. Emma notó que le temblaban ligeramente las manos mientras iba colocando platos y palillos. Magnus había hecho aparecer platillos de todas partes del mundo: *jiaizi* chino, *gyoza* japonesa, *pierogi* de queso polaco, *pelmeni* con mantequilla ruso, *mandu* coreano. Ragnor había aportado botellas de un vino ridículamente caro de su bodega favorita en Argentina, y también agua con gas francesa y zumo de

manzana para los niños. Catarina se ocupó de crear una fuente de chocolate suizo, que atrajo inmediatamente la atención de Max y Rafe.

—Nada de dedos llenos de arena en el chocolate —les decía Magnus—. U os convertiré a los dos en esponjas de mar.

Cristina se dirigió a la playa con los hermanos Rosales para reunirse con Mark, que estaba sentado solo en una elevación arenosa, con los ojos fijos a media distancia. Emma se inclinó para atarse la sandalia. Y al incorporarse, apareció Julian, con los vaqueros subidos hasta la rodilla y los pies descalzos y llenos de arena de jugar en la orilla con Tavvy y Helen. Parecía despreocupado de un modo como nunca antes lo había visto: sus ojos verde azulado brillaban como el cristal marino que llevaba en la muñeca, y su sonrisa era relajada y abierta cuando se acercó a ella y le rodeó la cintura con los brazos.

—Estás guapísima.

—Tú también —contestó ella con toda sinceridad, y él rio y la besó.

Emma se maravilló: Julian, que siempre había sido tan comedido, era al que no le importaba que la gente se enterara de su relación. Sabía que su familia entendía todo lo ocurrido, que Jem se lo había explicado en Alacante. Pero Emma siempre se preocupaba: ¿se preguntarían los otros cuánto tiempo llevaban enamorados? ¿Cuánto tiempo en ese estado había coincidido con su tiempo como *parabatai*?

Aunque a nadie parecía importarle, y a Julian al que menos. Le sonreía siempre que la veía, la cogía y la besaba, y le daba la mano con orgullo. Parecía disfrutar de las simpáticas quejas de sus hermanos cada vez que se los encontraban besándose por los pasillos.

Era asombroso no tener que mantener su amor en secreto, no tener que esconderse. Emma aún no se había acostumbrado, pero le devolvió el beso a Julian, sin importarle quién los veía.

Él sabía a sal y a mar. A casa. Julian le acarició la frente con la barbilla.

—Me alegro de que hayan venido todos —dijo Emma.

Había bastante gente. En un extremo de la playa, Maia, Simon y Bat jugaban al voleibol con Anush. Los vampiros aún no se habían presentado, porque el sol aún seguía un poco alto, pero Lily había enviado varios mensajes de texto a Alec para asegurarse de que hubiera sangre 0 negativo en hielo para más tarde. Isabelle estaba decorando con volutas de azúcar glas el pastel que Aline había preparado, y Marisol y Beatriz construían un castillo de arena. Ambas vestían el blanco de luto, y parecían compartir una tristeza

silenciosa y meditativa. Emma esperaba que se ayudaran la una a la otra: habían perdido a quien más querían.

Jace y Clary se habían metido en el agua y se estaban salpicando el uno al otro mientras Ragnor flotaba sobre una enorme colchoneta, bebiendo limonada. Jocelyn Fairchild y Luke Garroway se habían sentado con Jia, Patrick y Maryse un poco más abajo, y Diana y Gwyn estaban acurrucados sobre una manta cerca de la orilla.

—Tenemos un montón de aliados —dijo Julian.

Emma recorrió la playa con la mirada, hacia Magnus y Alec.

—Va a ser una noche muy importante —auguró—. Y la comparten con nosotros. Aquí no se trata de tener aliados. Se trata de tener amigos. Y tenemos un montón de amigos.

Se imaginó que él le replicaría con alguna broma, pero, en cambio, se le relajó el rostro.

—Tienes razón —asintió—. Supongo que sí.

* * *

Vigilar a los niños se había convertido en una costumbre. Incluso mientras jugaba en la orilla, buscando cangrejos ermitaños y dejándolos corretear por las manos, Dru no dejaba de quitarles el ojo de encima a Tavvy, Max y Rafe. Sabía que había un ejército de brujos y de ansiosos cazadores de sombras encargándose de ellos, pero no podía evitarlo.

—¿Drusilla?

Jaime iba por la playa hacia ella, igual que el día que había llegado en respuesta a la llamada de Cristina. Tenía mucho mejor aspecto que entonces: menos delgado, más color en las mejillas. El mismo cabello alborotado por el viento, los mismos ojos castaños y brillantes. Él le sonrió, y Dru se preguntó si debería haberse puesto algo más llamativo y bonito que las otras chicas. Había estado tanto tiempo llevando vestidos negros a todas partes que ni se lo planteaba, pero quizá él lo encontrara raro.

—¿Y qué hay reservado para ti después de todo esto? —le preguntó Jaime—. ¿Vas a asistir a la nueva Academia?

La Alianza de Subterráneos y Cazadores de Sombras se había reunido para construir una nueva escuela para los cazadores de sombras en un lugar ya seguro y con salvaguardas: la granja de Luke Garroway, en el norte del estado de Nueva York. Los informes decían que estaba casi acabada, y según Simon,

era como mil veces más bonita que la antigua Academia, donde habían encontrado ratas en el cajón de los calcetines.

—Aún no —contestó Dru, y vio en los ojos de Jaime que este acababa de recordar que ella era demasiado joven para ir a la Academia, en la que se comenzaba a los quince años—. Quizá dentro de unos años. —Le dio una patada a una concha—. ¿Volveré a verte?

Jaime tenía una expresión que ella no le había visto antes en el rostro. Una especie de dolorosa seriedad.

—No creo que sea muy probable. Cristina se va a marchar, así que no tengo ninguna razón para volver por aquí. —A Dru se le encogió el corazón—. Tengo que regresar y arreglar las cosas con mi padre y el resto de la familia. Ya sabes cómo va. La familia es lo más importante.

Ella se tragó las palabras que hubiera querido decir.

—Pero quizá te vea en la Academia algún día —añadió Jaime—. ¿Sigues teniendo el cuchillo que te di?

—Sí —contestó Dru, un poco inquieta. Él le había dicho que era un regalo, ¿no iría a pedirle que se lo devolviese, no?

—Buena chica —exclamó Jaime. Le alborotó el pelo y se alejó.

Ella quiso correr tras él y tirarle de la manga. Pedirle que volviera a ser su amigo. Pero no si la iba a tratar como una niña, se dijo. Le había gustado porque se había comportado con ella como si tuviera un cerebro totalmente funcional. Pero si ya no pensaba eso...

—¡Dru! —la llamó Ty, descalzo y lleno de arena, con un cangrejo ermitaño que le quería enseñar. Tenía una concha delicadamente moteada. Dru se inclinó sobre las manos de Ty para verlo, agradeciendo la distracción.

Dejó que la voz de Ty la bañara mientras este movía el cangrejo en sus delicadas y cuidadosas manos. Las cosas habían cambiado entre Ty y ella. Aparte de Kit y Magnus, ella era la única que sabía lo que había ocurrido en su intento de resucitar a Livvy.

Era evidente que Ty confiaba en ella de un modo distinto. Se guardaban mutuamente los secretos: ella era la única que sabía que algunas veces, cuando apartaba la mirada y sonreía, le estaba sonriendo al fantasma de Livvy, y él era el único que sabía que ella podía abrir una cerradura en menos de treinta segundos.

—Hay bioluminiscencia en el otro extremo de la playa —dijo Ty mientras dejaba el cangrejo de nuevo en la arena—. ¿Quieres venir a verla?

Dru aún veía a Jaime, que se había reunido con Maia y Diego y charlaba animadamente con ellos. Supuso que podría acercarse hasta allí y unirse a la

conversación, intentar parecer más adulta y alguien con quien merecería la pena hablar.

«Pero tengo trece años —pensó—. Tengo trece años y merece la pena hablar conmigo sin que tenga que fingir que soy alguien que no soy. Y no voy a molestarme con alguien que no lo ve».

Se recogió la larga falda negra y corrió tras Ty por la playa, sus pisadas salpicando luz.

* * *

—Muy bien, aquí —dijo Helen, mientras se sentaba justo en la línea de la marea. Tiró de Aline para que se sentara junto a ella—. Podemos ver cómo se retira la marea.

Aline se sentó y luego frunció el ceño.

—Y ahora se me ha mojado el culo —replicó—. Nadie me ha avisado.

A Helen se le ocurrieron varias réplicas picantes, pero prefirió no decir nada. Aline estaba especialmente hermosa, pensó, con una falda y un top de flores, y los tostados hombros desnudos al sol. Llevaba unos pequeños pendientes con la forma de las runas del amor y el compromiso.

—¿Nunca te sentaste en la playa en la isla de Wrangel? —le preguntó.

—Para nada. Hacía mucho frío. —Aline agitó los descalzos dedos de los pies en la arena—. Esto está mucho mejor.

—Es mucho mejor, ¿verdad? —Helen sonrió a su esposa, y Aline se puso roja, porque después de todo el tiempo que llevaban juntas, la atención de Helen aún hacía que Aline se sonrojara y se toqueteara el pelo—. Vamos a dirigir el Instituto.

—No me lo recuerdes. Tanto papeleo... —protestó Aline.

—¡Creía que querías dirigir el Instituto! —exclamó Helen entre risas.

—Creo que un empleo fijo es una buena idea —replicó Aline—. Y también tenemos que vigilar un poco a los niños para que no se vuelvan unos *hooligans*.

—Demasiado tarde, me parece. —Helen miró con cariño hacia la playa en dirección a sus hermanos.

—Y creo que deberíamos tener un bebé.

—¿De verdad? —Helen abrió la boca y la cerró de nuevo. Y volvió a abrirla—. Pero... querida... ¿cómo? Sin medicina mundana...

—No lo sé, deberíamos preguntarles a Magnus y a Alec, porque me parece que los bebés caen del cielo cuando ellos están por ahí. Como una

lluvia de pequeños.

—Aline —exclamó Helen con su voz de «ponte seria».

Aline le tiró de la falda.

—¿Quieres un bebé?

Helen se acercó más a ella y le puso las frías manos en el regazo.

—Mi amor —contestó—. ¡Sí! ¡Claro que sí! Pero... es que aún pienso un poco como si estuviéramos en el exilio. Como si estuviéramos esperando a que nuestra auténtica vida comenzara de nuevo. Sé que no es lógico...

Aline alzó las manos enlazadas de las dos y le besó los dedos a Helen.

—Cada minuto que he pasado contigo has sido mi auténtica vida —dijo—. E incluso en la isla de Wrangel, ha sido una vida mejor de la que nunca tuve sin ti.

Helen comenzó a sentir que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Un bebé sería como una nueva hermanita o hermanito para Ty, Dru y Tavvy —comentó—. Sería maravilloso.

—Si es una niña, la podríamos llamar Eunice —soltó Aline—. Era el nombre de mi tía.

—No haremos tal cosa.

Aline sonrió traviesa.

—Ya veremos...

* * *

Cuando Alec se acercó a hablar con Mark, este estaba haciendo animales con globos para Tavvy, Rafe y Max. Max se mostraba contento, pero Rafe y Tavvy parecían haberse cansado del repertorio de Mark.

—Es una mantícora —dijo Mark, alzando un globo amarillo.

—Es una serpiente —protestó Tavvy—. Todos son serpientes.

—Tonterías —replicó Mark, mostrándoles un globo verde—. Esto es un dragón sin alas ni cabeza. Y esto es un cocodrilo sentado encima de sus patas.

Rafe parecía triste.

—¿Por qué el dragón no tiene cabeza?

—Perdona —dijo Alec, tocando a Mark en el hombro—. ¿Puedo hablar contigo un segundo?

—Oh, gracias al Ángel —exclamó Mark, tirando los globos y poniéndose en pie. Siguió a Alec hacia los riscos mientras Magnus tomaba su puesto entreteniéndolo a los niños. Mark lo oyó diciendo a Rafe que el dragón había perdido la cabeza en una partida de póquer.

Mark y Alec se detuvieron bajo la sombra de un risco, no lejos de la línea de la marea. Alec llevaba un jersey ligero con un agujero en la manga y parecía tranquilamente complacido, algo sorprendente para un Cónsul que trataba de reconstruir un gobierno hecho pedazos.

—Espero que no tenga nada que ver con los globos —dijo Mark—. No tengo mucha práctica.

—No es por los globos —repuso Alec. Se frotó la nuca—. Sé que no hemos tenido muchas oportunidades de hablar, pero he oído mucho sobre ti de Helen y Aline. Y te recordé durante mucho tiempo después de encontrarte en Feéra. Cuando estabas en la Cacería.

—Me dijiste que si iba a Edom contigo, moriría —recordó Mark.

Alec parecía un poco incómodo.

—Estaba tratando de protegerte. Pero pensé en ti mucho, después de eso. En lo duro que eras. Y en lo mal que te había tratado la Clave, solo porque eras diferente. Siempre deseé que estuvieras por aquí para que participaras en la Alianza de Subterráneos y Cazadores de Sombras. Trabajar en eso ha sido algo que realmente voy a echar en falta.

Mark se sorprendió.

—¿No vas a seguir trabajando para la Alianza?

—No puedo —contestó Alec—. No puedo hacerlo y ser el Cónsul al mismo tiempo... es demasiado, para cualquiera. No sé lo que habrás oído, pero el gobierno se va a situar en Nueva York. En parte por mí. No puedo estar muy lejos de Magnus y los niños. Y tiene que ser en alguna parte.

—No tienes por qué disculparte —dijo Mark, preguntándose adónde querría ir a parar.

—Hay mucho que hacer —continuó Alec—. Tenemos contactos por todo el mundo, con todas las organizaciones religiosas, con las sociedades secretas que saben de la existencia de los demonios. Todos ellos tienen que decidir a quién pagarán el diezmo, si a nosotros o al gobierno de Alacante. Tenemos que enfrentarnos al hecho de que vamos a perder al menos parte de nuestros aliados. Que habrá una lucha por los fondos, por la credibilidad. Y por muchas más cosas...

Mark sabía que los cazadores de sombras sobrevivían del dinero que les entregaban las organizaciones religiosas, espirituales y místicas, que conocían la existencia de los demonios y valoraban la protección que ellos les brindaban. Nunca había pensado en lo que podría pasar sin esos fondos. No envidió a Alec.

—Me preguntaba si querrías unirme a la Alianza —dijo—. No solo unirme, sino ayudarnos a dirigirla. Podrías ser embajador en Feéra, ahora que la Paz Fría se está acabando. No va a ser un proceso rápido. Nos queda mucho trabajo para reconectar con las hadas, y necesitamos ayudarlas a entender que el gobierno de Idris ya no representa a la mayoría de los cazadores de sombras. —Vaciló un momento—. Sé que las cosas han sido de locura en tu familia, pero realmente serías de gran utilidad.

—¿Y dónde tendría que vivir? —preguntó Mark—. No quiero estar muy lejos de mi familia o de Cristina.

—Vamos a pedirle a Cristina que también se nos una —dijo Alec—. Su conocimiento de las hadas será muy útil, y la relación que su familia tiene con ellas, también. Ambos podéis tener sitio en el Instituto de Nueva York, y no habrá problema para que uséis los Portales para venir a ver a tu familia siempre que quieras.

Mark intentó digerir la idea. Nueva York parecía muy lejana, pero tampoco se había parado a pensar qué querría hacer ahora que la crisis parecía haber acabado. No tenía ningún interés en nada como el Escolamántico. Se podía quedar en Los Ángeles, claro, pero si lo hacía, estaría lejos de Cristina. Ya echaba de menos a Kieran, igual que ella, y no podría soportar añorarla a ella también. Pero ¿cuál sería su propósito si la seguía a México? ¿Qué quería hacer Mark Blackthorn con su vida?

—Tengo que pensarlo —dijo Mark, sorprendiéndose a sí mismo.

—Muy bien —repuso Alec—. Tómate todo el tiempo que necesites. —Miró el reloj—. Hay algo importante que debo hacer.

* * *

Cristina estaba sentada sobre las piernas cruzadas, mirando al mar. Sabía que debería unirse al resto del grupo (su madre siempre la reñía por quedarse en su habitación durante los acontecimientos sociales), pero había algo en el mar que le resultaba reconfortante. Lo echaría de menos cuando volviera a su casa: el regular ritmo de la marea, la superficie cambiante de las olas. Siempre igual y al mismo tiempo siempre nuevo.

Si volvía la cabeza un poco, podía ver a Emma con Julian, y a Mark hablando con Alec. Por el momento, era suficiente.

Una sombra le cubrió los ojos.

—Hola, amiga.

Era Diego. Se sentó junto a ella en la gran roca plana que había encontrado. Iba vestido más informal de lo que ella lo había visto en mucho tiempo, con una camiseta y pantalones arremangados. La brutal cicatriz del rostro se le estaba curando rápidamente, como hacían las cicatrices de los cazadores de sombras, pero nunca desaparecería del todo. Nunca volvería a ser Diego *el Perfecto*, al menos por fuera. Pero había cambiado mucho, y para mejor, en el interior, pensó Cristina, y eso era lo que realmente contaba.

—¿*En qué piensas?* —Era la misma pregunta que siempre le hacía, tan corriente que se había convertido en una broma entre los dos.

—El mundo me resulta tan extraño ahora... —contestó ella, mirándose los dedos de los pies—. No puedo hacerme a la idea de que hemos perdido Alacante. El hogar de los cazadores de sombras ya no es nuestro hogar. —Vaciló un instante—. Mark y yo somos felices juntos, pero también estamos tristes; que Kieran haya tenido que irse es como si nos hubieran arrancado una parte de nuestra relación. Es como Idris arrancada del mundo de los cazadores de sombras. Un trozo que falta. Aún podemos ser felices, pero nunca nos sentiremos completos.

Era la primera vez que le hablaba a Diego sobre su extraña relación, y se preguntó cómo reaccionaría. Él solo asintió.

—No hay un mundo perfecto —dijo—. Lo que tenemos ahora es una herida, pero es mejor de lo que era la Paz Fría, y mejor de lo que era la Cohorte. Muy poca gente tiene la oportunidad de ir y cambiar las injusticias que ve en el mundo, pero tú lo has hecho, Cristina. Siempre habías querido acabar con la Paz Fría, y ahora se ha acabado.

Extrañamente conmovida, Cristina le sonrió.

—¿Crees que nunca volveremos a saber algo de Idris?

—Nunca es mucho tiempo. —Cruzó los brazos sobre las rodillas. Hasta el momento, no había habido ninguna comunicación. Alec, el Cónsul, envió un mensaje de fuego a Idris el día que la Paz Fría se abolió oficialmente, pero no se recibió respuesta alguna. Ni siquiera podían estar seguros de que el mensaje les hubiera llegado; las salvaguardas alrededor de Idris eran más fuertes que ninguna otra vista antes. El hogar de los cazadores de sombras se había convertido en una prisión y una fortaleza—. Zara es muy terca. Podría ser durante mucho tiempo. —Diego calló un instante—. Alec me ha ofrecido el cargo de Inquisidor. Naturalmente, tiene que haber una votación, pero...

Cristina le echó los brazos alrededor de los anchos hombros.

—¡Felicidades! ¡Eso es maravilloso!

Pero Diego no parecía del todo feliz.

—Siento que no me merezco ser el Inquisidor —explicó—. Sabía que los guardias del Consejo, los que trabajaban en el Gard, estaban a favor de la Cohorte. Se lo dije a Jaime cuando entraron escoltando a Zara y a los otros prisioneros. Pero no puse ninguna objeción. Creía que no era posible que yo fuera el único en detectar ese problema.

—Nadie podía haber previsto lo que ocurrió —repuso Cristina—. Nadie se hubiera imaginado la jugada del suicidio, y nada más hubiera funcionado, aun teniendo los guardias de su lado. Además, ser el Inquisidor no es un favor o una recompensa. Es un servicio que rindes. Una manera de devolverle al mundo lo que has aprendido.

Diego comenzó a sonreír.

—Supongo que sí.

Ella le guiñó un ojo.

—Además, me alegro de saber que si necesito que alguien incline la Ley a mi favor, cuento con un amigo poderoso.

—Veo que has aprendido mucho de los Blackthorn —dijo Diego fingiendo ponerse serio.

Una sombra pasó sobre ellos; más oscura que una nube, demasiado grande para ser la de una gaviota. Cristina se apartó de Diego y echó la cabeza hacia atrás. Una forma voladora cortaba el cielo, brillante blanco contra el azul oscuro del cielo. Describió un círculo y comenzó a descender, preparándose para tomar tierra sobre la arena.

Cristina se puso en pie de un salto y comenzó a bajar a toda prisa las rocas hacia la playa.

* * *

El sol había bajado hasta tocar el borde del horizonte. Era una enorme bola ardiente naranja y rojo que iluminaba el océano con rayas de color dorado metálico.

Julian se hallaba en la marca del agua alta, una definida banda más oscura en la arena. Emma estaba junto a él, y su cabello dorado claro se escapaba del clip con el que se lo había sujetado; secretamente, Julian estaba satisfecho con ello. Le encantaba su cabello. Le encantaba poder estar cerca de ella así, cogerla de la mano y que nadie parpadeara. De hecho, casi todo el mundo que conocía parecía aceptarlo tan bien que se preguntó si muchos no habrían tenido ya antes sus sospechas.

Quizá así fuera. No le importaba.

Había vuelto a pintar a Emma, cuando conseguía que se estuviera quieta y le sirviese de modelo. Durante tanto tiempo la había pintado en secreto, los cuadros como única vía de escape de sus sentimientos, que pintarla moviéndose, riendo y sonriendo, una mancha de dorados, azules y ámbar, era más de lo que su corazón podía soportar.

Pintaba a Ty al borde del agua, y a Dru mirando pensativa o frunciendo el ceño, y a Helen y Aline juntas, y a Mark con los ojos alzados al cielo como si siempre estuviera buscando las estrellas.

Y pintaba a Livvy. Pintaba a la Livvy que había conocido y amado, y a veces pintaba a la Livvy de Thule, que lo había ayudado a sanar su corazón de la herida causada por la pérdida de su hermana.

Nunca sanaría del todo. Siempre le dolería, como le dolía la muerte de su madre, como le dolía también la de su padre. Y le dolía la de Arthur. Sería como todo el mundo era, sobre todo los cazadores de sombras: un lienzo con parches de amor y dolor, de pérdidas y de encuentros. El amor ayudaba a aceptar el dolor. Había que sentirlo todo.

Había aprendido eso.

—¿Puedo hablar contigo, Jules?

Julian se volvió sin soltar la mano de Emma. Era Mark. La luz dorada del sol hacía brillar aún más sus ojos dorados; Julian sabía que aún sufría por la pérdida de Kieran, pero al menos en ese momento, en la playa con su familia, estaba sonriendo.

—No os preocupéis —dijo Emma con una sonrisa. Besó a Julian en la mejilla y se fue a la arena a hablar con Clary, que estaba junto a Jace.

Mark se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Jules —dijo de nuevo—. Alec me ha ofrecido un trabajo: ayudar a dirigir la Alianza, y no estoy seguro de si debo aceptarlo. Siento que debería quedarme aquí y ayudar a Helen y Aline mientras pasas tu año de viaje, para que no tengas que preocuparte. Tú te ocupaste de todo durante mucho tiempo. Yo debería hacerme cargo de las cosas ahora.

Julian sintió una oleada de amor por su hermano. Si en algún momento hubo celos, habían desaparecido. Solo se alegraba de tener a Mark de vuelta.

Le puso las manos sobre los hombros.

—Acepta el trabajo —le dijo.

Mark pareció sorprendido.

—¿Qué lo acepte?

—No hace falta que te preocupes. Las cosas ya no son como eran —dijo Julian, y por primera vez, mientras le decía esas palabras en voz alta a su

hermano, las creyó totalmente ciertas—. Antes tuve que encargarme de todo porque no había nadie más que pudiera hacerlo. Pero ahora, Helen y Aline están en casa. Quieren encargarse del Instituto, de los niños; es lo que han querido durante años. —Bajó la voz—. Tú siempre formarás parte de los dos mundos. Hada y nefilim. Ese trabajo parece una manera de que tener esos dos mundos sea una ventaja. Así que hazlo. Quiero que seas feliz.

Mark lo envolvió en un fuerte abrazo. Julian sujetó a su hermano, con la marea rompiendo a los pies de ambos; lo cogió con toda la fuerza con la que había deseado cogerlo todos los años que había estado lejos.

—¡Mark! ¡Mark!

Los hermanos se apartaron. Julian se volvió sorprendido al ver a Cristina corriendo hacia ellos por la playa, zigzagueando entre los asistentes a la fiesta. Tenía las mejillas muy rojas de excitación.

Llegó hasta ellos y le cogió la mano a Mark.

—Mark, *mira* —dijo, y la voz le fue subiendo de entusiasmo—. ¡Mira!

Julian inclinó la cabeza hacia atrás, como lo estaban haciendo todos, la fiesta entera transfigurada por la visión de un caballo hada volando en círculos sobre ellos. Un caballo blanco con ojos escarlata, dos cascos dorados y dos plateados. Era *Windspear*, y Kieran lo montaba.

El sol se ponía con una llamarada final cuando *Windspear* tomó tierra en la playa, con la arena salpicando alrededor de los cascos. Max gritó extasiado al ver el caballo, y Magnus lo agarró a toda prisa mientras Kieran saltaba del lomo del animal. Iba todo vestido de azul oscuro, con el tipo de atuendo elaborado que Julian ni siquiera comenzaba a comprender; sin duda había terciopelo y seda, y algún tipo de cuero, y anillos en todos los dedos, y su pelo también era azul oscuro. Se lo veía etéreo, deslumbrante y un poco extraterrestre.

Se lo veía como un rey de Feéra.

Los ojos recorrían inquietos el grupo de asistentes y se clavaron en Mark y Cristina. Lentamente, Kieran comenzó a sonreír.

—Recuerda —dijo Mark, de la mano de Cristina y susurrando en voz tan baja que Julian se preguntó si ella debía oírlo o no—. Recuerda que todo esto es real.

Cristina y él comenzaron a correr. *Windspear* alzó el vuelo, rodeándolos feliz desde lo alto. Julian vio a Emma, cerca de la fuente de chocolate, mirando entusiasmada cómo Mark, Cristina y Kieran se abrazaban.

* * *

—Bien —dijo Alec. Magnus y él se habían resguardado a sotavento tras una gran roca de superficie granulosa, erosionada por años de sal y viento. Magnus, apoyado de espaldas contra ella, parecía tan joven que hacía que a Alec se le rompiera el corazón con una mezcla de amor y nostalgia—. Ya que ahora soy el Cónsul, supongo que puedo poner las reglas.

Magnus alzó una ceja. En la distancia, Alec oía los sonidos de la fiesta: gente riendo, música, Isabelle llamando a Max y a Rafe. Se había quedado a cargo de ellos mientras Alec y Magnus se tomaban un momento de respiro. Alec sabía que cuando volvieran, los dos niños estarían cubiertos de lápiz de ojos brillante, pero algunos sacrificios valían el coste del limpiador de maquillaje.

—¿Era una insinuación? —preguntó Magnus—. Porque tengo que decirte que estoy más interesado de lo que pensé que estaría.

—Sí —contestó Alec. Se detuvo—. No. Un poco. —Puso la mano sobre el corazón de Magnus y este lo miró con pensativos ojos verde dorado, como si notara que Alec iba en serio—. Quiero decir que pongo las reglas. Ahora estoy al mando.

—Ya te he dicho que estaba interesado —afirmó Magnus.

Alec le cubrió el mentón con la mano. Magnus tenía una sombra de barba que a Alec le gustaba. Le hacía pensar en su compañero recién levantado, antes de que el resto del mundo lo viera, antes de ponerse la ropa como una armadura, cuando era solo suyo.

—Podríamos casarnos —dijo—. De azul brujo y dorado cazador de sombras. Como siempre hemos querido.

Una sonrisa incrédula se abrió paso en el rostro de Magnus.

—¿De verdad me estás pidiendo...?

Alec respiró hondo y se arrodilló sobre la arena. Alzó la mirada hacia Magnus y vio cómo la expresión le cambiaba de divertida a alguna otra cosa. Algo tierno, serio y vulnerable.

—Casi te pierdo —dijo Alec—. Me había acostumbrado a pensar que eres inmortal. Pero ninguno de nosotros lo es. —Intentaba evitar que le temblaran las manos; estaba más nervioso de lo que se había esperado—. Ninguno de nosotros es para siempre. Pero al menos, puedo hacer todo lo posible para hacerte saber lo mucho que te amo cada uno de los días que vivamos. —Respiró profundamente—. Desearía poder prometerte una vida completamente aburrida y tranquila a mi lado. Pero tengo la sensación de que siempre estaremos rodeados de aventura y caos.

—No me gustaría que fuera de otro modo —repuso Magnus.

—Cuando te encontré, no sabía lo que había encontrado —siguió Alec—. No se me da bien hablar sobre las cosas hermosas y preciosas para mí, ya lo sabes, me conoces mejor que nadie. —Se humedeció los secos labios—. Y cuando un día la gente me recuerde y sepa lo que mi vida significó, no quiero que digan «Alec Lightwood luchó en la Guerra Oscura», o «Alec Lightwood fue Cónsul». Quiero que piensen: «Alec Lightwood amó tanto a un hombre que cambió el mundo por él».

Los ojos de Magnus brillaron como estrellas. Los clavó en los de Alec con una mirada feliz, con un sentimiento tan profundo que el nuevo Cónsul se sintió orgulloso de ser parte de él.

—Ya sabes que ya has cambiado el mundo por mí.

—¿Te casarás conmigo? —susurró Alec. El corazón le latía como las alas de un colibrí—. ¿Ahora mismo? ¿Esta noche?

Magnus asintió sin palabras y ayudó a Alec a ponerse en pie. Se abrazaron, y Alec se irguió un poco, porque Magnus era más alto que él, lo que siempre le había encantado.

Y se besaron durante un buen rato.

* * *

La playa era como un avispero; todo actividad. El sol ya se había puesto, pero el cielo aún brillaba de un azul opalino. Simon y Jace estaban montando una plataforma de madera sobre la arena, donde la vista de la costa era mejor. Julian y Emma encendían velas alrededor de la plataforma. Clary, que se había puesto un vestido azul, estaba esparciendo flores. Ragnor y Catarina discutían mientras montones de platos de comida de aspecto succulento aparecían sobre las mesas, que ya crujían por el peso. Isabelle estaba vistiendo a Max y a Rafe con unos trajecitos adorables ribeteados de dorado y azul, mientras que Max se quejaba y Rafe parecía resignado.

Helen y Aline ayudaban a los Blackthorn más pequeños a dibujarse las runas doradas de compromiso y amor, de fe y bondad. Cristina, con runas en las muñecas y el cuello, se había ofrecido voluntaria para ayudar a colocar una fila de antorchas en la playa. Tarareaba al trabajar, rodeada de cazadores de sombras y de subterráneos, todos riendo juntos. Sabía que se aproximaban tiempos difíciles, que la Clave en el exilio no lo tendría fácil. Alec tendría que tomar decisiones difíciles; todos deberían hacerlo. Pero en ese momento, esas preparaciones eran como un tiempo de felicidad dentro de una burbuja, a salvo de la crudeza de la realidad.

—Coge esta. —Con una sonrisa, Kieran le puso una antorcha en la mano; se había puesto a trabajar junto a los otros como si no fuera el rey de la corte noseelie. En el ocaso, su cabello parecía tan negro como su ropa.

—Y yo tengo más. —Mark, descalzo y con el cabello como la luz de las estrellas, colocó varias antorchas en la arena frente a las de Cristina. Al cabo de un momento, comenzaron a arder con una tenue luz que pronto se intensificaría: marcaban un sendero de fuego sobre la playa, hacia el mar.

—Kieran —lo llamó Cristina, y él la miró entre las antorchas, con expresión de curiosidad. Cristina no estaba segura de si debía preguntárselo, pero no pudo evitarlo—. Envié un mensaje a Adaon hace siglos, y no he tenido ninguna respuesta. ¿Te ha costado mucho tiempo decidir qué hacer?

—No —contestó con firmeza—. Adaon no me dijo inmediatamente que le habías enviado un mensaje. Yo no tenía conocimiento de que te habías puesto en contacto con él. Estaba tratando de olvidaros a los dos; estaba tratando de ser un buen rey y de aprender a vivir una vida plena sin vosotros. —Un mechón de pelo se le volvió azul plata—. Fue horrible. Odié cada minuto que pasaba. Finalmente, cuando no pude resistirlo más, fui a ver a Adaon y le pregunté si estaría dispuesto a ser rey en mi lugar. Se negó, pero fue entonces cuando me ofreció la cabaña.

Cristina estaba indignada.

—¡No puedo creer que haya hecho eso! ¡Debería haberse puesto en contacto contigo inmediatamente!

Kieran le sonrió. Cristina se preguntó cómo podía haber visto en él algo agreste o distante. Se acercaron el uno al otro, un silencioso grupo de tres entre el fuego y las risas, con las cabezas juntas.

—¿Funcionará de verdad? —Mark parecía preocupado. Le sacudió un poco de arena de la manga de terciopelo—. ¿Realmente existe un lugar donde podamos estar juntos?

Kieran sacó una llave que llevaba en una cadena colgada al cuello; parecía muy antigua, de bronce plateado, ennegrecida por el tiempo.

—La cabaña es nuestra. Nos proporcionará un lugar donde no hay reyes, ni reinas, ni mortales, ni hadas. Solo nosotros tres. No será durante todo el tiempo, pero será suficiente.

—Por ahora, aprovecharé todo el tiempo que pueda pasar con vosotros —dijo Cristina, y Kieran se inclinó para besarla suavemente. Cuando se apartó, Mark les sonreía a ambos.

—Cristina y yo estaremos muy ocupados, me parece —comentó—. Entre nuestras familias en diferentes Institutos y nuestro trabajo en la Alianza. Y tú

estarás ocupado con tu nuevo reino. El tiempo que pasemos juntos será, sin duda, precioso.

Cristina se dio unas palmaditas en el bolsillo.

—Diego y Jaime dijeron que me agradecerían que me ocupara de vigilar la Eternidad. Así que lo único que tienes que hacer es enviarnos un mensaje, Kieran, y nos reuniremos contigo.

Este parecía pensativo.

—¿Traeréis uno de esos calendarios de gatos a los que me he aficionado? Me gustaría decorar la cabaña.

—Hay también otros tipos de calendarios. Con nutrias, y conejitos y perritos —bromeó Mark sonriendo.

Con aspecto beatífico, Kieran echó la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas.

—Sin duda, esta es una tierra de maravillas.

Cristina los miró a ambos, con tanto amor en el corazón que casi le dolía.

—Sin duda lo es.

* * *

Cuando Alec y Magnus regresaron a la playa, estaba totalmente transformada.

—¿Esto lo has planeado tú? —preguntó Magnus, mirando alrededor, asombrado. No tenía ni idea; ninguna en absoluto, pero era inconfundible. Magnus y Alec se habían pasado muchas noches tumbados despiertos, en su apartamento de Brooklyn, mientras el ventilador del techo giraba lentamente, y susurraban sus ideas y planes para ese día lejano en que podrían llevar a cabo sus promesas en oro y azul. Ambos sabían lo que querían.

Sus amigos habían trabajado rápido. Los cazadores de sombras vestían con runas de boda, proclamando su testimonio a una ceremonia de amor y compromiso. Los subterráneos llevaban tiras de seda de color azul cobalto en la muñeca izquierda, como hacían los invitados a las ceremonias de esponsales de los brujos. Había pasado mucho tiempo, pensó Magnus, desde la última vez que acudió a la boda de uno de los suyos. Nunca se le había ocurrido pensar que lo harían por él.

Antorchas que parpadeaban sin viento dibujaban un sendero en la playa que conducía a una plataforma de madera colocada ante el mar. Magnus había crecido viendo el océano, y una vez, solo una vez, le había mencionado a Alec que le gustaría casarse con el sonido de las olas de fondo. El corazón pareció partirse en mil pedazos, porque Alec lo había recordado.

—Me alegro de que hayas aceptado —comentó Alec—. No me habría gustado nada tener que decirles a todos que tenían que retirar la decoración. Y ya les había dicho a los niños que tenía una sorpresa para ti.

Magnus no pudo evitarlo y besó a Alec en la mejilla.

—Sigues sorprendiéndome todos los días, Alexander —dijo—. Tú y tu maldita cara de póquer.

Alec rio. Mientras sus amigos los animaban a avanzar, Magnus oía sus felicitaciones y vítores llevados por el viento. Las runas relucían doradas bajo la luz de las antorchas, y la seda azul cobalto susurraba bajo el viento.

Jace fue el primero en adelantarse, vestido con una chaqueta de combate con runas doradas, y le tendió la mano a Alec.

—Me presento como *suggenes* de Alexander Lightwood —dijo con orgullo.

Magnus sentía por Jace lo que había sentido por muchos cazadores de sombras a lo largo de los años, Fairchild, Herondale, Carstairs y otros: afecto y una leve exasperación. Pero en un momento como ese, cuando el amor de Jace por Alec brillaba sincero y sin ambages, solo sentía gratitud y cariño.

Alec cogió la mano de Jace y comenzaron a recorrer el sendero de luz. Magnus fue a seguirlos, porque los brujos no tenían tradición de *suggenes*, un amigo que acompañaba hasta el altar, pero Catarina se le acercó, sonriendo, y lo cogió del brazo.

—Me he peleado con nuestro *amienemigo* por el privilegio de escoltarte —dijo, señalando a un furibundo Ragnor con un gesto de la cabeza—. ¿Acaso creías que te iba dejar acercarte solo al altar? ¿Y si te entraba el miedo y salías corriendo?

Magnus rio por lo bajo mientras pasaban ante rostros conocidos: Maia y Bat; Lily con una corona de flores torcida; Helen y Aline, silbando y aplaudiendo. Helen tenía una cinta azul en la muñeca además de las runas doradas en la ropa; igual que Mark.

—Ningún miedo —repuso Magnus—. Me siento absolutamente valiente.

Ella le sonrió.

—¿Ninguna duda?

Llegaron al final del sendero iluminado. Alec esperaba junto a Jace en la plataforma. Tras ellos estaba el océano, extendiéndose azul plateado, como la magia de Magnus, hasta el horizonte. Sus amigos más íntimos rodearon la plataforma: Clary con los brazos llenos de flores azules y amarillas; Isabelle con Max en brazos y conteniendo las lágrimas; Simon sonriente y contento; Maryse con Rafe a su lado: este parecía solemne, como si se diera cuenta del

significado del acontecimiento. Jia Penhallow se hallaba donde estaría el cura en una ceremonia mundana, con el *Codex* en la mano. Todos se habían puesto chales o chaquetas ligeras de seda con runas de oro; estandartes de seda colgaban suspendidos en el cielo, con runas de amor y fe, compromiso y familia.

Magnus miró a Catarina.

—Ninguna duda —le respondió.

Ella le apretó la mano y se colocó al lado de Jia. Había un segundo círculo alrededor de la plataforma: los Blackthorn y sus amigos estaban allí, apretados. Julian dedicó su relajada sonrisa a Magnus; Emma relucía de felicidad cuando Magnus cruzó la plataforma de madera y se colocó frente a Alec.

Este extendió las manos y Magnus se las cogió. Miró a los azules ojos de Alec, el color exacto de su magia, y sintió que una gran calma lo invadía, una paz más allá de cualquier otra que hubiera sentido antes.

«Ninguna duda». Magnus no tenía que rebuscar en su alma. Lo había hecho mil veces, diez mil veces, desde que conocía a Alec. No porque dudara, sino porque le sorprendía mucho no dudar. Nunca en toda su larga vida se había sentido más seguro de algo. Había vivido felizmente y no se arrepentía de nada; de sus idas y venidas había hecho poesía, había vivido sin ataduras y disfrutaba de la libertad.

Entonces conoció a Alec. Se sintió atraído por él de un modo que no podría haber explicado o previsto; deseaba verlo sonreír, verlo feliz. Había observado a Alec transformarse de un muchacho tímido y con secretos en un hombre que se enfrentaba al mundo abiertamente y sin miedo. Alec le había dado el don de la fe, una fe que en Magnus era lo suficientemente fuerte para hacer feliz no solo a Alec, sino a toda una familia. Y en su felicidad, Magnus se sintió no solo libre, sino rodeado de una gloria inimaginable.

Algunos podrían haberlo llamado la presencia de Dios.

Magnus solo lo llamaba Alexander Gideon Lightwood.

* * *

—Comencemos —dijo Jia.

Emma se había puesto de puntillas, excitada. Todos sabían que iba a haber una boda sorpresa en la playa; al menos una sorpresa para Magnus. Si Alec estaba nervioso, había conseguido disimularlo muy bien. Nadie más llegó a pensar que Magnus pudiera decir que no, pero Emma recordó el ligero

temblor de las manos de Alec de antes, y se alegró muchísimo de que todo hubiera salido bien.

Jace se acercó para ayudar a Alec a ponerse una chaqueta azul oscuro decorada con runas doradas, mientras que Catarina le colocaba a Magnus una chaqueta de color cobalto y dorado sobre los hombros.

Ambos se apartaron, y se hizo el silencio cuando Jia comenzó a hablar.

—A lo largo de los siglos —dijo—, ha habido pocas uniones de cazadores de sombras con subterráneos que hayan sido reconocidas como tales. Pero ha llegado una nueva era, y con una nueva era llegan nuevas tradiciones. Esta noche, mientras Magnus Bane y Alec Lightwood unen sus vidas y sus corazones, nos disponemos a reconocer esta unión. A ser testigos de la auténtica unión de dos almas que se han aferrado la una a la otra. —Se aclaró la garganta. Parecía un poco demacrada, como se la vio en el Salón del Consejo, pero mucho menos cansada. Su rostro mostraba alegría y orgullo mientras pasaba la mirada por el grupo reunido allí—. Alexander Gideon Lightwood. ¿Has hallado a aquel al que tu alma ama?

Era una pregunta que se hacía en todas las bodas; una parte de la ceremonia milenaria de los cazadores de sombras. La gente calló, el silencio de la santidad, de un ritual sagrado compartido y respetado. Emma no pudo evitar cogerle la mano a Julian; él la acercó a su lado. Había algo en el modo en que Magnus y Alec se miraban. Emma pensó que deberían estar sonriéndose, pero ambos estaban serios. Se miraban como si el otro fuera tan brillante como la luna llena, que podía borrar todas las estrellas.

—Lo he hallado —contestó Alec—. Y no lo dejaré marchar.

—Magnus Bane —continuó Jia, y Emma se preguntó si esa sería solo la segunda vez en la historia que esa pregunta se le formulaba a un brujo—. Has estado entre los vigilantes y en las ciudades del mundo. ¿Has hallado a aquel al que tu alma ama?

—Lo he hallado —contestó Magnus, mirando a Alec—. Y no lo dejaré marchar.

Jia inclinó la cabeza.

—Es el momento de intercambiar las runas.

Era el momento en que, en la ceremonia tradicional, los cazadores de sombras se marcarían el uno al otro con runas de boda y pronunciarían los votos. Pero Magnus no podía portar runas. Le quemarían la piel. Confusa, Emma observó a Jia poner algo que destelló en la mano de Alec.

Alec se acercó a Magnus y Emma vio que era un broche dorado con la forma de la runa de la unión en matrimonio. Mientras se acercaba a Magnus,

Alec fue pronunciando las palabras de los votos de los nefilim: «El amor destella como el fuego, la llama más brillante. Muchas aguas no pueden apagar el amor, ni las riadas ahogarlo». Le colocó el broche a Magnus sobre el corazón, sin apartar los azules ojos de su rostro: «Ahora colócame cual un sello sobre tu corazón, cual un sello sobre tu brazo; porque el amor es fuerte como la muerte. Y así unidos quedamos: más fuertes que la llama, más fuertes que el agua, más fuertes que la propia muerte».

Magnus, con la mirada fija en la de Alec, colocó las manos sobre el broche. Ahora le tocaba a él. Alec dejó a un lado la chaqueta y se subió la manga de la camisa, dejando el brazo al descubierto. Le colocó una estela a Magnus en la mano y le cogió los dedos con los suyos. Con las manos entrelazadas, Alec trazó la runa de la unión en matrimonio en su propio brazo. Emma supuso que la segunda runa, la que iba sobre el corazón, se añadiría más tarde, en privado, como se solía hacer.

Cuando acabaron, la runa resaltaba clara y negra sobre la piel de Alec. Nunca desaparecería. Nunca lo dejaría, una señal permanente de su amor por Magnus. Emma sintió un dolor en lo más profundo de su alma, donde vivían las esperanzas y los sueños sin compartir. Cualquiera sería afortunado de tener lo que Magnus y Alec tenían.

Lentamente, Magnus bajó la mano, aún unida a la de Alec. Miró la runa en el brazo de este como si estuviera asombrado, y Alec le devolvió la mirada, como si ninguno de los dos pudiera mirar hacia otro lado.

—Ahora los anillos —dijo Jia, y Alec pareció despertar de un sueño. Jace se acercó y le puso un anillo en la mano, y otro en la de Magnus, y les dijo algo en voz baja que los hizo reír. Simon le frotaba la espalda a Isabelle, que se tragaba las lágrimas haciendo aún más ruido, y Clary sonreía mirando las flores.

Emma se alegró de su runa de visión nocturna. Gracias a ella, pudo ver que los anillos eran los de la familia Lightwood, grabados con el dibujo tradicional de llamas en el exterior y con una inscripción en el interior.

—*Aku cinta kamu* —pronunció Magnus, leyendo esas palabras, y sonrió a Alec, una sonrisa brillante que abarcaba un mundo entero—. Mi amor es tuyo, mi corazón es tuyo, mi alma es tuya, Alexander. Ahora y para siempre.

Catarina sonrió ante lo que debían de ser unas palabras que le resultaban familiares. Magnus y Alec se pusieron mutuamente los anillos y Jia cerró su libro.

—Alexander Lightwood-Bane. Magnus Lightwood-Bane. Se os declara unidos en matrimonio —dijo—. Y ahora, celebrémoslo.

Y comenzaron los vítores: todos gritaban, se abrazaban y bailaban, y el cielo en lo alto estalló en luces doradas, cuando Ragnor, superada al fin su rabieta, llenó el aire de fuegos artificiales que estallaban con forma de runas de boda. En el centro de todo, Magnus y Alec se abrazaban con fuerza, los anillos reluciéndoles en los dedos como rayos de un nuevo sol rompiendo el horizonte.

* * *

La ceremonia había dado paso a la fiesta, y los animados invitados llenaban la playa de arriba abajo. Ragnor había conseguido un piano de algún lado, y Jace estaba tocando, con la chaqueta sobre el hombro como un músico de blues de los viejos tiempos. Clary estaba sentada sobre la caja de piano, lanzando flores al aire. Había los que bailaban descalzos sobre la arena, cazadores de sombras y subterráneos perdidos en el ritmo de la música. Magnus y Alec bailaban juntos, con sus hijos entre ellos, un feliz enredo familiar.

Diana y Gwyn estaban sentados a poca distancia. Gwyn había puesto su capa en el suelo para que Diana se sentara encima. A ella la conmovió el gesto: la capa del líder de la Cacería Salvaje era un objeto poderoso, pero él no pareció pensárselo dos veces antes de usarla como una manta de playa.

Diana se sentía entusiasmada, ligera y dichosa. Tocó a Gwyn en la muñeca y le sonrió.

—Sienta bien ver a tanta gente feliz. Se lo merecen —dijo él—. No solo Magnus y Alec, sino también Mark, Kieran y Cristina.

—Y Emma y Julian. Siempre me pregunté... —Diana dejó la frase a medias. En retrospectiva, su amor parecía de lo más claro.

—Lo di por hecho —repuso Gwyn—. Se miraban como yo te miro a ti. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Me alegro de que ahora sean felices. Todos los corazones verdaderos se lo merecen.

—¿Y qué hay del líder de la Cacería? ¿Qué hay de su felicidad? —preguntó Diana.

Él se le acercó más. El viento del océano era fresco, y le arrebujó el chal en el cuello para que no tuviera frío.

—Tu felicidad es la mía —repuso él—. Pero pareces pensativa. ¿Me dirás lo que te corre por la cabeza?

Diana hundió los dedos en la fresca arena.

—Durante tanto tiempo he estado preocupándome... —empezó ella—. Lo mantuve todo en secreto, el ser transgénero, usar la medicina mundana,

porque tenía miedo. Pero ahora se lo he dicho a todo el mundo. Todos lo saben y no ha sucedido nada terrible. —Esbozó una sonrisa agrídulce—. Todo nuestro mundo se ha vuelto patas arriba, y mi secreto ahora parece algo sin importancia.

Dos días después de su regreso de Idris, Diana había reunido a los habitantes del Instituto de Los Ángeles y les había contado su historia a todos los que eran importantes para ella. Dejó claro que para el Cónsul no era ningún secreto. Ya había hablado con Alec, que reconoció sin problemas que sabía menos de lo que debería sobre los cazadores de sombras (o los mundanos) transgénero, pero que estaba ansioso por aprender.

Alec le aseguró que lo había hecho todo bien: no reveló los secretos de los cazadores de sombras a los médicos mundanos, no les hizo correr ningún riesgo. Solo lamentaba que hubiera tenido que vivir con miedo, como antes le había pasado a él.

—Pero ya se acabó —le aseguró, y su convicción era irrefutable—. La Clave siempre se ha ocupado de la fuerza de los cazadores de sombras, pero no de su felicidad. Si pudiéramos cambiar eso...

Le prometió que trabajaría con él. Los Blackthorn habían respondido a su historia con amor y compasión, y en cuanto a los demás... podían enterarse o no. No le debía nada a nadie.

—Estás sonriendo —observó Gwyn.

—No tengo secretos Ahora no tengo ninguno. Soy libre como el viento —respondió Diana.

Él le puso las grandes manos sobre las mejillas.

—Mi señora, mi amor —dijo—. Cabalgaremos juntos sobre el viento.

* * *

A la música del piano se le había unido la de la flauta, tocada, sorprendentemente, por Kieran. No era malo, pensó Julian, mientras Simon también se les unía con la guitarra. Quizá los tres juntos podrían triunfar como el grupo más raro del mundo.

Emma y Cristina bailaban juntas, ambas riendo tanto que se doblaban por la cintura. Julian no quería interrumpirlas: sabían que tenían que aprovechar el tiempo que les quedaba antes de que Emma y él se marcharan. Se permitió observar a Emma durante solo un momento. Estaba preciosa bajo la luz plateada de las antorchas, con el cabello y el pelo reluciendo de color dorado

como las runas de boda; luego rodeó a los que bailaban y fue hasta donde las olas bañaban la orilla.

Ty y Dru estaban allí, juntos, el primero inclinado para explicarle a su hermana pequeña lo que hacía que las olas relucieran y destellaran.

—Bioluminiscencia —oyó que le estaba diciendo—. Minúsculos animales que habitan en el océano. Brillan como luciérnagas submarinas.

Dru miró el agua, dudosa.

—No veo ningún animal.

—Son microscópicos —explicó Ty. Se llenó la mano de agua marina, como si sujetara un puñado de diamantes—. No puedes verlos. Solo puedes ver lo que hacen.

—Quería hablar contigo, Ty —dijo Julian.

El chico alzó la mirada y la fijó en un punto justo a la izquierda del rostro de Julian. El colgante de Livvy destelló en su cuello. Comenzaba a ser mayor, pensó Julian con una punzada de pena. La suavidad infantil ya había desaparecido de su rostro, de sus manos.

Dru los saludó militarmente a los dos.

—Vosotros charlad, chicos. Voy a ver si Lily me enseña a bailar el charleston. —Se fue pisando por la orilla, salpicando chispas luminosas.

—¿Estás seguro de que no hay problema con que me marche? —le preguntó Julian a Ty—. Emma y yo... bueno, no es necesario que nos vayamos.

Naturalmente, Ty sabía que Julian se iba en su año de viaje. No era ningún secreto. Pero el muchacho era el miembro de la familia más adverso a los cambios, y Julian no podía evitar preocuparse.

Ty miró hacia Magnus y Alec, que estaban columpiando a Max entre los dos mientras este se atragantaba de risa.

—Quiero ir al Escolamántico —dijo de repente.

Julian se sorprendió. Era cierto que estaban poniendo el Escolamántico de nuevo en marcha, con nuevos instructores y nuevas clases. No sería como antes. Pero aun así...

—¿El Escolamántico? Pero ¿no sería mejor la Academia? Solo tienes quince años.

—Siempre he querido poder resolver misterios —explicó Ty—. Pero la gente que resuelve misterios tiene que saber muchas cosas. En la Academia no me enseñarán lo que quiero saber, y en el Escolamántico me dejarán elegir lo que quiero aprender. Es el mejor lugar para mí. Si no puedo ser el *parabatai* de Livvy, eso es lo que debo ser.

Julian trató de encontrar algo que decirle. Ty ya no era el niño al que Julian había tratado desesperadamente de proteger. Había sobrevivido a la muerte de su hermana, y también a una gran batalla. Combatió contra los jinetes de Mannan. Durante toda la vida de su hermano, Julian intentó ayudarlo a dominar todas las habilidades que necesitaría para tener una vida feliz. Siempre supo que llegaría el momento en que debería dejarlo ir para que la viviera.

Pero no había pensado que ese momento llegaría tan pronto.

Julian le puso la mano plana sobre el pecho.

—En lo más profundo de tu corazón, ¿es eso lo que quieres?

—Sí. Es lo que quiero. Ragnor Fell dará clases allí, y también Catarina Loss. Vendré a casa continuamente. Me has hecho lo bastante fuerte para poder hacerlo, Julian.

—Mientras estés fuera, no te olvides de que tu casa siempre te estará esperando —repuso Julian.

Los ojos de Ty eran grises como el océano.

—Lo sé.

* * *

El cielo estaba lleno de chispas doradas, azules y púrpura, reluciendo como luciérnagas ardientes mientras el castillo de fuegos artificiales de la boda iba tocando a su fin. Flotaba por encima de la playa hasta llegar a la altura de los acantilados donde Kit se hallaba con Jem y Tessa.

Era una escena tanto familiar como desconocida. Les había pedido eso: una rápida parada, saliendo del Portal en el Instituto de Los Ángeles, para verlo una última vez. Se preguntó cómo sería, y se sorprendió al darse cuenta de que sentía que fácilmente podría haberse unido a la fiesta, ocupando su lugar con Julian, Emma, Cristina y el resto. Dru le hubiera dado la bienvenida. Todos lo habrían hecho.

Pero ese no era su sitio. No después de lo que había pasado. La idea de volver a ver a Ty le resultaba demasiado dolorosa.

No era que no pudiera verlo. Los podía ver a todos: Dru con su vestido negro, bailando con Simon; Mark y Cristina charlando con Jaime; Kieran enseñándole a Diego algún tipo de extraño baile de hadas; Emma con su melena como una cascada de luz ambarina, y Julian, que comenzaba a caminar por la playa hacia ella. Esos dos siempre iban el uno hacia el otro, como si estuvieran imantados. Jem le contó que ahora eran novios, y como él

nunca había acabado de entender esa extraña cosa de que «los *parabatai* no pueden enamorarse», les deseaba lo mejor. También vio a Helen y a Aline, esta con una botella de champán en la mano, riendo las dos, y a Helen abrazando a Tavvy y haciéndolo rodar. Y Diana y Gwyn, el líder de la Cacería Salvaje con un gran brazo echado protectoramente sobre su dama. Y vio a Alec tumbado en la arena con Jace, enfrascados en una seria conversación, y Clary hablando con Isabelle, y Magnus bailando con sus dos hijos bajo la luz de la luna.

Los podía ver a todos, y naturalmente, podía ver a Ty.

Este se hallaba en la orilla. No quería estar cerca del ruido, las luces y los gritos, y Kit se odió, en ese momento, por querer bajar a la playa y apartar a Ty de allí, por querer protegerlo de todo y de cualquier cosa que lo pudiera alterar. Pero no parecía alterado. Estaba mirando las brillantes olas. Cualquier otra persona hubiera pensado que se hallaba solo, dejándose llevar por el vaivén de la luminiscencia, pero Kit podía ver que no era así.

Una chica en un largo vestido blanco, con el cabello oscuro de los Blackthorn, flotaba descalza sobre el agua. Estaba bailando, invisible para todos excepto para Ty, y para Kit, que veía hasta lo que no quería ver.

Ty tiró algo al agua. A Kit le pareció que había sido el móvil. Deshaciéndose del *Libro Negro* para siempre. Al menos, eso ya era algo. Kit lo observó entrar un poco en el agua, echando la cabeza hacia atrás para sonreír a la Livvy que solo él podía ver.

«Recuérdalo así —se dijo Kit—, feliz y sonriente».

La mano le fue a tocar la desdibujada cicatriz blanca en el brazo izquierdo, donde Ty le había dibujado aquella runa de talento hacía lo que parecían siglos.

Jem le puso la mano en el hombro. Tessa lo miraba con una profunda compasión, como si entendiera más de lo que Kit pensaba.

—Debemos irnos —dijo Jem con su voz amable de siempre—. No es bueno para nadie mirar demasiado rato el pasado y olvidar el futuro que se abre por delante.

Kit se volvió para seguirlos hacia su nueva vida.

* * *

Ya estaba rompiendo el alba.

La fiesta había durado toda la noche. Aunque muchos de los invitados se habían ido tambaleándose a dormir al Instituto, o se los habían llevado, entre

protestas, sus padres o sus hermanos mayores, aún quedaban unos cuantos, envueltos en mantas, contemplando la salida del sol por detrás de las montañas.

Emma no recordaba una celebración mejor. Estaba acurrucada bajo una manta a rayas con Julian, a resguardo bajo unas rocas. Bajo ellos, la arena estaba fría, plateada bajo la luz del amanecer, y el agua había comenzado a bailar con chispas doradas. Se apoyó en el pecho de Julian.

Este movió la mano a lo largo de su brazo, con los dedos bailándose sobre la piel.

—¿Q - U - É E - S - T - Á - S P - E - N - S - A - N - D - O?

—Solo que estoy muy contenta por Alec y Magnus —contestó ella—. Son muy felices, y creo que algún día... podríamos ser igual de felices.

Él la besó en la coronilla.

—Claro que lo seremos.

Su absoluta seguridad la arropó como una manta caliente y reconfortante. Alzó la mirada hacia él.

—¿Te acuerdas cuando estabas hechizado? —dijo—. Te pregunté por qué creías que había sacado todo lo que tenía en el armario sobre mis padres. Y me contestaste que era porque ya sabía quién los había matado y estaba también muerto. Porque había conseguido mi venganza.

—Y me equivocaba —dijo él.

Emma le cogió una mano entre las suyas. Era una mano que le resultaba tan conocida... Conocía cada cicatriz, cada callo, se alegraba de cada mancha de pintura.

—¿Lo sabes ahora?

—Lo hiciste para honrar a tus padres —contestó él—. Para mostrarles que ya estabas bien, que no ibas a permitir que la venganza te controlara la vida. Porque ellos no hubieran querido eso para ti.

Emma le besó los dedos. Él se estremeció y la acercó más a sí.

—Es cierto. —Lo miró directamente. La luz del amanecer convertía su alborotado pelo en un halo—. Sigo preocupándome —confesó—. Quizá no debería haber dejado ir a Zara. Quizá Jia y el Consejo deberían haber arrestado a todos los simpatizantes de la Cohorte, como Balogh, no solo a los que lucharon. La gente como él son la causa de que las cosas acabaran como han acabado.

Julian contemplaba cómo el océano iba iluminándose lentamente.

—Solo podemos arrestar a la gente por lo que hace, no por lo que piensa —respondió—. Cualquier otra forma de actuar nos hace ser como los

Dearborn. Y estamos mejor con lo que tenemos ahora de lo que lo estaríamos si nos volviéramos como ellos. Además —añadió—, toda elección tiene una larga cadena de consecuencias posteriores. Nadie puede conocer el resultado final de cualquier decisión. Lo único que podemos hacer es elegir lo que en ese momento parece lo mejor.

Emma dejó caer de nuevo la cabeza sobre el pecho de Julian.

—¿Te acuerdas de cuando solíamos venir aquí de niños? ¿Y de hacer castillos de arena?

Él asintió en silencio.

—Cuando a principios del verano te fuiste, venía aquí todo el tiempo —le explicó—. Pensaba en ti, y en lo mucho que te añoraba.

—¿Pensabas cosas sexis? —Julian le sonrió con malicia, y ella le dio una palmada en el brazo—. No importa, ya sé que sí.

—¿Por qué siempre te lo cuento todo? —se quejó, pero ambos se sonreían embobados, de un modo que cualquiera que los viera los encontraría insoportables.

—Porque me amas —contestó él.

—Cierto —admitió Emma—. Incluso más ahora que antes.

Julian estiró los brazos alrededor de Emma. Ella lo miró; tenía el rostro tenso, como si algo le doliera.

—¿Qué pasa? —preguntó, confusa. No había pretendido decir nada que lo pudiera herir.

—Solo el pensar en poder estar aquí hablando contigo así... —contestó él en voz baja y grave—... es una libertad que nunca me había imaginado que podríamos tener, que yo podría tener. Siempre pensé que lo que quería era imposible. Que lo mejor que podía esperar era una vida de silenciosa desesperación siendo tu amigo, y que al menos podría estar cerca de ti mientras tú vivías tu vida y yo iba siendo cada vez menos parte de ella...

—Julian. —Había dolor en sus ojos, y aunque era un dolor ya pasado, Emma odiaba que siguiera ahí—. Eso no hubiera pasado nunca. Siempre te he amado. Incluso cuando no lo sabía, te amaba. Incluso cuando tú no sentías nada; incluso cuando tú no eras tú, recordaba al auténtico tú y te amaba. —Se las arregló para darse la vuelta y echarle los brazos al cuello—. Y te amo mucho más ahora.

Se inclinó para besarlo, y él hundió las manos en su espeso cabello. Emma sabía que a él le encantaba tocarle el pelo, igual que siempre le había gustado pintarla. Luego le acarició la espalda, y ella notó el frío del brazalete de cristal marino sobre la desnuda piel mientras sus bocas se unían lentamente. La de

Julian era suave y sabía a sal y a sol, y Emma se colgó de ese beso, en un placer sin tiempo, en el conocimiento que no era el último pero sí uno de los primeros, y sellaba una promesa de amor que duraría todos los años de su vida.

Se apartaron a regañadientes, como buceadores negándose a dejar atrás la belleza del mundo submarino. La prisión entre sus brazos, su propia ciudad bajo el mar.

—¿Por qué has dicho eso? —le susurró él, jadeante—. Que me amas más ahora.

—Siempre lo has sentido todo con tanta intensidad... —explicó ella después de un momento—. Y eso era algo que me encantaba de ti. Lo mucho que amabas a tu familia, cómo hacías cualquier cosa por ellos. Pero tenías cerrado el corazón. No confiabas en nadie, y no te culpo; te lo arrebataron todo, y tenías demasiado secretos, porque creías que los debías tener. Pero cuando abriste el Instituto para la reunión de guerra, te obligaste a confiar en otra gente para ejecutar tu plan. No te escondiste; te abriste a la posibilidad de que te hicieran daño o te traicionaran para poder guiarnos. Y cuando apareciste en la Ciudad Silenciosa y me impediste destruir la runa... —Le tembló la voz—. Me dijiste que confiara no solo en ti sino en la intrínseca bondad del mundo. Ese fue mi peor momento, mi momento más oscuro, y tú estabas allí, a pesar de todo, con el corazón abierto. Estabas allí para traerme a casa.

Él le puso los dedos sobre la piel desnuda del brazo, en el lugar donde había estado antes la runa de *parabatai*.

—Tú también me trajiste de vuelta —dijo él—. Te he amado toda mi vida, Emma, Y cuando no sentía nada, me di cuenta de que, sin ese amor, yo no era nada. Eres la razón por la que quise salir de la jaula. Me hiciste comprender que el amor da más alegría que cualquier pena que pueda causar. —Eché la cabeza atrás para mirarla, con sus ojos verde azulado brillando—. He amado a mi familia desde el día en que nací, pero tú eres el amor que elijo, Emma. Entre todo el mundo, entre todas las personas que he conocido, te elijo a ti. Siempre he tenido fe en esa elección. Y en el último extremo, ese amor y esa fe siempre me han traído de vuelta, de vuelta a ti.

«En el último extremo, ese amor y esa fe siempre me han traído de vuelta, de vuelta a ti». Emma no tenía que preguntar, sabía en qué estaba pensando Julian: sus amigos y su familia en fila ante ellos en los Campos Imperecederos, el amor que los había recuperado de una maldición tan poderosa que todos los cazadores de sombras temían.

Emma le puso una mano sobre el corazón, y por un momento se quedaron sentados en silencio, recordando los lugares donde habían estado sus runas de *parabatai*. Se estaban despidiendo de ellas, pensó Emma, de lo que les habían hecho ser. A partir de ese momento, todo sería nuevo.

No olvidarían todo lo que había ocurrido. El estandarte de la Guardia de Livia ondeaba en lo alto del Instituto. Recordarían a sus padres, y a Arthur y a Livvy, y a todos los que habían perdido. Pero entrarían en el mundo que la nueva Clave estaba construyendo con la esperanza y el recuerdo mezclados, porque aunque la reina seelie era un mentirosa, todo mentiroso decía a veces la verdad. Y ella había dicho una gran verdad: «Sin pena, no puede haber alegría».

Bajaron las manos, con las miradas entrelazadas. El sol se alzaba sobre las montañas, pintando el cielo como uno de los lienzos de Julian, de púrpura real y dorado sangre. Amanecía en varios sentidos: desde ese momento, participarían del mundo sin miedo. Sería el auténtico inicio de una nueva vida, a la que se enfrentarían juntos, con todas sus imperfecciones y fragilidades humanas. Y si alguna vez uno de los dos temía lo malo que había en ellos, como a veces le pasaba a la gente, estaba el otro para recordarle lo bueno.

Epílogo

La reina estaba sentada en su trono mientras los obreros había salían y entraban de la sala.

Todo había cambiado. El color del triunfo era el dorado, y el rey noseelie estaba muerto. Su hijo favorito se había convertido en su consejero más íntimo y en un amigo leal. Después de tanto tiempo encerrada en el hielo del dolor por la pérdida de Ash, la reina había comenzado a sentirse viva de nuevo.

Los obreros habían pulido los suelos de mármol, limpiado todos los indicios del fuego. Se habían vuelto a colocar gemas en las paredes, donde habían quedado los agujeros: destellaban como guiños rojos, azules y verdes. Mariposas de brillantes alas volaban en círculo en el techo, y proyectaban dibujos sobre el trono tapizado de seda y los sofás que había alrededor para que los cortesanos pudieran acomodarse.

El nuevo rey noseelie no tardaría en hacerle una visita, y no encontraría la sala del Trono menos que deslumbrante. Tenía curiosidad por el niño rey. Lo había conocido antes, uno de la manada de niños silvestres del rey noseelie. Que hubiera llegado tan alto la sorprendía. Quizá tuviera cualidades ocultas.

Naturalmente, la nueva amistad entre los cazadores de sombras y la corte noseelie era preocupante. Había perdido varios buenos cortesanos seducidos por los engaños de los cazadores de sombras, Nene entre ellos. Quizá debería haberse esforzado más para conseguir que el chico Blackthorn y la chica Carstairs destrozaran la runa de *parabatai* y debilitaran su ejército. Pero lo único que se podía hacer era plantar las semillas de la discordia; no se podía estar seguro de que todas ellas crecieran. El juego era largo, y la impaciencia no era buena consejera.

También había estado turbada por la pérdida de su hijo. Desde entonces había estado buscándolo, pero con poca esperanza. Los otros mundos no eran una magia que las hadas entendieran bien.

La cortina de terciopelo que colgaba en la entrada de la sala del Trono se agitó, y entró Fergus. Últimamente, mostraba una permanente expresión agria, desde que su posición de favor había pasado a ser de Adaon. Sin embargo, había aún más acritud en ese momento.

—Mi señora —dijo—. Tenemos visitas.

La reina se irguió en su silla y dejó ver su camisón blanco de seda y gasa.

—¿Es el rey noseelie?

—No —contestó Fergus—. Un cazador de sombras. Jace Herondale.

La reina entornó los ojos al mirar a Fergus.

—Jace Herondale tiene prohibida la entrada a mi sala del Trono. —La última vez que Jace había estado allí, estuvo a punto de apuñalarla. Era una irresponsabilidad por parte de Fergus olvidar una cosa así—. ¿Te encuentras bien, Fergus? ¿Por qué no lo has hecho marchar?

—Porque creo que querrás verlo, mi señora. Me ha entregado sus armas voluntariamente, y está... no está solo.

—Más vale que esto merezca la pena, Fergus, o te costará tu segundo dormitorio. —Agitó una enfadada mano en su dirección—. Que entre, pero regresa también para hacer guardia.

Fergus salió de la sala. La reina se entretuvo pensando si dejaría que los pixies mordisquearan a Jace, pero seguro que eso causaría problemas y molestaría innecesariamente al gobierno de los cazadores de sombras. Se decía que habían puesto a Alec Lightwood al mando. Por desgracia, le tenía inquina desde que mató a Meliorn, su último campeón, pero no creía que hubiera olvidado que le había causado problemas a su mejor amigo.

Tal vez por eso estuviera ahí Jace. ¿Quizá para forjar una alianza? Acababa de ocurrírsele esa idea cuando la cortina volvió a abrirse de nuevo y entró Fergus escoltando a dos personas, una de ellas con una túnica y la capucha echada.

El otro era Jace Herondale, pero no era el Jace Herondale que ella conocía. El Jace que recordaba era hermoso como los ángeles: ese era mayor, más ajado. Aún apuesto, pero del modo en que lo sería una roca de granito cortada por un rayo. No había amabilidad en sus ojos, y estaba musculado como un adulto, sin nada infantil en él. Lo rodeaba una luz oscura, como si portara un aura de magia negra con él adonde quiera que fuera.

—Tengo sus espadas —informó Fergus—. Tal vez desees verlas.

Las tendió a los pies de la reina. Una espada larga con estrellas grabadas en la oscura hoja de plata, con el pomo y la empuñadura cubiertos en oro. Una

espada más pequeña de oro oscuro y *adamas*, con un dibujo de estrellas en el nervio central.

—*Heosphorus* y *Phaesphorus* —dijo la reina—. Pero fueron destruidas.

—No en mi mundo —repuso Jace—. En Thule, mucho vive que ha muerto aquí, y mucho está muerto que aquí vive, reina.

—Hablas en acertijos —replicó la reina, aunque su ancestral corazón había comenzado a latir con una velocidad poco habitual.

«La tierra de Thule es muerte, y hará que llueva muerte aquí».

—¿Sois del mundo que el rey noseelie llamó Thule?

Jace hizo una burlona reverencia. Tenía la ropa sucia de polvo y no se parecía a ningún uniforme de cazador de sombras que ella hubiera visto nunca.

—No soy el Jace Herondale que conoces o que has visto antes. Soy su reflejo oscuro. Y sin duda procedo de ese mundo. Pero mi amigo nació aquí, en tu corte.

—¿Tu amigo? —susurró la reina.

Jace asintió.

—Ash, quítate la capucha.

Su compañero alzó las manos y se echó hacia la espalda la capucha de la capa, aunque la reina ya sabía lo que vería.

Rizos de plata blanca le caían sobre la frente. Era varios años mayor de cuando había cruzado el Portal en la sala del Trono del rey noseelie. Parecía un adolescente mortal, y en el rostro comenzaba a mostrar rasgos de la propia belleza de la reina. Tenía los ojos verdes como la hierba, como habían sido los ojos de su padre. La observó con una mirada directa y tranquila.

—Ash —susurró ella, poniéndose en pie. Quiso abrazar a su hijo, pero se contuvo. Nadie daba nada por nada en las cortes—. Me traes a mi hijo —manifestó—. Y por esto te doy las gracias. Pero ¿qué deseas a cambio?

—Un lugar seguro para que viva Ash. Permanecer con él mientras crece.

—Ambos deseos se pueden conceder fácilmente —contestó la reina—. ¿No hay nada más?

—Hay una cosa más —dijo el Jace que no era Jace, con una dura mirada en sus ojos dorados—. Quiero que me traigas a Clary Fairchild.



CASSANDRA CLARE. Nació el 27 de Julio en Teherán, hija de padres estadounidenses. Antes de cumplir diez años de edad vivió en Suiza, Inglaterra y Francia. En sus años de instituto vivió en Los Ángeles y en Nueva York, donde trabajó en varias revistas de entretenimiento. Empezó a trabajar en su novela *Ciudad de hueso* en el año 2004, inspirada en el viaje urbano por Manhattan.

Antes de la publicación de *Ciudad de hueso*, Clare era conocida como escritora de *fanfiction* bajo el seudónimo de Cassandra Claire, muy parecido al que usa en la actualidad. Sus obras principales fueron *La trilogía de Draco*, que trata sobre una biografía del personaje ficticio de Draco Malfoy, perteneciente a la serie de libros *Harry Potter* y *El Diario muy secreto*, basada en la historia de *El señor de los anillos*. Claire fue considerada una gran fanática entre la comunidad de seguidores de *Harry Potter* y fue reconocida en varios periódicos, pero también ha sido acusada de plagio.

Clare adoptó el seudónimo de La bella Cassandra, en el que basó una novela épica durante el instituto.

Notas

[1] *Widowmaker*, literalmente «Hacedor de viudas». (*N. de la T.*) <<

Índice de contenido

Cubierta

La Reina del Aire y la Oscuridad

Cita

Primera parte. No sienten pena

1. La muerte mira hacia abajo
2. Melancólicas aguas
3. Descanso eterno
4. Nada de lo nuestro
5. Desierto de cristal
6. Desde una soberbia torre
7. Flores de piedra
8. Cenadores largo tiempo olvidados
9. Majestuosos salones
10. Muchos maravillosos santuarios
11. Algún lejano mar más feliz
12. Bajo el cielo
13. Babilonia
14. La viola, la violeta y la viña
15. Las torres y las sombras
16. Mil tronos

Segunda parte. Thule

17. En una extraña ciudad
18. El infierno se alza
19. Los muertos enjoyados
20. Las horas respiran
21. No caen rayos del cielo
22. El peor y el mejor
23. De vientos soplando

24. La larga noche
25. Por los agitadores vientos
26. Un revuelo en el aire
27. De aquí y de allí

Tercera parte. Señora de la Venganza

28. Y las sombras allí
29. Tientan a las aguas
30. Las riquezas que allí se hallan
31. Un brillo más rojo
32. Caen del cielo
33. Reverencia
34. Ciudad en el mar

Epílogo

Sobre la autora

Notas



CASSANDRA CLARE

La Reina del Aire y la Oscuridad

CAZADORES DE SOMBRAS
RENACIMIENTO

de

Lectulandia